

HISTORIA DE LOS PAPAS

EN LA ÉPOCA DE LA MONARQUÍA ABSOLUTA

POR

Ludovico Pastor

VERSIÓN DE LA CUARTA EDICIÓN ALEMANA

POR EL

P. Manuel Almarcha

de la Compañía de Jesús

Volumen XXXVI

CLEMENTE XIII

(1758 - 1769)

BARCELONA

GUSTAVO GILI, EDITOR

CALLE DE ENRIQUE GRANADOS, 45

MCMXXXVII

HISTORIA DE LOS PAPAS

DESDE FINES DE LA EDAD MEDIA

COMPUESTA UTILIZANDO EL ARCHIVO SECRETO PONTIFICIO
Y OTROS MUCHOS ARCHIVOS

POR

Ludovico Pastor

CONSEJERO REAL E IMPERIAL

PROFESOR ORDINARIO DE LA UNIVERSIDAD DE INNSBRUCK
Y DIRECTOR DEL INSTITUTO AUSTRIACO DE ROMA

Tomo XVI

HISTORIA DE LOS PAPAS EN LA ÉPOCA DE LA
MONARQUÍA ABSOLUTA, DESDE LA ELECCIÓN DE BENEDICTO XIV
HASTA LA MUERTE DE Pío VI
(1740 - 1799)

BARCELONA
GUSTAVO GILI, EDITOR
CALLE DE ENRIQUE GRANADOS, 45
MCMXXXVII

Clemente XIII

(1758-1769)

I. El conclave de 1758.

Solicitud de Clemente XIII por los Estados pontificios: sus servicios prestados al arte y a la ciencia

I

Tan pronto como la salud del Papa, de suyo robusta, comenzó a desmoronarse lentamente, iniciaron las potencias políticas sus preparativos en orden al futuro conclave. Ya a fines de 1749, cuando todavía había decaído muy poco el influjo imperial en la corte romana, remitió el cardenal protector, Alejandro Albani, al canciller de Viena, Colloredo, un extenso dictamen el cual está inspirado aún en la oposición a Francia (1). Pocos meses más tarde salió de manos de Migazzi un nuevo informe para Viena acerca de la nueva elección papal quizá necesaria a no tardar, en el cual, como en presentimiento de lo futuro, se decía claramente que, según la vieja costumbre, de la exclusión serían exceptuados los venecianos de los cardenales nacionales; citábase ya el nombre del veneciano que en efecto ocho años más tarde había de escalar el solio pontificio (2).

Hasta 1754 no vuelve a manifestarse el vivo interés de las cortes europeas por el futuro conclave. En el mes de mayo del citado año solicitaba el rey de España, del cardenal protector de su nación, un amplio informe; Portocarrero dió cumplida ejecución a este encargo en el suplemento adjunto a su carta del 12 de septiembre de 1754 (3). Casi simultáneamente salía de la pluma de Cristiani

(1) *Dictamen del 13 de diciembre de 1749 (*Archivo público de Viena*): *che abbiamo pochissimi amici e che pochissimi ci stimano*.

(2) *Informes a Uhlfeld del 4 de abril al 2 de mayo de 1750, *ibid*. De especial interés es la parte retrospectiva y fundamental sobre la exclusiva. Sobre otros memoriales de parte de Austria v. Arneth, IX, 6.

(3) *A. R. Wall el 12 de septiembre de 1754, suplemento: Nota de los cardenales que componen el sacro colegio. *Archivo de Simancas*.

otro informe dirigido al canciller del imperio, el príncipe Kaunitz; en tres voluminosos cuadernos presentó por extenso las características de todos los cardenales y de otros muchos dignatarios eclesiásticos (1). Migazzi redactó otro informe para Viena (2). Con todo, también en esa ocasión resultó prematura la expectación de un próximo conclave.

Esto no obstante, tras una corta pausa volvióse a insistir en los preparativos. En noviembre de 1756 remitió Choiseul al gobierno de París, desde Roma, un memorial sobre el colegio cardenalicio (3), en el mes de abril de 1757 siguió otro acerca de los urgentes problemas de la política francesa en Roma, así como un tercero que trataba de los papables, de las posibilidades de un acuerdo diplomático y sobre la posición de las personalidades más relevantes de la Roma política y eclesiástica (4). Aquel mismo año transmitían el cardenal Albani (5) y Brunati (6) a Kaunitz nuevas referencias acerca de los cardenales papables. Lo más significativo sobre la actitud de la política imperial son, sin embargo, otros dos memoriales de los cuales el uno apareció ya muerto Benedicto XIV (7), y el otro como un año antes (8).

Al sobrevenir en los primeros días de mayo de 1758 el falleci-

(1) *Informe del 13 de septiembre de 1754, *Archivo público de Viena*. Los otros tres cuadernos son solamente duplicados.

(2) *del 19 de agosto al 9 de octubre de 1754, *ibid.* Sobre la división española de los candidatos v. la *Carta de Migazzi del 30 de diciembre de 1754, *ibid.*

(3) En Boutry, 221 ss.

(4) *Ibid.*, 256 ss., 266 ss.

(5) *El 23 de marzo de 1757, *Archivo público de Viena*. *Ibid.* además un *informe del agente de preces de Toscana, Sainte-Odile, al emperador Francisco I, del 1.º de enero de 1757.

(6) *Li soggetti che nel prossimo futuro conclave potrebbbero aver più credito per il pontificato (en el reverso: Considerazioni intorno al prossimo futuro conclave stessee del agente imp. e regio Franc. de Brunati 23 Marzo 1757, di lui una copia a s. ecc. Colloredo ed a s. e. Kaunitz spedite a Vienna il 26 Marzo 1757, e 15 Marzo 1758 a s. ecc. il c. Christiani a Milano), *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*. Los datos acerca de los cardenales coinciden verbalmente con la *Varie considerazioni... *ibid.* (v. la nota siguiente). En términos parecidos se expresa un *informe de Brunati del 6 de mayo de 1758, *Archivo público de Viena*. El 24 de mayo de 1758 remite el embajador francés Laon un *dictamen a Colloredo sobre los papables. *Ibid.*

(7) *Varie considerazioni intorno al presente conclave, manifestamente de Brunati, dirigido a un ministro imperial con notas marginales de mano extraña, entre 1758 y 1765. *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*.

(8) *Memorial para el conclave, *ibid.* De los diversos datos sobre la edad de los cardenales se desprende que databa de un año antes.

miento del Papa tras grave dolencia, había en el sacro colegio quince vacantes (1); además una porción de cardenales se hallaban imposibilitados para presentarse al conclave, ya por razón de la gran distancia o bien impedidos por la falta de salud, de suerte que se contaba con que tomarían parte unos cuarenta y cinco (2), suposición que por cierto se confirmó. El cardenal Bardi se vió obligado por enfermedad a abandonar prematuramente el conclave (3), de modo que el día de la elección no se hallaban presentes más que cuarenta y cuatro purpurados.

La mayor parte de éstos debían su promoción precisamente al Pontífice que acababa de fallecer; del tiempo de Clemente XII vivía aún Corsini, Colonna di Sciarra, D'Elce, Guadagni, Mosca, Passionei, Rezzonico, Sagripanti y Spinelli; Borghese había obtenido la púrpura de Benedicto XIII y Alejandro Albani de Inocencio XIII.

Ni había un jefe de cualidades, ni existían intereses comunes que fueran capaces de agrupar en compacto bloque a las numerosas hechuras del último Pontífice (4); Portocarrero lo intentó, pero sin resultado (5). Lo sumo a que se podía aspirar era al acuerdo unánime de los cardenales promovidos por el Papa que acababa de fallecer, a una irreductible exclusión de todas las otras hechuras; por lo demás se hallaban divididos en distintas tendencias. En cambio, bajo la acreditada jefatura de Corsini se presentó con unidad de criterio el partido de los «viejos», el cual no contaba más que con unos siete u ocho votos. Más numeroso era el grupo de los celantes, a cuyo frente se hallaba uno de sus más enérgicos representantes, el cardenal Spinelli (6), quien cuanto mayor era la enajenación de

(1) *Informe del 6 de mayo de 1758 a los dos cancilleres, probablemente de Brunati, *ibid.*

(2) *Varie considerazioni, *ibid.*

(3) *Informe de Mons. Clemente a R. Wall del 29 de junio de 1758 (*Archivo de Simancas*), *del embajador veneciano Correr del 25 de junio (Conclave sotto l'amb. C. Correr, Cod. 261 del *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*) y del embajador de Lucca Bonamici, del 1.º de julio de 1758 (Sforza, 14).

(4) Informe de Bonamici del 13 de mayo de 1758, en Sforza, 11; *Varie considerazioni, *loco cit.*

(5) *Informe del cardenal Albani a Kaunitz del 21 de junio de 1758, *Archivo público de Viena*.

(6) *Passa per una delle più dotte menti del s. Collegio, ma per altrettanto presuntuoso, zelante, severo, sostenitore dell'immunità ecclesiastica, austero ne' costumi e tenuto come un riformatore de'grand'abusi (Varie considerazioni, *loco cit.*). Casi lo mismo *Brunati a Colloredo y Kaunitz el 6 de mayo de 1758, *Archivo público de Viena*.

simpatías que su desmedido celo le había granjeado de la mayor parte de las coronas, tanto más incommovible era la adhesión con que se veía seguido de sus leales amigos. Ambos partidos se hallaban estrechamente unidos en los puntos esenciales y eran opuestos a la «unión de las coronas», que se había realizado por razón de la alianza francoaustriaca. En consecuencia, si por una parte la contextura de dos grandes partidos predominantes era reflejo de la situación habida en el precedente conclave de 1740, por otra, en cambio, se hallaban al presente divididos nacionales y curiales, mientras que entonces la línea divisoria avanzaba a través de entrambos campos.

La preponderancia decisiva radicaba en las potencias políticas cuyo creciente influjo estaba en período de intensa actividad. No disponiendo Francia más que de dos cardenales faltos de experiencia — Luynes y Gesvres, — procuró rebustecerse adhiriéndose al español Portocarrero (1) y a los venecianos Delfino y Rezzonico (2), así como al protector de Polonia Juan Francisco Albani (3). Mucho interés tenía también para los franceses la elección de un nuevo protector, pues el cardenal Tencin había fallecido el 2 de marzo de 1758 y la designación del sucesor se hizo coincidir de intento con la época del conclave. Austria se hallaba de igual modo muy íntimamente unida con el Piamonte, debido a su protector Alejandro Albani, además con los vecinos territorios austríacos, principalmente con Milán y Toscana (4); el Piamonte podía enviar esta vez cuatro electores. De donde era dado prever que probablemente el partido imperial sería el más fuerte. Con la estrecha alianza de las dos principales potencias políticas (5), no ofrecía garantía candidatura alguna que no contara con su aquiescencia. En cambio, a engaño se llamaba todo aquel que en ello pretendiera vislumbrar la garantía

(1) *un buonissimo cristiano ed onoratissimo cavaliere, ma d'un carattere indolente e diametralmente opposto al sopra accennato [Acquaviva]. Por tanto, ningún partido de la corona; los napolitanos renunciaron también a formar una facción especial y se adhirieron a los italianos. *Varie considerazioni*, loco cit.

(2) Ibid.

(3) *Ibid. V. además el segundo *informe de Correr del 17 de junio de 1758, Cod. 261 del *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*.

(4) **Varie considerazioni* y *Memorial al conclave, *ibid*.

(5) Sobre las negociaciones de avenencia entre el embajador francés y el cardenal Albani v. el *informe del 6 de mayo de 1758 a los dos cancilleres, probablemente de Brunati, *ibid*.

de la corta duración del conclave y la seguridad de una labor progresiva y concorde en la elección (1).

Hasta qué grado había subido el interés de los grandes gabinetes al terminar la elección pontificia, lo demuestran las sistemáticas exposiciones de muchos de los referidos memoriales (2) y particularmente las propuestas, trabajadas con nimia escrupulosidad, en orden a la designación de secretario de Estado y de otros altos cargos (3), cuya provisión, según las enseñanzas de la experiencia obtenida en la última elección, resultaba con frecuencia tan crítica como la de la misma sede pontificia. Además, la contienda en torno a la Compañía de Jesús, con sus pros y sus contras, desempeñaba ya un importante papel (4). Todos procuraban asegurarse para lo futuro el mayor número posible de ventajas; una notable cláusula que se lee en cierto informe austríaco no podrá menos de producir desengaño en este respecto en todo aquel que pudiera creer que en aquella época la persona del emperador era símbolo de la defensa de la Iglesia: aun cuando sea elegido un Pontífice de sentimientos terrenos, se dice en dicho documento, hay que halagarle para conquistarle más fácilmente; conviene ceder en cosas de poca monta y adular a Roma con buenas palabras (5). Del mismo modo, Francia, la mira puesta en sus intestinas discordias religiosas, estaba dispuesta a no tolerar la elevación al trono pontificio de nadie que fuera defensor inflexible de la bula *Unigenitus* (6).

(1) V. **ibid.*

(2) Con la mayor extensión trata desde el punto de vista imperial el *Memorial para el conclave (loco cit.) sobre la necesidad de un excelente acuerdo entre Viena y Roma.

(3) Que los franceses maquinaban desde hacía tiempo por imprimir un curso favorable a ellos a la elección del secretario de Estado, lo afirma el *Memorial al conclave y las *Varie considerazioni*, loco cit.

(4) Cf. las distintas *Características; además el *suplemento al *informe de Brunati del 24 de junio de 1758, *Archivio de la embajada austriaca del Vaticano*; Cordara, editado por Dollinger, III, 20 s.; Petrucci, IV, 141 s.

(5) A un Papa de esta índole hay que **cultivare ed accarezzare* - e non alienarlo come talvolta è succeduto, non già per cause gravi, nel qual caso non s'intende parlare, ma per legghierissime cagioni, a segno che talvolta si sono guardate più misure con un prelato, benchè avverso alla corte di Vienna, che col Papa istesso del quale avendosene bisogno... conviene in questi casi cedere qualche cosa delle controversie, che si hanno con Roma, di buona maniera, per farsene merito ed ottenere poi cose che molto più importano, senza di che è impossibile di potere esigere tutto con non voler dare mai nulla... Memorial al conclave, loco cit.

(6) *Giornale del conclave del 1758, *ibid.*; informe de Bonamici del 13 de mayo de 1758, en Sforza, II.

Las exequias, que transcurrieron en completa tranquilidad (1), duraron esta vez excepcionalmente sólo ocho días, en lugar de nueve, por coincidir por aquellas fechas la festividad de Pentecostés. En cambio fueron asaz agitadas algunas congregaciones de cardenales celebradas en la sacristía de San Pedro; contra toda costumbre y tras varios altercados fué designado para el cargo de confesor del conclave un sacerdote secular (2). El lunes de Pentecostés, 15 de mayo, celebrada la misa del Espíritu Santo y habida la oración sacra pro eligendo Pontifice, la cual pronunció el arzobispo Batoli, entraron veintisiete cardenales en el conclave (3), el cual quedó cerrado a las tres de la tarde (4).

No habían llegado todavía los representantes de las potencias con sus respectivas instrucciones (5), razón por la cual no era de esperar que en los primeros días se desplegara actividad alguna de importancia en orden a la elección. A pesar de todo, en el escrutinio celebrado en la mañana del 16 de mayo, sólo ocho votos recayeron sobre D'Elce, a los cuales se añadieron otros tres (6). El cuadro apenas si cambió sensiblemente en los días siguientes y las negociaciones comenzaron con lentitud suma. Además, Portocarrero y el

(1) *Informe del 6 de mayo de 1758 a los dos cancilleres probablemente de Brunati; además, *informe de Correr del 6 y un segundo *informe de Correr del 13 de mayo de 1758, Cod. 216 del *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*. Cf. *Satire della sede vacante di Benedetto XIV ed elezione di Clemente XIII 1758, asimismo acerca de la elección simultánea del general de los jesuitas Ricci y sobre los cardenales del conclave, que, adquiridas por compra, se hallan en la *Biblioteca de L. v. Pastor*; *Satire referentes al conclave de 1758 en la *Biblioteca Altieri de Roma*. Otra *Colección de sátiras describe y utiliza Moschetti, Venezia e la esaltazione di Clemente XIII, Venecia, 1890, 7 ss. Cf. empero *La rivoluzione del popolo di Città di Castello sotto pretesto di sedia vacante, seguita l'anno 1758, [poemetto] composto da Silvestro Ghirelli sotto nome di poeta straniero, 1902, por L. v. Pastor, examinada en un anticuario romano (Plaza Araceli, núm. 16).

(2) *Giornale del conclave del 1758 y el segundo *informe de Correr del 13 de mayo de 1758, *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*.

(3) *Informe del 17 de mayo de 1758, probablemente de Brunati; ibid. El *plano del conclave grabado en cobre lo añadió Clerici a su *informe al emperador Francisco I del 22 de julio de 1758. *Archivo público de Viena*.

(4) Informe de Bonamici del 20 de julio de 1758, en Sforza, II.

(5) *Informe del 17 de mayo de 1758, probablemente de Brunati, loc. cit.

(6) El resultado de éste como también de otros escrutinios puede verse en el *Giornale della sede vacante di Benedetto XIV, Cod. 14, I, 16 de la *Biblioteca del seminario de Frascati*. Cf. *Billetes y escritos al conclave en el Cod. Barb. LI, 30 de la *Biblioteca Vatic.* Boisgelin, más tarde obispo de Aix, debió redactar durante su estancia en Roma una descripción del conclave, la cual se ha perdido; v. Correspondant, XCIII (1921), 1015. Otras fuentes en Eisler, 145.

embajador francés solicitaron fuera diferida la elección hasta tanto no llegaran los cardenales nacionales y los embajadores (1). En el mismo sentido influyó también Alejandro Albani en nombre del emperador (2).

Esto no obstante, el jefe de los «viejos», Corsini, urdió y practicó intrigas en favor de Spinelli, que lo era de los «celantes», lo cual prueba la gran rapidez con que la común oposición se puso a la defensiva frente a los grupos nacionales. Pero Orsini mostró a todos los cardenales una circular en la que el rey de Nápoles solicitaba de todos los electores que se abstuvieran de promover a dicho candidato (3). Con esto surgió ya la primera agitación en el seno del sacro colegio, pues Corsini no desistió por el momento de sus maquinaciones, sino que se propuso por una parte contrarrestar la oposición de Nápoles y por otra despertar simpatías en las otras cortes en favor de su propuesta (4).

Los nacionales y los «jóvenes» adoptaron entonces por su parte una actitud más enérgica; Orsini y Portocarrero lograron agrupar un número considerable de cardenales de Benedicto XIV. Por el momento no fué posible llegar a un acuerdo sobre procedimientos; las propuestas caían en el vacío. La primera candidatura que logró despertar general interés fué la de Archinto, quien se podía prometer el favor de los «celantes» e incluso el de algunas cortes (5). Con todo, hubo de tropezar con la oposición que los incondicionales de Corsini le declararon. Su contrapropuesta en favor de Crescenti tuvo el mismo mal resultado.

Entre tanto había transcurrido mayo y para entonces había ya que contar con el arribo de los cardenales de las coronas y sus respectivas instrucciones. En los últimos días del mes todavía le fué concedida audiencia al embajador veneciano Correr, quien con tal motivo tuvo una alocución y entregó una carta, escrita en latín, del dux (6). El 4 de junio llegó el cardenal francés Luynes con

(1) *Giornale del conclave del 1758, loco cit.

(2) Petrucelli, IV, 140 s.

(3) V. *Giornale, loco cit., lo mismo que la *minuta referente al caso, ibid. Cf. el *informe de Correr del 3 de junio de 1758, ibid. Cod. 241, y *Clemente a R. Wall el 15 de junio de 1758, *Archivo de Simancas*.

(4) Petrucelli, IV, 149

(5) Justi, II, 214 s.

(6) Extensamente habla sobre el caso *Correr el 27 de mayo de 1758, loco cit. Cf. *Bonamici ese mismo día, en Sforza, II.

instrucciones secretas de su monarca (1). Enorme fué la consternación que se produjo cuando aquél otorgó el 9 de junio al cardenal Colonna di Sciarra el real nombramiento de protector de Francia (2), y al día siguiente dió referencia oficial de ello a los Capi d'ordini (3). Colonna fué siempre muy estimado (4) y por largo tiempo gozó de la confianza de muchos, de modo que se hallaba en favorable coyuntura para iniciar de excelente manera a los franceses, faltos de experiencia, en el estado y situación de los preliminares en torno a la elección: no pocos cardenales del otro bando, seducidos por la perspectiva de los pingües ingresos, se habían forjado ilusiones sobre su nombramiento y ahora se sentían defraudados y de mal humor (5). Como Colonna era un hombre muy versado y contaba entre los italianos numerosos amigos, su designación vino a robustecer notablemente la posición francesa. Al cardenal Rod^t, ministro del imperio, hubo que aguardarle aún más tiempo por haber sido llamado previamente a Viena (6) a fin de entregarle allí la instrucción. Crescenci hizo el viaje y se presentó al conclave acompañado de gran tropel de gente, que a voz en cuello pedían su elevación al solio pontificio (7).

Las negociaciones en el seno del Colegio electoral acusaban para el próximo futuro una marcada orientación hacia Cavalchini, aun

(1) *Informe de Correr del 10 de junio de 1758, loco cit., y *de Brunati a Colloredo y Kaunitz del 7 de junio de 1758, *Archiro público de Viena*.

(2) *Albani a Kaunitz el 24 de junio de 1758, *ibid.*; *Pliego sin fecha adjunto al *informe de Brunati del mismo día, *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*; *Giornale del conclave del 1758, *ibid.*; informes del embajador de Lucca Bonamici del 10 y 17 de junio de 1758, en Sforza, 13. Cf. (incluso para todo el conclave) *Biglietti scritti dall'ambasciatore di Francia al card. Colonna di Sciarra protett. di quel regno dal 29 Maggio al 6 Luglio durante il conclave per la morte di Benedetto XIV sul quale fu eletto Clemente XIII, en el Cod. Barb. XLIII, 73, de la *Biblioteca Vaticana*, Siguen luego *Avvisi scritti di Francia da altri Ministri al med. cardinale 1758-59, *ibid.*

(3) *Informe de Correr del 10 de junio de 1758, *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*.

(4) *Varie considerazioni, *ibid.*

(5) Segundo *informe de Correr del 17 de junio de 1757, *ibid.*

(6) Informe de Bonamici del 27 de mayo de 1758, en Sforza, 12.

(7) *Fu accompagnato da numerose seguito di popolo dalla di lui casa sino al portico di S. Pietro con continuata acclamazione di volerlo per Papa; cosa che non fu bene intesa dall'universale e che può fargli gran pregiudizio nei scrutini (informe de Correr del 10 de junio de 1758, loco cit.). Asimismo *Brunati a Colloredo y Kaunitz el 7 de junio de 1758, loco cit.; informe de Bonamici del 10 de junio de 1758, en Sforza, 12.

cuando no se daba de mano a los manejos en favor de Archinto (1). Corsini y Portocarrero fomentaban de mancomún la candidatura de Cavalchini; a su demanda contestaron los franceses con esquiviz sí, mas no con una franca repulsa. El 19 de junio votaron por él veintiún electores, el 21 fueron ya veintiséis y el 22 del mismo mes por la tarde llegaron a veintiocho (2). Mas en estas circunstancias el embajador francés Laón, escudándose en nuevas instrucciones, comunicó al cardenal Luynes que Luis XIV no prestaría jamás su aquiescencia a semejante elección (3). Los franceses se acreditaban con esto de una actuación muy ambigua y no podían evitar que cayera sobre ellos la nota de deslealtad. A pesar de la oposición francesa, el cardenal español agrupó todos los partidarios de Cavalchini: a su disposición tenía por lo menos treinta y tres de los cuarenta y tres votos. Luynes, perdidos los estribos y poco diestro en los procedimientos de las negociaciones de un conclave (4), creyó entonces que debía apelar a medidas extremas: notificó al cardenal decano el veto oficial de su gobierno, rogándole que lo hiciera público (5). Con esto quedaba decidida la suerte de Cavalchini. «Vosotros, los franceses, tenéis el destino de resistir perpetuamente al Espíritu Santo» (6), dijo en tal ocasión Guadagni. Por lo demás, la instrucción de París amenazaba incluso con una exclusión solemne (7).

Por conducto de su amigo I. ante llegó a Cavalchini la noticia de su exclusión. De rodillas dió gracias a Dios de este trueque de cosas y al día siguiente visitó a todos los colegas, particularmente a los franceses, para manifestarles su profunda gratitud (8). Por lo

(1) *Informe de Correr del 25 de junio de 1758, loco cit.

(2) Ibid. (incluso para lo siguiente).

(3) Cf. Wahrmond, 229.

(4) *Varie considerazioni, loco cit.

(5) *Minuta para el Giornale del conclave del 1758, loco cit.; *Brunati a Collaredo y Kaunitz el 24 de junio de 1758, loco cit., utilizado en Wahrmond, 325.

(6) Petrucci, IV, 154 ss.; Novaes, XV, 6. Cf. Apg, 7, 51.

(7) Instrucción para el cardenal Rodt del 30 de mayo de 1758, en Wahrmond, 326. *In somma l'esclusiva è una pistola che scarigata non può ammazzare che uno al più, ma tenendola sempre carica colla semplice minaccia e col farla sol vedere produce tutti quei buoni effetti che si vi vogliono, tanto più che vi sono tant'altre mezzi men'estremi prima di venire a questo e che li voti dell' esclusiva sono facili a ritrovarsi in ogni cardinale che ha la pretenzione al papato, pochi de'quali ve vanno esenti da questa brama. Varie considerazioni, loco cit.

(8) Extensa descripción en el *informe de Brunati del 24 de junio de 1758, loco cit. Cf. el informe de Bonamici del mismo día en Sforza, 13.

demás, los franceses juzgaron necesario enviar un mensajero con un justificante del paso dado por ellos. Fué la última exclusión solemne del siglo XVIII y la única por parte de los franceses (1). La razón en que se basaba la aversión a Cavalchini consistía en la actitud de éste en el proceso de beatificación de Belarmino y en lo tocante a la bula Unigenitus (2). De imprudente desacierto fué calificada en el conclave la notificación pública de la exclusión y redundó en perjuicio del buen nombre de los franceses (3); además de que era ya superflua, puesto que también era adversa a la candidatura de Cavalchini la voluntad del emperador, aun cuando con la expresa limitación de no llegar a un veto público, ni siquiera en caso extremo (4).

El jueves 29 de junio, festividad del Príncipe de los Apóstoles, se presentó por fin, entre los vítores de ingente multitud (5), el cardenal Rodt, que era esperado con febril ansiedad por el conclave en peso (6). Como ministro de dos soberanos exigió que se le reconociera doble derecho de exclusión y no pocos tenían la firme convicción de que en pocos días pondría fin a la lucha electoral (7). Y, en efecto, el final no había de tardar.

Ya habían fracasado nuevas maniobras: los franceses y Corsini se habían pasado a Crescenci y Portocarrero a Paolucci (8). El pri-

(1) Wahrmond, 228; Eisler, 186; Lector, 567 s.; Moschetti, 12.

(2) *Rodt a Maria Teresa el 27 de julio de 1758, *Archivo público de Viena*; *informe de Brunati del 24 de junio de 1758, loco cit.; *informe de Correr del 1.º de julio de 1758, ibid. Excluyeron [los cardenales franceses] a Cavalchini como uno de los más afectos á las máximas de la Compañía [de Jesús], que es objeto de suma importancia en la actual situación de las cosas internas de este reyno. Masones a R. Wall, Paris, 15 de julio de 1758, *Archivo de Simancas*, Estado 4535.

(3) Cf. el *informe de Clerici al emperador del 6 de julio de 1758: I cardinali Luynes e Gesvres hanno persa tutta la confidenza e questi due col cardinale Prospero Colonna fanno poca figura ed il modo loro di trattare non sembra convenevole (*Archivo público de Viena*). Cf. *informe del 22 de junio de 1758, probablemente de Brunati, loco cit.

(4) V. la instrucción de Rodt en Wahrmond, 326.

(5) *Brunati a Colloredo y Kaunitz el 24 de junio de 1758, loco cit.

(6) *Brunati a los mismos el 28 de junio y 1.º de julio de 1758, ibid.; *informe de Clemente a R. Wall del 29 de junio de 1758, *Archivo de Simancas*; informe de Bonamici del 1.º de julio de 1758 en Sforza, 14. Cf. Moschetti, 13.

(7) *Informe de Correr del 1.º de julio de 1758: Egli intende di valersi di due esclusive stante che è ministro di due sovrani, de'quali è riconosciuta particolarmente in questa cortè la loro distinta sovranità. Cod. 261 del *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*.

(8) *Informe de Brunati a Colloredo y Kaunitz del 1.º de julio de 1758,

mero fué abandonado porque aun cuando la instrucción de Viena no le cerraba el paso, nombraba en primer término a Sagripanti o Paolucci. Sin embargo, tales recomendaciones se estrellaron ante las múltiples dificultades de los franceses (1). Por el bando francés fueron propuestos cuatro nombres: Bardi, Tempi, Lante e Imperiali, si bien ninguno de los candidatos halló acogida en Corsini y Rodt. Entonces se puso Rodt en tratos directos con Spinelli y se llegó a un acuerdo sobre Rezzonico; éste, empero, por su calidad de veneciano, no despertaba unánime entusiasmo (2).

Sin embargo, pronto fueron conquistados en su favor numerosos cardenales; pero su candidatura tropezaba con dificultades por parte de Albani, Portocarrero y los franceses. Dábase ya por segura su elección, cuando contra toda esperanza, el 4 de julio se declararon en su favor sólo cuatro votos (3) y en cambio aumentó proporcionalmente el número de los que nuevamente favorecieron a Crescenci. Los representantes de Francia y España hubieron de declarar, con pesar, que retiraban su adhesión. Trabajóse entonces con el mayor denuedo en pro de Rezzonico, por cierto con pronto y manifiesto resultado. Los franceses se encontraron en esto desorientados y acudieron a Laón en demanda de normas. La contestación fué: caso de no ser factible lograr una exclusión de sufragios, es preciso ceder (4). Con esto quedaba soslayado el obstáculo de mayor cuantía y la elección se podía dar por resuelta.

Cuando Rodt dió la noticia a Rezzonico se resistió éste largo rato entre lágrimas apelando a su indignidad (5). Al celebrarse el siguiente escrutinio en la tarde del 6 de julio ya habían hecho preparar sus adeptos los paramentos papales sobre el altar de la capilla Sixtina y al penetrar en la capilla musitaban palabras de aliento a todos los electores (6). De cuarenta y cuatro votos fueron treinta

loco cit. Paolucci era un sobrino del difunto cardenal Paolucci, a quien en 1721 alcanzó la exclusiva. Cf. nuestros datos del volumen XXXIV. V. también **Varie considerazioni*, loco cit.

(1) *Rodt a María Teresa el 27 de julio de 1758, loco cit.

(2) *Ibid. Cf. Petrucelli, IV, 159; Moschetti, 17.

(3) Asimismo también el 2, 3 y 5 de julio; hasta el 6 por la mañana no llegaron a ocho, a los cuales se añadieron otros cuatro. Cf. Petrucelli, IV, 160.

(4) *Giornale della sede vacante di Benedetto XIV, Cod. 14, I, 16 de la *Biblioteca del Seminario de Frascati*.

(5) *Rodt a María Teresa el 27 de julio de 1758, loco cit.

(6) *Giornale della sede vacante, loco cit. Cf. Petrucelli, IV, 163.

y uno favorables a Rezzonico (1); su elección, por tanto, era un hecho. Durante la adoración dió las gracias al cardenal Rodt con estas palabras: «Os debo todo lo que soy» (2). Su amigo Lante le propuso el nombramiento de Cavalchini para datario con estas palabras: «Tenga presente Su Santidad que Cavalchini llegó a tener treinta y tres votos para ser elegido» (3). Cuáles fueran los sentimientos que animaban al tan inesperadamente electo Papa lo demuestra claramente la carta que escribió el mismo 6 de julio de 1758 a su hermano Aurelio; dice así: «¿Quién lo hubiera pensado? Mis súplicas y mi tenaz resistencia no fueron capaces de apartar de mí la inmensa dignidad. Estoy lleno de confusión ante Dios y ante los hombres y me siento tan abatido que estoy fuera de mí mismo. Encomiéndame a Dios, que si alguna vez lo he necesitado es ahora. Tú conoces mis defectos; si los otros los hubieran conocido no hubieran realizado lo que han puesto en práctica. Quiero creer que ello es obra de Dios, pues de ningún modo he cooperado en un asunto que debe ser en absoluto obra suya. Esto es lo único que me consuela. Por tanto, oración y más oración.» (4)

En memoria del Pontífice que le había promovido al cardenalato tomó el nombre de Clemente XIII. Tanto su patria, Venecia (5), como su sede episcopal, Padua (6), celebraron con los mayores transportes de regocijo su elevación a la cátedra de San Pedro. Cuando su madre, que todavía vivía, tuvo conocimiento del caso, fué tal la alegría que la sorpresa le produjo, que, interesado el corazón, falleció poco después, el 28 de julio (7). La embajada de Venecia

(1) *Rodt a María Teresa y Kaunitz, loco cit.; Portocarrero a R. Wall el 6 de julio de 1758, *Archivo de Simancas*; además, informe de Bonamici del 8 de julio de 1758, en Sforza, 14. Cf. Novaes, XV, 6; Moschetti, 19.

(2) *Rodt a María Teresa el 27 de julio de 1758, loco cit.

(3) *Giornale della sede vacante, loco cit.

(4) Vita di Clemente XIII, 17.

(5) Moschetti, 20 ss. Sobre las sátiras venecianas referentes a la elección, v. ibid., 26 ss. Cf. Brevi e distinte notizie dell'esaltazione al pontificato di S. S^{ta} Clemente XIII Rezzonico Veneziano regnante creato il 6 Luglio 1758 e di tutto ciò che in segno di pubblica e comune allegrezza è di giorno in giorno seguito, Venecia 1758.

(6) Racconto delle funzioni sacre e feste fatte dalla città di Padova per l'esaltazione al Sommo Pontificato dell'em. sig. card. Carlo Rezzonico suo vescovo che prese il nome di Clemente XIII, Padua (Gonzatti), 1758; Grimani, 18; Moschetti, 22. Cf. Per la gloriosa esaltazione al Pontificato di N. S. Papa Clemente XIII festive ed umili dimostrazioni della città di Fano (el 24 de septiembre de 1758), Fano, 1760. Sobre Orfara cf. Moschetti, 22.

(7) Novaes, XV, 3.

en Roma organizó durante las tres siguientes noches grandes iluminaciones y públicos festejos con música y vino gratis (1); lo mismo realizó también el día de la coronación, que fué el 16 de julio (2). En una carta del 10 de julio dió el Papa las gracias al emperador por el decidido y eficaz apoyo que Austria había prestado a su elección (3). El 6 de agosto fué recibido en solemne audiencia el nuevo embajador imperial, Clerici (4).

La elección de Rezzonico influyó inmediatamente en las relaciones entre Venecia y el Vaticano (5). Ya con anterioridad a la muerte de Benedicto XIV se habían iniciado las negociaciones con miras a la derogación del decreto publicado por Venecia el 7 de septiembre de 1754, acerca de la comunicación con Roma (6), aun cuando por entonces no se llegó al acuerdo. Clemente XIII notificó inmediatamente (7) la nueva de su elección a su ciudad natal y recibió del dux y del senado sendas entusiastas cartas de parabién (8). Luego solicitó (9) que dieran de mano a la tirantez de relaciones con la curia derogando aquella disposición. Con fecha 12 de agosto se expidió a Clemente XIII, lo mismo que a los rectores y Capi de la República, la resolución tomada de declarar abolida en aquella fecha el referido decreto en consideración a la alta distinción que había cabido a un cardenal veneciano (10).

(1) Moschetti, 24. Las cuentas exactas véanse, conforme al *informe de Correr, en el Cod. 261 del *Archivio de la embajada austriaca del Vaticano*.

(2) *Clerici a Francisco I el 22 de junio de 1758, en los *Atti dell'ambasciata straordinaria al conclave dell'a. 1758 di s. e. il sig. Generale Marchese Clerici*, Cod. 423 *ibid.* Sobre la toma de posesión celebrada el 12 de noviembre, v. *Esattissima relazione della solenne cavalcata fatta dal Palazzo Vaticano alla Basilica Lateranense e di tutte le ceremonie occorse nel Possesso della S^{ta} di N. S. PP. Clemente XIII, Roma (Chracas), 1758; Storica descrizione formata sul fatto istesso de fausto giorno in cui prese il solenne possesso il S. Pont. Clemente XIII, por Giov. Reffini, Roma (Komarek), 1758.*

(3) *Copia de la carta en el Cod. 423 del *Archivio de la embajada austriaca del Vaticano*.

(4) Véase su *informe al emperador del 9 de agosto de 1758, *ibid.* En el mismo sitio también reseñas sobre su viaje (*informe del 6 de julio de 1758) y copias de sus credenciales.

(5) Cf. anteriormente, p. 14. Esto se esperaba como consecuencia inmediata de su elección; v. **Giornale della sede vacante*, loco cit.; *informe de Clemente a R. Wall del 6 de julio de 1758, *Archivio de Simancas*.

(6) *Informe de Correr del 13 de mayo de 1758, Cod. 261, loco cit.

(7) El texto en Grimani, 10 ss.

(8) *Ibid.*, 12 ss., 15 ss.

(9) 5 de agosto de 1758; v. *Vita di Clemente XIII*, 25; Moschetti, 31.

(10) *Clerici a María Teresa y a Kaunitz el 13 de agosto y al emperador

II

Vástago de una familia que en 1640 se trasladara de Génova a Venecia y en 1687 había sido inscrita en el libro de oro de la nobleza (1), Carlos Rezzonico había visto la luz del mundo el 7 de marzo de 1693 en la ciudad de los canales. Sus padres Giambattista Rezzonico y Vittoria Barbarigo, la cual sobrevivió muy poco a la elección de su hijo (2), confiaron al niño de diez años a los jesuitas del colegio de Bolonia. Vuelto a su patria, estudió Carlos en la universidad de Padua teología y derecho canónico. Graduado de doctor se trasladó en 1714 a la Academia de clérigos nobles de Roma; dos años más tarde ingresó en la prelatura y, ordenado de sacerdote, fué enviado por Clemente XI de gobernador a Rieti, de donde en 1721 marchó a Fano con igual cargo (3).

Llamado a Roma en 1725 como miembro de las consultas, fué promovido en 1729 a auditor de la Rota para Venecia, cargo que desempeñó con gran asiduidad (4). Ya entonces era celebrada, además de sus finos modales, la eximia piedad que le adornaba (5). Con universal aplauso le fueron franquados a Carlos Rezzonico el 20 de diciembre de 1737 por Clemente XII los umbrales del sacro colegio (6). Benedicto XIV le preconizó obispo de Padua, diócesis que quedó vacante al morir el cardenal Ottoboni. El Papa le confirió personalmente la consagración episcopal en los Santos Apóstoles.

el 16 de agosto de 1758, loco cit.; en ambos hay copias de estas disposiciones (folio 44 ss.). Cf. Moschetti, 32 s. El Papa dió las gracias con fecha 19 de agosto de 1758.

(1) *Informe de Clerici a Maria Teresa, fechado en Roma el 8 de julio de 1758, *Archivio público de Viena*; G. Ballerini, Lettera a Msgr. Giov. Batt. Rezzonico sopra l'antica origine della ecc. famiglia Rezzonico della Torre, Roma, 1768. Sobre el escudo de armas v. Pasini Frassoni, 48.

(2) Cf. más arriba, p. 14.

(3) Guarnacci, II, 723; Vita di Clemente XIII, 7 ss. (testimonio de Nicc. Ant. Giustiniani, episc. Torcell., del 15 de octubre de 1716 sobre la administración de la prima tonsura); Cardella, VIII, 285; Novaes, XV, 3 ss.; Lebensgeschichte aller Kardinale III, Ratisbona, 1772, 298 ss.

(4) Decisiones S. Rotae Romanae coram R. P. D. Carolo Rezzonico, 3 t.; Roma, 1759. Cf. E. Cerchiari, Capellani Papae et Ap. Sedis auditores seu S. Rom. Rota II, Roma, 1920, 226 s.

(5) B. Morosini, Relazione di Roma 1737, Venecia, 1864, 24.

(6) *Informe de Mons. Harrach del 21 de diciembre de 1737, *Archivio de la embajada austriaca del Vaticano*; Guarnacci, II, 726.

En Padua se consagró Rezzonico con gran escrupulosidad a sus incumbencias pastorales tomando como modelo al gran Carlos Borromeo y a su predecesor y consanguíneo Gregorio Barbarigo. En 1746 celebró un sínodo diocesano. Ante todo fijó su atención en el restablecimiento de la disciplina eclesiástica y en la formación de aptos sacerdotes, razón por la cual tomó a pechos la ampliación del seminario. A pesar de los importantes recursos que sus propios bienes le ofrecían, estaba siempre falto de dinero; pues su bondad era tan grande que le llevaba a darlo todo a los pobres, incluso su propia ropa interior. Los moradores de Padua le apellidaban a una el santo (1). En la misma Roma gozaba del mayor aprecio. Si los diplomáticos calificaban su talento de medianía, en cambio no se recataban en reconocer y proclamar su conducta intachable, su afabilidad, su celo en el cumplimiento del deber y sus nobles ideales (2). El cardenal Rezzonico, decía en 1754 el embajador español, siente estrictamente con la Iglesia; gracias a su discreción, contribuyó mucho al arreglo del litigio de Aquileia (3).

Los contemporáneos le pintan a sus sesenta y cinco años como un hombre de mediana estatura, de marcada propensión a la corpulencia, de frescos colores en el rostro, pero ya casi completamente calvo y un tanto encorvado (4). Su semblante era fiel trasunto de un bondadoso y tierno corazón (5). Piedad intensa y una bondad

(1) *Vive nel suo vescovato di Padova con santa esemplarità, escribía Brunati el 6 de mayo de 1758 a Colloredo y Kaunitz (*Archivo público de Viena*). Cf. *Vita di Clemente XIII*, 10 ss., y las obras especiales sobre Padua citadas en Gams, 799. *Documentos sobre la actividad episcopal de Rezzonico, sus visitas pastorales y actos de beneficencia y acerca de sus méritos para con la catedral y el seminario diocesano hallanse en el *Archivo de la Curia* y en el *Archivo capítular de Padua*.

(2) *Il card. Rezzonico, creatura di Clemente XII di 64 anni, sano e di buona complessione. Questi ha per se il cuore di tutta Roma, è di talento mediocre, ma di costumi ottimi, affabile, applicato a'suoi doveri, pieno di sentimenti di onestà e di santità (Brunati a Colloredo y Kaunitz el 6 de mayo de 1758, loco cit.). En un *memorial para un conclave, redactado probablemente en 1757, se dice sobre Rezzonico: uomo dabbene e zelante, di mente e capacità molto ristretta. *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*.

(3) *Zelante eclesiastico y con la comision de su republica contribuyó mucho por su prudencia al acuerdo de Aquileja. Portocarrero a R. Wall el 12 de septiembre de 1754, *Archivo de Simancas*.

(4) V. el informe lucchese en Sforza, 14.

(5) Retrato de Clemente XIII siendo cardenal (grabado en cobre por Hier. Rossi) en Guarnacci, II, 723. Goethe (*Italien. Reise*, editado por Schuchardt, I, 556) elogia el retrato de Clemente XIII hecho por R. Mengs como la obra

sin límites eran la base de su carácter. Con razón se pudo llamar Clemente, pues su clemencia no conocía más que un tope: los derechos de la Iglesia. Si era fácil en otorgar gracias, en cambio de los preceptos de la Iglesia no dispensaba sino en los casos más indispensables (1). Nada tenía tan profundamente grabado en el corazón como el mantener en vigor la disciplina eclesiástica (2). Cordara, que conocía a fondo a Clemente XIII, escribía de él: «poseía todas aquellas virtudes que pueden adornar a un príncipe y a un Pontífice. Por naturaleza era bondadoso y propenso a la largueza, espontáneo, verídico y enemigo de todo disimulo y exageración. Estaba dotado de ingenio despierto, de gran constancia y de una infatigable resistencia para el trabajo. Era fácil lograr acceso a él; en la conversación se mostraba siempre afable, pero moderado; el orgullo y el menosprecio de los demás era diametralmente opuesto a su índole y carácter. Aun cuando el destino le había deparado la suprema

más magnífica que jamás pintó el maestro; hallábase entonces en poder del senador príncipe Rezzonico y actualmente adorna la Biblioteca ambrosiana de Milán. Un segundo retrato de Mengs, hecho poco después de 1758, se halla en la Pinacoteca de Bolonia. El tercero, quizá sin terminar y completado más tarde por mano extraña, se halla en el museo de Estocolmo (cf. Voss, *Malerei*, 658, 660). Un retrato del Papa debido a Batoni, junto con otro de artista diverso, se halla en el palacio episcopal de Chur (el entonces obispo de Chur, Juan Antonio von Federspiel, era amigo de Clemente XIII). Otro retrato se encuentra en San Nicolás de Bari. El de J. de Porta se halla en Seidlitz, *Allg. bist. Porträtwerk*, I, Munich, 1884, y en Vogel, *Göethes röm. Tage* 83, copiado de un grabado de Camilo Tinti. Un buen retrato de autor desconocido se encuentra en la Galería de Venecia (sala XIII). También es bueno el retrato de Clemente XIII, casi de cuerpo entero, sedente, con la mano elevada en actitud de bendecir, grabado según la firma por J. B. Piranesi y D. Cunego (según Focillon [74] probablemente sólo por Cunego). Otro grabado muestra el Catálogo de los *Ritratti ital. d. Racolta Cicognara-Morbio*, 54, editado en Roma por C. Lang. Un busto en bronce de Clemente XIII se halla en la sacristía de Letrán. Los bustos de Clemente XIII proporcionados por Bracci en 1762, el uno para el Papa y el otro para el cardenal Rezzonico, han desaparecido; v. *Domarus, Bracci*, 57. En el refectorio de SS. Trinità de' Pellegrini existen medallones con el retrato en bajorrelieve. Obra maestra es la estatua que se halla en la tumba de Clemente XIII en San Pedro, debida a Canova. En su sede episcopal de Padua se hallan una estatua en el Prato della Valle, dos bustos en la catedral y en la gran sala del piso bajo de la residencia episcopal, así como un retrato en la sacristía mayor de los canónigos. Otros bustos de Clemente XIII pueden verse en la Biblioteca Angélica de Roma y en el Palazzo Comunale de Ancona (de Varlè). En el Tesoro de San Pedro se custodia un frontal en mosaico de Clemente XIII (v. *Annuaire pontif.*, 1913, 564). Sus ricos paramentos de la catedral de Padua fueron expuestos en 1897 con motivo del Congreso Eucarístico de Venecia.

(1) Cancellieri, *Possessi*, 514.

(2) V. el informe lucchese en *Sforza*, 15.

dignidad, con todo, supo mantenerse siempre dentro de los límites de una humildad y modestia sorprendentes.» (1)

Al lado de estas excelsas cualidades no pasa por alto Cordara los defectos capitales de Clemente XIII: su bondad (la cual, como él dice, si es excesiva causa perjuicio a un príncipe), y su gran falta de confianza en sí mismo. Extraordinariamente tímido y escrupuloso, era muy irresoluto y no osaba afrontar nada, razón por la cual daba oídos en demasía a los consejos de los demás (2). Así se explica que fuera tan dependiente de los que le rodeaban. Desde los mismos comienzos de su pontificado ejercieron sobre él influjo excesivo los cardenales Spinelli y Archinto. Spinelli era ya de antes íntimo del Papa; Archinto fué confirmado por él en el importante cargo de secretario de Estado. Ambos cardenales eran poco afectos a los jesuitas, y a su influjo se debió que Clemente XIII, a pesar de ser sincero amigo de la Compañía de Jesús, no adoptara respecto a Portugal aquella actitud decidida y enérgica que hubiera sido necesaria frente a la desenfrenada de Pombal (3).

Por lo que a la distribución de cargos se refiere, lo mismo que el secretario de Estado de Benedicto XIV, siguió también en su puesto el mayordomo Marcantonio Colonna hasta el 24 de septiembre de 1759, día en que fué admitido en el sacro colegio. Maestro de cámara fué nombrado Antonio María Erba Odescalchi, prodatriario el cardenal Cavalchini (4), secretario de memoriales el sobrino del Papa Carlos Rezzonico, auditor santísimo Andrea Negroni y secretario de breves el sabio amigo de Winckelmann Miguel Ángel Giacomelli (5).

(1) Cordara en Döllinger, Beiträge, III, 33.

(2) Cordara, loco cit., 22. El cardenal nepote adolecía también de gran irresolución y lentitud; v. Sforza, 40.

(3) Cf. más adelante el capítulo IV.

(4) Cf. anteriormente, p. 10.

(5) *Informe de Albani a Kaunitz del 8 de julio de 1758, *Archivo público de Viena*. Sucesor de Colonna fué nombrado Giov. Ottavio Bufalini, y cuando también éste fué promovido al cardenalato, le sucedió en 1766, como mayordomo, el sobrino del Pontífice, Giov. Batt. Rezzonico; v. Moroni, XLI, 271 s. Erba Odescalchi fué nombrado también cardenal en 1759, lo mismo que en 1766 su sucesor Giov. Carlo Boschi, cuyo cargo lo obtuvo Scipione Borghese; v. Moroni, XLI, 136 s. Cf. *ibid.*, LXXII, 203, sobre Negroni. Sobre Giacomelli v. además de Justi, II, 86 ss., Moroni, XXX, 200 s., y Forcella, III, 460, VI, 460. Secretario de breves fué primeramente Cayetano Amato (*Epist., I, II, *Archivo secreto pontificio*), luego Tom. Emaldi (*ibid.*, II, III, IV) y, a partir del quinto año del pontificado hasta el fin del mismo, Giacomelli.

El 30 de septiembre de 1758 sucumbía ya el cardenal Archinto, víctima de un ataque apoplético (1). A mediados de octubre fué confiada la secretaría de Estado al cardenal Luigi Torrigiani (2), el cual sólo ante los apremiantes ruegos del Papa se resolvió a aceptar cargo de tanta responsabilidad (3). Con esto se inició un cambio fundamental en la política, pues Torrigiani era ferviente amigo de los jesuitas (4). Dotado de gran capacidad y de talento extraordinario, como sus mismos enemigos, aun los más encarnizados, no dejan de reconocer (5), recto, trabajador y enérgico, llegó a ejercer

(1) *Rodi a Colloredo y Kaunitz el 13 de octubre de 1758, *Archivo público de Viena*; Sforza, 16. Losa sepulcral en San Lorenzo in Damaso; v. Forcella, V, 212.

(2) L. Torrigiani había recibido en 1753 la púrpura de Benedicto XIV (véase la pág. 207 del vol. XXXV). Murió en 1777. Su familia era originaria de Lamporecchio, en la vertiente occidental de los montes de Pistoia. Un retrato de Torrigiani puede verse en Tomassetti, Campagna, II, 227. Sobre el archivo de la familia Torrigiani v. D. Marzi en los *Atti d. Congresso Storico di Roma*, 1903, III, 383 ss.

(3) Véase el informe lucchese en Sforza, 17. Acerca de la satisfacción de la corte imperial al ocurrir su nombramiento v. *Informe de Colloredo a Albani del 6 de noviembre de 1758, *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*.

(4) Cordara, loco cit., 25.

(5) Torrigiani, forse il peggiore, ancorchè di molto talento, se dice en la antijesuitica *Vita di Clemente XIII en el Cod. 41 A 5 de la *Biblioteca Corsini de Roma*. En el anteriormente citado *Memorial al conclave se dice de él: Uomo di talento e di molta capacità. Di naturale però forte ed amico della sua opinione. Un tal soggetto è stato con ogni sforzo promosso al cardinalato dalli pressanti uffici del card. Valenti (*Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*). Cf. además los juicios en el *Informe del cardenal Portocarrero a R. Wail del 12 de septiembre de 1754 (*Archivo de Simancas*) y del embajador lucchese en Sforza, 17. — En un *Fragmento de 1769, el cual contiene informaciones acerca de unos treinta cardenales italianos, se dice sobre Torrigiani: Uomo giusto, di proposito costante, de molti talenti, faticatore instancabile, incorrotto, e pulito di cuore e di mano. Due sono l'eccezioni, che se li danno: una il fidarsi troppo di se stesso, e disprezzare gli altrui sentimenti, e il voler far tutto da sè, perchè crede niuno poter far meglio di lui, l'altra di essere soverchiamente attaccato all'interesse. Si attribuiscono a lui tutte le disgrazie del Pontificato, le male soddisfazioni dei Sovrani, l'ostinata difesa dei Gesuiti. Ma si vuol dir delle persone il bene ancora, quando se ne scuoprono i difetti. Molte cose sono state addossate ai Ministri, che [sono] state parte del Padrone. Di molti fatti è stato esecutore, non promotore. Il suo disinteresse apparisce nel rifiuto delle cariche più ambite, come della Cancelleria e del Camerlingato: erano ambedue le sue se le avesse volute; gran temperanza è stata lo averle rifiutate ed aver anche rinunciato la Segreteria di Stato costretto quasi a forza a riassumerla. Ha sempre rifiutato donativi. Sanno i parrochi di Roma le somme considerabili da lui somministrate per doti di fanciulle e per soccorso de' miserabili. Sanno le badie le profuse somministrazioni di frumento da lui ordinate negli anni di penuria. Se poi avesse doti sufficienti per la carica, che ha sostenuta, non glielo accordan coloro che desiderano una più

sobre el Papa un influjo tanto mayor, cuanto que, contra todo lo que se podía esperar (1), el sobrino del Pontífice, Carlos Rezzonico, nombrado cardenal el 11 de septiembre de 1758, se mantuvo alejado por completo de los negocios, dedicado exclusivamente a sus incumbencias como secretario de memoriales y a las prácticas de piedad (2).

El cardenal Torrigiani tenía tal dominio de sí mismo, que, como los mismos diplomáticos adversarios suyos confiesan, hasta en las situaciones más difíciles conservaba su imperturbable serenidad (3). A pesar de la gran amistad que le unía a la Compañía de Jesús, quiso con todo ser independiente en el desempeño de su cargo, por

profonda cognizione del diritto pubblico, delle massime delle Corti, delle relazioni che ha ciascuna con Roma, dell'origine, e progressi del dominio, e giurisdizione della Sede Apostolica, dei mezzi di conservarla in quello stato in cui si è trovata. Egli governerà nel conclave i Rezzonici, e continuerà nel partito gesuitico, in cui è entrato non per corruttela di volontà, ma per errore di mente (*Archivio público de Nápoles*, Carte Farnes., 1504). Cf. *Erizzo (II) al dux de Venecia, el 3 de enero de 1767, *Archivio público de Venecia*, Ambasciatore, Roma, 286. Merenda (*Memorie, f. 135 s.) llama a Torrigiani huomo di spirito e di talento, capacità e sufficiente dottrina, risoluto et autoritativo. *Biblioteca Angelica de Roma*.

(1) C. Rodt decía en una *Carta a María Teresa fechada el 2 de agosto de 1758, que el nepote se haría cargo de la máxima parte de los negocios. *Archivio público de Viena*.

(2) Sforza, 17; Renazzi, IV, 240. Cf. Adunanza degli Arcadi per l'esaltazione alla dignità di senatore di Roma di S. E. il s. d. Abondio Rezzonico nipote di Clemente XIII, Roma, 1766. La tumba del cardenal Rezzonico con su magnífico retrato se halla en la capilla del crucero de Letrán.

(3) Cf. el *Informe de Manuel de Roda y Arrieta a R. Wall del 26 de mayo de 1763 (*Archivio de Simancas*) sobre su conversación con Torrigiani; el informe demuestra que Justi (III^a, 13) se fió demasiado pronto de un hombre parcial como Tanucci, el cual califica al cardenal de feroce como Bonifacio VIII, de tosco y grosero. Si en la contienda en torno a los jesuitas se llegó a choques violentos entre Torrigiani y los diplomáticos y los últimos hablaban de los exabruptos de ira del cardenal, no es lícito echar la culpa sin más a Torrigiani. Del dominio de sí mismo que Torrigiani demostró con motivo de la recusación del breve sobre la pragmática española (v. más adelante el cap. VI) hacia Manuel de Roda y Arrieta en la citada *carta del 26 de mayo de 1763 la siguiente descripción, de gran peso por cierto: Ni entonces ni en todo mi anterior discurso, que duró cerca de una hora, me interrumpió, replicó ni habló una palabra, me oyó con suma atención y solo pude notar en las mutationes del semblante y color de su rostro la agitación que padecía en su ánimo... En tan larga sesión de tan poco gusto para el cardenal y tan contraria a su genio sobre no haverme quedado escrúpulo de haver omitido reflexión ni especie alguna que pudiera conducir al honor del Rey y a la prueba del error, que havian cometido en remitirle semejante Breve, tengo la satisfacción de que haviendolo hecho conocer y retratar, no me dió el menor motivo de queja ni resentimiento, antes bien se excedió con la urbanidad, atención y cortesía.

lo cual no tomó por confesor a ningún jesuita (1). Su influencia sobre el Pontífice la hubo de compartir Torrigiani aun por largo tiempo con Spinelli, el cual, hasta que le sobrevino la muerte el 11 de abril de 1763, se aferró en su actitud antijesuitica, cosa que le hizo desmerecer el fin de su antiguo valimiento para con el Papa (2). Como antes lo fuera en los asuntos temporales (3), al presente llegó a ser también Torrigiani el árbitro en los eclesiásticos. Persuadido de que los jesuitas eran atropellados con flagrante injusticia y de que en último término en ellos se pretendía alcanzar la Santa Sede, se puso el secretario de Estado con el mayor denuedo de parte de los perseguidos, actitud que naturalmente le granjeó el odio a muerte de todos los enemigos de los jesuitas. Hasta qué punto llegara esta inquina se desprende de los libelos difamatorios que, al amparo del anónimo, pintan con los colores más tétricos la figura de Torrigiani (4).

(1) Informe del embajador lucchese del 9 de diciembre de 1758, en Sforza, 17.

(2) Véase las *Cartas de Brunati a Colloredo del 23 y 24 de abril de 1763, loco cit., y los informes del embajador lucchese en Sforza, 29, 32.

(3) V. la página 297 del volumen XXXV.

(4) Uno de los libelos difamatorios más apasionados lleva por título *Carattere di Clemente XIII e di vari altri personaggi di Roma, 1766, Cod. 41 A 5, paginación roja, 47 ss., *Biblioteca Corsini de Roma*. Muy difundida (otras copias: Cod. Z 6, p. 15 ss. de la *Biblioteca Vallicelliana de Roma*; además, Cod. 8430, en el *Museo británico de Londres*, en el Fondo Gesuit, 196, p. 348 ss. de la *Biblioteca Vittorio Emanuele de Roma* y en el *Archivo de la embajada austríaca del Vaticano*, aquí lleva la fecha de junio de 1766), ha servido esta infeliz obra por largo tiempo, a pesar de confundir lamentablemente la verdad con la falsedad, de norma y orientación a las opiniones de los historiadores. El mismo Ranke (III, 134, nota 2) basa sus verificaciones en este parcial escrito. Con razón ha afirmado ya en cambio Dengel (Garampi, 84, nota 4) que la obra de un adversario tan furibundo de Torrigiani, como lo es el anónimo autor, sólo puede ser utilizada con precaución. Rebosando espíritu antirreligioso se mofa el autor de manera indigna de la piedad del cardenal nepote Rezzonico y vierte sobre Torrigiani un cúmulo de acusaciones, infamias y calumnias. Que Torrigiani, no obstante su gran influjo, se sometía siempre en último término al Pontífice lo demuestra Garampi (Dengel, Garampi, 84, nota 5); que jamás ofendió a los diplomáticos con violencias y desplantes, v. anteriormente la nota 3 de la pág. 21; que el cardenal no fué tan egoísta como el autor quiere hacer creer, lo demuestra el hecho de haberse resistido en absoluto a admitir la dignidad de camarlingo aun cuando era compatible con la secretaría de Estado (v. el *Informe de Brunati a Colloredo del 22 de junio de 1763, loco cit.; cf. anteriormente la nota 5 de la pág. 20). El odio del anónimo libelista que repite las calumnias lanzadas por Almada (cf. más adelante, el cap. VI) provenía de la actitud favorable a los jesuitas que adoptó Torrigiani. Por esta causa se difama también a las demás personas del inmediato cortejo de Clemente XIII. Así dice: Il confessore Msgr. Adeodato Barcali [párroco de San Biagio della Pagnotta] regola la coscienza del Papa da vero

En cambio, sus cartas a los nuncios nos ofrecen una espléndida justificación del cardenal, el cual estaba íntimamente convencido de que debía actuar con la mayor energía en defensa de los derechos de la Iglesia y en favor de sus más fieles vasallos los jesuitas.

Torrigiani era ferviente adicto del Pontífice, a cuyo dictamen se sometió siempre aun cuando su propio parecer fuera distinto (1). A pesar de todos los enconos sostuvo su elevada posición durante todo el pontificado (2), en lo cual se vió favorecido sin duda por la circunstancia de la delicada salud que de ordinario tuvo Clemente XIII. Ya en 1759 sufrió el Papa repetidos accesos de fiebre; los médicos le prescribieron en vista de ello una larga estancia en Castel Gandolfo, adonde se trasladó el Pontífice el 3 de junio (3). Este cambio de aires produjo efectos tan benéficos (4), que en los años siguientes se trasladaba el Papa regularmente al magnífico palacio situado sobre el lago Albano en los meses de mayo y octubre. Durante estas *villeggiaturas* se paralizaba tan poco el curso de los negocios, que se podía decir que el Padre Santo sólo cambiaba de lugar; lo mismo que en Roma eran recibidos en Castel Gandolfo cardenales, embajadores y secretarios de congregaciones. En sus horas libres visitaba el Papa diariamente el Santísimo Sacramento en alguna de las iglesias colindantes, coyuntura que aprovechaba para repartir cuantiosas limosnas a los menesterosos (5). En la primavera de 1762 trocó su residencia de campo por Civitavecchia, donde también distribuyó con largueza limosnas y visitó el hospital. Aprovechó una expedición a Corneto para visitar a los prisioneros allí residentes. En Civitavecchia no excluyó Clemente XIII de su caridad a los galeotes y dió orden de erigir un hospital para enfermas y huérfanos (6).

A comienzos de 1763 sufrió el Papa una oftalmía. Su progresiva

terziario professo della venerabile società. Los méritos de Torrigiani, debidos a sus esfuerzos por mejorar la Campagna, son elogiados por un conocedor de la talla de Tomassetti (II, 227).

(1) Cf. la nota anterior.

(2) No llegaron a realizarse los designios de hacer dimitir a Torrigiani, de los cuales informaba *Albani a Colloredo el 2 de enero de 1762 (*Archivo público de Viena*).

(3) Novacs, XV, 19 ss.

(4) Cf. el *Informe del cardenal Portocarrero a R. Wall del 28 de junio de 1759, *Archivo de Simancas*.

(5) Novacs, XV, 20, 68 ss.

(6) Ibid., 64 ss.; Guglielmotti, *Ultimi fat'i*, 187.

obesidad hacía temer ya entonces que su vida no fuera muy duradera (1), temor que en 1765 parecía iba a trocarse en triste realidad. La tarde del 19 de agosto visitó Clemente XIII, según su diaria costumbre (2), el Santísimo en la iglesia de San Roque. Durante el piadoso acto le sobrevino al congestivo y corpulento pontífice un síncope tan grave, que llegó a inminente peligro de muerte y se le administró la extremaunción. Empero pronto se restableció y pasados dos días ya se trocaron en acción de gracias las rogativas que habían sido prescritas a las iglesias (3). No obstante las tranquilizadoras aseveraciones de los médicos, temían muchos que el Papa terminaría entonces sus días. El gobierno de Madrid encargó a su representante que informara sobre los miembros del sacro colegio con el fin de estar prevenidos para el evento de un conclave (4). En la noche del 14 de diciembre tuvo el Papa otro síncope parecido, aun cuando más benigno; y si bien tras una sangría se presentó rápida mejoría, con todo los mismos médicos se preocuparon en esta ocasión. Como se trataba de ataques apopléticos, se temía sobreviniera al Pontífice una muerte repentina (5). A los diplomáticos preocupaba como nunca el conclave (6). Si Clemente XIII, no obstante los sín-

(1) *Informe de Brunati a Kaunitz del 3 de enero de 1763, *Archivo público de Viena*.

(2) *Informes de Manuel de Roda y Arrieta del 14 de enero y 18 de marzo de 1762, *Archivo de Simancas*.

(3) *Informe de Gentile a Colloredo de 21 de agosto de 1765, *Archivo público de Viena*; *Carta de Tomás Azpuru a Grimaldi del 22 de agosto de 1765: El lunes salió el Papa a las cinco y media de la tarde, como acostumbra, a visitar las 40 horas, que estaban en la iglesia de San Roque, donde estuvo cerca de tres cuartos de hora en oración. Bolvió a su palacio y al salir la escalera sintió un afán al pecho que despreció por entonces, pero se fue aumentando tan aceleradamente que lo puso a las puertas de la muerte de cuyo riesgo está no solo libre gracias a Dios si que se halla tan mejorado que los médicos aseguran haber recobrado la salud (*Archivo de Simancas*). Cf. también Sforza, 39.

(4) *Carta de Azpuru del 26 de septiembre de 1765, loco cit.

(5) *Informe del 18 de diciembre de 1765, *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*, *Informe de Azpuru del 19 de diciembre de 1765, loco cit. Torrigiani escribe en cifra el 14 de diciembre al nuncio Pamfili de París: La notte di sabato 14 del corrente alle ore 6 1/2 fu sorpreso N. S. da un insulto di sangue simile a quello che soffrì nell'Agosto passato. Fu per altro assai più breve e leggiero, poichè nè perdè mal l'uso di tutti i sentimenti, Nunziat. di Francia, 453, *Archivo secreto pontificio*.

(6) Albani envió el 25 de enero de 1766 un *informe sobre el conclave, puesto que el estado del Papa era minacevole (*Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*). Azpuru había mandado ya su *informe el 24 de octubre de 1765; por *carta del 5 de diciembre de 1765 prometía, correspondiendo al deseo del rey, enviar todavía ulteriores noticias sobre los cardenales (loco cit.). Los pre-

tomas amenazadores arriba indicados y las emociones que los tiempos le depararon, todavía vivió varios años, lo debió no en último término a la resolución que por fin adoptó de hacer frecuente ejercicio corporal al aire libre. Perseveró en sus habituales visitas vespertinas a los templos y por las mañanas se le veía pasear con asiduidad por las magníficas villas de Roma (1).

III

Nada era tan caro a Clemente XIII, escribe Cordara en su característica del Papa, como el bien de su pueblo (2). Cuán acertado fuese este juicio lo demostró la conducta del Pontífice en los calamitosos años de 1763 y 1764 (3). Las grandes sequías habían causado una tan mísera cosecha, que toda Italia, mayormente las regiones meridionales, sufrieron el azote de una gran carestía y miseria. Clemente XIII hizo todo cuanto fué posible por remediar la desgracia. Para socorro de los municipios se fundó en septiembre de 1763 un nuevo Monte llamado *della Abondanza* (4). La solicitud del Pontífice por proveer de aceite, uno de los artículos más importantes en Roma, la recuerda aún hoy día una inscripción que se lee en un almacén de aceite situado en la Piazza delle Terme (5). El funesto régimen climatológico que predominó desde comienzos del año 1764 había traído como secuela el que las labores de los campos no pudiesen comenzar a su debido tiempo. De todos los confines de los Estados pontificios, lo mismo que de Nápoles (6) y Toscana, aflúan a torrentes los menesterosos a Roma, para cuyo alojamiento y sostenimiento eran precisos los mayores esfuerzos. El Papa desplegó una actividad incansable con el fin de salvar a tantos millares de hambrientos.

parativos y las negociaciones para el conclave prosiguieron aún en 1766; v. el *informe de Azpuru del 6 y 13 de febrero, 13 de marzo y 3 de abril de 1766, *ibid.* Al adorar al nuevo beato Simón de Roxas tuvo el Papa un nuevo acceso, por lo cual le fué dada una sangría (*Informe de Azpuru del 22 de mayo de 1766, *ibid.*).

(1) *Informes de Azpuru del 13, 20 y 27 de octubre de 1768, loco cit.

(2) Cancellieri, Possessi, 514.

(3) Cf. [Campelli], Penuria de'grani 1763-64, Roma, 1783.

(4) Novaes, XV, 77.

(5) De Cupis, 319. Cf. Novaes, XV, 107.

(6) *Vita di Clemente XIII en el Cod. 41 A 5 de la *Biblioteca Corsini de Roma*; Guglielmotti, Ultimi fatti, 189.

Una congregación especial de cardenales deliberó en presencia del secretario de Estado sobre las medidas que había que adoptar (1). En el mes de marzo era en Roma tan crítica la situación, que se temió se declarara el azote del hambre, con los mismos estragos que ya hacía tiempo venía causando en Nápoles (2). A primeros de abril se celebró en consecuencia una solemne procesión de rogativas (3). El Papa quiso importar trigo del extranjero con el fin de socorrer a los hambrientos, pero Francia se negó a la exportación (4). Cuando por fin se logró hallar trigo (5), hubo que pagarlo a doble precio que el año anterior (6), por lo cual no quedó más solución que recurrir al tesoro de Sixto V existente en el castillo de Santangelo para pagar el trigo a cualquier precio, aun el más elevado. Dedújose medio millón de escudos del citado tesoro (7), pero no fué suficiente, por lo cual fué preciso en el mes de agosto levantar en la ciudad de Roma y en su comarca los mismos tributos que Benedicto XIV había prescrito en 1743 en situación análoga (8). Los mismos adversarios reconocen que el gobierno de Clemente XIII llevó a la obra en tal ocasión cuanto en sus fuerzas estuvo para mitigar el espantoso estado de miseria. Mas no ha de sorprender que no se lograra realizarlo por completo, pues el crédito estaba en bancarrota y los recursos eran limitados; por otra parte, hay que apuntar que entonces faltaban los conocimientos precisos sobre economía pública, por lo cual eran inevitables los desfueros en la subida de precios. No faltaron además gobernadores desalmados que realizaron para su

(1) *Informe de Manuel de Roda y Arrieta del 8 de marzo de 1764, loco cit. El 5 de abril de 1764 *informe el mismo (ibid.) que el Papa se hallaba muy impresionado por las calamidades; oraba con ahínco, incluso había celebrado en la capilla Sancta Sanctorum y lo hacía todo por remediar la carestía y falta de pan. Cf. Novaes, XV, 79.

(2) *Brunati a Colloredo el 17 de marzo de 1764 (loco cit.): La penuria e carestia di pane in questo stato e dentro Roma è arribata a un segno, che, non ostante le più provide diligenze, si teme che si possa restare senza grano prima della nuova raccolta. En Nápoles morían ya personas de hambre. Cf. Riv. stor., 1915, 12.

(3) *Cifra al Nunzio di Francia del 4 de abril de 1764, Nunziat. di Francia, 453, *Archivo secreto pontificio*.

(4) Informe lucchese del 21 de abril de 1764, en Sforza, 34.

(5) Procedía principalmente de Cerdeña y el Piamonte; v. el *Breve de acción de gracias al rey Carlos Manuel de Cerdeña del 21 de abril de 1764, Epist. VI, *Archivo secreto pontificio*.

(6) Vita di Clemente XIII, loco cit.

(7) *Informe de Brunati a Colloredo del 11 de abril de 1764, loco cit.

(8) Novaes, XV, 83.

medro aquella misma especulación de granos que estaba prohibida a los terratenientes y comerciantes (1).

Al principio se había dado albergue a los pobres en San Teodoro y en el borgo San Ángel; más tarde mandó el Papa disponer muchos albergues en las Termas de Diocleciano para los hombres y en Santa Anastasia para mujeres y niños. Los jesuitas se encargaron del cuidado espiritual de los primeros, y sacerdotes seculares atendieron al de las últimas. Hasta fines de mayo, en que por fin pudo darse comienzo a las labores de los campos, fueron atendidos de esta guisa ocho mil menesterosos de Roma: al ser despedidos, todos recibieron sendas limosnas de pan y dinero. Otro tanto ocurrió al partir los forasteros, cuyo número se señala en más de seis mil (2). El día de Pentecostés, 11 de junio de 1764, celebró el Pontífice una procesión de acción de gracias por haber cesado el público azote (3).

Con el fin de no estar en lo sucesivo completamente vendidos al extranjero, a partir de 1765 procuró Clemente XIII estimular a los terratenientes de la campiña romana al cultivo intensivo de cereales, pero el cerco de latifundios era demasiado apretado para que el plan pudiera prosperar (4). La falta de cereales del verano de 1766 (5) hubo de ser remediada apelando a la importación del extranjero; los gastos, medio millón de escudos, fueron sufragados de nuevo a expensas del tesoro de Sixto V (6). Para socorrer a los pobres se hizo extensiva en 1767 a todas las provincias de los Estados pontificios la disposición de Benedicto XIV que declaraba permitido el espigueo a los en extremo necesitados (7).

Pruebas de su gran caridad las había dado ya el Papa antes de su elección como miembro de la congregación de Trinità de' Pellegrini (8) y durante su primer año de gobierno, en el que hizo distribuir víveres entre los pobres (9) y les asignó un donativo de diez

(1) Brosch, II, 123.

(2) Novaes, XV, 79-82.

(3) Ibid., 79 ss.

(4) De Cupis, 321; Benigni, 87.

(5) *Informes de Azpuru a Grimaldi del 31 de julio, 7, 21 y 28 de agosto de 1766, *Archivio de Simancas*.

(6) *Informe de Azpuru del 7 de agosto de 1764, *ibid.*; informe lucchese en Sforza, 47.

(7) De Cupis, 322 ss. Cf. anteriormente la página 135 del volumen XXXV.

(8) Forcella, VII, 223.

(9) Novaes, XV, 16.

mil escudos que había recibido de su hermano (1). Su buen corazón lo demostró también con ocasión de su primera visita al hospital de San Giacomo donde no se desdenó de servir a los pobres y de alternar con los más repulsivos de ellos, con tanto cariño que todos se conmovieron hasta derramar lágrimas (2). La gran bondad del Papa adolecía, por cierto, de un inconveniente, y era la excesiva blandura con que era administrada la justicia, y esto no sólo en Roma, donde los muchos asilos hacían especialmente difícil la captura de los malhechores, razón por la cual reinaba una gran inseguridad (3) y los delinquentes se multiplicaban. Los registros de procesos acusan para los once años que duró el pontificado de Clemente XIII una cifra de diez mil homicidios, de los cuales cuatro mil fueron perpetrados en la Ciudad Eterna (4).

La población de los Estados pontificios ascendía en 1768 a 2036747 habitantes, de los cuales 158906 pertenecían a Roma. Desde 1736 se había realizado un aumento demográfico de 190519 habitantes en las provincias y de 8257 en la capital (5).

Muy seriamente se preocupó Clemente XIII de la difícil regulación de las aguas en las legaciones de Bolonia, Ferrara y Ravena (6). Asimismo pensó en la desecación de las lagunas del Pontino. Ya en 1759 le preocupaba este proyecto, cuya realización

(1) Sforza, 15:

(2) Ibid. Sobre el impulso dado al hospital de Santo Spirito v. Forcella, VI, 455.

(3) Sobre el decreto contra los bandidos de la Campagna v. Novaes, XV, 57.

(4) Ibid., XVI, 1, 27.

(5) Corridore, Popolazione, 24. El año 1763 aparecieron dos obras importantes para el conocimiento de la Ciudad Eterna y sus tesoros artísticos: R. Venuti, *Descrizione topografica delle antichità di Roma*, 4 tomos, y F. Titi, *Descrizione delle pitture, sculture e architetture esposte al pubblico in Roma*. Enorme difusión halló la guía de G. Basi, la cual con sus hermosas vistas (v. Justi II, 110, y Sulger-Gebing en el *Goethejahrbuch*, XVIII, Francfort, 1897, 220 s.) es un precursor de Piranesi. Sobre el estado en que entonces se hallaban las catacumbas v. *Röm. Quartalschrift*, 1911, 105 ss.

(6) Ant. Lecchi d. C. d. G., *Piano per l'inálveazione delle acque dannegianti il Bolognese, il Ferrarese e il Ravennate*, formato per ordine di P. Clemente XIII dal P. Lecchi e dagli architetti T. Temanza y G. Verace, Roma, 1767. Cf. *Aviso di Roma del 5 de octubre de 1760, Cod. ital. 554 de la *Biblioteca pública de Munich*. V. también Lombardi, II, 282. Una *carta de Brunati del 5 de marzo de 1763 pondera la dificultad de la empresa: opera di così difficile riuscita come sarà ancor quella che si sta per intraprendere sul Reno di Bologna e di Ferrara. *Archivo público de Viena*.

fué decretada en octubre de 1760 (1). El renombrado astrónomo Lalande, testigo nada sospechoso, expresó entonces su admiración por el Papa que tanto se preocupaba por el bienestar de su pueblo. En una audiencia que concedió a Lalande le rogó el Pontífice que le informara sobre algunas cuestiones técnicas referentes al caso. «Yo me permití, refiere Lalande, hacerle notar que la desecación de los pantanos pontinos sería la gloria de su pontificado, a lo cual replicó Clemente XIII casi con lágrimas en los ojos y alzando las manos al cielo: No es la gloria lo que buscamos, es el bienestar de nuestro pueblo.» (2)

En 1759 estaba ya ultimado el informe del presidente de la provincia marítima y de la Campagna, Emmerich Bolognini, quien con el auxilio del geómetra Ángel Sani hizo los estudios necesarios en la comarca pantanosa; pero la realización del proyecto tropezó con las antiguas dificultades. Sin embargo Clemente no desistió, y por un motu proprio de 1762 declaró que la empresa sería llevada a la práctica a expensas de la Cámara Apostólica. La alta dirección fué confiada al cardenal Cenci, mas al morir éste repentinamente el 2 de marzo de 1763, se produjo un estancamiento que no desapareció hasta que el 28 de noviembre del mismo año ocupó el cardenal Bonaccorsi el puesto de Cenci. Sin embargo, la realización fracasó al fin, lo mismo que en los anteriores intentos, ante la oposición de los gaetanos y de las comunidades de Sezze (3). Por otra parte, tampoco hubieran alcanzado los recursos de que disponían.

Va en los mismos comienzos del pontificado de Benedicto XIII infundía tan serias preocupaciones el desastre financiero, que fué pedido informe a los cardenales sobre los medios con que poder reparar el mal (4). Pero los asesoramientos no llevaron al resultado apetecido. De luz clarísima queda iluminada la situación por el informe del mes de abril de 1764, según el cual ascendía en aquella fecha la deuda pública a más de setenta millones de escudos. El pago de los intereses era imposible, puesto que los ingresos tan sólo oscilaban entre dos y tres millones y faltaban las fuentes auxiliares

(1) *Aviso del 24 de octubre de 1760, loco cit.

(2) Benigni, 87.

(3) Cf. los informes lucchenses en Sforza, 24, 29, 30, 31, 37; Benigni, 87.

(4) Cod. Vat., 9724, contiene numerosos *dictámenes de los años 1758-59 de cardenales y prelados, entre otros también de Ganganelli, acerca de la extinción de las deudas (*Biblioteca Vatic.*). Sobre las finanzas cf. Moroni, LXXIV, 313 s.

de la agricultura y comercio de las cuales disponían otros Estados (1). En tales circunstancias no hubo más remedio que dar otra acometida al tesoro de Sixto V, si bien bajo garantía del reintegro, ya que al sacar el primer medio millón de escudos había prometido el Papa la devolución en el consistorio del 9 de abril de 1764 (2). Como en 1766 avanzara por el mismo camino, muchos cardenales expresaron su desagrado (3), el cual se hizo patente sobre todo en el consistorio celebrado el 22 de diciembre de 1766 en ocasión en que iba a sacarse por tercera vez medio millón más del tesoro (4). La oposición era injustificada, pues no se tocó el tesoro sino «después de haber recurrido en vano a todos los otros medios de reunir dinero, tras de haber fracasado la emisión de un nuevo empréstito (de trescientos mil escudos) y después que los bancos de Santo Spirito y Monte di Pietà se vieron en la precisión, para sobresalto de sus acreedores, de cubrir el irrealizable empréstito del gobierno» (5).

No había duda de que sólo una reforma fundamental tributaria podía poner orden en los asuntos económicos. Por esta razón se pensó seriamente en establecer en los Estados pontificios un sistema armónico de aduanas. Pero este pensamiento no era viable, ya que no estaba a mano disponer de los recursos necesarios para organizar las aduanas en las fronteras. En consecuencia, a fines de 1768 se tomó la determinación de elevar para los Estados pontificios, exceptuando sólo Roma y la Campagna, el impuesto sobre la molienda de harina, de lo cual se esperaba sacar un ingreso anual de doscientos mil escudos. Mas este proyecto se estrelló ante la resistencia de la población que no fué posible vencer porque no se podía tener confianza en los funcionarios (6).

Al estado ruinoso del erario se debe que no fueran llevados a la práctica proyectos de utilidad suma, como la reforma del puerto de Terracina (7) y la regulación de la desembocadura del Tíber en

(1) *Informe de Brunati a Colloredo del 11 de abril de 1764, loco cit. Sobre el fomento de un nuevo ramo industrial (papel de lujo) v. Novaes, XV, 63 s.

(2) Bull. Cont., III, 875.

(3) *Informe de un agente austriaco del 6 de agosto de 1766, *Archivio de la embajada austriaca del Vaticano*.

(4) *Informe del 22 de diciembre de 1766, *ibid.* Sobre la restitución de las cantidades sacadas cf. Bull. Cont., III, 1440 s. (17 de julio de 1768).

(5) Brosch, II, 125, según informes venecianos.

(6) *Ibid.*, 125 ss.

(7) Benigni, 87.

Fiumicino (1), como también lo poco que por el arte y la ciencia se pudiera realizar.

Los artistas de más nombradía que entonces poseía Roma eran Rafael Mengs, a quien los contemporáneos equiparaban al urbinés, y el incomparable grabador Giovan Battista Piranesi.

Mengs produjo dos retratos magistrales de Clemente XIII, fué agraciado con la gran Orden de la Espuela de oro, pero en 1761, invitado por la corte de Carlos III, se trasladó a Madrid de donde no regresó a Roma hasta 1770 (2). Por tal motivo el Papa dispensó todo su favor a Piranesi, por quien ya sentía afecto como paisano (3). Piranesi dedicó a su egregio mecenas varias de sus famosas obras, primeramente en 1761, «Della magnificenza ed architettura de' Romani», en 1762 la edición de los Fastos consulares y en 1764 la obra «Antichità d'Albano e di Castel Gandolfo», que debió su origen a un famoso convite celebrado en el castillo veraniego del Pontífice (4). En 1767 honró el Papa, nombrándole caballero de la Orden de la Espuela de oro (5), al maestro que como ningún otro supo describir las ruinas romanas en encantador estilo poético (6). Los sobrinos del Papa, el serador Albondio, el cardenal Carlos y el prior de Malta Giovan Battista Rezzonico profesaban también a Piranesi alto aprecio (7). Conforme a sus diseños se construyeron estufas para el palacio del senado y la morada del gran prior (8). Giovan Battista

(1) Cf. *Avviso di Roma del 29 de marzo de 1760, Cod. ital. 556, de la Biblioteca pública de Munich.

(2) Cf. Noack, 361; Allg. Deutsche Biographie, XXI, 348 s. Sobre el llamamiento y viaje de Mengs a Madrid cf. los *informes de Manuel de Roda y Arrieta a R. Wall del 16 y 23 de julio, y 6, 13 y 20 de agosto de 1761, *Archivo de Simancas*. Acerca del vecino y más tarde cuñado de Mengs, Marón, v. Noack en el Oesterr. Rundschau, XIV (1908), 1389 ss.

(3) Cf. Focillon, Piranesi, 73 s.

(4) A. Samuel, Piranesi, Londres, 1910, 202 s.; Focillon, 74 s., 107, 112 ss.; A. Hind, G. B. Piranesi, Londres, 1922, 84 ss. En Castel Gandolfo recuerdan al Papa: las inscripciones de una puerta (Clemens XIII Pont. Max. laxata porta mollito clivo ampliata via ac strata commodiori accessui consuluit Pont. sui anno III), en el patio (cf. Guidi, Colli Albani, 62) y en la iglesia de Santo Tomás (inscripción de 1763, la cual recuerda que el Papa hizo colocar gradas ante la fachada, embelleció el sitio, adornó los altares con alacenas de mármol y regaló toda suerte de utensilios para la celebración del culto), además frescos y su escudo de armas en la sala destinada a recepciones de diplomáticos.

(5) El poeta delle rovine le llama Muñoz (G. B. Piranesi, Roma, 1920, 5).

(6) Focillon, 118.

(7) Ibid., 74, 114.

(8) Muñoz, loco cit., 34.

Rezzonico le encargó además la restauración de la antigua iglesia de la Orden situada en el Aventino; Piranesi transformó el templo, junto con sus alrededores, en una obra maestra «del clasicismo romántico» (1). El poeta de las ruinas romanas tuvo también allí, andando el tiempo, su postrer morada (2).

En San Pedro mandó Clemente XIII disponer la artística reja de la capilla del coro (3); además hizo donación a la basílica de un magnífico frontal que se empleó en la canonización de Santa Francisca Chantal (4). Para San Pablo proyectó el Papa la erección de una fachada cuyo diseño, obra de Pedro Bracci, todavía se conserva (5). La capilla Paulina del Quirinal fué adornada con un nuevo altar de gran mérito artístico (6). En el palacio fué colocada una galería de pinturas, se hermosearon los jardines y fué agrandado el contiguo edificio destinado a la servidumbre del Pontífice (7). En el Vaticano se realizaron numerosas restauraciones (8). El ya mencionado almacén de aceite situado junto a Santa María degli Angeli fué embellecido en el año 1764 por Bracci con una sencilla puerta de exquisito gusto artístico (9). Para los Padri pii operarii

(1) Tietze en los *Kunstgeschichtl. Anzeigen*, 1912, 117, el cual observa: «Aquí se reúnen rostros y geniecillos, armas y haces de rayos, insignias religiosas y antigüedades clásicas formando fantásticos trofeos, que constituyen elementos decorativos de un efectismo naturalista superior a cualquier otro». Cf. también Nohl, *Skizzenbuch*, 208; Muñoz, 34 ss. Brinckmann (*Baukunst*, 130, 139) hace resaltar el hecho de haber sido empleados aquí por primera vez los motivos primitivo-cristianos y egipcios. Cf. las inscripciones en Forcella, VII, 263.

(2) Piranesi murió el 9 de noviembre de 1778. Forcella, VII, 264.

(3) Mignanti, II, 121. Allí mismo también el escudo de armas del Pontífice.

(4) Esta obra maestra se conserva todavía en el tesoro de San Pedro.

(5) Domarus, Bracci, 42.

(6) Moroni, VIII, 140; IX, 169. El altar había de estar terminado en el mes de noviembre de 1760; v. **Avviso di Roma* del 8 de octubre de 1760, Cod. ital. 554 de la *Biblioteca pública de Munich*. Sobre las dos cornucopias de bronce dorado con destino a los dos grandes candelabros de cristal que habían de arder noche y día, las cuales fueron colocadas en 1768 junto al cuadro de mosaico de la Santísima Virgen que se halla debajo del reloj del palacio, v. Novaes, XV, 145.

(7) **Avviso di Roma* del 3 de febrero de 1760 (loco cit.): S. B^{ne} ha fatto chiudere la porta dello scalone d'estate ed ha formato in essa una nuova galleria adornata di antichi celebri disegni fatti trasportare dal Vaticano. Cf. Forcella, XIII, 164.

(8) Forcella, VI, 180, 182, 183. El escudo de armas del Pontífice en el vestíbulo de la Sala Clementina; cf. A. de Waal, *Ein Besuch im Vatikan* (*Die Kunst dem Volke* núm. 13), Munich, 1913, p. 11.

(9) Domarus, 58.

mandó el Papa construir una nueva residencia junto a Lungara (1), y a él debe su ampliación el colegio griego de San Anastasio (2).

La terminación de la fontana Trevi la encomendó Clemente XIII, por haber muerto en 1751 Nicolás Salvi, al arquitecto José Pannini, hijo del eminente y afamado pintor de arquitectura. Las modificaciones introducidas por Pannini no fueron acertadas: las estatuas de Agripa y de la doncella, proyectadas por Salvi, las sustituyó por las figuras alegóricas de la fecundidad y de la salud; debajo de la taza colocó tres conchas grandes sobre cuyo centro cae el agua, mientras que según el boceto de Salvi debía despeñarse el líquido en forma de torrente. Las dos figuras alegóricas fueron cinceladas en mármol por Filippo della Valle, las figuras centrales fueron encomendadas a Pietro Bracci; el relieve sobre la hornacina de la derecha que representa a Agripa en el acto de ordenar la construcción del acueducto, se debe a Andrés Bergondi, así como el que se halla sobre la de la izquierda representando a la doncella en el momento de indicar a los soldados el manantial, es obra de Giovan Battista Grossi (3). Al atardecer del 20 de mayo de 1762 pudo el Pontífice visitar la obra acabada, la más hermosa de las fuentes romanas. Tal coyuntura la aprovechó el Papa para rendir en una alocución merecido elogio a Pannini y Bracci (4).

Al pontificado de Clemente XIII corresponde la terminación de una de las maravillas de Roma, de la villa Albani, sita ante la Porta Salaria. «Comenzada con genuino espíritu romano» en vida aun de Benedicto XIV (5), no pudo ser inaugurada hasta 1763 esta «floresta, santuario dedicado al culto de las antigüedades» (6).

(1) Via della Lungara núm. 45: D. O. M. | Domum hanc piorum operariorum | Clementis XIII pietas | a fundamentis erexit. | A. 1764.

(2) P. de Meester, Collège pontifical grec de Rome, en *La Semaine de Rome*, II (1909), 107. Allí se halla la inscripción: Clemens XIII P. O. M. has aedes a fundamentis Graecor. collegio restituit auxit exornavit A° 1769. Cf. *Architettura min. in Italia Roma II*, Torino (1927), 86.

(3) Domarus, 53 ss.; Gradara, Bracci, 79. La inscripción en Forcella, XIII, 115.

(4) Cracas del 29 de mayo de 1762. — Las repetidas estancias en Castel Gandolfo movieron al Papa a erigir una nueva capilla privada en aquel palacio; v. Moroni, IX, 159. El nombre de Clemente XIII se lee también en la fuente de Genzano. En Santa Cristina de Bolsena mandó construir Clemente XIII una nueva capilla.

(5) Alexander Albanus cardinalis Romano animo instruxit a° 1757, se lee sobre la puerta del atrio del Casino. Cf. también D. Strocchi, *De vita Alexandri Albani cardinalis*, Roma, 1790.

(6) Tietze en los *Kuntsgeischichtl. Anzeigen*, 1912, 118.

La arquitectura fué proyectada por Carlos Marchionne; el jardín por Antonio Nolli, todo bajo la dirección del artista cardenal Albani, quien tuvo en Winckelmann y Ridolfino Benuti los mejores asesores (1).

La colección de antigüedades propiedad de Albani era la más importante después de la pontificia: 150 estatuas; 176 entre cabezas, bustos y mascarillas; 161 relieves; 49 figuras zoomorfas; 29 copas, bacías y vasos; 29 fuentes, candelabros, urnas, cipos y altares; 171 columnas y 81 inscripciones. La exposición se realizó parte en los edificios y parte en el jardín entre recortados setos de verde.

Dos entradas dan acceso a la villa. En la primera, que da a la Vía Nomentana, resalta el aspecto campestre; en la segunda, que cae a la Vía Salaria, predomina el carácter arquitectónico. El Palazzo, también llamado Casino, fué construído por Marchionne en imponente estilo barroco con dos pisos, y en el lado del jardín un magnífico pórtico soportado por dieciocho columnas de granito. Enfrente, y separado por una parte de jardín de bancales con dibujos de caprichosos arabescos de boj y una fontana en forma de águila en el centro, se levanta un amplio pórtico semicircular con cuarenta columnas dóricas (portico circolare), que recuerda el emplazamiento del teatro de Frascati (2).

Un distintivo singular le viene a la villa Albani por haberse evitado cuanto pudiera darle aspecto de museo. Los objetos arqueológicos, según la genial idea del fundador, habían de estar enmarca-

(1) Justi, II, 289 ss., cuya clásica descripción sigo textualmente en su mayor parte, puesto que no es posible decir nada mejor. Cf. además Gothein, I, 367 ss.; II, 289. Sobre R. Venuti v. el artículo de T. Venuti en *Arte e storia*, X (1907), 97 ss. Lo mismo que el Vaticano y el Capitolio, también fué saqueada la villa Albani por los franceses. De las 294 estatuas que fueron arrebatadas y enviadas a París, sólo volvió el relieve de Antinoo, una de las mejores esculturas de la villa de Adriano junto a Tívoli. Las restantes esculturas fueron vendidas porque el dueño se arredró de los gastos de transporte; una gran parte fué a parar a la gliptoteca de Munich. Otra calamidad visitó la villa al comprarla en 1866 el príncipe Torlonia a los Castelbarco de Milán, que fueron los herederos de la familia al extinguirse ésta en 1854. Las reformas que entonces realizó el «Rey del tabaco» fueron incluso legadas a la posteridad en una inscripción. Los edificios colindantes de la tercera Roma rompieron por completo, con su fealdad, la incomparable impresión de conjunto. A consecuencia de las rigurosas providencias dictadas contra las colecciones privadas, la villa ya no es accesible sino sólo para los selectos. Cf. Massarette, *Rom seit 1870* (1919), 118; Voss, *Malerei*, 655 s.; Heeckeren, II, 534 s.; Morcelli-Fea-Visconti, *La villa Albani ora Torlonia descritta*, Roma, 1869. Sobre la capilla v. Angeli, 551.

(2) Cf. Gurlitt, *Barckstil*, 535 ss.; Gothein, I, 369.

dos en un ambiente de la época en que todavía no pertenecían al dominio de la arqueología, de suerte que «produjeran la sensación de elementos de decoración plástica expresamente creados para el edificio; cada pórtico, cada vestíbulo, cada sala y cada dependencia, aun la más reducida, tenían su carácter propio, su figura o grupo principal que daban el tono» (1). El pórtico fué reservado a las estatuas imperiales; prolongase en las dos galerías abiertas de los poetas y generales. En el pórtico circular hallaron asiento las efigies de las divinidades mayores; el central de sus once arcos da al gabinete egipcio, el Canope, el cual sirve de unión al citado pórtico con un «café». Como todavía restasen muchos objetos por colocar, fueron añadidos más tarde varios saloncitos al pórtico y al casino. La gran cantidad de objetos arqueológicos fué tan acertadamente distribuida, «que en ninguna parte se nota aglomeración alguna o disonancia y hasta en cuanto era posible parecía como si a las vetustas obras se les hubiera devuelto su prístino destino». Las joyas de la colección fueron depositadas en una magnífica sala del casino, la gran galería que difícilmente tendrá otra que con ella competir pueda. «Las paredes se hallan recubiertas de rarísimos mármoles de color los cuales habían sido encontrados por el cardenal principalmente en las ruinas de Porto d'Anzio. Delicados arabescos ejecutados en mosaico decoran las pilastras alternando con trabajos de estilo florentino moderno. En ellos hay incrustadas gemas; más arriba corre un friso de terracota; trofeos con esfinges y vasos de alabastro se agrupan sobre las cornisas de las puertas y los relieves se hallan prendidos en las paredes a guisa de cuadros con marcos de mármol amarillo; como el cardenal no encontrara en las excavaciones pinturas antiguas para los sofitos, tuvo Mengs que realizar una.» (2) Su fresco el «Parnaso», que de tanto renombre gozó en un tiempo, representa a Apolo, las Musas y a su madre Mnemósine (3). En los grandes nichos adintelados, situados frente a las ventanas, se hallaban las estatuas de Leucotea (Irene) y de Palas, ambas robadas por Napoleón I y que andando el tiempo fueron a parar a Munich. Antes de que los modernos grupos de casas de alquiler robasen también en este sitio la vista, se disfrutaba desde el balcón de una

(1) Justi, II, 292.

(2) Ibid., 294. Los frescos romanos de Mengs están bien descritos en Dohme, Kunst y Künstler, parte I, t. II, Leipzig, 1878, n. 17, p. 32 ss.

(3) Cf. Zeitschrift für bild. Kunst N. F. XIV (1894), 72 s., 174 s., 286 ss.

incomparable visión panorámica que se extendía sobre la solitaria Campagna hasta perderse en la majestuosa cordillera de los montes sabinos y en las colinas casi esfumadas de la Albania. Este panorama, lo mismo que los jardines, en los cuales podía deleitarse la vista sin cesar, son parte esencial del conjunto. El maridaje del arte plástico con la naturaleza no había sido logrado todavía en parte alguna de manera tan acabada como en ésta, donde el alma se siente plenamente dominada y envuelta por el ambiente y espíritu de la antigüedad.

En julio de 1763 visitó Clemente XIII la villa Albani, cuya disposición costó cuatrocientos mil escudos. Dícese que el Pontífice mandó cubrir de antemano todas las estatuas indecorosas (1). Una medida parecida había sido adoptada ya en 1760 respecto a las antigüedades del Vaticano (2), a la vez que en la Sixtina Esteban Pozzi, sucesor de Volterra, adecentaba las figuras integralmente desnudas del Juicio final (3). Todo esto se debía a la timorata escrupulosidad de Clemente XIII, mas de ningún modo a hostilidad alguna contra el arte y la arqueología. Prueba de ello la dan las hermosas adquisiciones del Pontífice para el Capitolino. En el año 1765 compró para dicha colección, de los bienes legados por el cardenal Furietti, el mosaico de las palomas descubierto en la villa Tiburtina del emperador Adriano y el par de centauros de Aristeo y Papias procedentes de la misma excavación (4). Asimismo mandó entregar al museo Capitolino una estatua de Apolo y la mesa ilíaca hallada en Osteria delle Frattocchie, no lejos de Albano, y un relieve de Palombino que representaba el ciclo épico troyano (5).

Cuando en la primavera de 1763 murió Ridolfino Venuti, su cargo de comisario de arqueología, prebenda muy apetecida por

(1) Informe del embajador lucchese del 16 de julio de 1763 en Sforza, 32.

(2) «Esta semana, decía en son de mofa Winckelmann en febrero de 1760, se van a poner taparrabos, atados con alambre a la cintura, al Apolo, al Laocoonte y a las demás estatuas del Belvedere; es de suponer que también les acaccerà lo mismo a las esculturas del Capitolio. Un gobierno más asnal que el presente apenas si lo ha habido en Roma.» Justi, II, 15.

(3) Chattard, Vaticano, II, 41; Steinmann, Sixtin. Kapelle, II, 516.

(4) Corresp. d. Direct., IX, 391; Helbig, I^a, 438, 482; Rodocanacchi. Capitole, 161.

(5) Helbig, I^a, 443, 480. — A Clemente XIII lo recuerda todavía una inscripción que se halla en la torre de la iglesia a la entrada que da al Corso, un cipo en el convento de Santa María dei Sette Dolori y fuentes en Aricci y Genzano; v. Tomassetti, II, 256.

cierto, fué conferido por el Pontífice a Winckelmann, proporcionando así al padre de la arqueología del arte la posibilidad de permanecer en su predilecta Roma, donde en los años sucesivos dió cima a la floración de sus investigaciones con la «Historia del Arte antiguo». Esta obra magistral, por la cual hizo holocausto de todas sus energías y desplegó las velas todas de su ingenio, es la sólida base de su nombradía (1). «Es el cargo más lisonjero, escribía Winckelmann después de su nombramiento, que yo hubiera podido desear; he logrado más de lo que merezco y de lo que hubiera podido soñar.» (2) El cardenal Albani proporcionó además a su protegido, en mayo de 1763, como complemento de sus ingresos, un puesto de escribiente en la Biblioteca Vaticana, con lo cual se relacionaban las miras a un museo de arqueología profana en el Vaticano (3). Una inscripción de áureos caracteres nos dice haber sido inaugurada en el año 1767 (4) dicha colección, la cual debe a la generosidad de Clemente XIII un crecido número de vasos italogriegos y etruscos, así como una colección de monedas procedentes de la herencia de Assemani (5).

Otra inscripción encomia el aumento de la colección de manuscritos de la Vaticana durante el pontificado de Clemente XIII (6). Se trata principalmente de manuscritos orientales de la propiedad de Assemani, de Adrián Reland y del obispo de Transilvania Inocencio Klein (7). Otros manuscritos habían sido adquiridos para la Vaticana en 1759 al ser subastada la colección del afamado anticuario Felipe von Stosch; entre ellos estaba el más antiguo registro de Felipe Augusto de Francia (8).

(1) Justi, III^a, 69 s.

(2) Justi, III^a, 24. Ibid., 390, la patente de comisario de arqueología, otorgada en favor de Winckelmann fechada el 11 de abril de 1763.

(3) Justi, III^a, 26 ss. Como en 1768 la muerte violenta de Winckelmann pusiera fin a su obra, Clemente XIII otorgó el cargo de comisario de arqueología a Giambattista Visconti, a quien el mismo Winckelmann había propuesto al demandarle el Papa que antes de su partida le indicara un sustituto. Este rasgo demuestra, además, que Clemente XIII no era aquel tipo de carácter «cerrado» como el que presenta O. Harnack (*Deutsches Kunstleben*, 4). Acerca de la muerte y entierro de Winckelmann y sobre el proceso contra el asesino cf. además las *cartas a Kaunitz del 20 y 23 de junio, del 28 de julio y del 29 de agosto de 1768, *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*.

(4) Forcella, VI, 182.

(5) Carini, 121. Cf. I. B. Passerius, *De tribus vasculis Etruscis encaustice pictis a Clemente XIII in Museum Vaticanum inlatis*, Florencia, 1772.

(6) Forcella, VI, 182.

(7) Carini, 119 ss.

(8) Ibid. El Archivo secreto pontificio fué enriquecido con la transferencia

Para adquirir la tan valiosa biblioteca del cardenal Passionei faltaban recursos pecuniarios. Al morir aquél (5 de julio de 1761) se puso de manifiesto que tan peregrino individuo se había tomado excesiva libertad, como afirma Winckelmann, en el desempeño de su cargo de bibliotecario de la Vaticana (1), donde se introdujeron grandes irregularidades durante la época de su dirección (1755-1761). Entre aquéllas hay que contar principalmente el abuso cometido por amanuenses ambiciosos de lucro, quienes con detrimento de sus ocupaciones obligadas, proporcionaban a cualquiera que bien las pagara, copias de los manuscritos, aun de los referentes a los últimos siglos (2). Esto indujo a Clemente XIII a publicar sin pérdida de tiempo ya el 4 de agosto de 1761, una nueva reglamentación de la biblioteca, que el celo del legislador llevó demasiado lejos (3). En virtud de ella el uso de los catálogos debía quedar reservado exclusivamente al prefecto de la Biblioteca, al guardián y a la junta directiva del Archivo secreto pontificio, y aun a éstos a condición de no llevar ayudantes. A los visitantes forasteros estaba ciertamente permitido contemplar por corto tiempo algunas piezas raras, en cambio estaba terminantemente prohibido examinar los manuscritos y más aun sacar copias de ellos. A los mismos funcionarios de la biblio-

que se hizo de manuscritos referentes a la Santa Sede, los cuales se hallaban en la biblioteca de Spada; v. el *apuntamiento de Garampi referente al 6 de diciembre de 1759, *Archivo secreto pontificio*. Ibid. también una *nota sobre los documentos coleccionados por Garampi en Bolonia y enviados a Roma, del tiempo de Benedicto XIV. Cf. Sforza, 23.

(1) Justi, III, 27; Blume, III, 74, 85 ss. Sobre el incendio de la Vaticana v. Blume, III, 112.

(2) Blume, III, 85, y Dengel en Mitteil. des österr. Hist. Instituts, XXV, 301. Passionei, apasionado coleccionista de libros y manuscritos, abusó de la confianza que se le dispensó. Así se lee en el Cod. 2666 de la *Biblioteca Angelica de Roma*: *Sulla guardia, leggesi: Nos nunc nostrum codicem comparavimus Callii e Comite Beroaldo indocto homine, possessore autem bibliothecae quam collegerat abbas Guastallensis doctissimus Baldus, Proh dolor! Ex bibliotheca nobis innotuit postquam expilata iam fuerat ab insigni illo circulatore manibiblico et fure cardinali Passioneo! V. Fanfulla della Domenica, XXVI (1904), núm. 19.

(3) Cf. las tan justificadas quejas de J. F. Böhmer en Janssen, Böhmer, I, 331. Por lo demás, habían comenzado ya antes las dificultades en la utilización de la Vaticana; cf. la interesante carta de Lorian Stengel, fechada en Munich el 10 de diciembre de 1758, en Mone, *Quellensammlung*, I, 31. El nombramiento de Albani para sucesor de Passionei tuvo lugar el 12 de agosto de 1761 (v. Dengel, loco cit., 307); la disposición cae, por consiguiente, en la época del Interim. Por lo demás, la administración del fondo de la biblioteca fué tan poco regular bajo el mando de Albani como en el de Passionei (Dengel, loco cit.).

teca no se les podía permitir sacar copias sino sólo con expreso permiso del Pontífice mediante un autógrafo del secretario de Estado si tales copias estaban destinadas a extraños. Este mismo permiso expreso era necesario también para permitir en casos excepcionales a individuos especialmente privilegiados la utilización de los mismos manuscritos y catálogos; pero en este caso se necesitaba el requisito de consignar de antemano con toda exactitud la finalidad que se pretendía en el uso, a la cual exclusivamente se extendía el permiso (1).

Esta inoportuna ordenación, vigente hasta que no fué derogada por completo por la sabia resolución de León XIII (2), produjo un paréntesis en la utilización de la renombrada colección de manuscritos. Y precisamente entonces hubiera sido muy de desear y oportuno que se hubiera facilitado a los defensores de la Iglesia el aprovechamiento de armas ofensivas para esgrimir las contra los adversarios.

Los ataques no sólo contra la Santa Sede y la religión católica, sino contra el mismo cristianismo procedían sobre todo de Francia, donde se había formado un compacto partido singular, el cual, animado del odio más feroz contra el divino Fundador de la Iglesia, se había propuesto por blanco y fin de su actividad el aniquilamiento de la religión. Su obra capital fué la gran «Enciclopedia», con la cual se propusieron sus dirigentes, D'Alembert y Diderot, difundir con el mayor refinamiento los nuevos principios filosóficos entre los más vastos y elevados círculos sociales.

Clemente XIII no se contentó con condenar (3) las producciones literarias anticristianas; en una encíclica dirigida a todos los obispos con fecha 25 de noviembre de 1766 (4), dió la voz de alarma sobre el peligro y exhortaba a combatirlo.

(1) Texto de la providencia en el Bull., II, 259 ss.

(2) Tácitamente fué revocada la disposición de Clemente XIII ya en tiempo de Blume (v. Iter, III, 87); pero las sustracciones de manuscritos (cf. Allg. Zeitung del 8 de agosto de 1851) tuvieron como secuela el que en el pontificado de Pío IX se renovaran por un Motu proprio las restricciones de Clemente XIII. La práctica ha sido varia desde entonces, pero a principios del gobierno de León XIII eran todavía muy grandes las dificultades como el autor de estas líneas experimentó con amargura en 1879 con motivo de sus estudios para la Historia de los Papas. La transformación de la Vaticana en un establecimiento modelo que responde a todas las aspiraciones, es obra meritisima del cardenal Fr. Ehrle.

(3) La condenación de la «Enciclopedia», del 3 de septiembre de 1759, en el Bull. Cont., III, 243.

(4) Ibid., 1119.

Los defensores de la religión y de los derechos de la Santa Sede fueron alentados en repetidos breves y estimulados a perseverar en su actividad. Varios de dichos breves están impresos, lo mismo que la carta de agradecimiento dirigida a la Sorbona por su proceder contra la profesión de una religión natural, deísticamente sin dogmas, contenida en el «Emilio» de Rousseau (1). Mucho mayor es el número de los breves de esta índole todavía inéditos. En ellos asevera el Pontífice en tono ponderativo el gran consuelo que le proporciona el ver que en medio de la inundación de libros que, amparados por la impunidad, se proponían infiltrar en los incautos doctrinas impías, se alzaban con éxito sabios eminentes para luchar contra los ateos y libertinos (2). Repetidas veces fueron remitidas al Papa obras alemanas en defensa de la Santa Sede, principalmente de José Antonio von Bandel, natural de Constanza. Ante todo mandaba Clemente XIII examinar detenidamente tales trabajos antes de expresar las gracias por ellos (3). En la carta al jesuita Roth con motivo

(1) Ibid., 827. Cf. más adelante el capítulo VIII.

(2) Así en los *Breves a los impugnadores de Febronio, citados más adelante en la página 43 y en el *Breve a Ant. Valsecchius, O. P., del 21 de marzo de 1767. Cf. *Breve a Lod. Poxiensis et Seraphin. Paris. fratr. Capuc. del 13 de julio de 1763 (gracias por su exégesis de los salmos), *Breve a los mismos y Claudius Franc. Paris. del 12 de diciembre de 1764 (gracias por cuatro nuevos tomos de su obra exegetica), *Breve a Mich. Ang. Maria ord. Minim. del 23 de octubre de 1765 (gracias por el tercer tomo De vitis veter. patr. eremit.), *Breve a Hubert. Recollecto, del 23 de octubre de 1765 (gracias por una obra), *Breve a Carondus canonic. Suession. del 27 de agosto de 1766 (libro De eccl. immunit.; contenido parecido al del Breve a Ant. Valsecchius), *Breve a Hier. Brunellus cathed. Patav. canonic. del 20 de septiembre de 1766 (gracias por la traducción italiana de las Confesiones de San Agustín), *Breve a Petr. Carminatus iur. utr. doctor del 26 de septiembre de 1766 (gracias por la refutación de una obra que atacaba la autoridad del Papa, y que había sido reeditada por los adversarios), *Breve a Lud. Patovillet, S. J., del 22 de julio de 1767 (gracias por su Historia del Pelagianismo, en dos tomos), *Breve a Carol. Veronesius del 7 de noviembre de 1767 (gracias por el libro de su difunto tío Card. Veronesius de necessitate communicandi cum Sede Apost. ad sartam tectam tenendam cath. Ecclesiae unitatem), *Breve a Chaudon Benedict. congr. Cluniac. del 20 de enero de 1768 (gracias por su Dictionnaire contra los modernos filósofos, el cual, además, estaba redactado en forma agradable e iba dirigido contra aquellos qui homini rationem detrahunt, omnem iuris et aequi regulam tollunt, inter pravum et rectum nullum esse volunt discrimen, voluntati liberam adimunt potestatem nullumque adeo relinquunt legibus locum), *Breve a Bergierus s. theol. doctor del 31 de enero de 1769 (gracias por su Apología en dos tomos de la religión cristiana contra los nefarii libertini). Epist., *Archivo secreto pontificio*.

(3) V. el *Breve a J. A. Bandel del 7 de mayo de 1768, Epist. X, ibid. Sobre Bandel v. J. Franck en la Allg. Deutschen Biographie, II, 39 ss.,

de la edición de una obra de San León Magno, afirma Clemente XIII que quizá nunca había sido la autoridad de la Santa Sede objeto de tan rudos ataques como entonces; por lo cual era altamente meritorio difundir obras en las cuales se hiciera resaltar cuán grande había sido el respeto y la obediencia que en otras épocas se había tributado al supremo jerarca de la Iglesia (1). Por el envío del tercer tomo de su «Illyria Sacra» recibió también su autor, el jesuita Daniel Farlati, un breve de agradecimiento (2).

Hasta qué grado absorbiera el combate las fuerzas, se desprende de la escasez que existe de cartas agradeciendo trabajos profanos. Sólo una vez se da el caso de corresponder con hacimiento de gracias al envío de poesías (3) y en otro caso parecido se expresa el agradecimiento por la Historia de Capua que el obispo de Sessa había dedicado al Pontífice (4). Grato interés mostró Clemente XIII por la edición de las inscripciones de la Roma medieval y moderna preparada por el asiduo benedictino Pier Luigi Galletti, cuya publicación facultó y la protegió contra las reproducciones subrepticias (5). Al autor otorgó una escribanía en la Biblioteca Vaticana (6). A antiguas relaciones hizo referencia el Papa cuando el paduano Antón Giambattista Morgani le remitió una obra de medicina en dos tomos: «Nos complacemos, decía en la carta de gracias, de que con tu obra, redactada en estilo humanista, hayas aportado tanta luz para utilidad del género humano en la ciencia médica, pero más

quien trata a este escritor, poco conocido todavía por cierto, como al desacreditado paladín de la Iglesia católica. Cf. la página 183 de nuestro volumen XXXV.

(1) *Breve a Carlos Roth, S. J. (cf. Sommervogel, *Bibliothèque*, VII, 209 s.) del 27 de abril de 1768, en el cual se dice: *Vix unquam Apost. Sedis oppugnata est ut nunc oppugnatur auctoritas*. Epist., loco cit.

(2) *Breve del 11 de septiembre de 1765, Epist. VIII, ibid.

(3) *Breve a Io. Iac. de Pompignand el 29 de mayo de 1765, Epist. VII, ibid. El jesuita Ramón Cunich compuso una poesía para celebrar la elección de Clemente XIII, v. Renazzi, IV, 555.

(4) *Breve a Fr. Granata, obispo de Sessa, del 18 de abril de 1766 (loco cit.) por su obra dedicada a Clemente XIII *Storia sacra della chiesa di Capua*, dos tomos, Nápoles, 1766. Granata había publicado ya anteriormente un *Ragguglio istorico della città di Sessa sin'all'a. 1760* (Nápoles, 1763). J. A. Assemani dedicó al Papa el tercer tomo de su obra, comenzada en el pontificado de Benedicto XIV, *Codex Liturgicus Ecclesiae universae* (1758); v. su proemio. El tomo cuarto apareció en el mismo año 1763.

(5) *Inscriptiones Romanae infimi aevi*, tres tomos, Roma, 1760. Cf. Butl., loco cit., 378 s.; Novaes, XV, 54; Forcella, I, xv ss.

(6) Cf. Renazzi, IV, 371.

aun de tu piedad, la cual conocimos siendo obispo de Padua.» (1)

A la universidad de su antigua sede regaló el Pontífice un gigantesco galápago que habían cogido los pescadores no lejos de Ostia y llevado a Roma, donde produjo general admiración. Con ello quería demostrar, como afirmaba en la carta con que lo remitió, que no profesaba menor aprecio y estima a la universidad de Padua que el que Benedicto XIV demostró a la de Bolonia al hacerle donación de un presente parecido. Aquel raro ejemplar, continuaba diciendo, no podía menos de ser admirado con maravilla no sólo por los investigadores de la naturaleza, sino por todos los que contemplan las obras de Dios (2).

A la universidad de Roma dió Clemente XIII repetidas muestras de su benevolencia, principalmente al designar para canciller de la misma a su sobrino el cardenal Carlos Rezzonico al ocurrir la muerte del cardenal Girolamo Colonna (10 de enero de 1763) (3). De modo especial alentó el Pontífice al profesor de medicina Giovan María Volpi, al profesor de retórica Benedicto Stay, lo mismo que al sucesor del mismo Rodesindo Andosilla (4), y a su protección debió el matemático Francisco María Gandio la colocación que obtuvo en la Sapienza (5).

Al sabio Miguel Ángel Giacomelli le nombró Clemente XIII secretario de breves a los príncipes y canónigo de San Pedro (6). Tomás Agostino Ricchini obtuvo en 1759 el importante cargo de maestro del Sacro Palacio y recibió el encargo de redactar la biografía del cardenal Barbarigo (7).

Al eminente prefecto de archivos José Garampi le fué encomendada también en 1759 la dirección del archivo del castillo de

(1) *Breve del 23 de marzo de 1765, Epist. VII, *Archivio segreto pontificio*. Cf. Lombardi, III, 222. Morgagni murió el 6 de diciembre de 1771; en San Massimo de Padua se halla su sepulcro.

(2) *Breve a los Sindici Academiae Patavinae del 20 de octubre de 1780, Epist. II-III, loco cit. Ya siendo cardenal confió Clemente XIII a G. Brunazzi la redacción de la Historia eclesiástica de Padua, empresa que por cierto fué causa de que los archivos de Padua perdieran algunos de sus tesoros. Cf. Bhume, I, 167.

(3) Renazzi, IV, 228 ss., 239 ss.

(4) Ibid., 266, 270 s.

(5) Lombardi, II, 281.

(6) Renazzi, IV, 332. En 1760 nombró el Papa también caballero de la Orden de Letrán y protonotario apostólico al entonces todavía no bien conocido aventurero Casanova.

(7) Moroni, XLI, 217; Lombardi, I, 132.

San Ángel (1), si bien una misión diplomática para Alemania le arrancó en 1761 de sus trabajos de erudición (2). Los profundos conocimientos que Garampi adquirió sobre la situación alemana le indujeron a hacer proposiciones muy estimables sobre el modo y manera como podría ser combatida la literatura antirreligiosa. Con asombro advirtió Garampi el enorme interés con que eran leídas allende los Alpes las obras históricas bien escritas y de qué manera se servían los protestantes y los malos católicos de la historia para impugnar el pontificado. En cambio, como hacía notar al secretario de Estado Torrigiani, no existía una literatura católica trabajada conforme a las exigencias de la época, pues los grandes compendios latinos de controversia no eran utilizados ni aun por los mismos profesores, debido a su gran pesadez y a la carencia de crítica en el aspecto histórico. Garampi aconsejó e instó en consecuencia a que no se limitasen a las prohibiciones y condenaciones, sino que emprendiesen la obra de contraponer trabajos positivos a los adversarios. También propugnaba la idea de fundar en Roma una república de hombres de letras reclutados de todas las naciones, cuya misión habría de consistir en refutar de forma positiva y científica los errores de la época empleando las mismas armas que los adversarios, a fin de aminorar así el rudo contraste y reconquistar paso a paso el terreno perdido (3).

Aun cuando este plan no llegó a realizarse, sin embargo la sugerencia de Garampi tuvo como feliz resultado la campaña literaria que se entabló contra Febronio y sus ataques a la constitución de la Iglesia, acción que terminó con el procedimiento oportunista del silencio hasta entonces en uso (4).

Clemente XIII demostró la grande estima que profesaba a Garampi al confiarle la segunda embajada a Alemania en el año 1764 (5) y nombrándole dos años más tarde secretario de Cifras.

(1) Dengel, Garampi, 8.

(2) Cf. más adelante el capítulo III.

(3) Dengel, 79 ss.

(4) Ibid. Clemente XIII trató de amparar por todos los medios esta campaña (v. más adelante el cap. III), como lo demuestran los breves de aliento que dirigió a diversos impugnadores literatos del Febronio. A esta clase pertenecen los *Breves a J. A. Bandel del 8 de diciembre de 1764, a Iul. Ant. Sangallius Min. Convent. del 5 de noviembre de 1766, a Ladisl. Sappel ord. S. Francisc. Recoll. del 7 de noviembre de 1767, a Ioh. Godef. Kaufmann facult. theolog. Lovan. Decanus del 20 de agosto de 1768, Epist., *Archivo secreto pontificio*.

(5) Cf. más adelante el capítulo III.

Garampi aceptó este cargo sólo bajo condición de que se le respetara el cargo de prefecto de archivos que le proporcionaba la posibilidad de dedicarse a sus trabajos literarios; durante seis años repartió su actividad entre las incumbencias de la secretaría y el perfeccionamiento de su gran obra histórica «*Orbis christianus*», que es digna de máximo aprecio (1).

Dos ilustres sabios fueron promovidos al cardenalato por Clemente XIII, Giuseppe Agostino Orsi y Giuseppe Alessandro Furietti. El dominico Orsi, autor de múltiples y valiosas obras teológicas y de controversia, había sido ya galardonado por Benedicto XIV con el cargo de maestro de palacio en recompensa de su celo en defender la Santa Sede. Ya en este cargo, no cejó tampoco en el ejercicio de su actividad como publicista y durante el pontificado de Clemente XIII dió cima a su *Historia de la Iglesia*, excelente por el estilo y por la crítica que la avalora, obra dirigida principalmente contra Fleury y que consta de veinte tomos. Orsi fué recibido en el sacro colegio en 1759, mas el 13 de junio de 1761 pasó a mejor vida (2).

Furietti, natural de Bérgamo, es conocido de todos los arqueólogos por sus felices hallazgos del par de centauros y del mosaico de las palomas, que realizó durante unas vacaciones que pasaba en Tívoli. Con esta ocasión emprendió una obra sobre mosaicos (3) que le granjeó el elogio de los sabios de toda Europa. Furietti era además activo y entusiasta publicista; entre otras, publicó las obras de Gasperino Barziza, cuya biografía compuso. Nombrado cardenal en 1759, sólo corto tiempo pudo disfrutar la púrpura, pues murió el 14 de enero de 1764 (4). En la iglesia nacional de los bergamascos, Santa Maria della Pietà, admírase la tumba del cardenal con su retrato; el epitafio elogia su sabiduría y su entereza (5).

Clemente XIII tuvo el propósito de otorgar la púrpura cardinalicia al jesuita Pietro Lazzeri (6), a quien ya Benedicto XIV tuvo

(1) Dengel, 82.

(2) Cf. Renazzi, IV, 98 ss.; Lombardi, I, 201 ss.; Hurter, II^a, 1436 ss.

(3) De musivae artis origine, progressu, etc., Roma, 1752. Cf. Renazzi, IV, 323 s.; Hurter, V^a, 200.

(4) No en 1767 como Renazzi (IV, 324) dice.

(5) Porcella, VI, 520.

(6) Sommervogel, Bibliothèque, IV, 1609-1615. Sobre la promoción al cardenalato de un jesuita refiere Cordara (en Dölinger, Beiträge, III, 22): Cavit [Clemente XIII] diligenter, ne quid praeberet indicium praecipuae in Iesuitas

en grande estima por sus conocimientos en lenguas orientales, lo mismo que al historiador Francisco María Nerini; pero tal designio no llegó a realizarse (1).

propensionis et benevolentiae. Vel illud documento sit, quod etsi deliberatum fixumque habebat, si quos religiosorum creasset cardinales, in eum numerum eligere unum aliquem ex Iesuitis, quod erat sane mitigando eorum dolori et famae sarcindae consilium opportunissimum; continuit tamen se metu, ne rex Lusitaniae offenderetur. Hunc nempe illi metum iniecit [cardinalis] Spinellus, el cual aconsejó que se nombrase un cardenal que fuera jesuita por las ideas, no por el hábito, y recomendó para ello a Ganganelli.

(1) Renazzi, IV, 343, 347.

II. Fin de la guerra de los Siete años y elección de José II. Cambio de dinastía en Polonia y lucha por los derechos de los disidentes

I

Aun cuando en la lucha existente entre las potencias europeas se ventilaban legítimos intereses de los católicos, sin embargo lo mismo Benedicto XIV que Clemente XIII se esforzaron en lo posible por despojar a la contienda del aspecto de guerra de religión. Con todo, esto no fué óbice para que el actual Pontífice se declarase mucho más decididamente que su predecesor por la causa de Austria y distinguiera con su favor a María Teresa (1). Esto lo demostró ya al comienzo de su pontificado al otorgarle el título honorífico de «reina apostólica» (2); creía que no podía comenzar su gobierno con mejores auspicios, así lo escribió a la emperatriz (3), que concediéndole esta distinción que habrían de heredar todos sus sucesores en el trono húngaro. Desde los tiempos de San Esteban se había hecho acreedora Hungría de los mayores méritos como baluarte del cristianismo, por lo cual su soberano gozaba del singular privilegio de hacerse preceder, en las públicas solemnidades, de un obispo con cruz alzada y de ostentar el título de «rey apostólico». Ante la imposibilidad de poder hallar noticia cierta sobre el origen de dicho

(1) Schäfer, II, 1, 204 s.

(2) María Teresa se había apropiado este título por primera vez en las credenciales de Clerici para el conclave de 1758 con la misión de conseguirle el reconocimiento oficial de este privilegio; los cardenales, sin embargo, difirieron el asunto hasta después de la elección pontificia. Arneth, IX, 8 s.

(3) el 19 de agosto de 1758, Bull. Cont., III, 22. Cf. Arneth, IX, 10.

título, lo otorgaba él de nuevo en uso de la plenitud de poderes pontificios.

Realmente las investigaciones realizadas en el archivo pontificio no habían dado resultado alguno positivo. Por esta razón Clerici instó para que el Papa otorgara el privilegio «*mctu proprio*» (1). En el solemne consistorio del 1.º de octubre de 1758 informó Clemente XIII al sacro colegio de esta distinción honorífica otorgada a la nación húngara, a la casa de Austria y a la emperatriz (2).

Clemente XIII no tuvo escrúpulo alguno en prestar su apoyo a María Teresa con auxilios materiales. Otorgó subsidios (3) y promulgó un indulto facultando imponer tributos a las fundaciones alemanas, con destino a la guerra (4). Pero sí quiso evitar toda apariencia de que él consideraba como guerra religiosa la lucha que sostenía la católica Austria contra la protestante Prusia. En cambio, Federico II tuvo sumo empeño en hacer prevalecer entre las masas el mote de guerra religiosa (5). Al ocurrir la derrota de Hochkirch se apoderó por algún tiempo del ánimo de Federico el sentimiento de desesperación, precisamente cuando la noticia de tal acontecimiento fué a dar realce de manera sorprendente a la fiesta onomástica de la emperatriz, y con tal motivo se divulgó el rumor de que el Papa había distinguido al victorioso general Daun remitiéndole una espada bendecida y un sombrero. Hoy día es un hecho inconcuso que el origen de semejante leyenda se debió a un breve apócrifo cuyo autor no fué otro que el propio Federico II, quien lo redactó y dió a la publicidad en mayo de 1759 (6). En otro folleto

(1) *Clerici a María Teresa y Kaunitz el 5 de agosto de 1758, *Archivio público de Viena*.

(2) Bull. Cont., III, 51 s.

(3) Pero sólo bajo condición del más riguroso secreto, *che dal Re di Prussia non si possa interpretare sussidio per continuare una guerra di religione. Clerici a María Teresa y Kaunitz el 9 de agosto de 1758, loco cit. Cf. *ibid.* *carta del 12 de agosto de 1758.

(4) Koser, II, 209; Dengel, Garampi, 15; Hist.-pol. Blätter, XCII (1883), 856. Más adelante se agotaron por cierto las posibilidades de apoyo; v. *Clemente XIII a María Teresa el 2 de octubre de 1762, Epist. V, f. 37, *Archivio secreto pontificio*.

(5) Cf. la página 519 de nuestro volumen XXXV.

(6) P. Majunte (Der «geweihte Degen Dauns», Paderborn, 1785) trató de refutar esta fábula por largo tiempo admitida, sin embargo lo hizo con escasez de material (v. la crítica de Fechner en la Hist. Zeitschrift, LIV, 513 ss.). Convinciente es la prueba de Heigel en los suplementos del Allg. Zeitung del 29 de julio de 1895 y 15 de octubre de 1902 y en las Geschichtl. Bildern und Skizzen, Munich, 1897, 27 ss. Cf. Hist.-pol. Blätter, XV (1845), 616, LIII (1864), 170 ss., XCII (1883) 827 ss., XCVI (1885) 294; Dengel, Garampi, 16 s.

que hizo difundir procuró también Federico entusiasmar a su pueblo con el señuelo y banderín del aspecto confesional (1). En el año 1758 volvió a surgir por corto tiempo la idea de una alianza de los príncipes protestantes (2).

El Papa, por el contrario, no daba de mano a la idea de lograr una pronta paz. En el año 1758 remitió a los nuncios de París y Viena amplias instrucciones en este sentido (3). En realidad, el agotamiento y el hastío de la guerra tomó entonces tal incremento en ambos bandos, que durante el año 1760 se pusieron sobre el tapete serios proyectos de paz. A propuesta de Austria se celebraría para ese fin un congreso general, al cual el 26 de marzo de 1761 invitaron las cinco potencias aliadas, y habría de reunirse en Augsburgo a mediados de julio. Una semana después Prusia e Inglaterra declararon su conformidad (4).

Como las diócesis de Vestfalia de Munster, Paderborn y Hildesheim se hallaban vacantes hacía ya largo tiempo y tanto Prusia como Hanóver acariciaban la idea de apoderarse de dichas fundaciones eclesiásticas (5), se temía en Roma que al concertar la paz se pretendiera de algún modo la secularización de los bienes eclesiásticos. Las cortes de Viena y París hubieron de disipar ya en 1758 las preocupaciones referentes al caso de la curia mediante seguridades en absoluto precisas (6). En tales circunstancias se creyó el Pontífice en el deber de dar nuevamente la voz de alerta a los gobiernos ante el peligro, y así lo hizo en gran número de breves dirigidos al emperador, a la emperatriz, a los reyes de Francia, España y Polonia y a muchos príncipes católicos del imperio (7). Además, en 1760 se tomaba ya deliberación en Roma sobre la oportunidad de enviar al futuro congreso un representante de la Santa Sede. Como las cortes de Francia y Austria se mostrasen poco propicias a este extremo (8), acudieron al rey de España (9), y, por otra parte, los

(1) Cf. Hist.-pol. Blätter, XCII, 852 ss.

(2) Herm. Meyer, Der Plan eines evangel. Fürstenbundes, 80 ss.

(3) Dengel, 17 ss.

(4) Arneth, VI, 204 s., 217-225; Schäfer, II, 2, 197 ss.

(5) Dengel, 27.

(6) Ibid., 24 s.

(7) Bull. Cont., III, 61 ss. Cf. Dengel, 28, nota 1.

(8) Dengel, 29.

(9) *Cífre al Nunzio del 3 de abril y 22 de mayo de 1760, y 12 de marzo y 30 de abril de 1761, Nunziat. di Spagna, 431, *Archivio segreto pontificio*.

nuncios de París, Madrid y Viena recibieron orden de contrarrestar con todas las fuerzas el inminente alejamiento del poder espiritual (1). Si en el congreso no se daba acogida a ningún representante del Papa, en ese caso, como se decía en la carta al nuncio Pamfili (2), la actitud de la política francesa sería la que imprimiría la orientación decisiva, pues de Francia dependía en gran parte la conducta de los príncipes alemanes.

Francia se dejó ganar efectivamente para la idea de que, según el uso de los últimos decenios, podía presentarse en Augsburgo un legado privado del Pontífice (3). Para misión tan escabrosa fué designado el prefecto de archivos Garampi (4). A fin de paliar la verdadera finalidad de su viaje (5), realizaría a la vez una visita al monasterio imperial alemán de Suabia. En agosto de 1761 Garampi se puso en camino de Alemania como agente particular, «ministro senza carattere», mas durante su misión le asaltaron los desengaños en serie no interrumpida. La esperanza en la reunión del congreso comenzó a desvanecerse cada vez más hasta que finalmente se esfumó por completo a causa de las negociaciones secretas entre Francia e Inglaterra (6). Por otra parte también, apenas era de temer una secularización tanto como en Roma se suponía (7). Tras meses de silenciosa espera, girada la visita al monasterio de Salem y realizados viajes científicos por Suiza, Alemania y Austria, y arreglados algunos asuntos de menor cuantía (8), regresó a Roma a fines de mayo de 1763.

(1) *Cifre al Nunzio Pamfili del 11 de marzo, 6 de mayo, y 3 y 10 de junio de 1761, *Nunziat. di Francia*, 450, *ibid.*; *Cifra al Nunzio Pallavicini del 12 de marzo de 1761, *Nunziat. di Spagna*, 431, *ibid.*

(2) *Cifre al Nunzio Pamfili del 1 y 8 de julio, 12 de agosto y 18 de noviembre de 1761, *Nunziat. di Francia*, 450, *ibid.*

(3) Dengel, 31.

(4) Sobre su personalidad cf. A. Fr. Cancellieri, *Notizie sul card. Gius. Garampi*, en *Memorie di religione, di morale e di letteratura*, XI, Módena, 1827, 385-442.

(5) El embajador español en Roma, Roda y Arrieta, tuvo noticia de esto y *escribió el 3 de septiembre de 1761 a R. Wall, que la instrucción secreta de Garampi era vigilar sobre la secularización de los obispos de Germania (*Archivo de la embajada española en Roma*). Cf. Dengel, 41.

(6) Schäfer, II, 2, 330, 394 ss.; Arneth, VI, 262.

(7) Dengel, 43.

(8) *Ibid.*, 44-74, 142-184. Sobre la satisfacción del convento de Salem v. la *carta de Clemente XIII al monasterio de Salem del 24 de abril de 1762, *Epist. III*, f. 254, *Archivo secreto pontificio*. *Ibid.*, III, f. 72, una *carta pontificia de recomendación en favor de Garampi dirigida al elector de Baviera, del

Entre tanto se había preparado por otros caminos la pronta terminación de la guerra. Concertados los diversos tratados secretos de paz entre los beligerantes, pactaron también Austria y Prusia los últimos en la paz de Hubertusburg. Si Clemente XIII había vuelto a insistir a fines de 1762 en repetidos breves sobre el peligro de una secularización (1), en cambio, una vez realizado este convenio eran ya superfluos semejantes temores. En una carta al emperador podía expresar el Pontífice (2) su satisfacción por el arreglo convenido, pues al menos no había empeorado la situación de los católicos; y aun cuando le apenaba la ratificación hecha de la paz de Vestfalia, la cual Roma seguía condenando, en cambio se consolaba con el restablecimiento y nueva provisión de las diócesis de Vestfalia que en el ínterin se había conseguido (3).

En un artículo secreto de la paz de Hubertusburg se comprometía el rey Federico II, para el caso de una pronta elección de rey, a dar su voto al archiduque José, hijo de los emperadores. Poco después de terminada la guerra, el príncipe Kaunitz dió nuevo impulso al asunto de la elección, y tras laboriosas negociaciones logró vencer la oposición y reparos de los electores alemanes (4). Así es que para el mes de enero de 1764 fué convocada en Francfort una dieta de príncipes electores y a continuación la electiva.

A juzgar por lo ocurrido en la elección del emperador Francisco I (5), temíase en Roma que en esta ocasión se habrían de presentar también dificultades contra la presencia de un legado pontificio en la dieta electiva. Por este motivo se tuvo por conveniente enviar personas que se hallasen familiarizadas con los asuntos alemanes y estuviesen en estrecha relación con la corte de los príncipes electores. La elección recayó en el nuncio Nicolás Oddi, el cual había regentado la nunciatura de Colonia de 1754

14 de noviembre de 1761, para que le abriera las puertas de su biblioteca. El diario de viaje de Garampi fué publicado por Gr. Palmieri: *Viaggio in Germania, Baviera, Svizzera, Olanda e Francia compiuto negli anni 1761-1763. Diario del card. Giuseppe Garampi*, Roma, 1889. Cf. Weech, *Röm Prälaten am deutschen Rhein*, 8-38.

(1) Bull. Cont., III, 618 ss.

(2) *del 20 de abril de 1763, Epist., V, f. 168^b, loco cit.

(3) Dengel, 74. Cf. J. M. Kratz, *Das hochstift Hildesheim im Siebenjährigen Kriege und die Wahl des Fürstbischofs Friedr. Wilhelm Frh. von Westphalen*, Hildesheim, 1874

(4) Arneth, VII, 69 ss.

(5) V. la página 105 de nuestro volumen XXXV.

a 1760 y a partir de esta fecha la de Suiza; de agregado llevó a Garampi, quien durante los últimos años y con ocasión de su viaje por Alemania había trabado amplias relaciones con las familias de los príncipes. Por carta del 14 de enero de 1764 notificó Clemente XIII a los electores la misión de Oddi, y además se declaraba con el mayor ardor en favor de la candidatura del archiduque de Austria, de cuyas dotes hacía un cumplido elogio, lo mismo que de su piedad, la cual fué siempre peculiar de su linaje (1). La instrucción de Oddi estaba asimismo concebida en este sentido (2). Simultáneamente se dieron seguridades al elector de Maguncia como jefe de la elección, de que la validez de la misma para rey de Roma no sería puesta en litigio aun cuando en ella tomaran parte electores no católicos y Francisco I no hubiera sido coronado todavía emperador (3).

Al reunirse Oddi y Garampi en Francfort a mediados de febrero, tropezaron con múltiples dificultades (4), como fué el prolijo litigio surgido por causa de la primera visita de respeto que los legados recién llegados debían a los ya reunidos, mientras que el representante del Papa quiso hacer valer en su favor un antiguo derecho de excepción (5). Como éste no le fuera reconocido a Oddi, expresó

(1) *regios sibi ingeneratos mores eorumque sanctissima doctrina suo inditum esse animo summum in religionem studium egregiamque illam pietatem quae propria semper fuit Lotharingii et Austriaci sanguinis* (Bull. Cont., III, 845 s.). Un *breve parecido dirigido al obispo elector de Salzburgo Segismundo Cristóbal von Schrattenbach, del mismo día, se halla en las actas de Viena, c. 89, del *Archivo del Gobierno de Salzburgo*.

(2) Dengel, 32 ss.

(3) Bull. Cont., III, 846.

(4) Brevemente compendiadas en las **Notizie nella vita di Clemente XIII: In quest'istesso anno, essendosi adunata in Francfort la Dieta dell'Imperatore per l'elezione del Re de' Romani, vi fu spedito dalli Svizzeri un Nunzio Apostolico, che fu Msgr. Oddi, il quale incontrò l'istesse difficoltà che aveva incontrate Msgr. Stoppani nella Dieta d'elezione del regnante Imperatore, non volendosi ammettere Ministri pontificii in simili adunanze; con i quali ciò non ostante vengono praticati tutti i riguardi di stima e di rispetto, ma non riconosciuto il loro carattere, nè la loro missione come necessaria. Ciò non ostante, valse molto la sua presenza a frastornare una idea appoggiata dall'Elettore di Magonza e dal Palatino, di togliere intieramente gli appelli alla S^{ta} Sede, e contraddetta non solo con modo speciale da' plenipotenziarii di Baviera, ma etiamdio, il che reca maggior maraviglia, da quelli degli Elettori protestanti di Brandemburgo e d'Aunover. Cod. 1474 (41 A 5), f. 55, de la *Biblioteca Corsini de Roma*.*

(5) **Diario e viaggio del card. Garampi per la Germania nel 1764, en Miscell. di Garampi, 77, y Nunziat. di Germania, 653, Archivo secreto pontificio, transcrito como Cod. 1117 en el Archivo general de Carlsruhe; además, *Relazione (de Garampi) dei negoziati di Msgr. N. Oddi nella straordinaria Nunzia-*

el Pontífice su extrañeza por este menosprecio que se infería a su legado, el cual había notificado por cierto su llegada a los demás embajadores (1). Más enojosa fué la situación cuando el colegio electoral, basándose en un decreto de 1745, prohibió la presencia de delegados extranjeros en la elección y el nuncio Oddi fué comprendido en esta medida exilente. Inútiles fueron los esfuerzos de Garampi por conseguir el apoyo del arzobispo de Maguncia para defender el privilegio de Roma (2); asimismo, de la corte de los electores de Tréveris y Colonia no recibió más que evasivas (3). Un incidente ocurrido en el cabildo catedralicio de Espira vino a empeorar más todavía la situación. En un litigio contra el deán Augusto conde de Limburgo-Styrum había apelado el cabildo a Roma, donde fué aceptada dicha apelación antes de la sentencia en la primera instancia. El elector del Palatinado Carlos Teodoro, el cual apoyaba a Styrum, propuso entonces un apéndice a los gravámenes ordinarios de la capitulación electiva, según el cual los asuntos civiles de los clérigos no debían ser llevados a un tribunal eclesiástico superior y sólo serían permitidas las apelaciones en casos importantes (4).

tura alla Dieta elettorale per l'elezione di S. M. Giuseppe II Re di Roma... nell'a. 1764, Nunziat. di Germania, 653 y 721, loco cit.

(1) *La nuova che ha recato [el correo especial] è stata, che avendo egli [Msgr. Nunzio Oddi] fatto partecipare a tutti i Ministri elettorali il suo arrivo, neppur uno di essi erasi mosso a usargli o fargli usare la consueta attenzione del benvenuto, nè altra menoma dimostrazione. Questa nuova ha tanto sorpreso e il Papa e la corte quanto verun altra delle più spiacevoli, che siano mai venute (Brunati a Colloredo el 7 de marzo de 1764, *Archivio pubblico de Viena*). Cf. las *cartas de Colloredo referentes al caso desde febrero hasta julio de 1764 en el *Archivio de la embajada austriaca del Vaticano*.

(2) *Risposi che riconoscendo egli l'ingiustizia fattasi al Nunzio, dovea appunto e come capo del collegio elettorale e come ecclesiastico assumere questo impegno; che il Nunzio appella appunto a lui come a custode delle leggi dell'impero, affinché il concluso del 1745 in questa parte non si eseguisca. Replicò esser vero tutto ciò, ma che nelle circostanze critiche presenti, non gli conveniva di fare scopertamente alcun passo..., che egli come arcivescovo avrebbe fatto al rappresentante pontificio tutti i possibili onori, che non poteva accordargli come Elettore. El arzobispo de Colonia escribía también, que il Nunzio non sarebbe stato nè ricevuto nè riconosciuto, essendo che erasi stabilito di non voler più Ministri esteri alla Dieta. Che anche da Magonza eransi avuti non dissimili riscontri (*Diario e viaggio de Garampi*, 1764, loco cit.). Cf., además, *Relazione de Garampi, loco cit.

(3) *Diario e viaggio de Garampi, loco cit.

(4) *Ibid. Sobre este sorprendente proceso cf. Jakob Wille, August Graf von Limburg-Styrum, Fürstbischof von Speier (1913), 18 ss. y la bibliografía allí indicada; además, Dengel, 60 ss. Garampi tampoco aprobó la hipótesis de la apelación a Roma (Dengel, 63, nota 2). El cardenal von Hutten, obispo de

Es verdad que se retiró por fin dicho aditamento, pero, con todo, se intimó por adelantado al futuro rey la ley reglamentaria sobre los demás puntos de reclamación.

De nada aprovechó ya que en la carta del 8 de marzo de 1764 expresase el Pontífice a la emperatriz en términos enérgicos su disgusto por el indigno trato que habían recibido en la dieta de los electores su representante y los asuntos eclesiásticos (1). Lo mismo que los embajadores extranjeros abandonó también la ciudad el nuncio Oddi la víspera de la elección para regresar al día siguiente, 27 de marzo, por la tarde (2). La descripción que de la elección nos ofrece un testigo presencial de tan fina observación como el joven Goethe (3) se completa con los extensos datos recopilados en las memorias de viaje de Garampi (4), y por las cartas que diariamente escribía el recién electo a su augusta madre (5), en las cuales se entreveran por cierto las negras sombras del dolor por la pérdida reciente de la esposa, Isabel de Parma. Por el esplendor y fastuosidad parece que el imperio alemán, sepultado por tanta cantidad

Espera, relacionó con esto la obra de Febronio. Oddi supo también disponer al Pontífice para que reclamase el asunto, anulara la sentencia de la Signatura de Justicia y luego remitiera la causa a la primera instancia, o sea al tribunal metropolitano de Maguncia.

(1) *Este consejo de nuestro nuncio es una ofensa que Nos no podemos disimular, sino que hemos de exponerte nuestro dolor y nuestras quejas. Considera qué tamaña deshonra constituye para la religión católica el que la sede apostólica sea de esa suerte despreciada y pisoteada en presencia de los herejes. No obraron así tus imperiales antepasados, quienes, a pesar del poder y de la fama honraron la Iglesia romana, dando ejemplo de adhesión recibieron con especial honor a los nuncios y demostraron principalmente su celo al celebrarse la elección del emperador que es el protector de la Iglesia. ¿Cómo puedes tú permitir que el nuncio de la Iglesia católica, la madre y maestra, sea privado de todo honor y casi objeto de mofa? Esta ofensa, que hace reír a los herejes y escandaliza a los católicos, no puede ser tolerada. Por esto rogamos Nos que sea reparada la dignidad de la Santa Sede por medio de tus servicios para con el nuncio. En tu alabanza redundará lo que hagas por la dignidad de la Iglesia católica y de sus ministros.» (Epist. VI, f. 225, *Archivo secreto pontificio*.) Sobre la recusación de este breve en la corte de Viena v. Arneth, IX, 13. Cf. *Protesto originale fatto da Msgr. Oddi doppo la Dieta el 6 de marzo de 1764, Nunziat. di Germania, 652, f. 93, *ibid*.

(2) *Diario e viaggio de Garampi, loco cit.

(3) Goethe, Aus meinem Leben. Dichtung und Wahrheit, libro V, editado por Otto Heuer, Francfort del Meno, 1921, I, 252 ss.

(4) *Diario e viaggio, loco cit.

(5) Esta, como todas las cartas de José referentes al viaje a Francfort se halla en Arneth, Korrespondenz, I, 19-127, para nuestro caso particularmente 50-74.

de pergamino, papel y libros», volvía a resurgir de nuevo con real magnificencia, y al joven poeta francfortés impresionó asimismo el «indecible encanto» de aquella «solemnidad políticorreligiosa». «Tenemos ante los ojos, así escribe en sus memorias (1), la majestad terrena circundada de todos los símbolos de su poder; mas al postarse aquélla ante la celeste nos pone ante los sentidos la comunidad de ambas.»

El 2 de abril, víspera de la solemne coronación, fué recibido el nuncio con todos los honores por el emperador (2), por el rey y por el archiduque Leopoldo, quedando con ello reparada en parte públicamente la triste impresión que hubo de producir la extraña conducta que con él habían observado los electores. El Pontífice daba muestras de querer olvidar por completo el atropello inferido a sus privilegios, cuando en agosto del mismo año pretendió el elector de Maguncia justificar su proceder afirmando en su disculpa que la postergación del nuncio había ocurrido contra su voluntad y que con ello no se había sentado precedente para lo futuro. En carta fechada el 26 de septiembre contestóle el Pontífice dando por liquidado el asunto y alabando la sumisa disposición de ánimo del metropolitano maguntino (3).

En el consistorio del 4 de mayo de 1764 dió cuenta el Pontífice a los cardenales de la elección y coronación del rey de Roma y leyó las cartas que el emperador y el rey le habían escrito sobre el particular (4). Con todo, se vió en la precisión de declarar aquel mismo día que el Papa no podría confirmar la elección realizada sino en el caso de que el recién elegido expresamente se lo suplicara (5), cosa que en dichas cartas no constaba. Por esto hasta el 11 de junio de 1765 no le fué posible a Clemente XIII confirmar a José II por rey de Roma y otorgarle el privilegio de las primeras preces (6).

Pocas semanas más tarde moría súbitamente, víctima de un

(1) Goethe, loco cit., 282.

(2) *Diario e viaggio de Garampi, loco cit.

(3) *Carta al arzobispo de Maguncia del 26 de septiembre de 1764, Epist. VII, 120, loco cit.

(4) Bull. Cont., III, 868 ss. La *carta gratulatoria del Papa Iosepho Romanorum Regi electo el 5 de mayo de 1764 (Epist. VII, 271, *Archivio segreto pontificio*) se refiere extensamente en el texto a las escritas con ocasión de las elecciones de Leopoldo y Francisco I.

(5) Bull., loco cit., 870 s.

(6) Ibid., 187-190; p. 193 s., noticia sobre el caso a los distintos cabildos y fundaciones alemanes.

ataque de apoplejía, el emperador Francisco I en Insbruck. El Papa envió sendas cartas de pésame y consuelo a la viuda y al hijo (1), y en el consistorio del 9 de diciembre pronunció un discurso en memoria del finado (2). María Teresa nombró entonces corregente a José II con idénticas reservas que anteriormente a su marido, a saber que con ello no renunciaba ella en lo más mínimo a su soberanía personal sobre el reino y países hereditarios (3). A la vez sucedía también José II a su padre en la dignidad imperial sin experimentar oposición de parte alguna.

II

Tras un gobierno de treinta años falleció el 5 de octubre de 1763 el príncipe elector de Sajonia Federico Augusto, el cual, lo mismo que su padre Augusto II, ocupó también el trono polaco. Absolutamente intachable en sentimientos y carácter, no había podido sin embargo el rey domeñar el progresivo desarrollo del poderío polaco. Sólo en contadas ocasiones permaneció en los confines de su reino: convocaba las dietas en algún lugar fronterizo a fin de regresar lo antes posible a Sajonia (4). Por esta razón no llegó ni con mucho a familiarizarse con la nobleza y el pueblo polacos. En la defensa de los intereses religiosos se mostró siempre íntegro; con razón pudo, pues, Clemente XIII, tanto en su alocución consistorial del 9 de mayo de 1764 (5) como en la carta de pésame del 12 de mayo (6) dirigida al primado de Polonia Lubienski, obispo de Gnesen, emplear palabras de gratitud y reconocimiento por la actividad que en su gobierno había desplegado el difunto.

El rey Federico Augusto fué el segundo y último de la dinastía sajona que ocupó el trono de la monarquía electiva de Polonia. Si no consiguió asegurar para sus hijos esta herencia, hay que buscar la razón de ello en la oposición de las potencias extranjeras como

(1) *a María Teresa el 17 de septiembre, al emperador José el 19 de octubre de 1765, Epist. VIII, 103 ss., loco cit.

(2) *Ibid., 189.

(3) Arneth, VII, 169.

(4) Hanisch, Gesch. Polens, 246, 248.

(5) El texto en Theiner, Mon. Pol., IV, 2, 40.

(6) Ibid., 40 s. Cf. Benedetti, 28. Es cierto que Benedetti censura con palabras muy vagas la parcialidad de la publicación de Theiner, pero luego no ofrece él personalmente sino escasas citas de fuentes.

también en las circunstancias internas de partidos y constitución del reino de los Piastas.

No había ciertamente casi fundamento para temer que al presente, como ocurrió en la ocupación del trono de Augusto II, se desencadenase una conflagración europea por causa de la herencia de los Jaguellones. Francia y Austria, las cuales, con todo, en un principio otorgaron su favor al heredero sajón Federico Cristián, no querían embarazarse demasiado en las disputas polacas (1). Además, Federico Cristián falleció durante el mismo interregno (2). En vista de una pregunta hecha por el primado, afecto a Sajonia, el nuncio pontificio de Varsovia, Visconti, recibió también la orden de abstenerse en lo posible en la contienda electoral y de tomar parte activa sólo en caso que potencias extranjeras tomaran cartas en el asunto con perjuicio de la Iglesia (3). El temor de que esto último ocurriera era, con todo, por demás justificado; Rusia y a ella en estrecha alianza unida Prusia vieron en los actuales momentos llegada su hora para intervenir más intensamente que hasta entonces en los asuntos de Polonia, a fin de convertir en realidad sus aspiraciones por largo tiempo cohibidas de ensanchar sus fronteras con territorio polaco (4).

En el mes de julio del año anterior había escalado Catalina II el trono de Rusia postergando violentamente a su inepto marido el zar Pedro III. Su gobierno se distinguió por una flagrante contradicción. En sus manifiestos y edictos políticos hablaba esta «Sémiramis del Norte» con el lenguaje del más avanzado iluminismo de su época y, con insuperable talento mimético y no sin éxito, codició

(1) De la correspondencia epistolar entre María Teresa y la princesa electora María Antonia, en Ad. Beer, II, 324 s. Acerca de los demás esfuerzos realizados por la última en favor de su marido Federico Cristián, *ibid.*, I, 107 ss.; cf. 117 s. Sobre la actividad desplegada por el canciller austriaco Kaunitz en el asunto de la sucesión polaca, v. *ibid.*, 118-125, 150 ss. Cf. Arneth, VIII, 33 ss., 45 ss.

(2) Beer, I, 112; Forst-Battaglia, 113. Sobre la candidatura que entonces surgió del elector de Sajonia, príncipe Javier, v. Beer, I, 135 ss., y Massé, Un candidat au trône de Pologne, en la Revue de Paris del 1.º de octubre de 1905.

(3) Instrucción para Visconti del 29 de octubre de 1763, en Benedetti, 105 ss.; cf. 29.

(4) En Roma también se previó esto: *Teme [N. S.] e con fondamento che qualche nazionale compri dalla Prussia e dalla Moscovia il regno di Polonia con patti assai pregiudiziali alla religione e colla cessione di qualche paese alle due sopradette potenze. Al Nuncio Pamfili de Paris el 14 de diciembre de 1763, Nunziat. di Francia, 453, f. 104, *Archivio segreto pontificio*.

el adulador homenaje de las grandes figuras literarias de la Europa occidental (1). En cambio en sus procedimientos y prácticas de gobierno se reveló esta princesa de dinastía alemana, transformada en rusa como una déspota del más desenfrenado absolutismo, para la cual todos los medios personales y políticos, sea cual fuere su valor moral, eran suficientemente buenos para ser aplicados, sin consideración alguna, en favor de su Estado y en beneficio, y esto no en último término, de su propio medro personal.

Así es que para Catalina era cosa evidente y natural acoger con apasionamiento los tradicionales designios de conquista sobre Polonia. A partir de Pedro I trascienden estos proyectos a la política exterior de los zares, planes cuyo primer desarrollo se retrotrae por cierto al convenio suecoprusiano del año 1656 (2). El rey de Prusia Federico II se mostró entonces poco propicio a transigir y así se firmó entre Catalina y Federico un pacto ofensivo y defensivo (3), que había sido ya formalmente incoado por Pedro III, con artículos secretos sobre la cuestión polaca.

Las bases que en él se consignan, las cuales fueron nuevamente corroboradas en 1764 (4), sirven de tendel a todos los ulteriores procesos contra la indefensa nación vecina. Ambas potencias se comprometen a impedir que la corona real polaca se haga hereditaria, que en lo futuro venga a parar a príncipe alguno extranjero y además que los polacos no católicos sean privados de la plena igualdad de derechos políticos y religiosos. Con maravillosa perspicacia se descubrieron en esto aquellas dos palancas en la ya oxidada máquina política de Polonia, las cuales no había más que accionar con persistencia para producir la inevitable ruina y descomposición de la infortunada nación (5). Además, Catalina había encontrado ya un digno sucesor de Federico Augusto (6) en Estanislao Poniatowski,

(1) Janssen, 33.

(2) Sobre los antecedentes históricos del proyecto de repartición, *ibid.*, II ss.

(3) del 2 de noviembre de 1762, en Theiner, IV, 2, 1.

(4) Janssen, 44; Koser, II, 437 s.

(5) Sobre las negociaciones en torno a la sucesión polaca y la participación de Rusia, v. Beer, I, 56-105.

(6) Con palabras corteses pero claras expresó en una carta del 11 de octubre de 1763 al elector los malos auspicios que tenía en la lucha electoral; incluso decíale que no debía exponer sus intereses en esta empresa, y que ella no podía más que defender la libertad e independencia de la elección (Beer, II, 326). El elector respondió el 28 de noviembre de 1763 dando seguridades de no pretender apelar a medio alguno perjudicial a la paz (*ibid.*, 326 s.).

cretino, sin vigor en cuerpo y alma, el cual viviendo aún Pedro III había sostenido relaciones ilícitas con la zarina y a quien la voluptuosa al par que brutal dueña creía incondicional suyo para todo evento (1).

La candidatura de Poniatowski al trono de Polonia encontró por cierto, aun dentro del propio territorio, entusiasta acogida en un partido dirigente, cuyos jefes, los Czartoryski (2), tenían con él íntima afinidad. Con el fin de granjearse nuevamente el antiguo influjo sobre el gobierno polaco habían entrado éstos en una importante confederación de la nobleza, cuyos designios convergían en una reforma de la constitución orientada hacia un poder central más fuerte y hacia la restricción de los derechos del parlamento (3). Ante todo había de desaparecer el «*Liberum veto*», es decir, aquella prerrogativa que gozaban todos y cada uno de los diputados para anular con su oposición cualquier acuerdo de la asamblea; este privilegio había disuelto por cierto hacía ya decenios casi todas las dietas. La confianza en el triunfo de estos proyectos creció considerablemente cuando los Czartoryski vieron a uno de sus allegados designado por la zarina rusa para candidato de la corona. Tras algunos reparos del comienzo se declararon con el mayor entusiasmo en favor de Poniatowski, sin presentir los grandes desengaños que esta amistad tan súbitamente trabada con Rusia les había de deparar con el tiempo (4).

Sólo quien ciegamente se sometiera a la esclava dependencia que el fanático enamorado sentía por la fría y calculadora árbitra del juego político, podía abrigar esperanzas sobre el triunfo de los designios rusos. Que la zarina tenía visión certera de su causa se desprende con claridad meridiana de la instrucción que al morir Federico Augusto redactó ella para su representante en Varsovia, conde Keyserlingk (5) y para el más adelante tan pérfido Repuin (6). En dicha instrucción repite ante todo la fundamental aspiración de

(1) Véanse los Estudios de Forst-Battaglia, especialmente, por lo que al caso se refiere, p. 97 ss.

(2) Acerca de este partido de la «Familia» v. Beer, I, 114 s.; Herrmann. V, 365 ss.

(3) Janssen, 47 ss.

(4) Informe de Visconti del 1.º de febrero de 1764, en Theiner, IV, 2, 25.

(5) Sobre la personalidad de este antiguo profesor de Könisberg v. Beer, I, 127 ss.

(6) Para esta instrucción del 6 de noviembre de 1763 cf. Janssen, 38 ss., y Beer, I, 130-134.

conservar intacta la ley electoral de Polonia en favor de un natural del país y designa a Poniatowski como futurario el más adecuado y digno, con tal que éste, en agradecimiento, empeñara su palabra de secundar en lo futuro los deseos de la zarina; entre ellos habían de figurar en primera línea la igualdad jurídica de los disidentes y el más amplio derecho de intervención de Rusia como universal garante de la constitución polaca. Aquí se declara ya Catalina en franco antagonismo frente al partido de los Czartoryski, el cual no le había de servir más que para sacar triunfante en Polonia la candidatura de su favorito. Al mismo tiempo no tuvo reparo, lo mismo que su fiel Acates el rey de Prusia (1), en declarar solemnemente su voluntad de amparar y defender la libertad e integridad de Polonia (2). Estas palabras fueron repetidas con machacona insistencia en los próximos años, hasta que por fin hubo de llegar el convencimiento al ánimo hasta del más iluso de la infamia que tales frases encerraban.

Cuando el 7 de mayo de 1764 se reunió la reglamentaria dieta de convocación para disponer los preparativos de la elección (3), la capital Varsovia y sus inmediaciones, y sobre todo el palacio real y el local de la dieta, estaban tomadas por las tropas rusas y de los Czartoryski (4). El partido de los republicanos, el cual se hallaba en oposición violenta contra el programa reformista que sostenía la confederación, pidió ante todo que se retiraran las tropas (5); como el embajador ruso diera una evasiva por respuesta (6), abandonaron la dieta y la capital no sin antes entregar por escrito una solemne protesta (7); sus confederaciones fueron disueltas por los soldados de la zarina (8). La mutilada dieta de los Czartoryski, a pesar de su cortísima duración, pudo dar cima con tanto mayor celeridad a varias leyes de reforma principalmente en favor del poder real y de las reales comisiones.

(1) Informe de Visconti del 22 de febrero de 1764, en Theiner, loco cit.

(2) Janssen, 40.

(3) Sobre él cf. Herrmann, V, 369 ss. Ya con motivo de la elección para esta dieta se llegó a choques sangrientos en Graudenz con las tropas rusas (Beer, I, 157 ss.).

(4) Visconti informa extensamente sobre el caso con fecha 9 de mayo de 1764, en Theiner, IV, 2, 28 s. Cf. Beer, I, 161 ss.

(5) Así el primado con fecha 16 de abril de 1764, en Theiner, IV, 2, 37 s.

(6) del 17 de abril de 1764, *ibid.*, 38.

(7) Informe de Visconti del 16 de mayo de 1764, *ibid.*, 29.

(8) Informe de Visconti del 8 de agosto de 1764, *ibid.*, 29 s.

La abolición del «*Liberum veto*» zozobró ante la oposición de las potencias extranjeras (1). En cambio la asamblea rehusó la discusión sobre la cuestión de los disidentes, sobre la cual pretendían hacer presión los representantes extranjeros, razón por la cual esta embarazosa cuestión quedó patente desde el principio; la elección de Poniatowski ocupaba un primer término de excesivo relieve.

El Pontífice Clemente XIII agradeció al primado de Polonia, jefe del senado, en carta autógrafa, la oposición hecha a las pretensiones de los disidentes (2). Referente a este asunto es muy significativo el dictamen de Estanislao Konarski, uno de los teólogos más eminentes de la nación polaca (3). De ningún modo se puede hablar en Polonia, dice en dicho documento, de una situación propiamente vejatoria de los disidentes, ya que los no católicos han gozado desde antiguo de libertad religiosa y de protección y asistencia por parte del Estado, concesiones que en los países protestantes de Europa o han sido reconocidas a las minorías católicas por disposiciones novísimas, o están en absoluto por hacer todavía. Lo único que restaba para llegar a una plena igualdad de derechos eran los derechos políticos, a saber, la capacidad para los cargos de diputado de la dieta y senador, de estarosta con jurisdicción, de dignatario de la corona de Polonia y del gran ducado de Lituania. Tales restricciones se han mantenido en vigor por justa razón como garantía de la paz pública, pues si en nombre de la caridad cristiana, como se reclamaba, se hubiera accedido a aquellas concesiones se hubiera abierto ancha puerta a todas las ideologías y, por tanto, incluso a los delistas y ateos; y dada la notoria actividad que despliegan todos esos sectores era de temer que en tiempo no lejano la mayoría católica del pueblo hubiera de suplicar indulgencia en tales cargos. ¿Cuándo se ha puesto en práctica semejante caridad cristiana en favor de los católicos en Inglaterra, Holanda, Suecia y Dinamarca? Si recapacitan sobre las guerras de religión habidas en otros países, tendrán motivos los disidentes polacos de alegrarse por tener segura la posesión de sus haciendas; se les garantiza plena libertad de pensamiento y de religión lo mismo que la posibilidad sin limitaciones de ascensos en el

(1) Janssen, 48; Beer, I, 165.

(2) Carta del 18 de agosto de 1764, en Theiner, IV, 2, 42 s. Un *breve del 2 de junio de 1764 señalaba al primado las normas de conducta para la nueva elección. Epist. VI, f. 290, *Archivo secreto pontificio*. Ibid. también *breves a otros obispos y grandes de Polonia.

(3) Impreso en Theiner, IV, 2, 69 ss.

ejército; ante el Estado y los tribunales están equiparados a los demás ciudadanos.

En los últimos días del año 1764 fué abierta la dieta electiva (1), la cual se desenvolvió nuevamente con el carácter exclusivo de confederación de los Czartoryski. El 3 de septiembre celebró ante ella el nuncio pontificio Visconti una solemne audiencia al aire libre (2). Visconti aludió en su alocución a la necesidad de conservar la Iglesia católica y los derechos a ella garantizados (3). El 7 de septiembre proclamó oficialmente el primado el resultado de la elección: Poniatowski, cognominado desde entonces Estanislao Augusto, había sido proclamado por unanimidad (4). Entre los cuarenta y siete puntos de sus capitulaciones, los *Pacta conventa* (5), había algunos que ampliaban notablemente el poder real (6), y otros que prometían a los disidentes paz y seguridad, pero sin restringir los privilegios de la nobleza católica. También fueron aprobadas, y con ello puestas en vigor, las demás reformas de la dieta de convocación y conservada la confederación de los Czartoryski. El nuevo rey notificó su elección al Pontífice y a la máxima parte de los príncipes europeos (7); en términos singularmente cordiales estaba redactada la carta de agradecimiento dirigida a Catalina II: la nación polaca, decía, ha proclamado por elección unánime como más digno al candidato propuesto por la zarina. Hasta qué punto llegara el predominio del influjo ruso lo pusieron de relieve casos sintomáticos que se registraron en el ceremonial de las solemnidades de la coronación, en las cuales el nuncio, a pesar de su cargo de prelación, fué postergado notoriamente a Repnin. Para disculparse no supo el rey dar

(1) Beer, I, 173 s.

(2) El ceremonial exacto en Theiner, IV, 2, 43 s. Visconti informaba extensamente sobre el caso el mismo 6 de septiembre de 1764, *ibid.*, 31 s.

(3) Texto del discurso con las réplicas, *ibid.*, 44 ss.

(4) Informe de Visconti del 7 de septiembre de 1764, *ibid.*, 32. El reconocimiento hecho por el Papa se realizó por medio de un documento cifrado dirigido a Visconti el 4 de mayo de 1765, Benedetti, 107 s.

(5) En Theiner, IV, 2, 47 ss. Cf. informe de Visconti del 19 de septiembre de 1764, *ibid.*, 32.

(6) Janssen, 51. La *carta gratulatoria del Pontífice con motivo de la elección fué dirigida al rey con fecha 6 de octubre de 1764; v. Epist. VII, f. 125, *Archivo secreto pontificio*. Del mismo día (*ibid.*, f. 127) es un *breve al primado sobre el tranquilo curso de la elección.

(7) Theiner, IV, 2, 55 ss. Acerca de las dificultades con que tropezó el reconocimiento, especialmente en Viena y París, v. Beer, I, 175-183; Arneth, VIII, 73 ss.

otra excusa más que con ello no se sentaría precedente alguno para lo futuro (1).

La cuestión de los disidentes fué suscitada de nuevo en esta dieta por los memoriales de los embajadores ruso y prusiano (2). La zarina apeló a la responsabilidad que sobre ella pesaba por la salud de todos los ortodoxos, los cuales no podían ser oprimidos por más tiempo. Por otra parte, en cartas al primado, a todos los obispos y senadores Clemente XIII había hecho un llamamiento a fin de que se opusiera la máxima resistencia en estos asuntos y así logró impedir también en esta ocasión que el partido del gobierno abordara el asunto. En una conversación sostenida con el influyente tío del rey, el gran canciller de Lituania conde Czartoryski, recibió Visconti la seguridad de que no había que temer innovación alguna (3). En términos parecidos se expresó el rey al nuncio. A las representaciones de Repnin replicó Visconti haciéndose fuerte en la dura suerte que corrían los católicos de Rusia (4); de igual modo respondió al embajador Benoit al hacerle éste una visita relacionada con el mismo asunto (5).

Al notificar el rey Estanislao Augusto al Pontífice su solemne coronación, le prometió de nuevo incondicional garantía para los privilegios de la Iglesia y le encomendó a su allegado el príncipe José Czartoryski para el puesto de encargado polaco de negocios (6). El 30 de marzo de 1765 se dirigió el Papa a los emperadores y el 3 de abril a los monarcas de Francia y España exponiéndoles la crítica situación de los católicos de Polonia, así como la enérgica intervención en su favor del nuevo rey, para quien trató de conseguir del emperador y de la emperatriz una alianza amistosa y de los reyes la notificación de su benevolencia (7). Con todo eso, la cooperación

(1) Véase la real declaración del 23 de noviembre de 1764, en Theiner, IV, 2, 64, y el informe de Visconti del 5 de diciembre de 1764, *ibid.*, 35 s.

(2) del 14 de septiembre de 1764, *ibid.*, 63 s. Cf. Janssen, 55 ss.; Beer, I, 188.

(3) Informe de Visconti del 5 de diciembre de 1764, *loco cit.*

(4) *Ibid.*

(5) Informe de Visconti del 19 de diciembre de 1764, *ibid.*, 36.

(6) 1.º de febrero de 1765, *ibid.*, 72 s. Cf. el informe de Visconti del 2 de enero de 1765, *ibid.*, 91.

(7) *Ibid.*, 76 s. Visconti informó de ello al rey, quien dió las gracias con las más santas promesas (v. su informe del 1.º de mayo de 1765, *ibid.*, 92). Cf. la alocución del Pontífice habida en el consistorio del 22 de abril de 1765, *ibid.*, 77 s. En la *cifra del 4 de abril de 1765 al nuncio español Pallavicini alude el Papa a la importancia del reino de Polonia, al cual amenazaban grandes peligros por

de las potencias católicas en los destinos de Polonia no rebasó los límites de simples cartas gratulatorias (1).

Por vez primera no se había logrado convertir en realidad, en Polonia, los designios rusoprusianos, pero sí se había cumplido, por cierto, la primera presuposición en orden a su realización: Poniatowski fué reconocido rey habiendo desaparecido la última resistencia contra él de la nación. De ahí que por medio de una acción perseverante y, en último término, con el auxilio de la fuerza se podría lograr también lo demás. Ciertamente, la tirantez entre Repnin y los Czartoryski fué cada vez más violenta en lo sucesivo (2); en lugar de atenerse al dictado de la prudencia que aconsejaba procurar una avenencia entre ambos, dedicóse el rey a una política sinuosa y pronto se vió zarandeado y llevado de una a otra parte como juguete, presa de los más tornadizos sentimientos.

Con fecha 24 de septiembre de 1766 remitió Visconti a Roma un extenso informe sobre la situación (3). Ensalza la exterior actividad del rey, quien todas las mañanas convocaba un consejo de Estado privado y además celebraba frecuentes sesiones del senado. Además se hallaba libre, como decía el nuncio, del defecto de ser inaccesible como otros soberanos, pues en todo tiempo, aun fuera del destinado a las audiencias, se hallaba pronto para recibir a los embajadores. El valimiento de Repnin era superior por cierto al del representante del Papa, por lo cual ambos evitaban encontrarse en actos oficiales a fin de no caer en nuevas complicaciones de etiqueta. En general era difícil, añadía Visconti, dados los múltiples influjos, máxime por parte de los tios del rey, conseguir del gobierno cualquier decisión, pues éstas dependían de un número excesivo de individuos. Mejor librados hubieran salido los intereses de la Iglesia si en los prelados anduvieran parejas el celo y la discreción; el mismo primado, cuyas relaciones con el nuncio no eran por lo demás las

parte de los herejes y de los turcos. Nunziat. di Spagna, 462, *Archivio segreto pontificio*.

(1) Las condiciones previas que Francia propuso las menciona la cifra a Visconti del 18 de mayo de 1765, Benedetti, 109. Sobre el ulterior desengaño de estas demandas de intervención cf. las cifras a Visconti del 5 de diciembre de 1767 y 2 de mayo de 1768, *ibid.*, 110, 112. La respuesta evasiva del rey de España del 23 de junio de 1767, *ibid.*, 125 s. De forma igualmente imprecisa contestó más tarde también el gobierno imperial; v. Chotkowski, en las *Hist.-pol. Blätter*, CXLV, 43. Cf. Janssen, 42 ss.

(2) Beer, I, 187; Ssolowjoff, 37.

(3) Segundo informe de este día, en Theiner, IV, 2, 93-100.

mejores (1), olvidaba muchas veces al príncipe de la Iglesia por el político. El clero polaco era inculto hasta lo increíble, mientras que los seglares, mayormente los círculos del gobierno, acataban las teorías dominantes del iluminismo. Las vastas posesiones de la Iglesia y la inactividad de varias órdenes merecieron las censuras de Visconti, quien a la vez trataba de los gravámenes tributarios del clero. El Estado quiso ante todo restringir en lo posible las facultades de la Iglesia a los sacramentos y al dogma; en cambio los eclesiásticos demostraban poca perseverancia y resistencia. Roma no podría fundar grandes esperanzas en ellos.

Sin embargo, de lo que el nuncio se lamentaba en términos más enérgicos era de la actitud de Rusia y Prusia, las cuales, amparándose en el mote de tolerancia, no cejaban de presionar por conseguir la igualdad de derechos de la nobleza no católica. Otros informes de Visconti (2) respiran también serios temores de las medidas violentas de Rusia.

Así las cosas, no cabía la menor duda de que en la próxima dieta, la cual conforme a lo establecido debía reunirse en los primeros días de octubre de 1766 (3), saldría a flote sin resistencia el asunto, dado que los representantes extranjeros ya no tenían al presente motivos de ninguna clase para demorar de nuevo su resolución so pretexto de haber otros asuntos más apremiantes. Las amenazas de Rusia (4) hacían concebir los más siniestros temores.

En consecuencia se vió obligado el partido católico a pertrecharse y armarse de todos los medios. Su portavoz no era, ni mucho menos, en esta ocasión, el primado Lubinski, sino el intrépido obispo de Cracovia, Soltyk. Ya el 8 de julio de aquel mismo año publicó una carta pastoral acerca de los inminentes peligros que amenazaban a la verdadera fe (5). En ella se dirige expresamente a todos los mandatarios de las provincias y senadores y les conmina su doble responsabilidad para con Dios y la patria. Como obispo ordena que en todas partes se celebren diariamente especiales funciones religiosas con exposición del Santísimo, tanto durante las dietas provinciales

(1) Cf. el informe de Visconti del 1.º de octubre de 1766, *ibid.*, 100.

(2) Así el del 17 de septiembre, el primero del 24 de septiembre y el del 1.º de octubre de 1766, *ibid.*, 93, 100.

(3) Sobre ella habla extensamente Janssen, 63 ss.; Herrmann, V, 397 ss.

(4) Informe de Visconti del 24 de septiembre de 1766, en Theiner, IV, 2, 93. Sobre los preparativos rusos para esta dieta, v. Ssolowjoff, 40 ss.

(5) Theiner, IV, 2, 106 s.

preparatorias, como desde el 28 de septiembre al final de la dieta del reino, y que en todas las misas se rezaran preces adecuadas; el día de la apertura, 6 de octubre, se celebraría en todas las iglesias la misa votiva del Espíritu Santo. Los predicadores tenían obligación de leer a los fieles esta carta pastoral en cuatro días festivos, y siempre que se ofreciera ocasión oportuna hablarían de las necesidades del momento. A los clérigos y religiosos ruega encarecidamente que oren de una manera especial y ofrezcan muchas buenas obras.

Soltyk dió también algunos pasos de carácter político. Como prelado de la diócesis mayor de Polonia se dirigió a una porción de príncipes católicos del extranjero en demanda de auxilio (1). Expuso la tenaz presión que ejercían los representantes de las potencias no católicas en la corte de Varsovia y suplicaba a los Estados católicos que no abandonaran al rey en la estacada. En el mes de septiembre llegó un breve pontificio (2) exhortando al primado a oponerse con tesón y denuedo en unión con los demás prelados a las pretensiones de los apóstatas y le obligaba a prestar su apoyo en este sentido al rey y ampararle del influjo extraño. Sin embargo la situación personal de Lubienski ofrecía escasas esperanzas en una actitud y actividad orientada en este sentido.

Las miras personales del monarca aparecieron precisamente en esta dieta muy turbias; para él existían otros asuntos de mucho mayor relieve e importancia que el de los disidentes, como era especialmente la prosecución de las reformas constitucionales ya iniciadas, por cuya causa se distanciaba ahora de Rusia virando hacia los Czartoryski.

Tan pronto como se reunió la dieta del reino (3) y una vez transcurridas las primeras formalidades, intervino el obispo Soltyk en un discurso inspirado en el más vivo y ardiente celo y entusiasmo patriótico (4). Como obispo pesaba sobre él el deber de ahuyentar los lobos del redil; como defensor de lo imperecedero traía a la memoria los gloriosos siglos del pueblo polaco al amparo de la fe. De los tiempos prerreformistas citó leyes heréticas del código fundamental del Estado. El objeto de su discurso no se limitó, sin em-

(1) el 10 de agosto de 1766, *ibid.*, 107 s.

(2) del 6 de septiembre de 1766, *ibid.*, 108; *Bull. Cont.*, III, 1107.

(3) Sobre éste cf. Beer, I, 195 ss.

(4) Texto del discurso del 11 de octubre de 1766, en Theiner, IV, 2, 116 ss

bargo, a defender la situación jurídica hasta entonces vigente, sino además formuló un proyecto de ley en virtud de la cual se había de prohibir en lo sucesivo bajo severas penas y confiscación de bienes propugnar en la nación polaca la igualdad jurídica de los disidentes. El efecto de estas fogosas palabras fué aplastante; los prelados se adhirieron, los mandatarios provinciales se declararon conformes, los senadores enmudecieron (1).

En este momento, decisivo por cierto, intervino el monarca (2); y ¿qué se podía esperar de él sino que frustrara todo el empuje trocándolo en tímidas consideraciones?, porque si bien ensalzó el celo religioso del pueblo, luego hizo notar que era cosa muy seria y muy digna de meditación la empresa de establecer ataduras de carácter perpetuo, cosa que sólo de Dios era propia. Con breves tópicos de palabras consiguió luego desviar hacia otras cosas la atención de la cámara. La cuestión de los disidentes fué aplazada para el final de la dieta y confiada a una comisión asesora. Sobre si la actitud de Soltyk fué o no acertada hubo diversidad de pareceres: no pocos opinaban que su proceder era inútil, pues los diputados habrían sido fácilmente influidos en sentido contrario por el partido opuesto durante el transcurso de la dieta, otros creían que los disidentes apelarían ahora precisamente a todos los medios a fin de conseguir el éxito final (3).

Entre tanto se pasó a tratar de la cuestión de las reformas. Las últimas innovaciones se habían efectuado en sentido favorable a la hacienda (4) y por esta causa se logró decretar nuevas reformas. El «*Liberum veto*» no podía prevalecer en cuestiones militares y financieras contra el voto de la mayoría. Pero Repnin y Benoit volvieron a dar fe de vida y esgrimieron la amenaza de que sus respectivos gobiernos darían a semejante resolución el grave alcance de una formal declaración de guerra por parte de Polonia (5). Bajo la presión de las milicias rusas tuvieron los Czartoryski que renunciar por segunda vez a su programa.

Por fin entró también en turno la discusión de la cuestión de los

(1) Informe de Visconti del 15 de octubre de 1766, *ibid.*, 100 s.

(2) Texto de su discurso, *ibid.*, 119 ss. Cf. Janssen, 67.

(3) Informe de Visconti del 15 de octubre de 1766, *loco cit.*

(4) Janssen, 67.

(5) Informe de Visconti del 22 de octubre de 1766, *loco cit.*, 101. Las declaraciones del 11 de noviembre de 1766, *ibid.*, 121. Cf. Beer, I, 198 ss.; Janssen, 67; Herrmann, V, 401.

disidentes. Todavía a fines de octubre había manifestado el rey al nuncio haber representado a la zarina que sus pretensiones eran irrealizables aun en el caso que el rey pusiera por ellas su dignidad y su vida (1). En esto fué recibido Repnin en audiencia ante la dieta (2). Tras un preámbulo lisonjero y adulador expuso con toda claridad los firmes deseos de Catalina y presentó un memorial (3); el gobierno ruso apelaba a la paz de Oliva de 1660, la cual reconocía a las «potencias del norte» garantes de la libertad de los disidentes en Polonia, y por adelantado afirmaba que por amor al bienestar y paz interna estaba dispuesto a soportar hasta el último embate de las eventuales discordias. La demanda recayó sobre una serie de derechos religiosos y sobre la plena igualdad política, pretensiones a las cuales se adhirieron en ulteriores declaraciones los gobiernos de Prusia, Dinamarca e Inglaterra.

Naturalmente, Visconti se vió entonces en la precisión de hablar también con claridad ante la dieta (4). Así lo hizo en uno de los más documentados, por cierto, pero también de los más fogosos discursos que se pronunciaron en esta asamblea (5). Expresó su indignación ante el hecho de que se hubieran formado corrientes tan reprobables en un pueblo por otra parte tan profundamente religioso como el polaco, y habló del vivísimo dolor que el conocimiento de tales acontecimientos había de producir en el corazón del Padre Santo. Con los más negros colores pintó las consecuencias que se seguirían de la proyectada ley de tolerancia. Sus palabras, que parecían irrumpir del hervor de su espíritu, eran un martilleante aviso: *Cavete, vigilate*. No era él de modo alguno partidario de la opresión o persecución de los descarriados; pero pedía que los ortodoxos no echaran en olvido ni menospreciaran lo único necesario. En términos semejantes conjuró al monarca, a los obispos y a los diputados: «he hablado yo, terminó diciendo, pero ha sido el Espíritu de Dios el que por mi lengua ha pronunciado su palabra. Lo que habéis percibido y oído, cumplidlo, y el Dios de la paz estará con vosotros». La impresión que su discurso produjo fué inenarrable;

(1) Informe de Visconti del 29 de octubre de 1766, loco cit., 101; Janssen, 67.

(2) Informe de Visconti del 5 de noviembre de 1766, loco cit., 101 ss.

(3) En Theiner, IV, 2, 109 ss.

(4) Ceremonial de la audiencia, *ibid.*, 122 ss.

(5) Texto del discurso, *ibid.*, 124 ss.

impreso y en traducciones fué divulgado su texto por todo el país (1).

Si las potencias extranjeras habían invocado la prerrogativa que les concedía la paz de Oliva de ser garantes de la paz, en cambio una respuesta que los diputados escribieron a Benoit (2) demostraba la flagrante injusticia de semejante invocación; puesto que en tal ocasión se había concedido indudablemente a los disidentes libertad para practicar la religión, pero taxativamente «conforme a las leyes del Estado», y la legislación de entonces no garantizó en lo más mínimo los derechos que ahora se ambicionaban. Además estas cláusulas rezaban exclusivamente con los disidentes de los Estados prusianos, mas de ningún modo se referían a los de todo el reino. En ninguna parte consta una indicación que señale a Prusia como garante del Tratado, antes bien Prusia disuadió entonces con apremio a Polonia de aceptar un garante extranjero, cosa que Suecia pretendía. En las últimas leyes sobre disidentes a partir de 1717 no se había alzado ni una sola voz extranjera; precisamente las potencias protestantes y ortodoxas procedían con el mejor ejemplo y óptimo éxito en sus procedimientos de incapacitar de hecho y de derecho a los fieles de otras confesiones.

Todavía se prolongaron en la dieta las deliberaciones entre los prelados y entre el rey y los embajadores (3). Por fin fueron rechazadas de nuevo las pretensiones políticas de los disidentes; en cambio, fueron renovadas las antiguas leyes tutelares y se les otorgó el ejercicio de su fe religiosa, y por lo que se refería a la construcción de templos, al culto, sepelios y pie de altar, se dieron bastantes facilidades. Los privilegios de la nobleza católica permanecieron incólumes (4).

De este modo quedó demostrado en doble proceso que era inasequible por el recto camino constitucional la realización de las aspiraciones rusoprusianas. Sin embargo, en la vida política de Polonia existían aún cauces extraordinarios, los cuales, en unión con medios de simple fuerza, prometían conducir bajo las más halagüeñas apariencias al éxito definitivo.

(1) Informes de Visconti del 19 de noviembre de 1766 y 21 de enero de 1767, *ibid.*, 102, 203.

(2) *Ibid.*, 130 ss. Cf. la Memoria de Benedetti, 98.

(3) Sobre ello informa Visconti el 26 de noviembre de 1766, en Theiner, IV, 2, 102 ss.

(4) Cf. los extractos de las actas de la Dieta del 29 de noviembre de 1766, los cuales Visconti remitió a Roma, *ibid.*, 129; Janssen, 69 s.

En una carta al rey polaco no escatimó Catalina II sus censuras sobre el anodino desarrollo que había tenido la pasada dieta (1). Con aire del mayor candor prometía defender con tanto mayor efectividad el bienestar y la prosperidad del vecino pueblo; pues las pretensiones de los disidentes eran de índole, no religiosa, sino civil, y nadie podía abrigar sospecha contra la zarina de que quisiera ella violar en lo más mínimo la independencia y los intereses de Polonia. En consecuencia propuso a Estanislao Augusto celebrar en 1767 una dieta extraordinaria de pacificación, la cual fué por cierto convocada.

Al mismo tiempo, al amparo de la presión que Rusia ejercía con sus soldados y por medio de agitadores y la influencia de su dinero (2), se formaron confederaciones armadas de la nobleza disidente. En el mes de marzo ya daba cuenta Repnin al rey de las ligas de Thorn en Polonia y de Sluzk en Lituania (3). Ambas estaban bajo la protección formal de la soberana de Rusia, que ellas habían demandado al parecer espontáneamente. Repnin llegó a fijar plazo al rey dentro del cual se había de resolver, o bien, como la zarina esperaba, a otorgar su reconocimiento a las confederaciones y concederles audiencia, o a permitir, si lo prefería, que las amenazas se convirtieran en realidades por virtud de la ejecución rusa. Hasta el último instante se celebraron consejos de ministros y cambios de contraproposiciones. Mas todo intento de seria resistencia acabó por estrellarse al fin ante la inexorable actitud del embajador (4).

¡Cuánto más precisas y paladinas eran estas representaciones hechas por Rusia en parangón con las de las potencias católicas! De nada aprovechó el que Clemente XIII, con ardientes frases de reconocimiento, elogiara la conducta amistosa seguida para con la Iglesia tanto por el rey como por los diputados en el último año y exhortara a seguir siendo fieles (5). De nada sirvió el que las voces

(1) Su carta del 3 de febrero de 1767, lo mismo que otra parecida dirigida por Panin a Repnin en Theiner, IV, 2, 151 ss., 155 ss.

(2) Janssen, 71; Ssolowjoff, 49 ss.

(3) Informes de Visconti del 25 de marzo y 1.º de abril de 1767, loco cit., 209 s.; Beer, I, 203 ss.; Herrmann, V, 410 ss.

(4) Ampliamente trata sobre ello el informe de Visconti del 18 de abril de 1767, loco cit., 210 ss.; Ssolowjoff, 53 s.

(5) Las cartas al rey del 18 de abril y al primado del 21 de abril de 1767, en Theiner, IV, 2, 1147 s.; Bull. Cont., III, 1147 s. Nueva carta de admonición del 15 y 28 de julio de 1767, ibid., 1289 s., 1292 s.

del Pontífice en demanda de intervención (1) hallaran eco, aunque por cierto muy menguado y débil, en los gobiernos católicos de Europa. Cuando en el mes de junio de 1767 falleció el hasta entonces primado de Polonia, Lubienski (2), nombró el rey, por imposición de Repnin, para sucederle en el cargo a Podoski, cuyo repulsivo carácter y su incondicional devoción a los deseos de Rusia nadie ignoraba (3). Al principio le negó el Papa el reconocimiento a pesar de todas las buenas promesas, exigiéndole obras en vez de buenas palabras (4). Pero, con todo, a fines de agosto fué preconizado Podoski arzobispo de Gnesen y confirmado por parte del Papa como primado de Polonia (5).

Entre tanto iban prosperando los designios de Rusia de armar la revolución polaca contra el rey y la dieta (6) y prendieron incluso en los antirreformadores de bastantes círculos de la nobleza católica, la cual fundó a su vez en todo el país confederaciones al amparo y protección de Rusia (7).

Obra cumbre de la diplomacia rusa, que hizo honor a la brutalidad de Repnin, fué, pues, aunar estas tan dispares corrientes en un compacto ataque contra Varsovia conforme al sentir de Moscú. Tal fué la misión de la conferencia de Radom celebrada el 23 de junio de 1767 (8), en la cual todas las distintas ligas se mancomunaron en una confederación general; el príncipe Radziwill, que hasta

(1) Véanse las cartas pontificias del 29 y 30 de abril de 1767, en Theiner, IV, 2, 160. Cf. Bull. Cont., III, 1154 s. Lo mismo que a Viena y Madrid, también demanda el Papa, como se dice en la * Cifra del 29 de abril de 1767 al nuncio Pamfili, al rey de Francia su auxilio en favor de la Iglesia de Polonia contra los ataques de la zarina y a la vez expone la situación legal de los disidentes en Polonia. Nunziat. di Francia, 455, especialmente f. 82 s., *Archivio segreto pontificio*. Cf. *ibid.* *Cifra del 5 de junio de 1767.

(2) Informe de Visconti del 24 de junio de 1767, loco cit., 213 s.

(3) Informes de Visconti del 24 de junio y 1.º de julio de 1767, *ibid.*, 213 s., 215 s. Cf. Benedetti, 41 ss. *Ibid.*, p. 90, n. 18, súplica de Podoski dirigida al Pontífice del 19 de julio de 1767 demandando su reconocimiento.

(4) Carta del Pontífice del 12 de agosto de 1767, en Theiner, IV, 2, 171 s.

(5) Carta del 31 de agosto de 1767, *ibid.*, 175 s. El mismo Soltyk y el cabildo de Cracovia acabaron por ponerse de su parte; asimismo hasta Visconti el 18 de julio de 1767, no obstante su anterior oposición (*ibid.*, 216 s.). Sobre su consagración, verificada por Soltyk, y las solemnidades con tal motivo celebradas v. el tercer informe de Durini del 30 de septiembre de 1767, *ibid.*, 226.

(6) A principios de junio se habían formado sólo en Lituania 24 confederaciones; v. Ssolowjoff, 57; Herrmann, V, 419.

(7) Beer, I, 206 s.; Ssolowjoff, loco cit.; Forst-Battaglia, 131.

(8) Beer, I, 207 ss.; Herrmann, V, 420 ss.

entonces moraba en Dresde en calidad de desterrado, fué nombrado su jefe por voluntad de la zarina. Los representantes de los grupos de la nobleza católica formaban mayoría, por eso les causó tanto mayor sorpresa el texto del instrumento que les fué presentado a la firma por imposición de Rusia (1): sus aspiraciones republicanas quedaban en ella relegadas a segundo término frente a las más avanzadas demandas en favor de la nobleza disidente, demandas que consiguientemente habían de ser presentadas en nombre de la confederación. Su oposición era comprensible; pero los cañones y las bocas de fuego rusos enfilados contra las puertas de salida cerraban el paso a todo el que no estampara su firma. Los confederados católicos hubieron de doblegarse a la fuerza bruta y firmaron, si bien casi todos con expresa reserva de defender los privilegios católicos (2). No paró ahí el despotismo ruso, sino que todavía dió el paso de arrancar por la fuerza a la confederación general una decisión que privaba del voto a todo senador y diputado que no quisiera aceptar su programa (3). Incluso los obispos, quienes no quisieron cerrarse de un golpe todos los caminos y abandonar sus diócesis a una soldadesca ebria de furor, fueron ganados de esta suerte para dicho condicional asentimiento: a la cabeza se hallaba el primado y entre los demás el obispo de Cracovia Soltyk (4).

A fines de agosto comenzaron las dietas provinciales que habían de verificar las elecciones para la de pacificación. En su transcurso aparecieron repetidas veces cuadros semejantes de violencia rusa; dondequiera que se notaba resistencia contra la confederación general, era sofocada por Repnin con los procedimientos más radicales (5). En otras partes del país se sobrepuso por cierto al miedo por los procedimientos terroríficos de Rusia la visión clara de la gravedad que revestía la situación y a los diputados les fueron entregadas instrucciones que discordaban del sentir de Repnin.

(1) Este programa del 23 de junio de 1767 en Theiner, IV, 2, 163 ss.

(2) Ibid.; informe de Visconti del 29 de julio de 1767, *ibid.*, 217. Más extensos son el informe de Durini del 19 de agosto de 1767, *ibid.*, 218 s., y el suplemento de su informe del 28 de octubre de 1767, *ibid.*, 236 ss.

(3) Tercer informe de Durini del 3 de octubre de 1767, *ibid.*, 226 s.

(4) Informe de Durini del 24 de agosto de 1767, *ibid.*, 219 s. Sobre las graves dificultades por causa del texto de su manifiesto de adhesión cf. los informes de Durini del 23 de septiembre y 3 de octubre de 1767, *ibid.*, 223 s., 226 s. y los textos, *ibid.*, 166 s., 172 s.

(5) Informes de Durini del 2, 9, 23 y 30 de septiembre de 1767, *ibid.*, 221 ss.

En medio de estas calamidades no había enmudecido la voz de la Iglesia. Ante la noticia de la alianza de las confederaciones católicas con las de los disidentes se dirigió el Papa en apremiantes cartas al rey y al primado, así como a todos los obispos, rogándoles que ante el desconcierto y desorientación de ideas trazaran al católico pueblo seguras normas y lo ilustraran con el personal ejemplo (1). El primero en secundar estos apremios fué también esta vez Soltyk. Dirigió una circular a todas las dietas provinciales (2). Como obispo y como senador — así justificaba el paso que daba — se presentaba ante los electores de la nación y traía a la memoria su ya conocida posición adoptada en la última dieta respecto a la cuestión de los disidentes; Dios y la Iglesia y el mundo entero esperaban ahora que Polonia demostrara su fidelidad a la fe de sus mayores. Finalmente exhortaba a todas a que redactasen adecuadas instrucciones para los elegidos. Como el año anterior, publicó Soltyk una carta pastoral para su diócesis (3) estimulando a todos los fieles a perseverar en medio de la larga y difícil prueba que Dios había decidido enviarles, pero que con su auxilio podrían superar. En esta ocasión ordenó también que durante la celebración de la dieta se rezase en todas las iglesias principalmente durante la celebración de la misa, que en los sermones se tuviera presente la dieta y se ofrecieran abundantes pías obras. Fuera de Soltyk sólo un obispo hubo en todo el reino que obrara como él, Zaluski de Kiew, el cual publicó una pastoral parecida (4) y más tarde hubo de seguir también la misma suerte que Soltyk.

La actitud del nuevo primado polaco fué, en cambio, francamente indecorosa, pues sin reservas se puso al servicio de las aspiraciones rusas y aun tuvo la osadía de acercarse a Soltyk en plan de tenderle tentadoras redes prometiéndole la sincera simpatía de Repnin si el obispo en la próxima dieta desistía de presentar los reparos que había puesto en la última. Como tales argucias ningún resultado produjeran, pretendió amedrentarle con las más pavorosas medidas de violencia del déspota ruso (5). Con todo, no tuvo más remedio que convencerse de la superioridad moral de su sufragáneo,

(1) Cartas pontificias del 15 y 28 de julio de 1767, *ibid.*, 168 ss.

(2) fechada el 15 de agosto de 1767, *ibid.*, 172 s. Cf. Ssolowjoff, 61.

(3) el 28 de agosto de 1767, en Theiner, IV, 2, 173 s.

(4) Fechada el 30 de agosto de 1767, *ibid.*, 174 s.

(5) Cf. la reseña de la conversación del 8 de septiembre de 1767, *ibid.*,

el cual le enseñaba sus deberes como prelado y rebatía todas sus exigencias en orden a las concesiones de los disidentes, las cuales, por lo demás, ya eran asaz amplias.

Acercábase el momento de la dieta extraordinaria del reino. Clemente XIII había escrito de nuevo al rey, a los obispos, senadores y diputados provinciales, haciéndoles claras advertencias (1). A Estanislao Augusto le repitió las palabras del Papa Celestino I al emperador Teodosio: «El negocio de la fe debe ser para ti más importante que el de Estado; más debes preocuparte de la paz de la Iglesia que de la temporal; toda suerte de prosperidades vendrán si ante todo se cumple la voluntad de Dios». Mas las siniestras perspectivas que se ofrecían en la dieta polaca al influjo de la Iglesia se pusieron de manifiesto en ocasión de ser notificadas estas indicaciones del Pontífice: sólo con trabajo consiguieron los adictos a la Iglesia que en las próximas negociaciones fueran leídos los breves pontificios (2).

De acuerdo con los jefes de la confederación general, había trazado Replin el camino que había que seguir (3): ya no se toleraría que las discusiones siguieran, como antes, su libre curso, sino que se trataba de restringir las facultades de la dieta. Teníanse preparados los medios más radicales. Para reprimir la oposición de Soltyk habían irrumpido tropas rusas en su diócesis y habían cebado su sed de exterminio principalmente en los bienes episcopales (4).

En la solemne apertura de la dieta, que se celebró el 4 de octubre (5), aprobó el rey la confederación general (6) y el príncipe Radziwill fué nombrado mariscal de la asamblea. El discurso de apertura en el cual fué expuesto el programa de la confederación y se abogó por un tratado defensivo y de garantías con Rusia, demostró una vez más hasta qué punto se estaba jugando con la independencia de Polonia. En vez de discutir las cuestiones pendientes ante el pleno, se dijo que sería preferible (como quería Replin) encargarlas a una comisión asesora que redactara las conclusiones, presupuesta la conformidad ratificante de la totalidad. En el seno de esa comi-

(1) el 12 de septiembre de 1767, *ibid.*, 177 ss.; Bull. Cont., III, 1360 s.

(2) Informe de Durini del 6 de octubre de 1767, en Theiner, IV, 2, 229 ss.

(3) Informe de Durini del 4 de octubre de 1767. *ibid.*, 227.

(4) Una exposición de todos los saqueos y excesos, *ibid.*, 188.

(5) Amplio informe sobre ello de Durini del 5 de octubre de 1767, *ibid.*, 227 ss.

(6) Cf. Beer, I, 213 ss.

sión que constaba de sesenta miembros, existiría otra subcomisión con facultad de elevar a definitivas las conclusiones. Para el 1.º de febrero del próximo año habían de estar listos dichos trabajos; hasta entonces podía diferirse el pleno (1).

El obispo Soltyk se dió perfecta cuenta de la ilegalidad de semejante proceder, y en un mesurado discurso (2) impugnó que ello estuviera de acuerdo con el espíritu de los amplios poderes e instrucciones otorgados a los diputados y demostró la flagrante vulneración que se cometía contra el espíritu de la constitución polaca, la cual amparaba incluso el «*Liberum veto*», al concentrar poderes tan exorbitantes en tan limitado número de personas, máxime tratándose de cuestiones de capital importancia. Los prelados asintieron, sólo el primado permaneció mudo (3); en cambio Rzewuski, el palatino de Cracovia, se adhirió al punto de vista sustentado por su prelado. A pesar de todo, al segundo día fué presentado el proyecto para el nombramiento de la comisión (4). Gran número de prelados y diputados se declararon opuestos a que a dicha comisión se otorgara el poder resolutivo y trabajaron por que se le reconociera sólo un carácter preparatorio. Luego, tras corto aplazamiento de la dieta, se celebraron premiosas deliberaciones en presencia del rey (5).

Al reunirse nuevamente el pleno el 12 de octubre creyó Soltyk procedente declararse en franca y fundamental oposición contra los planes y esfuerzos de la confederación general y de los agitadores rusos (6). Por eso protestó lo primero contra la presencia de fuerzas rusas de socorro en territorio polaco, fuerzas que últimamente habían sido reforzadas y que eran absolutamente innecesarias, ya que Polonia ni sostenía ni proyectaba guerra alguna con nadie; si se las consideraba indispensables para mantener la paz interior de la nación polaca, argüía ello una seria dejación por parte del Estado. En la última dieta había sido rechazado el aumento del ejército por razón de los gastos; ¿cómo, pues, se iba a poder soportar ahora el sosteni-

(1) Herrmann, V, 424.

(2) del 5 de octubre de 1767, en Theiner, IV, 2, 187 s. Cf. el informe de Durini del mismo día, loco cit.

(3) Aquel mismo día le había recordado sus obligaciones eclesiásticas Soltyk en una carta monitoria. Theiner, IV, 2, 186.

(4) El texto, *ibid.*, 185 s.

(5) Primer informe de Durini del 14 de octubre de 1767, *ibid.*, 231 s.

(6) Texto de su discurso, *ibid.*, 190 ss.

miento de un ejército extraño dentro del territorio? Además de que las tropas moscovitas no eran en su conducta modelo de paz y amistad.

Pasando a los poderes de la comisión, impugnó Soltyk la necesidad de un nuevo tratado con San Petersburgo. Si los disidentes polacos se juzgaban injustamente tratados, que acudieran con sus reclamaciones a los puntos competentes de Polonia. Por otra parte, era una locura nombrar garante a una de las partes concertantes del tratado, es decir, a Rusia; hasta al más doctrino en cuestiones políticas no se le podía ocultar cuán pueril era semejante proceder. ¿A qué fin, pues, nombrar un fiador cuando se desconocía en absoluto el alcance y contenido del tratado? Si aquel pacto se concertaba podía ser muy bien el último de la libre Polonia. Con una insinuante súplica y con palabras tomadas del libro de los Macabeos puso fin el valiente prelado a su fogoso discurso.

Aqué! había de ser el último que pronunciaran sus labios. Al día siguiente fué ya arrestado el intrépido defensor de la libertad junto con sus más fieles auxiliares, el obispo de Kiew Zaluski, el palatino de Cracovia Rzewuski y su hijo (1). Conducidos allende las fronteras fueron internados en Rusia, donde permanecieron en el destierro. Conmovera es la carta pastoral que por despedida dirigió Soltyk a sus diocesanos; sus palabras son la expresión de un vigor y de una virilidad inquebrantables (2). Por medio de ella da normas para regular providentemente el gobierno de su abandonada diócesis; su espíritu no desaparecería, afirma, sino que perduraría encarnado en sus fieles auxiliares. Ni la justa indignación del Papa (3), ni los grandes esfuerzos de sus muchos amigos (4) por conseguir la libertad del prisionero tuvieron el menor éxito. El gran canciller del reino, Zamoyski, presentó al rey la dimisión de su cargo al perpetrarse tales desafueros contra el derecho de gentes (5).

(1) Segundo informe de Durini del 14 de octubre de 1767, *ibid.*, 233. Cf. también Novaes, XV, 112; Janssen, 83 s.; Beer, I, 216; Forst-Battaglia, 133; Ssolowjoff, 71 s.; Arneth, VIII, 131.

(2) Fechada el 13 de octubre de 1767, en Theiner, IV, 2, 188 ss.

(3) en su carta al primado del 28 de noviembre de 1767, *ibid.*, 201. En tres cartas del 21 de noviembre de 1767 consuela Clemente XIII a los prisioneros y confirma las disposiciones de Soltyk. *Ibid.*, 198 ss.

(4) Los obispos dirigieron al rey una súplica fechada el 19 de diciembre de 1767 (*ibid.*, 202 ss.). En la dieta se adhirió también a la demanda; cf. los dos informes de Durini del 17 de octubre de 1767, *ibid.*, 233 s.

(5) Primer informe de Durini del 17 de octubre de 1767, *ibid.* En su puesto

En medio de la general depresión de ánimo fué cosa hacedera llevar adelante y convertir en realidad efectiva el proyecto de los plenos poderes de la comisión.

La actitud de Repnin frente a esta comisión deliberativa no desdijo en lo más mínimo de su habitual rudeza (1). Con las expresiones más descorteses apeló personalmente a los medios de violencia contra los recalcitrantes. Primeramente propuso sus aspiraciones en la cuestión de los disidentes, formulólas luego en veintiséis artículos y apeló a la coacción a fin de que fueran admitidas inmediatamente sin más debate (2). Aun cuando en la elección de los miembros que habían de integrar la comisión se había procedido con manifiesta parcialidad, sin embargo las sesiones, tres por semana, fueron con frecuencia asaz borrascosas. Los adictos a la Iglesia reclamaban para sí como mínimo una serie de privilegios y seguridades, los llamados seis artículos (3), en virtud de los cuales la religión católica debía seguir siendo la predominante; el rey y la reina deberían pertenecer a ella, la apostasía sería considerada como delito y los griegos unidos serían amparados por el Estado. Las circunstancias de Rusia, Curlandia y Semigalia reclamaban trato especial. En pocas semanas estuvo terminada esta parte del concierto (4), tanto que Repnin exigió que fuera firmada sin reservas. El primado fué el primero en estampar su firma y luego siguieron los demás miembros de la comisión (5).

La segunda parte del convenio se refería a la constitución polaca (6). Rechazadas por principio todas las anteriores reformas, fueron promulgadas veinticuatro leyes fundamentales de la nación polaca, las cuales debían permanecer inmutables. A esto se añadió una recopilación en catorce puntos de aquellas leyes públicas sobre las cuales la dieta polaca había de tomar acuerdo presupuesta la plena conformidad (7). Las aspiraciones de una constitución más

entró un amigo de los rusos. Informe de Durini del 21 de octubre de 1767, *ibid.*, 235 s.

(1) Informe de Durini del 23 de diciembre de 1767, *ibid.*, 246.

(2) Informe de Durini del 11 de noviembre de 1767, *ibid.*, 239 s.

(3) Informe de Durini del 21 de noviembre de 1767, *ibid.*, 241 s.

(4) Como «Actus separatus primus» del «pacto perpetuo», *ibid.*, 250 s.

(5) Informe de Durini del 2 de diciembre de 1767, *ibid.*, 243 s.

(6) Informe de Durini del 9 de diciembre de 1767, *ibid.*, 244 s. Cf. Beer, I, 220 ss.; Forst-Battaglia, 135 s.

(7) Como «Actus separatus secundus» en Theiner, IV, 2, 260 ss.

antirreformista de ciertos círculos de la nobleza fueron ampliamente satisfechas; en cambio, había fracasado el programa innovador de los Czartoryski (1). Rusia saldría garante de ambas partes del pacto.

No se extinguieron con todo, ni mucho menos, los intentos demoledores que Rusia había concebido referentes a la situación religiosa de Polonia (2). En múltiples conversaciones particulares discutió Repnin con el primado y otros miembros de la comisión el plan de independizar en absoluto de Roma la Iglesia católica de Polonia (3). La nunciatura habría de ser clausurada y se conferirían los supremos poderes espirituales y jurídicos a un sínodo nacional polaco según el tipo ruso. Gran número de teólogos redactaron dicámenes en contra (4) y los prelados presentaron al rey una enérgica protesta (5); el propio Durini, el cual desde el mes de agosto de 1767 regentaba la nunciatura de Varsovia como sucesor de Visconti, se expresó en términos de claridad suma (6). Los prelados estaban singularmente indignados porque Catalina II había prometido expresamente en su carta la segura subsistencia de la Iglesia católica; cabía que, como en otras ocasiones, se manifestase disparidad de opiniones con Roma; pero precisamente el ejemplo de Francia y de otras naciones enseñaba que sólo por ese motivo no se podía pensar en un rompimiento completo. Además Repnin trabajó denodadamente en las sesiones de la comisión por lograr la formación del sínodo perpetuo; sin embargo, el asunto hubo de ser diferido varias veces (7). A las protestas del obispo de Lituania y de otros prelados respondía él, conforme le era habitual, con una verdadera grani-

(1) Las anteriores reformas fueron abolidas. Janssen, 87 s.

(2) Cf. *Cifra del 18 de noviembre de 1767 al nuncio Girandi de París: sicchè da questi soli commissari, o per meglio dire, dal capriccio della Czarina può dipendere il sovvenimento [sovertimento?] di tutto lo stato sì civile che religioso dell'intera nazione, resa già schiava di una potenza, che, sotto titolo di amica, di vicina e di protettrice, la opprime nei modi più inauditi e violenti: e quindi Ella ben vede se con gran ragione il Nunzio Apost., i vescovi e le persone zelanti doveano agire con ogni vigore e senza umani riguardi per riparare una sì gran rovina. Nunziat. di Francia, 455, f. 118, *Archivio segreto pontificio*.

(3) Véanse especialmente los informes de Durini del 23 de diciembre de 1767 y del 17 de enero de 1768, loco cit., 246, 267 s.

(4) Así también Konarski; v. informe de Durini del 16 de enero de 1768, *ibid.*, 267.

(5) con fecha 19 de diciembre de 1767, *ibid.*, 202 s.

(6) Informe de Durini del 31 de enero de 1768, *ibid.*, 268.

(7) Informe de Durini del 16 de enero de 1768, *ibid.*, 267.

zada de groserías (1). Con todo, el proyecto fué aprobado a fines de enero de 1768, si bien con modificaciones, aunque no sustanciales, y considerándolo en parte como acto secreto (2).

El rumbo que a partir de esta dieta de pacificación tomaron los asuntos de la Iglesia polaca no podía menos de producir hondo pesar al Pontífice, mayormente encontrándose el Papa en aguda disidencia con la mayor parte de los demás gobiernos por motivo de la cuestión jesuítica.

Por eso se dirigió Clemente XIII de nuevo al gobierno de Viena en demanda de apoyo en favor de Polonia (3), cuyo monarca y episcopado, transcurridas algunas semanas, volvieron a recibir también nuevas exhortaciones de Roma (4). La víspera de Navidad del año 1767 convocó el Papa un consistorio extraordinario e informó a los cardenales de los tristes acontecimientos ocurridos en Polonia (5); de la injusta prisión de los prelados, sobre la coacción ejercida por medio del alarde de fuerzas rusas y sobre los grandes temores que le inspiraba la dieta que para la ratificación se había de reunir en el mes de febrero. Luego exhortó al sacro colegio a celebrar las presentes Navidades en este sentido animados del espíritu de oración. Además dispuso (6) que en los días siguientes se celebrasen

(1) Informe de Durini del 31 de enero de 1768, *ibid.*, 268.

(2) *Ibid.*

(3) con fecha 7 de noviembre de 1767 a María Teresa y José II, *Bull. Cont.*, III, 471 s.

(4) con fecha 6 de enero de 1768 al rey, al primado y a los obispos, *ibid.*, 479 ss.

(5) Esta alocución, tenida en el consistorio del 24 de diciembre de 1767, en Theiner, IV, 2, 205 s. De quejas contra el proceder tiránico de Repnin, de descontento con el primado y el gobierno, de desengaño por el nulo resultado de la demanda de intervención hecha a las potencias habla también la cifra del 5 de diciembre de 1767 (a Durini por cierto, no a Visconti), en Benedetti, 110 s. Asimismo la *cifra del 31 de diciembre de 1767 al nuncio Lucini de Madrid: Nostro Signore ha gradito i passi da Lei fatti con S. M^{ta} Catt^{ca} riguardo all'afflittissimo stato della religione in Polonia. La S^{ta} Sua è ricorso egualmente alle corti di Parigi e di Vienna, ma senza ottenerne frutto alcuno. Questa però, prescindendo anche dai motivi di pietà, s'accorgerà prima degli altri, ma troppo tardi, dal gran male che sovrastà alla Germania dal predominio che i Moscoviti han preso nella Polonia. Questa dovrà in avvenire servilmente soggiacere a ogni loro capriccio, e introdotto che sia, come succederà in breve, nel Senato un buon numero di protestanti e di scismatici, s'impedirà nelle Diete ogni risoluzione che non sia per essere di piacere alla Czara, e quel corpo d'esercito, che seguirà a dimorare nel regno per l'esecuzione del nuovo empio trattato, sarà anche a portata di entrare a ogni primo suono di tromba nei stati austriaci e nello impero germanico. Nunziat. di Spagna, 433, f. 133 f., *Archivio segreto pontificio*.

(6) Los decretos del 24 de diciembre de 1767 en Theiner, IV, 2, 206 s.

públicas rogativas ante el Santísimo en las iglesias principales de Roma, y como cima y corona de aquel triduo de súplica organizó para el día de los Santos Inocentes, 28 de diciembre, una solemne procesión de rogativas en San Pedro, en la cual tomaran parte el sacro colegio, los prelados y el clero de la ciudad (1), y concedía para ese fin indulgencia plenaria bajo las condiciones acostumbradas. En el Vaticano fueron redactadas y por medio de la imprenta difundidas por doquier preces especiales por las necesidades de Polonia (2).

Cuando en el mes de febrero de 1768 la dieta de pacificación se reunió en medio de la más inquietante expectación para inaugurar su segundo período de actividad, era la ocupación militar mucho más débil que antes (3). Sin dificultades de mayor momento fué ratificado el *Pacto perpetuo entre la república de Polonia y el imperio ruso* (4), como la comisión lo había firmado, quedando así supeditadas la ley fundamental e independencia de Polonia a los desig-

(1) Extractos del decreto en Benedetti, 92, n. 25. Cf. Novaes, XV, 112 s.

(2) Véase la orden pontificia dada al clero de tomar parte en la procesión, en Theiner, IV, 2, 207. Si Benedetti acusa al Papa repetidas veces (36 s., 40, 43-47) de haber seguido una política religiosa oportunista en perjuicio de Polonia, siendo así que él era el único que, como por milagro, hubiera podido salvar la nación polaca, hay que replicar que Clemente XIII apeló a todos los medios que le fueron posibles, dadas las dificultades generales de la situación, y que con su obligada intransigencia en los asuntos religiosos no hizo más que prestar servicios a la independencia de Polonia.

(3) Acerca de los fracasos y dificultades del partido eclesiástico en la dieta cf. la *cifra del 20 de enero de 1768 al nuncio Girardi de París: *Le cose della religione in Polonia sono purtrotto rovinata affatto*. N. S. ha scritto nuovi Brevi al Re, al Primate, ai vescovi, benchè poco o niun frutto ne spero, essendo già iniquamente prese tutte le risoluzioni. Msgr. Durini ha praticate tutte le diligenze possibili, ma il consiglio dei malignanti, sostenuto colla forza, ha prevaluto. Anzi, per mettere il Nunzio in stato di poter meno agire e renderlo più odioso al partito innovatore, si è cercato di screditarlo, come se avesse voluto propugnare la libertà della nazione in pregiudizio dell'autorità regia. Su di questo punto ha avute da Noi le più precise istruzioni per prescindere; ma è anche vero, che, dovendo egli eccitare i più zelanti della nazione al sostegno della religione, ed essendo questi mescolati anche nelle cose politiche, sarà parso ai male intenzionati, o almeno è tornato loro conto di credere e spargere che il Nunzio vi mettesse fuoco. Per altro alcune cose politiche erano di tal natura ed hanno sì stretta unione colla religione, che non poteva a meno il Nunzio di non interloquirvi. In tanto se gli è segretamente ordinato di fare nella riazunzone della Dieta una solenne protesta contro tutti i pregiudizii inferitisi alla religione. Nunziat. di Francia, 455, f. 135 s., loco cit.

(4) Texto en Theiner, IV, 2, 247-264.

nios de la garante Rusia (1). Al nuncio pontificio no le restaba otra posibilidad más que la pública protesta (2).

Repnin se consideró en estos momentos dueño de la situación, con todo, equivocadamente. Aquel procedimiento de hacer la revolución constitucionalmente que él pusiera en práctica, debía volverse contra él mismo irremisiblemente. La nobleza provincial polaca, orgullosa de sus libertades legadas, no se doblegó a semejante tiranía. Al grito de «¡Quien ame a la patria y a la Iglesia que siga!» se organizó en Bar a los pocos meses, bajo la dirección de Krasinski, la confederación de los *descontentos* (3). En corto tiempo surgieron gran número de ligas por el estilo, las cuales en repetidas ocasiones opusieron resistencia armada al avance de tropas rusas (4). La propia Bar cayó en poder de los rusos (5). La situación no se complicó hasta que no se declaró un levantamiento de campesinos ortodoxos de Ucrania, los llamados *haidamacos*, quienes, con la manifestación de connivencia de Rusia, tomaron las armas contra dicha confederación (6). La inseguridad pública llegó con esto a un grado exorbitante; Polonia entera se vió muy pronto en pie de guerra. Por otra parte, en octubre de 1768 llegó a Rusia la declaración de guerra por parte de Turquía (7). Los adictos al movimiento de Bar

(1) El rey y los mariscales firmaron el 5 de marzo de 1768 el tratado; con ello quedó disuelta la confederación; v. Beer, I, 222; Koser, II, 450.

(2) Informe de Durini del 10 de febrero de 1768, loco cit., 268. — *Stiamo con gran sospensione d'animo attendendo l'esito della Dieta di Polonia. La protesta fatta da Msgr. Durini ha fortemente irritato il Ministro Russo. Ma Dio buono! come mai può N. S., senza tradire il proprio pastorale ufficio, ammutolisirli nel vedere che un regno cattolico è costretto a sottomettersi a leggi le più inique ed ingiuste e contrarie alle massime e alla integrità della nostra religione (Cifra del 9 de marzo de 1768 al nuncio Girardi de París, Nunziat. di Francia, 455, f. 143, loco cit.). La minuta pontificia para la protesta en Benedetti, 93, núm. 28; ibid., núm. 29, la carta de justificación de Poniatowski del 13 de febrero de 1768.

(3) Informe de Durini del 8 de junio de 1768, loco cit. Cf. Beer, I, 226 ss.; Ssolowjoff, 77; Forst-Battaglia, 137 s. El Papa aconsejó ante todo precaución frente a la nueva confederación (cifra a Durini — en vez de Visconti — del 14 de mayo de 1768, en Benedetti, 113). En la instrucción para Durini del 26 de junio de 1768 (ibid., 114 ss.) se presentan en nueve puntos extensamente explicados las peticiones de Roma en la cuestión religiosa de Polonia.

(4) Informes de Durini del 15 y 29 de junio y 7 de septiembre de 1768, loco cit., 270-272.

(5) Cf. Beer, I, 232; Forst-Battaglia, 140 s.

(6) Informe de Durini del 6 de julio de 1768, loco cit., 271 s.; Ssolowjoff, 79 ss.

(7) Informe de Durini del 26 de octubre de 1768, loco cit., 273. Cf. sus informes ya del 18 y 25 de mayo de 1768, ibid., 268 s.; Beer, I, 233 ss., 237 ss.

se regocijaron de esta súbita alianza y siguieron con creciente entusiasmo las noticias sobre el avance francamente triunfal de los ejércitos otomanos (1). Como estos combates se corrieron hacia el territorio polaco y además fuerzas prusianas tomaron posiciones en la frontera, hubo de temer el rey que en un próximo futuro todo el mundo empuñara las armas y su país se convirtiera en el teatro de guerra de la violencia extranjera (2). En los últimos meses había desempeñado el más triste y vergonzoso papel por la falta de autonomía; con horror se persuadió en tales circunstancias de cuán próximo estaba su pueblo del precipicio no sin culpa del elegido y coronado jefe. Sintióse solo y abandonado y en extremo débil para sofocar la guerra civil que se había desencadenado (3). Como en el mes de noviembre de 1768 se hubiera de reunir nuevamente una dieta, según prescribía la ley, sólo acudieron quince diputados por causa de la general inseguridad. El rey se negó a abrirla (4).

El año 1769 no fué portador tampoco de mejora alguna satisfactoria. En todos los confines del reino brotaban nuevas confederaciones. Hasta la nobleza protestante de Lituania se alió contra el despotismo ruso y contra las concesiones exorbitantes que se le habían arrancado por la fuerza en favor del partido disidente (5). Choques sangrientos entre fuerzas de la zarina y de los antifederales se seguían en serie no interrumpida (6). Por fin se presentaron los últimos ante las mismas puertas de la capital. Disponíase ya el embajador ruso a emprender la fuga mientras que el rey mandaba cercar todas las noches su palacio con cadenas y defenderlo con cañones (7). El destino de Polonia parecía ya decidido. Con el cuadro de una horrible guerra civil se cierra el preludio de aquella tragedia que durante los pontificados venideros ha de culminar en el completo desmembramiento del reino.

(1) Informes de Durini del 15 y 18 de febrero de 1769, loco cit., 281.

(2) Informes de Durini del 8 de noviembre de 1768 y 18 de febrero de 1769, *ibid.*, 274 s., 281.

(3) Informe de Durini del 8 de noviembre de 1768, *ibid.*, 274 s.

(4) Los dos informes de Durini del 9 de noviembre de 1768, *ibid.*, 275.

(5) La proclamación de una confederación de esta índole del mes de abril de 1769, *ibid.*, 278 s.

(6) Informe de Durini del 18 de febrero de 1769, *ibid.*, 281.

(7) Informes de Durini del 1.º de abril y 31 de mayo de 1769, *ibid.*, 282, 285 s.

III. El jansenismo en Francia y los Países Bajos. El febronianismo en Alemania. El iluminismo (aufklaerung) político en el reinado de María Teresa

I

La encíclica de Benedicto XIV sobre la administración y denegación de los sacramentos resultó tan ineficaz para poner fin al intrusismo del Parlamento en el campo puramente religioso, como lo había sido la declaración de Luis XV dada el 10 de diciembre de 1756 (1). Por parte del gobierno, según opinaba el secretario de Estado, había inconstancia y debilidad en asuntos que no menos importaban a la religión que a la autoridad del soberano; por parte del Parlamento, en cambio, firmeza y osadía en la prosecución de sus principios y en el favoritismo de un partido francamente rebelde contra la autoridad de la Iglesia y del monarca. Si el gobierno cree demostrar a los jansenistas su menosprecio por medio de esta condescendencia, entonces no hay más que desearle las luces de lo alto. Los jansenistas, que tras una lucha de cuarenta años hallaron por fin tolerancia, nada veían de semejante menosprecio y todavía menos podrían interpretar en este sentido el rigor con que eran vejados obispos y clérigos si tenían la osadía de pronunciar la menor expresión y, mucho más, de proceder en conformidad con los sagrados cánones. El pueblo, que ve cómo los defensores de la verdadera doctrina son desterrados y condenados, deduce de ello no desprecio de los jansenistas, sí, empero, vilipendio de la autoridad eclesiástica

(1) Cf. la página 243 de nuestro volumen XXXV.

y civil. Por más que el gobierno se haya declarado francamente contrario a los jansenistas, el caso es que el pueblo está viendo de continuo cómo aquéllos son los que siempre triunfan (1). Debido a la ausencia del desterrado arzobispo, no era extraño que los «convulsionarios» y «figureros» dieran de nuevo que hablar de sí (2).

En tales circunstancias la asamblea del clero del año 1765 tuvo por necesario no sólo hacer frente a los estragos de los librepensadores, sino también hacer prevalecer nuevamente los derechos del poder espiritual y declarar su sumisión a la bula *Unigenitus* y a la encíclica de Benedicto XIV. El Parlamento replicó prohibiendo las declaraciones de la asamblea del clero y condenando a las llamas una carta circular en la que dicha asamblea recomendaba a los prelados franceses diesen publicidad a sus decisiones (3). «Según parece, escribió entonces el obispo de Amiéns, el Parlamento pretende ejercer dominio absoluto en lo tocante a la religión y tronchar la obediencia al Papa y a los obispos.» (4)

Es cierto que el soberano declaró nulos ambos edictos del Parlamento, pero esta medida no cambió en nada la situación. Ninguno de los prelados puede servir a la Iglesia, escribía nuevamente el

(1) *L'incostanza e fiacchezza con cui la Corte si regola negli affari che interessano non meno la religione che l'autorità del Sovrano, è ben dissimile dalla fermezza e dal coraggio con cui i parlamentari avanzano sempre nel loro cammino, seguendo le proprie massime ed aumentando il loro potere e credito, con proteggere un partito, che apertamente resiste all'autorità della Chiesa e quella del Re. Dio voglia che S. M^{ta} e i suoi ministri s'illuminino un giorno su questo articolo e arrivino a comprendere che i Giansenisti non potranno mai attribuire a disprezzo che si abbia di loro quella tolleranza che si vedranno accordata dopo quaranta in cinquanta anni d'un contratto, in cui sono stati con tanto vigore sostenuti dai parlamenti, e molto meno il rigore con cui si puniscono i vescovi e gli ecclesiastici che ardiscono solamente parlare, non che procedere contro di loro secondo i canoni. Il popolo spettatore degli esigli e condanne dei difensori della sana dottrina, non concepisce certamente disprezzo pel Giansenismo, ma bensì per l'autorità della Chiesa ed anche per quella del Re, che tante volte ha dichiarato il suo impegno per questa causa, avvezzandosi a veder con applauso i vantaggi che si riportano dal partito contrario alle professate intenzioni della corte. El secretario de Estado al nuncio Gualtieri el 11 de abril de 1749, *Nunziat. di Francia*, 450, f. 40, *Archivio segreto pontificio*.

(2) *Sentiremo gli espedienti che prenderà la Corte sopra i fanatici convulsionari e le non meno fanatiche illuminate. Ma se il superiore ecclesiastico risiedesse nelle sua chiesa e si lasciasse operare secondo la sua autorità e il suo zelo, o non nascerebbero tali inconvenienti, o resterebbero presto corretti e soppressi. El secretario de Estado a Gualtieri el 6 de diciembre de 1758, *ibid.*, f. 19.

(3) Régnauld, II, 120 s.; Crousaz-Crétet, 217.

(4) Crousaz-Crétet, loco cit.

obispo de Amiéns (1), el arzobispo de París hace cuanto puede, pero sin resultado alguno. Cuando a cualquier recalcitrante en perdonar a sus enemigos se le niegan los sacramentos en la hora de la muerte, es acogido su recurso al procurador general con esta frase: la Iglesia está regida por funcionarios frívolos. Los párrocos no pueden atreverse a nada y si se someten a las órdenes de los prelados son condenados al destierro. Causa verdadero desconsuelo cuando el prelado ha de ver cómo son destituidos los eclesiásticos ejemplares y sustituidos por otros que nada tienen de intachables. Ya puede el rey hacer cuantas declaraciones quiera en favor de la Iglesia: si alguien no se somete y amolda en su proceder a la voluntad del Parlamento es desterrado, se ve en la precisión de renunciar a su cargo y huir. Al mismo tiempo que se celebraba la asamblea del clero se dió el caso de ser allanadas violentamente las puertas del convento de las ursulinas para que un sacerdote desalmado pudiera administrar los últimos sacramentos a una religiosa jansenista (2).

Ni los mismos edictos pontificios hallaban acogida en Francia. Cuando la tan leída *Exposición de la doctrina cristiana* de Mésenguy, en la cual se proponían sin ambages las doctrinas jansenistas, tras de haber sido condenada primeramente en Roma, fué examinada de nuevo por una comisión de teólogos y expresamente condenada por un breve especial, fué éste prohibido por los gobiernos de Francia, España, Nápoles, Viena y Venecia (3). Choiseul escribió al Papa que no toleraría fuera puesta Francia en llamas (4). Cabía preguntarse, pues, qué autoridad le restaba al Pontífice si ¡ni siquiera le era posible juzgar sobre la veracidad de una doctrina!

Dadas estas circunstancias, fácilmente se comprende que Clemente XIII no intentara intervenir desde un principio en Francia. Pero no significaba ello que le causara menos doloroso pesar la opresión de la Iglesia francesa. A los defensores de la fe, escribía (5), se les amordaza; en cambio, los novadores no se sujetan al precepto del silencio; ataques verbales y por escrito a las decisiones dogmáticas de mis antecesores han quedado sin correctivo. Los sacerdotes

(1) el 2 de enero de 1767, *ibid.*, 129.

(2) Régnault, II, 122 s.

(3) [Patouillet], III, 136-141. Sobre la prohibición del libro cf. Cordara en Döllinger, Suplementos, III, 32 s.; Reusch, Index, II, 765; Gazier, II, 115-122.

(4) Gazier, II, 120 s.

(5) el 9 de junio de 1762, Bull. Rom. Cont., III, 643 s.

que ejercen su cargo conforme a las prescripciones de la Iglesia han sido maltratados, arrojados a las cárceles, desterrados y estigmatizados vilmente con fuego; sin recurrir a los prelados son designados maestros para la juventud, de los cuales la verdadera fe mucho tiene que temer. Esto no obstante, dice el Papa (1), he preferido aguardar en silencio el desarrollo de los acontecimientos, la confianza puesta en Dios, en los obispos y en el soberano. Habíase contentado, realmente, respecto a los jansenistas, con excluir a los impugnadores de la bula *Unigenitus* de las gracias del año jubilar proclamado al tomar posesión de su cargo (2), con ratificar en una carta a la asamblea del clero (3) la decisión de Benedicto XIV sobre la administración de los sacramentos y con expresar su satisfacción (4) por la obediencia que la asamblea le prometiera en carta del 16 de mayo de 1758.

Por lo demás, basándose en una promesa del monarca de defender con todas sus fuerzas los derechos de la Iglesia, había concebido la asamblea alguna esperanza y escribió al rey que, confiada en dicha declaración, había tomado la decisión de defender la Iglesia, sus decretos, sus ministros, templos y altares contra los desmanes del poder civil y en consecuencia alzaba protesta contra todos los ataques en materia sobre doctrina eclesiástica y administración de sacramentos. El Parlamento guardó silencio, mas para el 9 de enero de 1761 convocó a los pares de Francia para deliberar sobre cómo podría ponerse remedio a la desunión religiosa y fin al ostracismo del Parlamento, víctima de vejaciones disciplinarias. La asamblea de los pares no llegó con todo a celebrarse, pues el rey la prohibió, no sin chocar en su intento con la oposición del duque de Conti (5).

Si la asamblea del clero se había forjado fundadas esperanzas de una mudanza favorable en la situación, el Papa en cambio no se dejó inducir a tamaño desengaño. Respondiendo a una carta llena de lástimas del obispo de Lodève (6), dice Clemente XIII que no cabía esperar resultado alguno de los pasos hasta entonces dados por parte de la Iglesia; si Dios no lo remedia, añade, perecerá completamente la religión en Francia. Según deducía él de multitud de cartas

(1) *Ibid.*

(2) Al rey el 10 de enero de 1759, *ibid.*, 89.

(3) del 17 de marzo de 1760, *ibid.*, 326.

(4) el 28 de junio de 1760, *ibid.*, 362.

(5) *Fleury*, LXXXIV, 445-450.

(6) del 17 de septiembre de 1763, *Bull. Rom. Cont.*, 819 s.

de obispos, la doctrina de la fe se hallaba allí estragada por los errores de Bayo, Jansenio y Quesnel; los defensores de la buena causa habían sido condenados al silencio, las cosas santas habían sido entregadas a manos profanas y arrojadas a los perros, los obispos habían sido desterrados o expoliados, los sacerdotes que osaban desplegar sus labios habían sido aherrojados o condenados al ostracismo; en una palabra, toda la Iglesia de Francia arrastraba viles cadenas o gemía bajo el yugo opresor. Como causa de tamaña calamidad había que reconocer una nueva filosofía que degrada al hombre casi al nivel de las bestias y ataca en sus mismos cimientos la moralidad y el orden tanto religioso como público, puesto que según ella el poder público no tiene otra base que el convenio entre el rey y el pueblo. Esa filosofía, como acertadamente opinaba el prelado, había salido de los talleres del jansenismo, el cual, despreciando todo derecho divino y humano, concede valor nulo a la autoridad de la Iglesia y del rey. El obispo había pedido consejo al Pontífice sobre lo que en tal situación había que hacer; la respuesta de Clemente XIII se reduce a confesar que no se le ocurre consejo alguno que dar por el momento. Lo que de su parte había podido realizar, no estaba ciertamente por hacer: había confirmado la encíclica de Benedicto XIV sobre la recepción de los sacramentos, pero el resultado había fallado, ya que con la misma frecuencia que antes se seguían administrando sacrilegamente los sacramentos a los públicos despreciadores de la autoridad de la Iglesia y de la bula Unigenitus. Además había prohibido el catecismo de Mésenguy y alzado su voz contra la persecución de la institución jesuítica. No le faltaba, pues, buena voluntad; que el obispo hiciera de su parte lo que posible fuere.

Ideas semejantes expresaba Clemente XIII en una serie de cartas dirigidas a Francia (1). Como de estos documentos se desprende, el silencio del Pontífice fué mal interpretado en dicha nación. En el

(1) El 9 de noviembre de 1763 al obispo De Catelan de Rieux, *ibid.*, 828; D'Arche de Bayona, *ibid.*, 830; Bausset Roquefort de Béziers, *ibid.*, 831; De Champflour de Mirepoux, *ibid.*, 835; el 19 de noviembre de 1763 a Bauyn de Uzès, *ibid.*, 836; el 7 de diciembre de 1763 al obispo de Montpellier, *ibid.*, 837, y De Morel de Mons de Biviers, *ibid.*, 839; el 14 de diciembre de 1763 a De Marcel de Couserans, *ibid.*, 841; el 15 de agosto de 1764 a De Montillet de Auch, *ibid.*, 887; el 1.º de octubre de 1764 a Montmorin de Langres, *ibid.*, 900; el 4 de noviembre de 1764 a Montesquiou de Sarlat, *ibid.*, 901; el 14 de noviembre de 1764 a De Fleury de Tours, *ibid.*, 903.

terreno religioso tuvo como consecuencia que no se supiera con claridad la opinión del Pontífice sobre los errores de la época; los adversarios en cambio batían palmas porque Roma — así lo creían — se había persuadido de la inutilidad de los edictos pontificios contra Bayo, Jansenio y Quesnel (1). Se tachaba al Pontífice de laxitud frente a los jansenistas (2). Por su parte hace constar nuevamente Clemente XIII haber confirmado la bula de Benedicto XIV y condenado a Mésenguy (3), dando a entender que en castigo de los ultrajes perpetrados contra los sacramentos permitía Dios, sin duda, el cúmulo de desdichas que sobre Francia se desencadenaban (4); sin embargo, las más hondas raíces de todos aquellos males se hallaban en el jansenismo que había soliviantado el poder laico contra los prelados; cuando la herejía parecía ya agostada había sido traída a nueva vida y en estos momentos precisamente creía poder convertir en realidades sus designios (5). No faltan quejas contra algunos obispos, por cierto muy pocos, quienes aplaudieron los embates del poder temporal y coadyuvaron a ellos o por lo menos obraron como si nada vieran (6). En cambio, el arzobispo Beaumont es objeto de merecido elogio (7). En todos estos documentos se repite a los prelados una y otra vez la exhortación a la mutua concordia y a la unión con la Santa Sede.

II

Durante el pontificado de Benedicto XIV se había dado la iglesia jansenista de Utrecht un segundo y tercer obispo, asegurando

(1) Al obispo de Langres, *ibid.*, 900, n. 3; al de Bayonne, *ibid.*, 830, n. 2.

(2) *mollities*; al obispo de Sarlat, *ibid.*, 901, n. 2.

(3) *Ibid.*, 888, n. 3.

(4) Al obispo de Rieux, *ibid.*, 829, n. 3; al obispo de Mirepoix: *quam quidem horrendam in augustissimum Christi corpus iniuriam iure suspicamur tantam malorum super Gallicanum regnum traxisse molem* (*ibid.*, 835, n. 1). *Dei Filium... indignissime stipatum satellitibus duci ad ludibrium et contumeliam*, se dice *ibid.*, 841, n. 1.

(5) *Ibid.*, 832, n. 3; 835, n. 1.

(6) Al arzobispo de Auch, *ibid.*, 888 s., n. 2. Cf. *ibid.*, 900, n. 2 contra los varones del partido medio.

(7) *Est inter vos episcopali dignitate vir et summa senectute venerabilis, qui districtum in Apst. Sedem gladium strenue retudit. Mirum in extrema aetate versantem tantas edidisse vires, sed unum fuisse, qui in hanc gravissimam causam descenderit mirum magis* (*ibid.*, 838, n. 5). Con motivo de su instrucción sobre los jesuitas recibió Beaumont breves muy laudatorios el 8 y 15 de febrero de 1764. Régault, II, 90 s.

de esta suerte su existencia. Actualmente durante el gobierno de Clemente XIII, se apresuró a dar nuevas demostraciones ante la faz del mundo, de su consis'encia y vitalidad, reuniéndose en un concilio provincial los tres obispos con seis canónigos y nueve párrocos. Con ufanía se llamó este conciliábulo *segundo sínodo* de la provincia de Utrecht (1); de esta suerte se aproximaba por cierto en lo posible a la tradicional Iglesia católica, pues el *primer* concilio provincial de Utrecht fué celebrado en 1565 con anterioridad todavía a la desaparición de la antigua situación.

La primera parte de las actas sinodales contiene una serie de documentos cuya finalidad tiende a dar expresión a la fe de la asamblea (2). Falta precisamente lo que sobre todo importaba: el reconocimiento paladino de los edictos de Inocencio X y Alejandro VII.

En la segunda parte de las actas (3), trata el sínodo de defender la fe católica de ataques reales o supuestos. Un cierto Pierre Leclerc había redactado un documento (4) en el cual denunciaba ante la Iglesia muchas bulas pontificias por atentatorias contra el derecho divino y humano; a los Papas y su corte por ser causa de los males y escándalos que todo lo devastaban en la grey del Señor, en el templo y en el santuario. La profesión de fe tridentina de Pío IV era rechazada en el escrito; de los concilios generales solamente los siete primeros eran admitidos, al parecer la Iglesia griega era para Leclerc superior a la romana, etc. Leclerc era por tanto no sólo apelante, no sólo partidario del estrafulario jansenista Vaillant, quien fugitivo de la justicia moraba en Holanda, sino también discípulo del obispo de Haarlem, Van Stiphout, a quien Leclerc servía de subdiácono siempre que el obispo celebraba misa solemne (5). Mucho importaba por tanto a los jansenistas holandeses desacreditar a tan peregrino individuo; y así lo hacen extensa y detenidamente (6); los

(1) Acta et decreta secundae synodi provinciae Ultraiectensis, in sacello ecclesiae parochialis sanctae Gertrudis Ultraiecti celebratae. Die XIII Septembris MDCCLXIII. Ultraiecti, sumptibus Societatis, MDCCLXIV.

(2) principalmente la confesión de fe del Niceno (p. 40), del tridentino (p. 43), a la exposición de la fe de Bossuet (p. 45), a la exposición del cabildo ante Benedicto XIV del año 1744, exposición a los artículos del clero francés de 1663 para el obispo Choiseul de Coutance (p. 63), a los cinco artículos de los teólogos de Lovaina de 1677 (p. 76 s.), a los doce artículos de Noailles (p. 90 ss.).

(3) Ibid., 97-588.

(4) Précis d'un acte de dénonciation solennelle faite à l'Eglise: 1. d'une multitude des Bulles...; 2. des évêques de Rome eux-mêmes, Amsterdam, 1758.

(5) Sobre él, Badiche en la Bibliographie univers., Suppl. LXXI. 92-94.

(6) Acta, 125-357.

privilegios de la Santa Sede son defendidos ampliamente, si bien en el sentido exclusivo del concilio de Basilea (1). Después de los razonamientos contra Leclerc, cierra la asamblea contra el enemigo capital, los jesuitas. Ya en el discurso de apertura, el arzobispo Meindaerts, su presidente, había disparado contra ellos la batería de las más atroces recriminaciones. Alucinado, dice, por apariencias de piedad, humildad y celo de las almas, había permitido Sasbout Vosmeer la entrada de los jesuitas en la misión holandesa. Pero pronto arrojaron la careta y en lugar de piedad apareció en ellos hipocresía, soberbia en vez de humildad y avaricia en lugar de celo por las almas; sin pudor se lanzaron como leones furiosos sobre la Iglesia holandesa sembrando por doquier la confusión. Y procedieron así a causa de la irreductible fidelidad de la misión holandesa a aquellos principios del dogma y de la moral que desde hacía tiempo eran combatidos por los jesuitas; y además también en virtud de la firmeza y tenacidad con que aquella Iglesia defendía sus derechos y los de la jerarquía, tan odiados por los jesuitas, y porque ellos finalmente propugnaban aquella forma de gobierno que había sido establecida por Cristo y era constantemente observada por todas las iglesias católicas (2). Las conclusiones no desdijeron de esta introducción. Extensamente y de forma tendenciosa son expuestos y condenados los errores de Hardouin y Berruyer, no ciertamente dignos de disculpa; luego son aducidos y execrados algunos pasajes del libro de Pichon y de un manual sobre la comunión frecuente, así como varios lugares real o supuestamente erróneos de los casuístas (3). La tercera parte de las actas sinodales tratan sobre la administración de sacramentos (4). Siguen luego las firmas, en las cuales se puede apreciar que, contra el derecho canónico, simples sacerdotes se erigieron en jueces en cuestiones de fe (5). Como final obra un escrito dirigido a Clemente XIII demandando la aprobación del concilio provincial (6).

El Pontífice no dejó de contestar al envío de las actas. Los tres

(1) R. Pontificem, tamquam Petri successorem, esse iure divino caput visibile et ministeriale Ecclesiae... ac proinde eiusdem Christi primum esse in terris vicarium (ibid., 236).

(2) Ibid., 10 s.

(3) Ibid., 357-589.

(4) Ibid., 589-626.

(5) Ibid., 627-631.

(6) Ibid., 632-637; Fleury, LXXXV, 197-200.

obispos, desde hace tiempo separados de la Iglesia, así comienza el breve (1), carecen de todo derecho para presentarse jactanciosamente como jueces. Si los tales han enviado las actas impresas del concilio a otros obispos a caza de alguna eventual aprobación o de algún documento que pueda interpretarse como indicio de espiritual connivencia, es deber ineludible del Pontífice alzar su voz para que su silencio no pueda ser interpretado como aprobación. Declara, por tanto, nulo e ilegal el sínodo y cuanto en él se haya resuelto; condena las actas impresas por contener, a modo de paliativos del cisma, proposiciones falsas, calumniosas, escandalosas, difamatorias de la jerarquía eclesiástica y ofensivas a la sede apostólica, y prohíbe su lectura así como la de todo escrito en favor del sínodo. A la declaración pontificia siguieron los juicios condenatorios del arzobispo de Colonia (2), de la universidad también de Colonia (3), del obispo de Lieja (4) y de unos treinta prelados de la asamblea del clero francés (5). Como es natural, del bando jansenista no le faltó al sínodo entusiasta aprobación: tal se la demostraron la facultad de Derecho de París, cuyo decreto sin embargo fué declarado nulo por el Consejo de Estado (6), y algunos prelados portugueses y españoles (7). Especial satisfacción demostraron los tres obispos jansenistas por el asentimiento de algunos benedictinos de la renombrada congregación de San Mauro (8).

(1) del 30 de abril de 1765, en Mozzi, III, 194 ss.; Fleury, 202-208.

(2) el 2 de julio de 1765, en Mozzi, II, 441.

(3) el 13 de septiembre de 1765, *ibid.*, 441-446; Fleury, 209-221.

(4) el 16 de septiembre de 1765, en Mozzi, II, 442.

(5) el 26 de junio de 1766, *ibid.*, 447. El informe del arzobispo de Toulouse a la asamblea, *ibid.*, 421.

(6) *Ibid.*, 429.

(7) *Ibid.*, 449.

(8) **Reverendis admodum Patribus D. Durand, D. Tassin, D. Baussonet, D. Clemencet et D. Clement Ordinis Sancti Benedicti Lutetiae Parisiorum.* — *Omnium quas hinc et inde accepimus litterarum a multis qui nostrae synodi decretis adhaesere, nulla certe fuit quae maiori nos gaudio affecerit et consolatione ea quam nobis, Reverendi admodum Patres, scripsistis epistola. Testimonium Congregationis vestrae membrorum, per se quidem grave, aliud quoddam et non leve ex sparsa undique iam diu cum exactissimae sacrarum legum doctrinae amoris fama saltem apud viros sanissimae antiquitatis veterumque scriptorum peritos et amatores, robur capit et incrementum. Verum attento, quanta opera et studio doctissimis ingenii vestri monumentis utilitatibus Ecclesiae salubriter per vos consultum est, et nunc etiam quotidie consulitur, Reverendi admodum Patres, fateri necesse est novum suffragio vestro robur et quasi laudis cumulum accessisse. Illustres dignoscendorum diplomatum autores, historiae litterariae*

La condenación de Leclerc decretada por el sínodo tuvo su epílogo. El obispo de Haarlem le remitió una citación, pero Leclerc interpuso recurso de apelación de su sentencia al concilio general y hostilizó con sus sátiras al sínodo y a los quesnellistas holandeses, los cuales formaban sólo tres centésimas partes de la población católica (1).

El arzobispo de Utrecht Meindaerts falleció en 1768. Su sucesor fué Miguel Walter de Niewenhuylen, sobre quien Clemente XIII, el 1.º de junio de 1768, hizo las mismas declaraciones que sus predecesores en casos idénticos (2).

III

Hasta la segunda mitad del siglo XVIII fué doctrina general entre los teólogos alemanes que el Papa no podía errar al declarar que una doctrina estaba contenida en el depósito de la fe obligando a los fieles a admitirla. Es cierto que San Pedro Canisio no había empleado en su catecismo la expresión *infalibilidad pontificia*, pero sí había expuesto de manera indubitable la doctrina que con dicha locución es corriente designar (3). Y no sólo en las decisiones doctrinales era indiscutible la suprema autoridad del Papa; para no citar a dominicos y jesuitas, entre los teólogos el benedictino Gallus

Galliarum, itemque celeberrimae Portus-Regii domus scriptores, et secundi Ultraiectionis concilii Actis adhaerentium catalogo adscriptos laeta grataque videbit posteritas. In eo quod tulistis de iisdem Actis iudicio argumentis et rationibus firmato agnoscet splendorem ingenii, solertiam ac sapientiam, quae in omnibus vestris elucet operibus; tantumque exemplum quod imitetur, vestros pacis et caritatis affectus mirabitur, votaue vestra, ut iis tandem, apud quos adversarii nostri (iisdem quos habet Ecclesia) calumniantur nos, innotescat innocentia nostra, fidei nostrae integritas, accensumque nostrum Ecclesiae Sanctaeque Sedis studium. Si quid est, per quod tantam gratiam a Deo impetrare possimus, eam certe per virorum bonorum, perque vestras preces nos assecuturos speramus. Obsecramus vos, ne eas Patri misericordiarum offerendo defatigemini, donec exaudiat. Hac spe cum sincero animo singularique veneratione sumus, Reverendi admodum Patres, Reverentiarumstrarum addictissimi in Christo famuli † Pierre Jean Archeveque d'Utrecht, † Ioannes Episc. Harlem., † Bartholomeus Ioannes episc. Deventer. *Bibliothèque Nationale de Paris*, Ms. franç. 25-538, p. 49, 50.

(1) Badiche, loco cit., 93 s.

(2) Mozzi, II, 450; III, 200 ss.

(3) [SS. Pontifices], penes quos de sacris definiendis suprema semper potestas fuit. De praeceptis Ecclesiae, n. 11 (Summa), Dilingae, 1731, 83. Cf. Kneller en la Zeitschrift für kath. Theol., LI (1927), 211. — Para el presente y siguiente capítulo han sido utilizados trabajos previos del señor profesor de Heidelberg Vierneisel.

Cartier había afirmado en 1757 que los galicanos no podrían aducir pruebas acerca de sus teorías sobre la Iglesia y el Papa de fuera de Francia o con anterioridad al siglo xv, más exactamente dicho, anteriores a los Fraticelli (1). Cuando en Alemania fueron reimpresas las prelecciones del teólogo parisiense Tournely se hizo desaparecer de ellas los pasajes de sabor galicano sobre la infalibilidad pontificia (2). Los benedictinos de San Emmeramo de Ratisbona enviaron por cierto a uno de sus jóvenes para que perfeccionase su formación científica entre los franceses de San Mauro; pero no sin adoptar las precauciones concernientes para que en el monje alemán no grabaran huella las opiniones francesas (3). Y el abad Martín Gerberto de San Blas, propugnador de la renovación de la Teología, se mantuvo fiel a la doctrina de la infalibilidad del Papa y condenó la teoría de la apelación del Papa al concilio (4). El benedictino de Salzburgo Gregorio Zallwein (5), aun cuando nada refractario a la ideología galicana, testifica en 1743 que alemanes e italianos, en antítesis con los franceses, se mantenían fieles a la doctrina de la soberanía, infalibilidad y suprema autoridad del Papa; el mismo Febronio (Hontheim) abunda en el mismo parecer (6). «En la inundación de escritos, que desde la Reforma han aparecido en Baviera en defensa del primado del Papa a partir del año 1519 hasta casi 1750, se enseña sin excepción la infalibilidad del Papa, siempre que se trata de la autoridad doctrinal del Sumo Pontífice.» (7)

Las doctrinas de los teólogos no constituían, con todo, sin más la norma y sentir de los príncipes eclesiásticos, para los cuales no era

(1) Kneller, loco cit.

(2) Ibid., 210.

(3) I. A. Endres, *Korrespondenz der Mauriner mit den Emmeramern*, Stuttgart, 1899, 22.

(4) Werner, 204 ss.

(5) *Principia iuris ecclesiastici*, I, Ausburgo, 1743, 338: *Itali cum Germanis pro superioritate, infallibilitate et suprema authoritate Pontificis, Galli econtra pro suis libertatibus gallicanis... zelarunt*. Las libertades de la Iglesia francesa, decía, significaba mejor libertades de los parlamentos. Ibid., IV, 428.

(6) *Et quis canonistarum ac theologorum praesertim regularium adhuc hodie, saltem in Italia et Germania (in Gallia enim quodammodo aliter sapitur), a teneris annis imbutus systemate monarchiae ecclesiasticae et cum hoc proxime coniunctae Pontificiae infallibilitatis eadem principia suis discipulis non instillat? De statu Ecclesiae, Bullioni, 1763, en definitiva se llega a que ut Italorum et Germanorum vix unus aperta fronte ac cum subscriptione nominis ausit vestro systemati contradicere.*

(7) *Hist.-pol. Blätter*, LXXI (1873), 581. Cf. principalmente *ibid.*, 581 ss., 688 ss., 825 ss.

precisamente la ciencia la dama de sus ensueños. Desde hacía bastante tiempo venían ya realizando esfuerzos varios de estos personajes por conseguir la máxima independencia de Roma según la norma galicana (1); les producía enojo principalmente la intervención de los nuncios pontificios y reclamaban para sí el derecho de dispensas que la Santa Sede solía ejercer por medio de aquéllos (2). Roma había evitado hasta entonces los choques, otorgando a los obispos, de propia plenitud de poderes pontificios, por quinquenios las pretendidas facultades llamadas quinquenales (3). Obispos hubo que se querellaron contra los nuncios ante las mismas autoridades civiles del reino. A las quejas contra la curia romana basadas en la capitulación electoral de Carlos V, se añadió, con motivo de la elección imperial del año 1653, la acusación de que los nuncios y la curia sustraían de los tribunales de los príncipes eclesiásticos incluso los asuntos civiles. Al ser elegido Carlos VII y Francisco I en 1741 y 1745, respectivamente, volvió a repetirse este artículo (4).

Cuál fuera la ideología que en absoluto predominaba en las cortes de los príncipes temporales la da a conocer más que suficientemente la historia de la primera mitad del siglo XVIII. Se hizo casi lo posible por humillar al Papa y hacerle sentir su incapacidad para defender con las armas sus aspiraciones. Todo lo bueno se esperaba del estado y parecía como si los soberanos se sintieran faltos de la parte más preciada de su poder si no se inmiscuían en el régimen de la Iglesia. Mientras anteriormente eran llamados a las deliberaciones los confesores y los teólogos, son ahora alejados radicalmente como gente a priori sospechosa, que maquinaban en favor del aumento y robustecimiento de los derechos de la Iglesia. Muy favorables a este nuevo espíritu y criterio fueron la irreligiosidad y desenfreno moral que se difundió por toda Alemania merced principalmente a la impía literatura francesa (5).

(1) Cf. nuestros datos del volumen XXXI.

(2) Sobre este punto L. Mergentheim, *Die Quinquennalfakultäten*, Stuttgart, 1908; el mismo en la *Hist.-pol. Blätter*, CXXIV (1907), 181 ss. «Primera-mente jamás se habían atrevido los arzobispos renanos hasta la época de Febronio a negar pública y fundamentalmente la autoridad del Pontífice de otorgar dispensas... Siempre aceptaron gustosos tales facultades, e incluso las solicitaban ellos mismos.» *Ibid.*, 187.

(3) Mergentheim, *Quinquennalfakultäten*, 291 ss.

(4) Joh. Jak. Moser, *Karl VII. Wahlkapitulation*², Francfort del Meno, 1771, especialmente, II, 423 ss., y III, 162 s.

(5) **lo spirito d'irreligione e di libertinaggio che si è introdotto negli ulti-*

En tales circunstancias no podía menos de ser recibido con alborozo por vastos círculos un libro que con el esplendor y apariencias de forma científica venía a justificar lo que ya desde mucho antes se practicaba contra el Papa y el poder espiritual. Hace pensar en una fatalidad el hecho de que, siguiendo las huellas de los Richelieus, Mazarinos y Alberonis, hubiera de ser nuevamente un clérigo el que asestara a su Iglesia la más profunda herida: Juan Nicolás von Hontheim, obispo auxiliar de Tréveris.

Hontheim (1701-1790) procedía de una familia de Tréveris ennoblecida por Fernando II. Sus impresiones fundamentales las recibió siendo estudiante primero de la universidad de Lovaina, la cual gracias a Bernhard van Espen era un reducto de las doctrinas galicanas y jansenistas, y luego en Leiden, donde imperaban las doctrinas del absolutismo político (1). Un viaje de estudio realizado durante tres años principalmente en Viena y en Roma robusteció estos puntos de vista. En 1728 entró al servicio del arzobispo de Tréveris, donde en 1742 fué nombrado por el gobierno miembro del Consejo privado. Siete años más tarde tuvo lugar su preconización para obispo auxiliar, vicario general y juez eclesiástico. En calidad de tal sustituyó durante tres decenios al arzobispo, con plena autonomía, sobre todo en tiempos del príncipe elector Juan Felipe von Walderdorf (1756-1768). Hontheim era hombre de extraordinaria laboriosidad; además de las ocupaciones que su cargo le imponía, dedicóse con predilección a la investigación histórica y con sus dos obras maestras sobre fuentes históricas echó los cimientos a la historiografía científica de su ciudad natal (2). No tanto en esto como en su colaboración en la edición del breviario del año 1748 se manifestaron sus principios; prescindiendo de pequeñas modificaciones en las lecciones históricas,

mi tempi in tutta la Germania... Sembra loro che il principe manchi d'ogni solido fondamento di sovranità, se non ha un pieno gius circa sacra e in tutte quelle cose che chiaramente lege divina non prohibentur... Sono per massima ora comune in tutti i gabinetti allontanati i confessori e teologi dalle consulte delle cose ecclesiastiche, come persone sospette e che vogliono dilatare la giurisdizione della Chiesa. Relazione della negoziazione di Msgr. Oddi (1764), Nunziat. di Germania, 721, f. 18 ss., *Archivio segreto pontificio*. Cf. además *ibid.*, 653.

(1) Franz Stümper, *Die kirchenrechtl. Ideen des Febronius* (Würzburger Differt.), Aschaffenburg, 1908, 10 s.; Zillich, *Febronius*, in den *Kalleschen Abh. zur neueren Gesch.*, 1906, 15 s.; Bigener, 30; *Katholik*, LI (1871), 2, 19.

(2) *Historia Trevirensis diplomatica*, III, Augsburgo, 1750; *Prodromus historiae Trevirensis*, II, Augsburgo, 1752. Cf. también Krufft en Mejer, 222, 236, 238 ss.

suprimió la fiesta de la Cátedra de San Pedro y la de San Gregorio VII (1). Por lo demás, es elogiado von Hontheim por haber establecido científicamente las horas canónicas y además gozaba de general fama de caritativo. Que él hubiera pretendido conseguir por medios ilegales una sede episcopal se ha demostrado ser falso (2), aun cuando en su siglo imperaba por cierto una gran laxitud de conciencia en tales asuntos (3).

A la dieta electiva de Francfort del año 1742 (4) había sido enviado como representante de Tréveris Jacobo Jorge von Spangenberg, converso natural de Harz, hijo de un pastor protestante, y Hontheim fué designado para acompañarle. En esta ocasión fueron también discutidas las antiguas quejas (gravamina) y se trató de su influjo en el cisma religioso de Alemania (5). Con tal motivo Spangenberg lanzó la idea de una obra científica como la que más tarde se propuso escribir Hontheim (6). Este, sin embargo, se ocupó en lo sucesivo en la literatura galicana, y en el canonista Jorge Cristóbal Neller, que en 1748 había sido llamado de Wurzburg al seminario de Tréveris, encontró un conocedor y codefensor de aquellas doctrinas (7). Hontheim trabajó durante dos decenios en la terminación de una obra que vio la luz en el momento más propicio. El movido litigio en torno al déan de Espira, conde Augusto von Limburg-Styrum, el cual indujo también al elector de Tréveris a prohibir toda apelación a Roma y a adoptar una actitud intemperante en la elección real de 1764 (8), pudo haber servido de último determinante. Luego que un pariente del obispo auxiliar, su ulterior

(1) Bäumer, *Gesch. des Breviers*, 554.

(2) Leo Just, *Hontheims Bemühungen um einen Bischofssitz in den österr. Niederlanden. 1756-1762*, en *las Duellen und Forschungen*, XXI (1930), 256 ss.

(3) Cf. acaso Brück, *Nationalistische Bestrebungen*, 38, nota 20.

(4) Leo Just promete (loco cit., 275) presentar y tratar para ello el material.

(5) Cf. Meyer, 57 s., 238, 256.

(6) Heinrich Schmid, *Gesch. der kath. Kirche Deutschlands*, Munich, 1874, 2 s. Acerca del papel de Hontheim en la Dieta cf. también **Relazione della negoziazione di Msgr. Oddi (1764)*, *Nunziat. di Germania*, 721, f. 18 s., *Archivo segreto pontificio*.

(7) *Katholik*, LI (1871), 539-557; Reusch, *Index*, II, 944. Una breve autobiografía en Myttenbach-Müller, *Gesta Trevirorum*, III, ap. 60 s.

(8) Meyer, 54, 62; Weech, *Röm. Prälaten*, 5. Al mismo tiempo logró Hontheim una reforma de la universidad de Tréveris restringiendo la participación de los jesuitas y dando importancia a los principios galicanos aun cuando también probabilistas; v. Krufft, loco cit., 254 s. Cf. Schmid, 71; Stümper, 12.

biógrafo Andrés Adolfo von Krufft, hubo facilitado la impresión en la imprenta de Esslinger en Francfort (1), apareció en septiembre de 1763 la sensacional obra titulada «Libro singular de Justino Febronio sobre el estado de la Iglesia y la legítima potestad del Romano Pontífice, compuesto para reunir a los cristianos disidentes en religión». Como se ve, el autor ocultaba su nombre, por motivos personales, bajo el seudónimo de Justino Febronio (2).

La trascendencia histórica del Febronio hay que medirla por la crisis religiosa a que dió lugar, y que, por lo que a la vida interna de la Iglesia se refiere, subsistió hasta que el Concilio Vaticano le dió el golpe de gracia. No es que sus teorías fueran nuevas: él mismo afirma, en son de propia justificación, no haber sentado afirmación alguna que por lo menos no se dedujera por sí misma de las conocidas proposiciones de Gerson, Bossuet, Natal Alexander y Claude Fleury (3). Sin embargo, no cabe negar que en él se suma un nuevo elemento de fundamental importancia, el nacional de derecho natural que él había aceptado en la escuela de Leiden sin reparar en su antagonismo con el dogma católico; pues el atacar a éste no entraba en sus designios (4).

Cabe preguntarse, por cierto, cómo hubiera podido conservarse puro el dogma si la constitución de la Iglesia se hubiera bastardeado en el grado en que Febronio lo presenta como resultante del último milenio de su historia (5). Este resultado es para él la monarquía

(1) Aquí hablan aparecido ya en 1764 los *Principia iuris publici ecclesiastici* de Neller, los cuales fueron puestos en el Índice en 1750, si bien fueron muy utilizados por Febronio; v. *Katholik*, LI (1871), 1, 555 y 2, 21.

(2) *Iustini Febronii I[uris] c[onsul]ti de statu Ecclesiae et legitima potestate Romani Pontificis liber singularis, ad reuniendos dissidentes in religione christianos compositus*, Bullioni apud Guillelmum Eyvardi MDCCLXIII. El lugar de impresión fué Francfort y el impresor Esslinger.

(3) Schwab (Franz Berg [1869], 204) fué el primero en referirse al *Traité de l'autorité du Pape* (2 t., La Haya, 1722; cf. sobre la redacción y la condenación de la obra, Reusch, *Index*, II, 574) como una propuesta aludida, no citada por Febronio. Meyer (42, n. 2) ve en ello una sospecha sin fundamento. Sorprendente es, con todo, que esta obra contenga un prólogo dirigido al Papa haciendo a éste responsable con el mayor aplomo de la persistencia del cisma religioso. Con todo, no se dirige exclusivamente contra el Papa, sino que trata también de aducir una amplia demostración contra el protestantismo.

(4) Febronio cita, por ejemplo, a Grotius, Pufenforf, Locke; pero se defiende con interpretaciones generales de tales citas adversas a él. Cf. Zillich, *Febronius*, 79.

(5) Extensos análisis de la obra en A. Rösch en el *Archiv für kath. Kirchenrecht*, LXXXIII (1907), 449 ss., 620 ss.; Franz Stümper, *Die Kirchenrechtl.*

del pontificado de la Iglesia, fruto de despotismos, usurpaciones y falsedades; origen y base de todo lo cual habían sido sin género de duda las seudodecretales isidorianas. En vez del régimen monárquico del pontificado considera él como genuina constitución de la Iglesia, según Cristo la quiso, un sistema que frisa entre la aristocracia de los obispos y la representación democrática de una Iglesia a la cual, como tal, había sido conferido en Pedro el poder de las llaves, o sea el poder fundamental (1). Es cierto que rechaza la adopción de conceptos políticos en la constitución de la Iglesia, pero sin embargo está influido y dominado inconscientemente por el ideal constitucional del siglo XVIII con su principio básico sobre el poder público procedente del pueblo y la separación de los poderes legislativo y ejecutivo. Consiguientemente, según Febronio ha de haber también un primado de derecho divino, el cual sin embargo sólo de hecho ha de estar ligado al episcopado romano, mas de ningún modo con carácter inseparable; un Pontífice, sucesor de San Pedro, un primado no sólo de honor sino también de derecho. Febronio se esfuerza por dar un contenido a este primado de derecho, pero al mismo tiempo le despoja de todo aquello que convierte al Pontífice en monarca de la Iglesia: el episcopado universal, la infalibilidad, el poder legislativo para la universal Iglesia, puesto que éstos son derechos de la totalidad de los obispos como sucesores del Colegio Apostólico. De donde se desprende la incuestionable superioridad del concilio general sobre el Pontífice: únicamente el concilio posee el derecho para decidir dogmáticamente y con obligatoriedad y para legislar para la

Ideen des Febronius (1908). De valor es asimismo J. Marx, *Gesch. des Erzstiftes Trier*, V, 93 ss.; Werner, 206 ss.

(1) Esta tesis fundamental procede de Richer, el cual la redacta de la siguiente forma: *Sacerdotium Christi ecclesiae in commune creditum est, velut causa efficiens potestatis clavium et iurisdictionis ecclesiasticae*. Tal es en el fondo la doctrina de los reformadores del siglo XVI. Lo mismo que ellos, también Febronio llama a los funcionarios eclesiásticos ministros. «Richer y Febronio no han notado que con este principio no sólo echaban por tierra las prerrogativas de San Pedro y de sus sucesores, sino que también son destruidos los derechos y la autoridad de toda la jerarquía.» (Marx, loco cit., 104.) Aquella tesis fundamental tenía que llevar propiamente a la consecuencia natural de la democracia. Martin Gerbert ha aludido expresamente en su obra de 1741 a estas consecuencias. Gerbert incluso envió su obra a Hontheim, pero si Hontheim hubiera querido tener en consideración la obra de Gerbert, «entonces hubiera tenido que repudiar la suya propia (en aquella fecha probablemente ya terminada), puesto que se basa en un principio rechazado como falso por Gerbert» (ibid., 102, n. 1). Mamachi le ha demostrado posteriormente que estaba propiamente en el punto de vista de Rousseau (ibid., 102).

Iglesia universal (1). Cuando el concilio no está reunido (y haría bien por cierto en fijar cada vez por sí mismo la próxima reunión) existe, no se puede negar, en ambos extremos una iniciativa del Papa, pero las definiciones y leyes disciplinares del Pontífice se convierten en obligatorias únicamente por expresa o bien tácita aprobación de la universal Iglesia, por su aceptación en las Iglesias nacionales y en las distintas diócesis, puesto que por grande que sea el respeto con que hay que recibir la palabra y toda manifestación de la voluntad del Pontífice, con todo fundamentalmente no tienen aquéllas más valor que las de otro cualquier obispo. Como fin positivo se propone el libro precisamente la reposición de los obispos en sus primitivos poderes, intransferibles por ser de origen divino, de los cuales han sido privados contra todo derecho, así como la devolución de sus antiguas funciones a los tribunales de segunda instancia, como son los sínodos metropolitanos provinciales y nacionales: verdadera antítesis del fin negativo de la misma obra que tendía a restringir los derechos del Pontífice en los estrictos límites establecidos por Cristo. No en vano estudió el autor por espacio de dos decenios consecutivos la literatura oposicionista. De ella sacó, y en su obra le dió cabida y expresión, toda la acrimonia y animosidad contra Roma y la curia romana, la desnaturalizada heredera de la antigua y honorable Iglesia romana, como él la llama (2). La misma supuesta finalidad a la que pretende servir, es decir, la nueva unión con la católica de las Iglesias separadas (3), dice ya suficientemente dónde hay que buscar el obstáculo de esa unión y además envuelve al lector en una constante ola de odio y desprecio contra Roma, a la cual califica de la más nefasta calamidad de la Iglesia. Todas las quejas y acusaciones contra la curia salen de nuevo a

(1) Para ello cita Hontheim, entre otros, a su genial paisano del siglo xv Nicolás de Cues, pero sin advertir que Cues se corrigió muy pronto (ibid., 104).

(2) El lenguaje en él empleado, es más propio de los jansenistas que de los galicanos. «Su absoluta coincidencia con ellos en esta doctrina [la doctrina del primado] y en el tratamiento torcido y lesivo de la Santa Sede, aparece claramente en una gran cantidad de lugares subrayados por la propia mano de Hontheim en una gran obra sobre la Iglesia cismática de Utrecht.» (Ibid., 145.) Así subrayó la frase: «No creas que un buen católico puede jamás estar en paz con Roma, a no ser que por la autoridad de un concilio general haya sido humillado».

(3) Marx (III) opina «que Hontheim al reprochar aquel fin, por otra parte muy apetecible, trató de endulzar algo y suavizar lo excesivamente duro y amargo, de lo cual muchísimo contenía su obra, cosa que por cierto él no ignoraba. Mas que él personalmente creyera en el éxito presupone un grado de miopía no admisible en Hontheim.

relucir culminando en la monstruosa recriminación de ser ella la culpable de la irreductibilidad de la Iglesia oriental, del cisma religioso en el occidente y de su persistencia, como de todos los abusos subsistentes en la misma Iglesia a partir del concilio de Trento (1). Es cierto que califica al protestantismo de confusión dogmática y niega a Lutero el derecho de apelar del Papa al concilio general, puesto que en el momento de realizar tal apelación ya no reconocía a la Iglesia como madre y maestra, pero Hontheim presenta el dogma protestante fácilmente dominable con tal que desaparezca de la Iglesia el sistema monárquico adoptado por Roma.

Mas a Hontheim no le importa sólo dar expansión a los arranques de su ira; él quisiera imprimir a la Iglesia un movimiento para restablecer su antigua y genuina constitución. Diserta extensamente sobre los medios que pudieran llevar a este fin y se refiere en cuatro discursos preliminares a aquellos factores de los cuales él espera ese restablecimiento: el Pontífice mismo, los obispos, los príncipes y los teólogos y canonistas. En este punto presenta su pensamiento con la expresión más real y concreta que darse pueda. Las protestas de su respeto para con el pontificado le fuerzan a dirigirse al Papa; pero lo único que en este intento le viene a los labios son palabras fugitivas de recriminación; él no recurre al Pontífice como tal, sino que apela de Clemente XIII, representante de la curia, a Clemente XIII el veneciano, el antiguo prelado de Padua, el paisano de Sarpi (2). En el fondo poco es también lo que él confía de los obispos; los ve, sobre todo en Alemania, excesivamente embarazados

(1) Qué imagen tan diversa se obtiene del papel que Roma desempeñó en la vida de la Iglesia ya de la nueva publicación de Ignacio Felipe Dengel: «Die politische und kirchliche Tätigkeit des Monsignore Joseph Garampi in Deutschland 1761-1763» (1905). Durante decenios se dispensaron muestras de gratitud en la fundación imperial de Salem al comisario pontificio por sus afanes en favor de la paz del convento en los años 1761-62. *Aeterna Salemitanorum memoria dignissimus*, se dice de Garampi en el libro de difuntos de Salem (ibid., 184). Cf. también el intento de Garampi por librar la diócesis de Lieja de un indigno prelado (68 ss.) y al otro, de proceder contra un canónigo difamado de Augsburgo (72 ss.).

(2) Acertadamente dice a este respecto el arzobispo Migazzi de Viena en una carta a María Teresa después de la aparición del Febronio: «El conjura al Pontífice a que dé respuesta a su queja; pero además suplica a S. Santidad que le conteste no como cabeza de la Iglesia, sino con aquella sinceridad que se hallaba en él cuando era obispo de Padua y noble de Venecia. ¡Desgraciado sino de un Papa! ¡Su estado privado o alguna otra dignidad le han de proporcionar más credibilidad que su elevada categoría de cabeza de la Iglesia y vicario de Jesucristo!» (Wolfsgruber, Migazzi, 389).

por capitulaciones e intereses personales para que fueran capaces de desplegar aquella energía que les hiciera aptos para resistir a Roma. Para los teólogos y canonistas lucubra el concepto de una nueva ciencia eclesiástica (la tradicional y escolástica la rechaza en sí y por ser el apoyo y sostén del sistema romano), de una ciencia la cual salida de fundamentos razonables y del espíritu de la antigua Iglesia universal, de la recta exégesis de los Santos Padres de primera categoría y eslabonándose en sus genuinos sucesores desde Gerson hasta Claude Fleury, encarna el verdadero sistema de la Iglesia. Los representantes de esta ciencia son, según su opinión, los órganos que ante todo han de ilustrar al pueblo sobre la verdadera naturaleza de la Iglesia y, dada la íntima conexión entre ciencia y prosperidad en el estado y en la Iglesia, ellos son también los defensores natos de la inmunidad religiosa y temporal.

Pero todos estos son motivos secundarios, preliminares y coadyuvantes. El papel más trascendental en la lucha por la independencia del derecho lo concede Febronio al Estado (1), y de ahí nace precisamente su efectividad atrozmente fatal: por interés aparentemente religioso entregó la Iglesia al brazo secular (2) y el Estado tanto despótico como liberal se ha aprovechado durante toda una centuria de sus argumentos y avisos. Bajo dos aspectos considera él los poderes que dentro de la Iglesia y frente a ella asisten al soberano (pues éste personifica siempre al Estado); él es soberano y protector de la Iglesia. Como soberano posee frente a la Iglesia aquellas facultades que reclamaban la paz pública, los intereses económicos y los derechos de los súbditos. De esta suerte hace converger la atención de los príncipes en el Pontífice a quien presenta como perturbador de la paz, explotador de los bienes eclesiásticos y usurpador de los derechos episcopales. Los obispos, dice, han de examinar cada una de las medidas eclesiásticas para ver si efectivamente no son opuestas a la seguridad y salud del Estado. El medio más eficaz que puede

(1) Una carta de la época de la impresión del Febronio expresa con todo, aun en este sentido, sólo discreta expectación: *Si Dieu voulût le bénir [la obra] pour quelque royaume, peut-être avec le temps ce bien pourroit-il étendre en d'autres parties de l'Europe! (Journal von und für Deutschland, 1791, I, 355).*

(2) Más todavía que de la obra misma se desprende de ulteriores declaraciones espontáneas de Hontheim que su pasión dominante era lo nacional. Cf., por ejemplo, su diálogo con el nuncio Caprara del año 1768 en Meyer, 75, o su exposición de los éxitos del Febronio en Walch, *Neueste Kirchengesch.*, I (1771), 159 s., y otro giro insignificante en la carta al cardenal Migazzi después de la retractación (en Wolfgruber, loco cit., 393).

esgrimir el Estado es el *placet*, el cual, con la aprobación de las recentísimas disposiciones de Carlos III de España, se ha extendido como derecho nato del soberano a todo aquello que de algún modo tiene carácter de ley. Febronio llega incluso a medir la monarquía del Papa en la Iglesia con el concepto del Estado soberano y a rechazarla por atención a éste. Pero todavía va más lejos al referirse al Estado, al cual induce a intervenir en la vida y régimen de la Iglesia; pues el soberano en su misión de protector de la Iglesia ha sido constituido guardián de la Iglesia genuina y, por ende, elevado de hecho por encima del Pontífice y de los obispos. En realidad Febronio presupone únicamente en los soberanos pleno interés y vocación en orden al restablecimiento de la auténtica constitución de la Iglesia (1). Es cierto que les recomienda con encarecimiento que se asesoren en todos los asuntos religiosos de eclesiásticos preclaros, pero de ellos espera las medidas definitivas: ellos son los llamados a imponer a los prelados el deber de cumplir las antiguas leyes eclesiásticas; ellos han de convocar los concilios nacionales, los cuales proclamarán ante todo por las diversas Iglesias particulares el nuevo, es decir, el antiguo derecho canónico restablecido; a ellos incumbe el negociar la unión de las diversas Iglesias nacionales, ante todo de la alemana, con la galicana, como prototipo que es de tal, y luego también de la española y veneciana entre sí (2); ellos deberán en caso extremo poner el brazo seglar a disposición de las Iglesias

(1) Para el iluminismo de la Alemania católica fué Hontheim el fundador del nuevo derecho canónico; pero, además, pertenece a este movimiento en el sentido más amplio y califica de leviores lapides offensionis las demás cosas en las cuales tropieza el iluminismo. Con esto refiere lo superfluum et odiosum al dominio del culto divino, de la veneración de las reliquias e imágenes, del fuego del purgatorio y de las indulgencias. «Somos, dice, para así decirlo, menos cristianos que nuestros padres y tenemos muchísimos más officia et preces que ellos.» (Prólogo a los príncipes.) Cf. sobre este punto la siguiente declaración de Hontheim hecha en una carta fechada el 7 de agosto de 1763 dirigida a su mediador eclesiástico de Francfort: *Les réflexions que vous faites dans votre lettre du 20 Juillet sur les misères des églises d'Allemagne sont très justes, et feroient la matière d'un volume plus gros que celui-ci qui se publie aujourd'hui, aussi faudroit-il pour exécuter ce plan un écrivain encore plus hardi que moi. Le mien est général (Journal von und für Deutschland, 1791, I, 355).* — También arguye una posición iluminista la siguiente cita de una carta del 23 de julio de 1763 (ibid., 354; lo decisivo de este pasaje está subrayado por mí): *Il [Febronio] espère d'avoir dit le vrai solidement: c'est au public à en juger. Des matières éclaircies à son tribunal, seront toujours bien jugées.*

(2) Después que la conciencia de toda la Iglesia en favor de la en otro tiempo particular, es decir, nacional, son conducidas las Iglesias particulares a simples confederaciones utilitarias.

siempre que éstas pretendan sustraerse a la obediencia de un Pontífice pertinaz; incluso de la espada puede servirse el gobernante como medida contra un Pontífice semejante. Con celo singular trata Febronio de hacer sospechosos y aborrecibles al Estado las órdenes y los religiosos, máxime los jesuitas, difundidos por todas las naciones a manera de ejército protector de las ambiciones romanas.

Hontheim estaba ciegamente persuadido de la exactitud y bondad de su sistema religioso (1). Lo que para él no había sido al principio más que una idea seductora, la de la Iglesia galicana, cree él haberlo reconocido con el auxilio de los medios del nuevo método positivo teológico, como la imagen de la Iglesia, en las cuatro o cinco primeras centurias. En realidad le faltaba el genuino sentido histórico, el cual sabe penetrarse del espíritu de la época y juzgar de leyes y constituciones según las exigencias de los pueblos y de los tiempos (2). Hallábase dominado por el «humano criterio de que un determinado círculo de derechos dentro del cual habrán de moverse el Pontífice y los obispos, cuadraba a todos los grados de civilización y no le pasó por la mente que las mismas decretales pseudoisidorianas admiten una aclaración histórica» (3).

Con verdadera ansiedad aguardaba Hontheim a sus sesenta y dos años la eficacia de su obra (4). El editor fué obligado a guardar el más riguroso sigilo sobre la persona del autor. El manuscrito fué copiado en Francfort bajo la tutela de un eclesiástico y sólo dicha copia fué entregada a la imprenta. El autor había renunciado de intento a su atildado estilo latino para no delatarse a sí mismo con él (5).

Gran parte del extraordinario revuelo (6) que suscitó el libro

(1) Constantemente protesta de sus religiosos designios; un santo no podría escribir de otro modo que él lo hace en una carta a su intermediario en Francfort poco antes de aparecer la obra: *Le Seigneur pourvoira au succès suivant sa divine volonté et les dessins impénétrables qu'il peut avoir sur son Eglise* (*Journal von und für Deutschland*, 1791, I, 355).

(2) Este reproche junto con las siguientes citas de Möhler, *Kirchengesch.*, III, 295-297.

(3) Cf., por ejemplo, «Fragmente aus und über Pseudo-Isidor» de Möhler en sus «*Gesammelten Schriften und Auffätzen*», I (1839), 348 ss.

(4) De esto dan testimonio las cartas de Hontheim del tiempo de la impresión, publicadas en el *Journal von und für Deutschland*, 1791, I, 354 ss.

(5) Krufft, loco cit., 257. De suerte que este artificio despistó por largo tiempo al mismo nuncio; v. sobre ello más adelante, pág. 105.

(6) *Nullus Febroniano liber exstitit a multo tempore fortunatior*, confiesa el *Antifebronius vindicatus*, I (1771), 3.

se debió precisamente al misterio de su origen. El primer juicio crítico que sobre él apareció con sorprendente prontitud el 26 de septiembre de 1763 (1), habla ya del autor presentándolo como un «muy distinguido miembro de la Iglesia católica romana de Alemania». Mas el general entusiasmo con que fué saludada la obra puso de manifiesto súbitamente toda la callada aversión que contra la curia romana había prendido en las cortes y en los gobiernos, en las universidades y en la publicidad literaria. A los gabinetes políticos servía Febronio con su doctrina acerca de la superioridad del Estado sobre la Iglesia y por sus ataques contra las órdenes religiosas y el monacato. La obra se difundió por muchos países de Europa (2). En España tomó por su cuenta el propio Consejo de Castilla una reimpresión de la obra sufragando él las costas. En Portugal, donde también vió la luz una traducción, fué citada la obra en un edicto real contra los jesuítas, y un obispo que compuso una circular manuscrita contra Febronio pagó en la cárcel su osadía (3). En Francia aparecieron traducciones en 1766 y 1767. También en Venecia vió la luz una edición bajo los auspicios del Senado; la traducción italiana de 1767 fué objeto de un privilegio concedido por treinta años y a ella podía la gente abonarse en todas las sacristías. El duque de Módena desterró del territorio a su bibliotecario, el jesuita Zaccaria, cuando éste publicó en 1767 su *Antifebronio*. Incluso el gobierno austriaco prestó su favor a la obra (4) y en los Países Bajos habsburgueses gozó de la protección de los más altos dignatarios.

Entre los católicos alemanes desencadenó Febronio una ola de literatura hostil al Pontífice, la cual, unida al espíritu dominante de la época, produjo un desvío religioso entre los intelectuales. En el campo teológico nació una escuela canonista de ideología febroniana (5). Pero a la vez se formó también en Alemania y fué robustecida por Italia una importante reacción (6) cuyas publicaciones adquirieron considerable amplitud y vuelo incluso bajo el pontifi-

(1) en el núm. 116 de *Göttingischen Anzeigen von gelehrten Sachen*, II, 937 ss. Sobre las primeras conversaciones cf. Zillich, *Febronius*, 34 s., 37 ss.

(2) Lo siguiente según Krufft, 264 s.

(3) Marx, V, III, n. 1, según una correspondencia del periódico francés de Leiden, 1769.

(4) Cf. más adelante. El «Antifebronius» de Zaccaria fué a parar al índice de libros prohibidos, de Austria; v. Sommervogel, *Bibliothèque*, VIII, 1408.

(5) Cf., por ejemplo, *Hist. Jahrbuch*, XLIV, 233 ss.

(6) Werner, 220 ss.; Scheeben en el *Katholik*, XLVII (1867), I, 166.

cado de Clemente XIII (1). Rompió el fuego el anciano canónigo de San Agustín Eusebio Amort, el cual compuso una obra contra Febronio; aquel mismo año siguió el jesuita de Heidelberg José Kleiner; y el siguiente año de 1765 fué portador de tres refutaciones, debidas a diversos religiosos, así como del juicio condenatorio de la universidad de Colonia. A partir de 1766 terciaron también en la lid otros países católicos, principalmente Italia, por medio del antigalicista Pedro Ballerini y del *Antifebronio* de Zaccaria (2). En los mismos confines de la galicana Francia no fué excesiva la autoridad que adquirió la obra hontheimiana, según el testimonio de la asamblea del Clero de 1775 (3).

Inesperadamente ocurrió que la obra, la cual por cierto se amparaba con el pretexto de servir a los ideales de la unión religiosa, no despertó el menor interés entre los círculos protestantes (4). Como orientación de una nueva unión fué repudiada casi generalmente; en cambio fué saludada como confirmación de los ideales protestantes acerca del pontificado (5). El primer adversario de Febronio fué precisamente un protestante, el profesor de Leipzig Carlos Federico Bahrck. Más tajante fué todavía la repulsa dada por la corriente racionalista (6). Entre los protestantes hubo profundos pensadores que penetraron con perspicaz visión el carácter francamente contradictorio de la obra. Significativo es el juicio de Lessing transmitido por Jacobi: el libro es una descarada adulación a los soberanos, pues todos los argumentos esgrimidos contra las prerrogativas pontificias tendrían mucho más valor lanzados contra los mismos soberanos (7).

(1) Más datos en Mejer, 83 ss.; Gla, Repert. der kath. theol. Literatur, I, 2, 551 ss.

(2) Pesaro, 1767. El prólogo de Zaccaria dedicado al Papa es la antítesis del de Febronio; su disposición de ánimo está admirablemente expresada en su entusiasta conclusión (440 ss.).

(3) Marx, V, 112 s.; Mejer, 104.

(4) Zillich, 43 ss.

(5) En las Nova Acta eruditorum (Leipzig, 1764, I) se dice: Ab ipsis sane Lutheri temporibus nemo extitit, qui in medio quasi coetus Romani gremio contra abominandos illius abusos et vanam pontificis potestatem tam intelligenter, cum tanto lectionis et doctrinae apparatu, tam denique fortiter disputavit. Citado así exactamente por Zaccaria, Antifebronius vindicatus, I, 5, mientras que Krufft (en Mejer, 266) ofrece el comienzo modificado: A plus uno saeculo!

(6) Allg. Deutsche Bibliothek, II, (1766), 176 ss., al comienzo una efígie de Hontheim con «una de sus más temerarias frases de su obra»; el editor Fr. Nicolai le envió copias con un lisonjero escrito adjunto (Marx, V, 116).

(7) Fr. H. Jacobi, Werke, II, 334 ss. Cf. el juicio de Jacobi, ibid., 401 s.

Los esfuerzos realizados por Roma para contrarrestar las perniciosas consecuencias del libro llenan los tres últimos pontificados del siglo. Con anterioridad a la aparición de la obra, el 28 de agosto de 1763, recibió ya el nuncio de Colonia, Lucini, noticias de la impresión que se realizaba en Francfort de una obra escrita por un prelado, la cual contenía duras diatribas contra la Santa Sede. El nuncio cursó inmediatamente la noticia a Roma haciendo notar que para él no había duda de que el autor era el obispo auxiliar de Tréveris, auxiliado quizá por Neller (1). En la feria de San Miguel, pues, fué públicamente divulgado el Febronio (2). El 18 de septiembre remitió Lucini un ejemplar al secretario de Estado del Papa, si bien en tal ocasión abrigaba serias dudas sobre la paternidad de Hontheim: el libro hace casi la impresión, decía, como si procediera de un protestante y en nada responde a la índole del obispo auxiliar de Tréveris. Con todo, la sospecha siguió condensándose notoriamente sobre la persona de Hontheim. Sólo Lucini pensó en un discípulo del canonista wurzburgués Barthel (3) y luego en el benedictino Oberhauser. En una carta del 5 de noviembre habló el nuncio a Hontheim de las sospechas que sobre él recaían y le pidió una retractación. Tal fué la ocasión para que Hontheim negase en los periódicos su paternidad. Lucini y Torrigiani se dieron por satisfechos; volvieron luego a surgir nuevas presunciones sobre la persona del autor y en su búsqueda siguió aún largo tiempo Lucini palpando a tientas en la oscuridad (4).

Por decreto del 27 de febrero de 1764 fué lanzado el libro al Índice de Roma (5). Sin embargo, Clemente XIII no se dió con ello por satisfecho, sino que a mediados de marzo expidió sendos breves a todos los obispos alemanes exhortándoles a declararse enérgicamente contra el libro (6). A todos estos breves los informa un

(1) Lucini a Torrigiani el 28 de agosto de 1763, en Cardauns, *Entdeckung des Verfassers des «Febronius»*, 729.

(2) **Relazione della negoziaz. di Msgr. Oddi* (1764), c. 16, *Nunziat. di Germania*, 721, f. 123, *Archivio segreto pontificio*.

(3) Sobre él v. *Katholik*, LI (1871), I, 543 ss.; *Allg. Deutsche Biographie*, II, 103.

(4) Cardauns, 730 ss.

(5) El decreto fué impreso junto con otros similares el 28 de febrero de 1764 y el 1.º de marzo fijado en público. **Nunziat. di Germania*, 652, loco cit.; *Reusch, Index*, II, 941.

(6) *El 14 de marzo a Tréveris, Wurzburg, Speier, Constanza, Freising; el 15 a Maguncia, Salzburgo, Viena, Colonia; el 17 a Hildesheim, Paderborn, Praga,

mismo espíritu: el ataque era de tal naturaleza que si posible fuera peligraría la Iglesia hasta en sus fundamentos. El Papa aludió al triste destino de aquellas iglesias cuyos prelados se forjaban ilusiones de medros personales en poder y valimiento con la depreciación de la autoridad pontificia. El autor del libro, se lee en dichos breves, ha recopilado todas las acusaciones de los enemigos de la Iglesia y, para no ser menos que ninguno de los que le han precedido, ha puesto de su parte el aglutinante de la insensatez y fatuidad. La obra no servirá, dice, para convertir a los herejes y sí, por cierto, para anegar a los católicos en un mar de confusión, mayormente en una época en que todos los incrédulos son presa de enfurecida cólera contra el obispo de Roma.

Los breves pontificios fueron parte entregados por Oddi, nuncio extraordinario en la dieta electiva de 1764 celebrada en Francfort (1), y parte directamente expedidos; pero no hallaron, ni con mucho, aquella acogida que en Roma se había deseado. Muchos obispos no se resolvieron sino perezosa y tardíamente a transmitir y ejecutar la prohibición. La mayor parte quisieron primero estar a la expectativa hasta que no precedieran con el ejemplo los príncipes electores eclesiásticos, y éstos estaban pendientes de la actitud que se adoptara en Maguncia, que era la diócesis a la cual pertenecía el lugar de la impresión (2). Mas allí se fueron dando largas al asunto con varios pretextos; como que las prohibiciones pontificias eran sin más ciegamente obedecidas en Alemania y que era cosa inusitada el que las diócesis repitieran semejantes prohibiciones (3). El nuncio Oddi tomó entonces por su cuenta al arzobispo de Emmerich José von Breidenbach y le demostró que los principios febronianos eran no sólo ofensivos a la Santa Sede, sino también lesivos a los derechos e intereses de las iglesias alemanas. De este

Ausburgo, Görz, Trento; el 19 a Eichstätt; el 24 a Olmutz. Epist. VI, f. 228 ss., *Archivio segreto pontificio*. Más todavía sobre ello en Nunziat. di Germania, 652, f. 126 ss., ibid.; Bull. Cont., III, 860 s., 879, 887, 895, 933, 1028; Zaccaria, *Antifebronius vindicatus*, I, 27 ss.

(1) Así al arzobispo de Tréveris el 21 de mayo de 1764; v. Weech, 49.

(2) *Relazione della negoziaz. di Msgr. Oddi (1764), Nunziat. di Germania, 721, f. 123, loco cit.

(3) *I Ministri andavano in varie guise eludendo le premure di Monsignore, ora allegando non costumarsi di fare nelle curie ecclesiastiche di quelle contrade simili proibizioni di libri, ora adducendo che le proibizioni di Roma vengono in Germania ciecamente ammesse, nè esservi bisogno di ulteriori pubblicazioni da farsi dagli ordinari. Ibid., f. 124.

modo consiguió de la vicaría general un decreto, fechado el 21 de mayo de 1764, según el cual por precepto del elector había de ser extirpado el libro en toda la diócesis y castigado todo intento de imprimir suplementos o traducciones del mismo. Para los súbditos tanto eclesiásticos como seglares de Francfort debía revestir aún mayor rigor esta prohibición (1). En la archidiócesis de Colonia varios eclesiásticos habían presentado juicios aprobatorios del Febronio, de suerte que el elector quiso examinar primero personalmente la obra. A instancias del nuncio Lucini, el 14 de julio de 1764 se publicó la prohibición (2) y con la misma fecha salió un edicto parecido del arzobispo de Tréveris Juan Felipe von Walderdorf. En la ciudad de Tréveris revestían las dificultades especial importancia, pues nadie osaba proceder contra Hontheim, sobre quien recaían serias sospechas de ser el autor. Por carta del 9 de mayo de 1764 Clemente XIII había demandado al elector nuevas pruebas de sumisión (3) y en su respuesta (4) se reconocía aquél obligado a adoptar medidas contra el condenado libro. Al solicitar informes se presentaron una serie de votos favorables a Febronio (5); a pesar de todo el 14 de julio llegó un decreto con la prohibición de la obra del vicario general de Tréveris y al oficial eclesiástico de Coblenza (6). Como Oddi demostrara que no se daba por satisfecho con el decreto, el 5 de agosto se hizo una nueva redacción. Para entonces ya corría la voz de que se concedía al libro excesiva importancia, que por cierto no tenía, con lo cual se conseguiría un resultado muy distinto del apetecido (7).

(1) Ibid.; Zaccaria, I, 34 s. Cf. *Extractus protoc. archiepiscopalis vicariatus Mogunt. del 21 de mayo de 1764, Nunziat. di Germania 652, loco cit., así como la *carta del vicariato al consejero eclesiástico y al deán Amós del 2 de agosto de 1764, ibid.

(2) *Relazione della negoziaz. di Msgr. Oddi (1764), loco cit., f. 128; el texto de la prohibición en Nunziat. di Germania, 652, ibid. y en Zaccaria, I, 38 ss.

(3) *Epist. VI, f. 277^b, *Archivio segreto pontificio*.

(4) *fecha Ehrenbreitstein 1764 mayo 27, Nunziat. di Germania, 652, ibid.; Zaccaria, II, 35 ss.

(5) *La proibizione nostra merita d'esser ben apprezzata, e se non fosse stato il riflesso di render più meritevole V. Ecc^a appresso la S. Sede, non senza difficoltà saremmo pervenuti a questo passo, essendo stati più consiglieri, tanto ecclesiastici che secolari, d'un contrario sentimento. Carta del oficial arzobispal Radermacher (ciertamente a Oddi), fechada en Ehrenbreitstein, 28 de julio de 1764, Nunziat. di Germania, 652, f. 187, loco cit.

(6) Tanto el primer *texto, sin terminar, como el definitivo, del 14 de julio de 1764, en Nunziat. di Germania, 652, ibid.; el último también en Zaccaria, I, 37 s.

(7) Cf. las *cartas de Radermacher desde Ehrenbreitstein del 31 de julio

El obispo de Bamberg y Wurzburg Adam Federico Seinsheim manifestó también al principio poco entusiasmo por intervenir y trató de excusarse. Oddi lo atribuía al influjo del canonista wurzburgués Barthel, quien acababa de dar acogida en tres publicaciones a conceptos febronianos (1). Como el prelado expresase sólo de palabra su desaprobación le rogó el Papa por un breve del 3 de febrero de 1765 que diera una prohibición pública siguiendo el ejemplo de otros prelados (2). Pasadas algunas semanas salió por fin un decreto en este sentido (3) que Clemente XIII elogió en un breve de acción de gracias (4).

El landgrave José von Hessen-Darmstadt, obispo de Augsburgo, fué al principio entusiasta partidario de Febronio y calificó el libro de útil y necesario para la reconquista de libertades religiosas. Oddi trabajó entonces por hacer cambiar de opinión a los consejeros y visitó al obispo personalmente en su finca (5). Sólo porque entonces fué prohibido un libro jansenista aparecido en Augsburgo con la aprobación del vicario general, pudo lograr Oddi lo mismo para Febronio, el cual incluso defendía a los jansenistas de Utrecht (6).

y 5 de agosto de 1764, loco cit. En la última (f. 190): Però non so se tutte queste proibizioni avranno l'effetto desiderato, specialmente in vista della repugnanza dell'altre corti come quella di Vienna, Virzburgo ecc. Mi sembra che si fa troppo onore al Febronio con metter contro di lui tutto in movimento, e forse sarebbe stata più proficua la semplice condannazione di Roma, come è stato praticato con tanti altri libri, poichè spreta vilescunt.

(1) *Questi nelle tre dissertazioni che ha pubblicate sul concordati di Germania, ha non oscuramente, con qualche riguardo però e risparmio della riputazione della S. Sede, gettati i principali fondamenti delle massime febroniane. Relazione della negoziaz. di Msgr. Oddi (1764), Nunziat. di Germania, 721, f. 129^v, ibid.

(2) Bull. Cont., III, 51 s.

(3) *el 11 de marzo de 1765 para Wurzburg, en Nunziat. di Germania, 652, loco cit.; Zaccaria, II, 44 ss.; el 13 de marzo para Bamberg, ibid., 48 ss.

(4) *del 19 de junio de 1765, Epist. VII, f. 466, loco cit.

(5) Garampi, compañero de Oddi, informa de esto: *Parlai col sigr. Vicaro Generale e mi lamentai che non fosse finora uscita veruna proibizione di Febronio. Mi disse che tanto egli che altri del vicariato fin da molto tempo aveano promossa una tal cosa, ma che il vescovo pareva essere di differente avviso, e mi pregò a fare in modo che il vescovo si resolvesse. Diario e viaggio del card. Garampi per la Germania nel 1764, Miscell. di Garampi 77, y Nunziat. di Germania, 653, loco cit.; copia como Cod. 1117 en el *Archivo general de Carlsruhe*; cf. Weech, 6.

(6) *Relazione della negoziaz. di Msgr. Oddi (1764), Nunziat. di Germania, 721, f. 130, loco cit.; *Prohibición del 7 de octubre de 1764, en Nunziat. di Germania, 625, ibid.; Zaccaria, II, 54 s.

En las diócesis de Freising y Ratisbona, publicó el obispo Clemente Wenceslao de Sajonia la prohibición con fecha 14 de junio de 1764 (1), por lo cual un breve pontificio del 4 de agosto le dió expresivamente las gracias (2). En Passau (3) y en Basilea (4) recordó también el Papa el asunto. De esta suerte fueron condenando con el tiempo sucesivamente la obra de Febronio la mayor parte de las diócesis (5). Como final fué publicada también, en septiembre de 1765, otra condenación de carácter científico dada por la universidad de Colonia (6) a la cual el Papa expresó su gratitud el 19 de octubre (7).

Con todo, las pesquisas por venir en conocimiento del verdadero autor habían llevado a un éxito manifiesto. Como ayudante de Oddi, nombrado nuncio extraordinario para la dieta electiva de Francfort, había enviado el nuncio de Colonia, Lucini, un secretario (8), el cual tuvo la suerte de trabar amistad en Francfort con aquel clérigo bajo cuya salvaguardia se había realizado la impresión del Febronio. Tratábase del canónigo de la catedral de San Bartolomé de Francfort Du Meitz (9). Además del secretario, Oddi tuvo también conocimiento de visu del original manuscrito del Febronio; pero

(1) en **Nunziat. di Germania*, 652, loco cit.; Zaccaria, II, 55 s.

(2) **Epist.* VII, f. 24, loco cit.; Bull. Cont., III, 887 s.

(3) *31 de marzo de 1764, Bull. Cont., III, 895.

(4) 12 de septiembre de 1764, Bull. Cont., III, 895.

(5) Así también en Leiden por carta pastoral del 16 y decreto del 22 de diciembre de 1764, en Constanza el 18 de mayo de 1764, en Praga el 20 de mayo de 1764 (textos en *Nunziat. di Germania*, 652, loco cit., los dos últimos también en Zaccaria, II, 40 ss., 52 s.). El obispo Guillermo Antón de Paderborn escribió a Lucini (*el 17 de marzo de 1768, loco cit.) que en su diócesis era inútil la prohibición porque ¡no había ni protestantes ni taberna literaria! Sobre Viena, donde la censura estaba en mano del gobierno, v. más adelante, pág. 124.

(6) Lucini remitió el 22 de septiembre de 1765 este **Iudicium academicum* (carta y fondo en *Nunziat. di Germania*, 652, loco cit.).

(7) Bull. Cont., III, 1028 s.

(8) Informe de Lucini del 22 de abril de 1764, en Cardauns, 733 s. Que hubo de ser Garampi, como Cardauns admite (735), parece imposible según Dengel (Garampi in Deutschland, 81) y Weech (38); Garampi hubiera informado indudablemente de ello en su **Diario e viaggio del card. Garampi per la Germania nel 1764* (loco cit.), en donde habla de la llegada del funcionario de la nunciatura de Colonia, Gírami, maestro di Camera a Francfort el 21 de febrero para apoyar a Oddi.

(9) **Il canonico Du Meitz, consigliere del pr. di Stavelò e canonico della chiesa imperiale di S. Bartolomeo di Francfort, è quello che da Giustino Febronio è stato incaricato della stampa del suo libro fattasi qui dall'Esslinger. Non è stato possibile il trargli di bocca il vero nome dell'autore, se non che ha detto una volta per incidenza che è un vescovo* (*Diario e viaggio del card. Garampi per la Germania nel 1764*, Miscell. di Garampi, 77, *Archivio segreto pontificio*).

fué imposible por largo tiempo sonsacar al canónigo el nombre del autor; sólo se dedujo que se trataba de un prelado alemán. Con todo, Du Meitz acabó por descubrir el velo del enigma. El secretario de la nunciatura hizo como si no lo creyera hasta que el canónigo le mostró cartas de Hontheim referentes a la impresión. Aunque no consiguió hacerse con ejemplares de dichas cartas, en lo sucesivo sí que entregó Du Meitz hojas manuscritas que contenían adiciones para la segunda edición entonces precisamente en prensa, como también una presunta carta de Krufft dirigida a Febronio (1). Lucini y Oddi informaron del caso a Roma inmediatamente (2). Con todo, oficialmente no se quiso dar fe todavía durante largo tiempo a la participación de Hontheim (3).

La curia romana había conseguido con esto pruebas fehacientes del verdadero autor de la obra condenada, pero no teniendo en las manos los propios documentos atestatorios, era difícil tomar una determinación inmediata contra él (4). Du Meitz creyó lo mejor callarse (5) y Oddi mismo no pudo conseguir de los electorados más que explicaciones vagas en orden al descubrimiento del autor. Hont-

(1) *J'ai enfin attrappé une feuille des augmentations que l'on fait a Fébronius, y lo envío en el original (Du Meitz a Oddi el 4 de junio de 1764); *voici encore un échantillon des additions faites à Fébronius (el 21 de junio de 1764); *remito documentos importantes: l'un est d'une lettre écrite à Msgr. de Hontheim, comme je suppose avec raison, par Krufft, et que celui-ci a communiqué à son libraire, le sollicitant en conséquence de pousser la nouvelle édition avec toute la ferveur possible; l'autre est l'ordre que S. A. E. de Mayence a envoyé à notre chapitre (el 15 de agosto de 1764). Nunziat. di Germania, 652, loco cit. Cf. *Relazione della negoziaz. di Msgr. Oddi (1764) (Nunziat. di Germania, 721, f. 133^b, ibid.): Oddi è riuscito di avere in mano non solo gli attestati di chi ha veduto l'originale manoscritto dell'opera, ma eziandio alcuni fogli originali di giunte fatte dell'autore per la nuova ristampa.

(2) Véanse las cartas de Lucini del 22 de abril y 30 de junio; y la de Oddi del 31 de mayo de 1764 a Torrighiani, en Cardauns, 733-737.

(3) Así Radermacher en su *carta del 15 de agosto de 1764: Dal suo [scil. di Hontheim] discorso non averei potuto inferire d'esser lui istesso autore, più tosto io dovrei giudicar il contrario. Nunziat. di Germania, 652, f. 195, loco cit.

(4) Cardauns, 736.

(5) Las cartas anunciadas (publicadas en el Journal von und für Deutschland, 1791, 354 s.) y el manuscrito original del «Febronio» los dió Du Meitz, el mes de septiembre de 1778, en posesión a un sabio protestante de Heidelberg (según Mejer, 57, al consejero eclesiástico Wieg; cf. el prólogo de dicha publicación de las cartas). La realidad del descubrimiento hecho por Oddi lo dió a la publicidad más adelante el propio Hontheim; v. Walch, Neueste Kirchengesch., I (1774), 155. A Krufft (en Mejer, 224, 266) se debió una nueva interpretación que Cardauns fué el primero en refutar (738).

heim siguió aún más de un año victorioso respecto a su inmunidad (1).

La primera edición del Febronio había constituido un verdadero éxito editorial. Al siguiente año de 1764 aparecía ya una traducción alemana y en 1765 veía la luz la segunda edición latina de la obra (2). El texto estaba aumentado en un tercio; luego seguían ciento cincuenta páginas de apéndices que contenían discusiones sostenidas con los críticos más eminentes. Hontheim hace de nuevo profesión de fe católica, pero con redoblada furia arremete contra el método hasta entonces tradicional en la enseñanza de la teología y de los cánones y contra el influjo de la Compañía de Jesús. Sólo en contados pasajes de la obra se suaviza la frase, en muchísimos en cambio es aún más tajante.

Con creciente anhelo seguía el ya animoso autor el éxito cada vez más pujante de su engendro; todo conato de Roma por influir en él hubiera resultado estéril. Sobre todo le favorecía la protección que le dispensaba su abúlico señor el elector de Tréveris (3). Lo mismo cabe decir del sucesor Juan Felipe Walderdorf y del príncipe de Sajonia y Polonia Clemente Wenceslao, elegido el 10 de febrero de 1768. Emparentado éste, como nieto del emperador José I, con altas dinastías de soberanos, había sido preconizado obispo de Freising y Ratisbona en el mes de abril de 1763 sin estar ordenado in sacris (4). Pasados algunos años de vida más cortesana que de preparación espiritual, se hizo consagrar obispo el 10 de agosto de 1766. Poseía ya un breve que le facultaba su elección para coadjutor episcopal de Tréveris, cuando falleció el elector de allí y merced a la poderosa intercesión de la emperatriz María Teresa, fué

(1) Así en Walch, loco cit.

(2) Woker, Hontheim und die röm. Kurie, II. Acerca de sus discusiones v. Zillich, 35. En septiembre de 1764 *informa Garampi: E anche stato tradotto il libro in tedesco, e nella traduzione si è anche peggiorato il testo dell'autore (Diario e viaggio del card. Garampi per la Germania nel 1764, Miscell. di Garampi, 77, loco cit.

(3) Sobre su gobierno cf. el informe del embajador imperial en Maguncia del 17 de diciembre de 1765; v. Brunner, Humor, II, 422 ss.

(4) Los documentos de sus pretensiones en Brunner, ibid., I, 113 ss., II, 331 ss., 424, 426, 428 (II, 386 s. y 396 ss. se le han atribuido erróneamente). Cf. Dengel, Garampi, 34; F. Schröder, Wie wurde Klemens Wenzeslaus Erzbischof von Trier?, en el Hist. Jahrb., XXX, 24 ss.; Allg. Deutsche Biographie, IV, 309 ss.; Katholik, LI (1871), 2, 29 ss. Acerca de sus dogmas de gobierno iluministas informa Schüller, Aufklärung und geistl. Behörden im Erzstift Trier, en Trierische Heimat, IV (1928), 106 s., 117 ss.

designado para sucederle en 1768. En agosto de aquel mismo año ocupó también la sede de Augsburgo, por lo cual hubo de renunciar a Ratisbona y Freising. Más tarde recibió además la pavorda mitrada de Ellwangen.

Un príncipe eclesiástico que de tal suerte se había beneficiado del favor de Roma para conseguir una brillante posición, hubiera debido, por consideración a ello, dispensar menos protección al ya descubierto autor del Febronio de la que en realidad Clemente Wenceslao le otorgó. Hontheim no sólo fué confirmado en el cargo que disfrutaba de vicario general *in spiritualibus*, sino que fué iniciado en los asuntos especiales de gobierno en calidad de consejero privado de Estado y conferencia, y hasta le fué confiada la reglamentación de las relaciones con la curia romana y la nunciatura de Colonia (1). En Roma se disgustaron de ello naturalmente; pero el nuevo obispo se disculpó dando por razón de sus medidas el haber llegado él como verdadero novicio a aquella enmarañada diócesis y la necesidad perentoria que sentía de la ayuda de un experimentado obispo auxiliar. Además daba toda suerte de promesas de que bajo su dirección no se irrogaría el menor perjuicio ni menoscabo a los derechos de la Santa Sede y además que Hontheim no reconocía la paternidad del Febronio que se le imputaba (2).

Con esta carta del elector se cruzaba ya una segunda queja de Roma (3), la cual sin embargo era infundada. En la nueva contestación del arzobispo (4), la cual estaba calcada en una minuta de Hontheim, se volvía a insistir en que el obispo auxiliar había rebatido públicamente en los periódicos todos los rumores y que en el cumplimiento de su cargo jamás había llevado a la práctica de palabra o por obra los principios febronianos. A esta respuesta evasiva y desviada de intento siguió una réplica de Roma decisiva y enérgica. El cardenal Albani escribía (5) que la defensa de Hontheim hecha por el arzobispo podía ser en general convincente, «dado el vigor y la perfección con que estaba redactada, pero habiendo aseverado y asegurando el Padre Santo que él personalmente tenía a Hontheim por autor del pernicioso libro, según pruebas irrefutables».

(1) Mejer, 66 ss.

(2) Carta del 26 de marzo de 1768, *ibid.*, 67.

(3) del 30 de marzo de 1768.

(4) del 14 de abril de 1768, en Mejer, 68 s.

(5) con fecha 4 de mayo de 1768, *ibid.*, 69 ss., 297 s.

no osaba oponerse a juicio tan preciso. No restaban más que dos caminos para tranquilizar al Pontífice: o no servirse de Hontheim sino en las funciones más imprescindibles o conseguir de él una declaración por escrito en el sentido de que ni era el autor de la obra, ni comulgaba con la doctrina en ella sustentada. Esto último no podía resultar muy difícil, ya que el obispo auxiliar tenía hechas declaraciones parecidas en la prensa pública.

El elector de Tréveris, puesto en angustioso aprieto por esta carta, prefirió echar por el primero de los dos caminos y respondió (1) que al llegar la carta de Roma había partido ya el obispo auxiliar hacia Tréveris, su residencia oficial, y no podía en consecuencia inducirle a que diese el paso deseado por Albani; pero que ciertamente no le volvería a llamar a su corte sino por motivos de índole pontifical o al menos imprescindibles.

En el otoño de aquel mismo año hubo entre Hontheim y el nuevo nuncio de Colonia, Caprara, una discusión sobre el Febronio (2). Como el nuncio anunciase una visita a la corte del elector de Tréveris, en Coblenza, para fines de octubre, le fué enviado al encuentro el obispo auxiliar con un coche de palacio a Andernach, desde donde hicieron el viaje en compañía hasta Schönbornslust. Aprovechando la ocasión inició el nuncio un diálogo, con el mayor comedimiento y cautela, sobre el libro cuyo inconveniente influjo sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado hizo resaltar, aun cuando no negaba la necesidad de reformar algunos extremos. Hontheim atribuyó la fama adquirida por el libro principalmente a la importancia que en Roma le concedieran, y por lo demás se puso de parte de los gobiernos, respecto de los cuales se quejaba el nuncio por sus excesivas exigencias. Finalmente le propuso Caprara que interpretase algunos pasajes especialmente escandalosos del libro. Del informe de Hontheim acerca del diálogo no se puede deducir si Caprara le habló francamente como a autor; mas la respuesta de Hontheim sí deja traslucir esta impresión: si se trata de una retractación, esto es imposible para un hombre honorable que ha procedido con los mejores propósitos, además de ser ello vano e inútil intento, como

(1) De las dos disposiciones (ibid., 299 ss.) fué elegida la primera, la única que lleva la fecha 22 de mayo de 1768.

(2) Cf. sobre ello Mejer, 73 ss. y el informe de Hontheim redactado aquella misma tarde, en los papeles de Krufft, ibid., 268 ss.; además Schnütgen, *Ein Kölner Nuntius*, 752 s.

las declaraciones de la asamblea del clero francés de 1682 lo demostraban. Con todo, si se trataba exclusivamente de una explicación, entonces no había más que indicar los puntos concernientes. En este punto se cortó el diálogo. El nuncio siguió en lo sucesivo sosteniendo excelentes relaciones con el obispo auxiliar de Tréveris (1).

De esta suerte, las medidas de Roma por dominar de algún modo la influencia del Febronio quedaron limitadas por entonces a obtener prohibiciones en los países alemanes y no alemanes (2) y a fomentar por otra parte todo lo posible una literatura opuesta (3).

IV

Durante los anteriores pontificados se habían reducido las tirantezas entre Roma y la casa imperial alemana principalmente a nuevas desavenencias políticas. Al presente, empero, durante las postrimerías del reinado de María Teresa se abrió cauce un cambio radical en las normas imperiales de gobierno, ahora franca y lisa-mente en armonía con el irreligioso espíritu de la época (4). Es cierto que la emperatriz era sinceramente piadosa en el sentido estricto de la Iglesia y que anteriormente había sido con frecuencia el freno de las exigencias del nuevo espíritu (5). Y sin embargo,

(1) Schnütgen, 752.

(2) Sobre una prohibición de la Inquisición española v. *Cifre al Pallavicino de 9 de julio del 1767 y *al Lucini del 7 y 28 de enero de 1768, Nunziat. di Spagna, 433, *Archivo secreto pontificio*.

(3) Relación de los adversarios literarios de Febronio en Woker, loco cit., 18 s.; v. también Stümper, Kirchenrechtl. Ideen, 157. *Breves pontificios laudatorios, por ejemplo, a Jos. Ant. Bandel del 8 de diciembre de 1764, en Nunziat. di Germania, 652, loco cit., a Sangallo del 5 de noviembre de 1766, en Epist. IX, f. 117, ibid. Sobre una moción pontificia al nuncio Caprara para que Kaufmanns (cierto clérigo de Colonia) prosiguiera su refutación, v. *Cifra al Lucini del 7 de enero de 1768, Nunziat. di Spagna, 433, ibid. Sobre Kaufmanns escribió Wes-selmann, Kempen, 1881; cf. Annalen des Hist. Vereins für den Niederrhein, XLIII (1885), 210.

(4) Cf. Albert Jäger, Das Eindringen des modernen kirchenfeindlichen Zeitgeistes in Oesterreich unter Karl VI. und Maria Theresia, en la Zeitschrift f. kathol. Theologie, II (1878), 253 ss. 417 ss.; W. Deinhardt, Der Jansenismus in deutschen Landen, Munich, 1929.

(5) Hasta qué grado confiara el Pontífice en su religiosidad y le demandara su intervención en los otros Estados en los asuntos políticoreligiosos, lo demuestra, por ejemplo, un *Breve di proprio pugno a ella dirigido el 29 de junio de 1768: «Si su piedad, la primera de todas las virtudes con que Dios embelleció vuestra alma, no nos diera la confianza de que consideraréis los pesares del supre-

sin ella pretenderlo, colocó la piedra fundamental de lo que más tarde, muerto su hijo y sucesor, se llamó josefismo, debido en su máxima parte sólo a la ilimitada confianza con que otorgó cargos importantes a individuos cuyos designios políticorreligiosos se encaminaban a la secularización de la escuela y de la enseñanza, a la disminución de los privilegios clericales y a la tolerancia de todas las ideologías.

No cabe dudar de que los países austríacos necesitaban entonces una reforma adaptada a las necesidades de la época; pero no se había percatado debidamente la emperatriz de que las propuestas hechas en este respecto estaban inspiradas en la *Aufklärung* francesa y norteaalemana, como tampoco se había dado cuenta exacta de las consecuencias que un movimiento de esta índole pudiera acarrear. Ciertas corrientes episcopalianas habían encontrado eco en la Alemania católica ya durante los reinados de José I y Carlos VI (1); sin embargo, hasta que no apareció la demoledora obra de Hont-heim no adquirieron carácter constructivo (2). A deducir realidades de tales proyectos iban en último término encaminadas las paulatinas transformaciones que iniciadas ya durante el pontificado de Benedicto XIV, determinaron, reinando Clemente XIII, cada vez más la política imperial.

Caudillo de la política austríaca de esta época fué el conde Kaunitz (3), hombre en quien, a pesar de los antagonismos de su mo jerarca de la Iglesia como vuestros propios, no acudiríamos a Vos con nuestras quejas, de acuerdo con tantos hijos en que sois la primera protectora de la Iglesia. Y estamos seguros de que V. Majestad, superior a todas las razones de Estado que seducen a los soberanos, ve con pesar la expoliación del santuario. A Vos, que sois el consuelo de nuestra vejez, os suplicamos que consigáis la tan necesaria paz para la religión, al tiempo que nuestra Iglesia ruega por vuestro reino. Es nuestro deber amonestaros; sólo porque lo cumplimos se nos combate. Dejamos nuestra defensa plenamente en las manos de Dios y en las de V. Majestad, con las cuales están aliados incluso los soberanos que se nos presentan como adversarios. Recabad de éstos, que siguen los falsos consejos, paz para la Iglesia y para sus súbditos. Nada podrá resistir al poder de vuestras raras virtudes, la paz será siempre vuestra». Epist. XI, f. 53^b. Ibid., 57-63, también una carta semejante de confirmación a José II. *Archivo secreto pontificio*.

(1) Cf. Vigener, Gallikanismus, 27 ss. Sobre el litigio en torno a las facultades quinquenales v. Leo Mergentheim, Die Quinquennalfakultäten pro foro externo (Stutz, Kirchenrechtl. Abh. 52-55), 1908; además, Ign. Beidtel, 32, y Jäger, loco cit., 261-273.

(2) Cf. anteriormente, pág. 94 ss.

(3) Georg Kuntzel, Fürst Kaunitz-Rittberg als Staatsmann, Francfort del Meno, 1923, 2 ss. Allg. Deutsche Biographie, XV, 487 ss.; Brunner, Humor, II, 164 ss.; además, las dos obras de Arneth sobre María Teresa.

ideologías, había depositado María Teresa su mayor aprecio y confianza. Sexto hijo de los dieciséis de una familia condal de Moravia, había sido destinado en un principio al estado eclesiástico, pero no tardó en emprender otros caminos estudiando derecho en Viena, Leipzig y Leiden y realizando largos viajes de estudio por Inglaterra, Francia e Italia. A los veinticuatro años fué nombrado consejero de la corte imperial y a partir de 1741 se ocupó en asuntos diplomáticos. A instancias de la emperatriz se encargó en 1753 de la dirección de los asuntos de Estado y fué el iniciador de la política aliada con Francia (1). Las obras de Voltaire le habían trocado en un liberal incrédulo (2), aun cuando, en vista del rigor maternal de su soberana, no dejaba de presentarle el día de jueves santo la cédula de confesión. La misma parroquia de su ciudad natal, la más tarde tan famosa Austerlitz, es fundación suya y en ella tuvo, lo mismo que su familia, el lugar de su última morada. Sus principios políticoreligiosos los encontró expresados en la obra de Febronio.

Mucho más avanzado en las ideas progresistas fué Gerhard van Swieten (3), que también ejerció muy poderoso influjo en la política cultural de Austria. Vástago de una familia católica de Holanda, estudió filosofía en Lovaina, medicina en Leiden y fué médico de la hermana de María Teresa, y muerta aquélla fué llamado de Bruselas a Viena, en 1745, por recomendación del conde Kaunitz. Allí ejerció los cargos de médico de cabecera de la familia imperial, de prefecto de la biblioteca de la corte y de profesor de medicina en la universidad, lo cual, por cierto, más que a sus conocimientos lo debió a la favorable impresión que su persona produjo en la emperatriz. María Teresa tuvo siempre por ejemplarmente piadoso a Van Swieten (4), quien por ser católico había sido excluido de suceder a su profesor y maestro Boerhaave en Leiden (5); pero no se dió cuenta de que su catolicismo holandés estaba profundamente infiltrado de jansenismo. Así se comprende la lucha sin cuartel que,

(1) V. la página 515 de nuestro volumen XXXV.

(2) Küntzel, loco cit., 57.

(3) Allg. Deutsche Biographie, XXXVII, 265 ss.; Arneth, Maria Theresia, III, 165 ss.; R. Kink, Gesch. der Universität Wien, I, 1, 442 ss.; Beidtel, 39; Jäger, 278 ss. 285 ss.; Wurzbach, XLI, 37 ss.

(4) Cf. su carta a la emperatriz del 17 de enero de 1749, Kink, loco cit., I, 1, 442.

(5) En el protocolo de la remoción del cargo escribió la emperatriz de propia mano que su celo y ejemplo en la religión eran tan puros como su fidelidad a su persona y familia. Arneth, IX, 168.

principalmente en la cátedra y en la censura de libros, sostuvo inexorable y con éxito contra la Compañía de Jesús (1).

A la cabeza de la iglesia de Viena estuvo primeramente el arzobispo Trautson (2). Por una carta pastoral de 1752 adquirió fama, sin ningún fundamento, de peligroso partidario de la Aufklärung; mas lo que él en aquélla pretendía estaba en perfecta consonancia con el claro sentir de la Iglesia. A su muerte le siguió el arzobispo Migazzi (3), quien en 1761 fué admitido en el sacro colegio. Su actuación en pro de la defensa de los principios y prerrogativas de la Iglesia le trocó en rival de Van Swieten, y como en su puesto de defensor se encontrara solo con suma frecuencia, se vió constreñido, sin pretenderlo, a adoptar el papel de querellante perpetuo. Tan angustiosa era para él esta posición como escaso fué con el tiempo su éxito. Cuán lejos estuviera de ser un carácter nacido para batallar lo indica su principio de «ser el primero a los pies de su majestad» (4). Es cierto que por las buenas disuadió a la emperatriz de arrogarse derechos que no le correspondían; mas frente a las fuerzas impulsivas y arrolladoras de sus adversarios se acreditó de incapaz para resistir.

La actividad novadora de Van Swieten en la vida religiosa de Viena se inició con medidas realmente meritorias, aunque no intachables en la forma, introducidas en la facultad de medicina (5), y que con el tiempo se fueron extendiendo también a toda la universidad. Con ellas se proponía él principalmente romper la estrecha relación que existía entre la universidad y los círculos eclesiásticos, especialmente con los jesuitas (6). Estos últimos disfrutaban del libre derecho de provisión sobre una serie de cátedras, derecho que les estaba legalmente reconocido a partir de 1623 (7). Al ser promulgada el 25 de junio de 1752 (8) una nueva reforma de estudios fué respetada casi en absoluto la posición privilegiada de la Orden. Los cargos recién creados de director de las facultades de Filosofía

(1) Cf. Kink, I, 1, 489, nota 643.

(2) Cf. Freib. Kirchenlex., XI, 2017 ss.

(3) Además de los estudios de Wolfgruber, v. Wurzbach, XVIII, 244 ss.

(4) Cf. Wolfgruber, Migazzi, 345.

(5) Kink, I, 1, 445 s.; Jäger, 287.

(6) Duhr, Gesch., IV, 2, 34 ss.

(7) Kink, I, 1, 357 ss.; Jäger, 294 s.

(8) El plan de estudios teológicos en lo esencial en H. Zschokke, Die theol. Studien und Anstalten der katholischen Kirche in Oesterreich (1894), 13 ss. Cf. Beidtel, 39, 264 s.

y Teología fueron provistos en dos competentes jesuitas, De Biel y José Franz. La alta dirección de las facultades debía estar a cargo de un protector de estudios, cargo para el cual fué designado el arzobispo Trautson. En lo sucesivo asestó Swieten sus incesantes ataques contra esta disposición y no se detenía ante injusticia alguna con tal de desacreditar a los padres ante la emperatriz (1). Aquel mismo decenio, y para satisfacción suya, fueron privados los jesuitas de los cargos directivos en la universidad; el rector abandonó en 1757 el consistorio de la universidad, que acababa de ser transformado (2); en 1759, tras la presión realizada durante años enteros por Swieten, fueron sustituidos los jesuitas, que desempeñaban el cargo de director de ambas facultades, por sacerdotes seculares de índole muy distinta, como eran los canónigos Stock y Simon (3). Al mismo tiempo, por decreto imperial del 10 de septiembre de 1759, se concedía al arzobispo el derecho de presentación para el cargo de director de la facultad de Teología y para las cátedras de la misma disciplina expresamente en favor de no jesuitas y sacerdotes seculares (4). Con ello quedaba el derecho de provisión de los jesuitas restringido a un simple derecho de colaboración, con el compromiso de no remover de sus cargos por largo tiempo a los profesores de la Orden ya nombrados; si bien a los agustinos y dominicos les estaría permitido exponer con el mismo derecho y simultáneamente sus doctrinas. El jesuita que regentaba la cátedra de Derecho canónico abandonó también el consistorio (5).

El influjo de los jesuitas sufrió además otro gran retroceso. Poco a poco fueron perdiendo los habituales cargos de confesores de la corte (6), y si no fueron excluidos de la enseñanza media y superior se debió únicamente a la carencia de otros profesores aptos. Al morir en 1757 Trautson quedó, por cierto, vacante el cargo de protector de estudios; mas con este motivo fué creada tres años más tarde una especial comisión áulica de estudios para la dirección de toda la enseñanza en los países hereditarios (7). A pesar de que los jesuitas tenían en sus manos en parte muy principal la enseñanza

(1) Kink, I, 1, 490, n. 644.

(2) Ibid., 487 ss.; Wolfgruber, Migazzl, 294.

(3) Beidtel, 40.

(4) Ibid., 267 ss.; Zschokke, 27 s.

(5) Kink, I, 1, 492.

(6) Beidtel, 40; Duhr, Gesch., IV, 2, 438.

(7) Jäger, 300 s.

superior, no fueron llamados a formar parte de ella. Ocupó la presidencia el arzobispo Migazzi, pero Van Swieten, como vicepresidente, fué de hecho el verdadero jefe de la nueva comisión. Hasta qué grado llegara el espíritu antijesuitico de esta comisión, excepción hecha del arzobispo, se deduce claramente de un rescripto de la emperatriz contestando en términos sedantes a una carta colectiva de acusación, redactada por Stock (1) contra la Orden: en asuntos religiosos y doctrinales, dice, hay que dar de mano con gran empeño a toda nerviosidad y evitar además cuanto tenga aunque sólo sea una sombra de persecución contra los jesuitas (2). En realidad las cosas venían evolucionando fundamentalmente hacía ya mucho tiempo, y Van Swieten aguardaba, como atestigua uno de sus amigos, con impaciente patriotismo, la completa supresión de la Orden (3).

La política universitaria de Viena, tal como Swieten la orientó (4), aspiraba a la absoluta nacionalización de la universidad. Debía desaparecer su autonomía y los profesores habían de ser nombrados con el exclusivo carácter de maestros oficiales de la ciencia. A partir de 1750 era ya visitada la misma universidad por una comisión con carácter de inspectora superior de todos los establecimientos de fundación incluso de la universidad (5), y en 1753

(1) Sobre la relación de Stock con el jansenismo y la penetración del último en Austria v. *Hist.-polit. Blätter*, LXXXVI, 720.

(2) *Kink*, I, 1, 495.

(3) *Ibid.*, 501 ss.

(4) Sobre la universidad de Lovaina cf. *Analectes pour servir à l'hist. ecclés. de la Belgique*, XXIX (1901), 300. En Roma se temían en 1767 reformas en la universidad de Flandes motivadas por el profesor de Viena P. Gazzaniga, el cual hizo un viaje a dicho punto; v. *Chiffre al abate Sozzifanti de Paris del 20 de mayo de 1767: *Siccome però [il P. Gazzaniga Domenicano] ha avuto varie segrete conferenze colla Imperatrice Regina, così siamo entrati in sospetto che egli sia spedito in Fiandra per fare ivi qualche riforma di studi coerente ai piani di Vienna. Siccome però noi, quanto siamo contenti delle dottrine presenti dell' Università di Lovania, altrettanto siamo amareggiati dalle perniciose innovazioni che sonosi fatte in altri Stati austriaci a suggestione del medico Vanswieten, che presso l'Imperatrice Regina ha credito etiam di teologo e canonista, così ci conviene di stare guardinghi, acciò le stesse innovazioni non vadano a corrompere anche le Fiandre, dove è pienamente accettata e propugnata la Bolla Unigenitus (Nunziat. di Francia, 455, f. 84^v, *Archivio segreto pontificio*). La *Chiffre del 9 de septiembre de 1767 (*ibid.*, f. 97) al mismo participa que Gazzaniga no quiso establecer en Lovaina su plan de estudios, pero que era de temer que lo intentara en Viena; además, él estaba en el punto de vista de que ni siquiera las bulas dogmáticas podían ser cumplidas sin autorización del gobierno.*

(5) *Kink*, I, 1, 457, n. 593.

fueron incorporados los bienes de las universidades a la hacienda pública. Al mismo tiempo se dispuso un régimen de favor a las universidades del Estado frente a las de las Órdenes, ya que según el tenor del real decreto del 31 de octubre, los beneficios nacionales sólo podían ser otorgados a aquellos teólogos que hubieran frecuentado una universidad nacional o al menos hubieran demostrado satisfactoriamente su capacidad ante examinadores extraordinarios (1). Además, el arzobispo Migazzi, quien desde 1760 presidía la comisión áulica de estudios, no tardó mucho en ser reemplazado por el barón Kresel.

En estos forcejeos por llegar a una nacionalización de la enseñanza superior, debió ponerse especial atención en la colación de aquella disciplina que, como ninguna otra, era apropiada para cimentar científicamente las nuevas orientaciones y normas políticorreligiosas y para intervenir en la creciente burocracia: el Derecho canónico. Esta cátedra de la facultad de Derecho de Viena fué confiada, con crecido sueldo, en 1753 a Paul Joseph Riegger (2). Profesor en Insbruck desde 1733, enseñó luego en Viena en la Academia militar Teresiana para nobles, fundada en 1749 por la emperatriz, y fué tenido por el hombre adecuado para los nuevos dogmas del gobierno. Hasta 1773 desempeñó su cargo docente en la universidad. Riegger no llega a ser un canonista de la *Aufklärung* en el sentido estricto de un Eybel o de un Hontheim, puesto que admite aun el derecho que asiste al Papa de aprobar las decisiones conciliares y la infalibilidad de las decisiones pontificias en cuestiones de fe y costumbres. Sin embargo, las ideas antiguas y modernas se entreveran en sus disertaciones sobre la soberanía de la Iglesia y del Estado. Sigue el Derecho natural de Cristian Wolf al pretender un Derecho canónico natural. De esta suerte, de los principios naturales pasa a deducir un derecho de soberanía del Estado sobre las personas y bienes de la Iglesia en todos los asuntos temporales y declara justo el placet de los príncipes para las leyes eclesiásticas y la apelación al Estado por motivo de abusos. Del derecho medieval de las curadurías eclesiásticas deduce Riegger una serie de ulteriores poderes canónicos,

(1) Beidtel, 265 s.; Jäger, 283.

(2) Sobre él Hurter, V^o, 511 s.; Karl Werner, *Geschichte der kath. Theologie*, 214 ss.; Joh. Fr. v. Schulte, *Gesch. der Quellen und Literatur des kanon. Rechts*, III, 1, 288 ss.; el mismo en *Allg. Deutschen Biogr.*, XXVIII, 551 ss.; Wurzbach, XXXV, 129 ss.; Arneth, IX, 184 ss.; Stintzing-Landsber, *Gesch. der Rechtswissenschaft*, III, 361 s.; Jäger, 419 s.

que corresponden al Estado, como el de combatir la herejía y el cisma, vigilar por la disciplina eclesiástica y prohibir libros perniciosos.

A pesar de las múltiples quejas de parte de los obispos, mostrábase satisfecha la emperatriz de tales interpretaciones. El manual de Riegger siguió siendo la pauta para la enseñanza universitaria, sólo que Simon Ambros Stock, director de la facultad de Teología al ser retirado De Biel, hubo de reunir una serie de tesis que fué preciso excluir por causa de los altercados que con demasiada facilidad surgían en los exámenes y disputaciones (1). Riegger no sólo fué elevado por la emperatriz al noble estado de caballero, sino también promovido aún más en su valimiento, puesto que al ser suprimida en 1767 en la facultad de Teología la cátedra de Derecho canónico que regentaba un jesuita, se impuso a todos los teólogos la obligación de asistir a las explicaciones de Riegger. Con esto quedaba además exteriormente incorporada la canonística a los dominios civiles del derecho público. El arzobispo, que al tomarse esta resolución estaba ausente de la comisión áulica de estudios, no alzó, al parecer, protesta alguna. Esto es tanto más de maravillar si se considera que dicha propuesta está basada en el manifiesto reproche de que «de ningún religioso, y mucho menos de un jesuita, se podía esperar jamás una laudable enseñanza del derecho canónico para el Estado» (2).

El otro reducto que para la transformación religiosa de Austria supo conquistar Van Swieten fué la censura de los libros (3). Además de la eclesiástica, la cual incumbía al arzobispo de Viena, en 1753 fueron también sometidos todos los escritos religiosos y teológicos a otra censura oficial; incluso «oraciones, cánticos u otras menudencias», necesitaban, según el tenor del decreto áulico del 1.º de abril, de la aprobación oficial y del permiso por escrito de la comisión de censura de libros (4). Al año siguiente fué establecida también para

(1) Jäger, 420 s.

(2) Kink, I, 1, 501, n. 662.

(3) Arneht, *Regierungszeit*, III, 159 ss.; Fournier, *Van Swieten als Zensor*, in *den Wiener Sikungsber.*, LXXXIV.

(4) Beidtel, 265. Un *breve pontificio a María Teresa del 6 de febrero de 1768, protesta con ocasión de las dificultades surgidas por causa de la censura en Milán, contra tal intromisión del Estado: «La más profunda de todas nuestras preocupaciones es al presente la inundación deterrimorum librorum, qua Europam inundavit impietas. Todo es de temer por la religión. Una franca

las tesis y disertaciones teológicas, incluso del clero regular, una aprobación del protector de estudios nombrado por el Estado y de la comisión de Estudios, aprobación que a las pocas semanas se hizo extensiva a toda la literatura teológica, jurídica, canónica y filosófica que dentro del territorio o en el extranjero había aparecido sin censura (1). De hecho no reportó esta medida defensa alguna contra las influencias antirreligiosas, sino que por el contrario trajo como consecuencia una inundación de obras protestantes e imbuídas de la *Aufklärung*.

Los esfuerzos de Swieten tendían también en este respecto a la total extirpación del influjo jesuítico (2). De esta suerte consiguió ya a principios del año cincuenta, mediante reformas en lo referente a la censura, despojar a los sacerdotes de la Orden de la inspección sobre las publicaciones filosóficas proponiendo a la emperatriz para dicha función su propia persona, y por cierto con éxito. Entonces hubo de trabajar en la comisión de revisión en compañía de algunos padres a los cuales todavía quedaba la censura eclesiástica sobre los libros teológicos y el derecho de colaboración en otras obras. Con esta ocasión ocurrió en 1752 un choque digno de ser consignado, al cual dió pie la condenación del «Espíritu de las leyes» de Montes-

guerra se enfurece contra ella. En diciembre de 1766 hemos ordenado a todos los obispos que alejasen de sus diócesis tales libros. Muchos lo hacen con gran obediencia. Nos alegramos también de que tú te hayas entusiasmado por nuestra carta a la resistencia contra el mal en tu país, pero tememos que el camino indicado no responda a los designios. El pasado año te avisamos por medio del nuncio Borromei por causa de la censura en Milán, pero nada conseguimos. Por amor de la salvación de las almas te notificamos nuestra opinión sobre el nuevo procedimiento: Es el mayor perjuicio para la religión y para el bien público en Milán, si los diputados reales resuelven en el asunto principal de la censura, y dan juicios definitivos entre seglares cuando escriben contra la religión, la moral y la fe. De esta suerte se le arrebató a la Iglesia la libertad de custodiar el depositum fidei. Si la Iglesia se ve privada de la censura, puede seguirse la más terrible derrota para la fe. Los dos diputados no bastan, puesto que los diputados seglares, en caso de diversidad de opinión, permiten una obra escandalosa, dando origen a discordias entre el sacerdocio y el imperio. Por esta razón hay que llevar a la práctica en Milán las decisiones de los concilios de Letrán y de Trento, las cuales encareció el nuncio en los sínodos provinciales. Nada mejor te resta, que amparar aquellas prescripciones. Toda reforma es peligrosa, por lo cual no des cabida a innovación alguna y adquirirás méritos para contigo y para con la Iglesia.» (Epist. X, f. 207, *Archivio segreto pontificio*.) Cf. asimismo, respecto a la censura teológica de libros ejercida por seglares, el breve del 31 de enero de 1767 a María Teresa, Bull. Cont., III, 1129 ss.

(1) Kink, I, 1, 457, n. 593; 462, n. 599; Beidtel, 39, 266 s.

(2) Jäger, 299 s.

quieu (1). Los miembros seculares de la comisión votaron por el levantamiento de la prohibición que hasta entonces pesaba sobre dicha obra en Austria, mientras que los dos jesuitas propugnaban una limitación en favor de los lectores instruidos y dignos de confianza. Mas Swieten se dió traza para inclinar a la emperatriz en favor de la libertad sin restricciones. En el año 1758 logró que no fuera admitido un jesuita que hubiera debido ingresar en la comisión con el mero nombramiento del arzobispo. Al mismo tiempo se realizó el nombramiento de Swieten para la presidencia de esta autoridad de censura, la cual desde este momento estuvo por completo en sus manos (2). Los jesuitas se fueron alejando entonces, siendo sustituidos, a propuesta de Swieten, por no jesuitas, de modo que a partir del año 1764 ya no intervino ningún sacerdote de la Compañía de Jesús en la censura imperial (3). La importancia de esta realidad y de la prominente posición de Swieten en la vida religiosa hay que medirla por el hecho de que la comisión de censura no sólo pronunciaba prohibiciones de libros, sino que era responsable de todas las obras permitidas y en sus aprobaciones empleaba una amplia gama de connotativos para designar el mayor o menor valor de la obra.

Como censor prohibió Swieten obras de Maquiavelo y Rousseau, de Voltaire y Lessing, de Ariosto y Wieland (4), sin que sea posible precisar si procedió así por convicción o por consideraciones al criterio de la emperatriz. Notable es, con todo, la contienda que se

(1) Ibid., 292 s.

(2) Ibid., 307 ss.

(3) Hasta qué punto llegaba la tendencia de la censura pública por excluir a los clérigos en casos particulares, lo demuestra un caso de Innsbruck del cual protesta un *breve pontificio del 1.º de junio de 1768 al obispo de Brixen Leopoldo: «Nos plugo tu solicitud con que nos has remitido las tesis de Innsbruck. Te lamentas por razón de que entre ellas se hallen algunas falsas; indicaremos la censura. Es de lamentar que no te las remitieran sino cuando ya estaban impresas y estaban a punto de ser discutidas. De ahí se desprende el interés de privarte de la censura. Hace tiempo que advertimos que las autoridades temporales quieren excluir de la censura de los libros a la autoridad eclesiástica. Si este antiguo derecho es arrebatado, corre peligro la religión cristiana. Mucho se ha litigado sobre este particular en Milán y Nos escribimos también a la reina que éste era un camino reprobable, y ordenaremos a nuestro nuncio que proteste de que este daño se introduzca también en Innsbruck, como amenaza. Emplea tu influjo en la corte para cerrar el paso a este abuso.» Epist. X, f. 278, *Archivio secreto pontificio*.

(4) Allg. Deutsche Biographie, XXVIII, 268 s.

desarrolló con ocasión del Febronio de Hontheim (1). En Viena fué solicitada esta obra con el mismo apasionamiento que en otras partes, y pasó la censura tras triple examen. Su influjo fué monstruoso; al poco tiempo se había convertido el febronianismo en moda entre la clerecía. Pero al prohibirlo Roma en febrero de 1764, procedió también contra él en Viena el cardenal Migazzi basándose en las proposiciones condenadas sobre el primado y a causa de la denigrante pintura que hacía de la corte pontificia (2). La emperatriz se hizo entregar los dictámenes de la censura de Swieten; el duelo entre el arzobispo y Swieten había comenzado. Van Swieten apeló a los dictámenes de los canónigos Stock, Gürtler y Simon y al juicio jurídico del legista Martini; se quejó de la ambigua o por lo menos indecisa actitud de Migazzi y para terminar presentó a la emperatriz el punto de vista probablemente decisivo: «Este libro, dijo, defiende los derechos de los soberanos, principalmente de los príncipes del imperio. Se dice que ha sido compuesto por un sabio y bajo los auspicios de un elector.» (3) Con todo, al aparecer la edición alemana no acababan de decidirse los miembros eclesiásticos de la comisión; en cambio, Swieten defendió con el mayor ahinco la especie de que no debía hacerse diferencia alguna entre la edición latina y la alemana. La emperatriz le dió la razón en este particular, aun cuando en lo demás no comulgaba con su opinión. El 10 de diciembre de 1764, por medio de la cancillería de palacio, dió orden a la censura de hacer desaparecer de todas partes la obra en sus dos ediciones. Swieten no pudo conseguir en lo sucesivo sino que tal disposición fuera mitigada convirtiéndola en simple prohibición (4), pero hizo del apesadumbrado y mohino con la emperatriz. María Teresa trató de apaciguarle; mas el Febronio no fué aprobado sino pasados cinco

(1) Jäger, 432 s.

(2) Clemente XIII se había dirigido por esta razón el 14 de marzo de 1764 (v. anteriormente la nota 6 de la página 105), al nuncio, y de nuevo insiste el 14 de julio de 1764 (Bull. Cont., III, 1), por haber oído *pestiferum librum per manus etiam Caesareae istius aulae procerum non sine quorundam approbatione circumferri*. Migazzi dió esperanzas al Pontífice de que el libro aun sería prohibido en Viena (*carta del 30 de julio de 1764, Nunziat. di Germania, 652, *Archivo segreto pontificio*).

(3) Radermacher *escribía el 28 de julio de 1764, por cierto a Oddi, desde Ehrenbreitstein: *Sappiamo che il Msgr. Nunzio di Vienna ha messo tutto in movimento appresso la corte imperiale per effettuare una tal proibizione, e che tutti i passi suoi non anno avuto verun effetto*. Nunziat. di Germania, 652, f. 187, *ibid.*

(4) Arneth, IX, 149 s.; Wolfsgruber, Migazzi, 388 ss.

años y sólo para los eruditos y «demás discretos compradores» (1).

Una razón parecida había sido esgrimida por la comisión en el acuerdo tomado con la emperatriz ya en 1766 respecto a la obra impía *Institutiones iuris divini* de Tomasio. Al año siguiente procedía Migazzi contra una nueva publicación semanal de Sonnenfels (otras dos habían sido ya prohibidas anteriormente por su criterio excesivamente libre) que ostentaba el significativo título de *El hombre sin prejuicios*. En un fondo sobre el derecho de asilo lanzaba el autor conceptos injuriosos contra el derecho y usos de la Iglesia (2); Swieten censuró personalmente este fascículo y lo dejó publicar. Como la emperatriz, indignada en vista de la enérgica protesta de Migazzi, echara en cara a la censura su falta, Swieten puso a su disposición el cargo de presidente (3). Pero María Teresa le calmó de nuevo tributando un adulador elogio a los *principios defendidos incesantemente contra toda oposición*.

Swieten se vió nuevamente fortalecido en su actitud. En 1766 permitió la condenada obra jansenista *Exposición de la doctrina cristiana* (4) del francés Mésenguy, a pesar de la sentencia condenatoria de París y Roma; asimismo la obra anónima *De la autoridad del clero y del poder del magistrado político sobre el ejercicio del ministerio eclesiástico* (5), la cual, sin embargo, en enero de 1767, tras doble protesta de Migazzi, y no obstante el dictamen de la comisión, de la cancellería áulica y del consejo de Estado, fué prohibida por María Teresa por sus doctrinas políticorreligiosas. En 1769 fué permitido dicho libro junto con el Febronio. La novela pornográfica e inmoral de Marmontel *Bélisaire*, permitida también en un principio, hubo de ser aprobada sólo en una edición expurgada en atención a la oposición del cardenal. No es de maravillar si la aislada oposición de Migazzi proporcionara precisamente a no pocos libros peligrosos un doble aliciente.

Entre tanto se había formado en el gobierno de Viena una nueva

(1) Arneth, IX, 150.

(2) Wolfgruber, 395.

(3) Jäger, 435-439.

(4) Exposition de la doctrine chrétienne ou Instruction sur les principales vérités de la religion, Utrecht, 1744. Cf. Freib. Kirchenlex., VIII², 1299 s.; Reusch, Index, II, 1251.

(5) De l'autorité du clergé et du pouvoir du magistrat politique sur l'exercice des fonctions du ministère ecclésiastique. Autor fué el abogado del Parlamento de París Fr. Richer. Una serie de derechos eclesiásticos fueron concedidos en él al soberano del país. Cf. Jäger, 439 s.

corporación que en lo futuro había de ser la principal fuente de todas las reformas: el Consejo de Estado, tan famoso más tarde bajo el reinado de José II (1). En los conflictos económicos de carácter militar que siguieron a la derrota de Torgau fué convocado para unificar y robustecer la tan ramificada máquina del gobierno, y bajo la inmediata dirección de la emperatriz debía aconsejar, disponer e intervenir todas las medidas de Estado. Del canciller Kaunitz había partido la iniciativa y el 30 de diciembre de 1760 fueron nombrados los miembros y el 21 de enero de 1761 tuvo lugar la sesión de apertura.

En este círculo se desarrollaron las luchas entre los antiguos y nuevos dogmas y en él pronto se puso de manifiesto entre María Teresa y su novador hijo José II el profundo antagonismo que los distanciaba y que había de proporcionar a María Teresa todavía serias preocupaciones en los últimos años de su reinado (2). En 1765 presentó José al Consejo de Estado un memorial que ya deja entrever varias de las ulteriores reformas. Por lo que a la cuestión de la escuela y de la Iglesia se refiere reclama dicha disquisición mejoras en los estudios, traslado de las universidades a localidades pequeñas, limitación de los ingresos de los profesores universitarios a sus honorarios de catedráticos, los veinticinco años para recibir las órdenes sagradas o para ingresar en una orden religiosa y aplicación de pías fundaciones a instituciones oficiales de bien público (3). Estos y otros proyectos de reforma fueron discutidos en el Consejo de Estado.

Notable fué la iniciativa tomada por dicho Consejo en 1763 de fundar una cátedra de policía y de ciencia comercial, hoy llamada economía política. El profesor designado para explicarla, José Sonnenfels (4), era muy bienquisto en el Consejo de Estado (5) y en lo sucesivo ejerció profundo influjo en la vida política y religiosa de Austria. Era hijo de padres judíos. Su padre había sido rabino en Berlín, se hizo bautizar probablemente en Viena y fué honrado con

(1) Hock-Bidermann, *Der österr. Staatsrat*, Viena, 1879.

(2) Cf. Th. v. Karajan, *Maria Theresia und Joseph II., während der Miterregenschaft* (1865).

(3) Arneth, *Korrespondenz*, III, 335-361. Cf. Hock-Bidermann, *loco citato*, 21 ss.

(4) Franz Muncker en *Allg. Deutschen Biogr.*, XXXIV, 628 ss.; Kink, I, 1, 496 ss.; Arneth, *Regierungszeit*, III, 200 ss.; Roscher, *Gesch. der Nationalökonomie*, 536 ss.; Stintzing-Landsberg, *loco cit.*, 401 ss.; Brunner, *Mysterien*, 54 ss.

(5) Hock-Bidermann 59, ss.

el cargo de profesor de lenguas orientales de la universidad. El fuerte de José Sonnenfels consistía precisamente en acoger con avidez lo nuevo en todos los órdenes e impulsarlo en forma agradable. Con su insinuante actitud y la objetividad de sus lecciones de cátedra influyó poderosamente en la juventud estudiosa; aun cuando no fuera «ningún genio de dinamismo creador por la riqueza de ideas propias», sí fué en cambio «un instrumento de actividad inagotable del josefismo» (1).

La misión que al joven profesor incumbía le trocó en crítico profesional y predicador reformista en todos los dominios de la vida pública. En sus exposiciones, a veces excesivamente atrevidas, fustiga también la vida religiosa con acusaciones o sátiras. En su manual propugna la secularización de los bienes de la Iglesia y el asalariamiento fijo del clero (2). Una relación de tesis impresa en 1767 que Sonnenfels hizo defender a sus discípulos (más tarde altos funcionarios públicos) provocó una protesta del cardenal Migazzi. Mas la emperatriz no le prestó oídos y colmó al acusado con nuevos favores (3). Tan persuadido estaba de las bendiciones de la nueva ciencia que incluso a los teólogos les recomendaba con insistencia su estudio. Por decreto del 28 de julio de 1769 fué convertida en obligatoria para los concursos de los teólogos a las parroquias de patronato (4). Sonnenfels, quien en sus teorías de derecho natural iba del brazo con Riegger, halló con frecuencia en su actividad literaria el apoyo de Van Swieten, de idéntico sentir. En 1770 llegó a ser nombrado censor de la literatura escénica y además miembro de las comisiones de estudios y de censura (5). Empero el Consejo de Estado de Viena se había fijado también como misión la realización práctica de los nuevos principios de derecho público. No pueden ser puestos en litigio los méritos contraídos con las mejoras hechas en la administración, en la hacienda y en los gobiernos provinciales. Sus iniciativas en el terreno eclesiástico hallaron generalmente la aprobación de la emperatriz. En 1765 fué negado el placet imperial, a propuesta del canciller, a la bula pontificia en favor de la Compañía de Jesús,

(1) Muncker, loco cit., 635.

(2) Roscher, loco cit., 544.

(3) Wolfgruber, 341; Kink, I, 1, 499, n. 658; Arneth, Maria Theresia, IX, 205 s.

(4) Kink, 500, n. 660.

(5) Hock-Bidermann, 62.

en atención a la alianza con Francia (1). Sobre ello se celebró en el Consejo de Estado una amplia discusión, en la cual se expusieron frente por frente las más contradictorias opiniones sobre la mencionada Orden. A la cancillería llegaron con este motivo dos memoriales, uno en sentido favorable y otro adverso. Contrario a los jesuitas se declaró ante todo el conde Haugwitz, quien desde el principio fué el alma impulsora en el Consejo de Estado.

De esta misma época data una serie de memoriales existentes en el archivo público sobre iniciativas de reforma eclesiástica (2), todas basadas en la hipótesis de que tales reformas son incumbencia del Estado. Decretos imperiales limitan a las Órdenes religiosas la admisión de candidatos y la enajenación de los bienes monacales; además asoman proyectos de una general secularización. Al cesar el indulto pontificio que permitía imponer tributos al clero declaró el Consejo de Estado en 1768 que era superflua la permisión pontificia y por tanto las exacciones siguieron en vigor en lo sucesivo (3). El 1.º de octubre de ese mismo año fueron sometidas al placet del Estado las excomuniones pontificias, lo cual equivalía a la abolición de la autoridad de la Iglesia en materia de excomuniones. Al fundar una universidad los jesuitas se les puso como condición que las cátedras que no fueran de Teología, excepto la de Derecho canónico, las habían de desempeñar profesores seculares y que no se enseñara el probabilismo ni la casuística, y en cambio el Derecho alemán y la Historia del Derecho se habrían de enseñar en alemán (4). En las mismas propuestas de censura sobre libros antirreligiosos intervenía el Consejo de Estado en favor de la lenidad. En 1769 fué suprimido el derecho de asilo eclesiástico y se condicionó la validez de los testamentos de eclesiásticos a la presentación de los mismos al gobierno nacional. Una proposición de la cancillería referente a la disminución de procesiones y hermandades fué rechazada al principio por la emperatriz, aun cuando, pasados algunos años, fué aprobada si bien con importantes modificaciones (5). A la propuesta de celebrar en un mismo y solo domingo todas las fiestas religiosas de patronato, como también recomendaba la cancillería, se opuso el

(1) Ibid., 48.

(2) Ibid., 49.

(3) Ibid., 50.

(4) Ibid.

(5) Ibid., 51.

Consejo de Estado por reparos de índole económica. Respecto a la regulación armónica de los derechos de estola respondió el Consejo a las representaciones del obispo de Passau afirmando que el soberano puede fijar los impuestos que sus súbditos han de pagar (1). Sobre la disminución de los días festivos también entabló el senado negociaciones con Roma, las cuales en los años siguientes fueron coronadas con el éxito (2).

De esta suerte se entrometían tanto la cancillería como el Consejo de Estado cada vez más en la esfera de la vida religiosa e incluso llegaron a dictar normas sobre el asunto de la unión que en Siebenbürgen empezaba a agitarse, combatieron costumbres religiosas del pueblo tachándolas de supersticiosas, y todo esto a base de una nueva concepción del derecho que otorga al Estado mano libre para intervenir en asuntos religiosos. El gobierno evitó sagazmente todo choque violento y mucho más un franco rompimiento con la Iglesia. Así fué posible que, con estos comienzos, alcanzase un gran desarrollo a fines de siglo la vasta obra novadora del josefismo.

(1) Ibid.

(2) Ibid., 52.

IV. Expulsión de los jesuítas de Portugal. Ruptura de relaciones entre Roma y Lisboa

I

El 1.º de abril de 1758 estaba fechado el breve por el cual Benedicto XIV nombraba al cardenal Saldanha visitador de los jesuítas, pero pasó un mes entero antes de ser conocido (1). En el entretanto ni un solo jesuíta ni en Roma ni en Lisboa tuvo la menor noticia de su existencia (2). El mismo nuncio de Lisboa había permanecido en su desconocimiento (3), y Saldanha no había tenido ni una sola confidencia (4).

La consternación de los jesuítas en Portugal fué enorme (5); en Roma afirmaban los entendidos que el Papa no había podido obrar de otro modo sin exponer a la Compañía de Jesús a una grave sacudida (6). Mas sean cuales fueren los designios que Benedicto XIV hubiera podido abrigar, su breve fué en realidad de verdad un terrible

(1) En latín y portugués en [Biker], I, 48 ss., en alemán en [Klausing], II, 360 ss. Cf. la página 426 de nuestro volumen XXXV.

(2) Cordara, *Commentarii*, 524; Murr, 42. El 28 de junio de 1758 escribía Archinto al nuncio: *il famoso Breve di visitatore e riformatore de'Gesuiti, del quale Roma non ne ha avuta la notizia che da Lisbona (*Nunziat. di Port.*, 180, *Archivo segreto pontificio*). Si en Roma nadie tenía noticia del Breve, tampoco sabía nadie que Benedicto XIV se había negado resueltamente en el lecho de muerte a revocarlo, como lo afirman L'administration de S. J. Carvalho, III, Amsterdam, 1778, 205, y luego Schäfer (V, 263).

(3) Acciaioli a Archinto el 16 de mayo y 22 de agosto de 1758, *Nunziat. di Port.*, 117, loco cit.

(4) *Acciaioli a Archinto el 9 de mayo de 1785, *ibid.*, 198.

(5) Cordara, loco cit.

(6) Así *Archinto a Acciaioli el 28 de junio de 1758, *Nunziat. di Port.*, 180, loco cit., parcialmente copiado en Romano 33.

instrumento para la extinción de la Orden (1). Pombal tenía ahora franco el camino para realizar sus proyectos. Saldanha era, según lo pinta el nuncio pontificio, un príncipe de la Iglesia bonachón y de puras costumbres, pero no sobrado de dotes naturales y de cultura, aun cuando sí poseedor de suficiente ciencia teológica y de un sano juicio, pero abúlico rematado, principalmente frente a Pombal a quien todo se lo debía. De simple monsignore ascendió en 1755 a canónigo de la iglesia patriarcal, en 1756 a cardenal y en 1759 a patriarca. Un hermano suyo fué embajador en Madrid, y otro se vió encumbrado al título de conde. De sus primos uno fué virrey de Goa, otro rector de la Sapienza en Coimbra y un tercero gobernador de Madeira. A uno de los parientes lo elevó Pombal a la sede episcopal de Elvas y a otro lo nombró obispo de Miranda (2). Por deber de gratitud sentíase el visitador obligado al ministro y no osaba pronunciar una sola palabra de réplica; se condujo, según dice el nuncio, no como visitador, sino como instrumento dócil de Pombal (3), quien al presente podía poner en ejecución sus planes al socaire de la autoridad eclesiástica, y durante la sede vacante de la silla de Pedro, sin tener que temer protestas del Pontífice.

La noche del 2 de mayo de 1758 mandó promulgar Saldanha el breve pontificio, que había llegado a fines de abril, en la casa profesa de los jesuitas de San Roque (4). Pasado casi un mes inauguró la visita el 31 de mayo presentándose en San Roque acompañado de gran séquito y haciéndose rendir los homenajes que como visitador le correspondían; después de lo cual marchóse de nuevo inmediatamente (5). El 5 de junio apareció, como primicias de la visita, un edicto del cardenal cuyo contenido se reducía a afirmar que tenía

(1) *Ha permesso Dio che tutta questa tempesta dei Gesuiti abbia origine dal Papa, dotto e incorrotto Lambertini, che fece la Bolla al patriarca portoghese per visitare e giudicare li Gesuiti, onde vennero li processi contro la mercatura gesuitica, e passo passo la causa di Leoney [Lioncy] e del P. La Valetta. Tanucci a Cantillana el 14 de abril de 1764, *Archivo de Simancas*, Estado, 5988.

(2) *Acciaioli a Archinto el 22 de agosto de 1758, Nunziat. di Port., 117, loco cit.

(3) *Acciaioli a Archinto el 13 de junio y 22 de agosto de 1758, *ibid.* *Perché certo il card. Saldanha nulla ha fatto di visitatore, ma di ministro, subalterno al conte d'Oeyras. Acciaioli a Torrigiani el 18 de marzo de 1760 (confidencial), *ibid.*

(4) *Acciaioli a Archinto el 9 de mayo de 1758, *ibid.*, 198; Murr, 41.

(5) *Acciaioli a Mons. Antonelli el 6 de junio de 1758, Nunziat. di Port., 198, loco cit. Murr (47) señala erróneamente el 30 de mayo como día de la apertura de la visita.

conocimiento cierto de que en todos los colegios, residencias, noviciados y demás casas que la Orden poseía en los dominios de Portugal de Europa, Asia, África y América se llevaban escandalosos asuntos comerciales con transgresión de los cánones y bulas pontificias. Después de prohibir toda suerte de comercio bajo la pena de excomunión terminaba ordenando le fuesen presentados todos los libros comerciales (1). Dos días después, el 7 de junio, apareció fijado en las puertas de las iglesias y en todos los sitios públicos de la capital un edicto por el cual el cardenal Atalaya, patriarca de Lisboa, «por justas causas, en honor de Dios y en bien del pueblo cristiano», suspendía a todos los jesuitas de su diócesis las facultades de predicar y oír confesiones (2).

Ambos decretos levantaron naturalmente extraordinario escándalo y enorme disgusto tanto en el pueblo como entre las altas esferas; principalmente el infante don Pedro y gran parte de la alta nobleza se mostraron en extremo disgustados (3). El nuncio, en cambio, parece que abrigaba la sospecha de que no era infundada la acusación del prohibido comercio. Aconsejó al visitador que no se entrometiera en investigaciones sobre la disciplina religiosa en las moradas de los jesuitas ni sobre el ejercicio del ministerio de almas, pues resultarían infructuosas; el único escándalo que había era el comercio (4). A pesar de todo, el visitador hubo de oírse decir por el nuncio

(1) El texto en [Biker], I, 53 ss., en alemán en [Klausing], II, 366. Cf. Murr, 47. El edicto está fechado el 15 de mayo, impreso el 27 de mayo y publicado el 5 de junio (*Acciaioli a Mons. Antonelli el 6 de junio de 1758, loco cit.). El juicio de Sotomayor (Pombal, 212): «El cardenal formuló su sentencia por sugerencias y quizá al dictado del ministro», está confirmado por el nuncio, quien el 22 de agosto de 1758 *escribe a Archinto: La materia però è tutta di Carvalho, che me ne parlò con somma compiacenza. Nunziat. di Port., 117, loco citi.

(2) El texto en [Biker], I, 59. Cf. Murr, 48, nota 1, Copia e impreso en Nunziat. di Port., 204, loco cit.

(3) *Archinto a Acciaioli el 22 de agosto de 1758, loco cit. *Tutto il mondo qua ne dice male, e l'infante D. Pietro con molta fidalghia ne fremme: io non parlo, perchè ora il noto Breve e i Gesuiti sono privativa del card. visitatore a esclusione del Nunzio, come ella sa. Acciaioli a Archinto el 27 de junio de 1758, Nunziat. di Port., 117, loco cit.

(4) *In tanto al sig. cardinale consigliai di non pigliar la visita sulla vita regolare, sulle prediche, confessioni, scuole, congregazioni, etc., dell'Istituto, perchè co'Gesuiti poco avrebbe concluso et avrebbe perduto il tempo, ma sulla publica negoziazione, che è l'unico scandalo, che diano tali religiosi (a Archinto el 22 de agosto de 1758, loco cit.). Cordara (De suppressione, 32 ss.) afirma que no se trataba de un comercio en el sentido del derecho canónico; los jesuitas habían vendido únicamente el sobrante de las cosechas de sus fincas, a fin de comprar con el importe aquellos géneros que eran necesarios en las misiones.

que su edicto, aunque muy bello, carecía de pruebas y sin éstas no pasaba de ser un libelo difamatorio (1). Y el cardenal secretario de Estado, Archinto, hizo notar que no habiéndose abierto la visita hasta el 31 de mayo y habiendo sido impreso el decreto ya el 27 del mismo mes, se había procedido por tanto a dictar sentencia condenatoria antes de que se hubieran deducido pruebas de los libros de comercio y se hubiera podido incoar legalmente el proceso (2).

El segundo edicto sobre la suspensión de todos los jesuitas en el ministerio de almas era contrario a las decisiones de la Iglesia, pues el obispo puede ciertamente suspender a los religiosos en particular, pero no a toda una comunidad religiosa (3). Además, hasta entonces el patriarca había honrado siempre con su confianza a los jesuitas y un año antes incluso había nombrado a no pocos de ellos examinadores sinodales (4). Pero Pombal se temía que gracias al influjo que ejercían en el confesonario pudiera aumentarse todavía más el número de los descontentos (5). Como el nuncio pudo enterarse, el edicto fué remitido a la firma del patriarca desde la secre-

Otro medio para atender a los no pequeños gastos no existía. Además, este arte de comercio lo habían practicado ya desde el origen de las misiones con aprobación de los obispos, nuncios y de los reyes de Portugal, sin que nadie se hubiera escandalizado de él hasta que no se fundó la Compañía comercial para el Marañón. Todas las demás Ordenes misioneras hacían lo mismo. Cf. Duhr, *Jesuitenfabeln*, 646 s.; Hernández, *Organización*, I, 262 ss.; [Oliveyra], *Compendio istorico dell' espulsione dei Gesuiti dai regni di Portogallo, Niza*, 1791, 74 ss., 80 ss.

(1) *Ma senza un tal minore, difese e conseguenze non so giudicarlo che un libello infamatorio. A Archinto el 22 de agosto de 1758, loco cit.

(2) *Si è ancora osservato l'editto pubblicato dal sig. card. Saldanha il dì 3 [léase: 5] Giugno, in cui si proibisce ai Padri della Compagnia la negoziazione, e benchè in questo punto si conformi ai sagri canoni ciò che in esso si prescrive, col tutto questo asserendosi stampato il dì 27 Maggio ed il dì 31 aperta la visita, si dichiarò il delitto prima che fosse giuridicamente provato, di maniera che la pubblicazione che si è fatta dell'editto anteriormente alla prescritta esibizione dei libri, fa chiaramente conoscere, che siano stati condannati prima di essere intesi e che dall'esibizione di detti libri risultasse la prova del supposto delitto di negoziazione. Archinto a Acciaiolli el 7 de septiembre de 1758, Nunziat. di Port., 180, loco cit.; impreso en Romano, *L'espulsione*, 25, nota 1, donde falta «supposto», y después del «31» se añadió un «Aprile» que no existe en el original, con lo cual la demostración perdía fuerza.

(3) Así lo había establecido Clemente X el 21 de junio de 1670. Cf. Cod. iur. can. can. 880, párrafo 3, y Vermeersch, *De religiosis institutis et personis*, II⁴, Brugis, 1909, 566. Acciaiolli *escribió a Archinto el 22 de agosto de 1758: Ma approvare quella sospensione si irregolare mi è parso non doverle fare, e però parlai con forza. Loco cit.

(4) Murr, 48 ss.

(5) *Acciaiolli, loco cit.

taría de Estado de Portugal hacia la medianoche. El anciano se echó a llorar y lo firmó; aquella misma noche fueron fijados por todas partes los ejemplares que ya estaban preparados de antemano (1). El patriarca que tan poco tenía que ver con el edicto marchó el día de la publicación a su finca, donde el 9 de julio falleció (2).

Una semana después alcanzó a los jesuitas otro rudo golpe. El padre prepósito de la casa profesa, Torres, anterior provincial, recibió el 14 de junio orden terminante de marchar en el espacio de tres días a Braganza, sita en el norte del reino, y de no salir de casa entre tanto. El nuncio no pudo menos de sentir conmiseración por esta arbitrariedad, puesto que Torres era su confesor y asesor; mas no se le comunicó razón alguna de semejante medida (3).

II

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban, seguían aún la Santa Sede vacante y los cardenales reunidos en conclave. Además, el general de los jesuitas Centurioni había precedido a la tumba al Papa Lambertini. En el curso y desarrollo que en Portugal habían de seguir en lo sucesivo los acontecimientos habían de tener importancia trascendental las cualidades personales tanto del futuro pontífice como del venidero general de los jesuitas.

El 21 de mayo de 1758 fué designado para cabeza de la Orden un varón en quien poco se había pensado: tratábase de un novicio en el gobierno, quien habiendo ingresado en la Orden a la edad de quince años y tras largos lustros de actividad dedicados a la enseñanza, fué nombrado padre espiritual del colegio romano, del cual sólo hacía dos años había salido, llamado por Centurioni para nombrarle secretario suyo. Era Lorenzo Ricci, natural de Florencia, piadoso y apacible asceta. Cuál fuera el espíritu que animó a la congregación general al elegirle parece deducirse de uno de sus decretos. Insistan los superiores, dice, para que el próspero estado de la Orden descansa por completo en el celo por las cosas espirituales. «Pues si a Dios (cuyos designios y sabiduría hemos de adorar siempre)

(1) Acciaioli a Archinto el 13 de junio de 1758, *Nunziat. di Port.*, 117, loco cit.

(2) *Acciaioli a Mons. Antonelli el 13 de junio de 1758, *ibid.*, 198.

(3) *Acciaioli a Archinto el 22 de agosto de 1758, loco cit.

pluguiera permitir que seamos probados por la adversidad, Dios no abandonará a sus adeptos y a los a El íntimamente unidos, y mientras con pureza de mente y sincero corazón podamos acudir a El no nos ha de faltar ninguna otra defensa.» (1) En otras palabras, para la tormenta que amenazaba ninguna confianza puso la congregación en la prudencia y resolución de los hombres. Sin embargo, no fué éste el sentir de todos los jesuitas; para los revueltos y azarosos tiempos, que requerían audacia y recursos extraordinarios, les parecía poco adecuado Ricci con su apacible carácter más propenso a sufrir que a obrar. «Ricci, así escribía el fogoso Carlos Borgo en 1780 (2), era un hombre sin rival en su bondad, suavidad y pureza de costumbres, pero tímido, irresoluto y absolutamente inepto para arrostrar un riesgo que exigiera denuedo y previsión. Yo mismo he oído quejarse a muchos de los conspicuos entre los jesuitas de la desdicha de tener un general tan poco apto en tiempos tan calamitosos. Sin su pasividad, creían ellos, hubiera podido prevenir la Orden su ruina y evitarla al menos en gran parte. Ante las noticias que desde hacía años le llegaban de todas partes sobre la enemiga confabulación, no hacía más el buen religioso, pero inepto superior, que llorar y rezar. Tal debilidad era bien conocida de todo el mundo y en vista de ella cobró exorbitante pujanza la osadía de los adversarios.» (3) En realidad el mismo juicio emite Cordara (4), el amigo y confidente de Ricci, y hasta nuestros días ha sido repetido por los mismos historiadores favorables a los jesuitas (5).

Sin embargo, no era Ricci de una pasividad tal como aquí se

(1) *Nam si forte Deo ita permittente placeat (quae adoranda consiliorum eius ratio est), ut adversis exerceamur: Deus adhaerentes sibi atque intime coniunctos non deseret, et quamdiu pura mente ac sincero corde ad eum confugere poterimus, nullum aliud deerit nobis praesidium.* Congr. 19, decr. 11: *Institutum Soc. Iesu*, II, Florencia, 1892, 449.

(2) *Memoria cattolica da presentarsi a Sua Santità, Cosmopoli [Roma]*, 1780, 163.

(3) *Rosa, Gesuiti*, 353 ss.

(4) *Commentarii*, 525. Entre los asistentes del general había también uno que no estaba contento con esta actitud; cf. *Rosa en la Civ. Catt.*, 1913, IV, 464. Ricci mismo se sentía a veces profundamente desanimado. Así escribía al provincial de la provincia de Aquitania, Nectoux: «*Familiae nostrae bono consuleret maxime et compendiario Deus, si alium illi daret praepositum, qui uberiori lumine ab eo illustrari et virtute ex alto indui mereatur, aut saltem non illi calamitates accerseret peccatis suis.*» *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666 (Regulares, Jesuitas).

(5) *Ravignan*, I, 387; *Crétineau-Joly, Hist.*, V, 262. Cf. la carta a Pintus del 30 de enero de 1773, en *Duhr, Gesch.*, IV, 1, 14 s.

nos describe. En no pocas de las tormentas que se desencadenaron dió pruebas de una energía que hubiera honrado al propio Acquaviva. Es un hecho que jamás faltó a su deber; tampoco le faltaba la discreción y la infatigable asiduidad al trabajo, como se desprende de muchos documentos que fueron desconocidos de sus contemporáneos. La crítica situación y la astucia de los delatores, quienes se daban traza para introducirse en todas partes, le obligaron a ocultar hasta a sus mayores confidentes todos sus pasos, por lo cual hubo de escribir de su propia mano casi todas las cartas. Por esta razón y por el fracaso de sus afanes y esfuerzos cobró fama de tímido e irresoluto. Siempre flota una mota de verdad en la recriminación; pero en el presente caso constituye la más adecuada refutación de la peor de todas las acusaciones que sobre Ricci se han lanzado: la de la astucia e intriga (1).

Algunas semanas después de la elección de Ricci tuvo también la Iglesia un Pontífice en Clemente XIII. El recién elegido Papa era amigo de los jesuitas, sin embargo, sobre todo al principio de su pontificado, se dejó influir fuertemente de los que le rodeaban, entre los cuales se contaban no pocos manifiestos y solapados enemigos de la Orden. Particularmente lo era el cardenal Spinelli (2), quien, aduciendo el aleccionador ejemplo de Enrique VIII de Inglaterra, consiguió disuadir al Papa de toda medida decisiva (3). Así es que el Pontífice recomendó al general de los jesuitas tres cosas: silencio, paciencia y oración; lo demás que lo dejara Ricci a su solitud (4). Estos tres puntos constituyen, pues, el asunto de las cartas del general a toda la Orden, empezando por la primera del 26 de septiembre de 1758, hasta la última fechada el 21 de febrero de 1773, la cual en vísperas de la supresión, constituye un «nuevo incitamento a la oración en el supremo peligro para la Compañía» (5).

(1) Rosa, *Gesuiti*, 354 ss.

(2) *Spinelli, nemico de'Gesuiti e della Bolla [Unigenitus], ma occulto (Tanucci a Caracciolo, Caserta, 12 de febrero de 1757, *Archivo de Simancas*, Estado, 5941). El 9 de agosto de 1759 *da las gracias el embajador español Roda y Arrieta al ministro Wall por la noticia confidencial sobre el asunto jesuítico en el Paraguay, que le había remitido a guisa de información para Passionei y Spinelli (*ibid.*, Estado, 4966). Cf. la descripción del carácter de Spinelli en Cordara, *Commentarii*, 526 s., 537 s. Que Ganganelli fué nombrado cardenal gracias a Spinelli, v. anteriormente la nota 6 de la página 44.

(3) Cordara, *Commentarii*, 527; De suppressione, 38 s.

(4) *Ibid.*

(5) *Epistulae Generalium*, II² (1909), 257 ss.

En la primera audiencia que Ricci tuvo con el Pontífice el 31 de julio de 1758, le entregó una suplicatoria en la cual hacía representaciones contra el injusto proceder de los dos cardenales Saldanha y Atalaya y solicitaba la protección del Pontífice (1). Este remitió la demanda al tribunal de la Inquisición, a la cual pertenecían los cardenales Spinelli, Archinto y Corsini, protector éste de la nación portuguesa, así como otros dignatarios enemigos de los jesuitas o dependientes de la corte portuguesa. La congregación desaprobó el proceder del visitador y del patriarca, pero al mismo tiempo disuadió de toda medida brusca para no exacerbar todavía más el enojo del rey (2).

Mediante quebrantamiento del sigilo profesional llegó la suplicatoria a manos del embajador portugués Almada, quien la hizo publicar impresa provista de anotaciones del piarista Urbano Tossetti (3). No habiendo nada censurable en el documento de Ricci (4), recurrió el autor a las consabidas calumnias referentes al regicidio, al comercio, a la idolatría y a la corruptora moral jesuítica (5). Del archivo de la Propaganda sacó una extensa acusación del tiempo de la cuestión de los ritos que el secretario de la Propaganda, Marefoschi, le procurara; desde luego que ni siquiera mencionó la refutación de los jesuitas (6). Por consideración al rey de Portugal no fué prohibido por la autoridad eclesiástica semejante libelo (7). Enva-

(1) *Italiano en Nunziat. di Port., 180, loco cit., portugués en [Biker], I, 59 s. El «dictamen, juntamente impresso, del sacro colegio» es sólo el voto del cardenal Passionei (así lo dice justamente ya *Acciaiolí a Torrigiani el 20 de febrero de 1759, Nunziat. di Port., 199, loco cit.). Cf. Murr, 55; Wel, 162.

(2) Cordara, *Commentarii*, 257; *De suppressione*, 38.

(3) Traducción alemana en [Klausing], I, 4 ss.

(4) Sotomayor (Pombal, 220) opina que la única acusación que se puede lanzar contra el memorándum del padre general es la excesiva moderación con que habla del visitador y de los ministros del rey. Véase Murr, 54, nota 1. Cf. también Cordara, *De suppressione*, 38.

(5) Entre otras cosas aseveraba que los jesuitas habían hecho perecer con el puñal o el veneno unos veinte príncipes, a los cuales él añadía al cardenal Archinto, fallecido el 30 de septiembre de 1758 de apoplejía. Cordara, *Commentarii*, 528; *De suppressione*, 40; *Portocarrero a Wall el 12 de octubre de 1758, *Archivo de Simancas*, Estado, 5131.

(6) en el *Appendice alle Riflessioni del Portoghese sul Memoriale del P. Generale dei Gesuiti presentato alla Santità di PP. Clemente XIII*, con el dato falso «Génova 1752». Según otros, procede este escrito de Bottari. Cf. Rosa, 364; Cordara, *Commentarii*, 528.

(7) Cordara, *De suppressione*, 40. El impresor Niccola Pagliarini fué condenado a galeras tras el rompimiento de Portugal con la curia, pero pronto reci-

lentonados con ello se arriesgaron cada vez más los enemigos que los jesuitas tenían en Roma. Semanalmente celebraban reuniones en casa del jefe para excogitar los medios y trazar los caminos de provocar la ruina de la aborrecida Orden (1). Mientras los jesuitas, sumisos a la palabra del Papa, se mantenían firmes en el silencio, se daban traza sus adversarios para poner la prensa al servicio de sus maquinaciones. Con los recursos pecuniarios que con largueza les ofrecían, publicaban o reimprimían toda suerte de folletos y los difundían por todo el mundo. Semana tras semana publicaba la gaceta de Lugano, periódico muy divulgado y mercenario de Portugal, infundios o informes tendenciosos que eran devorados con avidez. Cuando el Papa tenía noticia de ello se lamentaba de la triste suerte de los jesuitas y a veces llegó incluso a derramar lágrimas por ello, pero no acababa de resolverse a tomar la decisión de poner fin a los manejos del partido, amedrentado por el temor de un cisma. Afianzábanle más aun en su proceder tanto la despótica actitud de Aldama, quien a cada momento esgrimía tremendas amenazas, como el sospechoso silencio del rey, el cual tardó ocho meses en contestar a la carta autógrafa en la cual participó Clemente XIII al monarca su elección (2).

A fin de hacer por lo menos algo, mandó el Papa escribir al nuncio Acciaioli encargándole que como cosa suya diera a entender en tono amistoso a ambos cardenales Saldanha y Atalaya que sus decretos contra los jesuitas habían disgustado al Pontífice, puesto que habían sido publicados sin atenerse a las formas jurídicas y sin realizar la visita establecida (3).

Parece cierto que al principio se proyectaban en Roma amplias medidas. El nuncio había manifestado la idea ya el 13 de junio de 1758 de que el nuevo Pontífice podría llamar a dar cuenta al

bió el perdón del Papa. Por Nápoles, donde Tanucci se interesó con el mayor celo por él, huyó a Portugal, donde trabajó a sueldo de Pombal. Reinando Clemente XIV fué perdonado y admitido en la nobleza. [Biker], III, 297 s.; Cordara, *De suppressione*, 69; *Tanucci a Carlos III de España y al conde Pignatelli, Nápoles, 9 de febrero de 1762, *Archivo de Simancas*, Estado, 5976; *Tanucci a Galiani, Orsini y Bottari, Nápoles, 13 de febrero de 1762, *ibid.*; *Nicola Pagliarini a Marco Pagliarini, Nápoles, 9 de febrero de 1762, *ibid.*, Estado, 4967.

(1) Cf. la página 337 de nuestro volumen XXXV.

(2) Cordara, *Commentarii*, 528 s.; *De suppressione*, 41 ss.; *Acciaioli a Torrigiani el 28 de noviembre de 1758, *Nunziat. di Port.*, 114, *Archivo secreto pontificio*; *Torrighiani a Acciaioli el 23 de noviembre de 1758, *ibid.*, 183.

(3) Cordara, *Commentarii*, 528.

patriarca por causa de la suspensión que había lanzado contra los jesuitas sin previa amonestación y sin otorgarles proporción de defenderse. Sin embargo, no esperaba gran resultado, pues «Carvalho es quien todo lo hace, decía, y el pobre patriarca no es capaz de nada y no piensa más que en su vida» (1). Según informes llegados a Acciaioli había manifestado Clemente XIII a cierto cardenal el propósito de reformar el breve de visita y nombrar al nuncio relator y covisitador. A estos propósitos se opuso Acciaioli con todas sus fuerzas, pues con ello no se conseguiría más que empeorar su ya crítica situación y provocar al fin a un manifiesto rompimiento con la Santa Sede. Mucho más acertado le parecía a él que el Papa requiriera a Saldanha para que le informara según el breve prescribía, con lo cual se abría el camino a un intercambio epistolar y al Pontífice se le brindaba la coyuntura para exponer su pensamiento y sofrenar el desmedido atrevimiento del ministro, el cual se había ganado por completo al monarca en su favor. Lo que principalmente había encolerizado al rey era la especie de que los jesuitas habían estado socavando el terreno hasta entonces valiéndose del confesonario. Desde su conversación con Saldanha sobre el edicto de suspensión dado por el patriarca, ni Pombal ni el visitador le habían dicho palabra sobre las medidas tomadas contra los jesuitas, por más que él había procurado con frecuencia llevar hacia ese extremo la conversación. De lo cual deducía que les era sospechoso; pero él había creído que una suspensión tan ilegal no la podía aprobar y por eso había expuesto tan claramente y sin ambigüedades su pensamiento (2).

Los agentes de Pombal en Roma habían hecho llegar a sus oídos rumores sobre la modificación del breve. En una conversación sostenida con el nuncio el 11 de septiembre de 1758 lanzó las más tremendas acusaciones contra los jesuitas recriminándolos de rebelión contra el monarca; ellos habían causado y sostenido la guerra del Paraguay (3), la cual había costado hasta la fecha más de veintiséis millones de cruzados (4). Al dar la vuelta por Holanda habían difundido por ciudades y campos noticias difamantes contra la auto-

(1) *Acciaioli a Archinto el 13 de junio de 1758 (Nunziat. di Port., 117, loco cit.): *Ma il povero patriarcha non val nulla, e non pensa nulla che a vivere.*

(2) *Acciaioli a Archinto el 22 de agosto de 1758, *ibid.*

(3) Cf. la página 361 de nuestro volumen XXXV.

(4) 1 cruzado = 2 pesetas oro.

ridad real, y desde Roma trabajaban de palabra y por escrito contra el soberano y sus ministros. Sus negocios comerciales no necesitaban demostración, pues a la vista de todos estaban. Los géneros almacenados en sus depósitos no eran, según ellos afirmaban, los productos de sus fincas sino efectos de compras realizadas en los territorios de las misiones y a menudo adquiridos de forma prohibida y sacrílega mediante venta de breves *della Marca* y de indulgencias apócrifas. El delito de los jesuitas portugueses consistía en hacer causa común con los misioneros: formaban a los jóvenes en el noviciado y luego los enviaban a las misiones. Gran tanto de culpa atribuía el ministro a los confesores de la corte. Confiados en su protección y supuesto poder habían convertido los misioneros a aquellas pobres gentes en esclavos de sus caprichos, habían sobornado a los jueces laicos y ejercían la más horrenda tiranía sobre aquellos territorios. Contra semejantes rebeldes hubiera podido proceder el rey de propia autoridad sin transgresión de la inmunidad y de la obediencia al Pontífice; la demanda del breve de visita había sido precisamente un alarde de respeto hacia la cabeza suprema de la Iglesia. Por lo que a él personalmente se refería, sabía perfectamente que los jesuitas hacían todos los esfuerzos por atraerse a su partido al Padre Santo y a los cardenales, mas con todo confiaba que el Papa no haría mudanza alguna en el breve. También confiaba que el rey, una vez restablecido (1), adoptaría medidas todavía más enérgicas. A la objeción del nuncio en el sentido de que fuera de la suspensión poco más se podría hacer y que él confiaba que el rey no se lanzaría a procedimientos que redundaran en infamia y ultraje del estado eclesiástico y del hábito religioso, replicó Pombal que los jesuitas eran rebeldes insoportables y amigos de motines y andaban tras el poder real. De esta agitada conversación sacó el nuncio la impresión de que Pombal había querido dar a entender con ella su deseo de que de ningún modo se modificara el breve de visita (2).

Antes de que el nuncio escribiera la carta, había dado el cardinal secretario de Estado el 6 de septiembre de 1758 tranquilizadoras seguridades de que el Pontífice no pensaba apartarse del camino emprendido en el pontificado anterior; que lo único que deseaba

(1) La conversación tuvo lugar una semana después del atentado contra José I (v. más adelante la página 142).

(2) *Acciaoli a Archinto el 12 de septiembre de 1758, Nunziat. di Port., 199, loco cit., en parte reproducido en Romano, 39 ss.

era que la visita se realizara según lo prescrito y que se le informara de la marcha de la misma (1). Con el fin de prevenir torcidas interpretaciones, comunicó Archinto al siguiente día que el Papa, amoldándose al calificado ejemplo de tiempos anteriores, había establecido una congregación de cardenales para tener asesoramiento en el asunto de los jesuitas (2).

Como de una enérgica actitud no esperaba Clemente XIII más que la franca oposición de parte del rey y de Pombal, por eso pretendió valerse de la persona del propio ministro para conseguir una mitigación en las medidas adoptadas por el patriarca. Encargó, pues, al nuncio que sólo de palabra expusiera al ministro cuál era el objeto pretendido por la suplicatoria del general de los jesuitas y en qué términos tan respetuosos estaba redactada (3). Si el nuncio advertía alguna mitigación en el ánimo del ministro que le hiciera notar además, como cosa propia suya, que sólo en el caso de realizarse la ejecución del breve con espíritu de caridad podría reportarse un feliz éxito de la visita que redundara en honor del rey y en buen nombre de la Orden que hasta el presente había realizado tanto bien y se había hecho acreedora de grandes méritos para con la Iglesia (4). Con fecha del 26 de octubre aseguraba nuevamente Torrigiani, sucesor de Archinto, que en Roma no se tenía la menor intención de mudar las órdenes anteriormente dadas al nuncio (5). Con el fin de dominar la nerviosidad del artificiosamente irritado Pombal y sus cómplices, hizo declarar otra vez el secretario de Estado en el mes de noviembre de 1758 que por la mente del Padre Santo no había pasado jamás la idea de revocar el breve de su antecesor, ni los jesuitas habían presentado semejante moción. El general de los

(1) *Da una lettera d'ufficio Ella comprenderà due cose, cioè che qui si vuol camminare sulla massima fissata nel passato pontificato e che si desidera che tutto si faccia rite et recte ed essere intesi di quello che si fa. La massima non può essere nè più giusta nè più equa e vorrei per il bene dell'affare che si pensasse così egualmente (Nunziat. di Port., 180, loco cit.). Ya el 28 de abril de 1757 había notificado Archinto al nuncio que el Papa non intende, nè vuole salvare li medesimi Religiosi, se veramente sono rei, sino solamente che si proceda contro di essi según las prescripciones del derecho canónico. Nunziat. di Port., 178, loco cit.

(2) Ibid., 180; Romano, 41 s.

(3) El cardenal secretario había adjuntado una copia a su carta del 7 de septiembre de 1758.

(4) Archinto a Acciaiolí el 7 de septiembre de 1758, en Romano, loco cit.

(5) *Nunziat. di Port., 183, loco cit.

jesuitas sólo había expresado en su sumiso memorial la súplica de que no se castigara a los inocentes junto con los culpables (1).

En medio de estos acontecimientos ocurrió un suceso que inesperadamente dió al negocio de los jesuitas un sesgo más desastroso: el atentado contra el rey (2). En la mañana del 4 de septiembre de 1758 se divulgó por toda la ciudad de Lisboa el rumor de que José I estaba gravemente enfermo habiéndosele sangrado repetidas veces la noche anterior. Las primeras noticias fueron que el soberano había bajado durante la noche al jardín y que en la oscuridad se había caído escaleras abajo hiriéndose gravemente en el hombro (3). Así rezaba también el comunicado oficial que poco después envió Pombal en una circular a los embajadores extranjeros. Pero simultáneamente corría por la capital otro rumor que daba al caso una versión menos inocente. El soberano, así se refería con el mayor sigilo, había sido herido por varios disparos de arma de fuego la noche del 3 de septiembre al regresar de casa de la joven marquesa Teresa de Tavora con la cual sostenía relaciones amorosas. Que contra el rey se había disparado, aun cuando la bala no le había alcanzado a él sino a su camarero Texeira, el asiduo compañero en las nocturnas escapatorias del monarca, fué un hecho que dados los unánimes informes del nuncio pontificio (4) y de los embajadores tanto imperial (5) como inglés (6), queda fuera de toda duda. Mientras desde la corte se empeñaban durante semanas enteras en hacer prevalecer la primera versión (7), el rumor atribuía ya desde el principio la

(1) Ibid. El despacho no lleva fecha, pero data del [23?] de noviembre de 1758.

(2) Cf. Olfers, Ueber den Mordversuch gegen den König Joseph von Portugal, en el suplemento de la Real Acad. de Ciencias de Berlín 1838, Berlín, 1839, 273-360 (aparecido además aparte); Duhr, Der «Mordversuch» gegen den König von Portugal, en Stimmen aus Maria-Laach, XXXVIII (1890), 396 ss.; el mismo en la Zeitschrift für kath. Theol., XXII (1898), 756 ss.; el mismo, Pombal, 82 ss. Referencias generales: Schäfer, Gesch. von Portugal, V, 264 ss.; Murr, 58 ss.; Weld, 184, Romano, 49 ss. Más extensa literatura en las obras citadas.

(3) Informe de Acciaiolli del 5 de septiembre de 1758, en Romano, 51 s.

(4) V. los informes de Acciaiolli del 12, 19 y 26 de septiembre, 3 de octubre y 28 de noviembre de 1758, reimpressos en Duhr en la Zeitschrift für kath. Theol., XXII, 756 ss.

(5) Duhr en Stimmen aus Maria-Laach, XXXVIII, 396 ss.; el mismo, Pombal, 82 ss.

(6) Duhr en Stimmen aus Maria-Laach, XXXVIII, 401; Schäfer, Gesch. von Portugal, V, 265 ss.

(7) Acciaiolli a Torrigiani el 28 de noviembre de 1758, en Duhr en la Zeitschrift für kath. Theol., XXII, 757 s.

acción a los parientes de la marquesa de Tavora, quienes se sentían heridos en el honor de la familia. Autor del atentado fué, según todas las probabilidades, el duque de Aveiro, el cual quiso vengarse de Teixeira por causa de una grave ofensa (1). Excepción hecha de los allegados más íntimos nadie pudo durante semanas ver al herido soberano: los partes sobre su estado de salud eran favorables unas veces y adversos otras.

Ya habían transcurrido más de tres meses cuando de repente se hizo luz en la misteriosa oscuridad. Contra toda presunción apareció el 13 de diciembre de 1758 un edicto que bajo terribles amenazas y con grandes promesas conminaba a todos los súbditos que tuvieran la menor noticia sobre los autores del crimen a ponerla en conocimiento de las autoridades (2). Aquel mismo día fueron apresados el duque de Aveiro, el anciano marqués de Tavora junto con su esposa y varios de sus allegados, así como algunos camareros del duque. Su proceso se desarrolló en medio de las mayores irregularidades y con manifiesta transgresión de las formas jurídicas (3). De los dieciocho principales procesados fueron doce condenados a muerte el 12 de enero de 1759 (4) y al siguiente día ejecutados con bárbara

(1) Anselmus Eckart, S. J., *Historia persecutionis Soc. Jesu in Lusitania*, en Murr, *Journal*, VIII, 131. Cf. Duhr, Pombal, 82, nota 2; el mismo en *Stimmen aus Maria-Laach*, XXXVIII, 402 s. (donde se citan más documentos); Weld, 193 ss.

(2) El edicto está fechado el 9 de diciembre de 1758; el texto, en [Biker], I, 62 ss. Al narrar el suceso se mencionan circunstancias que en parte sólo pudieron deducirse de la investigación y en parte no concuerdan con el desarrollo real del suceso (Olfers, *Mördsuch*, 279).

(3) El embajador imperial, conde Khevenhüller, a quien Pombal entregó para leerlo el original del proceso, hace notar sobre él, en su despacho del 15 de enero de 1759 a Kaunitz: «Por el contrario, podría suscitar gran escándalo la forma del proceso. Los doce votos judiciales han sido dados sólo por seis jueces, de los cuales dos tenían además ocho votos, por el pretexto de que teniendo estas dos personas asiento en tres o cuatro colegios del Consejo, cada uno tenía derecho a otros tantos votos. Además en el proceso mismo se aducen ciertamente los hechos, pero no se aduce prueba alguna de ellos» (Duhr, Pombal, 86). Ya se sacan a relucir las múltiples contradicciones del proceso. Cf. Murr, 77 ss.; Olfers *pássim*; Duhr en *Stimmen aus Maria-Laach*, XXXVIII, 410 ss.; Romano, 75: La sentenza fu pronunciata il 12 Gennaio; essa effettivamente fu il risultato di un processo condotto con la massima irregolarità e con palese violazione delle forme giudiziarie, improntato all'odio del Pombal per l'aristocrazia che voleva ad ogni costo distruggere. — *I Portoghesi anno condotto le loro avversità con poca lode del pubblico. I processi, fondamento della severità, non anno sodisfatto (Tanucci a Lindolf, Portici el 23 de abril de 1759, *Archivo de Simancas*, Estado, 5955).

(4) El texto de la sentencia en [Biker], I, 64 ss.

crueldad. Desde la ventana de un palacio de recreo contempló Pombal tan repulsivo espectáculo, que comenzó a las siete de la mañana y duró hasta las tres de la tarde (1). La pena capital fulminada contra los nobles era un índice para los jesuitas de lo que a ellos les aguardaba.

Poco después del atentado señaló ya a los jesuitas como autores del hecho el senador Ignacio Ferreira Souto, legítimo secuaz de Pombal (2). Aun cuando esta delación no tuvo al principio ulteriores consecuencias, con todo, pronto notaron los padres que algo se maquinaba contra ellos. Como el día de San Francisco de Borja (10 de octubre de 1758) según antigua costumbre enviaran a palacio las consuetas tartas de arroz, fueron éstas devueltas (3), manifiesto indicio del desagrado del rey. Pasaron nuevamente algunas semanas, cuando el provincial, P. Henríquez, recibió, el 21 de noviembre de 1758, una orden del cardenal visitador prohibiéndole trasladar a ninguno de sus súbditos (4). Al atardecer del 13 de diciembre, día en que los miembros de la casa de Tavora fueron encarcelados, cercaron los soldados las siete residencias que los jesuitas poseían en Lisboa y en cada casa fué establecida una guardia con orden estricta de no permitir a nadie la entrada sin permiso (5). Aquel mismo día intimaba Saldanha al padre provincial la orden de no permitir a ninguno de sus súbditos de la ciudad abandonar las casas (6). Ante el nuncio defendió Pombal estas medidas con la especiosa razón de que eran adoptadas en defensa de los jesuitas para guardar a los padres de la ira del pueblo, pues éste creía que aquéllos estaban com-

(1) Un informe portugués impreso de aquella época (en *Nunziat. di Port.*, 115, loco cit.) describe extensamente la ejecución de la sentencia. — El primer tomo de la *Raccolta d'opuscoli curiosi ed interessanti intorno gli affari presenti di Portogallo* (Lugano, 1760) contiene un grabado en cobre, que representa en siete cuadros parciales el atentado contra el rey y la ejecución de los nobles. Extensas relaciones de la ejecución, entre otros, en Murr, 71 ss.; Schäfer, V, 272 ss.; Duhr, Pombal, 85 s.

(2) Murr, 61. Con todo, parece que este rumor tuvo poca difusión, puesto que ni el nuncio ni los demás embajadores hacen mención alguna de él en sus frecuentes informes.

(3) Accialoli a Archinto el 24 de octubre de 1758, en Romano, 54.

(4) **Nunziat. di Port.*, 114, loco cit. La traducción latina de la prohibición fué enviada por el provincial al nuncio, pues éste, por medidas de prudencia, ya no frecuentaba las moradas de los jesuitas.

(5) Murr, 66; **Informazione* del 8 de agosto de 1759, *Nunziat. di Francia*, 450. *Archivo secreto pontificio*.

(6) La traducción latina en *Nunziat. di Port.*, 114, loco cit.

prometidos en el atentado (1). Diez días después, al mediodía del 23 de diciembre, comparecieron casi simultáneamente en todas las casas de los jesuitas sendos pelotones de soldados con la misión de hacer un registro en busca de armas ocultas. Naturalmente la inspección no dió resultado alguno (2). Los jesuitas se forjaron la ilusión de que ya podían respirar libremente, cuando he aquí que en la noche del 11 al 12 de enero de 1759 fueron arrestados diez padres como comprometidos en la conjuración contra el monarca (3).

Ninguno de los diez fué jamás oído ni presentado ante tribunal; sin embargo, en el impreso proceso de alta traición aparecen como autores convictos de la confabulación. Según el § 4.º del proceso criminal (4) debieron los padres haber incitado a los nobles acusados, principalmente al duque de Aveiro aspirante a la corona, en sus frecuentes reuniones, a poner por obra el hecho asegurándoles «que

(1) Murr, 67. El no pudo apenas dar crédito a esta explicación, ya que el 28 de noviembre de 1758 había escrito a Roma en un despacho cifrado: «Toda la ciudad está de parte de ellos [los jesuitas], en primera línea el infante don Pedro, a quien siguen las princesas y casi toda la corte; mas ni el primero ni los otros se atreven a hablar de ello. Todo corresponde exclusivamente a la pasión de Carvalho, el cual es verdaderamente despótico y no tiene nadie que le ofrezca resistencia; el mismo rey de Portugal tiene miedo de él, como públicamente se dice» (Duhr en la *Zeitschrift für kath. Theol.*, XXII, 758). En su confidencial *informe a Torigiani del 18 de marzo de 1760, en el cual refiere el nuncio las distintas medidas adoptadas contra los jesuitas, escribe: Il blocco a tutte le loro case di soldati col pretesto scritto dal card. [Saldanha] al Papa, che il popolo faceva rumore et era pronto a bruciare i collegi e case loro per odio di aver essi cospirato alla vita del Re, quando non vi fu chi parlasse, e chi si movesse, e arrivò a tutti nuovo il blocco, che nessuno pensò mai, che i Gesuiti fossero mescolati nel tentato parricidio, che dopo uscita la sentenza, nella quale erano nominati i tre Malagrida, Alessandre e Mattos. Nunziat. di Port., 117, loco cit.

(2) En la antijesuitica «Sammlung der neuesten Nachrichten» de [Klausing] (I, 2, 11) se dice: «En este día precisamente se dirigió a todos los colegios de los jesuitas un policía acompañado de un oficial y varios soldados con el pretexto de que iban a efectuar un registro en busca de tabaco. Lo registraron todo con el mayor empeño; pero no encontrando nada sospechoso, todo quedó como antes, es decir, que sólo quedó la guardia ante las puertas». La misma exposición del suceso la da Murr (67). Según esto, no merece más crédito que de vano rumor a la *noticia del nuncio del 26 de diciembre de 1759 (Nunziat. di Port., 199, loco citato), al decir que corría la voz de que en las casas de los jesuitas habían sido halladas grandes canastas llenas de armas, las cuales ellos querían enviar a las colonias.

(3) Murr, 70. Entre los arrestados se hallaban el provincial P. Henríquez, P. Jos. Moreira, anterior confesor del rey, así como los PP. Gabriel Malagrida, Johann de Mattos y Johann Alexandre. En la lista de los acusados sólo aparecen los tres últimos. Nunziat. di Port., 181 A, loco cit.

(4) [Biker], I, 67 s.; [Klausing], I, 2, 13 ss.

todo se dispondría según sus deseos tan pronto su majestad hubiera terminado su preciosa y gloriosa vida». Los mismos religiosos debieron haber resuelto también «que el homicida que diera muerte a su majestad no cometería pecado ni siquiera venial» (1). Quizá el mismo Pombal, que era el alma de todo el proceso, veía lo infundado e insuficiente de tales declaraciones arrancadas en las torturas (2), por lo cual trató de robustecer su fuerza probativa mediante las llamadas presunciones jurídicas. Siendo imposible admitir, se lee en el § 25 del proceso, «que alguno cometa un crimen sin que a ello le mueva un gran interés, de ahí que sea presumible también que aquel que tenga interés en un crimen sea precisamente el que ha cometido tal crimen en cuanto no demuestre claramente que lo cometió otro». Ahora bien, como los jesuitas, a quienes el rey había alejado del cargo de confesores de palacio y les había prohibido el comercio, tenían gran interés en la muerte del monarca, «de ahí que sola esta presunción jurídica sería suficiente para admitirla como prueba clara basada en el derecho, de que ellos son los culpables de este maldito crimen» (3).

Con tales principios, dice un investigador protestante, así escuetamente aplicados, como en el presente caso se hizo, sin que ninguna de las presunciones se fundara para nada en los actos, se podría «llevar al patíbulo a media humanidad» (4). En realidad todos los

(1) La expresión sobre los pecados veniales hubo de ser consignada, según las *Mémoires du Marquis de Pombal* (II, 49), en un billete del P. Malagrida a la anciana marquesa de Tovar, aun cuando no aduce más datos de la materia a que se refería. Según las actas del proceso fué sentada la afirmación de que el regicidio ni siquiera llegaba a pecado venial (*não peccaria, nem levemente*), por el P. Jacinto da Costa con anuencia del P. Timoteo d'Oliveira. Estos eran, por tanto, los autores; pero éstos no son mencionados para nada en la sentencia, en la cual otros jesuitas son nombrados expresamente. Por lo demás, es de notar que todo el contenido del párrafo 4 trata única y exclusivamente de la confesión que el duque de Aveiro hizo después del tormento (Ofers, 328, notas 1 y 2). También los datos sobre los lugares donde hubieron de celebrarse las reuniones secretas ofrecen serios reparos (cf. sobre ello Murr, 79 s.). Como al embarcarse los criados del duque de Aveiro, que habían sido condenados a ser deportados a las Indias, anduvieran con cierta lentitud, hubo de haber manifestado el portero, entre otras cosas, lo siguiente: «A mí se me castiga para que diga que los jesuitas habían entrado y salido constantemente en casa de mi señor; y porque yo no puedo decir eso debo yo, desgraciado, marchar a la India» (el encargado de negocios Kell a Kaunitz el 3 de febrero de 1761, en Duhr, Pombal, 86, n. 1).

(2) La prueba de la participación de los jesuitas en la «conjuración» se basa únicamente en las confesiones que habían sido arrancadas por el tormento a algunos testigos y a tres procesados (Ofers, 307).

(3) El texto en [Biker], I, 75; [Klausing], II, 2, 34.

(4) Ofers, 301.

historiadores que se han ocupado con alguna detención en el proceso se declaran decididamente en favor de los jesuitas (1). «Carvalho no hubiera renunciado por cierto a la acusación formal (contra los jesuitas) si se hubiera manifestado la menor perspectiva de condena basada al menos en razones aparentes.» (2) Ni siquiera la vigilancia más rigurosa y el más escrupuloso registro habían aportado prueba alguna (3). Cuán seguros estuvieran los jesuitas mismos de su causa se desprende del hecho de que los exjesuitas reclamaron con el mayor requerimiento la revisión de su proceso después de la caída de Pombal (4).

Por más que en el proceso de alta traición se esgrimieron contra la Compañía de Jesús las más atroces inculpaciones y fueron expuestas como hechos probados, con todo, la sentencia no señala pena alguna contra ellos ni siquiera contra los tres nominalmente señalados, PP. Alexandre, Mattos y Malagrida (5). Empero una semana más tarde, el 19 de enero de 1759, sí que apareció un decreto firmado por José I, en el cual se ordenaba la incautación de todos los bienes de la Compañía y el arresto de todos los individuos en sus respectivas moradas, por razón de haber urdido la guerra en el Paraguay y haber tomado parte en la conjuración contra la vida del mo-

(1) Cf. Duhr en *Stimmen aus Maria Laach* XXXVIII, 403 ss.; el mismo, Pombal, 86, n. 1 (donde existen más testimonios).

(2) Olfers, 309 s. «Si hubiera sido posible complicar a algunos particulares (jesuitas) o a toda la Orden en este asunto, lo hubiera hecho.» (Ibid., 307.) El nuncio de París Gualtieri *comunicaba el 25 de junio de 1759, al secretario de Estado Torrigiani, que ni Choiseul ni los miembros del Parlamento otorgaban fe alguna a los informes sobre la participación de los jesuitas en la conjuración y en el atentado contra el rey José (Cifre, *Nunziat. di Francia*, 507, *Archivio segreto pontificio*). En términos parecidos se había expresado ya Gualtieri en una *carta del 5 de febrero de 1759 (ibid., 503).

(3) «Que en las moradas de los jesuitas no se encontró nada que de algún modo favoreciera los designios de Carvalho, no obstante el rigurosísimo registro realizado, lo demuestran las dos únicas cartas, sumamente insustanciales, que Seabra da Sylva dió a conocer en su deducción *galeata* contra los jesuitas, publicada por orden del ministro.» (Olfers, 308.)

(4) «Después de la caída de Pombal no omitieron los jesuitas el presentar al rey y a la reina una súplica junto con trece puntos sobre los cuales había que interrogar a Pombal, «autor de tantas patrañas». Los puntos VI-XII ponen de relieve admirablemente el lado flaco de la sentencia con relación a los jesuitas en ella nombrados.» (Olfers, 310, n. 1.) Cf. también Duhr, Pombal, 91 ss. V. en Murr, 165 s., los trece puntos de la suplicatoria.

(5) Un grabado en cobre con las cabezas de los tres padres se halla en la rica colección de folletos de la época de la supresión en la biblioteca de la Civiltà Cattolica de Roma.

marca (1). Con la misma fecha fué expedida una circular en nombre del rey a todos los obispos del país para darles cuenta de los «impíos y peligrosos errores que los jesuítas habían difundido hasta el presente por todo el reino y por medio de los cuales, abusando de su sagrado cargo, habían inducido al error las conciencias de los ajusticiados autores materiales del atentado». Para terminar se encarga a los prelados que preserven a los rebaños confiados a su tutela de los venenosos pastos jesuíticos (2). Con el propósito de dar a estas acusaciones mayor importancia ante el pueblo, obligó Pombal a los obispos a publicar cartas pastorales en el mismo sentido del real documento. Servilmente secundaron aquéllos la orden del omnipotente ministro y en sus cartas lanzaron inculpaciones contra los jesuítas, de quienes hasta entonces se habían servido constantemente para el ministerio de almas, y a los cuales ahora acusaban de que sus costumbres eran perversas, sus doctrinas impías y sus escuelas corruptoras (3). El nuncio creyó inoportuno comunicar a los obispos el desagrado que al Pontífice habían producido sus pastorales, porque los prelados se habían conducido movidos por la presión y presumía que tal medida atizaría todavía más el fuego (4).

Los desagravios y las reparaciones llegaron con todo, aun cuando de otro punto. Apenas tuvieron noticia los obispos de otros países católicos de las pastorales de sus hermanos portugueses se apresuraron a enviar al Papa cartas llenas de reconocimiento a la vida y trabajos de los jesuítas en la Iglesia y en la labor docente; si se las hubiera dado a la publicidad hubieran constituido una eficaz apología

(1) El texto en [Biker] I, 79 ss., la traducción alemana en [Klausing] I, 2, 48 ss.

(2) El texto en [Biker] I, 84 ss.: la traducción alemana en [Klausing] I, 2, 54 ss.

(3) Las cartas pastorales impresas de los obispos se hallan en parte en *Nunziat. di Port.*, 115 y 116, loco cit., y en el *Archivo de Simancas*, Inquisición, 444. Cf. además Murr, 90 s. No contento Pombal con el dictamen de los obispos, publicó un escrito con el título de *Erros impíos e sediciosos etc.*, cuyo texto se halla en [Biker] I, 85 ss. Cf. además Murr, 91 s.; también Caeyro, **De exilio provinciarum transmarinarum* (ms.), Lusit., 97, f. 39, en *poder de los jesuitas*.

(4) **Ai vescovi è difficile far nota la disapprovazione del S. Padre alle loro irregolari lettere pastorali, mentre sono stati forzati; e non essendone alcuno qua, converrebbe scrivere, il che potrebbe accendere maggior fuoco e far girare con disordine alla S. Sede per commenti, e altre cose, che naturalmente si darebbero al pubblico colle stampe che qua, come V. E. ha potuto conoscere, non si risparmiavano.* Acciajolli a Torrigiani el 4 de septiembre de 1759. *Nunziat di Port.*, 200, loco cit.

de la Orden (1). Mucho más de doscientas cartas (2) llegaron a Roma rebotando alabanzas a la Compañía. Prelados de la más encumbrada jerarquía se afanaban por testimoniar al Padre de la cristiandad su admiración hacia los religiosos tan inicualemente calumniados, cuya bendita y benéfica actividad habían experimentado ellos mismos en sus respectivas diócesis. Los tres electores eclesiásticos de Maguncia, Tréveris y Colonia, el cardenal de Lamberg, el obispo príncipe de Passau, el arzobispo príncipe de Salzburgo, el arzobispo príncipe de Praga, el primado de Bohemia, el arzobispo de Kolocsa, el arzobispo de Armagh, el primado de Irlanda, el cardenal Rovero, el arzobispo de Turín, los arzobispos de Mesina y Montreale, los obispos y arzobispos de Francia, Polonia y principalmente de España, alzaron ante la Santa Sede sus voces en defensa de la Orden tan gravemente vilipendiada (3).

En Roma estaban tanto más preocupados por los sucesos de Portugal cuanto que se hallaban completamente desorientados sobre el curso que seguía la visita. Con anterioridad a la expedición del breve de visita había solicitado el cardenal secretario de Estado con insistencia pruebas y autos justificativos de las quejas e inculpaciones contra los jesuitas (4). Pero el nuncio le hubo de tranquilizar siempre con la promesa de los informes próximos a llegar; a lo sumo podía repetir las acusaciones generales sustentadas por el ministro. Las mismas inculpaciones de la relación abreviada (*Relação abreviada*), por grande que fuera la impresión que produjeron, no llegaban a desvanecer la enorme duda de la curia romana. Más luz se había de sacar de la visita en el intrincado asunto, en el cual a las burdas acusaciones del gobierno portugués se oponía un rotundo mentís de parte de los jesuitas. Pero en vano; algunas semanas antes de su muerte, el 6 de septiembre de 1758, había requerido nuevamente Archinto una relación al cardenal visitador (5). Antes de que la carta llegara al destinatario había notificado ya el nuncio, con fecha 12 de septiembre de 1758: Lo que Saldanha y el secretario de

(1) Cordara, *Commentarii*, 531 ss.; De suppressione, 51. El P. Lagomarsini había coleccionado todas las cartas; v. Ravignan, I, 158, nota 1.

(2) Muerto Clemente XIII, fueron retiradas del archivo pontificio una gran parte de estas cartas. Ravignan, II, 79, nota 1, y 178, nota 1.

(3) *Ibid.*, 178, nota 1.

(4) *Archinto a Acciaiolí el 20 de enero y 7 de abril de 1757, *Nunziat. di Port.*, 178 y 180, loco cit.

(5) *Ibid.*, 180.

Estado (Pombal) hacen o dejan de hacer respecto de la visita no lo sabe nadie; sobre este asunto impera un misterio insondable (1). Tampoco pudo conseguir Acciaioli información alguna verbal: «De Saldanha, escribía, no puede sacarse nada» (2); «Saldanha es impenetrable» (3); «Saldanha no dice palabra» (4). Por fin el 2 de enero de 1759 brilló un nuevo rayo de esperanza: Pombal reconoció la obligación que el cardenal tenía de informar al Padre Santo del curso de la visita y aseguró que el rey personalmente pondría al corriente al Pontífice de la participación que los jesuitas habían tenido en el atentado (5). Mas a pesar de todas las promesas no llegó informe de ninguna especie. El 25 de enero de 1759 insistía de nuevo el recién nombrado secretario de Estado Torrigiani: «En Roma se espera con impaciencia el amplio informe sobre los delitos de los jesuitas, informe que según palabra de vucencia hace ya mucho tiempo que Carvalho tenía intención de remitir». Cautelosamente añadía luego Torrigiani: «Es de advertir que acusaciones vagas y generales no son pruebas convincentes de los supuestos delitos» (6). El 18 de febrero preguntaba otra vez el secretario de Estado: «¿Por qué no escribe Saldanha al Papa, según el breve previene? Aun en el caso que el rey personalmente mande relación de todo, necesita un exacto informe del visitador junto con el comprobante documental» (7). Al parecer, Pombal se proponía presentar a la Santa Sede hechos consumados. El nuncio, quien el mismo día 13 había escrito aseverando que el ministro le había manifestado repetidas veces su voluntad de no hacer nada contra los jesuitas sin anuencia del Padre Santo (8), se vió precisado a notificar con el correo inmediato (20 de febrero) que se había comenzado ya la venta de los bienes muebles de los Padres; el cardenal visitador y su secretario afirmaban no tener la menor noticia del caso (9).

(1) Ibid.

(2) *Acciaioli a Archinto el 17 de octubre de 1758, *ibid.*, 199.

(3) *Acciaioli a Archinto el 24 de octubre de 1758, *ibid.*

(4) *Acciaioli a Torrigiani el 26 de diciembre de 1755, *ibid.*

(5) *Acciaioli a Torrigiani, *ibid.*

(6) *Torrighiani a Acciaioli, *ibid.*, 183.

(7) Ibid.

(8) Ibid., 199. — Entre otras cosas había narrado también Pombal al nuncio, que el cardenal visitador no había encontrado en las moradas de los jesuitas ni un solo ejemplar del Instituto o de las Reglas de San Ignacio: prueba de que no vivían conforme a sus reglas. *Ibid.*

(9) Ibid.

Para poner en ejecución el secuestro de los bienes, según prescribía el edicto del 19 de enero de 1759 (1), en las primeras horas de la mañana del 5 de febrero se presentaron sendos comisarios regios en las siete residencias que los jesuitas poseían en Lisboa. Los moradores de las cuatro casas menores fueron repartidos en tres de las mayores, excepto los seis padres del hospicio de San Francisco de Borja, los cuales fueron conducidos a la fortaleza de San Julián sita en la desembocadura del Tajo. Inmediatamente se dió comienzo en todas las casas a la venta de los víveres y utensilios de cocina. Para el sustento diario les fué asignado a cada jesuita un tostón (15 cruzados); si piadosos bienhechores no les hubieran socorrido secretamente con limosnas y comestibles se hubieran visto en la indigencia. Las grandes *riquezas* de los jesuitas no querían aparecer a pesar de las celosas pesquisas; incluso las excavaciones realizadas en los pisos y muros en busca de recónditos escondrijos no dieron el menor resultado. Cantidades de alguna importancia sólo se encontraron en el hospicio de San Francisco de Borja, donde radicaba la administración de los bienes de las provincias transmarinas. Mas este hallazgo no respondía ni con mucho a las abrigadas esperanzas; y ni siquiera alcanzaban para cancelar las considerables deudas. El aderezo de los aposentos era en absoluto cual a la pobreza religiosa corresponde: la mayor riqueza la constituía un hornillo de hierro con algunas tazas de porcelana china o japonesa, como en aquella época eran frecuentes en Portugal (2).

Temíéndose en Roma que el gobierno portugués se propusiera

(1) Cf. anteriormente la página 147.

(2) Acciaiolí, que ya en 1758 había señalado el comercio público de los jesuitas como su único escándalo (v. anteriormente la nota 4 de la página 132) hace notar acerca de la venta de los bienes: *La roba venduta fu certo di scandalo per parte de'Padri perchè non era a uso di Religiosi, nè in quantità di Religiosi, ma de magazzini di mercanti, comme essi erano (a Torrigiani el 18 de marzo de 1760, Nunziat. di Port., 117, loco cit.). A una conclusión distinta llega un nuevo historiador a base de amplios estudios sobre las misiones: As rendas [das missões] á primeira vista enormes, nem sempre bastavam a satisfazer por completo as necessidades das missões. Se em tal assumpto podessamos baixar ás estatísticas, certo encontraríamos que jamais empreza de magnitude tal se realisou com tão limitados meios (J. Lucio d'Azevedo, Os Jesuitas no Grão-Pará, Lisboa, 1901, 208 s.). V. Murr, 100, n. 1. Alguna luz arroja sobre la anterior comunicación del nuncio la noticia de que Pombal ordenó llevar al pequeño hospicio de S. Borja y subastarlos allí una parte de los preciosos muebles de los Tavora y una parte de las existencias de los almacenes de las misiones (Murr, 100). Una relación amplia del desarrollo de la venta, *ibid.*, 94 ss.

proceder contra los jesuítas con violación de la inmunidad eclesiástica, decidió Clemente XIII dirigirse personalmente a José I. Con sus votos por el pronto restablecimiento del monarca, le expuso también tanto su execración del criminal atentado, como su confianza de que al castigar a los eclesiásticos quizá culpables no se dejaría de respetar las cláusulas canónicas (1). No obstante este paso dado personalmente por el Padre Santo, en Lisboa dejaron transcurrir el tiempo, tanto que el 22 de marzo de 1759 se volvió a lamentar Torrigiani de que todavía no se hubiera realizado el envío prometido del protocolo de la visita y del proceso criminal (2).

Con todo, en el entretanto había escrito Saldanha al Pontífice con fecha del 20 de marzo de 1759 (3). Pero ni siquiera en esta ocasión remitió informe alguno canónico de la visita. Recibido el breve del 28 de abril de 1758, así escribía, había solicitado y obtenido el auxilio del brazo secular. Los jesuítas eran incorregibles, por lo cual había resuelto el monarca desterrarlos a todos. Aludiendo al breve *Immensa Pastorum* de 1741, a las promemorias del embajador y a la tan famosa relación abreviada, culpa el cardenal visitador a los padres de urdir conspiraciones, promover la guerra en las colonias y de calumniar al monarca y a su gobierno. Sus negocios comerciales, dice, son públicos y manifiestos, y también se desprenden de sus libros comerciales de entradas y gastos. Que ellos tuvieron parte en el intento de asesinato contra el rey está demostrado en la sentencia criminal. Con el fin de ponerles a salvo del linchamiento popular (4) el gobierno puso guardia en sus moradas

(1) *22 de febrero de 1759 (copia), Nunziat. di Port., 181, loco cit. En una adjunta carta para Acciaiolí aprobó Torrigiani la actuación del nuncio, quien se presentó a Saldanha y a Pombal, no para amparar a los realmente culpables, sino para mirar por la observancia de las normas eclesiásticas en los procesos penales (*22 de febrero de 1759, *ibid.*, 180 A). Qui non si intende di scusare il delitto, quando veramente in essi vi sia, ma non si può nemmeno scusare che si proceda tanto notoriamente contro persone ecclesiastiche e regolari senza la previa notizia ed intelligenza del Sommo Pontefice, massime atteso il precipuo obbligo, che imponeva al cardinale di Saldanha il suo Breve di visitatore, ben noto a cotesta corte, di non procedere a nessuna esecuzione contro gli stessi Padri, senza darne prima parte al Sommo Pontefice ed attendere la sua suprema approvazione. Si starà però attendendo con ansietà di sentire dalle prime lettere di V. S., come si vorrà costì giustificare un passo tanto pubblico e cotanto avanzato (abril de 1759, en Romano, 89 s.).

(2) *Nunziat. di Port., 183, loco cit.

(3) *Ibid.*, 204, f. 7 ss.

(4) Cf. los *informes del nuncio anteriormente en la nota 1 de la página 145.

y él les intimó la orden de no salir de ellas. El rey se creía obligado en conciencia a arrestar a los participantes en la conjuración y extrañar a los demás jesuitas de entre sus fieles súbditos. Es cierto que se ha ordenado el secuestro de sus bienes, con todo, tanto la disposición sobre este extremo como el proceso no se efectuarán sino de inteligencia con el supremo jerarca de la Iglesia. Para terminar, añade, quiere apuntar dos hechos: todas las capas sociales habían suplicado al rey el absoluto exterminio de los malhechores; todos los rumores contrarios eran falsos, imaginarios y falaces.

Esta carta, cuyas líneas acusan manifiestamente al dócil doctrino de Pombal (1), fué calculada con el exclusivo designio de preparar en Roma el camino a las imposiciones que José I había de presentar inmediatamente a la Santa Sede. El documento no pudo satisfacer a la curia, pues ésta demandaba un informe en regla de la visita (2), cosa que Saldanha jamás remitió ni podía remitir, puesto que de hecho no había realizado visita alguna (3). Desde su nombramiento sólo en dos ocasiones había puesto los pies, y esto por unos momentos, en una morada jesuítica (4).

El 20 de abril de 1759 fué remitido al Pontífice la por tantos meses esperada carta del rey (5). En ella se contienen las conocidas acusaciones contra los jesuitas. El soberano los acusa de infidelidad contra sus reglas y constituciones, de ser autores de la guerra en el Paraguay y del atentado contra su persona. Por interés de la paz y tranquilidad de su pueblo había hecho uso del poder que el derecho

(1) Il card. sta a scuola ed eseguisce i precetti del segretario suddetto [Carvalho], senza mai replicare, non che opporsi. Acciaioli a Torrigiani el 28 de noviembre de 1758, en Duhr, en la Zeitschrift für cath. Theol., XXII, 758.

(2) *Torrighiani a Acciaioli el 26 de abril de 1759, Nunziat di Port., 183, loco cit. Muy acertadamente hace notar Torrigiani en esta *carta a Acciaioli que debía distinguirse con todo rigor entre la cuestión general del estado de observancia en los jesuitas y la otra particular acerca de la conducta de determinados individuos de la Orden. El gobierno portugués parece que quiere mezclar las dos.

(3) *Il nulla fatto di visita regolare dal cardinale (Acciaioli a Torrigiani el 18 de marzo de 1760, *ibid.*, 117). *...e dica chiaramente [en la audiencia con el rey de España] que il sig. card. Saldanha in vece di riformargli e correggergli, come portava la commissione della visita, ha prestato la sua mano servile al Ministro per distruggerli, non avendo mai reso conto alla S. Sede (Torrighiani a Acciaioli el 11 de septiembre de 1760, *ibid.*, 182).

(4) Murr, 54. Cf. anteriormente, pág. 131.

(5) [Biker], I, 100 s. El correo llegó el 22 de mayo a Roma, pero los documentos no fueron entregados hasta el 7 de junio.

tanto divino como humano le otorgaba y había decretado la extradición de la Orden de los confines de Portugal. No podía menos de confiar que el Papa aprobaría su inmutable resolución. Para evitar un conflicto entre el poder religioso y civil recomienda se apruebe la adjunta demanda del procurador de la corona, José da Costa Ribeiro (1) y que las facultades de proceder judicialmente contra los clérigos por delito de lesa majestad otorgadas por Gregorio XIII al Tribunal de conciencia (Mesa de consciencia) se hagan extensivas a todos los grados del clero y a todos los casos parecidos para el porvenir, de suerte que puede ser impuesta incluso la pena de muerte a los religiosos que se hallaren entre los conjurados.

La sorpresa que al Pontífice produjo esta carta fué tanto más dolorosa cuanto que el gobierno español, tras de realizar una escrupulosa investigación, acababa de declarar a los jesuitas exentos de toda cooperación en la guerra del Paraguay (2). También repugnaba a Clemente XIII otorgar la solicitada facultad con amplitud tan enorme, pues no quería privar para siempre a los eclesiásticos de sus jueces ordinarios (3). Para proceder con más seguridad convocó una congregación especial de cardenales y prelados, la cual en su primera sesión se declaró por unanimidad por la concesión del solicitado indulto, aun cuando restringiéndolo al caso presente y con la adición de cláusulas que excluyeran todo abuso. En favor de la aprobación, asimismo solicitada, del destierro de los jesuitas no

(1) [Biker], I, 101, la traducción alemana en [Klausing] II, 377. La demanda está fechada en Lisboa el 15 de abril de 1759. La **Deducção o Promemoria* también adjunta, fuera de las medidas tomadas contra los jesuitas, no contiene en sus trece apartados más que las conocidas inculpaciones de la corrompida moral, de los asuntos comerciales, de la falta de observancia del Instituto, urdimiento de sediciones en las colonias y en la metrópoli. El texto en [Biker] I, 102 ss., traducción alemana en [Klausing] II, 270 ss.

(2) *Torrighiani a Gualtieri en París el 11 de julio de 1759 (Nunziat. di Francia, 450, loco cit.): **Quanto alle pretese reità de' medesimi Gesuiti nelle cose del Paraguai, pare che il giudizio non possa formarsene da altri meglio che dalla Spagna, di cui è interesse il farsi prestare la dovuta ubbidienza ne' propri domini. E pur non promove ella contro de' Gesuiti querela alcuna. Prendo detto come per scherzo dal Duca di Choiseul l'aumento di commercio, che si può ripromettere l'Italia dal venire qua trasportati i Gesuiti di Portogallo. E quanto al diritto de' monarchi di espellere da loro stati gli ordini religiosi, tutte le volte che non si credono più utili ai medesimi, la di lui proposizione va troppo avanti.*

(3) *Informazione del 8 de agosto de 1759, Nunziat. di Francia, 450, f. 325 ss., loco cit. Idéntica Información fué dirigida a todos los nuncios de las cortes más importantes y contiene una exposición de los acontecimientos del 3 de septiembre de 1758 a comienzos de agosto de 1759.

hubo ningún voto por ser desconocido el caso (causa non cognita) (1). Con la esperanza de poder dominar todavía la tormenta, se decidió el Papa a responder conforme al sentir de la resolución adoptada por la congregación. Por el breve del 2 de agosto de 1759 otorgaba a los miembros de la *Mesa de conciencia* la facultad para procesar a los clérigos y religiosos, excepción hecha únicamente de los obispos y altos prelados, e imponerles las penas establecidas por la ley, incluso la capital, si se les probaba ser culpables del atentado (2). Al mismo tiempo envió Clemente XIII dos cartas a José I. En una notifica al soberano la otorgada facultad, pero a la vez le suplica encarecidamente que no haga castigar a los inocentes junto con los culpables y le conjura a proceder con espíritu de clemencia evitando al pueblo cristiano el horrible espectáculo del derramamiento de sangre de sacerdotes. Al interceder así cree obrar conforme al espíritu de la Iglesia, la cual, por cierto, interpone siempre esta súplica al entregar un delincuente al brazo secular (3). Respecto a la expulsión de los jesuitas expresó Clemente en la segunda carta al monarca su acerbo dolor por la medida adoptada, trajo a la memoria los anteriores méritos de la Orden para con la Iglesia, el mucho bien que aun producía actualmente en todo el mundo, los elogios que el rey y sus antecesores le habían tributado y la infamia que semejante expulsión le acarrearía en todas partes. No es lícito hacer purgar a toda la Orden las culpas de determinados individuos. Por lo que a los abusos introducidos se refiere, prosígase la visita, que el Papa está pronto a ofrecer gustoso su mano para establecer el prístino florecimiento. La total extradición de la Compañía no redundaría ni en honor de Dios ni en provecho del Estado. Finalmente suplicaba de nuevo el Papa con el mayor encarecimiento al rey que no

(1) A la congregación pertenecían los cardenales D'Elce, Spinelli, Cavalchini, Tempi, Rezzonico y Torrigiani, así como los monseñores Ratta, Garampi y Boschi. La sesión tuvo lugar el 22 de julio de 1759 (Nunziat. di Port., 203, f. 11, loco cit.); los votos y conclusiones ibid., f. 14 ss.

(2) Impresión y traducción portuguesa en [Biker] I, 149 ss. La fecha del 11 de agosto que allí se lee es indudablemente un error de lectura, puesto que el documento fué ya expedido en la noche del 1 al 2 de agosto. Esta fecha pasó luego a la Bull. Rom. Clementis XIII, Roma, 1835, I, 217, y Prati, 1842, I, 237, a la «Diplomatische Korrespondenz aus den Jahren 1759 und 1760 betreffs die Bestrafung und Ausweisung der Jesuiten aus Portugal», Gotinga, 1850, 12 ss., etc.

(3) Original en Nunziat. di Port., 203, loco cit.; el texto latino y portugués en [Biker] I, 156 ss.

pusiera en ejecución su propósito, pues ello sumiría al Vicario de Cristo en el más profundo pesar (1).

Con este paso confiaba Clemente XIII que lograría conjurar la tormenta en los últimos momentos. Pero el embajador portugués Almada, quien hacía ya mucho tiempo había envenenado el ambiente político con sus intrigas, libelos calumniosos y falsas noticias (2), fué el que en esta ocasión estorbó también la obra de la paz. El 30 de julio se quejó por carta al cardenal secretario de Estado de no haber recibido todavía respuesta (3), a pesar de que la congregación había celebrado la sesión hacía ya ocho días. Si el rey había demorado por tanto tiempo la respuesta al breve pontificio, había que tener presente la diferencia entre una carta de cortesía y un documento en el cual se trata de la vida del monarca y de la seguridad del reino. En el entretanto podían los jesuitas esparcir su ponzoña en la corte pontificia y difamar al rey y a su feliz gobierno. Con ello se daba pábulo a la sospecha de que su reprochable conducta era apoyada o al menos permitida en tan santo lugar (4). Aquel mismo día refutó Torrigiani tales suspicacias en forma serena y objetiva (5). Dos días después, el 1.º de agosto, llegó una nueva queja de parte del emba-

(1) El original en Nunziat. di Port., loco cit.; impresión en [Biker] 1, 152 ss.

(2) *Acciaioli a Torrigiani el 16 de septiembre de 1759, Nunziat. di Port., 200, loco cit. El mismo designio manifiesta el cardenal secretario en su carta del 18 de octubre de 1759 al nuncio: Almada, il quale non avendo più commercio con altri che con persone fanatiche e male intenzionate, beve ai loro fonti tutto il veleno che poi si sparge costì per alienare cotesta corte dalla nostra, il che pur troppo gli riuscirà, se resterà più lungamente incaricato degli affari (en Romano, 119 s.). La siguiente noticia demuestra los medios con los cuales se trabajaba entonces para desacreditar la fama de los jesuitas: El 23 de agosto de 1759 trae la Gaceta de Lisboa una noticia de Nápoles diciendo que el cardenal arzobispo de aquella localidad, acompañado de un funcionario regio, se dirigió al aposento del jesuita Pepe, que días antes había muerto en olor de santidad, encontrando en dicha celda: 600 onzas de oro en lingotes y granos, una asignación de crédito por valor de 56 000 ducados, 1600 libras de cera, diez latas con tabaco holandés, tres despertadores, 200 pañuelos de seda y 300 000 florines en numerario. Para la iglesia de la Inmaculada mandó fundir una gran imagen de la Virgen de plata maciza y a la misma iglesia regaló unos ornamentos de terciopelo, bordados en oro (Acciaioli a Torrigiani el 4 de septiembre de 1759, en Romano, 108 s.). El 11 de octubre de 1759 notificaba Torrigiani que todo era falsedad y patraña (ibid., 109).

(3) A causa de su hostil y lesiva actitud le había dado a entender el cardenal secretario que no se molestara más personalmente. *Almada a Torrigiani el 30 de julio de 1759, Nunziat. di Port., 181, loco cit.

(4) Ibid.

(5) Ibid.

jador, el cual, gracias a sus secretos confidentes (1), estaba perfectamente al tanto de cuanto en la curia ocurría, querellándose de que se pretendiera remitir la decisión pontificia a Lisboa no por su medio sino mediante un correo extraordinario (2). Le contestaron que se hacía así por especial atención al rey (3). Con todo, en último término se había elegido este camino con el fin de mantener en el mayor secreto el paso dado por el Papa respecto al monarca, ya que de publicarse prematuramente la decisión del Papa, lo cual era inminente si Almada tenía noticia de ella, se podía temer no pequeño entorpecimiento en el efecto que de ella se pretendía. Se esperaba mayor éxito de las cartas adjuntas, si éstas llegaban a Lisboa sin las apostillas de Almada (4).

Para prevenir todas las dificultades, en la noche del 1 al 2 de agosto despachó ya Torrigiani el correo extraordinario camino de Portugal (5). Una caída del caballo en las proximidades de Aix impidió, sin embargo, la prosecución del viaje y con gran impreme-

(1) Cf. *Acciaoli a Archinto el 12 de septiembre de 1758, *ibid.*, 199.

(2) *Ibid.*, 203.

(3) Torrigiani a Almada el 1 de agosto de 1759, *ibid.*, 199. Véanse también allí las *Observaciones que envió Torrigiani el 2 de agosto de 1759 al nuncio Acciaoli.

(4) *[Prima] Informazione del 8 de agosto de 1759, Nunziat. di Francia, 450, loco cit. *A chi poi è cognito il carattere del suddetto Ministro, e chi sa, che il suo fanatismo non è minore della sua incapacità, bisogna che confessi, che non era possibile di trattare seco, tanto più che, avendo voluto N. S. per giustissimi riflessi tener segrete le sue risoluzioni, il comunicarle a lui sarebbe stato l'istesso, che renderle pubbliche a tutto il mondo (Seconda Informazione del 24 de octubre de 1759, *ibid.*). Todavía con mayor claridad se expresa el cardenal secretario de estado en su *Despacho cifrado del 14 de mayo de 1761 al nuncio de Madrid, Pallavicini, que da al propio tiempo una clara visión de los manejos del partido antiesultico en Roma: *Non furono però questi i veri motivi, che fecero abbracciare il partito di tener segrete al Ministro le pontificie risoluzioni; ma bensì l'imprudente condotta di lui, e di tutto il partito anti-gesuitico, che con troppa ansietà si mostrava curioso di vedere che cosa si sarebbe fatto, e prevedevasi disposto a glossare, a criticare, ad avvelenare tutto ciò, che non fosse intieramente conforme alle concepite speranze. Continui complotti tenevansi e presso il Ministro, e in altri luoghi, che a Lei forse verranno in mente; giravano gli emissarii, le ambasciate, i viglietti. Onde fu prudenza il non aggiungere materia ad una tale fermentazione, che dalla malignità d'alcuni, dal trasporto e dall'imprudenza di altri, in un paese, ove regna l'acutezza di pensare, e la libertà di parlare, poteva portarsi agli estremi, sperando miglior incontro in Lisbona al Breve pontificio e alle lettere che l'accompagnavano, se colà fossero giunte vergini, che se prima passate sotto la censura di questi pazzi (Nunziat. di Port., 182, loco cit.).

(5) *[Prima] Informazione del 8 de agosto de 1759, Nunziat. di Francia, 450, loco cit.

ditación entregó el pliego de cartas al correo que Almada despidiera sin pérdida de tiempo, el cual se ofreció gustoso a llevar al nuncio dicho pliego (1). El 19 de agosto llegaba a Lisboa el correo de Almada y entregó los despachos pontificios al secretario de Estado Da Cunha, quien no los transmitió al nuncio hasta el 21 de agosto (2). Tan pronto como recibió las cartas comunicó Acciaioli al ministro que deseaba celebrar una conversación con él. Mas el secretario de Estado, a quien ante todo buscaba, declaró que el asunto de los jesuitas pertenecía a la jurisdicción de Pombal. Este, por su parte, se negó a recibir las cartas dando como razón que desde que el asunto había pasado a depender de Roma se había convertido en asunto de Estado y por tanto competía a Da Cunha (3). Por fin consiguió el nuncio ponerse de acuerdo con éste remitiéndole a la vez una copia de los despachos (4). Con gran asombro recibió Acciaioli el 7 de septiembre un billete del ministro de Estado del siguiente tenor: El rey está dispuesto a aceptar las dos cartas del Papa; en cambio, se ve obligado a diferir la aceptación del breve por el momento hasta haberse realizado ulteriores negociaciones sobre el particular (5). Como motivo de semejante repulsa se dijo que el breve ni había sido tratado con el embajador ni tampoco remitido por su conducto; además de que la única razón para remitirlo junto con las cartas había sido para obligar al monarca a aceptarlo, lo cual le era a éste imposible, puesto que las deseadas facultades no habían sido otorgadas con carácter ilimitado (6). A esto replicó el nuncio demostrando que ni al ser remitida la carta del rey, ni después habían sido solicitadas las negociaciones; por lo demás, se habían otorgado todas las facultades necesarias para el caso presente. También se había valido la corte de Lisboa en sus

(1) Así la referencia oficial en la *Seconda Informazione del 24 de octubre de 1759, *ibid.* Parece que el nuncio Acciaioli no otorgó fe alguna al infeliz suceso; él habla de la *malattia certamente non naturale del Corriere spedito al Nunzio colle riposte* (*a Torrigiani el 18 de marzo de 1760, *Nunziat. di Port.*, 117, *ibid.*). Cf. además la exposición de Murr (135 s.).

(2) *Seconda Informazione del 24 de octubre de 1759, *loco cit.*

(3) *Ibid.* *Acciaioli a Torrigiani el 4 de septiembre de 1759, *Nunziat. di Port.*, 200, *loco cit.*, y el 13 de noviembre de 1759, *ibid.*, 202; *Memoria di fatto del 11 de julio de 1760, *ibid.*, 117.

(4) *Ibid.*

(5) [Biker], I, 159 s.

(6) *Seconda Informazione del 24 de octubre de 1759, *loco cit.*; *Memoria di fatto del 11 de julio de 1760, *loco cit.*

relaciones con la curia de Roma de un correo especial prescindiendo del nuncio. El breve no había sido remitido por separado, mas también se habían adjuntado a la carta autógrafa del rey la demanda del procurador de la corona. En vano protestó Acciaioli que le era imposible entregar los documentos por separado, puesto que se hallaban sellados con el mismo sello pontificio para romper el cual ninguna facultad tenía (1).

Para evitar el escándalo resolvióse el nuncio a visitar al rey, cosa que ya era perfectamente inútil. En la audiencia del 11 de septiembre, pretextando el monarca las mismas razones, se negó a aceptar las cartas del Papa junto con el breve, de suerte que el nuncio hubo de retirarse sin arreglar el asunto (2). Al querer entonces informar al Pontífice de lo ocurrido y pedirle nuevas normas, le fué negada la licencia para los caballos de la posta con toda suerte de disculpas, hasta el 15 de septiembre (3). En dicho día salió otro correo urgente con despachos para el embajador de Roma a fin de que éste solicitara del Papa un breve conforme a los deseos del rey. El mensajero llegó a la Ciudad Eterna el 3 de octubre. Pero como Almada después de dos semanas no hubiera hecho llegar noticia alguna ni al Papa ni al secretario de Estado, Clemente XIII encargó al nuncio de Lisboa que hiciese saber su desagrado al secretario de Estado Da Cunha por la ofensa que se le había inferido rechazando el breve y las cartas y que al mismo tiempo protestase de la escandalosa conducta de Almada con la corte de Roma (4).

El extravagante proceder contra el Papa y su secretario se interpretaba en Roma en el sentido de que Pombal, mediante estas maniobras dilatorias, pretendía inutilizar la intervención del Papa en favor de los jesuitas, pues durante estos sucesos ya se había dado principio a su expulsión del territorio portugués. Se buscaba un

(1) *Ibid.*

(2) *Ibid.*; *Acciaioli a Torrigiani el 13 de septiembre de 1759, loco cit. El nuncio no pudo entregar a la reina el breve del 2 de agosto en el cual el Pontífice le rogaba que ejerciera su influjo para aplacar a su marido (el original en la Nunziat. di Port., 203, loco cit.).

(3) *Seconda Informazione, loco cit.; *Memoria di fatto del 11 de julio de 1760, loco cit.

(4) Un amplio informe de los susodichos sucesos v. en los ya repetidas veces citados *Despachos del nuncio al cardinal secretario del 13 de septiembre de 1759 y del 18 de marzo de 1760, Nunziat. di Port., 177, loco cit.; además, en la *Seconda Informazione (loco cit.) y en la *Memoria di fatto del 11 de julio de 1760 (loco cit.).

pretexto para poder decir que la intercesión había sido tardía, por más que la corte no podía desconocer el contenido de las cartas por las copias que se le habían entregado (1).

III

Mientras en Roma todavía seguían aguardando la entrega de los nuevos despachos, se hallaba ya en curso la expulsión de los jesuitas de Portugal; ciento treinta y tres padres hubieron de abandonar el 17 de septiembre de 1759 el puerto de Lisboa y el 24 de octubre eran desembarcados en Civitavecchia, en territorio pontificio (2). En la curia, donde Almada no había dicho ni una sola palabra de este atropello, no estaban preparados para tamaño acontecimiento (3). Es cierto que Pombal había lanzado repetidas veces esta amenaza, que el rey había solicitado para ello la aprobación del Pontífice (20 de abril de 1759) (4) y que el nuncio había informado con frecuencia sobre el caso (5); pero las amenazas del ministro no habían sido tomadas en serio, y siempre se confió en un cambio de parecer por parte del rey. Parece ser que en un principio se pensó en la colonia portuguesa de Angola, en el Africa, como punto de destierro (6), mas en el mes de julio se daba desde París como cierta la noticia de que Pombal tenía el propósito de enviar a Italia a los jesuitas. Con todo, en vista de la forma con que se revestía el comunicado, creyó Torrigiani que se trataba de una mal traída chanza del ministro Choiseul (7). Ya se hallaba el primer transporte en alta mar cuando apareció una real providencia con fecha 3 de septiembre, la cual,

(1) *Seconda Informazione, loco cit.

(2) Ibid. Seis padres que procedían de familias de la más alta nobleza del país, fueron encerrados en conventos de otras Ordenes. Más pormenores sobre el transporte, v. en Murr, 111 s.

(3) *Seconda Informazione, loco cit.

(4) V. anteriormente la página 153.

(5) por ejemplo, *el 3 de abril, 26 de junio y 21 de agosto de 1759, Nunziat. di Port., 200, loco cit. V. también Romano, 110.

(6) A la noticia de que el rey de Portugal había hecho deportar una parte de los jesuitas al Africa, Oefe, perpetuo adversario de los jesuitas, compuso el siguiente dístico: Transtulit in Lybicas Socios Iosephus arenas | Ne careat monstis Africa terra novis. | Hac 20. Nov. cecini (Oefeleana, 61 [1759], última página, departamento de manuscritos de la Biblioteca pública de Munich). Cf. también Murr, 104.

(7) Cf. anteriormente la nota 2 de la página 154.

sacando de nuevo a relucir las conocidas acusaciones, condenaba a todos los jesuitas por manifiestos rebeldes y reos de alta traición a la extradición del territorio, prohibiéndoles bajo pena de muerte la permanencia en los dominios portugueses. La misma pena se conminaba a todos aquellos que les proporcionaran refugio o sostuvieran con ellos relaciones de palabra o por escrito (1). Una carta del mismo contenido y de la misma fecha fué dirigida al cardenal patriarca y a todos los obispos del país. Saldanha publicó aquel mismo día una carta pastoral en la cual, aludiendo a la anterior circular del rey, amonestaba a los fieles para que no mantuvieran relación alguna con los expulsados jesuitas. La visita, dice, no había dado resultado alguno; en vez de observar su santo Instituto habían descuidado cada vez más sus obligaciones. Por fin inculca a los fieles que no dejen de unir sus plegarias a las de él para impetrar del cielo la gracia de la conversión para aquellos infelices descarriados (2). En la última parte de su decreto otorgaba el rey, llevado de su bondad, la gracia de permanecer en el país a los jóvenes jesuitas que no hubieran emitido aún sus últimos votos, quienes por lo tanto no estaban iniciados en las perversas doctrinas de la Orden; pero esto sólo bajo condición de que los tales se hicieran dispensar de los votos por el cardenal Saldanha como visitador general de la citada Orden. Tal disposición iba encaminada por una parte a paliar la manifiesta crueldad, puesto que era a todas luces imposible que estos jóvenes hubieran podido participar en los supuestos crímenes, y por otra se pretendía con ella asestar un nuevo golpe a la fama de la Compañía si se lograba inducir a sus miembros jóvenes a que desertasen de sus filas. En una carta del 8 de agosto de 1759 estimulaba Saldanha a todos a que le expusieran francamente sus deseos y pesares, pues él oíría paternalmente sus peticiones y les daría satisfactorio despacho en lo posible (3). Como este aliciente tuviera escaso éxito, fueron reunidos todos los jóvenes religiosos, incluso los novicios, en dos colegios de Coimbra y Evora, una vez se había alejado de ellos a los profesos, y se les brindó con insistencia la libertad. Para poner su constancia a ruda prueba se les permitió

(1) El texto en [Biker] I, 114 ss., la traducción alemana en [Klausing] II, 381. Respecto a la fecha, cf. Acciaioli a Torrigiani el 9 de octubre de 1759, en Romano, 117, n. 1.

(2) [Biker], I, 118 ss.; [Klausing], II, 387 ss.

(3) Murr, 110.

el más ilimitado trato con los parientes, cosa que hasta entonces les había estado prohibida. No pocos pusilánimes se dejaron arrastrar efectivamente por sus parientes y tornaron al siglo, mientras que la inmensa mayoría permanecieron fieles a su vocación (1). Esta constancia no fué igual en todas partes. De los 453 individuos de la provincia del Brasil, sólo 283 tuvieron valor para resolverse a abrazar los sufrimientos del destierro antes que perder la vocación. Sin embargo, no es posible dar números exactos por la imprecisión de los datos; como cálculo probable se puede decir que a pesar de la fuerte presión física y moral (2) con que incluso órganos eclesiásticos trabajaron por enturbiar los conceptos y hacer zozobrar en su vocación a los acosados y perseguidos, seis séptimas partes de los miembros que integraban la asistencia de Portugal permanecieron fieles a la Orden (3). Saldanha, «esclavo del despótico Oeyras» (4), facultó realmente la salida, aun cuando para ello ninguna facultad le otorgaba el breve de visita, reformando así, según frase feliz del nuncio, el número, pero no las costumbres de los jesuitas (5); por este motivo se vió obligado Clemente XIII a repro-

(1) Datos particulares en Murr, 117 ss. El 2 de octubre de 1759 «anuncia Acciaiolli a Torrigiani: Molte diligenze si sono fatte per far lasciar l'habito a tutti quelli del primo voto [...], ma soli 25 o 30, obbligati da'parenti, che temevano la rovina delle loro famiglie, lo hanno fatto, e gli altri sono stati forti, e non hanno voluto; anzi si vuole, che obbligati uno o due a scrivere i loro sentimenti lo abbino fatto con molto spirito, e in sensi di uomini di Dio, ma tutto si tiene celato e segreto, e si discorre sotto voce temendo ogni uno, che parli il proprio estermínio; le querele e disapprovazioni di tali tratti sono universali, perchè universale è la compassione (Nunziat. di Port., 200, loco cit.). Cf. además la *carta del nuncio del 4 de septiembre de 1759, ibid.

(2) En el colegio de Bahía fueron reunidos en la puerta veintiún novicios, donde se les despojó del hábito religioso y se les obligó por la fuerza a abandonar la casa (Catalog. Prov. Lusit., 1903, apéndice XIII).

(3) El número de miembros de la Asistencia de Portugal ascendía en 1759 a 1698, de los cuales 909 se hallaban en ultramar; a Italia fueron desterrados 1091 (incluidos los nueve padres que ya moraban en Italia); durante la travesía y poco después de llegar a Portugal murieron de 90 a 100; en China y en otros territorios independientes trabajaban de 100 a 120; en las cárceles fueron retenidos unos 180. Así según Huonder, *Deutsche Jesuitenmissionäre*, 30, n. 2; *Synopsis hist. Soc. Jesu* (impreso como manuscrito), col. 337; *Appendices al Catalog. Prov. Lusit.*, 1902, 1903, 1905, 1906. El padre general Ricci, en su *Descripción de la expulsión de Francia (p. 61), sólo habla en términos muy generales de una gran limpieza de las provincias portuguesas.

(4) *Acciaiolli a Torrigiani el 2 de octubre de 1759, *Nunziat. di Port.*, 200, loco cit. «Conde de Oeyras» lo era Pombal desde 1759.

(5) *Ora si dice, che i sette e più Gesuiti che sono usciti dalla Compagnia

charle muy seriamente el haber puesto en peligro con su conducta tanto la propia conciencia como la de los despedidos (1).

Cuando Pombal vió fracasados en gran parte sus esfuerzos, resolvió enviar también a los restantes al destierro o a la cárcel. En el transcurso de los dos años siguientes llegaron otras siete expediciones a los estados de la Iglesia, a las cuales siguió en 1767 una pequeña remesa (2). La expulsión transcurrió sin incidentes. Los jesuitas, a quienes el ministro había presentado en sus manifiestos como amotinadores, reos de alta traición y regicidas, se sometieron sin resistencia a su rudo destino. Si se hubiera de dar crédito a los informes que Pombal y sus venales testafierros hicieron circular en Portugal hubiera dominado una general y unánime voz de júbilo por la libertad alcanzada del yugo jesuítico. Mas otro es el tenor de los comunicados del nuncio apostólico, el cual como testigo presencial pudo observar la impresión que produjeron las medidas de Pombal. «El país, así lo hace resaltar refiriéndose a la expulsión de los jesuitas, está sumamente descontento por causa de todo esto y no se recata la gente de hablar pública y libremente contra el conde de Oeyras que se ha convertido en el ministro más déspota que jamás ha existido en Portugal y aun me atrevo a decir en toda Europa. Saldanha enmudece cuando voy a hablarle de este asunto y se encuentra cortado y confuso porque no quiere quebrantar las normas de conducta del conde, el cual le tiene por completo sojuzgado. Por cuanto yo me imagino, no osa dar respuesta alguna para no desagradar al referido despótico ministro, quien en realidad de verdad ha escupido su ponzoña contra la Iglesia. Tengo que habérmelas con un cardenal que no me presta la menor ayuda.» (3) En su despacho del 30 de septiembre de 1759 vuelve a tratar de nuevo Acciaoli sobre la expulsión. «El gobierno, escribe, ha hecho esparcir muchos rumores para dominar las conversaciones (entre el pueblo), lo cual, a pesar de todo, es imposible, pues la expulsión sólo ha encontrado aplauso en unos cuantos, y en poquísimos el modo y manera

non abbiano ne avuta la dimissione dal P. Generale loro, ma dal sig. cardinale che in tal maniera riformerebbe il numero, non i costumi e le dottrine. Acciaoli a Torrigiani el 4 de septiembre de 1759, Nunziat. di Port., loco cit.

(1) *27 de diciembre de 1759 (minuta), *ibid.*, 203. Cf. además *Acciaoli a Torrigiani el 18 de marzo de 1760, *ibid.*, 117.

(2) *Synopsis hist. Soc. Jesu*, 337.

(3) *Acciaio'i a Torrigiani el 25 de septiembre de 1759, Nunziat. di Port., 117, loco cit. Cf. también Murr, 121 s.

de ejecutarla (1). No pocos detalles fueron comunicados por testigos oculares (2). Durante los dos meses de travesía, la cual se realizó precisamente en la estación más calurosa del año, hubieron de permanecer constantemente en el interior del barco los jesuitas del Brasil, sin que jamás les fuera permitido salir a cubierta para respirar un poco de aire fresco. Su sustento diario consistía en legumbres y tres copas de agua por cabeza. De manera tan inhumana fueron transportados también los padres de la India. Esto tuvo por consecuencia el que su número fuera disminuyendo progresivamente durante los cinco meses de viaje: veintitrés murieron en alta mar, y de los ciento diecinueve que arribaron a Lisboa, estaban la mayor parte tan gravemente enfermos que sólo cuarenta y seis pudieron proseguir su camino a Italia (3). Para las misiones jesuíticas de las posesiones portuguesas fué la súbita expulsión de los novecientos apóstoles (en números redondos) de la fe el golpe mortal.

Las torturas del largo viaje por mar no fueron para muchos jesuitas más que el comienzo de su calvario. A la mayor parte de los extranjeros, para quienes la extradición hubiera sido sólo una liberación, lo mismo que a los padres portugueses de mayor renombre, los mandó ahorrojar Pombal en los calabozos de San Julián, los cuales desde entonces han adquirido triste celebridad (4). Sin sacramentos, sin la santa misa, incluso privados de la comunión pascual, se fueron consumiendo muchos corporal y moralmente en sus lóbregas mazmorras (5). Hasta que no murió José I (1777) no recobraron los supervivientes la libertad (6). El embajador imperial

(1) Romano, 116, n. 2.

(2) Cf. Murr, 109 ss.; Acciaioli a Torrigiani el 23 de octubre de 1759, en Romano, 116, n. 1.

(3) Murr, 132; Weld, 308 ss.

(4) Descripciones muy extensas las da el P. Moritz Thoman, el cual personalmente se consumió en la fortaleza de San Julián (nueva edición con el título: *Ein Exjesuit*, Ratisbona, 1867, y Lindau, 1869). V. también Murr, 159 s.; Weld, 339 ss. Más literatura ibid. — Los planos de las seis cárceles en las cuales fueron ahorrojados los jesuitas, en los *Appendices al Catalog. Prov. Lusit.*, 1892 y 1904.

(5) A los moribundos les estaba permitido recibir el viático si el médico aseguraba bajo juramento el peligro de muerte (Murr., 161, n. 1).

(6) Los datos sobre su número son inseguros. Weld (368) habla de unos sesenta; la *Synopsis hist. Soc. Jesu* (col. 366), de cuarenta y cinco. El último número es indudablemente demasiado bajo. Una parte fué puesta en libertad en el transcurso de los años y deportada a Italia. Mediante una intervención diplomática de las potencias de Francia y Austria se consiguió que muchos franceses y alemanes fueran enviados a su patria. Cf. Duhr, Pombal, 142 ss.

von Lebzeltern, quien creía exagerados los informes de los misioneros, por lo cual fué a visitar las prisiones disfrazado, describe en su comunicado del 8 de abril de 1777 las impresiones recibidas en los siguientes términos: «Yo mismo he visto sus prisiones. No podré dar más que una desdibujada imagen de tan grandes sufrimientos, pues éstos superan todas las descripciones que la fantasía es capaz de forjar, y su sola vista congela la sangre de estupor. Hoyos de cuatro palmos en cuadro abiertos en un subterráneo tan oscuro que grandes antorchas apenas pueden iluminar, y en los cuales durante la marea alta sube el agua dos palmos, constituyen la morada donde estos desgraciados han vivido de manera incomprensible dieciocho años recibiendo por todo alimento diario media libra de pan y dos onzas de carne con un poco de ensalada, y por vestido una camisa al año.» (1)

Para tomar venganza del Papa y al mismo tiempo ejercer presión sobre él hizo Pombal conducir, con flagrante transgresión de todo derecho de gentes, a los jesuitas que todavía quedaban a los reducidos Estados pontificios, para los cuales no era pequeña carga la llegada de cerca de mil cien desamparados religiosos (2). No obstante los múltiples reparos, fueron recibidos con cariño los desterrados, para los cuales fueron destinadas varias casas en Tívoli, Castel Gandolfo y Roma, donde se fueron acomodando poco a poco y pudieron adaptar su vida a sus reglas y constituciones. Al principio llegaban múltiples y cuantiosas limosnas; sin embargo, con el tiempo falló también este socorro. Por respeto a las constituciones de la Orden rehusó el padre general Ricci conseguirles facultad para recibir estipendios de misa, mayormente estando muchos persuadidos de que pronto serían llamados de nuevo a su patria. Con el fin de buscar remedio en lo posible, por orden del padre general primeramente fueron suprimidos en todas las casas de los jesuitas cuantos gastos no fueran estrictamente necesarios, luego se restringió la manutención y por fin se impuso a todos los colegios una especie de contribución. Pero estando no pocas residencias abrumadas de deudas, y por tanto imp.sibilitadas para pagar, y, además, como algunos soberanos prohibieron la expedición de dinero a Roma, se comenzó a distribuir por los colegios que los jesuitas tenían en los

(1) Ibid., 164.

(2) Para los siguientes datos v. Cordara, *Commentarii*, 532; De suppressione, 59 ss.

Estados pontificios a los padres portugueses más jóvenes. Algunos fueron también empleados por los prelados en los ministerios o en la dirección de los seminarios. No queriendo cargar demasiado los colegios italianos con los portugueses, se cuidó personalmente el general de proveerles de alimentos. Primeramente fueron destinadas a este fin una parte de las rentas del colegio romano y de algunas piadosas fundaciones, luego se vendieron valiosos cuadros, regalos de soberanos, y, finalmente, fueron puestas a la venta parte de las joyas de la iglesia del Gesù, si bien sólo por valor de unos veintiséis mil florines de oro en plata labrada. Sólo cuando todas las demás fuentes estaban agotadas recabó Ricci del Pontífice para los padres portugueses la dispensa de admitir estipendios de misas. Cuando más tarde, al estallar la persecución en España y Nápoles, muchos colegios italianos perdieron las posesiones y rentas en dichos Estados reunió Clemente XIII cuatrocientos jesuitas en un gran palacio de Roma y les asignó un subsidio de doce mil florines de oro del erario para preservarlos de la indigencia.

Mientras la expulsión de los jesuitas seguía su curso, Pombal mandó agenciar en Roma un nuevo breve que otorgara al Tribunal de conciencia a perpetuidad la facultad de poder infligir la pena de muerte contra los clérigos reos de lesa majestad. La promemoria entregada por el embajador Almada el 19 de noviembre de 1759 califica el breve pontificio del 2 de agosto de 1759, por razones anteriormente aducidas, «de notoriamente obrepticio y subrepticio» y ofensivo al monarca. Contra el nuncio lanza la promemoria la acusación de haberse opuesto sin orden superior a la suspensión del breve que se le había notificado, combatiéndola con argucias vanas y de haber intentado presionar al rey, por procedimientos indecorosos, a que lo aceptase, negándose en la audiencia a entregar las dos cartas del Papa por hallarse, según afirmaba, en un mismo sobre y bajo un mismo sello (1). Finalmente, dice, el rey espera que el Padre Santo pondrá coto y fin a las difamaciones que los jesuitas de Roma, amparados por algunos funcionarios pontificios, difunden contra su persona (2). En la segunda sesión que el 25 de noviembre

(1) El nuncio había mostrado el pliego sellado al secretario de Estado Da Cunha, a fin de que se convenciera a vista de ojos de la verdad de su afirmación. *Memoria di fatto del 11 de julio de 1760, Nunziat. di Port., 117, *Archivio segreto pontificio*.

(2) El texto en [Biker] I, 165, traducción alemana en [Klausing] III, 75 ss.; Correspondencia diplomática, 29 ss.

celebró la comisión especial para los asuntos portugueses (1) estuvieron todos los miembros de acuerdo en que el Papa no podía dar su beneplácito a la extradición de todos los jesuitas y secuestro de sus bienes. Además, la extensión de las pretendidas facultades para el Tribunal de conciencia otorgada a perpetuidad habla de ser denegada, aun cuando sólo indirectamente (2). Con certero discernimiento sobre la situación políticorreligiosa, declaró Torrigiani que Portugal no se daría jamás por satisfecha con ninguna clase de concesiones, mientras el Padre Santo no aprobara expresamente la expulsión de los jesuitas y los procedimientos contra ellos empleados, puesto que Pombal pretendía paliar con la aprobación pontificia su ilegal proceder frente a las otras potencias. Mas dicha aprobación jamás se podía otorgar por la Santa Sede sin previo conocimiento del estado del asunto. Era preferible llegar a un franco rompimiento y a la expulsión del nuncio, pues entonces tendría el Papa las manos libres y podría proceder tanto contra el gobierno como contra Saldanha y sus cómplices. Sin embargo, había que recurrir antes a todos los medios legales para evitar el rompimiento. Con visión de conjunto resolvió Clemente XIII que se expusieran al embajador portugués los motivos por los cuales el Papa no podía otorgar un indulto perpetuo, pero que al mismo tiempo se le diera a entender la buena disposición que había para entablar negociaciones con el fin de prestar a los deseos del monarca las más amplias concesiones que posible fuera. Caso que Almada insistiera en conseguir la formal aprobación de la expulsión, se le había de dar a entender de buenas maneras que tal reconocimiento no podía esperarse de ningún modo, mayormente en virtud de las circunstancias en que se había llevado a la práctica la expulsión de los jesuitas y principalmente porque, sin la menor consideración a la autoridad eclesiástica, habían sido secuestrados los bienes de la Compañía de Jesús (3).

El 28 de noviembre remitió Torrigiani la respuesta del Pontífice al representante portugués. A pesar del dolor por la recusación del breve, dice, está propicio el Papa para entablar ulteriores negociaciones, las cuales habrían de ser realizadas entre el embajador por una parte y el prodatario Cavalchini junto con el cardenal

(1) *Nunziat. di Port., 203, f. 117, loco cit.

(2) *ma con qualche mezzotermine.

(3) *Nunziat. di Port., 203, f. 88, loco cit.

secretario por otra. En cuanto a la entrega de los documentos en Lisboa, el nuncio había procedido taxativamente conforme a las órdenes de la Santa Sede. Los designios del Papa sobre el asunto de los jesuitas eran inmutables, ya que se basaban en principios de justicia y equidad. No era tolerable que se midiera con la misma medida a justos y pecadores, y todavía menos que las penas quizá merecidas por miembros particulares se hicieran extensivas, para perjuicio y ludibrio, a toda una corporación; el Papa había otorgado todas las facultades concernientes para castigar a los individuos culpables. Profesando los jesuitas un género de vida que había sido aprobado por los pontífices y era beneficioso para la Iglesia católica, disfrutaban de la protección de la Santa Sede y del Padre Santo. Caso que los religiosos de Roma y oficiales de la curia hubieran faltado de palabra o por escrito contra el honor del rey, los castigará inmediatamente el Pontífice si se le dan nombres y realmente aparecen culpables (1).

Almada se negó a celebrar una conferencia, ya que lo esencial de su demanda se hallaba contenido en el memorial del 19 de noviembre. Mas para dar de su parte una prueba de su amor a la paz se permitía hacer por su cuenta, si bien confiando en la aprobación de su corte, la propuesta de que el Padre Santo concediera las suplicadas facultades para el caso presente, y para los venideros pusiera por condición que el Tribunal de conciencia estuviera presidido por un dignatario eclesiástico que fuera grato al monarca (2). Gustosamente accedió la curia a dicha propuesta intermediaria (3) y Almada remitió al punto una minuta (4) para dar lugar a eventuales reclamaciones. En consideración a las modificaciones (5) ofrecidas por el embajador, fué redactado un segundo proyecto (6) el cual fué trans-

(1) En italiano y portugués en [Biker] I, 168 ss.; alemán en [Klausing] III, 82 ss.; texto italiano y alemán en la Correspondencia diplomática, 35 ss., 142 ss.

(2) Almada a Torrigiani el 4 de diciembre de 1759, en [Biker] I, 174 s.; [Klausing], III, 88 ss.; Correspondencia diplomática, 42 s., 147 s.

(3) Torrigiani a Almada el 12 de diciembre de 1759, en [Biker] I, 179 s.; [Klausing], III, 90 s.; Correspondencia diplomática, 44 s., 149 s.

(4) [Biker], I, 177 ss.; [Klausing], III, 102 ss.; Correspondencia diplomática, 45 ss.

(5) Almada a Torrigiani el 17, 20 y 21 de diciembre de 1759, en [Biker] I, 182 ss.; [Klausing], III, 96 ss.; Correspondencia diplomática, 49 ss.

(6) [Biker], I, 186 ss.; [Klausing], III, 102 ss.; Correspondencia diplomática, 54 ss. Cf. Murr, 137 s.

mitido por el Papa el 27 de diciembre de 1759, en prueba de su paternal benevolencia, al representante de Portugal para que lo reexpidiera a su gobierno y éste pudiera presentar eventuales desecs antes de la redacción definitiva. A la minuta del breve adjuntó el Papa dos cartas para el rey. En la primera da Clemente XIII algunas aclaraciones al breve y termina rogando al monarca que se deje llevar de la clemencia y no del rigor; mientras que en la segunda, invocando la dignidad de la Sede Apostólica, los derechos de la Iglesia y los eternos principios de la justicia, protesta vivamente contra la repulsa de las dos cartas del 2 de agosto y de la subsiguiente expulsión de los jesuitas. Asimismo protesta contra las calumnias inferidas a su persona y sus subordinados (1). En otra carta de la misma fecha hizo Clemente XIII serias amonestaciones al cardenal Saldanha por no haber respondido todavía a la carta del 2 de agosto, ni obrado conforme al encargo que le hiciera el Pontífice de trabajar de común acuerdo con él para vencer las dificultades que entorpecían la feliz realización de la visita. Contraviniendo el breve de su nombramiento, Saldanha había dispensado votos, poniendo así en peligro la salud de su alma y la de las almas de otros (2). En su respuesta del 20 de marzo del siguiente año califica el patriarca de calumnias las quejas que se le habían dirigido. En su edicto del 5 de octubre de 1759 no había dicho él que su misión había terminado, sino que la misma había fracasado, por lo cual resultaba también inútil redactar un informe sobre ella. Además había creído él que en calidad de general reformador le incumbían las mismas prerrogativas que al general de la Orden, y en vista de ello había concedido dimisorias pero sólo a los no profesos y a petición de los interesados (3).

Las generosas concesiones del Pontífice no produjeron en Portugal resultado alguno favorable. A pesar de las repetidas instancias del nuncio (4), la curia no tuvo jamás respuesta. Almada había exigido anteriormente con impaciencia tormentosa (5) la

(1) *Clemente XIII al rey José I de Portugal el 27 de diciembre de 1759, Nunziat. di Port., 209, loco cit. Además el breve es del 27 de diciembre.

(2) *27 de diciembre de 1759, *ibid.* Por esta causa había amonestado también Accialoli al visitador (*a Torrigiani el 18 de marzo de 1760, Nunziat. di Port., 117, loco cit.).

(3) *Ibid.*, 204.

(4) Cf. *Memoria di fatto del 11 de julio de 1760, *ibid.*, 117.

(5) Almada a Torrigiani el 13 y 26 de diciembre de 1759, en [Biker] I, 177, 185.

decisión de Roma; en cambio, el gabinete de Lisboa, una vez en su poder el documento pontificio, se sumió en el más profundo silencio.

Todavía estaban pendientes de solución definitiva las negociaciones, cuando se produjo un nuevo incidente. En carta del 2 de noviembre de 1759 notificaba José I a la Santa Sede que el arzobispo de Bahía, Dom José Botelho de Matos, había renunciado a su sede y que el rey, como soberano de patronato, había designado para ocupar la vacante sede arzobispal a Dom Manoel de Sant'Inez, hasta entonces obispo de Angola, y pedía su confirmación (1). Como la curia solicitase el acta de resignación que faltaba, aseguró Almada que llegaría a los pocos días; en vista de lo cual el Pontífice mandó diferir la extensión de las bulas hasta tanto no se presentase el documento de la resignación. Mas éste no llegó jamás porque el prelado nunca pensó en renunciar a su sede. Es verdad que como visitador delegado había publicado el decreto de Saldanha acerca de los negocios comerciales de los jesuitas (9 de septiembre de 1758), pero había tenido reparo en suspender a todos los padres (2), y en secuestrar los bienes de los colegios jesuíticos por la razón de haber sido adquiridos de manera ilegal, es decir, por comercio ilegítimo. Antes bien, la investigación judicial le había persuadido de la absoluta inocencia de los padres. Al dar cuenta en Lisboa del resultado de sus investigaciones (3) fué expedida una real orden a Bahía disponiendo que el recalcitrante fuera desalojado de su palacio y privado de sus temporalidades y que se hiciera elegir un vicario capítular de entre los canónigos de allí, hasta que el monarca enviara un nuevo arzobispo (4). De este incidente se aprovechó Almada más adelante para reprochar al malquisto cardenal secretario de Estado el crimen de lesa majestad, por no haber acogido con fe ciega las aseveraciones del rey (5).

(1) *Pombal a Acciaiolí el 3 de diciembre de 1759, Nunziat. di Port., 116, loco cit. Cf. Murr, 139 s.; [Biker], I, 131 s.

(2) *Acciaiolí a Torrigiani el 20 de noviembre de 1759, Nunziat. di Port., 202, loco cit.

(3) El 13 de noviembre de 1759 *avisaba el nuncio al cardenal secretario de Estado, que el arzobispo de Bahía defendía con sacerdotal entereza la inocencia de los jesuitas. Ibid.

(4) Murr, 139 s.

(5) [Biker], I, 131 s.; [Klausing], III, 15 s., 48 s.

IV

Aun cuando, a juzgar por las apariencias, las medidas de Pombal iban solamente contra los jesuitas, con todo en último término se dirigían también contra la Iglesia y sus libertades (1). Si en su empeño incluso se sirvió con frecuencia de la cooperación de órganos eclesiásticos, es preciso considerar que, dadas las circunstancias de entonces, apenas le era posible proceder de otra suerte, además de que él tenía empeño en guardar las apariencias de legalidad con el fin de no malquistarse con toda la opinión pública. Tan pronto como hubo logrado su primer objetivo, o sea la expulsión de los jesuitas, inició la lucha contra la Iglesia y ante todo contra el representante de la Santa Sede en Lisboa. Al nuncio Acciaioli (2) se le dispensó al principio gran honor tanto en la corte como por parte de los ministros, principalmente por Pombal, quien sin cesar le daba seguridades de su amistad y como pariente le hacía objeto de frecuentes muestras de deferencia (3). Estas íntimas relaciones se fueron enfriando más y más cuando el nuncio, que al principio se inclinaba al sentir de Pombal en lo tocante al comercio jesuítico, aunque sin abrazar el partido de los jesuitas, sí empero salió por los fueros de las leyes de la Iglesia frente a los arbitrarios y despóticos embates.

La primera discrepancia se manifestó con motivo de la solemne protesta que la tarde del 7 de julio de 1758 hizo Acciaioli en casa del cardenal visitador contra la suspensión general e infundada de todos los jesuitas del patriarcado, acto que ante Pombal y Saldanha le conquistó la fama de amigo de los jesuitas (4). Para prevenir ulteriores suspicacias omitió el nuncio todas las visitas a las casas

(1) **il detto dispotico Conte [d'Oeyras], che veramente ha gettato fuori il suo veleno contro la Chiesa (Acciaioli a Torrigiani el 25 de septiembre de 1759, Nunziat. di Port., 117, f. 178, loco cit.)*.

(2) Filippo Acciaioli, de noble linaje florentino, nació en Roma el año 1700; preconizado por Benedicto XIV en 1743 arzobispo de Petra i. p. i., fué primeramente nuncio en Lucerna durante diez años de donde fué trasladado a Lisboa. En 1759 fué nombrado cardenal y murió el 4 de julio de 1766 en Ancona, de donde era obispo. Cf. *Freiburger Kirchenlex.*, I^a, 149; Novaes, XV, 21; *Dict. d'hist. et de géogr. ecclés.*, I, 263.

(3) **Memoria di fatto del 11 de julio de 1760, loco cit.; Murr, 51.*

(4) Acciaioli a Archinto el 1.º de agosto de 1758, *Nunziat. di Port.*, 117, loco cit.

de la Compañía (1) y aun en su trato con el ministro y el visitador procuró evitar toda apariencia de pretender inmiscuirse en el proceso (2), y hasta llegó a rehusar su nombramiento de covisitador en vista de las tristes consecuencias que de ello se temía (3). A pesar de su cauto proceder se empeoraron sus relaciones con Pombal en el momento en que el litigio degeneró en franco conflicto entre la curia y la corte portuguesa. Con ruindad y grosería hizo sentir el ministro al nuncio su desgracia. En las recepciones que por las tardes celebraba su mujer negábale el saludo y con frecuencia rehusó recibirle cuando Acciaioli pretendía visitarle (4). La aversión del ministro se manifestó en forma más cruda todavía con motivo de otro acontecimiento. En el consistorio del 24 de septiembre de 1759 fué promovido al cardenalato el nuncio por Clemente XIII (5). Según el uso tradicional hubiera debido el rey colocar al nuevo purpurado el birrete cardenalicio, que el sobrino del mismo acababa de llevar a Lisboa. Pretextando toda suerte de excusas y escrúpulos de etiqueta se fué defiriendo constantemente la ceremonia, hasta que por fin tuvo lugar la expulsión del nuncio (6).

Con el fin de sacar de su comprometida situación a Acciaioli, cuyo nombre andaba demasiado unido a la cuestión de los jesuitas (7), había remitido ya la curia el 5 de abril de 1759 al embajador portugués una lista de candidatos para la próxima provisión de la nunciatura a fin de que él la reexpidiera a su corte (8). Mas ésta no mostró la menor prisa. Como el cardenal secretario se extrañara de ello, respondió Almada el 1.º de enero de 1760 que su soberano creía deber prescindir por el momento de toda respuesta, pues su resolución dependía del otorgamiento de la jurisdicción sobre los ecle-

(1) *Acciaioli a Archinto el 24 de octubre de 1758, *ibid.*, 199; *Acciaioli a Torrigiani el 26 de diciembre de 1758, *ibid.*

(2) *Acciaioli a Archinto el 27 de junio de 1758, *ibid.*, 117; *el mismo 12 de septiembre de 1758, *ibid.*, 199; *a Torrigiani el 16 de marzo de 1760, *ibid.*, 117; *Memoria di fatto del 11 de julio de 1760, *ibid.*

(3) *A Archinto el 22 de agosto de 1758, *ibid.* Cf. anteriormente, pág. 138.

(4) *Acciaioli a Torrigiani el 18 de marzo de 1760, *Nunziat. di Port.*, 117, loco cit.; *Memoria di fatto del 11 de julio de 1760, *ibid.*; *Acciaioli a Torrigiani el 1.º de agosto de 1760, loco cit.

(5) *Torrighiani a Acciaioli el 24 de septiembre de 1759, *ibid.*, 183; *Clemente XIII a Acciaioli el 12 de noviembre de 1759, *ibid.*, 181.

(6) *Acciaioli a Torrigiani el 18 de diciembre de 1759, 13 y 18 de marzo y 3 de junio de 1760, *ibid.*, 117, y *el 1.º de abril de 1760, *ibid.*, 116.

(7) *Acciaioli a Torrigiani el 18 de marzo de 1760, *ibid.*, 117.

(8) *Almada a Torrigiani el 1.º de enero de 1760, *ibid.*, 203.

siásticos tal como había sido solicitada el 20 de abril de 1759. En todo caso el soberano espera y confía que el Padre Santo, dada la complicación de las presentes circunstancias, sólo le propondrá prelados que ni sean discípulos de los jesuitas, ni partidarios de sus principios (1). Como debido a las largas dilaciones se había dispuesto de otra suerte de los candidatos propuestos, mandó el Papa componer una nueva lista, la cual esperaba que sería del agrado del rey (2). Mas en Lisboa ya no querían nuncio: con los obispos basta y sobra, decían (3).

Acciaioli se hubo de convencer cada vez más de que Pombal no buscaba sino hábiles pretextos para provocar un rompimiento con la Santa Sede, por lo cual estaba siempre sobre aviso para no dar el traspíe que durante tanto tiempo y con tan gran destreza y diplomacia había evitado. Entonces hizo abortar la ocasión el despótico ministro por la fuerza (4). Inesperadamente se había concertado el matrimonio de don Pedro, hermano del rey, con la hija de éste María Francisca, princesa del Brasil. Aquel mismo día envió Da Cunha, como secretario de Estado, informe oficial del acontecimiento a todos los representantes de las potencias extranjeras (5); sólo fué pasado por alto el que lo era de la Santa Sede. Como Acciaioli demandase explicaciones personalmente, le hizo saber Da Cunha que el billete no había tenido por objeto notificar a los embajadores el concertado matrimonio, sino indicarles el orden de categoría en el cortejo de felicitación; y como quiera que al nuncio, como representante del supremo jerarca de la Iglesia, correspondía la precedencia sobre todos los demás, resultaba superfluo enviarle el comunicado. Acciaioli, el cual se había procurado el texto del documento por medio del embajador francés, pudo rechazar al momento la argucia, demostrando que sólo la segunda parte de la nota contenía disposiciones referentes al orden de precedencia, mientras que la primera estaba destinada a la notificación de los verificados esponsales; y que por lo menos de esto se le tenía que haber puesto en conocimiento. Terminó rogando encarecidamente que no le pusieran en el triste lance de tener que abstenerse de participar en las mani-

(1) Ibid. A una pregunta anterior había *contestado Almada el 1.º de junio de 1759 que no se le había devuelto todavía la lista de su corte. Ibid., 203.

(2) *Torrigiani a Almada el 3 de junio de 1760, *ibid.*

(3) *Acciaioli a Torrigiani el 3 de junio de 1760, *ibid.*, 117.

(4) Romano, 114.

(5) Copia y traducción en Nunziat. di Port., 117, loco cit.

festaciones oficiales de júbilo. Da Cunha dió por cierto palabra de que informaría de todo y enviaría noticia al rey, pero la respuesta no apareció. En vista de ello omitió el nuncio la iluminación de su palacio durante los festejos que fueron dispuestos para los días 7, 8 y 9 de junio. Sin embargo, para no dar motivo de disgusto a los novios se disculpó ante ellos por medio del conde de São Lourenço informándoles de los motivos que le asistían para tal proceder (1).

Casi había transcurrido una semana y ni la corte ni el pueblo habían dado la menor señal de disgusto, cuando llegó el 15 de junio. Acciaioli iba precisamente a revestirse para celebrar la santa misa cuando comparecieron en su habitación el comisario João Calvao y el brigadier Mendoza con escolta militar y le presentaron una carta del secretario de Estado Da Cunha, fechada el 14 de junio, del siguiente tenor: En defensa de la autoridad real y para evitar públicos alborotos manda el rey que el nuncio abandone sin pérdida de tiempo la ciudad y en el espacio de cuatro días el reino. Para protegerle de los insultos le acompañará una escolta de honor hasta la frontera (2). La petición presentada por Acciaioli de que le permitieran enviar un billete al secretario de Estado fué denegada, asimismo su demanda para celebrar antes misa o al menos oírla, ya que era domingo. El nuncio protestó solemnemente contra semejante atropello. Inmediatamente fué conducido a la otra orilla del Tajo y, escoltado por treinta dragones que le seguían con el pretexto de guardar su persona, pero en realidad para vigilarle, fué conducido a la frontera. En la fortaleza fronteriza española de Badajoz le tributó un honorífico recibimiento el comandante de aquella plaza (3).

(1) *Acciaioli a Torrigiani el 10 de junio de 1760, *ibid.* Cf. el opuesto designio de Pacca en sus *Denkwürdigkeiten über Deutschland*, 149 s. V. Murr., 140 s.

(2) [Biker], I, 191; [Klausning], III, 118 s.

(3) *El auditor Testa a Torrigiani el 17 de junio de 1760, *Nunziat. di Port.*, 117, loco cit.; *Acciaioli a Torrigiani, Badajoz, 20 de junio y 4 de julio de 1760, *ibid.*; *Memoria di fatto del 11 de julio de 1760, loco cit. Una amplia referencia a base de los documentos (no citados) del Vaticano la da P. A. Kirsch, *Die Ausweisung des päpstlichen Nuntius Acciajuoli aus Portugal im Jahre 1760*, en el suplemento científico de *Germania*, 1906, núm. 5, p. 34 ss. El encargado de Negocios de Austria en Lisboa, Keil, escribe sobre ello en un informe del 24 de junio de 1760 en los siguientes términos: «Todo el mundo casi se ha conternado tanto del contenido de las mismas [notas circulares de Da Cunha] como del mismo suceso, como es fácil de comprender, y las reflexiones, como principalmente todos los ministros aquí existentes sin exceptuar ninguno, han sido impelidos a obrar sobre ello de modo absolutamente uniforme y de la naturaleza que la

Para continuar los negocios de la nunciatura había quedado el auditor Testa; pero, como Acciaïoli justamente había previsto (1), tampoco fué duradera su permanencia. El 2 de agosto de 1760 le fué entregado un billete de Da Cunha con terminante orden de abandonar dentro de las veinticuatro horas la capital y en el espacio de seis días el territorio (2). Idéntica suerte cupo aquel mismo día al conde Giacinto Acciaïoli, el cual había traído el birrete cardenalicio a su tío (3). Un real decreto del 4 de agosto ordenaba la expulsión de Portugal de todos los súbditos pontificios y otro de la misma fecha prohibía la comunicación con la curia y la aceptación de bulas, breves, dispensas, etc., mientras una tercera disposición suspendía la importación de géneros procedentes de los Estados de la Iglesia (4).

La extradición del nuncio del territorio de Portugal no podía menos de repercutir en las relaciones del embajador portugués para con la Santa Sede. El 30 de junio de 1760 solicitó Almada una audiencia del Pontífice. Primeramente le fué concedida para el 4 de julio (5), pero ante sus apremiantes instancias (6) fué fijada para el 2 del mismo mes (7). Sin embargo, como el día 1.º de julio llegasen las primeras confusas noticias de los sucesos acaecidos durante las solemnidades celebradas con motivo de los esponsales, se creyó Clemente XIII obligado a diferir la concedida audiencia hasta tanto que, recibidos ulteriores informes, se hubiera formado idea exacta del estado del asunto (8). Esta demora descompuso a Almada,

situación del asunto exigía (Duhr, Pombal, 125). Cf. la exposición que presenta Duhr del suceso basada en los informes de la embajada austríaca (ibid., 121 ss.), la cual concuerda exactamente con la referencia del nuncio. La misma persuasión dominaba en los círculos diplomáticos de París, donde todos los embajadores extranjeros estaban «sorprendidos e indignados» por la expulsión del nuncio de Lisboa (*el auditor Berardi a Torrigiani el 7 de julio de 1760, orig. en Nunziat. di Francia, 508, loco cit.). Igualmente en los *despachos cifrados del 14, 21 y 28 de julio de 1760, ibid., 513. Cf. también Theiner, Histoire, XIV, I, 30.

(1) *Acciaïoli a Torrigiani, Badajoz, 4 de julio de 1760, Nunziat. di Port., 117, loco cit.

(2) [Biker], I, 202.

(3) Ibid., 203.

(4) Los tres decretos que propiamente son renovaciones de los edictos de Juan V del 5 de julio de 1728 en tiempo de la ruptura con Roma, v. en [Biker] I, 203 ss.

(5) Murr, 142.

(6) *Almada al Maestro di Camera, Nunziat. di Port., 203, loco cit.

(7) *El Maestro di Camera a Almada el 2 de julio de 1760, ibid.

(8) Ibid.

el cual pretendía adelantarse a la información del nuncio, de suerte que el 2 de julio mandó fijar en la puerta de la iglesia portuguesa de San Antonio un edicto en el cual, entre violentos ataques y frases virulentas contra el cardenal secretario, exhortaba a todos los portugueses residentes en Roma a que se dispusieran para emprender la partida de dicha ciudad (1). Al mismo tiempo dirigió una circular a todos los embajadores de las demás potencias para informarles de las razones que motivaban su próxima partida (2). Asimismo participó su propósito al cardenal protector de la nación portuguesa, Neri Corsini (3), suplicándole que entregara al Pontífice un memorial que adjunto le remitía (4). Aun cuando Clemente XIII tenía conocimiento bastante seguro de la expulsión de su representante por los escritos que Almada hizo circular, recibió con todo en la mañana del 3 de julio al cardenal protector para tener un cambio de impresiones. Corsini le expuso las diversas quejas y pretensiones del embajador e hizo notar al Papa que las diferencias podrían ser fácilmente vencidas, si designaba a otro, que no fuese el cardenal secretario de Estado, para parlamentar sobre los asuntos pendientes con Almada. Clemente XIII rechazó la injuriosa sugerencia y declaró al cardenal que en lo futuro estaba dispuesto a no tratar más que con él (Torrighiani) de los asuntos portugueses (5).

Parece que Corsini no entendió bien la respuesta obtenida. Creyendo que el Papa le había designado a él como intermediario general de la curia con el embajador portugués, notificó a Almada

(1) En portugués en [Biker] I, 195, en italiano en *Nunziat. di Port., 181 y 203, loco cit.

(2) [Biker], I, 196.

(3) Ibid., 193 s.

(4) Los tres primeros memoriales junto con una Dedução, del 29 de mayo de 1760, en [Biker] I, 127 ss.; la última promemoria, ibid., 194 s. La segunda promemoria contiene una comunicación sobre la aplicación que el rey pensaba dar a los bienes de los jesuitas, la tercera una reclamación por la negación de las bulas de nombramiento para el nuevo obispo de Bahía (cf. anteriormente, página 170), las restantes acusan al nuncio y sobre todo a Torrighiani de haber provocado con su insincera política el rompimiento, razón por la cual el soberano no puede tratar más con ellos. *Traducción italiana en Nunziat. di Port., 203, loco cit.

(5) *Commosa giustamente Sua S^{ta} da una sì strana proposizione non solo la rigettò colla maggior fermezza, ma persuasa non esservi più modo di proseguire con pace la discussione di tali materie col commendatore d'Almada, si spiegò, che in avvenire non voleva di questi affari trattare con altri che con S. E. medesima* (Ragguaglio del 9 de julio de 1760), *Correspondencia diplomática*, 192.

que el Padre Santo había accedido a sus ruegos. Al mismo tiempo le proponía y dejaba a su criterio la oportunidad de diferir por el momento la notificación del público rompimiento de relaciones con la Santa Sede (1).

Los rumores de la expulsión condensábanse ya en certeza cuando al mediodía del 4 de julio llegó un correo con cartas en las cuales Acciaoli hacía una amplia relación de los acontecimientos, cuyo eje había sido él, desde el 6 de junio hasta su arribo al suelo español (2). Inmediatamente fué convocada para el día siguiente (5 de julio) una sesión de la congregación extraordinaria para los asuntos de Portugal, con el fin de fijar la actitud que se había de adoptar respecto a la corte de Lisboa y las eventuales medidas contra su representante (3).

En esto, el 5 de julio apareció un manifiesto de Almada en el cual hacía saber a sus paisanos haberse restablecido por de pronto las relaciones con la Santa Sede, puesto que el Papa había llegado a convencerse de la imposibilidad en que se encontraba el embajador portugués de seguir tratando con el ministro político del Pontífice, en contra de la orden expresa de su rey; en lugar de aquél había sido confiada al cardenal Corsini la dirección de las negociaciones entre la curia y el embajador (4). Enterado del proceder de Almada, el Papa mandó llamar a su presencia aquel mismo día a Corsini para protestar contra tamaña tergiversación de sus palabras. El había dado a entender suficientemente que no quería sostener por más tiempo relaciones con Almada y ahora presentaba éste de tal forma el caso como si el cardenal protector hubiera sido constituido mediador entre la curia y el embajador portugués, con exclusión del secretario de Estado. En estas circunstancias, afirmó el Papa, se veía en la precisión de rehusar toda ulterior negociación con el gobierno portugués acerca de los asuntos en litigio, mientras su representante pisara terreno pontificio (5). En vista de esto

(1) Dos billetes de Corsini a Almada, del 3 de julio de 1760, en [Biker] I, 197 s.; Respuesta de Almada, *ibid.*, 196 s.

(2) *Acciaoli a Torrigiani el 10 y 20 de junio de 1760, *Nunziat. di Port.*, 117, *loco cit.*

(3) *Expulsione del Ministro: dilata (*ibid.*, 203, f. 326 ss.; *ibid.*, f. 12).

(4) [Biker], I, 199. La notificación estaba fechada el 4, pero no fué publicada hasta el 5 de julio.

(5) Non fu possibile alla S^{ta} Sua di usar maggior tolleranza alla notizia di questo nuovo fatto, e mandato a chiamar per quella medesima sera il sig. card. Corsini li fece conoscere, quanto fosse l'abuso, che si faceva dal commendatore

publicó Almada el 6 de julio una tercera proclama (1) dirigida a todos los portugueses residentes en Roma diciendo que el nombramiento del cardenal Corsini para mediador ante la Santa Sede había producido resultados tan desfavorables que él se veía constreñido a partir de Roma sin demora. En consecuencia de lo cual todos los súbditos de la corona portuguesa debían abandonar los Estados pontificios en el plazo hasta fines de septiembre. En la noche del 7 de julio salió de Roma Almada en compañía del hijo de Pombal y de algunos miembros de la embajada (2).

Antes de emprender la marcha hizo llegar Almada a todos los embajadores un extenso memorial el cual, con parcialidad y desfigurando los hechos, se esforzaba por arrojar sobre la Santa Sede y sus ministros la culpa del rompimiento (3). La curia no creyó necesario un contramanifiesto, persuadida de que el portugués ya bastaba para su justificación. Con todo, para salir al paso de modo eficaz a las insidiosas explicaciones que Almada y sus partidarios habían difundido dentro y fuera de Roma, por encargo del Papa hizo llegar el secretario de Estado al cuerpo diplomático un informe sobre los acontecimientos ocurridos desde la expulsión del nuncio de Portugal hasta la partida del embajador portugués (4).

Hasta la salida de Almada no se decidió el Papa a tomar serias medidas contra los principales perturbadores de Roma. El impresor

d'Almada del discorso avuto il giovedì innanzi con Sua Eminenza, mentre la dichiarazione fattale di non voler trattare degli affari di Portogallo che coll' Eminenza Sua (il che portava per la sua retta e naturale intelligenza una positiva esclusione del detto Ministro), l'avea egli stravolta a far credere, che il sig. card. Corsini dovesse essere il mezzano delli discorsi e trattati da farsi tra la S^{ta} Sua e lui medesimo con totale esclusione del suo primo Ministro (Ragguaglio del 9 de julio de 1760), publicado en la Correspondencia diplomática, 193.

(1) [Biker], I, 200 s.; Correspondencia diplomática, 105.

(2) Almada a Corsini y a los embajadores de las restantes potencias con fecha Roma 7 de julio de 1760, en [Biker] I, 201 s.

(3) Ibid., 132 ss.; Correspondencia diplomática, 65 ss.

(4) Ragguaglio del 9 de julio de 1760, Nunziat. di Port., 181 y 203, loco citato; impresión y traducción alemana en la Correspondencia diplomática, 90 ss., 186 ss. Frente a esta referencia oficial del cardenal secretario de Estado ratificó Corsini su exposición de la respuesta pontificia en su memorial remitido el 12 de julio a Da Cunha y a los embajadores de las potencias católicas y afirmó que Clemente XIII le había privado de su mediación porque Almada había abusado de la declaración pontificia. Con todo, no puede compaginarse con esta exposición la segunda parte del memorial, o sea, que él no había comunicado a Almada la segunda declaración del Pontífice, por hallarse el embajador ya dispuesto a partir, ya que ninguna razón había para la partida mientras el representante de Portugal no conociera la respuesta del Papa sino por la referencia de Corsini.

Nicolás Pagliarini, el cual había impreso o importado todos los numerosos libelos difamatorios contra la curia y los jesuitas, fué arrestado a pesar de su real privilegio portugués y condenado a galeras (1), pero poco después obtuvo el indulto del Papa. Al ser puesto en libertad huyó por Nápoles a casa de Pombal para seguir defendiendo sus intereses (2). Bastantes perturbadores más fueron expulsados, mientras que la mayoría, plegándose a las circunstancias, alardeaban de ser entusiastas amigos de los jesuitas, para luego convertirse de nuevo, durante el siguiente pontificado, en sus más encarnizados adversarios. El más renombrado entre éstos es el culto dominico Mamachi, griego de nacimiento, quien en pugna con todo su pasado, se declaró públicamente partidario de los jesuitas, mas al llegar el pontificado de Clemente XIV arrojó la careta y fué el autor de los más virulentos y vejatorios libelos antijesuiticos (3).

Tan apenas había llegado a ser una realidad el rompimiento de relaciones diplomáticas con Portugal, cuando ya se manifestaron las solicitudes del Papa por restablecer la concordia. Si hasta el presente había demostrado Clemente XIII una paciencia casi inagotable por evitar el rompimiento, ahora dió pruebas de un celo infatigable y de una tenacidad asombrosa por reanudar las rotas relaciones. Plenamente consciente de su enorme responsabilidad pastoral y en previsión inquietante de los graves perjuicios que el rompimiento con la Santa Sede podría acarrear, imploró la mediación de las demás potencias católicas. A este fin dirigió, ya el 9 de julio, dos días después de la partida de Almada, un breve al rey de España, Carlos III. A la expresión de su profundo pesar por la expulsión del nuncio de Lisboa añadió palabras de satisfacción y agradecimiento por su honorífico recibimiento en España y añadió la encarecida súplica de que el soberano quisiera influir con toda su autoridad por la reparación del maltrecho honor de la Santa Sede (4).

Con el fin de acelerar las negociaciones de mediación, dió orden a Acciaioli, que hasta entonces había permanecido por orden ponti-

(1) *Torrighiani a Pallavicini el 18 de diciembre de 1760, Cifre, Nunziat. di Port., 182, loco cit.

(2) Cf. anteriormente, pág. 137. Sobre el encarcelamiento del secretario Florius véase la página 429 de nuestro volumen XXXV.

(3) Cordara, *Commentarii*, 535 s.; *De suppressione*, 69 ss.; Rosa, 360 s.

(4) *Nunziat. di Port., 182, loco cit.; la traducción alemana en Kirsch en el suplemento científico de Germania, 1906, núm. 5, p. 37.

ficia en las cercanías de la frontera portuguesa, de solicitar una audiencia en la corte de Madrid para llamar la atención de Carlos III sobre la intrincada situación religiosa de la vecina nación. Ante todo debía presentar el enorme abuso cometido por Pombal, a impulsos de la confianza en su soberanía, cuyas arbitrariedades en el gobierno eran verdadero escarnio de la humanidad. Luego pintaría la cobarde actuación del cardenal patriarca, el servilismo de los prelados, las patentes impropiedades del clero secular y regular, así como el pujante desenfreno de costumbres en todas las capas sociales y haría resaltar el peligro que corría también la fe católica en España caso de producirse un cisma. Si la conversación derivaba hacia los jesuitas, ni los había de defender ni condenar. Tranquilamente podía confesar que efectivamente había habido faltas entre ellos como en todas las grandes comunidades, pero también debía advertir el benéfico y eficaz influjo que los mismos desplegaban en Portugal y en otras partes. Sin fingimientos dijera claramente que Saldanha, en vez de reformar a estos religiosos, no había hecho más que prestar su mano, como vil esclavo, para aniquilarlos. Jamás había rendido cuenta a la Santa Sede ni dado al nuncio noticia y pruebas de los inconvenientes. No habían sido remitidas las actas de la visita, ni tampoco las procesales, como que ignoraba en absoluto lo que había hecho en realidad. En cuanto a la conjuración debía Acciaïoli dejarlo todo indeciso y concretarse a la afirmación de que jamás había sido intención del Papa otorgar su protección a ningún participante, sino que por el contrario había concedido todas las facultades para castigar a los culpables. Con el ministro Wall guarde el nuncio, le decía el Papa, la mayor precaución, pues es notoria su poca devoción a la corte romana y probablemente se halla en amistosas relaciones con Pombal. Agradézcale las atenciones dispensadas por los funcionarios españoles, exprésele su pesar por los acontecimientos de Portugal y hágale notar que por su parte ninguna ocasión ha dado para ello y que está pronto a justificar su actitud ante la faz del mundo (1).

También se había puesto el Pontífice en contacto con Francia para conseguir su mediación en el conflicto con Portugal. Servíale de consuelo la disposición tanto del monarca como del duque Choi-

(1) *Torrighiani a Acciaïoli el 11 de septiembre de 1760, Cifre, Nunziat. di Port., 182, loco cit.

seul, quienes desaprobaban la conducta de la corte de Lisboa (1) y se mostraban propicios a la mediación (2).

Con el mayor esmero trataba la curia de evitar cuanto pudiera exacerbar todavía más los ánimos y arrastrar a medidas de graves y quizá irreparables consecuencias. «Conocemos aquí, escribía el 13 de agosto de 1760 Torrigiani al abate Berardi, el carácter de Carvalho y nos tememos de él irremediables eventos, principalmente aquel que vos indicáis en vuestro último despacho y que sería el más lamentable de todos.» (3) Motivo para esta percatada actitud lo dieron oscuros rumores de diversa índole que llegaban a Roma por cauces indirectos. Es cierto que no se confirmaba la noticia de un concilio nacional portugués (4); también se presentaba como simple presunción el nombramiento del P. Norbert (Platel) para confesor del rey (5); con todo, no cabía duda de que el versátil capuchino se hallaba al servicio de Pombal en calidad de publicista asalariado (6). Con el expreso designio de justificar el proceder del gobierno portugués contra los jesuitas emprendió, a pesar de la prohibición pontificia, la continuación de las *Memorie istoriche* que habían sido condenadas por Benedicto XIV (7). Si bien dado su mediocre talento (8) no era de temer que el contenido del libro causara grandes perjuicios, con todo la Santa Sede, que se había negado a poner su visto bueno a las medidas despóticas del gabinete portugués, no podía menos de condenar, lógicamente obrando, un escrito de tal tendencia. El nuncio de París Pamfili recibió el encargo de poner reparos ante Choiseul contra la publicación, puesto que ella, si no hacía del todo imposibles, al menos perjudicaría notablemente las negociaciones en curso (9). Mayores preocupaciones

(1) *Torrighiani al nuncio Pamfili el 6 y 13 de agosto y 24 de septiembre de 1760, Cifre, Nunziat. di Francia, 450, *Archivo secreto pontificio*.

(2) *Torrighiani a Pamfili el 8 de octubre de 1760, *ibid.* Cf. también las cartas de éste del 3, 10, 17 y 24 de diciembre de 1760, *ibid.*; *Pamfili a Torrigiani el 10 de noviembre de 1760, Cifre, Nunziat. di Port., 181 A, loco cit. — Por su parte Nápoles había ofrecido también su mediación (*Tanucci a Carlos III de España, con fecha Caserta 27 de enero de 1761, *Archivo de Simancas*, Estado, 5968).

(3) *Cifre, Nunziat. di Francia, 450, loco cit.

(4) *Torrighiani a Pamfili el 18 de marzo de 1761, *ibid.*

(5) *Torrighiani a Pamfili el 17 de septiembre de 1760, *ibid.*

(6) Cf. la página 410 de nuestro volumen XXXV.

(7) V. la página 405 de nuestro volumen XXXV.

(8) Torrigiani a Pallavicini el 30 de octubre de 1760, Cifre, Nunziat. di Port., 182, loco cit.

(9) *Torrighiani a Pamfili el 18 de marzo de 1761, Cifre, Nunziat. di Fran-

causó en Roma un comunicado de Choiseul en el sentido de que en Portugal eran de temer reformas religiosas. Por encargo de aquel gobierno había sido compuesto un manual de fondo jansenista (*Nuovo corpo di dottrina*) para uso de las escuelas portuguesas (1).

A pesar de todas las declaraciones oficiosas por parte de Francia y España, no adelantaron las negociaciones, con gran pesar del Pontífice, el cual el 31 de diciembre de 1760 hizo llegar el ruego por medio del nuncio Pamfili al gabinete francés de que instara ante el gobierno de Madrid a fin de que éste activara la acción mediadora (2). Los obstáculos eran en parte de carácter personal y en parte real. El primer ministro español, Ricardo Wall, se mantenía fríamente reservado, como era de temer, dadas sus relaciones con Roma (3). Al gobierno francés reclamaban poderosamente la atención la guerra que simultáneamente sostenía con Inglaterra y Prusia y la desfavorable situación económica (4). Sin embargo, las dificultades principales radicaban en Portugal, donde el odio de Pombal y su indómita testarudez enconaban aún más el lamentable rompimiento con ulteriores medidas de hostilidad (5).

El 4 de marzo de 1761 apareció en Lisboa, con fecha 25 de febrero, un edicto en virtud del cual el monarca autoritariamente disponía de la aplicación de los bienes de los jesuitas incorporando una gran parte de ellos al fisco y al Consejo de Hacienda (6). No era infundada la presunción del cardenal secretario de Estado al

cia, loco cit. Igualmente el 15 de abril de 1761, *ibid.* *Torrighiani a Pallavicini el 19 de marzo de 1761, Cifre, Nunziat. di Port., 182, loco cit.

(1) *Torrighiani a Pamfili el 15 de octubre de 1760, Nunziat. di Francia, 450, *ibid.*; *Pamfili a Torrighiani el 10 de noviembre de 1760, Cifre, Nunziat. di Port., 181 A, *ibid.*

(2) *Torrighiani a Pamfili, Cifre, Nunziat. di Francia, 450, *ibid.*

(3) *Torrighiani a Pallavicini el 11 y 29 de diciembre de 1760, Cifre, Nunziat. di Port., 181 A, *ibid.*

(4) Cf. Bourguet, Une négociation diplomatique du Duc de Choiseul relative aux Jésuites, en la Revue d'hist. dipl., XVI (1902), 161 ss. Muchas cartas referentes a este asunto en Nunziat. di Francia, 513, 514, 515, loco cit.

(5) «Deseo que Pombal sea bueno» para que el rey tenga éxito en sus trabajos de mediación; «sin embargo, hay pocas esperanzas si él es tal como V. E. dice» (*Tanucci a Losada, con fecha Caserta 26 de mayo de 1761, *Archivio de Simancas*, Estado, 5970).

(6) *Torrighiani a Pamfili el 15 de abril de 1761, Cifre, Nunziat. di Francia, 450 loco cit. La real decisión había hallado la aprobación de los teólogos portugueses y jurisperitos; el decreto, decían ellos, es en general tan arreglado y prudente, que usando de los derechos de la corona conserva los que pertenecen a la Iglesia (nota del 25 de febrero de 1761, Nunziat. di Port., 117, loco cit.).

opinar que Pombal se había resuelto a publicar aquel edicto tan pronto como por medio del embajador Silva había tenido conocimiento de la próxima mediación del rey Carlos III. Torrigiani creía deber sacar la conclusión de que el ministro era hostil a la idea de un ajuste, razón por la cual acumulaba toda suerte de dificultades (1). Es sorprendente la actividad con que por parte de los portugueses se trabajaba por desacreditar la curia romana y hacerla única responsable del rompimiento. Ya el 9 de agosto de 1760 cerraba Da Cunha una carta dirigida al cardenal Corsini con esta observación: «Sólo Dios puede poner remedio al rompimiento que se ha hecho público, puesto que su majestad no quiere tener que ver nada más con la corte romana mientras su gobierno se halle en las manos de ministros que por procedimientos tan extraños han provocado el rompimiento» (2). Un libro aparecido a fines de 1760 o principios de 1761 llega a sentar la afirmación de que el nuncio Acciaioli y el cardenal secretario de Estado Torrigiani habían preparado, en connivencia con los hermanos naturales de José I, una segunda conjuración contra la vida del monarca (3).

Dada esta animosidad, no es de extrañar que España no interviniera sino con repugnancia en las negociaciones del arreglo, empresa que de antemano prometía poco éxito. El Papa y su secretario de Estado apenas podían dominar su impaciencia y exigían en Madrid por medio de Choiseul y el nuncio Pallavicini mayor celeridad en el obrar (4). Por fin, el 13 de mayo tuvo Torrigiani la satisfacción de poder comunicar a París que la corte española había iniciado su mediación en la corte portuguesa; rogó que se diera las gracias a Choiseul por su apoyo y se le confirmara más todavía en su buena disposición (5). La benévola acogida que en Lisboa tuvo la interven-

(1) *Torrighiani a Pallavicini el 16 de abril de 1761, Cifre, *ibid.*, 182.

(2) [Biker], I, 211. *Torrighiani a Pallavicini el 23 de octubre de 1760, Cifre, *Nunziat. di Port.*, 181 A, loco cit.

(3) El libro, con falso pie de imprenta «Venezia 1760», procedía, según todas las apariencias, de Almada y fué quemado en Roma por el verdugo. *Torrighiani a Pamfili el 4 de febrero de 1761, Cifre, *Nunziat. di Francia*, 450, loco cit.; *Torrighiani a Pallavicini el 5 de febrero de 1761, Cifre, *Nunziat. di Spagna*, 431, *ibid.*; *Torrighiani a Pallavicini el 19 de marzo de 1761, Cifre, *Nunziat. di Port.*, 182, *ibid.*

(4) *Torrighiani a Pamfili el 4 y 11 de febrero de 1761, Cifre, *Nunziat. di Port.*, 181 A, *ibid.* Cf. además *Torrighiani a Pamfili el 1 y 28 de enero, 4, 11 y 25 de marzo, y 8 y 15 de abril de 1761, *Nunziat. di Francia*, 450, loco cit.

(5) *Torrighiani a Pamfili, Cifre, *ibid.*

ción española produjo en Roma gran satisfacción (1), la cual empero se vió muy pronto enturbiada por la persuasión de que el gabinete portugués no procedía con seriedad en el asunto: ponía condiciones que equivalían a una plena sumisión de la Sede Apostólica al dictado de Pombal. Mientras Portugal pretendía involucrar el asunto de los jesuitas en las negociaciones (2) y obtener nuevas ventajas a costa de Roma mediante un nuevo concordato, sobre la colación de beneficios, parecido al de España de 1753 (3), exigía la curia que ante todo se diese reparación por los conculcados derechos de la Santa Sede. Pallavicini recibió orden de no admitir proposición alguna mientras la corte de Lisboa no hubiera otorgado una satisfacción por la vulneración del derecho de gentes perpetrada al expulsar al nuncio, no hubiese restablecido el ejercicio de la jurisdicción eclesiástica en su antigua amplitud y mientras no hubiera garantizado el libre recurso a Roma de los súbditos portugueses. Tal era el objeto por el cual el Papa había invocado el apoyo y la mediación del rey Carlos, y ésta la condición previa para toda ulterior negociación; este proceder había hallado la aprobación del duque Choiseul (4). Mas no sólo los esfuerzos del rey de España, sino también los del rey de Cerdeña (5) se estrellaban contra la obstinada resistencia de Pombal, el cual no pretendía por cierto la reconciliación con Roma, sino más bien domeñar la curia. A las anhelantes y justas aspiraciones del Pontífice por llegar a una inteligencia con Portugal (6) respondía Pombal amontonando aflicción sobre aflicción e injusticia sobre injusticia.

La ejecución del anciano P. Malagrida demostró a todo el que quiso ver, los verdaderos designios del omnipotente ministro. Gabriel Malagrida (7) había trabajado por espacio de más de treinta años

(1) *Torrighiani a Pallavicini, Cifre, Nunziat. di Port., 182, *ibid.*

(2) *Torrighiani a Pamfili el 6 de mayo de 1761, Cifre, Nunziat. di Francia, 450, *ibid.*

(3) *Torrighiani a Pamfili el 24 de junio de 1761, *ibid.*

(4) *Ibid.*

(5) *Torrighiani a Pallavicini el 8 de septiembre de 1763, Cifre, Nunziat. di Spagna, 432, *ibid.*; *Torrighiani a Pallavicini el 5 de febrero de 1767, *ibid.*, 433.

(6) *Brama egli sommamente di ritornare in buona armonia col Portogallo (Torrighiani a Pallavicini el 18 de agosto de 1763, *ibid.*, 432).

(7) Nacido el 18 de septiembre de 1689 en Menaggio junto al lago de Como, jesuita desde el 27 de septiembre de 1711, de 1721 a 1754 misionero en el Marañón y en el Brasil. Cf. Mury, Gabriel de Malagrida², Estrasburgo, 1899; [Holzwarth], Malagrida und Pombal, Ratisbona, 1872; Cordara, De suppres-

como misionero en el Brasil y en el Marañón, donde gozó fama de gran piedad tanto entre los indígenas como entre los portugueses. A petición de la reina madre, la cual había tenido ocasión de conocerle con motivo de una transitoria estancia en Lisboa, había regresado a Portugal en 1754 para asistirle en el lecho de muerte. Ya entonces encontró la corte muy trocada con relación a tiempos anteriores (1). Con licencia de la autoridad eclesiástica publicó un folleto con motivo del terremoto (1.º de noviembre de 1755) atribuyendo tan terrible azote a la Justicia divina, sin desconocer, por supuesto, las causas naturales (2). Por instigación de Pombal fué condenado ahora el librito, por una real providencia, a ser quemado por mano del verdugo y su autor encarcelado por heresiarca que no se ocupaba más que en seducir a los fieles con los supuestos ejercicios espirituales con el fin de acrecentar por este medio las riquezas temporales de la Compañía de Jesús. Los ejercicios, así se hacía notar, en manos de los jesuitas sólo servían para trastornar las conciencias y ganar nuevos partidarios de los jesuitas para rebelar luego al pueblo contra sus legítimos soberanos. Coaccionado por Pombal obligó el nuncio al provincial a enviar al P. Malagrida a Setúbal donde el veterano misionero continuó, aunque en limitada esfera, sus actividades en los ministerios con los prójimos. El 11 de diciembre de 1758 fué llamado por Saldanha a la capital, y en la noche del 11 de enero de 1759 fué arrestado junto con nueve de sus hermanos, y al día siguiente, sin interrogatorio ni proceso, condenado reo de lesa majestad como cabeza y autor de una conjuración. Todo el fundamento que para ello había dado Malagrida consistía, como al menos escribe Saldanha (3), en haber afirmado en una audiencia con Pombal que movido de la solicitud por la vida del rey había llamado la atención de algunas personas, ya con anterioridad al atentado, sobre que algo estaba en peligro, lo cual había sabido él por revelación sobrenatural. Probablemente tenía ya Mala-

sione, 71 ss.; Duhr, Pombal, 73 ss.; Olfers, 311 y pássim; Murr, 147 ss. Ulterior literatura, *ibid.*, 159, n. 1.

(1) *Acciaioli a Benedicto XIV el 18 de noviembre de 1755, *Nunziat. di Port.*, 196, loco cit.

(2) Mury, 270 ss.

(3) *el 20 de marzo de 1759, orig. en *Nunziat. di Port.*, 204, loco cit. Saldanha no se podía maravillar lo suficiente de la bondad de Pombal por haber dejado marchar libremente a casa al padre a pesar de las indiscretas e insidiosas palabras (*ibid.*).

grida perturbadas las facultades cuando hizo estas declaraciones; Pombal le dejó entonces marchar a casa tranquilamente, dió cuenta del caso a Saldanha y dijo a Acciaoli que Malagrida era un mentecato. El nuncio replicó que si no era más que eso, el castigo más adecuado sería enviarle de nuevo a Italia (1).

A pesar del juicio del 12 de enero de 1759 en el cual se declaraba a Malagrida reo de lesa majestad, al principio no se dictó pena alguna contra él. Después de casi dos años y medio de cárcel en Belem fué trasladado el proveyecto anciano de setenta y dos años a las cárceles de la Inquisición. Este tribunal, que por dimisión de algunos miembros de recto criterio y por el nombramiento para presidente de Pablo Carvalho, hermano de Pombal, se había trocado en dócil instrumento en manos del apasionado ministro, halló al anciano misionero culpable de herejía, falsas profecías, doctrinas revolucionarias y presunta santidad. Con la súplica ya reglamentaria de que se le perdonara la vida, fué entregado Malagrida al brazo secular, el cual el 20 de septiembre de 1761 lo mandó ahorcar y quemar por hereje (2). El espectáculo fué presenciado por el rey, el gobierno en pleno y el cuerpo diplomático.

La sentencia de la Inquisición se apoyaba principalmente en dos escritos que el padre debió componer durante su prisión: una vida de Santa Ana y un tratado sobre la vida y reino del Anticristo (3). Lo que de estos dos manuscritos fué aducido en los considerandos de la sentencia está tan embrollado y falto de sentido (como que Santa Ana hizo los votos de pobreza, castidad y obediencia en el seno materno, y que las personas de la Santísima Trinidad habían contendido entre sí sobre los honores que en el cielo les habían de corresponder), que no queda más que un dilema: o las expresiones imputadas a Malagrida fueron maliciosamente inventadas, o el proveyecto anciano había perdido el seso a consecuencia de la larga y cruel prisión. Lo único cierto es que jamás se adujo una sola prueba ni del delito de alta traición por el cual fué encarcelado, ni de las herejías por cuya causa fué ajusticiado (4).

(1) *Acciaoli a Torrigiani el 2 de enero de 1759, Nunziat. di Port., 199, loco cit.

(2) Mury, 278 ss.

(3) El título exacto de ambos escritos en Schäfer, V, 310, n. 2.

(4) Cf. las obras citadas anteriormente en la nota 7, de la página 184. Acerca del sorprendente cambio en la acusación cf. *Torrighiani a Pallavicini el 22 y 29 de octubre de 1761, Cifre, Nunziat. di Spagna, 431, loco cit. Al embajador inglés Hay,

Hasta los mismos santos de los jesuitas hubieron de arrostrar las iras de Pombal. Al ocurrir el terremoto fué elegido San Francisco de Borja, por toda la nación, celestial protector contra los seísmos. Una vez expulsada la Orden fueron suprimidos su fiesta y culto por un decreto, como también fué prohibida la fiesta del fundador de la Orden; además se suprimieron las oraciones litúrgicas en honor de los santos Gregorio VII y Pío V. La fiesta del Sagrado Corazón, la cual anteriormente se celebraba con toda solemnidad, la mandó suspender el ministro bajo severísimas penas (1). Hasta después de la caída de Pombal no fueron restablecidas las suprimidas fiestas.

Lo mismo que sobre los jesuitas, descargó también la venganza del omnipotente ministro sobre el restante clero, tanto secular como regular, siempre y cuando el mismo no se sometía incondicionalmente a sus absolutistas supremas órdenes. Una vez depuesto el

debió asegurar Pombal por aquellos días: «Si Malagrida no hubiera sufrido por causa de herejía, se hubiera expuesto a una información por causa de alta traición» (Schäfer, V, 311 s.). El proceder de Pombal contra Malagrida es reprobado también por Huber (*Der Jesuitenorden*, Berlín, 1873, 507) y Olfers (331). El liberal abate Gallani hace notar en sus cartas al ministro Tanucci, con fecha París, 12 de octubre de 1761: *La nuova delle esecuzione della sentenza di Malagrida giunta qui sabato ha eccitato più orrore e pletà che allegrezza, anche ne' più fieri Giansenisti. Qui s'odiano i Gesuiti, ma assai più s'odia il S. Uffizio. Fa orrore il dirsi che un ecclesiastico reo di lesa maestà non trovi in Portogallo un laico che l'impicchi e che bisogni esser reo d'eresia per essere castigabile* (Arch. stor. ital., XXII [1875], 39). Tanucci elogió la «sabia conducta» de Pombal, si, como él supone, procedió con justicia y pruebas suficientes; así salió airoso el ministro del aprieto en que había caído por causa de la desavenencia con Roma (*Tanucci a Bottari, fecha Portici, 17 de octubre de 1761, *Archivo de Simancas*, Estado, 5971; *Tanucci a Losada, fecha Portici, 20 de octubre de 1761, *ibid.*). El mismo Voltaire halló en el proceso de Malagrida un excès du ridicule et de l'absurdité joint à l'excès d'horreur (Siècle de Louis XV, en *Œuvres*, XXII, 351; cf. D'Alembert, *Sur la destruction des Jésuites*, París, 1765, 83). La sentencia de la Inquisición apareció impresa y fué además traducida al francés con el título de *Arret des inquisiteurs, ordinaire et députés de la S^{te} Inquisition contre le P. Gabriel Malagrida Jésuite. Lu dans l'Acte public de Foi, célébré à Lisbonne le 20 Sept. 1761. Traduit sur l'imprimé portugais, Lisbonne, 1761*. En Italia apareció (sin pie de imprenta ni año) anónimo: *Il Malagrida. Tragedia tradotta dal Francese*. Mucho se difundió entonces un grabado en cobre representando a Malagrida con el grotesco indumento de víctima de la Inquisición conducido al patíbulo por un dominico y un franciscano, cuyas últimas amonestaciones al reo no son más que sarcasmos y mofas contra la doctrina jesuítica de la ciencia media, probabilismo, etc. En hecho de verdad al P. Malagrida asistieron en el lugar del tormento dos benedictinos (Murr, 157).

(1) Informe del embajador imperial Lebzelter al 21 de mayo de 1777, en Duhr, *Pombal*, 119 s.

arzobispo de Bahia (1) tocó la misma suerte al obispo benedictino de Grão Pará; en el año 1764 fué conducido a Portugal y encerrado en un convento de su Orden (2). El obispo de Coimbra había prohibido en una carta pastoral una serie de libros, parte inmorales, parte ateos o antirreligiosos, como la *Henriade* de Voltaire y la poesía sobre la doncella de Orleans, titulada *La Pucelle*, del mismo autor, la Enciclopedia francesa, el *Contrato social* de Rousseau, además la obra de Dupin sobre la disciplina de la Iglesia primitiva y *Febronio*. En castigo fué encerrado en 1768, cual reo de lesa patria, en la torre de San José, mazmorra tenebrosa situada varios metros debajo del agua, y su carta pastoral quemada por mano del verdugo. La misma suerte corrieron otras treinta y tres personas por el mero hecho de haberse manifestado en favor del prelado (3).

En los despachos del representante imperial no tienen fin los informes sobre los encarcelamientos de eclesiásticos. No sólo religiosos individualmente, incluso comunidades enteras, que habían caído en desgracia del ministro, iban a parar a la cárcel. «Cuatro benedictinos, comunica Welsperg el 16 de abril de 1765, y dos carmelitas, lo mismo que todos los religiosos de un convento de servitas, han sido llevados a la cárcel, sólo en estos días; mas como uno de estos últimos, por su avanzada edad y la parálisis, no pudiera abandonar el lecho, fué trasladado al hospital donde se ha establecido una guardia sólo para él.» (4) Incluso misioneros que durante su viaje al lugar de destino tocaban en Lisboa los mandó Pombal meter en la cárcel o regresar a su patria: así se hizo en 1768 con tres capuchinos de Génova, cuyo crimen consistía en haber ido a Roma sin carta de obediencia del general (5).

Mientras Pombal sojuzgaba de esta suerte a las personas adictas a la Iglesia, fomentaba con la mayor alevosía la relajación de la disciplina religiosa. Cuando después de su caída se adoptaron medidas para reformar la libre y escandalosa vida de los religiosos, escribía Lebzeltern a Viena: «Durante el gobierno anterior no encontré

(1) V. anteriormente, pág. 170; informe del encargado de Negocios austríaco Keil, del 24 de junio de 1760, en Duhr, Pombal, 109.

(2) Ibid., 110.

(3) Ibid., 113 s. V. también [Biker] III, 299 ss. Sobre la libertad tras la caída de Pombal, v. Weld, 368.

(4) Duhr, Pombal, 111.

(5) Keil el 4 de febrero de 1766, *ibid.*, 112.

el marqués medio más eficaz para arruinarla, como era su deseo, que hacerla despreciable dando rienda suelta a la más desenfrenada falta de observancia y fomentando todos los desórdenes con tal que no fueran contra su autoridad» (1). Según se desprende del comunicado, con fecha 7 de agosto de 1764, del encargado de Negocios austríaco, Keil, se dificultó extraordinariamente la admisión al estado religioso y sacerdotal. «Los obispos, escribe, ya no pueden desde hace algún tiempo administrar las órdenes sagradas sin expresa licencia de la corte en virtud de una circular del rey; mediante una información confidencial se ha prohibido secretamente a todas las Órdenes para lo futuro la admisión de novicios.» (2) Del mismo modo la actividad de los religiosos fué en parte restringida y en parte totalmente prohibida. Así, en 1768 recibieron los lazaristas orden de no celebrar más misiones en la capital y sus aledaños. El 3 de enero de 1769 informaba Lebzeltern haberles sido prohibido indefinidamente oír confesiones y predicar en Lisboa a los agustinos, benedictinos, jacobitas y lazaristas, muchos de los cuales habían sido encarcelados, por la presunción de que mantenían secreta correspondencia con Roma (3). A las autoridades eclesiásticas se les había hecho casi imposible toda manifestación del pensamiento. Por real decreto del 28 de marzo de 1768 fueron prohibidos el Índice de libros prohibidos y la bula de la Última Cena; una nueva disposición del 5 de abril del mismo año establecía una real comisión de censura con jurisdicción privativa para todos los libros ya publicados o por publicar (4).

Poco después de la expulsión del nuncio (5) maquinó ya Pombal con el mayor ahinco la constitución de una Iglesia nacional portuguesa, si no del todo autónoma, lo más independiente posible de Roma (6). Con el fin de proporcionar base legal a sus constantes

(1) 18 de noviembre de 1777, *ibid.*, 120. Cf. *Torrighiani a Acciaiolli el 11 de septiembre de 1760, *Cifre, Nunziat. di Port.*, 182, loco cit. Ambos informes arrojan luz singular sobre la carta del rey José I a Clemente XIII del 20 de abril de 1759, en la cual el monarca afirma que los jesuitas habían degenerado por completo y eran incorregibles en contraposición a las demás Órdenes religiosas (con diferencia de todas as outras Ordens regulares). [Biker], I, 100.

(2) Duhr, Pombal, 115. Lo mismo informa *Torrighiani a Pallavicini el 17 y 24 de noviembre de 1763, *Nunziat. di Spagna*, 432, loco cit.

(3) Duhr, Pombal, 115 s.

(4) *Ibid.*, 114. Sobre la política religiosa de Pombal cf. *ibid.*, 106-142.

(5) V. anteriormente, pág. 171 ss.

(6) *Torrighiani a Pallavicini el 16 de abril de 1761, *Cifre, Nunziat. di*

intervenciones y desmanes en el terreno religioso, trabajó por conseguir la aprobación eclesiástica para la obra del senador regalista Ignacio Ferreira Souto sobre el ilimitado poder real (*Tractatus de incircumscripta Regis potestate*). El inquisidor general Dom José, hermano natural del rey, se negó rotundamente a otorgar dicha aprobación a una obra repleta de falsedades. Tras una viva discusión con el ministro, en la cual hubo de llegarse a las obras, tuvo el príncipe que purgar su defensa de los principios de la Iglesia, con la deposición y el destierro en un retirado claustro (1).

Grandes preocupaciones ocasionaba al Pontífice la amplitud que Pombal y sus aláteres eclesiásticos pretendían para el poder episcopal a costa de la Santa Sede (2). En tiempo del rompimiento con Roma se presentaron frecuentes dificultades por causa de las dispensas matrimoniales en los grados de parentesco reservados al supremo jerarca de la Iglesia. Algunos obispos, principalmente el arzobispo de Evora, se declararon sin escrúpulos por la validez del matrimonio a pesar de las disposiciones eclesiásticas (3). Para desvanecer también los reparos de los prelados timoratos, mandó el ministro al canonista áulico Pereira componer una obra, «*Tentativa theologica*», la cual encierra una defensa del radical sistema episcopaliano (4). Cuando en 1765, en vista de los sucesos ocurridos en el Parlamento francés, publicó Clemente XIII su bula en favor de la Compañía de Jesús (5), un edicto del 6 de mayo dado en Lisboa

Port., 182, loco cit. Cf. *Hist.-pol. Blätter*, LXXXVI (1880), 639, 644 y especialmente LXXXVII (1881), 583 ss.

(1) *Acciaoli a Torrigiani, fecha Badajoz 15 de agosto de 1760, *Nunziat. di Port.*, 117, loco cit.; Keil, el 3 de febrero de 1761, en Duhr, Pombal, 78 s.

(2) *Torrighiani a Pallavicini el 4 de septiembre y 20 de noviembre de 1766, *Cifre, Nunziat. di Spagna*, 433, loco cit.

(3) *Torrighiani a Pallavicini el 1.º de enero de 1767, *ibid.* Cf. el despacho de Keil del 11 de noviembre de 1766, en Duhr, Pombal, 116.

(4) Cf. *Kirchl. Handlexikon*, II, 1403. En contraposición al informe de Keil del 17 de marzo de 1767 (en Duhr, Pombal, 118 s.), de que el obispo de Miranda se había declarado en contra de la obra de Pereira, informa el abate Vincenti desde Madrid: «No sólo el obispo de Miranda, sino otros tres obispos portugueses han publicado también cartas pastorales en favor de la obra de Pereira» (*Vincenti a Torrigiani el 27 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767). Sobre la condenación que en Roma se pensaba lanzar contra el libro, cf. *Torrighiani a Pallavicini el 12 de febrero de 1767, *ibid.*; además las *cartas del mismo al mismo destinatario del 4 de septiembre, y 18 y 25 de diciembre de 1766, *Nunziat. di Spagna*, 433, loco cit.

(5) V. más adelante la página 298.

la declaró subrepticia, obrepticia y sin efecto, prohibiendo además su introducción en Portugal (1).

A pesar de todas estas personales vejaciones y de tamañas maquinaciones contra la Iglesia, abrigaba el Papa en su augusta misión un inquebrantable anhelo de paz. Terminada la guerra entre España y Portugal pareció ofrecerse una favorable coyuntura para la acción mediadora de la corte de Madrid. En el año 1763 había anunciado al Papa el rey José, por medio del nuncio de París Pamfili, el nacimiento de su segundo hijo, el príncipe del Brasil. En la carta gratulatoria había dejado deslizar el Papa, en frases muy ponderadas, el deseo de llegar a una conciliación en la discordia pendiente, puesto que entre un hijo piadoso y devoto y un padre tan amoroso no podían reinar más que las relaciones del mutuo amor (2). Para evitar cualquier choque había presentado antes Pamfili la carta pontificia a Luis XV y Carlos III de España a fin de conocer su parecer (3). Mas por toda contestación de Lisboa recibió el Papa, pasados algunos meses, el breve devuelto con una declaración del secretario de Estado Da Cunha, fechada el 19 de junio de 1764; el breve, decía, llevaba ciertamente la firma del Papa, pero el contenido no era suyo, sino por el contrario ficticio y subrepticio, apócrifo y sedicioso, y dictado directamente por aquel terrible espíritu de inquietud y discordia que cierra la puerta a toda verdad y justicia (4). Dolorosamente impresionado por tamaña

(1) [Biker], I, 213 ss. Cf. *Pallavicini a Torrigiani, fecha en Aranjuez, 28 de mayo de 1765, Cifre, Nunziat. di Spagna, 293, loco cit.

(2) *ut quae calamitate quadam a Nobis regium animum tuum diremere dissidia, tandem sarciantur. Haec ad te scribimus fiducia tui tuaeque pietatis et religionis, fiducia etiam amoris erga Nos tui, hoc est obsequentissimi filii, quod praeferunt litterae tuae, in amantissimum patrem, inter quos aequum non est quemquam esse internuncium quam mutuum amorem (30 de noviembre de 1763, Nunziat. di Francia, 519, loco cit.). *Torrighiani a Pallavicini el 5 de febrero de 1767, Cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.

(3) *Torrighiani a Pallavicini el 19 de enero de 1764, *ibid.*, 432.

(4) *Da Cunha al embajador portugués Souza en París, Nunziat. di Francia, 519, *ibid.* Cf. *Torrighiani a Pallavicini el 5 de febrero de 1767, Cifre, Nunziat. di Spagna, 433, *ibid.* Muy acertadamente observó *Tanucci en una carta a Centomani (fecha en Portici, 15 de octubre de 1763): Mientras viva Carvalho escasas perspectivas puede tener Roma sobre Lisboa, y Carvalho piensa vivir más tiempo que el Papa, Torrigiani y Ricci (*Archivo de Simancas*, Estado, 5987). Con las palabras «espíritu de intranquilidad y de discordia» se alude al cardenal secretario, cuya dimisión, como Tanucci aseveraba, facilitaría la reconciliación con Roma (*a Cantillana, fechada en Portici, 28 de julio de 1764, *Archivo de Simancas*, Estado, 5990).

injuria, creyó Clemente XIII que debía confiar el asunto al Juez Eterno, al cual el rey tendría que dar alguna vez cuenta de haber impedido al Vicario de Cristo el ejercicio de su función pastoral (1).

Los días 6 y 13 de enero de 1767 había promovido el nuncio de Madrid Pallavicini una nueva campaña pacificadora insinuando que el Pontífice podía escribir no sólo al rey y a la reina sino al mismo Pombal (2). En su respuesta aseguraba Torrigiani que aun cuando la inutilidad, la ineficacia que era de prever de un paso semejante y el temor de nuevas ofensas retraían al Papa, sin embargo prescindiría gustoso de ello con tal de poder tener la seguridad de que su carta había de llegar efectivamente al ministro, porque en tal caso habría puesto todo lo que estaba de su parte por hacer las paces con Portugal (3). La prohibición ya proyectada de la obra de Pereira «Tentativa theologica» fué diferida por entonces para no entorpecer la obra de conciliación (4). Se discutieron con todo determinimiento varios procedimientos para asegurar la remisión de los documentos pontificios (5), aun cuando de ello no se prometía la curia grandes esperanzas. Todo el ambiente político de aquella época, como Torrigiani hacía notar con honda pesadumbre, estaba saturado del espíritu de odio y hostilidad contra la Santa Sede. Los dogmas de las potencias políticas eran diametralmente opuestos a los de la Iglesia; sus aspiraciones y esfuerzos se dirigían únicamente al debilitamiento o total aniquilamiento de los derechos pontificios (6). Siguiendo las instrucciones del cardenal secretario de Estado, había redactado una carta para Pombal el nuncio Lucini, sucesor de Pallavicini en Madrid (7). El embajador portugués en

(1) *Torrighiani a Pamfili el 8 de agosto de 1764, Nunziat. di Francia, 453, loco cit.

(2) El breve pontificio a la reina y al infante de Portugal, al patriarca de Lisboa y al conde de Oeyras (Pombal) con fecha 31 de agosto de 1767, en el Bull. Cont., III, 1356. El *breve, no contenido en el Bulario, del Papa al rey José, se halla en Expediente 1767 y Expediente Parma 1768 en el *Archivo de la embajada española de Roma*.

(3) *Torrighiani a Pallavicini el 5 de febrero de 1767, Cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.

(4) *Torrighiani a Pallavicini el 2 de abril de 1767, ibid.

(5) *Torrighiani al nuncio Lucini de Madrid el 3 de septiembre de 1767, copia, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767; *Lucini a Torrigiani el 22 de septiembre de 1767, copia, ibid.

(6) *Torrighiani a Lucini el 8 de octubre de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767; Nunziat. di Spagna, 412, loco cit.

(7) *Lucini a Torrigiani el 22 de septiembre y 26 de octubre de 1767,

dicha ciudad declaró al punto estar dispuesto a transmitir la carta al ministro, aun cuando se negó resueltamente al principio a hacer llegar el breve a manos del monarca (1). Sin embargo, acabó por prestarse a expedir todos los documentos a Pombal, a cuyas manos realmente llegaron según afirmación del nuncio (2). Mas la acción, como se había previsto, resultó estéril. El 22 de diciembre de 1767 hubo de informar Lucini al cardenal secretario de Estado: «Lo mismo que las cortes borbónicas, también condiciona Pombal su conciliación a la completa supresión de la Compañía de Jesús» (3).

Clemente XIII no había de presenciar el día de la paz. El rompimiento con Roma duró un decenio entero a pesar del descontento de la real familia y de la máxima parte del pueblo portugués (4); por causa de él se produjeron enormes complicaciones en la situación religiosa, de suerte que el porvenir llegó a infundir hondos temores.

Cifre, Nunziat. di Spagna, 304, loco cit., copia en el *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767.

(1) Lucini a Torrigiani el 26 de octubre de 1767, *Archivo de Simancas*, ibid.

(2) *Lucini a Torrigiani el 24 de noviembre de 1767, Cifre, Nunziat. di Spagna, 304, loco cit.

(3) *Cifre, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767.

(4) Pacca, Nachrichten über Portugal, 40 s. Cf. Duhr, Pombal, 128 s.

V. Supresión de los jesuítas en Francia

I

La expulsión de los jesuítas de Portugal fué la señal para el ataque general: siguió luego su extradición de Francia, de España y de sus dominios; la presión de España culminó más tarde en la total extinción decretada por el Pontífice.

La campaña del siglo XVIII contra la Compañía de Jesús no se dirigía en primera línea contra ella misma; antes bien el ataque iba dirigido ante todo y sobre todo contra el pontificado. A la Orden jesuítica se la combatía casi exclusivamente porque se la consideraba como el baluarte que era preciso derribar para facilitar la lucha con el propio enemigo capital.

Los motivos por que entonces se aborrecía al pontificado son de triple carácter. El espíritu irreligioso del siglo XVIII veía en él la más eficaz égida del cristianismo. El protestantismo infundía escasos temores al enciclopedismo, pero sí en cambio y muy muchos la Iglesia católica con su dogma preciso e inmutable, con su rígida organización y con el espíritu de sacrificio de sus hijos. Y como quiera que la Iglesia católica descansa plenamente en la Santa Sede, de ahí que en ésta se cebara el odio de exterminio. La segunda causa de la hostilidad radicaba en el galicanismo cuyas teorías habían invadido también España e Italia. Según los galicanos el Papa posee ciertamente algunos derechos honoríficos como el de presidente honorario de la Iglesia; sin embargo, en el fondo no es él más que un obispo como los otros. Cuanto él se atribuya más allá de este límite es mera usurpación, y a los soberanos incumbe replegarle a los originarios linderos de sus obligaciones y derechos. La tercera razón para ese odio irreconciliable la ofrecía la idea de que la Iglesia, y por ende en particular el pontificado, constitúan una

rémora para el progreso material en el comercio e industria. Véase cómo la protestante Inglaterra se convertía con su progresivo desarrollo en potencia mundial, cómo la protestante Prusia se conquistaba un sitio entre las grandes potencias, mientras los países católicos meridionales se hundían en el ocaso, faltos de poderío, autoridad y riqueza. Por esto concibieron la idea Pombal (1), y con él otros, de que ante todo se debía acabar con la Iglesia o por lo menos coartarla en todo lo posible, si se quería competir en la contienda con los países del norte. La idea era arbitraria, pues Pombal no trocó a sus portugueses en émulos de ingleses y prusianos precisamente porque oprimió a la Iglesia, y España se cerró el camino del progreso en el preciso momento en que adoptó la misma conducta. Por otra parte, la católica Francia cayó en la ruina y descomposición porque sus reyes no se condujeron según las normas y principios de la Iglesia; y si Austria no fué capaz de defender la Silesia contra la diminuta Prusia, las causas de ello no radican en las circunstancias religiosas. Mas sea de ello lo que fuere, lo cierto es que las apariencias eran adversas a los católicos y el Pontífice fué el que hubo de pagar las consecuencias.

Que la Orden jesuítica fuera tenida por el baluarte del papado, se comprende fácilmente. Ella tenía en gran parte la educación de la juventud; su ciencia era sólido bastión contra el enciclopedismo e influía poderosamente en las altas esferas, y su doctrina era asilo de los «principios ultramontanos» incluso en la galicana Francia y más aun en otros países. Todas las demás importantes Órdenes religiosas habían pagado su tributo al galicanismo; los jesuitas resistían aún en su máxima parte, y si a partir del atentado de Damiens contra la vida del rey se avinieron repetidas veces a dar palabra de enseñar los cuatro artículos galicanos (2), echaron con ello un borrón sobre su honor. Con todo, ya no tuvieron tiempo de cumplir su promesa y todo el mundo comprendió que el paso dado no había que atribuirlo a su entusiasmo por el galicanismo, sino que fué fruto de la desesperación y el último esfuerzo para salvarse del total aniquilamiento.

En sus manifiestos al mundo no decían francamente los políticos del siglo XVIII cuáles fueran los verdaderos móviles que les inducían a procurar la extinción de la Compañía. Presentan siempre como

(1) V. la página 414 de nuestro volumen XXXV.

(2) V. más adelante, pág. 201.

única razón sus deseos de suprimir los abusos que se habían introducido en la Orden, abusos que según las declaraciones de los pontífices y de los obispos fieles a la Iglesia nunca fué posible demostrar. A los volterianos no les importaba nada absolutamente presentarse y actuar como reformadores, cuyas aspiraciones y esfuerzos tendían a reducir a los hijos descarriados al camino marcado por San Ignacio y San Francisco Javier (1). Pero en cartas que no estaban destinadas a la publicidad se expresaban en términos muy diversos. Tanucci es principalmente quien en este respecto se expresa más clara y paladinamente (2) y sus palabras tienen mayor peso por cuanto era él el que en Madrid disfrutaba de influjo decisivo. El fué quien impulsó al rey de España, y España fué la que puso por obra en definitiva la supresión de la Orden. Además de que muy pronto se generalizaron los ataques a otras sociedades religiosas (3).

Aun cuando fué Portugal la que dió el primer impulso, con toda la situación no se presentó para los jesuitas verdaderamente amenazadora hasta que Francia no entró en la contienda como aliada. Los folletos de que Pombal se valió para soliviantar la opinión pública contra los jesuitas habían encontrado difusión y buena acogida principalmente en territorio francés (4), para gran desdicha por cierto de los jesuitas, pues Francia era la que daba el tono a toda Europa (5) y ya hacía mucho tiempo que era el foco de la hostilidad contra la religión en general y contra los jesuitas en particular.

Quizá en ninguna parte era tan apreciada la fundación de Loyola entre el pueblo y tan influyente en las más altas esferas sociales como en el país donde la Orden había tenido su primera cuna (6). Pero no carecía allí tampoco de ruda hostilidad. En el seno del Parlamento hablase iniciado ya en vida del fundador la oposición que persistió en los tiempos subsiguientes, de modo que entre los juristas venía a ser como el espíritu de la corporación la

(1) V. la página 424 de nuestro volumen XXXV.

(2) V. más adelante el capítulo VI.

(3) Cf. más adelante el capítulo VIII.

(4) *El nuncio Gualtieri a Torrigiani el 5 y 19 de febrero, y 10 y 17 de septiembre de 1759, Nunziat. di Francia, 503, 504, *Archivio segreto pontificio*.

(5) Böhmer, *Jesuiten*, 154.

(6) Para lo siguiente cf. Fouqueray, I, 253 ss.; Fra, Guillaume de Prat, *Riom*, 1914, 134 s.; Brucker, 147 ss.; Préclin, *Les Jansénistes du XVIII^e siècle*, Paris, 1929.

enemistad contra la Compañía de Jesús, y como además los parlamentos eran el refugio del galicanismo, de ahí que el antagonismo se extremase cada vez más. Y la hostilidad del Parlamento se hizo tanto más peligrosa cuando por oposición a los insoportables tributos y exacciones, consecuencia necesaria de la desdichada guerra y de los despilfarros de la corte, se hubo conquistado el favor del aura popular. Además, el jansenismo contaba entre el bajo clero y en el seno de los claustros numerosos adeptos, los cuales sin excepción eran adversarios y aun enemigos de la Compañía de Jesús.

De peor naturaleza era todavía la hostilidad de los enciclopedistas. Procedentes del filosofismo inglés, los llamados filósofos dirigieron sus embates primeramente sólo contra la intolerancia, las ambiciones jerárquicas, contra la obligatoriedad de los dogmas y cosas semejantes; pero al fin terminaron por repudiar todo cristianismo positivo y toda religión revelada. «Mientras haya bribones mentecatos, afirmaba Voltaire (1), habrá religión. La nuestra es indiscutiblemente la más grotesca, la más irracional y sanguinaria que jamás ha apestado la tierra.» Federico II de Prusia, seguía diciendo, prestaría un servicio imperecedero si acabara con esta superstición. Hogar y santuario, pues, así escribía Federico II a Voltaire con aplauso de éste, son los conventos; si se consigue arrasar estos refugios del fanatismo se habrá conseguido lo principal (2). Entre todas las Órdenes, empero, se presentaba al iluminismo como baluarte principal de los dogmas ultramontanos la jesuítica, cuyas escuelas habían de ser arrasadas si el nuevo espíritu había de llegar algún día a dominar. Sin declararse abiertamente ni atacar a pecho descubierto, seguían los filósofos el combate contra la Compañía de Jesús que otros realizaban muy eficazmente, con íntima y maniifiesta satisfacción, y con la esperanza de que al derrumbarse este reducto quedaría la brecha abierta para destruir a la Iglesia. En la correspondencia epistolar entre D'Alembert y Voltaire de aquella época, palpita sin rebozo el odio contra los jesuitas entreverado con las esperanzas que los dos fundaban en la extinción de la Orden. «Por lo que a mí se refiere, escribía D'Alembert en 1762 (3), por el

(1) A Federico II el 5 de enero de 1767, *Frédéric le Grand, Œuvres*, XXIII, 134.

(2) Federico II a Voltaire el 24 de marzo de 1767, *ibid.*, 146, Cf. v. Nostitz-Rieneck en la *Zeitschrift für kath. Theol.*, XXIV (1900), 498 s.

(3) el 4 de mayo de 1762, Voltaire, *Œuvres* (edición de Kehl), LXVIII, 201.

momento lo veo todo de color de rosa; veo que los jansenistas han de tener aquí el año próximo la muerte, después de haber preparado este año a los jesuitas la ruina por muerte violenta; veo implantada la tolerancia, llamados los protestantes, a los sacerdotes casados, suprimida la confesión y exterminado muy sencillamente el fanatismo.» En el año 1761 tenía la persuasión (1) de que «la filosofía se aproximaba quizá a una época en que podría tomarse la venganza de los jesuitas». Cuando él oyó que Voltaire todavía sentía cierta compasión por los jesuitas, sus maestros en tiempos pasados, le escribió (1762) (2): «Créame, deponga toda humana flaqueza. Deje usted que la canalla jansenista nos cuelgue del cuello a la canalla jesuítica y no impida que estas arañas se devoren mutuamente». El propio Voltaire escribía a raíz de la expulsión de los jesuitas de España (1767) al marqués Villevieille (3): «Uno mi regocijo al de mi bravo caballero por la expulsión de los jesuitas... Ojalá se pudiera extirpar a todos los frailes que no son mejores que estos bribones de Loyola».

A pesar de todos los numerosos adversarios de los jesuitas, hubiera resultado difícil el triunfo de no haber contado con muy poderosos auxiliares en los círculos áulicos y en los gobiernos. Muy discutida es la participación que el conde Choiseul tuvo en la ruina de los jesuitas de Francia: con la misma frecuencia es afirmada (4) como negada (5). Aun cuando no sea posible demostrar una alianza entre el Parlamento y el ministro, sin embargo no hay que olvidar que entre sus contemporáneos era ya muy general la creencia de que jugaba a dos manos, aparentando oficialmente el deseo de salvar a los jesuitas, mientras bajo mano daba vuelos a los parlamentos con subsidios y los favorecía si no es que incluso los espoleaba.

Choiseul, hechura y admirador de madama Pompadour, carecía de convicciones religiosas; exteriormente se presentaba como cató-

(1) el 8 de septiembre, *ibid.*, 173.

(2) el 25 de septiembre de 1762, *ibid.*, 218.

(3) el 27 de abril, *ibid.*, LX, 180. Cf. Hortig-Döllinger, II, 2 (1828), 791, nota 1.

(4) Crétineau-Joly, V², 201 ss.; Schmidt, *Geschichte*, IV, 794 s.; Ravignan, I, 109 s., II, 21 ss.; Brucker, 800 s.

(5) Theiner, *Histoire*, I, 28 ss.; Böhmer, ²156 s. Ranke se adhiere en parte a Theiner con la limitación: «De un improcedente influjo sobre los parlamentos no se atrevió a declararle exento [a Choiseul] ni siquiera Montbarrey, que pertenecía a su parentela» (*Französ. Gesch.*, IV, 550, n. 1). Cf. además Lavissee-Carré, VIII, 2, 326.

lico, pero sus convicciones le colocaban muy próximo a la filosofía iluminista de la época (1). Es cierto que el cardenal secretario de Estado Archinto afirmaba de él con elogio que siendo embajador en Roma supo unir con el servicio de su rey el de la religión, de la Iglesia y de la Santa Sede (2); pero en la curia se tenía la convicción desde hacía tiempo de su enemistad contra los jesuitas y del bajo concepto que tenía de Roma (3). En la curia existía el íntimo convencimiento de que Choiseul no quería disgustar con medidas enérgicas a los parlamentos, de los cuales dependían la corte y el gobierno en tiempo de una guerra desdichada, y no se ocultaba tampoco que dichas corporaciones se tornarían tanto más fuertes cuanto más se las temiera (4). Como el cardenal secretario Torrigiani expresara su presunción de que el Parlamento de París debía estar secretamente apoyado por la corte (5), lo concedió el nuncio Pamfili, aun cuando éste creía que el motivo principal de tan pujante prestigio había que buscarlo mejor en el favor del pueblo y sobre todo en la débil actitud de la corte; el rey no osaba decidirse por medida alguna enérgica, temeroso de que en tal caso el Parlamento paralizase su labor y en consecuencia se viera privado el gobierno del dinero necesario para la guerra (6). Un año más tarde tenía el nuncio el convencimiento de que «varias personas influyentes de la corte» habían contribuido más que el poder de los parlamentos a la desgracia de los jesuitas (7). Como de la correspondencia de Tanucci se desprende, en el campo enemigo de las Órdenes religiosas se había generalizado la creencia de que la corte o el ministro no se valían de los parlamentos sino para provocar la ruina de los jesuitas (8).

(1) Para la iglesia de Voltaire de Ferney, procuró Choiseul reliquias de Roma. *Torrighiani a Pamfili el 22 de julio y 2 de septiembre de 1761, Nunziat. di Francia, 450 A, loco cit.

(2) *Archinto a Gualtieri el 20 de abril de 1757, *ibid.*, 442.

(3) *Torrighiani a Gualtieri el 29 de noviembre de 1758, *ibid.*, 450. Ya con ocasión de la expulsión de los jesuitas de Portugal había manifestado Choiseul que a los monarcas les asistía el derecho de extrañar las Ordenes religiosas de sus dominios si ya no les parecían útiles (*Torrighiani a Gualtieri el 11 de julio de 1759, *ibid.*). Sobre similares pensamientos *informa Gualtieri a Torrigiani el 20 de agosto de 1759, Cifre, *ibid.*, 507.

(4) *Torrighiani a Gualtieri el 11 y 18 de abril de 1759, *ibid.*, 450. Cf. además la *carta de Torrigiani del 9 de mayo de 1759, *ibid.*

(5) *Torrighiani a Pamfili el 23 de septiembre y 7 de octubre de 1761, *ibid.*

(6) *Pamfili a Torrigiani el 12 de octubre de 1761, Cifre, *ibid.*, 515.

(7) *Pamfili a Torrigiani el 26 de julio de 1762, Cifre, *ibid.*, 516.

(8) *Dunque non sono li Parlamenti li vindici del genere umano in Francia contro i Lestrigoni, che si dicevano Gesuiti? Mi rallegro d'un sovrano, che

En los círculos mismos de la Orden creían tener seguras referencias de que enemigos ocultos trabajaban con actividad en la corte (1), pero se impuso la persuasión de que éstas eran tan sólo causas secundarias, puesto que la principal de la persecución radicaba en la religión y en la adhesión de la Compañía a la Santa Sede (2).

Luis XV no sentía personalmente aversión alguna contra los padres, incluso tenía por confesor a uno de ellos, lo mismo que toda su familia, aun cuando por espacio de decenios enteros no diera al interesado ocasión de ejercer su importante cargo. Pero, víctima de su indolencia, no era capaz de tomar decisión alguna en el asunto de los jesuitas, lo mismo que en los otros negocios; y si alguna vez el sentimiento de su autoridad personal ofendida le prestaba un resto de virilidad, no adoptaba de ordinario resoluciones sino a medias y tardías, las cuales antes aceleraron que detuvieron la ruina de la Orden. Además le faltaba en toda decisión la necesaria autonomía para independizarse del juicio de los ministros que le gobernaban. Desde el momento en que se entregó al influjo de hombres que habían llegado a su puesto por el favor de la Pompadour, ya no era posible esperar de él defensa alguna eficaz para aquellos religiosos que se habían negado a plegar los principios de la moral al capricho de la favorita (3). La benevolencia de un monarca a quien sus desenfrenos

per tale opera non ha bisogno di Parlamenti, che suggeriscano, ma per la sola esecuzione si vale di quelli (Tanucci a Galiani el 22 de mayo de 1762, *Archivio de Simancas*, Estado, 5977). En una *carta a Cattolica del 12 de junio de 1764 elogia Tanucci al duque de Choiseul como autore principale dei Gesuiti cacciati di Francia, e di tutte le più forti interprese del Parlamento (ibid., Estado, 5989).

(1) *Si disse che il Parlamento suonava secondo che toccava i tasti un Ministro di corte, e si credette che questi fosse il Duca di Choiseul (Ricci, *Istoria dell'accaduto in Francia al PP. della Compagnia di Gesù nel 1761 e 1762, 61 s., manuscrito en *poder de los jesuitas*). Cf. ibid., 67, 84-86, 136, 149. Además de Choiseul, nombra Ricci al guardasellos mayor Berryer, cuya correspondencia epistolar con Pombal fué descubierta en su herencia, como capitales intrigantes contra la Compañía de Jesús (ibid., 129 s., 135). La noticia de Scarponio (*Historia abolitionis Soc. Iesu, 304^v s., ibid.), de que Pombal había comprado la cooperación de la Pompadour para la supresión de la Orden, demuestra por lo menos la creencia muy generalizada de que el Parlamento tenía secretos apoyos en la corte.

(2) *Ricci, loco cit., 161.

(3) Brucker, 860 s.; Crétineau-Joly, V^a, 186 ss. Las primeras tentativas de la Pompadour para llegar a una reconciliación con la Iglesia datan de la época en que fué nombrada dama de honor. Gualtieri *escribe el 9 de febrero de 1756 a Valenti: Corre voce, che oggi si dovesse dichiarare per dama di corte M^{me} di Pompadour (Cifre, Nunziat. di Francia, 505, loco cit.). De la abundante correspondencia sobre este asunto, sostenida durante varios años y que como

y fracasos le habían acarreado el desprecio y los impuestos el odio, fué para los jesuitas más que nada una fatalidad y hasta dió pie para hacerlos responsables solidarios de las desdichadas medidas de gobierno.

Por lo demás la tormenta que iba a desencadenarse sobre los jesuitas franceses estaba presagiada por múltiples indicios. Años enteros había mantenido en firme el cardenal Noailles de París la suspensión de todos los jesuitas en su diócesis. La condenación de los libros de Pichon y Berruyer, lo mismo que la de la *Biblioteca jansenista* (1), aun cuando objetivamente justificada, ejerció un influjo enormemente perjudicial, dada la situación religiosa de Francia. En son de triunfo fué anotada la censura entre los éxitos del jansenismo (2). En tono de la más honda cólera y del más desenfrenado orgullo consiguieron los parlamentos, por medio de sus correligionarios, que dichas obras fueran condenadas de nuevo por la Sorbona (3) y por el episcopado (4).

Con mayor rudeza todavía se manifestó la inquina de los parlamentos contra la Compañía con ocasión del atentado que Damiens cometió contra Luis XV el 5 de enero de 1757 (5). Rápidamente se

de costumbre es interrumpida al terminar la Pascua florida, baste citar aquí solo un documento: *Il Direttore Gesuita [P. Sacy] non la vede con tanta frequenza, come faceva, correndo voce, che egli non l'ammetterà ai sacramenti, se prima non dà publici remedi allo scandalo dato (Gualtieri a Valenti el 1.º de marzo de 1756, *ibid.*). Otros documentos *ibid.*, 505, 506 y 507. D'Alembert ve en la actitud de los jesuitas para con la Pompadour la ocasión remota de su caída (Sur la destruction des Jésuites, 72). Cf. Bernis, *Mémoires*, ch. 7, éd. Masson, II, 102: Les confesseurs de S. Majesté... avaient toujours insisté, pour la réparation du scandale, sur le renvoi de la Marquise. Le P. de Sacy refusa la direction de cette dame, en sorte qu'elle ne devait pas regarder les Jésuites comme ses amis.

(1) Cf. las páginas 304, 306 y 311 de nuestro volumen XXXV.

(2) *El decreto de la Congregación del Índice si è divulgato da Gianse-nisti in tutto il regno, parendo che ne trionfino, interpretandolo a loro favore per le parole generali, con cui è concepito. El nuncio se esfuerza todo lo posible por justificar la condenación, pero el obispo de Mirepoix y algunos otros se obstinan en sus quejas de que en Roma se destruye lo que en Francia se construye con trabajo. Cf. *Durini a Valenti el 1.º de diciembre de 1749 (v. la página 304 de nuestro volumen XXXV), y *Durini a Valenti el 24 de noviembre y 29 de diciembre de 1749 y 5 de enero de 1750, Cifre, *Nunziat. di Francia*, 491, loco cit.; *Valenti a Durini el 17 de diciembre de 1749, *ibid.*, 442.

(3) *Gualtieri a Torrigiani el 4 de junio, 2 y 16 de julio, y 6 y 27 de agosto de 1759, *ibid.*, 504.

(4) *Torrighiani a Gualtieri el 21 de marzo de 1759, *ibid.*, 450; *el auditor Berardi a Torrigiani el 21 de enero de 1760, *ibid.*, 513.

(5) *Gualtieri a Archinto el 6 de enero de 1757, *ibid.*, 498.

hizo correr la noticia de que el autor había servido de criado en el colegio de los jesuitas hasta diecinueve años antes, fecha en que contrajo matrimonio; se ocultó sin embargo que el interesado había desempeñado también desde entonces idéntica ocupación en casas de miembros del Parlamento, y que precisamente en ellas, según sus declaraciones arrancadas en el tormento, había oído y leído muchas cosas que le incitaron contra los soberanos (1). Por más que el proceso excluía toda culpabilidad de jesuita alguno, con todo se excitó tanto al pueblo que en diferentes ocasiones llegó a cometer desmanes contra jesuitas reales o supuestos (2). Mediante folletos impresos en parte en imprentas clandestinas, se trabajó por hacer ambiente antijesuitico, acusándolos de haber sido autores morales del crimen por sus doctrinas sobre el tiranicidio (3); las obras de teología moral de Busenbaum y Lacroix fueron condenadas por el Parlamento de Toulouse (4); los jesuitas de París consiguieron evitar del Parlamento parisiense (5) la condenación que amenazaba declarando que ellos no tenían parte alguna en la edición de ninguna de ambas obras y que repudiaban los pasajes sobre el regicidio. Todavía fueron más allá: se comprometieron a abrazar la doctrina de la plena autoridad de los soberanos temporales y los cuatro artículos galicanos de 1682 (6). De esta suerte se disipó nuevamente la tor-

(1) *Notizie biographiche sul Damien (sin fecha [17 de enero de 1757?]), *ibid.*: *Masones a Wall el 6 y 12 de enero de 1757, *Archivo de Simancas*, Estado, 4531; *Gualtieri a Archinto el 4 de abril de 1757, Cifre, Nunziat. di Francia, 506, loco cit.

(2) *Gualtieri a Archinto el 17 de enero de 1757, *ibid.* Una *carta de la misma fecha, *ibid.*, 498.

(3) *Gualtieri a Archinto el 14 y 21 de marzo y 30 de mayo de 1757, *ibid.*, 498; *Tanucci a S. Elisabetta el 27 de marzo de 1459, *Archivo de Simancas*, Estado, 5955. El obispo jansenista Fitz-James de Soissons hizo en una carta pastoral responsables del atentado al Papa y a la Iglesia (*Archinto a Gualtieri el 27 de abril de 1757, Nunziat. di Francia, 442, loco cit.).

(4) *Gualtieri a Archinto el 26 de septiembre de 1757, *ibid.*, 499. En Busenbaum no se trataba de una reimpression. El editor había comprado los restos de la edición de Colonia de 1706 y provisto todos los ejemplares con una nueva portada. Cf. Sommervogel, *Bibliothèque*, I, 793; Brou, II, 135, n. 1 (donde existe más literatura). Busenbaum no trata del tiranicidio, sino del derecho a la legítima defensa, la cual frente a un injusto agresor, aun cuando éste sea un príncipe, subsiste, caso que de su muerte no se sigan mayores perjuicios para el bien común (Duhr, *Jesuitenfabeln* * [1904], 713 s.). Muy verosimilmente salieron las acusaciones de jesuitas. *Gualtieri a Archinto el 10 de octubre de 1757, Nunziat. di Francia, 499, loco cit.

(5) *Gualtieri a Archinto el 24 de octubre de 1757, *ibid.*

(6) Decreto del Parlamento de París del 5 de diciembre de 1757 (impreso);

menta que amenazaba, aun cuando a costa de los principios de la Orden.

Las borrascosas nubes se arremolinaban cada vez más densas, y el apasionamiento partidista arreciaba de día en día con mayor violencia hasta el paroxismo febril. No sólo sostenían los adversarios franceses de los jesuitas una activa correspondencia epistolar con sus correligionarios de Portugal (1), sino que por su parte divulgaban sus folletos en grandes cantidades (2). Frases sueltas tomadas de los sermones (3), privadas exposiciones sobre casos de conciencia (4),

*Gualtieri a Archinto el 28 de noviembre y 5 de diciembre de 1757, Nunziat. di Francia, 499, loco cit.; *Estratto di lettera del P. Gius. Martinez, confessore dell'ambasciatore di Spagna, fecha París, 12 de noviembre de 1757, *en poder de los jesuitas*. Suppressio 8, Ricci, II; *Gualtieri a Archinto el 19 de diciembre de 1757, Cifre, Nunziat. di Francia, 506, loco cit. El embajador español Masones medió en el asunto; v. *Gualtieri a Archinto el 12 de diciembre de 1757: Los jesuitas dicono d'esservi stati costretti per esimersi da maggiori vessazioni; vari di loro però in segreto reclamano, quasi che i loro Superiori abbiano dati simili dichiarazioni a nome di tutti, senza aver prima inteso ciascun di essi in particolare (Nunziat. di Francia, 499, loco cit.). V. también *Gualtieri a Archinto el 23 de enero de 1758, ibid., 500. El general creía que había que haberse limitado a la declaración de no combatir los cuatro artículos; una declaración más avanzada en favor del galicanismo, como en este caso se ofrecía, no la hubieran podido exigir los parlamentos. Questa debolezza ci tirerà addosso i castighi di Dio (*Observaciones de Ricci al *Estratto di lettera del P. Martinez del 12 de noviembre de 1757; v. antes). El Papa hizo expresar su desaprobación por este paso en forma muy moderada (*Archinto a Gualtieri el 4 de enero de 1758, Nunziat. di Francia. 447, loco cit.). Cf. Ricci, *Istoria, 19: Il P. Giov. Antonio Timoni, allora Vicario Generale, riferì il fatto a Papa Benedetto XIV; questi non ne prese molto fastidio, come quello che in qualità di Sommo Pastore aveva autorità maggiore di quello che esso stesso credeva; e compiacendosi d'erudizione non era molto alieno dalle sentenze degli eruditi moderni; e non fu il più accorto a conoscere li errori e le frodi de'Giansenisti, nè il maggior nemico che questi avessero su la Sede di Pietro: certo è che nel governo di lui la setta fece progressi grandi. Tuttavolta perchè il grado lo costrinse a mostrarne pure qualche dispiacere, dal P. Timoni se ne fece un delicato lamento col P. Allanic: questi portò la solita scusa della necessità e del timore di essere costretto a sottoscrivere qualche cosa di peggio (v. más adelante, pág. 236). Suena a profecía lo que Ricci escribe en sus *Observaciones al *Estratto di lettera del P. Martinez (v. antes): Sfuggito questo impegno, ci metteranno in altri e chiameranno ad esame altri libri; ogni giorno saremo da capo, specialmente avendo veduta la nostra debolezza. Ci richiederanno simili dichiarazioni.

(1) *Gualtieri a Torrigiani el 25 de junio de 1759, Cifre, Nunziat. di Francia, 507, loco cit. Cf. anteriormente la nota 1 de la página 200.

(2) *Gualtieri a Torrigiani el 10 y 17 de septiembre de 1759, loco cit., 405. V. también anteriormente la nota 4 de la página 106 y la nota 3 de la página 202.

(3) *Gualtieri a Torrigiani el 12 de marzo y 9 de abril de 1759, ibid., 503; *Gualtieri a Torrigiani el 2 de julio de 1759, ibid., 504.

(4) Ibid.

incluso argumentos dados a los alumnos (1) eran aducidos para hacer a la Compañía odiosa al pueblo y sospechosa al gobierno y a la corte. Contra los *culpables* se dictaron los más severos castigos (2), paliando muy frecuentemente con el enfático tono de la sentencia la mezquindad e inconsistencia de los motivos.

Estos preludios hablaban ya un lenguaje demasiado claro. Aun cuando tampoco los enemigos se recataban de presentar al desnudo sus objetivos. La publicación eclesiástica jansenista *Nouvelles ecclésiastiques* pedía paladinamente la expulsión de los jesuitas del territorio francés (3). Mientras un libelo trataba de demostrar que los jesuitas habían acarreado a la Iglesia mayores calamidades que Lutero y Calvino (4), exponía otro los motivos en virtud de los cuales los poderes temporales estaban obligados en conciencia a aplastar la Compañía de Jesús (5). La ocasión para aproximarse a la realización del fin definitivo iban a ofrecerla las empresas comerciales en que el jesuita Lavalette se enfrascó en la isla Martinica.

II

Antonio Lavalette (6), nacido el 26 de octubre de 1708 en Martín, antigua diócesis de Vabres, y jesuita desde el 10 de diciembre de 1725, había sido destinado, a petición propia, a la misión que la provincia jesuítica de París tenía en las Pequeñas Antillas (7), donde regentó primero la parroquia de Guadalupe y luego la de Carbet

(1) Gualtieri a Torrigiani el 26 de marzo, y 9 y 23 de abril de 1759, *ibid.*, 503; **Matière de vers donnée aux écoles de troisième* par le P. Mamaqui le 1^{er} Mars (cf. *Sommervogel*, V, 447).

(2) El Parlamento de Ruán incapacitó a Mamaqui para regentar cátedra alguna en el reino. *Gualtieri a Torrigiani el 9 de abril de 1759 (v. la nota anterior).

(3) On ne s'étonnera jamais assez, que de tels hommes soient encore supportés en France et qu'on les y laisse jouir d'une impunité qui les enhardit toujours à de nouveaux forfaits (citado en Brou, II, 136).

(4) Problème historique qui, des Jésuites ou de Luther et Calvin, ont plus nui à l'Eglise chrétienne. El escrito fué puesto en el Índice el 17 de mayo de 1759.

(5) *Gualtieri a Torrigiani el 30 de julio de 1759, *loco cit.*, 504.

(6) El nombre era en realidad Valette; para distinguirlo de otro religioso del mismo nombre llamábasele Lavalette. Cf. *Rochemonteix*, Le P. Antoine Lavalette à la Martinique, París, 1907, 42.

(7) *Ibid.*, 40 ss.

en la Martinica (1). Por su agradable carácter se conquistó pronto las simpatías de sus superiores y hermanos en religión; los corazones de los feligreses se los ganó no en último término por la activa participación que tomó en sus empresas económicas. En el continuo trato con los colonizadores adquirió en poco tiempo tales conocimientos en la administración de plantaciones y en el comercio colonial, que muy pronto pudo hablar como un especialista (2). De aquí que el nombramiento del inteligente hombre de negocios para procurador de la Misión fuera recibido con entusiasmo. A fines de 1746 abandonó Carbet y se trasladó a la capital de la Martinica, San Pedro (3).

Cuando Lavalette se posesionó de su nuevo cargo, se hallaba la situación económica de la Misión de las Antillas en estado desfavorable. Las casas de alquiler las encontró en el mayor abandono, las fincas mal cultivadas, los edificios de la administración casi en ruinas; con ello los ingresos de la Misión eran tan menguados que todos los años se cerraba con déficit. Además había que contar con la carga de 137 000 libras de deuda (4). El proyecto que para remediar esta situación presentó Lavalette en París y en Roma halló la aprobación, si bien los superiores de la Orden le amonestaron que no se metiera en negocios comerciales (5). Como procurador construyó Lavalette primeramente otras nueve casas de alquiler y compró luego en la isla Dominica una gran plantación que él administró con la ayuda de cuatrocientos o quinientos negros (6). En virtud de las leyes sobre las manos muertas no había podido conseguir una posesión semejante en la Martinica. La compra se realizó sin previo consentimiento de los superiores de la Orden; pero una vez verificada dieron el consentimiento suplementario (7). Como la fama adquirida por Lavalette de emprendedor hombre de negocios hubiera atravesado ya los mares, consiguió en Europa los grandes empréstitos que para el cultivo de sus extensas plantaciones le eran necesarios (8). Los productos los enviaba a Francia donde desde 1752

(1) Ibid., 47 s.

(2) Ibid., 49 ss.

(3) Ibid., 51.

(4) Ibid., 60.

(5) Ibid., 65.

(6) Ibid., 69, 73.

(7) Ibid., 71 ss.

(8) Ibid., 75 s.

estaba en relaciones con la casa comercial Hermanos Lioncy y Gouffre, de Marsella (1). Las disposiciones canónicas prohibitivas del comercio de los clérigos no fueron quebrantadas con estas empresas (2); con todo, censurábase que rebasaran los límites prudenciales que a un religioso convenían (3).

Estos grandes éxitos no se vieron libres de la envidia y de los celos. Lavalette, que desde 1753 desempeñaba además el cargo de superior de la Misión y de prefecto apostólico de todas las casas jesuíticas en las Antillas (4), fué acusado al Parlamento francés de practicar el comercio prohibido con el extranjero. El ministro de Marina Rouillé ordenó el 20 de junio de 1753 el regreso de Lavalette a Francia. Por más que en favor del acusado intercedieron repetidas veces personalmente tanto el gobernador De Bompar como el intendente Hurson, el ministro reiteró nuevamente su orden el 11 de enero de 1754 (5). Al llegar a Francia redactó Lavalette un escrito en su defensa que fué entregado al ministro por el provincial de los jesuitas Forestier. Rouillé confesó entonces, por cierto, que había dado crédito a las acusaciones con excesiva ligereza; pero sobre el regreso de Lavalette tenía que indagar primero el parecer del rey; por otra parte, antes del mes de marzo o abril del próximo año no zarparía ningún barco con rumbo hacia la Martinica (6). Como entre tanto las necesidades de la Misión parecían reclamar la presencia de Lavalette, mandó el padre provincial que el jesuita Griffet, bienquisto en la corte, lo hiciera saber a Rouillé. Mas en esta ocasión el ministro volvió a insistir en sus antiguas acusaciones y además recriminó al intendente Hurson de participar en el ilícito comercio. Entonces el propio Griffet rogó al ministro que retuviera a Lavalette en Francia (7). Mas al ser nombrado Rouillé ministro de Estado el 28 de julio de 1754 y sucesor suyo Machault, hasta entonces guardasellos, permitió éste en enero de 1755 el regreso

(1) Ibid., 83 ss.

(2) Sobre el concepto del comercio canónicamente prohibido v. *ibid.*, 79 ss.; Duhr, *Jesuitenfabeln*, 648.

(3) Ricci, **Istoria*, 2.

(4) *Rochemonteix*, 54, n. 1, 57.

(5) Ibid., 86 ss.

(6) Ibid., 91 ss.

(7) **Is [Rouillé] mihi clare demonstravit, Patrem istum [Lavalette] commercium non solum religiosis omnibus, sed ipsismet saecularibus sub poenis gravissimis prohibitum [exercuisse] (*Griffet a Ricci el 7 de julio de 1761, en *poder de los jesuitas*, Gallia, 114, I); *Rochemonteix*, 103 s.*

de Lavalette bajo condición de que no se metiera en negocios comerciales (1).

Entre los jesuitas hubo diversidad de pareceres sobre la conveniencia de confirmar a Lavalette en su cargo de superior y enviarle como tal. Por fin se tomó la resolución de hacerlo así. El provincial Forestier, cuya hermana había sido salvada por Lavalette en un apurado trance económico (2), podía apoyarse en dos cartas de la Martinica las cuales defendían la inculpabilidad de Lavalette (3). Y habiendo llegado además a manos del general de la Orden, Visconti, una carta justificante del intendente Hurson (4), tampoco se suscitaron dificultades por esta parte.

Ya de regreso comenzó Lavalette con redoblado celo a remediar los daños que durante su ausencia habían causado tres huracanes (5). Mas también comenzaron a su vez las deudas (6). Y si hasta el presente se había visto favorecido por la suerte, ahora se le puso de por medio un evento con el cual no había contado: la guerra entre Inglaterra y Francia. Para saldar sus deudas había enviado a fines de 1755 en dos barcos café y azúcar por valor de seiscientas mil libras. Poco antes de arribar a Burdeos fueron apresados ambos cargamentos por los ingleses, aun cuando no existía formal declaración de guerra (7). Al mismo tiempo una epidemia arrebató gran número de negros, de suerte que los trabajos de las plantaciones y

(1) Rochemonteix, 107 ss.

(2) Soyez tranquille, je vais travailler pour vous faire compter à Paris les 30000 dont Madame votre sœur a besoin (*Lavalette a Forestier, fechada en Marsella el 29 de octubre de 1754, en *poder de los jesuitas*). Ricci, *Istoria, 3: E credibile non pertanto, che il P. le Forestier si lasciasse anco sedurre da un dono di alcune migliaia di Lire fatto ad un suo congiunto dal P. Lavalette (ibid.).

(3) Rochemonteix, 117 ss.; Ricci, *Istoria, 3.

(4) El texto de la carta, del 29 de septiembre de 1753, en Rochemonteix, 96 ss. Cartas parecidas de justificación recibió también Forestier de Hurson y del comisario De Brande (ibid., 101 s.).

(5) Ibid., 125 ss.

(6) El 1.º de enero de 1755 había recibido Lavalette del general facultad para tomar prestado con permiso del provincial el dinero necesario para poner en orden los asuntos temporales de la Misión (el texto en Rochemonteix, 115). De tal permiso hizo amplio uso en su viaje a Marsella y Burdeos; no se contuvo en los límites que se le impusieron, como tampoco solicitó la aprobación del provincial (*Griffet a Ricci el 7 de julio de 1761; Rochemonteix, 143, n. 3, 117; Ricci, *Istoria, 10 s.).

(7) Rochemonteix, 127 s.; la declaración de guerra no tuvo lugar hasta el 17 de mayo de 1756.

en las refinerías de azúcar hubieron de ser notablemente restringidos (1). Verificáronse nuevas remesas de géneros, pero sólo un navío arribó felizmente a Cádiz; trece barcos holandeses, en los cuales se hallaba la mayor parte de las mercancías, cayeron en manos de los ingleses antes de llegar a Amsterdam (2).

Antes de zarpar la segunda expedición, se había declarado en quiebra el 19 de febrero de 1756 la casa comercial Lioncy y Gouffre. Al hacer el balance apareció que el superior de la Misión de la Martinica adeudaba a dicha entidad millón y medio de libras por letras de cambio libradas a su cargo (3). Los superiores de la Orden adoptaron inmediatamente enérgicas medidas para evitar mayores infortunios. Lavalette recibió orden terminante de no hacer más empréstitos y de rendir exacta cuenta del debe y haber de la Misión. Si las cartas le llegaron no es posible determinarlo (4). Cinco visitantes fueron nombrados sucesivamente con facultades extraordinarias para examinar sobre el terreno el estado del asunto y adoptar remedios. Mas sólo al quinto le fué posible llegar al punto de destino y por cierto en tiempo en que el mal se había hecho ya irremediable por los acontecimientos ocurridos en Francia (5).

Entre tanto reclamaban los acreedores con amenazas el inmediato pago. Mas ¿a quién incumbía responder en primer lugar de las deudas? A pesar de la oposición de conspicuos jesuitas se resolvieron los superiores a echar sobre sí la carga de los pagos. Haciendo esfuerzos sobrehumanos consiguió el procurador de la Misión, Sacy, pagar todas las letras vencidas (6). Al mismo tiempo se había amonestado a Lavalette para que pusiera en juego todas sus facultades a fin de pagar sus deudas. Además llegaron algunas importantes remesas de dinero; mas para asombro general siguieron pronto

(1) Rochemonteix, 129.

(2) Ibid., 130.

(3) Ibid., 131.

(4) Ricci, *Istoria, 14; Rochemonteix, 136 s.

(5) Ricci a Rectoux el 20 de abril de 1761, en Duhr, Jesuitenfabeln, 633, n. 2; Ricci, *Istoria, 15 s. (las cartas citadas en lo que sigue, de y a Ricci, si no se nota lo contrario, en *poder de los jesuitas* en las signaturas señaladas); *Allanic a Ricci el 25 de marzo de 1760, Francia, 49; *Desmaretz a Ricci el 24 de noviembre de 1760; *Salvat a Ricci el 25 de noviembre de 1760; *De la Croix a Ricci el 23 de diciembre de 1760, ibid.; *Ricci a Beauvais el 14 de enero de 1761; *Ricci a Noirot el 21 de marzo de 1761, ibid. Epist. Gen. secretae. El quinto visitante era De la Marche. Ulteriores datos en Rochemonteix, 133 ss.

(6) Ibid., 137 ss.

nuevas letras que todavía rebasaban el volumen de sus deudas con Lioncy (1).

Transmitiéronse a Lavalette nuevas y más terminantes órdenes, pero todo fué inútil (2). Por el contrario, Lavalette siguió hundién-dose cada vez más por el camino emprendido. Si hasta el momento presente sólo se le podía tachar de acometer empresas demasiado arriesgadas y de traspasar las fronteras legales, ahora en cambio tuvo la nefasta idea de recurrir, como último remedio, al comercio estrictamente prohibido por el derecho canónico. En la misma Martinica tenía el superior de la Misión, además de considerables deudas por letras de cambio, según sus propios datos todavía más de medio millón de deuda en numerario. Mas al presente se hallaba cerrada casi en absoluto la exportación colonial a Francia por causa de la guerra; los géneros se acumulaban y los precios descendían. No era posible pensar en la venta de la propiedad fuertemente des-valorada, puesto que el cultivo andaba por los suelos a causa de la disminución de las posibilidades del trabajo. Para atender a sus obligaciones y por miedo a una quiebra recurrió Lavalette a una solución ilícita. Por medio de agentes secretos compraba géneros ultramarinos en las islas francesas, donde se hallaban a bajo precio, y vendíalos con lucro a los comerciantes holandeses en San Eusta-quio y Curaçao. Además en unión con el gobernador y el intendente de la Martinica formó una sociedad (3).

Durante largo tiempo nada sospecharon los hermanos de Lava-lette de sus prohibidas empresas. En 1759 fué cuando por primera vez llegaron a sus oídos confusos rumores y tuvieron indirectos pre-

(1) Ibid., 140 s.; Ricci, *Istoria, 17.

(2) Rochemonteix, 141; Ricci, *Istoria, 17. Todas las prescripciones y amonestaciones, incluso mandatos sub praecepto obedientiae, resultan inútiles dada su irreligiosità (*Ricci, 14). En la *carta de Ricci a Lavalette del 12 de noviembre de 1760 se dice: Prae oculis habeat [Rev. V^a] praecepta imposita anno 1758 et illud praecipue, ne alia contrahat debita nec accipiat isthic pecuniam solvendam in Gallia. Affirmavit mihi R^a V^a toto anno 1759 nullum a se susceptum debitum: at enim visa est in Gallia protestatio cambialis subscripta mense Februario eius anni. Videat, ne quid fraudis aut erroris subrepat. Ceterum illud praeceptum confirmo et renovo. En la misma carta observa además el general: Huius culpa nulla potest esse excusatio, quod aliis litteris fusius declaravi: nos vero lugemus damnum incredibile rei oeconomicae Missionum et famae totius Ordinis ab uno homine illatum. Piense Lavalette en la cuenta que alguna vez habrá de dar ante el tribunal de Dios (Epist. Gen. secretae).

(3) Rochemonteix, 149 ss.; *Salvat a Ricci el 28 de julio de 1760, Francia, 49.

sagios, a los cuales por cierto ninguna trascendencia les dieron al principio. Mas como los indicios se condensasen cada vez más y las noticias confidenciales tomasen forma concreta, lo comunicaron a los superiores de París y Roma. Pero las cartas jamás llegaron a los destinatarios, sea porque fueran arrebatadas por los ingleses, sea porque Lavalette las destruyera (1).

Entre tanto habían ocurrido notables cambios en la dirección tanto de la Orden como de la provincia. El padre general Visconti había fallecido el 4 de mayo de 1755, y el 30 de noviembre ocupó su sitio Centurioni. Pierre Claude Frey, hombre de talento, pero testarudo por naturaleza, había sido puesto al frente de la provincia de París el 16 de abril de 1756 (2).

Con esto se realizó un cambio en la gestión del asunto de la Martinica. Supuesto que el escándalo ya no era posible evitarlo, resolvió Frey, de acuerdo con los consultores de la provincia, no hacer nuevos empréstitos y mandar todos los acreedores al superior de las Pequeñas Antillas, el cual era el único responsable. De los bienes de la Misión, los cuales sólo estaban hipotecados para su seguridad, podían hacerse pagar (3). En Roma causó gran preocupación semejante medida. Forestier y el asistente de Francia pretendían evitar a toda costa el escándalo. A instancias suyas concedió el general facultad para hacer un nuevo empréstito de doscientas mil libras, con el fin de satisfacer a los acreedores más necesitados (4). Pero Frey se opuso tenazmente a todo nuevo empréstito. La casa de San Pedro era la única responsable, y no era lícito cargar todavía más a las ya adeudadas casas de la provincia. Era preferible que se hundiera una Misión a que toda la provincia fuera arrastrada juntamente al abismo (5). Con estas razones logró imponerse el provincial a sus consultores y Roma le dejó en paz.

(1) Rochemonteix, 161 ss. La sospecha de que Lavalette interceptaba las cartas a los superiores y las de éstos, está expresada en una *carta de Allanic a Ricci del 12 de noviembre de 1759; además en Ricci, *Istoria, 14.

(2) Pierre Claude Frey de Neuville. Para distinguirlo de su hermano Charles Frey de Neuville, se le llamaba simplemente Frey y al otro Neuville. Ricci *le caracteriza en breves palabras: uomo di spirito, ma di passioni, di poca discernitiva delle persone, onde fu infelice nella elezione de' Superiori, e amante di comandare (Istoria, 20).

(3) Rochemonteix, 142 ss.

(4) Ibid., 145.

(5) Ibid., 146 s.

A partir de esa fecha (1757) fueron suspendidos todos los pagos por la Martinica (1).

Los acreedores, quienes a su vez se hallaban en circunstancias muy apuradas por causa de la guerra, pusieron pleito entonces contra el procurador de la Misión, Sacy, pero fueron denegadas sus demandas con la notificación de que hicieran valer sus derechos contra Lavalette. Tal fué la sentencia de los tribunales hasta el año 1760 (2). Mas a partir de esta fecha se introdujo un cambio en los fallos. Como la casa «Viuda de Grou e hijo» no pudiera conseguir el cobro de una letra de treinta mil libras pagadera desde el 6 de junio de 1759, entabló un pleito el 19 de noviembre de 1759 en el tribunal consular de París con el intento de declarar a los jesuitas franceses responsables solidarios del pago (3). Basándose en el hecho de que la administración de los bienes de la Orden depende del padre general, el 30 de enero de 1760 condenaron los jueces a Sacy a la compensación de la deuda por letras de cambio; en caso contrario, tendría la casa Grou el derecho de indemnizarse con los bienes de la Compañía de Jesús de Francia (4). La sentencia fué inmediatamente difundida por medio de la imprenta con el expreso designio de desacreditar a los jesuitas ante la opinión pública y de estimular a los demás acreedores a seguir el mismo procedimiento. De todas partes llovieron entonces demandas, las cuales eran falladas regularmente en perjuicio de la Orden (5). Así, el 29 de mayo de 1760, por petición del contribuyente Casa Lioncy, condenó el tribunal consular de Marsella, el cual hasta entonces no había procedido más que contra Lavalette y Sacy su representante, al general y en su persona a toda la Compañía a pagar millón y medio de libras de deudas por letras de cambio (6).

Entre los jurisconsultos fué recibida esta sentencia como una novedad. Ocho de los más eminentes abogados de París declararon, tras prolija deliberación, que los tribunales consulares habían rebasado su competencia, la cual no se extendía más que a los litigios entre comerciantes, y sobre todo era insostenible la exposición de

(1) Ibid., 148.

(2) Ibid., 172.

(3) Ibid., 173 ss.

(4) Ibid., 176.

(5) Ibid., 177 s.

(6) Ibid., 178 s.

motivos en que se basaba la sentencia (1). Todas las casas de la Orden poseían por separado los derechos de una persona jurídica: así lo establecía el derecho de religiosos que los jesuitas tenían común con las demás corporaciones religiosas, así lo quiso la voluntad del fundador y así lo confirmaban las patentes reales. Hasta 1760 gozó de indiscutible fuerza ante los poderes públicos el principio de la no solidaridad. El general de la Orden era y es no el propietario, sino solamente el administrador supremo de los bienes de la Orden. En virtud de su cargo nombra los superiores subalternos y les confiere la facultad para cerrar contratos válidos en beneficio de las distintas casas, las cuales son y permanecen siendo las únicas propietarias. Las facultades se ciñen a la casa puesta bajo su tutela y a las propiedades de las mismas, de las cuales ellos han de dar cuenta (2). Lavalette conocía este derecho, él pudo y quiso obligar únicamente los bienes y las casas de su Misión, y en realidad todas las letras están libradas a cuenta de su casa (3).

Por inexpugnable que desde el punto de vista legal fuera la actitud del provincial de París, sin embargo habría que ponderar si la prudencia y la caridad no exigían prescindir en este caso peregrino del principio de la no solidaridad para evitar una catástrofe. Si bien por otra parte no puede en verdad dejarse de ver que sobre las casas de las cinco provincias francesas pesaban también fuertes deudas, de suerte que según todas las apariencias eran inhábiles para cargar con nuevas obligaciones (4).

Contra la sentencia del tribunal consular quedaba a los jesuitas abierto el camino de la apelación. En esta ocasión cometieron un nuevo desacierto (5). En vez de apelar al Consejo de Estado (Grand Conseil), como les estaba permitido, por consejo de algunos jurisconsultos recurrieron a la gran cámara del Parlamento. Por este paso se pusieron en manos de sus más resueltos enemigos y dieron al escandaloso asunto amplia publicidad (6). También fué en este

(1) Ibid., 180 ss.

(2) Ibid., 183 ss.; Constit. P. IX, c. 3 (Institutum Soc. Iesu, II, Florencia, 1893, 130 ss.); Constit. P. IV, c. 2 s. (ibid., 56 ss.); Crétineau-Joly, V, 195, nota 1.

(3) Rochemonteix, 187 s. Cf., por ejemplo, la letra de cambio en favor de la viuda Grou e hijo, con fecha Saint-Pierre, mayo 11 de 1757, donde se lee: que vous passerez au compte de notre maison (ibid., 173).

(4) Ibid., 188.

(5) uno sbaglio di pessima conseguenza (Ricci, *Istoria, 18).

(6) Ibid.; Rochemonteix, 189 ss.

trance Frey quien, con su aplastante influjo sobre el nuevo provincial Allanic, impuso la iniciativa. Decía él que muchos miembros de la gran cámara eran alumnos de los jesuitas y el Parlamento se sentiría reconocido si se le otorgaba confianza; además, una sentencia favorable del tribunal del Parlamento encontraría mayor ambiente en el pueblo, puesto que aquél era el representante de la opinión pública (1).

La determinación del provincial y sus asesores fué acogida con aplauso y regocijo por parte de los enemigos, mas para los amigos de la Compañía de Jesús y para casi todos los jesuitas fué una dolorosa sorpresa (2). Contra el provincial Allanic y sus consultores se lanzaron duros reproches; ellos habían tomado el acuerdo, se decía en son de queja, sin compulsar la opinión de las restantes provincias francesas, para las cuales ciertamente no carecía de trascendencia el asunto; ellos habían puesto en las manos de enemigos declarados de la Orden un arma y habían arriesgado en el juego no sólo los bienes temporales de la asistencia de Francia sino todo su porvenir (3). Frey lo mismo que su hermano Neuville protestaron enérgicamente contra tales suposiciones, y el más tarde provincial De la Croix aseguró al general que, a pesar de todas las investigaciones, no había podido tropezar con pruebas para tales afirmaciones (4). Otros creían que este incomprensible proceder no podía menos de interpretarse en el sentido de que Frey y Neuville habían temido que el Consejo de Estado hubiera condenado al procurador de la Misión, Sacy, como único responsable de las deudas de Lavalette, con lo cual todo el peso de las deudas hubiera gravitado sobre la provincia de París. Pretendiendo ellos que todas las provincias se habían de hacer solidarias, habían creído que el procedimiento más eficaz para conseguir su objeto era apelar al Parlamento, donde se daba por descontada de antemano la condenación de toda la Orden (5). También contra esta presunción protestaron el antiguo provincial Pedro Clau-

(1) Rochemonteix, 197 ss.; *Allanic a Ricci el 1.º de mayo de 1760, Francia, 49, impresa en parte en Rochemonteix, 198, n. 1.

(2) Ricci, *Istoria, 29; Rochemonteix, 199 s.; Crétineau-Joly, V, 196 s.

(3) *Croust a Ricci el 28 de mayo de 1761, Gallia, 116; *Bieganski a Ricci el 1.º de junio de 1761, *ibid.*, impresa en parte en Rochemonteix, 200 s.; *Salvat a Ricci el 19 de mayo de 1760, Francia, 49. Cf. también las *cartas de Salvat a Ricci del 7, 14, 21 y 28 de abril, 5 y 26 de mayo y 15 de septiembre de 1760, *ibid.*

(4) Ricci, *Istoria, 20; *Neuville a Ricci el 3 de agosto de 1761, Gallia, 116; *De la Croix a Ricci el 12 de mayo de 1761, *ibid.*; Rochemonteix, 201, n. 1.

(5) V. las cartas citadas en la nota 3.

dio Neuville y su hermano Carlos, igualmente sospechoso; pero jesuitas autorizados eran de parecer que después de Lavalette era Frey el principal culpable del infortunio que se avecinaba a la asistencia francesa (1). El general de la Orden Ricci, elegido el 21 de mayo de 1758, condenaba ante todo que la apelación al Parlamento se hubiera realizado sin su conocimiento, como otros muchos pasos dados en falso en tan ingrato asunto. No siendo posible mudar lo ya sucedido, se limitó a hacer al provincial en forma respetuosa algunas reflexiones, mayormente por parecerle peligroso disgustar a éste y a otros de París (2).

Mientras el Parlamento se tomaba tiempo en abundancia para examinar la sentencia del tribunal consular, ocurrió el 26 de enero de 1761 la muerte del mariscal Belle-Isle, el más seguro apoyo que los jesuitas tenían en la corte (3). Dos meses antes había arrebatado también la muerte repentinamente al provincial Allanic durante un viaje de visita en Rennes. Sucesor suyo fué nombrado Etienne de la Croix, quien por largo tiempo había sido maestro de novicios y últimamente rector del colegio Luis el Grande de París, religioso ejemplar que dentro y fuera de la Orden gozaba de gran consideración y aprecio. Sin embargo, a su carácter le faltaba lo que en tiempos de tales dificultades tanto exteriores como internas hubiera sido muy necesario: resolución y firmeza, tanto que ya en los mismos comienzos de su gobierno surgieron públicas dudas sobre si conseguiría salvar todos los escollos (4).

El 18 de mayo de 1761 se publicó por fin la sentencia del Par-

(1) *Croust a Ricci el 28 de mayo de 1761, Gallia, 116, extracto en Rochemonteix, 202; *Bieganski a Ricci el 1.º de junio de 1761, Gallia, 116; *Griffet a Ricci el 7 de julio de 1761, *ibid.*, 114, I, extracto en Rochemonteix, 202, n. 1.

(2) Ricci a Croust el 24 de junio de 1761, Gallia, 43; Ricci, *Istoria, 18 s.

(3) En su herencia debió encontrar Choiseul un memorándum contra su persona dirigido al rey, como redactor y colaborador del cual reconoció a Neuville; de ahí su alianza con la Pompadour y los parlamentos. De la circunstancia de haber solicitado Neuville por dos veces (por ejemplo, el 1.º de diciembre de 1760, Gallia, 116) licencia para retirarse de París, creyó el general que podía deducir que en realidad estaba complicado en el caso (Ricci, *Istoria, 85, 136). Cf. otra variante en Rochemonteix, 202 ss.

(4) *Neuville a Ricci el 1.º de diciembre de 1760; *Beauvais a Ricci el 24 de diciembre de 1760, en compendio en Rochemonteix, 207, n. 1. Griffet caracteriza al nuevo provincial en su *carta a Ricci del 7 de julio de 1761 de modo conciso y concluyente: *vir bonus ac pius, nec ingenio carens, multus est in deliberando, rarus in statuendo, admodum timidus in exequendo* (*ibid.*). Ricci, *Istoria, 20.

lamento de París, tanto tiempo esperada por amigos y adversarios, la cual condenaba al general de la Orden, y en su persona a toda la Compañía de Jesús, a pagar a los acreedores de la casa comercial Lioncy y Gouffre de Marsella la suma de 1502000 libras, más 50000 en concepto de intereses devengados y costas; caso de negarse asistiría a los querellantes el derecho para indemnizarse de los bienes de la Orden en Francia. La sentencia se fundaba en que según el instituto de la Compañía, el supremo administrador y único propietario estricto de los bienes de la Orden es su representante el general; todas las empresas de Lavalette se habían realizado con su consentimiento y autorización, y el comercio de la Martinica se había llevado a cuenta de toda la Orden (1).

Si grande fué el revuelo que el proceso había levantado en París, mayor fué todavía el que produjo su resultado. La noticia de la sentencia condenatoria fué recibida por la muchedumbre expectante con aplausos y demostraciones de alegría. «A toda costa, dice el nuncio Pamfili, se tendría que haber dado de mano buenamente a este pleito y pagar toda la suma antes que llevar el asunto tan públicamente, pues gran parte del pueblo saca de ello conclusiones que nada favorecen a los jesuitas y para todo el clero secular y regular son bien poco honrosas.» (2) El secretario de Estado Torrigiani le dió la razón y añadía que en Roma había movido también el proceso gran ruido y levantado extraordinaria polvareda, pero que lo crecido de la suma había hecho enmudecer quizá la voz de la prudencia; lo peor de todo era que se condenase a toda una sociedad religiosa a pagar in solidum las deudas de una casa particular (3).

Con frecuencia se puede observar en la historia que las grandes calamidades externas repercuten en el interior en forma de discordias y disensiones de partido. Tan pronto como se publicó la sentencia de la gran cámara, la cual condenaba a todas las casas jesuíticas de

(1) Rochemonteix, 212.

(2) *Pamfili a Torrigiani el 11 de mayo de 1761, Cifre, Nunziat. di Francia, 514, *Archivio segreto pontificio*, traducción francesa en Theiner, Histoire, I, 27; *Salvat a Ricci el 17 de junio de 1761, Francia, 49.

(3) *Torrighiani a Pamfili el 27 de mayo de 1761: Riflette saviamente V. S. Ill^{ma} che dovevasi col silenzio coprire una disputa tanto delicata e inopportuna nelle circostanze correnti, ma la somma di cui trattavasi, avrà forse superato lo scrupolo d'una più soda prudenza. E però osservabile la conseguenza d'una risoluzione, che obbliga tutta una Religione in solidum al pagamento d'un debito d'una casa o convento particolare. Cifre, Nunziat. di Francia, 450, loco cit.

Francia a pagar solidariamente la deuda, se manifestó al exterior una discordia interna que hacía ya mucho tiempo venía fermentando (1). Para pesadumbre del general, escándalo del pueblo y de la corte y para regocijo maligno de los adversarios, los procuradores de cuatro provincias francesas presentaron demanda ante el tribunal del Parlamento a fin de que se les eximiese a ellas de pagar las deudas y se hiciera responsable únicamente a la provincia de París, puesto que de ella dependía la Misión de la Martinica, y a las restantes provincias jamás se les había consultado para nada sobre el asunto (2). Hacía ya meses que Ricci trabajaba por sofocar la discordia (3), aun cuando en atención a las circunstancias tan dispares y embrolladas creyó que no debía formular preceptos. Dada la excitación y confusión y en medio de la mutua desconfianza de los jesuitas de París sus palabras cayeron en el vacío. «Si se hubiera atendido a mis consejos, escribía, sobre todo si se me hubiera pedido antes de presentarme hechos ya consumados, no se hubiera llegado a esta lamentable situación que nunca se llorará lo bastante y que ya no es posible cambiar.» (4) Como el general había previsto, los pasos dados por los cuatro procuradores resultaron estériles; por el contrario, fueron perjudiciales a la fama de la Orden y al asunto, puesto que la querella daba por supuesta la solidaridad de las casas de una provincia, lo cual no era conforme al derecho de la Orden y hasta entonces había sido negado siempre. Fuertes posiciones quedaban abandonadas fútilmente (5).

(1) *Salvat a Ricci el 7 y 14 de abril y 5 de mayo de 1760, Francia, 49; *Allanic a Ricci el 1.º de mayo de 1760, *ibid.* El 4 de noviembre de 1760 *rogó Ricci al confesor de palacio Desmaretz que ejerciera todo su influjo para que el litigio existente entre las provincias no fuera llevado a los tribunales civiles sino que fuera encomendada a él, el general, la decisión (Epist. Gen. secretae).

(2) *Ricci a Salvat el 20 de mayo de 1761, *ibid.*; *Ricci a Nectoux el 20 de mayo de 1760, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666.

(3) *Ricci a Nectoux el 24 de diciembre de 1760 y 29 de abril de 1761, *ibid.*; *Ricci a De la Croix (sin fecha; febrero de 1761?), Epist. Gen. secretae; *Ricci a Salvat el 18 de marzo de 1761, *ibid.*

(4) *Ricci a Salvat el 18 de marzo de 1761, Epist. Gen. secretae. Casi con idénticas palabras *escribía Ricci a Noirot el 21 de marzo de 1761, *ibid.* Cf. también *Ricci a De la Croix el 20 de mayo de 1761, *ibid.*

(5) *Itaque rem vobis inutilem fecistis cum communis causae atque adeo vestro etiam detrimento et dissensiones vestras in publicum prodidistis cum offensione aulae et urbis. Demum consuli debui, cum res ita non urgeret, ut consuli non possem; verum nec de causa suscepta certior sum factus a vobis. Numquid ita agentibus aderit Deus? (Ricci a Salvat el 20 de mayo de 1761, Epist. Gen.

Cuando los acreedores se persuadieron de que el Parlamento de París no tanto se preocupaba de amparar los intereses cuanto de aniquilar a los jesuitas, se mostraron prontos a un arreglo. Declararon estar dispuestos a retirar la demanda a condición de que se hipotecaran los bienes de toda la asistencia por el valor de su crédito. El general aconsejó insistentemente desde Roma que se admitieran tales proposiciones recabando del rey los permisos concernientes; mas otra vez fueron desoídas sus palabras. De un positivo mandato creyóse obligado a desistir para no fomentar de ningún modo ciertas aspiraciones separatistas (1), y porque se ofrecían algunas razones en contra, cuya consistencia él no podía apreciar desde lejos (2).

El tribunal del Parlamento había fijado el plazo de un año para amortizar las deudas: tiempo suficiente para hacer un último y supremo esfuerzo, reuniendo todas las posibilidades, y cumplir la sentencia, por más injusta que ella fuera, y evitar así la ruina total. Como a De la Croix lo reclamaba ya poderosamente el gobierno de la provincia, de ahí que a propuesta de los más autorizados jesuitas y provinciales, el 17 de junio de 1761 nombró el general a Griffet su comisario general en el asunto de la Martinica (3), y le confió la misión de saldar las deudas. En este asunto dependía únicamente del general. Según su instrucción debía ante todo deliberar con los cinco provinciales sobre la conveniencia de enviar a Marsella un apoderado poderhabiente para llegar a una inteligencia con los acreedores en condiciones justas. Para liquidar la deuda debía

secretae, loco cit.). Cf. *Ricci a Nectoux el 20 de mayo de 1761, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666.

(1) V. más adelante, pág. 244.

(2) Ricci, *Istoria, 21.

(3) *Desmeretz a Ricci el 18 de mayo de 1761, Francia, 49; *Croust a Ricci el 28 de mayo de 1761; Rochemonteix, 242, n. 1; *Bieganski a Ricci el 1.º de junio de 1761, loco cit. *Ricci a Croust el 24 de junio de 1761, Gallia, 43. La propuesta no había tenido plena acogida ni en el general ni en el asistente de Francia, primero porque Griffet hasta entonces sólo se había distinguido como predicador y escritor y no tenía experiencia de los negocios (cf. Griffet a Ricci el 7 de julio de 1761, en Rochemonteix, 243, n. 1); luego, porque pertenecía a aquella clase de individuos que sienten grandes ansias por gobernar, mientras que ellos no se dejan regir. Mediante los procedimientos estrepitosos con que pretendía llevar a la práctica no pocas mociones no del todo conformes con el instituto de la Orden, proporcionó a Ricci frecuentes disgustos. Fué un nombramiento forzado. Para los asuntos prácticos le fué asociado Gatin (Ricci, *Istoria, 22 ss.).

ante todo hipotecar, y a poder ser vender, los bienes de la Misión de la Martinica y de las demás casas de la misma; los bienes inmuebles comunes de las provincias serían aportados en segundo lugar, y caso que esto no bastase se apelaría a los bienes de los distintos colegios y residencias (1).

Con todo, la realización del plan ofrecía enormes dificultades. Verdad era que la cámara sólo había decretado la satisfacción de las deudas presentadas por la casa Lioncy, pero de temer era que los demás acreedores presentarían también a no tardar sus letras. ¿Cómo, pues, satisfacer a todas estas reclamaciones? Las deudas de Lavalette ascendían en total a cuatro millones y medio de libras (2), de los cuales tres millones eran pagables en Francia (3). Para saldar estas cantidades era preciso hacer empréstitos; pero ¿dónde conseguirlos? Los jesuitas de París habían demandado hacía ya tiempo que toda la universal Compañía se solidarizara en las deudas de Lavalette. Mas el general no podía acceder a tales pretensiones injustas y de consecuencias perniciosas (4). Sombrio es el cuadro que

(1) *Ricci ad Procuratorem in re Martinicensi generalem el 17 de junio de 1761, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666; *Ricci a De la Croix y Salvat el 17 de junio de 1761, *Epist. Gen. secretae*, loco cit. El inventario notarial de la Procura tuvo lugar el 18 de agosto de 1761 (extracto en Rochemonteix, 253, n. 2); *Ricci a De la Croix el 8 de julio de 1761, Gallia, 43; Ricci a Nectoux el 2 de diciembre de 1761, *Archivo de Simancas*, loco cit.

(2) Crétineau-Joly (V, 204) afirma que el pasivo de Lavalette había ascendido sólo a 2,4 millones de libras, y atribuye el posterior número de cinco millones a ocultos amaños. No tiene razón. El propio Lavalette valuaba el 4 de junio de 1760 (en una carta a Ricci) sus deudas en cuatro millones, y en su *Mémoire justificatif* (1763) en cinco millones. El ayudante de Griffet, Gatin, valuó el volumen de las deudas según cálculos exactos en 4,5 millones, y el visitador en algo más de cinco millones de libras. Mientras en la real patente del 2 de febrero de 1763 se dice que las deudas de Lavalette ascendían en total, por aquel entonces, a unos cinco millones de libras, se lee en el edicto del 3 de junio de 1763 que la deuda, que parecía haber superado los cinco millones, había ascendido entonces al doble y cada día aumentaba. Aquí puede haber engaño, a no ser que se quiera involucrar en la última suma las deudas de los distintos colegios. Rochemonteix, 240 s.; Ricci, *Istoria, 104; Lettres-Patentes du Roi, Versailles le 2 Février y le 3 Juin 1763 (impreso).

(3) *Salvat a Ricci el 20 de junio de 1761.

(4) *Beauvais a Ricci el 28 de diciembre de 1760, Francia, 49; *Salvat a Ricci el 2 de febrero de 1761, *ibid.*; Ricci a Griffet el 4 de noviembre de 1761, *Epist. Gen. secretae*. Para fundamentar sus pretensiones hicieron valer los padres de París que el general Visconti había otorgado a Lavalette facultades excesivas. Sin embargo, como Ricci replicó, en todo el archivo de la Orden no fué posible hallar un documento de esta índole. De palabra no fueron otorgadas nunca dichas facultades. La carta del P. Fléchat aducida por los acreedores (Rochemonteix,

con este motivo se formó Ricci de la situación económica que entonces tenía la Orden. Las provincias de Italia, excepción hecha de Sicilia y Nápoles, estaban en la miseria. En la asistencia de Alemania se hallaban casi todas en situación igualmente precaria: Silesia estaba esquilada, Austria y Bohemia, que en cierto modo se hallaban algo mejor en este respecto, habían tenido que prestar a la emperatriz para la guerra de Silesia algunos centenares de miles de escudos, Polonia se veía agotada por la guerra, además se había desvalorado notablemente el dinero por las manipulaciones monetarias de Federico II. El mantenimiento de más de mil jesuitas portugueses desterrados costaba grandes dispendios, a los cuales todas las provincias debían contribuir (1) excepto las de Francia, las cuales se hallaban agotadas por sus propias deudas. Hallándose Francia esquilada por la guerra tanto terrestre como marítima, poco éxito prometía ya de antemano un empréstito interior, aun cuando no hubiese estado prohibido, pues una demanda dirigida al rey para este fin había sido informada por el ministro en términos que concedió el monarca facultad para reunir tres millones a condición de que no fuera dentro del reino (2). En el apuro se dirigieron los jesuitas franceses a sus hermanos los españoles entre los cuales hallaron benévola acogida. Mas temiendo el general que no fueran arrastradas de este modo a la ruina las provincias españolas, dió ciertamente el permiso para procurar dinero, pero con la reserva de que los bienes de la asistencia española no pudieran ser hipotecados para este objeto. En esto manifestaron los comerciantes que no querían prestar su dinero sino contra garantía de valores interiores (3). Como Luis XV empeñara su palabra en favor de la seguridad de los bienes de los jesuitas de Francia (4) y por intercesión del nuncio otorgara Clemente XIII las facultades necesarias al general Ricci (5), concedió éste el solicitado

115) no demuestra nada, pues en ella se dice solamente que el general otorgaba la facultad demandada; pero no consta en qué consistía aquélla, y además estaba condicionada a la aprobación del provincial de París (loco cit.). Cf. también Ricci, *Istoria, 10 s.

(1) Ibid., 25; Rochemonteix, 244, n. 3; *Ricci a Griffet el 4 de noviembre de 1761, Epist. Gen. secretae.

(2) Rochemonteix, 245 s.

(3) Ricci, *Istoria, 26; *Ricci a Griffet el 6 de octubre de 1761, Epist. Gen. secretae.

(4) Ricci, *Istoria, 29; *Ricci a Cornejo el 18 de noviembre de 1761, Epist. Gen. secretae.

(5) *Torrighiani a Pamfili el 4 de noviembre de 1761, Nunziat. di Francia, 450 A. *Archivo secreto pontificio*.

permiso para hipotecar los bienes españoles de la Orden, ciertamente con íntimo disgusto, pues no podía verse libre del temor de haber abierto una nueva herida sin que la antigua quedara con ello cerrada (1). Todavía estaban las negociaciones en curso, aun trabajaba el embajador francés por conseguir del gobierno español la aprobación de un empréstito para el extranjero, cuando el Parlamento francés puso fin a todos los trabajos decretando, mediante su decisión del 23 de abril de 1762, el secuestro de todos los bienes de los jesuitas de Francia. Con la mayor urgencia revocó el general su permiso (2).

Durante el transcurso de estos acontecimientos había sido nombrado en marzo de 1761 De la Marche, hasta entonces superior de Nantes, visitador y superior general de las Pequeñas Antillas, con la misión de informarse de las deudas y fuentes de ingreso de la Misión, y, si encontraba que Lavalette era culpable de comercio prohibido, llevaba además orden de deponerle y hacerle regresar a Francia (3). Después de esperar el visitador tres meses en Holanda proporción para embarcarse, pudo partir de Texel el 26 de julio de 1761. Tras un viaje de sesenta días arribó el barco a las cercanías de la isla de San Eustaquio, pero poco antes de tocar tierra fué apresado por los ingleses, los cuales cogieron prisioneros a todos los franceses que se hallaban a bordo y los condujeron a la Antigua. Algunas semanas después otorgó el gobernador inglés el permiso para continuar el viaje hacia Guadalupe donde desembarcó el visitador el 28 de octubre de 1761 (4). Inmediatamente comenzó a informarse sobre Lavalette por medio de los jesuitas y comerciantes de la localidad (5). El 28 de enero de 1762 continuó hacia la isla Dominica. De la correspondencia comercial y de los libros de negocios de un cierto Constancio y del judío Isaac Judá, el principal corredor y trujamán de Lavalette, pudo cerciorarse de que el misio-

(1) *Ricci a Griffet el 4 de noviembre de 1761, *Epist. Gen. secretae*; *Ricci a Cornejo el 18 de noviembre de 1761, *ibid.*; *Torrigliani a Pamfil el 4 de noviembre de 1761, *loco cit.*; Ricci, *Istoria*, 27 ss.; *De la Croix a Ricci el 17 de noviembre de 1761, *Gallia*, 116.

(2) Ricci, **Istoria*, 59; Rochemonteix, 240.

(3) Ya *el 23 de diciembre de 1760 había propuesto Beauvais a Ricci su nombramiento (Francia, 49); *respuesta de Ricci a Beauvais del 14 de enero de 1761, *Epist. Gen. secretae*; *Ricci a Nolrot el 21 de marzo de 1761, *ibid.*

(4) Ricci, **Istoria*, 16; Rochemonteix, 246 ss.

(5) Rochemonteix, 252 ss. En ello puso de manifiesto que Moreau, superior de Guadalupe, estaba también complicado (Ricci, **Istoria*, 74).

nero había practicado efectivamente el comercio prohibido por el derecho canónico y el instituto de la Orden (1).

Esclarecidos estos importantes datos, prosiguió su viaje De la Marche llegando el 23 de marzo a la Martinica que acababa de caer en poder de los ingleses (el 13 de febrero de 1762). Para el día siguiente fué convocada una reunión de los misioneros. Todos los que tomaron parte, excepto uno solo, el cual sin embargo acabó por rendirse también a las pruebas del visitador, fueron de parecer que Lavalette había realizado manifiestamente comercio prohibido (2). Más dificultosa era la respuesta a la segunda cuestión de si era necesario y provechoso enviar inmediatamente a Francia al hasta entonces superior. Algunos motivos parecían aconsejar lo contrario (3). Los negocios comerciales eran tan públicos que no cabía justificación alguna, y por otra parte Lavalette no había llevado libro alguno de ingresos y gastos y no era de esperar que diera eventuales explicaciones, por lo cual su ausencia podría ocasionar todavía ulteriores complicaciones en el asunto (4). En presencia de sus hermanos en religión confesó Lavalette paladinamente no haber recabado jamás de los superiores permiso para dedicarse al comercio, pero negó haber incurrido en tal delito a sabiendas. Como empero De la Marche le leyera las copias de sus propias cartas y de los contratos de venta y le preguntara si todavía se obstinaba en su negación, repitió por tres veces: «Ya no lo niego más, así ha sucedido». Se mostró dispuesto a regresar a Francia; tan sólo pidió un plazo dilatorio de tres semanas que le fué concedido (5). Tal concesión debía demostrarse pronto ser una equivocación. En sus visitas de despedida se presentaba Lavalette como perseguido inocente e hizo ambiente en su favor. A ruegos suyos se negó el gobernador inglés Monckton a dar el permiso para que partiera el exsuperior antes de estar canceladas sus deudas en las colonias (6). En estas circunstancias era preciso obrar con energía. Tras un nuevo y amplio asesoramiento con los demás misioneros formuló el visitador el 25 de abril de 1762 el juicio definitivo contra el culpable: privóle de toda

(1) Rochemonteix, 254 s.

(2) Ibid., 257 s.; Ricci, *Istoria, 83.

(3) No se le quería tener ni en París ni en Toulouse, lo cual era comprensible dada la excitada opinión popular (*Ricci, loco cit.).

(4) Rochemonteix, 259 s.

(5) Ibid., 260 ss.

(6) Ibid., 263 ss.

autoridad espiritual y temporal, ordenóle el regreso sin demora a Europa y lanzó sobre él la pena canónica de suspensión, según establece el derecho de la Iglesia contra los clérigos comerciantes (1). Sin replicar recibió Lavalette su sentencia. En una carta a De la Marche fechada aquel mismo día reconocía la justicia de la sentencia, confesaba abiertamente sus delitos, declaró que ningún superior le había facultado para negocios comerciales ni había tenido noticia de ellos y pedía que se publicase la sentencia pronunciada contra él así como su confesión y su resignada disposición de ánimo. Termina afirmando bajo juramento que hacía tal declaración por propia y libre determinación sin que a ello le moviera violencia o amenazas, ni astucia o ánimo de súplica, sino únicamente el deseo de dar testimonio de la verdad para evitar calumnias contra la Compañía de Jesús (2).

Satisfecha así la justicia, el culpable fué recomendado por el visitador a la benevolencia del general. Informado de ello ya no puso el gobernador más dificultades ni reparos a la partida del antiguo superior, mayormente habiéndose comprometido De la Marche a responder de las deudas (3). El 26 de mayo de 1762 abandonó Lavalette la Martinica y se dirigió a Amsterdam donde recibió del general las dimisorias de la Orden que había demandado (4). Tras una transitoria estancia en Inglaterra (5) marchó a Toulouse donde

(1) De la Marche a Ricci el 25 de mayo de 1762 (Rochemonteix, 265 ss., texto de la sentencia *ibid.*, 267, n. 1); *De la Croix a Ricci el 25 de mayo de 1762, Gallia, 116. Según la carta del visitador, Lavalette no sólo había incurrido en el delito de ejercer el comercio, de mala administración y de dilapidar los bienes de la Misión, sino que además, excediéndose en el derecho de cultivo, había ocasionado la muerte de algunos colonos negros (Ricci, *Istoria, 84). Además había permitido la relajación de la disciplina religiosa y había descuidado la cura de almas. Cabiale también parte en la culpa al P. Cathala. Como causas de las enormes deudas contraídas señala el visitador los peligros de la guerra marítima a que se exponían los géneros, el abandono del cultivo de los campos, las fianzas y préstamos a los insolventes, los extraordinarios regalos hechos al gobernador y a particulares, grandes empréstitos a subido interés, el empleo de agentes de comercio sin conciencia, y la inexperiencia en los negocios y grandes festines (*ibid.*, 104).

(2) El texto en Rochemonteix, 268, n. 2. Por desgracia no se publicó entonces el documento, como Ricci había aconsejado en interés de la Orden (*Istoria, 104).

(3) Rochemonteix, 272.

(4) *Ibid.*, 274.

(5) Según noticias que habían llegado al general, Lavalette permaneció largo tiempo en Londres con el seudónimo de Chevalier du Clos, donde frecuentaba la morada del embajador francés, conde de Nivernais, y disfrutaba

en 1764 prestó el juramento prescrito por el Parlamento y el 13 de diciembre de 1767 terminó su procelosa vida (1).

Con los acreedores de Lavalette concertó el visitador (2) un convenio en virtud del cual las demandas de aquéllos serían satisfechas en el plazo de un año por el procurador de la Misión de París. Desdichadamente las decisiones tomadas por el Parlamento los días 23 de abril y 6 de agosto de 1762 dieron al traste con estas avenencias (3). Al concertarse la paz de 1763 tocó la isla Dominica a los ingleses, quienes se incautaron de los bienes de la Orden y los vendieron con pingüe ganancia (4). Las posesiones de las restantes estaciones misionales fueron secuestradas como en la metrópoli francesa (5). Es cierto que fueron expedidas varias reales patentes y decisiones del Parlamento para dar momentánea satisfacción a los acreedores de Lavalette, los cuales se habían asociado para defender con eficacia sus intereses, pero precisamente la cantidad de edictos y disposiciones (6) manifiesta la dificultad del problema, pues los bienes de los jesuitas sólo alcanzaban con estrechez para el sostenimiento de escuelas, seminarios y otras fundaciones (7). Según todos los indicios, fueron perjudicados los acreedores en sus inte-

gran protección en la corte de París. *Ricci a Dennet, provincial de Inglaterra, el 25 de diciembre de 1762, Epist. Gen. secretae; Ricci, *Istoria, 131, 138; *De la Croix a Ricci el 1.º de junio y 6 de julio de 1762, Francia, 49.

(1) Rochemonteix, 275 ss. Sobre la persona de Lavalette corrieron luego los rumores más pintorescos; por ejemplo, que se hallaba en el Perú para dirigir un asalto angloespañol contra las colonias españolas (*Carvalho a Souza el 16 de junio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4564; *Grimaldi a Fuentes el 28 de septiembre de 1767, *ibid.*). Según un informe de *Ossun a Grimaldi del 25 de septiembre de 1767 (*ibid.*), Choiseul había ordenado la prisión de Lavalette, la cual, con todo, no se había realizado por causa de la enfermedad del interesado (*Fuentes a Grimaldi el 9 y 12 de octubre de 1767, *ibid.*).

(2) De la Marche había fallecido ya el 16 de octubre de 1762 de una violenta fiebre (Ricci, *Istoria, 150).

(3) Prestrel, sucesor de De la Marche, había enajenado los bienes de la Misión de la isla Dominica a comerciantes ingleses por valor de 880 000 libras; sin embargo los compradores rescindieron pronto el contrato por hallar que las fincas no alcanzaban tan subido precio (Ricci, *Istoria, 167).

(4) Rochemonteix, 274.

(5) Lettres-Patentes du Roi concernant la poursuite des biens de la Société et Compagnie des Jésuites, qui sont dans les colonies françoises, 3 de junio de 1763.

(6) Lettres-Patentes du Roi del 2 de febrero, 5 de marzo, 3 y 14 de junio y 21 de noviembre de 1763, 30 de marzo de 1764, etc.; *Extrait des registres du Parlement* del 5 de agosto de 1763; *Arrêts de la Cour du Parlement* del 19 de agosto de 1763 y 24 de enero de 1764.

(7) Cf. anteriormente, pág. 219.

reses, mientras se enriquecieron los funcionarios que participaron en los autos de ejecución (1).

III

En el pleito en torno a las deudas de Lavalette ambas partes se hacían fuertes en las constituciones de la Orden: los acreedores para justificar sus demandas, los jesuitas para rechazarlas (2). Con el pretexto de examinar las razones aducidas dispuso el Parlamento, por iniciativa del abate Chauvelin (17 de abril de 1761), que los jesuitas entregaran al tribunal un ejemplar de la última edición del instituto (Praga, 1757), a fin de poderse convencer de que el principio de la no solidaridad se hallaba consagrado en él (3). Aun cuando se había concedido un plazo de tres días, el P. Montigny presentó ya al día siguiente al Parlamento el solicitado ejemplar, por orden de Frey (4). La precipitada celeridad con la cual, sin más asesoramiento ni deliberación, fué cumplida la orden, extrañó a los superiores de la Compañía y a los amigos de la misma, tanto más cuanto que el provincial de París había anunciado su regreso para la tarde de aquel mismo día (5). Profundo desaliento se apoderó de ellos, pues no se les ocultaba la trascendencia enorme de este paso dado en falso. Todo era de temer de una corporación cuyos miembros en su mayor parte eran acérrimos enemigos de la Orden. El nuncio Pamfili afirmó que no le llamaría la atención si el Parlamento se dejaba arrastrar a medidas extremas y demoledoras para el sistema de gobierno de la Compañía de Jesús. Por aquel entonces ya

(1) Gatin a Ricci el 10 de marzo de 1765 (Rochemonteix, 246, n. 3, 272 ss.); *Ricci a Nectoux el 26 de septiembre de 1765, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666. Tras un proceso de tres años en torno a los bienes de los jesuitas de Marsella, les fué adjudicada a los acreedores de Lioncy y Gouffre el 20 de diciembre de 1765 la casa de San Regis junto con una finca a ella aneja (Soullier, *Les Jésuites à Marseille*, Avignon-Marsella, 1899, 193).

(2) *Pamfili a Torrigiani el 20 de abril de 1761, Cifre, Nunziat. di Francia, 514, *Archivo secreto pontificio*.

(3) Ibid.; Recueil des discours d'un des Messieurs des enquêtes au Parlement, toutes les Chambres assemblées, prononcés le 17 Avril et le 8 Juillet 1761, Paris, 1761, 38 s.

(4) Informado de la orden del Parlamento, quiso el rey reclamar y reservarse el examen del instituto, mas para asombro suyo hubo de saber que ya se había hecho la entrega (Rochemonteix, 211).

(5) Ibid., 209 s.

se hablaba de un superior especial para la asistencia francesa, independiente del general. De la corte no había que esperar apenas protección (1). También en Roma se percataron de la trascendencia que revestía la demanda del Parlamento. El cardenal secretario de Estado afirmó que en último término el proceder del tribunal civil se dirigía también contra las otras órdenes, a las cuales se pretendía independizar de su gobierno central bajo el pretexto de que no podían depender de ningún poder extranjero (2).

Por indicación del nuncio (3) y a ruegos del general (4) había ordenado entre tanto el monarca, el 30 de mayo de 1761, que le presentaran el ejemplar entregado, prohibiendo al tribunal todo ulterior procedimiento en el asunto, puesto que él había nombrado para ello una comisión especial (5). Sin inmutarse por la real prohibición, prosiguió impertérrita la comisión del Parlamento (6), la cual se había procurado otro ejemplar, en el estudio del instituto con un celo que hacía presagiar los más siniestros males, mayormente si la corte no se mantenía fiel a sus decisiones (7). Mientras el cardenal secretario de Estado, a quien Luis XV le había dado tranquilizadoras seguridades (8), todavía abrigaba la esperanza de que

(1) *Pamfili a Torrigiani el 20 de abril de 1761, Cifre, Nunziat. di Francia, 514, loco cit.; Pamfili a Torrigiani el 11 de mayo de 1761, *ibid.*, la traducción francesa en Theiner, *Histoire*, I, 27.

(2) Torrigiani a Pamfili el 6 y 27 de mayo de 1761, Cifre, Nunziat. di Francia, 450, loco cit.

(3) *Pamfili a Torrigiani el 25 de mayo de 1761, *ibid.*, 514; *Torrighiani a Pamfili el 17 de junio de 1761, *ibid.*, 450.

(4) *Ricci a Desmaretz el 6 de mayo de 1761, Epist. Gen. secretae. Al general preocupaba tanto más hondamente la conservación de las constituciones de la Orden cuanto que había llegado a su noticia que algunos padres de París no eran ajenos a una escisión de la asistencia de Francia del resto de la Orden (*Ricci a De la Croix el 26 de mayo de 1761, Epist. Gen. secretae).

(5) *Pamfili a Torrigiani el 1.º de junio de 1761, Cifre, Nunziat. di Francia, 514, loco cit.; *Torrighiani a Pamfili el 17 de junio de 1761, *ibid.*, 450. La comisión áulica se integraba de un relator y seis comisarios. Aun cuando dos de ellos eran poco afectos a los jesuitas, sin embargo se creía entonces que tal medida era favorable a la Orden (*Pamfili a Torrigiani el 22 de junio de 1761, *ibid.*, 515).

(6) les abbés Chauvelin, Terray et Laverdy, Jansénistes furibonds, et, par suite, ennemis jurés des Jésuites (Theiner, *Histoire*, I, 34). Crétineau-Joly, V, 204; Rochemonteix, 212.

(7) *Pamfili a Torrigiani el 1.º y 8 de junio de 1761, Cifre, Nunziat. di Francia, 515, loco cit., *Torrighiani a Pamfili el 17 y 24 de junio de 1761, *ibid.*, 450.

(8) *In tanto posso significarle, che S. M. Chr^{ma} ha risposto alla lettera

la comisión parlamentaria se daría por satisfecha con la supresión de los privilegios que la Orden disfrutaba, sin modificar sus constituciones en lo esencial (1), el abogado general Le Pelletier de Saint-Fargeau había presentado ya al Parlamento el resultado final de la investigación (2). El instituto, así exponía, está en oposición con las leyes y libertades de la nación, nunca ha sido confirmado con reales patentes, ni jamás lo ha registrado o reconocido el Parlamento (3). La existencia de los jesuitas como corporación religiosa es por consiguiente ilegal, a lo sumo se podrá hablar de una tolerancia. Si ellos quieren permanecer en el reino deben solicitar de la Santa Sede nuevas constituciones que no estén en pugna con los principios religiosos y políticos de la nación. Dichas constituciones deberán ser confirmadas luego por el rey y registradas por el Parlamento. Los jesuitas franceses deberían reunirse a deliberar a fin de resolver sobre las modificaciones que necesariamente hay que introducir en su constitución. Es de desear que en lo sucesivo tengan superior propio, autónomo del general de Roma. Los votos religiosos delataban un portento de despotismo; conforme al derecho debían ser irrevocables e indisolubles al terminar el año de noviciado. Por lo demás, el abogado general se extendía aún en violentos ataques contra el probabilismo y la doctrina del tiranicidio (4).

Aun cuando estas exposiciones no significaban todavía una resolución formal contra el instituto de la Orden, sin embargo era de temer que dada la pusilanimidad de la corte también se llegase al extremo, y si el Parlamento llegaba a declararse contra la Compañía de Jesús, entonces toda intervención de la corte resultaría

del Papa nella maniera più obbligante che si possa dare, e la più favorevole ai Gesuiti, dichiarandosi di stimarli e proteggerli, seguendo l'esempio dei Re suoi antenati, e promette loro nell'affare presente tutta l'assistenza della sua reale autorità. Dio faccia, che l'esito corrisponda al conseguimento di questo fine, e al termine d'un affare, che tanto potrebbe esser pregiudiziale e alla Chiesa in generale e a tutti i corpi religiosi in particolare (Torrigiani a Pamfili el 22 de julio de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 450, loco cit.).

(1) *Torrigiani a Pamfili el 15 de julio de 1761, *ibid.*

(2) *Pamfili a Torrigiani el 13 de julio de 1761, *ibid.*, 515.

(3) Las constituciones de los jesuitas fueron repetidas veces objeto de debates parlamentarios; el 20 de enero de 1560; en 1561; el 23 de diciembre de 1592; en 1692; en ellas se ocupó Carlos IX en julio de 1565, Enrique III en mayo de 1580, Enrique IV en 1603 (Smith, *The suppression of the Society of Jesus*, en Month, IC [1902], 355 s.).

(4) *Pamfili a Torrigiani el 13 de julio de 1761, loco cit.; Theiner, *Histoire*, I, 35.

demasiado tardía (1). Por esto dirigió Clemente XIII, con fecha 2 de junio de 1761, una apremiante carta a Luis XV, en la cual declaraba que no quería salir a la defensa de los individuos culpables, pero suplicaba al rey que interpusiera su autoridad para impedir toda reforma en las constituciones de la Orden, lo cual podría provocar la muerte de la Compañía (2). Luis XV, el cual quería reservar su autoridad para el registro de nuevos edictos sobre impuestos, se decidió por una providencia a medias (3). El 2 de agosto de 1761 remitió al Parlamento un edicto en virtud del cual suspendía por espacio de un año todo ulterior procedimiento contra la Orden. Mas con el fin de no disgustar demasiado a los miembros del tribunal, mandaba al mismo tiempo a los jesuitas presentar en el espacio de seis meses al Consejo de Estado las cartas de fundación de sus residencias para someterlas a examen (4). Con tal celeridad y atolondramiento se procedió a cumplir esta real disposición, que en muchos casos ni siquiera se sacó copia del documento original (5). El Parlamento registró por cierto el 6 de agosto de 1761 el edicto del rey, pero con reserva de aquellos casos en los cuales el juramento de fidelidad, la lealtad y el amor a la sagrada persona del monarca así como el cuidado por la salud pública no consintieren mayor dilación (6). Con esto quedaba frustrado el fin primordial de la ordenación, la cual tendía a sustraer el asunto de la jurisdicción del Parlamento y ponerlo en manos del Consejo de Estado.

(1) *Torrighiani a Pamfili el 29 de julio de 1761, Cifre, Nunziat. di Francia, 450, loco cit.

(2) *Torniamo a ripetere, che Noi non vogliamo scusare, nè i fatti particolari, nè le persone colpevoli; ma raccomandiamo bensì con tutta l'efficacia possibile al potentissimo suo braccio la difesa dell'Ordine in genere, per qualsivoglia intrapresa, che alcuno di codesti tribunali, per istigazione e maneggio de' nemici dichiarati della Compagnia, tentasse di fare contro di essa. Ogni alterazione delle sue leggi e di que' vincoli, che tengono unite le membra fra loro e col comune lor capo, porterebbe la deformazione, e forse anche lo scioglimento di un corpo, che è stato ammesso a coltivare il campo della Chiesa con l'autorità della Sede Apost., ed è stato chiamato, accolto e stabilito ne' domini della M. V. dall'insigne pietà de' gloriosissimi suoi progenitori (ibid., 453). Ideas semejantes en *Torrighiani a Pamfili el 3 de junio, y 8 y 15 de julio de 1761, ibid., 450.

(3) *Pamfili a Torrighiani el 20 de julio de 1761, ibid., 515; *Torrighiani a Pamfili el 5 y 12 de agosto de 1761, ibid., 450.

(4) Déclaration du Roi, donnée à Versailles le 2 Août 1761 (impreso).

(5) Ricci, *Istoria, 34 s.

(6) Arrestés de la Cour de Parlement du 6 Août 1761 (impreso); Discours d'un des Messieurs des enquêtes au Parlement... sur la doctrine des Jésuites, Paris, 1761, 88 s.

Aquel mismo día (6 de agosto de 1761) publicó el Parlamento otras dos decisiones, las cuales anunciaban claramente a los jesuitas el destino que les aguardaba. Por instigación del abate Chauvelin, quien los días 17 de abril, y 8 y 18 de julio ya había calificado de antinacional e impía la doctrina y moral de la Orden (1), fueron condenadas veinticuatro obras de autores jesuitas a ser quemadas por mano del verdugo, por defender la doctrina del tiranicidio o por contradecir las doctrinas y las libertades de la Iglesia galicana (2). Por un tercer edicto prohibió el Parlamento, entre malévolas invectivas, la entrada y admisión de la Compañía de Jesús, lo mismo que la emisión de los votos, y ordenaba a los jesuitas suspender toda enseñanza pública y privada dentro de los límites de su jurisdicción. En los puntos donde existieran otras escuelas debían cerrarse los colegios jesuíticos el 1.º de octubre, en los demás sitios el 1.º de abril. Los alumnos de los jesuitas quedaban excluidos, en lo sucesivo, tanto de la colación de grados universitarios como del acceso a los altos cargos (3).

Por más que estas decisiones, acogidas por cierto con regocijo por muchos círculos, eran de carácter meramente transitorio, sin embargo eran en realidad claro síntoma de la sentencia de muerte que sobre la Compañía de Jesús se cernía en Francia (4). Más de tres semanas pasaron antes de que el rey se decidiera a repeler el golpe asestado contra su autoridad. Pronto fué desechado el plan de anular la decisión en una sesión presidida por el monarca, a fin de no comprometer la autoridad real en vista de la resistencia del Parlamento (5). Por la patente del 29 de agosto de 1761 mandó Luis XV dejar en suspenso por espacio de un año la ejecución de

(1) Theiner, *Histoire*, I, 38.

(2) Entre los libros condenados se hallaban obras de Salmerón, Toledo, Lessius, Suárez, Belarmino, Vázquez, Becanus, Molina, etc. La sentencia fué ejecutada el 7 de agosto de 1761 al pie de la gran escalera del edificio del Parlamento (*Arrest de la Cour de Parlement du 6 Août 1761; Discours*, 89).

(3) *Arrest de la Cour de Parlement du 6 Août 1761; Discours*, 89.

(4) *Le stampe che ne sono state vendute, sono infinite. Non si parla presentemente che di un tal fatto, e comunemente si loda, e si gode dal pubblico di una tale decisione. Si spera però, che S. M. possa mostrare i suoi giusti risentimenti contro una condotta sì strana e violenta tenuta del Parlamento, e che possa annullare i detti arresti, i quali, se sussistessero dentro un certo tempo, verrebbe affatto ad estinguersi questa Religione in Francia (*Pamfili a Torrigiani el 10 de agosto de 1761, *Cifre, Nunziat. di Francia*, 515, loco cit.). Cf. también *Pamfili a Torrigiani el 5 de octubre de 1761, *ibid.*

(5) *Pamfili a Torrigiani el 31 de agosto de 1761, *ibid.*

la providencia (1). Tras alguna oposición registró el Parlamento la orden el 7 de septiembre, aunque restringiendo autoritariamente el plazo hasta el 1.º de abril del próximo año (2).

En Roma se seguía el curso de los acontecimientos de Francia con anhelante preocupación. La actitud hesitante y contemporizadora de la corte hacía crecer la arrogante presunción y atrevimiento del Parlamento, cuyo poder se agigantaba a medida que el prestigio de la corona se hundía. Los principios en que estaba inspirada la resolución del 6 de agosto de 1761 no sólo amenazaban la existencia de la Compañía de Jesús, sino que constituían también un ataque a los derechos de la Santa Sede, desde el momento en que un tribunal laico se permitía condenar por impío y escandaloso un instituto religioso aprobado por el tribunal supremo de la Iglesia (3). Por más que ante las representaciones de Ricci confesase el Papa que ya había llegado el momento de obrar, sin embargo «triunfó el criterio del medroso silencio que entonces dominaba en Roma» (4). Ya al remitir las conclusiones del Parlamento había aconsejado el nuncio *disimular* por el momento las ofensas, pues de lo contrario podría ocurrir fácilmente que el Parlamento cometiera excesos; y en caso de un conflicto existía el peligro para la Santa Sede de que el gobierno no sólo la abandonase, sino que incluso adoptase una actitud de positiva desaprobación, ya que no querían ver aumentadas desde fuera las arduas dificultades internas de Francia (5). En vista de tales advertencias y de las tranquilizadoras seguridades

(1) Lettres-Patentes du Roi, pour suspendre... données à Versailles au mois d'Août 1761.

(2) *Pamfili a Torrigiani el 7 y 14 de septiembre de 1761, Cifre, Nunziat. di Francia, 515, loco cit.

(3) *Torrighiani a Pamfili el 26 de agosto y 2 de septiembre de 1761, *ibid.*, 450.

(4) Ricci, *Istoria, 36.

(5) *Su quelli punti per altro l'obbligo del mio ministero, ed il timore fondato di vedere accadere mali maggiori, mi sprona a dare il consiglio di dissimulare almeno per ora l'ingiuria ricevuta, mentre se si venisse in Roma a qualche esecuzione contro i detti arresti, il Parlamento si porterebbe senza dubbio a qualch' altro eccesso; verrebbe a farsi un conflitto tra la S. Sede, il Re e i magistrati secolari, e si correbbe anche gran rischio di esser non solo abbandonati, ma d'incontrare una totale disapprovazione dalla corte, la quale non potendo pur troppo contenere li Parlamenti dentro certi limiti, e renderli pieghevoli a suoi voleri, non vuol soffrire, che altri diano occasione a'suoi, e maggiori disturbi, che la riducano nelle angustie le più terribili (Pamfili a Torrigiani el 10 de agosto de 1761, Cifre, Nunziat. di Francia, 515, loco cit.).

del embajador francés (1), desistió el Papa de adoptar medidas serias para no dar ocasión a nerviosismos y complicaciones (2). Además se seguía creyendo seriamente que la destreza diplomática de Choiseul conseguiría hacer viable la reconciliación de Portugal con Roma (3).

Entre tanto reconoció la curia que con la inactividad de la corte arreciaba el mal (4) y se persuadió de que las decisiones del Parlamento tendían, no a una reforma, sino al total aniquilamiento de la Orden; de donde se venía a concluir que había llegado para el Pontífice el momento de romper el silencio y defender el honor de su cargo (5). Pero llegaron nuevas amonestaciones de Pamfili disuadiendo toda actuación, ya que el remedio eficaz sólo de la corte podía proceder y toda medida de cualquier otro origen ninguna utilidad reportaría a los jesuitas, antes por el contrario exacerbaría el malestar y sería causa de nuevos inconvenientes (6). Por esta razón, pues, se decidió aguardar (7), aun cuando con el convencimiento de que la transitoria suspensión de las conclusiones del Parlamento no era más que un paliativo (8) que muy poco o absolutamente nada aprovecharía a la Orden, antes por el contrario podía perjudicarla, ya que mediante ella se reconocía la legalidad de tales disposiciones (9).

No menor era otra preocupación. Con el fin de sustraer al Parlamento el fallo sobre las constituciones, había confiado el rey el examen de las mismas a una comisión áulica. Por más que se quisiera ver en esta medida un mal menor (10), sin embargo en los círculos de la curia no acababa de desvanecerse el temor de que esta providencia acarrearía también tristes consecuencias (11). Resueltamente hizo notar Torrigiani que el examen, y mucho más la reforma

(1) *Torrighiani a Pamfili el 2 de septiembre de 1761, *ibid.*, 450.

(2) *Torrighiani a Pamfili el 26 de agosto de 1761, *ibid.*

(3) V. anteriormente, pág. 180 s.

(4) *Torrighiani a Pamfili el 9 de septiembre y 7 de octubre de 1761, *Cifre, Nunziat. di Francia*, 450, *loco cit.*

(5) *Torrighiani a Pamfili el 16 de septiembre y 28 de octubre de 1761, *ibid.*

(6) *Pamfili a Torrigiani el 28 de septiembre de 1761, *ibid.*, 515.

(7) *Torrighiani a Pamfili el 23 de septiembre de 1761, *ibid.*, 450.

(8) *Torrighiani a Pamfili el 28 de octubre de 1761, *ibid.*

(9) *Torrighiani a Pamfili el 7 de octubre de 1761, *ibid.*

(10) *Torrighiani a Pamfili el 1.º y 8 de julio de 1761, *ibid.*

(11) *Torrighiani a Pamfili el 21 de octubre de 1761, *ibid.*

de las constituciones aprobadas por el Pontífice, eran casos de la competencia exclusiva de la Sede Apostólica. El rey podrá a lo sumo prohibir la práctica de los privilegios, pero cae fuera de sus atribuciones dictaminar si eran exagerados o absurdos (1); y mucho menos podía tolerar el Papa una intromisión en el magisterio de la Iglesia (2). A la promesa de Choiseul de que no se realizaría modificación esencial en el instituto y que todo sería acordado previamente con Roma (3), replicó Torrigiani que habiendo precedido tantas aprobaciones hechas por sus antecesores, de ningún modo estaba dispuesto Clemente XIII a introducir reformas en las constituciones y régimen de la Orden. Desistase de remitir a Roma mociones de esta índole (4). Reformar las constituciones significaría hacer de la asistencia de Francia una sociedad acéfala o llevar a la ruina a toda la Orden (5).

A fines de noviembre tornó la corte a su propósito, de antiguo acariciado (6), de solicitar en el asunto de los jesuitas el juicio de los obispos, quienes en el mes de diciembre se habían de reunir en París con motivo de una espontánea concesión pecuniaria (7). En Roma se miraba con preocupación esta medida. Dada la división que existía entre los príncipes de la Iglesia y su proclividad hacia los dogmas galicanos, era de temer que toda la disposición aprovecharía menos a los jesuitas que al Parlamento (8), el cual por aquel entonces se mostraba sorprendentemente flexible a las exigencias económicas del gobierno (9). Los cuatro puntos que la corte entregó al presidente cardenal De Luynes para la deliberación se referían: 1.º, a la cuestión de si los jesuitas eran útiles a Francia, y ventajas y desventajas que reportaban para el país con su actividad; 2.º, a su conducta moral y a su doctrina, especialmente en lo tocante al

(1) *Torrighiani a Pamfili el 7 de octubre de 1761, *ibid.*

(2) *Torrighiani a Pamfili el 21 de octubre de 1761, *ibid.*

(3) *Pamfili a Torrigiani el 9 de noviembre de 1761, *ibid.*, 515. Cf. también *Pamfili a Torrigiani el 21 de diciembre de 1761, *ibid.*

(4) *Torrighiani a Pamfili el 2 de diciembre de 1761, *ibid.*, 450.

(5) *Torrighiani a Pamfili el 18 de noviembre de 1761, *ibid.*

(6) *Pamfili a Torrigiani el 24 de agosto de 1761, *ibid.*, 515.

(7) *Pamfili a Torrigiani el 30 de noviembre de 1761, *ibid.*

(8) *Torrighiani a Pamfili el 9 de septiembre y 25 de noviembre de 1761, *ibid.*, 450; *Pamfili a Torrigiani el 2 y 23 de noviembre de 1761, *ibid.*, 515.

(9) El nuncio presumía que con ello se pretendía conquistar el favor del rey, *per essere poi in grado di farlo entrare più facilmente nelle sue mire o di resistergli con maggior apparenza di ragione nell'affare dei Gesuiti (Pamfili a Torrigiani el 7 de diciembre de 1761, *ibid.*).

tiranicidio y a los cuatro artículos galicanos; 3.º, a su sumisión a los prelados y sus relaciones con el clero parroquial; 4.º, a la pregunta, ¿qué restricciones serían concernientes para el poderío excesivamente difundido de la Orden en Francia? (1). El segundo y el cuarto punto preocupaban particularmente a Clemente XIII. Por medio del cardenal secretario de Estado hizo notificar que los prelados no podían obligar a los jesuitas a las proposiciones de 1682 condenadas por Alejandro VIII e Inocencio XII y repudiadas por Luis XIV; esto constituiría una ofensa para la Santa Sede. Asimismo no cabía poner obstáculos a la autoridad del general sobre los jesuitas franceses; era imposible sustraer a los miembros franceses de la jurisdicción de aquél sin destruir al mismo tiempo en su esencia el instituto de la Orden (2). El Pontífice era francamente adverso a toda reforma de las constituciones, pues caso que se pretendiera implantarla para toda la Compañía sería injusto que ésta se hubiera de reformar conforme al capricho de Francia, y si se aspiraba a ella sólo con miras a dicha nación entonces se crearía una nueva institución diversa de toda la Orden. La Santa Sede jamás tendería su mano a semejante escisión; prefería que esto sobreviniera por abuso del poder temporal antes que avenirse el poder legítimo a confirmar resoluciones que acarrearían la perdición de una Orden aprobada por la Iglesia (3).

(1) *Pamfili a Torrigiani el 30 de noviembre de 1761, *ibid.*; De la Croix a Ricci el 4 de enero de 1762, en *Rochemonteix*, 217, n. 2; *Crétineau-Joly*, V, 210.

(2) *Torrighiani a Pamfili el 16 de diciembre de 1761, *Cifre*, *Nunziat.* di Francia, 450, loco cit.

(3) *Se le mutazioni che costì sovrastanno all'Istituto de'Gesuiti, non riguardassero che i privilegi che gode la Compagnia, o non vi sarebbe bisogno di appoggiarle all'autorità pontificia, o, se bisognasse, niuna o poca difficoltà s'incontrarebbe in N. S. Ma la cosa non è così: Anche V. S. Ill^{ma} conviene ne'suoi numeri de'7 cadente, che la riforma de'Gesuiti, a cui mira il Parlamento, e la corte in parte non disapprova, si estenderà anque a parte dell'Istituto e de'suoi regolamenti. Questa riforma, o dovrà essere generale per tutta la Compagnia, e in ogni luogo ove la medesima è stabilita, e non è giusto mai, che tutto un Ordine soffra una riforma fatta a genio de'Francesi, oppure dovrà esser particolare per i stati di S. M. Chr^{ma}, e si farà allora un nuovo Istituto diverso da quello ch'egli è presentemente e da quello che resterebbe da poi fuori della Francia, e a questa divisione N. S. non vuol mai prestare il suo assenso nè la sua autorità. Sarà meglio che costì tutto si faccia per un'abusiva potestà, piuttosto che la legittimà venga a confermare quelle risoluzioni che distruggono un Ordine approvato dalla Sede Apost. Resta dunque soltanto che per parte nostra si stia in attenzione di ciò che succede, e di ciò che l'assemblea de'vescovi sarà per consultare, procurando bensì, come non mancherà certamente V. S. Ill^{ma} secondo la sua nota

Respondiendo a las órdenes de Torrigiani procuró Pamfili con todo afán hacer prevalecer los requerimientos del Pontífice (1); sin embargo no pudo apuntarse más que un éxito parcial. Una vez la comisión de prelados (2) hubo dado cima a su trabajo el 29 de diciembre de 1761 y presentándolo el día siguiente a la asamblea, ésta, con el cardenal presidente a la cabeza, puso en manos del monarca el dictamen el 31 de diciembre (3). Había resultado mejor de lo que en Roma se habían atrevido a esperar. El prelado janse-nista Fitz-James, obispo de Soissons, fué el único en declararse incondicionalmente en contra de los jesuitas y en favor de la supresión, aun cuando no sin hacer plena justicia a la conducta moral de los miembros de la Orden (4). El cardenal Choiseul junto con otros cuatro prelados deseaban ver a los jesuitas sometidos a los prelados y se apoyaban, en este afán, en su primera admisión en Francia con ocasión del coloquio entre católicos y protestantes celebrado en Poissy. Por lo demás, tributaron favorable testimonio a su vida y trabajos (5). La inmensa mayoría de la asamblea — cuarenta y cinco obispos y dos vicarios generales — se declaró sin reservas en favor de los jesuitas, hizo resaltar su utilidad para la Iglesia y el Estado y su sumisión a los prelados en sus empresas exteriores, elogió sus doctrinas y costumbres y requirió que se conservase intacto el instituto. La autoridad existente del general de la Orden era útil y necesaria para el buen gobierno de la Compañía de Jesús, por lo cual no podía ser suprimida ni restringida. Era preciso evitar toda reforma de las constituciones. Por lo demás, semejante intento

attenzione, di suggerire ai medesimi i più sani e moderati consigli (Torrighiani a Pamfili el 30 de diciembre de 1761, *ibid.*).

(1) Pamfili a Torrigiani el 21 de diciembre de 1761, *ibid.*, 515.

(2) La asamblea había constituido una comisión de doce miembros de su seno, con cuya elección estaban contentos los jesuitas (*Pamfili a Torrigiani el 7 de diciembre de 1761, *ibid.*).

(3) Rochemonteix, 217, n. 2.

(4) Avis de Monseigneur l'évêque de Soissons, Duc de Fitz-James, Pair de France, donné dans l'Assemblée des évêques du mois de Décembre 1761, et envoyé par ce Prélat au Roi, Paris, 1763. El editor afirma en el prólogo que dicho dictamen, casualmente caído en sus manos, sale a luz sin conocimiento de Fitz-James. No lleva la firma del obispo por ir acompañado de una carta al rey. De aquí que se pueda dudar si se trata del texto auténtico. Resumen en Ravignan, II, 264 ss.

(5) *Ibid.*, 259 ss. Los obispos de Angers y Orleans, que al principio eran partidarios del cardenal Choiseul, en el transcurso de los debates se pasaron al bando de la mayoría (*Pamfili a Torrigiani el 4 de enero de 1761, Cifre, Nunnziat. di Francia, 516, loco cit.).

no podía realizarse sino en inteligencia con la Santa Sede y tras de ponerse de acuerdo con los demás soberanos católicos, si no se quería crear tantas Órdenes como países existen (1). Si a los cuarenta y cinco príncipes de la Iglesia (2) se suman además los veintinueve preladados que desde el 5 de septiembre hasta el 24 de noviembre de 1761 se declararon en favor de la Orden en sus cartas al rey y al canciller (3), con razón pudo ver el cardenal secretario de Estado en esta imponente manifestación del episcopado francés, un espléndido testimonio en favor de la perseguida Orden y una poderosa defensa contra las impugnaciones del Parlamento (4). Por otra parte, empero, no se consiguió este triunfo sin concesiones y declaraciones que menoscababan la dignidad y el prestigio de la Santa Sede (5).

Con el fin de salir al paso de modo eficaz a las acusaciones contenidas en la decisión tomada por el Parlamento el 6 de agosto de 1761, poco después de su publicación hizo llegar el provincial De la Croix a manos del arzobispo Beaumont (6) y también a las del rey (7) un escrito en el cual, en nombre de la provincia, no sólo reprobaba la licitud del tiranicidio, sino además la doctrina del poder indirecto del Papa sobre el temporal. No contento con esto, publicaron los jesuitas hacia mediados de octubre una declaración notarial firmada por los padres de las tres casas de París sobre la inadmisibilidad del tiranicidio, sobre la plena independencia de los soberanos en asuntos temporales, acerca de los límites de la autoridad de los superiores religiosos y del general, el cual nada puede mandar que esté en pugna con las leyes y principios del reino, y acerca de la renuncia de la Orden a sus privilegios en cuanto sean opuestos a los derechos de los párrocos, universidades y de otras Órdenes (8). El

(1) *Parere manoscritto dell'Assamblea de'vescovi*, *ibid.*, f. 103-120; *Pamfili a Torrigiani el 4 de enero de 1762, *ibid.*; De la Croix a Ricci el 4 de enero de 1762, en *Rochemonteix*, 217, n. 2.

(2) Los nombres en *Ravignan*, I, 508 s.

(3) Sus nombres *ibid.*, 510 ss. El arzobispo Beaumont de París *expresó en una carta especial a Luis XV del 1.º de enero de 1762 su adhesión al dictamen de la mayoría de los obispos (*Nunziat. di Francia*, 516, loco cit.).

(4) *Torrighiani a Pamfili el 27 de enero de 1762, *Cifre*, *ibid.*, 453.

(5) *Ibid.*

(6) Fecha en París, 13 de agosto de 1761.

(7) Fecha en París, 16 de agosto de 1761. Ambas cartas en *Rochemonteix*, 222 s.

(8) El apartado 2 de la declaración es del tenor siguiente: que conformément à la déclaration de l'Assemblée du clergé de France tenue en 1682 ils tiennent et enseignent que Jésus-Christ ayant donné à St. Pierre et à ses successeurs

documento, que fué enviado a todas las casas de la provincia de París y a los demás provinciales para que fuera jurado y firmado por todos los jesuítas franceses, encontró mucha oposición por la ambigüedad de no pocas expresiones que podían dar pie a perniciosas consecuencias. En vista de ello fué recogido con toda celeridad y sustituido por otra declaración, la cual parece que fué firmada en todas partes, pues se creía que había sido presentada a ciencia y conciencia del general, lo cual sin embargo no era así (1).

Según afirmación de Ricci, fué hecha espontáneamente (2); según otros explican, en virtud de la coacción que ejerció De Flessel como relator de la comisión áulica (3). La contradicción entre ambas afirmaciones se explica admitiendo que los jesuítas, quienes desde fines de septiembre tenían noticia de que la comisión exigiría una declaración referente a los artículos galicanos, quisieron evitar una formal aprobación de todos los cuatro artículos, comprometiéndose únicamente, lo mismo que en 1713 y 1757, a la doctrina del primero, el cual proclama la plena independencia de los príncipes del poder religioso en asuntos temporales, lo mismo que la inamovilidad de los soberanos (4).

Si los jesuítas franceses creyeron que mediante sus concesiones habían salido del aprieto, pronto tendrían que convencerse del engaño. La comisión áulica rechazó la declaración por deficiente (5) y les propuso, para que la firmaran, una nueva fórmula, la cual entre otras cosas contenía el formal compromiso sobre los cuatro artículos galicanos (6). Vencidas algunas dificultades sobre la redacción del texto (7), firmaron también los jesuítas esta declaración (8). Por

la puissance sur les choses spirituelles qui ont rapport au salut éternel, il ne leur a donné nulle ni directe ni indirecte sur les choses temporelles, et que conséquemment ni les Rois ne peuvent être déposés, ni leurs sujets déliés du serment de fidélité. El texto íntegro de la declaración en Ricci, *Istoria, 38 s. Cf. De la Croix a Ricci el 20 de octubre de 1761, en Rochemonteix, 221, n. 3.

(1) Il Provinciale di Francia riconvenuto, diè per risposta la necessità, la strettezza del tempo e il pericolo di mali maggiori (Ricci, *Istoria, 39). El texto de la declaración corregida se halla en Ricci, loco cit.

(2) Dichiarazione offerta spontaneamente e sottoscritta, è rigettata come insufficiente (Ricci, *Istoria, 38).

(3) Rochemonteix, 221.

(4) Ravignan, I, 135 s.

(5) Ricci, *Istoria, 38 y 39.

(6) El texto ibid., 39-40, impreso en Ravignan, 188 s.

(7) Cf. Ravignan, I, 137, n. 1, 516 ss.

(8) Así lo afirma Ricci en su *Istoria, 39, 40, 43. Los miembros de la

exigencias de la misma comisión, la cual quería evitar una recusación por parte del Parlamento (1), el provincial remitió el documento al general, a fin de que éste lo aprobara de alguna forma (2). Al enterarse Ricci de lo ocurrido escribió a De la Croix una carta expresándole con toda claridad su desaprobación: si tales declaraciones, le decía, son generalmente inútiles y peligrosas, como la experiencia de lo pasado lo demuestra, la presente, hecha sin su previo conocimiento, era por completo perniciosa. Para la defensa hubiera bastado con reprobear el tiranicidio y renovar la prohibición de tratar sobre el poder indirecto. Con este paso tan atolondradamente dado por los jesuitas franceses habían perdido la gloria de su sumisión especial a la Santa Sede, así como la benevolencia del Pontífice, y sin embargo no habían aplacado a los adversarios, quienes jamás se darían por satisfechos mientras los jesuitas no dieran de mano a su defensa de la religión y aceptaran los errores de sus enemigos. Al pretexto de la necesidad no se presta en Roma fe alguna, y en todo caso se habría debido consultar previamente al nuncio y al arzobispo de París. Con indignación tenía que rechazar la demanda que se le hacía de ratificar con su firma la declaración. Con la ayuda de Dios no consentirla en nada que aun en lo más mínimo rozara con la dignidad de la Santa Sede y pudiera escandalizar a la Iglesia de Cristo y a la Compañía de Jesús. De las siniestras consecuencias que acarrear el paso dado tendrían que rendir cuenta algún día los firmantes ante el tribunal del Todopoderoso, que es más de temer que todos los tribunales humanos (3).

En igual sentido hacía notar Torrigiani en un despacho al nuncio que tendría que haber bastado el compromiso de no tratar en las

provincia de Aquitania, percatados de que la tercera fórmula no ofrecía garantías, habían redactado y firmado una declaración especial (el texto en Ravignan, II, 191). La comisión áulica recusó esta medida por insuficiente y exigió fuera firmada la redacción definitiva por ella presentada (Ricci, *Istoria, 40; Rochemonteix, 230, n. 1; *Ricci a Salvat el 12 de enero de 1762, Epist. Gen. secretae).

(1) En el Parlamento se había lanzado la afirmación de que ninguna fe merecía la declaración de los jesuitas si no era confirmada por su general (Rochemonteix, 226, n. 1).

(2) De la Croix a Ricci el 10 de noviembre de 1761, parcialmente impreso en Rochemonteix, 226, n. 1. La fórmula de aprobación propuesta al general era del tenor siguiente: *Ego Praepositus Generalis Societatis Iesu censeo aequum et rectum esse, ut haec declaratio, cui nostrae Societatis homines in Gallia degentes subscripsere, fideliter ab omnibus in praxi teneatur* (Ricci, *Istoria, 41, impreso en Rochemonteix, 126, donde se lee «quam» en lugar de «cui»).

(3) *Ricci a De la Croix el 11 de noviembre de 1761, Epist. Gen. secretae.

públicas lecciones de la cuestión sobre el poder indirecto. Mediante la declaración dada habían bastardeado los jesuitas franceses el título de *beneméritos de la Iglesia*, tan violentamente combatida por los adversarios. Aun cuando el empleo del poder indirecto ya no respondiera a la actualidad, no era ello razón suficiente para renunciar a principios jurídicos. El general había reprobado el paso dado por sus súbditos, quienes obraban en consonancia con su ímpetu nacional, sin percatarse de las consecuencias y sin pensar en que con la pérdida de la protección por parte de la Santa Sede se había perdido casi todo y poco más faltaba para la total ruina. Dada oportunidad no deje el nuncio, añadía, de dar a entender a los padres más conspicuos, sobre todo al confesor del rey, la amargura del Papa por lo ocurrido y de darles a entender que el Padre Santo está plenamente propicio a otorgar su benevolencia a la Compañía de Jesús, mas sólo mientras ella la merezca por su adhesión a la Sede Apostólica (1).

En una carta del 24 de noviembre de 1761 trató el provincial de justificar su proceder escudándose en la actitud del Parlamento, el cual de rehusar la declaración quitaría a los jesuitas con toda seguridad las escuelas, y haciendo resaltar el escándalo que la teoría contraria habría de levantar en la mayor parte de los católicos, incluso en los obispos. Además, ellos no defendían los artículos galicanos como proposiciones de fe, sino únicamente como opinión teológica que es dado defender sin menoscabo del dogma (2). Una semana después vuelve De la Croix al asunto. No sólo el Parlamento, sino también los ministros, comisarios y obispos habían exigido la firma de la declaración. Él no había podido lograr sino que se desistiese de exigir a todo trance la confirmación por parte del general. No quiera el Papa enojarse contra ellos: no espontáneamente, sino por coacción extrínseca se habían comprometido a la doctrina galicana. Desde el comienzo de las negociaciones con los comisarios había hecho notar que sería imposible conseguir la confirmación del general; y si se había encargado de transmitir tal demanda había sido sólo porque uno de sus súbditos había asegurado al relator de la comisión que la confirmación no tropezaría con

(1) *Torrighiani a Pamfili el 4 de noviembre de 1761, Nunziat. di Francia, 450 A, loco cit.

(2) De la Croix a Ricci el 24 de noviembre de 1761, en Rochemonteix, 226, n. 1.

dificultades si se prescindía de pedir la aprobación interna a las proposiciones galicanas (1).

Antes de que ambas cartas llegasen a poder del destinatario, había expuesto el general en una carta concebida en términos de seriedad suma que se veía obligado a persistir en su negación puesto que creía ilícito otorgar la demandada confirmación. Prefería ver aniquilada toda la Orden antes que salvarla por un procedimiento inicuo. Y aun cuando toda la Compañía se separe de su cabeza, él, que era cabeza de la Compañía, jamás se apartaría del centro de la unidad y de la Cabeza de la Iglesia. Para servir a la Santa Sede había nacido la Compañía de Jesús, en su servicio sucumbiría también. La responsabilidad de tamaño infortunio les será pedida ante el tribunal de Dios a aquellos que han dado causa para él. La razón primordial de tan triste situación la veía el general en la imprudencia de los suyos, la cual causaba a la Compañía más graves perjuicios que la malignidad de los enemigos. Sólo cuando la cosa ya no tenía remedio y era ya tarde para tomar consejo, acudían al general. Obraban sin consultar y guiados sólo por el buen parecer de unos cuantos. Sin consultar con él habían llevado hasta tal extremo las deliberaciones sobre asuntos trascendentalísimos, aun cuando éstos eran incumbencia de su persona, que ya no era posible retroceder sin graves perjuicios para la Orden. Por su parte había hecho frecuentes amonestaciones y transmitido repetidas órdenes, pero había predicado a oídos sordos (2).

Así era en realidad. Los jesuitas de París se habían comprometido ya excesivamente con sus primeras declaraciones y creían que en las actuales circunstancias no era ya posible retroceder. Minis-

(1) De la Croix a Ricci el 1.º de diciembre de 1761, en parte *ibid.*, 229, n. 1.

(2) **Miror sane nihil videre apud vos in rebus gravissimis eos, qui haec proponunt, multa ignorare, quae si scirent, haec proponenda non credidissent; vix credam legisse, quae proponunt. At peribit non in Gallia solum, sed ubique Societas: at mihi christianus spiritus Deo adiuvante exercendus est; si servari Societas non potest sine meo scelere, praestat illam perire, quam ne levissima quidem culpa tueri christianus debet; Ingebo eius ruinam, solabor me innocentia mea. Si avellatur a suo capite Societas, caput Societatis non incipiet avelli ab unitatis centro et capite Ecclesiae; in obsequium S. Sedis orta est Societas, in eiusdem obsequium peribit. Tanti mali rationem Deo iudici reddent, qui illi causam dederunt. Haec R^{ae} V^{ae} confidentius scribo, quae secreta quidem volo, sed ita, ut iis pro sua prudentia utatur* (Ricci a Routh el 2 de diciembre de 1761, Epist. Gen. secretac). Las mismas ideas vuelven a aparecer en una *carta de Ricci a Frey del 30 de diciembre de 1761, *ibid.*

tros y comisarios apremiaban para que firmaran, asegurándoles que de ello dependía la salvación de la Compañía en Francia; sin esta formalidad, en cambio, había que descontar toda protección del rey contra el impulso arrollador del Parlamento (1). Como quiera que también los obispos condicionaban su defensa de la Orden a la firma de la fórmula por ellos presentada, los jesuitas de París firmaron por cuarta vez, el 19 de diciembre de 1761, una declaración que no era más moderada que las demás. En ella se declaraban por la doctrina de la plena independencia de los príncipes, en asuntos temporales, de todo otro poder sobre la tierra; se comprometieron a enseñar los cuatro artículos galicanos en las enseñanzas públicas y privadas; se sometieron a la jurisdicción de los obispos conforme a los dogmas y disciplina de la Iglesia galicana, y renunciaron a todos los actuales y futuros privilegios de la Orden que a ello se opusieran. Las disposiciones del general contrarias a esta declaración las consideraban ilegítimas, nulas e írritas, y por ende no obligatorias (2).

Esta declaración, lo mismo que el dictamen de los prelados, era, según confesión del nuncio, francamente nociva a la dignidad y derechos de la Santa Sede, aunque también, según su parecer, inevitable pues, así decía él, a pesar de todas las prohibiciones de Alejandro VIII y de Inocencio XII, no obstante todas las disposiciones en contra de Luis XIV, en toda Francia se enseñaban los dogmas galicanos. En ninguna parte y a nadie estaba permitido enseñar lo contrario. En esta cuestión tenemos frente a nosotros, añadía, no sólo a los parlamentos y las universidades, sino también a la corte y a todos los obispos. Aun cuando uno interiormente sienta lo contrario, se guardará muy bien de expresarlo públicamente, pues en tal caso le alcanzarán inevitables penas. Es cierto que los jesuitas pudieron negarse a firmar la declaración y con esa recusación, para la cual en otras ocasiones y en tan diversas coyunturas jamás les falló el ánimo, hubieran dado a la Santa Sede una prueba más de

(1) De la Croix a Ricci el 1.º de diciembre de 1761, en Rochemonteix, 229, n. 1. Cf. *ibid.*, 227 ss., y la carta del cardenal De Luynes a Salvat del 1761, impresa en Ravignan, II, 193 ss.

(2) El texto latino en Ricci, **Istoria*, 40 s., la traducción francesa en Crétineau-Joly, V, 212 s.; Theiner, *Histoire*, I, 40 s.; Ravignan, II, 190 s.; Rochemonteix, 224 s. ...sicchè in poche settimane furono dai poveri Gesuiti in Francia accettate e sottoscritte quattro dichiarazioni. Ma essi sono portati a queste, persuasi vanamente di comporre ogni cosa con una dichiarazione, e frattanto debolmente cedendo a sentimenti dai quali dovrebbero esser lontani (Ricci, **Istoria*, 40).

fidelidad; pero es un hecho que los jesuitas, si adoptaban tal actitud, estaban perdidos en Francia. Además, con ello no se hubiera evitado tampoco el inconveniente, pues todos los demás teólogos hubieran seguido defendiendo, lo mismo que antes, los mencionados artículos. Sus amonestaciones no hallaron comprensión alguna en el cardenal Luynes que presidía la asamblea del clero (1).

Si Ricci demostró una firmeza inquebrantable en la defensa de los principios genuinos de la Iglesia, sin embargo estaba también dotado de suficiente amplitud de miras y compasión para poder comprender y apreciar la difícilísima situación de sus hijos. Tampoco omitió señalar al Pontífice los atenuantes que suavizaban la conducta de sus subordinados, a quienes en ello iba el ser o no ser (2). Además del punto de vista que Pamfili hace resaltar, ofrece él por su cuenta algunos datos y conceptos tomados de la Historia. La bula de Alejandro VIII contra los cuatro artículos galicanos no fué fijada en el Campo de Fiori sino inmediatamente antes de su muerte y tan pronto como ocurrió su fallecimiento fué retirada, tanto que frecuentemente era tenida por no suficientemente promulgada. A

(1) Il secondo quesito fatto all'Assemblea, principalmente dove si parla degli articoli del 1682, compromette certamente la dignità della Sede Apost., e molto più poi la compromette la risposta de' vescovi e la precauzione da essi presa, ed accettata da questi Gesuiti; ma qual ostacolo o rimedio poteva darsi ad un sì grave inconveniente? No ostante tutto ciò, che abbiano fatto Alessandro VIII e Innocenzo XII contro gli atti del clero galicano del 1682, non ostanti gli ordini dati da Luigi XIV, è certissimo che questi articoli s'insegnano dappertutto in Francia o dove si trattano simili questioni, e che in niun luogo, né a veruna persona è permesso d'insegnare il contrario. Con chi farsi forte pertanto per impedire l'esame di tali delicate questioni ed una dichiarazione ingiuriosa? Se in questo incidente a differenza di tutti gli altri, che possono mai darsi, sono contro di noi non solo i magistrati e le università del regno, ma la corte, i vescovi ed anche le comunità religiose, e si vi è taluno, che internamente senta il contrario, si guarda bene di propalare il suo sentimento, mentre ciò non può farsi impunemente. En vista de la actitud del Parlamento tuvieron los obispos que dar una contestación precisa. I Gesuiti potevano certamente ricusare la segnatura della dichiarazione richiestagli, e con tal rifiuto, quale per altro non hanno mai avuto il coraggio di dare in tante altre occasioni, avrebbero somministrato alla S. Sede una riprova della loro fedeltà, ma i Gesuiti tenendo una tal condotta in Francia, erano certamente perduti in Francia, e più o meno l'inconveniente sarebbe rimasto sussistente in tutti gli altri teologi, che avrebbero continuato a difendere detti articoli. No se decía esto para defender a los obispos y a los jesuitas, sino para demostrar que se trataba de un mal año que de tiempo en tiempo se recrudce. Nelle circostanze presenti era impossibile di evitarsi, e che non si eviterà giammai in simili occasioni (*Pamfili a Torrigiani el 4 de enero de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.).

(2) Ricci, *Istoria, 46.

pesar de la bula, la doctrina galicana fué enseñada en todas las universidades, incluso en Reims, Burges, Toulouse y Montpellier, donde los jesuitas regentaban las facultades de Teología, por haber querido Luis XIV que en este asunto imperase uniformidad. Roma jamás protestó contra ello y Benedicto XIV honró con su retrato, en prueba de benevolencia, a la misma Sorbona, de la cual había salido la doctrina y en la cual siempre tuvo propugnadores. Además, pocas esperanzas había que poner en la protección por parte de Roma, dado el espíritu allí imperante. Si nosotros hubiéramos rechazado la condición, afirmaban los jesuitas franceses, Roma nos hubiera abandonado, quizá incluso nos hubiera culpado de haber defendido proposiciones todavía por definir con tan gran peligro y nos hubiera tachado de espíritus imprudentes y sediciosos (1). No fueron baldías las representaciones de Ricci. Para no empeorar todavía más la situación, ya de suyo espinosa, de los jesuitas franceses, desistió Roma de toda manifestación en contra (2). Sin embargo, a pesar de todos los atenuantes, la declaración, desde el punto de vista religioso considerada, será siempre reprobable; vista con criterio puramente humano ni respondía a los dictámenes de la prudencia, ni decía bien con la dignidad varonil. Fué un acto de debilidad y de miedo a propósito para echar por tierra la pública estima de los firmantes.

Ninguna utilidad reportaron de la declaración los jesuitas, quienes tan pronto como salieron de un escollo se precipitaron en otro mayor, preparado precisamente por la comisión de la corte. Esta comisión, fundada para amparar a los jesuitas contra las arbitrariedades del Parlamento, fué degenerando cada vez más en apto instrumento para acelerar la ruina de la Orden. Esta vez colocó a los jesuitas en trance apurado al exigir una declaración sobre el tiranicidio (3).

Ya con ocasión del atentado contra el rey se había lanzado contra los jesuitas franceses la acusación de haber sido ellos los fautores del crimen mediante su doctrina sobre el derecho a la resistencia, por lo cual habían de ser tenidos como los autores morales del mis-

(1) *Observaciones de Ricci (minuta sin fecha y hecha a la ligera) *en poder de los jesuitas*, Suppressio, 8, Ricci, II; Ricci, *Istoria, 46.

(2) *Torrighiani a Pamfili el 27 de enero de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, loco cit.

(3) Rochemonteix, 229 s. Sobre la doctrina del tiranicidio cf. Duhr, Jesuitenfabeln (1909⁴), 694, donde existe más bibliografía.

mo (1). Las amplias explicaciones dadas por los jesuitas de París y Toulouse (2) llevaron sin embargo a una pronta composición del caso. Mas desde que Pombal sacara de nuevo a relucir el viejo argumento, degeneró en endémica la discusión sobre este particular. Tan pronto como en Francia se dió la voz de ataque contra los jesuitas, hubo de volver al servicio activo esta arma de combate tan predilecta de los incitadores por su doble ventaja de no fallar nunca su eficacia en producir impresión en la gran masa y de ser adecuada además para hacer sospechosa la Orden en su totalidad a los soberanos; y hasta tal punto se explotó el argumento en este sentido, que los mismos atentados tuvieron su génesis en las doctrinas y dogmas jesuíticos (3). Entre las veinticuatro obras de jesuitas que el Parlamento de París condenó a la hoguera el 6 de agosto de 1761, se encontraban algunas, por cierto, que ni siquiera de pasada rozaban la doctrina en cuestión, como, por ejemplo, Belarmino y Suárez. Con lógica muy endeble había pretendido además demostrar el orador del Parlamento que de la doctrina del poder indirecto se desprendía, como consecuencia necesaria, la licitud del tiranicidio (4). Ahora bien, con el fin de arrebatar esta arma al Parlamento requirió el relator de la comisión áulica que los jesuitas fijasen su actitud hostil a la combatida doctrina en una declaración pública.

La fórmula presentada por la comisión (5) fué ya combatida por los jesuitas franceses y sometida a un cambio de redacción (6). A principios de octubre de 1761 la envió De la Croix a Roma para que fuera firmada, dando como razón que las acusaciones de los adversarios hacían imprescindible una reforma del decreto de Aquaviva contra la doctrina del tiranicidio. El general, empero, hubo de condenar no pocos extremos en el fondo y en la forma del documento. Más era una declamación de escuela contra la doctrina prohibida que una declaración concebida en términos ponderados teológicojurídicos. Además contenía una improcedente censura de

(1) V. anteriormente, pág. 201.

(2) Cf. en este volumen las páginas 201 y 244.

(3) Ricci, *Istoria, 41 ss.

(4) Ibid., 41 ss.

(5) El texto francés en Ravignan, II, 182 s.

(6) Le lendemain, je reçus une lettre du Père Provincial, par laquelle il me mandait que le projet du décret allait partir pour Rome, en m'observant cependant qu'on avait retranché le mot *sentire*, parceque nul Général n'avait droit sur les pensées, et que ce droit était réservé à l'Église universelle, à qui seule appartenait le droit de commander les sentiments intérieurs. Ibid., I, 517 s.

eminentes teólogos de la Orden y finalmente la comisión había dejado deslizar una solapada reprobación del poder indirecto. Por estas razones y de acuerdo con el Pontífice rehusó Ricci estampar la firma (1), si bien el 28 de octubre de 1761 remitió a Luis XV una atenta carta en la que en nombre de su Orden repudiaba de nuevo la escandalosa doctrina (2). El rey se mostró muy complacido con ello (3), y se hubiera debido creer que el litigio había concluido en este punto.

Mas cuando la comisión áulica llegó a convencerse de que el general no había sido ganado para otorgar su confirmación a la fórmula de declaración por ella presentada, trató de lograr su objeto por otro camino indirecto. Pretextando que en algo debía complacer para aplacar al Parlamento, en el mes de diciembre volvió a insistir en su antigua afirmación sobre la urgencia de que Ricci firmara el decreto contra la doctrina del tiranicidio. Los consultores del provincial opinaban con unanimidad que el general no podía demorar por más tiempo la firma sin dar ocasión a los adversarios para afirmar que los jesuitas defendían todavía semejante doctrina. El Parlamento, los ministros y la comisión áulica propondrían, en caso de denegación, el nombramiento de un vicario general independiente para la asistencia de Francia (4).

Entre tanto había encargado el monarca a varios obispos la redacción de una nueva fórmula de la cual se esperaba que, quitadas algunas frases inadmisibles para Roma, lograría la aprobación del general (5). Para aplacar y disponer a Ricci le puso de nuevo el provincial ante los ojos los grandes peligros que amenazaban mayormente el de que el rey diese cabida, en caso contrario, a las insinuaciones referentes a un vicario general (6). Cada vez arreciaban más las voces de descontento por la resistencia que ofrecía el gobierno de la Orden a declararse contra una doctrina que desde hacía ya más de un siglo había sido reprobada y prohibida por la Compañía (7).

(1) Ricci, **Istoria*, 44 ss.; **Ricci a Routh* el 2 de diciembre de 1761, *Epist. Gen. secretae*; **Ricci a Frey* el 30 de diciembre de 1761, *ibid.*

(2) Ravignan, II, 192 s.

(3) **De la Croix a Ricci* el 1.º de diciembre de 1761, *Gallia*, 116.

(4) **De la Croix a Ricci* el 29 de diciembre de 1761, *ibid.* El pasaje respectivo está impreso en *Rochemonteix*, 231, n. 1.

(5) *De la Croix a Ricci* el 5 de enero de 1762, *ibid.*

(6) *Ibid.* Cf. también las dos cartas de *De la Croix a Ricci* del 12 de enero de 1762, *ibid.*

(7) *De la Croix a Ricci* el 29 de diciembre de 1761, *ibid.*

A pesar de algunos reparos se resolvió Ricci a satisfacer las imperiosas demandas. Su nuevo decreto lo adaptó en general al texto de la prohibición de Aquaviva, evitando solamente una supuesta ambigüedad que había surgido a causa de un error de imprenta (1). Resueltamente repelió la acusación de haberse negado a renovar el decreto de su antecesor; él estaba dispuesto, por el contrario, a robustecerlo si necesario fuera. Su negativa se refería exclusivamente a la fórmula presentada, con la cual se había pretendido arrancarle una declaración contra el poder indirecto (2). El 19 de enero de 1762 estaba el documento en manos del provincial de París, quien sin pérdida de tiempo lo hizo llegar al cardenal De Luynes, y al confesor del rey Desmoretz para que lo entregaran a Luis XV (3). Aun cuando la redacción de Ricci (4) no fué del agrado de la comisión, con todo no dió paso alguno más en el asunto.

Un nuevo proyecto era en cambio el que ahora reclamaba su atención. Hizo al monarca la propuesta de exigir del general de la Compañía de Jesús el nombramiento de un vicario general especial para Francia. Siempre será un mérito imperecedero de Ricci el haber salvado a su Orden, con su resuelto y varonil comportamiento en este asunto, de perecer ignominiosamente víctima del desmoronamiento provocado por culpa propia.

La idea de establecer un vicario general especial para la circunscripción de la asistencia de Francia había sido ya exteriorizada transitoriamente en 1757, aun cuando sin encontrar gran resonancia (5). Al resurgir la lucha tras el proceso de Lavalette, emergió

(1) Ricci, *Istoria, 45; *Torrighiani a Pamfili el 27 de enero de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, loco cit. Según las ediciones más antiguas del instituto, se prohíbe enseñar: *licitum esse cuique personae, quocunque praetextu tyrannidis reges et principes occidere*. La variante «cuique» es un error de impresión; en el texto original había «cuiuscumque», lectura aceptada en la última edición del instituto (t. II, Florencia, 1893, 573). En lugar de «cuique» escribió Ricci más claramente: «ulli cuiuscunque conditionis aut status homini». Ulteriores comprobantes v. en Duhr, Jesuitenfabeln (1904), 741, n. 3; cf. ibid., 761, n. 1. Acerca de la génesis del decreto de Aquaviva v. ibid., 722 ss.

(2) *Ricci a De la Croix el 20 de enero de 1762, Epist. Gen. secretae. Sobre todo apesadumbraba al general que incluso el provincial hubiera sentado afirmaciones tan insostenibles (*Ricci a Routh el 27 de enero de 1762, ibid.).

(3) De la Croix a Ricci el 19 de enero de 1762, en Rochemonteix, 235, n. 2.

(4) *De la Croix a Ricci el 9 de febrero de 1762, Gallia, 116.

(5) Con motivo del atentado contra el rey y de la condenación de Busenbaum-Lacroix, efecto de aquél, dieron los jesuitas un manifiesto ofensivo a los

nuevamente también el proyecto y encontró adeptos no sólo extra-muros de la Orden. Con motivo del examen que el Parlamento hizo del instituto, presentó aquél entre otras la demanda de un vicario general para Francia con independencia del gobierno central de Roma, puesto que los súbditos franceses no podían estar supeditados a gobierno alguno extranjero (1). Entonces trabajaron tanto Clemente XIII (2) como Ricci (3), mancomunando sus fuerzas, para impedir un propósito que hubiera acarreado un cambio esencial en las constituciones de la Orden, si no su total ruina.

Si hasta la fecha las voces por la independencia de la asistencia francesa habían salido exclusivamente del Parlamento, en cambio durante el otoño llegaron rumores a Roma de que los ministros y comisarios no eran adversos a este plan (4). Cuando luego se hizo público que en la asamblea episcopal había de ser discutida la cuestión referente a la limitación del poder del general (5), recibió orden el nuncio de hacer saber con toda claridad a los ministros y prelados que el Padre Santo no se avendría nunca a un cambio en el gobierno de la Orden, porque esto significaría la perdición de la esencia del instituto, ya que se pretendía desgajar a los miembros de la jurisdicción de la cabeza (6). Las representaciones de Pamfili hallaron,

derechos de la Santa Sede. Por encargo del Pontífice el entonces vicario general Timoni amonestó al provincial Allanic. Questi portò la solita scusa della necessità e del timore di essere costretto a sottoscrivere qualche cosa di peggio; ed ebbe la temerità di accennare che se Roma avesse fatto forza o recato molestia ai nostri Francesi, si sarebbero essi divisi dal resto della Religione eleggendo un Superiore generale distinto in Francia (Ricci, **Istoria*, 10). Cf. anteriormente la nota 6 de la página 202.

(1) **Pamfili a Torrigiani* el 20 de abril y 8 de junio de 1761, Cifre, Nunziat. di Francia, 514 y 515, loco cit.; **Torrighiani a Pamfili* el 6 de mayo de 1761, *ibid.*, 453.

(2) Cf. anteriormente la nota 2 de la página 227. **Quello che almeno si vorrebbe salvo, sarebbe l'unione di tutto il corpo col suo Generale, e salva insieme la sostanza del loro Istituto; chechè poi ne sia dei maggiori o minori privilegi, che godono in Italia e in Ispagna, e che piuttosto contribuiscono ad un maggiore lustro e comodo della Compagnia, che al fondamento della sua Istituzione (Torrighiani a Pamfili el 15 de julio de 1761, Cifre, Nunziat. di Francia, 450, loco cit.).*

(3) **Ricci a Desmaretz* el 6 de mayo de 1761, *Epist. Gen. secretac.*

(4) **Pamfili a Torrigiani* el 18 de enero de 1762, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.

(5) **Pamfili a Torrigiani* el 30 de noviembre de 1761, *ibid.*, 515.

(6) **Torrighiani a Pamfili* el 18 de noviembre, y 2 y 16 de diciembre de 1761, *ibid.*, 450. No pareció conveniente la intervención personal del Pontífice, pues existía el gran peligro de poner en desacuerdo la Santa Sede con el rey y el gobierno, con perjuicio de la Iglesia y de la autoridad del Papa y sin provecho

con todo, benévola acogida entre los prelados franceses; excepto una ínfima minoría se declararon en favor de la conservación del gobierno central (1). Otra suerte corría el asunto entre los ministros y miembros de la comisión. Sus principios, escribía el nuncio, son muy otros que los nuestros. Aun cuando no comparten todas las ideas del Parlamento, pero sí más de una. En consecuencia se proponen seguir el camino del compromiso y conceder al Parlamento algunos puntos a fin de obligarlo a ceder en los restantes; pues de negar todas las concesiones se temen que los tribunales interrumpan su actividad. La situación de la corte es a todas luces muy crítica, mayormente por causa de la dispendiosa y desdichada guerra y por las múltiples disensiones internas (2).

Mientras para los planes del Parlamento y a la comisión áulica servían de norma y guía los ideales galicanoabsolutistas, creían también algunos jesuitas que la concesión de una reforma en las constituciones era la última tabla de salvación (3). En otros, principalmente de la casa profesa de París, pudieron haber influido las declaraciones de la corte y quizá también cierta antipatía contra la curia de la Orden, producida por el asunto de Lavalette. Sería temerario pretender dar números y nombres de los que simpatizaban con la reforma de las constituciones. Por lo que se puede barruntar, no era ni con mucho crecido y su actitud cristalizaba más en un titubeo fruto de la débil condescendencia, que en una positiva demanda (4). La recíproca tirantez dominante entre las cinco provincias por causa de la liquidación de las deudas había enturbiado la vista de no pocos. Algunos a quienes se achacaban designios novadores se pusieron luego, incluso con escritos apoloéticos, en favor de las constitu-

alguno para los jesuitas; por lo menos se quiso primero esperar el resultado de la asamblea de los obispos (*Torrighiani a Pamfili el 13 de enero de 1762, *ibid.*, 453).

(1) V. anteriormente, pág. 233.

(2) *Pamfili a Torrighiani el 7 de septiembre de 1761 y 18 y 25 de enero de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 515 y 516, loco cit.

(3) *Ricci a Nectoux el 30 de septiembre y 2 de diciembre de 1761, *Archivio de Simancas*, Gracia y Justicia, 666. Ex ipsis litteris P. Nectoux intellexeram, ipsum a Vicariis non abhorre: ab hac cogitatione illum, ut spero, abducam (*Ricci a Salvat el 23 de junio de 1762, Epist. Gen. secretae).

(4) *Fu scritto che piegassero a questo partito anco i PP. Griffet, Beauvais confessore d'una Madama di Francia. Le Verger fatto venire a Parigi in riguardo al Duca di Choiseul primo Ministro, La Tour similmente molto amico del medesimo Duca, Gatin come unito al P. Griffet. Giunta però la risposta del Generale parve che tutti si unissero nel sentimento di rigettare il Vicario, almeno dissimulassero il sentimento contrario (Ricci, *Istoria, 58).

ciones, como, por ejemplo, Neuville (1), aun cuando éste tuvo que defenderse ante el general de la acusación de fomentar la reforma. Ricci contestó a su escrito de justificación diciéndole que hacía ya semanas que habían llegado a sus oídos semejantes rumores, pero que lo había pasado en silencio, puesto que él no daba crédito alguno a tan graves crímenes sin pruebas estrictas (2).

Sin embargo, no todo había sido cogido al aire. El 6 de octubre de 1761 escribía Ricci haber sido informado de que en las conversaciones privadas se había sacado a discusión dos o tres veces la moción de un cambio en las constituciones de la Orden. El general conjura a sus súbditos ante el Juez Eterno, a quien alguna vez habrían de dar estrecha cuenta, a que ni siquiera en las conversaciones privadas toquen una cuestión que acarrearía la ruina segura de la asistencia de Francia y aun de toda la Orden (3). Cuando más tarde

(1) V. anteriormente, pág. 213; *De la Croix a Ricci el 16 de junio de 1761, Gallia, 116.

(2) *Ricci a Neuville el 19 de agosto de 1761, Epist. Gen. secretae. Rumor adeo iniuriosus Pⁱ Carolo de Neuville ad me etiam pervenerat, sed cum de gravissimo crimine agatur, suspicionibus meris fidem habere nefas duxi et rem silentio pressi. Equidem doleo vehementer et arbitror dolere vos ipsos, quod aliqui in suspicionem vocentur, quod publice in foro dictum et peroratum sit, utilem fore separationem, id sentire eos etiam ex vobis, qui rectius sentiunt, ductam coniecturam ad id suadendum ex promptiori quam opus fuerit traditione Instituti. Ego vero nulli iniuriam hanc faciam, ut haec credam, nisi certis argumentis edoctus; cupio tamen omnes ita religiose ac modeste agere et loqui, ut nullum dent locum suspicioni (Ricci a De la Croix el 26 de mayo de 1761, *ibid.*). *Ricci a De la Croix el 8 de julio de 1761, Gallia, 43. Cf. también *Ricci a Croust el 24 de junio de 1761, *ibid.*

(3) *Unum addo momenti gravissimi; refertur in familiaribus sermonibus propositum bis ac ter esse id, quod ne uno quidem verbo innuendum est, de mutatione scilicet gubernationis, quae et vestram potissimum et totius Societatis ruinam certissime traheret. Obtestor itaque vos per Deum, cui rationem reddaturi estis, ut religiose vivatis, loquamini et negotium agatis; equidem non hominum, sed Dei iram metuo (Ricci a Griffet el 6 de octubre de 1761, Epist. Gen. secretae). *Praeterea non paucis adstantibus, [Salvat] veritus non est dicere, nimis magnam esse Praepositi Generalis auctoritatem, quasi eam sibi arrogaret, non ab Instituto acciperet, Praepositos Generales ea abuti, quod cum nullos fecisse putem, minime ipse feci, qui nihil nisi diligenter auditis iis, quorum intererat, et communicatis consiliis susceperim. Haec fusius prosequi non est huius loci: quae personam respiciunt, nullius momenti sunt, maximi vero quae ad munus pertinent, quod immeritus gero; ab homine religioso et qui bono animo scriberet (quamquam homo religiosus haec non scriberet), tolerari possent, ab homine vero parum religioso fieri non debent. Sed illud me angit, quod cum de labefactando Instituto nostro Parisiis cogitatur, pessimum consilium dictis suis iuvare homo hic facile possit (Ricci a Nectoux el 5 de agosto de 1761, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666). El 12 de enero de 1762 *expresa además

los jesuitas de París pidieron con insistencia la aprobación de su declaración, llegó a asaltarle al general la sospecha de que en ello no había más que una astuta maniobra para en caso denegatorio tener pretexto con que cohonestar su escisión de la totalidad de la Orden (1). Al confesor del rey Desmaretz, que no era del todo hostil al plan de un vicario general (2), le instó con exquisita diplomacia a que pusiera en juego todo su gran influjo para con el monarca a fin de impedir cualquier reforma en la esencia del instituto. Ni ante los mayores peligros podría el general dar su consentimiento para ello, además de que ninguna disposición contenían las constituciones de la Compañía que estuviera en oposición con las leyes públicas, como la experiencia de dos centurias, por encima y a pesar de todas las afirmaciones en contra de los enemigos, lo había demostrado suficientemente (3).

Fracasados los planes de la comisión áulica respecto a la declaración y al decreto sobre el tiranicidio ante la firmeza de Ricci, tornó nuevamente, para gran descontento de los prelados (4), a su antiguo designio de reformar las constituciones de la Compañía de Jesús (5). El 14 y 15 de enero de 1762 se deliberó sobre ello en dos

Ricci a Salvat su satisfacción por los esfuerzos que realiza a fin de evitar cualquier transgresión del Instituto (Epist. Gen. secretae). Cf. también Dufaud a Ricci el 16 de octubre de 1761, en Rochemonteix, 233, n. 1.

(1) *Postremis litteris non erubescitis, a me petere subscriptionem declarationis vestrae; exhorui, cum legerem. Cogitis me tandem libere loqui, sit verbis venia. An mihi fraudes nectitis et vim infertis? An id unum studetis, in vestro negotio tractando, non ut vos expediatis, sed ut totum eius onus totamque invidiam in me reiciatis? An causas quaeritis divisionis faciendae, dum illam impedire velle simulatis? Cum videritis inanem fore vestram declarationem, nisi a me confirmetur, tamen rem adeo gravem facere ausi estis me inscio et inconsulto, nec timuistis me ad confirmandum quodammodo et quantum in vobis est cogere? Nulla certe excusatione defendi potest factum vestrum. Ego vero nihil unquam faciam Deo dante, quod vel minimum laedat observantiam erga Summum Pontificem, quocumque periculo proposito nihil subscribam nisi Summo Pontifici approbante et iubente, nec scandalum gravissimum dabo Societati et Ecclesiae. Si quae consequantur damna, vobis incumbunt omnia in iudicio divino, quod utinam timere magis discamus quam humanum (Ricci a De la Croix el 11 de noviembre de 1761, Epist. Gen. secretae).

(2) *Non mancò per altro qualche debolezza in Parigi: il P. Desmaretz, confessore del Re, inclinava a condescendere nel Vicario, foise temeva di perdere il suo posto; esso dichiarò il suo sentimento al P. Assistente [di Francia] (Ricci, *Istoria, 58).

(3) *Ricci a Desmaretz el 30 de septiembre de 1761, Epist. Gen. secretae.

(4) *Pamfilli a Torrigiani el 25 de enero de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.

(5) El plan de reducir a los jesuitas al estado de una congregación de

sesiones del consejo de Estado, a las cuales se hallaron presentes todos los ministros (1). Dos días más tarde salió un correo urgente para el embajador de Roma, cardenal Rochechouart, y el 26 de enero recibió el general el ruego de acudir a la embajada para celebrar a la mañana siguiente una conversación (2).

Conforme a su instrucción (3) debía el embajador exponer al general cómo el rey había solicitado de la asamblea de prelados un dictamen, no una disposición a la cual estuviera ligado. Los dictámenes llegados de los tres partidos los había puesto el monarca en manos de la comisión áulica, cuyo fin primordial era, por una parte, poner fin a la honda crisis de los jesuitas en Francia, y, por otra, remediar el descontento que quizá pudiera originarse de sus constituciones, sometiendo a los jesuitas a las leyes del Estado y poniendo coto a la desmedida autoridad de su general. Este ilimitado poder de un superior extranjero sobre súbditos franceses, aparecía incompatible con la plenitud de poderes del rey y los principios básicos del reino. De los remedios propuestos eran la mayor parte irrealizables o ruinosos para la Orden. Uno solo respondía a los designios del monarca, a saber, que Ricci nombrara a un religioso francés vicario general, el cual ejerciera el poder del general en Francia, prestara juramento de fidelidad a las leyes públicas y al mismo tiempo fuera fiador del bienestar de los jesuitas del país. Este plan parecía tanto más adecuado, puesto que en el instituto mismo está prevista la institución de un vicario general para casos especiales y por tanto en nada modifica el sistema de gobierno de la Compañía (4). El poder del general subsiste, sólo que lo ejerce por medio

sacerdotes seculares fué desechado pronto, si es que alguna vez se pensó seriamente en él (*Torrighiani a Pamfili el 13 de enero de 1762, *ibid.*, 453; *Pamfili a Torrighiani el 1.º de febrero de 1762, *ibid.*, 516).

(1) *Pamfili a Torrighiani el 18 de enero de 1762, *ibid.*

(2) Ricci, *Istoria, 49.

(3) Firmada por el duque Praslin, con fecha 16 de enero de 1762, el texto en Theiner, Clementis XIV Epistolae et Brevia, 336 ss.

(4) El Instituto prescribe un Vicarius Generalis sólo para el caso del fallecimiento del general, hasta la elección del sucesor, o si el general, por causa de enfermedad o debilidad senil, se halla imposibilitado de atender a los asuntos del cargo. Sus facultades se equiparan en general con las del padre general, aun cuando en algunos puntos están restringidas; v. Institutum Soc. Iesu, III, Florencia, 1893, 732 ss., en Vicarius Generalis. La comisión áulica proponía el cargo de un comisario; al principio de la Compañía fueron nombrados comisarios con poderes limitados para las provincias muy distantes (las Indias) y en circunstancias especiales también para Europa. Las congregaciones primera y segunda

del vicario general por él nombrado, el cual cada tres años, o, en caso de confirmación, al menos cada seis, habría de ser cambiado. En especial consideración al general cesarán los poderes del vicario siempre que la suprema cabeza de la Orden se hallase en Francia. Tales eran las líneas básicas del proyecto, el cual habría de llevarse a la realidad en forma de una declaración que contendría otros varios puntos secundarios; de los detalles hacía caso omiso por el momento, en gracia del apremio del tiempo. Caso de ser aceptado, se ofrecía el rey a legitimar las casi ochenta residencias jesuíticas que carecían de confirmación legal, a anular las conclusiones del Parlamento y a imponerle silencio para siempre. Si, en cambio, el general se resistía, no debía ocultarle el embajador que el rey sabía otro medio de salvación para los jesuitas. En las actuales críticas circunstancias el interés primordial de la corte tendía a conservar la paz interior. Si a la agitada excitación del Parlamento y del pueblo contra la Orden no se hacía concesión alguna, mayormente en los puntos en que no se les puede negar lo justificado de sus exposiciones, habría de llegarse necesariamente a revueltas que para los jesuitas bien pudieran ser fatídicas. Para esta declaración pedía el monarca la formal aprobación del padre general, y en todo caso una respuesta concreta y categórica para la mañana siguiente (1). Recalcando la gran deferencia del rey, quien antes de publicar su declaración había solicitado la anuencia del general, ponga el embajador toda su autoridad e influjo para moverle a aceptar la única tabla de salvación. La denegación podría reportar a la Compañía las consecuencias más desastrosas al publicar en tal caso el monarca su declaración sin tener en cuenta la resistencia o dando rienda suelta al Parlamento.

La respuesta de Ricci, quien ya antes había afirmado que no quería ser superior de ninguna otra Orden más que de aquella que él había recibido de Ignacio y de sus propios predecesores (2), no

determinaron ya que el cargo de comisario había de ser sólo temporal y extraordinario (Congreg. I, decr. 91 post elect.: Instit. Soc. Iesu, II, 176; Congreg. II, decr. 11 post elect.: *ibid.*, 196). Más pormenores v. *Institutum Soc. Iesu*, III, 579, en *Commissarii*.

(1) 28 de enero de 1762.

(2) **Nec fieri ulla Instituti mutatio potest aut licite aut valide in iis etiam, quae substantialia non sunt, nec admitti a vobis potest, nisi me consentiente et approbante, ad quem unice spectat Superiores Provinciarum aliosque consulere, cum opus fuerit. Mutationes, de quibus est sermo, gravissimae sunt; ego vero alteri Religioni non praefero quam illi, quae ad me transmissa est a*

era difícil de adivinar. Después de agradecer la benévola intención del monarca, hizo notar que él no se juzgaba con facultad para una reforma tan importante de las constituciones de la Orden; añadió además que tenía que escuchar antes el parecer de sus consultores y que el plazo otorgado de veinticuatro horas para adoptar resolución en asunto de tal alcance, era en extremo exiguo. La imprecisión de la propuesta, en la cual se establece un vicario general sin fijar la amplitud de sus facultades, le parecía a él que encerraba una falacia, la que se pretendía paliar con el especioso velo de la plena subordinación del vicario al general de la Orden. También era injusto, existiendo tantas Órdenes, exigir un vicario sólo para la Compañía. Por otra parte era inminente el peligro de sucesivas reformas de la constitución, y los demás príncipes no tardarían en presentar las mismas demandas (1). Inevitables consecuencias serían las discordias y finalmente la escisión entre la cabeza y los miembros. El nombramiento de un vicario no serviría más que para aniquilar la Orden sin que llegara a tranquilizar al Parlamento (2), cuyas conclusiones contra las escuelas de los jesuitas, las congregaciones, ejercicios, etc., demostraban suficientemente cuáles eran sus propósitos, es decir, acabar con la fe y la piedad. Los jesuitas no eran más que una débil barrera ante el episcopado; una vez derribada aquélla comenzaría la lucha contra los prelados, quienes entonces serían los que habrían de soportar las medidas despóticas del Parlamento. No era la obstinación, sino la conciencia y el sentimiento del deber los que le prohibían acceder a la demanda (3). El embajador, oída esta exposición, confesó estar sinceramente convencido de las razones del general, pero que sin embargo se vería obligado, por la posición en que le colocaba su cargo, a cumplir con la misión que le había sido confiada (4).

S. Ignatio alisque decessoribus meis (Ricci a Frey el 30 de diciembre de 1761, Epist. Gen. secretae).

(1) Cf. *Torrighiani a Pamfili el 10 de febrero de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, loco cit.

(2) Cf. *Pamfili a Torrighiani el 18 de enero de 1762 (v. más adelante la nota 4 de la página 253), *ibid.*, 516.

(3) Ricci, *Istoria, 50 ss. Los mismos pensamientos vuelven a aparecer en las *cartas de Ricci a Routh del 10 de febrero de 1762, a Frey del 20 de febrero de 1762 y Salvat del 20 de febrero de 1762, Epist. Gen. secretae.

(4) *Il discorso fu sì convincente che il sig. cardinale confessò al Generale che in cuore era con esso, ma che la sua rappresentanza lo costringeva a fare le parti che gli erano comandate (Ricci, *Istoria, 54).

Vuelto a casa, reunió Ricci en consulta con toda celeridad y con el mayor sigilo a los asistentes (1), y les pidió su parecer. Todos con unanimidad de criterio declararon que la demanda rebasaba las fronteras de las facultades del general; que respondiera en este sentido, pero breve y concretamente para evitar ataques y ulteriores cuestiones (2). Después de comer marchó Ricci a ver al Papa, le dió cuenta de la petición del rey y de la respuesta convenida con los asistentes y le rogó que se dignara precaver esta innovación preñada de siniestros. Clemente XIII, quien todavía no estaba en autos de este último paso dado por la corte de París, participó al general su sincero interés, aprobó la respuesta proyectada y prometió tratar inmediatamente con su secretario de Estado las medidas concernientes (3). Aquella misma tarde redactó Ricci la respuesta para el rey (4) junto con un billete para el embajador. Una vez examinados de nuevo ambos documentos por los asistentes y el secretario, lo remitió Ricci a la mañana siguiente (28 de enero de 1762) a la embajada.

(1) Para garantizar el secreto hizo llamar el general a los asistentes no por medio de hermanos coadjutores, sino por el secretario, y por cierto para reunirse en el aposento de uno de los asistentes, no en el propio. *Ibid.*, 55.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.* En esta ocasión debió de oírse la frase: *Sint ut sunt, aut non sint*, que antiguamente se ponía con frecuencia en labios del general y que verosimilmente se debió a Clemente XIII (cf. sobre ello Duhr, *Jesuitenfabeln*, [1904], 451 y 452, n. 1). El manuscrito *De suppressione Societatis* utilizado por Albertotti tiene también la lectura: *Haec privatim inter Patres iactata, Riccius ad Pontificem detulit, qui rebus omnibus pensatis, ad extremum praecise reiciendam Regis postulationem censuit, atque in illam erupit vocem: Aut sint ut sunt, aut non sint* (p. 86). Si fué el Papa o Cordara quien dió a la frase esta forma sustanciosa, sería difícil decidirlo. Ricci no la menciona en sus notas sobre su conversación con el Pontífice, aunque sí tiene la siguiente nota marginal en el punto donde expone el contenido de su conversación con Rochechouart: *Il senato romano quando gli furono proposte condizioni inique di pace dopo la rotta di Canne, rispose: Idem sibi videri rempublicam romanam nullam esse ac non esse eam, quae esse deberet* (Ricci, **Istoria*, 54).

(4) El pasaje principal es del tenor siguiente: *Verum cum Praepositis, Generalis neque a suae Religionis Constitutionibus, neque ab Apostolicis Litteris, a quibus omnis in eum auctoritas derivatur, habeat facultatem mutandi formam gubernationis a Constitutionibus ipsis stabilitam, irritum foret ac nullum, si quid huiusmodi decerneret, uti citra dubitationem affirmarunt omnes illi, quos consulit, praeter gravissimam certo inde sequuturam totius Religionis perturbationem. Rogat igitur Augustissimum Regem, ut persuasum habere velit, Generalem excusare se ab eligendo Vicario, non ex defectu demississimi erga Suam Maiestatem obsequii, sed ex defectu legitimae potestatis* (Roma, 28 de enero de 1762, Nuntiatio, di Francia, 453, loco cit.). Toda la carta se halla impresa en Theiner, *Histoire*, I, 46, n. 2. El texto de la carta a Luis XV y del *billete al cardenal Rochechouart en Ricci, **Istoria*, 56 s.

Con la misma fecha escribió el Pontífice al rey que el general carecía de facultades para otorgar la institución de un vicario general, y él, el Pontífice, no estaba dispuesto a conceder al general poderes para esta reforma esencial de las constituciones de la Orden aprobadas y confirmadas por sus predecesores (1). Todavía envió Rochechouart su secretario para hacer mudar de parecer al general; pero éste se mantuvo firme en su resolución e hizo notificar al embajador que cuanto más tiempo pasaba más tranquila sentía su conciencia, puesto que de haber consentido — aunque válidamente no lo podía hacer — hubiera lanzado a la Orden a la ruina y sin embargo no hubiera acaallado a los adversarios (2).

Noticias posteriormente llegadas no hicieron más que confirmar a Ricci en el convencimiento de la rectitud de su manera de proceder. El cardenal Alejandro Albani declaró que para el caso de concederse a Francia un vicario general había recibido también él órdenes de la corte de Viena (3). Según afirmó el nuncio Pamfili, estaba el Parlamento muy lejos de darse por satisfecho con el nombramiento de un vicario general y con la declaración arrancada de enseñar en lo futuro los cuatro artículos galicanos; era muy probable que se negase a registrar la proyectada real patente en favor de los jesuitas a no ser que se le hicieran tales adiciones que dejaran la vía franca para poner en práctica la resolución del 6 de agosto de 1761, verdadera sentencia capital de la Orden (4).

(1) *Abbiamo saputo, che il card. De la Rochechouart suo Ministro ha richiesto in nome della M. V. questo P. Generale de'Gesuiti di deputare un Vicario Generale per i Gesuiti in Francia, ciocchè egli non può fare colla sua autorità, e che Noi non potremmo autorizarlo a fare colla Nostra. Sarebbe questo, Sire, un alterazione così sostanziale nell'Istituto della Compagnia approvato per tante Costituzioni de'Nostri predecessori, e all'istesso sag. concilio di Trento, e tirebbe questo esempio a sì funeste conseguenze, che nulla meno sarebbe da aspettare dalla dissoluzione di un corpo, il quale già per due secoli è stato di tanto utile alla Chiesa, appunto per la sua unione, e per l'intera sua dipendenza dal capo (Nunziat. di Francia, 453, loco cit.). La traducción francesa de toda la carta en Cifre, Nunziat. di Francia, 453, loco cit.; Ricci, *Istoria, 55 s.

(2) Ricci, *Istoria, 55 s.

(3) *Et tanto più se ne trovò contento, quando il sig. card. Alessandro Albani Ministro per la corte di Vienna disse che aveva anch'esso i suoi ordini per il caso, che si accordasse il Vicario alla Francia (ibid., 57, nota marginal). *A questi [Jesuiten] la Francia ha intrapreso di togliere li fondamenti con ridurli alle prime regole di S. Ignazio, e col separarsi Francia dal Generale per mezzo di un Vicario Generale francese, che non dependa da altri. Si riesce alla Francia, sarà degna di esser imitata da chi potrà farlo comodamente (Tanucci a Wall el 25 de agosto de 1761, *Archivo de Simancas*, Estado, 6092).

(4) Cf. anteriormente, pág. 227 s. *Per quanto il sentimento di deputare

Los comunicados que en lo sucesivo llegaron de todas partes al general demostraban no ser infundadas sus sospechas de haber sido llamadas premeditadamente las demás particularidades del plan de la comisión. Según declaración de Routh, el general tenía que enviar nombres de los cuales el rey designaría uno. Al elegido debía el general constituirlo vicario para toda la asistencia francesa donde ejercería igual autoridad que el propio general tiene para toda la Orden. Transcurridos tres años nombraba el general otro vicario o confirmaba al anterior; con todo, el cargo no podía durar más de seis años. En caso de mala conducta o por otras justas razones podía el general, con anuencia del rey, deponer al vicario, pero sólo yendo él personalmente a Francia donde le instruiría proceso con aprobación del monarca. A los súbditos quedaba expedito el recurso a la suprema autoridad de la Orden, a quien era dado otorgar dispensas y permisos con la limitación de no perturbar con ello el gobierno externo del vicario general. Ni decretos del general ni disposiciones de las congregaciones generales tendrían en lo sucesivo fuerza en Francia sin aprobación del monarca. Por lo demás, quedaba intacto el instituto, y el vicario general debía gobernar en su distrito conforme a los existentes estatutos de la Orden. A esta estipulación quedaban obligados también los futuros generales de la Orden (1).

La corte que había dado casi por segura en sus cálculos la aprobación de Ricci, se encontró en no pequeño aprieto al recibir la lisa recusación de su demanda (2). A pesar del disgusto no se quiso, con todo, proceder sin más a la elección de un vicario general contra la voluntad del Papa y del general (3). Así es que los comisarios se

un Vicario Generale possa esser gradito al Parlamento, stimo, che sarà ben lontano dal contentarsi solamente di ciò e delle dichiarazioni estorte già da questi Gesuiti francesi di sostenere i quattro articoli del 1682; onde è assai verisimile, che ricusi di registrare le nuove Lettere Patenti, o che vi faccia almeno delle addizioni, colle quali si lascia la strada aperta di andare avanti nel giudizio di questa gran causa e nell'esecuzione degli arresti di 6 Agosto (Pamfili a Torrigiani el 18 de enero de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.).

(1) Routh a Ricci el 18 de enero de 1762, en Rochemonteix, 233, n. 1. Cf. también los *informes de Salvat y Fitrard a Ricci del 18 de enero de 1762, Gallia, 116, además *Frey a Ricci el 25 de enero de 1762, *ibid.*

(2) *Pamfili a Torrigiani el 15 y 22 de febrero de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.

(3) *Pamfili a Torrigiani el 22 de febrero de 1762, *ibid.*; *Torrighiani a Pamfili el 3 de marzo de 1762, *ibid.*, 453. *Il fatto sta però, che o la deputazione d'un Vicario Generale, o altra risoluzione che siasi presa, non avrà certamente

reunieron de nuevo a deliberar el 23 de febrero de 1762, entre los cuales fueron admitidos también cuatro jesuitas (1). Surgió un nuevo plan. En vez de establecer un vicario general, conferiría Ricci las facultades de aquél a los distintos provinciales. Pugnaba con las leyes del Estado que un extranjero ejerciera jurisdicción inmediata sobre los súbditos del rey, y los obispos extranjeros habrían de nombrar también para el territorio francés de sus diócesis un vicario general; incluso las bulas pontificias necesitaban del *régium exequátur* para adquirir validez en Francia (2).

Por fin apareció a mediados de marzo el real edicto tanto tiempo anunciado (3) en virtud del cual había de ser regulada la cuestión jesuítica en la circunscripción de la asistencia de Francia (4). El edicto fué enviado a todos los parlamentos; sus dieciocho artículos contenían todas las determinaciones onerosas, dos de las cuales eran francamente inadmisibles: el general debía conferir todas sus facultades a cada uno de los cinco provinciales y adaptar el instituto a las leyes y costumbres de Francia, para darle matiz más francés (5). Sin embargo el Parlamento de París puso en contra dificultad tras dificultad (6), hasta que por decisión del 26 de marzo de 1762 se negó rotundamente a registrar el real edicto (7). Al principio parecía como si el gobierno se dispusiera a hacer una alcaldada a fin de conseguir violentamente el registro en una sesión presidida por el monarca (8); pero la corte, desacorde, débil y presa de dificultades económicas, no realizó ulteriores esfuerzos y abandonó a los jesuitas a su des-

l'assenso del P. Generale, perchè non può prestarlo, non avrà quello del Papa, perchè non vuol acconsentirvi (Torrighiani a Pamfili el 10 de febrero de 1762, *ibid.*).

(1) *Pamfili a Torrighiani el 1.º de marzo de 1762, *ibid.*, 516; *De la Croix a Ricci el 2 de marzo de 1762, Gallia, 116.

(2) *Pamfili a Torrighiani el 1.º y 8 de marzo de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.; Ricci, *Istoria, 60. En la primera mitad de marzo de 1762 se habían reunido los cinco provinciales de Francia en París. El general no lo hubiera deseado, pues temía que se dejasen domeñar por la comisión áulica, pero por fin lo aprobó (Ricci, *Istoria, 59; *Pamfili a Torrighiani el 15 de marzo de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.).

(3) *Pamfili a Torrighiani el 25 de enero y 1.º de febrero de 1762, *ibid.*

(4) Copia en la Nunziat. di Francia, 516, loco cit., impreso en Carayon, VIII, 304 ss.

(5) vestirlo alla francese (Ricci, *Istoria, 65).

(6) *Pamfili a Torrighiani el 15 de marzo de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.

(7) *Pamfili a Torrighiani el 29 de marzo de 1762, *ibid.* Copia del decreto *ibid.*; *Torrighiani a Pamfili el 14 de abril de 1762, *ibid.*, 453.

(8) *Pamfili a Torrighiani el 29 de marzo de 1762, *ibid.*, 516.

tino, que pronto se debía cumplir, pues el 1.º de abril de 1762 se cumplía el plazo de tregua y con ello entró en vigor automáticamente la decisión del Parlamento del 6 de agosto de 1761. A pesar de todo el dolor por la inminente opresión de la Compañía, ningún pesar produjo en Roma el fracaso de la declaración real, ya que contenía puntos que jamás podían ser reconocidos por el Pontífice; incluso se recomendó encarecidamente al nuncio que de ninguna manera se declarara en favor de su cumplimiento (1).

Esta posición firme del general de la Compañía produjo excelso influjo en los jesuitas franceses. No pocos vacilantes adoptaron entonces una actitud francamente hostil contra el plan de la comisión áulica (2). De muchas partes, de profesos y de escolares, llegaron a Roma cartas en las cuales protestaban de su amor al instituto y de su voluntad de vivir siempre bajo la obediencia del Padre común (3). De ahí que fuera para el general tanto más pesados el tener que ver cómo en París andaban todavía divididos los pareceres (4). Sin embargo, añadía él en son de disculpa, me hago cargo de que el miedo anubla la razón. Yo quisiera que los ancianos no tuvieran que tomar como modelo a los jóvenes, sino que les precedieran con el ejemplo de ánimo varonil y de fidelidad a su religión, a su santo fundador y a Dios (5). Constantemente protesta Ricci de que ningún poder tenía para reformar el instituto y que por tanto su aprobación hubiera sido nula e irrita; y aun cuando la hubiera podido otorgar válidamente, las circunstancias lo vedaban, pues el nombramiento del vicario general significaba el comienzo del

(1) Torrigiani a Pamfili el 21 y 28 de abril de 1762, *ibid.*

(2) Ricci, **Istoria*, 58.

(3) *Vix ullus est e scholasticis, cui certum non sit solutionem a votis petere*, si Vicarius Generalis creetur (*De la Croix a Ricci el 2 de febrero de 1762, Gallia, 116); *Pamfili a Torrigiani el 25 de enero de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.; Ricci, **Istoria*, 58, 70. Véase también Dufaud a Ricci el 17 de octubre de 1761, en Rochemonteix, 233, n. 1; *Ansquer, *Montigny, *Griffet y *Le Roux a Ricci el 31 de enero de 1762, Gallia, 116; *Le Menoux a Ricci el 9 de febrero de 1762; *Grou a Ricci el 16 de febrero de 1762; *Dubreil a Ricci el 3 de marzo de 1762, *ibid.* Más **cartas ibid.*

(4) *De la Croix a Ricci el 26 de enero y 2 de febrero de 1762; *Neuville a Ricci el 17 de marzo de 1762, Gallia, 116.

(5) **Certum est et prorsus manifestum, consilio constituendi Vicarium Generalem dirui a fundamentis Societatem nostram non in Gallia solum, sed ubique gentium... Quare miror inter vos esse diversas sententias, sed intelligo, metu obscurari mentes... Velim senes non petere a iuvenibus exemplum, sed illis dare fortitudinis et fidelitatis erga Institutum suum, s. Parentem ac Deum* (Ricci a Routh el 10 de febrero de 1762, Epist. Gen. secretae).

fin de la Compañía. Hacía ya tiempo que los enemigos se habían forjado el decidido intento de acabar con la Compañía, y si no hubieran existido las deudas de la Martinica, hubiesen buscado ellos otro especioso motivo. Desgraciadamente las palabras y los hechos de algunos jesuitas habían ofrecido ocasión para urgir el plan del vicario general y dado motivo a aquellos mismos que bien nos quieren para aconsejarlo. Sería de desear, así cierra la carta con una alusión al anciano Eleazar del tiempo de los Macabeos, que algunos de los padres más antiguos no deshonraran su ancianidad, sino que legasen un alto ejemplo a los jóvenes (1).

Volviendo la vista a estos yerros escribía Ricci a Nectoux: «Siento que en la ruina de la asistencia de Francia no me pueda congratular de que todos los miembros de vuestra provincia se hayan mostrado tan adictos a la autoridad del preósito general y de que no les espantara la simple sombra de un vicario general, persuadidos de que la menor mengua de la autoridad central equivale a la ruina total del instituto. Se ha procedido de otro modo; no obstante, lo perdono.» (2)

IV

El proceder del Parlamento de París fué pronto imitado en las provincias. Los parlamentos de Rennes (14 de agosto de 1761) (3),

(1) *Quae scribit binis litteris de Vicario Generali, quae publice peroravit, quae nonnulli typis vulgarunt, probant mihi et manifeste evincunt, stare Institutum non posse aut Societatem constituto Vicario. Dolet non omnes in hac eadem sententia esse; optandum, ne Patres graviores aliqui maculam senectutis suae conquirant et ut adolescentibus exemplum forte relinquant (Ricci a Frey el 10 de febrero de 1762, *Epist. Gen. secretae*). *Nihil poterat cogitari, quod certiorum Societatis ruinam traheret, quam manu mea perfici voluerunt... Si Societatem dissolvi Deo sic permittente necesse est aut externa vi aut corruptione Instituti, dissolvi malim externa vi, sed Instituto integro. Ceterum non infitior aliquorum verba et facta dedisse causam aliquam urgendi consilii nobis perniciosissimi illudque suadendi his, qui nos diligunt. Verum nobis iamdiu notum erat, hostes religionis propositum habuisse ruinam nostram quacumque tandem ratione consequendam, ut etiamsi nulla fuissent debita Martinicensia, alias causas quaesituri erant (Ricci a Salvat el 10 de febrero de 1762, *ibid.*).

(2) *Doleo quod in hac Assistentiae Galliae ruina gratulari mihi nequeam, Socios omnes provinciae vestrae ita fuisse Praepositi Generalis auctoritati addictos, ut eam imminui idem esse ac Institutum labefactare crediderint, proindeque vel solam Vicariae gubernationis umbram horruerint. Secus contigit, condono (Ricci a Nectoux el 5 de mayo de 1762, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666).

(3) *Pamfili a Torrigiani el 17 y 24 de agosto de 1761, Cifre, Nunziat. di

de Toulouse (15 de septiembre de 1761) (1) y Ruán (19 de noviembre de 1761) (2) comenzaron también a ocuparse en el examen del instituto de la Compañía. Es cierto que la corte, para impedir que el movimiento progresase, envió su disposición del 2 de agosto de 1761 a todos los parlamentos (3), pero éstos siguieron impertérritos. Hasta el 13 de abril de 1762 todas las cámaras provinciales, excepto la de Dijon, Douai y Colmar, habían demandado el instituto para someterlo a examen (4).

En el Parlamento de París estaban divididas al principio las opiniones sobre el modo de proceder en adelante. Unos querían desterrar a los jesuitas del territorio siguiendo el ejemplo de Portugal, otros preferían someterlos a una muerte lenta prohibiéndoles la admisión de novicios, y los de más allá, por su parte, propugnaban la erección de un vicario general para romper la unión con el resto de la Orden y exterminarla paulatinamente (5).

Para revestir su proceder con apariencias legales, publicó el Parlamento de la capital, a principios de marzo de 1762, un extenso libelo titulado «Extractos de las aserciones peligrosas y perniciosas de todo género que los sedicentes jesuitas han sostenido en todo tiempo y sin interrupción» (6), folleto que según el juicio de un decidido adversario de los jesuitas es un verdadero mosaico de calumnias y malignidades, desde la cruz a la fecha (7). No hay crimen que los jesuitas no hayan enseñado y del cual no se les haga reos en

Francia, 515, loco cit. La hostilidad de los parlamentos contra la Orden hay que atribuirle en parte a la condenación del catecismo de Mésenguy, condenación que los jansenistas achacaban a intrigas de los jesuitas (ibid., 24 de agosto de 1761). Cf. también *Torrighiani a Pamfili el 29 de abril, 6 de mayo, 10 y 17 de junio, y 12 y 22 de julio de 1761, ibid., 450.

(1) *Pamfili a Torrighiani el 5 de octubre de 1761, ibid., 515; *Charron a Ricci el 19 de septiembre de 1761, Gallia, 116. (Allí mismo las siguientes cartas de jesuitas, si no se advierte lo contrario.)

(2) *Pamfili a Torrighiani el 23 y 30 de noviembre de 1761, Cifre, Nuntiati. di Francia, 515, loco cit.

(3) *Pamfili a Torrighiani el 16 de noviembre de 1761, ibid. Cf. anteriormente, pág. 227.

(4) *De la Croix a Ricci el 13 de abril de 1761.

(5) Ricci, *Istoria, 60 s.

(6) Extraits des assertions dangereuses et pernicieuses en tout genre, que les soi-disant Jésuites ont dans tous les temps et persévérément soutenues (4.º, 542 p.), París, 1762. El título íntegro en Brou, II, 140. Como autores principales pasan Dom Clémencet y el abate Gouet (Collombet, I, 93 ss.).

(7) Theiner, Histoire, I, 47.

dicha obra, en virtud de los propios escritos. El autor hace gala de apoyarse en citas exactas y textualmente entresacadas de las obras de los más eminentes teólogos de la Compañía; sin embargo, los jesuitas pudieron demostrar que la compilación contenía no menos de 758 falsificaciones por voluntaria supresión de palabras o de incisos, por interpolación, cambio de puntuación, etc., lo cual hacía decir a los escritores de la Orden cosas que jamás pasaron por su mente; a menudo incluso se les hace decir lo que ellos precisamente rechazan o refutan (1). Y esta *cloaca de mentiras*, como el mismo autor lo bautiza (2), fué remitida, por decisión del Parlamento del 5 de marzo de 1762, a todos los obispos y a todas las cámaras provinciales con el manifiesto propósito de azuzarlas contra la Compañía (3). Mas sólo tres prelados respondieron a las concebidas esperanzas: Fitz-James de Soissons, De Beauteville de Alais y De Grasse de Angers (4). De los demás una gran parte condenó y prohibió aquel despropósito.

Rechazado el real edicto del mes de marzo de 1762, aproximábase cada vez más el momento en que expiraba el plazo de suspensión. Como era de temer, el 1.º de abril fueron clausuradas todas las escuelas de los jesuitas situadas en la jurisdicción del Parlamento de París, confiándose a sacerdotes seculares la continuación de la enseñanza (5). Hasta la resolución definitiva sobre las constituciones de la Orden podían los jesuitas seguir en sus domicilios y continuar su ministerio de almas, en cambio los novicios debían ser mandados a sus casas (6). Una vez decretado el secuestro de los bienes de la Orden (23 de abril de 1762), del 26 de abril al 18 de mayo se presentaban diariamente de tres a siete de la tarde funcionarios del Parlamento para hacer el inventario; mas fueron víctimas de un no mediano desencanto cuando en los aposentos, fuera de los muebles indispensables, no tropezaban más que con libros. Ni siquiera en las

(1) Brou, II, 155; Crétineau-Joly, V, 215. El juicio de Döllinger v. en Duhr, Jesuitenfabeln, 465 s.; cf. también 463 s.

(2) Theiner, loco cit.

(3) *De la Croix a Ricci el 9 de marzo de 1762.

(4) Ravignan, I, 128; cf. 509, n. 1.

(5) De acuerdo con la Sorbona procuraba el Parlamento excluir a los religiosos de la enseñanza (*Pamfili a Torrigiani el 5 y 12 de abril de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.; Ricci, *Istoria, 69).

(6) *Pamfili a Torrigiani el 5 y 12 de abril y 10 de mayo de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.

cajas de los procuradores aparecían aquellos fabulosos tesoros que, según rumores, habían confiado encontrar (1).

El 6 de agosto de 1762 se reunieron de nuevo las cámaras de París para resolver definitivamente sobre el instituto. La sesión duró, con interrupción de una hora, desde las ocho de la mañana hasta la noche. Hacia las diez y media se pronunció el fallo y el 11 de agosto fué comunicado a los interesados (2). En él se declaraba a la *llamada* Compañía de Jesús, por su naturaleza y por su realidad, incompatible con todo Estado bien organizado, porque se oponía al derecho natural, por ser lesiva para todo poder tanto religioso como temporal, y además porque, bajo falaz velo de un instituto religioso, pretendía introducir no ya una Orden de esta clase conforme a la perfección evangélica, sino una corporación política, cuyas pretensiones tendían a llegar por todos los medios a la plena independencia y luego a la usurpación del poder, secuestrando el legítimo, y elevando a dogma el fanatismo. Sus reglas y votos eran abusivos ataques al poder temporal y a la libertad de la Iglesia galicana; por tanto eran nulos e irritos. Su doctrina, moral y conducta eran corruptoras, demoledoras de la religión y de la moralidad natural, ofensivas a la moral cristiana, perjudiciales para la sociedad civil, escandalosas, lesivas de los derechos, del poder y de la seguridad de la sagrada persona del monarca, y a propósito para producir intranquilidad en el Estado y para nutrir y fomentar la más profunda corrupción. De ahí que la Compañía de Jesús debía ser arrojada irrevocablemente de Francia para siempre y nadie podría trabajar por su restablecimiento. A los jesuitas les fué dada orden de dejar libres sus casas y establecimientos en el espacio de ocho días, de quitarse el hábito religioso, de suprimir la vida de comunidad, renunciar a la obediencia de las constituciones y del general, así como de suspender toda comunicación con el general, con los superiores y con los demás colegas del extranjero. Finalmente se establecía que serían incapacitados para solicitar prebendas, grados universitarios, cátedras o cargos públicos si de antemano no se obligaban con juramento a permanecer buenos y leales súbditos del rey, a admitir y enseñar las libertades

(1) *De la Croix a Ricci el 11 y 18 de mayo de 1762; Ricci, *Istoria, 82. El volumen total de los bienes jesuíticos de la asistencia de Francia, comprendidos los edificios improductivos, bibliotecas y mobiliario, fué calculado en 1760 en 56 a 60 millones. La manutención de un jesuita venía a costar al año unos 300 francos. Más datos en Crétineau-Joly, V^o, 226, n. 1.

(2) Ricci, *Istoria, 114; Mention, 161 ss.

de la Iglesia galicana y los cuatro artículos de 1682; otrosí a no vivir más conforme a las reglas de la Orden, a no sostener correspondencia alguna con los superiores y jesuitas extranjeros y a combatir, siempre que se ofreciera ocasión, la pérvida moral contenida en los *Extractos*, mayormente en cuanto se refiere a la seguridad de la persona del rey y a la independencia de su corona. Una segunda decisión del mismo día ordenaba la incautación de todas las casas y bienes de la institución, de los cuales una parte sería empleada para el sostenimiento de las escuelas y pensiones de los profesos, otra para pagar las deudas y el resto sería puesto a la libre disposición del monarca (1).

Los parlamentos de las provincias se habían adelantado en parte a la capital con parecidos fallos. El del Parlamento de Ruán (12 de febrero de 1762) dejó tamañitos a todos los demás en materia de agresividad. Mandaba que fueran rasgadas y quemadas por mano del verdugo las constituciones de la Orden por ser irreligiosas, ateas y lesivas a toda autoridad divina y humana, y además veintinueve obras de jesuitas; condenaba las bulas y los breves pontificios aprobatorios de la Compañía; prohibía a todos los súbditos vivir en comunidad según las reglas; declaraba nulos e írritos los votos, incluso los de los profesos; ordenaba a los jesuitas desalojar sus casas hasta el 1.º de julio y vivir en adelante como sacerdotes seculares bajo la jurisdicción de los obispos. Al mismo tiempo fué ordenado el secuestro de los bienes y rentas de los colegios (2). Una resolución ulterior, del 21 de junio de 1762, extremó aún más estas medidas. A todos los jesuitas se les exigía un juramento por el cual, bajo pena de la pérdida de la pensión y de la capacidad para todos los cargos y beneficios, se habían de comprometer a renunciar a toda comunicación con el padre general y con los demás superiores (3). Como los profesos

(1) Arrest de la Cour de Parlement du 6 Août 1762, Paris, 1762; Pamfili a Torrigiani el 9 y 10 de agosto de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 519, loco cit.; Ricci, *Istoria, 105; *De la Croix a Ricci el 17 de agosto de 1762.

(2) Arrêt du Parlement de Rouen du Vendredi 12 Février 1762, Ruán (sin año); *Pamfili a Torrigiani el 15 y 22 de febrero de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.; *De la Croix a Ricci el 16 de febrero de 1762; Ricci, *Istoria, 59 s.

(3) Arrêt définitif du Parlement de Rouen du 21 Juin 1762, Ruán; *De la Croix a Ricci el 22 de junio de 1762. Un grabado en cobre anónimo (sin pie ni año) representa al primer presidente del Parlamento de Ruán agitando una criba sujeta con cuerdas de la mano de Dios. Mientras en ella quedan los dominicos, recoletos, oratorianos y los doctores de la Sorbona, caen los jesuitas con sus obras por los orificios y se precipitan en el Sena.

de Ruán declarasen que el juramento era inadmisibile (1), determinó una resolución del 20 de julio de 1762 que o se sometían los jesuitas a prestar el juramento prescrito, o tenían que abandonar el territorio en el lapso de dos semanas (2).

Los parlamentos de Burdeos (3) y Rennes (4) declararon en sus respectivos Arrêts del 26 y 27 de mayo de 1762 que las bulas de confirmación de la Compañía de Jesús contenían inadmisibles ataques contra la jurisdicción oficial y las libertades de la Iglesia galicana, declararon inválidos los votos, disolvieron la Orden en sus dominios jurisdiccionales, mandaron a los jesuitas desalojar sus moradas para el 1.º de agosto y les prohibieron vivir, a partir de esa fecha, en comunidad según su instituto, morar de dos en dos o retirarse a los seminarios, llevar en adelante el hábito de la Orden y usar el nombre de la misma. A los particulares les fué asignada una pensión bajo condición de abjurar de la Compañía de Jesús y de los superiores y de reconocer la legitimidad de las decisiones hasta entonces emanadas, principalmente contra las doctrinas contenidas en los *Extractos* (5).

La decisión del supremo tribunal del Rosellón (12 de junio de 1762), el cual no desdecía de los demás parlamentos en virulencia de lenguaje, calificaba la doctrina y la moral de la Compañía de infame y horrenda, el poder del general de despótico, los votos de impíos, malos e inválidos, las constituciones de atentado contra toda autoridad religiosa y civil, opuestas a las libertades de la Iglesia galicana y a los dogmas del Estado, y por su naturaleza imposibles de toda reforma. A los religiosos se les conminó la orden de abandonar sus casas en el plazo de ocho días y de suspender la enseñanza. Los padres debían retirar a sus hijos de las escuelas de la

(1) Ricci, *Istoria, 97.

(2) Arrest de la Cour du Parlement séant à Rouen du Mardi 20 Juillet 1762, Ruán, 1762, 29; Ricci, *Istoria, 101.

(3) Arrêté du Parlement de Bordeaux du Mercredi 26 Mai 1762.

(4) Arrêt du Parlement de Bretagne du 27 Mai 1762 (= Second Compte rendu, 1762), 96 ss.

(5) *Pamfilí a Torrigiani el 31 de mayo de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.; *Torrighiani a Pamfilí el 28 de julio de 1762, ibid., 453; *De la Croix a Ricci el 1.º y 8 de junio de 1762; Ricci, *Istoria, 76, 88, 102, 108. El Parlamento de Rennes prohibió en 27 de noviembre de 1762 a los párrocos ocupar a los jesuitas en el ministerio de almas y amenazó procesar a todos los que se ocupasen en el restablecimiento de la Orden en Francia (Arrêt du Parlement de Bretagne du 27 Novembre 1762; Ricci, *Istoria, 142).

Compañía bajo pena de inhabilitación para todos los cargos. A los jesuitas se les prohibió vivir en adelante conforme al instituto y sostener relación alguna con el general u otros superiores. Quien se negare a prestar el juramento prescrito quedaría incapacitado para las funciones eclesiásticas, beneficios, cargos de enseñanza y civiles. La iniciativa de restablecer la Compañía fué sometida a pena (1).

Dada la preeminente importancia del Parlamento de París, era de temer que la resistencia de las cámaras provinciales que todavía se oponían, se amortiguara pronto, debido, por una parte, a la inactividad de la corte, y, por otra, a la presión moral que el Parlamento principal ejercía sobre dichas corporaciones. En Metz se adoptó el 28 de mayo de 1762 una resolución provisoria que coartaba notablemente la eficacia y la libertad de acción de los jesuitas, prohibiendo las congregaciones marianas, la emisión y aceptación de votos, el traslado de los religiosos a otras casas, la admisión de jesuitas extranjeros, la enajenación de los bienes de la Orden, etc. (2) A pesar de que el rey prohibió en una carta dirigida al primer presidente toda ulterior actuación, el 20 de septiembre y 1.º de octubre de 1762 se adoptaron las disposiciones definitivas, las cuales acabaron con la existencia de los colegios que allí tenían los jesuitas (3). En las subastas celebradas a continuación fueron adjudicadas a judíos, en virtud de la mayor oferta, entre otras cosas, relicarios junto con las reliquias (4).

El Parlamento de Pau nos ofrece un ejemplo sintomático de cómo se trocaba la opinión en las provincias bajo el influjo de la capital. En el año 1762 se hallaba todavía en absoluto de parte de los jesuitas, llegando incluso a afirmar que la Orden no necesitaba reforma alguna (5). El primer presidente hizo un viaje a la capital

(1) Arrêt du Conseil Souverain de Roussillon du 12 Juin 1762, Perpiñán (sin fecha); *De la Croix a Ricci el 29 de junio de 1762; Ricci, *Istoria, 92 s.

(2) *De la Croix a Ricci el 16 de junio de 1762; Ricci, *Istoria, 91.

(3) *Torrighiani a Pamfili el 3 de noviembre de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, loco cit.; Demande... du Parlement de Metz et Arrêts du 20 Septembre et 1.º Octobre 1762, Metz, 1762. Según el informe de Pamfili se sospechaba que cierta persona muy influyente había escrito al Parlamento cartas secretas, las cuales decían en absoluto lo contrario de lo que había escrito el canceller (*Pamfili a Torrighiani el 4 de octubre y 21 de noviembre de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 517, loco cit.). Cf. Viansson-Ponté, Les Jésuites à Metz, Strasburgo, 1897, 54 ss.

(4) *Pamfili a Torrighiani el 6 de diciembre de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 517, loco cit.; *Torrighiani a Pamfili el 22 de diciembre de 1762, ibid., 453.

(5) Ricci, *Istoria, 66.

con el exclusivo objeto de solicitar la conservación del colegio de Pau, empero le aconsejaron que se adaptara al ejemplo de las demás cámaras. Así se publicó, pues, en Pau, el 28 de abril de 1763, una decisión cuyas disposiciones estaban calcadas en las de otros parlamentos (1).

En el Languedoc subsistió largo tiempo la lucha, con oscilante suerte, entre los dos partidos casi equilibrados. Por fin el 5 de junio de 1762 fué adoptada, por dos votos de mayoría, una resolución provisional prohibiendo el ingreso en la Orden y toda actividad de la misma (2). El 26 de febrero de 1763 declaró el Parlamento de Toulouse por definitivas dichas decisiones y añadió otras tomadas del Arrêt de París (3).

La discordia seguía aún enconada y ruda en la Provenza. Por un decreto provisional del 5 de junio de 1762 arrebató la cámara de Aix a los jesuitas sus bienes y escuelas (4). Inmediatamente se produjo un fuerte movimiento para impedir su ejecución. El ágil presidente D'Éguilles hizo tres viajes a la capital con el fin de defender los intereses de los jesuitas (5). Al principio encontró muy benévola acogida. El Consejo de Estado se expresó en favor de la Orden y el canciller envió al Parlamento de Aix una carta inspirada en este sentido (6). Empero el partido mayoritario recusó la carta y hasta excluyó a los consejeros que eran miembros de la congregación mariana del veredicto sobre el instituto (7). Por su cuenta envió también una diputación a París a fin de recabar que se aprobara

(1) Ibid., 145, 165 ss.; Arrest de la Cour du Parlement de Navarre du 28 Avril 1763, Pau, 1763.

(2) Compte rendu des Constitutions de la Société dite des Jésuites, Toulouse (sin año); *Pamfili a Torrigiani el 21 de junio de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.; *De la Croix a Ricci el 16 de junio de 1762; Ricci, *Istoria, 88, 91.

(3) Arrest de la Cour de Parlement du 26 Février 1763, Toulouse (sin año); Ricci, *Istoria, 162.

(4) Arrest du Parlement de Provence du 5 Juin 1762, Aix, 1762; *Pamfili a Torrigiani el 21 de junio de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.; *Torrighiani a Pamfili el 7 de julio de 1762, ibid., 453.

(5) Ricci, *Istoria, 129.

(6) *Pamfili a Torrigiani el 20 y 27 de septiembre y 21 de noviembre de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 517, loco cit.; *Torrighiani a Pamfili el 15 de diciembre de 1762, ibid., 453.

(7) Arrêts del 19 de junio y 6 de octubre de 1762; v. Journal des arrêts et arrêtés du Parlement de Provence concernant l'affaire des soi-disant Jésuites, 132; *Pamfili a Torrigiani el 18 de octubre y 21 de noviembre de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 517, loco cit.

la ejecución de las disposiciones adoptadas contra los jesuitas (1). Su jefe, Gallifet, trabajó sobre todo por interesar al Parlamento de París pretextando que el presidente D'Éguilles con su memoria contra la cámara de Aix había ofendido a todos los demás parlamentos que habían procedido contra los jesuitas (2). Al principio le fué prohibido a Gallifet el acceso a la corte, y al nuncio se le dieron esperanzas de una sesión presidida por el monarca (3). Pero Gallifet salió por fin triunfante. En una carta real se afirmaba que el monarca dejaba al Parlamento en plena libertad (4). El decreto definitivo de Aix, publicado el 28 de enero de 1763, superaba casi al de París en dureza y ensañamiento, y ni siquiera respetó la Santa Sede, lanzando contra ella conceptos injuriosos (5). Aun cuando en verdad no se cumplieron los temores de que en el mismo condado pontificio de Aviñón se adoptaran decisiones sobre los jesuitas, sin embargo se publicó un decreto prohibiendo a todos los súbditos del rey trasladarse a los dominios pontificios e ingresar en la Orden (6). Las dos memorias del presidente Éguilles dirigidas a Luis XV fueron condenadas a la hoguera el 17 de mayo de 1763, el autor desterrado de por vida del reino y otros muchos consejeros se vieron privados de su calidad de miembros y obligados a dimitir sus cargos (7). Además el orador del Parlamento expresó el deseo de que se uniesen la Iglesia y el Estado para llegar a la total supresión de la Orden (8).

Como Torrigiani acertadamente hizo notar, con la decisión adoptada por el Consejo de Estado en el asunto de los jesuitas de Aix había descargado sobre la Compañía el golpe decisivo para su

(1) *Torrighiani a Pamfili el 24 de noviembre de 1762, *ibid.*, 453.

(2) *Pamfili a Torrigiani el 13 de diciembre de 1762, *ibid.*, 517.

(3) *Pamfili a Torrigiani el 20 de diciembre de 1762, *ibid.*

(4) Ricci, *Istoria, 147; *Pamfili a Torrigiani el 27 de diciembre de 1762 y 3 de enero de 1763, Cifre, Nunziat. di Francia, 517, loco cit.

(5) Arrest du Parlement de Provence du 28 Janvier 1763, Aix, 1763; *Pamfili a Torrigiani el 31 de enero y 21 de febrero de 1763, Cifre, Nunziat. di Francia, 517, loco cit.; *Pamfili a Torrigiani el 21 de marzo de 1763, *ibid.*, 518.

(6) *Torrighiani a Pamfili el 12, 19 y 26 de enero y 16 de febrero de 1763, *ibid.*, 453.

(7) Arrest de la Cour de Parlement de Provence du 17 Mai 1763, Aix, 1763.

(8) *Ibid.*, 3; Ricci, *Istoria, 160. El rey anuló la decisión del Parlamento. Cf. también Carayon, VIII: Mémoires du Président d'Éguilles sur le Parlement d'Aix et les Jésuites. Ambas Mémoires fueron condenadas por varios parlamentos a ser quemadas por mano del verdugo, por ejemplo, en Grenoble el 12 de febrero de 1763, y en Ruán el 2 y 3 de marzo de 1763.

extinción en Francia. Los demás parlamentos seguirían el ejemplo, dado caso que ninguna oposición encontrarían los enemigos, y los amigos ni un resto de esperanza podían tener ya en el auxilio de la corte (1). El 21 de marzo de 1763 publicaba ya el Parlamento del Delfinado un decreto provisional (2), que fué elevado a definitivo el 29 de agosto y se apoyaba notablemente en el modelo de París (3). El tribunal supremo del Artois, que hasta entonces se había resistido tenazmente al influjo del Parlamento de la capital (4), cedió también. El 5 de abril de 1763 ordenó el examen del iustituto y el 14 del mismo mes tuvieron que cesar ya los jesuitas en la enseñanza, la cual había de pasar a manos de personas adecuadas (5).

En el Parlamento de Borgoña predominó durante largo tiempo el partido favorable a los jesuitas. También el presidente de la cámara de aquella localidad había ido personalmente a París con el fin de recabar para Borgoña la conservación de los jesuitas tal como hasta entonces habían estado. Ninguna resolución fué posible obtener del rey, con el cual habló tres veces sobre el caso. Cuando empero acudió a Choiseul recibió por contestación que ningún consejo mejor tenía para darle sino que se volviera y se adaptara a los demás parlamentos. A pesar de esta declaración tan poco alentadora, los miembros del Parlamento hubieran sentenciado gustosamente a favor de los jesuitas, mas como quiera que la mayor parte de las provincias habían decretado contra los alumnos de los jesuitas la inhabilitación para todo cargo público, parecía que el bien general exigía la clausura de las escuelas. Una disposición del 11 de julio de 1763 ordenaba la disolución de los colegios de la Compañía para el 1.º de octubre, fecha en que tuvieron los padres que abandonar sus moradas y deponer su habitual indumento (6).

(1) *Torrighiani a Pamfili el 19 y 26 de enero de 1763, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, loco cit.

(2) Arrêt du Parlement de Dauphiné du 21 Mars 1763, Grenoble (sin año).

(3) Ricci, *Istoria, 89; Pra, Les Jésuites à Grenoble (1587-1763), Lyon-Paris, 1901, 352 ss.

(4) Ricci, *Istoria, 69, 83.

(5) Arrêt du Conseil Provincial et Supérieur d'Artois du 5 Avril 1763 (sin pie de imprenta ni año).

(6) Arrêt définitif de la Cour du Parlement de Dijon contre la Société des soi-disans Jésuites (sin pie de imprenta ni año); Ricci, *Istoria, 167, 171; *Pamfili a Torrighiani el 4 y 18 de julio de 1763, Cifre, Nunziat. di Francia, 518, loco cit.; *Torrighiani a Pamfili el 3 de agosto de 1763, ibid., 453.

El ejemplo de la metrópoli fué imitado también allende el Atlántico en la Luisiana y en la Martinica.

A fines de 1763 ya no existían, pues, residencias de jesuitas sino en Flandes, en la Alsacia y en el Franco Condado. En el Parlamento de Douai había resultado favorable a los jesuitas la primera votación. Como en la segunda hubiese igualdad de votos, resolvió el rey que había que atenerse al primer resultado (1). En la Alsacia trabajaron con el mayor celo por la conservación de la Compañía principalmente el cardenal Rohan y el presidente Klinglin; Rohan llegó incluso a conseguir una carta del rey en el sentido de que nada se podía mudar en el estado de cosas allí existente (2). La mayor prueba de energía la dió el Parlamento de Besançon (3), el cual hasta el último momento defendió tenazmente su determinación de conservar a los jesuitas en su distrito. Es cierto que no faltaban adversarios, pero el partido de la mayoría no sentía prurito alguno por plegarse a la moda (4); no sólo rehusó el Parlamento todo procedimiento contra la Orden (5), sino que fué entre todos el único que más tarde tuvo el valor de protestar contra la real patente de disolución (6).

Contra los jesuitas franceses se ha lanzado el reproche de haber contemplado su ocaso con muda resignación, de haberse aferrado temerariamente al inactivo silencio confiados en la bondad de su causa y en la ayuda de la corte, y hasta de que el provincial de París había prohibido en virtud de santa obediencia todo escrito en defensa propia (7). Mas tales prohibiciones fueron intimadas a

(1) *Pamfili a Torrigiani el 17 de enero de 1763, Cifre, Nunziat. di Francia, 517, loco cit.; Arrêt du Parlement de Flandre du 5 Janvier 1763, Douay (sin año); Ricci, *Istoria, 163.

(2) Carta del 8 de agosto de 1762, impresa en Crétineau-Joly, V^o, 223, núm. 1; Ricci, *Istoria, 113, 128.

(3) Ricci, *Istoria, 172; *Pamfili a Torrigiani el 14 de septiembre de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 517, loco cit.; *Torrighiani a Pamfili el 26 de enero de 1763, *ibid.*, 453.

(4) *Pamfili a Torrigiani el 14 y 28 de mayo y 18 de junio de 1764, *ibid.*, 519.

(5) *Torrighiani a Pamfili el 12 de septiembre y 24 de octubre de 1764, *ibid.*, 453.

(6) *Torrighiani a Pamfili el 9 de enero de 1765, *ibid.* En el ducado de Lorena pudieron permanecer los jesuitas todavía hasta la muerte del rey Estanislao Leszczyński (1766). Con la ocupación de Aviñón por los franceses (1768) llegó también la hora de la disolución a los miembros de la Compañía allí existentes. Cf. Chossat, *Les Jésuites à Avignon, Aviñón*, 1896, 481 ss.

(7) Crétineau-Joly, V^o, 209.

lo sumo a determinados individuos en quienes se temía no imperase la prudencia y discreción necesarias; pues ciertamente no faltaron indiscreciones e imprudencias. Cuando los parlamentos procedieron contra los escritos de Berruyer, ya condenados por la suprema autoridad de la Iglesia, con el fin de desacreditar a los jesuitas ante la opinión pública y desengañar al pueblo de su ortodoxia, se creyó un jesuita llamado a empuñar la pluma en defensa de Berruyer. El padre general reprobó expresamente tal medida, afirmando que era imprudente y perjudicial defender a un autor condenado por Roma, y dió orden para que el escrito fuera inmediatamente suprimido y arrojado a las llamas. Con espanto he tenido noticia por otro conducto, así continúa, de que se está preparando otra obra parecida sobre el mismo objeto, en la cual además se pretende censurar la vida y costumbres del obispo de Lyon. Tengo por imposible, dice, tamaña imprudencia en un jesuita y prohibo bajo pecado grave que la obra sea continuada y publicada (1).

Noticioso en cambio de que en la provincia de Champagne se trabajaba en la preparación de una apología del instituto y de la doctrina de la Compañía de Jesús, saludó el padre general la empresa con gran alegría, aun cuando advirtió que la obra fuera presentada antes de su publicación a varones de sobresaliente prudencia y moderación. Sobre todo evitense dos faltas: primeramente hay que guardarse en absoluto de cuanto pueda ofender a personas a las cuales se debe respeto. Esto se refiere principalmente a las otras familias religiosas. «La moderación, dice Ricci, proporciona a nuestras obras general aprobación y fe; en cambio un estilo áspero y mordaz produce increíbles perjuicios. Mientras a otros se les perdona fácilmente en este particular los mayores desmanes, nuestros defectos, aun los insignificantes, provocan desagrado y censuras. Aun cuando no son las razones de la prudencia las que importan para el caso, lo decisivo es que la caridad y paciencia exigen de un cristiano y más aun de un religioso un tono apacible.» En segundo lugar hay que tocar lo menos posible y con la mayor prudencia aquellos espinosos puntos del poder indirecto y de los cuatro artículos galicanos, pues de lo contrario sería imposible la traducción a otros idiomas (2). Estas advertencias se referían casi con seguridad a una apología

(1) *Ricci a De la Loye el 5 de diciembre de 1763, Epist. Gen. secretae.

(2) *Ricci a Noirot el 1.º de enero de 1763, ibid.

que apareció en 1762 (1). Tuvo por autor a un joven escolar de nombre Cerutti, el cual manejaba la lengua francesa con gran elegancia. Griffet y De Menoux, hermanos suyos en religión, le proporcionaron el material necesario. La galanura de lenguaje cosechó aplauso, si bien se encontró el tono demasiado enfático y en demasía mordaz, y los elogios de la Orden excesivos (2). Retocada la obra bajo la dirección de Noirot se publicó el siguiente año en edición corregida, a la cual siguieron luego otras muchas ediciones y traducciones (3).

La obra de Cerutti no fué la primera ni la más razonada apologética con que los jesuitas se presentaron ante la opinión pública. Apenas fué promulgada por el Parlamento la primera condenación *provisional* de la doctrina y constituciones de la Compañía (6 de agosto de 1761), cuando ya comenzó inmediatamente la defensa. En el transcurso de aquel mismo año aparecieron cuatro obras, de las cuales algunas alcanzaron varias ediciones en pocos meses (4). Gran revuelo levantó principalmente la Apología compuesta por el abate Caveirac con la colaboración del jesuita Brotier (5), obra que dentro del mismo año alcanzó la cuarta edición y provocó una serie de réplicas (6). El 18 de noviembre de 1762 la cámara de París condenó la obra de Caveirac a la hoguera y contra su difusión amenazó con las más severas penas (7). Los dos coautores se refugiaron en Roma (8). En valor intrínseco superó indudablemente a

(1) *Apologie générale de l'Institut et de la doctrine des Jésuites*, sin pie de imprenta, 1762.

(2) Ricci, *Istoria, 156.

(3) Sommervogel, *Bibliothèque*, II, 1003 ss.

(4) Charles Neuville, *Observations sur l'Institut de la Société des Jésuites*, Aviñón, 1761. * 1762, * 1771 (f. Sommervogel, V, 1687 ss.); Griffet, *Mémoire concernant l'Institut, la doctrine et l'établissement des Jésuites en France*, Aviñón, 1761; *Coup d'oeil sur l'arrêt du Parlement de Paris du six Aoust 1761*, Prague, 1761 (ibid., III, 1814 ss.); Lombard, *Réponse à un libelle intitulé: Idée générale des vices principaux de l'Institut des Jésuites*, Aviñón, 1761 (ibid., IV, 1921 ss.); Berthier, *Réponse à quelques objections concernant l'Institut des Jésuites* (sin pie de imprenta ni año); *Recueil de lettres sur la doctrine et l'Institut des Jésuites* (sin pie de imprenta ni año) (ibid., I, 1377 ss.).

(5) *Appel à la raison*, Bruselas, 1762.

(6) Sommervogel (I, 791 s.) atribuye el escrito a Balbany, Ricci señala como autor a Caveirac y a Brotier como colaborador (*Istoria, 182).

(7) *Sentence du Châtelet, qui condamne deux écrits... l'un Appel à la raison, l'autre: Nouvel appel à la raison... du 18 Novembre 1762*, Lyon, 1762. El Parlamento de Rennes prohibió la obra el 20 de diciembre de 1762 (*Arrêt du Parlement de Bretagne du 20 Décembre 1762*, sin pie de imprenta ni fecha).

(8) Ricci, *Istoria, 155.

todos los demás trabajos la defensa de la doctrina de la Orden, fomentada por el Papa (1), obra en tres tomos que compuso Grou con la colaboración de Souvage (2). La iniciativa presentada por Caveirac de fundar en Roma un colegio de escritores con la misión de defender la Iglesia y a los jesuitas, por más que el general la acogió con la mayor simpatía, no le pareció con todo realizable a causa de los muchos adversarios que la Compañía tenía en el seno de los tribunales romanos; un cambio en el pontificado podría traer súbito fin, de un plumazo, a la labor con tanto trabajo iniciada (3).

Por lo demás tampoco se resignaron los jesuitas franceses a sufrirlo todo en silencio; como De Menoux escribía a Ricci, querían actuar y defender sus derechos ante los tribunales. Pensaron encargar a un abogado la justificación del instituto ante el tribunal del Parlamento de Metz (4). Parecida suplicatoria fué presentada por el provincial de Toulouse para Perpiñán. El general hubo de denegar ambas propuestas, porque el Papa, lo mismo que los obispos franceses, habían declarado incompetentes en los asuntos religiosos a los parlamentos (5). Ante las quejas de Clemente XIII de que los padres hubieran solicitado la defensa en Aix reconociendo con ello la competencia del Parlamento, no pudo contestar Ricci más que lamentándose de que hubiera ocurrido ello sin su conocimiento y afirmando que por su parte había recusado ya frecuentes demandas semejantes (6). Además, los parlamentos estaban resueltos de antemano a condenar a los jesuitas, como precisamente lo demostró el ejemplo de Aix, donde la defensa fué escuchada con hostilidad y luego rechazada (7). No fué mejor en Toulouse, para donde el general, cediendo a las instancias de amigos bien intencionados, había acabado por aprobar el nombramiento de un abogado. El Parlamento impuso silencio al defensor de los jesuitas, pues evidentemente nada importaban las razones (8).

(1) Ibid., 143.

(2) Réponse au livre intitulé: *Extrait des assertions dangereuses*, 3 vol., 4.º, Paris, 1763-1765, *1773 (Sommerovogel, III, 1868 ss.). Otros escritos de defensa v. en el cotejo ibid., X, 1493 ss.

(3) Ricci, *Istoria, 156 s.

(4) Ibid., 80 ss.

(5) Ibid., 92 ss.

(6) Ibid., 119.

(7) Ibid., 91.

(8) Ibid., 157. Los colegios de Grenoble, Vienne y Embrun también presentaron sus demandas al Parlamento del Delfinado de ser oídos por el tribunal.

Infundada era asimismo la queja salida de círculos de la Orden sobre el deficiente apoyo prestado por parte de la Santa Sede. Repetidos pasos dados por el Pontífice en la corte francesa habían sido infructuosos hasta la fecha o habían pasado inadvertidos. Un llamamiento a las demás cortes católicas hubo de ser considerado como absolutamente inútil, dada la situación política, y en vista de la desfavorable opinión o tendencias antirreligiosas de los ministros más influyentes. Los confesores de palacio de Viena escribían al padre general que se veían privados de todo influjo (1). Por otra parte, a veces se presentaban peticiones que Ricci no podía compaginar con su conciencia (2). Así, por ejemplo, el provincial de Champagne volvió a instar al general a que hiciera defender el instituto por un jurista ante el Parlamento de Metz; si bien era condición indispensable que facultase a sus súbditos para firmar los artículos galicanos de 1682, para renunciar a los privilegios de la Orden, así como para comprometerse a llevar a cabo en la próxima congregación general la aceptación y confirmación para Francia de su declaración referente a las proposiciones de 1682. Ricci no pudo menos de rechazar tales propuestas (3).

La fuerte oposición que los adversarios de la Compañía encontraron en los parlamentos mismos (4) permite reconocer que la Orden, a pesar de Lavalette, contaba aún con fuerte partido en el país y que de ningún modo había malbaratado sus bienes de manera tan absoluta como se ha querido hacer creer (5). Demasiado justificado era, pues, el juicio del nuncio. Si el gobierno hubiera mostrado algo más de energía frente a los parlamentos de París y Ruán, difícilmente hubieran realizado nada en contra de los jesuitas las restantes cámaras provinciales (6). En vez de actuar con energía, contemplaba la corte cruzada de brazos la obra destructora o cedía

El tribunal del Parlamento recusó la demanda y citó al general de la Orden a comparecer ante él. *Pra, Les Jésuites à Grenoble*, 364 ss.

(1) Ricci, *Istoria, 80 ss.

(2) *Ibid.*, 121.

(3) *Ibid.*, 106.

(4) A veces era sólo una escasa minoría la que obtenía el triunfo: en Aix, 24 contra 22; en Burdeos, 23 contra 18; en Perpiñán, 5 contra 4; en Rennes, 32 contra 29; en Ruán, 20 contra 13; en Toulouse, 41 contra 39; v. Crétineau-Joly, V^o, 222, n. 1.

(5) Böhmer, 157; Theiner, *Histoire*, I, 27.

(6) *Pamfili a Torrigiani el 21 de junio de 1762, *Cifre, Nunziat. di Francia*, 516, loco cit.; *Torrighiani a Pamfili el 7 de julio de 1762, *ibid.*, 453.

tras corta resistencia (1). Y era cosa natural que ya los contemporáneos se persuadieran de que la inactividad del gobierno nacía no tanto de la fuerza de las circunstancias cuanto del secreto desig-
nio de los ministros dirigentes (2). La oscilante actitud frente a los parlamentos de Aix y Metz confirmó a muchos en la idea de que además de los comunicados oficiales salían instrucciones confiden-
ciales para infundir ánimos a los adversarios en su oposición (3) a fin de poder paliar con la tenacidad y violencia de los parlamentos la premeditada condescendencia final (4).

Las manifestaciones que desde los más diversos puntos se daban en favor de los perseguidos hubieran podido persuadir al gobierno de que las cámaras no eran, ni mucho menos, la representación genuina de la opinión pública de Francia. Pues el juzgado del con-
dado de Foix, junto con el magistrado y el obispo de Pamiers acu-
dieron al rey en demanda de facultades para conservar a los jesuítas (5). La misma súplica presentaron también el gobierno del Bearne (6) y la ciudad de Embrun (7). Los Estados del Languedoc y de la Bretaña enviaron a París una diputación para defender la conservación de las escuelas jesuíticas (8). Ante el mero rumor del restablecimiento de la Compañía de Jesús se agolparon alumnos y pueblo en la iglesia de los jesuítas de Montpellier para anunciar y celebrar tan fausto acontecimiento con general repique de cam-
panas (9). El obispo de Grenoble afirmó al padre general que en todo el país era general la pública protesta contra el despojo de las escuelas de que habían sido objeto los jesuítas (10).

El más eficaz apoyo lo hallaron los padres en el episcopado francés, el cual se opuso decididamente en aplastante mayoría contra las violencias de los parlamentos, íntimamente persuadido de que el asunto jesuítico era cuestión religiosa (11). El 1.º de mayo de 1762

(1) *Torrigiani a Pamfili el 23 de junio de 1762, *ibid.*; *Pamfili a Torri-
giani el 18 de octubre de 1762, *ibid.*, 517.

(2) *Torrigiani a Pamfili el 7 de julio de 1762, *ibid.*, 453.

(3) *Pamfili a Torrigiani el 4 de octubre de 1762, *ibid.*

(4) Ricci, *Istoria, 61 s., 86. 102.

(5) *Ibid.*, 140.

(6) *Ibid.*, 83; *De la Croix a Ricci el 25 de mayo de 1762.

(7) Ricci, *Istoria, 89.

(8) *Ibid.*, 120, 129.

(9) *Ibid.*, 134.

(10) *Ibid.*, 125.

(11) *Ibid.*, 86.

había de reunirse en París una asamblea extraordinaria de prelados para aprobar un donativo gratuito (*don gratuit*) al gobierno. Casi en todos los sínodos provinciales preliminares se manifestó un vivo interés por la conservación de la Orden (1). La asamblea general aprobó el donativo, pero hubo de elevar serias protestas contra el provocativo proceder de los parlamentos. En una valiente carta que el 23 de mayo de 1762 presentó al rey el arzobispo de Narbona a la cabeza de una comisión, recomendaban los prelados a los jesuitas a la protección del rey y le conjuraban que no permitiera que fuese destruída en su reino toda una corporación religiosa sin culpa alguna propia, en pugna con las leyes de la justicia, de la Iglesia y del Estado (2). La respuesta fué evasiva en la forma y denegatoria en el fondo: las circunstancias del momento no permitían al rey obrar eficazmente en favor de los jesuitas. Al mismo tiempo se conminó a los obispos a que no dieran más pasos a fin de no enfriar el afecto del rey para con la Orden, afecto que en otros tiempos hubiera podido serles de provecho. En estas palabras se denunciaba el espíritu de Choiseul (3).

Por desgracia la demostración del episcopado francés se vió entorpecida por un enojoso acontecimiento relacionado con una declaración del Pontífice. Clemente XIII, el cual hasta entonces había observado una sorprendente moderación frente a las decisiones de los parlamentos que tantos ataques encerraban contra los derechos de la Iglesia, creyó llegado el momento ineludible de romper el silencio, y el 9 de junio de 1762 remitió un breve a la asamblea de los obispos (4). Partiendo de la persecución de la Iglesia, a cuyos

(1) Ibid.; *Pamfili a Torrigiani el 3 de mayo de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit. Una decisión del sínodo provincial de Lyon de no iniciar las negociaciones sobre el don gratuit hasta que el gobierno hubiera dado una libre solución a los asuntos religiosos pendientes, fué anulada por el gobierno. Con todo, una segunda asamblea mantuvo en vigor la resolución y encomendó al obispo de Autun que la defendiese contra el arzobispo de Lyon. De nuevo intervino la corte y depuso al prelado de su cargo de limosnero del rey, señal manifestada de que no se pretendía más que el apoyo pecuniario del Jero y el estar en paz con los parlamentos. El arzobispo de Lyon, más político que príncipe de la Iglesia, fué tenido como autor de tal medida. *Pamfili a Torrigiani el 3 y 17 de mayo de 1762, *ibid.*, 516; *Torrighiani a Pamfili el 2 de junio de 1762, *ibid.*, 453; Ricci, *Istoria, 72.

(2) Crétineau-Joly, V, 216 s.

(3) *Pamfili a Torrigiani el 21 de junio y 5 de julio de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.; Ricci, *Istoria, 98.

(4) Bull. Cont., V, 643 s.

defensores se cerraba entonces la boca, mientras los adversarios combatían impunemente de palabra y por escrito la autoridad de la Iglesia, se perseguía a los siervos de la misma, se los desterraba y encarcelaba por el mero crimen de administrar los sacramentos conforme a las prescripciones eclesiásticas; pasa el Papa a tratar de la Compañía de Jesús, la cual para desgracia del Estado y del pueblo creyente y oprobio de la Santa Sede y del episcopado era oprimida y lanzada a la dispersión violentamente por un determinado partido. A pesar de la aprobación de tantos pontífices y no obstante el amparo de tantos príncipes católicos eran calificadas sus constituciones como una ignominia en la Iglesia de Dios y quemadas por mano del verdugo. Los laicos se arrogaban el juicio que sólo a la Iglesia compete y declaraban nulos e írritos votos religiosos, para regocijo de los espíritus fuertes y de los incrédulos, quienes contemplaban la discordia entre la autoridad eclesiástica y la temporal con manifiesta satisfacción, confiados en el completo aniquilamiento de la disciplina eclesiástica. Recapacite la asamblea de los prelados sobre los medios y caminos cómo poder contrarrestar eficazmente estos inconvenientes y presente sus quejas, sin temor, a los pies del trono. Este era un imperativo de la propia estima, así lo exigía el amor al soberano y a la patria, y no otra cosa pedía su obligación para con la Iglesia.

En otro breve de la misma fecha suplicaba Clemente XIII el apoyo del rey, no tanto para la Compañía de Jesús cuanto para la religión en general, cuyos intereses estaban estrechamente ligados con los de los jesuitas, puesto que los enemigos de la Iglesia consideraban como necesaria condición previa la destrucción de aquella para llegar al logro de su fin principal. La religión peligra cuando el poder temporal irrumpe en el santuario y se erige en juez y árbitro sobre doctrina eclesiástica, sobre reglas y votos religiosos. A este escándalo de la cristiandad, a este ultraje contra la Iglesia no deje el rey de poner remedio y en unión con los obispos preste apoyo al templo de Dios que ya se tambalea (1).

Grande fué el desencanto de Roma cuando el breve dirigido a los obispos volvió a su punto de partida al cabo de algunas semanas. Conforme a su encargo (2), el nuncio Pamfili había entregado el documento al arzobispo de Narbona como presidente. Este lo había

(1) *Nunziat. di Francia, 453, f. 234 ss., *Archivio segreto pontificio*.

(2) *Torrighiani a Pamfili el 9 de junio de 1762, Cifre, *ibid*.

aceptado ya, si bien haciendo notar que sin autorización de la corte no le podía dar publicidad. En vez de dejar a los prelados que se consiguieran el permiso para ello, tomó sobre sí este cometido el nuncio (1). Praslin, pariente del primer ministro, montó en cólera porque el Papa se había dirigido a la asamblea de los obispos sin previa inteligencia con la corte; mejor fuera, dijo, que prescindiese de tales breves subversivos que sólo pueden acarrear revueltas. Pamfili se guardó en silencio el breve y lo reexpidió de nuevo a Roma con la observación que había tenido que soportar violentos reproches de Choiseul, el cual había dicho rotundamente que en Francia habían de ir los breves a los obispos por mano del rey. Además de que el breve había llegado demasiado tarde, puesto que ya habían tenido lugar las representaciones de los prelados al monarca (2).

Clemente XIII hizo expresar al nuncio su disgusto por esta exagerada previsión. No era incumbencia de su cargo pedir la aquiescencia de la corte. Con la publicación del breve había querido la Santa Sede manifestar a todo el mundo su pensamiento y prevenir los remedos de Francia (3). El Papa no podía someter al beneplácito

(1) *Torrighiani a Pamfili el 14 de julio de 1762, *ibid.*

(2) *Pamfili a Torrighiani el 28 de junio y 5 de julio de 1762, *ibid.*, 516; *Pamfili a Torrighiani el 2 de agosto de 1762, *ibid.*, 517; *Torrighiani a Pamfili el 14 de julio de 1762, *ibid.*, 453; Ricci, **Istoria*, 96, 99. Puede ser de interés oír la característica que Ricci da con este motivo de Pamfili, aun cuando hay que confesar que el desencanto del fracaso pudo haber influido algo en su juicio; escribe así: Monsignore Pamfili [propiamente «Colonna», tenía la prelatura de «Pamphili»] era rispettabile per la famiglia e per la sua pietà, era ancora savio, ma non aveva uno spirito niente superiore al comune, era giovane di età; la sua prima uscita era stata alla Nunziatura di Francia in tempi scabrosissimi, era di naturale timido, la timidità accresciuta dal poco conto che si faceva di lui in quella corte, e non aveva Auditore nè alcuna persona savia che lo assistesse. Il Generale dovette con dolore offrire a Dio il suo abbandono (p. 96). Il Nunzio di Francia pochissimo informava Roma delle cose correnti, perchè pochissimo era stesso informato, o perchè non avesse attività nè ministri, o perchè fosse negletto dal Ministro di Francia, come significò chiaramente il Papa al Generale (p. 87). Da Parigi riseppe persona bene informata che il Re parlando con l'arcivescovo di Narbona si lodò molto della prudenza del Nunzio nell'affare de'Gesuiti (il Nunzio aveva ricevuto ed accolto M. Gallifet), e perciò diede per ora al sig. abbate Finatteri, segretario di monsignore, 1500 Lire di pensione. La prudenza era stata di operare con freddezza in cosa che senza paragone più riguardava l'autorità della Sede romana che l'interesse de'Gesuiti, come è palese ad evidenza. L'abbate Finatteri si spacciava per amico de'Gesuiti: Ognun vede che voglia dire, che il segretario di un Ministro del Papa in Francia sia pensionario del Re di Francia stesso (p. 152).

(3) *Torrighiani a Pamfili el 14 y 25 de julio de 1762, Cifre, *Nunziat. di Francia*, 453, loco cit.; Ricci, **Istoria*, 87.

de los soberanos su correspondencia con los obispos, pues el derecho de alentar y fortificar a sus hermanos era deber esencial del sucesor de Pedro, en cuyo cumplimiento no dependía de ninguna autoridad terrena. Por otra parte, jamás había renunciado el Papa a este derecho comprometiéndose a no tratar determinados asuntos sino tras mutuo acuerdo (1). Pamfili habrá de manifestar con toda claridad al ministro que jamás tolerará la Santa Sede la opresora esclavitud a que se le quiere someter. El breve dirigido a los obispos no contenía nada más que la carta al rey, la cual sin embargo había sido aceptada. Ni ahora ni antes habían tenido los Pontífices la menor intención de promover intranquilidades en los Estados (2). La culpa de la ruina de la Compañía no alcanzaba a Roma, sino a la corte, cuya falta de actividad la atribuían muchos no tanto a la dura necesidad de las circunstancias cuanto a secreta manipulación con los parlamentos. La institución de uno o de varios vicarios generales jamás la pudo aprobar la Santa Sede, para no provocar la ruina de la Compañía y con ella la de todas las demás Ordenes religiosas, las cuales se tendrían que disgregar en tantas corporaciones distintas como países existen. Prefiere ver aniquilada la Compañía en Francia antes que desgajada de su cabeza y socavada en los principios básicos de sus constituciones. No había sido el Papa el que había negado a los jesuitas en lo más mínimo su apoyo, sino la corte, la cual, para no decir más, había desempeñado el papel de despreocupado espectador de su ruina (3).

Ante esta energía de lenguaje casi tocó a retirada Choiseul declarando que el gobierno no pretendía imponer limitaciones fundamentales a la comunicación del Pontífice con los prelados, pero que en casos como el presente consideraba necesaria una previa inteligencia con la corte para poder atender mejor a los deseos del supremo jerarca de la Iglesia (4). El Papa no recibió jamás contestación a la carta dirigida al rey, no obstante las repetidas instancias del nuncio (5).

(1) *Torrighiani a Pamfili el 21 de julio de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, loco cit.

(2) *Torrighiani a Pamfili el 28 de julio de 1762, *ibid.*

(3) *Torrighiani a Pamfili el 11 de agosto de 1762, *ibid.*

(4) *Pamfili a Torrighiani el 23 de agosto de 1762, *ibid.*, 517; *Torrighiani a Pamfili el 8 de septiembre de 1762, *ibid.*, 453.

(5) *Torrighiani a Pamfili el 4 y 18 de agosto de 1762, *ibid.* El ministro declaró que el rey se hallaba en apurado trance sobre lo que debía responder,

Entonces pensó Clemente XIII lograr por otro camino su finalidad de condenar el injusto proceder del poder temporal (1) y convocó un consistorio para el 3 de septiembre de 1762 (2). En su alocución declaró nulas e irritas todas las decisiones tomadas por los parlamentos contra la Compañía de Jesús, puesto que el fallo sobre los institutos religiosos era derecho intransferible de la Santa Sede. Además condenó expresamente que se elevara a general pretensión el reconocimiento de los cuatro artículos galicanos (3). Por medio del cardenal Colonna hizo transmitir Choiseul el deseo de que no se publicase la alocución, pues de lo contrario podría ocurrir que el Parlamento la mandara quemar por mano del verdugo, caso que pondría al gobierno en un grave aprieto dada la crítica situación política (4). En atención a ello se prescindió de darla a la publicidad (5), aun cuando por esta causa quedaba notablemente defraudada la finalidad de la misma alocución (6); y por más que Torrigiani afirmó que en nada se arrepentía el Papa del paso dado, siguiérase de él lo que se siguiera, pues ninguna consecuencia podría ser tan desastrosa como las que pudieran originarse del silencio del Pontífice ante tan grandes excesos perpetrados contra la religión y la Iglesia (7); con todo, no se borró la dolorosa impresión que produjo la retirada. Con el fin de lograr de algún modo la finalidad de sus declaraciones, dirigió Clemente XIII a todos los cardenales

por lo cual juzgaba mejor callar que dar una respuesta que no dijera nada. Mas si el Papa aun insistía se le enviaría una carta (*Pamfili a Torrigiani el 13 de agosto de 1762, *ibid.*, 517). Ante esta confesión de debilidad recibió orden el nuncio de no insistir más (Torrighiani a Pamfili el 15 de septiembre de 1762, *ibid.*, 453).

(1) *Torrighiani a Pamfili el 26 de mayo de 1762, *ibid.*

(2) El cardenal Próspero Sciarra Colonna, protector de Francia, permaneció alejado del consistorio de modo llamativo (Ricci, *Istoria, 111).

(3) En consideración a la difícil situación del gobierno francés y de la disposición de ánimo del rey para con los jesuitas se abstuvo el Pontífice de toda exteriorización contra el monarca (Ricci, *loco cit.*; *Torrighiani a Pamfili el 8 de septiembre y 27 de octubre de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, *loco cit.*). El texto de la alocución en Ravignan, I, 520, ss.

(4) *Pamfili a Torrigiani el 4 de octubre de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 517, *loco cit.*; *Torrighiani a Pamfili el 6 de octubre de 1762, *ibid.*, 453.

(5) *Torrighiani a Pallavicini el 14 y 21 de octubre de 1762, Nunziat. di Spagna, 431, *Archivio segreto pontificio*; *Torrighiani a Pamfili el 27 de octubre de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, *ibid.*

(6) Ricci, *Istoria, 114, 117.

(7) *Torrighiani a Pamfili el 22 de septiembre de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 517, *loco cit.*

franceses una carta en la cual les ponía al tanto de las ideas fundamentales de su alocución (1).

A pesar de todas las representaciones hechas por el Pontífice y los obispos, los parlamentos no cesaron en sus medidas contra los jesuitas (2). El jueves 19 de agosto de 1762 fueron cerradas sus casas e iglesias en el distrito del Parlamento de París (3). Una resolución del 7 de septiembre prohibía a los prelados emplear a los jesuitas como sacerdotes coadjutores (4). Una porción más de parlamentos, que hasta entonces se habían mantenido indecisos, se adhirieron a la corriente dominante. Un rayo de esperanza que parecía apuntar en octubre de 1762 se desvaneció muy pronto (5). Los mismos cambios realizados en el ministerio no producían mejora alguna en la situación, porque los ministros se cambiaban tan a menudo y dada su peculiar tesitura políticorreligiosa no tenían ni autoridad ni arrestos para oponerse a los ataques de las cámaras (6).

Ante la languidez de la depauperada corte y en vista de la singular actitud de varios obispos y cardenales, que en defensa de las libertades galicanas y en mal entendido espíritu de corporación reprobaban el proceder de Roma (7), no es difícil de comprender que las circunstancias políticas y religiosas se complicasen cada vez más para enorme congoja del Pontífice (8). Los parlamentos se encontraban en franca rebelión contra el gobierno y la Iglesia (9).

(1) Fecha 8 de septiembre de 1762; el texto de las cartas en el Bull. Cont., 697 ss.; Ricci, **Istoria*, III.

(2) **Torrighiani a Pamfili* el 27 de octubre de 1762, Cifre, *Nunziat. di Francia*, 453, loco cit.

(3) **Pamfili a Torrighiani* el 23 de agosto de 1762, *ibid.*, 517.

(4) **Pamfili a Torrighiani* el 14 de septiembre de 1762, *ibid.*; **Torrighiani a Pamfili* el 29 de septiembre de 1762, *ibid.*, 453.

(5) **Torrighiani a Pamfili* el 20 de octubre de 1762, *ibid.*

(6) **Torrighiani a Pamfili* el 2 de noviembre de 1762 y 1.º de diciembre de 1763, *ibid.* De vez en cuando salía la corte de su dejadez, así, por ejemplo, cuando suspendió la resolución del Parlamento de Ruán (3 de marzo de 1763) puso a los jesuitas en la alternativa de abjurar de la Orden o ser desterrados y a pesar de la resistencia del Parlamento obtuvo que el edicto fuera registrado (**Pamfili a Torrighiani* el 14 de marzo y 4 y 18 de abril de 1763, Cifre, *Nunziat. di Francia*, 515, *ibid.*; **Torrighiani a Pamfili* el 30 de marzo de 1763, *ibid.*, 453).

(7) V. más adelante, pág. 280 ss.; **Torrighiani a Pamfili* el 20 de julio de 1763, *ibid.*

(8) Cf. la descripción de las circunstancias en la **carta de Pamfili a Torrighiani* del 29 de abril de 1763 (*ibid.*, 518), la cual hizo tal impresión en el ánimo del Pontífice que derramó abundantes lágrimas y estaba inconsolable (**Torrighiani a Pamfili* el 14 de septiembre de 1763, *ibid.*, 453).

(9) El Parlamento de Navarra suspendió por decisión del 8 de marzo

El Parlamento de Ruán no sólo prohibió bajo pena capital la ejecución de algunos edictos reales (1), a pesar de haber sido registrados en una sesión presidida por el rey, sino que condenó también un decreto de la Inquisición (2), después que las cámaras de París (3), Toulouse (4) y Rennes (5) habían precedido con el ejemplo. De igual modo se obró contra las pastorales de los obispos de Pons, Lavour y Langres sobre los «Extractos de las afirmaciones peligrosas» (6). Contra el Papa y la curia empleaban los parlamentos un lenguaje como no se había usado contra ningún otro soberano (7). Bajo el pretexto de que la fragata anclada en el puerto de Marsella iba a transportar a Italia objetos de valor pertenecientes a los jesuitas, el Parlamento de Aix, a petición de los acreedores de la casa Lioncy, confió a un funcionario el registro del navío. En vez de confesar paladinamente que ningún resultado había dado la tal inspección, se levantó a los pocos días el cierre del puerto, dando por razón que de continuarlo cerrado se seguirían perjuicios al comercio. La corte de Roma jamás pudo obtener una satisfacción. Praslin declaró que no tenía razón alguna justificada para proceder contra el Parlamento, ya que éste en su disposición hablaba no de una fragata pontificia, sino de una italiana (8). El Parlamento de Ruán se permitió otro ataque vejatorio semejante. Una remesa de lana que pertenecía a los jesuitas de Castilla la mandó secuestrar para indemnizar con ella a los acreedores de Lavalette, de cuyas

de 1763 tres «supuestos» breves pontificios al rey, a la asamblea de prelados (del 9 de julio de 1762) y a los cardenales de Francia (del 8 de septiembre de 1762). El Parlamento de Toulouse ya había dado este paso el 2 de febrero de 1763 (Ricci, *Istoria, 160).

(1) *Pamfili a Torrigiani el 18 y 29 de agosto de 1763, Cifre, Nunziat. di Francia, 518.

(2) *Pamfili a Torrigiani el 5 de septiembre de 1763, *ibid.*

(3) *Pamfili a Torrigiani el 23 de mayo de 1763, *ibid.*

(4) Arrest de la Cour de Parlement du 3 Juin 1763, qui supprime un Décret de l'Inquisition de Rome du 13 Avril 1763.

(5) *Pamfili a Torrigiani el 12 de septiembre de 1763, Cifre, Nunziat. di Francia, 518, loco cit.

(6) *Pamfili a Torrigiani el 23 de mayo, 4 de julio y 6 de septiembre de 1763, *ibid.* Bajo pretexto de amparar al obispo de Pons contra las arbitrariedades del Parlamento de Toulouse, condenó el rey al prelado al destierro en su propia diócesis prohibiéndole salir de ella (*Torrighiani a Pamfili el 28 de septiembre de 1763, *ibid.*, 453; *Pamfili a Torrigiani el 26 de diciembre de 1763, *ibid.*, 518).

(7) *Pamfili a Torrigiani el 21 de marzo de 1763, *ibid.*; *Torrighiani a Pamfili el 6 de abril de 1763, *ibid.*, 453.

(8) *Torrighiani a Pamfili el 2, 16 y 23 de febrero y 13 de abril de 1763, *ibid.*

deudas hacía responsable a toda la Orden. Tras largas negociaciones diplomáticas comunicó por fin Choiseul el 22 de diciembre de 1764 al embajador español que el gobierno había anulado el secuestro (1).

Mucho más grave fué el hecho del obispo Fitz-James de Soissons, el cual en una instrucción pastoral del 27 de diciembre de 1762 condenó, con frases injuriosas para la Orden, las proposiciones reunidas en los «Extractos» que debían hallarse en los autores jesuitas. Este paso provocó viva protesta no sólo en las esferas del clero, sino también en los círculos seglares (2). Al final del documento presentaba a su clero los cuatro artículos galicanos como verdades santas que pertenecían a la revelación, confiadas por Cristo a sus apóstoles y transmitidas por la tradición de todos los siglos, las cuales todo cristiano debía conocer (3).

Con fecha 13 de abril de 1763 dirigió Clemente XIII una carta a Luis XV y a los cardenales franceses, quejándose amargamente de la conducta del obispo, quien no cesaba de perturbar al episcopado francés y quizá ya había escrito sobre la bula *Unigenitus* a Benedicto XIV en tal forma que el Pontífice no se dignó contestarle. Al presente llevaba su audacia tan lejos que no sólo se atrevía a enviar al Papa la escandalosa pastoral, sino que la acompañaba de una carta improcedente, gravemente ofensiva para el decoro y dignidad de la Santa Sede. Por tal motivo se había visto el Papa en la dura necesidad de no disimular por más tiempo la ofensa y a remitir la instrucción pastoral, para que la sometiera a examen, a la Congregación del Santo Oficio, la cual había condenado y prohibido el

(1) La *correspondencia diplomática epistolar acerca de este asunto entre Grimaldi, Fuentes, Choiseul y otros desde el 20 de agosto de 1764 hasta el 14 de enero de 1765, en el *Archivo de Simancas*, Estado, 4700.

(2) *Pamfili a Torrigiani el 10 de enero y 14 de febrero de 1763, Cifre, *Nunziat. di Francia*, 517, loco cit.; *Torrighiani a Pamfili el 26 de enero de 1763, *ibid.*, 453. El paso era tanto más sorprendente cuanto que por él se lanzaban a la publicidad las divergencias del episcopado francés; el obispo de Lavaur había condenado y prohibido ya el 1.º de noviembre de 1762 los «*Extraits des assertions*» (*Torrighiani a Pamfili el 2 de febrero de 1762, *ibid.*).

(3) Nous ne doutons pas de votre religieux attachement à la doctrine du clergé de France et en particulier aux IV célèbres articles renouvelés solennellement par l'Assemblée de 1682. Vous savez que ce ne sont pas simplement des loix de l'Etat et du gouvernement politique, mais des vérités saintes qui appartiennent à la révélation, qui font partir du dépôt sacré que Jésus-Christ a confié à ses apôtres, qui nous ont été transmises par la tradition de tous les siècles, et que pour cette raison vous ne devez pas laisser ignorer aux fidèles (Ordonnance et instruction pastorale de Mgr. l'évêque de Soissons au sujet des *Assertions extraites...*, Soissons, 1763, 38).

documento el 13 de abril (1). En la instrucción adjunta para el nuncio hacía notar el cardenal secretario de Estado que el decreto de la Congregación no contenía censura alguna contra los artículos mismos, sino solamente rechazaba la afirmación de que los tales fueran verdades de fe que todo cristiano debe saber. El nuncio habrá de demandar, le decía, la oportuna y correspondiente satisfacción, y caso que esto no sea asequible dada la conocida mentalidad del obispo, instará con el mayor encarecimiento y vigor ante el rey, cardenales y ministros para que le sea puesto freno al culpable, a fin de que tales novedades no lleven finalmente al cisma (2).

En la corte de París cayó como un rayo la condenación del obispo jansenista, pues era urgente la necesidad que había del Parlamento para la aprobación de diversos edictos sobre impuestos (3). El rey respondió el 6 de junio de 1763 en una atenta carta concebida en términos generales, en la cual después de las habituales muestras de respeto y sumisión, se quejaba de la manera cómo se había procedido contra el obispo Fitz-James; hubiera debido preceder la inteligencia con los ministros y la corte, decía (4). A esta contestación insuficiente, la cual más que una satisfacción representaba una reclamación, mandó contestar el Papa que él no estaba dispuesto a someter su correspondencia con los obispos a la intervención de la corte (5). Entre tanto terminaron su cometido los cuatro obispos a quienes Luis XV había encargado el examen del decreto de la Inquisición. Roma había procurado influir mediante contraproposiciones en la redacción de la segunda carta (6), mas la instrucción llegó demasiado tarde y además al nuncio se le mantenía

(1) El *texto del decreto de la Inquisición, lo mismo que las *cartas del Papa al rey y a los cardenales en Nunziat. di Francia, 453, loco cit.

(2) *Istruzione secreta per Msgr. Pamphili del 13 de abril de 1763, *ibid.* Cf. también *Torrighiani a Pamfili el 18 de mayo de 1763, *ibid.*

(3) *Pamfili a Torrighiani el 9 y 16 de mayo de 1763, *ibid.*, 518; *Torrighiani a Pamfili el 1.º de junio de 1763, *ibid.*, 453. De los cardenales sólo De Luynes intercedió por ello ante el rey (*Luynes a Clemente XIII el 12 de junio de 1763, *ibid.*), mientras De Gesvres, Choiseul y Rochechouart protestaron vivamente de que se hubiera confiado la condenación del obispo Fitz-James a un tribunal que en Francia jamás fué reconocido (*ibid.*). El cardenal Rohan parece que no respondió (*Torrighiani a Pamfili el 31 de agosto de 1763, *ibid.*; *Pamfili a Torrighiani el 19 de septiembre de 1763, *ibid.*, 518).

(4) *Ibid.*, 453 y 518.

(5) *Torrighiani a Pamfili el 22 y 29 de junio de 1763, *ibid.*, 453.

(6) *Torrighiani a Pamfili el 20 y 27 de julio de 1763, *ibid.*; *Istruzione per Msgr. arcivescovo di Colosso, Nunzio pontificio in Francia, del 20 de julio de 1763, *ibid.*

de propósito alejado del soberano (1). La segunda respuesta (2) satisfizo todavía menos en Roma que la primera. En vez de dar al Pontífice una satisfacción, el mal aconsejado monarca se empeñó todavía en defender al prelado manifestando que según las informaciones obtenidas nada censurable podía encontrar en el modo y manera como el obispo de Soissons había expuesto la doctrina del clero francés (3).

Fitz-James encontró apoyo en el obispo de Angers, De Grasse, el cual en su instrucción pastoral del 19 de abril de 1763 (4) condenó también las supuestas doctrinas jesuíticas contenidas en los «Extrac-tos». Si no llegó a presentar los cuatro artículos galicanos como doctrina revelada, en cambio todavía aventajó a su colega al exigir como condición imprescindible para la recepción de las órdenes y facultades de jurisdicción una confesión inequívoca de los cuatro artículos (5). Además su documento contenía expresiones indignas contra la Santa Sede (6). Un nuevo aliado le salió al obispo de Soissons en la persona del prelado de Alais, quien a pesar de la condenación lanzada entre tanto contra el obispo de Soissons, el 16 de abril de 1764 publicó una pastoral parecida para gran escándalo de todos los católicos sinceros (7). Para evitar un nuevo desmán del gobierno, el Papa se limitó a expresar en sendos breves su reprobación a ambos prelados (8). Inmediatamente protestó el gobierno francés por medio de su embajador Aubeterre (9) y hasta no se arredró de lanzar contra Clemente XIII el reproche de que quería provocar una guerra de religión en Francia. El cardinal secretario replicó que la publicación del documento pontificio se había realizado sin

(1) *Finatteri a Torrigiani el 30 de julio de 1763, *ibid.*, 510.

(2) *Fecha en Compiègne, 25 de julio de 1763, *ibid.*, 518.

(3) *Torrighiani a Pamfili el 10 de agosto de 1763, *ibid.*, 453.

(4) Ordonnance et instruction pastorale de Msgr. l'évêque d'Angers portant condamnation de la doctrine contenue dans les Extraits des assertions, Angers, 1763.

(5) P. 23 s.

(6) Cette déclaration du clergé qui assure au Pape ses droits légitimes, en détruisant les prétensions abusives que la flatterie prodigue à sa dignité, est le soutien de nos maximes et des libertés de l'église gallicane (p. 16).

(7) Ordonnance et instruction pastorale de Msgr. l'évêque d'Alais au sujet des Assertions extraites des livres, thèses, cahiers des soi-disant Jésuites et dénoncées aux évêques par le Parlement, Aix, 1764; *Torrighiani a Pamfili el 6 de junio de 1764, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, loco cit.

(8) *Torrighiani a Pamfili el 19 de septiembre y 31 de octubre de 1764, Nunziat. di Francia, 453, loco cit.

(9) *Torrighiani a Pamfili el 21 de noviembre de 1764, *ibid.*

orden ni previo conocimiento de la Santa Sede y en cambio la carta pastoral reprobada había sido difundida por toda Francia y por cierto con la aprobación de las autoridades públicas (1). Los parlamentos no dejaron escapar la ocasión de prohibir los breves pontificios dirigidos a los dos prelados (2), y el obispo Fitz-James, ya en el lecho de muerte, hizo pública en una declaración impresa su adhesión a la pastoral del prelado de Alais (3).

Un bizarro defensor encontraron los jesuitas en el arzobispo de París Cristóbal de Beaumont (4), el cual ya se había opuesto anteriormente a los excesos del Parlamento. Tras varias dilaciones (5), apareció el 28 de octubre de 1763 su famosa instrucción pastoral (6) en la que en forma magistral sale por los fueros de la Compañía de Jesús, justifica sus votos, defiende su doctrina y actividad y señala las desastrosas consecuencias que los ataques contra ella dirigidos habrían de reportar a la Iglesia y al Estado. Como era de temer, el documento levantó gran agitación. En una reunión de la cámara de París celebrada el 16 de enero de 1764 fué denunciada la instrucción. Beaumont se confesó públicamente autor de la misma y defendió su proceder en un largo discurso (7). El bravo defensor de

(1) *Torrighiani a Pamfili el 2 de enero de 1765, *ibid.*

(2) *Torrighiani a Pamfili el 6 de marzo de 1765, *ibid.*

(3) Acte d'adhésion de Msgr. l'évêque de Soissons à l'instruction pastorale de Msgr. l'évêque d'Alais, du 16 Avril 1764, Paris, 11 Juin 1764. Algunas semanas después, el 19 de julio de 1764, murió el obispo Fitz-James.

(4) Régnauld, Christophe de Beaumont, archevêque de Paris, 2 tomos, Paris, 1882.

(5) Ya durante el invierno de 1762 pensó el príncipe de la Iglesia fijar su posición en una carta pastoral frente a la cuestión candente del día, pero desistió de su propósito en atención a la conferencia episcopal que entonces precisamente se estaba celebrando (*Pamfili a Torrighiani el 20 de diciembre de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 517, loco cit.). En la primavera de 1763 parecía ser inminente la declaración (*Torrighiani a Pamfili el 20 de abril de 1763, *ibid.*, 453). El 4 de julio de 1763 *notificaba el nuncio que Beaumont tenía ya a punto su carta pastoral (*ibid.*, 518).

(6) Instruction pastorale de Msgr. l'archevêque de Paris sur les atteintes données à l'autorité de l'Eglise par les jugemens des tribunaux séculiers dans l'affaire des Jésuites, Paris, 1763. El documento impreso secretamente, de cuya publicación había disuadido la corte por medio de terceras personas (*Pamfili a Torrighiani el 19 de diciembre de 1763, Cifre, Nunziat. di Francia, 518, loco cit.), apareció también traducido al alemán: Beaumont, Die Kirche... un der Jesuiten-orden, deutsch von Castioli, Schaffhausen, 1844; extracto en Régnauld, II, 71-80, 442-510.

(7) *Pamfili a Torrighiani el 16 de enero de 1764, Cifre, Nunziat. di Francia, 519, loco cit.

los derechos y libertades de la Iglesia hubo de purgar su sinceridad con el destierro a La Trapa (1). Dos jesuitas que habían distribuido la carta pastoral fueron encerrados en la cárcel (2). El jesuita Perrin, que había contribuido a la redacción del documento, fué conducido a la Bastilla por orden del rey para ponerle así a salvo de las iras de los parlamentos (3). El 21 de enero de 1764 condenó el Parlamento de París el escrito, por subversivo y recalcitrante contra la autoridad pública, a ser quemado por mano del verdugo. Al mismo tiempo protestó contra el rey por haber sustraído, en uso de su poder absoluto, la persona del arzobispo a la jurisdicción de los jueces ordinarios (4). Como los prelados que a la sazón se hallaban en París quisieran reunirse el 31 de enero en el palacio del cardenal Luynes para hacer pública en declaración colectiva su aprobación a la instrucción pastoral de Beaumont, el día antes recibieron orden de suspender la reunión, aun cuando el rey había dado ya su beneplácito bajo condición de que su carta no fuera dada a la publicidad (5). El deber de los prelados de residir en sus diócesis ofreció el pretexto para alejarles de París (6).

Aun cuando en Roma se había contado en cierto modo con este proceder del gobierno (7), lo sintió el Papa tanto más amargamente cuanto que por la debilidad de Luis XV y la odiosidad de los adversarios se veía imposibilitado de prestar eficaz auxilio al perseguido. De algún consuelo le servía el saber que el pueblo y la alta nobleza habían demostrado al desterrado su conmiseración de manera conmovedora (8) y que muchos prelados, entre ellos el santo super-

(1) *Pamfili a Torrigiani el 23 de enero de 1764, *ibid.* Los amigos del arzobispo saludaron este recurso.

(2) *Pamfili a Torrigiani el 5 de marzo de 1764, *ibid.*

(3) Ricci, *Istoria, 177.

(4) *Pamfili a Torrigiani el 23 de enero de 1764, Cifre, *Nunziat. di Francia*, 519, *loco cit.*

(5) *Pamfili a Torrigiani el 30 de enero y 13 de febrero de 1764, *ibid.*; Breve al cardenal Luynes del 8 de febrero de 1764, en Régnault, II, 510 ss.

(6) *Pamfili a Torrigiani el 5 de marzo de 1764, *ibid.* El Parlamento hizo realizar registros en las moradas en persecución de la carta pastoral. El preceptor de los hijos del delfín hubo de retirarse de la corte en vista de las persecuciones por haber repartido algunos ejemplares del escrito (Ricci, *Istoria, 177).

(7) *Torrighiani a Pamfili el 18 y 25 de enero de 1764, Cifre, *Nunziat. di Francia*, 453, *loco cit.*

(8) *Torrighiani a Pamfili el 8 de febrero de 1764, *ibid.* El pueblo rodeó en imponente multitud el coche de Beaumont, y la reina con sus hijas pidieron la bendición al invicto prelado a su paso por Versalles (Ricci, *Istoria, 177).

octogenario obispo de Amiens, habían declarado públicamente su adhesión (1). Para proporcionar una pequeña satisfacción al príncipe de la Iglesia, minado ya por la enfermedad, le dirigió Clemente XIII un breve de simpatía y encargó al nuncio hiciera una visita al desterrado (2). A las dificultades que a ello oponía el ministro le hizo contestar que no se dejaba imponer ley alguna por la corte francesa; el supremo jerarca no podía tener traba alguna en la comunicación con los miembros de la Iglesia, que no era el Papa el que había elogiado lo que el rey censurara, sino el rey el que había puesto tacha en lo que el Papa había aprobado (3). Una decisión del 1.º de junio de 1764 prohibió el breve de Clemente XIII al obispo Beaumont, como también otro dirigido al rey Estanislao de Lothringen-Bar. Además fué prohibida toda publicación de bulas y breves pontificios sin previa autorización del rey y previo registro en el Parlamento (4).

La paulatina supresión de las moradas jesuíticas en Francia puso a los superiores ante un problema difícil. ¿Dónde y de qué forma albergar a tantos religiosos? Como quiera que a fines de 1761 contaba la asistencia de Francia 3049 miembros (5), quedaban todavía, descontados los 142 padres que se hallaban en misiones extranjeras (6), unos 2900 jesuitas, en números redondos, a los cuales había que atender. La solución más hacedera hubiera sido, por cierto, buscar un refugio fuera de Francia. En este sentido había dado ya Ricci muchos pasos (7), pero habían fracasado en parte

(1) El impreso, del 1.º de febrero de 1764, fué condenado a la hoguera por decreto del 22 de febrero de 1764 (*Pamfili a Torrigiani el 5 y 12 de marzo de 1764, Cifre, Nunziat. di Francia, 519, loco cit.). Otros obispos se contuvieron por el temor de seguir la misma suerte que Beaumont (*Pamfili a Torrigiani el 9 de abril de 1764, *ibid.*). Al año siguiente declararon los prelados de la provincia eclesiástica de Tours su adhesión en la Instruction pastorale de Nosseigneurs les archevêques et évêques de la province ecclésiastique de Tours sur les atteintes données à la puissance spirituelle (sin pie de imprenta ni año).

(2) *Torrighiani a Pamfili el 24 de octubre de 1764, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, loco cit.

(3) *Torrighiani a Pamfili el 2 de mayo de 1764, *ibid.*

(4) Arrêt de la Cour de Parlement qui supprime... du premier Juin 1764, Lyon, 1764; *Torrighiani a Pamfili el 13 y 27 de junio de 1764, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, loco cit.

(5) 1585 sacerdotes, 826 escolares, 638 hermanos coadjutores (Vivier, Status Assistentiae Galliae Soc. Iesu 1762-1768, París, 1899, xiii).

(6) *Ibid.*, 143.

(7) Quod attinet ad iuvenes quosdam alio transmittendos, id et ego cogitavi et providi, quantum potui datis ad Provinciales tum Galliae tum aliarum Assi-

por dificultades económicas (1), mas principalmente por la oposición de ministros hostiles o de soberanos que querían evitar complicaciones con Francia (2). Así hizo notificar el rey de Cerdeña al padre general que no recibiría en sus Estados a ningún jesuita francés (3). En la vecina Bélgica, en la cual había pensado De la Croix, prohibió el gobierno de Bruselas a los superiores de la provincia flandobelga conceder albergue a sus hermanos franceses (4). Dada la hostilidad de Tanucci no había que pensar tampoco en refugiarse en el reino de Nápoles (5), puesto que aun cuando el ministro no podía prohibirlo directamente en atención a la actitud que entonces mantenía la corte española, sin embargo, hizo prácticamente imposible la entrada, puesto que a cada individuo le exigía un pasaporte del ministro francés (6). Los príncipes católicos de Alemania, en gran parte supeditados a Francia, habían prohibido parcialmente la admisión de jesuitas (7). Buscar en el territorio pontificio de Aviñón un refugio de gran amplitud lo prohibía la consideración a la Santa Sede, cuya posición con Francia ya de suyo difícil no era justo agravar todavía más (8). También surgían grandes dificultades contra la propuesta

stentiarum litteris, sed quae se obiciant gravissima impedimenta partim a vobis ignorari non miror, partim non videri vehementer miror (*Ricci a Salvat el 7 de julio de 1762, Epist. Gen. secretae).

(1) V. anteriormente, pág. 217 s.

(2) Per altro sa V. R. per esperienza nella sua provincia medesima che con la dispensa [de acceptar estendios de misas y limosnas para los ministros de almas] non si provvederebbe che le altre provincie potessero ricevere i nuovi ospiti in qualche numero, trovandosi difficoltà universalmente per parte dei principi (*Ricci a Garnier, provincial de Lyon, el 9 de abril de 1763, Epist. Gen. secretae).

(3) Ricci, *Istoria, 78.

(4) Ibid., 89.

(5) Non intendo l'asilo, che li nemici e le pesti dello stato, quali sono li Gesuiti, trovano in Lorena, o nello Stanislao, tanto creatura del Re di Francia. Bisogna dire error d'intelletto, che è peggiore, di quello di volontà. Comanda più alla volontà l'intelletto, che quella a questo. Un asino è sempre asino (*Tanucci a Galiani el 22 [de enero] de 1763, *Archivo de Simancas*, Estado, 5983). Son poi [gl'Inglesi] come li Gesuiti, dei quali si dice, che ogni privato è buono, e sceleratissima la Compagnia per le massime atroci contrarie alla religione, alla morale, alli stati, ai sovrani (*Tanucci a Squillace el 1.º [de enero] de 1765, *ibid.* 5991).

(6) *Tanucci a Galiani el 23 de febrero de 1765, *ibid.*, 5992.

(7) Ricci, *Istoria, 88, 152.

(8) Es cierto que transitoriamente moraron muchos jesuitas en Aviñón y en Venaissin (Chossat, *Les Jésuites à Avignon*, 482 ss.); pero el catálogo de 1768 no señala allí más de 92 religiosos (Vivier, *Status Assistentiae Galliae*, 199).

de concentrar a los restantes jesuitas franceses en algunas casas de Italia o de los Estados pontificios (1). Prescindiendo del exceso de clérigos, no dejaba de ofrecer sus peligros para la observancia religiosa dejar a centenares de religiosos años enteros sin ocupación adecuada. Aun cuando, prescindiendo de todas las consideraciones de esta índole, se hubiera estrellado también el plan ante la imposibilidad económica, pues el general sólo con grandes trabajos y apuros podía mantener los mil jesuitas portugueses desterrados (2). Otra solución de enviar el mayor número posible de religiosos a las Misiones aparecía irrealizable en gran parte por causa de la guerra y el secuestro de los capitales de las Misiones (3).

De gran embarazo y pesadumbre fueron para Ricci las fantásticas proposiciones de diversa índole que se le hicieron por aquel entonces, las cuales, por ser de carácter desmoralizador, no servían más que para crear nuevas complicaciones (4). Así se dió el caso del exaltado De Menoux, quien presentó la moción de hacer preconizar por el Papa algunos jesuitas más eminentes obispos *in partibus*, sin reflexionar que ello era atentatorio contra el voto especial (5). Entre los raros fenómenos que el trastorno produjo merece ser consignado el de que muchas personas pías recomendasen al padre general determinados ejercicios piadosos para impetrar la liberación de tan grandes persecuciones: cada uno de los inductores se fundaba en revelaciones en virtud de las cuales a las devociones por él recomendadas estaba infaliblemente ligada la asistencia divina. Ricci les

(1) *Desmaretz a Ricci el 3 de marzo de 1763; *Forest a Ricci el 18 de marzo de 1763; Ricci, *Istoria, 158.

(2) Ricci, *Istoria, 25, 158.

(3) *Ricci a Nectoux el 9 de junio de 1762, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666. Importantes capitales de las misiones se perdieron por causa de la singular conducta de los procuradores de misiones, quienes no obstante las amonestaciones no pusieron a buen recaudo el dinero, sino que permitieron tranquilamente que el Parlamento lo secuestrara (Ricci, *Istoria, 132; cf. *ibid.*, 79 s.). De tiempo en tiempo enviaba el general algunos jesuitas a las misiones (*Ricci a Nectoux el 23 de junio y 13 de octubre de 1762, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666; *Nectoux a Ricci el 7 de febrero, 21 de abril y 7 de julio de 1766, *ibid.*, 690). En 1766 todavía instaba el general al provincial de Aquitania a que fomentase el espíritu misional entre sus súbditos (*Ricci a Nectoux el 18 de diciembre de 1766, *ibid.*, 666), y concedió permiso para enviar padres a las misiones atendidas por jesuitas franceses y portugueses, por ejemplo, China y Malabar (*Ricci a Brassaud el 28 de febrero de 1770, *Epist. Gen. secretae*).

(4) Ricci, *Istoria, 96.

(5) *Ibid.*, 95.

prestó poca atención y se limitó a recomendar en general la oración (1).

En previsión de la disolución que amenazaba había otorgado el general el 31 de marzo de 1762 determinadas facultades a los provinciales franceses (2), las cuales fueron todavía ampliadas el 19 de mayo. A todos los miembros les fué concedida, entre otras cosas, licencia para vivir en casas particulares en traje seglar y para admitir estipendios, beneficios y cargos de cura de almas. Los provinciales estaban facultados para conceder las dimisorias a los escolares y hermanos coadjutores que las demandasen. Se permitió el tránsito a provincias no francesas previa la aprobación de los dos provinciales competentes, supuesto que no mediara prohibición oficial. El general se reservó el permiso para el tránsito de los profesos a otras órdenes (3).

Los más duramente alcanzados eran los hermanos coadjutores y los jóvenes escolares. Secuestrados los bienes y cerradas las escuelas, se había hecho imposible la ulterior formación de la juventud de la Orden. En París había sido ya preciso enviar a los novicios a casa de sus familiares el 1.º de abril de 1762 (4). El 7 de julio de 1762 informaba Pamfili que habían abandonado la Compañía tres cuartas partes de los no profesos (5). Muchos, impulsados por el temor de que si permanecían más tiempo se verían o forzados a abjurar del instituto o excluidos de los beneficios eclesiásticos, obraron con apresuramiento. En algunos puntos se procedió en este particular con tanta precipitación, que muchas veces fueron concedidas las dimisorias sin observar las formas legales prescritas (6). La suerte de los sacerdotes no era tan desfavorable. Ni una sola vez hubo necesidad de la recomendación del Papa (7) para proporcionarles acogida en otras corporaciones religiosas o en familias nobles (8).

(1) Ibid., 82.

(2) Ibid., 62 s.; *Ricci a Nectoux el 31 de marzo de 1762, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666.

(3) *Ricci a Nectoux el 19 de mayo de 1762, *ibid.*

(4) *Fierard a Ricci el 5 de abril de 1762.

(5) *Pamfili a Torrigiani el 7 de julio de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 516, loco cit.

(6) Ricci, *Istoria, 72, 100; cf. *ibid.*, 76.

(7) *Torrighiani a Pamfili el 4 de agosto y 8 de septiembre de 1762, Nunziat. di Francia, 452, loco cit.

(8) *Pamfili a Torrigiani el 23 de agosto de 1762, *ibid.*, 517; *Torrighiani a Pamfili el 8 de septiembre de 1762, *ibid.*, 452.

Conturier, superior de los sulpicianos, se ofreció a proporcionar habitación y sustento a quince jesuitas; el abad benedictino de Poitiers pidió cuatro padres y otros tantos fueron acogidos por los cartujos (1). El rey Estanislao reservó a veinte religiosos un asilo en su ducado de Lorena (2). En la corte de Versalles moraban ahora quince padres en vez de los cinco que hasta entonces allí solía haber (3). Muy solícitos se mostraron los prelados franceses proporcionando al mayor número posible trabajo y pan en los cargos de cura de almas (4); por más que sus buenos deseos fueron entorpecidos por no pocos parlamentos, los cuales condicionaron la colación de prebendas y finalmente toda actividad en el ministerio de almas a la prestación del prescrito juramento (5). El obispo de Soissons y el cabildo de Reims privaron a los jesuitas de todas las licencias para el ministerio de almas (6). La situación se hacía cada vez más agobiante. El Parlamento de Ruán, que ya el 20 de julio de 1762 había condenado con la pena de destierro la recusación del juramento, renovó dicha determinación el 3 de marzo de 1763, aun cuando fué suspendida de nuevo por real orden (7). Un año más tarde los parlamentos de París (8), Ruán (9), Pau (10) y Toulouse (11) promulgaron igualmente la orden de destierro, como respuesta a la

(1) Ricci, *Istoria, 80.

(2) Ibid., 127.

(3) *Pamfili a Torrigiani el 30 de agosto y 20 de septiembre de 1762, Nunziat. di Francia, 517, loco cit.

(4) *Pamfili a Torrigiani el 30 de agosto de 1762, *ibid.*, 517; *Torrighiani a Pamfili el 8, 15 y 29 de septiembre de 1762, *ibid.*, 453.

(5) *Extrait des registres du Parlement du 7 Septembre 1762 (impreso)*; *Pamfili a Torrigiani el 14 de septiembre de 1762, Nunziat. di Francia, 517, loco cit.

(6) *Pamfili a Torrigiani el 18 de octubre y 29 de noviembre de 1762, *ibid.*

(7) Arrêt du Parlement de Rouen, du 3 Mars 1763, Ruán, 1763; *Pamfili a Torrigiani el 14 de marzo de 1763, Cifre, Nunziat. di Francia, 518, loco cit.; Ricci, *Istoria, 161. En el citado Arrêt se dice (p. 21): Et sera le Roi très-humblement supplié en tous tems et en toute occasion, en sa qualité de Roi très-chrétien et de fils aîné de l'Eglise, de procurer à toute la chrétienté, par les voies que sa sagesse lui inspirera, l'extinction totale d'une Société pernicieuse, qui au moyen des précautions dont elle s'est armée contre sa destruction, ne seroit pas suffisamment détruite, si elle ne l'étoit par toute la terre.

(8) Arrest de la Cour de Parlement du 22 Février 1764, París, 1764.

(9) Arrêt du Parlement de Rouen du 22 Mars 1764, Ruán, 1764.

(10) 24 de marzo de 1764, *Pamfili a Torrigiani el 23 de abril de 1764, Cifre, Nunziat. di Francia, 519, loco cit.

(11) *Pamfili a Torrigiani el 7 de mayo de 1764, *ibid.*

instrucción pastoral del arzobispo Beaumont, contra todos los que no habían renegado de la Orden prestando el prescrito juramento. En vista de ello presentaron al monarca su dimisión los confesores de palacio (1), a los cuales, a pesar de los esfuerzos en contra por parte del delfín, les fué también aceptada, con gran sentimiento y pesar del resto de la real familia. Ni la misma mujer del delfín pudo lograr que permaneciera cabe sí hasta su próximo parto el confesor. Sólo al de la reina le fué permitido permanecer hasta tanto no llegase su sucesor (2). Los restantes se retiraron parte a aquellas provincias de Francia donde a los jesuitas todavía les estaba tolerado permanecer, y otros se buscaron asilo como simples particulares en Flandes, Suiza y en Alemania (3). Pésima impresión produjo en vastas capas de la población y principalmente en Roma el que al mismo tiempo fueran introducidas familias protestantes de Alemania para asentarlas en las colonias francesas (4).

Con la tácita aprobación de Carlos III (5), gran número de jesuitas franceses se habían refugiado en España (6), donde a partir de 1762 dispusieron de franco asilo en Loyola y en otros puntos (7). El arzobispo de Santiago y otros prelados españoles se ofrecieron a mantener a los desterrados que acudieran a sus diócesis (8). La propuesta presentada por Campomanes y Valle y Salazar de extrañar a los jesuitas franceses fué ciertamente rechazada por

(1) Crétineau-Joly, V^o, 231 s.

(2) *Pamfili a Torrigiani el 27 de febrero y 5 de marzo de 1764, Cifre, Nunziat. di Francia, 519, loco cit.; Ricci, *Istoria, 182. La cacciata dei Gesuiti farà alla Francia grand'onore. Non intendo la compassione (*Tanucci a Galiani el 31 de marzo de 1764, *Archivo de Simancas*, Estado, 5988). A Desmaretz le fué asignada una pensión anual de 12 000 libras y a los demás confesores de palacio otra de 6000 a cada uno; veíglia Dio che si paghino, observa Ricci (*Istoria, 180).

(3) *Pamfili a Torrigiani el 5 y 19 de marzo, y 9 y 16 de abril de 1764, Nunziat. di Francia, 519, loco cit.

(4) *Torrighiani a Pamfili el 28 de marzo de 1764, *ibid.*, 453. Cf. también las *cartas de Torrigiani a Pamfili el 18 de enero, 22 de febrero, 14 y 21 de marzo, y 2 de mayo y 29 de agosto de 1764, *ibid.*

(5) Idiáquez a Nectoux el 1.º de mayo de 1764, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 690.

(6) 64 en Guipúzcoa, unos 57 en Castilla, 24 en Aragón (*Nectoux a Ricci el 7 de septiembre de 1764, *ibid.*). Una lista impresa de los jesuitas franceses existentes en Castilla, *ibid.*, 688.

(7) *Ricci a Nectoux el 13 de octubre de 1762, *ibid.*, 666.

(8) *Idiáquez a Nectoux el 5 de junio de 1764 (copia), *ibid.*, 690. Una lista de donativos para los padres franceses contiene el nombre de trece arzobispos y obispos españoles (*ibid.*, 688).

la mayoría del Consejo de Castilla (1), pero al mismo tiempo fué tomada la decisión de denegar la admisión a aquellos que no quisieran llevar el hábito religioso y morar en casas de la Orden (2). Para no arrastrar a la ruina a los religiosos españoles cuya situación ya entonces estaba amenazada (3), expresó el padre general el deseo de que no se realizasen más expediciones (4).

Las medidas adversas de los parlamentos aniquilaron no sólo la existencia oficial de la Orden en Francia, sino que además iban encaminadas a relajar la disciplina religiosa y a hacer zozobrar en la fidelidad a su vocación a los religiosos. Aun cuando la mayoría de los asistentes y de los teólogos de Roma eran de parecer que en gracia de las circunstancias imperantes, el miedo al destierro constituía suficiente motivo para los jóvenes escolares para solicitar su dimisión (5), muchos de ellos dieron prueba de una heroica lealtad a la vocación y antes que renunciar a ella prefirieron saborear el pan del destierro (6). A quince de los mismos prestó acogida la provincia polaca (7). Un escolar pidió a su padre seiscientas libras para poder marchar a Polonia. Como el padre, que en vano había recurrido a todos los medios para retenerle, no accediese a la petición, se empeñó el hijo en salir con su intento por medio de limosnas. Conmovo de esta entereza envióle el padre el solicitado dinero para sufragar el viaje (8). Los clérigos de Dole y Tournon dirigieron una carta colectiva al P. Ricci para procurar a los desterrados un asilo fuera de Francia donde aquéllos pudieran proseguir la vida religiosa. Al padre general se le rompía el corazón al no poder escuchar las desesperadas voces de auxilio, porque otras muchas provincias se hallaban imposibilitadas por sus príncipes de hacer lo mismo que la provincia polaca (9). Otros continuaron la vida regular dentro del propio país, depuesto el hábito jesuítico, en

(1) *Tanucci a Galiani el 23 de febrero de 1765, *ibid.*, Estado, 5992.

(2) *El Consejo en 23 de agosto de 1764, *ibid.*, Gracia y Justicia, 687; *Nectoux a Ricci el 7 de septiembre de 1764 (copia), *ibid.*, 690.

(3) *Nectoux a Ricci, sin fecha [¿abril de 1765?], extracto, *ibid.*, 666.

(4) *Idiáquez a Nectoux el 14 de julio de 1764 (copia), *ibid.*, 690.

(5) Todos los asistentes, excepto el polaco, respondieron afirmativamente a la pregunta, pero sólo en las presentes circunstancias, cuando no existía lugar alguno de refugio ni medios de vida (Ricci, *Istoria, 68 s.).

(6) *Nectoux a Ricci el 13 de marzo de 1766 (copia), *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 690; *Ricci a Nectoux el 1.º de mayo de 1766, *ibid.*, 666.

(7) Ricci, *Istoria, 152.

(8) *Ibid.*, 116; cf. 152.

(9) *Ibid.*, 77.

cuanto las circunstancias lo permitían (1). No pocos de ellos, que ya habían solicitado las dimisorias, o a quienes al entregárselas no se les había manifestado que podían conservar su estado fuera de las casas de la Orden, recabaron su readmisión (2). No pocos a su vez prometían, al marcharse, volver a la Compañía tan pronto como en Francia mejorasen las circunstancias (3).

Según los informes que Ricci recibía de los superiores (4) y de los prelados (5), la conducta de los dispersos fué generalmente buena. Duros fueron los apremios económicos que, a pesar de la admirable caridad, muchos hubieron de experimentar (6), apuros que crearon en los alcanzados el enojo y la exasperación de ánimo (7). Mucho tiempo transcurrió hasta que los parlamentos pasaran las pensiones establecidas. En algunos puntos, por ejemplo en Burdeos, eran tan mezquinas que apenas bastaban para vivir (8). Como los bienes de los jesuitas no respondieran ni con mucho a las esperanzas forjadas, no pudieron ser cumplidas las proposiciones hechas al principio (9); hasta comienzos de 1764 no ordenó un real decreto que la pensión de los profesos, igual en toda Francia, fuera de 400 liras (10).

(1) *Nectoux a Ricci [¿30 de mayo de 1764?], *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 690.

(2) *Ricci a Nectoux el 24 de mayo de 1764, *ibid.*, 666; *Nectoux a Ricci el 4 de junio de 1764, *ibid.*, 690; *Fierard a Ricci el 13 de septiembre de 1762; *De Kergatté a Ricci el 21 de marzo de 1763; *De la Fontaine a Ricci en marzo de 1763, *en poder de los jesuitas*, Gallia, 116; Ricci, *Istoria, 118.

(3) *Ricci a Nectoux el 20 de abril de 1763, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666; *Nectoux a Ricci el 3 de mayo de 1764, *ibid.*, 690.

(4) *Nectoux a Ricci el 24 de noviembre de 1763, *ibid.*; *Dupays a Ricci el 16 de diciembre de 1763, *en poder de los jesuitas*, loco cit.

(5) Ricci, *Istoria, 154.

(6) *Pamfill a Torrigiani el 19 de marzo de 1764, Cifre, Nunziat. di Francia, 519, loco cit.; *Nectoux a Ricci el 7 de febrero de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 690.

(7) *Ricci a Nectoux el 26 de julio [¿de 1764?], *ibid.*, 666. El mismo Nectoux creía en el rumor de que en las misiones jesuíticas hispanoamericanas se habían acumulado fabulosos millones, mientras los jesuitas franceses luchaban con la indigencia. El general tuvo que hacer esfuerzos para convencerle de lo infundado del rumor (*Nectoux a Ricci el 16 de noviembre de 1765, *ibid.*, 690; *Ricci a Nectoux el 26 de diciembre de 1765, *ibid.*, 666).

(8) Los jesuitas de Grenoble recibieron al principio 30 *sous* al día, los de París 20, los de Toulouse 12 y los de Aubenas 8 (Gigord, *La Compagnie de Jésus à Aubenas*, IV, Privas, 1907, 76).

(9) Nectoux a Ricci el 24 de noviembre de 1763 (copia), *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 690.

(10) *Pamfill a Torrigiani el 2 de enero de 1764, Cifre, Nunziat. di Francia, 519, loco cit.

De esta situación de cosas demasiado se deja entender que entre los tres millares de jesuitas debían sucumbir bastantes a la dura prueba. Así los profesos de Burdeos se dirigieron al cardenal secretario de Estado suplicándole que les recabase del Papa la dispensa de los votos, tanto para tranquilidad de la propia conciencia, puesto que la observancia del instituto se había hecho imposible, como también para poderse procurar el necesario sostenimiento. En Roma se negaron por entonces a otorgar las pretendidas dispensas, porque no se quería fomentar ni directa ni indirectamente los perversos fines de los poderes temporales (1). Otros, en cambio, se marchaban de los sitios donde podían vivir en paz y tranquilidad conforme a sus reglas, trasladándose a aquellas provincias donde les alcanzaba la secularización del Estado (2). Triste ejemplo de ello fué De Baine, provincial de la provincia de Lyon. En vez de retirarse a Aviñón o a Vienne en fiel cumplimiento del deber, y desde allí dirigir los restos de su provincia, permaneció de intento en Lyon, donde, sumiso al ordenamiento del Parlamento de París, depuso el hábito religioso y vivió como simple particular en traje de sacerdote secular. Por desgracia no fueron aislados semejantes escándalos, los cuales Ricci los achacaba al deseo inmoderado de una vida cómoda e independiente (3).

No pequeñas complicaciones y dificultades produjo la cuestión de la licitud del juramento que los parlamentos exigían como condición para poder percibir las pensiones fijadas (4). Al principio fué la actitud tan resuelta que el Papa hizo expresar por ello su satisfacción (5). Ninguno había querido conseguir su pensión a costa del inadmisibles juramento. Sin embargo, poco a poco fueron vacilando algunos, aunque ciertamente constreñidos por la necesidad. Un

(1) *Torrighiani a Pamfili el 7 de julio de 1762, *ibid.*, 453.

(2) Ricci, *Istoria, 133.

(3) *Ibid.*, 112, 116, 118. Otros ejemplos *ibid.*

(4) Sunt quidem nonnulli, qui existiment illud iusiurandum dari posse, et daturi sint, si exigatur. Verum, etsi forte illaeso obedientiae voto dari absolute queat, tamen ea est omnium fere virorum erga Religionem optime affectorum opinio, idem iusiurandum sine dedecore et illaesa conscientia dari non posse, quippe cum in mente decreti Rotomagensis contineat Instituti et regiminis eiurationem, tacitamque consensionem in iudicium, quo vota impia et irreligiosa declarantur a senatu (De la Croix a Ricci el 3 de agosto de 1762, *en poder de los jesuitas*, loco cit.).

(5) *Pamfili a Torrighiani el 30 de agosto de 1762, Cifre, Nunziat. di Francia, 517, loco cit.; *Torrighiani a Pamfili el 15 de septiembre de 1762, *ibid.*, 453; Ricci, *Istoria, 112.

edicto del 9 de marzo de 1764 contiene los nombres de veinticinco jesuitas, que en el distrito del Parlamento de París habían prestado dicho juramento (1). A una demanda de Torrigiani contestó el nuncio aludiendo a la disposición mencionada que en París habían hecho el juramento veinticinco y unos cinco en Lyon; no era posible dar números exactos, pues los parlamentos no habían publicado más nombres (2). Las relaciones solicitadas por Ricci ya no ha sido posible hallarlas (3). Mas según se desprende de otros documentos, el número de los que hicieron el juramento y de los salidos debió de ser mayor de lo que hasta el presente se había supuesto (4). «Dios ha querido, afirma el general, purificar de esta suerte la Compañía en Francia de muchos miembros poco piadosos y hasta defectuosos y perjudiciales, como antes de igual modo purificara las provincias portuguesas.» (5) Algunos se arrepintieron de su proceder e hicieron pública retractación (6). Las circunstancias hacen con todo que su conducta se nos presente un tanto mitigada. El nuncio Pamfili, que se hallaba en medio de las circunstancias, se esfuerza en sus informes a la curia por justificar el proceder de aquellos desgraciados. «Su situación (de los jesuitas), dice en su descripción, es según todos los indicios lamentabilísima. Si firman el juramento se exponen al peligro de que el arzobispo de París y algunos otros prelados los suspendan; se deshonoran a sí mismos realmente ante la opinión pública y dan pie a sus enemigos para que los tilden de preferir el propio interés al deber y a la conciencia. Si, empero, no lo firman, corren el riesgo de morir en la indigencia, y no es seguro todavía si se les permitirá vivir en el extranjero. La tentación es, pues, muy

(1) Arrest de la Cour de Parlement du 9 Mars 1764.

(2) *Pamfili a Torrigiani el 23 de abril de 1764, Cifre, Nunziat. di Francia, 519, loco cit.

(3) Mihi quoque notos esse pervelim provinciae Aquitaniae socios tum professos tum non-professos, qui nefandum aliquod iuramentum interposuerunt, nec abs re sane fuerit, si inter dimissos eiusdem provinciae socios dignoverim illos, qui detestandae cuipiam iuramenti formulae subscripserunt (*Ricci a Nectoux el 18 de diciembre de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666).

(4) *De la Croix a Ricci el 3 de agosto de 1762, en *poder de los jesuitas*, loco cit.; *Nectoux a Ricci el 14 de marzo de 1765, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 690; *Ricci a Nectoux el 4 de julio de 1765, *ibid.*; *Ricci a Garnier el 28 de mayo de 1765 (extracto), *ibid.*; Ricci, *Istoria, 114, 127, 131, 134, 147 y pássim.

(5) Ricci, *Istoria, 61.

(6) Ricci a Nectoux el 16 de febrero de 1763, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666; Ricci, *Istoria, 146, 152.

grande, y yo temo que a base de las dispensas que el general ha concedido para el tiempo de la disolución o bajo el falaz pretexto de que la observancia de las constituciones y del voto de obediencia se les ha hecho imposible, o por ignorancia o apoyados en la autoridad de personas relevantes, más de uno se resuelva por acatar la ley impuesta por el Parlamento. Aquí en París ha precedido ya con el mal ejemplo De Noyer, aun cuando yo me lisonjeo de que en esta capital no será contagioso.» (1)

También descendió de una manera alarmante el número de religiosos. El catálogo de la provincia de Lyon, que en 1761 todavía cuenta 701 jesuitas (2), en 1766 no contiene más que 472 (3). En la provincia de Champagne, donde las circunstancias eran las más favorables, descendió el número de 580, del año 1761 (4), a 511 en 1762 (5); el catálogo de 1767 contiene sólo 409 religiosos (6), si bien hay que tener en cuenta los sesenta fallecidos.

El 20 de febrero de 1764 había ya informado el nuncio a Roma que para Pascua de Resurrección se esperaba una real providencia confirmando la supresión de la Compañía de Jesús ya realizada por los parlamentos. Dicha medida no se fundaría en los vicios y defectos del instituto, sino en la libre resolución del monarca, quien ya no quería tolerar por más tiempo en su reino a dichos religiosos, a quienes para nada necesitaba. De esta suerte se cree que quedarán salvadas todas las quejas por transgresión de competencias (7). Torrigiani suponía (8) que el impulso para la publicación del edicto procedía del ministerio. Al nuncio expresó su temor de que en los actuales tiempos sería recibida con aplauso en otras partes la razón de que la Compañía de Jesús estaba ya de más en Francia. Mas pasaron las pascuas y el temido edicto no apareció. El 19 de noviembre de 1764 vuelve Pamfili a suscitar el asunto: el edicto pronto a aparecer disolverá las casas de los jesuitas todavía existentes en la Alsacia, en Flandes y en el Franco Condado, porque la supresión de los

(1) *Pamfili a Torrigiani el 27 de febrero de 1764, Cifre, Nunziat. di Francia, 519, loco cit.

(2) Vivier, Status Assistantiae Galliae, 171.

(3) Ibid., 192.

(4) Ibid., 36.

(5) Ibid., 54.

(6) Ibid., 116. De las restantes provincias no existen catálogos a partir de 1761.

(7) *Cifre, Nunziat. di Francia, 519, loco cit.

(8) *14 de marzo de 1764, ibid., 453.

colegios en unas partes del territorio y su conservación en otras obraría a guisa de un constante fermento. Para paliar la odiosidad del acto se permitirá a todos los jesuitas franceses la permanencia en el territorio y se devolverá la libertad al arzobispo Beaumont (1).

El 1.º de diciembre de 1764 había de sonar en Francia la hora fatídica para la Compañía de Jesús. En la asamblea plenaria de todos los parlamentos convocada para esa fecha, a la cual hubieron de asistir todos los duques y pares, se dió lectura al decreto (2) por virtud del cual Luis XV declaraba en uso de su suprema plenitud de poderes que dejaba de existir la Compañía de Jesús en Francia (3). A los miembros se les permitía permanecer como simples particulares en el reino bajo la jurisdicción de los ordinarios diocesanos. Todos los procesos contra las constituciones, contra las personas y contra los escritos de la Orden quedaban sobreseídos. Aquel mismo día registró el Parlamento dicha declaración, si bien autoritariamente añadió la restricción de que los jesuitas no podrían aproximarse a París en un radio de diez millas; además, cada medio año debían presentarse al magistrado del lugar de su residencia. De su vigilancia fueron encargadas las autoridades (4). El Parlamento del Franco Condado fué el único que por mayoría de veintiséis contra veintitrés votos protestó contra el real edicto (5), naturalmente sin resultado (6).

En la instrucción que el duque de Praslin remitió al embajador francés cabe la Santa Sede, Aubeterre, le expuso los motivos que habían movido al rey a suprimir la Compañía. Aun cuando el sobe-

(1) *Pamfili a Torrigiani el 19 de noviembre de 1764, *ibid.*, 520. El arzobispo Beaumont recibió el 4 de diciembre de 1764 licencia para regresar a París (Pamfili a Torrigiani el 10 de diciembre de 1764, *ibid.*, 520).

(2) Fecha Versailles 1764, noviembre (Lyón, 1764). Los reales edictos no llevan por regla general fecha alguna.

(3) Con razón pregunta Torrigiani adónde se iría a parar si cada soberano se arrogara el derecho de extrañar a una Orden cualquiera de sus estados, por mucho que fuera el tiempo que en ellos llevara de asiento (*a Pamfili el 19 de diciembre de 1764, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, loco cit.).

(4) *Extrait des Registres du Parlement, du premier Décembre 1764*, Lyón, 1764; *Pamfili a Torrigiani el 3 y 10 de diciembre de 1764, Cifre, Nunziat. di Francia, 520; *Pamfili a Torrigiani el 6 de enero de 1765, *ibid.*, 521.

(5) Très-humbles et très-respectueuses remontrances présentées au Roi par le Parlement de Franche-Comté, au sujet de l'édit du mois de Novembre 1764, concernant les Jésuites. Arrêtées dans l'assemblée des Chambres, tenue le 12 Janvier 1765 (sin pie de imprenta ni fecha); *Pamfili a Torrigiani el 24 de diciembre del 1764, Cifre, Nunziat. di Francia, 520, loco cit.

(6) *Pamfili a Torrigiani el 12 de enero de 1765, *ibid.*, 521.

rano no creía necesaria la existencia de los jesuitas para la conservación de la religión católica en Francia, pues antes de su llegada, durante ocho siglos había ya florecido allí la fe romanocatólica, sin embargo, los había considerado útiles para la Iglesia y el Estado por su edificante conducta y su labor docente. Razones de más alta naturaleza, como eran la solicitud por la paz y tranquilidad del reino, le habían llevado a la decisión adoptada. El intento de reformar las constituciones de la Orden con el fin de adaptarlas a las leyes y principios básicos del reino, se había estrellado contra la absoluta recusación de la Santa Sede, de suerte que fundamentalmente el propio Pontífice era el que, aun cuando contra sus designios, había provocado la supresión de la Orden en Francia. En el edicto había prescindido el monarca de toda crítica de las constituciones, porque esto no incumbía a su competencia. La solicitud por la paz interior y la opinión pública soliviantada contra la Orden no le habían permitido al rey diferir por más tiempo su resolución. Por interés tanto de la religión como de la Compañía impóngase silencio el Papa, pues todo paso contra los designios del soberano será inútil y hasta puede llegar a ser peligroso. Esto lo había de exponer Aubeterre al cardenal secretario de Estado, y, caso que el cardenal protector Sciarra lo aprobara, incluso al Papa, haciendo constar al mismo tiempo que por la declaración ningún cambio se había producido en el celo del rey por la religión y en su devoción hacia la Santa Sede (1). Consultado el cardenal protector, se resolvió el embajador por no dar paso alguno hasta que se le ofreciera coyuntura de exponer los móviles a que obedecía el real edicto (2). Ni el Papa ni el cardenal secretario recibieron jamás referencia oficial (3).

La actitud de Clemente XIII respecto al edicto del 1.º de diciembre de 1764 no podía ser dudosa tras todo lo que había precedido. En su alocución del 3 de septiembre de 1762 había declarado ya nulas e írritas las decisiones hostiles tomadas contra los jesuitas;

(1) Theiner, *Histoire*, I, 53 ss. El embajador francés tenía el encargo de exponer a la curia las razones del rey (*Pamfili a Torrigiani el 10 de diciembre de 1764, y 24 de enero y 25 de febrero de 1765, Cifre, *Nunziat. di Francia*, 520 y 521, loco cit.).

(2) Praslin a Aubeterre el 8 de enero de 1765, en Theiner, *Clementis XIV Epistolae et Brevia*, 335 s.

(3) *Torrighiani a Pamfili el 26 de diciembre de 1764 y 6 de febrero de 1765, Cifre, *Nunziat. di Francia*, 453, loco cit.

sólo consideraciones de prudencia le habían disuadido de dar a su protesta carácter público y oficial (1); todas las esperanzas en un cambio realizado en Francia se habían desvanecido entre tanto; por el contrario, Luis XV mediante su edicto del 1.º de diciembre de 1764, estampaba su sello real a un mismo tiempo sobre todas las medidas antirreligiosas. Praslin había querido imponer silencio al supremo jerarca de la Iglesia respecto a esta vejación. Clemente XIII, que con frecuencia había protestado que jamás toleraría imposiciones de corte alguna ni de ningún ministro en el cumplimiento de su augusta misión, consciente de su dignidad y de su deber no podía menos de rechazar con las obras tan humillante pretensión. Callar por su parte lo consideraba una traición a su conciencia y una ocasión de error para los fieles (2). Por otra parte, también quería Clemente mirar por su fama personal. Para salir al paso al reproche de que la actitud por él hasta entonces observada en la cuestión jesuítica había sido tímida, débil y condescendiente en demasía (3), quiso expresar públicamente su íntimo convencimiento en una solemne declaración, a fin de que de su silencio no pudiera argüirse que estaba en pugna su conducta con la de sus predecesores que habían aprobado la Orden jesuítica (4). Así, pues, la confirmación de la Compañía de Jesús mediante la bula *Apostolicum pascendi* no fué objetivamente más que el resultado natural y la consecuencia necesaria de la norma por él siempre seguida; y a sus ojos, sólo el simple cumplimiento de un estricto deber de conciencia (5).

De la redacción de la bula fué encargado monseñor Giacomelli, a quien el jesuita Le Forestier proporcionaría el material necesario (6). Sin embargo, ni los guiones (7) excesivamente detallados de Le Forestier, como tampoco las observaciones hechas por Ricci sobre el particular (8) fueron tenidos en consideración por temor a que

(1) V. anteriormente, pág. 277; Clemente XIII al obispo de Lodève el 17 de septiembre de 1763, Bull. Cont., III, 819.

(2) Clemente XIII al arzobispo de Tarragona el 13 de marzo de 1765, *ibid.*, 942 s.

(3) Clemente XIII al obispo de Sarlat el 4 de noviembre de 1764, *ibid.*, 901.

(4) Clemente XIII al obispo de Michoacán (Méjico) el 23 de junio de 1766, *ibid.*, 1087 s.

(5) Cf. Ravignan, I, 152 s.; [Boero], Osservazioni, I^a, 84 ss.

(6) *Bullae conficiendae delineatio. Observatio. Monumenti spettanti alla Bolla di Clemente XIII «Apostolicum pascendi» confermatória dell'Istituto dei Gesuiti, *en poder de los jesuitas*.

(7) *Ibid.*, Monumenti, 1^d.

(8) *Ibid.*, 1^b y 1^c.

sólo ofrecieran materia para nuevos ataques y robaran peso a la declaración (1). Tampoco fué del agrado de Torrigiani la minuta del cardenal Castelli (2). Por fin, al recibirse la noticia de la ya inminente publicación del real decreto (3), aprobó y firmó el Pontífice el trabajo de Giacomelli que ya estaba terminado (4). Mediante cambios y adiciones se evitó todo aquello que hubiera podido dar justificado motivo de choques (5).

La Santa Sede, se decía en esta constitución del 7 de enero de 1765, que no puede tolerar que se le impongan limitaciones en el ejercicio de su supremo deber pastoral por consideración alguna humana, ha hecho objeto en todo tiempo de sus más excelsas solicitudes a las corporaciones religiosas, entre las cuales ocupa la Compañía de Jesús un puesto relevante. Dicha Orden, fundada por un santo y aprobada por varios pontífices, se ha manifestado siempre como instrumento adecuado para fomentar el honor de Dios y la salvación de las almas, por lo cual había experimentado la protección de los soberanos. En su seno se habían formado santos, y santos habían tributado elogios a su instituto, llamado pío por el concilio de Trento, y ahora difamado de palabra y por escrito y tachado de irreligioso e impío, con lo cual se lanza contra la Iglesia

(1) Ibid. 1ª, nota marginal que parece ser de mano de Giacomelli.

(2) *Il piano della Bolla che aveva fatto Msgr. mio Giacomelli, al primo colpo d'occhio mi piacque estremamente, e seguita a piacere molto più che l'altro del card. Castelli (Torrighiani a Giacomelli el 2 de diciembre de 1764, *ibid.*, 10). A juzgar por los documentos existentes, parece que no se trata de un borrador exclusivo de Castelli, sino del *borrador de Giacomelli reformado según las aco-taciones y propuestas de Castelli, como existe *ibid.*, 6 y 7.

(3) Cerrado el pliego recibió Castelli la noticia de la inminente publicación del real edicto de noviembre y 1.º de diciembre de 1764. Por esta razón añadió otro billete, sin fecha, pero del mismo 29 de noviembre de 1764, en el cual indicaba al fin: Se tal notizia fosse sussistente, sopra di che Monsignore potrà meglio indagare che io, gli lascio a considerare, se converrà in un tale pericoloso frangente dar moto a quest'acqua (**Monumenti*, 9).

(4) Con esta relación basada en los documentos originales se desvanecen por sí mismas las afirmaciones de Theiner (*Histoire*, I, 157), de que el colegio cardenalicio no había tenido la menor noticia del paso dado por el Papa y que el propio cardenal secretario se enteró de la existencia de la bula el día mismo en que fué firmada.

(5) La devolución del manuscrito a Giacomelli la acompañó Castelli de un billete, cuyo final reza así: Del resto volendosi fare la Bolla pare anche a me che difficilmente potrebbe concepirsi più ragionata e più decorosa di questa. Resterà solo a Sua S^{ta} il determinare se abbia da pubblicarsi nelle presenti circostanze, che alla stessa S^{ta} Sua saranno più note che a me (*a Giacomelli el 29 de noviembre de 1764, *Monumenti*, 7ª).

la infamia de haber errado al proclamarlo pío y grato a Dios, y, lo que es peor todavía, al permitirlo en su seno por espacio de más de dos centurias en perjuicio de las almas. Para rechazar estas graves ofensas contra la Iglesia y tan injustas como perniciosas difamaciones de la Orden, declara el Papa, accediendo a las justificadas súplicas de los jesuitas y de acuerdo con los obispos del orbe, conforme al ejemplo de sus predecesores, que las constituciones de la Compañía de Jesús respiran en alto grado piedad y santidad tanto por el fin que se proponen de dilatar y defender la religión católica, como también por los medios para ello empleados. Esta Orden ha producido numerosos varones que han difundido la verdadera fe, han anunciado con fruto la divina palabra, han llevado la luz del Evangelio a los paganos, han educado a la juventud y por medio de los ejercicios y misiones a los pueblos han movido a los fieles a mejorar de vida y a la frecuente recepción de los sacramentos. En vista de ello confirma el Pontífice esta Orden llamada a la vida por la Providencia, declara gratos a Dios sus votos, los ejercicios promovedores de la piedad cristiana, y recomienda principalmente las congregaciones marianas. Para concluir confirma Clemente XIII otra vez todas las bulas de sus predecesores en favor de la Compañía de Jesús (1).

En el escrito con el cual envió Torrigiani la bula al nuncio de París hacía notar lo siguiente: las violentas persecuciones contra los jesuitas de aquellas regiones y las graves acusaciones contra su instituto habían determinado al Pontífice a acudir en auxilio de los oprimidos en la única forma a él posible, y a dar testimonio de la verdad. Como la constitución habrá de dar indudablemente pie a rumores, por eso le envía primeramente un ejemplar a Pamfili para que de su texto vea con qué discreción se ha procedido al redactarla y cómo se habían tenido las debidas consideraciones a todos los bandos (2). No se engañó el nuncio sobre la acogida que la bula encontraría en Francia. No pocos, dijo, entre ellos la mayoría de los obispos y del clero secular, la aprobarán. Por otra parte, habrá muchísimos que la reprobarán, principalmente el ministerio, los parlamentos, los abogados, una buena parte del clero regular y sin género de duda todo el partido jansenista. Su prohibición era más

(1) El texto de la Bula en el Bull. Cont., III, 918 s.; Ravignan, I, 534 ss.

(2) *Torrighiani a Pamfili el 16 de enero de 1765, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, loco cit.

que segura. Seguirán las quejas de los ministros y finalmente todo terminará en un profundo silencio (1).

Como Pamfili había presagiado, así sucedió. Praslin se quejó de la ofensa que se había inferido al rey con la imprudente publicación de la constitución (2). El nuncio arguyó que habiendo publicado el rey su declaración sin dar de ello la menor cuenta a la curia romana, le había sido imposible al Papa callar por más tiempo, pues la Santa Sede no podía tolerar la supresión de una Orden por ella aprobada ni contemplarla sin levantar su voz (3). Los parlamentos de París (4), Aix (5) y Ruán (6) prohibieron la bula con provocativo desprecio; el último llegó hasta el extremo de perseguir al autor de la constitución (7). Con todo, el ministerio se interpuso, con lo cual quedó liquidado el asunto en Francia (8). En la mayor parte de las demás potencias católicas se dispensó a la declaración de la Santa Sede una acogida más que fría. Los ministros dirigentes, que sabían paliar sus intenciones irreligiosas con respetos a la alianza o amistad con Francia, se dieron traza para influir en los respectivos monarcas de suerte que se prohibiera la publicación de la bula (9).

(1) *Pamfili a Torrigiani el 4 de febrero de 1765, *ibid.*, 521.

(2) *Pamfili a Torrigiani el 11 de febrero de 1765, *ibid.*

(3) *Ibid.*

(4) Arrest de la Cour de Parlement du 11 Février 1765 (impreso).

(5) 5 de marzo de 1765; la traducción portuguesa de la resolución del Parlamento en [Biker], I, 272 ss.

(6) *Pamfili a Torrigiani el 25 de febrero de 1765, Cifre, Nunziat. di Francia, 521, loco cit.

(7) *Pamfili a Torrigiani el 11 de marzo de 1765, *ibid.*

(8) *Pamfili a Torrigiani el 18 de marzo y 22 de abril de 1765, *ibid.*

(9) El 8 de marzo de 1765 prohibió María Teresa la publicación de la bula por consideración a Francia (*Stimmen der Zeit*, CX [1925-26], 212 ss.). Con esta ocasión se permitió Tanucci las más groseras injurias contra el Pontífice. Como característica del ministro sirva el siguiente pasaje de una carta: Però non è gran cosa che la Bolla «Apostolicum» passi per Maestà lesa, lodandovisi e approvandovisi coloro, che sono stati dichiarati nemici del Re e dello stato, quali per verità sono li Regolari tutti, e più li Gesuiti, perchè son più Frati di tutti gli altri. Il Papa è il Bruto universale o pure l'universale Catilina (*Tanucci a Catanti el 23 de julio de 1765, *Archivo de Simancas*, Estado, 5993). Mientras los parlamentos de Francia vedaban violentamente todas las declaraciones del Papa y de los obispos para garantizar los derechos, la Facultad de Derecho de la Sorbona pregonaba su adhesión al concilio de Utrecht y condenaba, en una carta al arzobispo jansenista, con los más violentos dictérios, los escritores jesuitas Hardouin, Berruyer, Pichon, y en general a todos los recientes casuistas (Pamfili a Torrigiani el 18 de febrero de 1765, Cifre, Nunziat. di Francia, 521, loco cit.). Por orden del Consejo de Estado fué suspendido el Avis doctrinal de la facultad de los jesuitas (*Pamfili a Torrigiani el 4 y 11 de marzo de 1765, *ibid.*).

La amargura que al Papa produjo la recusante actitud de los poderes temporales fué en parte mitigada por el favorable juicio que su proceder mereció del episcopado católico. De Francia, España y Alemania, de Suiza, Polonia y Austria, de Italia y América llegaron cartas de adhesión, de las cuales todavía se conservan cincuenta y una (1). Fueron un alto y unánime testimonio en favor de la integridad de la Orden (2). La más íntima satisfacción que a Clemente XIII le pudo caer en suerte le vino de parte del episcopado francés (3). El 9 de enero de 1765 había aparecido la bula; a fines de mayo se reunieron treinta y un prelados en el convento de los agustinos de París para celebrar una asamblea general (4); y aun cuando el ministro Praslin prohibió (5) la pública lectura de un breve pontificio aprobando una actuación varonil (6), no se arredraron por ello los prelados y elevaron su voz al Sumo Pontífice en favor de los oprimidos. En una exposición al rey expresó la asamblea su pesar de ver cómo la Orden religiosa que se había distinguido extraordinariamente por la pureza de su fe, por sus intachables costumbres y por el rigor de su disciplina regular, que tantos y tan grandes servicios había prestado a la Iglesia y al Estado por su incansable actividad en la enseñanza y en los ministerios con los prójimos, fuera llevada ante los tribunales a guisa de criminal y contra

(1) Ravignan, I, 168, n. 1, 498 ss., 540 ss.; II, 300 ss. La carta de San Alfonso de Liguorio a Clemente XIII, *ibid.*, I, 164 s.

(2) Clemente XIII al obispo de Chiapas, de América, el 26 de junio de 1766, Bull. Cont., III, 1089.

(3) *Torrighiani a Pamfili el 25 de septiembre y 2 de octubre de 1765, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, loco cit.

(4) Ravignan, II, 229, n. 1.

(5) *Torrighiani a Pamfili el 8 de mayo de 1765, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, loco cit. Texto del Breve, del 8 de mayo de 1765, en el Bull. Cont., III, 952.

(6) Cf. sobre ello *Pamfili a Torrighiani el 27 de mayo y 3 de junio de 1765, Cifre, Nunziat. di Francia, 521, loco cit. A las quejas de Praslin respondió Torrighiani que el Papa no toleraba imposición alguna ni que se entorpeciera la libertad de escribir a sus hermanos de Francia. Por cortesía había comunicado al embajador francés el borrador, y por consejo del mismo había hecho algunas modificaciones a fin de evitar todo roce. Ahora ya no modificará nada el Papa en el Breve, como tampoco adaptará el estilo a las normas adoptadas por la corte. El nuncio dará a conocer el documento a cada uno de los obispos en particular (*Torrighiani a Pamfili el 3 de julio y 7 de agosto de 1765, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, loco cit.). En sustancia, idéntica fué la respuesta que recibió Aubeterre cuando en nombre de su corte presentó sus objeciones al secretario de Estado (*Aubeterre a Torrighiani el 7 de agosto de 1765, *ibid.*, 453, apéndice; *Torrighiani a Aubeterre el 7 de agosto de 1765, *ibid.*).

ella se lanzaran las más atroces acusaciones, a pesar de los ininterrumpidos testimonios de la Iglesia de Francia en favor de su inocencia. La dispersión de estos religiosos causaba un enorme vacío en la cura de almas y en la educación de la juventud. Por esta razón no cesaría jamás el clero francés de suplicar su restablecimiento en la patria (1).

En la exposición de los derechos del poder religioso (2), que el arzobispo de Reims envió a todos los prelados del país para que lo dieran a conocer en sus respectivas diócesis (3), se exponen los mismos principios sobre el estado y votos religiosos que el Papa había consignado en su constitución; noventa y cinco obispos expresan paladinamente su adhesión (4). Razón tenía Clemente XIII para escribir a un prelado que de las cartas gratulatorias se desprendía un unánime testimonio en favor de la Compañía de Jesús (5). Si el Papa no logró el éxito externo, en cambio pudo quedar tranquilo en su conciencia de haber cumplido plenamente con su deber pastoral. No fueron ciega predilección a los jesuitas y tenaz aferramiento a anticuadas pretensiones autoritarias las que le guiaban en sus pasos: el fin último de su actuación en favor de la perseguida Orden era la defensa y conservación de la autoridad y de los intransferibles derechos de la Iglesia y de la Sede Apostólica frente a los excesos del poder temporal (6), como el Papa y el cardenal secretario nunca dejaron de afirmar (7).

(1) Extracto en Ravignan, I, 166 s.

(2) *Exposition sur les droits de la puissance spirituelle*, en *Actes de l'Assemblée générale du clergé de France sur la religion*. Extraits du procès-verbal de ladite assemblée, tenue à Paris, par permission du Roi, au couvent des Grands-Augustins, en 1765, Paris, 1765, 8 ss. Cf. Picot, IV, 180 ss.

(3) 27 de agosto de 1765, *ibid.*, introducción.

(4) Ravignan, II, 329, n. 1. *Torrighiani a Pamfili el 2 de octubre y 6 de noviembre de 1765, Cifre, Nunziat. di Francia, 453, loco cit. Los parlamentos de París y Aix lanzaron sendas prohibiciones especiales contra la instrucción pastoral de los obispos (*Torrighiani a Pamfili el 25 de septiembre y 27 de noviembre de 1765, *ibid.*), sin embargo el Consejo de Estado suspendió la decisión del Parlamento de París (*Torrighiani a Pamfili el 2 y 16 de octubre de 1765, *ibid.*).

(5) Clemente XIII al obispo de Chiapas el 26 de junio de 1766, Bull. Cont., V, 1089.

(6) «Al confirmar Nos de nuevo por nuestra Constitución el Instituto de la Compañía de Jesús, quisimos defender no tanto a dicha Orden cuanto el juicio y el honor de la Sede Apostólica y de toda la Iglesia» (...Nostra Constitutio, qua laudando confirmandoque Societatis Jesu Instituto, non tam ipsam Societatem, quam Apostolicæ Sedis et Ecclesiæ universæ iudicium defendimus). Clemente XIII al obispo de Ortona el 9 de septiembre de 1765, Bull. Cont., III, 1016.

(7) Tras el real edicto del 1.º de diciembre de 1764 tornaron un número

considerable de jesuitas desterrados a su patria (*Pamfili a Torrigiani el 14 de enero de 1765, Cifre, Nunziat. di Francia, 521, loco cit.) y prosiguieron sus actividades como profesores, escritores y operarios en cuanto las circunstancias lo toleraban (*Nectoux a Ricci, copia sin fecha [fines de 1764 o comienzos de 1765], *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 690; *Ricci a Nectoux el 14 de febrero de 1765, *ibid.*, 666). Otros, que como sacerdotes particulares o preceptores habían encontrado un modesto medio de subsistencia, conservaron su colocación. En cambio otros continuaron su apreciada vida religiosa en el extranjero junto con sus hermanos de religión hasta que allí les alcanzó también la extinción.

VI. Carlos III de España y su política religiosa. La expulsión de los jesuítas de España

I

Ni la católica España quedó incontaminada de los principios irreligiosos de la época (1). La alta nobleza española de la cual salían los embajadores y altos funcionarios, realizaba viajes a Londres y a París, trababa vínculos familiares con la nobleza extranjera, sostenía relación con Diderot y D'Alembert, alternaba en los círculos de madame Geoffrin y de mademoiselle Lespinasse y no se abstenía de acudir en peregrinaciones al patriarca de Ferney, donde difamaban a su patria tachándola de bárbara y fanática para granjearse de Voltaire el gratulatorio mote de espíritus liberales (2). Sin embargo, incrédulos perfectos como el conde de Aranda, eran todavía raros en España. Para muchos la filosofía emergente del iluminismo (Aufklärung) no pasaba de ser una cuestión de moda, un barniz exterior que al regresar a la patria pronto desaparecía. Otros, en cambio, traían del extranjero el prurito de introducir reformas en la patria. Mientras un grupo no quería rebasar en dicha empresa los límites permitidos por la religión y la monarquía, en el otro producía honda impresión cuando en el extranjero se ensalzaba el iluminismo como la fuente mágica del apogeo nacional y de todo progreso y en cambio se achacaba a la Iglesia el estado de postración y atraso de los países meridionales (3). Se formó una corriente ideológica en la cual la oposición contra la Iglesia y la religión se amalgamaban con las

(1) Morel Fatio, *Etudes sur l'Espagne*, II, París, 1890, 9 ss.; Danvila y Collado, II, 564 ss.; Rousseau, I, 169 s.; Fernán-Núñez, *Vida*, I, Prólogo, xv; Brück, *Die geheimen Gesellschaften in Spanien*, Maguncia, 1881, 1.

(2) Morel Fatio, II, 137; Coloma, *Retratos de antaño*, 42 ss.

(3) Danvila y Collado, II, 565 ss. Cf. anteriormente, pág. 130.

considerable de jesuitas desterrados a su patria (*Pamfili a Torrigiani el 14 de enero de 1765, Cifre, Nunziat. di Francia, 521, loco cit.) y prosiguieron sus actividades como profesores, escritores y operarios en cuanto las circunstancias lo toleraban (*Nectoux a Ricci, copia sin fecha [fines de 1764 o comienzos de 1765], *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 690; *Ricci a Nectoux el 14 de febrero de 1765, *ibid.*, 666). Otros, que como sacerdotes particulares o preceptores habían encontrado un modesto medio de subsistencia, conservaron su colocación. En cambio otros continuaron su apreciada vida religiosa en el extranjero junto con sus hermanos de religión hasta que allí les alcanzó también la extinción.

VI. Carlos III de España y su política religiosa. La expulsión de los jesuítas de España

I

Ni la católica España quedó incontaminada de los principios irreligiosos de la época (1). La alta nobleza española de la cual salían los embajadores y altos funcionarios, realizaba viajes a Londres y a París, trababa vínculos familiares con la nobleza extranjera, sostenía relación con Diderot y D'Alembert, alternaba en los círculos de madame Geoffrin y de mademoiselle Lespinasse y no se abstenía de acudir en peregrinaciones al patriarca de Ferney, donde difamaban a su patria tachándola de bárbara y fanática para granjearse de Voltaire el gratulatorio mote de espíritus liberales (2). Sin embargo, incrédulos perfectos como el conde de Aranda, eran todavía raros en España. Para muchos la filosofía emergente del iluminismo (Aufklärung) no pasaba de ser una cuestión de moda, un barniz exterior que al regresar a la patria pronto desaparecía. Otros, en cambio, traían del extranjero el prurito de introducir reformas en la patria. Mientras un grupo no quería rebasar en dicha empresa los límites permitidos por la religión y la monarquía, en el otro producía honda impresión cuando en el extranjero se ensalzaba el iluminismo como la fuente mágica del apogeo nacional y de todo progreso y en cambio se achacaba a la Iglesia el estado de postración y atraso de los países meridionales (3). Se formó una corriente ideológica en la cual la oposición contra la Iglesia y la religión se amalgamaban con las

(1) Morel Fatio, *Etudes sur l'Espagne*, II, París, 1890, 9 ss.; Danvila y Collado, II, 564 ss.; Rousseau, I, 169 s.; Fernán-Núñez, *Vida*, I, Prólogo, xv; Brück, *Die geheimen Gesellschaften in Spanien*, Maguncia, 1881, 1.

(2) Morel Fatio, II, 137; Coloma, *Retratos de antaño*, 42 ss.

(3) Danvila y Collado, II, 565 ss. Cf. anteriormente, pág. 130.

concepciones de Dios y del mundo que estaban de moda; y con los nuevos principios del orden público y social se engendró un sistema formal. Esta aversión contra lo existente fué robustecida con el apoyo que le vino del campo del jansenismo, el cual pretendía justificar su oposición al poder religioso con los múltiples abusos de carácter eclesiástico existentes.

Por lo que a los jesuitas se refiere, se había formado contra ellos un fuerte antagonismo en los círculos de las Órdenes religiosas. Los agustinos trinaban contra ellos por sus ataques contra el mayor sabio agustino de aquella época, el cardenal Noris (1). A los frailes en general hizo montar en cólera la novela satírica «Fray Gerundio», en la cual el jesuita José Francisco de Isla puso en el mayor de los ridículos la barroca oratoria sagrada de la época, alcanzando con ello un éxito abrumador. Muy lejos estaba del ánimo de Isla la pretensión de ridiculizar la vida monástica; pero el hecho de que el protagonista de la novela fuera un fraile engendró mala sangre entre las Órdenes antiguas contra los jesuitas. Por lo demás, el libro apareció a destiempo; en el siglo de Voltaire pudo muy bien prestar armas a los que se mofaban de la religión. No hay, pues, que maravillarse de que la novela fuera a parar al Índice español primero y al romano después. Gran desgracia fué para la Compañía que uno de sus miembros consiguiera un éxito tan rotundo y decisivo a costa de otros (2).

Para con el gobierno español perjudicaban a los jesuitas las revueltas del Paraguay con motivo del tratado de límites entre España y Portugal (3). Dichas contiendas produjeron también una revolución en la política de la corte. El ministro de colonias, Ensenada (4), consideraba el tratado de límites perjudicial para España; empero la reina doña Bárbara, princesa de Portugal, empeñada en defender los intereses de su patria incluso en el extranjero, vela

(1) V. en nuestro volumen XXXV la página 314.

(2) Cf. Gaudeau, *Les prêcheurs burlesques en Espagne au XVIII^e siècle. Etude sur le P. Isla*, Paris, 1891; Baumgartner en *Stimmen aus Maria-Laach*, LXVIII (1905), 82 ss., 182 ss.; Rousseau, I, 149 ss.; Astrain, VII, 205 ss.; *Cartas familiares del P. José Francisco de Isla*, León, 1903, 1 ss.; Murr, *Journal*, XI (1743), 231-289.

(3) V. en nuestro volumen XXXV la página 360.

(4) Sobre él: Rodríguez Villa, *Ensayo biográfico de D. Cenón de Somodevilla*, marqués de la Ensenada (1878); Eguía Ruiz, *El marqués de la Ensenada*, Madrid, 1922; Leonhard, *Agrarpolitik*, 10.

en el tratado su obra genuina. Ensenada, que además era odioso a los ingleses debido a sus apremios por crear una poderosa flota con que defender las colonias, fué derrocado (1) y al caer arrastró consigo al confesor del rey (2). El árbitro de la política exterior española fué ahora Ricardo Wall, el cual consideraba como un obstáculo para su política favorable a Inglaterra la resistencia de los indios al tratado de límites y por ende hizo blanco de sus enojos a los jesuitas como supuestos causantes y fautores de la rebelión. Todas las protestas de inculpabilidad de nada aprovecharon a los jesuitas; en cambio se dispensaba gran fe a los informes de los enemigos de los jesuitas y del por dos veces exjesuita Ibáñez (3). Wall enviaba a Roma noticias confidenciales sobre los jesuitas del Paraguay para que fueran transmitidas a los cardenales Passionei y Spinelli (4). Como para justificar a los misioneros se ofreciera el padre general Centurioni a presentar toda la correspondencia epistolar de aquéllos, se le respondió que además de las cartas presentables existían otras secretas portadoras de contraórdenes (5). El misionero Gervasoni, el cual llegó a Madrid para exponer el sentir y los deseos de sus

(1) *Valenti a Enríquez el 15 de agosto de 1754, Registro di lettere, Nunziat. di Spagna, 428, *Archivo secreto pontificio*. Rousseau (I, 155 s.) afirma: informada secretamente por Ensenada, la corte de Nápoles ha protestado contra el tratado de límites; disgustada la reina por el quebrantamiento del secreto, ha depuesto a Ensenada; Tanucci (*a Yaci el 6 de enero de 1756, *Archivo de Simancas*) asegura en cambio que el rey Carlos no había tratado a fondo con su hermano Fernando sobre los asuntos de América. El mismo nuncio Spinola (*a Torrigiani el 23 de abril de 1759, Cifre, Nunziat. di Spagna, 285, loco cit.) niega la protesta de Nápoles, pero sí atribuye a la reina la caída de Ensenada. La reina María Amalia (*a Tanucci el 22 de abril y 3 de junio de 1760, *Archivo de Simancas*, Estado, 6040) y Carlos III (*a Tanucci el 8 de julio de 1760, *ibid.*, 6043) dicen claramente que Ensenada no tenía culpa alguna. Cf. Rodríguez Villa, 194; Egúía Ruiz, 56 ss.

(2) El nuncio Spinola (*a Torrigiani el 23 de abril de 1759, Cifre, Nunziat. di Francia, 285, loco cit.) atribuye también a la reina la caída de Rábago, la cual quiso acabar con el influjo que sobre el rey ejercía. Al asistente de España Céspedes *escribió Rábago el 2 de diciembre de 1755 (*Archivo de Simancas*, Estado, 7381): Solo diré que el confesionario nos ha perdido muchos buenos amigos, y nos ha substituido los falsos, que lo fingían para hazer sus negocios.

(3) Cf. *Razón de los Papeles, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 688, f. 358.

(4) *He estimado mucho lo que V. E. me dice en punto de su conducta sobre las cosas de los Jesuitas en el Paraguay para instruir a Passionei y Spinelli como lo haré (Roda a Wall el 9 de agosto de 1759, *ibid.*, Estado, 4966).

(5) *Centurioni a Wall el 7 de abril de 1756, *ibid.*, 7381; *Wall a Centurioni el 11 de mayo de 1756, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Órdenes, 39.

hermanos, fué expulsado por Wall del territorio sin más razones (1).

Las circunstancias del Paraguay dieron abundante materia para una verdadera inundación de libelos difamatorios contra los jesuitas (2). Las reducciones, que, después de todo, no eran más que un cuerpo con autonomía administrativa (3) al cual el gobierno español había tenido siempre sofrenado, fueron presentadas como un Estado dentro del Estado (4). Lo que con el continuo trabajo de largos años, con el espíritu de ahorro y prudente organización se había logrado en las colonias, se atribuía a la explotación de yacimientos de oro, plata (5) y diamantes (6). Los grandes almacenes en las ciudades comerciales y puertos, destinados al tráfico de los productos agrícolas sobrantes, dieron pie para acusar a los jesuitas de practicar el comercio anticanónico (7). Además los perseguidos hubieron de ver cómo tales tergiversaciones de su actitud procedían de religiosos (8) y hasta de antiguos compañeros de religión (9), quienes no se arredraban de difundir el rumor de que el Papa deseaba que los obispos alejasen a los jesuitas del confesonario, y que en Roma se pensaba muy seriamente en suprimir la Compa-

(1) *Wall a Portocarrero el 24 de febrero de 1756, *ibid.*

(2) por ejemplo «República de Paraguay», «Verdad innegable contra la ambición declarada», «Cartas de Palafox», «Monedas del Re Nicola I»; *Jos. Ign. Fr. de Córdova y Licenciado Manuel de Salvatierra a Carlos III el 21 de marzo de 1760, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 688.

(3) Fassbinder, 56 ss.

(4) El Reyno Jesuitico del Paraguay por siglo y medio negado y oculto, hoy demostrado y descubierto, su autor D. Bernardo Ibañez de Echavarri, Madrid, 1770 (según la p. 241 escrito allí mismo ya en 1761). Cf. Teschauer, *Hist. do Rio Grande do Sul*, III, 14 s.

(5) En el Paraguay no se halla ni oro ni plata. Moussy, II, 18 s.; Fassbinder, 83 s. 119.

(6) *Sáez al rector de Vill[agarcía] el 7 de diciembre de 1765, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666.

(7) Moussy, II, 17 s.; Fassbinder, 108 s.; Duhr, *Jesuitenfabeln* 4, 621 ss.

(8) *Lo cierto es, que es cosa dura: los Jesuitas por servir a la monarquía y a Dios se ben aquí tan maltratados, pues hasta aora el pobre P. Unger está en su prisión en el Rio [de] Janeyro, su compañero murió, y todas estas cosas no bastan para defendernos contra las calumnias sembradas de los emisarios del Portugal (Ladislau Oros a Jos. Robles, fechada en Córdova, 27 de septiembre de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 690), El dominico Mañalich se hizo transmitir de América novedades que él mismo había inventado o desfigurado y las dió a la publicidad como noticias del Paraguay (*J. I. Fr. de Córdova y Salvatierra a Carlos III el 21 de marzo de 1760, *ibid.*, 688). Los documentos auténticos están en f. 316 ss.

(9) *Rafael de Córdova a F. Montes el 20 de marzo de 1767, *ibid.*, 777. La carta denomina a los alemanes hombres pacientísimos todos del trabajo.

ña de Jesús (1). Por encargo del cardenal secretario de Estado hubo de protestar el nuncio de Madrid contra tales infundios y con su intervención ante el inquisidor general y el presidente del Consejo consiguió que fueran condenados siete u once de tales folletos con gran pesadumbre de Wall (2).

Una violenta cargazón había, por tanto, en el ambiente; cómo había de descargar lo hubo de enseñar el porvenir.

Poco después de subir al trono Clemente XIII había fallecido, el 10 de agosto de 1759, Fernando VI, víctima de enajenación mental. El rumbo que durante el nuevo pontificado había de tomar la política religiosa en la península ibérica dependía por completo del sucesor del recién fallecido, del hasta entonces rey de Sicilia, Carlos III de España, quien el 9 de diciembre de 1759 entraba en Madrid rodeado del mayor sigilo.

Acerca del nuevo rey existen hoy día los juicios más antagónicos. A la manera que en lo físico unos le pintan francamente feo (3) y otros en cambio lo ensalzan como un fenómeno de gallardía (4), así también en lo referente al aspecto espiritual del destructor de la Orden jesuítica Carlos III es para unos el portentoso paladín y creador de una nueva época (5); para otros, en cambio, una cabeza de cortísimos alcances (6). No se le puede negar cierta medida de sano

(1) *Torrighiani a Spinola el 22 de febrero de 1759, Nunziat. di Spagna, 410, loco cit.

(2) Ibid.; *Spinola al inquisidor general el 21 de marzo de 1759, *Archivo de Simancas*, Inquisición, 443; *el inquisidor general Quintano a Spinola el 23 de marzo de 1759, *ibid.*; *Spinola a Torrighiani el 19 de marzo de 1759, Nunziat. di Spagna, 285, loco cit.; *respuesta de Torrighiani del 5 de abril de 1759, *ibid.*, 410; Decreto de la Inquisición del 13 de mayo de 1759 (impreso), *Archivo de Simancas*, Inquisición, 443, y Nunziat. di Spagna, 262, loco cit.

(3) Rousseau, I, 8; Tripodo, *L'espulsione dei Gesuiti dalle Sicilie*, Palermo, 1906, 19.

(4) Ferrer del Rio, I, 197.

(5) Ibid., 194.

(6) Era hombre de cortísimo entendimiento, más dado a la caza que a los negocios, y aunque terco y dudoso, bueno en el fondo y muy piadoso, pero con devoción poco ilustrada, que le hacía solicitar de Roma con necia y pueril insistencia la canonización de un leguito llamado el hermano Sebastián, de quien era fanático devoto, al mismo tiempo que consentía y autorizaba todo género de atropellos contra cosas y personas eclesiásticas y de tentativas para descatolizar a su pueblo (Menéndez y Pelayo, III, 130). «Aus ihm konzentriert sich salschlicherweise der Nimbus der spanischen Reformversuche, die unter ihm, nicht durch ihn vorgenommen wurden... Sein Verdienst bestand im wesentlichen darin, dass er sich mit tüchtigen, energischen Ministern zu umgeben wusste, die er regieren liess, während er sein ganzes Leben auf der Jagd zubrachte.» (Leonhard, Agrarpolitik, 8 s.)

juicio; si bien, por lo demás, no es precisamente la nota de cualidades especiales la que se desprende de la lectura de los centenares de cartas que de él se conservan dirigidas a sus parientes y en especial a su confidente Tanucci. Prescindiendo de la letra infame, la expresión es desmañada y rígida, casi como de niño de escuela, exenta en absoluto de toda alteza de pensamientos. En el aspecto volitivo era Carlos III, como es propio de los espíritus entecos, caprichoso y testarudo: no sabía lo que es ceder de una idea concebida. A esto se añadía en él un altísimo concepto de su soberanía y del deber que de ésta le emanaba (1). En todos los asuntos de gobierno quería reservarse la decisión; pero en este intento se perdía en menuencias, de suerte que los asuntos se resolvían con una lentitud desesperante.

La vida privada de Carlos III fué intachable (2). A su mujer María Amalia, hija de Augusto III de Sajonia, guardó fidelidad, y aun muerta ella se mantuvo alejado del trato con favoritas. En su vida ordinaria no mostró pretensiones y fué sencillo en el vestir; levantábase diariamente a las seis menos cuarto en punto. La diversión a la que se entregó con cierto apasionamiento fué la caza, persuadido de que en ella encontraría remedio contra la melancolía, hereditaria en su familia, y antídoto contra la sensualidad.

En el aspecto religioso era Carlos un cristiano convencido. Además de la santa misa, dedicaba diariamente un cuarto de hora a las oraciones de la mañana y noche respectivamente y promovió con celo el culto de la Madre de Dios en su misterio de la Concepción Inmaculada (3). Fué devoto de la Iglesia católica y reprobaba las doctrinas difundidas por los enciclopedistas franceses. Pero todo esto no era óbice para que como gobernante se apoyara en consejeros que eran admiradores y aventajados discípulos del enciclopedismo francés. En ellos encontró Carlos colaboradores de buena voluntad para la defensa o restablecimiento de sus presuntos derechos de soberanía en el terreno religioso. Siguió el camino trazado por sus antecesores Felipe V y Fernando VI, quienes en pugna con las llamadas pretensiones romanas fueron arrancando a la Santa Sede un derecho tras otro.

Ricardo Wall fué el ministro de Carlos III en los primeros años

(1) Rousseau, I, Introd., IV.

(2) Ibid., II, f. 21, 109; Fernán-Núñez, II, 53 ss.; Ferrer del Río, I, 193 ss.

(3) Cf. más adelante el cap. VIII.

de su vida en España. Irlandés de nacimiento, se había consagrado a la diplomacia después de haber trabajado sin grandes éxitos al servicio de la escuadra española. Agente privado de España primeramente en la paz de Aquisgrán de 1748, y más tarde destinado a Londres, logró luego el cargo de embajador ante el gobierno inglés y regresó a Madrid con la graduación de mariscal para hacerse cargo del ministerio. En política exterior representaba Wall la tendencia derivada de la amistad con Inglaterra; respecto a la cuestión religiosa se hallaba plenamente dominado por los principios de la omnipotencia del Estado, pero se cuidó muy mucho de mantener secreto tal criterio. Despreciaba los derechos de la Santa Sede y con el mayor placer les hubiera deparado a los jesuitas españoles la misma suerte que corrieron sus hermanos de Portugal (1).

Sin embargo, el espíritu propiamente dominante, el que en realidad colocó al suspicaz pero en el fondo bondadoso rey en sus derroteros y en ellos le mantuvo, se hallaba a la sazón no en España, sino en Nápoles; era el antiguo preceptor de Carlos, su ministro en Nápoles y confidente perpetuo marqués Bernardo Tanucci (2), a

(1) *Eccomi per tanto in obbligo di informare in oggi più distintamente l'E. V. avvertendola colla maggior segretezza, qualmente esso Ministro [Wall]... non può soffrire i Padri della Compagnia, e senza ascoltar ragione o fare le necessarie distinzioni, vorrebbe, si potesse, scacciarli da Spagna, godendo per tanto assai apertamente di ciò che attualmente succede ne' domini del Portogallo. Il peggio è, che la di lui, non so se dica avversione o animosità, si estende ancora contra la nostra corte ed i più incontrastabili diritti della Sede Apost., siccome io ho purtroppo riconosciuto chiaramente in diverse occasioni fuori della presente, malgrado la sua grande dissimulazione ed artificio per darmi intendere il contrario... Dopo aver letto quanto sopra, sarebbe V. E. forse sorpresa, se potesse qui vedere l'aria apparente di personale amicizia e confidenza con cui viviamo il prefato Ministro ed io; ma tale è il suo carattere, ed a me conviene di accomodarmi e pagare della stessa moneta... La carta es enviada por medio de un agente, Mons. Boschi. Mi lusingo non disapproverà V. E. la precauzione non mai inutile o eccessiva, quando si ha da fare con gente scaltra e il di cui animo già naturalmente verso di noi ulcerato non bisogna irritare di vantaggio (Spínola a Torrigiani el 26 de marzo de 1759, Cifra, Nunziat. di Spagna, 285, *Archivo secreto pontificio*).

(2) Callà Ulloa, Di Bernardo Tanucci e dei suoi tempi, Nápoles, 1875; Ferrer del Rio, I, 212 ss.; Menéndez y Pelayo, III, 132; Danvila y Collado, II, 268 ss.; Colletta, Storia del reame di Napoli dal 1734 sino al 1825, Nápoles, 1861; Rousseau, I, 162; Croce, Storia del regno di Napoli (1926); del mismo, Uomini e cose di vecchia Italia (1927); Onnis, Bern. Tanucci nel moto anticurialista del settecento, in Nuova Riv. storica, X, 328-365; Duhr in den Stimmen aus Maria-Laach, LX (1898), 292 ss.; Rinieri, Della rovina, Introduz.; Croce, Studi sulla vita religiosa a Napoli nel settecento, en Critica Rivista di lett., storia e filosofia, XXIV (1926), 1-82.

quien había dejado de tutor de su hijo menor de edad y sucesor Fernando IV de Nápoles. En vano se buscarán ideas originales en Tanucci; la elegancia con que manejaba el lenguaje hubo de servirle muchas veces para paliar la deficiencia del pensamiento (1); sin embargo poseía un buen caudal de conocimientos. Choiseul tenía poco aprecio de Tanucci. «Los ministros de esta corte, escribía (2), no están hechos para tratar asuntos de importancia; se ha de limitar uno a castigar con el desprecio los mezquinos medios de su astuta política.» En otra ocasión tachó precisamente de doloso y falso a su colega de Nápoles, quien no se podía saciar de negar a otros honorabilidad y veracidad. «Le confieso, decía a Aubeterre, que estoy asombrado de la excesivamente seria consideración que usted presta a los simples engaños de Tanucci y Orsini y a las burdas mentiras de que se valen con usted.» (3) El mismo secretario de Estado del Papa habla de las falsedades de Tanucci (4).

Carlos III honraba con su confianza a su antiguo maestro. Le trataba familiarmente de tú, le daba cuenta de sus preocupaciones y negocios, le iniciaba en sus proyectos y secretos, pedíale consejo y no trocó de conducta para con él aun después de haber caldo Tanucci en Nápoles. El así honrado pagaba la amistad de su soberano entregándose sin reservas a su servicio, en el cual, por cierto, había logrado su propio encumbramiento (5). De actividad infatigable (6), era él propiamente el soberano y el monarca del reino de las Dos Sicilias. Su despotismo no se detenía ni siquiera ante la familia de su real pupilo. A pesar de las lágrimas del joven rey y de la ira de su mujer, se obstinó en tener alejado del trato de los soberanos a muchos de sus íntimos (7). Con el nombre del rey Carlos sabía

(1) Chledowski, *Neapolitanische Kulturbilder*, 460; Tripodo, *Espulsione*, 24.

(2) a Aubeterre el 4 de octubre de 1768, en Rousseau, I, 266.

(3) *Ibid.*, 267, n. 2.

(4) «Ella sia pur certa, che tutto il discorso fatto dal Marchese Tanucci al Provinciale de'Gesuiti, che leggo nei suoi numeri de'28 Settembre, è un imposto di bugie secondo il solito del medesimo sig. Marchese, che mai è costante ne'suoi detti e spaccia con straordinaria franchezza cento falsità in un discorso (a Pallacivini el 21 de octubre de 1762, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 431, loco cit.); Losada el 10 de agosto de 1762, *Archivo de Simancas*, Estado, 5977.

(5) Onnis, loco cit., 356 ss.; Cordara, *De suppressione*, 94 s., y en Döllinger, III, 31.

(6) La *correspondencia de Tanucci existente en el Archivo de Simancas ocupa 39 tomos en 4.º y 11 en folio (Onnis, 356, n. 2).

(7) *Tanucci a Carlos III el 1.º de noviembre de 1768, *Archivo de Siman-*

romper toda resistencia (1) y se daba traza para de tal suerte presentar sus propios planes a su real señor como si aquéllos fueran órdenes enviadas desde Madrid a Nápoles. Distribuíala personalmente todos los favores y cuando le parecía arrancaba al joven monarca el poder del gobierno (2).

Como casi todos los ministros de las grandes potencias de aquella época, maquinaba Tanucci con proyectos de reforma; principalmente le preocupaba acabar con la situación de privilegio de la nobleza feudal y del clero, para de esta suerte revestir con mayor esplendor la autoridad del monarca (3). En el aspecto religioso no se distinguía por su amistad a los jansenistas como partido (4), pero sí compartía con ellos su antipatía a Roma y a la Iglesia, propia de su época (5). Desgraciadamente es demasiado justificada su crítica de que muchos prelados llevaban una vida mundana; mas él no censuraba para corregir, sino para mancillar el nombre de la Iglesia en las personas de sus representantes y hacerla despreciable. La correspondencia epistolar de Tanucci con sus confidentes contiene en este particular verdaderas explosiones de ira. Peor que Constantinopla, donde impera el gran turco, es Roma, sumidero de inmundicia, escribe en cierta ocasión (6). Para él es Roma foco de ateísmo, donde la hipocresía, la inquisición, la dataría y los jesuitas detentaban la soberanía (7). Hacía ya más de diez siglos que Roma era

cas, Estado, 6006. Sobre el alejamiento del confesor alemán de la reina Carolina, cf. *Tanucci a Carlos III el 6 de diciembre de 1768 y 7 de febrero de 1767, *ibid.*, 6007.

(1) Onnis, 346 ss., 351 ss.

(2) Carta de José II a María Teresa, en Chledowski, 460; Colletta, I, 83 s.; Duhr, *loc. cit.*, 293 s.

(3) Colletta, I, 83 s.

(4) Io non trovo i Giansenisti migliori dei Gesuiti; già li trovo egualmente bugiardi, calunniatori e sediziosi. Bisogna esser sicuro di non cader nei Giansenisti cacciando li Gesuiti (*Tanucci a Galiani el 8 de agosto de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6007; Onnis, 334). Tanucci era lector de las jansenistas *Nouvelles ecclésiastiques* (*Tanucci a Catanti el 9 de abril de 1765, *Archivo de Simancas*, Estado, 5993; Onnis, 335 s.).

(5) «Tanucci war vielleicht der feindseligste Minister, dem die Kurie jemals in einem katholischen Staate begegnet ist. Dieser Mann hat durch 43 Jahre Neapels Schicksal gelenkt» (Brosch, *Kirchenstaat*, II, 78). Sin embargo, no era simplemente un incrédulo (Onnis, 335 ss.).

(6) *a Bottari el 21 de noviembre de 1761, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602.

(7) *a Centomani el 2 de octubre de 1762, *Archivo de Simancas*, Estado, 5978.

el mayor enemigo de la religión cristiana, apostólica y universal y la ha sacrificado en todo tiempo a *Mammon* y a las pasiones (1). Benedicto XIV, según él, en el concordato español cedió el derecho de patronato por dinero (2); Clemente XIII no era para él más que un pobre hombre (3); el arzobispo de París Beaumont con su viril defensa de la Iglesia un loco (4); a los cardenales los clasificaba entre los animales más dañinos del mundo (5); en todo el Apocalipsis no se cita animal alguno que pudiera servir como símbolo para el actual pontificado con el bribón de Torrigiani y los jesuitas anticristos (6). Siervo de los siervos de Dios se llama el Papa y es orgulloso como un sardanápalo o un schah de Persia (7). La conducta de Pombal contra la Iglesia es para Tanucci digna de todo aplauso por haber introducido por primera vez, después de un siglo, el lenguaje de los soberanos católicos. Jubiloso saluda Tanucci la luz que entonces comenzaba a difundirse entre los católicos gobernantes; ahora sabían ellos distinguir el dogma y culto de la jurisdicción y emolumentos (8).

Especial aversión le merecía al ministro el estado religioso (9). La grandeza, las mujeres y los frailes son, según él, la peste de la soberanía. Donde quiera que la canalla frailuna sienta su planta allí comienza a intrigar y a sembrar revueltas y malestar (10). No existe absolutamente en toda la naturaleza animal alguno más sal-

(1) *A Santa Elisabetta el 30 de noviembre de 1762, *ibid.*

(2) *A Nefetti el 27 de marzo de 1753, *ibid.*, 5935.

(3) *A Carlos III el 20 de septiembre de 1763, *ibid.*, 5978.

(4) *A Galiani el 15 de diciembre de 1764, *ibid.*, 5991; al mismo el 11 de febrero de 1764, *ibid.*, 5988.

(5) *A Nefetti el 17 de diciembre de 1753, *ibid.*, 5935.

(6) *A Bottari el 11 de agosto de 1761, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602.

(7) *A Centomani el 7 de abril de 1764, *Archivo de Simancas*, Estado, 5988.

(8) *A Centomani el 1.º de diciembre de 1759, *ibid.*, 5959.

(9) Todos los monjes son, según la opinión de Tanucci, un vero canchero del genere umano, presentemente, occupati d'avarizia e di ozio, principalmente, e di burlare li governi in tutto come se fossero stabiliti nelle repubbliche per disfarle, e opporsi alle lor leggi fondamentali (a Bottari el 5 de abril de 1760, en *Onnis*, 341). Descontadas pocas excepciones, el clero secular y regular es, según él, feccia del genere umano, viziosi per lo più e ignoranti, che non si mescolano di teologia né di altre opere d'ingegno (a Bottari el 18 de marzo de 1760, *ibid.*, 350).

(10) *A Bottari el 6 de octubre de 1761, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602.

vaje que el fraile que ha roto las riendas. ¡Cuánta sangre no ha derramado Santo Domingo! (1)

Tanucci abraza las consecuencias que de tales principios se deducen. Es cierto que para él es indiscutible el primado del Papa: él es cabeza suprema y centro de la Iglesia, tiene el derecho de convocar los concilios generales y es infalible, pero sólo cuando decide en unión con los obispos (2). Pero el pontificado en su actual textura hay que destruirlo (3). El veía el modelo ideal de la Iglesia en la concepción jansenista de la primitiva Iglesia, a cuya noble sencillez es preciso volver, es decir, obispos y párrocos, con lo cual basta (4). Los llamados privilegios de la Iglesia galicana son para Tanucci sencillamente el derecho general de la Iglesia (5). Por esta razón admira a Febronio, el «editor del Du Pin» (6), y elogia a los buenos católicos de Utrecht (7) cuyo concilio encuentra plenamente legítimo e inexpugnable, tanto que para condenarlo tuvo el Papa que acogerse a una proposición herética (8). En el transcurso de los

(1) *A Nefetti el 28 de mayo de 1754, *Archivo de Simancas*, Estado, 5935.

(2) A Galiani el 19 de marzo de 1768, a Bottari el 4 de marzo y 3 de mayo de 1761 y 13 de julio de 1762, en Onnis, 336 s.

(3) *Mancò [en Florencia] il coraggio dopo aver presa senza esame la risoluzione di non ricevere il Nunzio, il quale in Firenze è quella cosa romana, che si deve cacciare qualche giorno dopo aver abolito il Papato, qual'è presentemente (a Centomani el 11 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6001). Cf. *Grimaldi a Tanucci el 23 de junio de 1767, *ibid.*, 6100.

(4) *A Centomani el 11 de abril de 1767, *ibid.*, 6000.

(5) *A Galiani el 19 de septiembre de 1767, *ibid.*, 6002.

(6) *A Centomani el 27 de abril de 1765, *ibid.*, 5993. Al embajador español en Roma, Roda, le parecía que Febronio se había quedado todavía corto, pues se limitaba a repetir lo que otros antes que él ya habían dicho (*Tanucci a Catanti el 22 de noviembre de 1765, *ibid.*). Al hijo de Pedro Giannone, que no reconocía a la Iglesia como sociedad soberana y le negaba el derecho legislativo autónomo, otorgó Tanucci, en gracia de los méritos de su padre, una pensión anual de 300 ducados (Rinieri, Rovina, *Introduz.*, XXXVII; Brosch, *Kirchenstaat*, II, 3 s.).

(7) *A Catanti el 22 de noviembre de 1763, *Archivo de Simancas*, Estado, 5987.

(8) *Pamfili a Torrigiani el 10 de octubre de 1763, Cifre, Nunziat. di Francia, 518, loco cit. *Vedo il concilio d'Utrecht regolare e canonico, non so perché Roma se ne offende. Della Roma Rezzonica e gesuitica non mi maraviglerei, ma maraviglio della Roma Lambertina, che fece la scomunica (a Catanti el 15 de noviembre de 1763, *Archivo de Simancas*, Estado, 5987). *Il concilio d'Utrecht è stato condannato con una Bolla, la quale non vi ha trovato eresia; per trovarvi da dire il Papa ha detto una eresia (a Catanti el 11 de junio de 1765, *ibid.*, 5993). *Pero se ha notado, como la notará también V. E., que en el sínodo [de Utrecht] non se contiene cosa que se pueda condenar por eretica o que se

años se adaptaron sus hechos a tales palabras y principios. Conscientemente y de propósito buscaba Tanucci ocasiones de vejar a la Santa Sede (1). Consecuentemente hubo de ser Tanucci enemigo de los jesuitas y de hecho afirma Torrigiani que ningún enemigo mayor tenía la Compañía de Jesús en Nápoles (2).

Increíble resulta con todo esto, y sin embargo es un hecho, el que Tanucci tuviera por confesor a un padre jesuita (3) y por cierto hasta el momento de ser expulsados. Al ministro Wall, quien se había enterado por Carlos III de este caso inaudito, escribía Tanucci disculpándose (4), que su preceptor, un anciano sacerdote, le había habituado al estudio de la Teología y a confesarse con los jesuitas. Hacía ya veinte años que se confesaba siempre con el mismo, un sacerdote jesuita santo varón, el cual era el menos jesuita de todos los que él conocía; no le sufría el corazón causar al anciano el dolor de ser despedido. Además es posible que el confesor jesuita le sirviera también para no dejar traslucir al exterior los designios que el ministro abrigaba contra la Orden. Tanucci supo disimular por lo demás de manera tan admirable, que el padre general Visconti, a propuesta del confesor, le otorgó la gracia de ser participante en los méritos espirituales de la Orden. En su carta de agradecimiento se deshace Tanucci en protestas de reconocimiento: «Tengo esta gracia por la mayor que la Bondad divina me ha otorgado en todo el curso de mi vida. Ella me servirá de nuevo estímulo para contemplar e imitar las costumbres intachables y los ejemplos continuos de los padres de la Compañía» (5). Al provincial de Sicilia, Trigona,

pueda oler de eretico (*el cardenal Orsini a Tanucci el 7 de mayo de 1763, *ibid.*, 4972).

(1) *Costi si opera per dispetto e non solo non si lasciano, ma si cercano le ragioni per fare ingiuria alla S. Sede (Torrighiani a Lucatelli el 28 de octubre de 1760, *Nunziat. di Napoli*, 259, *Archivio segreto pontificio*).

(2) *A Pallavicini el 21 de octubre de 1762, *Registro di cifre, Nunziat. di Spagna*, 431, *loco cit.*

(3) Asimismo su esposa e hija (Rinieri, *Rovina*, *Introduz.*, XLIV).

(4) *el 14 de abril de 1761, *Archivio de Simancas*, Estado, 6092; *Tanucci a Yaci el 26 de mayo de 1761, *ibid.*, 5970.

(5) *Sento e ho sempre nutrito nel cuore una stima singolare ed una rispettosissima divozione verso l'esemplarissima Compagnia... Considero questa grazia per la maggiore che la bontà divina mi abbia compartito in tutto il corso della mia vita. Mi sarà esta un nuovo stimolo per mirare fissamente e procurar di seguire i costumi illibati e gli esempi continui de' Padri della Compagnia... (a Visconti el 7 de noviembre de 1761, *Archivio de Simancas*, Estado, 5934). Cf. *al confesor Micco el 22 de junio de 1751, *ibid.*

quien le había anunciado su llegada a Roma, escribió que con semejante atención le había robado la mente y el corazón; que de ellos dispusiera a su gusto y le diera ocasión de poder mostrar su reconocimiento mediante algún servicio (1).

Poco antes de llegar Carlos III a Madrid había predicho el saliente nuncio español Spínola lo que a la Iglesia española le aguardaba bajo el nuevo gobierno: ataques contra los jesuitas y contra las libertades de la Iglesia. Según juzgaban personas eminentes, lograría Wall el mayor influjo y luego no se haría esperar mucho tiempo el destierro de los jesuitas de las misiones o al menos del Paraguay. Wall estaba muy en contra suya, y entre los que le rodeaban tenía un consejero el cual no sólo era antijesuita declarado, sino también acérrimo odiador de Roma y el instigador del ministro contra la curia en todo lo que podía. Se presentarían al nuevo monarca proyectos de reforma dirigidos contra el poder y los privilegios principalmente de los funcionarios y del clero tanto regular como secular (2). Como ya se ha dicho, escribía en otra ocasión: tiene Wall entre los que le rodean confidentes que están repletos de prejuicios contra los más indiscutibles derechos de la Santa Sede. Afirma que lo sabe con indudable seguridad: tales conceptos se le habían escapado frecuentemente a Wall en las conversaciones como él personalmente lo había oído o lo había sabido por testimonio de muchas personas fidedignas. Supuesto que encuentre en el rey la necesaria ductilidad, una vez asestado el golpe contra la Compañía, lo cual constituía para él su máximo anhelo, aconsejaría al soberano la restricción de la inmunidad del clero regular y secular,

(1) *V. R. per tutte le cagioni ha rapito il mio animo e il mio cuore. Son suoi l'uno e l'altro. Se ne vaglia V. R. con ogni arbitrio, etc. (el 25 de noviembre de 1755, *ibid.*, 5937). Se conservan todavía algunas cartas dirigidas al confesor Micco, en las cuales habla de su ilimitada gratitud para con Micco (*el 15 de julio de 1751, *ibid.*, 5934), se alegra de la designación del jesuita Belgrado para confesor del duque de Parma (*el 22 de junio de 1751, *ibid.*) y expresa su pesar por la enfermedad de Micco (*sin fecha 8 u 11 de junio de 1765, *ibid.*, 5993). Un mes antes de la expulsión de los jesuitas de Nápoles aun expresa su satisfacción de haber visto nuevamente en una carta de Micco la letra que tan familiar le era y le promete rogar por él (el 21 de octubre de 1767, *ibid.*, 6002). Cuando Micco se hallaba en cama por causa de la edad, se informaba con frecuencia de su estado y por Navidad y Pentecostés le enviaba regalos (*Calcagnini a Torrigiani el 21 de abril de 1767, Nunziat. di Napoli, 290, *Archivio segreto pontificio*; Rinieri, Rovina, *Introduz.*, XLIV, n. 1).

(2) *A Torrigiani el 23 de octubre de 1759, Cífre, Nunziat. di Spagna, 285, *loc. cit.*

la extensión de las concesiones obtenidas en el último concordato, la limitación de la jurisdicción de los nuncios y finalmente la prohibición del recurso a Roma en demanda de dispensas y cosas parecidas (1). Quería esperar de la piedad del monarca que no resultarían ciertos sus temores; pero todo era de temer si el rey se dejaba influir por tales insinuaciones. Lleno de prejuicios que fueron casi esenciales en su conducta hasta los sesenta años, era Wall amigo de novedades y trataba superficialmente los asuntos más serios. Quizá no tenga mala voluntad, pero al forjarse la ilusión de ser el restaurador de España, es capaz de revolverlo todo de arriba abajo. En caso de estallar una tormenta no había que contar con los obispos, pues aun cuando en su totalidad eran bien intencionados, no poseían sin embargo fuerza moral para resistir a la autoridad real (2).

También el nuncio Spínola escribió su informe a modo de instrucción para su sucesor, el poco apto Pallavicini. Relativamente joven, redujo Pallavicini su misión principal a evitar todo choque. Para no verse en el aprieto de tener que presentar franca oposición al gobierno, no cesaba de recomendar a los jesuitas prudencia y discreción (3). Al parecer estaba ayuno del conocimiento del corazón humano, hasta el punto de escribir que Roda gozaba de fama de gran religiosidad (4) y al agente español Azara, volteriano (5), le proporcionó una carta de cálida recomendación (6).

Habiendo elegido Carlos III sus consejeros del joven partido español, los acontecimientos debían desarrollarse como Spínola había predicho.

(1) *El 6 de noviembre de 1759 (ibid.): So che quanto da lui [Wall] si ritrovì nel sovrano la necessaria disposizione sta preparato, dopo l'articolo de' Padri della Compagnia, che sopra tutto gli preme, a proporgli in oltre di restringere le immunità, che in Spagna si godono dal clero secolare e regolare, di cercare ad estendere le concessioni dell'ultimo Concordato, di restringere la giurisdizione de' Nunzi Apost. e per fine di difficoltare a'subditi il ricorso a Roma per dispense e per indulte di quasivoglia genere.

(2) *Spínola a Torrigiani el 11 de diciembre de 1759, Cifre, Nunziat. di Spagna, 285, loco cit. Spínola sobre su dimisión: *a Torrigiani el 23 de octubre de 1759, ibid.; Karttunen, 254.

(3) *Pallavicini a Torrigiani el 21 de octubre de 1760, Cifre, Nunziat. di Spagna, 285, loco cit.; *el 13 de septiembre de 1763, ibid., 290; *Torrighiani a Pallavicini el 13 de octubre de 1763, Registro di cifre, ibid., 432.

(4) *A Torrigiani el 22 de enero de 1765, Cifre, ibid., 293.

(5) al menos según Rousseau (I, 80, n. 1, 195).

(6) *A Torrigiani el 7 de octubre de 1765, Cifre, Nunziat. di Spagna, 294, loco cit. Cf. El espíritu de D. José Nicolás de Azara descubierto en su correspondencia epistolar con D. Manuel de Roda, 3 tomos, Madrid, 1846.

II

La primera lucha políticorreligiosa tras el advenimiento de Carlos giró en torno del exequatur o regio placet, mediante el cual se pretendía, según frase de Tanucci, sujetar las riendas del papado (1). Ocasión para introducir el placet en España la ofreció el litigio motivado por el jansenista francés Mésenguy, cuya «Exposición de la Doctrina cristiana», llamada generalmente catecismo, había sido condenada ya en el pontificado de Benedicto XIV por la Congregación del Índice (2). Como en los años 1758-1760 apareciera en Nápoles una traducción italiana (3) de la segunda edición ligeramente corregida (4), con aprobación del cardenal arzobispo Sersale, y fuera distribuida por millares de ejemplares (5), la mandó examinar detenidamente el Papa por una comisión de doce cardenales, entre quienes no se hallaba ningún jesuita (6). Apenas habían comenzado las negociaciones cuando Tanucci puso en juego todos los resortes en el reino de Nápoles para impedir la prohibición de la suprema autoridad romana (7). En contradicción con las afirmaciones en otras ocasiones por él sentadas de que el dogma constituye el dominio propio de la competencia de la Iglesia, no dejó medio por probar con el fin de intervenir el libre ejercicio de la autoridad doctrinal de la Iglesia. Entre violentos dictérios contra el Papa, el secretario de Estado y los jesuitas (8), aseguraba a sus confidentes Bottari y

(1) *Non abbiamo altre armi, nè altra biglia del Papato che l'Exequatur (a Bottari el 4 de abril de 1761, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602).

(2) V. en nuestro volumen XXXV la página 125; Ferrer del Río, I, 384 ss.; Miguélez, 285 ss.; Rousseau, I, 112 ss.

(3) 5 tomos, Nápoles; cada tomo tiene su título especial. Como traductor se señala al canónigo Domenico Cantagalli (Rossa, Passionei, 13). Una segunda traducción italiana apareció en Venecia (*Tanucci a Bottari el 13 de junio y 6 de octubre de 1761, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602). Cf. Reusch, Index, II, 764.

(4) 4 tomos, Colonia, 1754.

(5) *Tanucci a Bottari el 14 de febrero de 1761, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602.

(6) Cordara, De suppressione, 97 s., y en Döllinger, III, 32. Tanucci habla siempre de diez teólogos: Dieci Frati non son Chiesa. Il Papa con dieci Frati non è Papa. Dunque quel che così decide, non è legge della Chiesa (*a Bottari el 4 de abril de 1761, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602).

(7) Cf. su *correspondencia epistolar con Bottari (ibid.) y Wall (*Archivo de Simancas*, Estado, 6092).

(8) Cino a suo tempo diceva: purus canonista, purus asinus. In avvenire si

Centomani que en Nápoles sabrían defender el nuevo catecismo; los teólogos se opondrían de palabra y por escrito contra la prohibición para demostrar a todo el mundo la injusticia y la nulidad de las prohibiciones de los libros. El gobierno negaría el exequatur (1). Ante las exigencias del ministro, el cardenal arzobispo de Nápoles Sersale y su vicario general tuvieron que realizar un conato de intimidación (2); mas el efecto de este paso fué contraproducente. Ante las objeciones del nuncio cedió Sersale (3), aun cuando todos los obispos de las Dos Sicilias habían recibido con regocijo la traducción del catecismo (4). Entonces se dirigió Tanucci al ministro Wall (5)

dirà: puro cattolico romano, puro asino... Ognun sa, che la dottrina maggiore si trova appunto in quei libri, che Roma ha condannato e proibito, e che sol permett'ella alcuni libri di dottrina superficiale e favolosa venuta a galla dal fermento della furberia, dell'ambizione e rapacità della Curia... (a Bottari el 14 de febrero de 1761, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602).

(1) *Non mancheranno teologi, che predicheranno in contrario, e scriveranno ancora, e il mondo sempre più si persuaderà dell'iniquità e invalidità delle proibizioni romane dei libri. Qui non si darà Exequatur alla proibizione (a Bottari el 7 de febrero de 1761, *ibid.*). *Vedo che la proibizione accenderà un gran fuoco, probabilmente sarà qui dalla camera di S. Chiara proibita la proibizione e sarà scritto in contrario (a Centomani el 7 de marzo de 1761, *Archivo de Simancas*, Estado, 5969).

(2) *Tanucci a Bottari el 14 de febrero de 1761, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602. Al cardenal Orsini, embajador de Nápoles en Roma, escribía Tanucci: *Sento li scompigli, e il fuoco, che suscitano contro il santo e savio libro dell'«Esposizione della dottrina cristiana» stampata qui coll'approvazione di questo card. arcivescovo. Questo ne è afflitto, perchè siamo in pericolo del fuoco, che la violenza dei Gesuiti va a suscitare nella chiesa delle Sicilie, la quale è riscaldata, e pronta a difendere la sua dottrina, che sostiene per infinitamente più cristiana di quella dei Gesuiti (7 de marzo de 1761). *Archivo de Simancas*, Estado, 5969.

(3) *Io sperava, che qualche cosa si potesse fare, perchè il card. arcivescovo rimanesse costante nella difesa della sua approvazione. Ma so, ch'egli già impaurito cede in vece di ricorrere alla potestà secolare, perchè sostenga la vera dottrina cristiana. Perciò manca il terreno sotto i piedi a chi intraprendesse di portare il consiglio a un contrasto con Roma, mancando la chiesa stessa delle Sicilie, che chieda la protezione del Re. Comparirebbono laici, che volessero giudicare dell'opinioni teologiche; questo non è stato fatto nella chiesa neppur ai tempi della sua purità e disciplina migliore. Non mancheranno modi di punir la furberia e gli altri orrendi vizi dei Gesuiti. Ma questo è un lavoro lungo, e non è maturo per l'effetto che ora si vuole (Tanucci a Bottari el 7 de marzo de 1761, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602).

(4) El escrito de Mésenguy è stato qui stampato con grande approvazione dello stesso cardinale, e avidamente ricevuto da tutti li vescovi, e da tutta la chiesa delle Sicilie, la quale bolle con Fragliani (*Tanucci a Centomani el 7 de marzo de 1761, *Archivo de Simancas*, Estado, 5969).

(5) *el 3 de marzo de 1761, *ibid.*, 6092.

para impedir la prohibición con el auxilio de la poderosa España. Roda había comunicado a Wall que ni el Papa ni el secretario de Estado habían leído la traducción y que todo era puro ardid de los jesuitas (1). Mas a pesar de todos los apremios (2), en la sesión celebrada por la congregación el 28 de mayo de 1761 se fulminó la condenación de la obra. Por decreto del 14 de junio fué prohibido el catecismo de Mésenguy en todas las lenguas y ediciones (3), y en un breve del mismo día se recomendaba a los prelados que prefirieran el catecismo romano a todos los demás (4). El cardenal Passionei, secretario de breves, se había refugiado en su ermita de Camandula para eximirse del compromiso de firmar el documento; mas el Pontífice le remitió el breve con orden de firmarlo o de renunciar a su cargo. Lívido de cólera lo firmó Passionei. Una hora más tarde le alcanzaba, a sus setenta y un años, el ataque que le privó del habla. Veinte días más tarde, el 5 de julio de 1761, dejaba de existir (5).

(1) *Ya tenía noticia por nuestro Roda de la prohibición del libro de que V. E. me habla, conseguida por los Jesuitas a fuerza de intrigas y artificios... Contra este libro se ha declamado en Roma en los pulpitos; pero lo extraño es que preguntados los declamadores si lo habían leído respondieron que no, que predicaban contra él porque el Papa, que tampoco lo había leído, decía que era un mal libro. Su Santidad se explicaba así porque se lo había oído decir a Torrigiani, y éste que confesó tambien non haberlo leído hablaba de él por lo que había oído al General de los Jesuitas (Wall a Tanucci el 24 de marzo de 1761, *Archivo de Simancas*, Estado, 6092).

(2) *Non credo, che dispiacerà a V. E. ch'io trascriva le parole d'una lettera d'un teologo di un card. della Congregazione del S. Uffizio ad un teologo di questo card. arcivescovo: «Tutti di proposito lavoriamo a favore del libro. Con noi è Venezia, Savoia, Spagna il di cui Ministro è senza pari, ed inimitabile nel difendere con coraggio la buona dottrina e la verità. Che bel trionfo della grazia di Gesù Cristo nell'unire tante nazioni per la sua difesa contro dei Semipelagiani dei nostri tempi» (Tanucci a Wall el 28 de abril de 1761, *ibid.*).

(3) Bull. Cont., III, 521 s.

(4) *Ibid.*, 522.

(5) *Il povero Passionei morto di collera dopo aver contro sua voglia e per sola condescendenza verso li familiari, che gli mettevano davanti lo stato, nel quale lasciava i nipoti, firmato il Breve della proibizione del catechismo, non si potrà rimpiazzare. Ne pur si potrà rimpiazzare Tamburini, che era un grandissimo teologo; e li Gesuiti, e Torrigiani, e tutti li nemici della grazia efficace di Gesù Cristo trionferanno per li peccati del genere umano. Li Francescani si son divisi: li Cappuccini son per la grazia, gli altri sono stati sedotti dai Gesuiti, che anno guadagnato Ganganelli colle solite arti, e con una delle loro cappellanie di San Ignazio, che come sa V. E. son quattro di mille scudi romani l'una di rendita col solo obbligo d'una Messa l'anno all'altare di S. Ignazio, e si danno dal Generale a quattro cardinali, che vogliono acquistare. Lambertini ne aveva una, ma la di lui sincerità finalmente eruttò, e messosi in libertà fece l'Enciclica,

Contra la antigua tradición según la cual las sentencias doctrinales de la Iglesia eran publicadas sin consultar a la autoridad pública (1), el nuncio Pallavicini comunicó confidencialmente el asunto al ministro Wall, añadiendo que procedería conforme a la costumbre (2). El decreto de la Congregación lo remitió al inquisidor general y el breve sobre el catecismo romano al ministro (3). De acuerdo con su consejo ordenó el inquisidor, Quintano Bonifaz, la publicación de la prohibición pontificia (4). Ya habían sido enviados los ejemplares cuando recibió Bonifaz orden de Wall de diferir la publicación (5). El inquisidor se excusó apelando a la obediencia que debía a la Santa Sede y afirmó que era imposible recuperar a tiempo los ejemplares ya remitidos; además redundaría ello en desdoro del honor y buen nombre de la Inquisición, y el pueblo se formaría menguada opinión del celo religioso del monarca (6). Aun cuando Carlos III había sido predispuesto oportunamente por Roda y Tanucci en contra de la inminente decisión de Roma (7), con todo, estaba resuelto a permitir la publicación en la debida forma (8).

essendo Papa, e la Bolla della visita dei Gesuiti del Portogallo (Tanucci a Wall el 4 de agosto de 1761, *Archivo de Simancas*, Estado, 6092). Cf. *a Bottari el 20 de junio de 1761, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602. *Non dubito che li confessori faranno valere la proibizione brutale del catechismo. Il mio non mi burlerà, perchè leggerò, e non sarò tanto stolido di confessarmi di ciò che non è peccato (Tanucci a Bottari el 18 de julio de 1761, *ibid.*). Cf. Cordara en Döllinger, III, 32. Galletti no habla sobre las causas del ataque apoplético.

(1) *Torrighiani a Pallavicini el 18 de junio y 6 de agosto de 1761, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 431, loco cit.

(2) *Pallavicini a Torrighiani el 18 y 24 de agosto de 1761, Cifre, «Esposizione di fatto», *ibid.*, 286.

(3) *Pallavicini al inquisidor general el 10 de julio de 1761, *ibid.*; *el inquisidor general al nuncio el 12 de julio de 1761, *ibid.*; *Pallavicini a Torrighiani el 21 de julio de 1761, Cifre, *ibid.*

(4) 9 de agosto de 1761.

(5) *Wall a Tanucci el 11 y 18 de agosto de 1761, *Archivo de Simancas*, Estado, 6092.

(6) *El inquisidor general a Wall el 8 de agosto de 1761, Nunziat. di Spagna, 287, *Archivo secreto pontificio*; Ferrer del Río, I, 388 s.; Pallavicini a Torrighiani el 18 de agosto de 1761, Cifre, Nunziat. di Spagna, 286, loco cit.

(7) No sé qué hacen los Jesuitas con ir moviendo tales historias, pues con esto siempre se desacreditan más, y creo que tienen muy sobrado con lo que ya tienen (Carlos III a Tanucci el 17 de marzo de 1761, en Ferrer del Río, I, 380 s.).

(8) *S. M. por lo que mira a la publicación del Breve y Enciclica en estos dominios...: el que siendo sobre asunto de dogma y puntos sustanciales de nuestra religion se le dará curso en la debida forma; pero como el Nuncio ha caído enfermo y no lo ha presentado de oficio, no ha habido aun lugar de hacer

Enojado por la resistencia, desterró al inquisidor general a doce millas de la capital y de los reales sitios (1). Sin demora se retiró Bonifaz al monasterio benedictino Sopetrán, sito en las cercanías de Guadalajara (2), desde donde el 31 de agosto suplicó la gracia del monarca en una sumisa carta (3); Carlos III dió inmediatamente orden al Consejo de Castilla de suspender el decreto de destierro (4). Al expresar el inquisidor su agradecimiento al soberano por esta merced (5), respondióle Carlos advirtiéndole que no echara en olvido el amago de su enojo para no alucinarse al soñar desobediencia (6).

El asunto dió ocasión a los ministros para llevar a la obra sus planes encaminados a restringir la libertad de la Iglesia (7). El

formalmente lo que corresponde (Wall a Tanucci el 28 de julio de 1761, *Archivo de Simancas*, Estado, 6092). Lo que Wall entendía por «debida forma» era el regio exequatur, como Pallavicini escribía al cardenal secretario de Estado el 24 de agosto de 1761 (Cifre, Nunziat. di Spagna, 286, loco cit.).

(1) Decreto del 10 de agosto de 1761. *Wall al presidente del Consejo de Castilla el 10 de agosto de 1761, Nunziat. di Spagna, 287, loco cit.; *Wall a Roda el 11 de agosto de 1761, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 42.

(2) Miguélez, 286.

(3) *Quintano Bonifaz a Wall el 31 de agosto de 1761, Nunziat. di Spagna, 287, loco cit.; Miguélez, 286; Neusch, Index, II, 767.

(4) *Wall al presidente del Consejo de Castilla el 2 de septiembre de 1761, Nunziat. di Spagna, 287, loco cit.; *Wall a Tanucci el 8 de septiembre de 1761, *Archivo de Simancas*, Estado, 6092.

(5) *5 de septiembre de 1761, Nunziat. di Spagna, 287, loco cit.

(6) *...pero que no se olvide este amago de mi enojo en soñando inove-diciencia ([8 de septiembre de 1761], Nunziat. di Spagna, 286, loco cit.); Pallavicini a Torrigiani el 8 de septiembre de 1761, ibid. También el Papa había intercedido por el inquisidor general (*Clemente XIII a Carlos III el 27 de agosto de 1761, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 431, loco cit.). Asimismo se quería humillar al nuncio (*Pallavicini a Torrigiani el 15 de septiembre de 1761, ibid.; *Wall a Roda el 22 de septiembre de 1761, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 42).

(7) *Pallavicini a Torrigiani el 22 y 29 de septiembre y 6 de octubre de 1761, Cifre, Nunziat. di Spagna, 286, loco cit. Tanucci *escribió entonces: Non dubito, che il Consiglio di Castiglia esaminerà profondamente la materia di quella parte della Regalia del Re, che appartiene all'Exequatur e all'obbligo di mostrarsi prima e manifestarsi al Re qualunque stabilimento ecclesiastico, anche appartenente al solo spirituale e a domma, essendo il Re capo della casa e obbligato a guardarla da qualunque insidia e discordia, per comando di Dio indubitato, e deve rendergli conto immediato d'averlo eseguito. Questo conto non potrebbero li sovrani renderlo a Dio, se dopo aver dalla storia saputo, quante insidie sono state dai Papi e altri ecclesiastici tese ai sovrani e ai popoli, e quanto abuso per interessi loro profani abbiano fatto della loro autorità spirituale, non curassero di vedere quel che da questi si fa nello stato. Non sono nuove alli Spagnuoli tali massime di stato. Li scrittori di Spagna le anno insegnate alle altre

Consejo de Castilla recibió encargo de emitir su parecer sobre cómo se podrían evitar en lo futuro semejantes atropellos (1). Como resultado de esta consulta apareció el 18 de enero de 1762 una pragmática sanción estableciendo que todas las disposiciones romanas, excepto los breves y dispensas en casos de conciencia, quedarían sometidas en lo futuro al regío exequatur. Todos los decretos dirigidos a los tribunales, prelados, corporaciones, etc., habrían de ser examinados por el Consejo de Castilla antes de ser presentados a los recipiendarios, para ver si contenían algo opuesto al Concordato, a las regalías, a los usos, costumbres y a la paz del país (2). Simultáneamente fué amonestado el inquisidor general de no publicar bula ni breve alguno de Roma sin expreso consentimiento del monarca. En el caso de prohibición de libros la Inquisición española tenía que exaninar la obra respectiva y en caso necesario condenarla en virtud de su propia autoridad, sin mencionar la prohibición de Roma. Antes de publicar semejantes decretos había que solicitar la aprobación del rey y oír la defensa del autor interesado (3).

A Clemente XIII dirigió Carlos III una carta altanera. Habiendo expresado el Papa, dice, su pesar por los sucesos ocurridos con motivo de la publicación del decreto del Índice y habiéndose disculpado el nuncio, se hallaba él (el rey) dispuesto a olvidar lo ocurrido. Con el fin de ahorrar a la Santa Sede en lo futuro situaciones embarazosas como la pasada y garantizar la obediencia puntual a las propias disposiciones justas, ha tomado algunas medidas después de consultado su Consejo, cuyo fin principal no era otro que mantener el debido respeto a la Santa Sede y a Su Santidad (4).

Grande fué el júbilo de Tanucci, quien saludó la nueva prag-

nazioni, le quali volentieri per ciò leggono li Salgado, Solorzan, Belluga, Bobadilla, Covarruvias etc. Passa per un capo d'opera contro la rapacità della Dateria e Segreteria dei Brevi di Roma il famoso libretto di Cordova Giovanni Chumazero, al quale non poté rispondere il cardinal Bellarmino... (a Wall el 13 de octubre de 1761, *Archivo de Simancas*, Estado, 6092).

(1) *Consulta del Consejo de Castilla del 27 de agosto y 31 de octubre de 1761, Nunziat. di Spagna, 287, loco cit.

(2) Ferrer del Rio, I, 394 ss.; Rousseau, I, 115 s.; *Carlos III al Consejo de Castilla el 27 de noviembre de 1761, Nunziat. di Spagna, 286, loco cit. La pragmática del 18 de enero de 1762 (impreso) en el *Archivo general de Madrid*, Estado, 2872.

(3) *Wall al inquisidor general el 27 de noviembre de 1761, Nunziat. di Spagna, 287, loco cit.; Wall a Pallavicini el 27 de noviembre de 1761, *ibid.*

(4) *1.º de diciembre de 1761. *ibid.*, 431, y *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 42.

mática como la venturosa alborada del sol naciente: desde ahora, dice, ya no reconocen los soberanos otro superior que a Dios (1). Profundamente emocionado por este gran avance dado en el camino del regalismo, se dirigió Clemente XIII al monarca (2) lamentándose de la innovación y de sus tremendas consecuencias. Apela a la piedad del rey, de la cual espera la abolición o por lo menos la corrección y rectificación de la pragmática. Mas todo fué inútil. La respuesta del príncipe (3) se redujo a una velada negación y a quejas contra los abusos que se presentaban sin el exequatur. A Tanucci escribió Carlos III (4) que Roma no comprendía cómo los tiempos habían cambiado; pero había uno que no ignoraba lo que correspondía al Papa y lo que era propio del rey. En Roma empero no perdieron todas las esperanzas. Para prestar mayor eficacia a sus esfuerzos, envió el Papa al P. Monsagrati a Madrid con cartas para la reina madre y para otras personalidades influyentes (5). Al confesor del rey, el franciscano Osma, le dirigió la apremiante súplica (6) de ponerlo todo en juego para conseguir la revocación de la pragmática que de manera tan incisiva coartaba la libertad de la Iglesia y de la Santa Sede. Estas solicitudes se vieron coronadas por el éxito. Por decreto del 5 de julio de 1763 puso Carlos III la pragmática sanción fuera de vigor dando por razón las muchas interpretaciones torcidas, erróneas y extrañas que había tenido, en contradicción con su verdadera finalidad (7). Noticioso el Pontífice de la abolición de la pragmática (8), dió las gracias de todo corazón (9).

(1) *A Wall el 26 de enero de 1762, *Archivo de Simancas*, Estado, 6093; *a Orsini el 13 de febrero de 1762, *ibid.*, 5976; *Wall a Tanucci el 5 de enero de 1762.

(2) *el 28 de enero de 1762, *Nunziat. di Spagna*, 431, loco cit.

(3) *del 16 de febrero de 1762, *ibid.*, 287.

(4) el 2 de noviembre de 1762, en Ferrer del Rio, I, 396.

(5) *Torrighiani a Pallavicini el 11 de noviembre y 23 de diciembre de 1762 y 6 de enero de 1763, *Registro di cifre*, *Nunziat. di Spagna*, 431 y 432, loco cit.

(6) *el 2 de junio de 1763, *Archivo general de Madrid*, Estado, 2854.

(7) **Ibid.*, 2872; *Pallavicini a Torrighiani el 5 y 12 de julio de 1763, *Cifre*, *Nunziat. di Spagna*, 290, loco cit.

(8) *Carlos III a Clemente XIII el 12 de julio de 1763, *Nunziat. di Spagna*, 290, loco cit.

(9) *el 28 de julio de 1763, *ibid.*, 432; *Carlos III a Clemente XIII el 16 de agosto de 1763, *ibid.*; *Torrighiani a Pallavicini el 23 de julio de 1763, *Registro di cifre*, *ibid.* En Nápoles fué negado el Exequatur a la prohibición pontificia como al Breve sobre la preferencia del catecismo romano; en cambio hizo Tanucci desterrar al jesuita Sánchez de Luna que había publicado el tomo 15 de la obra *La veritá difesa*, y prohibió la obra: **Qui non si è dato l'Exequatur nè alla pro-*

Mientras se regocijaba Roma, el desencanto dominó en el campo de los regalistas. Wall, que poco antes había escrito a Tanucci que, conforme al consejo de Melchor Cano, al Papa había que besarle el pie y atarle las manos (1), profundamente indignado (2) presentó la dimisión el 21 de agosto de 1763 motivándola en su delicada salud y sobre todo en su progresiva debilidad de la vista (3). La dimisión fué aceptada, con lo cual perdió su principal apoyo el partido regalista (4). Desconcertado afirmaba Tanucci que el rey había perdido mucho terreno en el camino de la gloria (5).

Pero pronto quedó demostrado lo infundados que eran los temores de Tanucci de que se presentara un cambio de sistema. Sucesor de Wall fué nombrado por el monarca el genovés Grimaldi, hasta entonces embajador en París, el cual era ciertamente más flexible, pero no menos regalista que su antecesor (6). El día en que los príncipes abran los ojos, escribió Grimaldi a Tanucci (7), confesarán que en sus manos está obligar a la corte romana a que les devuelva lo que les ha arrebatado. «Ojalá que pronto se presente el dichoso momento en que la parte católica de Europa rompa las cadenas con que por tanto tiempo la ha tenido aherrojada la igno-

ibizione del catechismo nè all'Enciclica, nè alla tradizione del Catechismo Romano, e forse non si darà. Abbiamo bensì proibito il libro dello sfrattato P. Sanchez (Tanucci a Bottari el 22 de agosto de 1761, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602). Carlos III terminó por aconsejar la solución de prohibir tanto el Breve como Mésenguy por faltarles el Exequatur (*a Tanucci el 29 de diciembre de 1761, *Archivo de Simancas*, Estado, 6045). Por decreto de la Inquisición española del 18 de agosto de 1762 fué prohibido un sermón del jesuita Neumayr de Augsburgo sobre el Probabilismo y se ordenó el expurgo de la Praxis confessarii de Alfonso de Ligorio (impreso, Nunziat. di Spagna, 289, loco cit.). A Majo escribía Tanucci el 8 de abril de 1760: Le stampe di Lugano sono ristampe di libri contrari alla Compagnia, Fossombrone è finito. La stampa è di Venezia ove è stato punito il revisore dei libri favorevoli alla Compagnia (*Archivo de Simancas*, Estado, 5961). Sobre Neumayr v. Freib. Kirchenlex, IX², 187.

(1) *Wall a Tanucci el 7 de julio de 1763, *Archivo de Simancas*, Estado, 6094.

(2) *Pallavicini a Torrigiani el 12 y 26 de julio de 1763, Cifre, Nunziat. di Spagna, 290, loco cit.

(3) *Pallavicini a Torrigiani el 23 de agosto de 1763, *ibid.*; *Carlos III a Tanucci el 18 de octubre de 1763, *Archivo de Simancas*, Estado, 6049.

(4) *Pallavicini a Torrigiani el 30 de agosto de 1763, Cifre, Nunziat. di Spagna, 290, loco cit.

(5) A Losada el 27 de septiembre de 1763, en Ferrer del Rio, I, 400, n. 1.

(6) *Grimaldi a Roda el 18 de octubre de 1763, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 38.

(7) el 15 de marzo de 1764, en Rousseau, I, 118, n. 3. Cf. Grimaldi a Tanucci el 26 de junio de 1764, *ibid.*

ranía.» Con más acrimonia todavía se expresaba en el otoño de aquel mismo año (1). Después de hacer suyas las ideas de Tanucci sobre «abusos y usurpaciones de Roma que mantiene esclavizados a los pueblos católicos», prosigue textualmente: «He observado que a medida que los Estados dependen más o menos de la corte romana, son más o menos florecientes o miserables. La razón es clara como la luz del día y yo sólo me maravillo de que no se arranque de raíz la causa. Mi soberano el rey está plenamente convencido de ello, como me lo ha dado a conocer varias veces, y la última, de nuevo, al oír leer la carta de vuestra excelencia». Ante las constantes instancias que Tanucci le hacía de reformar la Iglesia española, le aseguró Grimaldi (2) que ya había concebido su plan de reformas, pero que era preciso proceder muy paulatina y solapadamente. El mal radicaba no tanto en el clero secular como en el regular.

No debía ser muy duradera la satisfacción del Papa por la abolición de la pragmática sanción. Ya al año siguiente presentó el fiscal Carrasco en el Consejo de Castilla la moción de restringir la capacidad de adquirir de la Iglesia: el llamado derecho de amortización, que el monarca poseía en el reino de Valencia, pretendía hacerlo extensivo a las demás regiones (3). Al propio fin fué dirigida la propuesta de que pusiera coto a las adquisiciones de las manos muertas (4). Aun cuando tales afanes no tuvieron entonces éxito alguno, son índice del espíritu que animaba a los ministros, quienes a una con Tanucci combatían el número extraordinario de clérigos y las supuestas enormes posesiones de los monasterios (5). El «Tratado de la regalía de amortización» que el fiscal Campomanes dió a la estampa un año más tarde, tenía como fin exponer los excesos de la Iglesia en la vida económica del país y señalar cómo se podía poner trabas a la riqueza de las Órdenes religiosas (6).

Otra limitación más de la libertad de la Iglesia intentó el gobierno español al tratarse en 1765 de la provisión de la nuncia-

(1) *el 25 de septiembre de 1764, *Archivo de Simancas*, Estado, 6096.

(2) *el 6 de noviembre de 1764, *ibid.*

(3) *Pallavicini a Torrigiani el 10 de julio de 1764, Cifre, Nunziat. di Spagna, 292, loco cit.

(4) *Representación al rey del 1.º de junio de 1764, *ibid.*

(5) *Tanucci a Grimaldi el 27 de noviembre de 1764, *Archivo de Simancas*, Estado, 6096.

(6) Cf. más adelante, pág. 336 s.

tura de Madrid. Ya en 1759 había calificado Roda a los nuncios de espías de una potencia extranjera (1). Grimaldi confesó que en España se había pensado repetidas veces en sacudir el yugo de la nunciatura, pero que todas las tentativas habían fracasado por propia debilidad (2). Si tales conatos no habían podido prosperar, sin embargo se trabajaba por lograr al menos ejercer el mayor influjo posible en la designación del representante de la Santa Sede.

Como a fines de 1765, por deseo del Pontífice, hubiera de ser sustituido el nuncio Pallavicini, poco capacitado para tal misión, se permitió Grimaldi señalar en la lista remitida (3), como grato, un nombre, el de monseñor Lucini (4). Contra tal exceso se defendió el Papa (5) haciendo constar que la lista de nuncios no se remitía para que se eligiera el más grato, sino con el fin de que los gobiernos tuvieran proporción de recusar a alguna personalidad no grata (6). Grimaldi se enfureció por ello de tal suerte que llegó a amenazar con el cierre de la nunciatura (7). A pesar de todo, Roma no se intimidó; interrumpiéronse las negociaciones y Pallavicini siguió desempeñando su cargo. Quizá el gobierno se opuso a la nueva provisión por temor a que con un nuevo nuncio no tendría tan fácil el juego en el asunto ya premeditado de los jesuitas.

(1) *...los Nuncios, que en substancia no son mas que unos espías para el caracter de Ministros, y en lo demas unos jueces extranjeros, que es contra todas las leyes civiles y políticas. A Wall [¿1759?], *Archivo de Simancas*, Estado, 4966.

(2) *A Tanucci el 31 de julio de 1764, *ibid.*, 6096. En el año 1764 demandó el rey que le fuera presentada la lista de los candidatos antes de nombrar al nuevo auditor, *Roda a Grimaldi el 17 de mayo de 1764, *ibid.*, 5109; *Promemoria de Roda del 24 de mayo de 1764, *Nunziat. di Spagna*, 432, loco cit.; *Torrighiani a Roda el 24 de mayo de 1764, *ibid.*; *Roda a Torrighiani el 4 de julio de 1764, *ibid.*; *Torrighiani a Roda el 18 de julio de 1764, *ibid.*; *Roda a Torrighiani el 28 de agosto de 1764, *ibid.*; *Promemoria del 28 de agosto de 1764, *ibid.*

(3) *Torrighiani a Pallavicini el 25 de diciembre de 1765, *Registro di cifre*, *Nunziat. di Spagna*, 432, loco cit.

(4) *Grimaldi a Azpuru el 14 de enero de 1766, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped., 65/4.

(5) *Torrighiani a Pallavicini el 6 y 13 de febrero de 1766, *Registro di cifre*, *Nunziat. di Spagna*, 433, loco cit., copias en el *Archivo de Simancas*, Estado, 5072.

(6) *Torrighiani a Pallavicini el 13 de marzo de 1766, *Registro di cifre*, *Nunziat. di Spagna*, 433, loco cit., copias en el *Archivo de Simancas*, Estado, 5072.

(7) *A Azpuru el 4 de marzo de 1766, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped., 65/4.

III

Al proponerse los políticos españoles dificultar y eliminar todo lo posible el pontificado, no podían menos de tramitar también contra los jesuitas españoles la misma suerte que padecían ya sus hermanos portugueses y franceses. A sus ojos era la orden la defensa capital de los anhelos pontificios.

Tanucci, verdadero mentor de Carlos III, hace por cierto un brillante testimonio de los jesuitas como simples particulares. He reconocido siempre, escribe, como excelentes sacerdotes a todos los individuos jesuitas con quienes he tratado, llenos de caridad, prudencia y toda virtud cristiana (1). Todos o al menos la mayor parte, escribe en otra ocasión (2), son personas de buenas costumbres, muchísimos de ellos, y sin duda las nueve décimas partes son buenas personas e inocentes (3). Mas Tanucci no vela contradicción en acusar a la totalidad de todos estos buenos individuos de fautores de los más siniestros principios contra la religión, la moral, el Estado y el soberano (4). El mal radicaba en el gobierno de la Orden y en el espíritu que impulsaba toda la máquina del gobierno; dicho espíritu no conoce otra finalidad que la riqueza y el poder; los jesuitas pretendían el dominio de la Iglesia y del mundo, intrigar en las cortes y proporcionarse aptos instrumentos (5). Son una canalla intrigante (6); donde ellos llegan están perdidos corte, Estado y pueblo. Su conducta es diabólica, su moral maquiavélica (7), todo lo enfo-

(1) Ottimi sacerdoti ho sempre conosciuto i particolari Gesuiti, che io ho trattato, pieni di carità, di prudenza e di tutte le virtù cristiane (*a Majo el 5 de septiembre de 1758, *Archivo de Simancas*, Estado, 5965). Duhr, Tanucci, 303.

(2) *A Losada el 3 de noviembre de 1761, *Archivo de Simancas*, Estado, 5971.

(3) Moltissimi di loro, e senza dubbio nove decimi, sono buone persone e innocenti (*a Losada el 23 de septiembre de 1760, *ibid.*, 5964; *a Yaci el 26 de mayo de 1761, *ibid.*, 5970).

(4) *A Esquilache el 1.º de enero de 1765, *ibid.*, 5991.

(5) Il male sta in chi governa la Compagnia. Da questa stessa bontà universale dei loro sudditi traggono i loro superiori mille utilità pel corpo tutto, e questo corpo in capo loro ha da aver il dominio del mondo, etc. (*a Losada el 23 de septiembre de 1760, *ibid.*, 5963); *a Yaci el 26 de mayo de 1761, *ibid.*, 5970.

(6) canaglia intrigante (*a Bottari el 25 de julio de 1761, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602).

(7) Se entrano in essi [en los asuntos de gobierno], è perduta la corte, lo stato e il popolo. La lor condotta è diabolica, la morale il più velenoso macchiavelismo... (*a Yaci el 18 de marzo de 1760, *Archivo de Simancas*, Estado, 5961).

can a la satisfacción de su capricho y de su soberbia. A fin de poder enriquecerse y lograr poderío han relajado la moral.

Sin embargo, lo que Tanucci más censura y teme en los jesuitas es su cuarto voto: el de la obediencia al Papa. El Pontífice era precisamente contra quien dirigía sus tiros cuando combatía a los jesuitas, con cuyo auxilio procuraban los pontífices, según él, propagar en las cortes y en los confesonarios sus principios nocivos a los derechos de los soberanos y de los Estados. Aun cuando Jesucristo había concedido a todos los apóstoles el poder de atar y desatar en el foro de la conciencia, limitan los jesuitas dicho poder al Papa y lo extienden más allá del foro de la conciencia. Con sus muchas congregaciones de distinguidas damas y caballeros eminentes no pretenden más que enterarse de sucesos y secretos y referirlos luego a su general o al Papa (1). La máxima falta de los jesuitas no es para Tanucci su laxa moral o su falsa doctrina de la gracia — todo esto existía ya antes de ellos, — sino que consiste en que Belarmino y Pallavicini habían fundado un sistema religioso jerárquico el cual por su naturaleza era temporal, político, magnífico y tiránico, eximiendo a la corte del obispo supremo y a este mismo obispo de la obligación de toda honorabilidad y santidad (2). Quien ha tratado con los jesuitas y los conoce a fondo no puede calificarlos más que de ambiciosos, avaros, revoltosos, traidores y corruptores de principios, mensajeros de aquel Papa que no descende de Cristo y de San Pedro, sino que se ha formado con las esencias de ateísmo, piratería, ciclopismo y tráfico de religión en el último milenio de la era cristiana (3). Quien no hablaba como él de los jesuitas estaba mal informado o engañado (4), sólo los mentecatos y los bribones sobornados eran sus patrocinadores (5).

(1) *A Losada el 3 de noviembre de 1761, *ibid.*, 5971.

(2) *A Bottari el 4 de agosto de 1764, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602.

(3) *Chi li conosce a dentro, chi gli ha trattati, non può non caratterizzarli per ambiziosi, rapaci, sediziosi, traditori dei sovrani et guastatori, ed emissari di quel Papato, che non è di Gesù Cristo, nè di s. Pietro, ma di quello che si è formato colla sostanza d'ateismo, di pirateria, di ciclopismo e mercatura di religione negli ultimi mille anni dell'era cristiana (a Catanti el 7 de marzo de 1765, *Archivo de Simancas*, Estado, 5993).

(4) *A Losada el 17 de enero de 1764, *ibid.*, 5988. Tanucci utiliza los libelos contra la Orden. Así *el 28 de noviembre de 1761 pide a Galiani los folletos esparcidos en Francia contra la Compañía (*ibid.*, 5971), el 5 de enero de 1762 a Finochietti le envía de Sarpi, Bocaccio y Lucrezio y el voto de Passionei contra Belarmino (*ibid.*, 5976).

(5) *A Bottari, 21 de nov. de 1761, *Bib. Corsini de Roma*, Cod. 1602.

Dada esta ideología, era evidente que Tanucci había de trabajar por encauzar a su soberano por los derroteros de Pombal en lo tocante a la Compañía, aun cuando no era partidario de la bárbara conducta de aquél (1). La destrucción de la Compañía de Jesús en España era empero tarea nada hacedera. Hasta mitad del siglo XVIII era tenida la patria del fundador como la acrópolis de la Orden. En las provincias de Aragón, Castilla, Toledo y Andalucía contaba en términos redondos 120 moradas con 2792 miembros, y en las provincias transoceánicas de Méjico, Nueva Granada, Quito, Chile, Perú, Paraguay y en las Filipinas trabajaban 2652 religiosos jesuitas (2). La educación de la juventud estaba en gran parte en sus manos; en más de cien colegios, algunos de los cuales eran edificios verdaderamente magníficos, recibían educación y enseñanza los hijos principalmente de las clases superiores; de esos colegios, el Imperial de Madrid estaba exclusivamente destinado a la nobleza, los futuros grandes de España recibían en él su formación en todo lo que de un perfecto caballero se podía pedir y esperar. Igualmente en ultramar desde la Argentina hasta Méjico y California existía una guirnalda de florecientes colegios. Además, por aquel entonces poseían los jesuitas individuos cuyos nombres eran citados con honor en las ciencias y literatura (3); misioneros populares como Calatayud (4) congregaban las masas en torno a sus púlpitos, los misioneros surcaban los mares año tras año para conquistar a la fe a los indios y a los negros. Los confesores practicaban una actividad silenciosa principalmente entre la gente culta y distinguida (5). Felipe V, lo mismo que Fernando VI, se hizo dirigir espiritualmente por jesuitas (6). Car-

(1) Quel mandare nello Stato ecclesiastico li Gesuiti che non vogliono [los portugueses] ne'loro stati, è un'altra stravaganza. Un sovrano può sfrattar dal suo stato una Religione, ma non portarla in un luogo determinato carcerata fuor del suo stato (*a Wall el 26 de agosto de 1760, *Archivo de Simancas*, Estado, 6091).

(2) El número de residencias que se da es de 120, 146, 148; los cálculos sobre el número de individuos de 4908 hasta 5444. El número de desterrados que en 1767 llegaron a Córcega, debió de llegar a 4318.

(3) Cian, *L'immigrazione dei Gesuiti spagnuoli letterati in Italia*, Turin, 1895 (*Accad. R. delle scienze di Torino*, 1894-1895); Gallerani-Madariaga, *Jesuitas expulsos de España literatos en Italia*, Salamanca, 1897, 65 ss.; Navarrete, *De viris illustribus in Castella Veteri Soc. Iesu ingressis et in Italia extinctis*, Bologna, 1793; Rousseau, I, 134 s.; *Civ. Catt.*, serie 16, t. 5 (1896), 152 ss.

(4) [Rodeles], *Vida del P. Pedro Calatayud*, Madrid, 1882.

(5) Danvila y Collado, II, 581.

(6) Rousseau, I, 135.

los III, como miembro de la Orden tercera, eligió ciertamente a un franciscano para guía de su conciencia (1); pero su madre Isabel de Farnesio (2), lo mismo que su mujer María Amalia de Sajonia (3), se valía de jesuitas para confesores. La educación de sus hijos Fernando IV de Nápoles todavía menor de edad, el príncipe de Asturias Carlos y los demás infantes la había confiado el rey a los padres de la Compañía de Jesús (4). Como quiera que los directores espirituales del monarca ejercieran poderoso influjo en los dictámenes de asuntos eclesiásticos, el nombramiento de los mismos fué considerado por los nuncios como un asunto de Estado de gran trascendencia (5). Por esta razón Enrico Enríquez, antes de marcharse de Madrid, recomendó al secretario de Estado (6) que enviara a su sucesor un breve especial para el confesor del rey, pues su valimiento principalmente en los asuntos eclesiásticos era mayor que el de ningún otro.

Tanucci conocía perfectamente la dificultad de domeñar una corporación tan fuerte y tan hondamente arraigada en la población. De ahí que ante todo procurase preparar el terreno a la realización de sus planes. En Nápoles había sembrado ya en el corazón del soberano la semilla de la duda y de la sospecha (7), de suerte que más tarde podía afirmar que el rey Carlos conocía a fondo a los jesuitas, por lo cual no podrían éstos conquistarlo, y que confesor del rey ni era ni sería jamás un jesuita (8). Luego procuró Tanucci difundir en torno del soberano desconfianza y antipatía contra la Orden. En su

(1) Ibid.; Ferrer del Río, I, 397, II, 180.

(2) *Pallavicini a Torrigiani el 8 de junio de 1762, Cifre, Nunziat. di Spagna, 288, loco cit.

(3) *Ricci a Savastano el 25 de octubre de 1760, Epist. Gen. secretae, en poder de los jesuitas. La reina murió el 27 de septiembre de 1760.

(4) *Pallavicini a Torrigiani el 14 de septiembre de 1762 y 5 de abril de 1763, Cifre, Nunziat. di Spagna, 289, 290, loco cit.

(5) *Enríquez a Valenti el 17 de abril de 1747, ibid., 430; *Valenti a Spínola el 6 de noviembre de 1755, ibid., 428. Cf. *Valenti a Enríquez el 15 de agosto, 5, 12 y 30 de septiembre de 1744 y 13 de julio de 1747, ibid., 430.

(6) *el 1.º de enero de 1764, ibid., 256.

(7) Allí [en Nápoles] el Marqués de Tanucci creyó pensión de su lealtad y su celo instruirle oportunamente sobre las máximas de estos Regulares... y quando vino a ocupar el trono de España los conocía perfectamente, acataba la vida ejemplar de los virtuosos y desaprobaba la ambición e inquietud de los intrigantes (Ferrer del Río, II, 180).

(8) Le rendo tutte le grazie pel nuovo libro contro li benemeriti della Chiesa... Il Re li conosce e non lo potranno mai conquistare (* a Bottari el 29 de abril de 1760, Biblioteca Corsini de Roma, Cod. 1602). È probabile, che vaglia sotto il nuovo governo la verità e la giustizia, che sono incompatibili co'Gesuiti. Il confessore del Re non è né sarà Gesuita (a Bottari el 11 de septiembre de 1759, ibid.).

correspondencia epistolar saca partido a este fin de los acontecimientos de la historia contemporánea. La excitación de ánimos imperante en Portugal, escribía a Wall, es consecuencia de ciertos principios de los jesuitas, en realidad inadmisibles para las cortes (1). La Orden era, según él, por constitución y por naturaleza, antagónica con los derechos de los soberanos (2). Por doquier sembraba discordias; entonces se comenzaba a ver lo que anteriormente no se había visto ni se había querido ver (3). A los parlamentos franceses honraba sobremanera su actuación contra los jesuitas; la conmiseración que vastos círculos tenían de los jesuitas era, para su juicio, incomprensible (4).

Encarecidamente recomendó Tanucci a Wall en una carta confidencial que procurase el informe de Chalotais sobre las constituciones de los jesuitas. Elógiaselo como obra maestra, en la cual como en terso espejo se ve claramente la efigie de la Compañía de Jesús. Allí se podía apreciar palpablemente cómo la doctrina del regicidio se desprende naturalmente de las constituciones de la Orden. Esta parte del libro, dice, hace el efecto de una revelación. El había ya tropezado con estas secuelas en las obras de Belarmino, las cuales le habían sido entregadas en la juventud. No se contente el ministro, añade, con leer el documento personalmente, sino ruegue al rey que también se entere de ello, pues es una lectura digna de un rey sabio que aspira al bien y aborrece la falsedad (5). A esto

(1) *Vedo il Portogallo molto inquieto e molto irritato co'Gesuiti. Veramente alcune massime, che si leggono nei loro libri, non possono essere accette nelle corti de'sovrani (a Wall el 27 de marzo de 1759, *Archivo de Simancas*, Estado, 6090).

(2) *A Bottari el 6 de diciembre de 1761, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602.

(3) *Al mismo el 11 de septiembre de 1759, *ibid.*

(4) La cacciata dei Gesuiti farà a la Francia grand'onore. Non intendo la compassione (*a Galiani el 31 de marzo de 1764, *Archivo de Simancas*, Estado, 5988).

(5) Io non ho veduta cosa più seria, più vera, più chiara, più sincera, più efficace. E un capo d'opera e lo specchio più lucido ove si veda la Compagnia... Vedrà V. E. la dottrina esecranda del regicidio, che nella Compagnia è una conseguenza necessaria delle sue Costituzioni. Questa parte del libro è evangelo. Io ho veduto tutto quel processo nelle opere di Bellarmino, che mi furon fatte leggere nella mia adolescenza (a Wall el 30 de marzo de 1762, *Archivo de Simancas*, Estado, 6093). Mi rallegra, che V. E. abbia letto il «Conto reso delle Costituzioni dei Gesuiti» dal Procuratore generale del Parlamento di Bretagna. Il pregio, che io aveva trovato, era la brevità, la chiarezza, l'efficacia, la serietà colla quale aveva trattata quel Procuratore una materia con tanta fraude e industria dai Gesuiti intricata, ai quali è riuscito il coprire per tanto tempo, ed

pudo dar Wall la tranquilizadora respuesta de haber visto ya la obra y de haber llegado igualmente a la persuasión de que del conocimiento de su importante contenido no podía verse privado el monarca (1). Nuevas medidas propone Tanucci dos meses más tarde en una carta al preceptor mayor de la corte, Losada. El rey, dice, está puesto por Dios para grandes cosas y para el bien de los pueblos, por eso confía él que el Señor no dejará de otorgar al soberano el tiempo, la ocasión, la fuerza y las luces necesarias para purificar a España y ambas Sicilias de colegiales y jesuítas. Se hacía cargo de las dificultades y prejuicios tan profundamente arraigados en el pueblo español. Con todo, había que poner remedio. El procedimiento más eficaz para ilustrarlo eran los libros breves, escritos en lengua española por buenos teólogos de otras Órdenes y que contuvieran la verdadera doctrina comparada con la jesuítica, diametralmente opuesta al Evangelio y favorable a los relajados (2). «Sentiría en el alma, había escrito Tanucci dos años antes al embajador napolitano en Madrid, si hubiera de partir al otro mundo con la conciencia de dejar esta ponzoña (de jesuítas) en la morada de mi venerando Señor.» (3)

ascendere ai sovrani lo spirito di sedizione, di avarizia, di ambizione enorme, di un corpo insidioso, che stava e sta dentro lo stato unicamente per divorarlo e sovvertirlo, e per toglierne la religione e la disciplina. Gli estratti, che della dottrina dei Gesuiti ha il Parlamento di Parigi presentati al Re, son bastanti a disingannare ognuno (a Wall el 11 de mayo de 1762, *ibid.*).

(1) He leído el librito del Procurador general intitulado «Compte rendu des Constitutions des Jésuites»; a la verdad merece bien los epítetos con que lo califica el discernimiento y juicio de V. E., y es digno, como V. E. me añade, de que no se oculte su lectura e importante contenido a la comprensión del Rey. V. E. me encarga que yo lo lea, y puedo decirle que queda obedecido anticipadamente a su precepto, porque desde luego que se publicó me lo remitieron de París, y que formo (aunque con mucha menos erudición y luces) el mismo concepto que V. E... (*Wall a Tanucci el 20 de abril de 1762, *Archivo de Simancas*, Estado, 6093).

(2) Spero, che [Dio] darà a S. M. il tempo... da purgar la Spagna e le Sicilie dai Collegiali e dai Gesuiti. Mi fo carico delle difficoltà e de'pregiudizi radicati profondamente nella nazione spagnuola. La via d'illuminarla sono i piccoli libri fatti in lingua spagnuola da buoni teologi Domenicani, Cassinesi, Agostiniani, Filippini, colla vera dottrina cristiana comparata colla gesuitica, che è tutta contraria all'Evangelo e favorevole ai rilasciati (*a Losada el 22 de junio de 1762, *Archivo de Simancas*, Estado, 5977); Rousseau, I, 18, n. 1. Tanucci hizo publicar, sin pie de imprenta, una serie de semejantes escritos con el título «Inquietudini gesuitiche» en cuatro tomos (1764-1769). Fueron impresos en la imprenta real de Nápoles (*Tanucci a Grimaldi el 8 de agosto de 1769, *Archivo de Simancas*, Estado, 6102).

(3) *A Yaci el 18 de marzo de 1760, *ibid.*, 5961.

Como a pesar de estas indicaciones y requerimientos, España se mostrase aún refractaria a emprender la obra de saneamiento, escribió Tanucci que allí había mucha falta de brazos fuertes. Ante todo había que comenzar por remover a todos los santurrones de sus cargos, lo cual significaría para España la limpieza de las cuadras de Augia, empresa que requería años (1). Como quiera que no era posible reformar la corte, el ministerio y el clero español en un abrir y cerrar de ojos, era preciso que al menos la mitad estuviera cambiada antes de poner manos a la obra. La culpa era de los gobiernos anteriores. Una vez crecieran los hijos del rey y hubiera fallecido su madre, entonces ya no habría un solo jesuita en palacio. Se necesitarían bien sus veinticinco años para que el ministerio y sus dogmas hubieran cambiado (2). El no llegaría a presenciar tan solemne día, pues el edificio era grande y tenía profundos y sólidos cimientos, pero se derrumbaría, aun cuando no en los días de su vida. Entre tanto contemplaba cómo los portugueses, parlamentos y jansenistas seguían trabajando con todo empeño por purificar al pueblo cristiano de la antigua levadura (3). Cabe prescindir de si respondía a la verdad histórica, o más bien se trataba de un artificio para hacer ambiente cuando el ministro escribía que cierta nación había preguntado a Nápoles si se quería unir con ella para arrojar a los jesuitas de ambos países (4). Lo cierto es que Tanucci puede atri-

(1) Vedrò volentieri Mons. Caraffa tanto studioso e desideroso della luce e del vero. Come tale, e come suo amico potrà di me far l'uso, che gli occorra. Pover'uomo! Quanto Ulisse, e quanto Giobbe gli sovrasta, ove regnano i Gesuiti, e regneranno per tutto il secolo. Portogallo ha emendato, come voleva Marziale far alle poesie di colui una litura. Francia è stata più rituale, ne ha pagata qualche pena, e Dio sa, se altra resti a pagare. Spagna cunctatur; manca ivi molto ancora in genere di braccia, ma medita. Non mi giungerebbe nuovo, se dura la pace, un concilio generale, che finisca l'abbozzo di Trento. Cacciar dalle cariche tutti li devoti, sarebbe per qualche anno in Spagna una pulitura della stalla d'Augia (*A Bottari el 26 de febrero de 1763, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602).

(2) *A Centomani el 8 de septiembre de 1764, *Archivo de Simancas*, Estado, 5990.

(3) *A Bottari el 14 de mayo de 1763, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602.

(4) Posso dirle, che da qualche sovranità siamo stati interrogati, se volessimo unirci con essa nel cacciare dai rispettivi paesi li Gesuiti. Veramente ognuno è nauseato di loro dopo averli scoperti satelliti e guastatori della corte di Roma, e traditori di tutte le altre corti, e seduttori delle nazioni contro li sovrani e li magistrati, finalmente sostenitori delle dottrine ereticali di Gregorio VII e di altri tali nella materia giurisdizionale. Lascio la scandalosa morale, l'avarizia, l'ambi-

buirse el testimonio de haber contribuido más que nadie a encauzar al gobierno español por los derroteros antijesuiticos (1).

Los brazos fuertes que Tanucci echaba de menos habían de aparecer pronto. Con gran satisfacción propia, en 1762 fué nombrado fiscal del Consejo de Castilla Pedro Rodríguez Campomanes (2), quien además de su especialidad tenía conocimientos nada despreciables en Historia e idiomas, y conforme a las corrientes de la época, se preocupaba mucho de la economía política, en la cual, lo mismo que otros, tenía puesta su confianza, con despreocupación de diletante, en la eficacia de las teorías. Era amigo de Benjamín Franklin, y correspondiente de la Sociedad filosófica de Filadelfia, pero sobre todo furibundo regalista y enemigo de los jesuitas (3). Cuando en 1764 algunos miembros de las provincias jesuíticas de Francia se refugiaron en España para verse libres de emitir el juramento prescrito y en el Consejo de Castilla se discutió el caso de si se les debía otorgar asilo, se declaró Campomanes, en unión con Valle y Salazar, por su exclusión de España (4), aun cuando no triunfó su moción (5). El año siguiente publicó su «Tratado sobre la regalía de amortización», compilación jurídica encaminada a restringir la adquisición de bienes de las manos muertas. La obra fué reimpresa repetidas veces y sirvió además de texto para las futuras leyes de amortización de España (6). No menos regalista era el marqués de Grimaldi (7).

zione, la cabala, che non manca mai, ove il Gesuita si possa ficcare (a Centomani el 11 de agosto de 1764, *Archivo de Simancas*, Estado, 5990).

(1) Au surplus la main de Tanucci se retrouve jusque dans l'affaire des Jésuites d'Espagne; et ce n'est pas a son insu que peu à peu le Conseil se peuple d'adversaires des Jésuites (Rousseau, I, Introd., XI).

(2) Lo sapeva per buon giuriconsulto, ma non sapeva, che ei non fosse del partito dei Gesuiti. Per non esser di tal partito bisogna buona dottrina, e inclinazione forte alla verità e all'honestà. Ove son queste due qualità, nulla possono li Gesuiti (a Losada el 10 de agosto de 1762, *Archivo de Simancas*, Estado, 5977).

(3) Menéndez y Pelayo, III, 134 ss.

(4) *Pallavicini a Torrigiani el 10 y 24 de julio de 1764, Cifre, Nunziat. di Spagna, 292, loco cit. Cf. anteriormente, pág. 290.

(5) *El Consejo en el 23 de agosto de 1764, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 687; *Pallavicini a Torrigiani el 14 de agosto de 1764, Cifre, Nunziat. di Spagna, 292, loco cit.

(6) El título completo en Menéndez y Pelayo, III, 136. En 1825 fué prohibido en Roma el libro que había recibido la aprobación de cinco eclesiásticos (Reusch, Index, II, 937). El senado veneciano mandó imprimir una traducción italiana (ibid.). Leonhard (Agrarpolitik, 975) caracteriza el tratado de obra tipo del regalismo, henchida de retórica ampulosa, palabrera y altisonante.

(7) *Carlos III a Tanucci el 18 de octubre de 1763, *Archivo de Simancas*,

A todos los mencionados ganó en odio a Roma y a los jesuitas Manuel de Roda y Arrieta (1). Enviado a Roma en 1758 como agente de preces y procurador de España (2), le fué confiada ya en 1760 interinamente la representación ante la Santa Sede al morir el cardenal Portocarrero (3). Aquí fué dominado plenamente por el partido jansenista. Le unía estrecha amistad con el general de los agustinos y fogoso adversario de la Compañía de Jesús, Vázquez, con quien al regresar a España sostuvo activa correspondencia epistolar (4). La afinidad ideológica le llevó también a trabar estrechas relaciones con Tanucci, el cual le apreciaba y veneraba (5). La visita que antes de su partida de Roma hizo Roda al ministro inundó a éste en transportes de alegría (6), y dió también motivo para sospechar que en esta ocasión se había convenido el plan de expulsión de los jesuitas de España (7). Bajo el influjo de este amigo llegó a ser Roda, según expresión de Tanucci, «el cruel perseguidor de las fábu-

Estado, 6049; *Grimaldi a Roda el 18 de octubre de 1763, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 44.

(1) *Roda era uomo probo, odiava li Gesuiti, sapeva Roma da dentro e da fuori. Sicchè era un buon ministro di giustizia e di Chiesa (Tanucci a Catanti el 30 de septiembre de 1782, *Archivo de Simancas*, Estado, 6039).

(2) *Wall a Portocarrero el 28 de febrero de 1758, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 40; *Aróstegui a Wall el 25 de mayo de 1758, *Archivo de Simancas*, Estado, 5011.

(3) *Carlos III a Clemente XIII y *Wall a Roda el 8 de julio de 1760, *Archivo de la Embajada española de Roma*, loco cit., 41.

(4) Esta *Correspondencia (1765-1775) en *Madrid*, Biblioteca de S. Isidro, Cartas de Vázquez, 3 t. (aunque no completos). Cf. Jemolo, 117 s.

(5) Io lo amo, lo stimo, lo venero, ed era nella lusinga di ch'egli ne fusse persuasso (*Tanucci a Bottari el 5 de abril de 1763, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602).

(6) Fu qui il buon Roda; li momenti furon pieni di soavità; io gli versai nel seno tutto il più riposto della mia coscienza etc. Roda es costì persecutore agro delle favole Romanensi e dei Gesuiti (a Bottari el 23 de marzo de 1765, *Archivo de Simancas*, Estado, 5992).

(7) Nulla posson farle li Gesuiti di male. Fra li cardinali della vita sua non ne è alcuno amico dei Gesuiti. Roda ha in Roma, essendo Ministro interino per sei anni di Spagna, esercitata un aperta inimicizia colli Gesuiti, ed è stato fatto ultimamenti dal Re Cattolico segretario della Giustizia, della Grazia e della Chiesa. Rida dunque, stia tranquillo... (*Tanucci a Catanti el 16 de marzo de 1765, *Archivo de Simancas*, Estado, 5992). Desidero alla Maestà Sua una ventina di Roda, e altrettanti Campomanes (*Tanucci a Losada el 26 de marzo de 1765, *ibid.*). Non tempo avverso, ma stanchezza e bisogno di riposo trattenne il buon Roda otto giorni in Genova, e la cortesia di Cornesor [Cornejo?]. Il bene, che ei farà in Spagna, non sarà alla pubblica cognizione, che dopo qualche tempo. Quelli, che lo voglion veder subito, non sanno la condotta d'un Ministro con un Monarca (*Tanucci a Centomani el 6 de abril de 1765, *ibid.*).

las de Roma y de los jesuitas» (1). Su correligionario Azara decía burlándose de él que tenía unos cristales ante los ojos que no le dejaban ver más que jesuitas y «colegiales mayores» (2). Con ocasión de la expulsión de los jesuitas de Portugal debió manifestar a los cardenales Passionei y Gian Francesco Albani que en España acontecería lo mismo, una vez muerta la reina Isabel de Farnesio (3).

En Roma hubieran deseado ver removido al maligno embajador, pues en el litigio en torno de la pragmática (4) se había dado traza para hacerse con un breve secreto dirigido al confesor del rey, Osma, y lo había hecho público con el fin de entorpecer las negociaciones (5). Por dos veces había requerido Torrigiani al nuncio a que de una manera prudente solicitara un embajador de alta categoría para aislar así al abominable Roda (6). El intento no surtió efecto. En esto, el 17 de enero de 1765, ocurrió la muerte del ministro de justicia Muñiz, conde de Campo Villar. Aquella misma mañana nombró Carlos III a Roda sucesor del finado, designación que según creía el soberano, sería tan bien recibida en Nápoles como mal acogida en Roma (7). En los círculos tanto de amigos como de enemigos de la Compañía de Jesús fué considerado este paso del monarca como un sintomático cambio de sistema (8). El general de los jesuitas

(1) V. anteriormente, pág. 337, nota 6.

(2) Roda, que durante sus estudios había sido manteísta (estudiante pobre), tenía gran aversión contra los colegiales mayores, o sea los distinguidos pensionistas de las clases elevadas, a quienes echaba en rostro que monopolizaban los elevados cargos contra toda justicia, cerraban el ascenso a los laboriosos funcionarios de la clase media, y, atentos sólo a la conservación de sus privilegios, eran una rémora para todo progreso (Menéndez y Pelayo, III, 139). *Homo hic [Roda]... qui e tenui fortuna cum fuisset, in aulae lucem opera Iesuitarum productus, sese externe amicis eorum ferebat, etc.* (Cordara, *De suppressione*, 96 s.). Cf. Fernán-Núñez, I, 206 s.

(3) Cordara, loco cit., 98; Ricci, **Espulsione dalla Spagna*, 2.

(4) V. anteriormente, pág. 323.

(5) *Torrighiani a Pallavicini el 11 de noviembre de 1762, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 431, loco cit.

(6) *Torrighiani a Pallavicini el 16 de febrero y 24 de marzo de 1763, *ibid.*, 432.

(7) No quiero dejar de decirte que avendo muerto mi Segretario de Gracia y Justicia Muñiz (Colegial), he nombrado para tal empleo a Don Manuel de Roda, lo que creo que no te parecerá mal, y espero que me servirá bien, como lo ha hecho en Roma, a la que no sé si gustará tal elección (a Tanucci el 22 de enero de 1765, *Archivo de Simancas*, Estado, 6049). *Grimaldi a Roda el 22 de enero de 1765, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 45.

(8) Ha veduto [el Papa] finalmente dal Re, neglette tutte le altre premure della sua corte e ministero, farsi Segretario della Giustizia e della Chiesa il più

tas Ricci, quien ignoraba haberse realizado la elección por propia iniciativa del rey, creyó prudente informar a la reina madre, por medio de su confesor Bramieri, de las intenciones del nuevo ministro; de que Roda se hallaba encadenado por los enemigos de la Iglesia y de la Orden, quienes según afirmaban personas fidedignas acariciaban la idea de emprender en España contra la Compañía de Jesús una campaña y no terminarla hasta haberla aniquilado allí, para luego urgir sin demora la total extinción por parte del Pontífice (1).

En 1763 decía el nuncio Pallavicini a raíz del nombramiento de Grimaldi que todavía no aparecían indicios de un cambio de opinión en las personalidades dirigentes (2); en cambio los jansenistas italianos ya tenían noticia, un año antes, de maquinaciones antijesuiticas en el reino de Carlos III (3). Durante la guerra con Inglaterra pasaron a segundo término estas maquinaciones, para volver a resurgir de nuevo después de la paz de Fontainebleau. El embajador portugués en Madrid, Sa e Mello, recibió órdenes secretas de informarse bajo mano del predicamento en que los jesuitas estaban ante el rey, el príncipe y los ministros, y si ofrecía perspectivas el plan de expulsarlos de toda la península (4). El llamamiento que por el Parlamento de Ruán había sido hecho a todos los soberanos católicos para que

dichiarato disapprovatore dei Gesuiti, il quale neppur chiedeva, e certamente non desiderava un tal posto, eppur tuttavia il buon S. Padre si lascia lusingare dalla potenza gesuitica in Spagna (*Tanucci a Orsini el 25 de abril de 1765, *Archivo de Simancas*, Estado, 5992). Cf. *Tanucci a Bottari el 23 de marzo de 1765 (véase anteriormente, pág. 337, nota 6).

(1) *Ricci a Bramieri el 25 de abril de 1765, en *poder de los jesuitas*, Epp. Gen. secretae.

(2) *Pallavicini a Torrigiani el 13 de septiembre de 1763, Cifre, Nunziat. di Spagna, 290, loco cit.

(3) *Bandini a Foggiani el 22 de junio de 1762, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1607.

(4) § 49. Verá V. E. o que ahi sentem a respeito dos Jesuitas, e se poderá ou não conseguirse o intento que premeditamos de expulsarlos de toda esta península, sem que se presuma nunca o nosso empenho. § 50. Todos os Papeis que en este assumpto se remeterem a V. E. para el Rey, lhes dará V. E. em mão propria, pois que para este fim hão de hir ja vertidos em castelhano em razão de não entenderem muito bem nosso idioma. § 51. Procurará V. E. saber tudo o que lhe for possível dos mesmos Padres, e com especialidade o valimento ou favor que achão em el Rey, Principes, Ministros etc. (Instruções para Ayres de Sa y Mello, embaixador extraordinario para la corte de Madrid, sin fecha [noviembre de 1764 ?], *Archivo de Simancas*, Estado, 7291). La instrucción tiene 56 artículos.

se unieran a fin de exigir al Papa la supresión de la Orden (1) no habla pasado inadvertido en España.

Hasta qué punto hubiera cobrado auge en España la opinión adversa a los jesuitas lo demuestra el trato que en el Consejo de Castilla se dió a la bula pontificia del 7 de enero de 1765 en favor de la Compañía de Jesús. En el informe a Carlos III se redactó el resultado de la deliberación en el sentido de que los jesuitas jamás se habían preocupado del regio exequatur y además difundían por el país la bula que acababa de salir. Sin más consideraciones sobre el contenido, prohibíase su publicación sólo por este motivo (2). Como Pallavicini escribe, en Madrid se consideraba intempestiva la declaración pontificia. Incluso amigos de Roma y de la Compañía confesaban que la bula causaría más perjuicios que provecho en las actuales circunstancias, pues era atribuída a las intrigas de los jesuitas y todo daba a entender que debían gozar de exorbitante influjo en Roma; la curia pontificia, afirmaban, desconoce por completo la verdadera situación de las cosas (3). Con tácita aprobación de las autoridades se propalaban en periódicos y folletos los más descabellados infundios sobre el poderío y las riquezas de los jesuitas en el Paraguay (4). A los aspirantes a algún cargo se les preguntaba dónde habían hecho sus estudios y los alumnos de los jesuitas eran excluídos de antemano (5). Como las listas de personal todavía existentes lo demuestran, pedíanse informaciones secretas para saber la posición y modo de pensar de los funcionarios respecto de la Orden (6).

(1) V. anteriormente la nota 7 de la página 289.

(2) *28 de febrero de 1765, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 3518.

(3) *Pallavicini a Torrigiani el 19 de marzo de 1765, Cifre, Nunziat. di Spagna, 293; loco cit., la traducción en Theiner, *Histoire*, I, 65 s.

(4) *El P. Sáez al rector de Villagarcía el 7 de diciembre de 1765, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666. Ya años antes se había quejado Torrigiani de publicaciones antijesuiticas (*a Spínola el 22 de febrero de 1759, Regolari, Gesuiti, 48, *Archivo secreto pontificio*). A los jesuitas franceses que se habían refugiado en España, llegó una amonestación de la corte de regresar lo antes posible a la patria (*Ricci a Nectoux el 21 de marzo de 1765, *ibid.*).

(5) Nell'anno precedente 1766 scrivevano al Generale i Superiori di Madrid, che chiunque chiedeva cariche, era interrogato, dove avesse fatti i studi, e rispondendo, che alle scuole de' Gesuiti, veniva escluso dalla carica apertamente ed espressamente per questo solo motivo; onde pensavano di fare ricorso a S. M., ciò che fu approvato, purchè si facesse senza offesa di alcuno (Ricci, *Espulsione dalla Spagna, 3 s.).

(6) *Noticia de los Ministros que componen el Consejo Supremo de S. M. y de otros dentro y fuera de esta corte (sin fecha, *Archivo de Simancas*, Gracia

En vista de todo lo que dentro y fuera ocurría, no podían menos de pronosticar los videntes entre los jesuitas que los presagios del tiempo amenazaban tormenta. «Sobre todo me tortura el ver que Roda pertenece a ese infame partido que bajo el pretexto de reformar a los jesuitas vende la Iglesia por unos pocos dineros», escribía el jesuita Isidro López (1) ante la noticia de haber sido encargado Roda del ministerio de Justicia. Algunas semanas más tarde (abril de 1765) informaba el provincial de Guyena, Nectoux, al general de la Orden, que un ministro de fama había manifestado que pronto se llegaría también en España a la supresión de los colegios jesuíticos y que tal era el designio de todos los Estados de Europa. Fuera de Italia, no quedaría pronto ni un solo jesuita. En España había un gran partido dispuesto a una acción antijesuitica, el cual pronto recibiría apoyo y refuerzo en la persona de aquel conocido gran enemigo de los jesuitas que se hallaba precisamente de viaje de Roma a España para posesionarse del cargo que para la expulsión de los jesuitas ofrece excelente proporción (2). Inspirado más por el deseo que por la persuasión íntima, contestó Ricci que en Roma eran considerados los augurios de los tristes eventos no sólo por inciertos, sino por absolutamente falsos; él abrigaba la confianza de que con la ayuda de Dios no se llegaría nunca a tal extremo. «Pero si Dios, continúa diciendo, quisiera que sobreviniesen sobre los miembros de España u otros cualesquiera los mismos infortunios con que quiso probar a los padres franceses, habrían de sobrellevar con paciencia y humilde sumisión de ánimo las calamidades que a Dios pluguiere enviar. Entre tanto roguemos a la Bondad divina que juntamente con la prueba otorgue a todos gran medida de virtud.» (3)

y Justicia, 590); *Estado actual de la Real Chancelleria de Valladolid del 10 de agosto de 1765, *ibid.*; *Estado actual del Consejo de Navarra (sin fecha), *ibid.*; *Audiencia real de Oviedo del 12 de agosto de 1765, *ibid.* Sirven de indicación informativa: Jesuita, de 4 voti, Thomista, Indiferente. La lista de los miembros del Consejo de Castilla con sus calificativos impresa en *Razón y Fe*, XXIX (1911), 169.

(1) *al P. Idiáquez el 27 de febrero de 1765, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 688. •

(2) *Nectoux a Ricci el mes de abril de 1765, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666, copia *ibid.*, 688.

(3) *Quamquam ingeniosa adeo et in Societatis ruinam intenta sit furens supra modum malevolorum invidia, ut omnia, vel maxime tuta, timenda videantur, attamen tristitia, quae praenuntiat R. V., non incerta modo, verum etiam falsa prorsus existimantur, atque fore confido, ut, iuvante Deo, nunquam eve-*

La prueba estaba más próxima de lo que se podía presumir. Los motines de la primavera de 1766 llenaron de pavor a Carlos III y aceleraron el estallido de la latente crisis.

IV

En su obra «Auxilios para bien gobernar una monarquía católica», había amonestado Macanaz en 1742 al monarca que no tolerara jamás a los ministros y consejeros imponer por la fuerza a los súbditos un cambio en los trajes populares para introducir otros extranjeros. Tal disposición la tomaría el pueblo por un violento ataque que fácilmente podría desconcertar los espíritus y provocar una asonada cuya sofocación costaría al Estado muchos ciudadanos y al soberano mucho de su fama (1). La justificación de esta amonestación debía experimentarla Madrid en el llamado *motín de los sombreros* o de *Esquilache* (2).

A pesar de los reparos de ambos fiscales apareció el 10 de marzo de 1766 (3) un decreto prohibiendo en todas las residencias y universidades, lo mismo que en las capitales de provincia, el uso de la amplia capa y del sombrero chambergo o de ala ancha y prescribiendo las prendas francesas: peluca y sombrero de tres picos. Las infracciones del decreto serían castigadas con multas y prisiones y, en caso de triple reincidencia, con cuatro años de destierro (4). Como razón de tal medida se aducía el que la capa y el sombrero de ala ancha no eran prendas de indumento español y sólo servían para que

niant. At si quibus probare socios gallos supremum numen voluit, iisdem exagitari infortuniis socios hispanos et quosvis alios permittat, ab ipsis utique invicta cum patientia humilique animi demissione toleranda erunt mala, quae fecerit Dominus (*Ricci a Nectoux el 21 de marzo de 1765, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666).

(1) Macanaz, *Auxilios para bien gobernar una monarquía católica*, Auxilio 21, § 19 y 20; Ferrer del Río, II, 41 s.

(2) El primer informe oficial sobre el motín de Madrid en la *carta de Aranda a Roda, fechada en Madrid el 9 de abril de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009, f. 99-102. V. más adelante la página 354 y el apéndice 1.

(3) *Esquilache a Roda, *Archivo público de Simancas*, Gracia y Justicia, 790; *Campomanes a [¿Roda?], sin fecha, *ibid.*; Ferrer del Río, II, 12, n. 1.

(4) Bando del 10 de marzo de 1766 (impreso), *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 790. Cf. «Vando» del 19 de enero de 1760 (impreso), *Archivo general central de Madrid*, Estado, 4900; Ferrer del Río, II, 12 ss.; Rousseau, I, 177.

los criminales ocultaran fácilmente el rostro y pudieran escapar impunes (1).

El sentimiento nacional español se sintió con esto profundamente herido, y además el decreto apareció en la ocasión más intempestiva. En el invierno de 1765 había dominado un frío inaudito, tanto que se llegaron a helar las aguas del golfo de Vizcaya. Desde 1760 una pertinaz sequía esquilmoó notablemente, durante varios veranos consecutivos, las cosechas y se habían encarecido considerablemente los precios de los artículos más corrientes: pan, aceite y vino (2). En vez de atribuir la carestía a las malas cosechas, el pueblo hacía de ello responsable al ministro de Hacienda Esquilache (Squillace), el cual era aborrecido por ser extranjero, por algunas malvistas reformas (3) y por llevar además fama de enriquecerse a costa del pueblo (4). La excitación en los barrios populares era grande. Aquella misma noche desaparecieron los bandos fijados por el gobierno y en su lugar fueron colocados carteles del siguiente tenor: «Cincuenta hombres están dispuestos a defender la capa y el sombrero de ala ancha. Todo español verdadero que quiera adherirse a este partido, se proveerá de armas, municiones y demás enseres necesarios» (5).

La falta de tacto demostrada en la ejecución del decreto aumentó aún más la irritación. Oficiales celosos en demasía recorrían la ciudad y amonestaban al pueblo a la obediencia, pero no cosechaban más que la burla de la multitud. Entonces lanzaron comisarios acompañados de sastres, los cuales a los contraventores de la ley recortaban la capa en pública calle y levantaban el ala del sombrero. La excitación subió hasta la ebullición, cuando fué lanzada a la calle una división de la guardia valona para que procediera contra los recalcitrantes. Los valones eran aborrecidos en Madrid desde que — con ocasión de unos fuegos artificiales para celebrar el casamiento de la princesa María Luisa con el archiduque de Toscana — habían procurado el mantenimiento del orden de tal forma

(1) *Esquilache a Roda el 21 de febrero de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 790.

(2) *Grimaldi a Choiseul el 2 de abril de 1766, *ibid.*, Estado, 4557.

(3) Ferrer del Río, II, 9 ss.

(4) También Tanucci le reprocha a él y a su esposa (*a Losada el 3 de junio de 1766, *Archivo de Simancas*, Estado, 5997; *a Cattolica el 16 de septiembre de 1766, *ibid.*, 5998).

(5) Rousseau, I, 178. Ferrer del Río (II, 14) habla de 3000.

que causaron la muerte de más de veinte personas a fuerza de empujones (1).

El odio reconcentrado estalló la tarde del domingo de Ramos, 23 de marzo de 1766. Dos individuos embozados en anchas capas se paseaban frente al cuartel en actitud provocadora. Como la guardia les llamase al orden y ante su altiva respuesta les quisieran echar mano, uno de los embozados derribó a un soldado de una estocada. Dada la señal se precipitaron de las calles vecinas una multitud de hombres armados hacia el lugar del suceso, dominaron la guardia y la desarmaron. Al grito de «¡Viva el rey! ¡Muera Esquilache!» recorrieron los amotinados las calles profiriendo infamias contra la avara mujer del ministro (2). Con la afluencia de los curiosos llegó el número hasta unos tres mil. El rey que precisamente regresaba de caza se mostró muy alarmado. El duque de Medinaceli, querido por el pueblo por su generosidad, recibió el encargo de apaciguar a los amotinados; pero sus órdenes de que se retiraran no tuvieron resultado sino cuando la multitud concibió la idea de dirigirse a la morada de Esquilache para dar cuenta de él. Mas el interesado había logrado escapar disfrazado y refugiarse en el real palacio, y su mujer, al primer rumor del tumulto había reunido con toda celeridad sus joyas y con ellas huyó a un convento de religiosas en el cual eran educadas sus dos hijas. Después de haber saqueado el palacio la multitud, y de haberse refocilado con el vino, se dirigió a la morada de Grimaldi, el cual por ser genovés era también malquisto, pero se contentaron con romper los cristales de las ventanas. Los amotinados, llevados del odio contra Esquilache, derribaron las farolas de las calles que aquél había hecho colocar, y quemó su efígie en la Plaza Mayor, después de lo cual se disolvieron hacia la medianoche (3).

Al día siguiente, una multitud de hombres, mujeres y niños se dirigieron al palacio real donde el ministro seguía escondido, y quisieron irrumpir en él. La guardia valona hizo algunos disparos para amedrentar causando la muerte de una mujer e hiriendo a algunas otras. Entonces se lanzó la irritada muchedumbre sobre los soldados, mató a varios y arrastró los cadáveres por las calles con gran

(1) Rousseau, I, 178.

(2) Cf. sobre ellas Rousseau, I, 17; Ferrer del Rio, I, 245 ss.; *Tanucci a Losada el 3 de junio de 1766, *Archivo de Simancas*, Estado, 5997.

(3) Rousseau, I, 178 ss.; Ferrer del Rio, II, 14 ss.

vocerlo. Nuevamente trataron los condes de Medinaceli y Arcos de dominar a los revoltosos; pero en vano. Algunos frailes que con el crucifijo en la mano exhortaban al pueblo a que depusiera la actitud levantisca, tampoco fueron afortunados. Los revoltosos les dijeron que no era aquella hora de sermones; eran cristianos y no pretendían ni querían oír más que al rey. Entonces el P. Yecla (1), prior de San Juan de la Mancha, aconsejó a la multitud que dirigiera al monarca por escrito sus ruegos. Con la mayor celeridad fué redactado en una taberna el documento y firmado por todos los que quisieron (2). «En nombre de Dios Omnipotente, de la Santísima e Individua Trinidad y de la Beatísima Virgen y Madre de Dios María» presentaron los amotinados al monarca las siguientes capitulaciones: el destierro de Esquilache y de su familia, composición del ministerio por españoles, disolución de la comisión de víveres, retirada de los valones, libertad para vestir como les pluguiere, abaratamiento de los comestibles de primera necesidad, perdón general para todo lo ocurrido y confirmación de estas demandas hecha por el rey en la Plaza Mayor. En caso denegatorio aquella misma noche quedaría Madrid convertido en cenizas (3).

En hábito de penitencia se dirigió Yecla al monarca, portador de las capitulaciones. A pesar de que el religioso respondía con su vida propia de la seguridad del monarca, no se atrevió éste a meterse entre la multitud, sino que le despidió con el encargo de dar al pueblo seguridad de su benevolencia para con él. Tras una corta deliberación con los que le rodeaban dió Carlos orden de permitir la entrada a la multitud en el patio del palacio. Entonces insistió de nuevo Yecla ante el monarca y le suplicó de rodillas que otorgara lo solicitado con real bondad. El rey dió su consentimiento. Entonces el prior anionestó a la gente a que se retirase. Obedecieron, pero para volver al poco rato en procesión con palmas en las manos y en medio una imagen de la Virgen del Rosario llevada en andas por cuatro dominicos. Los cantos de júbilo se mezclaban con el bronco redoblar de los tambores vascos (4).

Ante las indicaciones de algunos cortesanos en el sentido de

(1) Rousseau (I, 183) le llama P. Cuenca.

(2) Ferrer del Rio, II, 18 ss.; Rousseau, I, 180 s.

(3) *Capitulaciones del pueblo de Madrid con el Rey el día 24 de Marzo de 1766, *Archivo provincial toledano de Madrid*, Chamartín, P; Ferrer del Rio, II, 22 s.; Rousseau, I, 182.

(4) Ferrer del Rio, II, 23 ss.; Rousseau, I, 182 s.

que la seguridad del monarca peligraba en la ciudad, abandonó Carlos III el palacio durante la noche por pasos subterráneos y desde la Puerta de San Vicente se dirigió en coche a Aranjuez. La reina madre fué la única en oponerse a esta partida con todos los visos de fuga; pero como no se le hiciera caso no quiso abandonar a su hijo, a pesar de su mal estado de salud (1).

A la mañana siguiente, 25 de marzo, se disponía el pueblo a rendir al monarca una aclamación de gratitud, cuando corrió la voz de que el rey había abandonado durante la noche la villa de Madrid. La ira y el pavor se apoderó de todos. Se pensó en un engaño y se temió no fueran lanzadas tropas contra Madrid, revocadas las concesiones hechas y castigados los revoltosos. Ya se había concebido el plan de marchar a Aranjuez y traer al monarca a la capital, cuando el presidente del Consejo de Castilla, Diego de Rojas, obispo de Cartagena, se ofreció a trasladar el mensaje del pueblo al monarca. Hallábase ya en el puente de Toledo cuando la desconfiada multitud cambió de parecer. El obispo hubo de volver y redactar en su palacio un memorial, en el cual, con débil condescendencia, hacía responsable con frases violentas al ministro Esquilache de todos los infortunios y de todas las desgracias de los últimos años. Mientras el presidente hubo de permanecer en la capital en calidad de rehén, un tal Avendaño llevó el documento a Aranjuez (2). Entre tanto estaba Madrid en poder de los rebeldes. Aduenñáronse de los depósitos de municiones y abrieron las casas de recogidas. Todo esto acaecía en medio de gran alboroto, si bien no se registraron excesos de mayor momento. Por fin regresó el parlamentario. Desde el balcón de su palacio leyó el obispo a la silenciosa multitud la respuesta del monarca. Empeñando su real palabra aseguró Carlos III que cumpliría todo lo prometido el día antes, si bien confiaba en que el pueblo, por agradecimiento a este beneficio, tornaría a la paz y orden y todo el mundo se reintegraría a sus quehaceres (3). Al cardenal arzobispo se le recomendó encarecidamente que procurara influir para dominar la población valiéndose de clérigos tanto

(1) Ferrer del Río, II, 29 s.; Rousseau, I, 183.

(2) Rousseau, I, 183 s.; Ferrer del Río, II, 30 ss.

(3) Rousseau, I, 184 s.; Ferrer del Río, II, 34 ss.; Roda al presidente del Consejo de Castilla el 25 de marzo de 1766 (impreso), *Archivo general de Madrid*, Estado, 4900, reimpresso en Ferrer del Río, II, 36 s. Un cartel del 25 de marzo de 1766 (impreso, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 4900) contiene la relación de todas las concesiones.

seculares como regulares (1). Con muestras de regocijo obedeció la multitud y al punto entregó parte de las armas (2).

La revuelta no quedó reducida a Madrid. Pronto se corrió el movimiento también a otras provincias y ciudades como Zaragoza, Barcelona, Salamanca, Murcia, Coruña, Azcoitia, etc. Por lo que de los documentos se deduce, tratábase de suyo de asonadas contra la carestía de víveres, pues por doquier resonaba el grito en demanda del abaratamiento de los comestibles y del castigo de los usureros (3).

Carlos III, que durante la revuelta había desempeñado un papel asaz desastroso, se impresionó de tal suerte por estas infaustas noticias, que se llegó a temer le sobreviniera alguna seria sacudida en su salud. Sobre todo cobró ojeriza contra la capital, por haber precedido con el ejemplo en el levantamiento. No obstante haber otorgado el perdón se negaba a regresar a Madrid. En los círculos palaciegos se hablaba ya de un traslado de la capital (4). Por lo que a Esquilache se refiere, al principio había declarado el monarca que mientras tuviera un pedazo de pan lo partiría con él, pero en el momento de la prueba y necesidad se olvidó de su promesa. El 27 de marzo abandonó el ministro Aranjuez y con una escolta militar marchó a Cartagena donde el 24 de abril se embarcó con rumbo a Italia (5). A pesar de la elevada pensión de 19000 ducados que disfrutaba, no cesó de trabajar por lograr su rehabilitación. Pasados seis años obtuvo por fin el cargo de embajador en Venecia (6). En su lugar fueron nombrados Miguel Muzquiz ministro de Hacienda y Gregorio Muniain de Guerra (7).

De mucha mayor trascendencia fué otro cambio. La posición del obispo Rojas se había cuarteado. Frente a los amotinados había manifestado una debilidad que desdecía de su dignidad episcopal y de la elevada categoría que gozaba en el Estado. En lugar suyo nombró el monarca presidente del Consejo de Castilla al enérgico y

(1) *O'Reilly a Grimaldi el 25 de marzo de 1766, *Archivo de Simancas*, Guerra moderna, 578.

(2) Ibid.

(3) Rousseau, I, 185 s.; Ferrer del Río, II, 56 ss.

(4) Rousseau, I, 187; Ferrer del Río, II, 83 s.

(5) Rousseau, I, 185; Ferrer del Río, II, 38 s.

(6) *Esquilache a Roda el 5 de abril de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009. Cf. Ferrer del Río, II, 39 s.; Tanucci a Catanti el 13 de mayo de 1766, *Archivo de Simancas*, Estado, 5997.

(7) *Grimaldi a Azpuru el 26 de marzo de 1766, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 46; Ferrer del Río, II, 52 s.

competente conde de Aranda, capitán general de Valencia (1).

Aragonés de nacimiento, se había dedicado Aranda en un principio a la milicia y en la guerra de Italia adquirió renombre de oficial de valía. Más tarde se pasó a la carrera diplomática. Siendo embajador de Portugal tuvo un encuentro con Pombal, lo que le acarrió el traslado a la remota Polonia. Allí tuvo proporción para presenciar las maniobras de Federico II en Silesia. Familiarizado con la rígida disciplina militar, unía a un férreo carácter cierta brusca honradez. Aunque partidario de enérgicas reformas se mostró siempre fanático paladín de la autoridad real, lo cual, por cierto, no fué óbice para que en sus últimos años de vida adoptase una actitud de simpatía frente a la revolución francesa. En sus largos viajes por Europa había completado los conocimientos en el arte militar y en la administración, sin dejar de trabar y cultivar relaciones con los filósofos del iluminismo. Lo mismo que con D'Alembert y el abate Raynal, estuvo en estrecha comunicación con Voltaire, quien tanto en poesía como en prosa le ensalza como al Hércules español que limpiará el establo de Augia, limará los dientes y cortará las garras de la hidra y sepultará en oscura noche sepulcral el infernal poderío de la Inquisición (2). Aun cuando perfectamente incrédulo, parece que se amoldaba exteriormente a las formas y prescripciones eclesiásticas (3). Con algunos clérigos sostenía buenas relaciones. Su antiguo preceptor, el jesuita Martínez, frecuentaba amistosamente su casa (4) y dos primos suyos pertenecían a la Orden de Loyola (5). Tal pudiera ser el fundamento de que Roda le tuviera por un fanático defensor de los jesuitas (6). Como tantos otros de la misma época, era

(1) *Carlos III a Aranda el 11 de abril de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009; *Aranda a Roda el 12 de abril de 1766, *ibid.* Sobre Aranda cf. Morel Fatio, II, 141 ss.; Ferrer del Rio, II, 84 ss.; Rousseau, I, 189 ss.; Danvila y Collado, II, 566 ss.

(2) Morel Fatio, II, 148 ss., 163; Rousseau, I, 195 ss.; Menéndez y Pelayo, III, 140 s., 199 ss.; Gallerani-Madariaga, *Jesuitas expulsos de España*, 131 ss. (donde hay más bibliografía); Coloma, *Retratos de antaño*, 211 s.; Leonhard, *Agrarpolitik*, 93.

(3) Nombrado caballero de la Orden del Espíritu Santo hizo la prescrita confesión de fe.

(4) *Pallavicini a Torrigiani el 20 de mayo de 1766, Cifre, Nunziat. di Spagna, 301, *Archivo secreto pontificio*, copia en el *Archivo de Simancas*, Estado, 5072.

(5) los dos jesuitas José y Nicolás Pignatelli, hermanos del conde de Fuentes, embajador español en París.

(6) Este [Fuentes] es aun más fanático que su primo Aranda (*Roda a Azara el 15 (?) de junio de 1765, *Archivo provincial toledano de Madrid*, Chamar-

Aranda un juerguista cuyas relaciones con el mundo femenino eran demasiado notorias (1). Gran favor le dispensaba el pueblo, el cual apreciaba su extraordinario talento y de él esperaba justicia sin acepción de personas (2).

El 11 de abril se había realizado el nombramiento de Aranda, a quien Carlos III encargó de posesionarse al día siguiente del cargo. Entre cinco y seis del indicado día llegó ya el nuevo presidente a Madrid, a las siete se hizo informar por el obispo Rojas de los asuntos en curso y a las ocho juró el cargo ante el Consejo de Castilla (3). Con arrestos de militar comenzó a desplegar su actividad. Para restablecer la paz se propuso ante todo limpiar la capital de gente maleante, que de todo el territorio aflúa a ella aumentando el número de los descontentos. Desterró de Madrid a los vagos o los hizo encerrar en los correccionales (4). Asimismo renovó la disposición de Esquilache por lo cual todos los clérigos que se hallaban sin oficio en la capital debían tornarse a sus parroquias (5). A un cabo que había gritado «¡Viva el rey! ¡Muera Esquilache!» lo condenó a pasar las baquetas (6). A cierto ciudadano distinguido de Murcia que se había permitido decir que la revolución no terminaría hasta que no corriera la sangre borbónica, lo mandó ahorcar (7).

Una de las razones principales que motivaron el motín había sido la carestía de víveres. Con el fin de encauzar la mala administración, resolvió el Consejo de Castilla, por moción de Aranda, otorgar al elemento popular una representación local. Todas las poblaciones con dos mil habitantes tendrían cuatro y las restantes dos diputados elegidos por el pueblo, a los cuales correspondía el derecho

tín, R. Yo espero mucho de Aranda en bien de la España, y no poco en bien de la Compañía a quien quisieron embolver en el alboroto de Madrid (*Cabrera a Poyanos, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777).

(1) Morel Fatio, II, 170 ss.

(2) *Aranda a Roda el 12 de abril de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009; Rousseau, I, 191 s.; Ferrer del Río, II, 85 s.

(3) Ferrer del Río, *ibid.*

(4) Bando del 16 de mayo de 1766 (impreso), *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009; *Aranda a Roda el 1, 2 y 3 de mayo de 1766, *ibid.*

(5) *Pallavicini a Torrigiani el 6 de mayo de 1766, Cifre, *Nunziat. di Spagna*, 301, loco cit.

(6) Ferrer del Río, II, 89.

(7) *Pallavicini a Torrigiani el 1.º de julio de 1766, Cifre, *Nunziat. di Spagna*, 302, loco cit.

de inspección junto con el regidor (1). Otra fuente de malestar radicaba en los muchos libelos sarcásticos y difamatorios que antes y después de los días de la sublevación azuzaban las pasiones de las masas. Principalmente se dirigían contra los italianos y pedían la liberación del yugo tiránico de los extranjeros que chupaban al pueblo y pisoteaban la libertad (2). Con la renovación del perdón general otorgado por el rey, publicó el Consejo de Castilla una prohibición contra tales escritos (3).

Mientras el partido del duque de Alba trataba de mantener alejado al rey de Madrid, trabajaban lo posible Aranda y sus partidarios para hacer regresar al monarca a la capital. Los sentimientos de Carlos III eran encontrados. Su conciencia absolutista se resistía a mantener las concesiones arrancadas (4), lo cual le haría aparecer ante el extranjero como vencido; y por otra su sentido de lealtad le retraía de faltar a la palabra dada. Aranda excogitó la solución. A instancias suyas elevaron al rey la nobleza, el ayuntamiento y los cinco gremios sendas exposiciones colectivas, en las cuales reprochaban los excesos realizados y protestaban contra las concesiones, que habían sido otorgadas sin su cooperación, siendo, por tanto, ilegales y suplicaban al soberano se reintegrase de nuevo a la capital (5). Para no aparecer juez en la propia causa, remitió Carlos III los documentos al Consejo de Castilla, el cual basándose en el dictamen del fiscal, declaró nulas e irritas las concesiones y decretó su revocación, dejando al juicio del monarca el mantener en pie el perdón general (6). Luego apareció el 23 de junio de 1766 un decreto por

(1) Auto acordado del 5 de mayo de 1766 (impreso), *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009; Ferrer del Río, II, 91 ss.

(2) *Pallavicini a Torrigiani el 22 de abril de 1766, Cifre, Nunziat. di Spagna, 301, loco cit.; Ossun a Choiseul el 10 de abril de 1766, en Rousseau, I, 187, n. 2. No pocos de estos libelos difamatorios y cartas en el *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009.

(3) 14 de abril de 1766 (impreso), *Archivo de Simancas*, Guerra moderna, 578; *Aranda a Grimaldi el 15 de abril de 1766, *ibid.*; *Roda a Aranda el 16 de abril de 1766, *ibid.*, Gracia y Justicia, 1009.

(4) Puntos que quiere el rey para su honor y seguridad del pueblo (*autógrafo de Roda, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009). Razones y decisión del Rey; *autógrafo de Roda, sin fecha, *ibid.*

(5) *Aranda a Roda el 3 y 10 de junio de 1766, *ibid.*; *Roda a Aranda el 13 de junio de 1766, *ibid.* «Artificiali rappresentanze» la llama Tanucci en una carta a Losada del 1.º de julio de 1766, *ibid.*, Estado, 5997. *La nobleza de Madrid a Aranda (sin fecha), traducción italiana en Nunziat. di Spagna, 301, loco cit.

(6) Respuesta fiscal [9 de junio de 1766] (impreso), *Archivo general central*

el cual el Consejo de Castilla, accediendo a las demandas de la nobleza, del ayuntamiento, de los gremios y del clero, declaraba las concesiones anticonstitucionales e ilegales y por ende nulas y sin efecto (1). Con esta revocación quedaba satisfecha en cuanto a la forma externa la fama y el sentido de autoridad del rey. Empero Aranda era suficientemente político para ver que no era posible derogar los ocho puntos en globo sin peligro de nuevas convulsiones. El 6 de julio regresó a Madrid la guardia valona sin más incidentes (2). Aranda no se atrevió a tocar más el traje nacional, sin embargo recomendó a las clases superiores que adoptaran libremente el sombrero de tres puntas francés para dar ejemplo al pueblo (3). Cuando la acostumbrada estancia en Aranjuez tocaba a su fin rogó Aranda al soberano pasara unos días en la capital antes de marchar a San Ildefonso. El regreso parecía ya inminente, cuando la muerte de la reina madre (4) ofreció un suspirado motivo al rey, que seguía resistiéndose, para eludir la ida a Madrid. Esta muerte tenía además otra trascendencia: con la pérdida de la soberana desaparecía en la corte para los jesuitas el postrer apoyo que tenían, y para el ministro el último obstáculo que dificultaba llevar a la práctica sus proyectos.

Por otro respecto fué también de gran trascendencia el encumbramiento de Aranda a la primera magistratura del reino. Su llamamiento significaba una exacerbación en la política religiosa de Carlos III. El 16 de abril de 1766 notificaba ya el nuncio Pallavicini al cardenal secretario de Estado los temores que le infundía el nombramiento de Aranda, el violento censor del clero (5). Sus tristes

de Madrid, Estado, 4900; *El Consejo pleno de 10 de junio de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009.

(1) Real Provision (impreso), *ibid.* El 7 de junio entregó el clero de Madrid al conde de Aranda un mensaje, en el cual expresaba, además de la gratitud por las gracias concedidas, su amor al soberano a quien rogaba tornase a la capital. Muy satisfecho envió Aranda el mensaje a la corte (*Aranda a Roda el 7 de junio de 1766, *ibid.*). Pero en ésta fué mal acogido por presuponer las concesiones como derecho en lugar de declararlas nulas e irritas y demandar su abolición. O vea el conde (sin mencionar el encargo del rey) de lograr la corrección del texto o no dé curso a la demanda (*Grimaldi a Roda el 8 [de junio de 1766], autógrafo, *ibid.*; *Roda a Aranda el 9 de junio de 1766, *ibid.*). El 11 de junio pudo remitir Aranda una suplicatoria del clero grata a la corte (*Aranda a Roda el 11 de junio de 1766, *ibid.*).

(2) *Aranda a Roda el 6 de julio de 1766 (autógrafo), *ibid.*

(3) Ferrer del Río, II, 99 s.; Rousseau, I, 194 s.

(4) 10 de julio de 1766.

(5) *Cifre, *Nunziat. di Spagna*, 301, loco cit.

presentimientos no eran infundados. Días antes había puesto en autos Grimaldi al ministro Tanucci del cambio y al mismo tiempo le expresaba la esperanza de que el trueque realizado en la personalidad dirigente del Consejo de Castilla, tendría también, a no dudarlo, como consecuencia, un cambio de rumbo en dicho tribunal en el modo de tratar los asuntos religiososopolíticos. El influjo de los frailes no podría ser tan grande y desde entonces serían mejor atendidos los intereses tanto del monarca como de los súbditos. El conde no era hombre que se dejara influir por las amenazas del infierno con las cuales pretendían amedrentar a todo el mundo que de algún modo se opusiera a sus designios. El rey, añadía, con su gran sabiduría había realizado por fin lo que en España se echaba menos hacía ya unas centurias, quitando de las manos del clero la presidencia de un tribunal al cual estaba confiada la conservación de sus regalías (1). Grato eco produjo la noticia en Tanucci. El cambio no podía menos, según él, de infundir ánimos a todos los sabios y patriotas. El clero era hostil al Estado y antipatriótico por causa de sus torpes intereses pecuniarios y sus orgullosas aspiraciones por la independencia. Los dogmas heréticos de los jesuitas como de la corte romana tendían a la usurpación del poder soberano, a la rebelión y a la demolición de los derechos nacionales (2). En otro escrito simultáneo felicitaba Tanucci al monarca por la sabia medida de haber llevado a un esclarecido y pundonoroso capitán general al puesto de un eclesiástico el cual había sido guardián muy equívoco de las regalías. Con sus ambiciones de riquezas y poderío había abandonado el clero la doctrina del Evangelio y de los apóstoles, la cual impone a los ministros de la Iglesia el deber de la obediencia al soberano, a la autoridad y a las leyes públicas, así como la observancia de la pobreza (3). En su respuesta afirmaba el monarca que ya antes había acariciado tales pensamientos, de cuya realización sólo le había retenido el temor de que se le pudiera acusar de que pretendía reformar todo el sistema de sus antepasados, si bien estaba sumamente arrepentido de su morosidad. Con todo, encarga a Tanucci que guarde secreto de esta confesión (4).

(1) *Grimaldi a Tanucci el 15 de abril de 1766, *Archivo de Simancas*, Estado, 6099.

(2) *A Grimaldi el 6 de mayo de 1766, *ibid.*

(3) *A Carlos III el 6 de mayo de 1766, *ibid.* Cf. también a Carlos III el 10 de junio de 1766, *ibid.*

(4) *A Tanucci el 27 de mayo de 1766, en Ferrer del Río, II, 56, n. 1.

Los consejeros regalistas de Carlos III tenían toda la razón para estar satisfechos del nombramiento de Aranda, quien, a una con ellos, censuraba el predominio del clero en perjuicio de la jurisdicción real, afirmando que so pretexto de religión ejercía un influjo indebido sobre la multitud. Los sufridos e inocentes seglares eran generalmente las víctimas mientras los exentos se tornaban cada vez más engreídos por salir siempre impunes (1).

Entre los muchos nobles que en las horas del motín se apresuraron a acudir a la real estancia, se hallaba también el exministro de Fernando VI marqués de la Ensenada, a quien Carlos III en persona había testificado haber sido él la víctima de su política nacional (2). El 19 de abril recibió Ensenada la orden de regresar a su lugar de destierro. Sin tardanza obedeció. Sobre los móviles que motivaron tal disposición andaban divididos los pareceres. Unos opinaban que las aclamaciones de los amotinados en favor suyo habían hecho recaer sospechas sobre su persona; otros le acusaban de haber sido él el que recomendó a Esquilache el desdichado decreto contra los chambergos. La creencia mejor fundada era la de que había sido presentado Ensenada al monarca como un ambicioso que quería aprovechar la ocasión para escalar de nuevo el poder y el honor (3). Es cierto que en las esferas ministeriales reinaba la persuasión de que el partido jesuítico sentiría dolorosamente el alejamiento de Ensenada (4).

(1) *Observo con inexplicable sentimiento mio el predominio eclesiastico contra los respetos de la real jurisdiccion y contra los intereses de S. M. y de los vasallos, sin que sea menor el influxo con que a la multitud se persuade en supuestos de religion: viniendo al ultimo a ser la victima por todos los ramos, los pacientes e inocentes legos, y mas arrojados los exentos por lo impunes que en todo salen (Aranda a Roda el 8 de junio de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009, loco cit.).

(2) V. anteriormente, pág. 306.

(3) Pallavicini a Torrigiani el 22 de abril de 1766, Cifre, Nunziat. di Spagna, 301, loco cit., copia en el *Archivo de Simancas*, Estado, 5072; *Nota di Garampi, Nunziat. di Spagna, 302, loco cit.; *Fernández Angulo a Roda el 26 de abril de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009; *Tanucci a Cattolica el 13 de mayo de 1766, *ibid.*, Estado, 5997; Ferrer del Rio, II, 49 ss. Tanucci acusa al marqués de la Ensenada de haber llenado la nación española de aquel funesto patriotismo, cuyas consecuencias había de experimentar ahora el rey (*a Carlos III el 24 de junio de 1766, *Archivo de Simancas*, Estado, 6099). Il più gran fomentatore de la sedición le llama Tanucci en una *carta del 24 de junio de 1766 a Cattolica, *ibid.*, 5997.

(4) Ciertamente es que los del partido de la Compañía han sentido mucho la salida (*Angulo a Roda el 26 de abril de 1766, loco cit.). Eguía Ruiz, El Marqués de la Ensenada, 89 ss.

V

El motín de Esquilache o de los sombreros sirvió de ocasión o pretexto para la expulsión de los jesuitas de España (1). El fiscal Campomanes los hizo responsables de la asonada (2), y en atención a su memorial tuvo lugar la extradición de la Orden de todos los dominios de la monarquía.

Los informes más cercanos a los acontecimientos y que todavía no están influidos por las pretensiones partidistas, no contienen ciertamente indicio alguno de la menor participación de los jesuitas en el motín. La circular que el gobierno dirigió el 26 de marzo de 1766, por tanto al día siguiente de terminar el tumulto en Madrid, a los embajadores extranjeros, señala como única causa de la asonada la prohibición de la capa de gran vuelo y del sombrero aliancho, y asegura que no pudo darse con ningún dirigente (3). Pero lo pintoresco de esta nota oficial, cuya exposición está inspirada por la fuerza de la impresión, la despoja en parte de su valor histórico: sin embargo existen otros documentos de la misma época, los cuales por su carácter privado y confidencial no ofrecen fundamento alguno a los reparos. Las primeras cartas de Carlos III a su confidente Tanucci (4), las de Roda a Azara (5) y los informes del nuncio al cardenal secretario de Estado (6), no contienen la menor indicación sobre los causantes de las revueltas. En un extenso escrito dirigido a Choiseul afirma Grimaldi que en los tumultos sólo tomó parte el pueblo bajo, y luego continúa diciendo: «Las malas cosechas de los últimos años, la carestía de víveres, el odio contra Esquilache exasperado por la idea

(1) El tumulto de Madrid, que se imitó con mas fuerza en Zaragoza, dió motivo y medios para echar de España una Sociedad que aunque había hecho mucho bien al reino, tenía en él muchos enemigos, y entre ellos el Duque de Alba, que hacia años le tenía declarada la guerra, y sobre todo, el Ministro de Gracia y Justicia, Don Manuel de Roda, que le tenía una aversion grandísima (Fernán-Núñez, I, 206 s.).

(2) Ferrer del Rio, II, 123 s.

(3) *Minuta para las cartas de noticias que se escriben a las Cortes, del 26 de marzo de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009.

(4) *26 de marzo y 1.º de abril de 1766, *ibid.*, Estado, 6054.

(5) *26 de marzo y 27 de mayo de 1766, *en poder de los jesuitas*, *Hist. Soc.*, 234, I.

(6) *Pallavicini a Torrigiani el 26 de marzo de 1766, Cifre, *Nunziat. di Spagna*, 301, loco cit.

de ser él el responsable de las deficiencias en el aprovisionamiento de víveres, y la prohibición de cierta clase de sombreros y capas provocaron el motín» (1). El corregidor de Madrid, don Alonso Pérez Delgado, había conseguido atraerse a su lado con promesas a tres de los principales participantes en la revuelta (2). De sus confidencias pudo enterarse que sólo las capas inferiores del pueblo estaban comprometidas en el tumulto y de que los autores de los folletos difamatorios no podían ser más que algunos holgazanes (3).

El documento más ponderado en este respecto es el extenso informe del conde de Aranda dirigido al ministro de Justicia Roda el 9 de abril de 1766. Como resultado de las investigaciones secretas que había realizado por encargo de la corte sobre el origen, curso y actual estado del tumulto, afirma con insistencia que en los designios de los amotinados no entró en un principio otra finalidad más que asesinar al ministro Esquilache el domingo de Ramos y librar de esta suerte a la nación de un hombre que con sus ardides impedía que llegaran al rey las reclamaciones y exposiciones del pueblo. En el curso que luego tomaron las revueltas había entrado también en juego el odio contra la guardia valona. Para terminar, llama Aranda la atención sobre el sinnúmero de pasquines revolucionarios, por medio de los cuales otra clase procura excitar al pueblo y explotar su originaria actitud en la consecución de sus propios designios (4).

Valle y Salazar, quien por orden de Roda realizó secretas investigaciones sobre los autores del motín, tampoco habla en ninguno de sus tres informes de complicación alguna del clero en las revueltas (5). Del mismo modo en Zaragoza el odio del pueblo no iba dirigido contra el monarca, o contra el virrey, marqués de Castellar, sino contra aquellos que según era opinión corriente se enriquecían con los bienes de los pobres: contra los usureros. Entre los religiosos que trabajaron por apaciguar la excitada multitud son citados también los jesuitas (6). De todos estos documentos los más próximos

(1) *Grimaldi a Choiseul el 2 de abril de 1766, *Archivo de Simancas*, Estado, 4557.

(2) Portolés, Gómez, Molina.

(3) *Delgado a Roda el 15 de abril de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1006; *Roda a Delgado el 16 de abril de 1766; Danvila y Collado, III, 7 ss.

(4) V. ap. núm. 1.

(5) *Valle y Salazar a Roda el 3, 5 y 6 de abril de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 688.

(6) Sebastián y Latre, *Relacion individual y veridica del suceso aconte-*

a los acontecimientos, en el tiempo y en el espacio, se desprende que ni contra el clero en general, ni contra los jesuitas en particular se alzaron acusaciones de haber promovido o fomentado el motín.

Mas según los informes del nuncio comenzaban ya a circular confusos rumores, que propendían a hacer responsables de las revueltas al clero, aun cuando tanto el regular como el secular habían trabajado precisamente con el mayor celo por llegar a una conciliación, mientras los señores de la nobleza y del Consejo se mantuvieron inactivos en absoluto durante los días críticos (1). Por más que según el sentir de personas conspicuas no precedió confabulación de ninguna especie, sino que el tumulto fué exclusivamente la espontánea explosión de la pasión popular y no el resultado de la meditación (2); a pesar de todo se pretendía hacer recaer sobre el clero la odiosidad presentándolo a todo en general, o a una Orden determinada en particular, como urdidor y fautor del levantamiento. Que personas eclesiásticas fueran vistas entre los revoltosos no puede ser puesto en duda; las tales se lanzaron a la calle acuciadas por la curiosidad. Pallavicini opinaba que nada había que temer respecto a los jesuitas, pues éstos no podían menos de desear que Esquilache permaneciera en el cargo, de no querer ponerse en manifiesta contradicción consigo mismos. Por esta razón no podía recaer sobre ellos la más mínima sospecha de haber instigado la revuelta o participado en ella, dado que el primordial objeto de la misma no fué otro que el de derribar a dicho ministro (3). El 10 de junio de 1766 repetía el nuncio sus temores y añadía el dato de haberse abierto

cido en la ciudad de Zaragoza el día 6 de Abril de 1766 y de todos sus demas progresos, formada de orden de S. M..., p. 52.

(1) *Pallavicini a Torrigiani el 15 de abril de 1766, Cifre, Nunziat. di Spagna, 301, loco cit.

(2) *Pallavicini a Torrigiani el 29 de abril de 1766, *ibid*.

(3) *Della sollevazione di Madrid si seguita a sentire da persone autorevoli che è stata accidentale, cioè senza capo o complotto determinato e positivo. Ma non per questo si lascia di farne ricadere in qualche special modo la odiosità sopra gli ecclesiastici... Che eglino [jesuitas] dovessero desiderare e desiderassero la continuazione di Squillace nel suo ministero, per me è cosa innegabile, perchè senza supporli, diciam così, contrarii a se stessi, non si può lasciar di riconoscerli come esenti dal più rimoto sospetto di fomento o concorso in quella frenetica sollevazione, lo scopo originario della qual altro non fu che la caduta di Ministro (Pallavicini a Torrigiani del 27 de mayo de 1766, *Archivo de Simancas*, Estado, 5072). Cf. la anónima *carta al Rey del [7 ?] de julio de 1766, *ibid*. Gracia y Justicia, 1009; *Pallavicini a Torrigiani el 6 y 20 de mayo de 1766, Cifre, Nunziat. di Spagna, 301, loco cit. y *Archivo de Simancas*, Estado, 5072.

una investigación sobre la conducta de los jesuitas: Pombal, añadía, trata de aprovechar la actual animosidad para provocar la expulsión de los jesuitas de todos los países católicos mediante un escrito contra la bula de Clemente XIII en favor de la Compañía de Jesús (1).

Estas noticias produjeron naturalmente grandes preocupaciones en Roma. Nos hallamos en víspera de una conflagración, escribía Torrigiani, que amenaza aniquilar una Orden religiosa, la cual es sumamente útil para la Iglesia y la salvación de las almas. Roda es uno de los que abrigan odio contra los jesuitas, por lo cual procure el nuncio estar sobre aviso y adoptar enérgicas medidas en su defensa. No deje de hablar clara y abiertamente con los ministros y sobre todo con el mismo monarca (2).

El embajador de Francia en Madrid, marqués de Ossun, no menciona en sus cartas de aquella época a la Compañía de Jesús ni a ningún jesuita en particular relacionado con el motín (3). El secretario de la embajada portuguesa achaca la caída de Esquilache al influjo de Francia; hace observar, empero, que otros atribuían el tumulto a los «reverendos» que no recibían trato favorable del gobierno y se temía que muerta la reina madre serían exterminados por completo (4). En la denuncia escrita por un tal Candano se consigna la sospecha contra frailes y clérigos de haber sido ellos los causantes morales de diversas revueltas. Algunas poesías satíricas y cartas contra el rey, contra Esquilache y contra los ministros extranjeros eran obra del monje cisterciense de Madrid Rozas (5). El ministro de Parma Du Tillot, el cual el 12 de abril no había dado a entender aún sospecha alguna (6), afirmaba el 28 de abril que al recibir la noticia del motín fué su primera idea haber sido los clérigos, los frailes

(1) *Pallavicini a Torrigiani el 10 de junio de 1766, Cifre, Nunziat. di Spagna, 301, loco cit.

(2) *Torrighiani a Pallavicini el 5 y 26 de junio de 1766, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 431, loco cit. La primera carta llegó a conocimiento de Roda, el cual en una *carta a Azara del 5 de agosto de 1766 (*en poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 234, I) trató de repeler la acusación.

(3) Rousseau, I, 207, apoyándose en los documentos del ministerio del Exterior de París.

(4) *Giov. Crisostomo a Pagliarini el 16 de mayo de 1766, *en poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 215, I.

(5) *Candano a Angulo, Vitoria, 22 de abril de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009.

(6) *Du Tillot a Azara el 12 de abril de 1766, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1766.

y la jerarquía pontificia quienes bajo mano habían atizado el fuego de la sedición (1); más tarde decía que al leer los versos escritos con fuego y sangre le produjeron la impresión de haber sido compuestos después de la revuelta con el fin de incitar al gobierno a proceder contra los religiosos, que sin duda habían tomado parte en ella (2).

Singulares titubeos aparecen en el juicio de Tanucci sobre los causantes de la revolución. En sus primeras cartas dirigidas al rey (3), a sus confidentes Losada (4), Cattolica (5), Catanti (6) y al ministro Grimaldi (7), no reconoce otros culpables más que al pueblo de Madrid, aquel «ordinario y bárbaro pueblo, indigno de pertenecer al género humano y digno de ser contado entre las bestias más irracionales» (8). Dos semanas más tarde había madurado en él el criterio de «que los ignorantes, holgazanes y empecatados clérigos y frailes, con sus falsas doctrinas sobre la exención habían fomentado la corrupción y el desprecio contra los soberanos, las autoridades y las leyes». Con todo, añadía, no está exento de toda culpa el propio Esquilache; anteriormente había demostrado ya en Nápoles mano nada afortunada al elegir sus subalternos; y por su rigor y excesivo celo en el cumplimiento de las leyes se había conquistado tal odio, que según confesión propia le hubiese sido imposible permanecer largo tiempo en Nápoles tras la partida de Carlos III (9). El 3 de

(1) *Du Tillot a Azara el 28 de abril de 1766, *ibid.*

(2) *He leído los versos escritos con fuego y sangre. Pero si V. S. non me aseverase el contrario, los creeria compuestos despues de la sedicion, y quasi para animar mas el gobierno contra los frayles, que sin duda han tenido parte en ella (Du Tillot a Azara el 11 de julio de 1766, *ibid.*). *En Sevilla y en Cordova se ha hecho una sigilosa pesquisa sobre un papel que se publicó en Madrid, y decia: Impreso en la Casa profesa de Sevilla. Era contra el Rey y sobre tumulto. Presto se descubrió la calumnia, y quedó mas asegurado el buen nombre y fidelidad debida a nuestro Rey. Toda la provincia se porta con gran juicio en este y otros puntos (P. Gamero al P. Montes, Cádiz 1.º de julio de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777).

(3) *22 y 29 de abril de 1766, *ibid.*, Estado, 6099.

(4) *15 y 22 de abril de 1766, *ibid.*, 5996.

(5) *15 y 22 de abril de 1766, *ibid.*

(6) 15 de abril de 1766, *ibid.*

(7) *15 y 22 de abril de 1766, *ibid.*, 6099.

(8) *Tanucci a Cattolica el 29 de julio de 1766, *ibid.*, 5997. Cf. *Tanucci a Orsini el 26 de abril de 1766, *ibid.*, 5996. El deseaba que el rey privara para siempre de su presencia a Madrid (*a Losada el 27 de mayo de 1766, *ibid.*, 5997).

(9) *A Losada el 29 de abril de 1766, *ibid.*, 5996; *a Catanti el 13 de mayo de 1766, *ibid.*

mayo se regocija Tanucci por haber sabido que el rey había llegado a la convicción de que habían sido los frailes y clérigos los instigadores del tumulto, por lo cual había sustituido al presidente del Consejo de Castilla, clérigo hasta entonces, por un capitán general (1). Tres días más adelante promete al rey rogar de modo especial al Espíritu Santo para que disipara el resto de tinieblas bajo las cuales pudiera ocultarse todavía alguna reliquia maligna y sediciosa (2). Una semana después escribía a Catanti: «Ya se ha llegado en España a la persuasión de que la desgracia ha procedido y procede todavía de la canalla clerical, y en verdad de la clase más intrigante, los jesuitas, entre los cuales se han señalado un cierto P. López y un P. Zito como satélites de don Zenón (Ensenada), quien, como sabrá, ha sido desterrado a Medina del Campo» (3). «El jesuita López es enemigo del rey; eso lo dije yo a su majestad al partir de aquí.» (4) El 3 de junio se condensan las generales sospechas en acusaciones concretas: «Algunas de las sátiras muestran claramente la mano de gente de iglesia y particularmente de los jesuitas» (5). Según otra carta de aquellos mismos días, la huida de Esquilache significaba el triunfo del hispanismo para el cual italianos y franceses son igualmente aborrecibles (6). Respecto de Esquilache era Tanucci de parecer que había sido expulsado por ser extranjero, celoso regalista y reformista (7). Quince días más tarde vuelve a desahogar su rencor contra López, al cual tenía no sólo por un intrigante, sino por un sedicioso, hostil y rebelde contra el rey, como prueba de lo cual poseía él un documento desde 1759. No le maravillaría de que él hubiera sido la causa de cuanto había ocurrido a Ensenada, quien

(1) *A Cantillana el 3 de mayo de 1766, *ibid.*

(2) *Pieno della più viva umilissima riconoscenza per la pietà, ch'io leggo della M. V. per me, prego lo Spirito Santo che in questi suoi giorni illumini il resto delle tenebre, tra le quali possa esser involta tuttavia qualche maligna sediziosa reliquia (a Carlos III el 6 de mayo de 1766, *ibid.*, 6099).

(3) *Già in Spagna si sono accorti, che il male è venuto e viene dalla canaglia ecclesiastica, e dalla più intrigante, che è quella dei Gesuiti, tra li quali un certo P. Lopez e un P. Zito si sono segnalati, satelliti di Don Zenone, che come saprà, è stato esiliato a Medina di Campo (a Catanti el 13 de mayo de 1766, *ibid.*, 5997). *A Losada el 17 de junio y 22 de julio de 1766, *ibid.*

(4) *A Cattolica el 13 de mayo de 1766, *ibid.* Las mismas inculpaciones en la *carta a Losada de la misma fecha, *ibid.*

(5) Alcune pasquinate mostran chiaramente la gente di Chiesa, e particolarmente li Gesuiti (*a Losada el 3 de junio de 1766, *ibid.*, 5997).

(6) *A Centomani el 7 de junio de 1766, *ibid.*

(7) *A Losada el 10 de junio de 1766, *ibid.*

durante su ministerio, muerto Felipe V, había hecho manifestaciones públicas de xenofobia (1).

Cuál fuera la meta de los designios de Tanucci se desprende claramente de su carta del 12 de julio de 1766 a Centomani. «Las sátiras españolas aparecidas con anterioridad al motín, son ponzoña jesuítica. A cualquier otro monarca bastaría esto para expulsar a los jesuitas del país.» Mas al soberano de España le falta un esclarecido y adicto tribunal como lo tienen los reyes de Portugal y Francia. Lisboa tiene ya su primado y se dispone a organizar la elección de los obispos y toda la restante disciplina eclesiástica según el sistema de la primitiva Iglesia (2). Desde esta fecha se dedica a laboar con el mayor denuedo por la expulsión de los jesuitas de España, en las maneras más diversas y con frecuencia abrumadora, en su correspondencia epistolar, como cuando escribe a Losada (3): «Con las últimas cartas me ha sido remitida una sátira de ahí, la cual acusa un veneno tan criminal que me maravilla cómo Aranda puede tener cabeza para hablar al rey de su regreso a Madrid. V. E. la debe haber visto sin duda. Procede claramente de un jesuita o de uno de sus terciarios. Por motivos de menor cuantía han sido expulsados los jesuitas de Francia y Portugal».

Como queda dicho, había aseverado Tanucci que tenía a mano pruebas de la culpa del jesuita López. Para la investigación que acababa de abrirse sobre los causantes del motín, hubiera sido de la mayor importancia semejante comprobante de cargos. Instado a presentar el documento emprende el ministro la retirada. El príncipe Yaci dice, le había escrito en 1759 que tenía a los PP. López y Zito por poco afectos al rey: según su parecer eran ellos los difusores de aquellas ideas levantiscas y de aquellas predicciones de que un rey educado a la italiana tendría mal resultado en España. Otra carta de Yaci habla de una confabulación de los jesuitas Rábago, Micco y Altamirano con el presidente del Consejo de Castilla para mantener al rey lo más alejado posible de los negocios de gobierno.

(1) *Il P. Lopez non solamente è intrigante, ma è sedizioso, nemico e ribelle del Re, e io ne ho un documento in mano fin dal 1759. Non mi meraviglierai, che egli fosse stata la cagione di quel, che è avvenuto a Ensenada... (a Losada el 24 de junio de 1766, *ibid.*). Asimismo *a Cattolica y Catanti en la misma fecha, *ibid.*

(2) *A Centomani el 12 de julio de 1766, *ibid.*

(3) *el 15 de julio de 1766, *ibid.*

Todas estas cartas las había él leído al rey. Para hallar el escrito deseado sería necesario una larga búsqueda entre cerca de trescientas cartas, para lo cual no tenía apenas tiempo dados sus múltiples asuntos de gobierno. Además, tampoco veía él para qué podía servir un escrito semejante, de índole confidencial (1). De idéntica manera no cesaba Tanucci de azuzar a la camarilla de Carlos III a la expulsión de los jesuitas. Según el ejemplo de Francia, había que reformar las Órdenes religiosas que se quisiera conservar en el país y poner a disposición de los parlamentos para su examen a las que se pretendiera expulsar. «Respecto a los jesuitas serán siempre un preclaro ejemplo Francia y Portugal. Si se piensa realizar alguna vez la cosa, éste es el momento más favorable cuando los ejemplos están todavía frescos en la memoria. Si los jesuitas de España no son peores que los de Francia y Portugal, tampoco son, por cierto, mejores. Su conducta es hostil tanto a la religión como a la moral cristiana y al Estado. Para demostrar que los jesuitas son para España más perjudiciales que para Francia bastaba la historia del Paraguay, donde no había ningún jesuita español, sino sólo extranjeros, quienes disponían de más de tres millones de súbditos y de treinta mil soldados.» (2) De igual modo se explicaba Tanucci frente al agente de preces español Azara: «En mi tiempo hice todo lo posible por demostrar al rey esta verdad (la malignidad de los jesuitas). El soberano los conoce. Estoy seguro de que su majestad alaba y envidia de corazón a Portugal y a Francia, las cuales han terminado con los jesuitas. Tengo también la persuasión de que su madre ha impedido muchas decisiones que sin duda el rey hubiera realizado y que actualmente llevará a la práctica». Añade luego que no había que proceder por partes, sino efectuar en seguida toda la obra. «Conociendo como conozco el fanatismo de que está animada la opinión española en favor de los jesuitas, no abrigo esperanza alguna de que se pueda llevar a cabo sin auxilio de fuera la gran empresa de la expulsión, que a la vez es de libertad y salvación.» (3)

La sentencia estaba fallada antes de incoar el proceso.

(1) *A Losada el 5 de agosto de 1766, *ibid.* Cf. *a Losada el 16 de septiembre de 1766, *ibid.*, 5998.

(2) *a Losada el 26 de agosto de 1766, *ibid.*

(3) *A Azara el 30 de agosto de 1766, *ibid.*

VI

En vista de las noticias transmitidas por Grimaldi sobre el tumulto de Madrid aconsejó Choiseul que se debía buscar y castigar a los promotores; en este caso, indulgencia sería sinónimo de debilidad (1). El 12 de abril anunciaba ya Roda (no consta si por efecto de esta sugerencia) al conde de Aranda el ardiente deseo del rey de ver esclarecidos, con fundamento, el origen, instrumentos y factores del tumulto (2).

Con fecha 21 de abril de 1766 notificó el monarca al presidente del Consejo de Castilla la misión oficial y todas las facultades para realizar una investigación sobre los excesos realizados en la capital, y hallar principalmente los autores, difusores e inspiradores de aquellos sediciosos folletos aparecidos después del 26 de marzo, los cuales propalando noticias desfiguradas propendían a hacer odioso al gobierno, a debilitar el prestigio de la corona dentro y fuera del país y a perturbar la paz del reino. A los testigos se les dará garantía, además del secreto de sus nombres, del favor especial del rey. A fin de proceder con acierto en lo referente a las formalidades legales del proceso, sírvase el presidente de la cooperación del fiscal Campomanes y de otro miembro del Consejo (3). Aranda designó para este fin a Miguel María de Rava (4). Con esto quedaba formado un tribunal excepcional, al cual se le dió abusivamente el título de «Consejo extraordinario de Castilla» (5), para cubrir ante la opinión pública con el gran prestigio moral que disfrutaba dicha suprema corporación judicial, legislativa y administrativa, todas las decisiones del tribunal especial (6).

A instancias del gobierno (7), otorgó el vicario general de Toledo al clero secular (8) y el nuncio Pallavicini a los religiosos (9) licencia

(1) *Choiseul a Grimaldi el 7 de abril de 1766, *ibid.*, 6099.

(2) *Roda a Aranda el 12 de abril de 1766, *ibid.*, Gracia y Justicia, 1009.

(3) *Carlos III a Aranda el 21 de abril de 1766, *ibid.*

(4) *Aranda a Roda el 22 de abril de 1766, *ibid.*

(5) Consejo de Castilla en el extraordinario rezaba la denominación oficial.

(6) Rousseau, I, 203.

(7) *Aranda al vicario general Varones el 13 de mayo de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009; *Grimaldi a Pallavicini el 15 de mayo de 1766, *ibid.*, Estado, 4982.

(8) *14 de mayo de 1766, *ibid.*, Gracia y Justicia, 1009.

(9) *18 de mayo de 1766, *Nunziat. di Spagna*, 302, loco cit.

para poder testificar ante el juez civil. Al proceder así se excedieron ambos en sus facultades; sin embargo, el Papa sanó el defecto legal pero con la limitación de que el otorgado permiso sólo fuera válido para un año y exclusivamente para los delitos de lesa majestad perpetrados durante el motín (1). Si la medida de gobierno permitía ya presumir que se consideraba a los clérigos complicados en la revuelta, el primer informe del fiscal Campomanes, del 8 de junio de 1766 (2), elevó la sospecha a certeza. Tras algunas observaciones preliminares sobre la importancia y dificultad de su misión, sienta Campomanes la siguiente afirmación: Si el pueblo sencillo había sido seducido, era esto una consecuencia de las erróneas ideas sobre la autoridad real que los clérigos habían sembrado, y fruto del fanatismo que hacía ya siglos venía difundiendo. Los folletos difamatorios eran obra de personas privilegiadas o de aquellos que obraban por su mandato. Ya antes del motín habían corrido rumores sobre él por todo el reino y fueron propalados por eclesiásticos, los únicos que estaban al corriente del secreto. Se tuvo por obra meritoria arrancar el respeto a la autoridad legal. Era claro que aquella investigación y la prosecución de sus resultados en el Consejo pleno no se podía llevar con la expedición conveniente, primero por la dificultad de reunirse sin llamar la atención, y luego por la diversidad de opiniones, prescindiendo en absoluto de la necesidad de confiar a muchos subalternos la redacción del protocolo. Por estas razones era preciso formar una sala especial, la cual, provista de la autoridad del Consejo ordinario, se reuniera en la morada del presidente del Consejo en los tiempos y en la forma que el secreto exigiera (3).

(1) *Torrighiani a Pallavicini el 12 de junio y 10 de julio de 1766, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit., y *Archivo de Simancas*, Estado, 5072. Cf. *Pallavicini a Torrighiani el 20 de mayo, 24 de junio, y 1 y 8 de julio de 1766, Cifre, Nunziat. di Spagna, 301 y 302, loco cit. Luego envió Pallavicini a Grimaldi con la *carta del 1.º de julio de 1766 (*Archivo de Simancas*, Estado, 4982) una nueva y legal permisión (Nunziat. di Spagna, 302, loco cit.).

(2) Consejo extraordinario, 8 de junio de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009; v. Danvila y Collado, III, 26 s.; Ferrer del Río, II, 126 s.

(3) *Claro es que en el Consejo pleno no sería posible tratarse con la expedición debida esta pesquisa y sus resultados por la dificultad de congregarse y la variedad de opinar, además de la precisión de fiar a muchos subalternos la actuación. Es por lo mismo necesario formar una sala que conozca de todas las providencias definitivas, o que tengan fuerza de tales, para que de esa suerte se proceda por la autoridad ordinaria del Consejo, y con la formalidad debida... Todo lo qual se podrá poner por el Presidente y Ministro de el Consejo que actúan en esta sigilosa pesquisa en la alta y soberana consideracion, a fin de

Eso significaba ni más ni menos que la demanda de un tribunal secreto excepcional con jueces secretos, testigos secretos y procedimientos secretos — un lujo natural de la época absolutista (1). Las quejas del nuncio en el sentido de que sólo se procedía contra el clero con parcialidad manifiesta fueron rechazadas con la laconica observación de que contra los seglares no existían quejas (2).

El espíritu que animaba los trabajos de la comisión se patentiza con mayor evidencia todavía en el segundo informe que Campomanes presentó en la sesión del 11 de septiembre de 1766 (3). La pesquisa, así decía, está al presente tan adelantada que es posible formarse una idea del urdimiento del motín. So capa de religión, de virtud y hasta de martirio se atizó un movimiento que fué especialmente peligroso por el extraordinario secreto con que se le rodeó, así como por la paz y el orden dentro del general desorden. En todas las ramificaciones de estos complicados sucesos se observa la actividad de una corporación religiosa la cual aun durante la presente pesquisa trabaja difundiendo rumores por atraerse a su partido a los clérigos y otras corporaciones y por fomentar una general antipatía contra el gobierno y sus principios reformadores. Mediante su sistema astuto de adular todas las clases con palabras que corresponden a sus intereses particulares y a sus determinadas quejas, preparó el camino para el tumulto haciendo creer a los incautos que el dinero llegaba a los provocadores de las arcas de la reina madre (4). Tampoco se ahorraron otras invenciones para hacer odiosos o malquistos a los demás miembros de la real familia. Todo esto se realizaba con el propósito de animar a los débiles y fanáticos a convertirse en instrumentos de la empresa y ocultar la central de la cual tales preparativos, tan bien meditados, y tales cantidades de dinero

que se deputen los Ministros del Consejo necesarios para formar sala particular en la posada del presidente todas las veces a las horas, y en la forma que mas conveniente parezca, a fin de observar el exterior y reservado disimulo que por ahora requiere la dependencia, o acordaran lo que estimen por mas conveniente. Ibid.

(1) Danvila y Collado, III, 36.

(2) *Pallavicini a Torrigiani el 23 de diciembre de 1766, Cifre, Nunziat. di Spagna, 302 loco cit. Contra no jesuitas llegaron también acusaciones, pero no hay noticia de proceso alguno contra ellos. Cf. las *denuncias de Fr. Blas de la Madre de Dios a Muzquiz del 17 de julio y 31 de octubre de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Juscia, 1009; *Candano a Angulo el 22 de abril de 1766, *ibid.*

(3) *Consejo extraordinario, 11 de septiembre de 1766, *ibid.*

(4) Cf. *Aranda a Roda el 22 de noviembre de 1767, *ibid.*, 582.

procedían. Bajo apariencia engañosa de piedad fueron propaladas estas falacias, las cuales produjeron tan sorprendentes efectos porque se las recibió de la boca de personas consagradas a Dios. Una vez ilustrado el pueblo ya no sería más juguete de tan perniciosa credulidad, y los clérigos no se dedicarán más a difundir semejantes calumnias. Privada de tales fuerzas de socorro quedará reducida a sus propias fuerzas esa peligrosa corporación, la cual en todos los países trata de dominar los tronos y considera justos todos los medios conducentes a la consecución de sus fines. Actualmente propalan los miembros de dicha corporación en sus sermones la inminente extinción de la Compañía de Jesús, y por provincias corre el rumor de haber sido encarcelados jesuítas. Con estas y parecidas habladurías se pretende por una parte excitar los ánimos y por otra abusar de la compasión y bondad del pueblo a fin de que éste haga causa común con ellos en la defensa de la fe, cuya ruina profetizan. Para salir al paso a los ardides de esta gente sírvase el monarca recordar a los prelados y superiores religiosos que las leyes españolas prohíben al clero secular y regular hablar en contra del rey y del gobierno (1). Tan pronto como los clérigos tengan que temerse una amonestación, darán a sus sermones una forma inocente e inofensiva para el Estado. De esta suerte quedará aislada una corporación que se halla en constante oposición contra las leyes, y cuyo espíritu y proceder se ponen al descubierto por los documentos de la pesquisa. Si atentamente se considera, se hallará que estas gentes han sido los únicos causantes de las pasadas complicaciones y que lo serán además mientras dicha corporación sea tolerada en el Estado. Respecto a este último punto se inhibe el fiscal de presentar en forma jurídica la moción que a su juicio es la más adecuada (2).

A base de este dictamen rogó el Consejo extraordinario fuera publicado el propuesto decreto a fin de que el pueblo fuera instruído sobre la dependencia que los sacerdotes debían al monarca, todo el clero español permanezca sumiso y el poder real estuviera pronto

(1) Alusión a las leyes de José I y de Enrique III. El texto original prohíbe simplemente hablar contra las «personas reales». Roda añadió autoritariamente algunas palabras con las cuales se hizo extensiva la prohibición al rey y a los ministros. El texto de las leyes en el *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009.

(2) *Consejo extraordinario, 11 de septiembre de 1766, *ibid.* Cf. Ferrer del Río, II, 128 ss.; Danvila y Collado, III, 27 ss.

para obrar; a juzgar por la impresión que la investigación secreta produce cada vez con más vigor, habrá necesidad de ello (1). Aquel mismo día comunicó Aranda al rey dicha resolución basándose en la necesidad que había de un decreto similar para ilustrar a los vasallos sobre los derechos del rey, para mantener a raya al desenfrenado ejército de clérigos y para demostrar al pueblo las debilidades de aquél. Ello contribuiría también a preparar al público para los resultados de la investigación, los cuales serían aceptados por los exentos con más mesura y con mayor sumisión por los seglares (2). Por real decreto del 18 de septiembre de 1766 fueron amonestados los clérigos, tanto regulares como seculares, de no soliviantar los ánimos con sus sermones, de no perturbar el orden público y de no inmiscuirse en los asuntos de gobierno, dado que éstos eran ajenos tanto a sus conocimientos como a sus funciones espirituales (3). Al remitir el edicto a Azpuru redactó Grimaldi el resultado de la consulta en estas palabras: Según el parecer del conde de Aranda, en las pasadas revueltas fueron los seglares probablemente seducidos por los clérigos, de quienes procedió el engaño (4).

¿En qué se fundan las acusaciones del fiscal contra la Compañía de Jesús? Como ya se ha expuesto, en las primeras semanas a raíz del motín nada arguyen los informes ni oficiales ni privados contra los jesuitas (5). Ningún resultado dieron las investigaciones a este objeto realizadas por el alcalde Codallos (6). Es cierto que en el decurso de la investigación llegaron diversas denuncias, pero al parecer no tuvieron ulteriores consecuencias. Así un jerónimo de Córdoba remitió al inquisidor general una sátira, mas declaró que el escrito no procedía de los jesuitas sino más bien de sus más encarnizados enemigos (7). Además tenemos noticia de una acusación contra el jesuita José Blas por un sermón que había pronunciado

(1) *Consejo extraordinario, 11 de septiembre de 1766, *Archivo de Simancas*, loco cit., 1009, f. 177-180.

(2) *Aranda a Roda el 11 de septiembre de 1766, *ibid.*

(3) *Real Cedula (impreso), *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 46. Cf. Danvila y Collado, III, 29.

(4) *Grimaldi a Azpuru el 23 de septiembre de 1766, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 46.

(5) Cf. pág. 354 ss.

(6) Ricci, *Espulsione, n. 63.

(7) *Isidro López a Guerra (sin fecha) [hacia el 30 de mayo de 1766], *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777; *López al rector de Valladolid (sin fecha), *ibid.*

en Lérida el día de San Ignacio (1). Un tal fray Marcos Sánchez afirmaba saber de oídas que un jesuita había referido cómo en Pamplona se había fundado, bajo la presidencia del misionero Calatayud, una asociación con el fin de dar muerte al rey (2). Una acusación anónima dirigida contra varios jesuitas termina con estas palabras: «Si al presente no se aplica el remedio que Francia ha empleado y Palafox ya aconsejó, no acabarán en España las grandes revueltas; y al fin propuesto no se llegará sino por un golpe dado con mano maestra» (3).

Como la investigación proporcionara un material de acusación poco apto en este sentido, desplegó el fiscal todo su ardor para probar de modo indirecto la culpabilidad de los jesuitas como autores del motín. En una denuncia fueron acusados los padres Martínez y Arnal de haber introducido y difundido en España, sin el permiso de la autoridad, escritos apologeticos franceses. Es una realidad conocida que en aquel período se vió inundada España de un sinnúmero de libelos, principalmente de Francia y Portugal, los cuales combatían no sólo el honor de la Orden, sino también el de la Iglesia y de la monarquía (4). No sólo podían salvar las fronteras franca y expeditamente, sino que además hallaban el aplauso de más de un ministro (5). Frente a estos ataques pretendieron los jesuitas españoles hacer oír su propia defensa (6). Efectivamente, hacía ya un año venían introduciendo del extranjero y difundiendo por el territorio español tales escritos apologeticos, parte en el texto original, parte traducidos al castellano (7). Los rumores y la perfidia acusaron

(1) *Roda a Aranda el 25 de septiembre de 1766, *ibid.*, 1009. El resumen del sermón había sido enviado por el embajador francés Ossun.

(2) Sánchez a Roda el 22 de septiembre de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009. Cf. *Sánchez a Roda el 13 de junio de 1767, *ibid.*, 688.

(3) Sin fecha (impresión manual), *ibid.*

(4) *Isidro López a Idiáquez el 26 de agosto de 1766, *ibid.*

(5) El 23 de noviembre de 1766 *encargó Aranda al ministro Roda remitiera la traducción española hecha por el canónigo Pérez de la carta de Palafox contra los jesuitas para que se le otorgara la regular licencia de publicación (*Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009). Sobre los pasos dados por Roda a fin de impedir la condenación del «Febronio», cf. *Roda a Azara el 9 de diciembre de 1766, en *poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 234, I. V. también Frías, Los Jesuitas y el motín de Esquilache en la «Historia de España» por Rafael Altamirano, en Razón y Fe, XXIX (1911), 166.

(6) *Torrigiani a Pallavicini el 18 de septiembre de 1766, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.

(7) Cf. las cartas de jesuitas: *Xav. Belicia a Meagher el 9 de julio de 1765, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666; *Salvador Portela a Alustiza el 28 de

a los jesuitas incluso de poseer imprentas clandestinas donde se tiraban los libelos difamatorios contra el gobierno (1). No sólo la policía y la Inquisición españolas trataron del caso, sino que la misma alta diplomacia tomó cartas en el asunto. El impresor francés Trebos, de Bayona, que había suministrado los folletos apologeticos, fué encarcelado y su depósito de libros secuestrado (2). En los registros realizados en las moradas hallóse en el aposento del jesuita Poyanos, rector del seminario de Calatayud, la traducción de la respuesta de Grous a los «Extractos de las afirmaciones peligrosas», en la cual se demuestran a dicha obra más de setecientas falsificaciones de textos, y entre otras se refuta la acusación de que los jesuitas defendieran el regicidio y tiranicidio (3). En la sesión del Consejo extraordinario celebrada el 21 de septiembre de 1766 Campomanes tachó a la Inquisición de parcialidad por haber prohibido los

febrero de 1766, *ibid.*; *L. Medinilla a Alustiza el 21 de marzo de 1766, *ibid.*; Escorza a Alustiza el 15 de marzo de 1766, *ibid.*

(1) Los jesuitas poseían en algunas casas imprentas privadas — no clandestinas. Cf. *López al rector de Villagarcía el 11 de junio de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777; *López a Idiáquez el 19 de julio de 1767, *ibid.* Que en ellas se publicaran folletos contra el rey y el gobierno no lo han demostrado los adversarios y ha sido desmentido siempre por los jesuitas. Una de las sátiras de Madrid llevaba la observación: Impreso en la Casa profesa de Sevilla. Investigaciones secretas hechas en los colegios de Sevilla, Córdoba, Villagarcía y Burgos demostraron pronto la inconsistencia de las acusaciones. Presto se descubrió la calumnia y quedó más asegurado el buen nombre y fidelidad debida a nuestro rey. Toda la provincia se porta con gran juicio en este y otros puntos (*Gamero a Montes el 1.º de julio de 1766, *ibid.*). Cf. *Medinilla a Alustiza el 26 de octubre de 1766, *ibid.*, 665; *Pallavicini a Soto el 23 de octubre de 1766, *Nunziat. di Spagna*, 302, loco cit.; *Pallavicini a Torrigiani el 28 de octubre de 1766, *Cifre*, *ibid.*

(2) *Extracto de carta del Duque de Choiseul al Marqués de Ossun del 25 y 27 de agosto y 15 de septiembre de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009. Trátase en substancia de la carta pastoral del arzobispo Beaumont de París, de la Apologie des Jésuites, del Parecer de los obispos de Francia sobre la utilidad de la doctrina y gobierno de los Jesuitas, de las Lettres critiques et historiques etc. (*ibid.*). Mons. Trebos impresor en Bayona imprime y envía libros españoles y traducidos de frances en español sobre los asuntos corrientes de Francia en materia de Jesuitas y de los Parlements. Estos se esparcen en España. Conviene saber con quienes tiene su correspondencia, los que le encargan de España la impresion, y a quienes envía los exemplares, quantos, y que genero de libros y papeles ha impreso. Y que se le impida la continuacion de este comercio (*billete autógrafo de Roda, sin fecha, *ibid.*). *López a Idiáquez el 15 de septiembre de 1766, *ibid.*, 688. Después de la extradición de los jesuitas presentó Trebos al gobierno español la demanda de indemnización (*Roda a Aranda el 27 de abril de 1767, *ibid.*, 667).

(3) Razón y Fe, XXIX (1911), 166, 280.

«Anales de los Jesuitas» y las «Cartas del Dr. de la Sapienza», verdaderas obras maestras de la Historia, las cuales ni en Francia ni en España estaban prohibidas, y eran sumamente adecuadas para conocer el problema del instituto de los jesuitas, y en cambio, en manifiesta oposición al Consejo, dejaba libre curso a las múltiples obras jesuíticas que combatían la autoridad real, la sana doctrina y las regalías de la corona. Para colmo de osadía trataba de lanzar una nueva prohibición del Febronio (1).

El P. Calatayud, misionero cargado de años, quien desde hacía cuarenta años había dado misiones al pueblo en cuarenta y una diócesis, había condenado tanto en su obra *Doctrinas prácticas* como en sus sermones un contrato corriente entre el cuerpo de comerciantes bilbaños tachándolo de usurario (2). En vista de las quejas de los comerciantes ordenó Aranda, de común acuerdo con el Consejo extraordinario, que abandonara inmediatamente el misionero el territorio vasco (3). Calatayud suspendió la misión que se hallaba dando y al día siguiente se puso en camino hacia Valladolid (4). Por medio del provincial Idiáquez ordenó el padre general a sus súbditos la mayor circunspección en las conversaciones privadas y en la predicación, pero sobre todo les inculcó toda abstención de criticar al gobierno; a todos los que faltasen los castigarían los superiores en la medida de la falta (5).

Simultáneamente con la orden del destierro de Calatayud llegó a todos los jesuitas la prohibición de dar ejercicios y misiones en el país vasco (6). Al difundirse por provincias las revueltas de Madrid

(1) *Consejo extraordinario, 21 de septiembre de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009. *Allí mismo correspondencia epistolar de Roda con el inquisidor general.

(2) *López a Idiáquez el 13 de septiembre de 1766, *ibid.*, 688; Ricci, *Espulsione, 7, en *poder de los jesuitas*.

(3) *Aranda al conde de Fleignie el 8 de septiembre de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666.

(4) *Calatayud a Alustiza el 16 de septiembre de 1766, *ibid.*; *Pallavicini a Torrigiani el 30 de septiembre, 14 de octubre y 11 de noviembre de 1766, Cifre, Nunziat. di Spagna, 302, loco cit. Cf. [Rodeles], Vida del P. Pedro Calatayud, Madrid, 1882, 429 ss.

(5) *Idiáquez al rector de San Sebastián el 29 de noviembre de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666; *Torrighiani a Pallavicini el 23 de octubre y 11 de diciembre de 1766, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.

(6) *Aranda al conde de Fleignie el 8 de septiembre de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666.

se produjeron tumultos en la pequeña ciudad de Azpeitia de la provincia de Guipúzcoa. A las primeras manifestaciones envió el corregidor informes exagerados a Madrid sobre los excesos de los amotinados solicitando refuerzo militar. Mas la cosa carecía de toda importancia. La actitud de los amotinados era más bien fruto de su embriaguez, llevados de la cual lanzaron ciertamente grandes amenazas, pero no llegaron a derramar una gota de sangre, ni a producir incendios. Al ponerse de manifiesto la inutilidad de las medidas se trató de dar al caso distinta significación. Los Estados provinciales se dirigieron al provincial Idiáquez acusando a los jesuitas de Loyola de haber inducido a la rebeldía a los picapedreros que trabajaban en la iglesia (1). A la orden del rector de acudir a Azpeitia para ayudar a mantener el orden habían respondido los trabajadores que antes tomarían las armas para atacar, que para defender la ciudad. El rector negó haber oído tal manifestación. Sólo dos empleados habían contestado, de los cuales al uno no había entendido por haber hablado entre dientes, y el otro manifestó que ellos pedían el abaratamiento del trigo y del maíz. Habiendo advertido que ninguna inclinación sentían por obedecer a su indicación, los mandó volver a su trabajo. Toda la acusación estaba llena de contradicciones; confesaban que el rector había exhortado a los trabajadores a mantener el orden y por otro lado se le acusaba de haberles inducido por eso mismo a la desobediencia. Con todo ello no se pretendía más que complicar a los padres en el motín, aun cuando todo el mundo sabía cuánto habían trabajado por apaciguar los ánimos. Respecto a la otra inculpación de que los jesuitas, exagerando indebidamente el derecho de inmunidad, habían procurado dificultar el descubrimiento y la prisión de los sediciosos que se habían refugiado en Loyola, aseguró el P. Mendizábal que la prisión de aquéllos se había realizado sin noticia y conocimiento de los padres (2), si bien éstos aseguraron después del hecho que los funcionarios habían violado la inmunidad eclesiástica (3). Por amor a la paz ordenó el provincial que ninguno de los trabajadores que se

(1) 16 de mayo de 1766 (impreso), Nunziat. di Spagna, 302, loco cit.; *Roda a Aranda el 27 de abril de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009.

(2) *A López el 23 de mayo y 18 de julio de 1766, *ibid.*, 777.

(3) *Esterripa a López el 23 de mayo de 1766, *ibid.* Cf. *Fr. Antonio del Valle a Mendizábal (sin fecha [mayo, 1766]), *ibid.*; *Uriarte a López el 5 de junio de 1766, *ibid.*

hubiera resistido a defender la ciudad de Azpeitia pudiera seguir trabajando en la fábrica de la iglesia (1). Además declaró que el atrio de la iglesia en torno del cual principalmente giraba la discordia, no lo consideraba como lugar afectado de la inmunidad. A su súbdito Esterripa, que en la defensa de la inmunidad había procedido con excesivo ímpetu, lo trasladó al colegio de Logroño (2). El Consejo de Castilla se dió aparentemente por satisfecho con esta medida (3). Entre tanto prosiguieron los adversarios explotando el caso para acabar con el buen nombre de la Orden y abrir el camino a la extinción (4). Por consejo de López se presentó Idiáquez en la corte para expresar la adhesión y devoción de la Compañía de Jesús a su persona y gobierno del monarca y rebatir personalmente de palabra las tergiversaciones referentes a los sucesos de Loyola, como a la difusión de las apologías (5). Semanas después dirigió el provincial una carta a Grimaldi en la cual expresaba su pesar por los excesos de algunos súbditos, exponía las medidas adoptadas y expresaba la confianza de que el monarca no haría pagar a toda la corporación la culpa de algunos individuos quienes en su celo por defender el honor de la Orden se habían excedido demasiado (6). De la favorable acogida de que el P. Idiáquez fué objeto por parte de Carlos III creyó que se podía sacar la conclusión de que el asunto estaba resuelto favorablemente (7). Mas la respuesta de Grimaldi vino

(1) *Idiáquez a los estados provinciales de Guipúzcoa el 5 de junio y 21 de julio de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 666; los *estados provinciales de Guipúzcoa a Idiáquez el 22 de junio de 1766, *Nunziat. di Spagna*, 302, loco cit.; *López a Mendizábal el 3 de julio de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777.

(2) *López a Idiáquez el 18 de junio de 1766, *ibid.*; *Idiáquez a Aranda el 28 de junio de 1766, *ibid.* Véase la nota anterior.

(3) *López a Idiáquez el 16 de julio de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777.

(4) *Se han disparado mil calumnias contra nosotros, y aun ha havido quien soltase la especie de echarnos de la provincia. Con esta ocasión Campomanes... tirando a hacernos causa del tumulto (*Mata a Poyanos el 5 de julio de 1766, *ibid.*).

(5) *López a Idiáquez el 26 de agosto de 1766, *ibid.*, 688; *Pallavicini a Torrigiani el 2 de septiembre de 1766, *Cifre, Nunziat. di Spagna*, 302, loco cit. Con esta ocasión remitió el nuncio la obra del regalista portugués Pereira, para que por ella pudiera enterarse el cardenal secretario de Estado de las razones en que se apoyaban las inculpaciones contra los jesuitas de Loyola (*ibid.*).

(6) 20 de septiembre de 1766. El contenido de la carta es sólo conocido por la respuesta de Grimaldi (v. más adelante la nota 1 de la página 372).

(7) *López a Idiáquez el 30 de agosto de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 688. Cf. Nonell, Pignatelli, I, Manresa, 1893, 150.

a echar por tierra tales esperanzas, pues de ella se desprendía que la satisfacción del rey sólo fué dispensada a la persona del provincial, hijo del conde de Gandía, y que en cambio el asunto seguiría los trámites ulteriores. El soberano daba ciertamente la ley, mas el cuidado de su cumplimiento, lo mismo que el castigo de los transgresores, era incumbencia de la magistratura (1).

Con motivo de los anteriores acontecimientos había sido ya intervenida la correspondencia epistolar de los jesuítas, mas al presente con el fin de encontrar medios de acusación fué elevada a sistema la violación del secreto epistolar (2). La misma correspon-

(1) *Me refiere V. R. sucintamente el origen de sus mortificaciones: protesta que sin su permiso, y aun sin su noticia han cometido algunos subditos suyos los excesos que las causan: me asegura haber removido de su empleo al mas culpado, y tener resuelto proceder contra los demas transgresores a medida de su culpa: y finalmente me pide le comunique ordenes para la pronta correccion y castigo de ellos, y sobre todo que informe al Rey de la afliccion en que dexan a V. R. estos sucesos, templada unicamente con la esperanza de que su piedad ha de discernir entre la culpa que cometieron unos particulares, llevados acaso de imprudente celo por la reputacion, y defensa de su Instituto, y la inocencia del cuerpo y los que le mandan; quienes, aunque podrán padecer la nota de descuidados, no la de complices, a lo menos por lo que toca a V. R. (Grimaldi a Idiáquez en octubre de 1766, *Archivo de Simancas*, Estado, 7911). De esta carta sacaron Danvila y Collado (III, 23) y Rousseau (I, 208) la conclusión de que Idiáquez había atribuido un tanto de culpa del motín de Madrid a sus súbditos. Pero como se desprende de las palabras: «llevados acaso de imprudente celo por la reputación y defensa de su Instituto», se trata de la introducción y difusión de escritos apoloéticos sin licencia de los superiores. Cf. Razón y Fe, XXIX (1911), 164 s.

(2) *Luego que sucedió el tumulto por Marzo de 1766 se me dió la comision de orden de V. E. para interceptar la correspondencia de los Regulares de la Compañía en que entendí con la fidelidad que corresponde hasta que fueron expelidos de estos dominios por Abril 1769... El trabajo no solamente estaba reducido a interceptar las cartas que venian dirigidas a los Regulares que residian en Madrid, en el reyno, Indias, Italia y otros paises, sino a las que unos y otros respondian, sin reservar las de sus confidentes ya eclesiasticos, ya seculares... Mientras otros eran espléndidamente recompensados por sus trabajos con ocasión de la expulsión, el redactor de cartas no recibió nada, de suerte que hubo casi de aceptar que sus servicios habían sido poco gratos al ministerio. A la verdad que hoy en el día me mantendria en este concepto, si la confianza de otro nuevo encargo que se me hizo el año de 1768, también de orden de V. E., para interceptar la correspondencia de todos los R^{dos} Obispos con motivo de las especies de impugnacion que se suscitaron contra el «Juicio Imparcial» de la 1ª edicion, no me huviera facilitado una de las mayores satisfacciones, con que templé mi recelo... (*Itúrbide a Grimaldi el 8 de julio de 1770, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 670). A una ulterior suplicación de Itúrbide, del 28 de julio de 1770, a Roda (ibid.) le fueron asignados por orden del rey 12 000 reales y a sus dos ayudantes 6000 a cada uno del fondo de los bienes secuestrados a los

dencia oficial del nuncio con el Sumo Pontífice fué sometida a intervención. Torrigiani había recomendado ya oportunamente al excesivamente confiado Pallavicini mayor cautela en la expedición de los despachos (1); al cabo de un año tuvo que insistir de nuevo en la misma amonestación (2). Pero las cosas fueron cada vez de mal en peor mayormente después que el ministerio logró hacerse con el secreto de la clave de cifras. El 2 de abril de 1765 expresó Tanucci su agradecimiento al ministro de Estado, Grimaldi, por la noticia de haber sido interceptada una carta de Torrigiani (3). Roda recibió igualmente una copia de aquel escrito en el cual el cardenal secretario de Estado informaba al representante del Papa sobre el sentir antijesuitico del ministro de Justicia (4). Desde el momento en que la cuestión jesuitica adquirió en España candente actualidad, fué interceptada y descifrada casi normalmente la correspondencia de la nunciatura como lo demuestran las copias que se conservan en el archivo de Simancas (5).

No hizo más que atenerse a la verdad cuando Roda atribuía a Tanucci gran parte del mérito en la expulsión de los jesuitas de España (6). Con lógica discutible argumentaba Tanucci ante el chambelán mayor de Carlos III, Losada (7): Si no es posible hallar a ningún grande, ni a ningún militar de categoría, o ministro como cabecilla del movimiento sedicioso, necesariamente deben de haber sido clérigos, frailes y jesuitas los dirigentes. Una semana más tarde aconsejaba que había que sustraer las escuelas del influjo de los jesuitas llamando profesores de otros países; valiéndose del pretexto de la soberanía de la sede romana, añadía, han procurado los jesuitas esclavizar a todos los pueblos católicos (8). Pasado un mes volvía a repetir que comprendía el apurado trance en que se veía el mo-

jesuitas, como recompensa (*Roda a Aranda el 10 de agosto de 1770, *ibid.*). Cf. también la *correspondencia de Angulo con Roda, *ibid.*, 1009, f. 529-586.

(1) *Torrighiani a Pallavicini el 7 de enero de 1762, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 431, loco cit.

(2) *Pallavicini a Torrigiani el 27 de diciembre de 1763, Cifre, *ibid.*, 290.

(3) **Archivo de Simancas*, Estado, 6097.

(4) *Roda a Azara el 16 de septiembre de 1766, en *poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 234, I.

(5) Los *despachos cogidos están allí en su mayor parte en Estado, 5044 y 5072, así como en Gracia y Justicia, 767 y 1009.

(6) Cf. *Tanucci a Roda el 28 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6000.

(7) *9 de septiembre de 1766, *ibid.*, 5998.

(8) *A Losada el 16 de septiembre de 1766, *ibid.*

narca respecto a los jesuitas; si estos individuos supieran olvidar y perdonar cabría trabajar por ganarlos en todo caso, pero esto sólo sería a costa de grandes sacrificios, pues no conocen límite en sus pretensiones, y caso que en alguna ocasión llegasen a escalar de nuevo las alturas del poder, entonces gobernaría Roma en España con menoscabo y ruina del arte y de la ciencia (1). Otra carta fechada el mismo día, de Tanucci, dirigida a Carlos III, estaba redactada calculadamente a base del carácter suspicaz del monarca. Tras de rogarle que no permitiera que la futura reina de Nápoles llevara consigo de confesor a un padre jesuita de Viena, continúa: «Vuestra majestad conoce las múltiples razones en que se apoya mi pesimista parecer. Humildemente le pido licencia para poder decir por una sola vez que todavía tengo motivos más graves aun, que V. M. desconoce y que no necesita saber y los cuales muy bien hará V. M. en permitir vayan a la tumba a una con vuestro viejo servidor, a quien ya restan contados días de vida. Aun cuando todavía no ha llegado el tiempo en que V. M. tenga precisión de enterarse de ello, mas el momento actual sí que es el indicado para que V. M. pueda barruntar con provecho tales razones.» (2)

La correspondencia epistolar del general de la Orden con algunos súbditos de España, escribe Tanucci, ofrece motivos suficientes para que sean adoptadas medidas, aun las más enérgicas. Al exponer Cattolica el deseo de que se adoptara cuanto antes una resolución en vista de los falsos principios perniciosos y revolucionarios que en dichas cartas se contenían y que ponían en peligro la sagrada persona del monarca, se permite luego traer a la memoria cómo había predicado él ya años antes en Nápoles lo que al presente se estaba viendo en España. Mas, engañada por sus austríacas damas de honor, la reina Amalia dispensaba su protección a los jesuitas. Al presente estaba a la vista cuán profundos y sólidos eran los escritos de los sabios parlamentarios franceses, principalmente los dos tomos del informe justificativo de Chalotais (3).

(1) *A Losada el 14 de octubre de 1766, *ibid.* Cf. también las *cartas a Losada del 30 de septiembre y 7 y 21 de octubre de 1766, *ibid.*

(2) *14 de octubre de 1766 *ibid.*

(3) *Il carteggio legalizzato del Generale dei Gesuiti con alcuni Gesuiti, che stanno in Spagna, nel quale sono assunti bastanti a prendersi qualunque forte risoluzione. Vi compiaccete d'aggiungere, che desiderate quella risoluzione presa il più presto, che si possa, per le massime false, perniciose e sediziose, che escono da quel carteggio, le quali mettono in pericolo la sacra persona del Sovrano.

No se abstuvo Tanucci de descender al terreno de los consejos prácticos. El saneamiento del país del elemento jesuítico era preciso, según él, meditarlo bien; pero había que realizarlo en todo el reino en el mismo preciso momento. A cada uno de los jesuitas expulsos se le había de asignar una cantidad no inferior a cien ducados anuales con la cual pudiera vivir, cantidad que podía ser deducida de los bienes confiscados. Esto era de justicia y a la vez útil, pues los jesuitas habrían de vivir con el temor de perder la pensión que no podrían sustituir de otra suerte. Tampoco sería bueno permitir, como se había hecho en Francia, que los no profesos permanecieran en el territorio como sacerdotes seculares; estos rezagados serían el foco de revueltas parecidas a las que todavía subsistían en el país (1). Las advertencias de Tanucci no cayeron en suelo estéril. El 22 de noviembre de 1766 podía escribir a Azara que la obra estaba ya en período de gestación. «Quiera Dios, añadía, otorgar a nuestro don Manuel (Roda) vigor y constancia para dar cima a tan gloriosa empresa.» (2)

Ah, da quanti anni ho io predicato qui quello stesso che ora voi dite e vedete! Io era, e sono stato tanto certo di tali sentimenti nutriti dai Gesuiti. Io lo faceva con quello spirito di fedeltà e di zelo, che doveva al Re, e per la certezza del vero, che io diceva, lo faceva alla presenza della santa anima della Regina, la quale ingannata, al solito donne austriache, da quelle anime nere, che abitano nei corpi Gesuiti, amava coloro, e li proteggeva. Voi sapete quanto forte fosse nelle sue opinioni, e nei suoi impegni quella G. Signora, e quanto pericoloso fosse l'opporli, eppure io mi stimava obbligato a qualunque pericolo, perchè si evitassero li mali d'aver coloro nella corte, e si pensasse per tempo al modo di non gli aver nello stato. Una volta usciti, che sieno, presto finiscono le male semenze, se si pensi a favorire, e promuovere preti giovani secolari, e a situarli nelle parochie e nelle scuole. Ora voi vedete, con quanta ragione sieno scritti i libri francesi di tanti dotti parlamentari, e particolarmente li due tomi del «Conto renduto» di Chalotais. Il fanatismo, che li Gesuiti istillano ai loro penitenti e discepoli, è pericolosissimo... (a Cattolica el 19 de novembre de 1766, *Archivio de Simancas*, Estado, 5998).

(1) *La purga del paese dai Gesuiti deve ben maturarsi, ma una volta maturata deve eseguirsi tutto in uno steso momento in tutto il regno. Bisogna dare a ciascun Gesuita fuor del regno tanto, che viva, che io non vorrei meno di 100 duc. l'anno, che si prendessero dai beni, che loro si sieno confiscati: questo oltro l'esser giusto è utile, perchè tiene la Compagnia in freno pel timore di perdere un denaro, al quale non potrebbe supplire altrimenti. Non sarebbe buono in Spagna quello che si è fatto in Francia, di permettere lo stare in Francia a quelli che non avendo fatto il quarto voto volessero rimanervi preti secolari; le reliquie d'inquietudine, che sono in Francia, vengono da questo; eppur sono in Francia circa 20000 famiglie di gente di toga sparse per tutto il regno, che vegliano contra li Gesuiti, forza di vigilanza che manca alla Spagna (a Losada el 18 de novembre de 1766, *ibid.*).

(2) *A Azara el 22 de novembre de 1766, *ibid.*, 5999.

Con celo apremiaba también el general de los agustinos, Vázquez, a su amigo Roda a que acometiera la obra de la extradición de los jesuitas. Su despotismo ha llegado a la cúspide. Sus ambiciones de mando no tienen límite, en todo han de poner sus manos, trabajan a base de amenazas, promesas y otros procedimientos que les inspira su soberbia. La carta de Palafox es uno de aquellos documentos que habría de ser difundido en cantidad ilimitada, para ilustrar a los ciegos europeos y americanos y disponerles a acatar como justificada cualquier medida que el gobierno adopte para con aquellos que, con el disfraz de piedad, han infringido hasta el presente todas las leyes divinas y humanas. Las almas buenas que contribuyan a la edición de dicha carta podrían, por cierto, obsequiar pronto al pueblo con folletos parecidos, cuya lectura pueda entender y realizar en corto tiempo la gente del vulgo. De esta guisa se abrirá paso por doquier la luz de la verdad (1).

Esta misma instancia le repetía Vázquez al mes siguiente entreverándola con la patética intimación de perseguir despiadadamente a los «Benemeriti», y a su doctrina y su política cual la encarnaban Ricci, Boscovich y Forestier. Él no dejaría de recomendar a sus súbditos que evitaran todo trato con gente tan peligrosa. Pide a Roda que le aconseje si ha de consignar algo en su carta circular sobre las investigaciones actualmente en curso en España (2). En una reunión de los *jansenistas romanos*, escribía el mismo más tarde, se ha discutido la oportunidad de recomendar a Portugal la idea de convocar una asamblea de obispos para condenar solemnemente la doctrina de Molina. Tal proceder no podría menos de ejercer sobre los españoles con el tiempo un saludable influjo. No deje Roda de procurar ganarse para el plan al embajador de Portugal en Madrid, Mello. ¿A qué tanta paciencia todavía con los jesuitas? (3)

Si las alusiones de esta carta dan pie para sospechar que Vázquez había sido iniciado por Azara en los designios del gobierno español, otros escritos truecan la sospecha en certeza. Ayer, así dice, me dijo alguno haber visto una carta de Madrid en la cual se afirma que en abril o a más tardar en mayo hemos de ver aquí cosas que ninguna persona se atreviera a barruntar. Expresa ade-

(1) *El despotismo de los Benemeritos ha llegado a tal extremo que son dueños absolutos de todo quanto se hace, etc. (Vázquez a Roda el 15 de enero de 1767, *Biblioteca de San Isidro de Madrid*, Cartas de Vázquez, t. I).

(2) Vázquez a Roda el 12 de febrero de 1767, *ibid.*

(3) Vázquez a Roda el 12 de marzo de 1767, *ibid.*

más el deseo de que el Señor se digne otorgar a Roda la adecuada reciedumbre de espíritu y cuerpo para que pudiera dar cima a la magna empresa que la divina Providencia le había confiado, «a fin de que yo y nosotros todos tengamos la alegría de ver el reino de nuestro soberano libre de la peste que lo devasta» (1). Depórtese a todos los jesuitas a Fuerte Ventura, una de las islas Canarias, la cual por estar cercada de escollos es inaccesible (2).

Hacia mediados de octubre estaba tan adelantada la secreta investigación, que el fiscal pudo concluir su acusación y presentarla al Consejo extraordinario. A demanda de Aranda (3), Carlos III concedió al Consejo facultades para recibir las acusaciones y propuestas del fiscal y para adoptar aquellas medidas que juzgara concernientes, si bien antes de tomar la decisión definitiva había de solicitar el parecer del monarca. Para dar mayor realce al prestigio del Consejo fué aumentado al mismo tiempo en tres el número de sus miembros (4). En virtud de un segundo decreto del 31 de octubre de 1766 tenían que obligarse con juramento todos los miembros al más estricto sigilo tanto acerca de los nombres de los testigos, como sobre todo el proceso en general; cualquier transgresión sería considerada como delito de lesa patria (5).

Tras discusiones asaz prolijas acercábase por fin el día de la decisión, el cual debía significar el exterminio de la Compañía de Jesús en el territorio español. En su sesión del 29 de enero de 1767 resolvió el Consejo extraordinario, apoyándose en el dictamen del fiscal Campomanes, la expulsión de los jesuitas de los dominios de la corona española y la confiscación de sus bienes por el Estado. El documento presentado a la confirmación real, constaba de dos par-

(1) *O por prevision, o por noticia sugerida por los Terciarios aquí tienen alguna luz de que allí se medita algo contra los Benemeritos, y están con un gran temor y blasfeman contra los Jansenistas, especialmente V. E. que ha hecho tanto rumor allí contra el Breve de privilegios en virtud de una gran escritura que yo hice contra él y envié a V. E. Así lo oyó Giorgi pocos días ha en una conversacion. Ayer me dixo uno que habia visto una carta de Madrid en que se decia que por el Abril o Mayo a mas tardar se sabrian aqui cosas que non licet homini loqui... Reciba V. E. memorias del L.^{or} de Jansenio (Vázquez a Roda el 25 de marzo de 1767, *ibid.*).

(2) *Vázquez a Roda el 9 de abril de 1767, *ibid.*

(3) *Aranda a Roda el 16 de octubre de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009.

(4) *Carlos III a Aranda el 19 de octubre de 1766, *ibid.*

(5) *Carlos III a Aranda el 31 de octubre de 1766, *ibid.* El *Decreto del 31 de octubre de 1756, *ibid.*, 667. Cf. Danvila y Collado, III, 36.

tes. La primera abarcaba la exposición histórica de los hechos y las razones jurídicas en las cuales basaba el Consejo su sentencia, mientras que la segunda trataba de las medidas conducentes para el cumplimiento de la providencia. Desgraciadamente ha desaparecido la primera y más importante parte (1), aun cuando es posible subsanar la pérdida mediante la *Exposición sumaria*, la cual fué redactada por cierto dos años después de la expulsión de los jesuitas por Moñino para Clemente XIV y que en lo esencial es un compendio de la primera desaparecida parte del dictamen del 29 de enero de 1767 (2). Su contenido es como sigue en los puntos principales.

Desde el advenimiento de Carlos III al trono español pusieron de manifiesto los jesuitas una aversión decidida contra su persona y su gobierno. Habitados al despotismo que los mismos habían practicado aquí anteriormente, siendo confesores de la corte, vieron con enojo que sus hechuras ya no fueran promovidas a los altos cargos, puesto que el rey en su clarividente sabiduría no quiso tolerar por más tiempo el abuso diuturno de su poderío. Entre las diversas acusaciones que llegaron a oídos del monarca fueron dos las que más certeramente alcanzaban a la corporación y al gobierno de la Compañía de Jesús. Las iglesias de la India se quejaban del inaudito despotismo con que los jesuitas les despojaban con falacias y

(1) Cuando en los años 1814-15 se discutió en el Consejo de Castilla la cuestión de la admisión de la recién restablecida Compañía de Jesús, afirmó el fiscal Francisco Gutiérrez de la Huerta que faltaba la primera y más valiosa parte de la Consulta del 29 de enero de 1767. Ferrer del Río (II, 136, n. 2) asevera que dicha parte desapareció entonces en el camino desde el ministerio de Justicia al despacho del fiscal. Con todo, en el documento comprobante por él citado, la *Consulta del 24 de octubre de 1815 (*Archivo general central de Madrid*, Estado, 3517) se dice: En 14 del mismo mes de Enero se pidieron dichos documentos y antecedentes: se remitieron en 11 y 17 de Febrero siguientes por D. Pedro Cevallos y D. Tomas Moyano los únicos que existían en los archivos de las respectivas secretarías de su cargo, a saber: de la *primera Secretaría de Estado* un exemplar impreso de la Pragmatica Sancion sobre el extrañamiento de los Jesuitas; copia de uno de los capitulos de la Consulta del Consejo extraordinario de 29 de Enero de 1767... Por el *Ministerio de Gracia y Justicia* se remitieron (con la expresion de no haberse hallado mas) la carpeta original de la Consulta del Consejo extraordinario fecha 29 de Enero de 1767, con una parte simple que parecia ser de ella. Así, pues, la parte en cuestión de la Consulta del 29 de enero de 1767 ya no existía en los archivos. Rousseau (I, 216) expresa la presunción de que los documentos fueron destruidos de intento por los ministros de Carlos III. Cf. Danvila y Collado, III, 39.

(2) *Exposición sumaria* de los excesos cometidos por los Jesuitas, que se remitió a Roma para entregar al Papa, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 686; v. Ferrer del Río, II, 137 ss.; Danvila y Collado, III, 672 ss.

engaños, de sus diezmos. Acerbas acusaciones presentaron asimismo a los pies del trono los postuladores de la causa de beatificación de Palafox en el sentido de que, debido al taimado proceder de los jesuitas durante la dolencia de Fernando VI y para escándalo de la nación, fueron entregados a las llamas escritos del venerable siervo de Dios (1), escritos que más tarde merecieron la aprobación de la Congregación de Ritos. Al prestar el rey oídos a semejantes representaciones vulneró el honor y el interés propios, cosas que han sido siempre los anhelos de esta temible corporación. Al mismo tiempo y merced a un feliz acaso fué descubierta la soberanía que se habían arrogado en el Paraguay, así como su sedición y su ingratitud, como claramente se desprende de los documentos originales que ponen a la luz del mediodía la usurpación y los excesos que desde hacía siglo y medio constituían un problema, o mejor un infranqueable misterio para el mundo entero. Como al morir Rábago otorgara el rey a su confesor el cargo que aquél ocupaba en el tribunal de la Inquisición, juzgaron los jesuitas semejante medida como una expoliación irrogada a su honor y una pérdida en los medios que disponían para hacerse respetar y temer; a la vez reconocieron cuán escasas perspectivas tenían de recobrar algún día el cargo de confesor de palacio, y con él su prístino despotismo. El proceder del monarca para reprimir debidamente el temido partido que la Orden se había formado en todas las clases del Estado, hirió a los jesuitas en lo más profundo del alma, ya que hasta entonces estaban habituados a ver designados para ocupar los altos cargos en la jerarquía tanto eclesiástica como civil exclusivamente a sus paniaguados, educados bajo sus principios en la veneración y ciega sumisión. El hecho de que el monarca confiara la educación de sus hijos a miembros de dicha corporación prueba es clara y manifiesta de que ninguna aversión personal abrigaba contra ellos. Mas como los jesuitas no pudieran verse satisfechos más que con el retorno a su antiguo y arbitrario poderío, concibieron el plan de poner a toda la monarquía en estado de rebelión y sólo por una singular protección de la Providencia se vió libre el reino de los horrores de una guerra civil y de sus siniestras consecuencias. Sin reparos ni escrúpulos hicieron sospechosos al rey y a sus ministros entre el fiel y católico pueblo español, tachándolos de herejes y propalando infundios como el de

(1) V. en este volumen el número VI del capítulo VIII, y en el volumen XXXV la página 279.

que la religión se hallaba en quiebra desde el advenimiento del rey, habiéndose realizado en España en pocos años un profundo cambio. Tales y otras parecidas imposturas abominables las propalaban al principio en conversaciones particulares, luego en los ejercicios, criticando de manera denigrante al gobierno y sus medidas. Al mismo tiempo difundieron toda suerte de vaticinios siniestros acerca de la duración de la vida y del gobierno del monarca; a partir de 1760 soltaron el rumor de que moriría dentro de seis años; por gente absolutamente veraz tenían conocimiento los ministros mucho antes de tales infundios. Abusando del ministerio de la predicación divulgaron desde el púlpito augurios sobre sediciones y calamidades. De inteligencia con la dirección de la Orden tradujeron y difundieron por toda España hojas y folletos clandestinos impugnando la extradición de Portugal y Francia, pusieron tacha en la religión de los ministros y funcionarios de aquellos Estados y sembraron el odio y la sospecha contra el ministerio del rey, como si no les fuera grato. Asimismo procuraron sembrar la desconfianza y desafecto entre corporaciones y personas elevadas a fin de lograr de este modo una secreta y peligrosa alianza de todos (1).

Preparados así los ánimos durante largo tiempo por los jesuitas, como principales cabecillas e intrigantes celebraron sus conventículos en la capital, parto de los cuales fué aquel motín cuyos primeros chispazos alcanzaron en verdad al ministro de Hacienda Esquilache y sus disposiciones, pero que fué arteramente desviado por los jesuitas hacia una guerra de religión, razón por la cual los revoltosos se apellidaban soldados de la fe. Como quiera que se presentaba la sedición no sólo como lícita, más aun como meritoria, de tal forma creció el fanatismo de algunos, que no pocos revoltosos, al ser heridos, se obstinaron en no confesarse reos de culpa alguna proclamando que morían mártires. En Madrid se hicieron correr calumnias groseras contra la moralidad del monarca, lo mismo que rumores acerca de discordias entre él y el príncipe de Asturias. Dióse como cosa cierta que la reina madre era favorable a los sublevados. En una

(1) Juntamente que a los jesuitas, se hizo responsables de ser autores y fautores del motín de Madrid a una porción de personalidades, de las cuales son las más conocidas Miguel Antonlo de la Gándara, Luis Velásquez, Benito Navarro, Antonio Idiáquez y Lorenzo Hermoso. Un estudio crítico de sus procesos (*Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 582) demuestra que nada contienen que comprometa a la Compañía; incluso algunos de ellos eran adversarios de los jesuitas. Cf. Rousseau, I, 210 ss.

palabra, no se arredraban ante los medios más plebeyos a trueque de infiltrar en el pueblo el odio contra el soberano y su gobierno y obligar a éstos a una humillación en extremo ignominiosa, como la de llamar al ministerio a una personalidad plenamente adicta a los jesuitas y por ellos dominada, y nombrar a uno de ellos confesor del rey, con el fin de abrirse así nuevamente el camino del retorno a su antiguo despotismo. Tal era la finalidad de los jesuitas. Mas como el pueblo no vislumbrase en tales cosas su felicidad, desistió de presentar súplicas en este sentido y fracasó el proyecto quedando «depositado» en el corazón de los promotores del motín. De palabra y por escrito trataron los jesuitas de disculpar los excesos del populacho y presentar el motín a manera de empresa heroica, como lo demuestran sus informes enviados a la Gaceta holandesa, en la cual se dió una referencia elogiosa de los sucesos. No sólo procuraron atizar el fuego de la rebelión en todo el reino, sino que también defendieron falsas noticias sobre la metrópoli en las colonias y viceversa, a fin de provocar de este modo una general conflagración. En sus sermones misionales tenidos en Barbastro predijeron la caída de la casa de Borbón como castigo de sus supuestos delitos; en Girona afirmaron que el cometa en aquel entonces visible era un presagio de la inminente muerte del rey. De esta escuela de fanatismo y de los principios del regicidio y tiranicidio propugnados por los jesuitas procedía aquel criminal que fué condenado al último suplicio por sus amenazas contra la vida del monarca. En sus cartas dieron testimonio de gran pesar por la ejecución de éste su discípulo y favorito.

Tras de haber puesto de esta suerte en peligro la monarquía, la emprendieron contra los altos funcionarios y ministros por medio de anónimos, amenazándoles por una parte con nuevas revueltas, mientras por otra coaccionaban para que fueran removidos el confesor de palacio y los ministros, a fin de que el partido jesuítico lograra empuñar de nuevo el timón. A fin de aumentar el pánico, por medio del superior del colegio de Madrid hicieron llegar al presidente Aranda la noticia de un nuevo motín proyectado para principios de noviembre, lo cual se demostró no tener el menor fundamento. Tan pronto como en la investigación secreta se pudo traslucir algo, dieron los jesuitas muestras de gran intranquilidad y se cruzaron mutuas órdenes de restringir la correspondencia epistolar y de arrojar a las llamas las cartas. Con la agitación española aumentaron también las

noticias sobre revueltas en América. En una de sus cartas dirigidas a aquellos países propalaban la noticia de que o sería entronizado otro rey, o se nombraría ministro de colonias a determinada personalidad de su partido. Como de sus propios escritos se desprendía, habían organizado en el Paraguay una monarquía absoluta, o mejor un inaudito despotismo opuesto a todas las leyes divinas y humanas. Las revoluciones de los indios contra España y Portugal debían su origen y causa a los jesuitas y a su dirección. En Chile, a juzgar por sus propios informes, fomentaban los usos paganos llamados *Machitun*. En todas sus misiones americanas establecieron su ilimitada soberanía en lo civil y religioso (1). En Quito y en Nueva España predijeron y promovieron asonadas. En las islas Filipinas predicaron contra el gobierno, y su provincial estuvo en ilegal inteligencia con el general inglés durante la ocupación de la plaza de Manila. Para pasar por alto otras menudencias se alude a que quisieron someter a cierta Potencia extranjera una parte de la América del Norte, como se desprende de los documentos que fueron incautados al prender al jesuita que corría con la dirección de las negociaciones. De este general estado de cosas en España y sus colonias y por los peligros que amenazaban, se desprendía a vista de ojos la consecuencia de que no había en absoluto otro remedio para hacer frente a tal cúmulo de males que alejar del suelo nacional a los terribles enemigos de la paz y de la prosperidad de la patria. El monarca hubiera podido ordenar, por cierto, que se incoara proceso contra tantos delincuentes y que se les impusiera el merecido correctivo; pero su bondad paternal por una parte, como su convencimiento, por otra, de que el mal radicaba en los dogmas básicos de dicha corporación movieron a su majestad a proceder con medidas de gobierno contra los perturbadores de la paz pública. No quiso castigar la conducta de los particulares, sino defenderse contra los ataques de esta asociación religiosa que tenía el propósito de aniquilar la monarquía.

La idea de reformar a los jesuitas hubiera sido no sólo inútil, sino altamente perniciosa. Pues ¿qué cabía esperar de una reforma, si dicha corporación, incorregible a pesar de su destierro de Francia y Portugal, no sólo no se humilló y corrigió sino que se lanzó a nuevos crímenes? La reforma emprendida en Portugal por encargo del monarca tuvo por secuela el monstruoso atentado contra su persona.

(1) *Consejo extraordinario, 31 de diciembre de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 688.

¿Qué ministro podía aconsejar a su soberano que pusiera en riesgo su preciosa vida durante la reforma? Y ¿qué monarca era capaz de entregar a la rabia jesuítica durante este lapso su seguridad propia y la de su reino? Además, una reforma de esta corporación plenamente perversa equivaldría a su extirpación. Tratándose de los jesuitas es imposible e innecesario hacer diferencia entre culpables e inocentes; y esto no significa que todos los miembros estuvieran iniciados en el secreto del levantamiento; por el contrario, muchos procedieron de buena fe; pero éstos precisamente son los más peligrosos enemigos de la monarquía, puesto que los tales, por gracia de su simplicidad, se dejan manejar abusivamente por sus superiores como instrumentos con la mayor docilidad. ¿No sería una locura sin igual dejar el libre uso de sus manos a un loco furioso por no tener conciencia de su delito? (1)

En virtud de esta acusación del fiscal propuso el Consejo extraordinario la expulsión de los jesuitas, la confiscación de sus bienes, lo mismo que una prohibición terminante de toda correspondencia epistolar con los mismos (2). Para revisar esta resolución se reunió el 20 de febrero de 1767 una junta especial a la cual pertenecían, además de los ministros Roda, Muniain, Musquiz y Grimaldi, el duque de Alba, Masones y el confesor del rey, Osma. Basándose en los hechos aducidos y en las ponderadas razones, así como en consideración a la probidad, experiencia y formación de los miembros del Consejo extraordinario que excluyen toda duda acerca de la solidez, justicia y rectitud de su proceder, llegó la junta especial al resultado de que el rey podía hacer suyo el dictamen de aquél (3).

(1) El memorial redactado por Moñino y corregido por Roda fué enviado a Grimaldi para que lo examinara, el cual lo devolvió el 19 de noviembre de 1769 con la observación: Debuelvo a V. S. el papel que me confió; le he leído, y me parece muy bien, y a proposito para dar una idea general y somaria qual se pide (*Grimaldi a Roda el 19 de noviembre de 1769, *ibid.*, 686).

(2) *Papeles remitidos por la Secretaria de Gracia y Justicia..., *Archivo general central de Madrid*, Estado, 3517. La concerniente «Resolucion» o decreto, *ibid.*

(3) *...estima la Junta, que en virtud de los muchos y diferentes hechos, que se refieren en dicha Consulta, y de los poderosos fundamentos, y urgentes motivos con que afianzan su dictamen los Ministros del Consejo extraordinario... y en la justa satisfaccion, y confianza, que la Junta debe tener de la integridad, practica, y literatura de dichos Ministros para no poder dudar de la solemnidad, justificacion, y arreglo en el procedimiento, y substanciacion de esta causa, puede y debe V. M. conformarse con su sentencia y parecer, y le persuade a la urgencia, y necesidad de esta providencia sobre las razones de justicia la consideracion

Respecto al plan de ejecución formuló la junta siete puntos los cuales significaban, en general, una mitigación del rigor propio de la ley de expulsión; así, por ejemplo, que no fuera castigado como delito de lesa patria toda correspondencia epistolar con los desterrados. Para cercenar de antemano todas las discusiones acerca de los motivos de la expulsión, declare el monarca en el decreto que se reserva en su real pecho las causas de esta providencia, sin entrar a formar juicio sobre el instituto de la Compañía de Jesús, de las costumbres y normas fundamentales de sus miembros, pero añada que sus razones no sólo son justas y apremiantes, sino de tal índole que se ve obligado y constreñido en virtud de ellas a tal medida y que ésta ha sido adoptada tras madura investigación y previo el parecer de sus ministros y de otras personas de relevante carácter (1).

«Basándose en el dictamen del Consejo extraordinario y de otras personas conspicuas, movido por razones de gran peso, consciente de la obligación que le incumbe de conservar la obediencia, tranquilidad y justicia entre su pueblo y por otras causas urgentes, justas y apremiantes que se guardaba en su real pecho», firmó Carlos III el 27 de febrero de 1767 aquel decreto, en virtud del cual a todos los jesuitas que hubieran emitido los primeros votos, lo mismo que a los novicios que no quisieran abandonar la Orden los desterraba de España y de sus posesiones de ultramar y ordenaba la con-

de no haberse hasta ahora dado satisfaccion alguna al decoro de la Majestad, y a la vindicta publica por las graves, y execrables ofensas cometidas en los insultos pasados (Junta mandata formar por V. M. del 20 de febrero de 1767, *ibid.*).

(1) *La primera [advertencia] es relativa a la extension del decreto, que debe publicarse, en cuio asunto se conforma la Junta con el dictamen del Consejo extraordinario en quanto, a que se diga, que S. M. reserva en su real animo los motivos de esta providencia, sin introducirse en el juicio, o examen del Instituto de la Compañía, ni de las costumbres, o maximas de los Jesuitas. Y aunque tambien cree, que se salve con la expresion de la Consulta la justificacion, que debe suponerse de dichos motivos, entiende la Junta, que puede insinuarse con mas viveza haver sido estos non solo justos, y urgentes, sino tales que han obligado, y necesitado sin arbitrio a que se tomase esa providencia... La segunda es tambien relativa al mismo decreto. Cree la Junta por muy conveniente que se dé a entender haver procedido V. M. con acuerdo, examen y consejo. Pero en quanto a la formal expresion con que esto debe explicarse discurre la Junta, sería lo mas propio decir: que ha precedido el mas maduro examen, conocimiento y consulta de Ministros de mi Consejo, y otros sugetos del mas elevado caracter. Y quando V. M. no estimase suficiente esta expresion de Ministros en general, podria decirse a consulta de mi Consejo Real en Consejo extraordinario (Junta del 20 de febrero de 1767, *ibid.*).

fiscación de sus bienes muebles e inmuebles. De la ejecución fué encargado el conde de Aranda, a quien para este fin fueron otorgados plenos y exclusivos poderes. Todos los superiores y prepositos de la Compañía deberían cumplir puntualmente esta disposición so pena de incurrir en la desgracia del rey. En el cumplimiento se había de proceder con el mayor respeto, atención, humanidad y disposición subsidiaria (1).

Los jesuitas no ignoraban, naturalmente, que se estaban realizando procesos secretos y que los malévolos querían a todo trance y con los mayores esfuerzos complicarlos en las revueltas (2); mas por manera singular tenían puesta toda su confianza precisamente en aquellas personas que habían de ser los principales causantes de su ruina: en Aranda y en el monarca (3). Es cierto que Aranda era antiguo discípulo suyo, el cual tenía en la Orden parientes cercanos y cuya morada frecuentaba el jesuita Martínez (4). El mismo Carlos III les había dispensado en los últimos tiempos incluso muestras

(1) Coleccion general de las providencias hasta aqui tomadas por el gobierno sobre el estrañamiento y ocupacion de temporalidades de los Regulares de la Compañía..., I, Madrid, 1767, 1 s. En éste y otros edictos se afirma que el rey adopta la providencia usando de la suprema autoridad económica. Mediante esta expresión se queria evadir todo conflicto sobre competencia con la autoridad eclesiástica, pues los jesuitas, por ser eclesiásticos, dependían del *forum ecclesiasticum*. Ygualmente conviene dar a entender en el [decreto] a los preladados diocesanos, ayuntamientos, cabildos eclesiasticos y demas estamentos, o cuerpos politicos del reyno, que en S. M. se reservan los justos motivos, que mueven su real animo a esta justa providencia: valiendose para ella unicamente de su económica potestad, sin proceder con otros rigores, como padre y protector de sus pueblos (Consulta del 29 de enero de 1767, segunda parte: Papeles remitidos..., *ibid.*).

(2) *Aqui nos muelen los oídos con que en Madrid se hacen secretísimos procesos sobre aquella fatal sublevacion, y que los malignos hacen los maiores esfuerzos para embolver en ella a los Jesuitas. Dios quiera que la calumnia no halle en nuestra corte la acogida que halló en la de Portugal (el P. Cabrera al P. Poyanos, fechada en Roma, 2 de julio de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777). Desde Madrid *escribía el 28 de junio de 1766 el P. De Torres al P. Andrés a Roma, que había oído como estos dias pasados havia una conjuracion formada para probar que los Jesuitas fueron los autores del motin, que es la mayor calumnia (*ibid.*).

(3) *Yo espero mucho de Aranda en bien de la España, y no poco en bien de la Compañía a quien quisieron embolver en el alboroto de Madrid; pero yo espero que el Rey nos hará justicia, y de facto recibió con mucha benignidad al Provincial y sus Padres de Madrid que fueron a congratularse con S. M. sobre la tranquilidad restituida a la España (Cabrera a Poyanos, fechada en Roma el 25 de junio de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777).

(4) *Pallavicini a Torrigiani el 7 de abril de 1766, *ibid.*, Estado, 5044.

de benevolencia. Dos individuos de la Orden, Zacanini y Wedlingen, siguieron como antes en el cargo de preceptores de los infantes hasta la víspera del día de la expulsión (1). Con muestras de excepcional benevolencia había recibido el soberano al provincial y superior local de Madrid con ocasión de presentarle aquéllos su gratulación por el feliz sofocamiento del motín (2). Isidro López, quien el 25 de julio de 1766 hizo llegar al monarca la acostumbrada acción de gracias por la fundación del colegio de Salamanca, estaba tan entusiasmado de la fascinadora amabilidad del mismo que, según escribía, no podían los jesuitas pagar las mercedes del soberano por grande que fuera su esfuerzo (3). Por el mismo tiempo, y a petición de la Real Academia de Ciencias de Londres (4), concedió gustoso Carlos III al renombrado astrónomo Boscovich su real licencia para marchar a California a fin de estudiar el tránsito de Venus (5). En diciembre de 1766 fué otorgado a la casa profesa de Madrid el beneplácito del rey para reunir limosnas (6). El mismo día 11 de enero de 1767 habían zarpado, con aprobación del monarca, cuarenta jesuitas de Cádiz con rumbo a las misiones del Paraguay y de Chile (7).

A pesar de todo, en Madrid y en Roma no podían librarse del recelo de que ciertas gentes trabajaban por prender en España aquel mismo fuego que en Francia había reducido a pavesas la Compa-

(1) Nonell, Pignatelli, I, 150. Il giorno che precedé alla notte della esecuzione, il P. Wedlingen, istruttore de'reali infanti, avea data loro la consueta lezione (Ricci, *Espulsione dalla Spagna, 42).

(2) V. anteriormente, pág. 385, nota 3.

(3) *No le pagaremos lo mucho que nos honra, por mucho que nos esmeremos (a Idáquez el 26 de julio de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777).

(4) *Masserano a Grimaldi, fecha Londres 11 de julio de 1766, *ibid.*, Estado, 6960.

(5) *Grimaldi a Masserano el 28 de julio de 1766, *ibid.* El 11 de mayo de 1767 fué revocado este permiso (*Grimaldi a Masserano, *ibid.*, 6964); más tarde, por temor de espionaje, no se quiso admitir a ningún extranjero (*Masserano a Grimaldi el 11 de diciembre de 1767, *ibid.*, 6965).

(6) *Resolución del Consejo del 14 y 17 de diciembre de 1766, Nunziat. di Spagna, 302, *Archivo secreto pontificio*.

(7) Cf. las cartas jesuíticas: J. de Torres a Andrés el 7 de marzo de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777; *Ignacio J. González a Montes el 14 de marzo de 1767, *ibid.*; *Rafael de Córdova a Montes el 20 de marzo de 1767, *ibid.*; Ricci, *Espulsione, 14; Peramás, *Annus patiens*, Parag., 21, p. 38 ss., *en poder de los jesuitas* (v. más adelante, pág. 396, nota 1). Cuando los cuarenta arribaron a Montevideo el 25 de julio de 1767, les fué anunciado el decreto de expulsión y se les despojó de lo que llevaban. Más tarde fueron transportados a Europa junto con los otros jesuitas (*ibid.*).

ña (1). La observación presentaba ya la realidad manifiesta y digna de reflexión de que los protectores y amigos de la Orden iban siendo removidos paulatinamente o mantenidos a distancia del trato con el monarca (2). El bien informado López escribía el 15 de septiembre de 1766 a Idiáquez: «V. R. queda informado de una vez para siempre de que el designio de muchas gentes es ver a la Compañía tratada y aniquilada lo mismo precisamente que en Portugal y en Francia, y que los tales tratan de llegar al logro de sus intentos por toda suerte de procedimientos. Ya me consta ciertamente que vuestras reverencias son de distinto criterio, pero el deber de mi cargo me obliga a informar de las cosas tal cual yo las veo». Su persuasión era que el rey, dado su amor por la justicia, se pondría de parte de los acusados si se le exponía el verdadero estado del asunto. Para ello no existía más que un camino practicable: la mediación del confesor del monarca, Osma. Por esta razón vea el provincial de señalar a alguno que informe debidamente a aquél. No era él personalmente el indicado para dicho cometido, pues para ello le inutilizaba su amistad con Ensenada (3). Al mismo tiempo, con la partida del general Cevallos comenzó en el Paraguay a resurgir la hostilidad (4). Precisamente el favor con que este último distinguió a los jesuitas aparecía comprometedor para los religiosos de la metrópoli, tanto que con la mayor decisión le disuadieron de llevar consigo como compañero a los dos jesuitas Orbagozo y Carrió con ocasión de su llegada a Madrid, para no exacerbar todavía más los celos de los envidiosos (5).

(1) *Per quel poi che riguarda i sospetti concepiti contro i Gesuiti non per altra ragione si afflige S. S^{ta} se non che per il timore che quel fanatismo che altrove regna contra la Compagnia, si propaghi anche nella Spagna. Non mancano ne pure costà delle persone che accenderebbero lo stesso fuoco che ha consumato in Francia questo Instituto. E quantunque la moderazione del Re, le buone massime della maggior parte de'consiglieri possano rassicurare alquanto l'afflittito animo della S^{ta} Sua, pur non può egli lasciar affatto di temere e abbandonare ogni pensiero di accorrere fin dal principio al pericolo di una minacciata ruina. A tal effetto furono dati a V. S. I. quelli ordini pressanti [12 de junio] (Torrighiani a Pallavicini el 10 de julio de 1766, *Archivo de Simancas*, Estado, 5072).

(2) *P. Poyanos al P. La Mata del 7 de julio de 1766, *ibid.*, Gracia y Justicia, 777. Cf. Nonell, Pignatelli. I, 145 s.

(3) **Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 688.

(4) *P. L. Oros al P. J. Robles el 27 de septiembre de 1766, *ibid.*, 690.

(5) *Copias de cartas de Buenos Ayres de los años de 1765 y 1766 (breve análisis de distintas cartas de jesuitas de la mano de Rodas), *ibid.* El mismo obispo de Buenos Aires, el cual anteriormente tan favorable testimonio había

Los informes del nuncio eran también a propósito para despertar serios temores. El destierro de Madrid del P. López sin indicación de causa o motivo (1), el haber sido condenados los jesuitas al pago del diezmo en los países de misiones con fuerza retroactiva a partir de 1662 (2), y la resolución condenando al colegio imperial a la devolución de los usufructos que le habían cabido por derecho de vecindad en Aranda (3), presagio indudable eran de tormenta. Pallavicini seguía entre tanto acariciando la idea de que el piadoso rey no se desviaría del sendero de la justicia y rectitud y que sin aprobación del Pontífice no tomaría resolución alguna imprevista (4). Durante el transcurso de los meses siguientes le asaltó la preocupación de que algo se tramaba contra la Orden. Por su iniciativa (5) dirigió Clemente XIII a Carlos III una carta concebida en términos cariñosos y paternales (6) por medio de la cual, sin mentar a los jesuitas, pretendía prevenir cualquier desafuero contra ellos. A la prudencia

emitido sobre los jesuitas, los acusó a ellos y a Cevallos en Madrid (14 de septiembre de 1766) de lo cual se trató en el Consejo extraordinario del 5 de febrero de 1767. El fiscal Campomanes afirmó en su discurso que el mayor, o mejor, el único delito de Cevallos había sido el constante enérgico amparo que había prestado a los jesuitas; de no existir este crimen sería el mayor de los héroes (Consejo extraordinario, 5 de febrero de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 690). El proceso perduró todavía hasta 1769. A pesar de todas las acusaciones el victorioso general no perdió ni la pública estima ni su honor y dignidades. (Más *documentos sobre el particular *ibid.*) Sintomático para el carácter de Roda es que éste no se recatara de ridiculizar y hacer sospechoso al bememérito general, *Dicen que [Cevallos] viene hecho un santo, dedicado a la oración, y al retiro, y que nada pretende. Ya sabe Vd. que empezaron los Padres a convertirlo con cien mil cueros que le regalaron, y a ocho pesos, que vale cada uno, son ocho cientos mil pesos (Roda a Azara el 24 de febrero de 1767, *en poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 234, I). La misma insidia había lanzado contra él también Campomanes en su discurso de acusación (Consejo extraordinario del 5 de febrero de 1767, *loco cit.*).

(1) *Pallavicini a Torrigiani el 28 de octubre de 1766, Cifre, Nunziat. di Spagna, 302, *loco cit.* López fué desterrado a Monforte de Lemus (Ferrer del Rio, III, 105; Nonell, Pignatelli, I, 153).

(2) Real Cedula del 4 de diciembre de 1766 (impreso), Nunziat. di Spagna, 302, *loco cit.*; *Pallavicini a Torrigiani el 9 y 16 de diciembre de 1766, Cifre, *ibid.*; *Torrighiani a Pallavicini el 8 de enero de 1767, Registro di cifre, *ibid.*, 433.

(3) *Risoluzione del Consiglio del 3 de diciembre de 1766, *ibid.*, 302; *Pallavicini a Torrigiani el 23 de diciembre de 1766, Cifre, *ibid.*

(4) *Pallavicini a Torrigiani el 28 de octubre, 16 y 23 de diciembre de 1766 y 11 de febrero de 1767, *ibid.*, 302 y 303.

(5) *Pallavicini a Torrigiani el 30 de diciembre de 1766, *Archivo de Simancas*, Estado, 5072.

(6) *el 22 de enero de 1767, Nunziat. di Spagna, 433, *loco cit.*

del nuncio se dejó la elección del momento oportuno para entregarla (1). Una semana más tarde se habían desvanecido los temores del nuncio (2), para reaparecer luego con mayor fuerza y consistencia a principios de febrero. Tenía el sentimiento vago de que se preparaba un golpe contra la Compañía. Los parlamentos franceses y la corte de Lisboa, decía, han procurado avivar el fuego; tan pronto como estalló el motín acusó Pombal a los jesuitas concreta y paladinamente de participación en él. Él personalmente tenía la convicción de haberse demostrado la inocencia de los mismos mediante las investigaciones del fiscal; sin embargo, las gentes en conversaciones particulares y confidenciales propalaban la noticia de ser cosa ya resuelta la supresión de la Compañía en los dominios españoles, lo que no se tardaría en llevar a la práctica (3).

Los rumores se basaban en la realidad. El 1.º de mayo de 1767 fué presentado el decreto de expulsión del 27 de febrero al conde de Aranda (4), quien redactó al punto una instrucción para su realización (5). Dicha instrucción junto con el decreto (6) y una nota circular (7) fueron editadas secretamente en la imprenta de la real Gaceta. Un especial real decreto conminaba a todos los funcionarios a secundar todas las órdenes que Aranda les diera en nombre del soberano, sobre las cuales sólo con el mismo podían sostener correspondencia (8). Con el fin de adormecer a los jesuitas con el espejismo de la seguridad y desviar la opinión pública, los días 4 y 5 de marzo respectivamente, levantó Aranda la prohibición de dar misiones referentes al P. Calatayud y a las provincias Vascongadas (9). Mas

(1) *Torrigiani a Pallavicini el 22 de enero de 1767, Registro di cifre, *ibid.*

(2) *Pallavicini a Torrigiani el 6 y 10 de enero y 17 de febrero de 1767, Cifre, *ibid.*, 303; *Torrigiani a Pallavicini el 29 de enero de 1767, Reg. di cifre, *ibid.*, 433, copia en el *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767.

(3) *Pallavicini a Torrigiani el 3 de febrero de 1767, Cifre, Nunziat. di Spagna, 303, loco cit., copia en el *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767.

(4) Colección general (v. anteriormente, pág. 385, nota 1), I, 2.

(5) *Ibid.*, 6 ss.

(6) *Ibid.*, 1.

(7) *Ibid.*, 3.

(8) *1.º de marzo de 1767, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 2453.

(9) *Aranda al provincial Osorio el 4 de marzo de 1767, Nunziat. di Spagna, 303, loco cit.; *Aranda al conde de Fleigne el 5 de marzo de 1767; *Idiáquez a Ricci el 7 de marzo de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777; *P. Royo a López el 7 de marzo de 1767, *ibid.*; *Pallavicini a Torrigiani el 17 de marzo de 1767, *ibid.*, Estado, 5044.

a pesar de estos esfuerzos por paliar la realidad, los rumores persistían (1). El juicio del nuncio era vacilante, tanto que no podía resolverse a hacer entrega del breve pontificio; sin embargo no dejó de dar a conocer al gobierno que, en asuntos mixtos, era preciso oír también la autoridad eclesiástica (2). En una conversación sostenida con el confesor del rey, de quien esperaba sacar las cosas en claro, recibió tranquilizadoras promesas (3). El 31 de marzo recurrió de nuevo a su primo, el ministro Grimaldi, quien volvió a tranquilizarle (4). Mas la mañana siguiente le fué portadora de la noticia de ser ya un hecho consumado la expulsión.

Aranda, a quien un servicio secreto tenía al corriente de los rumores que circulaban, juzgó peligrosa una mayor dilación. Por esto propuso fijar la ejecución del decreto de expulsión para una ocasión en que el monarca no se hallara en Madrid (5). Carlos III

(1) *Hace unos quantos dias que en la imprenta de la Gazeta se están imprimiendo unos papeles del gobierno con tropa de vista, sin permitir salir a los ofiziales aun para dormir. Sobre su contenido se habla mucho... (un anónimo al P. Abad el 14 de marzo de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777). Cf. *Royo a López el 7 de marzo de 1767, *ibid.* *Quel che mi tiene presentemente in pensiero è la impressione arcana della qual feci parola a V. Eminenza nel ordinario scorso. Si crede terminata, e si vuole, che il giorno in cui finì venisse a riceverla e portarla al Pardo il sig. Roda. Nè con lui, nè col R^{mo} Padre Osma ho avuto opportunità nella settimana scorsa... quel discorso del qual a numero del mio ultimo dispaccio starà V. E. attendendo il ragguaglio... Vorrei potermi persuadere che la materia dell'impressione occulta sia puramente politica, e di Stato, ma confesso a V. E. che non la suppongo tale. Per mia opinione si riferisce ad alcuni ecclesiastici, a quali, non saprei indovinarlo (Pallavicini a Torrigiani el 17 de marzo de 1767, *ibid.*, Estado, 5044). Cf. *Pallavicini a Torrigiani el 10 de marzo de 1767, *ibid.*; *Torrighiani a Pallavicini el 2 de abril de 1767, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit., y *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767.

(2) *Pallavicini a Torrigiani el 10 de marzo de 1767, *ibid.*; *Torrighiani a Pallavicini el 26 de marzo de 1767, Nunziat. di Spagna, 412, loco cit.

(3) *Mi sono abboccato col Padre confessore... Mi parve di ricavarne [de la conversación] una moral sicurezza di che nemen egli, il P. Osma, sapesse qual sia il soggetto della ripetuta impressione... Conobbi di più o parvemi di conoscere che il detto degnissimo Religioso, appunto perchè ne ignorava il soggetto, non sapeva persuadersi che nella medesima siano gli ecclesiastici per trovarsi notabilmente interessati. In fatto non è verisimile che rispetto al corpo delli ecclesiastici in generale o a un de loro rami, si prenda veruna risoluzione ipso inconsulto (Pallavicini a Torrigiani el 24 de marzo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5044). Cf. también *Pallavicini a Torrigiani el 3 de febrero de 1767, *ibid.*, Gracia y Justicia, 767.

(4) Ferrer del Rio, II, 166, n. 1.

(5) *Aranda a Roda el 16 de marzo de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667.

dejó al parecer del presidente el fijar el término definitivo, si bien expresó el deseo de adelantarlo uno o dos días (1). En vista de ello determinó Aranda como plazo definitivo para su ejecución en el reino la noche del 2 al 3 de abril (2) y en Madrid y sus aledaños la noche del 31 de marzo al 1.º de abril (3).

VII

Con fecha del 20 de marzo de 1767 fué dirigida a las autoridades una circular, la cual contenía el precepto de no abrir antes del jueves 2 de abril el adjunto pliego sellado, pero de poner en práctica sin la menor dilación las órdenes en él contenidas. Quedaba absolutamente prohibido dar parte a nadie de la recepción tanto de la nota como del pliego secreto antes del plazo fijado. Toda infracción sería castigada como transgresión del secreto de oficio y negligencia en el servicio del rey (4). Los pliegos sellados contenían sendos ejemplares del decreto de expulsión del 27 de febrero de 1767 (5) y de la instrucción del conde de Aranda (6), en virtud de la cual el funcionario encargado de la ejecución, con el auxilio de las fuerzas militares de la localidad, ocuparía durante la noche todos los accesos de los colegios, y, reunidos todos los jesuitas, les leería el decreto de expulsión y haría una lista con los nombres de todos consignando el grado de cada uno. Inmediatamente procedería a la incautación de los archivos, bibliotecas, cartas, escritos y papeles de negocios así como de todos los capitales y objetos de valor y pondría a recaudo todo el menaje de oro y plata de la iglesia a fin de inventariarlo más tarde. A los novicios había que separarlos de los demás y trasladarlos a casas donde pudieran resolverse con toda libertad por seguir o abandonar a los padres, si bien había que notificarles el carácter irrevocable del destierro y que ellos no percibirían pensión alguna. En el espacio de veinticuatro horas a partir de la notificación de la orden debían salir todos los jesuitas, bajo escolta militar, hacia los lugares de reunión. A cada uno le estaba permitido llevar consigo sus vestidos, ropa blanca, breviario, libros de devoción, tabaco y

(1) *Roda a Aranda el 17 de marzo de 1767, *ibid.*

(2) *Aranda a Roda el 22 de marzo de 1767, *ibid.*

(3) Colección general, I, 5, nota.

(4) *Ibid.*, 3.

(5) *Ibid.*, 1.

(6) *Ibid.*, 6 ss.

chocolate. Los incapacitados para ser trasladados serían reclusos en conventos que no fueran afectos a los jesuitas y allí permanecerían absolutamente incomunicados con los religiosos y del mundo exterior. En las escuelas había que reemplazar al punto a los jesuitas por sacerdotes seculares que no fueran partidarios de la doctrina de aquéllos. Para terminar, se fija en la instrucción, con la mayor precisión, para cada colegio la ruta, el lugar de su primera reunión y el puerto de donde habían de zarpar (1). Una instrucción complementaria otorgaba a los virreyes y gobernadores de las colonias amplios poderes para adoptar todas aquellas providencias que pudieran ser aptas para la captura de los jesuitas misioneros y su traslado al puerto de Santa María en Cádiz. Sus misiones y cargos habían de ser ocupados por sacerdotes tanto seculares como regulares (2).

En virtud de un decreto especial para Madrid, el 31 de marzo, media hora antes de la medianoche debían marchar los alcaldes a los colegios de los jesuitas al frente de una compañía de soldados (3). A las once abandonaron las diversas compañías sus cuarteles y tomaron militarmente las plazas y bocacalles que se hallaban alrededor de las seis moradas de los jesuitas. Al sonar las doce de la noche aporrearón los alcaldes las puertas y por orden del rey demandaron entrada. Reunidos todos los moradores de cada casa, les fué leído el decreto de expulsión. Inmediatamente se les dió orden de recoger los vestidos, ropa blanca, breviario y demás menudencias de uso privado y de tornar al refectorio. Hecho lo cual, se dirigieron a la puerta donde se les obligó a ocupar los coches preparados que les llevaron al puerto de Cartagena. Todo esto se realizó con tal celeridad que dos o tres horas antes de amanecer se hallaban ya fuera de la capital los doscientos jesuitas. Los novicios que optaron por quedarse en España fueron concentrados en el monasterio benedictino de Montserrat hasta tanto que fueran recogidos por sus familiares.

(1) En la misma noche había de realizarse en Madrid el inventario de las iglesias de los jesuitas. Pero el vicario general, a quien Aranda, por carta del 31 de marzo de 1767 (Nunziat. di Spagna, 303, loco cit.), había citado en su casa para las diez y media de la noche, se excusó con la falta de facultades (*Compendio substancial de lo pasado anoche [31 de marzo de 1767], ibid.). El arzobispo le ordenó obedecer, pero informar al nuncio, el cual otorgó las facultades (*Papel de orden dada por el cardenal a su vicario, 1.º de abril de 1767, ibid.; *el cardenal arzobispo de Toledo a Clemente XIII el 4 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777).

(2) Colección general, I, 20 ss.

(3) Ibid., 27 ss.

De semejante manera se desarrolló la cosa en las demás casas del reino. En ninguna parte hallaron el menor asomo de resistencia los funcionarios (1).

El jueves 2 de abril de 1767 publicaba el pregonero ante la puerta del palacio real, entre el redoblar de los tambores y retiñir de las trompetas, la pragmática sanción referente a la expulsión de los jesuitas. Después de repetir el decreto del 27 de febrero expresa el rey ante todo a las demás corporaciones religiosas su confianza, contento y estima de que se habían hecho acreedoras por su lealtad, su sana doctrina y su ejemplar disciplina, su celo por los estudios y por su abstención en las cuestiones políticas. A todos los obispos, cabildos y corporaciones políticas se notifica que los justos y graves motivos que habían constreñido al monarca a adoptar sus medidas quedaban reservados en su real pecho, haciendo uso exclusivamente, por su real bondad, del supremo poder de gobierno que de Dios había recibido. Todos los bienes de los jesuitas serían reunidos en una masa global, de la cual se atendería a las cargas y fundaciones según la voluntad de los fundadores, y recibirían el sustento de por vida los desterrados. Los sacerdotes percibirían cien pesos anuales y los legos noventa, de lo cual quedaban exceptuados los extranjeros y los novicios. La pensión sería distribuida por semestres. Todos los jesuitas sin distinción debían salir del territorio, y todo aquel que abandonara los Estados pontificios adonde eran desterrados, o de palabra, por escrito y obra diera motivo de queja sería privado de la subvención. Caso que, contra lo que era de esperar, alguno con anuencia o permiso de la Orden, bajo pretexto de defensa o apología escribiera contra esta providencia o de algún modo perjudicara la paz del reino, se privará a todos los expulsados de dicha pensión. Sobre el modo de aplicar los bienes de los jesuitas a fines píos se dictarán disposiciones tras de conferir con los preladados. Bajo severas penas se prohíbe a los expulsos regresar a España, ni siquiera en el supuesto de que abandonaren la Orden; caso que recabaran real beneplácito para tornar a ella no podrán enseñar, ni predicar; deberán hacer el juramento de fidelidad y dar palabra de no comunicarse mediata ni inmediatamente con el general ni con

(1) Rousseau, I, 222 s.; Isla, Memorial, 11 ss.; Colección de los artículos de La Esperanza sobre la historia del reinado de Carlos III, escrita por D. A. Ferrer del Río², Madrid, 1859, 157 s.; Galerani-Madariaga, 196 ss.; Month, IC (1902), 645 ss.

miembro alguno de la Compañía. A ningún súbdito le será permitido solicitar del general de la Orden la carta de hermandad (1); y aquellos que ya la tengan la entregarán a las autoridades, de lo contrario serán castigados como reos de lesa patria. A nadie está permitido sostener comunicación con los expulsos. Asimismo se prohíbe bajo pena de delito de lesa majestad escribir o hablar bajo cualquier pretexto en pro o en contra de esta providencia, lo mismo que imprimir libros sobre ella sin licencia del rey, pues no atañe a los particulares criticar o interpretar los preceptos del soberano (2).

Idénticas disposiciones que las dadas para la metrópoli fueron expedidas el 6 de marzo de 1767 para las colonias de Sudamérica y Filipinas (3). En una instrucción complementaria, fechada el 1.º de marzo de 1767, transfería el presidente del Consejo extraordinario a los virreyes, gobernadores y presidentes de ultramar todos los poderes que él gozaba, con orden de remitir a todos los misioneros al puerto de Santa María, de Cádiz, donde se les comunicarían las ulteriores concernientes órdenes. La administración temporal de los distritos misionales había que confiarla por el momento a varones de probada honradez. La cura de almas de las misiones, las cuales quedaban sometidas para lo futuro a la jurisdicción de los obispos, correría a cargo de sacerdotes seculares o de otros religiosos. Los misioneros residentes en apartadas regiones serían llamados por el provincial competente o su representante sin más indicación de motivos. Para evitar que el provincial dé ocasión bajo mano a dilaciones hay que efectuar ante todo la detención de los jesuitas en los colegios, a fin de que los misioneros que se hallen entre los paganos secunden con tanto mayor presteza las órdenes al verse privados de este sostén y apoyo. Los funcionarios encargados de la ejecución dispensarán a los misioneros, de quienes se espera pronta sumisión, un trato respetuoso y digno, sin olvidar las reglas que dicta la prudencia: sólo en caso necesario se apelará al empleo de la fuerza (4).

Los decretos de expulsión para ultramar iban expedidos prime-

(1) Carta de hermandad. *Communicatio bonorum spiritualium*.

(2) Colección general, I, 36 ss.

(3) *Aranda a Roda el 16 y 22 de marzo de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667; *Roda a Azara el 7 de abril de 1767, *en poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 234, I. Sólo era cuestión de forma cuando estas decisiones fueron comunicadas al Tribunal de las Indias, el 5 de abril de 1767, para que las confirmara. Danvila y Collado, III, 138.

(4) Colección general, I, 20 ss.

ramente al gobernador de Buenos Aires, ciudad que se había considerado como la llave para toda la América española. Cargo tan importante lo desempeñaba entonces el teniente general Francisco de Paula Bucareli y Ursua. El 7 de junio de 1767 llegaron a sus manos los decretos de expulsión a los que acompañaba la orden de cursarlos al gobernador de Chile, al presidente de la Audiencia de Charcas y al virrey del Perú (1).

Bucareli no había disimulado jamás su aversión contra la Compañía de Jesús; su alto cargo lo debía, al menos en parte, al decidido empeño del gabinete de Madrid por limpiar todos los cargos influyentes de «terciarios jesuitas y proveerlos con partidarios de las nuevas corrientes». Lo mismo que si se tratase de peligrosos rebeldes, desplegó Bucareli, con motivo de la expulsión de los jesuitas, un alarde de fuerza militar, que resultó absolutamente superfluo, y que en caso extremo hubiera sido insuficiente. En Buenos Aires, la noche del 2 al 3 de julio se emplearon las fuerzas del ejército en acordonar las moradas de los jesuitas. Reunidos los religiosos, les fué comunicada la expulsión; se prohibió a los moradores de la ciudad bajo severas penas toda comunicación con ellos, como cualquier crítica de la real providencia, lo mismo que encubrir bienes de los jesuitas (2). Enorme fué la consternación de la población cuando al romper el día se enteraron de la prisión de sus padres espirituales. A ocho ciudadanos que osaron expresar con vehemencia su compasión les alcanzó el castigo de un prolongado destierro. Otros cinco que debieron manifestar su confianza de que los expulsados no pasarían tres años sin tornar o a quienes se les creyó complicados en la publicación de folletos satíricos y difamantes contra el gobierno, corrieron más tarde la misma suerte. Un ciudadano se salvó de la mano del verdugo gracias únicamente a la intercesión del prelado (3). También se recurrió al empleo de la fuerza militar el 6 de julio de 1767 para proceder contra los cuatro jesuitas de la pequeña residencia de Montevideo (4).

(1) Hernández, *Extrañamiento*, 38 ss.; Danvila y Collado, III, 138 s.

(2) Bando de Bucareli sobre el extrañamiento a 3 de Julio de 1767, en Hernández, 356 ss. Saint-Priest (44), Huber (421), Böhmer (158) afirman erróneamente que la expulsión de los jesuitas tuvo lugar el mismo día y a la misma hora en todos los dominios españoles.

(3) Hernández, 58 ss.; Danvila y Collado, III, 138 ss.

(4) Carlos Ferrés, *Epoca colonial, La Comp. de Jesús en Montevideo, Barcelona*, 1919, 79 ss.; Hernández, 74.

De forma singularmente dramática se desarrolló la prisión en el gran colegio de Córdoba de la provincia de Tucumán. En la madrugada del domingo 12 de julio, entre tres y cuatro de la mañana, apareció un individuo en la puerta pretextando que quería llamar a un sacerdote para un moribundo. Apenas fué abierta la puerta irrumpió gente armada en el interior del edificio, mandaron que se levantara el rector y que reuniera a sus súbditos en el refectorio donde les fué leída la orden del rey. Les fué denegada la súplica que hicieron de que se les permitiera oír la santa misa por ser domingo. En las demás residencias de la ciudad se procedió de semejante manera (1). En la noche del 22 de julio fueron cargados en vehículos los presos y el 18 de agosto, en el golfo de Barragán, trasladados a un barco que se hizo a la vela el 29 de septiembre. Durante el viaje hasta llegar al puerto no recibieron por día más que una comida y ésta mezquina.

En Santa Fe se desarrollaron las mismas escenas: también allí se recurrió al acordonamiento del colegio el 16 de julio de 1767 a las cuatro de la madrugada; vino luego el aviso al rector de que un enfermo solicitaba su auxilio, siguióse a continuación la encerrona de los religiosos en el refectorio hasta tanto no quedaban desalojados los aposentos, y al mediodía se les condujo fuera de la ciudad sin permitirles despedirse de nadie (2).

El 26 de julio de 1767 arribaba a Montevideo una multitud de jesuitas que iban destinados a las misiones de Sudamérica. El gobernador se dirigió al punto con gente armada a bordo y les notificó que tenían que regresar a España (3).

Terminada la evacuación de los colegios se dió comienzo a la detención de los misioneros de los indios. Si la conducción de los jesuitas del Gran Chaco a Buenos Aires transecurrió de forma regularmente soportable (4), en cambio el viaje de los misioneros de los Chiquitos constituyó un camino de amarguras. El capitán Martínez

(1) Hernández, 77 ss.; Peramás, *Annus patiens s. Ephemerides, quibus continetur iter annuum Iesuitarum, qui Corduba Tucumanae egressi sunt, iussu a Rege Catholico Carolo III regno excedere et in Corsicam navigare a. 1767*, en *Letters and Notices*, X-XII, Roehampton, 1875-1879 (Revista privada), traducción en Patignani-Boero, *Menologio*, II, Roma, 1859, 547 ss., extracto en Carayon, XVI, 183 ss.

(2) Hernández, 75 ss.; Bringmann, P. Florian Baucke, Freiburg, 1908, 118.

(3) Ferrés, 84 s.; Hernández, 105 ss.

(4) Bringmann, 119 ss.

ocupó desde Santa Cruz las diez reducciones del territorio. Pareciendo excesivamente largo el trayecto hasta Buenos Aires se condujo a los misioneros a Portobello, sito en la costa del Perú. Tres ancianos que eran demasiado débiles para atravesar a caballo las abruptas cordilleras fueron transportados en hamacas por indios y perecieron durante la travesía. Los restantes arribaron a Italia después de tres años de odisea; en Cartagena hubieron de esperar seis meses y doce en el Puerto de Santa María (1).

Después de recibidos los reales decretos transcurrió más de un año antes de que Bucareli se dispusiera a hacer llegar sus órdenes a los ochenta padres y hermanos que residían en el Paraguay (2). Primeramente se dió orden al superior de la misión Balda para que enviara a los corregidores y caciques mayores de las treinta reducciones a Buenos Aires, donde fueron retenidos un año entero en calidad de rehenes por la sumisión de sus compañeros de tribu (3), pues ante las noticias de los sucesos ocurridos en las ciudades surgió una considerable efervescencia entre los guaraníes. Que la cosa no degenerara en una sublevación se debió únicamente a la actuación de los jesuitas; el provincial ordenó a todos los misioneros que en sermones y conversaciones persuadieran a los conversos a la obediencia (4). Repetidas veces se dirigió el superior de la misión al gobernador suplicándole realizara lo antes posible el cambio, pues los indios se hallaban por el momento sosegados y de verse obligados a aguardar largo tiempo podría trocarse su sentir y estado de ánimo (5). Pero hasta el 24 de mayo de 1768 no partió Bucareli de Buenos Aires con una escolta de trescientos hombres. A mediados de junio mandó que dos oficiales publicasen la orden de expulsión en la estación fronteriza. El 15 de julio desde las inmediaciones de la estación de Yapeyu envió un funcionario a la reducción para que pusiera por obra la orden del rey. Con asombro de los comisarios se sometieron todos sin replicarle (6); el 22 de agosto de 1768 ya no existían jesuitas en el vasto dominio del Paraguay, excepción

(1) Hernández, 162 ss.

(2) Para lo siguiente cf. Peramás, *De vita et moribus sex sacerdotum Paraguaycorum, Faventiae*, 1791; Moussy, 22 ss.; Hernández, 184 ss.; el mismo, *Organización social*, I, 32 ss.; Danvila y Collado, III, 141 ss.; Fassbinder, 142 ss.

(3) Peramás, 39, n. xcvi.

(4) *Ibid.*, n. xcvi.

(5) *Ibid.*, 40, n. ci.

(6) Hernández, 208 ss.

hecha de un decrepito anciano, el cual, próximo a la muerte, permaneció custodiado en Pueblo de Apóstoles (1). Bucareli (2) y Latorre (3) habían remitido a Madrid informes con violentas quejas contra los jesuitas; pero aquéllas quedaron desvanecidas desde el momento en que, gracias precisamente al influjo de los misioneros ya no se habló más de una resistencia por parte de los guaraníes, a no ser la ingenua súplica que los indios de San Luis dirigieron al gobernador para que les fueran devueltos sus párrocos, gracia por la cual ellos le prestarían trabajo doble y más elevado tributo (4).

De idéntica manera se realizó la expulsión en las restantes posesiones españolas. A Chile llegó el mensajero de Bucareli, portador del decreto de expulsión, el 7 de agosto de 1767, a la ciudad de Santiago; la noche del 25 de agosto fueron cercadas las tres casas de los jesuitas y a las tres de la madrugada se notificó la expulsión. Acompañados del sentimiento y pesar de la población abandonaron la capital los jesuitas el 22 de octubre (5). De igual modo se procedió en las restantes ciudades. En los colegios de la provincia de Quito duró del 2 de agosto hasta el 6 de septiembre de 1767 la ejecución de los decretos (6). En la misión de los mainas del Marañón español no se presentó hasta fines de abril de 1768 el real comisario encargado de dar cumplimiento a la expulsión, en compañía de algunos sacerdotes que habían de reemplazar a los jesuitas (7). El virrey del Perú, Manuel de Amat y Junyent no dió cima a su misión hasta el 9 de septiembre de 1767 (8); el de Méjico, marqués de Croix, reci-

(1) Ibid., 219 s.; Huonder, 66, 79 ss., 140.

(2) A Aranda el 4 y 6 de septiembre de 1767, 25 de julio y 1.º y 14 de octubre de 1768, en Brabo, Colección de documentos relativos a la expulsión de los jesuitas de la República Argentina y del Paraguay, Madrid, 1782.

(3) *A Carlos III el 9 de agosto de 1767, *Archivo secreto pontificio*, Fondo gesuitico, 50 (Collezione Theiner); *carta pastoral del obispo de Tucumán del 16 de agosto de 1767, en *poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 230; a Aranda el 5 de septiembre de 1767, en Brabo.

(4) El 28 de febrero de 1768, en Hernández, 364 ss., la traducción en el *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 690; Monussy, 23 s.

(5) *Peter Weingartner al provincial José Erhard el 23 de enero de 1770, *Archivo de la provincia alemana S. J.*, VIII A 3, la traducción en Carayon, XVI, 307 ss. Cf. Enrich, Historia de la Comp. de Jesús en Chile, II, Barcelona, 1891, 305 ss.; Danvila y Collado, III, 144 ss.

(6) Heredia, La antigua provincia de Quito de la Comp. de Jesús, 1566-1767, Riobamba, 1924, 31.

(7) Chantre y Herrera, Hist. de las Misiones de la Comp. de Jesús en el Marañón español, 1637-1767, Madrid, 1901, 669 ss.

(8) Zarandona-Cappa, Hist. de la extinción y restablecimiento de la

bió los decretos de extradición el 30 de mayo de 1767 y los llevó a la práctica la noche del 24 de junio (1). El 30 de noviembre de 1767 el nuevo gobernador Gaspar Portola llegó a California y desde el puerto de San José, donde tomó tierra, prosiguió el viaje acompañado de cincuenta soldados, recorriendo las ciento cincuenta millas hasta llegar a la primera estación, la de Loreto, donde el 26 de diciembre notificó su misión al requerido visitador Benno Ducrue; el 5 de febrero de 1768 partieron los dieciséis jesuitas (2).

En ninguna de estas regiones tropezó con la menor resistencia la tarea de la expulsión de los jesuitas. La única excepción se dió en Méjico. A juzgar por el tenor del informe del virrey, la expulsión se desarrolló también allí en medio de toda tranquilidad; según él había que atribuirlo todo a una especial protección del cielo, ya que apenas se podía hallar en todo el país persona alguna que no sintiera una ciega predilección por los jesuitas. Habiéndose sometido los desterrados con toda obediencia a la orden del rey, la había dado él de tratarlos con respeto y consideración. En las ciudades mineras de San Luis de Potosí y San Luis de Paz fué únicamente donde los comisarios tropezaron con repugnancia. Sin embargo, las sediciones de aquellos mineros habían sido provocadas por causas muy otras que el amor a los jesuitas y a la religión, es a saber: el descontento por la exacción de crecidos impuestos (3). De otro tenor es la exposición que envió al padre general el rector del colegio de Potosí; según ella en la ciudad y sus aledaños se habían producido en los últimos tiempos, y a consecuencia de los agobiantes tributos, frecuentes tumultos, por apaciguar los cuales los padres habían intervenido con éxito repetidas veces. A la noticia de la expulsión de la Compañía de Jesús estalló de nuevo el fuego que estaba latente bajo las cenizas. Inútiles fueron todos los intentos por apaciguar a la multitud que se oponía violenta y rudamente a que fueran sacados los jesuitas, tanto que el comandante hizo regresar a su colegio a los

Comp. de Jesús, II, Madrid, 1890, 149; Herrn Wolfgang Bayers, *chemaligen amerikanischen Glaubenspredigers der Gesellschaft Jesu, Reise nach Peru*. Escrito por él mismo, en Murr, *Journal*, III, 31 ss.

(1) Danvila y Collado, III, 149 ss.; Cuevas, IV, 412 ss.

(2) Ducrue, *Relatio expulsionis Soc. Iesu ex provincia Mexicana et maxime e California a. 1767*, en Murr, *Journal*, XII, 217 ss.; Baegert, *Nachrichten von der amerikanischen Halbinsel California*, Mannheim, 1771-1773.

(3) *Croix a Aranda el 6 y 7 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5062; *Noticias de Mexico, 26 de julio de 1767, *ibid.*, Gracia y Justicia, 690.

expulsados. Hasta después de transcurrido un mes no se presentaron dos mil hombres de tropas regulares, con apoyo de los cuales se llevó al cabo la expulsión. Contra los revoltosos se instituyó un horrendo tribunal: el visitador Gálvez mandó encarcelar unas quinientas personas entre hombres y mujeres, muchos de los cuales fueron ajusticiados en la plaza pública y otros desterrados a la Habana y Veracruz (1). A pesar de estas medidas draconianas no disminuía en el territorio el partido favorable a los expulsados. En una carta de queja dirigida al marqués de Croix aseguraba el arzobispo de México (2) que el pueblo y muchas religiosas tenían por herejes y excomulgados a los obispos, lo mismo que a todos los que habían cooperado a la expulsión. A Madrid llegaron quejas contra la lenidad de la Inquisición mejicana que dejaba circular impunemente multitud de libelos repletos de infamias contra la autoridad civil y religiosa (3). Por decreto del 26 de noviembre de 1767 declaró el virrey a todos los autores y difusores de libelos incurso en el delito de lesa majestad y la Inquisición de España publicó un edicto en igual sentido.

En las Indias orientales no suscitó tampoco la expulsión de los jesuitas ninguna clase de complicaciones (4). Se formuló una acusación contra el gobernador Naón y otros por desidia en la ejecución de los reales decretos (5), pero luego se demostró que no existía fundamento. El sucesor de Naón, que había fallecido entre tanto, fué obligado a revocar la sentencia dada contra él y condenado a una multa de seis mil pesos (6).

El gobierno no tomó en consideración las inicuas vejaciones y privaciones de que fueron objeto los desterrados durante la travesía camino de la patria, a pesar de haber mandado que se les tratara con todo respeto (7). Pero es lo cierto que muchos de los funcionarios ejecutores procuraron enriquecerse restringiendo la alimentación precisa de los expulsos, a quienes no llegaba apenas lo más indis-

(1) Ricci, *Espulsione, n. 142; Sentencia pronunciada y executada por Gálvez en San Luis de la Paz y Potosí, del 18 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 690, el texto en Cuevas, IV, 447 s.; *Consejo extraordinario, 8 de febrero de 1768, *Archivo de Simancas*, loco cit.

(2) *24 de noviembre de 1767, *ibid.*

(3) *El virrey al inquisidor el 24 de noviembre de 1767, *ibid.*; *el inquisidor al virrey el 25 de noviembre de 1767, *ibid.*

(4) *Carlos III a Tanucci el 20 de junio de 1769, *ibid.*, Estado, 6060.

(5) *20 de julio de 1769, *ibid.*, Gracia y Justicia, 691.

(6) Danvila y Collado, III, 158 s.

(7) V. anteriormente, pág. 398.

pensable. Así se explica que durante la travesía desde ultramar hasta Córcega murieran setenta y ocho jesuitas y que el estado de los enfermos fuera lastimoso sobre toda ponderación (1). En total debieron encontrar la muerte en alta mar unos quinientos de ellos (2).

VIII

Mientras en ultramar se iba desenvolviendo poco a poco la extradición, habían ido trocándose lentamente en la metrópoli las circunstancias. La pragmática sanción fué enviada, como en ella se prevenía, en los primeros días de abril a todos los obispos, cabildos y altos superiores religiosos, con la instancia de que hicieran a sus respectivos súbditos las concernientes amonestaciones, y de informar luego al Consejo de Castilla de haberlo llevado a la práctica (3). Todos los prelados y autoridades religiosas prometieron en nombre propio y de sus clérigos fidelidad y obediencia a la real pragmática (4); sólo el cardenal arzobispo de Toledo (5) osó consignar una tímida reserva mediante la fórmula: en cuanto por ello no sufra menoscabo la libertad y la inmunidad de la Iglesia.

Además de estas cartas, que más bien tenían el carácter de un acuse de recibo, existen también otras de nueve obispos en las cuales, entre encomiásticos elogios al gobierno, se da rienda suelta a las expresiones de júbilo ante la expulsión de los jesuitas y se desatan los autores en violentas recriminaciones contra la doctrina, métodos pedagógicos, avaricia y hambre de poderío de la Orden, razón por la cual se había hecho perjudicial para la Iglesia de Dios (6). La clave

(1) *Manuel Ignacio de Alva a Cornejo el 6 de octubre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5058.

(2) Hernández, 219. El número es exagerado sin duda. Sobre los sufrimientos de los ahorrados en las cárceles españolas y portuguesas cf. Duhr, *Geschichte*, IV, 2, 536 ss.; Enrich, II, 326 ss., 338 ss.; Cuevas, IV, 418 ss.; Chantre y Herrera, 692 ss.

(3) Notificaciones a los arzobispos, obispos, etc., del 2, 3 y 4 de abril de 1767, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 3513.

(4) La *contestación *ibid.*

(5) A Igareda el 23 de abril de 1767, *ibid.* Cf. *Torrighiani a Vincenti el 28 de mayo de 1767, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.

(6) *V. I. se halla bien instruido del empeño con que los Jesuitas han defendido el probabilismo con todas sus consecuencias, sin excluir las mas barbaras e inhumanas, y de las crueles persecuciones que han movido a los prelados y doctores, que se han opuesto a sus máximas abominables, y así no estrañará que un obispo, que por su oficio es depositario de la doctrina, y centinela

para entender y apreciar estas acusaciones nos la ofrece la carta de un anónimo, con fecha 14 de febrero de 1767, dirigida al obispo de Barcelona (1), en la cual se insta abiertamente al prelado para que presente al rey una moción contra los jesuitas. Opina el autor que en ella no había que aducir nada que no estuviera ya expresado por Palafox en su carta dirigida a Inocencio X, es a saber, que los jesuitas fueron siempre los mismos, es decir, siempre malvados, que la Compañía es una sociedad la cual en virtud de sus constituciones es perjudicial a la religión, nefasta para el Estado y *esencialmente* incorregible. Las pruebas de esto son irrefutables. Creo que V. E., continúa, está plenamente persuadido de que la extinción de dicha institución, aun cuando no fuera absolutamente necesaria, como en realidad de verdad lo es, por lo menos sería de grande utilidad para el bien de la religión, para elevar la disciplina eclesiástica, para la renovación de muchas universidades, para la reforma de la doctrina y de las costumbres y por fin para la salud de las almas y paz de los pueblos. ¿No será un estricto deber de los prelados elevar esta demanda? Mas ni Atanasio ni Palafox encontraron entre sus colegas episcopales quienes les secundasen. Con su vergonzoso silencio han fomentado los prelados la malicia de esta perversa Sociedad. Sin embargo no han faltado pastores que se han alzado contra los abusos de la Compañía. El último concilio de Utrecht es un testimonio de primera categoría y una prueba aplastante de la relajación de dicha Sociedad. No hay que guiarse por lo que otros hacen, sino por lo que tendrían que haber realizado. En España se ha tomado un camino diferente que en Francia: el de la investigación secreta. En el momento en que el rey haya reconocido como justificada la extinción de la Orden en sus dominios, dará él el golpe decisivo como

para que no se introduzcan en el pueblo errores contrarios a la pureza de la fe, o a la regla de nuestras costumbres, levante las manos al cielo, alabe a Dios, y bendiga sus misericordias, como lo egecutó, por que en estos tiempos resucitó un rey santo, que con el mas sabio y prudente consejo halló el modo mas justo de librar su pueblo de tantos males, etc. (el obispo de Ávila a Roda el 25 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 688). Las *cartas de los otros ocho obispos (31 de marzo a 2 de julio de 1767) al rey, a Roda, a Campomanes, etc., *ibid.* *Los mas de los obispos de España han respondido celebrando la providencia y han empezado a publicar encíclicas y pastorales para su observancia. Los superiores de las religiones hacen lo mismo. Los pocos terciarios que hai callan y obedecen (Roda a Azara el 28 de abril de 1767, *en poder de los jesuitas*, *Hist. Soc.*, 234, I).

(1) **Archivo de Simancas*, Estado, 5044.

supremo señor de su país, sin pedir consejo a los obispos. Me expresaré más claramente. De las actas procesales se desprende que algunos jesuitas fueron causantes del motín; mas no está determinado que toda la Sociedad sea culpable o lo haya fomentado. Es verdad que no se puede achacar a toda la corporación la conducta de un individuo particular, pero sí se habrá hecho toda la Compañía merecedora del castigo, si, prescindiendo de las pruebas basadas en indicios, no muy sólidos por cierto, se toma en consideración el daño que esta Orden ha causado ya en el mundo y sigue haciendo todavía. Sin ella se verían libres los Estados y la religión de todos los inconvenientes y perjuicios de que es causa. Para complemento de la obra, ya muy adelantada, del ministro, contribuiría en alto grado que el monarca oyera de labios de los obispos lo mismo que ha escuchado de los ministros, mayormente estando el soberano plenamente propicio a seguir el ejemplo de sus dos vecinos. En Portugal fueron convictos los jesuitas del regicidio. ¿No basta este maldito atentado para adoptar medidas preventivas en favor de nuestro monarca? ¿No nos lanzaremos nosotros contra esta peste de la religión y del Estado antes de que se haya perpetrado un atentado contra nuestro soberano, objeto de nuestro cariño? En realidad el procedimiento natural es que la corte solicite espontáneamente el apoyo de algunos obispos. En el seno del más absoluto secreto me atrevo a decir que se está tramitando la expulsión. Pero, con la misma reserva, desea la corte que los obispos de su confianza se dirijan al monarca suplicándole se digne poner remedio a los males que han sido perpetrados contra la religión por dicha sociedad, de la cual ya siente el rey plena desconfianza y desea alejarla de sus dominios.

Como a principios de mayo de 1767 escribía el obispo de Salamanca al canónigo Pérez Bayer, amigo de Roda, hacía ya tres meses que había recibido la sugerencia hecha por un colega prelado para que se uniera a los obispos de Barcelona, Sigüenza, Ávila, Tarazona, Valencia y otros partidarios de la misma escuela para solicitar del rey colectivamente la expulsión de la Compañía de Jesús. A sus escrúpulos de que un paso de esta índole podría colocarlos en una situación desfavorable para con la Santa Sede, le fué replicado que no se pedía a los obispos que actuasen como autores de la proyectada y ya adoptada resolución, sino que ellos no tenían más que reconocerla como justa, importante y necesaria para la conservación de la tranquilidad y paz tanto en la metrópoli como en las colonias. Que no

era tan doctrino en la historia eclesiástica y de la Orden para que no pudiera aducir múltiples razones teológicas de las cuales resplandeciera la utilidad y necesidad de la expulsión y hasta de la extinción de la Compañía de Jesús. Hacía años que ya había reconocido cómo su moral era tan laxa y hasta perversa, que incluso el mismo Alcorán enrojecería de vergüenza comparado con ella. Varones eruditos, llenos de celo y virtudes, habían atacado ya el nombre de la Orden. Mancillada su fama no tenía ya objeto su existencia en un reino ni en la Iglesia universal. También habían sido suprimidos los templarios y humillados sin proceso judicial. Por fortuna no tenía que temer el reproche de inconsecuente, dado que nada había escrito anteriormente a Roma en defensa de la Compañía (1).

Igualmente que los prelados, también no pocos superiores religiosos escribieron circulares a sus súbditos ordenándoles la más escrupulosa observancia de las prescripciones contenidas en la pragmática sanción (2). Mientras algunos se ceñían a una simple amonestación, avanzaron otros mucho más lejos ensalzando las medidas adoptadas contra los jesuitas, contra cuya doctrina esgrimían toda suerte de inectivas (3). Cuanto mayor fué la complacencia que esta suerte de circulares hallaron en los ministros (4), tanto menor consideración despertaron en el elemento religioso. «Campomanes, así escribía el auditor Vincenti el 12 de mayo de 1767 a Torrigiani, considera las

(1) *Havrà como tres meses, que un sujeto de mi caracter me manifestó el pensamiento, que ahora se ha puesto en execucion, añadiendo, que para authorizar la resolucion se solicitaria, que algunos obispos la pidiesen y motivasen, contando entre ellos al de Barcelona, Sigüenza, Avila, Tarazona, auxiliar de Valencia, Salamanca y otros de la escuela de los referidos. Como algunos obispos hallaron en ello algunos inconvenientes, y temieron que semejante peticion los havia de poner en descubierto, y de mala fe con la Silla Apostolica, me escribió el mismo sujeto, que ya no se pretendia que los obispos fuesen los autores de la resolucion que se meditava, y que esta estava tomada, bien que con el deseo y designio de que los obispos la calificasen de justificada, de importantisima, y aun necesaria para mantener la paz y tranquilidad de los reynos de uno y otro mundo... ([5 de mayo de 1767], *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 688).

(2) Las *contestaciones de los superiores religiosos al gobierno en el *Archivo general central de Madrid*, Estado, 3513. Una serie de estas circulares (impreso) en Nunziat. di Spagna, 303 y 304, loco cit.

(3) *Torrighiani a Vincenti el 28 de mayo de 1767, Registro di cifre, ibid., 433.

(4) *Ai va otra enciclica de los Geronimos. Torrigiani rabiara de ver como se explican acá los Frailes y los Obispos (Roda a Azara el 18 de mayo de 1767, en *poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 234, I). Cf. también la *carta de Rodas del 28 de abril de 1767, ibid.

sociedades religiosas a manera de fuerte brazo, pero ha declarado que ya se cuidará él de debilitarlo sembrando la discordia entre ellos, para lo cual ellos mismos le proporcionan los medios. Brazo robusto al servicio de la Iglesia podrían y deberían ciertamente ser; pero de las adjuntas circulares que se han visto movidos a entregar, puede V. E. deducir cuán poco se puede esperar de ellos en los presentes tiempos, dado que tan ligeramente se acomodan a seguir y defender aquella misma doctrina (de la *potestas oeconomica*) que ellos mismos en otras ocasiones han reprobado.» (1) Algunos religiosos aislados se creyeron en el caso de no poder dejar pasar la ocasión favorable que se les brindaba para abrir amplio cauce a su aversión contra los caídos rivales; en libros y folletos defendieron las medidas del poderoso, sin que por excepción falten los escarceos en diatribas contra la doctrina y la conducta de los jesuitas (2).

Entre los adversarios de la Compañía produjo el magno acontecimiento transportes de júbilo, fáciles de comprender, pues a fe que se veían llegados a la meta de sus anhelos por tanto tiempo acariciados. En tono socarrón escribía Roda a Azara, residente en Roma: «Desde el miércoles hasta el viernes fué practicada en toda España la operación cesárea. A partir del 6 de marzo partieron idénticas órdenes a toda la India, de suerte que dentro de poco os podremos ofrecer el rico presente de un medio millón de jesuitas (!), pues las costas del viaje y sustento de por vida corren a nuestra cuenta» (3). Una semana después se regodeaba nuevamente Roda con el fausto suceso de la «operación cesárea» e informaba que los jesuitas se hallaban ya de camino hacia los puertos «desde los cuales os remitiremos tan excelente mercancía» (4).

Tanucci, a quien Roda había puesto también en autos del venturoso acontecimiento, salió de sí en transportes de júbilo. Él personalmente, decía, por más que Roda quisiera atribuirle parte del

(1) *Cifre, Nunziat. di Spagna, 303, loco cit., y *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767.

(2) *Dé Vd al P. Lutre gracias por los libritos que me ha embiado sobre la doctrina de Pallavicino. Yo haré que se traduzca, e imprima esta obra que es muy útil (Roda a Azara el 12 de mayo de 1767, en *poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 234, I). Cf. *Roda a Azara el 18 de mayo de 1767, *ibid.* Un real edicto del 23 de mayo de 1767 (impreso, Nunziat. di Spagna, 304, loco cit.) aprueba y recomienda el libro de un dominico contra la doctrina del Probabilismo, del regicidio y del tiranicidio.

(3) *Roda a Azara el 7 de abril de 1767, en *poder de los jesuitas*, loco cit.

(4) *Roda a Azara el 14 de abril de 1767, *ibid.*

mérito, no había hecho mucho más que sacar de vez en cuando, en presencia del rey, la conversación sobre los dogmas y la conducta de los jesuitas. Los sucesos de marzo se los atribuyó desde el primer momento y de ellos informó cuanto y a quien pudo sin omitir la aportación de razones y ejemplos. En el motín de Madrid hubo plan y sistema; mas no fué visto ni un grande, ni un militar, ni un jefe de partido, ni una alianza, ni hubo reunión alguna; luego ¡he ahí las confesiones!, luego ¡ahí están las visitas a distinguidas damas e influyentes matronas! Además saltaba a la vista la firmeza y tenacidad y unidad en toda la variedad de revueltas: luego no pudieron ser franciscanos, dominicos, carmelitas u otros cualesquiera religiosos (éstos no intrigan, a lo sumo lanzan sus denuestos alguna vez contra el gobierno), pero sí, a no dudarlo, los jesuitas con su rígida unión, su avidez de novedades, su ambición, sus intrigas, su espionaje y sus maquinaciones, quienes se introducen en todos los Estados, se confiesan públicamente enemigos del gobierno, sirven a la corte de Roma y por acciones semejantes han perdido la fama en todas las partes del mundo (1). A Bottari decía Tanucci: «Hay que congratularse con España y con nuestro buen amigo don Manuel (Roda) por haber logrado la expulsión de los jesuitas por la que tanto celo ha desplegado» (2).

En una carta a Castromonte, residente en París, se expresaba así el ministro napolitano: «Tarde, pero por fin ha llegado la expulsión de los jesuitas de España, es decir, de los esbirros del Papa, de los emisarios de Roma, de los incendiarios del Estado, de los amotinadores del pueblo, de los inductores a la traición, al latrocinio y contrabando, de los perpetuos maestros de la sedición. La gloria del rey será grande: sus sucesores le serán deudores de su tranquilidad, los pueblos de la disciplina, del patrimonio, de la libertad y de una religión incontaminada. Celebro que V. E. haya encontrado adecuada la denominación dada por mí de *Hércules hispano* al conde de Aranda.» (3)

(1) *A Roda el 28 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6000.

(2) *È da congratularsi colla Spagna e col nostro buon amico Don Emanuel [Roda] per aver conseguita l'espulsione dei Gesuiti, sulla quale egli ha tanto lavorato... Di tutta questa storia mi è dispiaciuta l'inquietudine del buon Re di Spagna (18 de abril de 1767, *ibid.*).

(3) *Tardi, ma finalmente è venuta l'espulsione dei Gesuiti dalla Spagna, cioè delli sbirri del Papa, degli emissari di Roma, degl'incendari dello stato, delli sollevatori dei popoli, degli artefici dei tradimenti, dei latrocini, dei contra-

En términos jubilosos escribía a Roda el general de los agustinos, Vázquez: «Cantemus Domino: gloriose enim magnificatus est (1) en España con haberse purgado de unas sabandijas enemigos de las almas y los cuerpos... Ni por sueño pensé que se pudiese obrar con tanta velocidad. Ahora veo que sin saber lo que me decía pronostiqué un suceso en la bendición que di a mis frailes al fin de la enciclica con S. Pablo: Deus pacis conterat Satanam sub pedibus vestris velociter (2). Ya han hecho esta reflexión algunos de los combinadores de cosas, y sirve de divertimiento a las asambleas giansenísticas... Yo no dudo que se dará al público una historia o por mejor decir el proceso historiado con que se han merecido los que fueron Benemeritos su exterminio.» (3) Luego añade también el proyecto de una ordenación a los embajadores en virtud de la cual a todos los súbditos españoles prohibirá el rey toda suerte de comunicación con los jesuitas (4). El 23 de abril da Vázquez las gracias por la incomparablemente bella pragmática sanción junto con la instrucción, las cuales a su juicio habían sido redactadas bajo especial ilustración divina. Marefoschi rebotaba también satisfacción y contento: aquello era un éxito que haría imperecedera la memoria de Roda (5). Con impaciencia aguardaba el general de los agustinos la llegada de los barcos con los expulsados jesuitas, los cuales, a no dudar, llevarían consigo sus penates, es decir, su codicia, su ambición, su manía por la difamación, el regicidio y todo el cortejo de sus vicios, que hasta la fecha habían difundido como dogmas del cristianismo. «Alabado sea Dios por toda la eternidad por habernos librado de semejante peste.» (6)

bandi, dei professori perpetui della sedizione. La gloria del Re sarà grande: li successori saranno al Re debitori della loro tranquillità, li popoli della disciplina, dei patrimoni, della libertà e della pura religione... Mi pregio di che V. E. abbia trovato giusta la denominazione data da me d'«Ercole Ispanico» al conte d'Aranda (18 de abril de 1767, *ibid.*).

(1) Éxodo, XV, 1.

(2) Rom. XVI, 20.

(3) Vázquez a Roda [16 de abril de 1767], *Biblioteca de San Isidro de Madrid*, Cartas de Vázquez, t. I.

(4) Esta propuesta fué llevada a la práctica; cf. más adelante, pág. 433, y anteriormente, pág. 395.

(5) *Doy a V. E. mil y mil gracias por los exemplares de la incomparable Pragmatica e instruccion, que juzgo hechas con particular ilustracion de Dios (Vázquez a Roda el 23 de abril de 1767, *Biblioteca de San Isidro de Madrid*, Cartas de Vázquez, t. I).

(6) Vázquez a Roda el 7 de mayo de 1767, *ibid.*

Según aseguró Roda, la expulsión de los jesuitas fué recibida por el pueblo con sosiego y agrado (1); incluso en el levantisco Madrid los sensatos se habían alegrado mucho del caso, mientras los partidarios de los jesuitas guardaban silencio y ocultaban su pesar. En ninguna parte surgió tumulto alguno (2). Sin embargo, cosa era absolutamente imposible hacer la menor demostración pública en favor de los desterrados, dado caso que la pragmática sanción ordenaba castigar como crimen de lesa majestad toda exteriorización en contra de la real providencia. Con todo, no permaneció impasible el pueblo ante el suceso. Como se desprende de informes de testigos oculares, en muchos sitios acompañó la gente a los que partían, con frecuencia varias millas, testimoniándoles su sentimiento (3).

El cardenal arzobispo de Toledo termina el informe que poco después del suceso envió al Pontífice con estas palabras: «Esto es, SS^{mo} Padre, lo que hasta ahora ha ocurrido y cuanto sincerísimamente hago presente a V^a S^d con la más fiel confesión, de que en estos religiosos nunca he observado más que una exacta aplicación al cumplimiento de su Instituto, y un fervoroso celo para el mayor culto de Dios y aprovechamiento espiritual de los fieles» (4). En una carta al conde de Mejorada un marqués del Valle hacía la petición de que se reunieran las cortes del reino bajo cualquier pretexto para poner remedio a la gran calamidad presente; y añadía que no

(1) *Roda a Azara el 7 de abril de 1757, en *poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 234, I.

(2) *El mismo al mismo el 14 de abril de 1767, *ibid.*

(3) En efecto, había concurrido todo el pueblo [de Santiago] en grandes pelotones a ser testigo de ella [la expulsión], mas no con ánimo de resistir a las reales disposiciones, sino precisamente para contestar con sus llantos y sollozos el amor que profesaban a los Jesuitas, y el sentimiento con que su ausencia los dejaba (Isla, Memorial, 311). *Scrive il P. Medina rettore del noviziato di Madrid da Cività Vecchia... che la commozione de'popoli in Spagna era stata grandissima e che non potevano immaginarsi tanto affetto che piangevano, s'inginocchiavano e chiedevano i ritagli delle lor vesti per reliquie (Ricci, Espulsione, 44). Cf. *Vincenti a Torrigiani el 14 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767. Después del restablecimiento de la Compañía (1814) más de cuarenta ciudades, etc., dirigieron demandas al Gobierno por su readmisión en España (*Nota de las representaciones, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 3517, p. 26-59).

(4) 4 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777. La copia de la carta lleva la nota: NB. En el pliego de Mons. Nuncio para el cardenal Torrigiani. Cf. *Azpuru a Roda el 28 de mayo de 1767, *ibid.*, 667; *Azpuru a Grimaldi [sin fecha], *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Sobre la expulsion de los PP. Jesuitas», 1767; *Roda a Azpuru el 16 de junio de 1767, *ibid.*, Reales Ordenes, 47.

había familia alguna noble ni plebeya que no se sintiera aterrada por los inicuos sucesos. Se destierra de España, termina, la virtud y la ciencia. «Aun cuando somos súbditos de un rey justo, en realidad somos los esclavos de las tiránicas pasiones de sus ministros.» (1)

Al nuncio Pallavicini le había tenido el gobierno adrede en desconocimiento sobre el curso de la investigación secreta (2). Hasta tanto no estuvo todo consumado no se le consintió informar a Roma (3). En general se reducen las cartas a repetir las acusaciones lanzadas contra los jesuitas (4). A una queja contra el parcial proceder del poder temporal en contra de una sociedad religiosa, contestó el ministro que al rey, en virtud de su supremo poder soberano, asistía el derecho de adoptar semejante medida de gobierno. El confesor del rey, Osma, de quien el nuncio confiaba obtener explicación de los rumores que circulaban, le indujo a engaño ocultándole la verdad, debido al juramento con que se había obligado a guardar secreto (5). Por parte del gobierno se habían puesto en juego todos

(1) *Alcántara 14 de abril de 1767, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 3513. Al remitir la carta a Aranda observó De la Mejorada que el nombre Valle era pseudónimo y que la carta no había venido de Alcántara, sino de Andalucía (*22 de abril de 1767, *ibid.*).

(2) Roda, De lo que debía decirse al Papa, en consulta del Consejo extraordinario de 29 de Enero de 1767, en Danvila y Collado, III, 628. *Non sarebbe nè difficile, nè strano che io venissi costà accusato, perchè non ho fatto uso della lettera di S. S^{ta} del 22 Genajo. V^a E^{xa} e S. S^{ta} sanno perchè non l'ho fatto. Gli stessi principali interessati nel grande avvenimento non lo hanno scoperto, o non me ne hanno informato. Non ne ho avuto sentore per veruna di quelle altre indagini che praticavo. Quella unione de'consiglieri che seguiva in casa del sig. conte di Aranda, nel pubblico si chiamava giunta, e non consiglio, ed in questo supposto ni uno si figurava che ad una giunta si fosse per comettersi ed affidarsi interamente una risoluzione simile, ad esclusione del consiglio... Quelli che la sapevano o la conducevano, hanno, come può credere, usato tutti gli artifici imaginabili per allontanare da me ogni sospetto (Vincenti a Torrigiani el 14 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767).

(3) *Pallavicini a Torrigiani el 1.º de abril de 1767, Cifre, Nunziat. di Spagna, 303, loco cit.

(4) Pallavicini a Torrigiani el 1.º y 7 de abril de 1767, *ibid.* (la carta del 7 de abril de 1767 también en el *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767, y Estado, 5044).

(5) Il P. Confessore, come già le scrissi [21 de abril, *ibid.*], è in colpa di aver tenuto a bada l'Eminenza Vostra con le sue restrizioni mentali, e con la sua equivoca condotta (Torrighiani a Pallavicini el 30 de abril de 1767, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit., y *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767). El 6 de agosto de 1767 indica *Torrighiani al nuevo nuncio Lucini que se valga de la cooperación de Osma, sebbene potremo noi grandemente querelarci, e imputare a codesto Religioso l'aver addormentato il sig. card. Pallavicini nel grande affare della espulsione, e trattenerlo da quelli passi, che egli

los medios a fin de engañar también a los jesuitas sobre la verdadera situación. En las últimas semanas había dispensado Aranda a algunos padres, como a Idiáquez y a su antiguo profesor, múltiples pruebas de amistad. Según afirmaba el gobierno, los jesuitas, amargados por la sistemática exclusión de sus alumnos de los cargos públicos y eclesiásticos, habían fomentado el descontento entre altos y bajos quizá en el confesonario o en las conversaciones privadas. Es preciso admitir, añadía, que las pruebas reunidas por el fiscal responden a ello. No ignora por cierto que no se condena a ningún acusado a base de un proceso puramente informativo, sin interrogatorio ni defensa; mas tampoco presenta la pragmática la expulsión como pena judicial, sino como medida de gobierno. Caso que el Papa quiera tocar el asunto o la doctrina de los jesuitas, la cual indirectamente es declarada pésima, entonces aténgase a la más extrema discreción. El cauto y escrupulosamente estricto proceder del fiscal, la profunda visión del rey, su extremada piedad y los numerosos y concordes dictámenes eran garantía de que el monarca había adoptado esta medida persuadido de su absoluta necesidad. Si ha procedido ejemplarmente no contra los culpables sino contra toda la corporación, lo ha hecho en el supuesto de que establecer una diferencia entre culpables e inocentes no hubiera conducido más que a graves trastornos de la tranquilidad pública y privada. Hay que puntualizar, además, que no pocos teólogos y por lo menos dos obispos habían aconsejado la expulsión de los jesuitas. El rey tiene además la íntima persuasión de que entre los asesores seculares que le han dado el mismo consejo hay algunos antiguos partidarios de los jesuitas, como, por ejemplo, el conde de Aranda, quien de ellos recibió la educación y ha mantenido constantes relaciones amistosas con su profesor Martínez. Sin embargo, con estas verificaciones de ninguna manera pretende resolver si los jesuitas son o no culpables. No ignora que en su favor se puede aducir la falta de defensa y que los informes de los teólogos, obispos y ministros no tienen más valor probativo que los argumentos en que se basan. La oscuridad e imprecisión de las expresiones de la pragmática habían sido intencionadamente elegidas para eludir las contradicciones de que adolecían los escritos de Pombal y los de los parlamentos franceses, de suerte que la palabra del rey fuese en este respecto la pri-

col suo zelo, e cogli impulsi, che ne avea da S. S^{ta} avrebbe fatti (Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit., y *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767).

mera y la última que se pronunciara (1). El golpe resultaba tanto más decisivo para la Compañía cuanto que era asestado por un monarca tan justo, tan lleno de religiosidad, tan virtuoso y perspicaz. «Pues si es verdad que los miembros de la Orden se han entrometido en asuntos de Estado, entonces no sé cómo se les puede declarar libres de toda culpa o cómo se puede condenar a aquellos que los alejan de sí por desesperar de su enmienda.» Por esta razón volvía a recomendar con el mayor encarecimiento la discreción. En su respuesta quéjase el Pontífice en términos amables y suaves de la falta de confianza que el rey había tenido con él y ruégale le quite la pena comunicándole en el seno de la confianza las revelaciones obtenidas sobre la conducta de los jesuitas, para que él pueda obrar y prestar ayuda con pleno conocimiento de causa.

Como suficientemente permite apreciar este alegato del nuncio, en el cual créese percibir la voz de su primo Grimaldi, Pallavicini, en contradicción con sus anteriores declaraciones y seguridades (2), se inclinaba actualmente a la creencia de que no eran del todo infundadas las acusaciones contra los jesuitas. En su primer informe acerca de la expulsión (del 1.º de abril) incluso llegaba a manifestar que por cuanto él había podido experimentar tenía la opinión de que los jesuitas se habían hecho acreedores al castigo recibido, razón por la cual se vió precisado a acogerse al silencio frente al gobierno. Poco después del 7 de abril enfermó de gravedad suma Pallavicini (3). De los negocios de la nunciatura se encargó el secretario, conde Vincenti. El breve dirigido a Carlos III, el cual había sido incluso solicitado por el nuncio personalmente, no fué entregado y hasta hubiera sido objeto de una denegación, como informaba Vincenti, por tener ya el gobierno conocimiento de ello y haberse dado al rey unánime seguridad de que la medida no pasaba de los límites de su autoridad. El monarca no pretendió con aquélla castigar a un individuo particular, sino exclusivamente garantizar la tranquilidad

(1) *Questa medesima oscurità, siccome i vaghi termini usati nella Pragmatica per evitare le contradizioni e le critiche che incontrarono gli scritti di Carvalho e quelli del Parlamento di Francia, è per fare che la prima parola di S. M. C. che suona nel pubblico su questa materia, sia, se è possibile, e la prima e la ultima (ibid.).

(2) V. anteriormente, pág. 356.

(3) La copia de la *carta de Vincenti a Torrigiani del 14 de abril de 1767 (*Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767) lleva la observación: Hipólito Vincenti por indisposicion del Nuncio al card. Torrigiani. *Vincenti a Torrigiani el 27 de abril de 1767, Nunziat. di Spagna, 303, loco cit.

propia y la de sus Estados, la cual corría peligro o al menos riesgo por causa de los jesuitas, según se desprendía de razones irrefutables (1). Las restantes acusaciones que el secretario presenta contra los expulsos y de las cuales deduce la incuestionable culpabilidad de los mismos, procedían, según sus propios datos, de una persona de la camarilla del fiscal Campomanes (2). Creyó que era oportuno hacer llegar al cardenal secretario de Estado cuentos de comadres, como, por ejemplo, que en el Colegio Imperial de Madrid se había encontrado una arquilla con algunas cadenas y polvo; un billete adjunto decía: cadenas y ceniza de los ojos de don Juan de Austria; luego los jesuitas le habían arrancado los ojos. Además que en la correspondencia entre los jesuitas españoles y americanos se trataba sobre el plan de promover en América una sublevación con el fin de adueñarse de parte de las colonias (3). Aun cuando en estas cartas no existen más que referencias, sin embargo se deja ver hacia qué lado se inclinaba la opinión del nuncio. El 25 de agosto de 1767 avisaba Lucini, sucesor de Pallavicini, que en Madrid o no se hablaba de la expulsión como de hecho consumado, o se hacía en la forma que lo hacía el conde de Vincenti (4). Tanto Pallavicini como Vincenti tuvieron que oír del cardenal secretario de Estado que ninguna fe se daba en Roma a tales rumores y que la culpa de los religiosos permanecía en absoluto sin probar (5). La ciega sumisión que hasta

(1) *Vincenti a Torrigiani el 14 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767.

(2) *Intorno a' Gesuiti, persona confidente del sig. Campomanes ha riferito di aver inteso dal medesimo che i detti Padri erano convinti di complicità nel tumulto dell'anno scorso, anche per deposizione di sei di loro: dicesi che consti similmente dal processo che sieno stati i principali autori della sedizione di Saragozza, e che siensi incontrate in quelle lor case varie minute originali de' pasquini e notificazioni messe al publico (Vincenti a Torrigiani el 27 de abril de 1767, *ibid.*).

(3) *Vincenti a Torrigiani el 21 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia 767. Cf. *Vincenti a Torrigiani el 30 de junio de 1767, *Cifre*, Nunziat. di Spagna, 304, loco cit.

(4) *Lucini a Torrigiani el 25 de agosto de 1767, *ibid.*

(5) *Ieri sera ricevemmo il diffuso disappaccio dell'Em^a V^a de'7 stante, il quale in sostanza contiene un concetto ben differente di quello qui si è concepito da S. S.^{ta} riguardo alla espulsione de'Gesuiti dai domini di Spagna. Senza entrare a discutere la probabilità delle vane e vaghe presunzioni e congetture che si possono pensare sopra un fatto sì strepitoso, sarà sempre vero che i Gesuiti sono ora condannati senza esser stati uditi, che per pochi o molti dei colpevoli vengono puniti tutti gli altri innocenti; che quando un solo innocente vi fosse, ingiustizia sarebbe il soggettarlo all'infamia e all'esilio, che in tanto il danno, che ne soffrono la religione ed il pubblico in codesti domini, specialmente nell'

entonces se había reprochado a los jesuitas era exigida ahora a los vasallos para con el soberano.

Como fácil es de comprender, en el extranjero suscitó gran revuelo la noticia de la expulsión de los jesuitas de la tan católica España. La interpretación era diversa. Mientras en Inglaterra la opinión se declaró adversa a las draconianas medidas, Francia y Portugal tributaron al suceso el aplauso de gran proeza (1). El 9 de mayo tomó el Parlamento de París, a propuesta del abate Chauvelin, la resolución de imprimir y difundir por todo el país la pragmática española del 2 de abril de 1767. Como el secretario de la embajada, Magallón, escribía, el 24 de abril habían sido repartidos más de cuarenta mil ejemplares de la traducción francesa (2). A juzgar por lo que Choiseul notificó, Luis XV debió manifestar que las culpas de los jesuitas españoles no podían menos de ser grandes para mover al rey a dar un paso tan decisivo (3). A su sobrino el duque Fer-

Indie, è grandissimo (Torrighiani a Pallavicini el 23 de abril de 1767, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.). *Nuovamente mi assecura il conte Vincenti que niuno ormai dubita più delle reità de'Gesuiti, ma quali elleno sieno, e su quali fondamenti si appoggino, non lo esprime; tutto si riduce al «si dice o si pretende», le voci sono varie, diverse e incostanti, come si rileva anche dalle pubbliche straniere gazette; costà tutto si suppone a disfavore de'Gesuiti, perchè niuno è che possa difenderli, e forse niuno che si possa dispensare dallo discreditarli... Si vuole che i sudditi prestino al sovrano quella cieca ubbidienza che si è finora condannata nei Gesuiti rispetto al loro Generale... Le lettere circolari che sonosi pubblicate da alcuni vescovi e superiori regolari, abbastanza manifestano un tale principio (Torrighiani a Lucini el 16 de agosto de 1767, Registro di cifre, ibid.).

(1) *Solo los Ingleses han blasfemado y Carvalho hizo al consul ingles una amonestacion terrible. Los Ingleses y Romanos son del mismo sistema político en el día de hoy (Roda a Azara el 12 de mayo de 1767, en *poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 234, I). *De Paris y Lisboa escriben mil aplausos y de esta ultima corte dicen, que se han explicado contra nuestra providencia los Ingleses. Vea Ud que apoyo para Roma, que ha dado en favorecer a Londres, y aliarse con los Protestantes (Roda a Azara el 28 de abril de 1767, ibid.). Masserano afirma por cierto que la noticia de la expulsión había sido acogida con general alegría (*a Grimaldi el 23 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6994).

(2) *A Roda el 24 de abril de 1767, *Arch. Prov. Tolet. Soc. Iesu de Madrid*, Chamartin, P; *Roda a Azara el 18 de mayo de 1767, en *poder de los jesuitas*, loco cit.; *Vázquez a Roda el 4 de junio de 1767, *Biblioteca de San Isidro de Madrid*, Cartas de Vázquez, t. I; *Azara a Grimaldi el 4 de junio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5044. El discurso de Chauvelin traducido al italiano en las *Inquietudini de'Gesuiti*, III (1767), Aggiunta alla Raccolta di Spagna. En el mismo sitio también el Arrêt del 9 de mayo.

(3) *Choiseul a Ossun el 21 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667. Cf. Choiseul a Aubeterre el 21 de abril de 1767, en Carayon, XVI, 400 s.

nando de Parma se expresó el soberano francés en términos no tan concretos. «No sé, le escribía, si él (el rey) no hubiera hecho mejor en castigar primero con todo rigor a los culpables, si los hay, pues así subsiste un punto oscuro que no dejará de provocar críticas por más que el rey las haya prohibido con extremado rigor.» (1)

No fué pequeña la sorpresa producida en Viena (2). La corte había hecho preguntar confidencialmente, durante la investigación secreta, por medio del jesuita Liesganig al padre general cuáles eran, en suma, las graves faltas que habían motivado un proceso tan inaudito. El general sólo pudo asegurarle que a sus oídos no había llegado culpa alguna grave de un solo jesuita español. Fuera del destierro de Calatayud y de López y de la prohibición de misionar en las Vascongadas y de difundir escritos apologeticos sin autorización de las autoridades, ningún informe de cargos había llegado hasta la fecha ni a él, ni a la curia pontificia. Juzguen por sí mismos sus majestades si estas cosas son tales que arguyan el más grave de todos los crímenes (3). La ambigüedad de expresión de que adolecía la pragmática sanción, lo mismo que las declaraciones del embajador español no habían podido convencer a la emperatriz de la justicia y utilidad del proceso (4).

(1) *Carta del 27 de abril de 1767, *Archivo privado del ducado de Parma*, Francia. Incluso en las filas de los librepensadores franceses tropezaron con una severa crítica las medidas del gobierno español. D'Alembert escribía el 4 de mayo de 1767 a Voltaire: Ne pensez-vous pas qu'on devait permettre aux Jésuites de se justifier, surtout quand on doit être sûr qu'ils ne le peuvent pas? Ne pensez-vous point encore, qu'il serait très-injuste de les faire tous mourir de faim, si un seul frère coupe-chou s'avise d'écrire bien ou mal en leur faveur? (Carayon, XV, XLVI).

(2) *Mahony a Grimaldi el 30 de abril de 1767, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 3518; *el embajador del Palatinado v. Ritter al ministro de Estado Wachtendonk el 16 de mayo de 1767, *Archivo público de Munich*, cofre negro, 26/3.

(3) *Ricci al P. Liesganig el 10 de enero de 1767, Epist. Gen. secretae, en poder de los jesuitas. Ricci termina con las palabras: Demum quid nobis in Hispania, quid alibi futurum sit, Deus novit, tanta certe est adversariorum nostrorum violentia, fraudes tantae, ut non nisi Deo singulariter opitulante possumus evadere, cum optimos etiam et potentiores in fraudem et errorem inducant et a nobis aversos reddant. Caeterum Dei est potentia, Dei est regnum, ipse est super omnes gentes, ipse dabit pacem in diebus nostris, quia non est alius, qui pugnet pro nobis, nisi Deus noster (ibid.).

(4) *26 Dec. [1767]. Alla mezza dopo mezzo giorno ricevo l'udienza dall' Imperatrice... Io qui glieli [jesuitas] raccomandai in, nome del Papa,... ed Ella: non poter mai capire le ragioni che possan aver le altre corti, poter però ella dire di trovare ad esser di loro contenta; esser essi utili, e se anno come

El 14 de mayo supo Ricci de labios del Pontífice que se indicaba como causa de la expulsión graves trastornos e inconvenientes en las misiones americanas, contra los cuales no había procedido el padre general; ilícitos negocios comerciales y excitación al tumulto promovido en Zaragoza mediante escritos satíricos (1). Sin embargo, una relación de la revuelta redactada por encargo oficial elogia a los jesuitas de haber trabajado con el mayor celo, en unión con otros religiosos, por sofocar los tumultos (2). Por lo que a la primera acusación se refiere hace notar el general que ni a él, ni al Pontífice había llegado queja alguna sobre extraordinarios o generales trastornos (3). La indeterminada acusación de ejercer comercio indebido, la rechaza Ricci por calumniosa, fuera de que él había procedido con el mayor rigor contra casos aislados. Además pregunta, sobrado de razón, por qué motivo no había publicado prohibición alguna el gobierno, el cual por lo demás en todo se entrometía. ¿Por qué no se habían opuesto los prelados a ese comercio? Lo que se aduce como prueba no tenía consistencia alguna. Aun cuando fuera verdad que en el Colegio Imperial de Madrid se hubieran encontrado tres millones de reales en numerario (4), nada de extraño tenía el caso, puesto que allí moraban los procuradores de las cuatro provincias

uomini anch'essi dei difetti, e quello di un po intriganti se si lascian fare, basta correggerli a tempo, ed han difetti che avrebbe ciascun d'altra Religione. Confessare d'esser Ella e la sua casa per così dire come da essi educati, per ciò anco un po prevenuta, ma esser altresì vero di aver ne meno con ciò scoperto quel male che loro si imputa. Non cangierà perciò d'esser loro favorevole fin che crederà continuare come fanno ora a meritarselo, nè si lascerà trasportar dalla piena loro contraria (Diario del card. Visconti, Nunziat. di Germania, 394, fasc. C, *Archivo segreto pontificio*).

(1) Ricci, *Espulsione, 37-39.

(2) Sebastian y Latre, Relación individual y verídica del suceso acontecido en la ciudad de Zaragoza..., p. 52. El rey Carlos encargó al arzobispo ir al colegio de los jesuitas y dar las gracias a los padres. El prelado se presentó con gran ornato para cumplir su misión (Ricci, *Espulsione, 14).

(3) Únicamente los Regulares de la Compañía de Jesús (merced a los hermanos que de continuo les iban de Europa, y a la facultad de expulsar de su seno a los que alteraban la armonía del Instituto) se singularizaban por la pureza de las costumbres, por el arte de atraer a la cultura a los Indios. Todos los autores católicos y protestantes exceptúan a los Jesuitas cuando hablan de la conducta escandalosa de las comunidades monásticas en el Nuevo Mundo. Los autores de las «Noticias secretas» los celebran mucho (Ferrer del Río, I, 441). Cf. también *Fray Pedro Jos. Parras a J. Andrés el 27 de diciembre de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777.

(4) *Vincenti a Torrigiani el 27 de abril de 1767, Cifre, Nunziat. di Spagna, 303, *Archivo segreto pontificio*.

españolas y de las siete de América, quienes tenían que administrar los bienes de más de cien colegios y realizar las compras para las misiones de ultramar. Con la misma facilidad se explica el hallazgo de un millón de reales en el colegio de Salamanca. No disfrutando la provincia de Castilla de fundación alguna para el sostenimiento de sus escolares, tenían que aportar las distintas casas una suma anual. A fin de poder convertir en realidad la fundación que faltaba se había ido reuniendo, desde hacía años, dinero para formar el capital.

La carta que Carlos III dirigió a Tanucci el día de la expulsión (1) gira en torno de las mismas ambiguas expresiones que su real edicto. En la tranquilidad con que transcurrió la expulsión se figura el rey que había que ver la clarísima demostración de la divina asistencia; por lo cual ruega al ministro que, a una con él, dé gracias a Dios por tamaña merced (2). Más explícito se muestra para con su confidente el 19 de mayo al hablar del peligro que a su vida y a la de todos los de la real familia había amenazado de parte de los jesuitas. Ni Tanucci, ni el confesor de la corte, Latilla, habían exagerado lo más mínimo en sus comunicados al joven rey de Nápoles; por el contrario: a juzgar por lo que él había visto y jamás había deseado presenciar, habían quedado aquéllos muy por debajo de la realidad (3).

Al recorrer la carta del rey a Tanucci del 23 de junio de 1767, se forja uno la ilusión de estar sobre el rastro que le puede llevar al esclarecimiento de los motivos que el monarca «reservó en su real pecho». En ella habla de confidenciales revelaciones que el ministro había hecho al joven Fernando IV a base de su carta del 12 de junio; de las palabras aducidas arguye él que había sido debidamente entendido. Le llevaría demasiado lejos si quisiera comunicárselo todo y además tendría que tener para ello a la vista los numerosos documentos. Por esto ha encargado al ministro Roda que le escriba todo lo que ha sido descubierto en España y lo que todavía se descubra, día por día (4).

Hase creído haber descubierto el rastro de las noticias confi-

(1) *31 de marzo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6056.

(2) *7 de abril de 1767, *ibid.*

(3) *Carta del 19 de mayo y 2 de junio de 1767, *ibid.* Cf. *carta del 4 de agosto de 1767, *ibid.*, 6057.

(4) *Orig., *Archivo de Simancas*, Estado, 6056; Danvila y Collado, III, 70.

denciales a que alude el rey en una carta de Roda a Tanucci del mismo 29 de junio. Mas al leerla, hace el efecto el escrito de un largo pedimento fiscal. A modo de prenotando observa el ministro que a pesar del riguroso silencio prescrito, comunica él por encargo de su real soberano las causas de la expulsión y el modo y manera del proceso. Es cierto que con bondad egregia había perdonado el soberano a los culpables del motín, mas para su justificación y por amor de sus vasallos había ordenado esclarecer y fijar las causas y origen de dichas revueltas generales. De las investigaciones practicadas por el Consejo secreto se puso de manifiesto haber sido los jesuitas los principales y hasta los únicos promotores de la conflagración, excitando los ánimos de todas las clases sociales por medio de la imprenta y difundiendo escritos sediciosos, predicando contra Portugal y Francia, embaucando a las religiosas, poniendo reparos y sospechas a la ortodoxia del rey y de sus ministros, por medio de amenazas y profecías de calamidades antes y después del tumulto, protestando de que sus partidarios fueran retirados y excluidos de los cargos, murmurando de todas las disposiciones del gobierno que no se amoldaran a sus ideas y deseos. Su perversa moral, los sucios negocios a que se dedicaban, y, para abreviar, todas las acusaciones que sus adversarios lanzaron contra ellos se han encontrado confirmadas por nuevos e irrefutables casos excepcionales. Su inquina contra los Borbones, su aversión al pacto de familia, su predilección por los ingleses, el ansia por que éstos aplasten a Francia, su confianza puesta en los príncipes protestantes a quienes preferían frente a los católicos y toda una serie de otros hechos consumados, todos abominables y opuestos a la disciplina religiosa, han sido probados de modo irrefutable. A propuesta del Consejo extraordinario, al cual para tranquilidad y descargo de su conciencia llamó el rey también a dignatarios eclesiásticos, decretó la expulsión de los jesuitas y la confiscación de sus bienes. La propuesta se apoyaba en razones de justicia y de conciencia, así como en el ineludible deber del soberano de conservar incólumes la paz y la tranquilidad entre su pueblo y extirpar la semilla de la discordia. A esto se añadieron los dictámenes de sabios y virtuosos príncipes de la Iglesia y de eminentes personalidades, quienes con la mayor imparcialidad examinaron este importante negocio. Sus unánimes dictámenes obligaron al rey a adoptar las medidas llevadas entre tanto a la práctica. Para terminar se brinda Roda a remitir a Tanucci los *Monita secreta*

a fin de que pueda informar todavía más ampliamente al joven soberano acerca de los jesuitas (1).

Según esto, parece ser un hecho que ministros o funcionarios llevaron al ánimo del monarca la convicción de haber estado amenazada su vida por una sedición jesuítica. Como el embajador francés Ossun informaba al duque de Choiseul, el rey le había señalado como razón y fundamento para adoptar su resolución el que los jesuitas habían concebido y planeado un atentado contra su vida con el fin de acabar con él y toda la real familia el día del Jueves Santo con ocasión de la visita de los sagrarios, habiendo escapado felizmente del peligro merced tan sólo al prematuro estallido de la asonada del domingo de Ramos (2). Las mismas recriminaciones hizo transmitir Carlos III a Tanucci por medio del príncipe Cattolica (3) para que aquél las pusiera en conocimiento de Fernando IV.

Frente a esta tremenda acusación apela el general Ricci al hecho de que el P. Navarro, rector del Colegio Imperial, hizo entrega inmediata al conde de Aranda de una carta anónima, en la cual se le conminaba con amenazas a que tomase parte en un nuevo motín, en vista de lo cual el conde hizo redoblar la guardia. No es del todo infundada la sospecha de que en ello se trataba de una zancadilla que pretendieron armar los autores de la expulsión de los jesuitas (4). En los protocolos del Consejo extraordinario no se formula en forma tan crasa la acusación por causa del proyectado regicidio, y apenas se puede admitir que ministro alguno estuviera sinceramente persuadido de ello. Al menos, según confesión de Aranda, no fueron planes homicidas los que dieron pie a la expulsión de los jesuitas, sino la general convicción de ser ya intempestiva la Orden (5).

(1) Danvila y Collado, III, 636 ss.

(2) Ferrer del Rio, II, 181 s., 182, n. 1. Cf. *Vincenti a Torrigiani el 23 de junio de 1767, Cifre, Nunziat. di Spagna, 304, loco cit.; Fuentes a Grimaldi, fecha París, mayo 8 [13] de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4565; *Ayres Sa e Mello a Grimaldi el 9 de mayo de 1767, *ibid.*, 7280. Cf. Ricci, *Espulsione, 46, 48.

(3) el 5 de mayo de 1767, en Ferrer del Rio, II, 182, n. 1; Danvila y Collado, III, 60.

(4) Ricci, *Espulsione, 46.

(5) Aranda al P. Isidro López, fecha París, 3 de julio de 1775, en *Razón y Fe*, XXIX (1911), 177, n. 1. El alumno de los jesuitas Fernán-Núñez escribe en su biografía de Carlos III (p. 209): Toca á los soberanos y á sus Ministros decidir si el respeto á la religión y al trono se han aumentado ó disminuido desde entonces. Yo sólo debo decir, en honor de la verdad, que me crié con ellos, por orden y á expensas del Rey, como se ha visto en la introducción, y que cuantas máxi-

La pragmática sanción fué objeto por cierto de la más acerba crítica en un supuesto extracto de la Gaceta de Londres del 6 de mayo de 1767. Todo amigo del derecho natural y de gentes no puede menos de soliviantarse, y execrar un proceso tan tiránico. Aun cuando los jesuitas fueran ateos, traidores o demonios en figura humana, no era lícito separarlos del cuerpo del Estado, cuyos miembros eran, sin las pruebas estrictas de estar tan gangrenados que se habían hecho acreedores en justa ley de tal amputamiento. Si un soberano está facultado para disponer a capricho de cualquier corporación de su pueblo, sin aducir ningún otro motivo que su voluntad y ciertas sugerencias secretas y causas sólo por él conocidas, ¿dónde queda la garantía legal? Exigir que se sometan a semejante proceso secreto sin replicar ni proferir palabra bajo la amenaza de que en caso contrario serán tratados como reos de lesa majestad, y derogar de intento y caprichosamente todas las leyes opuestas a tal proceso, esto significa en realidad ejercer un poder con el cual jamás se puede avenir pueblo alguno que no haya perdido en absoluto el sentido del derecho y de la justicia humana. Jamás depositó el Todopoderoso semejante poder en las manos de una criatura, pues las leyes divinas no tienden sino al ejercicio de la justicia y de la misericordia. Con igual derecho podría el rey de España expulsar cualquier Orden y confiscar sus bienes y hasta cualquier corporación civil, mediante un acto semejante secreto y arbitrario. Todo el mundo sabe muy bien que la constitución española, lo mismo que la nuestra, trae su origen de la visigoda. Asimismo sabemos que el padre del actual monarca fué preferido para su sucesión al trono con la condición de que había de mirar solícito por el bien de la nación y conservar sin mengua los dominios españoles. Luego entonces tenían aquellos pueblos un derecho real y admitido incluso para pensar y mirar por sí; ahora en cambio se les dice que no incumbe a los vasallos juzgar o exponer las órdenes de su soberano, lo cual significa en verdad rebajarlos a viles esclavos. Estos jesuitas tienen en todas las clases y capas sociales de España padres, hermanos y parientes a quienes está prohibido inquirir las causas de la expulsión y espolio, dado que simultáneamente se ha ordenado sepultar en el silencio y oscuridad

mas me enseñaron se fundan en uno y otro, y en verter por su defensa la última gota de mi sangre, si quiero vivir y morir con honor y gozar de gloria en este mundo y en el otro, sin que jamás les haya oído nada que directa ó indirectamente lo contradiga.

toda natural inclinación o simpatía hacia ellos (1). Este escrito, que según afirmó el embajador español, Masserano, no pudo ser hallado en la Gaceta de Londres (2), produjo tan profunda impresión que hubo de tratar del caso el Consejo extraordinario (3). A todos los embajadores de España fué enviada la orden de recoger cuantos ejemplares pudieran haber a las manos. Además se tomó la resolución de publicar una contraapología anónima y, en unión con Francia, fomentar la total extinción de la Orden jesuítica para poner fin de una vez para siempre a todas las revueltas e intrigas (4).

Una carta del ministro librepensador Du Tillot a Azara contiene una involuntaria justificación de los jesuitas españoles y al mismo tiempo un trasunto de los motivos más profundos de su expulsión. «Veo, escribe poco antes de la ya inminente expulsión, que el espíritu philosophico va haziendo progressos. Los haze tambien en España, en fin en todo el mundo catholico, quasi. Los hará después en Italia, pues ya ha adelantado en la mayor parte de ella, Venezia, Turin, Florenzia, Napoles, Genova. Pero verá V. S. que antes de un siglo ese espíritu, despues de haverse exercitado sobre materias de jurisdiccion en la clase que ha relacion con Roma, se estenderá a lo civil y politico en los gobiernos. Los hombres querrán tratar de su libertad y de los limites de su obediencia, el gobierno será mas arduo. Vea V. S. que lo que se discute en Francia, son pasos a romper algun pedazo de vinculos y cadenas. Las mentes no se iluminarán sin que se busque a abrir carrera a la libertad. Muchos escritos como el «Contrato social» van ya conteniendo maximas y principios, que con el tiempo alarmarán los ministerios. El gobierno despotico se sentirá de ello. Avria mucho que decir sobre este punto.» (5)

Como causa de la expulsión de los jesuitas había señalado el rey la conservación de la obediencia, la paz y la justicia y otros motivos «que él se reservaba en su real pecho». A la luz de los documentos de archivos sabemos actualmente que este oscuro giro fué

(1) *Estratto delle Gazzette di Londra dei 6 Maggio 1767. Lettera indirizzata allo stampatore delle medesime. *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667.

(2) *Roda a Aranda el 27 de julio y 27 de octubre de 1767, *ibid.*

(3) *Consejo extraordinario, 23 de agosto de 1767, *ibid.*

(4) *Roda a Grimaldi el 3 de septiembre de 1767, *ibid.*

(5) 8 de marzo de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1767. Tous les livres si sévèrement défendus à Paris, entrent librement en Espagne, escribía Voltaire a Villeveille el 1.º de mayo de 1768, *Œuvres*, LX, 470.

elegido adrede para cortar de antemano las lucubraciones acerca del mérito o demérito de las acusaciones; mientras que entonces, junto con la tenaz obstinación que Carlos III desplegó en la expulsión de la Orden, dieron pie a diversidad de conjeturas. Creyóse que fueron motivos de índole personal los que debieron inducir al soberano a adoptar su salvaje actitud.

Cuéntase que como todos los procedimientos para hacer al rey sospechosos los jesuitas y provocar su expulsión se estrellasen en su inquebrantable amor a la justicia, recurrieron los enemigos de la Compañía de Jesús a un astuto artificio. Una noche, mientras la comunidad se hallaba en la habitual distribución de letanías, se presentó un correo en la puerta del Colegio Imperial de Madrid con una carta para el rector, Navarro. Éste ordenó al portero que dejara la carta sobre la mesa de su celda. Terminadas las letanías trasladáronse al refectorio para cenar en comunidad. Durante la cena se presentaron súbitamente en casa dos miembros del Consejo y demandaron, por orden de la corte, la llave del cuarto rectoral, el cual llevaban orden de registrar. Tras un breve simulado registro tropezaron con la carta todavía sin abrir, la cual se llevaron consigo. En la carta se decía que Carlos III no era hijo legítimo de Felipe V, sino fruto de relaciones criminales de su madre Isabel de Farnesio con el ministro cardenal Alberoni y por tanto no era tampoco príncipe legítimo alguno, correspondiendo en consecuencia el trono, antes que a él, a su hermano don Luis. Esta carta fué presentada al rey. Profundamente difamado en su honor y herido en su piedad filial, tomó entonces el monarca la resolución de expulsar a todos los jesuitas de su reino. Para no exponer su honra y la de su madre, se sirvió en sus edictos de las ambiguas expresiones arriba mencionadas (1).

(1) Anselmo de Eckart en Murr, *Journal*, IX, 217-222. La suplantación de las cartas la señalan como realidad: Crétineau-Joly, III³, 237 ss.; Colombet, *Histoire de la suppression des Jésuites*, II, 5 ss.; Schoel, *Cours d'histoire*, XXXIX, 163; Carayon, XV, *Préf.*, xvii ss.; Ravignan, I, 185 ss., II, 337; Colección de los artículos de *La Esperanza*³, Madrid, 1858, 438 s.; Létourville, Ravignan et ses contradicteurs, 25 ss.; Menéndez Pelayo, III, 143; Nonell, Pignatelli, I, 158 s.; Gallerani-Madariaga, 163 ss.; Razón y Fe, XIX (1907), 505 ss. Además de Murr son citados como garantes: Lafuente, *Historia de España*, P. III, l. 8, c. 8; Coxe, *España bajo el reinado de la casa de Borbón*, IV, 171; Sismondi, *Histoire des Français*, XXIX, 370; Ami de la religion, XXXII, 159; Adam, *Histoire d'Espagne*, IV, 271; Cantù, *Storia dei cent'anni 1750-1850*, I, Florencia, 1851, 165; Döllinger-Hortig, II, 2 (1826), 798. Contra la credibilidad de la suplantación militan: Saint-Priest, 57; Ferrer del Río, II, 123, n. 1; Danvila y Collado, III, 82 s.; Sidney Smith en *The Month*, C (1902), 26; Rousseau, I, 218 s.

Si la narración inspira ya poca confianza por su cuño novelesco, pierde desde luego mucho en credibilidad si se examina su fundamento histórico. Por más que los documentos reservados del archivo de Simancas y Madrid han sido investigados por historiadores de las más diversas tendencias, hasta el presente no ha sido hallado rastro de la falseada carta, ni siquiera una alusión a ella (1). La desaparición de parte de la acusación de la consulta correspondiente al 29 de enero de 1767 no constituye razón alguna en contra, pues el caso admite otra explicación. Además ningún historiador ha lanzado contra Isabel de Farnesio acusación de notoria infidelidad. El puro amor familiar de los tres primeros Borbones contribuyó precisamente al arraigo de su dinastía en España (2). Las referencias más antiguas sobre la misteriosa historia de la carta no surgen hasta 1780, por tanto de trece a catorce años después de ocurrido el supuesto hecho, y además es referida con múltiples variantes (3). Según una exposición, se trata de una carta apócrifa del general de la Orden, padre Ricci (4); según otra versión de un libro manuscrito desarrollado en forma epistolar y acompañado de una carta (5). Como destinatario se señala al rector del Colegio Imperial o también al provincial (6).

(1) La carta de Carlos III a Tanucci del 4 de agosto de 1767 no constituye ninguna prueba convincente de la credibilidad de la suplantación de las cartas. Tanucci *escribía a Carlos III el 14 de julio de 1767 (*Archivo de Simancas*, Estado, 6100), que el príncipe de San Nicandro le había preguntado se era vero, che la congiura era di lasciar intatto il solo signor infante Don Luigi, perché in tal caso avrebbe concluso, che di V. M. e della sua real prole fossero li Gesuiti nemici, e si potrebbe trattare colle regole della giustizia, esaminate che fossero bene le prove di delitto sì grande. El rey respondió: *Y por lo que me dizes que el tal te preguntó si hera cierto lo que se decia de mi hermano, te diré que creo que hubiera tenido la misma suerte que todos los demas, si Dios no huviese puesto su santa mano, y que han sido infinitas las calumnias que los mismos esparcieron, y levantaron despues de lo sucedido a mi pobre madre que goze de Dios, y a el tambien para poner cizania, y division entre nosotros, ya que no avian podido lograr lo que querian, pero por gracia de Dios tampoco lo lograron, y se puso en claro la verdad, la inocencia, y su maldad (*Archivo de Simancas*, Estado, 6057). Las calumnias contra su madre, atribuidas por el rey a los jesuitas, se refieren al rumor de que los padres habían dicho que el dinero para el motín procedía de las estancias de la reina-madre. Cf. anteriormente, pág. 363.

(2) Danvila y Collado, III, 82 s.; Ferrer del Rio, II, 123, n. 1.

(3) En Murr, loco cit. Cordara no menciona la historia de la carta.

(4) Crétineau-Joly (loco cit.), Ravignan (loco cit.) y otros.

(5) Murr, loco cit.; Nonell, loco cit.

(6) Termanini, *Vita del R. P. Lorenzo Ricci, en *poder de los jesuitas*, ms. núm. 28. Cf. Luengo, Diario, XIX, 388, en Nonell, 159, n. 2; Crétineau-Joly, Coxe, Speranza, loco cit.

Como autor del libro y de la carta se indica a dos innominados dominicos (1). Autor de la supuesta carta de Ricci se hubo de confesar el duque de Alba en el lecho de nuerte (2). Según otra referencia procedía el escrito de Choiseul (3). Otros afirmaron a su vez haber sido un portugués de nombre Pérez, el que redactó la carta, la cual fué traducida luego en español por el dominico Mañalich (4).

Muy diferente de esta versión es la siguiente. Dos padres de la provincia de Quito, quienes de viaje a Roma, a la Congregación de Procuradores, habían tomado el camino por Madrid y poco antes de pasar la frontera francoespañola fueron detenidos en Figueras por un capitán del regimiento suizo (marzo de 1767) y registrado su equipaje hasta que apareció un pliego con el sello de la nunciatura y el sobrescrito «Il Nunzio». Las cartas fueron remitidas a Madrid, y los padres arrestados en un convento de Gerona. Uno de ellos, Farrain, murió allí a los seis meses, mientras el otro, Recio, no recibió hasta pasados nueve años el permiso de fijar su residencia en Italia (5). Hasta aquí responde la referencia a la realidad histórica.

No ocurre otro tanto con la interpretación. Conseguida la libertad, Recio se hallaba hacía ya bastante tiempo en Roma, cuando cierto día entró en su cuarto un antiguo hermano de religión y le preguntó si se acordaba del caso ocurrido en Figueras y del pliego de cartas con el sobrescrito «Il Nunzio». Como respondiese afirmativamente, le mostró el padre una carta refiriendo cómo Pombal había confesado en su proceso haber sido él quien había hecho sellar con el sello de la nunciatura la carta referente a la ilegitimidad de Carlos III y entregar el pliego a los dos procuradores para que lo llevasen a Roma. Recio no pudo acordarse ya de quién le había

(1) Murr, loco cit.

(2) Ibid.

(3) Schoel, Coxe, Crétineau-Joly, loco cit.

(4) Nonell, loco cit.

(5) Carayon, XV, 23 ss.; Nonell, I, 219 ss. A pesar del permiso para el viaje por parte del gobierno español, no sólo fueron sometidos los baúles a un riguroso registro, sino que los padres hubieron de sufrirlo también en sus personas. Todos los papeles fueron revisados, incluso el higiénico. Por Madrid corrió el rumor que llevaban consigo un millón y medio de pesos para ponerlos a buen recaudo en el extranjero, siendo así que en realidad no llevaban sino sesenta doblones para gastos de viaje. *P. Larrain al padre rector de Barcelona, fechada en Figueras 13 de marzo de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777; *P. Torres al P. Escorza el 27 de marzo de 1767, *ibid.*; *Torrighiani a Pallavicini el 2 de abril de 1767, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, *Archivo segreto pontificio*.

entregado precisamente el pliego, pero se inclinaba a creer que lo había recibido del provincial Mourin, quien encarecidamente le encargó lo guardase bien.

No se tiene certeza de una confesión semejante hecha por Pombal. En cambio es un hecho que el gobierno español tuvo mucho cuidado de espiar la correspondencia de la nunciatura, como lo demuestran, aun el día de hoy, las numerosas copias de cartas que se conservan en el archivo de Simancas. No ignorando además aquél que a pesar de las medidas de discreción se había traslucido algo sobre las medidas contra los jesuitas, temía que el secreto tan cuidadosamente guardado fuera conocido prematuramente en Roma dando ocasión a que el Papa protestara ante el rey antes de ser un hecho consumado (1). De aquí la revisión de los equipajes en busca de cartas. La larga detención de Recio tiene también su explicación natural en el miedo, real o simulado, al rey, de los ministros españoles de que los ingleses atacasen las colonias americanas. En su requerimiento había acusado ya el fiscal Campomanes a los jesuitas de secretas inteligencias con los ingleses. Bajo esta sospecha fueron retenidos un número no insignificante de misioneros alemanes en conventos de España para evitar que pudieran descubrir al extranjero los secretos militares de los países de las misiones (2). En todo caso, ningún influjo pudo ejercer en la resolución de Carlos III el pliego de cartas hallado, pues la firma del decreto de expulsión se realizó el 27 de febrero y el arresto de los padres no ocurrió hasta el 7 de marzo de 1767.

(1) *Aranda a Roda el 16 de marzo de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667.

(2) El jesuita Joh. Joseph Göbel, que antes de la expulsión de Méjico había ido a Madrid para arreglar algunos asuntos, había recibido ya del encargado imperial de Negocios Lebxeltern el pasaporte para regresar a Alemania, cuando por presión de Roda se revocó el permiso (*Roda a Aranda el 20 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667; *Roda a Grimaldi el 24 de mayo de 1767, *ibid.*, Estado, 5062). El 11 de junio de 1767 se ocupó el Consejo extraordinario en el asunto (**ibid.*, Gracia y Justicia, 667). En virtud de su resolución notificaba Roda al ministro del Exterior Grimaldi: *Que de qualquiera manera nunca puede ser conveniente permitirle [Göbel] el pasar por Italia, ni la ida a Alemania por las noticias que podía dar del estado de las cosas en Nueva España, de que se halla mui instruido, como lo ha observado el Consejo por las que ha dado, y que deberá permanecer en Madrid hasta que llegue la noticia del arresto y transporte de los Jesuitas de la America (Roda a Grimaldi el 15 de junio de 1767, *ibid.*, Estado, 5062). En cartas de jesuitas aparece Göbel como hermano coadjutor, Roda le llama padre (Huonder, 108). Cf. Mundwiler en la *Zeitschrift für kath. Theol.*, XXVI (1902), 621 ss.

De idéntica manera sería dado encontrar también para la historia de la carta una explicación acabada. Como ocurre en todos los grandes trastornos, con motivo del tumulto de Madrid circularon rumores de diversa índole acerca del rey. El pueblo, para el cual era un enigma inexplicable la inclinación del monarca hacia un individuo como Esquilache, le atribuyó relaciones ilícitas con la mujer del mismo. Lo mismo ocurrió en el asunto de los jesuitas. No hallándose explicación sobre el proceder de Carlos III respecto de aquéllos, tan en contradicción con la conducta de sus antepasados, cundió la voz de que no era hijo legítimo de Felipe V. Mas esta conseja no nació, en cuanto cabe comprobarla, sino hasta después de realizada la expulsión, cuando los jesuitas ya se hallaban de camino hacia Italia, y ni siquiera fué su cuna Madrid o España, sino Roma. El 4 de julio de 1767 escribía Du Tillot a Azara: «Hasta en los buletinos de Roma van esparciendo de que el Rey no es hijo de Felipe V. Los Jesuitas oi son capaces de todo: van la frente alta, y, si no se reprime su insolencia con algun acto de vigor, cada dia embrollarán mas y se harán mas insolentes» (1). Aun cuando en este pasaje no se achaca a los jesuitas la paternidad directa del rumor, en cambio tal extremo se desprende bastante si se relacionan las dos frases. Tres semanas después notificaba nuevamente Du Tillot a Azara: «Hablarán presto en Roma de un otro sacerdote que he hecho prender y conducir en un calabozo en Placenzia, sin que se sepa el motivo, y he dado órdenes porque se tenga secreto. Es un temerario, que tenía el mismo discurso insolente que corría en Roma sobre la persona sacra del rey, hablando de la Reyna y del Alberoni. Quiero saber si ha sido el primer autor en Placenzia, que es una ciudad de oblatos y fanaticos, la mas vil canalla, y que han hecho tanto papel en Madrid con su Bramieri y sin él. No escribo nada de este aresto a Madrid.» (2)

Que Du Tillot hace responsable a los jesuitas de la paternidad del rumor no puede extrañar mucho, dada su franca hostilidad a la Orden. Prueba no adujo ninguna. No carece de fundamento la sospecha de que la patraña fuese incubada por el partido jansenista de Roma y achacada luego a los jesuitas para confirmar con ello al monarca en su aversión contra la Orden y en la resolución tomada,

(1) *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1767.

(2) Du Tillot a Azara el 25 de julio de 1767, *ibid.*

máxime cuando la investigación secreta era proseguida todavía después de la expulsión de los jesuitas.

IX

A propuesta del Consejo extraordinario (1), el día 31 de marzo de 1767 dirigió Carlos III una carta al Pontífice en la cual le comunicaba en breves palabras que por razones apremiantes, por causa de la tranquilidad pública, por el honor de su corona y la paz de sus súbditos, se veía constreñido a expulsar de sus dominios a los jesuitas y enviarlos a los Estados pontificios, para ponerlos bajo la dirección inmediata, tan sabia como piadosa, del Padre y Maestro de los fieles. A fin de que la cámara apostólica no fuera gravada ha designado a cada uno de los desterrados una pensión vitalicia. Dígnese el Papa ver este paso como una ineludible medida de gobierno, a tomar la cual no se había resuelto sino tras largo y maduro examen (2). En la carta adjunta, dirigida al embajador, notaba Grimaldi: por justos y fundados motivos, como es de presuponer, ha tomado el rey la resolución de expulsar la Compañía de Jesús de su reino (3). Al hacer entrega de la carta autógrafa del monarca procure Azpuru soslayar toda suerte de discusión sobre los motivos de la resolución tanto con el Papa y sus ministros como en general con toda persona, y límitese a ensalzar la magnanimidad del monarca, el cual ha designado a todos los expulsos una pensión de cien y noventa pesos, respectivamente.

Tan pronto como llegó el correo fué el embajador a celebrar audiencia. Según su referencia, el Papa exteriorizó repetidas veces su desagrado al leer la carta. A la pregunta que hizo por los motivos de semejante medida, dió el embajador la respuesta que le había sido dictada, a lo cual insistió el Pontífice: ¿Y qué vamos a hacer con toda esta gente? No sé qué respuesta dar a la carta del rey. Inmediatamente después de la conversación con Azpuru, celebró Torrigiani una larga entrevista con el padre general de los jesuitas, luego, por la tarde, una audiencia con el Papa, el cual durante éste

(1) *Consejo extraordinario, 29 de enero de 1767, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 3517.

(2) **Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 47.

(3) *Ha tomado el Rey nuestro Señor con la justicia y solidos motivos, que debe suponerse, la resolucion de extrañar de sus dominios a los Jesuitas... (*Archivo de Simancas*, Estado, 5054).

y todo el día siguiente daba muestras de una gran intranquilidad. Según afirma Azpuru haber oído de una persona fidedigna, el Papa había resuelto en las conversaciones sostenidas con el cardenal secretario de Estado y con el P. Ricci no admitir a los desterrados en los Estados pontificios (1).

Una vez repuesto en parte Clemente XIII del inesperado golpe, tomó la decisión de dirigirse directamente a Carlos III para por lo menos cumplir con su deber de supremo pastor, aun cuando no lograra reparar el daño (2). En un breve conjuró al monarca a que anulara las medidas adoptadas o al menos que las suspendiera hasta que una comisión mixta examinara el asunto; entre todas las calamidades, así proseguía el Pontífice, que sobre Nos han descargado en los nueve calamitosos años de nuestro pontificado, ninguna ha sido tan dolorosa para nuestro corazón paternal como la decisión adoptada por vuestra majestad de expulsar a los jesuitas de vuestro reino. ¿Es posible que también tú, hijo mío, quieras afligir a tu padre? ¿Es posible que el rey católico, tan querido nuestro, pretenda colmar el cáliz de nuestra amargura y, con este nefasto golpe, dar en la sepultura con nuestra vejez colmada de lágrimas y de pesar? ¿Es posible que el pío y bondadoso rey de España ponga ahora al servicio de los enemigos de Dios y de la Iglesia aquel poder de su brazo que Dios le otorgara para defensa de la Iglesia y provecho de las almas, privando para siempre a sus vasallos de una Orden que debe su origen y su gloria a aquel héroe de santidad que Dios escogió del suelo hispano para que difundiera su mayor gloria? Mis fuerzas desfallecen al pensar en las tristes consecuencias. Pero lo que más profundamente me llega al corazón es el temor de que el sabio, bondadoso y concienzudo Carlos III, quien al último de sus vasallos no osaría irrogar una injusticia, pone en peligro su eterna salvación al exterminar completamente toda una corporación religiosa consagrada al servicio de Dios y del pueblo, sin investigar, sin oír, ni dar posibilidad a la defensa, arrebatándole además su buen nombre, su patria y sus legítimos bienes. Si esta terrible medida no puede ser

(1) *Azpuru a Grimaldi el 16 de abril de 1767, *ibid.*, 5044. El embajador veneciano Erizzo afirma que el Papa se había sumido en un profundo silencio, sin responder ni siquiera a la pregunta que Azpuru por dos veces le hizo si tenía que transmitir contestación al rey (Erizzo al Dux el 18 de abril de 1767, *Archivo público de Venecia, Ambasciatore, Roma*, 286).

(2) *Torrighiani a Pallavicini el 16 de abril de 1767, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, *Archivo secreto pontificio*.

justificada nunca ante Dios, ¿de qué os ha de servir alguna vez el aplauso de vuestros consejeros ante el supremo Juez? Si por ventura aquellas palabras «Para la paz y tranquilidad de nuestros pueblos» quieren significar que algún miembro de la Orden fué autor de las revueltas de marzo, ¿por qué no se castiga a los culpables y se deja en paz a los inocentes? Ante Dios y ante los hombres testificamos Nos que la totalidad, el instituto, el espíritu de la Compañía son absolutamente inocentes, y no sólo inocentes sino píos, útiles y santos, tanto en los fines como en las reglas y máximas. A pesar de todos los esfuerzos, jamás han podido demostrar lo contrario los adversarios, sino a lo sumo difunden engaños y calumnias. Es cierto que la Orden se integra de hombres, los cuales pueden errar y delinquir, pero sus faltas no tienen apoyo alguno ni defensa en las reglas y en el espíritu de la corporación. ¿Le es posible a vuestra majestad pensar sin espanto en las consecuencias de tal disposición? Sin parar mientes en el vacío que estos religiosos dejan en España, ni en los frutos saludables que allí han producido los mismos, ¿quién podrá apreciar la triste situación en que caerán las misiones entre paganos cuando se vean privadas de sus pastores y padres espirituales? Si un alma, cuanto más si muchas, se pierden en consecuencia de ello, ¿qué tremendas acusaciones no lanzarán alguna vez ante el tribunal de Dios contra aquellos que les han desposeído de los medios de su salvación?» Contra la objeción de que se trataba de una ley ya publicada, hace notar el Pontífice que no es lo que dirá el mundo lo que ha de pesar, sino lo que sobre el caso dice el cielo, y alude al ejemplo de Asuero, quien, movido por las súplicas de Ester, revocó su orden contra los judíos haciéndose con ello acreedor a la fama de justo. «No queremos Nos recordar las súplicas de vuestra difunta esposa, la cual desde el cielo protesta de su amor a la Compañía, sino que apelamos a los ruegos de la Esposa de Cristo, la santa Iglesia, la cual no puede contemplar sin lágrimas la ruina de un Instituto que en todo tiempo ha producido tan magníficos frutos. Nos añadimos nuestras propias súplicas a las de la Iglesia romana, con tanto mayor motivo cuanto que vuestra majestad y sus gloriosos antepasados han demostrado siempre una especial adhesión a la sede de Pedro. Por el dulce Nombre de Jesús, el que ha sido siempre la divisa de los hijos de Ignacio, en el Nombre de la Santísima Virgen María, cuya Inmaculada Concepción siempre defendieron, en gracia de los pesares de nuestra vejez rogamos y conjuramos a vues-

tra majestad que revoque la orden o al menos la suspenda y someta todo el asunto a justo examen y oiga el parecer y consejo de los prelados en un asunto que atañe al Estado y a la Iglesia, a la salvación de las almas, a la conciencia de vuestra majestad y su propia salvación eterna. Nos estamos persuadidos de que vuestra majestad reconocerá al momento que el castigo y exterminio de toda una corporación ni es justo ni responde a la culpa, cuando sólo algunos pocos son los delincuentes.» (1)

Como el nuncio Pallavicini siguiera todavía postrado por la enfermedad (2), la presentación del breve fué confiada a Vincenti, quien con todo no esperaba resultado alguno de él (3). Al presentarse al atardecer del 28 de abril en Aranjuez le fué negada la audiencia por la razón de pugnar con la etiqueta palaciega la recepción de un auditor (4); con todo, Grimaldi manifestó estar dispuesto a cursar el documento. Tan luego como el rey hubo leído el breve lo remitió al Consejo extraordinario para que deliberare acerca de la respuesta que había que dar a Roma. Al auditor le mandó decir que la proposición llegaba demasiado tarde; que sus medidas, adoptadas con maduro y cuidadoso examen, eran inmutables, mayormente hallándose ya en curso la ejecución y estando además gran parte de los desterrados camino de los Estados pontificios. En tal caso, replicó Vincenti, el Pontífice hace saber al rey que no admitirá a los jesuitas españoles. A esto mandó contestar el rey que le sorprendía semejante negación y hallaba extraño que el Padre Santo no quisiera tener a aquellos a quienes él tanto había recomendado siempre; había admitido a los jesuitas portugueses, y en cambio rechaza a sus hermanos de España, los cuales no serían gravosos a los Estados pontificios, puesto que disfrutaban de una pensión vitalicia. El Pontífice era ciertamente soberano en sus dominios y podía admitir a quien le pluguiera, pero también era Cabeza de la Iglesia. Europa entera reconocería la conveniencia de que el Padre recibiera a los hijos. Mas era absolutamente indiferente que el Padre Santo recibiera o no a los jesuitas; el rey no variará su resolución. Las naves pasarían por delante de los puertos de los Estados pontificios para paten-

(1) Ibid. y *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 47; traducción en Danvila y Collado, III, 633 ss.; Theiner, *Histoire*, I, 77 ss.

(2) *Vincenti a Torrigiani el 27 de abril de 1767, *Nunziat. di Spagna*, 303, loco cit.

(3) Segunda *carta de Vincenti a Torrigiani del 27 de abril de 1767, *ibid.*

(4) *Grimaldi a Vincenti el 29 de abril de 1767, *ibid.*

tizar ante el mundo entero que el rey había hecho cuanto estaba de su parte para albergar de manera conveniente a los expulsos y que por tanto la falta no estaba de parte suya. Los capitanes tenían orden de protestar y levantar acta protocolaria. Entre tanto meditaría el rey dónde alojar a los desterrados, dado que él está firmemente resuelto a no hacerlos volver a España en caso alguno. Todas las funestas consecuencias deberá el Papa atribuírselas a sí mismo (1).

Aranda recibió el encargo de que los funcionarios pusieran en ejecución las primitivas órdenes en la forma prescrita. Caso que el desembarco encontrara resistencia, los capitanes no apelarían al uso de la fuerza, pero sí protestarían solemnemente y desembarcarían a los desterrados en la isla de Córcega, y por cierto exclusivamente en aquellos puertos que estuvieran ocupados por rebeldes protegidos por la corte de Roma. Esta orden debe quedar entre tanto oculta a los funcionarios, a fin de que la curia romana no pueda adoptar medidas en contra. Solamente se dará cuenta confidencialmente de ello a Azpuru (2).

Si el Pontífice se había forjado alguna esperanza de éxito, tuvo que considerarla perdida al ser remitido el breve al Consejo extraordinario. Esta corporación era de parecer que el documento, cuyo tono afectuoso es reconocido por amigos y enemigos (3), carecía de la mansedumbre apostólica, lo mismo que de aquella cortesía y moderación que al rey de España era debida. Propiamente tendrían que haberlo rechazado, pues se ventilaba un asunto exclusivamente temporal, sobre el cual ningún poder sobre la tierra tenía derecho a pedir cuentas. Mas tratándose de la primera carta habida en este asunto, habían tenido a bien aceptarla para cortar todo pretexto a la corte romana. La notificación de la expulsión no pasaba de un simple acto de cortesía. Entablar discusión con el Pontífice sobre la legitimidad de la medida significaría comprometer la soberanía del rey. El elogio de la Compañía de Jesús tiende a desvirtuar la consulta,

(1) *Roda a Aranda el 29 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667; *Grimaldi a Fuentes el 2 de mayo de 1767, *ibid.*; *Grimaldi a Azpuru el 30 de abril de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 47; *Vincenti a Torrigiani el 30 de abril de 1767, *Nunziat. di Spagna*, 303, loco cit.

(2) *Roda a Aranda el 29 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667; *Roda a Azara el 12 y 18 de mayo de 1767, *en poder de los jesuitas*, *Hist. Soc.*, 234, I.

(3) Theiner, *Histoire*, I, 77; Ferrer del Rio, II, 172; Rousseau, I, 232 s.

dado caso que ésta, refiriéndose a los adversarios que dentro y fuera de sus filas propias tiene la Orden en España, repite todos los antiguos cargos, como la altanería, el despotismo, la moral laxa, el escepticismo, el molinismo, el regicidio, las constantes discordias con los prelados, las universidades y otras Órdenes. Que las constituciones y máximas de los jesuítas están en pugna con el derecho político y canónico, con el derecho natural y con el derecho divino positivo fué demostrado hasta la evidencia por los tribunales y escritores de Francia y Portugal. Dado el exceso que existe de clero tanto secular como regular, no se ha de notar la falta de los jesuítas ni en España, ni en las misiones donde han tolerado las supersticiones paganas, se han apoderado de los bienes, han tratado a los españoles como a enemigos, se han arrogado la soberanía, han sublevado a los indígenas, han enseñado cosas abominables contra el servicio del soberano y hasta han acaudillado ejércitos contra las tropas del rey. En los últimos tiempos han pretendido, dentro mismo de España, transformar el gobierno en su sentido sentando sus recusables dogmas y llevándolos a la práctica. Los jesuítas no son ni útiles ni insustituibles; por el contrario, notoriamente perjudiciales: tolerarlos significaría llevar al Estado a la ruina segura. La permisión o expulsión de una Orden es incumbencia exclusiva del gobierno, dado que las Órdenes no fueron instituidas por Cristo como los obispos y los párrocos, y por tanto no son esencialmente necesarias para la Iglesia. Si en las revueltas y conjuraciones hubieran tomado parte sólo alguno que otro jesuita, entouces sería ciertamente injusta su expulsión, pero en tal caso no se hubiera dado tampoco unanimidad para adoptar tal medida. Además, en la Compañía es nulo el poder de los individuos particulares, todas las acciones de cada uno dependen de la dirección de la Orden y aquélla se ha depravado absolutamente. Por otra parte, no se ha procedido por vía judicial sino gubernativa, sin herir en lo más mínimo la inmunidad eclesiástica. En el nuevo proceso, que el Pontífice desea, quisiera él ver actuar a obispos y a religiosos de jueces, precisamente porque sobre ellos ejerce un notable influjo. Esto significaría sin embargo poner en ascuas todo el reino. Por otra parte, el arzobispo de Manila y el obispo de Ávila, y ambos proceden del estado religioso, no sólo han aprobado la expulsión, sino que la han estimado necesaria. Y un religioso, fray Juan Márquez, ha sido quien ha sentado la doctrina de que nada ha de temer un soberano en más alto grado que las asociaciones poderosas;

y ¿quién había más poderoso que los jesuitas? La participación en la revuelta no fué la única causa de su expulsión, sino el espíritu de fanatismo, de rebelión, de falsa doctrina y de insoportable altanería que en dicha corporación había sentado su trono. El soberano que en esto diera su brazo a torcer sería la primera víctima. En vista de lo cual vea el rey de concebir su respuesta en términos concisos y ajustados, a fin de cortar ulteriores discusiones y para no quebrantar el precepto del silencio que él mismo impuso. Al embajador de Roma hay que darle a entender que la expulsión de los jesuitas es un asunto que depende exclusivamente de la autoridad del monarca y que éste lo juzga ya liquidado (1).

En su contestación afirmaba Carlos III encarecidamente que sentía la más honda conmiseración por el dolor del Pontífice, a quien él veneraba como a representante de Cristo y por sus dotes personales. Pero todavía le apenaba más que el Padre Santo considerara poco fundada su medida. Podía asegurar haber tenido sobradas razones para desterrar de España para siempre a toda la Compañía y no sólo a algunos miembros. Con el auxilio de la divina gracia jamás había perdido de vista en este asunto la cuenta estrecha que alguna vez tendría que rendir sobre el gobierno de sus vasallos lo mismo que del bien temporal y eterno de los mismos; por esta razón había dado las disposiciones necesarias para que no faltase el debido socorro (2).

Entre tanto se había celebrado el 21 de abril de 1767 una sesión extraordinaria de dos horas de la Congregación de ocho cardenales en presencia del Papa para deliberar sobre la admisión de los expulsos. Mientras que los dos cardenales Rossi y Cavalchini se expresaron en pro, votaron en contra los seis restantes (3). Aquel mismo día notificó Torrigiani al nuncio de Madrid que Clemente XIII se ratificaba en su negación. Era contra todo uso el que un soberano enviara

(1) *Consulta del Consejo extraordinario del 30 de abril de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 47, y Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.; Ferrer del Río, II, 174 ss.

(2) Carlos III a Clemente XIII el 2 de mayo de 1767, en Danvila y Collado, III, 635 s.; Ferrer del Río, II, 178 s.

(3) *Azpuru a Grimaldi el 21 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5044, la minuta en el *Archivo de la Embajada española de Roma*, Registro de la Corresp., 106; *Resumen de las correspondencias de Roma por lo respectivo a haberse negado el Papa a la admisión de los Jesuitas, *Archivo de Simancas*, Estado, 5044.

tan crecido número de desterrados a los dominios de otro sin recabar de antemano su consentimiento o al menos informarle de ello. El Pontífice no puede otorgar acogida a todos los jesuitas procedentes de España y de las Indias, por grande que sea la contrariedad que en su bondadoso ánimo cause el verse precisado a rechazar a los desgraciados. Pues para alojar estos millares de desterrados no son suficientes las casas de la Compañía, y para encontrar y en algún modo aderezar tantas moradas a propósito se necesitan sumas que superan las disponibilidades económicas de la Orden. Fuera de esto el Pontífice se opone a ello escarmentado por la experiencia con los portugueses de admitir tantos religiosos inactivos y por ende inútiles, quienes con el ánimo irritado y exasperado por los sufrimientos y privaciones propenden a las revueltas y están en vías de desesperación. Además, dada la mala cosecha del presente año, es de temer que, por causa de la subida de precios, se produzcan disturbios populares. Sobre todo es de tener en cuenta la inseguridad de la pensión, la cual puede ser suprimida a todos los españoles si algún jesuita, uno cualquiera del mundo, habla, escribe o hace algo contra la real disposición, con lo cual toda la carga del sostenimiento pesaría sobre la Santa Sede (1).

Poco después de la sesión notificó Torrigiani al embajador español que a los marinos españoles se les dispensaría el trato respetuoso que era debido y se les facilitaría el descanso y los comestibles que necesitasen; pero que el Pontífice persistía en su negativa. Vea el embajador, en consecuencia, de adoptar las medidas concernientes, puesto caso que ya es inminente la llegada de los primeros navíos (2). Azpuru respondió que no era ésta incumbencia suya y que ninguna orden había recibido referente al caso (3).

Como el general de los agustinos había sugerido (4), el 22 de abril dirigió Azpuru, en conformidad con la real pragmática, una circular a todos los grandes y comunidades religiosas españoles informándoles de la expulsión de los jesuitas e intimándoles la disposición que prohibía a todos los súbditos españoles sostener toda suerte

(1) *Torrighiani a Pallavicini el 21 de abril de 1767, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit., y *Archivo de la Embajada española de Roma*, Registro de la Corresp., 106.

(2) *Azpuru a Grimaldi el 21 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5044.

(3) *Resumen de las correspondencias, *ibid.*

(4) V. anteriormente, pág. 407.

de trato, de palabra o por escrito, con los expulsos (1). A la pregunta de algunos grandes si ellos o al menos su personal doméstico podrían seguir tratando con los jesuitas italianos, hizo contestar que se guiasen por lo que su fidelidad al soberano y la prudencia les inspirasen (2). Dada la dependencia económica con que la mayor parte se hallaban atados a la corte no les quedó más solución que someterse a la orden dada (3). El mismo Azpuru, quien hasta entonces había estado en constante e íntimo trato con los jesuitas, no se dejó ver más en casa de los mismos (4). Con grandes demostraciones y aspavientos quiso acreditar su rendidísima sumisión monseñor Zelada, el cual gracias a la intercesión de los jesuitas había conseguido sus prebendas y visitaba casi a diario a los superiores mayores de la Orden (5). Sin aguardar el comunicado oficial, bastóle la simple noticia del destierro de los jesuitas para romper todo trato con ellos. No sólo evitó las visitas a sus casas y les prohibió la entrada en su morada, sino que ni siquiera alternaba con ellos en moradas ajenas, negaba la comunión a los seglares que habían hecho los ejercicios con ellos, sustituyó al jesuita por un franciscano en el cargo de confesor propio y tomó a un piarista por su teólogo consultor. A fin de no tener que rozarse con los proscritos en su cualidad de secretario de la Congregación del Concilio, había mandado a los oficiales mandarlos directamente al cardenal prefecto (6). La corte española, a la que él suplicó se informara de su pronta obediencia, le recompensó su adhesión con el nombramiento de arcediano en la metropolitana de Santiago (7). Entre la nobleza romana se distinguió el que más por su paroxismo el joven príncipe Doria. Aun cuando había sido educado por los jesuitas y contaba un tío en la Orden, mandó fijar en la antecámara de su sala de recepciones una disposición por la cual se excluía a los jesuitas de su palacio. Sin previo aviso sacó

(1) *22 de abril de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Registro de la Corresp., 106. Cf. *Azpuru a Grimaldi el 16 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5044.

(2) *Azpuru a Grimaldi el 23 de abril de 1767, *ibid.*

(3) La *carta de sumisión en el *Archivo de la Embajada española de Roma*, Registro de la Corresp., 106.

(4) Cordara, *De suppressione*, 104.

(5) *Ibid.*

(6) *Zelada a Azpuru el 16 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5044; *Zelada a Grimaldi el 27 de mayo de 1767, *ibid.*

(7) *Azpuru a Grimaldi el 17 de septiembre de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Registro de la Corresp., 106.

a sus dos hermanos menores del seminario romano y retiró de la iglesia de los jesuitas una fundación de misas hecha por su madre (1). El príncipe Piombino sustrajo al padre general el coche que hasta entonces había puesto siempre a su disposición (2). Por haber recibido al general después de promulgada la pragmática el embajador de Nápoles en Roma, cardenal Orsini, recibió un réspece de Tanucci por semejante *escandaloso* proceder, después de lo cual suspendió todo trato con los desterrados e igualmente cambió de confesor (3). El general de los dominicos, Boxadors, prohibió a sus súbditos españoles que el día de San Ignacio fueran a la iglesia jesuítica del Gesù, según antigua costumbre, a celebrar la santa misa. Además había dispuesto que si por ventura en la fiesta de Santo Domingo acudían jesuitas a Santa María sopra Minerva (cosa que él no podía impedir por tratarse de un convento italiano), no se les condujera a su aposento ni fueran saludados por dominico alguno español (4). Idéntica providencia había tomado el general de los camilos respecto a la fiesta de su fundador (5). Algunos jesuitas españoles que se dirigieron a la iglesia de los trinitarios españoles para celebrar allí la misa en honor del beato trinitario Simón de Roxas, fueron despachados de la sacristía, aun cuando los trinitarios habían confiado anteriormente al jesuita Cordara la redacción de la biografía de dicho beato (6).

Como el cardenal secretario de Estado protestara por medio del auditor Vincenti contra semejantes atropellos contra el derecho doméstico pontificio (7), Grimaldi defendió el proceder de Azpuru y elogió su moderación (8). Al ministro de Estado se dió el encargo de expresar a todos los grandes y prelados el beneplácito del rey

(1) Cordara, De suppressione, 104; *Andrea Doria a Roda el 2 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667; *Roda a Doria el 28 de julio de 1767, *ibid.*; Ricci, *Espulsione, 23.

(2) Cordara, loco cit.; *Ternanini, n. 32.

(3) *Tanucci a Orsini el 20 y 27 de junio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6001; *Azpuru a Grimaldi el 25 de junio de 1767, *ibid.*, 5044.

(4) Azpuru a Grimaldi el 6 de agosto de 1767, *ibid.*, 5045.

(5) *Ibid.*

(6) Cordara, De suppressione, 104 s. Qui demumcumque ad aulam Matritensem quocumque titulo respiciebant, nobiles, plebeique, religiosi perinde ac laici, continuo se ab omni Iesuitarum consortio abstraxere, imo eos defugere tamquam peste contactos coepere (*ibid.*).

(7) *Torrighiani a Vincenti el 30 de abril de 1767, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.

(8) *Vincenti a Torrighiani el 19 de mayo de 1767, *ibid.*, 303.

por su fidelidad y adhesión (1). Hase querido demostrar, observa Grimaldi, hasta dónde alcanzaba el influjo del monarca español, mas al mismo tiempo se ha pretendido presionar al Papa y a Torrigiani y patentizar a todos los que tuvieran relaciones con España que el reconocimiento del príncipe guardarla correspondencia con el proceder de los mismos (2).

Como quiera que el gobierno de Madrid no contaba con la negación del Pontífice al desembarco de los jesuitas, hallábase el representante de aquél desprovisto de toda instrucción para este inesperado caso. Tanucci, a quien en su aprieto recurrió Azpuru, dió el consejo de desembarcar a los expulsos religiosos en cualquier punto indefenso de la costa, en la isla del Elba o en Piombino, pues el honor del rey reclamaba que no regresaran a España (3). En la corte de España se pensó en Córcega, y mientras los ministros de Carlos III no hallaban compaginable con la dignidad del monarca entablar negociaciones con el Papa, no encontraron dificultad alguna en proponer al jefe corso de los insurrectos, Paoli, la solicitud de que recibiera a los desterrados (4). Con todo, pronto se dió de mano a este proyecto, al cual no se apelaría sino en caso extremo (5). Por medio del cónsul Cornejo solicitó Grimaldi del senado de Génova (6) y por mediación del conde de Fuentes, del gobierno francés, permiso para desembarcar a los jesuitas en los puertos genoveses de Obedienz ocupados por los franceses (7). Con iguales pretensiones recurrió a

(1) *Grimaldi a Azpuru el 5, 12 y 19 de mayo de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 47; *Roda a Grimaldi el 24 de agosto de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5045.

(2) *Grimaldi a Azpuru el 12 de mayo de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 47. Parece que también ejerció influjo en el elector de Tréveris Clemente Wenceslao. El embajador del Palatinado en Viena, barón von Ritter, *escribió con fecha del 6 de junio de 1767 al ministro de Estado barón v. Wachtendonk: S. M. Catholique donnant une pension au Pr. Clément de Saxe, doit aussi avoir exigé de S. A. R. d'éloigner les Jésuites qui lui sont attachés e l'on ne doute pas que ce prince ne le fasse (*Archivo público de Munich*, cofre negro, 26/3). El *27 de junio de 1767 volvió a insistir el embajador en el asunto (*ibid.*).

(3) *Tanucci a Azpuru el 20 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5044; *Carlos III a Tanucci el 5 de mayo de 1767, *ibid.*, 6056.

(4) *Aranda a Roda el 1.º de mayo de 1767, *ibid.*, Gracia y Justicia, 667.

(5) *Roda a Azara el 5 de mayo de 1767, *en poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 234, I.

(6) *Grimaldi a Cornejo el 2 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5651.

(7) *Grimaldi a Fuentes el 2 de mayo de 1767, *ibid.* Gracia y Justicia, 667.

Paolucci, secretario de Estado del duque de Módena (1). Azpuru recibió órdenes secretas de entretener los transportes en la rada de Civitavecchia hasta tanto no llegasen los suspirados permisos (2). Las potencias se manifestaron condescendientes, sin embargo no omitió Choiseul la indicación de las grandes dificultades. Ignorábase indudablemente en Madrid el estado en que se hallaban las circunstancias en Córcega; era absolutamente imposible proveer allí de alimentos y habitación a tres mil forasteros (3).

El 12 de mayo llegó el correo con la respuesta del rey para el Pontífice, y al día siguiente tuvo Azpuru audiencia (4). Leída la carta, manifestó el Papa que el escrito lejos de producirle el menor consuelo, no había hecho más que exacerbarle el dolor; no le quedaba más que acogerse al Padre de la misericordia y Dios de toda consolación. Pero que no le era posible resolverse por admitir a los desterrados puesto que no sabía dónde albergar a tanta gente. Como el embajador hiciese notar que los españoles no venían desprovistos como los portugueses, replicó que la experiencia adquirida con la admisión de los últimos era precisamente una de las razones para negarse a dar acogida a los expulsos (5).

Por la tarde del mismo día 13 de mayo arribaron trece transportes con quinientos setenta jesuitas de la provincia de Aragón a la rada de Civitavecchia (6). Conforme a las órdenes recibidas, el comandante pontificio del puerto había reforzado las fuerzas, provisionó de pólvora la fortaleza y mandó preparar los cañones (7). Esto, sin embargo, no pasaba de ser una aparente maniobra, supuesto

(1) *Grimaldi a Paolucci el 5 de mayo de 1767, *ibid.*, Estado, 5048.

(2) *Grimaldi a Azpuru el 2 de mayo de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 47.

(3) *Choiseul a Ossun el 11 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4686; *Cornejo a Grimaldi el 11 de mayo de 1767, *ibid.*, 5651.

(4) *Azpuru a Torrigiani el 12 de mayo de 1767, *Nunziat. di Spagna*, 433, loco cit.

(5) *Azpuru a Grimaldi el 14 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5044; *Torrighiani a Azpuru el 13 de mayo de 1767, *Nunziat. di Spagna*, 433, loco cit. Cf. *P. Berrio al P. Cornejo el 5 de febrero de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777.

(6) *Billete a Torrigiani del 13 de mayo de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Sobre la expulsion de los Jesuitas», 1767; *El capitán Barceló a Azpuru el 13 de mayo de 1767, *ibid.*; *Enríquez a Azpuru el 13 de mayo de 1767, *ibid.*

(7) *Puccita a Azpuru el 15 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5045; Nonell, Pignatelli, I, 246.

que tenía órdenes secretas de no hacer uso de las armas en caso de guerra (1). Tanto al capitán como a la oficialidad, a quienes trató con la más exquisita consideración, les fué permitido tomar tierra; los jesuitas, por el contrario, hubieron de permanecer en los navíos, excepción hecha de algunos gravemente enfermos (2). Azpuru instó nuevamente con toda suerte de apremios al cardenal secretario de Estado para recabar la admisión de los expulsos (3). En vista de ello celebró la congregación de cardenales una nueva sesión en presencia del Papa. Las opiniones de los asistentes estuvieron divididas. Fuera de las razones ya expuestas anteriormente para la recusación, se hizo notar lo indigno que era para un Pontífice el convertirse en ejecutor de la sentencia de un tribunal laico, como lo era el Consejo extraordinario de Castilla. Además era de temer que con tal condescendencia fuera allanado el camino a otros soberanos para hacer otro tanto, y esto significaría una inundación de veinte mil religiosos en los Estados pontificios. Finalmente: o los jesuitas españoles eran buenos, y en ese supuesto no le era lícito al rey expulsarlos, o eran malos, y en tal caso el Papa tampoco los quería tener. Otro partido era de parecer que se debía secularizar a todos los recién llegados. Así opinaban principalmente los cardenales Cavalchini y Stoppani; puesto caso que dentro de poco habría que extinguir la Compañía de Jesús, nada importaba, decían, si esto se realizaba algunos años antes. Fuera del claustro no podrían llevar vida religiosa regular, con lo cual se abriría ancha puerta a los escándalos. En contra de esto se hizo notar que no era conforme a equidad privar a tan crecido número de religiosos de su estado sin proceso y contra la voluntad de los mismos; además de que por este procedimiento fomentaba el Papa las aspiraciones de los enemigos de la Iglesia, siendo, por otra parte, muy problemático el que este recurso moviera al rey de España a tolerar a los jesuitas en sus territorios (4). Con la mayoría de los

(1) *L'ordine a Civitavecchia fu di non permettere lo sbarco ad esclusione della violenza manifesta, perchè se i Spagnuoli l'avessero veramente fatta, non si voleva resistere. Il comandante de'sciabecchi cominciò a parlare alto; ma veduti alcuni picchetti di soldati girare pel porto, abbassò la voce. L'eccezione della violenza era segreta, acciò non venissero a questa (Ricci, *Espulsione*, 42).

(2) *Puccita a Azpuru el 15 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5045.

(3) *Azpuru a Torrigiani el 14 de mayo de 1767, *Nunziat. di Spagna*, 433, loco cit.

(4) Parece que también Torrigiani pensó durante largo tiempo en la secularización de todos los jesuitas españoles, con la esperanza de evitar con ello

cardenales se resolvió Clemente XIII a persistir en su decisión recusante, como Torrigiani transmitió sin pérdida de tiempo al embajador y gobierno de Madrid (1). Entonces probó Azpuru a conseguir un cambio en la voluntad del Pontífice por vías particulares, acudiendo al sobrino de Clemente XIII, el mayordomo Rezzonico. Éste le aseguró que había logrado hacer mudar de opinión a su tío (2). Pero al toque del ángelus recibió un billete del cardenal secretario de Estado el cual no le trajo más que la ratificación de la negativa (3). Azpuru atribuyó este cambio brusco a la audiencia que Torrigiani y Ricci habían celebrado en el interin con el Pontífice (4), si bien el padre general asegura repetidas veces en su diario (5) y Torrigiani lo confirma en una carta (6) no haber tenido el más mínimo influjo en la decisión del Pontífice, el cual no mencionó para nada, en la

la inundación de los Estados pontificios de desterrados (*Torrighiani a un cardenal que no nombra el 18 de abril de 1767, Regolari, Gesuiti, 48, *Archivio segreto pontificio*). Que el propio padre general pidiera la secularización de sus religiosos españoles, como *Erizzo informó al dux de Venecia (25 de abril de 1767, *Archivio público de Venecia*, Ambasciatore, Roma, 286) no tiene comprobación alguna en su diario. El folleto *Parere dell'Eminentissimo Sig. Cardinale Carlo Alberto Guidobono Cavalchini... esposto nelle [!] Congregazione de S. Officio [!] in occasione dell'espulsione de' Gesuiti dalla monarchia di Spagna* (Lucca, 1768) es sólo uno de los muchos libelos de aquella época y carece de todo fundamento histórico. Cf. Ricci, *Espulsione, 35. *Si sa però che i cardinali della Congregazione son risoluti ad escluderli, tolti i cardinali Cavalchini e Stoppani che hanno detto doversi già distruggere tra poco la Compagnia ed essere poco male che si distrugga qualche anno prima (ibid., n. 58).

(1) *A Azpuru el 14 de mayo de 1767, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.; *a Vincenti el 14 de mayo de 1767, Registro di cifre, ibid.

(2) *Resumen, *Archivio de Simancas*, Estado, 5044.

(3) *Azpuru a Grimaldi el 21 de mayo de 1767, ibid., 5045.

(4) Ibid.; *Resumen, ibid., 5044. La misma afirmación que Azpuru había hecho ya el 16 de abril (*a Grimaldi el 16 de abril de 1767, ibid., Estado, 5044) la repitió el embajador veneciano Erizzo en su *despacho del 16 de mayo de 1767 (*Archivio público de Venecia*, Ambasciatore, Roma, 286); asimismo las Reflexiones criticohistóricas, V, Venecia, 1767, 31, citadas por Ferrer del Río, II, 190. Aubeterre insinúa la misma afirmación en su carta a Choiseul del 20 de mayo de 1767, en Carayon, XV, 405. Esta exposición ha pasado en lo sucesivo a varias obras históricas, por ejemplo, Brosch, Kirchenstaat, II, 122; Huber, Jesuitenorden, 521. Böhmer escribe (2 166): «Aber als die Unglücklichen in Civitavecchia landen wollten, wurden sie auf Wunsch ihres eigenen Generals, der schon an den vertriebenen Portugiesen genug hatte, mit Kanonenschüssen empfangen». De los cañonazos no se habla ni siquiera en las fuentes enemigas. Cf. Carayon, XV, xli n. 1; Ferrer del Río, II, 193, n. 1.

(5) Ricci, *Espulsione, 33; cf. 40, 41, 52.

(6) A cierto cardenal innominado *auguró Torrigiani el mismo 14 de mayo que el Papa no quería que el general de los jesuitas se ocupase en el asunto de manera alguna (Regolari, Gesuiti, 48, *Archivio segreto pontificio*).

conversación referente, el mencionado punto (1). Conatos posteriores del cardenal Cavalchini (2) y del mayordomo (3) se estrellaron en la tenacidad con que los españoles mantenían en pie las condiciones a que vinculaban el pago de la pensión a los expulsos (4).

No obstante la tirantez que la no admisión de los jesuitas en los Estados pontificios produjo entre las cortes de Madrid y Roma, en ninguna de las dos partes existía propensión seria a llevar el caso a un rompimiento, por más que Azpuru lanzara contra el cardenal secretario de Estado y el padre general la acusación de que trabajaban en este sentido (5). En vista de las tristes consecuencias que la ruptura de las relaciones diplomáticas con Portugal había producido para la Iglesia de dicha nación, era un imperativo de prudencia para la curia romana evitar por todos los medios otro rompimiento con otra gran potencia, aun cuando dió a entender que no estaba dispuesto el Pontífice a conseguir la paz a cualquier precio (6). Por más que Grimaldi, tanto en su conversación con el auditor Vincenti (7) como en sus cartas a Azpuru (8), había dejado escapar

(1) Ibid. Cf. Termanini, *Vita del R. P. Ricci, n. 29.

(2) *A Azpuru el 23 de junio de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Registro de la Corresp., 106; *Azpuru a Cavalchini el 23 de junio de 1767, *ibid.*

(3) *Azpuru a Grimaldi el 21 de abril, 18 y 25 de junio y 30 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5044 y 5045; *Grimaldi a Azpuru el 14 de julio de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 47. Por su actitud afecta a los Borbones recibió Rezzonico, por recomendación de Francia y España, el capelo cardinalicio (*Grimaldi a Azpuru el 21 de julio de 1767, *ibid.*; *Du Tillot a Azara el 29 de diciembre de 1767, *ibid.*, Exped. «Parma», 1767.

(4) *Al nuncio Giraud aseguró Azpuru: Que conocía ser ventajoso al Papa y su estado recibirlos si se asegurase el asignamiento hecho para su subsistencia reformando la condición penal de perderle todos, si alguno escribiese contra la Pragmática y si S. M. se ofreciese a mediar con el Rey de las Dos Sicilias y el Infante Duque de Parma para contener el golpe de igual extrañamiento que en sus Estados amenazaba a los Jesuitas (Resumen, *Archivo de Simancas*, Estado, 5044). Cf. *Roda a Azara el 14 de julio de 1767, *en poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 234, I.

(5) *Azpuru a Grimaldi el 21 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 1767; *Azara a Grimaldi el 21 de abril de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Corresp. Azara-Grimaldi», 1767. Tanucci declaró que los temores de Azpuru eran infundados; Roma no quería el rompimiento (a Centomani y Azara el 25 de de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6000).

(6) *Torrigiani a Azpuru el 14 de mayo de 1767, *ibid.*, 5045.

(7) *Vincenti a Torrigiani el 30 de abril y 16 de junio de 1767, Nunziat. di Spagna, 303 y 304, loco cit.

(8) *Grimaldi a Azpuru el 5 de mayo de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped., 65/4.

repetidas veces solapadas amenazas y el embajador no olvidó de darles curso (1); pero ello no pasaba de ser una aparente maniobra encaminada a inducir a Roma a la condescendencia, a fin de evitar al rey una humillante derrota. En realidad, los políticos dirigentes, en atención a la opinión pública y al religioso carácter de Carlos III, ansiaban que el caso no llegase al último extremo (2). El mismo Vázquez, tan fogoso adversario de los jesuitas, disuadió a su amigo Roda de romper con la curia, para que los eternos ciegos no pudieran decir que las naciones que se despojaban de los jesuitas se divorciaban también de la Iglesia (3).

Por fin llegó a Roma el permiso de la señoría de Génova (4), y el 18 de mayo dió orden Azpuru a los capitanes de los barcos para que, levantada acta solemne de protesta, sin dilación tomaran rumbo hacia el puerto de Bastia, donde les esperaban ulteriores órdenes (5). Al llegar a dicho punto el 22 de mayo, aguardaba a los jesuitas un nuevo desengaño. A pesar del consentimiento de su gobierno, el comandante mayor francés, conde de Marbeuf, se negó en absoluto a permitir el desembarco (6) por razones de humanidad. A Choiseul le hizo notar la absoluta imposibilidad que había de albergar tan crecido número de religiosos en la isla. Por doquier llameaba la antorcha bélica y no había ni viviendas ni comestibles para aquellos millares. Los propios habitantes del país apenas si tenían lo más indispensable para vivir, y sus soldados se veían en la precisión de proveerse de alimentos en Francia (7). Un mes largo llevaban ya los navíos en la rada y las negociaciones no acababan de llegar al fin. A los jesuitas, que sufrían indecibles penalidades por las inclemencias del tiempo y del mar, les estaba permitido trasladarse diariamente

(1) *Azpuru a Grimaldi el 21 de abril, y 14 y 21 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5044 y 5045.

(2) *Roda a Azara el 5 de mayo de 1767, en *poder de los jesuitas*, loco cit.

(3) *Vázquez a Roda el 23 de abril de 1767, *Biblioteca de San Isidro de Madrid*, Cartas de Vázquez, t. I.

(4) *Azpuru a Grimaldi el 21 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5045.

(5) *Circular de Azpuru a los capitanes de los barcos del 18 de mayo de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Sobre la espulsion de los Jesuitas», 1767; *Azpuru a Barceló el 14 y 16 de mayo de 1767, *ibid*.

(6) Barceló a Azpuru el 22 de mayo de 1767, *ibid*.

(7) *Marbeuf a Choiseul el 16 y 22 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4565; Cornejo a G. Gnecco el 25 de junio de 1767, *ibid.*, 5057.

algunas horas a la playa (1). Hasta el 30 de junio no pudo Grimaldi comunicar al embajador en Roma la noticia de que Marbeuf había recibido orden formal de admitir a los desterrados. Con esto han sido vencidos Torrigiani y Ricci, añadía en son de triunfo (2).

Los sublevados corsos habían prometido por su parte a los jesuitas seguridad y salvoconducto (3), y el gobierno español había designado comisarios (4) para que alojasen a los desterrados en las ciudades de Bastia, Ajaccio, Calvi y Algajola, comprasen comestibles en Génova y los repartiesen en Córcega (5), mas, a pesar de todo, la situación de los jesuitas no era nada envidiable según la relación de amigos y enemigos (6). Como en los lugares costeros, los únicos conservados por franceses y genoveses, ya no había más lugar, no tuvieron otro remedio que detener en el mar en su mayor parte a los miembros de la provincia de Aragón hasta que por fin, después de cinco meses, hallaron un mísero albergue en Ajaccio (7). Sólo muy pocos de los desterrados recibieron alojamiento en domicilios particulares, donde tuvieron que convivir día y noche con las familias. La mayor parte se hubieron de conformar con un rincón en alguna capilla en ruinas, en bodegas de aceite, graneros, establos o parecidas guaridas. Faltábales lo más indispensable del ajuar como

(1) *Enriquez a Azpuru el 21 de junio de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Espulsión de los Jesuitas», 1767.

(2) Ibid., Reales Ordenes, 47.

(3) *Proclamación de la ciudad de Calvi del 15 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5650; *Convención de Calvi [2 de septiembre de 1767], *ibid.*, 5651; Nonell, Pignatelli, I, 264.

(4) *Grimaldi a L. Gnecco el 3 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5054. Los dos españoles Laforcada y Coronel tenían a su cargo la «administración» y la vigilancia, y los dos genoveses Jerónimo y Luis di Gnecco la provisión de víveres (*Roda a Grimaldi el 11 de julio de 1767, *ibid.*, Gracia y Justicia, 667).

(5) *Instrucción de los comisionados de Genova y Corcega, *ibid.*, Estado, 5054.

(6) Cian escribe: Tutti gli storici imparziali s'accordano nel riconoscere che la violenza usata dal Borbone di Spagna contro queste schiere di inermi, che piegavano tranquilli il capo sotto il peso del loro destino, era ingenerosa e crudele (Accademia Reale delle scienze di Torino, 1894/95, Turín, 1895). Amplia relación de su trato en Isla, Memorial, 160 ss.; Blassius Larraz, *De rebus Sociorum prov. Aragoniae Soc. Iesu ab edicto ipsis ex Hispania exsilio usque ad Societatis abolitionem commentarii tres, en *poder de los jesuitas*, Aragonia, 30; Paramás, Annus patiens, traducción en Carayon, XVI, 259 ss.; [Rodeles], Vida del P. Calatayud, 448 ss.; Nonell, Pignatelli, I, 241 ss.; Cuevas, IV, 426 ss.; Rousseau, I, 238 ss.

(7) Rizzi, *Espulsione, 69.

mesas, sillas, vajilla, cubiertos. Los víveres andaban escasos, la alimentación era deficiente, a veces incluso podrida, y los precios tan elevados que la exigua pensión apenas si alcanzaba. La escasez de libros les era agobiante. Las obras científicas de teología y filosofía faltaban en absoluto. Sobre todo les llegaba al alma a los sacerdotes el verse privados del consuelo de poder celebrar diariamente la santa misa, ya que para tantos no alcanzaba ni el vino, ni las velas, ni los ornamentos y utensilios de altar. Además, sus vidas se hallaban en constante peligro merced a las escaramuzas que casi a diario tenían lugar entre los revoltosos y las tropas de ocupación (1). Durante el cañoneo de las plazas fuertes, en las cuales hubo a veces cincuenta jesuitas postrados por la enfermedad, amenazaban el hambre, la sed y la muerte a manera de horribles fantasmas a los no avezados al fragor bélico, y diezmaban sus filas (2). En el espacio de cinco meses murieron dieciséis miembros de la provincia de Castilla, entre ellos no pocos, por cierto, que no debieran haber sido transportados de ningún modo a causa de su enfermedad o decrepitud senil (3).

Con el tiempo se consiguió suavizar algo los rigores (4) más extremos. Los comisarios cuidaron de observar alguna mayor regularidad en la distribución de los víveres, los alojamientos fueron mejorados en lo posible, el padre general envió dinero, libros y enseres de altar (5); principalmente los parientes acomodados de algunos trabajaron con todo empeño por llevar remedio a las privaciones y

(1) *Si trovarono i Gesuiti in una miseria estrema; non avevano da mangiare, non da abitare, o pure solo magazzini d'olio, stalle, e simili; que' pochi che aveano abitazione delle case del paese, per la piccolezza di quelle doveano giorno e notte coabitare con femine; il poco e cattivo vitto costava carissimo; doveano pagare per celebrare la santa Messa; nessuna disciplina religiosa, nessun'ordine, nessuna o poca comunicazione co'Superiori, di più si trovavano tra due fuochi de'Corsi assalitori e de'Genovesi (Ricci, Espulsione, 64). Cf. *P. Gaspar de Sola a los comisarios, fechada en Algajola, julio 16 de 1767, *Archivo de Simancas*, Marina, 724; *el capitán Enriquez a Cornejo, fechada en Calvi [1767] julio 21, *ibid.*, Estado, 5651; *G. Gnecco a Grimaldi el 3 y 31 de agosto de 1767, *ibid.*, 5057; *P. Osorio S. J. a G. Gnecco el 19 de abril de 1768, *ibid.*; *Laforcada y Coronel a Aranda el 5 de diciembre de 1768, *ibid.*, 5048.

(2) *Coronel a Aranda el 4 de abril de 1768, *ibid.*

(3) Isla, Memorial, 184.

(4) *Conocerá V. S. ser imposible subsistir con la pension que S. M. nos tiene conseyada, como ya hemos empezado a experimentar, no teniendo para poderse vestir muchos de los sugetos a quienes se les ha acabado la poca ropa que se les concedió traher (P. Osorio S. J. a G. Gnecco, fechada en Calvi, 19 de abril de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5057).

(5) Ricci, *Espulsione, 70.

sufrimientos enviando dinero y comestibles. Con elogio recuerda la historia de la Orden la incansable actividad del B. José Pignatelli, el cual, socorrido con cuantiosas limosnas de sus parientes, todo lo ofreció para mitigar los horrores del destierro y para hacer posible una vida religiosa medianamente ordenada en cuanto esto fuera factible en medio de las revueltas circunstancias de la guerra (1).

El nerviosismo producido por la prisión, los sufrimientos pasados en la travesía por mar y tierra, las cotidianas privaciones, los falsos rumores que circulaban sobre la conducta del padre general (2) y principalmente el constante peligro en que se hallaban sus vidas eran más que apropiados para provocar una exacerbación de ánimo en los espíritus fácilmente irascibles. La falta de un género de vida regular y la escasa comunicación con los superiores y, máxime, la absoluta inactividad a la cual estaban condenados los recién llegados, hubieron de influir naturalmente en perjuicio de la disciplina regular (3). Públicamente se alzaban quejas contra la tiranía de los superiores, cuyas mejores intenciones eran desvirtuadas por algunos descontentos. En interés de la disciplina religiosa y por razones administrativas había sido dada la orden de que todos entregaran sus pensiones con el fin de regular conjuntamente la subsistencia y atender además a los novicios, desprovistos de pensión. Algunos consideraban esta medida como un injusto atropello a sus derechos y apelaban a la decisión de los representantes de España (4). El descontento de algunos iba contagiando a los otros. Uno era el pensamiento que dominaba a varios: marchar, huir de aquella isla pavorosa para dirigirse a Roma, pedir la disolución de las trabas de los votos religiosos y luego regresar a la patria de sus amores (5), donde se prometían una vida más tranquila y no tan erizada de privaciones. Este disgusto era alimentado y fomentado de propósito por las

(1) Nonell, Pignatelli, I, 275 ss.

(2) *I Gesuiti spagnogli, cioè alcuni di essi, vedendosi in sì duro esilio, per trasporto di dolore pensarono che il Generale e i suoi di Roma gli avessero abbandonati alla loro cattiva sorte, specialmente per venire esclusi dallo Stato pontificio. Sopra di che scrisse il Generale al P. Eustachio Medina che di ciò lo avisava, giustificando con i fatti sopra raccontati la falsa apprensione (Ricci, Espulsione, 74).

(3) Cf. anteriormente, pág. 443, nota 1.

(4) *Carta de los PP. Losada y Vázquez a Azpuru, fecha en Roma, 8 de octubre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5046.

(5) *El capitán Enríquez a Cornejo el 21 de julio [de 1767], *ibid*, 5651; *G. Gnecco a Grimaldi el 3 de agosto de 1767, *ibid*, 5057.

seductoras promesas de los comisarios españoles (1), los cuales presentaban a los recalcitrantes en falaz perspectiva la gracia del rey y pingües beneficios. Las quejas, los consejos y las súplicas de parientes, prudentes según el mundo, hacían lo restante. En vista de los peligros descritos había dado el superior de la provincia de Andalucía a sus súbditos el consejo de que cada cual procurase por su seguridad lo mejor que pudiera. En los oídos de los pusilánimes sonó esta voz a manera de toque general de desbandada (2). Con los más diversos disfraces se hicieron trasladar a tierra firme en barcas de pescadores y en un solo día huyeron de esta suerte treinta miembros de las provincias de Toledo y Andalucía (3).

Mayor todavía fué la confusión cuando al final del otoño de 1767 y a comienzos del año 1768 llegaron los jesuitas desterrados de las colonias de ultramar (4). Choiseul, quien a la sazón se hallaba en negociaciones con Génova por causa de la cesión de Córcega a Francia, puso al principio dificultades para su admisión, pretextando que debido a la falta de alimentos y de viviendas los expulsos o perecerían de hambre o se evadirían en la primera ocasión (5). Grimaldi logró desvanecer los escrúpulos del ministro asegurándole que, con tal que los desterrados no regresaran a España, de ninguna manera verían en Madrid con malos ojos que se evadieran, ya que con ello quedarían sitios libres para los que fueran llegando; además, que no podían ser tan malas las circunstancias en Córcega, pues en tal caso los superiores favorecerían la huida y procurarían disminuir el número antes que retenerlos por la fuerza (6). En vista de ello prometió Choiseul admitir a todos los jesuitas americanos y facilitarles la huida. Hasta entonces había temido él que dichos religiosos influ-

(1) *Roda a Grimaldi el 17 de julio de 1767, *ibid.*, 5048.

(2) Ricci, *Espulsione, 64.

(3) *Me aseguraron ayer los referidos Andaluces, que en el día de su fuga la hicieron como unos treinta de su provincia, y la de Toledo, y que los mas estaban inclinados a seguirlos (Azpuru a Grimaldi el 6 de agosto de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5056). *Consejo extraordinario, 15 de agosto de 1767, *ibid.*, Gracia y Justicia, 667; *Roda a Azara el 1.º de septiembre de 1767, *en poder de los jesuitas*, Hist., Soc., 234, I.

(4) Una *reseña oficial da el número de 2576 jesuitas transportados de España a Italia y 1812 el de los de las colonias, en total 4388 (1767-1772: Transportes a Italia desde Ferrol, Coruña, Cádiz, Málaga, Cartagena, Salou y Mallorca de los Regulares expulsos de España, Indias y Filipinas, *Archivo de Simancas*, Marina, 724).

(5) *Fuentes a Grimaldi el 8 de agosto de 1767, *ibid.*, Estado, 4565.

(6) *Grimaldi a Fuentes el 31 de octubre de 1767, *ibid.*

yeran desventajosamente en la población de la isla, mas al presente ya no le preocupaba, pues los mandaría arrojar al mar caso que hicieran alguna sinrazón (1).

Las circunstancias mudaron radicalmente cuando Córcega fué comprada por Francia el 15 de mayo de 1768. Dada la hostil animadversión de los círculos dirigentes de Francia era claro que no otorgarían derecho alguno de asilo en el territorio recién adquirido a la Orden que en su propio país habían extinguido (2). Como los corsos ofrecieran a los nuevos dueños la misma rebeldía que a los antiguos, vióse precisado el mando militar a enviar nuevas tropas a la isla. La administración militar se incautó de gran parte de los edificios que hasta entonces habían ocupado los jesuitas, quedando éstos en consecuencia en tal aprieto, que hasta el comisario español declaró a su gobierno que no veía cómo dichos religiosos podrían pasar el verano dada la falta de viviendas y víveres; era perentoria la necesidad de sacarlos de la isla (3). Para evitar complicaciones con Roma no se quería hacer tomar tierra a los desterrados directamente en las costas de los Estados pontificios. El comandante mayor francés recurrió en vista de ello a un plan antiguo (4): dió orden de llevar a los jesuitas a Sestri, con la esperanza de que ellos se irían luego trasladando en pequeños grupos a los dominios pontificios a través de Parma y Módena (5).

La ejecución del plan se realizó al principio con tal prisa y precipitación (6), que los primeros expedicionarios, en número de ochocientos, con sus vestidos hechos harapos, sin dinero, sin saber qué hacer ni adónde ir causaron espanto y movieron a compasión a los moradores de los Estados pontificios (7). Ante las manifestaciones

(1) *Choiseul a Grimaldi el 12 de noviembre de 1767, *ibid.*, 4568.

(2) *Fuentes a Grimaldi el 25 de mayo de 1768, *ibid.*, 4565.

(3) Laforcada a Aranda, fecha en Ajaccio, 31 de mayo de 1768, *Archivo Prov. Tolet. de Madrid*, Chamartín, P.

(4) *Fuentes a Grimaldi el 8 de agosto de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4565.

(5) G. Gnecco a Grimaldi el 27 de agosto de 1767, *ibid.*, 5057; *Grimaldi a Gnecco el 20 de septiembre de 1768, *ibid.*; *Grimaldi a Azpuru el 20 de septiembre de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 48.

(6) *Cornejo a Grimaldi el 5 de septiembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5058.

(7) *Non debbo inoltre tacere d'esser medesimi così miserabili, e laceri, che hanno bisogno di tutto: non potendo soccorrersi da questo collegio, che, secondo mi dice il P. Rettore, si trova gravato di altri 20 Gesuiti di più di quelli, che sono venuti dalli stati di Parma (cardenal Spínola a Torrigiani, fecha en

de los representantes de España y Francia, los cuales fueron insultados por el pueblo a causa de este inhumano proceder, decidieron los gobiernos regular mejor las futuras expediciones (1). A cada jesuita que quisiera secularizarse fueron asignados cuarenta pesos y en cambio veinte a los que decidieran permanecer en la Orden, como subvención extraordinaria, para fomentar con esta diferencia el movimiento de deserción y facilitar a los secularizados la adquisición de los hábitos propios de los sacerdotes seculares (2). En Clemente XIII, quien anteriormente sólo con resistencia externa se había opuesto a la admisión de los expulsos, se sobrepuso la natural compasión a todos los escrúpulos y permitió a los doblemente desterrados la entrada en los Estados pontificios bajo condición de no ir a Roma sin especial licencia del padre general (3).

La correspondencia oficial y privada de los ministros españoles revela en su luz propia y peculiar la actuación del gobierno respecto a los fugitivos. Tras algunas vacilaciones tomóse la decisión de estimular la fuga de la isla y de la Orden y de proteger a aquellos que quisieran sacudir el yugo de la Compañía (4) para de este modo debilitar su partido y al mismo tiempo activar la interna descomposición (5). El embajador Azpuru recibió el encargo de apoyar sagazmente y bajo mano las solicitudes de salida de los descontentos, si bien las dimisorias habían de estar otorgadas por la penitenciaría y no por el padre general, cuya autoridad ya no era reconocida en España (6). Tanto en la instrucción para los dos comisarios Lafor-

Ferrara, 28 de septiembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5049). *Prattanto venivano nello Stato Ecclesiastico i miseri Spagnuoli, e i primi furono quei delle provincie d'America che erano stati condotti a Bastia in Corsica. Venivano laceri e sfiniti, avendo fatta gran parte di viaggio a piedi, senza quasi denaro, senza sapere che si fare nè dove andare, e facevano orrore e pietà ai popoli (Ricci, *Expulsione*, 139). Cf. *Cornejo a Grimaldi el 26 de septiembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5058; *P. de Alva a Cornejo el 6 de octubre de 1768, *ibid.*

(1) *Ricci, loco cit.

(2) *Grimaldi a Fuentes el 19 de septiembre de 1768. *Archivo de Simancas*, Estado, 4565; *Grimaldi a Aranda el 19 de septiembre de 1768, *ibid.*, 5058.

(3) *Cardenal Orsini a Tanucci el 11 de octubre de 1768, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, ^{ms} 1083.

(4) *Consejo extraordinario, 1.º de noviembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667.

(5) *...por la massima adoptada de ir minorando los secuaces del Instituto (Grimaldi a Azpuru el 9 de febrero de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 48).

(6) *Ibid.* Cf. *Azpuru a Grimaldi el 24 de septiembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5046.

cada y Coronel, como en las órdenes que el presidente del Consejo de Castilla les hizo llegar, se designaba como una de sus capitales incumbencias el inducir a los desterrados a que abandonasen la Orden o al menos la isla. Sin embargo, a juzgar por sus informes tropezaron con no escasa resistencia debido a la gran adhesión a la Compañía de Jesús y al *fanático* espíritu de cuerpo que los antiguos miembros habían infiltrado en los jóvenes. Las provincias de Aragón y Castilla fueron las que se mostraron más inaccesibles; en cambio era mayor la diversidad de opiniones en las provincias de Toledo y Andalucía. Obstáculo capital era que los dóciles ponían como primera condición la licencia para regresar a la patria. Sin embargo, los comisarios esperaban que, dada la general depresión de ánimos, una gran parte se trasladaría a los Estados pontificios al comenzar la primavera (1). Por estos felices esfuerzos mandó el rey expresar su cumplido reconocimiento a los dos comisarios (2).

Mas en España precisamente no querían recibir a los desterrados que se secularizaran, a fin de evitar que «difundieran su fanatismo», pues había que extirpar no sólo a los jesuitas sino también el «jesuitismo» (3). En toda Italia, si se exceptúan el reino de las Dos Sicilias, Parma y Toscana, podrían residir (4). Los cónsules que habían expedido pasaportes para los salidos, recibieron un rúspice y la orden de que en lo futuro no otorgaran pasaporte sino a aquellos que hubieran recibido especial permiso real para regresar (5). Éste estaba condicionado a una escrupulosa información acerca del carácter y de las actividades que cada cual había ejercido (6). Sin esta especial licencia, estaba a los jesuitas, lo mismo que a los exjesuitas, terminantemente prohibido pisar territorio español: a los

(1) *Laforcada y Coronel a Grimaldi el 11 de febrero de 1768, *ibid.*, 5048.

(2) *Grimaldi a Laforcada y Coronel el 1.º de marzo de 1768, *ibid.*

(3) *Aunque se secularizaran, nunca sería yo de dictamen de que volvieran con la mala leche que han mamado. No basta extinguir los Jesuitas, es menester extinguir el Jesuitismo, y en los países, donde han estado, hasta la memoria de su doctrina, política y costumbres (Roda a Azara el 4 de agosto de 1767, *Archivo Prov. Tolet. de Madrid*; Chamartín, R.

(4) *Grimaldi a Azpuru el 15 de septiembre de 1767 y 9 de febrero de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 47 y 48; *Roda a Grimaldi el 12 de septiembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667; *Consejo extraordinario, 6 de febrero de 1768, *ibid.*, Estado, 5045.

(5) *Consejo extraordinario, 15 de agosto de 1767, *ibid.*, Gracia y Justicia, 667.

(6) *Resolución del Rey [20 de septiembre de 1767], *ibid.*, 688; *Aróstegui a Grimaldi el 13 de octubre de 1767, *ibid.*, Estado, 5045.

legos se les conminó con la pena de muerte, a los ordenados in sacris con prisión perpetua y a todos los cooperadores con tratarlos como reos de lesa patria (1). Un hermano coadjutor que osó tornar a la patria fué condenado a cadena perpetua (2).

La sistemática incitación a desertar no dejó de producir su influjo. Si las penalidades físicas y morales del viaje (3) y las privaciones durísimas sufridas en el inhospitalario teatro de la guerra, en Córcega, exigían ya un supremo esfuerzo en el ánimo generoso de los desterrados, la perspectiva de un futuro desolador y, sobre todo, los halagos, las presunciones y promesas de los funcionarios españoles no pudieron menos de contribuir mucho a socavar la indiferencia moral de muchos. En la persuasión de que saliéndose de la desterrada Orden les sería posible regresar a la patria y adoptar un género de vida ordenado, acudieron a Roma en demanda de la dispensa de sus votos religiosos. En vista de las circunstancias tan extraordinariamente graves fueron acogidos por la curia romana con corazón magnánimo (4). El 5 de enero de 1768 transmitía Grimaldi a Roda una lista de veintidós jesuitas andaluces los cuales habían conseguido la secularización (5). Otra lista posterior, del 7 de enero, contiene los nombres de noventa y dos religiosos salidos (6). El 11 de febrero remitió Azpuru una nota de treinta y un seculari-

(1) *Dictamen del Consejo extraordinario del 1.º de octubre de 1767, *ibid.*, Gracia y Justicia, 667; *Real Cédula del 18 de octubre de 1767, *ibid.*, 688, impreso en la Colección general, I, 149 ss.; Vando del 21 de octubre de 1767 (impreso), Nunziat. di Spagna, 304, *Archivo secreto pontificio*.

(2) Vincenti a Torrigiani el 20 de junio de 1768, Cifre, *ibid.*, 305.

(3) Las órdenes del gobierno imponían a los capitanes de los barcos el deber de tratar y cuidar bien a los desterrados (*Arriaga a los Intendentes y Ministros el 3 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Marina, 724; *Instrucción que deberá observar el Oficial primero de Contaduría D. Fco Huidobro y Sarabia, del 6 de junio de 1768, *ibid.*); existen además testimonios en los cuales algunos superiores expresan a los capitanes su satisfacción (*fecha Calvi 15 y 16 de julio de 1767, *ibid.*), pero también hay quejas. Así se queja el P. de Alva de que su gente en la travesía de Córcega a Sestri hubieran de pasar hambre (*a Cornejo el 6 de octubre de 1768, *ibid.*, Estado, 5058).

(4) *Bravamente les van visitas de los expulsos a Ud. y ai parece que con franqueza los desfrailan aun a los de 4.º voto sin pruebas, informes, ni conocimiento de causa, siendo tan frailes como los cartujos. Ojalá que todos dejasen la ropa, y se fuesen por el mundo, como no se nos vengan a España, ni valan a las Indias (Roda a Azara el 1.º de septiembre de 1767, *en poder de los jesuitas*, *Hist. Soc.*, 234, I).

(5) *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 668.

(6) *Razon de los ya secularizados, *ibid.*, Estado, 5046.

zados, de ellos veinte profesos (1). El 25 de abril hizo entregar Grimaldi al ministro de Justicia una lista de veintiséis jesuítas, los cuales habían llegado desde Córcega para solicitar su dimisión (2). El 2 de junio de 1768 el embajador español solicitaba del ministerio de Estado una prueba de reconocimiento en favor de Pedro de Castro por los eximios servicios que había prestado a muchos desterrados en orden a conseguir la secularización. Al mismo tiempo daba la noticia de haberse fugado de Córcega 138 expulsos quienes habían llegado a Roma (3). De las provincias españolas fueron la de Aragón y la de Castilla las que se portaron mejor (4). De la primera, hasta la extinción de la orden en 1773, salieron en total setenta y cinco miembros, de los cuales cuarenta que todavía no habían recibido órdenes mayores contrajeron matrimonio (5). Menos constante se mostró la provincia de Toledo; de sus 621 miembros abandonaron la Compañía unos 140, aproximadamente, de los cuales diecisiete eran profesos (6). Un jesuíta anónimo de la provincia de Toledo escribía a un hermano de regla, que procuraba esquivar todas las preguntas acerca del número de fugitivos y salidos por la deshonra que redundaría a su provincia una respuesta lealmente verídica (7). Las aspiraciones por la secularización tomaron proporciones alarmantes al llegar a España los jesuítas sudamericanos. La causa de ello hay que buscarla en el nacional antagonismo que existía entre europeos y criollos, el cual fué señalado como el principalísimo inconveniente que padecían los misioneros jesuítas (8). Los criollos se creían ya de antiguo muy postergados en la distribución de cargos, y gracias exclusivamente a la rígida disciplina de la Orden había sido posible hasta entonces salvar la escisión. No siendo posible al presente man-

(1) *Azpuru a Grimaldi el 11 de febrero de 1768, *ibid.*

(2) *Ibid.*, Gracia y Justicia, 668.

(3) *Azpuru a Grimaldi el 2 de junio de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Registro de la Corresp., 107.

(4) *Laforcada y Coronel a Grimaldi el 11 de febrero de 1768 (v. anteriormente, pág. 448, nota 3).

(5) *Ms. en poder de los jesuitas*, Aragonia, 17.

(6) *Catalogus Prov. Baeticae*, 1767, Madrid, 1896.

(7) *Carta sin fecha, *Archivo de Simancas*, Estado, 5651.

(8) ...pues lo demas que se nota en la Compañía son las divisiones que padecen los Europeos y Criollos, y los disgustos que de ello se les originan interiormente, sin que en todo lo demas de su gobierno se note cosa, que se haga reparable (Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *Noticias secretas de America* [Londres, 1826], 532; cf. *ibid.*, 529, donde los autores hablan de la «pasion nacional que es incorregible y general en aquellos payeses»).

tener la observancia con el antiguo rigor y como la desgracia y la desdicha sirvieran de nuevo pábulo a los espíritus suspicaces, era casi inevitable el choque. Durante la larga y penosa travesía se había manifestado ya claramente en la superficie este antagonismo, hasta entonces sólo latente, entre los españoles de la metrópoli y los de las colonias. Los descontentos o disidentes, como se les llama en los informes, se mantuvieron separados de los europeos y solían celebrar conventículos para deliberar acerca del modo como conseguir la dispensa de los votos y poder regresar a la patria. Fiel a sus principios de fomentar y proteger los conatos por salir de la Orden, el gobierno hizo llegar a los americanos, por medio de los funcionarios, la halagüeña perspectiva de que, si abandonaban la Compañía, podrían regresar al punto al Nuevo Mundo y allí obtener honoríficos cargos eclesiásticos. Por desearlo así ellos, una vez desembarcados fueron separados de los que permanecían fieles y albergados en una casa especial. El 1.º de junio fué leído un real decreto en el cual el rey les llamaba sus hijos y les prometía su protección así como dignidades eclesiásticas y cargos honoríficos (1). Una lista del 14 de julio contiene los nombres de ciento dos disidentes, entre ellos veintiún profesos, los cuales habían llegado desde el Puerto de Santa María para solicitar su dimisión (2). Desde el mismo puerto llegaron no mucho después al ya citado Pedro de Castro veintitrés nuevas demandas de dimisión (3). El 10 de noviembre de 1768 solicitaban otros cuarenta y un jesuitas americanos su secularización; con una sola excepción todos ellos pertenecían a la provincia del Perú, y veintiuno habían hecho la profesión solemne (4). Datos más completos poseemos acerca de la provincia de Méjico. De los 677 miembros que contaba en la época de la expulsión, abandonaron la Orden, hasta la fecha de la extinción, sin computar a los novicios, setenta y cuatro individuos, entre los cuales se contaban catorce profesos y tres antiguos rectores (5). Una lista oficial con los nombres de todos los jesuitas secularizados de la asistencia de España hasta el mes de noviembre de 1771 da el número de 719, de los cuales veinte habían

(1) Carayon, XVI, 237 ss.

(2) * *Archivo de la Embajada española de Roma*, Registro de la Corresp., 107.

(3) * Azpuru a Grimaldi el 25 de agosto de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5049; * Paolucci a Grimaldi el 22 de septiembre de 1768, *ibid.*, 5048.

(4) * *Archivo de la Embajada española de Roma*, loco cit.

(5) Zelis, Catálogo de los sugetos de la Comp. de Jesús que formaban la Prov. de México el día del arresto 25 de Junio del 1767, México, 1871.

fallecido ya (1). No fué atendida la petición de los disidentes de que no se les enviase a Italia, por pretender obtener su dimisión desde España (2); igual que los demás, tuvieron que marchar a Córcega donde sorprendieron a los funcionarios con su relajación (3).

Que no eran precisamente los mejores elementos los que en los días de prueba y aflicción desertaron de las huestes de Loyola no necesita ulterior prueba. El propio gobierno español había de cosechar escaso honor y menguada satisfacción de sus protegidos. Rotas de repente las trabas de la protectora disciplina religiosa, sin ocupación alguna seria, sin maduro conocimiento del mundo, el cual habían abandonado la mayor parte a la edad de catorce a dieciséis años, sucumbieron muchos a los halagos y seducciones de las grandes urbes (4) con profundo dolor del padre general (5) y de sus antiguos hermanos de religión que se habían mantenido fieles (6), los cuales,

(1) *Catalogo de los secularizados hasta todo el mes de Noviembre 1771, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped., 1771/72. Un resumen estadístico del comisario Coronel del 8 de enero de 1772 contiene los siguientes datos sobre el número de salidas (en él los números entre paréntesis indican la distribución en sacerdotes, escolares y coadjutores):

Aragón	55	(23	13	19)	Andalucía	125	(58	22	45)
Castilla	66	(28	6	32)	Toledo	125	(46	28	51)
Méjico	70	(35	12	23)	Perú	179	(101	41	37)
Chile	5	(2	1	2)	Paraguay	28	(14	7	7)
Quito	18	(7	4	7)	Santa Fe	16	(7	1	8)
Filipinas	3	(2	1	—)					

*Estado o Resumen del numero de los Regulares de la Compañía extrañados de los dominios de España y America, que arribaron a Corcega y a estos Estados pontificios..., Bolonia, 8 de enero de 1772, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Bolonia», 1767-1775.

(2) Relación de Pedro Weingartner a José Erhard, en Carayon, XVI, 341.

(3) *G. Gnecco a Grimaldi el 7 de agosto y 13 de noviembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5057.

(4) *Es cierto, que no pocos, y cuasi todos Andaluces viven licenciosa y aun escandalosamente lo que dias hace me consta por las personas destinadas a seguirles los passos..., asegurándome que la vida de no pocos es escandalosa, y algunos han contraído ya la enfermedad que es consiguiente a ella (Azpuru a Grimaldi el 16 de junio de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Registro de la Corresp. oficial, 107). *En la carta adjunta da cuenta Don Thomas Azpuru de la vida licenciosa que hacen algunos Regulares de la Compañía extrañados de los dominios del Rey, que han obtenido la secularizacion y residen a Roma (Grimaldi a Roda el 4 de julio de 1768, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 668).

(5) *La massima parte di questi dispersi era della provincia Betica. Il Generale non sapeva né poteva sapere chi ottenesse dal Papa la soluzione de' voti. Questi scandali facevano il gran dolore del Generale (Ricci, Espulsione, 77).

(6) «Was dahier geschieht, und diejenige, so nit verbleiben wollen, getan

para pesar suyo, hubieron de contemplar cómo aquellos desertores «con la Compañía, habían perdido la vocación, el honor, la estima y todo» (1). En Roma, donde al principio se había guardado gran consideración a los desterrados españoles como súbditos españoles que eran, al fin se vió precisado el cardenal vicario a adoptar medidas contra los escandalosos (2). Parece que las amonestaciones surtieron efecto; al menos enmudecieron desde entonces las quejas del representante de España.

Cuanto más negras son las sombras que con su inconstancia y proceder proyectaron algunos salidos sobre el honor de la Compañía, tanto mayores son los destellos con que brilla la constancia heroica de la inmensa mayoría que permaneció fiel a sus santos juramentos y votos en medio de los mayores sacrificios y privaciones de alma y cuerpo. Frente a los centenares de débiles se presentan millares de fuertes, los cuales, tras peligros y penalidades de todas clases, llevaron como pobres desterrados una mísera existencia en la oscuridad y abandono con la mezquina pensión que el gobierno del rey católico les designara. Su callado heroísmo obligó a un moderno adversario de la Orden a expresar la siguiente confesión: «La historia de la Compañía de Jesús puede ostentar muchas páginas gloriosas, pero, a mi entender, ninguna más brillante que la de su agonía y su muerte, y entre estas páginas de gloria ninguna puede compararse con aquellas que nos refieren la historia de las penalidades, sufrimientos y las heroicas virtudes con que resplandecieron los jesuitas de la asistencia de España desde los días en que abandonaron las costas de España hasta el momento en que se asentaron en los Estados pontificios» (3).

Incluso los jóvenes novicios, apenas llegados a la pubertad, se señalaron repetidamente por su ánimo y por una constancia que fué

und tun, ist nit zu fagen mit unserm grossen Schmérgen Dann weilen sie keine Obern erkennen wollen, machen sie, was ihnen beliebig, nit ohne grosse Argernisse sowohl der Weltlichen als der Unseren. Allein Gott hat es also zugelassen, damit die Gesellschaft von dergleichen Leuten lose werde» (Benno Ducrue a Schwarz el 14 de enero de 1769, *Archivo de las Provincias alemanas*, Soc. Iesu, III, 21, núm. 1³).

(1) Weingartner a Erhard, en *Mundwiler* en la *Zeitschrift für kath. Theol.*, XXVI (1902), 645.

(2) *Azpuru a Grimaldi el 21 de julio de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Registro de la Corresp. oficial, 107.

(3) Mir, *Historia interna documentada de la Compañía de Jesús*, II, Madrid, 1913, 506.

la admiración de los provectos (1). Según el tenor de la instrucción dada a los funcionarios ejecutores, hubieron de ser separados de los padres para que en plena libertad se resolvieran y eligieran entre seguir a los restantes, sin pensión, a un destierro de por vida, o tomarse a sus parientes. Nadie debía incitarles a que se resolvieran por uno u otro extremo (2); pero en realidad fueron constreñidos durante semanas enteras por los funcionarios ejecutores mediante sugerencias, promesas, amenazas y vejaciones de toda suerte a abandonar la vocación y hasta no raras veces se apeló a aguijonear su conciencia; los religiosos y sacerdotes seculares, con quienes hubieron de aconsejarse sobre su vocación, les declaraban a veces que con su aferramiento en seguir fieles a la Compañía se hacían reos de pecado grave, porque eran rebeldes a la autoridad puesta por Dios. A no pocos se les despojó por la fuerza del hábito religioso y se les envió a su casa bajo custodia policíaca de soldados. Los setenta y nueve novicios de la provincia de Castilla tuvieron que pasar siete veces por semejante tortura, tanto que es de maravillar el que al final todavía fueran veinte los que prefirieran el duro destierro, con todas sus penalidades y privaciones, a la vida de honores y comodidades (3). De los treinta y nueve novicios de la provincia de Aragón siguieron diecinueve [veintidós] la suerte de los padres en el destierro (4). Cierta autor desconocida informa en una carta sobre la extraordinaria constancia de siete novicios españoles (5). De los treinta y seis novicios mejicanos perseveraron trece (6). Muerto Clemente XIII llegaron, hacia marzo de 1767, veintiséis novicios de la provincia de Quito a Roma, los cuales, a pesar de todas las vejaciones físicas y morales, permanecieron fieles a su decisión (7).

Los informes y memorias de los desterrados aportan multitud de ejemplos de la heroica constancia con que varios jesuitas testi-

(1) *Schaternichts a Schwarz, fecha en el Puerto de Santa María, 16 de noviembre de 1768, *Archivo de las Provincias alemanas*, Soc. Iesu, III, 21, número 1.^o

(2) Colección general, I, 8 s.

(3) Navarrete, I, 110 ss., 133 ss., 239 ss.; Isla, Memorial, 34 ss.; Carayon, XV, 1-85; Cornely en Stimmen aus Maria-Laach, VIII (1875), 408 ss., 495 ss.

(4) Larraz, *De rebus Sociorum Prov. Aragoniae Soc. Iesu, c. 33, *en poder de los jesuitas*, Arag., 30; cf. Arag., 17.

(5) *Al P. Schwarz, S. J., el 23 de septiembre de 1767, *Archivo de las Provincias alemanas*, III, 21, núm. 15.

(6) Zelis, Catálogo (v. anteriormente, pág. 451, nota 5).

(7) Ricci, *Espulsi, 126 y 151.

moniaron su lealtad a la Compañía (1). Como el alcalde de Valladolid hiciera el ofrecimiento al P. Calatayud, anciano de setenta y ocho años, de permitirle quedarse en España en atención a su quebrantada salud y avanzada edad, respondió el venerable casi octogenario que prefería morir en el destierro antes que separarse de sus hermanos (2). El día de la partida, y mientras la comunidad se hallaba reunida en el refectorio para tomar su última colación, sobrevino al P. Isla, que a la sazón contaba sesenta y cuatro años de edad, un ataque de apoplejía que le privó en parte del uso de la lengua. No obstante las disuasiones de los médicos, se empeñó el enfermo en seguir a los demás conducido en una silla de manos. Un segundo y tercer ataque repetidos durante el camino hicieron imposible proseguir la marcha. Repuesto un tanto bajo la amable solicitud de los monjes benedictinos de San Martín, de Santiago, se apresuró a seguir tras sus hermanos y todavía llegó a tiempo al puerto del Ferrol para embarcarse con ellos en el *Nepomuceno* con rumbo a Italia (3). Ejemplo brillante de inquebrantable fidelidad a la vocación lo dieron los dos hermanos José y Nicolás Pignatelli. Su hermano, el conde de Fuentes, embajador de España en París, puso en juego todos los resortes para moverles a abandonar la Compañía (4). Valiéndose de sus grandes relaciones con la corte, había recabado del rey la promesa de que a sus dos familiares se les abrirían de par en par las puertas de la patria en el caso que salieran de la Orden (5). Ambos dieron por respuesta que no tenían motivo alguno para volver las espaldas a la Compañía a la cual estaban ligados por los vínculos de los votos; que en adelante no les volviera a mencionar este punto (6). A la invitación que, siguiendo órdenes de la corte

(1) Los jesuitas, *así notifica Roda a base de cartas sorprendidas a Azara, ponderan y aplauden la resolución del Papa de no admitirlos, y sufren estos trabajos como un martirio por el bien de la Iglesia perseguida: Los Aragoneses son los mas fanaticos, y todos desean perder la vida por la Compañía (28 de julio de 1767, en *poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 234, I).

(2) [Rodeles], Calatayud, 441.

(3) Isla, Memorial, 135 s.; Gaudeau, *Prêcheurs burlesques en Espagne*, 103 ss.

(4) *Roda a Aranda el 30 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667.

(5) *Consejo extraordinario, 11 de mayo de 1767, *ibid.*; conde de Fuentes a sus hermanos, fecha París 1767, en Nonell, Pignatelli, I, 259 s.

(6) José y Nicolás Pignatelli a Joaquín Pignatelli el 8 de julio de 1767, en Nonell, I, 260 s. *Los PP. Pignatelli han respondido a su hermano el conde de Fuentes, que no les escriba, si les ha de hablar de que dejen la ropa: que por

de París, les hizo el comandante francés de hospedarles y agasajarles en su casa, se negaron cortésmente haciendo constar que no tenían otro anhelo que compartir la suerte de sus hermanos en religión (1).

En una circular dirigida a todos los legados pontificios les ordenó el cardenal secretario de Estado que dispensaran a los desterrados de Córcega cariñoso trato. La prohibición simultánea de no admitirlos por mucho tiempo en las casas italianas de la Orden obedecía al temor de que se pudiera privar a los desterrados de la pensión con lo cual se convertirían en carga para los colegios (2).

Tan pronto como fué posible formarse una idea de conjunto de las circunstancias verdaderamente caóticas que surgieron como consecuencia del precipitado transporte, fué dispuesta una distribución regular de los expulsos. En la legación de Bolonia fueron alojados la provincia de Castilla y la mayor parte de la provincia de Méjico. Para las provincias de Aragón, Perú y el resto de la de Méjico fué destinada la ciudad de Ferrara. La provincia de Toledo tuvo albergue en Forli, la de Andalucía en Rímini, la del Paraguay en Faenza. Las provincias de Santa Fe y Quito se instalaron en algunas ciudades de la Marca de Ancona y del ducado de Urbino, como Pesaro, Fano, Sinigalia, Gubbio, etc., mientras que los súbditos de la pequeña provincia de Filipinas se fijaron en Bagnacavallo (3). Aun cuando las circunstancias seguían siendo muy apuradas a consecuencia de la cicatería de la pensión, sin embargo, la vida en los dominios pontificios era mucho más llevadera y regular que en el suelo de Córcega tan revuelta por los azares de la guerra, como claramente lo demuestra el descenso que tuvo el número de salidos. Es cierto que tampoco allí escasearon los vejámenes de toda suerte: uno de los más insignificantes fué por cierto la denuncia que se hizo contra los

ninguna de este mundo abandonarán la Religión, que han profesado. Fuentes, porque vuelvan sus hermanos a España, ha puesto a Choiseul en el empeño de la extincion de la Compañía (Roda a Azara el 4 de agosto de 1767, *en poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 230).

(1) *En virtud de las ordenes, que se dieron de París a Marbeuf, para que distinguiese a los hermanos del conde de Fuentes, quando llegase al la conducta de los Jesuitas, los ha querido hacer desembarcar Marbeuf, hospedarlos y cortejarlos; pero ellos no han querido sino seguir la suerte de sus hermanos de orden. Vea Vm. que traza de dexar la sotana, como pretende el conde, que lo executen (Roda a Azara el 16 de junio de 1767, *en poder de los jesuitas*, loco cit.). Nonell, Pignatelli, I, 258.

(2) Ricci, *Espulsione, 132.

(3) Nonell, Pignatelli, I, 330; [Rodeles], Calatayud, 546 ss.

escolares y coadjutores de que dedicaban sus ocios a los ejercicios militares, siendo así que en realidad se trataba de prácticas o ejercicios espirituales (1). El gobierno de Madrid prosiguió con toda minuciosidad su obra persecutoria. El 14 de junio de 1769 llegó al padre general una formal intimación de suprimir los nombres españoles y americanos en la denominación de las provincias y casas y de no dar en lo futuro nombre alguno semejante. Caso que esta demanda no fuera satisfecha en el espacio de treinta días sería retirada definitivamente la pensión a todos los expulsos (2). A fin de no exponer a los desventurados a la miseria más espantosa, vióse precisado Ricci a consentir esta intromisión en asuntos internos de la Orden dando a cada una de las provincias y casas nombres diferentes, por ejemplo, provincia de la Santísima Trinidad (3). Más enojoso era el que la ya de suyo mezquina pensión fuera distribuída con gran irregularidad y retraso. Al jesuita Idiáquez llegó tan al corazón la necesidad de sus hermanos que acudió al confesor del rey suplicándole remedio para el caso (4).

Dado el exceso de sacerdotes existentes en Italia era muy reducido el campo donde desplegar la actividad en el ministerio de almas. Por esta razón se dedicaron no pocos a los estudios científicos. Algunos se conquistaron una nombradía no insignificante en el movimiento literario de la Italia de entonces (5). El más eminente de ellos ciertamente fué Juan Andrés, cuyos escritos en prosa no desdicen de los de los más egregios contemporáneos italianos. Su producción literaria abarca los dominios más diversos de la ciencia: física, numismática, astronomía, arqueología, enseñanza de sordomudos, literatura, etc. Después de haber enseñado la filosofía en Ferrara

(1) *Zambeccari a Roda el 31 de diciembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 668; Gallerani-Madariaga, 57, n. 1.

(2) *Consejo extraordinario, 28 de mayo de 1769, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 49; *Crimaldi a Azpuru el 30 de mayo de 1769, *ibid*; *Azpuru a Grimaldi el 14 y 15 de junio de 1769, *ibid*. Registro de la Corresp. oficial, 108; *Carta del notario Mariotti a Ricci del 27 de junio de 1769, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, ⁷⁷/₁₀₇; *Tanucci a Orsini el 20 de junio de 1769, *ibid*.; *Intima al P. Generale per non fare più Superiori con titolo delle provincie di Spagna, 14 de junio de 1769, *en poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 186.

(3) Ricci, *Espulsione, 160.

(4) *Idiáquez a Osma, fechada en Bolonia, 3 de mayo de 1771, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 688.

(5) Cf. Cian en la *Accademia Reale delle scienze di Torino*, 1894-95, Turin, 1895 (allí más bibliografía); Civ. Catt., 16, serie V (1896), 152 ss.

fué sucesivamente real bibliotecario en Parma y Nápoles, hasta que el gobierno austríaco le nombró en 1799 prefecto de estudios y presidente de la *Accademia Ticinese*. Su obra en siete tomos sobre literatura universal conquistó tal aplauso de los sabios que, aun viviendo él, erigió el gobierno español una cátedra en el colegio de San Isidro destinada a iniciar a la juventud en dicha obra (1). No menor importancia tienen Eximeno (2), Thiulen (3) y Hervás y Panduro (4), el cual falleció en 1809 siendo prefecto de la biblioteca del Quirinal fundada por Pío VI.

Sobre la correspondencia jesuítica se siguió ejerciendo un espionaje todavía más amplio después de la expulsión. Al administrador de correos de Roma, Juan de la Riva, dió orden Azpuru el 27 de mayo de 1767 de que le entregara a él o al ministro de Estado Grimaldi todas las cartas llegadas de España para los jesuitas (5), orden que pronto modificó Grimaldi disponiendo que dichos envíos postales fueran entregados exclusivamente a Azpuru (6). De idéntico modo fueron violadas las cartas de los jesuitas procedentes del reino de Nápoles o a él dirigidas. Los mismos envíos por medio de particulares no se salvaban siempre de la violación del secreto epistolar, ya que los padres fueron víctimas de frecuentes traiciones por parte de falsos amigos (7). Como el conde Rosenberg, representante de Toscana, se negase resueltamente a entregar la correspondencia de los jesuitas y calificase de injusticia semejante proceder, produjo gran asombro semejante actitud en Tanucci, quien quiso ver en ello un acto de hostilidad contra el rey católico (8). En cambio Choiseul

(1) Ibid., 16 ss.; Gallerani-Madariaga, 68 ss.

(2) Gallerani-Madariaga, 81.

(3) Ibid., 79.

(4) Ibid., 84; Portillo, Lorenzo Hervás. Su vida y sus escritos (1735-1809), en *Razón y Fe*, XXV, 34 ss. Sobre sus méritos en la lingüística v. Max Müller, *Die Wissenschaft der Sprache*, I, Leipzig, 1892, 155 s.

(5) *Conveniéndolo al real servicio de . M. que se remitan al Sr. Marques de Grimaldi o se me entreguen todas las cartas que por los ordinarios puedan venir de España a ese oficio para Jesuitas, lo prevengo a V^m para su gobierno (Azpuru a J. de la Riva el 27 de mayo de 1767, *Archivo de la embajada española de Roma*, Registro de la Corresp. oficial, 106). *Riva a Grimaldi el 28 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*. Estado, 5046.

(6) *Grimaldi a Riva el 16 de junio de 1767, *ibid.*; *Riva a Grimaldi el 29 de octubre de 1767, *ibid.*, 5045.

(7) *Copia de una carta sin firma ni destinatario, fecha en Palermo, 8 de julio de 1767, *ibid.*, Gracia y Justicia, 1009.

(8) *A Azpuru el 3 de noviembre de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Expulsion de los Jesuitas», 1767.

se prestó inmediatamente a las exigencias de España (1). Du Tillot ordenó no sólo abrir las cartas de los jesuitas sino arrebatarles por cualquier medio sus manuscritos de las diligencias cuando se hallaban de camino hacia los Estados pontificios a través de Parma (2); esto le valió un singular elogio del rey (3).

Los atentados contra el correo no tuvieron límite tratándose de la correspondencia de los jesuitas. La desaparición de cartas (4) lo mismo que los errores cometidos fijando sellos impropios (5) demostraron a los representantes del Pontífice que la comunicación entre la secretaría de Estado y los nuncios era objeto de rigurosa vigilancia, ya fuera que el gobierno hiciera abrir los pliegos de cartas por medio de sus agentes, o bien que se consiguiera copias valiéndose de cifristas sobornados, de la cancillería de la nunciatura (6). Aun cuando no existieran las numerosas copias en el archivo de Simancas, la recíproca correspondencia de los ministros sería prueba convincente que disiparía toda duda sobre esta realidad. Grimaldi, por ejemplo, remitía a Roda el 11 de agosto de 1767 una carta interceptada de Torrigiani a Vincenti, y añadía que haría llegar a Tanucci copia del trozo referente a Nápoles (7). Atentados semejantes se cometieron

(1) *Grimaldi a Fuentes el 9 de noviembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5045; *Choiseul a Fuentes [20 de noviembre de 1767], *ibid.* *Me ha dicho este Ministro que habia dado la orden de abrir todas las cartas que se encontrasen en dichos oficios de correos para Italia, fuesen para quien fuesen... (Fuentes a Grimaldi el 7 de diciembre de 1767, *ibid.*, 4565).

(2) *Du Tillot a Grimaldi el 28 de septiembre de 1768, *ibid.*, 5048.

(3) *Du Tillot a Grimaldi el 19 de febrero de 1769, *ibid.*

(4) *Garampi le fa sapere, che quella lettera riservata, che ella in più dispacci ha scritto che sarebbe per altra mano pervenuta al sig. card. Torrigiani, non è per anche comparsa (Garampi a Vincenti el 14 de septiembre de 1768, Nunziat. di Spagna, 412, *Archivo secreto pontificio*).

(5) *Torrighiani a Vincenti el 19 de mayo de 1768, Registro di cifre, *ibid.*, 433.

(6) *Garampi a Lucini el 26 de noviembre de 1767, Cifre, *ibid.*, 304, y *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767, Estado, 5072. Sorprende que Pallavicini impidiera a su sucesor Lucini por bastante tiempo la entrada en el archivo de la Nunciatura (Lucini a Torrigiani el 11 y 18 de agosto y 15 de septiembre de 1767, Cifre, Nunziat. di Spagna, 304, *loc. cit.*; *Torrighiani a Lucini el 27 de agosto, 1.º y 15 de octubre de 1767, Registro di cifre, *ibid.*, 433; *Torrighiani a Vincenti el 13 de agosto, 17 y 27 de septiembre de 1767, *ibid.*, 412; *Torrighiani a Pocobelli el 8 de octubre de 1767, *ibid.*).

(7) **Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667. *Despues de un prolijo reconocimiento de las cartas que van y vienen de Italia, no he conseguido mas fruto que el de las inspidas copias relativas a asuntos de los Regulares de la Compañía, y me es sensible el no poder conseguir otras correspondencias de los sujetos sospechosos que V. Exª se ha dignado indicarme: a ellas van agregadas

contra la correspondencia de los prelados españoles con aquellas personas particulares a quienes se creía en relación con la orden jesuítica (1).

No contento con violar el secreto epistolar estableció el embajador en Roma también espías para que vigilasen a los padres en sus mismos colegios. Un estudiante de arquitectura llamado Mariano Miner, que tenía dos hermanos en la Compañía, se dió traza para deslizarse en el Gesù con el pretexto de preguntar la dirección de sus parientes en Córcega, y logró captarse la simpatía del procurador español Andrés (2). No tuvieron importancia sus pesquisas, aunque sí logró descubrir los procedimientos de que se valían los jesuitas de Roma para comunicarse con sus hermanos de España, Córcega y Nápoles (3). Una vez desenmascarado Miner (4), se dió traza Azpuru para enterarse por medio de otros espías de toda suerte de noticias sobre la casa profesa (5). Si sus comunicados obedecían a malas inteligencias o eran sencillamente pura fantasía es cosa de importancia secundaria; sin embargo no responden siempre a la realidad (6).

De mayor interés hubiera sido para los ministros españoles dar con el sitio donde los jesuitas tenían ocultos sus *tesoros*, acerca de los cuales circulaban los rumores más fantásticos. Azara, por ejemplo, afirmaba con toda seriedad que sólo la provincia del Paraguay aportaba, según cálculos reducidos, cuatro millones anuales de pesos a la caja de la Orden (7). De parecido manantial debió beber el em-

las demas que ha producido la tarea reservada... (J. Fernández de Alonso a Grimaldi el 15 de noviembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777). *Nota [¿6 de octubre de 1767?], autógrafo de Llaguno, *ibid.*, Estado, 5045.

(1) *Iturbide a Grimaldi el 8 de julio de 1770, *ibid.*, Gracia y Justicia, 670; *Nota sin fecha de Llaguno [1767-68], *ibid.*, Estado, 5045.

(2) *Azpuru a Grimaldi el 10 y 17 de septiembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5045 y 5046.

(3) *Azpuru a Grimaldi el 1.º de octubre de 1767, *ibid.*, 5045; *Tanucci a Azpuru el 17 de octubre de 1767, *ibid.*, 6002; *Grimaldi a Azpuru el 3 de noviembre de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 47.

(4) *Delacion contra el P. Andres del 9 de noviembre de 1767, *Archivo Prov. Tolet. de Madrid*, Chamartín, P.

(5) *Azpuru a Grimaldi el 26 de noviembre y 17 de diciembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5045.

(6) *Azpuru a Grimaldi el 25 de febrero de 1768, *ibid.*, 5046.

(7) *Hablemos solamente de Paraguay, adonde los Padres en vez de ir a padecer el martirio, van a reinar y en cambio de trabajos van a coger tesoros, conveniencias y regalos. Segun el calculo mas reducido, que yo he sacado de las memorias de un Jesuita que fue allí misionero, pasa el producto que da

bajador veneciano Erizzo, el cual acusaba al padre general de haber hecho todo lo posible, de espaldas a todo sentimiento humanitario y guiado por egoístas designios, por hacer fracasar el desembarco de los expulsos en Civitavecchia, y de haber preferido destinar para sus secretos planes los ingentes tesoros que la Compañía del Paraguay había reunido en los Estados pontificios antes que al sostenimiento de sus hermanos agobiados por la miseria (1). Los datos sobre las riquezas de los jesuitas fueron aumentando gradualmente hasta lo fantástico. En el suplemento de un periódico anónimo (2) se halla un informe de Génova sobre el inventario que la comisión de gobierno había hecho en el colegio de Barcelona. Además de una cantidad enorme de monedas acuñadas de oro y plata habíanse encontrado en los sótanos grandes talegas con diamantes, rubíes y otras piedras preciosas, y en las fincas rústicas rebaños de vacas, toros y ovejas, que se contaban por millares (3). Como Torrigiani solicitara información (4) sobre la realidad, aseguró el nuncio que ni en Madrid ni en Barcelona se tenía noticia ni se decía palabra sobre semejante hallazgo, por lo cual él no podía menos de creer que se trataba de una calumnia (5); posible era que los jesuitas de Barcelona poseyeran abundantes objetos de plata pertenecientes al tesoro de la Iglesia o que hubieran tenido en depósito objetos de valor de los seglares, como así había ocurrido en Madrid, donde los dueños, una vez realizada la expulsión, reclamaron y recobraron lo que era de su propiedad (6). Asimismo los rumores de los dieciséis millones de libras esterlinas que los jesuitas españoles habían depositado en el Banco de Inglaterra y los catorce millones de florines que habían puesto a salvo enviándolos a Holanda está demostrado ser pura fantasía

anualmente aquella provincia a la Compañía de quatro millones de pesos (Azara a Grimaldi el 5 de febrero de 1767, *ibid.*, 5095).

(1) *Erizzo al dux el 16 de mayo de 1767, *Archivo público de Venecia*, Ambasciatore, Roma, 286.

(2) *Gazzetta di Mantova*?, *Lucini a Torrigiani el 12 de septiembre de 1767, Cifre, Nunziat. di Spagna, 304, loco cit.

(3) Piezas de oro y plata: 33662 pezze; diamantes, rubíes, etc.: 56441 pezze; cruz de oro con diamantes y rubíes: 18 000 pezze; 4700 ovejas, 1200 toros, 452 vacas, etc. (Génova [1767], agosto 20, *Nota, en poder de los jesuitas, *Hist. Soc.*, 234, I).

(4) *Torrighiani a Lucini el 3 de septiembre de 1767, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.

(5) Lucini a Torrigiani el 22 de septiembre de 1767, Cifre, *ibid.*, 304.

(6) *Lucini a Torrigiani el 29 de septiembre de 1767, *ibid.*

como lo evidencia la amplia información obtenida por el embajador Masserano del propio director del Banco de Inglaterra (1). Los exagerados datos sobre los bienes de la Orden iban encaminados de ordinario exclusivamente a socavar su fama y a hacerla aborrecible al pueblo mientras que su situación económica no era ni con mucho floreciente (2). Demasiado conocidas eran las dificultades con que tenían que luchar para proveer de sostenimiento a los jesuitas desterrados de Portugal (3) y el mismo Tanucci confesaba que la Compañía no era capaz de aportar el dinero necesario para el mantenimiento de los millares de españoles desterrados (4).

De idéntico modo que sobre las riquezas jesuíticas, circulaban rumores acerca de los hostiles designios de los jesuitas contra España y sus colonias; rumores que si bien es cierto que llevaban en la frente el sello de infundios, eran aceptados muy seriamente por los ministros de aquel entonces; casi se quiere creer que todo era un juego tramado a espaldas de la luz con el fin de robustecer su aversión contra la Orden en el suspicaz rey y hacerlo accesible a ulteriores planes de amplio alcance. Así, el 30 de abril de 1767 notificaba el príncipe Masserano desde Londres que con motivo de la noticia sobre la expulsión de los jesuitas le había participado el embajador portugués De Mello como estos religiosos compraban armas en Inglaterra con el propósito de hacer levas de soldados y oficiales esclavos y suizos, los cuales habían de ser embarcados en Ancona y Civita-vecchia con rumbo al Paraguay; Grimaldi verá si Mello no persigue

(1) *Masserano a Grimaldi el 14 de octubre y 18 de noviembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6969; *Grimaldi a Masserano el 31 de octubre de 1768, *ibid.*; Vincenti a Garampi el 11 de abril de 1769, *ibid.*, Gracia y Justicia, 767

(2) *Entre otras cosas desearia yo mucho, que no fuesemos tantos en Madrid, en donde está la mitad de esta provincia. Esto nos hace daño, como otras cosas, singularmente en la calidad de las haciendas. Mas el ruido que nos daña y hace poco honor, que la substancia, que es bien miserable. Quisiera yo que los que nos aborrecen por ricos, fuesen Provinciales nuestros un par de años. Pero el ser pobres no nos daña; lo que nos perjudica, es parecer ricos (Antón Mourin a Fr. Montes en Roma, fechada en Madrid 28 de febrero de 1767, *ibid.*, 777).

(3) Cf. anteriormente, pág. 165. *Dissi [al emperador José II] sapere l'angustia grande per i soli Portoghesi, ed i molti argenti delle loro chiese, già dati dal Generale per prevedere alla sussistenza di quelli (Diario del cardenal Visconti, 25 de diciembre de 1767, *Nunziat. di Germania*, 394, fasc. C, *Archivo secreto pontificio*).

(4) Cf. anteriormente, pág. 375.

quizá segundas intenciones políticas (1). Aun cuando las amplias informaciones demostraron que las sospechas no tenían la menor consistencia (2), el embajador recibió orden de seguir la pista al asunto (3), pero no le fué posible informar otra cosa más que no había motivo alguno para temer (4). Parecidas indicaciones sobre las misteriosas maquinaciones de los jesuitas llegaron de Roma (5), Lucerna (6), Venecia (7), Lisboa (8) y Buenos Aires (9). Unas veces se trataba de un supuesto atentado proyectado contra el rey (10), otras de un establecimiento de jesuitas, como curas de almas, en la Florida, territorio que el gobierno de Londres pensaba colonizar (11), o bien de una irrupción mancomunada de jesuitas e ingleses en el Paraguay o en alguna otra colonia sudamericana (12). Los mapas con nombres de localidades y fortalezas de Portugal encontrados en el noviciado de Villagarcía lo mismo que tres tratados sobre dirección de estudios y administración de hacienda, que en algún otro sitio fueron sacados a la luz del día, sirvieron al fiscal Moñino de prueba convincente de los amplios planes en que habían andado ocupados los expulsos con miras principalmente a las colo-

(1) Masserano a Grimaldi el 30 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6964.

(2) Masserano a Grimaldi el 14 de mayo de 1767, *ibid.* 5062.

(3) Grimaldi a Masserano el 25 de mayo de 1767, *ibid.*, 6964.

(4) Haviendo continuado mis diligencias para averiguar, si los Jesuitas han hecho pasar armas de aqui para el Paraguay, como me havian dicho, hallo que tampoco consta en esta aduana que se hayan embarcado ningunas armas desde agosto del año pasado hasta fin del año. Ya en otra ocasion he escrito a V. E. que no se hallaba que se huviesen embarcado sino 28 fusiles para Holanda en el curso del presente (Masserano a Grimaldi el 10 de junio de 1767, *ibid.*).

(5) *López de la Barrera a Roda el 4 de junio de 1767, *Archivo Prov. Tolet. de Madrid*, Chamartin, P.

(6) Conde del Asalto a Grimaldi el 12 de junio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5048.

(7) Vignola al senado de Venecia, fechada en Londres, 14 de julio de 1767, *ibid.*, 5762. Esta carta fué enviada por el embajador español Duca de Montelegre a su gobierno.

(8) *Pombal a Souza el 16 de junio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4564.

(9) *Consejo extraordinario, 5 de septiembre de 1768, *ibid.*, Gracia y Justicia, 688.

(10) *López de la Barrera a Roda el 4 de junio de 1767, *loco cit.*

(11) *Vignola al senado de Venecia el 14 de julio de 1767, *loco cit.*; Consejo extraordinario, 8 de septiembre de 1767, *ibid.*, Gracia y Justicia, 688.

(12) *Pombal a Souza el 16 de junio de 1767, *loco cit.*; *Grimaldi a Roda el 1.º de septiembre de 1767, *ibid.*, Gracia y Justicia, 688; *Consejo extraordinario, 17 de septiembre de 1767, *ibid.*

nias (1). Otros planos de ciudades y documentos del colegio de Barcelona fueron para los ministros argumento irrefragable de la sublevación que indudablemente hubiera estallado en dicho importante puerto de no haberlo impedido con oportunas medidas (2). Con fecha del 7 de julio de 1767 expidió el ministro de Estado una circular para todos los representantes de España en las cortes extranjeras pidiéndoles minuciosa información sobre las actividades y desig-nios jesuíticos (3). Mas las pesquisas fueron también esta vez inúti-les (4). El 9 de diciembre de 1767 remitió Roda al conde de Aranda una carta anónima que había hecho llegar a sus manos el embajador francés; en la carta se hablaba de que para la Nochebuena se había proyectado en Madrid unas visperas sicilianas, con motivo de las cuales el protector de la fe se presentaría con la enseña de la fe (5).

Mayor importancia se concedió todavía al infundio de que Lavalette, bajo el nombre de Duclos, se hallaba realizando un alis-tamiento de tropas en Flandes y comprando municiones para embar-carse en un barco de guerra con rumbo a Madeira de donde partiría hacia Chile o Paraguay con el fin de conquistar estas colonias para Inglaterra (6). Por tres veces se ocupó el Consejo extraordinario de Castilla en este fantástico asunto (7), y el fiscal Campomanes mani-festó la firme persuasión de que los britanos y los jesuitas se halla-ban en íntimas relaciones políticas. La pesadilla no cedió hasta que llegó la noticia de haber sido arrestado en Toulouse el aventurero exjesuita, a quien sólo en atención a su falta de salud se desistió de trasladarlo a París, si bien sería remitida al gobierno español una cifra del proceso que iba a incoarse (8). Por fin pudo informar el

(1) *Valle y Salazar a Roda el 18 de enero y 6 de febrero de 1768, *ibid.*

(2) *Valle y Salazar a Roda el 18 de febrero de 1768, *ibid.*

(3) *Roda a Grimaldi el 14 de junio de 1767, *ibid.*, Estado, 5062; *Nota circular de Grimaldi del 17 de julio de 1767, *ibid.*; Grimaldi el 7 de julio de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 47.

(4) *Mahony a Grimaldi el 12 de agosto de 1767, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 3518; *Grimaldi a Roda el 1.º de septiembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 688.

(5) *Ibid.*, 667.

(6) *Masserano a Grimaldi el 22 de junio de 1767, *ibid.*, Estado, 6964; Roda a Azara el 1.º de septiembre de 1767, *en poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 234, I.

(7) *Consejo extraordinario, 5, 8 y 17 de septiembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 688.

(8) *Grimaldi a Fuentes el 28 de septiembre de 1767, *ibid.*, Estado, 4564;

conde de Fuentes que Lavalette había fallecido; Choiseul no había podido encontrar por cierto nada de importancia en los papeles legados por el difunto, sin embargo él se los dejaría para que los repasase (1). La real o fingida congoja por motivo de las colonias fué también la que motivó la prisión de los dos procuradores de la provincia de Quito y la detención por largos años de misioneros alemanes en conventos españoles (2).

A la manera que el gobierno español hizo vigilar todos los pasos de los desterrados en el extranjero, así también procuró sofocar en el interior todas las manifestaciones favorables a la Orden. Según informes llegados a Ricci fueron suprimidas todas las fiestas de los santos jesuitas (3). Una orden impresa del fiscal Moñino (4) va dirigida contra las profecías de algunas religiosas que anunciaban el pronto restablecimiento de la Compañía en España (5). Su colega Campomanes recomendó a Roda que actuara con toda energía contra veintisiete rebeldes dominicas que no se querían someter a las disposiciones y prescripciones del gobierno referentes al caso (6). Don José Agustín Uriarte fué removido de su cargo de inquisidor de Zaragoza por decisión tomada en el Consejo extraordinario el 17 de noviembre de 1767 (7) por el crimen de haber escrito a los dos procuradores de Quito internados en Gerona y a su hermana, religiosa dominica de Vitoria, y haberse expresado en dichas cartas en términos poco favorables al proceder del despótico político español res-

*Fuentes a Grimaldi el 12 de octubre de 1767, *ibid.*; *Masserano a Grimaldi el 23 de octubre de 1767, *ibid.*, 6965.

(1) *Fuentes a Grimaldi el 31 de enero de 1768, *ibid.*, 4566. En realidad Lavalette jamás estuvo preso; murió el 13 de diciembre de 1767 en su morada particular de Toulouse; v. Rochemonteix, *Lavalette à Martinique*, 278. Ulteriores *informes de Masserano sobre el asunto de Lavalette se hallan en el *Archivo de Simancas*, Estado, 6994 y 6995.

(2) Mundwiler en la *Zeitschrift für kath. Theol.*, XXVI (1902), 621 ss.

(3) Ricci, **Espulsione*, n. 161.

(4) Carta circular a los Diocesanos y Superiores Regulares respecto a los Conventos de Monjas, dirigidos antes por los expulsos, y ahora por los secuaces de su fanatismo, del 23 de octubre de 1767, en *Colección general*, I, 154 ss.; Suplemento a la circular de 23 de Octubre de 1767, dirigida a los Diocesanos y Superiores Regulares. Instrumentos autenticos que prueban la obstinacion de los Regulares expulsos y sus secuaces, fingiendo supuestos milagros para comover y mantener el fanatismo sobre su regreso, *ibid.*, II, 6-43.

(5) Roda a Aranda el 12 de julio y 6 de agosto de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667.

(6) *Campomanes a Roda el 30 de noviembre de 1767, *ibid.*, 688.

(7) *Consejo extraordinario, 17 de noviembre de 1767, *ibid.*, 582.

pecto a los jesuítas (1). No obstante la prohibición terminante de la real pragmática, iban apareciendo sin cesar sátiras impresas en favor de los desterrados. Tanto la Inquisición (2) como el gobierno del Estado (3) se vieron en la precisión de intervenir en contra. El año 1772 alentaba aún Roda al presidente Aranda a actuar con toda energía contra semejantes escritos, los cuales por medio de su crítica sobre la extradición de los jesuítas y alentando la repatriación de los mismos constituían una ofensa contra la más justa de las decisiones del gobierno (4). Un carmelita que tuvo la osadía de enviar a Aranda una sátira contra el monarca fué aherrojado en la cárcel del convento (5). El general de los piaristas envió a Aranda un largo escrito disculpándose de que en la biografía de su fundador se hubieran deslizado algunas frases elogiosas para la Compañía de Jesús. El hecho había ocurrido con anterioridad a la expulsión y sólo en consideración a la inminente canonización del fundador; en la traducción española habían sido suprimidos los pasajes que hacían al caso; y terminaba protestando de que el espíritu de su Orden era opuesto por completo al de los jesuítas, a su doctrina y a sus dogmas y que todos sus miembros eran convencidos adoradores del monarca español (6).

Con el fin de extirpar el *jesuitismo* en el país no dejó de aprovechar el gobierno de Madrid ocasión alguna. En la ley de reforma de la enseñanza fué lanzada contra los jesuítas la acusación de que a su monopolio había que atribuir el abandono del latín y el actual estancamiento y retraso de la enseñanza (7). A todas las universidades y facultades de Teología fué intimada la prohibición de defender la doctrina del regicidio y tiranicidio (8); asimismo fueron suprimi-

(1) *3 de noviembre de 1767, *ibid.* Cf. *Consejo extraordinario, 29 de mayo de 1771, *ibid.*

(2) Edicto de la Inquisición de Madrid del mes de abril de 1767 (impreso), *Nunziat. di Spagna*, 305, *Archivo secreto pontificio*.

(3) Real Cedula del 3 de octubre de 1769 (impreso), *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 688.

(4) *Roda a Aranda el 25 de septiembre de 1772, *ibid.*

(5) *El general de los carmelitas descaltos a Fr. Juan Evangelista de Jesús María el 29 de julio de 1769, *ibid.*, 777.

(6) *21 de enero de 1768, *ibid.*, 666.

(7) ...particularmente en lo tocante a las primeras letras, latinidad y retórica, que tubieron en sí como estancada los citados Regulares de la Compañía, de que nació la decadencia de las letras humanas... (Real Provision del 5 de octubre de 1767, en *Coleccion general*, I, 137).

(8) Real Cedula del 23 de mayo de 1767, *ibid.*, 144 ss. En el juramento

das todas las cátedras de la llamada escuela jesuítica y abolido el uso de libros de texto de autores jesuitas, y taxativamente la Moral de Busenbaum (1). Un escrito del provincial de los agustinos descalzos, atestado de horrendas recriminaciones contra los jesuitas (2), fué enviado, junto con una carta del rey, al embajador español cabe la Santa Sede (3), evidentemente para que tuviera aplicación en la lucha empeñada contra la Orden. Públicamente y bajo mano fomentaban los ministros la campaña contra los desterrados religiosos. Es cierto que muchos adversarios aspiraban a que el gobierno hiciera públicas las razones que habían motivado la extradición a base de los documentos habidos en los archivos de la Orden (4), sin embargo a esto se oponía la voluntad del rey, según se afirmaba, y sólo en caso necesario se apelaría a este procedimiento (5). A un cierto Contini, el cual se había tomado la tarea de hacer en Italia la apología de las medidas del Consejo extraordinario, le fueron dadas esperanzas de una recompensa (6). Asimismo se fomentaba la difusión de la *Historia chronologica* publicada por encargo de Pomal (7). Al prelado Marefoschi, quien había facilitado a los escritores antijesuíticos materiales del archivo de la Propaganda, le fué presentada en perspectiva la promesa de Carlos III de otorgarle el capelo cardenalicio (8). Mientras Roda expresaba su desagrado contra el proceder de Venecia que perseguía los numerosos libelos difamatorios, trabajaba por poner a salvo de las penas lanzadas por el cardenal secretario de Estado a un cierto Farina que había difamado

de promoción habían de prometer los doctorandos: *Etiam iuro me nunquam promoturum, defensurum, docturum directe neque indirecte quaestiones contra auctoritatem civilem, regiae Regalia* (Real Cedula del 22 de enero de 1771, citada en Menéndez y Pelayo, III, 164).

(1) *Real Cedula del 12 de agosto de 1768, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 4900.

(2) *Fr. Juan Rodríguez a Carlos III, fechada en Chao-King-Fu, 29 de noviembre de 1766, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 48.

(3) *Carlos III a Azpuru el 6 de febrero de 1768, *ibid.*; *Thomas de Mello a Azpuru el 6 de febrero de 1768, *ibid.*

(4) Vázquez a Roda el 9 de julio de 1769, *Biblioteca de San Isidro de Madrid*, Cartas de Vázquez, t. I.

(5) *Roda a Azara el 7 de abril y 22 de septiembre de 1767, *en poder de los jesuitas*, *Hist. Soc.*, 234, I.

(6) *Roda a Azara el 1.º de septiembre de 1767, *ibid.*

(7) *Roda a Azara el 22 de septiembre de 1767, *ibid.*

(8) *Ibid.*

a los jesuitas en términos groseros (1). La Gaceta de Madrid pudo anunciar sin la menor traba la impresión de la carta pastoral del obispo de Gerona lo mismo que la traducción española de un libro portugués contra la Orden jesuítica (2). Un año más tarde otorgó el Consejo extraordinario la licencia para poner a la venta la obra del exjesuita Ibáñez acerca del Estado jesuítico del Paraguay (3) lo mismo que otros escritos de este jaez, puesto que eran a propósito para abrir los ojos al pueblo sobre el despotismo de la Compañía de Jesús en las misiones (4).

La corriente general de la época hacia la abolición del influjo de la Iglesia adquirió notable auge en España tras la expulsión de los jesuitas. Transcurridos algunos meses comenzó ya Campomanes con los primeros forcejeos por restringir la jurisdicción de la nunciatura (5), y logró prevenir al Consejo en pleno de Castilla en contra de dicha institución (6). El 20 de febrero de 1766 y en su calidad de fiscal había dirigido ya al rey y al ministro de Justicia Roda la demanda de que fuera puesta de nuevo en vigor, para defensa de las regalías, la suspendida pragmática del 18 de enero de 1762 (7), a fin de que las bulas y demás documentos pontificios no pudieran circular por el reino sin el regio *visum*. Actualmente, decía, han puesto en circulación los jesuitas la bula de confirmación de su instituto del año 1765, traducciones españolas de escritos apologeticos franceses en favor de su Orden y breves pontificios dirigidos a los obispos. Si este espinoso asunto pasa inadvertido puede llegar a promover disturbios en el pueblo, surgirán discordias y desórdenes y la autoridad caerá en desprestigio. En la carta dirigida a Roda propone Campomanes nuevas modificaciones en la censura de libros,

(1) *Roda a Azara el 29 de septiembre de 1767, *ibid.*

(2) *Vincenti a Torrigiani el 7 de junio de 1768, Cifre, Nunziat. di Spagna, 305, loco cit.

(3) El Reyno Jesuitico del Paraguay por siglo y medio negado y oculto, hoy demostrado y descubierto su autor D. Bernardo Ibáñez de Echavarri, Madrid, 1770. La obra forma el cuarto tomo de la Colección general. Cf. anteriormente, página 308.

(4) *Consejo extraordinario, 18 de julio de 1769, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 308.

(5) *Lucini a Torrigiani el 18 de agosto y 1.º de septiembre de 1767, Cifre, Nunziat. di Spagna, 304, loco cit. El cardenal arzobispo de Toledo era también adversario de la jurisdicción de la Nunciatura (*ibid.*). *Torrighiani a Pallavicini el 21 de mayo de 1767, Registro di cifre, *ibid.*, 433.

(6) *Vincenti a Torrigiani el 31 de mayo de 1768, Cifre, *ibid.*, 305.

(7) V. anteriormente, pág. 323.

pues había tenido informes de que la Inquisición se proponía condenar ciertas obras, de lo cual ninguna ventaja reportaría la enseñanza y grandes perjuicios las regalías. En Francia, Portugal, Parma y Nápoles se acababa de prohibir el abuso de imprimir las bulas pontificias sin real licencia (1). Dos años pasaron hasta que Carlos III se resolvió a acceder a la presión de los ministros. Por la pragmática sanción del 16 de junio de 1768 ordenó que todas las bulas, breves y edictos de la corte de Roma en cuanto no se refirieran a asuntos de conciencia, habían de ser presentados, antes de su publicación, al Consejo de Castilla (2). Lo que en este nuevo atentado contra la libertad de la Iglesia más aumentó el dolor del Pontífice fué que, mientras anteriormente los obispos se dirigían al monarca con exposiciones y en demanda de la suspensión de tales medidas, la actual pragmática había sido redactada con la aprobación y por consejo de cinco prelados (3).

En el año 1766 había aparecido una traducción española del *Febronio*, y al año siguiente resolvió el Consejo de Castilla, por sugerencia de Campomanes, dar permiso para la reimpresión del propio original (4). Es verdad que el nuncio Lucini, al tomar posesión de su cargo, había concebido la esperanza de poder conseguir la condenación de la obra (5), pero en junio de 1768 aseveraba todavía Vincenti que tanto Pereira como Febronio serían difundidos impunemente (6). Por escrito y de palabra se pedía por doquier, no pocas veces con amenazas, que Roma cohibiera su poderío y su influjo (7). El ejemplo del representante del imperio, conde Firmian, el cual había prohibido a los obispos lombardos la ulterior publicación de la bula sobre la Cena (8), halló muy pronto remedo en

(1) *Campomanes a Carlos III y Roda el 20 de febrero de 1766, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 2872.

(2) Pragmatica Sancion del 16 de junio de 1768 (impreso), Nunziat. di Spagna, 305, loco cit.

(3) *Torrighiani a Vincenti el 7 de julio de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5222.

(4) Reusch, Index, II, 941 s.

(5) *Lucini a Torrighiani el 11 de agosto de 1767, Cifre, Nunziat. di Spagna, 304, loco cit.; *Vincenti a Torrighiani el 23 de junio de 1767, *ibid.*

(6) *Vincenti a Garampi el 28 de junio de 1768, *ibid.*, 305.

(7) *Visconti a Torrighiani el 24 de septiembre de 1768, Cifre, Nunziat. di Germania, 392, *Archivo secreto pontificio*.

(8) *Visconti a Torrighiani el 10 de octubre de 1768, *ibid.*, 388.

España (1). Con ocasión de la discordia entre Parma y Roma publicó Campomanes la obra *Juicio imparcial*, la cual remitió a obispos y cabildos (2). Apareció con la aprobación de aquellos cinco obispos a quienes el gobierno había llamado al Consejo extraordinario para la distribución de los bienes jesuíticos (3). La obra perseguía el manifiesto fin de implantar en España el derecho de la Iglesia galicana. Los dogmas en ella defendidos, sacados en su gran parte del Febronio y desgajados de la conexión histórica, causaron por cierto tal impresión y sorpresa que el rey ordenó recoger la obra y corregirla (4).

Influído por Tanucci (5), el Consejo extraordinario poco después de la expulsión de los jesuitas trató también de sus asociaciones piadosas y congregaciones marianas (6), las cuales, según aseveración del fiscal Campomanes, no habían sido más que asociaciones clandestinas e instrumentos para hacer política bajo capa de religión (7). En vista de este dictamen propuso el Consejo la disolución de todas las asociaciones pías que radicaran en los antiguos templos de los jesuitas de España y sus colonias. La propuesta no halló entonces la aprobación del rey; fueron necesarios aun repetidos asaltos (8) hasta que Carlos III dispuso el 7 de septiembre de 1770

(1) *Vincenti a Torrigiani el 20 de junio de 1768, Cifre, Nunziat. di Spagna, 305, loco cit.

(2) Juicio imparcial sobre las letras en forma de Breve que ha publicado la Curia Rom., en que se intentan derogar ciertos edictos del... Duque de Parma y disputarle la soberanía temporal con este pretexto (1768). La obra fué proyectada por Campomanes y redactada por Moñino (Neusch, Index, II, 937).

(3) *Vincenti a Pallavicini el 15 y 29 de agosto de 1769, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767.

(4) D. J. Fermín de la Garde al obispo de Gerona el 17 de septiembre de 1768, *ibid.*, 777; *el obispo de Gerona a D. J. de la Garde el 25 y 28 de septiembre de 1768, *ibid.* Cf. Ferrer del Río, II, 235 ss.; Rousseau, I, 255 s.; Menéndez y Pelayo, III, 155 ss. Según Menéndez y Pelayo (III, 156) en la obra entre otras cosas existía esta afirmación: En los primeros siglos de la Iglesia... nada se hizo sin la inspección y consentimiento real aun en materias infalibles, dictadas por el Espíritu Santo.

(5) *Tanucci a Losada el 24 de marzo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6000; *Tanucci a Carlos III el 14 y 21 de julio de 1767, *ibid.*, 6100.

(6) *Consejo extraordinario, 26 de septiembre de 1767, *ibid.*, Gracia y Justicia, 667.

(7) *Ibid.*; *Consejo extraordinario, 8 de febrero de 1768, *ibid.*, 690.

(8) Para la aplicación de los bienes que pertenezcan a las ilegítimas Congregaciones clandestinas erigidas en las casas y colegios de los Regulares expulsos, cuya extinción es precisa, como en la mayor parte forman un cuerpo confederado de Terciarios, se tendrán presentes los Seminarios conciliares, Casas

la supresión de todas las congregaciones erigidas en los antiguos colegios de Madrid (1).

Hasta qué punto había llegado la merma del sentimiento religioso se desprende de una carta circular que el infante don Gabriel dirigió a los caballeros de la Orden de San Juan de habla española, en la cual apelaba al concilio jansenista de Utrecht como autoridad contra la doctrina jesuítica del tiranicidio (2). Un obispo no se arrebataba ni siquiera de defender dicha Iglesia cismática (3). En vista de semejantes hechos es comprensible la frase de Vincenti al decir que el influjo de Roma iba de cabeza (4).

Merced a la fuerte presión que el gobierno ejercía sobre el clero y en virtud del veto a que estaba condenada toda manifestación del sentir respecto a los supuestos derechos del Estado, consiguió el gobierno reducir poco a poco al silencio a todos los defensores de los derechos y libertad de la Iglesia. Casi una semana antes de la expulsión de los jesuitas el vicario general de Madrid, Varrones, había interpuesto un escrito de protesta contra la transgresión de la inmunidad, libertad y dignidad de la Iglesia; principalmente protestaba de las generales y graves sospechas que en el real edicto del 18 de septiembre de 1766 se lanzaban contra el clero (5). La consecuencia fué que desde aquel momento se ejerció sobre él una severa vigilancia. Como en ocasión de hacerse el inventario en la

de hospitalidad, y otros fines piadosos, segun hubiere lugar, y pidan las circunstancias (Real Cedula del 14 de agosto de 1768, en Colección general, II, 90). Sobre que cesen las Congregaciones erigidas en los colegios de los Regulares, mientras no reciban nueva, y competente, auctoridad (ibid., 107).

(1) *Consejo extraordinario, 18 de junio de 1769, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 669. En el mismo sitio se halla la observación: Como parece fho en 7 de 7bre de 1770.

(2) *Lucini a Torrigiani el 12 de enero de 1768, Cifre, Nunziat. di Spagna, 305, loco cit.

(3) Ibid.

(4) *Le nostre cose qui van a rotta di collo (Vincenti a Garampi el 28 de junio de 1768, ibid.). Lucini afirma que se pensaba en la corte en una ampliación de la jurisdicción episcopal en perjuicio de la pontificia; manifestamente se le había dicho que se pretendía romper las riendas con que Roma sofrenaba a España y los demás países. Los Frailes son aun nuestros enemigos, y nuestra ruina. Lo cierto es que estamos mal, y que iremos siempre peor, si no se toma una providencia general (*a Garampi el 29 de diciembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5072).

(5) *Varrones a Olloqui el 25 de marzo de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777; *Roda a Azara el 5 y 12 de mayo de 1767, en poder de los jesuitas, Hist. Soc., 234, I.

sacristía del Colegio Imperial se quedase con el primer tomo de una apología francesa en favor de la Orden jesuítica y lo hiciera traducir por un hermano de la Doctrina Cristiana, los ministros tomaron pie de ello para proceder contra él y algunos otros clérigos transgresores de la pragmática sanción del 2 de abril de 1767, en el Consejo extraordinario (1). Además se lanzó contra Varrones la acusación de estar complicado en el motín de Madrid, pues, como un testigo decía haber oído, había convidado en una taberna a algunos revoltosos. Además, en la noche en que se llevó al cabo la expulsión se había resistido a prestar su ayuda al hacer el inventario pretextando que tenía que solicitar el beneplácito del arzobispo, pero en realidad con el fin de informar al nuncio. Asimismo era el vicario general el responsable del informe favorable a los jesuitas enviado por el cardenal arzobispo a Roma. Como quiera que los clérigos estaban más obligados que los demás a la dulzura y mansedumbre, y como por razón de su estado eran muy considerados, resultaban tanto más peligrosas sus palabras, acciones y escritos, puesto que producían en el pueblo impresión más profunda, lo cual conseguían fácilmente al socaire de la religión. En castigo fué condenado Varrones el 24 de mayo de 1767 al destierro a cuarenta millas de Madrid y de todos los sitios reales (2).

Igual suerte tocó algunos meses más tarde al propio cardenal arzobispo en persona, de cuya mencionada carta había remitido copia Azpuru a los ministros de Madrid (3). Sin indicación de causas le hizo llegar Aranda la orden de que el Consejo extraordinario hallaba conveniente para el servicio del rey que abandonase lo antes posible Madrid y que sin licencia del monarca y del Consejo no se dejase ver ni en la capital ni en los reales sitios (4). Obe-

(1) *Aranda a Roda el 2 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667.

(2) *Consejo extraordinario, 24 de mayo de 1767, *ibid.*, 688; *Roda a Azara el 16 de junio de 1767, *en poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 230; *Vincenti a Torrigiani el 16 de junio y 7 de julio de 1767, *Cifre*, Nunziat. di Spagna, 304, loco cit.; *Torrighiani a Vincenti el 18 de junio de 1767, *Registro di cifre*, *ibid.*, 433.

(3) *Azpuru a Grimaldi el mes de abril de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Espulsion de los Jesuitas», 1767; *Azpuru a Roda el 28 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667; *Roda a Azpuru el 16 de junio de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 47.

(4) *Aranda al cardenal arzobispo el 24 de octubre de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 667.

diente al mandato el príncipe de la Iglesia se marchó a Toledo (1).

Incomparablemente más sensible fué el castigo que alcanzó al obispo de Cuenca Isidro de Carvajal y Lancáster, el cual había tenido el atrevimiento de alzar su voz en un valiente escrito dirigido al confesor de la corte, Osma (2), contra la creciente opresión de la Iglesia y de sus ministros. Quiera Osma, escribía, seguir para con su soberano el denodado ejemplo del cardenal Baronio, el cual declaró al Papa Clemente VIII que si él no quería levantar la excomunión al rey francés, viera de buscarse otro que le absolviera de sus pecados, que él no podía hacerlo; la desgracia está en que la verdad no llega a los oídos del soberano. Habido conocimiento de la carta requirió Carlos III al prelado a que públicamente y sin el menor recelo expusiera los motivos de sus quejas, pues nada le proporcionaba más dolor que ser considerado como perseguidor de la Iglesia (3). Confiado en la buena disposición del rey expuso el prelado en su respuesta todas las violaciones y restricciones de los derechos y de la libertad de la Iglesia acaecidas a partir de la subida al trono de Carlos. Por esto había permitido Dios que sobrevinieran sobre España todos los castigos, como la sumisión de la Habana por los herejes, la pérdida de una parte de las colonias y de la gran flota, la extenuación de los ejércitos sin entrar en batalla, la sedición del pueblo y la difusión del error; España se había convertido en pelota de juego de sus enemigos. El tono acerbo del escrito hirió al soberano, y el contenido del mismo a sus consejeros. Campomanes, que se sentía especialmente aludido, pretendió nada menos que desterrar al obispo del reino cual reo de Estado (4). Pero otros, aconsejados por los dictámenes de pura política, no querían hacer de él un *mártir del fanatismo*, pero sí que fuera llamado a cuentas. Carvajal fué envuelto en un prolijo proceso ante el Consejo de Castilla, donde a un hábil jurista como Moñino le fué fácil probar al prelado algunas inexactitudes y presentarle como a un descontento y azuzador de revueltas por su crítica de la gestión financiera del anterior ministro

(1) *El cardenal arzobispo a Aranda el 24 de octubre de 1767, *ibid.*

(2) del 15 de abril de 1766, en Rousseau, I, 197.

(3) 9 de mayo de 1766 (impreso), *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Expulsión de los Jesuitas», 1767.

(4) *Lucini a Torrigiani el 1.º de septiembre de 1767, Cifre, *Nunziat. di Spagna*, 304, loco cit.

Esquilache. Por decisión del Consejo (1) fué obligado Carvajal el 14 de junio de 1768 a hacer una humillante retractación en casa del presidente Aranda (2).

Los dogmas regalistas del gobierno español fueron los que servían de norma y guía en las deliberaciones acerca de la aplicación que había que dar a los secuestrados bienes de los jesuitas (3). Si al realizar el inventario se había procurado excluir al nuncio, ahora se pretendía evitar ante todo y sobre todo la cooperación de Roma y de sus representantes. El cardenal arzobispo de Toledo había recusado por cierto toda colaboración en el asunto; empero respecto a sus sufragáneos existía absoluta inseguridad (4). Ya desde el principio declaró la Santa Sede que los prelados carecían de toda autoridad para dictaminar sobre la aplicación de los bienes de los jesuitas, ya que el derecho de decidir acerca de los bienes de los religiosos exentos asistía exclusivamente al Pontífice (5). Sin embargo a su reclamación no se le otorgó la menor consideración, si bien, por respeto exclusivamente al sentimiento popular, se dió de mano al intento de que fueran sólo seglares los que decidieran acerca de los bienes eclesiásticos. Hacia fines del año 1767 fueron llamados a Madrid los arzobispos de Burgos y Zaragoza, lo mismo que los obispos de Tarazona, Albarracín y Orihuela para deliberar junto con el Consejo extraordinario sobre la futura aplicación de los bienes de la Orden (6). Según el sentir del nuncio todos estos prelados, lo mismo que sus consejeros teólogos, estaban completamente inficionados de principios febronianos (7). En la recepción declaró Carlos III a los prelados

(1) Juicio del 6 de octubre de 1767 (impreso), *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Espulsión de los Jesuitas», 1767.

(2) Cf. Ferrer del Río, II, 201 ss.; Miguélez, 331 ss.; Danvila y Collado, II, 365 ss.; Rousseau, I, 197 ss.; Menéndez y Pelayo, III, 152 ss.

(3) *Vincenti a Torrigiani el 26 de mayo de 1767, Cifre, Nunziat. di Spagna, 303, loco cit.

(4) *Vincenti a Torrigiani el 26 de mayo y 7 de julio de 1767, *ibid.*, 303 y 304.

(5) *Torrighiani a Vincenti el 11 de junio de 1767, Registro di cifre, *ibid.*, 433. Los procuradores de la Provincia y de los diversos colegios habían sido retenidos para obtener aclaraciones sobre el estado económico. Las preguntas que les fueron propuestas, por ejemplo, sobre los capitales existentes en el extranjero, en el núm. 26 del *Supplemento alla Gazzetta di Parma* del 30 de julio de 1767.

(6) *Roda a Aranda el 9 de noviembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 1009.

(7) *Lucini a Torrigiani el 15 de diciembre de 1767 y 5 de enero de 1768, Nunziat. di Spagna, 304 y 305, loco cit.

que nada pedía él para sí, y que la misión de ellos se reducía a emitir su dictamen sobre cómo habían de emplearse los bienes de los jesuitas a mayor servicio de Dios y provecho de la religión católica (1). Torrigiani dió al nuncio la misión de hacer saber a los prelados que ninguna facultad tenían para disponer sobre los bienes de los exentos y muchísimo menos cuando estuvieran emplazados fuera de sus respectivas diócesis (2). Lucini, que no se prometía resultado alguno de este paso, dió cumplimiento al encargo con gran repugnancia interna. Sus representaciones no fueron atendidas por los ministros (3). Es cierto que por algún tiempo existió la apariencia como si el sentir de la Iglesia diera señales de vida en los prelados: decíase que habían presentado la moción de ponerse en comunicación con Roma (4); sin embargo, parece que el rumor no tuvo otra finalidad que distraer a Roma hasta tanto no se tratara de un hecho consumado.

Antes de que el ampliado Consejo extraordinario iniciase las deliberaciones especiales, ambos fiscales, Campomanes y Moñino, expusieron en la sesión del 13 de enero de 1768, en declaración solemne, los derechos y plenas facultades del rey sobre los bienes de la expulsada Orden. Apelando a la Historia sentaron la teoría de que todas las casas, colegios, posesiones y derechos de los jesuitas caían bajo la libre disposición del soberano y dependían inmediatamente de su patronato y tutela. Oído el dictamen de los obispos podía el rey dictar disposiciones sobre su aplicación; recurrir a cualquier otra autoridad sería innovación y significaría la ruina de los derechos de regalía. Las fundaciones serían aplicadas conforme a la voluntad de los fundadores o, en caso de necesidad, destinadas a otros fines. Caso que determinados bienes estuvieran gravados con mandas pías era necesario seguir satisfaciendo las obligaciones o, consultado el obispo de la diócesis, darles otra finalidad. Los bienes libremente adquiridos de la Orden podían ser aplicados por el monarca a cualquier pía finalidad incluso a las misiones o a todo aquello

(1) *Lucini a Garampi el 29 de diciembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5072.

(2) *Torrighiani a Lucini el 7 de enero de 1768, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.

(3) *Lucini a Torrigiani el 26 de enero y 2 de febrero de 1768, Cifre, ibid., 305.

(4) *Lucini a Torrigiani el 9 y 16 de febrero de 1768, Cifre, ibid.; *Torrighiani a Lucini el 18 de febrero de 1768, Registro di cifre, ibid., 433.

que fomentara el bien espiritual y material de sus súbditos. Este dictamen, al cual se adhirió el Consejo extraordinario junto con los cinco prelados en la sesión del 20 de enero de 1768, mereció la aprobación del monarca. En ulteriores deliberaciones propusieron los fiscales la conveniencia y aun la necesidad de destinar una parte de los bienes jesuíticos a la educación de la juventud, erección de seminarios misionales tridentinos, pensionados de niños, escuelas de niñas, hospitales y asilos (1). En una carta circular se dió aviso a los gobernadores de destinar a los establecimientos de beneficencia las existencias de víveres y los utensilios de uso doméstico existentes en los colegios, y que sobre todo dieran impulso a la agricultura (2).

Muy oportunamente les llegaron a los ministros los bienes de los jesuitas para fomentar la colonización interior. En gran escala fueron empleados en la fundación de la colonia alemana de Sierra Morena (3). Fuera casual o de propósito, lo cierto es que el mismo día 2 de abril de 1767 en que se llevó a la obra la nocturna expulsión de algunos millares de jesuitas españoles, salió la real decisión referente a la introducción de seis mil extranjeros colonos, en su mayor parte alemanes y flamencos, resolución que el 4 de abril fué garantizada notarialmente por real cédula (4). De las casas de la Orden recibieron

(1) Todos estos documentos se hallan reunidos en la Real Cedula del 14 de agosto de 1768, en Coleccion general, II, 52-III. Los colegios de ingleses, escoceses e irlandeses de Sevilla, Valladolid y Madrid fueron conservados bajo distinta dirección (*Grimaldi a Masserano el 29 de junio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6964; *Grimaldi a Azpuru el 8 de septiembre de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 47). El cardenal arzobispo de Toledo, que hasta la fecha había defendido el punto de vista eclesiástico, se declaró ahora con gran maravilla de los ministros, en favor del plan de reparto y reconoció al Consejo extraordinario el poder de disponer, de acuerdo con los obispos, de los bienes de los jesuitas (*Vincenti a Torrigiani el 5 de julio de 1768, Cifre, *Nunziat. di Spagna*, 266, loco cit.; *Torrighiani a Vincenti el 21 de julio de 1768, *Registro di cifre*, ibid., 433).

(2) Circular a los comisarios de la administración de los bienes del 29 de julio de 1767, ibid., 304. A propuesta de Rafael Mengs prohibió Campomanes (2 de mayo de 1769) a los comisarios vender los cuadros originales de maestros españoles y extranjeros existentes en los colegios de los jesuitas, sólo debían retirarlos. Asimismo había que evitar la venta de las bibliotecas para que pudieran ser aplicadas a las universidades y centros de estudios. Las cartas privadas de los jesuitas había que depositarlas en el Archivo de San Isidro (Orden a los Comisionados, en Coleccion general, II, 140 ss.) Las disposiciones sobre los bienes de los distintos colegios v. en Coleccion general, III.

(3) Ferrer del Río, III, 1-57; Rousseau, II, 44 ss.; Weiss, *Die deutsche Kolonie an der Sierra Morena un ihr Gründer Johan Kaspar v. Thürriegel*, Köln, 1907.

(4) Weiss, 33.

los colonos cáñamo, lana, camas, prendas de ropa, enseres domésticos y de cocina, así como toda suerte de aperos y útiles para el cultivo de los campos, y del mismo origen recibieron sus sacerdotes los ornamentos de iglesia y objetos para el culto (1). A los futuros párrocos de la colonia les serían adjudicadas las capellanías vacantes que estaban incorporadas a los colegios (2). El 8 de febrero de 1768 aprobó el gobierno la entrega de más de millón y medio de reales del producto de los bienes jesuíticos enajenados para la obra de la colonización (3).

Tampoco quedaron con las manos vacías en la obra de la repartición los fieles servidores del rey. Por sugerencia de Aranda recibieron los dos fiscales Campomanes y Moñino una pensión anual de dos mil ducados, Carrasco, fiscal del consejo de Hacienda, otra de veinte mil reales, las dos hijas de Campomanes sendas rentas anuales de quinientos ducados, y otro tanto la sobrina del arzobispo de Burgos (4). La mujer de Tanucci recibió el nombramiento de dama de la reina en galardón de los servicios de su marido, como Carlos III expresamente lo hizo notar (5). Los funcionarios subalternos fueron recompensados con mayores o menores gratificaciones según la medida de su cooperación (6). Habiéndose concedido al marqués de los Arcos un empréstito de tres millones de reales de las temporalidades de los jesuitas, no fué posible al Consejo extraordinario, en atención a los méritos del demandante, recusar el empréstito de millón y medio al dos y medio por ciento que Alba demandara (7). Parecidas exigencias fueron presentadas por otros grandes de España y ciudades aisladas (8).

(1) Ibid., 75.

(2) Ibid., 74; *Supplemento alla Gazzetta di Parma*, núm. 34 (25 de agosto de 1767), § XX.

(3) Weiss, 87.

(4) Vincenti a Torrigiani el 5 de julio de 1768, *Nunziat. di Spagna*, 266, loco cit.

(5) *Carlos III a Tanucci el 6 de octubre de 1767.

(6) Después de exponer Itúrbide sus méritos por el espionaje de la correspondencia jesuítica, continúa: *No bien se hizo la expulsión, quando desde luego se repartieron de los fondos de las mismas temporalidades, premios, gratificaciones, sueldos y sobresueldos a todos los que avian trabajado en este negocio, como era justo, y aun a otros muchos que nada hicieron y estaban esperando a que mataran el gallo para desplumarlo. Nada me tocó de esta cucaña que me sirviera de satisfaccion sino enfermedad (Joaquín de Itúrbide a Grimaldi el 8 de julio de 1770, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justizia, 670).

(7) *Roda a Aranda el 25 de septiembre de 1772, *ibid.*, 671; *Consejo extraordinario, 12 de octubre de 1772, *ibid.*

(8) Ibid., 672.

Lo mismo que otras muchas disposiciones, lo establecido respecto a las temporalidades de los jesuitas fué con gran frecuencia letra muerta o a lo sumo sólo en parte y con notable dilación llevado a la práctica. Como el pueblo públicamente protestara contra el hecho de que las iglesias de los jesuitas permanecieran todavía cerradas, dispuso Carlos III en 1769 que fueran en seguida abiertas y se reanudase el culto, a fin de que las pías fundaciones existentes fueran satisfechas (1). Un año más tarde hubo de quejarse nuevamente Roda del abandono e inobservancia en que se hallaban numerosas disposiciones. No habiéndose abierto la mayor parte de las iglesias y escuelas que fueron de los jesuitas y no siendo atendidas las fundaciones de misas, misiones rurales y demás obligaciones a que los desterrados se habían comprometido, este abandono produce prejuicios en el pueblo, provoca escándalo en los fieles y proporciona a los partidarios de los jesuitas materia para levantar calumnias. No sólo se descuida la administración y conservación de los bienes, sino que éstos son dilapidados, malversados o aplicados a fines que son opuestos diametralmente a la piedad y justos designios del soberano (2).

(1) *Roda a Aranda el 9 de enero de 1769, *ibid.*, 669.

(2) *Nota, sin fecha, de Roda [1770-71], *ibid.*, 688.

VII. Expulsión de los jesuitas de Nápoles, Parma y Malta.

Monitorio a Parma.

Incubación de la extinción pontificia de la Compañía de Jesús. Muerte de Clemente XIII

I

Que las dos segundogenituras españolas Nápoles y Parma seguirían el ejemplo de la corte española en la expulsión de los jesuitas era cosa de suyo evidente; ambos Estados eran a no dudarlo satélites de España en la política (1) y además los ministros dirigentes en dichos países abrigaban la más profunda aversión contra la Compañía de Jesús.

Cuando en 1759 se hizo cargo Carlos III de la herencia española y renunció a la corona de Nápoles en favor de su hijo Fernando, a la sazón de nueve años, quedó Tanucci de verdadero soberano, como jefe que era del Consejo de regencia. Si hasta entonces no habían faltado atentados contra la autoridad de la Iglesia, al presente inició aquél una sistemática lucha en pro de los derechos de regalía, los cuales, a su entender, eran mermados por la Iglesia. Mediante sus dictatoriales medidas contra la Iglesia y sus instituciones, por medio de la arbitraria e injusta restricción de sus bienes y del número de sacerdotes y haciendo extensivo de manera verdaderamente ridícula el regio placet a todos los edictos de la Iglesia antiguos y modernos, nada dejó por hacer en orden a sacudir en sus mismos cimientos la libertad e independencia de la Iglesia (2). Por medio de su dócil

(1) Colletta, I, 90; *Aróstegui a Grimaldi el 21 y 28 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5881; Tanucci a Carlos III el 2 de julio de 1767, *ibid.*, 6100; *Roda a Tanucci el 4 de agosto de 1767, *Archivo Prov. Tolet. de Madrid*, Chamartín, P.

(2) Cf. anteriormente, pág. 311.

Lo mismo que otras muchas disposiciones, lo establecido respecto a las temporalidades de los jesuitas fué con gran frecuencia letra muerta o a lo sumo sólo en parte y con notable dilación llevado a la práctica. Como el pueblo públicamente protestara contra el hecho de que las iglesias de los jesuitas permanecieran todavía cerradas, dispuso Carlos III en 1769 que fueran en seguida abiertas y se reanudase el culto, a fin de que las pías fundaciones existentes fueran satisfechas (1). Un año más tarde hubo de quejarse nuevamente Roda del abandono e inobservancia en que se hallaban numerosas disposiciones. No habiéndose abierto la mayor parte de las iglesias y escuelas que fueron de los jesuitas y no siendo atendidas las fundaciones de misas, misiones rurales y demás obligaciones a que los desterrados se habían comprometido, este abandono produce prejuicios en el pueblo, provoca escándalo en los fieles y proporciona a los partidarios de los jesuitas materia para levantar calumnias. No sólo se descuida la administración y conservación de los bienes, sino que éstos son dilapidados, malversados o aplicados a fines que son opuestos diametralmente a la piedad y justos designios del soberano (2).

(1) *Roda a Aranda el 9 de enero de 1769, *ibid.*, 669.

(2) *Nota, sin fecha, de Roda [1770-71], *ibid.*, 688.

VII. Expulsión de los jesuitas de Nápoles, Parma y Malta.

Monitorio a Parma.

Incubación de la extinción pontificia de la Compañía de Jesús. Muerte de Clemente XIII

I

Que las dos segundogenituras españolas Nápoles y Parma seguirían el ejemplo de la corte española en la expulsión de los jesuitas era cosa de suyo evidente; ambos Estados eran a no dudarlo satélites de España en la política (1) y además los ministros dirigentes en dichos países abrigaban la más profunda aversión contra la Compañía de Jesús.

Cuando en 1759 se hizo cargo Carlos III de la herencia española y renunció a la corona de Nápoles en favor de su hijo Fernando, a la sazón de nueve años, quedó Tanucci de verdadero soberano, como jefe que era del Consejo de regencia. Si hasta entonces no habían faltado atentados contra la autoridad de la Iglesia, al presente inició aquél una sistemática lucha en pro de los derechos de regalía, los cuales, a su entender, eran mermados por la Iglesia. Mediante sus dictatoriales medidas contra la Iglesia y sus instituciones, por medio de la arbitraria e injusta restricción de sus bienes y del número de sacerdotes y haciendo extensivo de manera verdaderamente ridícula el regio placet a todos los edictos de la Iglesia antiguos y modernos, nada dejó por hacer en orden a sacudir en sus mismos cimientos la libertad e independencia de la Iglesia (2). Por medio de su dócil

(1) Colletta, I, 90; *Aróstegui a Grimaldi el 21 y 28 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5881; Tanucci a Carlos III el 2 de julio de 1767, *ibid.*, 6100; *Roda a Tanucci el 4 de agosto de 1767, *Archivo Prov. Tolet. de Madrid*, Chamartín, P.

(2) Cf. anteriormente, pág. 311.

capellán mayor supo ampliar cada vez más los derechos del regio patronato, replicando a toda oposición por parte de los obispos con la suspensión de temporalidades (1).

No sólo las cartas dirigidas por el cardenal secretario de Estado al nuncio español (2) están rebosando quejas contra la inconsiderada y traicionera política religiosa de Tanucci, el mismo mayordomo de palacio y preceptor del joven príncipe, el conde de San Nicandro, se dirigió repetidas veces a Carlos III quejándose del despótico proceder del primer ministro, el cual con sus reformas sembraba la confusión y la desdicha (3). Los ataques a la jurisdicción eclesiástica se multiplicaron al final de tal guisa que Clemente XIII se vió precisado a reclamar la intervención del regio padre, a quien le hizo llegar, reunidas en veintinueve puntos, las quejas contra Tanucci y su fiel instrumento Fraggiani (4). Si bien Carlos III, una vez hecha su renuncia, rehusaba inmiscuirse en los asuntos de gobierno de Nápoles (5), se había llegado a tal extremo que el ministro recibió la amonestación de abstenerse, durante la minoría de Fernando IV, de todo paso agresivo y atenerse a lo pactado en el concordato (6). Pero era llamarse a engaño si Torrigiani se forjó la esperanza de que en gracia de ello comenzaría a menguar el influjo de Tanucci (7). Interiormente se hallaba el monarca español de parte del ministro aun cuando exteriormente quisiera evitar todo escándalo (8).

(1) *Tanucci a Caraccioli el 1.º de mayo de 1762, *Archivo de Simancas*, Estado, 5977.

(2) Cf. *Torrighiani a Pallavicini el 11 de junio de 1761, 8 de abril, 12 y 26 de agosto de 1762, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 431, *Archivo secreto pontificio*; *Pallavicini a Torrigiani el 8 de diciembre de 1761, Cifre, *ibid.*, 286.

(3) *10 de agosto, 21 de septiembre y 2 de noviembre de 1762, *Archivo de Simancas*, Estado, 6086; *Torrighiani a Pallavicini el 19 de agosto de 1762, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 431, *loc. cit.*

(4) *26 de agosto de 1762, Nunziat. di Spagna, *ibid.* El simultáneo *Compendio de più recenti aggravi, *ibid.*

(5) *A Clemente XIII el 16 de noviembre de 1762, *ibid.*; *Torrighiani a Pallavicini el 16 y 30 de septiembre, 9 y 23 de diciembre de 1762, Reg. di cifre, *ibid.*; *Osma a Clemente XIII el 24 de julio de 1762, Cifre, *ibid.*, 289; *Pallavicini a Torrigiani el 21 de septiembre de 1762, *ibid.*

(6) *Tanucci a Wall el 12 de octubre de 1762, *Archivo de Simancas*, Estado, 5978.

(7) *Torrighiani a Pallavicini el 18 de noviembre de 1762, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 431, *loc. cit.*

(8) *Veo quanto me dizes tocante a Roma, pero te aseguro que yo tambien temo que no aprenda de mi respuesta, pues saves que la conozco (Carlos III

De ataque al nervio vital de las asociaciones religiosas ha de calificarse la orden que Tanucci hizo llegar a los superiores religiosos prohibiéndoles llevar a la ejecución, sin el exequatur público, disposición alguna de los respectivos generales de Roma (1). Llegado el caso sabría él proceder en perjuicio de la Orden interpretando arbitrariamente las leyes, como cuando, a pesar de la protesta de los legistas (2), declaró que el colegio de los jesuitas de Sora era casa profesa, puesto que no albergaba novicios ni escolares, careciendo por ende de capacidad para heredar (3). Que Tanucci ni siquiera se arredra de los ataques contra el magisterio de la Iglesia lo demuestra su actitud con motivo de la condenación del catecismo jansenista de Mésenguy (4).

Como el arzobispo de Nápoles, Sersale, tras algunas vacilaciones no se dejase manejar como ciego instrumento por Tanucci, se le escapó evidentemente de las manos al ministro la dirección de los inmediatos ataques; por entonces murió además el cardenal Passionei, a quien poco antes había precedido a la tumba el cardenal Tamburini. A pesar de todo, tanto a la prohibición del catecismo como a la encíclica pontificia y a la traducción del catecismo les fué negado el exequatur con tenaz aferramiento (5), hasta que Carlos III aconsejó personalmente la fórmula evasoria. A fin de mantener el público exequatur en todo su rigor y no provocar con todo mayores discordias, se publicaría una real orden en el sentido de que el monarca había tenido noticia cómo se habían difundido sin aprobación de la autoridad varios ejemplares de la encíclica y del catecismo de Mésenguy y mandaba fueran recogidos ambos (6).

a Tanucci el 23 de enero de 1763, *Archivo de Simancas*, Estado, 6048); *...es menester huir con mucho tiento, y manejando insensiblemente y sin ruido (Carlos III a Tanucci el 5 de abril de 1763, *ibid.*).

(1) *Pallavicini a Grimaldi el 18 de marzo de 1764, *ibid.*, 6096; *Memoria di Pallavicini (sin fecha), *ibid.*; *Grimaldi a Tanucci el 3 de abril de 1764, *ibid.*

(2) *Tanucci a Carlos III, el 22 de marzo de 1763, *ibid.*, 6094; Carlos III a Tanucci el 5 de abril de 1763, *ibid.*, 6048; Tanucci a De Marco el 14 y 15 de octubre de 1767, *ibid.*, 6002.

(3) *Torrigiani a Pallavicini el 11 de noviembre de 1762 y 6 de enero de 1763, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 431 y 432, loco cit.

(4) V. anteriormente, pág. 319 s.

(5) *Tanucci a Bottari el 26 de agosto de 1761, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602.

(6) *A Tanucci el 29 de diciembre de 1761, *Archivo de Simancas*, Estado, 6045.

A la vez y en venganza por la condenación del catecismo prohibió el ministro el tomo XV de la obra «Defensa de la verdad» («La verità difesa») y desterró del territorio al autor, el jesuita Sánchez de Luna, hijo del duque de Sant'Elpidio, por haber impreso el libro en Venecia sin la competente autorización (1). El decreto de expulsión fué publicado en los periódicos (2). Ninguna consideración fué prestada a un escrito en defensa del interesado (3), como tampoco surtió el menor efecto la demanda de clemencia que tanto él (4) como su hermana (5) dirigieron al ministro español Wall. Sólo en atención a la súplica que el octogenario padre envió a Carlos III y a Wall (6) fué amonestado Tanucci desde Madrid para que levantase el destierro.

Como la obra *Opera di Ercolano* (7) que se publicaba bajo los auspicios del rey fuera ridiculizada (8) en la revista «Frustra letteraria», no le fué posible al padre general apaciguar al airado ministro, de quien era de temer lo peor, más que imponiendo un ejemplar correctivo a Zaccaria, que era tenido por el autor, al cual privó del derecho activo y pasivo de elección, le ordenó ocho días de ejercicios y le prohibió toda ulterior colaboración en la revista (9). A la bula mediante la cual Clemente XIII aprobaba de nuevo el instituto de la Compañía de Jesús (10) no sólo le fué negado en Nápoles el exequatur por influjo de Tanucci (11), sino que obligó el referido ministro al marqués Fogliani, virrey de Sicilia, a revocar el ya otorgado exequatur (12). A fin de contrarrestar el influjo de la Orden para con la persona del rey Fernando había logrado Tanucci que al joven soberano, en vez de un jesuita, le fuera designado para confesor el obispo

(1) *Tanucci a Wall el 23 de junio de 1761, *ibid.*, 6092.

(2) Piccolo Diario, núm. 31 del 28 de julio de 1761, *ibid.*, 5868; *Tanucci a Wall el 4 de agosto de 1761, *ibid.*, 6092.

(3) *San Pietro a Tanucci el 19 de junio de 1761, *ibid.*

(4) *Sánchez a Wall el 19 de diciembre de 1761, *ibid.*, 5868.

(5) *11 de octubre de 1761, *ibid.*

(6) *2 de marzo de 1762, *ibid.*, 5869.

(7) Cf. Schipa, II, 231 ss.

(8) *Ibid.*, I, 297, n. 5.

(9) *Ricci a Zaccaria el 26 de noviembre, 10 y 24 de diciembre de 1763, *en poder de los jesuitas*, Registro di lettere (Ricci).

(10) «Apostolicum pascendi» del 7 de enero de 1765 (v. anteriormente, página 298).

(11) *Tanucci a Gallani el 23 de febrero de 1765, *Archivo de Simancas*, Estado, 5992; *Tanucci a Orsini el 20 de abril de 1765, *ibid.*

(12) *Tanucci a Catanti el 22 de octubre de 1765, *ibid.*, 5995.

de Avellino, Latilla (1), contra cuya conducta él mismo se quejó más tarde duramente (2). Llevado de su envidia y celos llegó a quejarse (3) a Carlos III repetidas veces de que el P. Cardel, preceptor del joven monarca, trabase conversación con su discípulo durante las interrupciones de las clases, lo mismo que Goyzueta, quien, igualmente que su mujer, era incondicional adicto de los jesuitas.

Apenas hubo llegado a Nápoles la noticia de la expulsión de los jesuitas españoles, Tanucci, ebrio de alegría, escribió a Azara que Grimaldi le había comunicado de propio puño la historia de la tragedia de los loyolistas. A su entender era mejor el método español que el portugués, pues los cien pesos de la pensión anual darían sofrenada y mantendrían a raya a los sacerdotes del Anticristo. Esto esperaba que sería para gran bien del rey y del reino y con ello vendría el remedio a todos los males que el diabólico espíritu de soberbia, de rebelión, de cábalas y de bribonería había producido so capa de religión (4). Sobre la legalidad de tal medida no podía existir a su juicio la menor duda, pues indiscutiblemente asistía a todo individuo el derecho de arrojar de su casa a un sacerdote que no le fuera grato, aun cuando éste personalmente ninguna culpa tuviera de ello (5). Jamás puso en litigio Tanucci su cooperación en la gran hazaña; de ello incluso se ufana escribiendo a sus confidentes. «El rey católico, dice a Bottari, ha abierto por fin los ojos a muchos crédulos e incrédulos. Gran fortuna ha tenido don Manuel [Roda]; al encontrarse sin reinas ya no ha tenido más resistencia. Su celo y su dialéctica han obrado felizmente y han encontrado oídos y entendimientos abiertos. La cosa fué ya hilvanada aquí; no he dejado por mi parte de cultivar la obra felizmente comenzada; por ello me ha enviado don Manuel sus plácemes.» (6)

La alegría por el feliz resultado de sus consejos, como decía a Losada (7), había inyectado nueva fuerza vital a su ya ruinosa máquina. Le urgía y apremiaba la idea de libertar también al reino

(1) *Tanucci a Portocarrero el 17 de noviembre de 1759, *ibid.*, 5959.

(2) *Tanucci a Losada el 29 de marzo de 1768, *ibid.*, 6004. Cf. *San Nicanro a Carlos III el 28 de octubre y 9 de diciembre de 1766, *ibid.*, 6087.

(3) *el 4 de junio de 1765 y 22 de abril de 1766, *ibid.*, 6096 y 6099.

(4) *A Azara el 18 de abril de 1767, *ibid.*, 6000; Duhr en *Stimmen aus Maria-Laach*, LV, 300 s.

(5) *A Grimaldi el 29 de noviembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6101.

(6) *2 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6000.

(7) *el 2 de julio de 1767, *ibid.*, 6001; Duhr, *loc. cit.*, 302.

de Nápoles de la «ponzoña y gangrena jesuítica». El terreno lo venía preparando generosamente, según informaba a Losada el 1.º de diciembre de 1767: «Desde hacía mucho tiempo había procurado que el pueblo conociera la malignidad, los latrocinios, la soberbia, la envidia y el espíritu de rebeldía de los jesuitas, difundiendo de tiempo en tiempo en nuestros periódicos de aquí algún delito perpetrado en alguna parte por culpa de los jesuitas. V. E. habrá notado esto desde hace algunos años. Además con el título *Inquietudini dei Gesuiti* hacía salir de cuando en cuando de la imprenta real un tomo con diversos tratados, informes y decisiones, tal cual, día tras día iban apareciendo en todos los países de Europa. La imprenta real no era citada, puesto que debía tener muy en consideración el tiempo de la cuenta... Todo era leído con avidez, y por ello estaban preparadas todas las clases para la expulsión y conquistadas en su favor.» Los folletos y libelos eran repartidos en todas las estancias de guardia, oficinas, sacristías, comercios, peluquerías y cafés (1).

Por encargo de Carlos III, informaron al joven soberano ampliamente sobre la expulsión de los jesuitas de España, el ministro y el confesor de la corte, quienes le pintaron los horribles dogmas de aquéllos y la profanación de la religión que significaban: el pontificado, cuyo ocupante es el primado de los obispos, el sucesor de Pedro y el vicario de Cristo, de aquel Cristo que quiso ser pobre, recusó poseer un reino en este mundo, obedeció a los soberanos y pagó los tributos; ese pontificado había sido bastardeado por los jesuitas en una corte opulenta, orgullosa y magnífica, que abriga la pretensión de ser superior a todos los soberanos y de tener el poder de deponerlos y transferir los reinos de una persona a otra y de una a otra dinastía. Con este objeto le permitía la Iglesia defender la doctrina del tiranicidio, según la cual el soberano que no es grato al Papa y a los jesuitas, comete injusticias y da escándalo y a cualquiera le es lícito darle la muerte y el asesino se ganaba el paraíso. Para terminar recomendó Tanucci al monarca guardara secreto de la conversación y el respeto al Papa como cabeza de la Iglesia y no escandalizara a los que le rodeaban, ya que los antiguos discípulos de los jesuitas no sabían discernir entre religión y jurisdicción (2).

(1) **Archivo de Simancas*, Estado, 6003; Duhr, loco cit. Casi del mismo tenor es el *informe de Tanucci a Grimaldi del 1.º de diciembre de 1767, loco cit., 6001. Cf. también las *cartas de Tanucci a Cattolica, Roda y Catanti y Azara del 1.º de diciembre de 1767, *ibid.*, 6003.

(2) *Tanucci a Carlos III el 21 y 28 de abril y 2 de junio de 1767, *ibid.*, 6100.

También hubo de ilustrar el marqués a su real pupilo acerca de las causas de la extradición. El 5 de mayo de 1767 escribía a Cattolica: «Doy comienzo al triste informe que me envió nuestro rey y soberano para nuestro querido monarca, en el más absoluto secreto, es decir, el informe sobre la horrible confabulación de los jesuitas que tenía por remate aquel sacrilego atentado planeado para el domingo de Ramos contra la sagrada persona del rey y toda la real familia con el fin de exterminarles... Admiro la clemencia y benignidad del rey el cual se dió por satisfecho con arrojar de sus moradas aquella raza de víboras. Lo tenía dicho hacía mucho tiempo, pero todos vosotros me poníais el dedo en la boca, mayormente la difunta reina no lo dejó prosperar» (1). A pesar de todas las negras descripciones, no logró por completo el ministro el fin deseado; el joven soberano, quien todavía abrigaba un resto de inclinación por los jesuitas, permaneció irresoluto (2).

Por grandes que fueran las ansias en que ardía Tanucci por imitar el ejemplo de España—el 28 de abril había asegurado ya que en Nápoles estaba todo dispuesto para seguir la indicación del real padre (3),—se encontró en no pequeño aprieto. Una vez le faltaban las razones con que cohonestar la extradición de los jesuitas, como él mismo confesaba en sus cartas a sus confidentes. Atentados contra los soberanos, tumultos, sublevaciones populares... nada de eso existía; lo cual había constituido en España, Portugal y Francia la ocasión para proceder contra los jesuitas, y en general se echaban de menos hechos particulares contra el Estado (4). Del príncipe Nicandro, a quien quiso sondear para sus planes, hubo de oír que no existiendo en Nápoles ni motivos ni ocasión como en los citados Estados, no veía cómo se podía acometer la expulsión con apariencias legales (5). Poco después de realizado el destierro se le deslizó la confesión de que eran inocentes la mayor parte de los jesuitas, cuyo

(1) Ibid., 6000; Duhr, loco cit., 302.

(2) *Tanucci a Carlos III el 9 y 23 de junio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6100.

(3) *Qui staremo agli ordini paterni. A Roda el 28 de abril de 1767, *ibid.*, 6000.

(4) *Noi non abbiamo da far processi per vite sovrane attentate, per tumulti e sollevazioni, come si son fatti in Portogallo e Spagna, e forse anche in Francia, contro gli Gesuiti. Non abbiamo fatti particolari che riguardino questo Stato (Tanucci a Grimaldi el 14 de julio de 1767, *ibid.*, 6100). *A Carlos III el 7 de julio y 11 de agosto de 1767, *ibid.*; *a Roda el 14 de julio de 1767, *ibid.*, 6001.

(5) *Tanucci a Carlos III el 14 de julio de 1767, *ibid.*, 6100.

único delito consistía en su ciega obediencia al general de la Orden, en lo cual latía una fuente de delitos contra el Estado y contra los soberanos (1). En medio de su apuro recurrió primeramente al plan de prohibir a la Orden, en el reino de Nápoles, la admisión de novicios, el oír confesiones, celebrar misiones, dirigir escuelas y congregaciones, lo cual significaba condenarla a muerte por consunción. Con todo, la propuesta no halló la aprobación de la corte de Madrid, donde el rey era de parecer que a los jesuitas o había que dejarlos en absoluta paz o exterminarlos por completo, pues en caso distinto no se conseguía más que exacerbar su sed de venganza (2). En vista de ello se decidió Tanucci a optar por el procedimiento de los parlamentos franceses y apoyarse en los motivos de razón de Estado, apelando en todo caso, a manera de ornato jurídico, al defecto del exequatur de que adolecían las constituciones de la Orden, a pesar de estar aquél ya vigente con anterioridad al año 1543 en que llegaron los jesuitas (3). «Aquí, como en Parma, escribía a Carlos III (4), hay que agarrarse al levantisco sistema de la Compañía, a sus constantes y pérfidas maquinaciones, contra el legítimo poderío del soberano y mando de las autoridades, a su repugnante avaricia, a la

(1) *Innocenti dico moltissimi nel caso della Compagnia sciolta ed estinta, li quali non lo sono, mentre il corpo sta unito, poichè in tale stato li Gesuiti tutti hanno il peccato dell'obbedienza cieca al Generale, nella quale sta un fonte di scelleraggini contro li secolari, contro li statì, contro li sovrani. Quel Generale è un vero Belzebub... (a Centomani el 17 de diciembre de 1767, *ibid.*, 6003). Después de haber expuesto Tanucci a Losada que el sistema jesuítico culminaba en la lucha contra la soberanía, continúa: Ma ho sempre circoscritto questa mia opinione sul politico; era così semplice la mia maniera di pensare, che io credeva e diceva esser nella Compagnia tutta, nel suo corpo, nel suo totale uno spirito attivo perverso, che la faceva malvaggia, ma essere gli individui quasi tutti buoni, e mi valeva del detto di quell'arcivescovo di Colonia che querelatosi del suo capitolo, a chi gli opponeva li particolari canonici che erano stimati buoni, replicava, si canonici buoni, ma capitolo scellerato (a Losada el 14 de julio de 1767, *ibid.*, 6001). Duhr, *loc. cit.*, 303.

(2) *Grimaldi a Tanucci el 30 de junio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6100; *Tanucci a Grimaldi el 21 de julio de 1767, *ibid.*

(3) *A Carlos III el 11 de agosto de 1767, *ibid.*

(4) *El 7 de julio de 1767, *ibid.* Algunos días más tarde escribía el ministro a Azara: *Quanto più considero, tanto più mi pare che a noi bisogna una condotta mista. Di Spagna non potremo seguire altro, che un'inimicizia presuntiva dei Gesuiti contro tutta la casa del Re Cattolico regnante. Di Francia avremo qualche cosa di questo, ma assai poco, ed oscuro; ma avremo le dotte dissertazioni autenticate dalli consecutivi arresti dei Parlamenti sulle massime, sulla morale, sul sistema infernale della Compagnia, tutto incompatibile colla salute del popoli, e dei sovrani, e colla religione cristiana (11 de julio de 1767, *ibid.*, 6001)

ruina de la moral y socava de la religión cristiana. Los parlamentos de París y los varones más sabios y píos de tres centurias han expuesto con claridad todos estos convincentes motivos que claman por la expulsión de gente tan perniciosa. Además, basta con parar mientes en el proceder de todos los ministros que están alerta para reconocer la gran peste que son para los Estados.» En términos parecidos expuso Tanucci una semana después (14 de julio) al ministro Grimaldi las razones que él tenía para la expulsión de los jesuitas (1): «Es cierto que no tenemos a mano hechos concretos contra el Estado, pero tenemos su perniciosa moral, sus dogmas corruptores, su sistema diabólico, el espíritu de rapiña, de ambición, de venganza, de rebelión y su constante conjuración contra la soberanía, las autoridades y prelados, cosas todas que bastaron a los parlamentos franceses para suprimirlos y expulsarlos. Además tenemos también el odio a muerte que a partir de su extradición abrigan contra la casa de Borbón. En cambio su derecho es muy deleznable. Se introdujeron en el país con el disfraz de religión y amor al prójimo. Jamás han presentado sus constituciones al gobierno; aquéllas son en consecuencia desconocidas y consiguientemente no están reconocidas, pues donde no existe conocimiento tampoco puede darse aprobación. No es incumbencia del gobierno demostrar las causas que inducen a la expulsión; por el contrario, obligación suya es demostrar que hubieron de ser admitidos y tolerados. Tales son en resumen las razones que convencen a mi pobre entendimiento y mueven mi honorable voluntad a proceder sin más a su expulsión.»

En un escrito más extenso, dirigido a Roda el mismo día 14 de julio, recoge el ministro los cinco motivos, los cuales le persuadían, con tanto mayor fuerza cuanto más tiempo transcurría, de la necesidad de expulsar a los jesuitas: 1. Estando inspiradas sus acciones por un mismo y único espíritu, se sigue que los jesuitas de ambas Sicilias están dispuestos a realizar las mismas acciones que sus hermanos de España. 2. Si los jesuitas españoles son enemigos de la casa de Borbón, eso mismo hay que sostener de los napolitanos. 3. Jamás han perdonado los jesuitas; la venganza es parte integrante de su sistema; pretenderán por tanto tomar venganza en esta rama de la dinastía borbónica y lo intentarán si se les deja aquí. 4. No les asiste derecho alguno para permanecer aquí, ya que penetraron en

(1) *el 14 de julio de 1767, *ibid.*, 6100.

el país clandestinamente, sin que jamás hayan presentado al gobierno sus constituciones. A ellos incumbe demostrar que fueron admitidos legalmente, no al gobierno razonar su extradición. 5. A juzgar por los edictos de los parlamentos franceses hay que tenerlos por de una moral extraordinariamente laxa en la teoría y en la práctica y por defensores de falsas teorías contra el dogma católico y a su sistema de gobierno por opuesto al derecho humano, divino y político... «De la misma manera que estas razones por sí solas me bastan a mí para arrojarlos, podrían, a no dudarlo, ser también suficientes para una media docena de honrados funcionarios.» (1) No omita Roda el representar esto al rey a fin de que no se malogre para el mundo tan favorable ocasión con prolijos procesos. «Pues procesos tal como ahí se llevan resultan aquí imposibles por falta de materia y forma.» No existen delitos de lesa majestad, asimismo no hay funcionarios que sean suficientemente callados y diestros para reunir pruebas realmente convincentes (2). El cuarto motivo, o sea la falta de pública legalización lo había señalado el propio Tanucci como simple ornato (3). Lo que él sinceramente pensaba del quinto lo delata en una carta a Galiani, en la cual hace notar que las atrevidas opiniones en la moral no eran exclusivas de los jesuitas, sino que se hallaban en los teólogos de todos los tiempos (4).

Otro aprieto para Tanucci lo constituía la falta de competentes colaboradores de confianza que le hubieran podido ayudar en la gran empresa con el consejo y con la acción. Del Consejo de Estado,

(1) Ibid.

(2) *Quei processi, che V. S. Ill^{ma} dice fatti costì, qui sono impossibili per mancanza della materia e della forma. La materia dei delitti dei Gesuiti contro la sovranità qui non apparisce; non è avvenuto alcun delitto di lesa maestà, che abbia dato corpo, e fune, e principio certo all'inquisizione. Manca la forma, perchè non abbiamo un ministero subalterno, o urbano, o provinciale, sicuro pel segreto, per l'efficacia, per la costanza, che basti alla conquista di tante prove esterne, materiali, geometriche, quali un numero di togati superiori possano persuadere e convincere, e sia sicura la conclusione, che la politica, la salute dei popoli, la quiete, e incolumità della casa reale richiedono al primo, e più sublime, ed alto ministero del Re. Questo deve consultare la sua sola coscienza, e quella del Re, e non deve dar conto dei metodi della sua persuasione (a Roda el 14 de julio de 1767, *ibid.*, 6001). *A Grimaldi el 21 de julio de 1767, *ibid.*, 6100.

(3) V. anteriormente, pág. 486, nota 3.

(4) Li vostri Parlamenti mi saprebbe Ella dire il filo che hanno tenuto? Opinioni strane circa la morale; quis non di tutti li teologi di tutti li tempi? Dipendenza di Roma; son soli in questa stranezza li Gesuiti? Prima delli Gesuiti era Roma la scellerata che sappiamo. A Galiani el 8 de agosto de 1767, en B. Tanucci, *Lettere a Ferdinando Galiani*, II, 106.

decía él (1), nada había que esperar por estar plenamente ocupado por terciarios de los jesuitas; entre los ocho miembros podía contar a lo sumo con uno solo que comulgase con sus ideas. Muy grata le hubiera sido a él, por consiguiente, una orden directa de actuar, a la cual él hubiera podido atenerse: «Aquí aguardamos la orden del padre. Viena, Venecia, Turín comenzarán quizá también a moverse ante el magno ejemplo. Todos cuentan con que Sicilia y Parma harán y tendrán que hacer lo mismo» (2). Como a fines de mayo no hubiera llegado todavía la orden, escribió el marqués muy resignado a Cantini: «Todo el mundo me increpa: Bruto, ¿por qué duermes? Fuera de Sicilia todos claman porque no se orienta el asunto según la gran sabiduría que ha barrido a los jesuitas. A mí me toca desempeñar el papel de Virgilio para con Dante, es decir, alumbrar yendo delante con la antorcha en las manos sobre las espaldas. Ante mí tengo a Centola, San Giorgio, Sangro, San Nicandro, Reggio Miguel, Camporeale, lo cual significa tinieblas (gentuza), populacho, idolatría, para no hacer uso de expresión más cruda.» (3)

No dejó Carlos III a Tanucci en la incertidumbre acerca de su modo de pensar. Compartía, según le aseguraba, sus temores respecto a asonadas por parte de los jesuitas, pues por propia experiencia sabía mejor que nadie, que aquéllos eran capaces de todo; también se daba perfecta cuenta de que el estado actual no podía ser duradero; por muchas razones no se podía esperar nada bueno, y sí en cambio temer toda suerte de infortunios, los cuales no ya por prudencia sino por exigencias del deber había que prevenir. Todo esto se lo decía para el caso de que el rey Fernando quisiera saber su pensar y sentir (4). Noticioso de que el joven soberano no acababa de salir de sus vacilaciones, hizo notar Carlos III, presa del desaliento, que su hijo no tenía razón alguna para abrazar el partido de tal gente, «pues bien sé lo que me estaba deparado y a la inmensa misericordia de Dios atribuyo únicamente que me haya salvado a mí y a mi familia». Él no lo hubiera creído jamás si no lo hubiera visto con sus propios ojos. Por lo demás se remitía a los informes de Grimaldi y de Roda en cuanto se relacionara con este importante nego-

(1) *A Azara el 18 de abril de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6000; *a Castromonte el 9 de mayo de 1767, *ibid.*

(2) *A Roda el 28 de abril de 1767, *ibid.*

(3) *A Catanti el 26 de mayo de 1767, *ibid.*

(4) *A Tanucci el 9, 16 y 23 de junio de 1767, *ibid.*, 6056.

cio. Vea el ministro de familiarizar a los obispos con la idea de que en España se han acreditado los prelados de enemigos los más acérrimos de los jesuitas (1).

Por claro y significativo que fuera este lenguaje, sin embargo Tanucci esperaba otra cosa de su real señor de Madrid. Con todo, como apuntaba Roda, difícilmente daría aquél un mandato positivo, por muy anhelosamente que deseara el ministro ver desterrados a los jesuitas de Parma y Nápoles (2). A su amigo Galiani, que constantemente le espoleaba a seguir adelante, le expuso el marqués el 20 de junio de 1767 la situación en que se hallaba (3): «La corte ha sido compuesta en su totalidad por partidarios de los jesuitas merced a la difunta reina, la cual todavía era más jesuítica que la mujer del delfín. Fogliani es más jesuita que Ricci, De Marco un declamador jansenista que casi tiene más fe en el derecho canónico que en el silogismo. Diga usted al duque (Choiseul) que yo me hallo completamente solo, que en España no dejo nada por mover a fin de conseguir una orden, pero no la he recibido». En idénticos términos se lamentaba escribiendo a Losada (4): «Es íntima la persuasión que tengo de que los jesuitas no pueden estar allí donde existan soberanos Borbones o aunque sólo sea cristianos... Al rey (Fernando) he expuesto abiertamente mi parecer de que es preciso expulsar a los jesuitas, a fin de que él solicitara el consejo de su real padre, pero dudo de que lo haya hecho. En las estancias queda todavía algo de la levadura jesuítica, la cual ejerce su influjo sobre el rey. Dentro de poco vendrá la austríaca (5) llena de jesuitismo... y sabe Dios de qué secretas instrucciones... Excelencia, hablo con el corazón en la mano, pues tal es mi deber, porque es más que necesario y ello me está permitido, ya que no me guía interés alguno de partido, pues doy por descontada mi dimisión con la llegada de la nueva estrella polar.» Preparado así el terreno expuso Tanucci a su soberano estos mismos temores, de que la princesa y futura reina fuera, según se decía, muy adicta a los jesuitas, por lo cual era de recelar que jamás llegara a realizarse la expulsión, si ésta no era efectuada antes de

(1) *A Tanucci el 30 de junio de 1767, *ibid.*

(2) *Roda a Azara el 26 de mayo de 1767, *en poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 234, I,

(3) B. Tanucci, *Lettere a F. Galiani*, II, 85.

(4) *7 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6001.

(5) Archiduquesa Josefa, m. el 15 de octubre de 1767 (Arneth, *María Teresa*, VII, 332 s.).

su llegada en el mes de noviembre, ya que nadie habría que se atreviera a oponerse a la expresa voluntad de la reina (1).

El 11 de julio volvía Tanucci a exponer en una carta a Galiani su apurada situación. «De los jesuitas nada tengo que anunciaros. De Marco y los otros no saben comenzar el asunto. Me exigen fundamentos y me echan en cara que en Francia fué herido el rey, en Portugal ocurrió otro tanto y que en España hubo intentona de lo mismo y estalló el motín; esto sirvió de base para procesos que llevaron a una sentencia judicial; pero en Nápoles, ¿cómo vamos nosotros a poner en obra el asunto? Por lo menos debería existir una centellita de justicia administrativa a fin de salvar ante el pueblo las apariencias de legalidad. Con esta pedantería jurídica estoy hace ya tiempo descompuesto, porque impide el bien y fomenta el mal. En este asunto me propongo optar por un camino más corto.» (2)

No dejó el ministro medio alguno por probar a fin de inducir al rey de España a que por fin se decidiera a dar una orden positiva. En una ocasión le informó, que ante la indicación de Galiani de que en Nápoles nada se haría contra los jesuitas, había dicho Choiseul: «Pero piense usted que son los enemigos de la casa de Borbón» (3). Dos semanas después le notificaba que el joven soberano prefería tener una orden o resolución de su padre a ordenar por su cuenta que se incoara una instrucción, mayormente habiendo oído que su primo de Parma llevaría a la práctica la expulsión con aprobación del rey (4). Sin embargo Carlos III creía haber dado a conocer con suficiencia su voluntad en las cartas anteriores. Mientras perdurara el estado actual en Nápoles sería presa de la mayor preocupación e intranquilidad (5), pues todo lo había de temer de los jesuitas. En

(1) **Questa principessa, per quanto la fama porta, verrà molto persuasa a favore del Gesuiti, onde è da sospettare, che se l'opera dell'espulsione non sarà terminata prima del Novembre, non si potrà più terminare, poichè non si troverà qui chi ardisca di resistere ad una dichiarata protezione e volontà della Regina* (14 de julio de 1767, *ibid.*, 6100).

(2) B. Tanucci, *Lettere a F. Galiani*, II, 93 s.

(3) *Tanucci a Carlos III el 23 de junio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6100. Cf. *Lettere a F. Galiani*, II, 85, n. 1.

(4) *7 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6100.

(5) Habíase inspirado al rey preocupación por la vida de su hijo. El general de los agustinos, Vázquez, propuso a Roda que conociendo la teoría del tiranicidio de los jesuitas, temblaba ante el solo pensamiento de lo que pudiera ocurrir si los jesuitas cometieran un atentado contra la vida del inocente príncipe sin sucesión. Por esta causa hágase en Nápoles cuanto antes lo que en España

la más rigurosa intimidad le quería participar además que se basaba en la verdad lo que se oía y decía de su sobrino el duque de Parma respecto a los jesuitas (1). Por fin llegó una carta de Azara con la solución de la duda. Con el mayor secreto daba la noticia como Parma había solicitado de los jefes de la casa de Borbón el consentimiento para expulsar a los jesuitas y que aquél había sido otorgado con cierta reserva. Si bien en las dos respuestas se decía que no se quería hacer al infante prescripción alguna, la afirmación de que sería muy grato ver a los jesuitas alejados de los Estados del duque podía y debía ser interpretada como una positiva aprobación (2).

La información dió al ministro luz y nuevos ánimos (3). Fiel a su principio de que el secreto constituía el alma de la política (4), procedió con la mayor cautela. Con el fin de adormecer a los jesuitas en los halagos de la seguridad, dió de mano a todo lo que pudiera dar motivo de sospecha. Al provincial le hizo objeto en repetidas audiencias de la mayor cortesía y le confirmó que ningún motivo veía él para la expulsión, dado que ellos no eran culpables en Nápoles de motines populares (5).

En esto se proyectó una comisión que se ocupara en la expulsión; para mejor paliar su finalidad, la denominó Tanucci «Junta contra los abusos» (*Giunta degli abusi*), la cual había de entender en los asuntos criminales del banco popular. Las sesiones no las celebraría

tan afortunadamente se ha practicado ya. *Vázquez a Roda el 9 de julio de 1767, *Biblioteca de S. Isidro de Madrid*, Cartas de Vázquez, t. I.

(1) *A Tanucci el 28 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6057.

(2) *Tanucci a Azara el 18 de julio de 1767, *ibid.*, 6001.

(3) *Tanucci a Grimaldi el 21 de julio de 1767, *ibid.*, 6100.

(4) A Castromonte el 23 de mayo de 1767, *ibid.*, 6000.

(5) *Signore, fui qui col principe di Jaci fin dai primi tempi dell'espulsione spagnuola nell'opinione di dover far credere ai Gesuiti, che forse di qua non sarebbero cacciati, allegando al Provinciale, e al Preposito del Gesù P. Matteis per ragion di sperare, ch'essi non erano qui rei di alcuna sollevazione; più volte su questo tenore parlai loro nelle occasioni di venir essi da me... Ho fatto tanto questa figura dissimulante, e con tutta apparenza di cortesía per loro, che i loro nemici insofferenti e frettolosi mi hanno caricato di parzialità per essi... So che lo hanno creduto, e lo hanno scritto ai loro corrispondenti in Roma, Genova, Milano, e allo stesso loro Generale; l'ho veduto con gli occhi propri nel Sant'ufizio, nel quale ho disposte per li Gesuiti le ricerche più munite (Tanucci a Carlos III el 21 de julio de 1767, *ibid.*, 6100). *Qui van dicendo, che io gli ho assicurati, che non saranno espulsi, e la gente è tanto quanto rimasta ingannata per aver veduto più volte trattenersi meco nell'udienza il Provinciale, ed esser da me accompagnato secondo l'antico solito (Tanucci a Carlos III el 28 de julio de 1767, *ibid.*). Cordara, *De suppressione*, 107 s.

en Nápoles, sino en Prócida (1). Carlos III mandó decir, oficialmente también, que por su parte no se podía resolver a dar consejo alguno; que vieran de meditarlo y madurarlo todo en Nápoles, y si se llegaba a la creencia de que la expulsión de los jesuitas reportaría utilidad para el rey, el pueblo y la religión, que en tal caso se actuara con rapidez antes que llegara la futura reina (2). Mucho más insinuante fué la respuesta que hizo llegar por mediación de Roda; en ella se declaraba conforme con los principios expuestos por Tanucci el 14 de julio y con la elección de personas, lo único que todavía deseaba era que fueran también llamados a la comisión el real confesor, obispo Latilla, y el cardenal arzobispo de Nápoles, Sersale (3). Su más íntimo sentir lo reveló Carlos III en una carta del 11 de agosto de 1767. No se puede, decía, descuidar nada ni perder el menor tiempo, «pues, te lo repito, ellos son capaces de todo». No podía menos de aprobar las conclusiones de la comisión, puesto que se trataba de conservar un hijo a quien él amaba más que a sí mismo, y confiaba que Dios con su fuerte mano llevaría allí al cabo la obra tan felizmente como lo hizo en España. Que los miembros de la junta fueran de este parecer le alegraba y no dudaba de que los obispos abrigarían idéntico modo y manera de ver las cosas, pues nadie que tuviera sano juicio podía menos de pensar así. «Y tengo segura confianza, añadía, de que Dios os ha de ayudar para decidir y llevar a la ejecución una obra que redunda en mayor servicio y honra de Dios.» (4)

La formación de la junta de expulsión proporcionó serios y múltiples cuidados a Tanucci, quien en ella no quería ver más que personas dócilmente plegables. Se negó a llamar a ella al cardenal Sersale pretextando que la cooperación en la expulsión de los jesuitas le podía más tarde cerrar el camino de la tiara (5). Al confesor de palacio, Latilla, lo mismo que a los demás prelados les cerró la puerta, pues habiendo presentado él una causa criminal como objeto de las deliberaciones, la participación de los obispos en un asunto de esta índole podía dar ocasión a escándalo y sospecha (6). Al virrey de

(1) *Tanucci a Roda el 14 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6001.

(2) Grimaldi a Tanucci el 4 de agosto de 1767, *ibid.*, 6100.

(3) *Roda a Tanucci el 4 de agosto de 1767, *Archivo Prov. Tolet. de Madrid*, Chamartín, P.

(4) *A Tanucci el 11 de agosto de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6057.

(5) *A Carlos III el 25 de agosto de 1767, *ibid.*, 6100.

(6) *A Roda el 14 de julio y 25 de agosto de 1767, *ibid.*, 6001 y 6002.

Sicilia, marqués Fogliani, manifiesto partidario de los jesuitas, le hubiera enviado de buena gana a Lombardía bajo cualquier honroso paliativo (1), mas como Fogliani recusase la misión, resolvió el ministro excluirle en absoluto de las negociaciones y no hacerle llegar la orden de expulsión sino a la mañana siguiente de haberla realizado en Nápoles (2).

Una vez convenido, en las conversaciones previas habidas con De Marco y con el príncipe Yaci, que la comisión había de resolver en una sola sesión si quedaba sustanciada la expulsión de los jesuitas a base de los cinco puntos preliminares (3) redactados por Tanucci, entonces por real decreto del 16 de septiembre de 1767 fué establecida la «Junta contra los abusos» (4). El 3 de octubre el ministro recabó del rey Fernando para sí la misión de incoar una minuciosa investigación sobre qué medidas habían de ser adoptadas contra una Orden, la cual, debido a su conducta levantisca, relajada y reprobable, había sido expulsada de Portugal, Francia y España, y cuyo sistema de gobierno impío, intrigante, avariento, ambicioso y sedicioso era incompaginable con el bien de la religión y del país (5). No cabía abrigar la menor duda sobre el resultado de la deliberación dado caso que el ministro no había designado como miembros más que a los que comulgaban con sus ideas y criterio (6). En su dictamen del 25 de octubre de 1767, que no es más que una síntesis de las ideas de Tanucci (7), dirigía la Junta una exhortación al rey instándole a seguir el ejemplo de su padre que había merecido la aprobación de todos los buenos (8). Los bienes de la Orden fueron puestos a disposición del monarca como bienes sin dueño (9).

(1) *A Carlos III el 11 de agosto de 1767, *ibid.*, 6100.

(2) *A Carlos III el 13 y 20 de octubre de 1767, *ibid.*

(3) V. anteriormente, pág. 485.

(4) Tripodo, *L'espulsione della Compagnia di Gesù dalla Sicilia*, 37;

*Tanucci a Carlos III el 8 de septiembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6100.

(5) Tripodo, 36.

(6) *Tanucci a Carlos III el 8 de septiembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6100.

(7) *Ibid.*; Extracto de la consulta dirigida a S. M. por la Junta de abusos referentes a la expulsión de los Jesuitas, en Danvila y Collado, III, 119, n. 2. El dictamen del miembro de la comisión Vargas Machuca en Tripodo, 126 ss.

(8) § 11. En vista de todo lo dicho, use V. M. de todo su poder imitando la conducta de su augustísimo padre que ha merecido la aprobación de todos los buenos. Danvila y Collado, III, 119, n. 2.

(9) § 12, *ibid.* El 25 de agosto de 1767 *escribía Tanucci a Roda que el

Este plan tan astutamente urdido estuvo a punto de fracasar en los últimos momentos. El 19 de octubre tuvo lugar una tremenda erupción del Vesubio, que puso en sobresalto a toda la ciudad. Las sacudidas fueron tan violentas que el joven soberano se vió en la precisión de abandonar la ciudad de Prócida y regresar a Nápoles (1). Simultáneamente se desencadenó una imponente tormenta y en la estancia del monarca penetró un rayo. Para colmo de desdichas aquel mismo día llegó la noticia de la muerte de la novia del rey (2). En vista de la general alarma y confusión y del pánico que se apoderó del pueblo, el cual veía en estos acontecimientos un justo castigo de Dios por la expulsión inminente de los jesuitas (3), el ministro no consideró prudente poner en ejecución su extradición fijada ya para el 23 de octubre (4). En un billete autógrafo aseveró a su confesor, Micco, que la reunión de embarcaciones en el puerto de Nápoles no rezaba con los jesuitas, y de propio intento envió a su médico de cabecera al superior de la casa profesa para que en su nombre le diera tranquilizadoras explicaciones y seguridades de ser falsos los rumores que circulaban por la ciudad acerca de la próxima expulsión de los jesuitas, ya que ningún fundamento había para ello; en una palabra, que no tenían nada que temer (5). A la pregunta

Estado no podía apoderarse de los bienes de los jesuitas por vía de confiscación, pues no existían delitos de Estado; con todo, amparándose en el defecto del Exequatur, declaró los colegios de jesuitas corporaciones ilegales y por ende incapaces de adquirir, y sus bienes los adscribirá al Fisco como carentes de dueño. *Archivo de Simancas*, Estado, 6002.

(1) *Tanucci a Carlos III el 20 de octubre de 1767, *ibid.*, 6100; *Tanucci a Losada el 20 de octubre de 1767, *ibid.*, 6002.

(2) V. anteriormente, pág. 490, nota 5. Ricci, **Espulsione*, núm. 87.

(3) Tanucci a Carlos III el 27 de octubre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6100.

(4) *Tanucci a Roda el 24 de noviembre de 1767, *ibid.*, 6003.

(5) *...che il Marchese Tanucci spedito avea il suo medico, persona confidente al P. de Mattheis, ch'era ben visto al medesimo Marchese, assicurandolo, che quelle navi tutt'altro destino avevano, che quello della espulsione dei Gesuiti; anzi di più avea il medesimo Marchese scritto un biglietto al P. de Micco stato suo confessore, affermando lo stesso: la qual sicura notizia, specialmente del biglietto, che a parere anche di Ministri politici, veniva a togliere il dubbio prudente, servì a rassodare gli animi dei Superiori, che entravano malvolentieri nel dubbio (*Historia dell'espulsione dei PP. della Compagnia di Gesù dalla Sicilia*, 1768, p. 31, *en poder de los jesuitas*, Sicil., 180). Ricci refiere en su *diario los mismos acontecimientos y añade: Su la parola di un primo Ministro così espressa si fidarono troppo i poveri Religiosi, che non sapevano che oggidì non si vogliono le restrizioni mentali, ma non si ha difficoltà di dire menzogne aperte (*Espulsione*, n. 84).

que le hizo el nuncio pontificio le respondió que no veía él existieran en Nápoles las razones que en otros países habían motivado la expulsión de la Orden (1). Como se puede reconocer por el irritado escrito de defensa que Tanucci envió a Losada y Galiani, creíase, incluso en los elevados círculos, que el ministro había rebasado en sus afirmaciones los linderos de un simple paliativo de la verdad (2).

Sosegada un tanto la marejada, por decreto del 31 de octubre de 1767 dispuso Fernando IV la expulsión de todos los jesuitas que se hallasen ordenados in sacris y confió la misión de poner en práctica la decisión al capitán general del ejército, príncipe de Campofiorito. Al mismo tiempo mandó al provincial y superiores locales imponer a sus súbditos a someterse sin resistencia a la real disposición (3). En un edicto posterior del 3 de noviembre, decretó el monarca, por interés de la seguridad y prosperidad de sus súbditos, destierro perpetuo para todos aquellos clérigos, hermanos legos y novicios de la Orden jesuítica que no quisieran renunciar a su vocación. A todos los desterrados, aun en el caso de salirse o de pasarse a otra orden, les estaba prohibido regresar a su patria, y en caso de contravención serían tratados como reos de lesa majestad. Todos los bienes raíces y muebles de los expulsos quedaban sujetos a la incautación para ser aplicados a fines de bien público. Sólo a los jesuitas ordenados in sacris les fué asignada una pensión anual de setenta y dos ducados, la cual, por cierto, podía ser anulada inmediatamente caso que alguno de los desterrados u otro jesuita cualquiera osara escribir contra la real disposición. Todo aquel que solicitara carta de hermandad (carta di fratellanza) o, si ya la poseía, no la entregara en el espacio de un mes, sería tratado como reo de lesa majestad (4). Para el virrey de Sicilia fué expedida orden formal

(1) *Il Nunzio fu a viso aperto domandandomi, se si caccerebbono, come si sospettava, li Gesuiti. Caricai un poco la mano sulle ragioni di non doversi credere quello, che per altro io non sapeva, dicendogli, che da Portogallo e da Spagna il delitto di lesa maestà aveva cacciati li Gesuiti, da Francia li Parlati, tre cagioni, che io qui non vedeva. Il Santufizio mi ha scoperto che il Nunzio partì da me dubbioso. Ventapane, gran Gesuitaio, pur voleva sapere, gli dissi lo stesso; mi si dice, che stan tranquilli li Gesuiti. Tanucci a Carlos III el 27 de octubre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6100.

(2) *A Losada el 19 de enero de 1768; a Galiani el 30 de enero de 1767, *ibid.*, 6003.

(3) «Ordine del Re», en Guardione, *L'espulsione dei Gesuiti dal regno delle due Sicilie nel 1767*, p. 84 ss.

(4) *Ibid.*, 73 ss.

de expulsar a los jesuitas de la isla (1); en caso de rebeldía le amenazaba Tanucci en una carta adjunta con la remoción del cargo (2).

La expulsión de la Compañía de Jesús del reino de las Dos Sicilias había sido decretada por una comisión laica de doce individuos. Para acallar la conciencia del soberano fué llamado, una vez terminada la sesión, el confesor del rey, Latilla, para que estampase su firma en el documento (3). A punto estaban ya todos los decretos e instrucciones para los oficiales ejecutores, cuando sólo tres días antes de la ejecución se decidió el ministro a tomar en consideración la voluntad de Carlos III solicitando el dictamen de obispos y prelados, de cuya aquiescencia estaba seguro. Todos se expresaron en términos favorables a la expulsión sacando nuevamente a relucir las tan manoseadas inculpaciones contra la Orden (4). Más arduo era recabar el consentimiento del cardenal arzobispo Sersale. Sólo tras prolijos ruegos y exhortaciones y bajo garantía de que su aprobación no le había de perjudicar en forma alguna, sino servir de arrimo y escabel, de lo cual el rey de España salía garante con su real palabra (5), se avino a firmar una declaración que así rezaba: El cardenal cree que el rey de España, como monarca justo y temeroso de Dios, ha tenido justos motivos para expulsar a los jesuitas y que no es improcedente poner a salvo la vida de su hijo, el rey de las Dos Sicilias (6).

Enormemente más dificultoso había sido arrancar la firma del joven monarca, pues éste no se avenía a estampar su firma sino a condición de que las conclusiones de la «Junta contra los abusos» fueran informadas favorablemente por el Consejo de Estado. Ante las representaciones de que en aquél no era posible lograr una mayo-

(1) Fernando IV a Fogliani el 11 de noviembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6003. El adjunto documento oficial de Tanucci, de la misma fecha, *ibid.*, impreso en Guardione, 77 s.

(2) *Si sa, che il genio, la propensione, l'abituazione in V. E. contrasterà collo zelo, coll'onore, con quello che si deve al Re; ma si tiene per fermo, che lo zelo, che l'onore, che il servizio del Re vincerà, e tutto sarà perfezionato colla maggiore efficacia, e rimarranno delusi quelli, che consigliavano diverso sistema, e principalmente un architetto, e un Agamemnone meno dichiarato per quel corpo. Tanucci a Fogliani el 13 de noviembre de 1767 (no oficial), *Archivo de Simancas*, Estado, 6003.

(3) Cf. el Extracto en Danvila y Collado, III, 119, n. 2.

(4) Los *votos de los obispos Testa, Ciocchis, Sanseverino y del arcipreste Andriani en el *Archivo de Simancas*, Estado, 6100.

(5) *Tanucci a Carlos III el 17 y 24 de noviembre de 1767, *ibid.*

(6) *[17 de noviembre de 1767], *ibid.*

ría partidaria de la expulsión dió orden de buscar una escapatoria de suerte que ni él solo ni el Consejo tomasen cartas en el asunto. Tanucci lo supo arreglar de suerte que el 31 de octubre por la tarde concurrieran como por acaso el príncipe Yaci, De Marco, Latilla y él mismo en la estancia del joven soberano, realizado lo cual, a puertas cerradas, redactaron el fallo definitivo el cual fué roborado con la real firma (1).

María Magdalena Sterlich, religiosa venerada por el pueblo como santa, había amonestado por escrito a Fernando IV a que viese un aviso del cielo en las tres calamidades del mes de octubre y advirtiéndole que no expulsase a los jesuitas. El ministro instruyó al incauto soberano explicándole como con Jesucristo habíase terminado la revelación, siendo herejía lo contrario, por lo cual no le restaba más que un camino, seguir la luz de la razón y el consejo de su egregio padre (2).

No tardó en llegar el momento de la ejecución. El 18 de noviembre fué comunicada la orden del rey a los funcionarios ejecutores y al mismo tiempo partieron los comisarios con rumbo a las ciudades de provincias donde se hallaban colegios de los jesuitas. A fin de que la concentración de fuerzas militares en la capital no llamase la atención, en la mañana del 20 de noviembre de 1767 (3) cuatro regimientos realizaron un simulacro de maniobras. Después del toque del ángelus fueron acordonadas por tropas todas las casas de los jesuitas existentes en Nápoles. Escoltados por fuerza militar se dirigieron los funcionarios a las casas que les habían sido designadas, ordenaron a los superiores congregar a los religiosos y les conminaron el decreto de expulsión. Inmediatamente se les dió orden de ir a sus aposentos para recoger ropa interior, vestidos, breviario y otras menudencias y disponerse a emprender el viaje. Poco después fueron reunidos los escolares sin órdenes mayores y los hermanos coadjutores y se les declaró que podían elegir libremente entre seguir

(1) *Tanucci a Carlos III el 3 de noviembre de 1767, *ibid.*

(2) *Tanucci a Carlos III el 10 de noviembre de 1767, *ibid.*; *Tanucci a Roda el 24 de noviembre de 1767, *ibid.*, 6003; *Istoria dell'espulsione de'Nostri da Napoli, *en poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 230, f. 89.

(3) Por algunos historiadores, por ejemplo Guardione (31), se da equivocadamente la noche del 3 al 4 de noviembre como momento de la expulsión. Tanucci dice en su *informe a Carlos III del 24 de noviembre de 1767: *La notte del venerdì 20 al sabato 21 uscirono li Gesuiti da tutti i loro collegi e case. Archivio de Simancas, Estado, 6100.*

en el destierro a los padres o abandonar la Orden y tornarse a sus casas: en el primer caso no percibirían pensión alguna, en cambio los coadjutores que depusieran el hábito, se dedicaran a un oficio manual y contrajeran matrimonio recibirían una pensión anual de treinta y seis ducados; y los escolares que abandonaren la Orden serían especialmente preferidos más tarde en la colación de cargos y beneficios. Los novicios fueron trasladados al convento de teatinos, donde en el espacio de veinticuatro horas debían resolverse a seguir o a abandonar a los padres. Según cierto informe les fué arrebatado allí el hábito religioso y, vestidos de seglar, fueron enviados a sus casas (1). Excepción hecha de algunos gravemente enfermos y ancianos cargados de años, fueron transportados los padres junto con los escolares y coadjutores que permanecieron fieles, bajo escolta militar, a Pozzuoli, donde los jóvenes y hermanos coadjutores fueron arrancados del lado de los sacerdotes y se les recomendó encarecidamente meditasen de nuevo su resolución y demandaran el consejo de sus allegados. Habiéndose embarcado el 24 de noviembre los desterrados, el 26 del mismo mes fueron desembarcados en Terracina en territorio de los Estados pontificios. De idéntica manera se realizó también la expulsión en los restantes colegios, con sólo la diferencia de ser trasladados sus moradores en su mayor parte por tierra a los dominios de la Iglesia (2).

Lo mismo que en Nápoles, se habían dejado adormecer también los jesuitas de Sicilia por los arrullos de una falsa seguridad, si bien no ignoraban que la mayor parte de los obispos y el virrey se hallaban de su parte. Como una vez puesta en efecto la expulsión de sus hermanos de España no se produjera al punto en el reino de Sicilia la reacción que era de temer, revocó el provincial la orden que había dado de reservar algún dinero para el caso de expulsión y mandó que no se modificara ni un hilo. En ello se mantuvo firme a pesar de todas las representaciones en contra. En abigarrado tropel se desataron tranquilizadores e inquietantes rumores, hasta que el 27 de noviembre llegó a Sicilia el decreto de expulsión. Los jesuitas de Palermo fueron secretamente informados el 29 de noviembre de que

(1) *Istoria dell'espulsione de'Nostri da Napoli, loco cit., 91.

(2) *Tanucci a Carlos III el 24 de noviembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6100; *Informe sobre la ejecución de la extradición, del 24 de noviembre de 1767, *ibid.*, 5881; *Espulsione da Napoli, loco cit., 90 s.; *Tanucci a Yaci el 22 de noviembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6003.

por la noche a las diez (hora italiana) sería promulgado el decreto. En la casa de ejercicios de la capital fueron internados los individuos de los trece colegios más cercanos, mientras los moradores de las restantes casas fueron encerrados en el convento de San Salvatore de los Basilio en Mesina, adonde también llegaron los padres de Reggio y de las otras residencias de Calabria. El 21 de diciembre de 1767 fueron trasladados los jesuitas reunidos en Palermo y el 1.º de febrero los que se hallaban en Mesina a distintos puntos de tierra firme y transportados luego a los Estados pontificios (1).

De los 631 individuos que la provincia napolitana contaba a principios del año 1767 (2), veintiuno habían ido firmando las dimisorias en vista de la noticia de la expulsión de España. La extradición de la propia patria había de representar para muchos jóvenes y hermanos coadjutores una crisis incomparablemente más aguda en su vocación religiosa. Mientras la indigencia y las privaciones constituían para ellos la única segura perspectiva caso de seguir a los padres al destierro, se les ofrecía un futuro halagüeño y seductor si se decidían por desertar; las amenazas y los artificios insinuantes y persuasorios de los familiares hicieron el resto. Así se explica que entre escolares y coadjutores zozobraran doscientas diez vocaciones, parte al promulgarse el decreto y parte en Pozzuoli. De los trescientos ochenta y ocho jesuitas napolitanos enviados al destierro abandonaron la Orden, hasta el año 1770, otros sesenta y cuatro, de los cuales cuarenta y uno eran profesos, quienes tan pronto como desembarcaron en Terracina demandaron la secularización aun cuando no ignoraban que a pesar de este paso les estaba vedado el regreso a la patria (3).

Más desfavorable fué todavía para la provincia de Sicilia el resultado que allí dieron los acontecimientos. Ante la noticia de haber llegado la orden de expulsión convocó el padre provincial a varios renombrados padres para deliberar sobre la situación. Algunos de

(1) *Storia dell'espulsione dei PP. della Compagnia di Gesù dalla Sicilia nel 1767, *en poder de los jesuitas*, Sicil., 180; *Catalog., 141, *ibid.*; Ricci, *Espulsione dalla Spagna, n. 98.

(2) A éstos pertenecían once de la provincia romana, quince se hallaban fuera de la provincia napolitana.

(3) *Espulsione da Napoli, f. 94; *Catalog., 1767, *ibid.* Neap., 172 y 173; Ricci, *Espulsione, *ibid.* Suppressio, II, 42 s.; Carayon, XV, 152; *Orsini a Tannucci el 27 de diciembre de 1767, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, ²⁰⁰/₂₀₀₀. En los datos numéricos hay algunas oscilaciones.

los concurrentes fueron de parecer que se diera seguridad a los escolares y hermanos coadjutores de que los padres repartirían con ellos la pensión y mirarían por su sustento. Sin embargo sus exposiciones no fueron oídas; se llegó al extremo de recomendar con encarecimiento a los superiores y padres espirituales que disuadieran a los escolares de seguir a los demás al destierro. El propio provincial aconsejó a no pocos coadjutores el regreso a la casa paterna (1). Conforme con ello el maestro de novicios Ferreri declaró a los retóricos y hermanos coadjutores que no obstante sus votos no estaban obligados a perseverar en la Orden y podían sin escrúpulos solicitar la dimisión (2). La constancia de los que todavía permanecían fieles recibió un violento y definitivo estremecimiento cuando una comisión de teólogos y altos dignatarios eclesiásticos se declararon en imponente mayoría en el sentido de que los jesuitas no estaban obligados en virtud de sus votos religiosos a semejantes actos heroicos como representaba la expulsión (3). En consecuencia de esto, de los 786 miembros que contaba la provincia de Sicilia, sólo 352 fueron al destierro, entre ellos nueve clérigos menores y catorce hermanos coadjutores. De los desterrados abandonaron la Compañía hasta el año 1772 otros setenta y dos, entre ellos cuarenta y un profesos y cinco exrectores (4). Lo que más dolor y vergüenza causó a los perseverantes fué la salida del anciano de setenta y nueve años, P. Marcelo Tipa, el cual había desempeñado dos veces el cargo de provincial y había asistido a tres congregaciones generales en Roma en calidad de elector (5).

(1) *Espulsione dalla Sicilia, 1767, loco cit., 36 ss.

(2) Ibid., 43 ss., 67.

(3) Ibid., 62. *Quello che fecero i giovani non-sacerdoti ed i Fratelli di Palermo e contorni, fecero similmente quei della parte di Messina, dove però non era stato in tempo il Provinciale di dare providenze, e come si ebbe per lettera di Messina, quasi tutti deposero l'abito. Di Palermo soli sette giovani e tre Fratelli lo ritennero. Le ragioni di questa scandalosa unione furono: 1. La tenerezza de'parenti, che nel Siciliani è singolare... 2. Il parere unito degli arcivescovi di Palermo, Montreale e Messina, e dei vescovi di Catania e Siracusa che si trovavano in Palermo, e specialmente di Msgr. Castiglia, Vicario Generale di Palermo, de'teologi esteri e specialmente regolari d'ogni Ordine: questi dicevano essere lecito, anzi necessario lasciare l'abito e accusavano la fermezza anco di ostinazione peccaminosa... 3. Le insinuazioni di alcuni nostri malcontenti Professi. Ibid., 53 s., n. 116.

(4) *Espulsione dalla Sicilia, loco cit., 381-541.

(5) Ibid., 517 ss. En una *carta al P. Schwarz del 24 de febrero de 1768 se informa que sólo tres hermanos coadjutores y siete escolares habían ido al destierro (Arch. Prov. Germ., III, 21). Según una recopilación del Catalogus

La totalidad de las rentas de todas las treinta y cinco casas de la provincia de Sicilia ascendían, en números redondos, a 148 900 escudos. Ingresos de alguna importancia sólo los poseían los colegios mayores de Palermo (30 000), Trepani (14 000), Catania (8000) y Mesina (7000); las restantes casas estaban notablemente mal dotadas (1). Las rentas anuales de la provincia napolitana las calcula un historiador moderno en 280 600 ducados (2), las del colegio de Nápoles debieron haber llegado a 30 000 ducados (3). Tanucci, quien anteriormente había declamado con tanto ardor contra las incommensurables riquezas jesuíticas, se mostró tan defraudado del suceso, que al principio llegó a afirmar que los interesados habían puesto oportunamente a buen recaudo sus tesoros (4). Más tarde, en vista de las investigaciones practicadas por la «Junta contra los abusos», no pudo menos de rendirse a confesar que en el reino de Nápoles no habían sido los jesuitas tan ricos como en España, pues que habían legado una deuda de doscientos mil ducados (5). Deducidos los ciento treinta mil para las pensiones de los desterrados, apenas si restaba lo que era necesario para mantener las escuelas y satisfacer las fundaciones pías (6).

A juzgar por las aseveraciones del ministro, el pueblo recibió la expulsión de la Compañía de Jesús con la mayor tranquilidad, y hasta con regocijo, lo cual él lo atribuía a la preparación realizada durante largos años mediante folletos de propaganda (7). Medio año después se lamentaba de que el número de los amigos de los jesuitas fuera todavía considerable entre la nobleza y aun hubiera aumentado entre las damas de la aristocracia (8). A base de noticias epis-

Prov. Sic. tempore dispersionis 1769, fué el resultado algo más favorable, indicando 272 como salidos y 116 como dudosos.

(1) *Espulsione dalla Sicilia, loco cit., 180.

(2) Schipa en Rinieri, Rovina; Introduz., LI, n. 1.

(3) *Tanucci a Yaci el 23 de noviembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6003. Cf. en cambio la *Nota oficial, enviada a Roma por el nuncio Calcagnini el 9 de diciembre de 1767, Nunziat. di Napoli, 290, en Rinieri, loco cit., XLIX.

(4) *A Cattolica el 15 de diciembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6003.

(5) *A Azara el 19 de enero de 1768, *ibid.*; *a Centomani el 20 de febrero de 1768, *ibid.*

(6) *A Cattolica el 5 de enero de 1768, *ibid.*

(7) *A Grimaldi el 1.º de diciembre de 1767, *ibid.*, 6001; *a Losada el 1.º de diciembre de 1767, *ibid.*, 6003.

(8) *A Carlos III el 3 de mayo de 1768, *ibid.*, 6101; *a Cattolica el 3 de mayo de 1767, *ibid.*, 6004.

tolares anota el padre general Ricci en su diario que en todas las capas sociales había dominado el dolor y la aflicción por el duro destino de los religiosos, a quienes la población hacía presente su conmiseración por todos los medios posibles (1). Aun de la malévola reseña del historiador antijesuítico Colleta se puede reconocer el verdadero estado de ánimo entre el pueblo. «Divididas estaban, escribe, las opiniones sobre la expulsión de los jesuitas. Entre los necios y los hipócritas fué aquélla motivo de pesadumbre, entre los sabios de regocijo, en la gran masa, de expectación. Por malevolencia hereditaria se alegraron de ella los demás religiosos y clérigos, quienes sólo con ojos envidiosos habían contemplado la antigua preponderancia de los jesuitas. El ministro batió palmas por tal evento, el rey quedóse indiferente.» (2) Al ser conocida en Madrid la noticia de la expulsión, apresuróse Carlos III a notificar al ministro su satisfacción por la feliz realización del destierro, «por lo cual no ceso ni jamás cesaré de dar rendidas gracias a Dios y a nuestro glorioso San Jenaro, puesto que me han conservado la vida de mi amadísimo hijo y devuelto la tranquilidad y sosiego de que hasta el presente me hallaba despojado» (3). Aun cuando Tanucci no mostró apetencia por recompensa alguna (4), sin embargo insistió pertinaz el rey de España en demostrar su regia gratitud al fiel servidor, «que había realizado las tres cuartas partes de la labor», por medio de ricos presentes para su única hija (5).

En los círculos de la curia romana se sintieron amargamente ofendidos por varios conceptos. Por medio de sus nuncios protestó el Papa en Nápoles y en Madrid, lo mismo que en las demás cortes católicas, contra la transgresión del derecho de gentes y el atentado contra su soberanía (6). En pleno período de paz, se lamentaba Cle-

(1) Ricci, **Espulsione dalla Spagna*, n. 43.

(2) Colletta, I, 99.

(3) *A Tanucci el 15 de diciembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6057.

(4) *A Losada el 12 de abril de 1768, *ibid.*, 6004; *a Carlos III el 16 de agosto de 1768, *ibid.*, 6006.

(5) *Tanucci a Losada el 24 de mayo de 1768, *ibid.*, 6005.

(6) *Torrighiani a Lucini el 10 de diciembre de 1767, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit. Según el *informe del embajador veneciano el Papa llamó a su presencia a los embajadores de las potencias por separado, para que se hicieran cargo de sus quejas contra la expulsión de los jesuitas de Nápoles y su desembarco en los Estados pontificios, Erizzo (II) al dux el 5 de diciembre de 1767, *Archivo público de Venecia*, Ambasciatore, Roma, 287.

mente XIII, se ha arrojado a los jesuitas con fuerza armada a los Estados pontificios contra la voluntad del legítimo e independiente soberano. La Santa Sede no podía ofrecer resistencia a semejante desafuero, ni lo hubiera querido, a fin de no vulnerar las leyes de la humanidad; pero protesta ante Dios y ante el mundo entero, pues se trata de una transgresión del derecho público y de la recíproca lealtad de dos naciones que viven en paz y concordia (1). De manera especial se quejó el Pontífice del secuestro de los bienes de fundación que el colegio romano poseía en Nápoles por calificar el hecho como una violación de las disposiciones concertadas en el último concordato (2).

La protesta de la Santa Sede no halló más que un débil eco en las cortes (3). La emperatriz María Teresa, la cual se hallaba precisamente en tratos con Madrid en torno al matrimonio de su hija Carolina con el joven soberano de Nápoles, expresó al Papa su pesar, pero se lamentaba de no poder hacer nada más que orar a fin de que ninguna calamidad sobreviniera a la Iglesia (4). Las mismas expresiones corteses, pero frías, enviaron tanto el emperador José (5) como los dos ministros Kaunitz y Colloredo (6). Amparándose en la mayoría de Fernando IV se inhibió la corte de Madrid de toda intromisión en sus asuntos de Estado (7). En Nápoles se desarrolló entre el ministro y el nuncio una violenta discusión en el curso de la cual Calcagnini recriminó al ministro de doblez, y éste acusó al Papa y a su representante de hostilidad contra el joven soberano (8). Contra las promemorias del Pontífice mandó el ministro redactar una réplica,

(1) *Memoria del 10 de diciembre de 1767, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.

(2) *Clemente XIII a Fernando IV [12 de diciembre de 1767], *Archivo de Simancas*, Estado, 6003; *Lucini a Grimaldi el 28 de diciembre de 1767, *ibid.*, 5882.

(3) Cf. *Erizzo (II) al dux el 19 de diciembre de 1767, *Archivo público de Venecia*, loco cit.

(4) *A Clemente XIII el 9 de enero de 1768, Nunziat. di Germania, 388, *Archivo secreto pontificio*.

(5) *11 de enero de 1768, *ibid.*

(6) *9 y 10 de enero de 1768, *ibid.*

(7) *Lucini a Torrigiani el 22 y 29 de diciembre de 1767, Cifre, Nunziat. di Spagna, 304, loco cit.; *Torrighiani a Lucini el 21 de enero de 1768, Registro di cifre, *ibid.*, 433.

(8) *Tanucci a Orsini el 15 de diciembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6003; *Torrighiani a Lucini el 21 de enero de 1768, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.

verdadera obra maestra de sofística, condimentada con sarcasmos. El joven rey, se lee en ella, ha sido sorprendido y dolorosamente impresionado por la carta del Padre Santo. Preténdese poner en litigio su derecho a desterrar, costumbre remotísima de todas las naciones, que ha sido ya practicada por tres reyes y es tan necesaria para el sosiego y seguridad de soberanos y pueblos como el escupir lo es para el cuerpo. Toda la universal cristiandad tomaría de ello escándalo, si el Pontífice, que durante su glorioso pontificado ha favorecido a esta Orden sobre todas las demás y ha acogido a los jesuitas desterrados de Portugal, rechaza ahora a sus hermanos napolitanos. Por lo que a los bienes del colegio romano se refiere, se han trocado en bienes sin dueño al ser expulsada la Compañía del reino de Nápoles, por lo cual, y en conformidad con el derecho político general, han pasado al fisco (1). No quedó sin contestar la réplica de Tanucci; en Roma apareció una tajante crítica, en la cual se ponían al desnudo todas sus contradicciones, sofismas y desatinos (2). Por ello se embraveció el ministro con tan gran coraje que llegó a barbotar la afirmación de que no era la expulsión de los jesuitas indicio y prueba de ateísmo, sino por el contrario el nepotismo y almoneda de cargos de la corte pontificia eran no sólo argumento de ello sino testimonio de la corrompida mora! y doctrina que allí tenía su asiento (3). Si a pesar de estos procaces denuestos quiso el ministro evitar a todo trance la ruptura con Roma, es que en ello le guiaban las reflexiones de la prudencia política, «porque los ignorantes, terreno abonado para el escándalo, constituyen la máxima parte del pueblo» (4).

Conforme al modelo de España fué intimada la orden a todos los súbditos napolitanos de Roma de cortar toda comunicación y trato con los jesuitas. Como algunos no secundaran el mandato con la

(1) Risposta, *Archivo de Simancas*, Estado, 6003; *Tanucci a Orsini el 15 de diciembre de 1767, *ibid.*

(2) *Analysis della Risposta data dal S^r Marchese Tanucci alla Protesta del Papa nell'affare dei PP. Gesuiti, *ibid.*, 5882, traducción en Carayon, XVI, 444 ss.; *Rivera a Lascaris el 29 de enero de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6101.

(3) *A Centomani el 16 de enero de 1768, *ibid.*, 6003; *a Grimaldi el 8 de marzo de 1768, *ibid.*, 6101.

(4) *A Grimaldi el 2 de junio de 1767, *ibid.*, 6100; *a Orsini el 14 de agosto de 1767, *ibid.*, 6002. Además, sólo por consideraciones de política fueron remitidos a Roma el tributo de vasallaje de China. *Orsini a Tanucci el 28 de junio de 1768, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, ⁷⁰⁰1001; *Pignatelli a Orsini el 29 de junio de 1768, *ibid.*

celeridad apetecida, fué comisionado el cardenal Orsini para remitir una nota de aquellos que frecuentaran las iglesias y pías asociaciones de los jesuitas, se confesaran con ellos, los recibieran en sus casas o de algún modo los trataran (1). Fueron suprimidas las capellanías fundadas en la iglesia del Gesù por la familia Farnese y el embajador fué puesto en el apremio de impedir que ningún súbdito de la corte de Nápoles tratara con los jesuitas de noche o en secreto (2).

Entre tanto no cejaba el ministro en sus forcejeos por reducir cada vez más los límites del influjo de la Iglesia. Puso entredicho al influjo de los obispos en la colación de los cargos de cura de almas en las iglesias de los jesuitas, las cuales, una vez convertidas en capillas escolares y en parroquias, dependerían exclusivamente del real patronato. Asimismo, no consintió la menor intromisión de la autoridad eclesiástica en la mudanza que el rey, en virtud de su autoridad suprema, dispusiera sobre las pías fundaciones de dichos templos (3). Las cátedras que quedaron vacantes en las escuelas de los jesuitas fueron provistas en su máxima parte por seglares, pues únicamente un tercio del personal docente podía ser eclesiástico secular; los religiosos fueron excluidos taxativamente (4). Duramente reprobó la conducta del ministro de Parma, Du Tillot, por haber devuelto las escuelas a los religiosos (5). De haber ido las cosas según la medida de sus deseos hubiera llegado el fin de las Órdenes religiosas (6), de

(1) *Tanucci a Orsini el 22 de diciembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6003.

(2) Ibid. y *cartas del 23 y 26 de enero de 1768, *ibid.*; Ricci, *Espulsione dalla Spagna, p. 46, 48.

(3) che qui domina la massima, che il Re ha la potestà legislativa ancora nelle materie ecclesiastiche. Vincenti a Pallavicini el 27 de septiembre de 1776, en Rinieri, *Rovina*, Introduz., LVII.

(4) *Le scuole riaperte, come dice V. E., dovranno anch'esse ridursi al metodo che qui si tiene, e dovranno li maestri essere per la maggiore parte secolari laici, un terzo potranno esser preti secolari, ma niun Frate, o monaco, o altro Regolare. Vescovi non dovranno ingerirsi nelle scuole nè esercitare alcuna giurisdizione sulle chiese, le quali o capelle delle scuole, che divengano, o parrocchie hanno da esser patronato regio. In fieri nè giudice di monarchia nè arcivescovo devono mischiarsi in quella, che il Re colla sua suprema potestà sta facendo commutazione delle volontà, per le quali si composero e collegi e case professe. Già è preso il partito su questa commutazione, la quale deve essere una, unisona, uniforme, universale in tutti li Stati del Re. Tanucci a Fogliani el 30 de enero de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6003.

(5) *A Azara el 8 de marzo de 1768, *ibid.*, 6004.

(6) *A Gallani el 20 de febrero de 1768, *ibid.*

cuya exención detestaba (1). Sin respetar la oposición de los consejeros de Estado impuso el exequatur en la forma más rigurosa para las disposiciones de los superiores religiosos de Roma, juzgando en general la residencia de los generales en el extranjero como un perjuicio para las naciones y príncipes y como un fenómeno parcial de la política insidiosa de Roma, de la cual ningún vestigio se encuentra en la Iglesia de los doce primeros siglos (2). De buena gana hubiera restringido el ingreso en el estado religioso y hubiera suprimido una serie de conventos, mas, así se lamentaba a su confidente Galiani (3), allí no se podía por entonces hacer nada que no fuera ordenado en España. Cansado por la resistencia con que tropezaba en sus planes reformistas, decía con dejos de resignación, que algo había que dejar todavía por hacer contra los «Fratí» a las futuras generaciones (4).

Los dos obispos Sanseverino y Giocchis, a quienes Tanucci había dado asiento en la «Junta contra los abusos» como suplemento para decidir sobre los bienes de los jesuitas, recibieron orden terminante de Roma de no intervenir para nada en la junta. A pesar de la prohibición eclesiástica continuaron los prelados tomando parte en las sesiones. Por sugerencia del ministro declararon al nuncio que no podían prestar obediencia a breve alguno que no estuviera provisto del exequatur y hasta quisieron devolver al representante del Pontífice los breves a ellos dirigidos. «No había necesidad de Pereira, así decía Tanucci, para saber que Roma gozaba de poca autoridad sobre los obispos.» (5)

El odio del omnipotente contra la curia romana aumentaba de día en día. En las relaciones con Roma, como él solía expresarse, valía la fórmula: «¡Bastón en alto! ¡Boca callada! De esta suerte se doma el tigre romano» (6). Para él no era el Papa más que un obispo, cuya actividad se limitaba en absoluto a la administración de los sacramentos, al dogma y a la liturgia (7). Los monitorios pontificios,

(1) *A Grimaldi el 19 de abril de 1768, *ibid.*

(2) *Ah! questo riseder in Roma i Generali degli Ordini regolari è un gran male delle nazioni e della sovranità, e una insidiosa al solito politica di Roma, della quale niun vestigio è nella Chiesa per tutti li primi dodici secoll. A Carlos III el 24 de mayo de 1768, *ibid.*, 6101.

(3) *el 14 de enero de 1769, *ibid.*, 6007.

(4) *A Nefetti el 19 de abril de 1768, *ibid.*, 6004.

(5) *A Azara el 26 de enero de 1768, *ibid.*, 6003; *a Carlos III el 12 de junio de 1768, *ibid.*, 6101.

(6) *A Galiani el 30 de abril de 1768, *ibid.*, 6004.

(7) *A Castromonte el 3 de diciembre de 1768, *ibid.*, 6007.

según su parecer, habían caído en descrédito, y las excomuniones ya no surtían en aquellos tiempos otro efecto que poner en ridículo a la corte de Roma. Al recusar la ofrecida absolución, Venecia había dado, durante su contienda con Paulo V, el gran ejemplo de la ineficacia de las censuras (1). No estaban todavía los tiempos maduros para cerrar las nunciaturas; como medio para tranquilizar la gran masa no había inconveniente en tolerarlas transitoriamente, aun cuando era preciso cercenarles todo influjo en el Estado (2). Mientras por un lado declamaba contra el celibato eclesiástico (3), por otro calificaba de magnífico el plan de introducir de nuevo a los hugonotes de Francia (4).

Las arbitrariedades del imperioso ministro no respetaban ni siquiera la familia de su joven soberano. La mujer de éste, la archiduquesa María Carolina, le hubo de ser sospechosa de jesuitismo cuando todavía se hallaba en Austria (5). Por el mismo motivo le era indeseable su confesor el canónigo Gürtler (6). Basándose en que Gürtler reprobaba la expulsión de los jesuitas, al cabo de un año le dió los pasaportes para Viena y llamó en su lugar al dócil obispo Ciocchis, quien respecto a los jesuitas y en punto a las regaldas tenía el recto criterio (7). La conducta del ministro, que no toleraba la menor contradicción, llegó a ser con el tiempo insoportable. El 18 de octubre de 1768 ya se quejaba a Carlos III de que en palacio trabajaba un partido para separarle del monarca, cuya mujer ya estaba conquistada para el plan. Allí se hablaba en términos sumamente despectivos del gobierno español (8). Para romper la resistencia expulsó a no pocos confidentes de los regios consortes, lo cual hizo

(1) *Le ortatorie sono scredate, e le scomuniche mettono in questi tempi in ridicolo cotesta corte. I Veneziani diedero a Paolo V il grand'esempio della inefficacia delle censure col rigettarne anche l'offerta assoluzione. A Azara el 4 de octubre de 1768, *ibid.*, 6006.

(2) *Non era maturo abolir la Nunziatura; dunque ritener l'Auditore, e per farlo lodarlo, e dichiararsene sodisfatto, e lasciarlo vedere ai popoli, come un indice di Nunziatura, mentre cessa l'amministrazione. A Grimaldi el 19 de abril de 1768, *ibid.*, 6004.

(3) *A Catanti el 22 de noviembre de 1768, *ibid.*, 6006.

(4) A Galiani el 26 de marzo de 1768, *ibid.*, 6004.

(5) *A Carlos III el 14 de julio de 1767, *ibid.*, 6100. Cf. anteriormente, página 491, nota 1.

(6) *A Carlos III el 2 de febrero de 1768, *ibid.*, 6101.

(7) *A Carlos III el 6 de diciembre de 1768 y 7 de febrero de 1769, *ibid.*, 6007.

(8) *A Carlos III el 18 de octubre de 1767, *Archivo de Simancas*, *ibid.*, 6006.

al rey derramar lágrimas y a la reina prorrumpir en ira (1). Todavía pasaron ocho largos años hasta que el valimiento de María Carolina logró abatirlo (2).

II

Con los Borbones habíase introducido en Parma el iluminismo francés y una desmedida comezón por la prodigalidad (3). Las circunstancias se empeoraron cuando durante la minoría del duque Fernando I ocupó el cargo de primer ministro el francés Guillermo Du Tillot (4). Hijo de un simple ayuda de cámara, se dió traza para conquistarse primero la confianza de la duquesa Luisa Isabel y por último el poderío en el Estado de Parma en grado tal, que él era en realidad el verdadero soberano en el territorio. En su ideología era partidario de los enciclopedistas y mantuvo correspondencia epistolar con Voltaire (5). Relaciones íntimas le unían también con el regalista embajador español, y más tarde ministro, Roda; en la concepción del derecho político se adhería principalmente a la de Sarpi y Giannone, y como ideal de un ministro se le presentaba Pombal, el único que merecía la imitación de los sabios (6). Su mezquina sensibilidad en cuestiones de etiqueta (7) sólo fué superada por su

(1) *Tanucci a Carlos III el 1.º de noviembre de 1768, *ibid.*

(2) 26 de octubre de 1776. Según Colletta (I, 121) y Ulloa (Di Bernardo Tanucci e dei suoi tempi, 128), Tanucci murió casi en la indigencia; en cambio informa el nuncio pontificio que el marqués legó al morir 300 000 ducados (Vincenti a Pallavicini el 10 de mayo de 1783, en Rinieri, Rovina, *Introduz.*, LIX) y que hasta su muerte (1783) disfrutó de una pensión (*ibid.*).

(3) *P. Rábago a Portocarrero el 2 de noviembre de 1751, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped., 65/1.

(4) Benassi, Guglielmo Du Tillot, un Ministro riformatore del secolo XVIII, V, Parma, 1924, 2.

(5) *Si V. S. quiere, juntaré todas las brochuras, que vienen quasi de semana en semana de Voltaire, y se las embiaré una o dos a la vez para recrearse un instante, y me las bolverá V. S. a votre aize (Du Tillot a Azara en 6 de diciembre de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1767). Cf. *Du Tillot a Azara el 22 de noviembre de 1767, *ibid.*; Danvila y Collado, III, 174; Rousseau, I, 245.

(6) *Du Tillot a Azara [diciembre de 1768] y 27 [de enero] de 1769, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1768/69.

(7) A pesar de que desde hacía años venía vejando atrozmente a la Iglesia, se sintió agraviado cuando Giraud, recién nombrado nuncio de París, en su viaje a Francia, visitó al gran duque de Toscana, pero no al duque de Parma, a la sazón de 61 años de edad (*Du Tillot a Azara el 8 de agosto de 1767, *ibid.*, Exped., 1767). Por la omisión de la expresión «Umillimo» dejó de contestar una

odio a Roma. En su actitud respecto a los jesuitas no se puede demostrar en un principio hostilidad alguna, pero con la llegada a Parma del teatino Paciaudi (1763) se trocó por completo su sentir. El influjo de este violento enemigo de los jesuitas, los ejemplos e incitaciones de los políticos borbónicos así como la creciente acritud de la lucha con Roma le arrastraron lentamente a la serie de los declarados enemigos de la Compañía de Jesús (1).

Tan pronto como a Parma llegó la noticia de la expulsión de los jesuitas de España, cristalizó también en Du Tillot el decidido propósito de aprovechar la favorable coyuntura y seguir el ejemplo del protector y jefe de los Borbones españoles. A su confidente Azara le dió a entender que en Parma existían los mismos motivos que en España para expulsar a dichos religiosos. Si Carlos III había prohibido todo trato y comunicación con aquéllos a todos los que de algún modo eran súbditos de la corte de Madrid, causaría sorpresa y maravilla si un sobrino y miembro de su casa los tolerara en su territorio. A su entender, los sobrinos e hijos, movidos por el respeto y amor para con los dos cabeza de familia, debían tomar como norma el proceder de los mismos; lo contrario sería indecoroso en atención a los ineludibles deberes para con ellos. Además de que los mismos jesuitas se hallaban a la expectativa de su destino. En vista de todo lo cual él prepararía las armas y escribiría a Grimaldi (2).

El 16 de mayo de 1767 el duque, que a la sazón sólo contaba dieciséis años, se dirigió en una carta, evidentemente dictada, a Carlos III solicitando su aprobación para el golpe, que se había proyectado asestar contra los jesuitas. A pesar de su juvenil edad, escribía, había escudriñado y penetrado la conducta y los dogmas fundamentales de los jesuitas. Creía un deber de honor el seguir durante toda su vida los brillantes ejemplos de los jefes de su familia. Habiendo sido hallados culpables dichos religiosos en Francia y mucho más en España, no creía él poder aguardar a que la ocasión los hiciera también culpables en Parma. Tolerarlos en sus Estados

carta del general de los carmelitas, aun cuando él mismo confesaba que la fórmula de conclusión empleada por aquél era equivalente (*a Azpuru el 23 de julio y 6 de agosto de 1768, *ibid.*, 1768).

(1) Benassi, V, 72 ss. Ya en la primavera de 1763 había manifestado Du Tillot en una carta a Roda: Creo que algun día se hará algo también en España contra los Reverendos (Danvila y Collado, III, 177).

(2) *Du Tillot a Azara el 19 de abril y 2 de mayo de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped., 1767.

sería para él vergonzoso e ignominioso; desterrándolos se haría sitio para organizaciones que redundarían en utilidad para el Estado y en honra para él, el príncipe. Tan pronto como recibió noticia de las medidas adoptadas en España creyó ser deber propio el dar a su tío una muestra de amor y de respeto. La ejecución sería fácil en Parma. Du Tillot pondría en conocimiento al ministro Grimaldi acerca de las medidas que se adoptarían, pero ante todo necesitaba él de la aprobación y permiso del rey (1).

Días después notificaba Du Tillot al ministro de Estado español que Choiseul había hecho preguntar si es que Parma no pensaba adoptar una resolución sobre los jesuitas. Lo que Choiseul le había comunicado acerca de los proyectos que los mismos habían fraguado en Madrid le había llenado de espanto y furor (2). Ante la noticia de la expulsión de los jesuitas de España había manifestado el infante la necesidad de pensar en hacer lo mismo en su ducado. Mas no siendo procedente dar un paso de tal índole sin la aprobación de su regio tío, le había encargado el duque informar al ministro español de cómo él persistía en su decisión, de cuya realización sólo le retenía el deseo y la voluntad de aguardar el beneplácito del rey, que él no dudaba obtener de la bondad del mismo. En su país existían los mismos motivos que en Francia y sobre todo que en España. A partir de la crisis con Roma habían hecho los jesuitas de palabra y por escrito fanáticas manifestaciones contra el gobierno, de lo cual tenía en su poder informes seguros aun cuando no tenía a mano los documentos probatorios. Además, el mundo entero esperaba que Parma siguiera el ejemplo de España. En el territorio moraban ciento setenta jesuitas, de los cuales unos diez eran naturales del país. Dos eran los caminos posibles para la expulsión: o bien se podía poner en conocimiento de los religiosos unos días antes el fallo, o se los expulsaba sin previo aviso. El primer procedimiento no parecía compaginarse bien con la dignidad del príncipe, siendo por el contrario mucho más procedente seguir el rigor y la decisión del tío; además de que de lo contrario fácilmente podrían originarse asonadas populares. Por todo lo dicho era de preferir la conducta de España y no publicar el decreto de expulsión hasta la mañana siguiente a su ejecución. A los diez naturales del país que se contaban entre los

(1) * *Archivo de Simancas*, Estado, 5055; Rousseau, I, 246 s.

(2) * Du Tillot a Grimaldi el 17 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5055.

ciento setenta jesuítas existentes en los ducados de Parma y Placencia les sería asignada una pensión vitalicia; asimismo los dos jesuítas Fumeron y Belgrado (1) seguirían disfrutando su pensión como preceptores y confesores. Los ingresos procedentes de los bienes de los jesuítas, una vez deducidas las pensiones y los gastos del culto, podrían ser destinados a beneficio de la universidad y al subsidio de los hospitales faltos de recursos (2).

El Consejo extraordinario de Madrid, al cual fué presentado este documento, fué también de parecer que el segundo procedimiento de rigor era el preferible para la expulsión (3). En su contestación dejó Carlos III aparente libertad de acción a su sobrino, si bien a través de la amplia discusión del caso le daba claramente a entender lo que él esperaba. De conformidad con el consejo le recomendó la expulsión por sorpresa, que debería calificarse de *providencia económica*, ya que como tal se adecuaba mejor a los derechos del soberano y al mismo tiempo era menos expuesta a la impugnación por parte de la Iglesia. Respecto a la incautación y distribución de los bienes jesuíticos parecía conveniente adaptarse en absoluto al modelo español, porque de esta suerte Parma hacía causa común con España, con lo cual al defender el rey la suya contra las pretensiones de Roma apoyaba a la vez indirectamente la de su sobrino (4).

(1) Sobre ambos v. Benassi, V, 73.

(2) Du Tillot a Grimaldi el 17 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5056; Rousseau, I, 247 s.; *Du Tillot a Azara, sin fecha [¿16 de mayo de 1767?], *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1767.

(3) *Aranda a Roda el 29 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5055.

(4) *A l'égard de l'affaire, je vous dirai par ordre de S. M. qu'après avoir mûrement examiné et fait examiner votre exposé, le Roy laisse à la disposition de l'Infant et de son Conseil la détermination tout comme il croit que S. A. R. qui a demandé son avis au Roy son oncle, l'aura également demandé au Roy très chrétien son grand père... Au reste, sur les mesures à prendre, pour justifier l'expulsion, celle de fonder la résolution sur «une providencia economica» qui correspond au droit de tout souverain, paroît la meilleure et le moins sujette à contestation..., pour ce qui est relatif à la saisie des biens, et leur distribution après, il paroît aussi qu'il conviendrait à l'Infant de se modeler exactement à ce qui est pratiqué et pratiquera en Espagne, que de cette façon sa cause avec Rome seroit unie à celle d'Espagne sans qu'on put trouver aucun coin pour l'en séparer, et que le Roy défendant la sienne, défendrait et soutiendrait implicitement celle de l'Infant son neveu, sans qu'il fut nécessaire d'entrer dans des détails séparés (Grimaldi a Du Tillot el 2 de junio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5055). *Carlos III a Fernando I el 7 de junio de 1767, *ibid.*; *Du Tillot a Grimaldi el 14 de junio de 1767, *ibid.*; *Du Tillot a Azara el 13 de junio de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1767.

Ya parecía inminente la expulsión de los jesuitas de los ducados de Parma y Plasencia cuando, para pesadumbre de Du Tillot, llegó la orden de Choiseul de diferir la ejecución en vista de las conversaciones que se hallaban en curso entre Madrid y París con miras a la total extinción de la Orden. Según la propuesta de Francia, Nápoles y Venecia exigirían en común al Pontífice la supresión de la Compañía de Jesús amenazando que de lo contrario la expulsarían ellas por la fuerza (1). Con todo, el plan se estrelló ante la resuelta negación de Nápoles y de España, quienes no quisieron arriesgarse al peligro de una derrota diplomática (2). A fin de preparar la opinión pública para el golpe que amenazaba, ordenó Du Tillot imprimir en la *Gazzeta di Parma* los edictos antijesuiticos de los gobiernos extranjeros y difundir traducidos al italiano folletos franceses dirigidos contra la Orden. Espías disfrazados de clérigos iban por doquier al acecho en busca de materia para los ataques, y plumas venales se daban traza para inflar los casos más insignificantes y presentarlos como acontecimientos de pública trascendencia (3).

El 28 de diciembre de 1768 podía Du Tillot notificar a España que ya estaban ultimados los preparativos para la expulsión y dictadas las disposiciones concernientes, y que en la administración de los estudios no habría interrupción alguna. De igual modo estaban vencidas todas las dificultades surgidas con los Estados vecinos en lo que a la entrada en ellos y travesía se relacionaba (4). En vez del esperado elogio recibió el ministro una repulsa de la corte de Madrid, donde no estaban en todo conformes con él. Principalmente causó desagrado la pregunta hecha a los Estados vecinos, porque con ello podía divulgarse el proyecto y en caso de recusación era fácil se originaran complicaciones políticas. Sobre todo encontró el rey superfluo preocuparse ahora por su aprobación de las medidas adoptadas, habiendo omitido Du Tillot consultarle cuando difirió la expulsión. Mejor hubiera sido conducir a los jesuitas en pequeños

(1) *Du Tillot a Azara el 1.º de agosto y 13 de septiembre de 1767, *ibid.* *Dio sa, se è un di tali raggiri la proposizione francese di domandarsi al Papa da Napoli e Venezia la soppressione dei Gesuiti colla minaccia di espellerli, se non saran soppressi. Nello stesso tempo si scrive da Francia a Parma, che sospenda la sua espulsione (Tanucci a Roda el 1.º de septiembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6002). *Tanucci a Losada el 1.º de septiembre de 1767, *ibid.*

(2) Cf. más adelante, pág. 580 s.

(3) Benassi, V, 209 ss.

(4) *Du Tillot a Grimaldi el 28 de diciembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5055.

grupos a la frontera y desde allí hacerles emprender el camino de su patria. De este modo no hubieran tenido los soberanos vecinos motivo alguno de queja, pues dado el escaso número de transeúntes no podían ver en ello transgresión alguna de sus derechos territoriales (1). Profundamente apesadumbrado se lamentaba Du Tillot de esta censura escribiendo a Azara; sólo constreñido por la necesidad había diferido él la realización del destierro, pues tuvo que buscar fuera de Parma elementos docentes para sustituir a los profesores jesuitas (2).

Con el más misterioso secreto firmó el duque Fernando, el 3 de febrero de 1768, el decreto, en virtud del cual él por motivos concluyentes y apremiantes, los cuales habían sido aprobados por el Consejo de Estado y por eminentes teólogos, desterraba para siempre y de forma irrevocable a todos los jesuitas de sus Estados. Movidó por su ingénita bondad de corazón disponía que los desterrados fueran conducidos a la frontera a costa suya, y allí se entregara a cada uno, para gastos de viaje, la cantidad de seis cequies. Desde este momento quedaban en libertad para dirigirse adonde les pluguiera. Si alguno no sacerdote o profeso deponía el hábito religioso y renunciaba a su vocación sería contado inmediatamente entre los súbditos leales. Todos los naturales del país que fijaran su residencia en Italia recibirían una pensión vitalicia de sesenta escudos si eran profesos, y de cuarenta si pertenecían al grado de coadjutores temporales. Los remanentes de los ingresos procedentes de los bienes de los jesuitas serían aplicados a los hospitales necesitados o a otros píos fines. Quedaba prohibida toda correspondencia epistolar con los desterrados así como conservar cartas de jesuitas. Bajo las más severas penas se vedaba hablar o escribir acerca de la expulsión, incluso en las conversaciones privadas, aun cuando fuera para elogiarla y aprobarla (3).

El 7 de febrero pudo por fin el ministro notificar a Grimaldi la inminencia de la expulsión ya a punto de realizarse aquella noche. A las siete de la mañana siguiente ya no habría un jesuita más en los Estados del duque, y transcurrida una hora a partir de su salida estarían ya provistas todas las cátedras (4). En son de disculpa

(1) *Grimaldi a Du Tillot el 12 de enero de 1768, *ibid.*

(2) *Du Tillot a Azara el 25 de enero de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1768.

(3) Benassi, V, 213. La minuta ostenta múltiples correcciones de mano de Paciaudi (*ibid.*, n. 1 y 2).

(4) **Archivo de Simancas*, Estado, 5055. Copia de la Pragmática del 3 de

añadía el infante en una carta de la misma fecha dirigida a su real tío que él personalmente hubiera deseado también que la operación hubiera sido realizada antes, pero la naturaleza de las disposiciones que hubo que adoptar no había permitido mayor celeridad (1).

Copiando servilmente el ejemplo de España, durante la noche del 7 al 8 de febrero personóse en cada colegio un funcionario del duque acompañado de escolta de soldados. Tan pronto como los moradores hubieron recogido sus vestidos, ropa interior, breviario, crucifijo y otras menudencias, fueron reunidos en una sala, donde les fué leído el decreto de expulsión. Acto seguido fueron conducidos bajo escolta militar a la frontera y allí les fué entregado a cada uno el dinero prefijado para gastos de viaje. La mayor parte tomaron el camino de Bolonia, desde donde fueron repartidos en diversas residencias de la Orden de los Estados pontificios (2). Les había sido prometida en todas formas la devolución y envío de sus manuscritos, su único tesoro, pero, salvo aisladas excepciones, la promesa no fué jamás cumplida (3).

No faltaron manifestaciones de aplauso por parte de los que comulgaban en las mismas ideas. De no pequeña adulación fué para la presunción del ministro la frase que pronunció el embajador danés en París al afirmar que los métodos de expulsión se iban perfeccionando de día en día (4). En la corte de Madrid produjo enorme satisfacción la noticia de ser ya un hecho la extradición; Carlos III transmitió a Du Tillot la expresión de su satisfacción por el tranquilo y feliz desarrollo que aquélla había tenido (5). No estaban tan satis-

febrero de 1768 (impreso), *ibid.*; además, una copia impresa en las *Inquietudini de'Gesuiti*, IV (1769).

(1) *Je compte que dans toute la journée de demain, tous les Jésuites seront hors de mes États; j'aurais bien désiré que cette opération eut pu se faire plutot, mais la nature des arrangements à prendre, ne m'a permis de l'accélérer au gré de mes désirs. Fernando I a Carlos III el 7 de febrero de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5055.

(2) *Du Tillot a Roda el 10 de febrero de 1768, *ibid.*, Gracia y Justicia, 668; *Torrighiani a Giraud el 18 de febrero de 1768, Nunziat. di Spagna, Carte sciolte, 412, loco cit.; *Miscellanea de expulsiōe Societatis e sattu Parmensi, en *poder de los jesuitas*, Hist. Soc., 223, I, y 230, la traducción francesa en Carayon, XV, 153 ss.

(3) Benassi, V, 217 ss. E il trattamento degli espulsi, se si toglie la pensione mantenuta, secondo l'editto, ai sudditi e a pochi eccettuati, fu ingiusto e crudele (*ibid.*).

(4) *Ibid.*, 214.

(5) *El Rey ha celebrado en sumo grado esta noticia, habiendole parecido muy bien los terminos en que está extendida la Pragmatica de extrañamiento, y

fechos los vasallos del duque. Hacia fines de año escribía el ministro al embajador español Azpuru (1): si se quisiera arrojar del territorio a todos los partidarios de los jesuitas, disminuiría la población por lo menos en un tercio.

A la expulsión siguió inmediatamente la incautación de los bienes de la Orden. Contra los recelos del ministro nada había sido sustraído al secuestro. Los bienes muebles, en cuanto no estaban destinados a la universidad y al hospital, fueron subastados públicamente yendo a parar en su mayor parte a manos de judíos, los únicos postores que se presentaron. Las rentas de los bienes incautados importaron, desde el 1.º de marzo hasta el 31 de diciembre de 1768, 343 632 liras. En un artículo del decreto de expulsión se establecía que habían de ser ganados los obispos del ducado a fin de que proveyeran con sacerdotes ilustrados y ejemplares los cargos hasta entonces desempeñados por los jesuitas. Mas en realidad los prelados fueron puestos ante hechos consumados. Es cierto que las cartas portadoras de la noticia del perpetuo destierro de la Compañía de Jesús llevan la fecha del 6 de febrero, pero no fueron puestas en circulación hasta la mañana siguiente del suceso. Las iglesias de los jesuitas cayeron bajo la inmediata protección del soberano, el cual reglamentó la provisión del culto sin previo acuerdo con las competentes autoridades eclesiásticas (2).

Las grandes esperanzas y la no menor expectación que en la expulsión de los jesuitas habían sido fundadas en orden al florecimiento del país, no llegarían a realizarse. A juzgar por la confidencial descripción que el embajador extraordinario español, Llano, hace en sus cartas a Grimaldi, las circunstancias fueron muy pronto desoladoras. La educación que se daba al adolescente duque era tal que a lo sumo sería tolerada en las cortes librepensadoras de Berlín y Londres. El hospital dotado con los bienes de los jesuitas se hallaba ante una quiebra económica; los profesores de la universidad, en su mayor parte religiosos secularizados, estaban en pésimo predicamento; la relajación de costumbres en la universidad era horripilante.

muy prudentes y acertadas las medidas que se tomaron para el éxito de aquella operación (Grimaldi a Du Tillot el 23 de febrero de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5055). *Carlos III a Fernando I el 23 de febrero de 1768, *ibid.*, 5220;

*Du Tillot a Grimaldi el 6 de marzo de 1768, *ibid.*, 5055.

(1) *el 24 de diciembre de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1768.

(2) Benassi, V, 220 ss.

En el colegio de nobles había desaparecido por completo la disciplina y además pesaba sobre él una deuda de 700 000 reales (1).

Las relaciones del joven duque para con su autoritario ministro habían llegado ya en 1769 a un estado de tirantez tal que los reyes de España y Francia le amonestaron no despreciara los consejos del viejo y leal servidor, mayormente no teniendo con quien reemplazarle (2); sin embargo, a la larga se hizo imposible un trabajo de colaboración entre ambos, pues eran demasiado violentos los antagonismos. Mediante sus precipitadas e irreligiosas reformas se había creado Du Tillot muchos enemigos que se propusieron abatirle a toda costa de su puesto (3). Apartado por el duque sin audiencia de despedida tuvo que salvar la frontera el ministro reformista la noche del 19 de noviembre de 1771 a guisa de fugitivo. Dirigióse a París donde el 13 de diciembre de 1774 sucumbió víctima de una apoplejía (4).

III

En la isla de Malta, cedida el 24 de marzo de 1530 por Carlos V a la Orden de San Juan en calidad de feudo de Sicilia, dirigían los jesuitas desde 1595 un colegio, y en la vecina Gozzo tenían una pequeña residencia de operarios. Ni siquiera en esta pequeña ciudad religiosa faltaron adversarios a la Orden. A partir de la catástrofe de España se hubieron de alejar de los jesuitas los caballeros procedentes de aquella nación. El gran maestre Manuel Pinto da Fonseca, portugués de nacimiento, gozaba todavía, a pesar de sus ochenta y siete años, de entereza de alma y vigor de cuerpo, pero era indiferente a todo lo que no se refiriera a su propio provecho. Supaisano, el baillío Guedes, se había acreditado hasta entonces de decidido adversario de Roma y de los jesuitas, y otros caballeros compartían su aversión contra la Compañía de Jesús. Si por esta razón se había

(1) *Llano a Grimaldi el 9 y 16 de agosto [1771 ó 1772], *Archivo de Simancas*, Estado, 5204. Al ser destituido Du Tillot le sucedió Llano. Cf. Benassi, V, 250 ss.

(2) *Luis XV a Fernando I el 22 de mayo de 1769, *Archivo archiducal privado de Parma*, Francia; *Carlos III a Fernando I el 8 de agosto de 1769, *Archivo de Simancas*, Estado, 5228. Cf. Pigorini, *La corte di Parma nel secolo XVIII*, en la *Nuova Antologia*, 3.ª serie, XXXIX (1892), 275 ss.

(3) Benassi, V, 336 ss.

(4) *Ibid.*, 354.

hecho muy problemática la situación de los hijos de Loyola, tras la expulsión del reino de las Dos Sicilias se hizo singularmente candente la cuestión de su permanencia por más tiempo. Como quiera que a la Orden de San Juan, como corporación eclesiástica, le era indispensable tomar en consideración al Papa, y al mismo tiempo, en su calidad de feudataria de la corona de Sicilia, deseaba demostrarse grata al rey de Nápoles, inició un juego doble de índole muy singular. Mientras el gran maestre brindaba por decirlo así en Nápoles la expulsión, hacía representar en Roma la fuerza moral que le impellía a dar este paso y suplicaba la tácita permisión (1).

Como Tanucci informaba a Madrid el 9 de febrero de 1768, Pinto había declarado por medio de su representante que estando él obligado, en virtud de su situación de feudatario, a desterrar de la isla a los súbditos del rey que se hubieran hecho reos del delito de lesa patria, estaba pronto a cumplir con este deber caso que el rey le diese seguridad de que los jesuitas se habían hecho culpables de semejante delito. El ministro le respondió que su soberano consideraba a dichos religiosos como enemigos públicos, de suerte que en virtud del convenio feudal no podían permanecer por más tiempo en la isla de Malta; es cierto que el cardenal secretario de Estado, siguiendo órdenes del Pontífice, había prohibido la extradición de los jesuitas, sin embargo, el gran maestre tenía serio propósito de acceder a la presión del soberano; el recibidor Pignatelli, de quien procedían estas noticias, mostraba el mayor interés por el servicio del rey en este asunto, por lo cual deseaba ser ascendido en la corte de Nápoles a la categoría de los demás embajadores (2). En Madrid fué notoria y manifiesta la mayor coudescendencia, pues no sólo estaban conformes con el ascenso de categoría de Pignatelli, sino que además deseaban que el rey prometiera su apoyo a los caballeros frente a Roma (3). Para tener las espaldas aseguradas contra la Santa Sede, demandó Pinto, impulsado sin duda también por Por-

(1) Ricci, **Espulsione dalla Spagna*, 57 ss.

(2) *Tanucci a Carlos III el 9 y 16 de febrero de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6101.

(3) *Alabando yo la idea de S. M. como de razon, atendida la solidez de sus fundamentos, añadí, que pudiera acaso el gobierno Maltés querer se le ofreciese ser sostenido de esse monarca, y procurar que tambien S. M. le protegiese contra los rigores, y acaso vias de hecho de la Corte Romana, antes de determinarse a la expulsion de los Jesuitas, porque los estados pequeños miran mas que los grandes en lo que arriesgan (Grimaldi a Tanucci [8 de marzo] de 1768, *ibid.*). *Carlos III a Tanucci el 8 de marzo y 19 de abril de 1768, *ibid.*, 6058.

tugal, que el rey de Nápoles le otorgara un documento apremiándole a expulsar a la Compañía de Jesús. Tanucci accedió gustoso al expresado ruego (1).

En Roma expuso el gran maestre la situación violenta en que se hallaba su Orden: si no desterraba a los jesuitas, le amenazaba el gobierno napolitano con el secuestro de todas las encomiendas maltesas existentes en su país y la prohibición del tráfico comercial y con cerrar la importación de grano del continente; en atención a tales circunstancias demandaba el tácito consentimiento (2). La Santa Sede dió fe a estas afirmaciones y prometió que otorgaría a los caballeros libertad de acción a condición de que la expulsión de los padres se realizara de modo conveniente y sin hacer uso de la fuerza armada. Además era indispensable asignar a todos los religiosos una pensión vitalicia. El inquisidor se haría cargo, en nombre del Pontífice, de los bienes de los jesuitas para invertirlos en el mayor bien de los moradores de la isla (3).

Luego de esto, el 22 de abril de 1768 publicó el gran maestre un edicto en el cual exponía como el rey de Nápoles le había dado a conocer que él había expulsado de su país a los jesuitas por graves delitos públicos y al mismo tiempo le había inducido a que en virtud de los convenios existentes pusiera por obra su expulsión de Malta. En consecuencia de ello expulsaba para siempre a dichos religiosos de la isla. A cada uno le sería designada una pensión anual de ochenta escudos romanos (4).

(1) *Il Gran Maestro di Malta nell'espulsione dei Gesuiti, che dal Re si sollecita, mostra coraggio contro il furore minacciante di Torrigiani, forse è venuto il coraggio dalla patria, essendo Portoghese. Ha voluto ch'io gli scriva una lettera più pressante di real ordine; la scrissi sabato (Tanucci a Carlos III el 22 de marzo de 1768, *ibid.*, 6001). *Tanucci a Carlos III el 14 de junio de 1768, *ibid.* El gran maestre desea *una lettera del Re, colla quale gli si prescriva quell' espulsione, che già gli si era insinuata, dei Gesuiti. Si è fatta, ed egli spera, che questo gli abbia a servir di usbergo e scudo contro il furore e le convulsioni di Torrigiani (Tanucci a Grimaldi el 29 de marzo de 1768, *ibid.*).

(2) *Secondo alcune notizie Malta ha gettato sopra noi l'odio dell'espulsione dei Gesuiti, facendo credere al Papa, che se non si facesse, noi avremmo sequestrate tutte le commende di Malta, e sospeso il commercio, tanto che Torrigiani si lasciò persuadere a non far per una ventina di Gesuiti tanto danno alla religione, e alla popolazione di quell'isola (Tanucci a Centomani el 9 de abril de 1768, *ibid.*, 6004). *Tanucci a Carlos III el 12 de abril de 1768, *ibid.*, 6101; *Erizzo (II) al dux el 21 de mayo de 1768, *Archivo público de Venecia, Ambasciatore*, Roma, 287.

(3) Ricci, *Espulsione dalla Spagna, 57 ss.

(4) *Archivo de Simancas, Estado, 6101, traducción en Carayon, XVI, 449 s.

Al día siguiente abandonaron ya los jesuitas, en número de unos veinte, la ciudad de los malteses y en un barco francés fueron transportados a Civitavecchia (1). Por lo demás el gran maestre para nada tuvo cuenta de las condiciones estipuladas (2). Por indicación de Tanucci (3) dió orden de que sus oficiales acompañados de algunos soldados se incautasen de los bienes inmuebles y confió su administración a los procuradores del tesoro común de la Orden callando a los consejeros de la misma los acuerdos concertados entre la Santa Sede y el embajador de Malta (4).

Sobre el último punto llegaron Pinto y el inquisidor Mancinforte, que pretendía defender los derechos de Roma, a serios altercados. De nuevo se interpuso Tanucci: como el derecho de soberanía sobre la isla correspondía no al Papa, sino única y exclusivamente al rey de Sicilia como a señor feudal, de ahí que fuera el gran maestre el que, como concesionario del monarca y bajo ningún otro título, debía disponer acerca de la aplicación que para otros fines se había de hacer de los bienes hasta entonces de los jesuitas (5).

Entonces el inquisidor interpuso recurso de apelación en Roma (6). Incluso en el seno de la Orden encontró oposición tan ilegal proceder. Tres miembros gran cruz de la Orden, habida información del estado del asunto, protestaron contra la conducta del gran maestre, de suerte que éste hubo de reducirse al fin por suplicar al Papa, en un sumiso y deferente documento, que se dignase regular el asunto en forma amigable (7). Apaciguado con esto buscó Clemente XIII un camino de salida a fin de, por un lado, tomar en consideración la apurada situación de Pinto y salvar, por otro, al menos en la forma, los derechos de la Santa Sede. Tras una seria amonestación determinó que fueran retiradas las gentes de

(1) *Tanucci a Carlos III el 10 de mayo de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6101.

(2) Ricci, *Espulsione dalla Spagna, loco cit.

(3) *A Centomani el 29 de abril de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6004.

(4) *Rivera a Lascaris el 22 de julio de 1768, *ibid.*, 6101; Erizzo (II) al dux el 7 de mayo de 1768, *Archivo público de Venecia*, loco cit.

(5) *Tanucci a Inocencio Pignatelli el 20 de mayo de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5882; *a Carlos III el 24 de mayo de 1768, *ibid.*, 6101.

(6) *Bailli de Fleury a Fuentes el 21 de agosto de 1768, *ibid.*, 4565.

(7) *Ibid.*; *Rivera a Lascaris el 22 de julio de 1768, *ibid.*, 6101; *Erizzo (II) al dux el 9 de julio de 1768, *Archivo público de Venecia*, loco cit.; [Azpuru], *Informazione sulla destinazione dei beni gesuitici in Malta, sin fecha [7 de julio de 1768], *Archivo de Simancas*, Estado, 4976.

guerra de las posesiones de los jesuitas y entregados al inquisidor los inventarios de dichos bienes; en cambio permitió al gran maestre retenerlos en custodia, como plenipotenciario pontificio, hasta que la Santa Sede no decidiera sobre el uso que había de dárseles en provecho de la religión y del bien público (1).

Poca fué la gratitud que cosechó Pinto de parte de Nápoles por su condescendencia. En el ya publicado decreto de expulsión se había notado el gran maestre como «investido con la soberanía». En esto vió Tanucci un atentado contra los derechos de soberanía de Sicilia sobre Malta y exigió la desaparición de este inciso. Además insistía el ministro en que la Orden, por encima de sus estatutos, hiciera causa común con la casa de Borbón en la lucha contra el Pontífice (2). En las prolijas e interminables discusiones llegó el marqués al extremo de poner trabas a la importación de cereales de Sicilia a Malta a fin de plegar a su voluntad a la Orden (3). Al fin medió España (4). Las internas inquietudes que en el seno de la Orden se originaron con motivo de la expulsión de los jesuitas perduraron todavía no pocos años (5).

IV

Hasta la fecha habían librado las potencias borbónicas aisladamente sus combates contra Roma y la Compañía de Jesús. Poco después de la expulsión de España y Nápoles se coligaron todos los príncipes de dicha dinastía en un frente único para proseguir su campaña contra Roma y la Compañía de Jesús. La iniciativa partió de Parma.

Hacia ya mucho tiempo que los ducados de Parma y Plasencia no reconocían su dependencia feudal para con la Santa Sede. Cuando

(1) Breve de Clemente XIII al gran maestre de Malta del 13 de julio de 1768, Bull. Rom. Cont., 1458; *Erizzo (II) al dux el 16 de julio de 1768, *Archivo público de Venecia*, loco cit.

(2) *Fleury a Fuentes el 21 y 30 de agosto de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 4563; *Choiseul a Fleury el 29 de agosto de 1768, *ibid.*

(3) *Fleury a Fuentes el 10 y 12 de enero de 1769, *ibid.*, 6136.

(4) *Me mandó S. M. enviar al Marqués de Tanucci un allanamiento que me presentó, y recomendarle su admisión. Grimaldi a Fuentes el 30 de enero de 1769, *ibid.*

(5) Cf. *Grimaldi a Azpuru el 10 de abril de 1770, *Archivo público de Venecia*, Esteri-Roma, ⁶⁰⁰/₁₁₄₆; *El Recibidor de Malta a Grimaldi el 14 de abril de 1770, *ibid.*

en 1731, con la muerte del duque Antonio Francisco, se extinguió la familia ducal Farnese en su descendencia masculina, se originó entre España y Austria una contienda en torno a la sucesión, litigio que terminó con el reconocimiento del infante español don Carlos como duque de Parma. Al posesionarse Carlos en 1738 del trono de Nápoles, le sucedió en Parma su hermano don Felipe, cuyos derechos, por largo tiempo discutidos, fueron reconocidos definitivamente en el tratado de Aquisgrán de 1748 (1).

Contra estos pactos diplomáticos habían protestado constantemente los Pontífices. Al extinguirse la línea masculina de los Farnesios no omitió el Papa el hacer valer sus antiguos derechos sobre los ducados y protestó contra los acuerdos de la paz de Aquisgrán. Desde entonces se leía todos los años la víspera de la festividad de San Pedro y San Pablo, después de las solemnes vísperas, una protesta para evitar que prescribiesen los derechos pontificios, sin que por ello se molestase regente alguno (2). Cuando muerto el duque Felipe (a fines de 1765) le sucedió su hijo Fernando, a la sazón de quince años, había aprovechado Clemente XIII la oportunidad para propugnar de nuevo en una alocución el derecho eminente de la Santa Sede sobre Parma y Plasencia, sin que de ninguna parte surgiera contradicción alguna (3).

A estas cuestiones territoriales se unieron en el transcurso del tiempo otras discordias de índole canónica, las cuales se exacerbaron merced a la intransigencia del primer ministro Du Tillot, marqués di Felino. A su lado tenía poca importancia el duque de Parma Fernando. Du Tillot había confiado la educación del príncipe, huérfano en sus tiernos años, a los dos filósofos Condillac y Keralio, cuya enseñanza sin embargo fué poco adecuada para abrir el espíritu de su discípulo. El resultado de sus esfuerzos lo fué todo menos brillante (4). El tierno príncipe, quien aun en su físico sólo había recibido de la naturaleza tratos de madrastra, fué durante toda su vida

(1) V. nuestros datos del volumen XXXIII. Para el período que precede v. la Bula de Clemente XI del 27 de julio de 1707, Bull., XXI, 295. Cf. Benassi, V, 261, n. 3, 262, n. 1.

(2) Theiner, *Histoire*, I, 114 s.; Rousseau, I, 242 s.

(3) *Alocución del 12 de diciembre de 1765, Nunziat. di Spagna, 432, *Archivio segreto pontificio*; *Torrighiani a Pallavicini el 12 y 26 de diciembre de 1765, Registro di cifre, *ibid.*

(4) *Llano a Grimaldi el 9 y 16 de agosto de 1772, *Archivio de Simancas*, Estado, 5204.

abúlico, necesitando siempre de la dirección, primero de Du Tillot y más tarde de su esposa María Amalia, sexta hija de María Teresa. Casi no es posible atribuirle responsabilidad alguna en la lucha contra la Santa Sede al duque que sólo contaba diecisiete años y que difícilmente era capaz de abarcar la trascendencia de aquélla (1).

En su desmedida ambición (2) no se detuvo el despótico ministro ni siquiera ante los derechos de la Iglesia. Apoyado e impulsado por clérigos seculares y regulares ávidos de reformas (3), irrumpió por medio de una serie de leyes en el terreno de la libertad, jurisdicción e inmunidad del clero en forma tal, que no pudo menos de provocar la protesta del Pontífice (4). No sólo ambicionaba para Parma las mismas concesiones que la Santa Sede había otorgado al gobierno español en el concordato de 1737 y en el de 1753, sino que mediante diversas medidas llegó hasta restringir la propiedad llamada de mano muerta, la cual, según él afirmaba, se extendía a dos terceras partes del suelo. Para este objeto había publicado una ley el 25 de octubre de 1765, en vida todavía del duque Felipe. Por decreto del 13 de enero de 1765 gravó con impuestos los bienes eclesiásticos sin previa inteligencia con la autoridad religiosa (5). Como las reclamaciones de Roma no hallaran eco en la corte de Parma, ordenó Clemente XIII que el nuncio de Madrid hiciera las representaciones concernientes ante la madre del duque, Isabel Farnese, dando a entender que las desmedidas innovaciones de Parma podrían poner a la Santa Sede en el duro trance de tener que expresar públicamente su reprobación (6). De Madrid apenas había nada que esperar, ya que Du Tillot se había asegurado de antemano del beneplácito del rey español respecto a su proceder contra Roma (7). Sin trabas ni

(1) Rousseau, I, 245.

(2) *Pignatelli a Grimaldi el 28 de julio de 1765, Cifre, *Archivo de Simancas*, Estado, 5188.

(3) Cf. Benassi, V, 60 ss.

(4) Benassi, V.

(5) *Pignatelli a Grimaldi el 3 de marzo de 1765, *Archivo de Simancas*, Estado, 5188.

(6) *Pallavicini a Torrigiani el 16 de abril de 1765, Cifre, Nunziat. di Spagna, 293, loco cit.

(7) El 15 de diciembre de 1765 recabó Du Tillot de Grimaldi una oficial aprobación para su ley de reforma políticoreligiosa, pues era un imperativo «de la prudence, et de ma sûreté, que notre cour ne prenne aucune résolution sur les affaires de Rome, sans qu'elle reçoive auparavant les volontez et l'intention de sa Majesté par une lettre d'offices». *Archivo de Simancas*, Estado, 5219.

freno siguió el ministro por el camino comenzado (1). El 8 de febrero de 1766 creó un tribunal especial que atendiera a la conservación de la real jurisdicción y cuya misión era velar por la ejecución de las susodichas disposiciones y castigar sus transgresiones. Los esfuerzos del Pontífice por mejorar las relaciones mediante negociaciones amistosas los hizo fracasar la falta de buena voluntad por parte de Du Tillot, quien poco antes de ultimar el concierto, apoyado en «la favorable aprobación de su majestad católica» (2), rompió las negociaciones cuando menos se esperaba bajo un fútil pretexto (3). Sin preocuparse de la protesta de la curia, prosiguió el ministro sus reformas religiosas hasta que una ocasión de menor cuantía trocó la crisis latente en un conflicto de carácter público.

Un alienado, de nombre Descalonne, afirmó que se había permitido a su mujer contraer nuevamente matrimonio aun cuando él lo había contraído válidamente con ella ante el obispo. Éste presentó a la Santa Sede todos los documentos necesarios para demostrar la falsedad de tales aserciones y probó además que el querellante era un perturbado mental. El caso fué llevado entonces al tribunal romano a pesar de la protesta del prelado diocesano, quien apelaba a un indulto otorgado por Paulo III y confirmado por Benedicto XIV, el cual facultaba a los obispos de Parma para resolver todos los litigios de su diócesis en última instancia, sin que se pudiera interponer recurso a Roma. Clemente XIII nombró una congregación para que examinase dicho privilegio, y aquélla dió su dictamen en el sentido de que el indulto de Paulo III no prohibía la apelación a la Santa Sede caso que una de las partes litigantes quisiera acudir a ella (4).

(1) *Erizzo al dux de Venecia el 24 y 31 de enero de 1767, *Archivio público de Venecia*, Ambasciatore, Roma, 268.

(2) *Du Tillot a Grimaldi el 5 de enero de 1767, *Archivio de Simancas*, Estado, 5220.

(3) *V. S. III. è già ben informata quanto lungo trattato siasi avuto con quella corte per la revoca dei precedenti editti, quanta impegnata ella vi... fosse, quanto per parti di N. S. si fosse condisceso alle soddisfazioni della medesima, e quanto abbia poi ella stessa mancato alla buona fede e alle leggi della negoziazione, rompendo inaspettatamente, mediante un nuovo assurdo pretesto, la finale conclusione del trattato già quasi conchiuso (Torrighiani a Giraud el 9 de marzo de 1768, Cifre, Nunziat. di Francia, 455, *Archivio segreto pontificio*). Benassi, V, 111-171. En contraposición a Torrighiani atribuye Rousseau (I, 248) al Papa la culpa afirmando (sin pruebas) que la Santa Sede había desaprobado a sus parlamentarios y había recusado todo arreglo.

(4) Rousseau, I, 248 s.

Luego apareció el 16 de enero de 1768 un decreto del gobierno prohibiendo, entre ataques dirigidos contra la autoridad eclesiástica, que litigio alguno pasase a tribunales extranjeros, no exceptuada Roma, además se prohibía en él otorgar prebendas espirituales a ningún extranjero sin beneplácito del soberano y se prescribía el *exequatur* del mismo para todos los edictos de las autoridades eclesiásticas (1). Inmediatamente reunió el Pontífice una congregación de cardenales y prelados a quienes presentó este nuevo caso para que lo examinasen. Como resultado de sus deliberaciones apareció con fecha del 30 de enero de 1768, el breve que la tarde del 1.º de febrero fué fijado en los tradicionales puntos de Roma, donde aparecían las proclamas (2), ya que su publicación resultaba imposible en los Estados de Parma, Plasencia y Guastala, como en el mismo breve se decía. Saliendo en defensa de los derechos territoriales de la Santa Sede sobre los dos ducados y tras la referencia de las leyes irreligiosas publicadas por Parma son declaradas nulas e írritas dichas leyes como atentatorias contra los derechos de la Santa Sede y emanadas de parte incompetente. Todos los autores y cooperadores habían incurrido en las censuras establecidas en la bula de la Cena, cuya absolución se la reservaba el propio Pontífice. A los obispos, lo mismo que a los clérigos tanto seculares como regulares, como también a los seglares se les prohibía bajo pena de excomunión cooperar a la ejecución de los condenados decretos (3).

En la carta con la cual acompañó el cardenal secretario de Estado el envío de este monitorio al nuncio de París, exponía cómo el Pontífice, cansado de los prolongados ataques contra la jurisdicción eclesiástica realizados en Parma, había considerado deber ineludible alzar protesta de ello con la mayor solemnidad. El breve, añadía, había sido redactado siguiendo el modelo de edictos parecidos publicados por anteriores pontífices, como, por ejemplo, Clemente XI, en cuyos pontificados no fueron tan graves los atropellos perpetrados contra la jurisdicción eclesiástica. Mientras Venecia y Viena habían puesto conveniente remedio en vista de las reclamaciones de la Santa Sede, jamás había dado Parma una satisfacción. El último edicto

(1) Cf. Bull. Cont., III, 1395 s.; Benassi, V, 257 ss.

(2) *Aubeterre a Choiseul el 3 de febrero de 1768 (copia), *Archivo de Simancas*, Estado, 4565; Benassi, V, 275.

(3) Impreso, *Archivo de Simancas*, Estado, 5220; Bull., loco cit.

rebasaba toda medida, por lo cual había merecido expresa condenación. El texto del breve ofrecía abundante materia para rebatir las malévolas interpretaciones (1) de la decisión pontificia por parte de los mal intencionados (2).

En las cortes borbónicas produjo el monitorio el efecto de una declaración de guerra. La correspondencia epistolar tanto oficial como privada de los embajadores y ministros de esta época permite ver, iluminándola con fulgores a modo de relámpago, la enorme transformación que se había realizado en el mundo de las ideas religioeclesiásticas de los Estados románicos. El agente español Azara inició al punto una persecución encarnizada contra el breve, el cual él lo presentaba como un atentado contra la autoridad del soberano. En su virtud no sólo serían excomulgados el duque de Parma y sus ministros, sino también los reyes de España y Francia juntamente con sus ministros como cooperadores y consejeros, y los súbditos quedarían desligados realmente del juramento de obediencia. Aun cuando Tanucci concedió más tarde que nada tenían que ver en el caso los jesuitas y sus *terciarios* (3), con todo, los infortunados religiosos fueron presentados como causantes del breve pontificio y lo hubieron de purgar. Decíase que habían recabado el decreto presentando a la consideración del Pontífice al rey de España como un buen cristiano, quien con sólo oír la palabra excomunión caería de rodillas y enviarla a su sobrino de Parma a Roma con una cuerda al cuello; al rey se le abrirían los ojos con desengaño y reconocería la malignidad de Roda el cual le había inducido a dar todos los pasos contra los jesuitas. Caso que el experimento saliera bien en Parma, se procedería luego de idéntica manera contra todas las restantes nacio-

(1) *Si può dare una maggiore bestialità di quella commessa dalla Corte di Roma in questo affare? El abate Berta a Paciaudi el 17 de febrero de 1768, en Benassi, V, 260, n. 3.

(2) *Torrighiani a Giraud el 3 de febrero de 1768, Cifre, Nunziat. di Francia, 455, loco cit.

(3) Como en la supresión de la Orden jesuítica iba comprendida la devolución a la Santa Sede de los dominios arrebatados, resistíase Tanucci a entregar Benevento basándose en que ni los jesuitas ni sus «terciarios» eran los autores del monitorio. *Prescindi también de que aora [Tanucci] clame sobre que los Jesuitas y sus terciarios no fueron los autores del monitorio de Parma, y que tenga escrúpulos de que se usase del medio de la retención de estos Estados para obtener la supresión, quando no los tiene para intentar quedarse con ellos de hecho. Moñino a Grimaldi el 5 de agosto de 1773, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Extinción», 1773.

nes (1). Tanucci dió rienda suelta a su desenfrenado lenguaje. En medio de una ola de infamias y denuestos contra Clemente XIII declaró a su confidente Galiani que sólo dos caminos había para reparar el crimen de Roma, o bien hacer caso omiso de él en silencio y con desprecio, o bien despojar al Pontífice de su soberanía temporal. Mientras las cortes borbónicas no se mancomunaran con el fin de destronar al Papa y repartir sus Estados entre Venecia, Toscana, Módena y Nápoles era preciso atenerse a un desdeñoso y despectivo silencio. Le era incomprensible la conducta de las potencias católicas. Si un obispo se permitía una pequeña usurpación de derecho ajeno, se le amenaza con privarle de las temporalidades, y aun cuando actualmente era el Pontífice el mayor, el más procaz y astuto enemigo de todos los soberanos, no se pensaba en despojarle de sus bienes temporales, siendo como eran la causa por la cual él se había apartado de la ley de Cristo y de la doctrina de los apóstoles (2). Su criterio era que había que prescindir con desprecio del monitorio. De una corte indefensa e inerme como la de Roma era posible reñirse, no preocuparse de ella y seguir tranquilamente por el camino comenzado (3). Choiseul olvidó en la primera irritación su habitual tranquilidad política calificando el monitorio de inaudita locura. «El Papa, así exclamó, es un perfecto mentecato y su ministro un memo de primera clase. La ofensa no va dirigida solamente contra el duque de Parma, sino que alcanza a toda la casa de Borbón. Es un acto de venganza, una represalia contra aquellos monarcas que han expulsado a los jesuitas. Si se tolera este odioso primer paso ya no se reportará más la corte de Roma dirigida por un hombre sin freno. La dignidad de los monarcas y del pacto de familia exige que no toleremos sea ofendido impunemente príncipe alguno de esta dinastía.» (4)

Du Tillot, quien hacía ya años venía incitando y provocando a un público rompimiento, procuró ahora para su traslazo una alianza de todas las cortes borbónicas deseoso de encauzar su acción con-

(1) Azara a Roda el 4 de febrero de 1768, en *El espíritu de Azara*, I, Madrid, 1846, 10.

(2) Tanucci a Galiani el 6 de febrero de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6003; Danvila y Collado, III, 184.

(3) *Tanucci a Centomani el 6 de febrero de 1768, *Archivo de Simancas*, loco cit.

(4) Choiseul a Grimaldi el 19 de febrero de 1768 (*ibid.*, 4565), en Rousseau, I, 250. Cf. Fuentes a Grimaldi el 19 de febrero de 1768, *ibid.*

junta contra los jesuitas. Según sus informes, así se lo aseguraba al ministro de Estado español, todo el apasionamiento solapado del breve no tenía otro fundamento que la sed de venganza de los jesuitas contra los Borbones. El ataque de Roma alcanzaba no sólo al infante, sino a todos los príncipes que habían expulsado a la Compañía de Jesús, y ésta trataba ahora de tomar por blanco al retoño más tierno de la familia: tal era el sentido más profundo del monitorio. Las expresiones del documento pontificio eran ofensivas e injustas en grado tal que habían de despertar el interés de todos los monarcas (1). En París quejóse Du Tillot de la desmedida dureza de la curia romana contra sus medidas políticoreligiosas, todas las cuales habían sido adoptadas en inteligencia con las cortes de Madrid y Versalles; por otro lado aseguraba que el viejo espantapájaros de la excomunión eclesiástica era un estúpido espantajo ya caído de moda, que no merecía la menor atención. Pero como sin embargo algún fraile levantisco podría asirse de esta ocasión para armar ruido, pensaba él publicar un decreto por medio de la comisión de jurisdicción presentando la constitución pontificia como apócrifa (2). Deseaba saber el parecer de Choiseul (3). El joven duque debió presentar también a los jesuitas como propios autores del monitorio en sus cartas a los reyes de España y Francia (4). A los superiores religiosos les ordenó el ministro prudencia y silencio amenazándoles con expulsar a toda la Orden del país si un solo religioso hablaba o escribía contra el edicto. A los dos inquisidores de Plasencia les hizo llegar la orden, tan pronto como fué conocido el monitorio, de abandonar el ducado en el espacio de dos horas (5). En vista de esta intimación ya no osaron luego ni obispos ni clérigos seculares o regulares impugnar las leyes irreligiosas del gobierno (6).

De una campaña de prensa no se prometía el ministro al principio ningún gran resultado, aun cuando no dejó de procurarse en

(1) *Du Tillot a Grimaldi el 7 de febrero de 1768, *ibid.*, 5220.

(2) Esta salida habíala recomendado Spedalieri por ser menos estrepitosa y por otra parte suficiente para garantizar el honor del duque. Benassi, V, 263, n. 4; Du Tillot a Roda el 10 de febrero de 1768, en Danvila y Collado, III, 186.

(3) *Du Tillot a D'Argental el 10 de febrero de 1768, *Biblioteca de Parma*, Correspondance de Mr. du Tillot avec Mr. d'Argental, 574.

(4) *Fernando I a Carlos III el 10 de febrero de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5220.

(5) *Du Tillot a Azara el 13 de febrero de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1768.

(6) *Du Tillot a Azara el 21 de febrero de 1768, *ibid.*

Venecia un teólogo versado en derecho canónico y en historia de la Iglesia quien en todo caso pudiera escribir contra Roma (1). Con todo, pronto abdicó de este su primer parecer e hizo divulgar un manifiesto en el cual impugnaba el breve pontificio y defendía con energía las leyes reformistas del gobierno (2). No pocas plumas se pusieron espontáneamente a su disposición; vieron la luz una serie de polémicas, las cuales, apoyándose en la autoridad de Gerson, Sarpi y Fleury, tendían a poner a salvo las regalías de los soberanos contra las pretensiones del pontificado (3).

Aun cuando Du Tillot aseguraba que al proceder contra la jurisdicción e inmunidad eclesiásticas había obrado siempre de común acuerdo con Versalles y Madrid, sin embargo no dejaba de preocuparle la actitud que dichos gabinetes pudieran adoptar. Al notificar su decreto del mes de enero no había recibido de Grimaldi más que una respuesta evasiva. Es cierto, decía, que el edicto reportará grandes ventajas al país, pero no era capaz de decir si correspondía a los privilegios de Parma; sin embargo, dudaba de que hubiera sido compuesto conforme al parecer de juristas y teólogos. Irritado dijo el ministro que para una ley de esta índole no hacían falta privilegios, puesto que se fundaba en el derecho natural de la propia defensa (4).

Sus preocupaciones iban a desvanecerse pronto. De todas partes acudieron presurosos los representantes de las potencias borbónicas en socorro de su correligionario. No hay que llamarse a engaño, afirmaba Aubeterre: aquí se trata no de un asunto personal del infante, sino de un sistema que se ha desarrollado lentamente desde la expulsión de los jesuitas. Al presente se realiza un ensayo con un soberano menos poderoso, de quien se opina que no hay nada que temer, para luego proceder contra los demás. Aun prescindiendo del parentesco de sangre, no puede menos de ser cosa común de todos los soberanos el asunto del infante. Su autoridad corre peligro si aquéllos toleran que la corte de Roma mande impunemente al clero

(1) *Du Tillot a Azara el 13 de febrero de 1768, *ibid.*

(2) Manifiesto o la Memoria della corte di Parma sulle lettere in forma di Breve pubblicate e affisse in Roma nel giorno primo Febbraio 1768, en Benassi, V, 268 ss. El manifiesto encontró el más entusiasta aplauso de Voltaire; *ibid.*, 269, n. 4.

(3) Cf. *ibid.*, 274 ss.

(4) *Du Tillot a Azara el 13 de febrero de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1768.

y a sus vasallos, bajo pena de excomunión, la desobediencia (1). En Roma, donde el breve fué fijado el 1.º de febrero a las veintitrés horas, a la una de la madrugada estaban ya rasgados todos los carteles (2). En otros puntos hallaron también acogida las voces de auxilio de Du Tillot y las del duque Fernando. Carlos III aseguró al joven monarca su participación en el pesar que Roma le había causado y le prometió su apoyo en cuanto la causa fuera justa. Presentaría el caso para que lo estudiaran a una junta de prelados y juristas y notificaría su dictamen al rey de Francia, a fin de que ambas cortes, en unión con la de Nápoles, dieran los pasos concernientes en Roma (3). En la carta en que el monarca español solicitaba la adhesión de Tanucci, hacía notar: «Es necesario que obremos unidos y hablemos el mismo y único lenguaje y demos a Dios infinitas gracias de no tener ya en los países de nuestra familia a estos perniciosos y pervertidos hombres, quienes están en pugna con nuestra religión y contra sus príncipes» (4). El Consejo extraordinario de Castilla, ampliado con cinco obispos, bajo la dirección de los dos fiscales Campomanes y Moñino llegó a la afirmación de que no era el infante el que había vulnerado los derechos de la Iglesia, sino la curia romana la que había rebasado con su monitorio los linderos de la caridad, de la moderación y de la equitativa consideración al duque de Parma; por esta razón era nula e irrita la excomunión y había que obligar al ministerio de Roma a revocar el breve y a mantenerse en sus límites en lo futuro (5).

Los descarriados planes de Tanucci de arrebatarse al Papa sus dominios temporales (6) no hallaron acogida alguna en el sentido práctico de Choiseul. El ministro francés persistió sobre todo en la necesidad de un avance combinado de los reyes de Francia, España y Nápoles contra Clemente XIII. En un memorial debían expresar al Papa los representantes de estas tres potencias su asombro por haber publicado, sin previo aviso o negociación, un decreto contra el

(1) *Aubeterre a Choiseul el 3 de febrero de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 4565.

(2) Ibid.

(3) *Carlos III a Fernando I el 23 de febrero de 1768, *ibid.*, 5220.

(4) Carlos III a Tanucci el 23 de febrero de 1768, en Danvila y Collado, III, 186.

(5) Consulta del 23 de febrero de 1768, *ibid.*, 187, n. 1.

(6) Tanucci a Galiani el 6 de febrero de 1768 (v. anteriormente, pág. 527, nota 3).

duque de Parma, el cual era en sí ofensivo e injusto a la vez, ya que según las apariencias lanzaba la excomunión por un asunto puramente temporal. Los intereses de familia no permitían a los soberanos de la casa de Borbón pasar por esta alta injuria; por lo cual se veían en la precisión de exigir con los medios que Dios había puesto a su alcance, una solemne reparación de la ofensa. La Santa Sede debía publicar una solemne y formal revocación del breve. Caso que en el espacio de ocho días no satisficiera esta demanda, los tres monarcas llamarían a sus embajadores de Roma y expulsarían de sus Estados a los nuncios pontificios. La negación que era de prever traería como consecuencia la interrupción de todo trato con Roma durante el resto del pontificado. Los asuntos comerciales seguirían su curso, «pero trataremos a la corte de Roma de suerte que seremos dueños del futuro conclave y el Papa venidero nada tendrá que hacer más aprisa que remediar la sandez de su predecesor». En caso de un eventual rompimiento nada tiene que temer la casa de Borbón más que la pérdida de algunos capelos cardenalicios, lo cual antes es ganancia; pues los cardenales de la corona se dejan enredar en intrigas tan pronto como llegan a Roma, siendo en cambio cosa fácil comprar con dinero los votos de los miembros italianos del Sacro Colegio, los cuales no se dejan engañar. Supuesto que el Papa persista tenazmente en su negación se procederá a la incautación de los bienes que la Santa Sede injustamente conserva, como Aviñón, Benevento, Pontecorvo, Castro y Ronciglione. De esta manera podrían los Borbones, en el caso de una futura reconciliación, dictar las condiciones y conseguir la supresión de la Orden de los jesuitas (1).

El Consejo extraordinario de Castilla, al cual presentó Carlos III las propuestas de Choiseul para tomar deliberación, declaróse conforme con ellas en lo esencial; con todo, opinaba que la ocupación de los Estados pontificios era un medio más adecuado que el rompimiento de relaciones. Si bien el Consejo estaba persuadido de que tal paso provocaría la ruptura de relaciones diplomáticas, pero interesaba a las potencias el poder cargar la responsabilidad a Roma. De esta manera se conseguiría tanto el rompimiento como también la ocupación de una parte del dominio temporal. «Así seremos mejor los dueños en el caso del ajuste y podremos conseguir más fácil-

(1) Choiseul a Grimaldi el 19 de febrero de 1768, en Rousseau, I, 251 ss.

mente lo que en este asunto se tiene ante la vista, es decir, la supresión de la Orden jesuítica.» (1)

Habiendo expresado Choiseul al nuncio pontificio las mismas inculpaciones contra la Santa Sede que en su carta a Grimaldi, Torrigiani le contestó demostrándole detenidamente la nulidad e inconsistencia de las mismas. Durante varios años había contemplado el Pontífice con indulgencia y longanimidad la conducta de Parma. Sus repetidos conatos por llegar a un arreglo del conflicto se habían estrellado en la falta de probidad del primer ministro, y a las cuales no respondía sino con nuevos atropellos. Con anterioridad a la publicación de su edicto de reforma jamás había hecho representación alguna la corte de Parma en Roma, por eso no era lícito reprochar al Papa el haber seguido él al presente el mismo procedimiento mayormente habiendo declarado en ocasiones anteriores que se reservaba hacer uso de su suprema autoridad. Tras los desagradables experimentos de los pasados años, el entablar de nuevo negociaciones hubiera significado exponerse a nuevas repulsas y ofensas y dejarse atar las manos. Calificar el breve de hostilidad contra la casa de Borbón era un pretexto fútil con que se quería paliar el manifiesto objeto de colocar a la Santa Sede en terreno ilegal. Cuando el Pontífice condena leyes y las declara nulas porque son perjudiciales a la Iglesia, cumple sólo el deber de su cargo sin dejarse guiar por móviles personales. La objeción contra la bula de la Cena hubiera tenido justificación en todo caso en un breve para Francia, donde su publicación no está permitida, pero no tiene razón de ser en una ley dirigida a Parma, donde la bula ha sido siempre reconocida y estaba en vigor. Desde hacía siglos había valido como norma en casos semejantes, y el Papa se había servido sólo del lenguaje de sus antepasados (2).

Casi todos los gobiernos católicos prohibieron en sus Estados la difusión del monitorio. A pesar de los fervorosos esfuerzos del nuncio para con Luis XV, el Parlamento de París, inducido por Choiseul, prohibió el 26 de febrero de 1768 el breve pontificio; y sólo a la discreción del ministro se debió que no fuera condenado a ser quemado en la plaza pública por mano del verdugo (3). Basándose en el dicta-

(1) *Grimaldi a Choiseul el 2 de marzo de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5221.

(2) *Torrighiani a Giraud el 9 de marzo de 1768, Cifre, Nunziat. di Francia, 455, loco cit.

(3) Theiner, *Histoire*, I, 122; Benassi, V, 266.

men de la real Junta publicó Parma el 13 de marzo un decreto castigando la no entrega del monitorio con la pena propia de los rebeldes y reos de lesa majestad (1). El Consejo de Castilla publicó el 16 de marzo de 1768 un edicto contra el documento pontificio, al cual fueron agregados los dictámenes de ambos fiscales, Campomanes y Moñino, con sus duros dictámenes contra Roma (2). Un edicto del rey de Nápoles del 4 de junio de 1768 ordenaba entregar el *papel de Roma*, como despectivamente era llamado el breve, lo mismo que la bula *In coena Domini*, conminando contra su ocultamiento la pena establecida contra los delitos públicos (3). Asimismo ordenó el gobierno portugués el 30 de abril la recogida de todos los ejemplares y declaró reo de lesa majestad a todo aquel que difundiera, imprimiera o retuviera el monitorio (4).

Habiéndose llegado entre las potencias borbónicas a un convenio acerca de la manera de proceder (5), los representantes de las tres cortes solicitaron del Pontífice una audiencia privada. Oportunamente enterado desde hacía bastante tiempo Clemente XIII del escrito colectivo que le aguardaba, no se mostró abatido, antes, por el contrario, firmemente resuelto a no ceder de la resolución adoptada, convencido de que no podía traicionar las obligaciones de su cargo espiritual por salvar los dominios temporales de la Santa Sede, y de que en general nada podía tolerar que no se compaginara con su dignidad como cabeza de la Iglesia y centinela de las leyes (6). Los días 15 y 16 de abril hicieron entrega los embajadores de sus memoriales (7), en los cuales exigían, en nombre de sus soberanos, la revocación del monitorio y el reconocimiento sin reservas de la soberanía del infante don Fernando sobre Parma y Plasencia. En

(1) El edicto no fué publicado hasta el 26 de marzo de 1768, tras de haber llegado la aprobación de las cortes de España y Francia (Benassi, V, 268). Un ejemplar del edicto en el *Archivo general de Madrid*, Estado, 4900.

(2) Danvila y Collado, III, 191 ss.

(3) Ibid., 200.

(4) Theiner, *Histoire*, I, 122.

(5) *Grimaldi a Azpuru el 5 de abril de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 48; *Grimaldi a Tanucci el 5 de abril de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6101.

(6) *Torrighiani a Vincenti el 24 y 31 de marzo y 14 de abril de 1768, *Registro di cifre*, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.; *Azpuru a Grimaldi el 24 de marzo de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5221.

(7) *Memoria di Spagna, del 15 de abril de 1768, en Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.; copias de las tres promemorias (15 de abril de 1768) en el *Archivo de Simancas*, Estado, 5221.

caso de negativa le amenazaban con represalias; si, en cambio, la Santa Sede daba satisfacción a las demandas de las cortes, estaban éstas prontas a arbitrar en las negociaciones del ajuste. Sin embargo era preciso que las condiciones de la satisfacción dada al infante se cumplieran antes de que pudieran ser entabladas ulteriores negociaciones, en las cuales, además, no podrían tomar parte los cardenales Torrigiani, Negroni, Boschi, Bonaccorsi y Castelli (1).

Una vez el Papa hubo recorrido rápidamente el memorial del embajador francés Aubeterre, díjole con toda claridad que él ni revocaría el breve ni lo modificaría, ya que no le era posible conciliar el caso con su conciencia; sólo constreñido por ésta había publicado el monitorio. La amenaza de las represalias las acogía con menosprecio. La misma respuesta dió Clemente XIII al embajador español, añadiéndole además que prefería morir antes que traicionar los derechos de la sede apostólica y arrojar sobre su conciencia una grave carga, de la cual alguna vez tendría que rendir cuenta ante el tribunal de Dios. Las represalias no le amedrentaban. Los monarcas podrían cometer cuantas quisieran, que no encontrarían resistencia alguna, pues él carecía de armas y de soldados para hacerles frente; y aun cuando los poseyera no los emplearía contra soberanos católicos e hijos de la Iglesia. Sus únicas armas eran la oración y la cruz de Cristo en lo cual depositaba él toda su confianza. El rostro del Pontífice dejaba traslucir más alegría que tristeza al dar su respuesta (2).

Mientras Clemente se limitó a dar esta dignísima declaración a los representantes de Francia y España, al dirigirse al cardenal Orsini, que lo era de Sicilia, no pudo omitir llamarle la atención sobre la indignidad de su proceder. En la «promemoria» que Orsini hubo de entregar en nombre de su rey, era calificado el monitorio de atentado contra la persona del duque de Parma y un ataque dirigido contra la soberanía del mismo (3). A ningún otro monarca, notó el anciano jerarca de la Iglesia, se hubiera atrevido nadie a lanzarle al rostro tamaña declaración, sino que se hubieran dirigido al ministro. No hubiera creído jamás que sus hijos le hubieran declarado la

(1) *En una *promemoria del 9 de junio de 1768 se adhirió la República de Venecia al proceder de los Borbones. Ibid.

(2) *Azpuru a Grimaldi el 15 de abril de 1768, *ibid.*; Benassi. V, 270 s. Cf. también *Torrighiani a Vincenti el 21 de abril de 1768, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.; Theiner, *Histoire*, I, 125 s.

(3) *Copia en el *Archivo de Simancas*, Estado, 5221.

guerra a él que era su común padre; mas con todas sus represalias no le arrancarían la revocación del breve. Disculpóse el embajador diciendo que las cortes estaban descontentas del ministro por lo que hubieron de dirigirse al Pontífice inmediatamente, pero el Pontífice calificó este subterfugio de fútil y vacuo pretexto. A los reproches acerca de sus deberes como cardenal replicó Orsini que no creía haber atropellado su juramento (1).

No faltaron los conatos de atraer además a otras potencias católicas a formar parte de la alianza contra la Santa Sede. En la primavera de 1768 confía ya Carlos III una anexión más estrecha de Austria a la política de los Borbones como fruto de los matrimonios del duque de Parma y del delfín de Francia con dos archiduquesas (2). El 19 de abril participaba regocijado a Tanucci que según el tenor de los informes que le habían llegado de París se habían unido a los Borbones Austria y Portugal (3). Sin embargo la noticia no tuvo confirmación. El 12 de mayo llegó a manos de Torrigiani la afirmación de que a pesar de todos los esfuerzos de los embajadores borbónicos la corte imperial no daría un solo paso en contra del monitorio (4). Como razón de esta conducta le fué significado al embajador español que no querían exponerse, como los Borbones, a tamaña repulsa, y esto tanto menos cuanto que aquéllos no habían aguardado las medidas de arbitraje de Alemania (5). A pesar de la gran simpatía del príncipe Kaunitz por Francia, persistió con entereza la emperatriz en su actitud recusante; y, a juzgar por los informes del nuncio Visconti, incluso llegó a aprobar la conducta del Pontífice contra Parma y los Borbones (6). Del mismo parecer que María Teresa era también el rey de Cerdeña, que se expresó en el sentido de que era poco honroso para tres potencias armadas proceder de aquella manera contra la inerme curia romana (7).

(1) *Orsini a Grimaldi el 20 de abril de 1768, *ibid.*

(2) *Carlos III a Luis XV el 2 de marzo de 1768, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 2850; Danvila y Collado, III, 189 s.

(3) *A Tanucci el 19 de abril de 1768, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 6059; Danvila y Collado, III, 198.

(4) *Torrighiani a Vincenti el 12 de mayo de 1768, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.

(5) *Mahony a Grimaldi el 21 de mayo de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6504.

(6) *Visconti a Torrigiani el 28 de mayo, y 14 y 18 de junio de 1768, Cifre, Nunziat. di Germania, 392, *Archivo secreto pontificio*.

(7) *Tanucci a Cattolica el 10 de mayo de 1768, *Archivo de Simancas*,

Pombal, que ya hacía tiempo deseaba una aproximación a España, consideró el conflicto con Parma como una ocasión propicia y oportuna para realizar la suspirada unión. El 20 de marzo de 1768 otorgó plenos poderes al embajador portugués para concertar un acuerdo a fin de constreñir al Papa «al cumplimiento de su deber» y, en caso dado, ocupar los dominios pontificios. En una carta adjunta presentaba la propuesta, entre violentos improperios contra los jesuitas, de proceder con el poder de las armas contra la suprema Cabeza de la Iglesia y repartir los Estados pontificios entre los vecinos (1). Al embajador Almada pensaba mandarlo a Roma para que, en unión con los representantes de Francia y España, activara el desagravio en favor de Parma (2). Pero por mucho que las cortes borbónicas pretendieran ampliar la coalición contra Clemente XIII con el ingreso en ella de otras potencias católicas, sin embargo no acababan de fiarse del todo de los designios de Pombal. Tanto Choiseul (3) como Tanucci (4) sospechaban que, tras el excesivo celo de aquél, latían segundas intenciones políticas y temían que el ingreso de Portugal sería para los coligados más de carga que de facilidad. Los esfuerzos de Almada por conseguir, con la cooperación de los embajadores de Francia y España, su regreso a Roma como embajador, fueron correspondidos por aquéllos con tal frialdad y reserva, que a la postre abandonó su plan (5).

En Roma tenían plena conciencia de la trascendencia de los pasos dados y se esforzaban por evitar un rompimiento de las relaciones diplomáticas. La tentativa realizada por el Papa con el deseo

Estado, 6004; *Visconti a Torrigiani el 4 de junio de 1768, Cifre, Nunziat. di Germania, 392, loco cit.

(1) Copia de ambos documentos en el *Archivo de Simancas*, Estado, 7290.

(2) *Pombal a Ayres de Sa e Mello el 9 de abril de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped., 1768.

(3) *M. d'Oeyras est tout feu quand il est question de Rome et des Jésuites, pour lesquels nous n'avons pas besoin de lui et où il n'est qu'incommode; mais lorsque nous traitons l'alliance contre Angleterre il me persifle, comme on dit dans ce pays-ci; et je crois qu'il fait pire, car il négocie un nouveau traité de commerce avec Angleterre (Choiseul a Grimaldi el 3 de mayo de 1768, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 2850). *Il faut laisser faire ce que voudra M. d'Oeyras à Rome; quant à nous, l'affaire des représailles est en règle (Choiseul a Grimaldi el 27 de mayo de 1768, *ibid.*). *Grimaldi a Choiseul el 16 de mayo de 1768, *ibid.*

(4) *A Azpuru el 7 y 31 de mayo de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped., 1768.

(5) Cf. *Correspondencia del Sr Com^{dor} Almada Mendoza a Mr Azpuru, 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped., 1760-69.

de aplacar las cortes de Versalles y Madrid mediante la declaración que había estado muy lejos de su ánimo ofender a los respectivos soberanos, pues en su proceder contra Parma sólo se había obrado a impulso de su conciencia, fracasó por haberse negado tanto Choiseul como el embajador español a aceptar el memorial pontificio (1).

Tras la negativa que por su respuesta había dado Clemente XIII, eran de temer inmediatas represalias. Pero Tanucci conjuró a Carlos III a que difiriese un tiempo las medidas de desquite hasta tanto no se hubiera realizado el matrimonio del rey Fernando con la archiduquesa Carolina, pues caso que el Papa lanzara la excomunión contra los que atacasen los Estados pontificios, dados los sentimientos religiosos de la emperatriz y de su hija podría un paso tal embrollar e intrincar todo el negocio (2). En vista de ello el gobierno de Madrid destinó el 10 de junio de 1768 para la ocupación de Benevento y Pontecorvo y el día siguiente para la de Aviñón y Benaissin (3). Ante las representaciones de Choiseul y de Tanucci se convino por fin que ambos Estados procederían simultáneamente el 14 de junio (4); y así sucedió en efecto. En el plazo fijado irrumpieron los ejércitos de ambas potencias en los dominios pontificios; los legados, lo mismo que los jesuitas, tuvieron que abandonar los territorios ocupados y funcionarios franceses y napolitanos se hicieron cargo de la administración (5).

Por mucho que los Borbones trabajaran por guardar exteriormente las apariencias de la concordia, sin embargo las relaciones recíprocas de sus ministros y representantes de nada tenían menos que de armónicas. Una profunda aversión animaba particularmente al embajador francés contra los agentes de España y Nápoles, Azara y Centomani, los cuales querían a toda costa representar un gran papel, en todo se inmiscuían, criticaban todos los pasos del propio embajador y procuraban despertar la creencia de que ellos eran los que poseían la confianza de sus respectivas cortes (6). No menor era

(1) *Fuentes a Grimaldi el 30 de mayo y 3 de junio de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 4565.

(2) *A Carlos III el 3 de mayo de 1768, *ibid.*, 6101.

(3) *Grimaldi a Choiseul el 16 de mayo de 1768, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 2850; *Choiseul a Grimaldi el 27 de mayo de 1768, *ibid.*; *Grimaldi a Fuentes el 16 de mayo de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 4565.

(4) *Fuentes a Grimaldi el 25 de mayo de 1768, *ibid.*; *Tanucci a Grimaldi el 31 de mayo de 1768, *ibid.*, 6101.

(5) *Tanucci a Grimaldi el 14 de junio de 1768, *ibid.*

(6) Aubeterre a Choiseul el 18 de agosto de 1768, en Rousseau, I, 266.

la acritud de Choiseul por el juego intrigante de Tanucci. En su primer plan el ministro de Estado francés hablase propuesto además la ocupación de Castro y Ronciglione (1), sobre los cuales aspiraba desde antiguo Nápoles (2). Azpuru había patrocinado también esta medida, pues significaba un golpe certero asestado al nervio vital de la curia, la cual reportaba de dichos territorios cien mil escudos anuales (3). Mas queriendo España que la ocupación de territorio pontificio fuera considerada como represalia, no como confiscación de dominio ilegal, surgieron de ello diferencias, mayormente siendo Francia y Austria garantes de Castro en virtud del tratado de paz de 1738 (4). Sin embargo la ocupación había de ser objeto de amenaza como medio de hacer más fuerte y eficaz la presión, y en caso de obstinación sería también llevada a la práctica (5). Tanucci creyó hallarse ante una ocasión propicia para proporcionar a su rey el triunfo de un pequeño aumento de territorio. Declaró que no eran suficientes las medidas de represalia ratificadas por las tres potencias: había que apoderarse también de Castro y Ronciglione, sitios casi a las puertas de Roma, mayormente teniendo allí antiguos derechos Nápoles. Cuando los ejércitos de Fernando aparecieran junto a las riberas del Tíber frente al castillo de Santángelo se amotinaria el pueblo romano y obligaría al Papa a otorgar sin reservas todas las aspiraciones de la casa de Borbón. Con el fin de dar más peso a sus proposiciones hizo divulgar que Choiseul le instaba constantemente a la ocupación de los mencionados territorios (6). Al principio había hecho correr en Roma el marqués el rumor de que ninguna decisión se había tomado todavía respecto a Castro y Ronciglione (7). En Madrid tildaron de imprudente este paso, pues existía el propósito de intimidar a los romanos con la amenaza de ulteriores ocupaciones disponiéndolo así a mayores concesiones (8). En vista

(1) Choiseul a Grimaldi el 19 de febrero de 1768, *ibid.*, 251 ss.

(2) *Tanucci a Azpuru el 31 de mayo de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped., 1768.

(3) *Azpuru a Grimaldi el 24 de marzo de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5221.

(4) *Grimaldi a Tanucci el 26 de julio de 1768, *ibid.*, 6101.

(5) *Fuentes a Grimaldi el 25 de mayo de 1768, *ibid.*, 4565.

(6) *Choiseul a Ossun el 20 de septiembre de 1768, *ibid.*, 5222. Cf. Rousseau, I, 267, n. 1.

(7) *Azpuru a Du Tillot el 7 de julio de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1768; *Tanucci a Azpuru el 12 de julio de 1768, *ibid.*, Exped., 1768.

(8) *Grimaldi a Azpuru el 26 de julio de 1768, *Archivo de la Embajada*

de ello comisionó Tanucci al embajador Orsini para que echara a rodar la noticia de que España estaba conforme con la ocupación de otras partes de los Estados pontificios y que Francia hacía presión en el mismo sentido (1). A Centomani le señaló la festividad de Todos los Santos como término para la marcha de las tropas napolitanas (2). Lo primero que sin pérdida de tiempo tuvo que hacer Orsini fué poner en conocimiento de ello al cardenal Cavalchini (3). Todo esto levantó en Viena y en Versalles un torbellino de indignación. Llamado a cuentas, lo negó todo el cardenal, afirmando que Cavalchini, duro de oído, no le había comprendido (4). Tanucci desaprobó ahora personalmente al representante de Nápoles (5).

En la curia no se dejaron intimidar por tales maniobras, dado que ya estaban informados por el nuncio de Viena de que la emperatriz había hecho saber a las cortes borbónicas que no podía ella contemplar impasible la ocupación de Castro (6). Choiseul dió rienda a su ira y la desfogó en denuestos dirigidos contra Tanucci y Orsini. «Ministros de este jaez, escribía a Aubeterre, no están hechos para llevar grandes asuntos; ha de limitarse uno a despreciar los mezuquinos medios de su rastrera y marrullera política.» (7) Montado en cólera por el abuso de su nombre, protestó el duque contra la grosería y perfidia de Tanucci (8) y exigió que el rey de España le reprendiera seriamente (9). Comprometido de esta suerte, sumióse

española en Roma, Reales Ordenes, 48; *Grimaldi, 48; *Grimaldi a Tanucci el 26 de junio de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6101.

(1) *Tanucci a Orsini el 16 de agosto de 1768, *ibid.*, 6005; *Tanucci a Grimaldi el 16 de agosto de 1768, *ibid.*

(2) *Tanucci a Centomani el 20 de agosto de 1768, *ibid.*, 6006.

(3) *Negroni a Aubeterre el 24 de agosto de 1768, *ibid.*, 5222; *Aubeterre a Negroni el 25 de agosto de 1768, *ibid.*

(4) *Azpuru a Aubeterre el 31 de agosto de 1768, *ibid.*

(5) *Tanucci a Carlos III el 4 de octubre de 1768, *ibid.*, 6006.

(6) *Visconti a Torrigiani el 26 de agosto de 1768, *Nunziat. di Germania*, 392, loco cit.; *Torrighiani a Vincenti el 1.º de septiembre de 1768, *Registro di cifre*, *Nunziat. di Spagna*, 433, loco cit.; *Azpuru a Grimaldi el 22 de septiembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5222.

(7) Choiseul a Aubeterre el 4 de octubre de 1768, en Rousseau, I, 266.

(8) *Choiseul a Bicomte Choiseul, embajador en Nápoles, el 20 de septiembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5222; Choiseul a Aubeterre el 20 de septiembre de 1768, *ibid.*

(9) Grimaldi a Fuentes el 19 de septiembre de 1768, en Rousseau, I, 276, n. 4; Grimaldi a Azpuru el 20 de septiembre de 1768, *ibid.*; Choiseul a Aubeterre el 4 de octubre de 1768, *ibid.*

el marqués en profundo silencio (1); más tarde se quejaba de que el ministro de Negocios exteriores de Francia hubiera robustecido con su estrépito al Pontífice en su resistencia (2).

También Du Tillot creía haber llegado el momento de ensanchar, a costa del Pontífice, los dominios excesivamente pequeños de su soberano; sin embargo en los sondeos de prueba tropezó con tan dura resistencia, tanto en las amigas cortes borbónicas como en la casa imperial, que pronto dió de mano al proyecto (3). Resignado escribía a Argental, que entonces habían tenido la ocasión propicia para poner fin con varonil ánimo al asunto sobre jurisdicción despojando al Papa hasta del último resto de poder temporal, reduciéndole a sus funciones episcopales y terminando con su arrogada autoridad y sus usurpaciones. Era de parecer que se había de continuar la guerra lo más sangrienta para reducir la corte de Roma al estado más bajo y separarla de la persona del Papa, de su dignidad, del culto y de la religión. Pero sólo había cuatro personas en Madrid y Versalles que así lo entendieran, añadía en son de queja; los monarcas, en cambio, con sus hereditarios prejuicios no eran capaces de comprender aquellos pensamientos y le pararían los pasos al primero que diera movidos de supuesta adhesión pueril a la religión (4).

Los Borbones no asintieron a las medidas de recompensa territorial. Como demostración contra el monitorio, el 16 de junio de 1768 fué puesta de nuevo en vigor en su antigua amplitud la hasta entonces

(1) *Tanucci a Galiani el 8 de octubre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6006.

(2) *A Castromonte el 29 de octubre de 1768, *ibid.*

(3) Benassi, V, 278 ss.

(4) *Si, como V. S. dice, fuésemos para aprovechar de la occasion dichosa que hemos tenido y troncar de una vez con viril animo sobre todos los puntos de jurisdiccion, quitando hasta la mas minima especie de temporal al Papa y reduciendolo a lo que deve ser y a sus funciones de obispo, y que con constancia se bolviesen a llamar todas las autoridades que injustamente se han arrogado y destruir todas las usurpaciones de aquella corte, y seria de parecer que se continuasse la guerra la mas sangrienta, reduciendo la corte de Roma al punto mas baxo, y separando esa corte iniqua de la persona del Papa, de su dignidad y del culto y de la religion. Pero aunque quatro personas lo entiendan asi en Madrid, y en Versailles, los amos lo entenderán diversamente. Al primer paso nos paramos, como ya se ha hecho una o dos vezes, y no haremos nada de lo que pudieramos y devriamos... Nuestros reyes que han nacido y viven escrupulosos y llenos de lo que interpretan ser amor filial de la religion... Du Tillot a Azara el 21 de agosto de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1768-69.

suspendida pragmática del 18 de enero de 1762, la cual prescribía el regio exequatur para todos los documentos pontificios. Esta medida produjo gran contentamiento en Tanucci quien en ello veía el único medio para conservar en su vigor las regalías, así como la paz de los soberanos y de las naciones, la disciplina cristiana e incluso la religión católica; y en su redundancia creía que con el exequatur se hubiera podido evitar a su debido tiempo la desertión de Alemania y de todo el norte de Europa (1).

La conducta de España formó escuela. El 9 de agosto de 1768 el gobernador imperial conde Firmian dirigió a todos los obispos de la Lombardía una circular notificándoles que había prohibido para lo futuro la predicación de la bula de la Cena (2). El 19 de octubre siguió la publicación de un decreto en que se condenaba la bula y se prohibía hacer uso de ella en forma alguna (3). Una prohibición semejante apareció el 11 de octubre de 1768 en Nápoles (4). Du Tillot creyó un deber el explotar el rompimiento con Roma. Cuando el 3 de noviembre de aquel mismo año prohibió la bula de la Cena como si estuviera en contradicción con los derechos del rey (5), lamentábase vivamente de que el conde Firmian le hubiera tomado la delantera con la prohibición de modo que actualmente le quedaba a él la apariencia de ser sólo un imitador de aquél (6). El duque de Módena pensaba sacar también partido de aquella favorable situación y apoderarse de la legación de Ferrara; de ello sólo le hizo cejar la intervención de la corte de Viena, pues la excomunión le espantaba tan poco, que por el contrario la ansiaba (7). Venecia, que en 1767 había ya prohibido a los mendicantes la admisión de novicios hasta nueva orden (8), dió un paso más al año siguiente ordenando

(1) *A Grimaldi el 12 de julio de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6101.

(2) *Cardenal Borromei a Garampi el 24 de agosto de 1768, *Nunziat. di Germania*, 388, loco cit.

(3) Benassi, V, 289; Danvila y Collado, III, 202 s.

(4) Benassi, loco cit.

(5) *Ibid.*, 286 ss.; *Du Tillot a Azpuru el 6 de noviembre de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1768.

(6) *Du Tillot a Azara el 30 de octubre de 1768, *ibid.*

(7) *Visconti a Torrigiani el 15 de agosto de 1768, *Cifre, Nunziat. di Germania*, 392, loco cit.; *Borromei a Garampi el 24 de agosto de 1768, *ibid.*, 388. Al despedirse el capuchino Turchi del duque Francisco III de Módena, le deseó como bien apetecible la misma excomunión que Roma había lanzado contra el gobierno de Parma. Benassi, V, 280, n. 2.

(8) *Montealegre a Grimaldi el 17 de octubre y 12 de diciembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5762.

la visita episcopal de todos los conventos y de todas las iglesias de religiosos, con lo cual quedaba prácticamente abolida la exención de los regulares (1).

Poco después de la ocupación de Benevento y Aviñón se había dirigido Clemente XIII a la corte imperial en demanda de auxilio (2). María Teresa le hizo expresar su dolor por la conducta de las potencias (3) y ofreció su arbitraje en caso que las cortes borbónicas estuvieran dispuestas a aceptarlo (4). Por bastante tiempo parecía también como si Austria y Cerdeña quisieran adoptar comunes medidas para llegar a un arreglo del conflicto, pero sus ministros se mostraron poco propicios para proceder decididamente en favor del Pontífice (5). Ya a principios de septiembre se tenía noticia en París de que la corte de Viena no realizaría intento alguno de arbitraje (6). A fines de mes confesó la emperatriz al nuncio, en una audiencia, que los soberanos de la casa de Borbón le habían dado a entender su deseo y voluntad de no ser entorpecidos en sus empresas; para hablar sinceramente, le dijo, se hallaba en aquellos momentos en el mayor aprieto. Las negociaciones matrimoniales en curso con Francia y Parma tenían la preponderancia en el ánimo de la emperatriz (7).

La ocupación parcial de los Estados pontificios puso en manos de las tres potencias una prenda por medio de la cual podían ellas ejercer una enorme presión sobre la Santa Sede. Contra el criterio de Tanucci de dejar al Pontífice que se las compusiera a su voluntad

(1) *Montealegre a Grimaldi el 17 y 24 de septiembre y 5 de diciembre de 1768, *ibid.*, 5763.

(2) *Clemente XIII a José II el 29 de junio de 1768, *Nunziat. di Viena*, 661, *Archivo secreto pontificio*; *Clemente XIII a María Teresa el 29 de junio de 1768, *ibid.*; *Torrighiani a Visconti el 11 y 29 de junio de 1768, *Registro di cifre*, *ibid.*

(3) *Visconti a Torrighiani el 21 de julio de 1768, *Cifre*, *Nunziat. di Germania*, 392, *loco cit.*

(4) *María Teresa a Clemente XIII el 2 de agosto de 1768, *Nunziat. di Viena*, 661, *loco cit.*; *José II a Clemente XIII el 2 de agosto de 1768, *ibid.*; *Colloredo a Clemente XIII el 2 de agosto de 1768, *Nunziat. di Germania*, 388, *ibid.*; *Torrighiani a Aless. Albani el 17 de agosto de 1768, *Nunziat. di Viena*, 661, *ibid.*; *Torrighiani a Visconti el 20 de agosto de 1768, *ibid.*

(5) *Visconti a Torrighiani el 13 y 16 de agosto de 1768, *Cifre*, *Nunziat. di Germania*, 392, *loco cit.*

(6) *Fuentes a Grimaldi el 9 de septiembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 4566.

(7) *Visconti a Torrighiani el 29 de septiembre de 1768, *Cifre*, *Nunziat. di Germania*, 392, *loco cit.*

con las circunstancias (1), las dos grandes potencias pusieron los ojos desde el principio en las negociaciones. Previamente habían dado instrucciones a sus representantes para que, una vez llevadas al cabo las represalias, facilitaran lo más posible el trato con la curia, no sostuvieran ninguna clase de correspondencia de negocios con el cardenal secretario y dieran a entender que los cinco cardenales Torrigiani, Bonaccorsi, Castelli, Boschi y Negroni (2) no serían tomados en consideración en caso de eventuales negociaciones. Excluir otros cardenales o prelados partidarios de los jesuitas lo dejaban al arbitrio y juicio de los embajadores (3).

Los políticos borbónicos dirigían todo el furor de su odio contra Torrigiani a quien consideraban como alma de todas las oposiciones contra sus pretensiones regalistas. En inteligencia con los embajadores y con el aplauso de los mismos había nombrado Clemente XIII en 1758 secretario de Estado no obstante su oposición al capacitado florentino, tan amigo del trabajo, aunque algo fogoso (4). Como el enérgico cardenal se mostrase poco condescendiente con los deseos y pretensiones de los poderes temporales (5), entre los representantes de los Borbones surgió el plan ya en el otoño de 1767 de apartar de

(1) *Tanucci a Azpuru el 31 de mayo de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped., 1768; *Tanucci a Grimaldi el 31 de mayo de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6101.

(2) V. anteriormente, pág. 534.

(3) *Grimaldi a Azpuru el 5 de abril de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 48; *Choiseul a Aubeterre el 26 de abril de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5221.

(4) *...haviendolo comunicado primero Su Beatitud a los Ministros extranjeros y ninguno tuvimos dificultad sobre la eleccion, pues el sujeto es muy digno, y a proposito para un tal empleo (Portocarrero a Wall el 12 de octubre de 1758, *ibid.*, 5131). En la referida nota se señala al cardenal Rezzonico entre los papables de primera clase (dignissimi). *Nombró ya Su S^d al card. Rezzonico por Vice Canciller, y al card. Torrigiani por Secretario de Estado, y empezó desde luego este E^{mo} a exercer su empleo. Se dice que se resistió fuertemente a aceptarle, y que el card. Cavakhini de orden de S. S^d le persuadió. Era a quien el Papa se havia inclinado mas, desde el principio, y se cree que convinieron los Ministros de las Cortes en su eleccion. Es Florentin y sugeto de talento, y expedicion, aunque algo fuerte de genio, y está versado en los negocios de esta Corte por la mano que tuvo en tiempo que era Secretario de Estado el card. Valentí Gonzaga, por que el Papa Benedicto XIV le estimaba mucho y le hizo cardenale siendo Secretario de la Consulta (Roda a Wall el 12 de octubre de 1758, *ibid.*, 4957). Cf. *Tanucci a Caraccioli el 14 de octubre de 1758, *ibid.*, 5957.

(5) *Erizzo al dux de Venecia el 3 de enero de 1767, *Archivo público de Venecia*, Ambasciatore, Roma, 286; *Tanucci a Azara el 17 de enero de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5999.

su cargo al inflexible defensor de los derechos y libertades de la Iglesia (1). Bajo el pretexto de que Torrigiani era incondicional partidario del general de los jesuitas e impulsaba al Papa al rompimiento con la casa de Borbón, se propuso el gobierno español ganar para este plan a los de París y Viena (2). Tras alguna vacilación, sin embargo, rechazó la corte de Versalles este presuntuoso ataque contra la soberanía de un monarca extranjero. El rey, así lo declaró Choiseul (3), no hallaba muy conforme con su autoridad y con la de su primo imponer al Papa la dimisión de uno de sus ministros, la cual, por otra parte, resultaría inútil si al mismo tiempo no se nombraba al sucesor, pues de lo contrario se corría el peligro de que Torrigiani trajera a otro todavía peor a dicho cargo y valiéndose de él gobernara y dirigiera al Pontífice. En vista de estas razones la corte de Madrid dió de mano a su proyecto por entonces (4), aun cuando en la correspondencia de los embajadores y ministros no enmudecieron las quejas y acusaciones contra el férreo adversario. En contradicción con la realidad presentaban al secretario de Estado como un dócil instrumento en manos de su confesor, el general de los jesuitas Ricci (5), aun cuando éste, desde que tuvo lugar el nombramiento de Torrigiani para el nuevo cargo, dejó de ser su director espiritual. Tan pronto como el monitorio apareció en Parma lo calificaron los representantes borbónicos de obra de Torrigiani y Ricci, los cuales habían constreñido al débil Pontífice a dar este paso (6). Previendo futuros enconos y posibles excitaciones se negaron los gobiernos borbónicos a toda ulterior negociación con el secretario de Estado y solicitaron de Clemente otro cardenal que actuara de intermediario (7). Entonces presentó su dimisión Torrigiani (8). Por

(1) *Azpuru a Grimaldi el 8 de octubre de 1767, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 3915. Cf. «Cardenal de Torrigiani, relativo al proyecto que formaron los Ministros de las potencias católicas cerca de S. S.^d para remover al d.^h cardenal de la Secretaría de Estado», *ibid.*

(2) *Grimaldi a Azpuru el 27 de octubre de 1767, *ibid.*, 3915; *Grimaldi a Mahony el 31 de octubre de 1767, *ibid.*; *Grimaldi a Fuentes [31] de octubre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4982.

(3) *A Fuentes el 16 de noviembre de 1767, *ibid.*, 4564.

(4) *Grimaldi a Fuentes el 8 de diciembre de 1767, *ibid.*

(5) *Tanucci a Azara el 17 de enero de 1767, *ibid.*, 5999.

(6) *Azpuru a Grimaldi el 24 de marzo de 1768, *ibid.*, 5221. Cf. además anteriormente la nota 3 de la página 538.

(7) Auberterre a Clemente XIII [15 de junio de 1768], *ibid.*, 5222.

(8) *Ma secondo le mie notizie, la domanda che si farà da chi ha il carico di portar la parola degli altri, sarà l'esclusiva mia, e la positiva richiesta di un

amor de Dios e imperativo de su conciencia había luchado él con toda su alma por los derechos de la Iglesia; viendo ahora empero que por causa de su persona se había desencadenado la tormenta, decía con el profeta Jonás: «Arrojadme al mar» (1). Por corto espacio de tiempo pareció como si el Papa quisiera aceptar la dimisión de su fiel servidor; ya corría el nombre del cardenal Rossi como sucesor, cuando, a última hora, los esfuerzos del cardenal Rezzonico lograron dar con una solución para la confusa y difícil situación: Torrigiani siguió al frente de la secretaría de Estado, en cambio el cardenal Negroni, cuya exclusiva sólo ante las representaciones de Azpuru (2) había sido retirada (3), fué designado parlamentario con los embajadores borbónicos (4).

A pesar de la magnitud de esta condescendencia no cesaron los ataques y presunciones contra el secretario de Estado, y el general de los jesuitas, Ricci, según afirmaba Aubeterre, era el verdadero soberano en el Vaticano y en el Quirinal; él es, decía, quien en sus frecuentes conferencias con los cardenales Torrigiani, Rezzonico, Boschi y Castelli imprime la orientación y señala los derroteros a la política pontificia (5). Muchas noticias, que ya llevaban en el fron-

altro per trattar seco, ed adgiustar le cose di tutto il mondo. Quanto sarà facile ad accordarsi la prima petizione, ed io ne darò per parte mia tutta la mano, altrettanto veggio difficile la seconda, e nè sarò io solo ad oppormi. Mi dispiace di doverle dire, che anche la petizion secca non principia bene. Il Papa me ne uscì da sé medesimo ieri sera, e non lo vidi punto inclinato a secondarla (Torrighiani a Erizzo el 11 de junio de 1768, *ibid.*, 5764). Cf. *Azpuru a Grimaldi el 23 de junio de 1768, *ibid.*, 5222.

(1) *El correo pasado avisé a V. S. la audiencia que tubo M^r d'Aubeterre para pedir el nuevo Ministro con quien tratar... Torrigiani declaró al nepote con la mayor resolucion que queria retirarse y dejar absolutamente el manejo de los negocios; que segun Dios y su conciencia habia peleado por la Iglesia con todas sus fuerzas, pero que viendo que la tempestad venia por su persona, decía con Jonas: Mittite me in mare. Azara a Grimaldi el 23 de junio de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Corresp. entre Azara y Grimaldi.

(2) *Azpuru a Grimaldi el 24 de marzo de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5221.

(3) *Aubeterre a Clemente XIII [15 de junio de 1768], *ibid.*, 5222; *Azpuru a Grimaldi el 9 de junio de 1768, *ibid.*, 5221.

(4) *Azpuru a Grimaldi el 23 y 30 de junio de 1768, *ibid.*, 5222; Azara a Grimaldi el 23 de junio de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1768; *Torrighiani a Vincenti el 30 de junio de 1768, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.

(5) *Tout est présentement tranquille dans l'intérieur du Palais. Il n'y est plus question d'aucun changement, et il paroît décidé que le card. Torrigiani restera Secrétaire d'État: le P. Ricci le veut ainsi, et rien ne résiste à ses volon-

tispicio el estigma de la invención, hacen sospechar como si hubieran sido calculadas para robustecer en su aversión a los jesuitas al suspicaz Carlos III y determinarle a adoptar nuevas medidas contra la Orden. Así se hizo correr el rumor de haber enviado el Papa, por sugerencia de Ricci, unos preliminares a Viena para demostrar que mediante la ocupación de Benevento había recaído el reino de las Dos Sicilias en la Santa Sede, asistiéndole en consecuencia al Papa el derecho de otorgar a otro soberano la investidura de aquél. El general de los jesuitas, se añadía, recomendaba la entrega de la corona al hijo segundo del rey de Cerdeña o bien a un hijo del rey de Inglaterra, caso que estuviera dispuesto a convertirse. Además, que el general se ufanaba sin cesar de la autoridad que gozaba en Inglaterra y anunciaba que la ocupación de los territorios pontificios hará estallar una guerra general en Europa. Sin embargo, Choiseul declaró que él no tenía a Ricci por capaz de tan ridículas exageraciones. Son tantas las inculpaciones fundadas, añadía, que hay que hacer contra la Compañía y su jefe supremo, que no hay que recurrir a las calumnias para hacerla todavía más culpable (1). Con el fin de robar terreno a los infundios, el cardenal secretario mandó aviso al padre general de no visitar más en lo futuro el palacio pontificio (2).

tés; il trouve moyens de faire rester un Ministre en place, sans que celui-ci, ni son maître s'en soucient. Il va coucher, presque tous les soirs, au noviciat, pour être plus a portée de se rendre au palais, dès qu'il est nuit, sans être aperçu. Il n'y a presque pas de jour qu'il n'y aille, ou chez le card. Rezzonico, ou chez le card. Torrigiani, et souvent ils confèrent tous ensemble avec les cardinaux Boschi et Castelli (Aubeterre a Choiseul el 6 de julio de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 4568). *Si pretendeva anco dai Ministri della casa Borbone che il Generale facesse tutto col Papa e col detto cardinale [Torrighiani], di cui era amico. Esso causa di non essersi ricevuti i Spagnuoli [Gesuiti] e del Breve di Parma e di che no? Questa presunzione inetta si metteva in ridicolo dai consapevoli degli affari. Il Generale in deci anni mai aveva parlato di affari che non fossero della Religione, anzi mai di persone, nè promosso veruno etc. La sua indole non lo portava ad ingerirsi, aveva intrighi infiniti, non voleva pregiudicare agli affari suoi, sapeva che sarebbe dispiaciuto a Palazzo, non voleva farsi odioso nè nuocere a veruno e intendeva che non conviene ai religiosi. Tutti, cominciando da Sua Stà, gli erano testimoni di questo contegno; è assai credibile che lo conoscessero anco quelli che dicevano il contrario, ma si servivano di questo pretesto per far del male (Ricci, Espulsione dalla Spagna, 68). Cf. *Torrighiani a Vincenti el 24 de marzo de 1768, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.

(1) Theiner, Histoire, I, 133; *Azpuru a Grimaldi el 30 de junio de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5222.

(2) *Soleva il Generale andare da S. Stà circa una volta il mese, ed occorrendo affari, più spesso. Questa frequenza era odiosa ai nemizi de' Gesuiti; si vede che fu fatta doglianza, perchè il card. Torrigiani, Segretario di Stato, avvisò

Era una lucha verdaderamente desesperada la que el Pontífice sostenía por defender y conservar los derechos de la Santa Sede. Los Borbones sabían que en la corte romana y en el seno del colegio cardenalicio existía un partido opositor que reprochaba la conducta observada con Parma. El cardenal Ganganelli se había permitido desaprobar el monitorio en un dictamen secreto de carácter teológicocanónico, y proporcionar al embajador francés, Aubeterre, los fundamentos que corroboraban sus razonamientos contra el breve (1). Para recomendar de manera especial a Onorati, hasta entonces nuncio en Venecia, para la nunciatura de Madrid, notificó Montealegre a su gobierno que Onorati había recibido pésima impresión de la precipitada demostración pontificia contra Parma (2). Hasta en su misma familia tenía el Papa adversarios. Su sobrino, el mayordomo Rezzonico, debió aconsejar a su amigo Aubeterre que intimidara a su tío con amenazas y le forzara a dar su brazo a torcer (3). La persecución que pretendía haber tenido que sufrir de parte de los jesuitas y de su hermano, el cardenal nepote, a causa de su adhesión al partido de los Borbones (4), era mero pretexto, según afirmación de Azara (5), para conseguir al ambicioso una recomendación de parte de España y Francia para el capelo cardenalicio. Cada vez se hacía más violenta la presión que los representantes de las tres cortes ejercían sobre la curia romana. No contentos con haber excluido de las negociaciones al cardenal secre-

il Generale a non frequentare Palazzo, ed ei con dolore dovette astenersene (Ricci, Espulsione dalla Spagna, 68).

(1) *Días pasados acusó [cardenal Rezzonico] ...al card. Ganganelli tener trabajado un voto, o dictamen teológico reprobativo, del Breve contra Parma, y suministrado al embajador de Francia las especies, que dixo al Papa en su última audiencia acerca de la excomunión declarada en dicho Breve (Azpuru a Grimaldi el 23 de junio de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5222). *He presentado al S^r Infante la carta del E^{mo} card. Ganganelli. S. A. R. ha agradecido esta serie de las atenciones que constantemente ese Purpurado ha demostrado a S. A. Quedo atento en observar sobre este acto el silencio que me encarga V. S. Veo que es muy fundado que sea así, y quedo en remitir a su tiempo a V. S. la respuesta de S. A. R. a ese E^{mo} (Du Tillot a Azpuru el 11 de diciembre de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1768).

(2) *Montealegre a Grimaldi el 19 de marzo de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5763.

(3) *Tanucci a Orsini el 8 de noviembre de 1768, *ibid.*, 6006.

(4) *Azpuru a Grimaldi el 23 de junio de 1768, *ibid.*, 5222; *Grimaldi a Azpuru el 12 de julio de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 48.

(5) *A Grimaldi el 4 de agosto de 1768, *ibid.*, Exped. «Parma», 1768.

tario, declararon algunos meses más tarde que era inútil entrar en discusiones mientras Torrigiani llevase la correspondencia con los nuncios de las cortes borbónicas (1). Movido por su amor a la paz creyó Clemente XIII que debía ceder y confió a Negroni la correspondencia epistolar (2).

Mientras el Pontífice trabajaba por lograr el apoyo de las restantes cortes católicas, no había olvidado alzar protesta ante los soberanos de la casa de Borbón contra la transgresión de sus derechos territoriales y de exigir la devolución de los territorios arrebatados (3). Al mismo tiempo se dirigió a los cardenales de Francia y de España (4), así como al confesor de la corte, Osma (5), demandándoles que hicieran valer su influjo en la corte en interés de la paz. Mucho tiempo transcurrió antes de que los soberanos se pusieran de acuerdo sobre la respuesta que habían de dar al Vicario de Cristo. En Nápoles había sido precisa una orden especial de Madrid para sugerir en resumidas cuentas la aceptación del documento pontificio (6). Los días 20 y 21 de septiembre entregaron los embajadores las contestaciones de sus soberanos al cardenal Negroni (7), el cual las calificó de hermosas palabras pero de hechos repulsivos (8). Entre formas corteses y testimonios de sumisión contenían aquéllas

(1) *Aubeterre a Azpuru [3 de agosto] de 1768, *ibid.*, Registro de la Corresp. oficial, 107 (1768); *Grimaldi a Azpuru el 30 de agosto de 1768, *ibid.*, Reales Ordenes, 48.

(2) *Negroni a Vincenti el 1.º de septiembre de 1768, *Nunziat. di Spagna*, 412, loco cit.; *Torrighiani a Vincenti el 1.º de septiembre de 1768, *ibid.*, 433; *Orsini a Tanucci el 29 de agosto de 1768, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, ²⁹⁷/₁₀₈₅.

(3) *A Carlos III el 23 de junio de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5222; *a Luis XV el 23 de junio de 1768, *Archivo secreto pontificio*, Regulari, Gesulti, 50 (Collezione Theiner); *a Fernando IV el 28 de junio de 1768, *Archivo público de Nápoles*, Carte Farnesiane, 1501.

(4) *Al cardenal De Solis el 22 de junio de 1768, *Nunziat. di Spagna*, 433, loco cit.; *Torrighiani a Vincenti el 23 de junio de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5221.

(5) *Clemente XIII a Osma el 31 de agosto de 1768, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 2854; *Torrighiani a Vincenti el 1.º de septiembre de 1768, Registro di cifre, *Nunziat. di Spagna*, 433, loco cit.

(6) *Grimaldi a Tanucci el 2 de agosto de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6101; Theiner, *Histoire*, I, 137.

(7) *Azpuru a Grimaldi el 22 de septiembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5222; *Orsini a Tanucci el 22 de septiembre de 1768, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, ²⁹⁸/₁₀₈₅.

(8) *Negroni a Vincenti el 22 de septiembre de 1768, Registro di cifre, *Nunziat. di Spagna*, 433, loco cit.

una crítica acerada de la conducta del Papa y una confesión paladina de las corrientes regalistas. En Versalles se hizo notar que el breve contenía envueltos en palabras humildes los principios fundamentales de Gregorio VII (1).

En defensa del joven soberano advirtió Luis XV que, aun cuando el poder temporal, que este príncipe, lo mismo que los demás, lo poseía sólo de Dios, le otorgaba el derecho para extirpar de propio poder los abusos en su país, sin embargo, debido a su infantil devoción a la Santa Sede, no había querido adoptar medida alguna sin la cooperación de la autoridad pontificia. «Sólo cuando todos sus esfuerzos se estrellaron en la inflexible resistencia de vuestra santidad y ya no le quedaba ninguna otra esperanza hizo uso de su poder, pero con tal moderación y justicia que más bien le había de haber acarreado loa de parte de vuestra santidad. Si vos antes de publicar el breve me hubierais enterado del motivo y objeto de vuestras quejas, os hubiera expuesto, de conformidad con los otros soberanos de mi dinastía, tales razones, que os hubieran retraído de dar pasos tan improcedentes y violentos, mayormente yendo contra un monarca que por todos conceptos es merecedor de un trato circunspecto, y el cual en el caso presente tan sólo ha realizado, en interés de sus Estados, una parte de lo que otros soberanos católicos han llevado a la práctica mucho antes que él. No era equitativo ni razonable tachar de injusto en Parma lo que en otras partes pasaba por justo. Tengo una opinión demasiado elevada de vuestro criterio y virtud para no estar convencido de que jamás fué vuestro intento atentar contra la soberanía del poder temporal, sobre el cual la Iglesia no posee autoridad ni directa, ni indirecta. A vuestra santidad incumbe solamente alejar los males que le causan dolor y desasosiego y proporcionarse la tranquilidad que yo le deseo con el mayor anhelo.» (2)

Carlos III hacía constar en su carta que las actuales complicaciones procedían de que el Pontífice, influido por malos consejeros, había abusado de las armas de la Iglesia contra un joven soberano que no había rebasado el poder que Dios le había otorgado, ni atentado contra la verdadera inmunidad y que en general no había

(1) *Aubeterre a Azpuru [3 de agosto de 1768], *Archivo de la Embajada española de Roma*, Registro de la Corresp. oficial, 107 (1768).

(2) *Luis XV a Clemente XIII el 29 de agosto de 1768, *Archivo público de Nápoles*, Carte Farnesiane, 1501.

hecho más de lo que otros soberanos católicos habían realizado antes que él. De las concesiones hechas por otros soberanos no emanaban para el supremo jerarca de la Iglesia derechos inmutables, mayormente si tales concesiones se habían demostrado en el transcurso del tiempo como perjudiciales para el pueblo. Si el Papa cree tener causas para arrogarse un dominio temporal basándose en aspiraciones y derechos hace ya mucho tiempo caducados, entonces no le es lícito maravillarse de que otros traten de recuperar sus dominios. Así reza el dictamen no de un simple particular sino de muchas personas de todos los estados y clases, las cuales se han distinguido por su virtud, ciencia y respeto para con la Santa Sede. Tales representaciones se las hubiera hecho al Papa si éste se hubiera dirigido a él antes de publicar el monitorio. Desgraciadamente habían triunfado las insinuaciones de toda clase de perturbadores, quienes con temeridad sacrílega habían hecho sospechosa la ortodoxia del soberano y sus consejeros. «Mi mayor orgullo y gloria consiste en ser el hijo más adicto y devoto de la Iglesia. A nadie cedo en el amor a la augusta persona de vuestra santidad y nadie desea más vivamente que yo el que podáis conseguir la apetecida satisfacción; pero al mismo tiempo veo que sólo vos sois el que por vuestra mano podéis lograr la paz que yo tanto os deseo.» (1)

Más acerado y ofensivo era todavía el lenguaje empleado en la contestación de Nápoles, el cual lleva el sello inconfundible del genio de Tanucci (2). El rey expresa su pesar por la aflicción del obispo supremo el cual es la cabeza y el centro de la Iglesia católica; pero todavía le causaba mayor dolor el no poder menos de ver cómo el Papa persistía en negar haber dado ocasión alguna a las medidas adoptadas por medio del monitorio contra Parma, medidas a las cuales se habían sentido obligadas las potencias borbónicas. El infante no había rozado la religión ni violado el santuario. Ni el dogma, ni los sacramentos, ni el rito, ni la doctrina de Cristo, cual se halla contenida en las Santas Escrituras, y por ende ni un solo

(1) *El 16 de agosto de 1768, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit. La contestación proyectada tras la sesión del Consejo extraordinario es más tajante; entre otras cosas dice en ella el rey que no olvide el Papa por su parte tampoco en sus acciones la cuenta ante el tribunal de Dios, que le había mencionado. *Archivo de Simancas*, Estado, 522.

(2) *Negroni a Vincenti el 29 de septiembre de 1768, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.; *Visconti a Torrigiani el 15 de octubre de 1768, Nunziat. di Germania, 388, ibid.

objeto de la solicitud pastoral de la Iglesia habían sido vulnerados en el edicto del ministerio de Parma. A las concesiones hechas por los soberanos católicos debe la Iglesia la posesión de bienes temporales. De los monarcas nace la jurisdicción temporal de los obispos, de los mismos la exención de tributos de los bienes de la Iglesia. Inseparables de la autoridad de los soberanos son los derechos de regalfía y el apoyo de aquellas instituciones que son necesarias para el bien, la tranquilidad y seguridad de los pueblos. Nada más natural que reformar una ley la cual en el transcurso de los tiempos se ha demostrado por los abusos como perjudicial e injusta. Que bajo el barniz de religión se hayan simulado al Papa intereses profanos y pecuniarios no es culpa del duque, sino de los manifiestos enemigos de la Iglesia, de los soberanos y de todo el género humano. A ellos debe el Papa atribuir su pesadumbre, que él hubiera podido evitar si no hubiera procedido con tan burdas ofensas contra el infante, el cual, a partir del tratado de Londres, había sido reconocido por toda Europa como legítimo soberano de sus Estados. El trato despectivo otorgado a las demandas de las coronas, de las cuales depende la máxima parte de la Iglesia católica, ha terminado con la paciencia. Fáciles eran de prever estas consecuencias. Después que con manifiesta transgresión de los preceptos de Cristo y del apóstol San Pedro las soberanías estatuidas por Dios han sido vulneradas, astutamente atacadas y difamadas, y por cierto por aquella parte que más que ninguna otra está obligada a estimarlas, tuvieron por fin los soberanos que aprestarse prontamente y defenderse. Las autoridades se vieron obligadas a precaver a los pueblos de la sorpresa y renovarles la memoria del debido respeto al soberano. Quisiera Dios que los pueblos no vean en los consejeros y ministros de la Santa Sede la causa de ese escándalo del que aquélla ha hecho responsables a mis autoridades y a las más personas que me han asistido con su consejo y sus obras (1).

Como remate de su contestación habían remitido los tres monarcas al Papa para ulteriores negociaciones a sus representantes, a quienes habían llegado las oportunas instrucciones. Como condición previa para llegar al arreglo del conflicto habían de presentar los embajadores las cinco peticiones siguientes: Revocación del moni-

(1) Fernando IV a Clemente XIII el 7 de septiembre de 1768, *Archivio pubblico de Nápoles*, Carte Farnesiane, 1501, impreso en Danvila y Collado, III, 206, n. 5.

torio, reconocimiento de la absoluta independencia y soberanía del duque de Parma, cesión a Francia y Nápoles de los territorios ocupados, extradición de Torrigiani de la ciudad de Roma y, finalmente, supresión de la Orden de los jesuitas y destierro del padre general Ricci (1). Según el criterio de los soberanos estas condiciones habían de ser propuestas sólo en el caso que de parte de la Santa Sede fueran hechas primeramente proposiciones; de lo contrario habían de seguir los embajadores en el silencio hasta entonces observado, pues no era procedente que las cortes, siendo la parte ofendida, iniciasen las negociaciones (2). Éstas eran en verdad necesarias, como Grimaldi observaba en una carta complementaria posterior, para llegar a una transacción en la cual fueran tenidos en consideración los derechos de ambas partes. Las demandas principales de España se limitaban a dos puntos: Revocación del monitorio y supresión de la Compañía de Jesús; las restantes eran de carácter secundario. Lo primero era una petición de justicia, dado lo insoportable que era el breve para cualquier monarca; lo último era ciertamente una gracia, pero de índole tal, que no podía menos de ser exigida necesariamente para los Borbones en atención a su situación y a la paz

(1) *Grimaldi a Azpuru el 16 de agosto de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 48; *Choiseul a Aubeterre el 29 de agosto de 1768, *Archivo público de Nápoles*, Carte Farnesiane, 1501; *Tanucci a Orsini el 13 de septiembre de 1768, *ibid.* La instrucción primitiva de Choiseul sólo contiene los cuatro primeros puntos (*Choiseul a Grimaldi el 27 de mayo de 1768, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 2850); el artículo quinto fué añadido a instancias de Carlos III o de sus consejeros. Cuando Grimaldi, *el 25 de julio de 1768, mandó copia de la instrucción de Choiseul al embajador español, añadió: caso que Portugal exija del Papa la supresión de la Orden jesuítica, las potencias borbónicas apoyarían sin género de duda tal propuesta (*Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 48). Una semana más tarde comunicaba Fuentes que según la opinión del rey los tres soberanos habían de exigir la supresión de la Compañía de Jesús como condición imprescindible (condicio sine qua non) para una inteligencia. *El segundo es que se pida por condición preliminar, precisa, además de las otras, la de extinción de la Orden jesuítica, porque piensa S. M. ser no solo conveniente, sino oportuno el tenerse firme sobre ello antes de ningún acomodo (1.º de agosto de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 4565). Carlos III se confirmó su criterio todavía más por el dictamen del Consejo extraordinario. *Aquel tribunal opina, que no se dé oídos a composición con Roma sino bajo las condiciones que se pensaron en esa Corte, y la esencial de la extinción de Jesuitas, que añadió S. M. y en que se ha confirmado mas cada día, contando con el beneplacito del Rey su primo (Grimaldi a Fuentes el 11 de agosto de 1768, *Archivo público de Nápoles*, Carte Farnesiane, 1501).

(2) *Grimaldi a Azpuru el 16 de agosto de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 48.

de sus Estados; a la Santa Sede convenía otorgar estas concesiones a los soberanos que imperaban en las tres cuartas partes de la Iglesia católica. Ninguna mengua padecía con ello la religión católica y en cambio Portugal se vería así libre de un cisma. Como recompensa por la concesión de ambas demandas ofrecería el embajador la suspensión de la ocupación de Castro. Para facilitar al Papa la revocación del breve contra Parma sería presentada como solución la aclaración de que el duque no había comprendido las bulas sobre materia de fe y asuntos puramente espirituales en la cláusula que declaraba nulos e irritos todos los edictos de Roma sin el exequatur; a esto habrá de responder Roma que habiendo tenido ante los ojos la Santa Sede principalmente los edictos de esta índole, la declaración del infante hacía inútil el monitorio y lo revocaría. Sin embargo tales propuestas habían de permanecer en el más riguroso secreto; ni siquiera Aubeterre y Orsini habían de tener noticia de ello; Azpuru había de tratar sobre el particular con Negroni exclusivamente (1).

Mientras las negociaciones diplomáticas se hallaban en pleno curso, el fiscal Campomanes emprendió en el terreno literario la impugnación de los principios sentados en el monitorio en un escrito titulado *Juicio imparcial* (2), el cual alcanzó cierto renombre en la literatura polemista de la época. Cierta historiador liberal celebra este escrito como un monumento imperecedero del espíritu genuinamente español y espejo de verdad (3); en cambio un polígrafo conservador lo califica de «obra de taracea, almacén de regalías, copiadas tumultuariamente de Febronio, Van Espen y Salgado, sin plan, sin arte y sin estilo, atiborrado en el texto y en las márgenes de copiosas e impertinentísimas alegaciones del Digesto, de los concilios y de los expositores» (4). Como el trabajo en su primera redac-

(1) *Grimaldi a Azpuru el 20 de septiembre y 13 de octubre de 1768, *ibid.*, Exped., 1768. Cf. más adelante la nota 1 de la página 593. Según orden de Grimaldi los cinco artículos habían de permanecer secretos en absoluto (*ibid.*), sin embargo Aubeterre no guardó el secreto. *Grimaldi a Tanucci el 4 de octubre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6101; *Tanucci a Castromonte el 15 de octubre de 1768, *ibid.*, 6006.

(2) *Juicio imparcial sobre las letras en forma de Breve que ha publicado la Curia Romana, en que se intentan derogar ciertos edictos del Serenísimo Señor Infante Duque de Parma, y disputarle la soberanía temporal con este pretexto*, Madrid, 1768.

(3) Ferrer del Río (II, 235).

(4) Menéndez y Pelayo (III, 155 s.). Cf. Miguélez, 388; Rousseau, I, 255 ss.; Danvila y Collado, III, 212 ss.; Reusch, *Index*, II, 937. Según Masson (*Le cardinal Bernis depuis son ministère*, París, 1884, 88) el verdadero autor de la obra

ción tropezase con contradicciones fué sometido, por orden del rey, al examen de cinco prelados miembros del Consejo extraordinario, quienes, jansenistas y todo, hubieron de poner tantos reparos que fueron recogidos los primeros ejemplares y se confió al fiscal Moñino la redacción de una segunda edición corregida (1).

Según el sentir del autor el poder temporal es plenamente independiente, y frente a él sólo posee la Iglesia el derecho de aconsejar y amonestar, pero de ningún modo poder alguno coactivo. La verdadera forma de gobierno de la Iglesia no es la monarquía, sino el régimen aristocráticoepiscopalista, en el cual todos los obispos son perfectamente iguales en poder y dignidad. Los legítimos depositarios de la infalibilidad son los concilios generales. En el Papa hay que distinguir en verdad entre el soberano temporal y el sucesor de Cristo y cabeza visible de la Iglesia. Los obispos han reconocido siempre la incompatibilidad del presbiterado con el poder soberano. El clero posee sus derechos, exenciones e inmunidades, no en fuerza del derecho divino, sino gracias a la generosidad de píos soberanos. Con especial crudeza se revuelve el escrito contra el «abuso» de llevar a Roma en apelación los litigios, y sobre todo contra la doctrina del poder indirecto, el cual pone en manos de la curia romana la soberanía sobre el mundo cristiano y atribuye al Papa el poder de dirimir las contiendas de los soberanos y de disponer de sus coronas y reinos. Paladines capitales de esta teoría eran los jesuitas; por su obra había sido difundida a todas las escuelas hasta el día (27 de mayo de 1767) en que el Consejo extraordinario de Castilla, de conformidad con el concilio de Florencia, había desterrado esta corruptora doctrina de las universidades.

En la segunda parte trata el escrito de llegar a la demostración de que ninguna suerte de derechos asisten a la Santa Sede sobre los ducados de Parma y Plasencia. Tales pretensiones fueron ya rechazadas en el tratado de Londres (1718) y de nuevo en la paz de Aquisgrán. Los impugnados decretos del duque de Parma fueron publicados, a juicio del autor, por autoridad legítima, ya que se refieren a asuntos temporales que tienden al bien del pueblo y del Estado. No había que prodigar las excomuniones, además de que era preciso

fué el abate De Joubert, hijo del presidente del departamento general de contribuciones, de Montpellier; Campomanes no hizo más que mandarlo traducir.

(1) Menéndez y Pelayo, III, 156. En esta segunda edición, de 1769, se mitigó algo. Reusch, Index, II, 937.

que las precediera una amonestación a fin de que el amenazado pudiera defenderse. Las disposiciones penales de la bula de la Cena no tienen aplicación en el caso presente por ventilarse una cuestión puramente temporal. El capítulo final trata del derecho de resistencia contra la curia romana si ésta se arroga privilegios reales. Entre los documentos justificativos en que se apoyan estas aseveraciones hállase también la sentencia de Melchor Cano, según la cual se puede resistir al Papa en casos semejantes con las armas en la mano (1). En confirmación y robustecimiento del criterio defendido en el «Juicio imparcial» fué publicada aquel mismo año la historia de la bula *In coena Domini*, de Juan Luis López, precedida de un prólogo escrito expreso por Campomanes (2).

Una vez de regreso el marqués d'Aubeterre de su estancia veraniega en Frascati, los días 19 y 21 de septiembre de 1768 entregaron los tres embajadores borbónicos las contestaciones de sus respectivos soberanos al cardenal Negroni, a fin de que él las transmitiera al Papa. Como Negroni observase que en la curia romana se esperaba que el embajador francés haría propuestas encaminadas a la preparación de la paz, dieron a entender tanto Aubeterre como Orsini que no poseían misión alguna referente al caso; que era asunto de Roma el entablar las negociaciones (3). Como el cardenal hiciera constar en una conversación confidencial que Clemente XIII deseaba con el mayor anhelo llegar a una inteligencia con los monarcas Borbones, declaróle Azpuru, como opinión personal suya, la imposibilidad de lograr un arreglo del conflicto, si él no movía al Pontífice a revocar el monitorio y a decretar la extinción total de la Compañía de Jesús. Éstas eran condiciones previas imprescindibles, satisfechas las cuales podría luego llegar fácilmente a una avenencia respecto a los restantes puntos litigiosos (4). En vista de ello, el 19 de octubre hizo llegar Clemente XIII a los representantes de las tres potencias una *promemoria*, en la cual de nuevo volvía

(1) Danvila y Collado, III, 212 ss.; Rousseau, I, 255 ss. Grimaldi hizo que el embajador español entregara un ejemplar a Kaunitz. *Mahony a Grimaldi el 24 de septiembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6504.

(2) Historia legal de la Bula llamada *In coena Domini*..., Madrid, 1768. Cf. Menéndez y Pelayo, III, 158, n. 3.

(3) *Azpuru a Grimaldi el 22 de septiembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5222; *Orsini a Tanucci el 30 de septiembre y 4 de octubre de 1768, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, 790^{ms}.

(4) *Azpuru a Grimaldi el 13 de octubre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5222.

a insistir en que el asunto de Parma no significaba para él cuestión alguna de poder sino caso de conciencia. El sentimiento de su responsabilidad no le permitía revocar el monitorio y renunciar a los derechos de la Santa Sede sobre Parma, los cuales con tanto celo los habían defendido sus predecesores. Pluguiera al duque revocar primero él sus edictos, que entonces automáticamente caducaría el breve (1). Todos los embajadores se negaron a transmitir el documento a sus gobiernos, pretextando que lejos de abrir las puertas a ulteriores negociaciones, la respuesta negativa no haría más que confirmar a sus mandantes en sus repetidas pretensiones. Caso que Negroni tuviera en ello interés podría cursar la promemoria por medio de los representantes de la Santa Sede en las cortes respectivas (2). Con cierta amargura hizo notar el cardenal la contradicción que resaltaba en la conducta de los embajadores: mientras no habían tenido el menor escrúpulo en transmitir al Pontífice memoriales que destilaban burdas ofensas, negábanse ahora a aceptar la contestación aun cuando ésta no ofrecía ocasión para ello ni por la forma ni por el contenido. Su impresión era que se andaba tras de multiplicar las injurias. Las cortes seguían derroteros que eran diametralmente opuestos a una inteligencia, y pretendían imponer a la Santa Sede las leyes que ésta había de seguir (3). Mas a pesar de la ingrata experiencia, se decidió Negroni a presentar a los tres gobiernos el documento pontificio por medio de los nuncios (4). Una nueva repulsa fué la única contestación (5).

(1) *Archivo de Simancas*, Estado, 5232; *Negroni a Azpuru el 19 de octubre de 1768, *ibid.*

(2) *Azpuru a Negroni el 20 de octubre de 1768, *ibid.*; *Orsini a Negroni el 24 de octubre de 1768, *ibid.* Como Tanucci *notificaba el 29 de noviembre de 1768 al cardenal Orsini, los tres monarcas borbones aprobaron que sus embajadores retiraran la Promemoria (*Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, ²⁰⁸/₁₀₈). Du Tillot calificó de frivolidad la exigencia del Papa de que primero revocara el duque sus edictos (*a Azara el 30 de octubre de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped., 1768-69).

(3) *Negroni a Vincenti el 27 de octubre de 1768, Registro di cifre, Nuntiati di Spagna, 433, loco cit.

(4) *Ibid.*

(5) *Consulta del Consejo extraordinario del 13 de noviembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5232; *Grimaldi a Aranda el 18 de noviembre de 1768, *ibid.*; *Fuentes a Grimaldi el 11 de noviembre de 1768, *ibid.*, 4565; *Grimaldi a Fuentes el 21 de noviembre de 1768, *ibid.*; *Grimaldi a Tanucci el 22 de noviembre de 1768, *ibid.*, 6101; *Grimaldi a Azpuru el 22 de noviembre de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 48; *Consejo extraordinario del 30 de noviembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5036.

La contestación negativa del Papa, remachada todavía por la promemoria de Negroni (1), era superior a lo que el orgullo nacional español y el absolutismo borbónico podían soportar. Como Carlos III y sus consejeros atribuyeran la resistencia de Clemente XIII, en contradicción manifiesta con la realidad, al influjo de los jesuitas (2), resolvieron a presentar a la Santa Sede formal requerimiento para la total supresión de la Compañía de Jesús, puesto que la existencia de dicha Orden era un perpetuo obstáculo para llegar a una verdadera reconciliación entre el imperio y el sacerdocio. Independientemente y sin ninguna conexión con las restantes condiciones para el arreglo del asunto de Parma, había de ser elevada esta demanda como condición previa de carácter imprescindible (3). Con esto entraron las complicaciones ya existentes entre Roma y los Borbones en un estadio completamente nuevo. La cuestión del monitorio pasó a un plano muy secundario y la supresión de la Orden jesuítica formó en los próximos años el objetivo y punto centro de la política religiosa de los Borbones.

(1) Como en una conversación posterior volviera a insistir Azpuru en las dos demandas principales, le replicó Negroni que de no haber un encargo oficial jamás se resolvería por sí el Papa a suprimir la Compañía de Jesús, y que su influjo personal no era suficiente para moverle a dar semejante paso. Azpuru cierra su dictamen haciendo notar que poco había que esperar del influjo de Negroni, y que tenía que apelar necesariamente a la fuerza (*a Grimaldi el 20 de octubre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5222). Cf. Almada a Azpuru el 3 de septiembre y 5 de noviembre de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped., 1760-69, Corresp. del Sr Com. Almada a Msgr. Azpuru 1768. Hablando enfermando de gravedad Torrigiani en noviembre de 1768, por bastante tiempo pareció inminente su dimisión. Los embajadores borbónicos apremiaban al Papa para que en tal caso no nombrara secretario de Estado a ningún cardenal ni prelado que estuviera excluido de las negociaciones respecto al monitorio; en particular, el rey católico jamás transigiría con el nombramiento de Antonelli y Garampi. *Almada a Azpuru el 12 de noviembre de 1768, *ibid.*, Corresp. Almada; *Azpuru a Grimaldi el 24 de noviembre, 1.º, 8 y 29 de diciembre de 1768, *ibid.*, Registro de Corresp. oficial, 107.

(2) Negroni, quien según afirmaba Azpuru no era amigo de los jesuitas (*a Grimaldi el 24 de marzo de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5221), atestigua que ni el Papa sostenía tratos con los jesuitas, ni su general ni ninguno de ellos había sido jamás consultado u oído en asuntos políticos. Pero formaba parte de la táctica de los adversarios hacer creer al público lo contrario para paliar así la vejación de que hacían objeto a la Santa Sede. *Negroni a Vincenti el 24 de noviembre de 1768, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.

(3) *Carlos III a Tanucci el 29 de noviembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6059; *Grimaldi a Tanucci el 29 de noviembre de 1768, minuta, *ibid.*, 6101; *Consejo extraordinario, 30 de noviembre de 1768, *ibid.*, 5036.

V

La persistente y resuelta negativa de Clemente XIII a revocar el breve contra Parma hizo madurar de una vez planes que hacía años habían sido discutidos en los círculos hostiles a los jesuitas, y cuyas raíces hay que seguirlas, para encontrar su origen, hasta la primera mitad del siglo XVIII (1).

El 2 de mayo de 1739 escribía ya el padre general Retz al confesor de la corte imperial, Tönnemann, que, según le informaba el P. Kampmiller, habíanse conjurado ciertas personas para aniquilar la Compañía de Jesús; que hiciera él todo lo posible para, mediante la intervención del emperador, impedir tan enorme calamidad (2). Si nos es lícito dar crédito a las declaraciones del general de los agustinos, Vázquez, existe en el archivo de la Propaganda un documento entre los legajos sobre la cuestión de los ritos, en el cual se aconseja al Papa la supresión de la Compañía a causa de su pertinaz desobediencia a las reiteradas órdenes de la Congregación (3). El provisor Faure informa que al describir él a un prelado romano de elevada significación las continuadas infracciones de los misioneros jesuitas en la Cochinchina, exclamó: «Tales excesos, como los jesuitas, no los cometieron ni los mismos templarios. ¿Por qué no abren los ojos los soberanos en nuestro refulgente siglo?» (4) Al afamado teólogo e historiador Zaccaria refirió el conde Christiani haber recibido ya en el año 1750 por carta un llamamiento exhortándole a que entrase en una coalición (concerto) para aniquilar a los jesuitas; por

(1) Cf. los datos de nuestros volúmenes XXXIV y XXX (cartas de Palafox).

(2) *Istum [P. Kampmiller] singulariter rogavi, ut R. V. informaret et etiam notitiam de inita ad extinguendam Societatem certorum hominum conspiratione cum R. V. communicaret. Spero satis a... R. V., ut quidquid poterit ad impedienda tanta mala per Augustissimum conferre velit, id quod a R. V. enixissime petendum quidam ex praecipuis E^{mj} his diebus mihi commendavit. Epist. NN. ad diversos, en poder de los jesuitas. Cf. *Theresian. del 2 de mayo de 1739.

(3) *Vázquez a Roda el 2 de febrero de 1769, *Biblioteca de San Isidro de Madrid*, Cartas de Vázquez, t. I.

(4) Lettres édifiantes et curieuses sur la visite Apostolique de M. de la Baume, évêque d'Halicarnasse à la Cochinchine en l'année 1740... pour servir de continuation aux Mémoires historiques du R. P. Norbert Capucin par M. Faure, prêtre suisse, Protonotaire Apostolique et Provisateur de la même visite, Venecia, 1746, 239.

ello le habían sido ofrecidos al punto veinte mil escudos (1). Durante una estancia transitoria que en el año 1760 ó 1761 tuvo en Roma Alvise Mocenigo, más tarde dux de Venecia, refirió que ya siendo él embajador en Francia, en tiempo de Fleury, había sido decidida la extinción de la Compañía, cosa que hubiera sido ya llevada a la práctica si el prestigioso ministro no se hubiera interpuesto impidiéndolo para evitar el escándalo y en consideración a la paz interna (2).

Si estas noticias aparecen con carácter esporádico, en cambio la idea de la supresión prende y se desarrolla cada vez con más pujanza al iniciarse la persecución en Portugal y en Francia, y es difundida con empeño.

Como algunos meses después de la elección de Clemente XIII se organizase en el seminario romano una solemne academia en honor del nuevo Pontífice, hallóse a la mañana siguiente, fijado en la puerta del mismo seminario, un madrigal, el cual no sólo anunciaba la extradición de los padres de Portugal, Francia y España, sino que además profetizaba la total ruina y exterminio de la Compañía de Jesús (3). Semanas más tarde se vió obligado el cardenal secretario de Estado, Torrigiani, a desmentir la noticia, divulgada por cierto de Portugal a España de que en Roma se pensaba seriamente en la supresión de la Orden de los Jesuítas (4).

Con el fin de llevar también a la gran masa del pueblo el pen-

(1) Ricci, **Espulsione dalla Spagna*, 1. Ricci se enteró de esta noticia en 1767 por dos conductos diferentes (ibid.).

(2) **Il Sr. Alvise Mocenigo, poi Doge di Venezia, essendo a Roma di passo nel 1760 o 1761, disse al Generale, che l'esterminio de la Compagnia era concluso in Francia fino dai tempi del card. di Fleury, quando esso era ivi ambasciatore, e si sarebbe allora eseguita, se non l'impediva il cardinale, nemico del rumore*. Ricci, loco cit., 2.

(3) O Volpi reverende — Non valgono accademie.

Queste a chi ben intende — Sono l'ultime nenie.

Son le voce ferali — De' vostri funerali.

L'Ismano e'l Portoghese — Vi aborre e vi discaccia,

E'l gallico paese — Spero che presto il faccia.

In Roma che sperate — O voi che il Papa vostro sì adulate?

Ricci, loco cit. Estos versos, a cuyo autor se suponía del círculo de amistades del cardenal Passionei, se hallan también, con insignificantes variantes, en otros contemporáneos, como Cordara (Döllinger, *Suplementos*, III, 24) y Benvenuti (*Irriflessioni dell'autore d'un foglio intitolato Reflessioni delle Corti Borboniche sul Gesuitismo*). Cf. Rosa, *Gesuiti*, 359, n. 1.

(4) **Torrigiani a Pallavicini el 22 de febrero de 1759, Nunziat. di Spagna*, 410, loco cit.; Cordara, *De suppressione*, 44.

samiento de la supresión, los enemigos de la Orden recurrieron al empleo adecuado y metódico de la imprenta. El 30 de julio de 1759 remitía el nuncio de París Gualtieri al secretario de Estado un folleto que llevaba por título: «Perentorias y apremiantes razones que obligan en conciencia a la autoridad religiosa y temporal a suprimir la Compañía de Jesús» (1). Dos semanas antes el mismo nuncio, junto con su pliego postal, había remitido el folleto: «Desenmascaro del molinismo y materialismo» (2). Tan pronto como en Portugal se hubo realizado la expulsión de la Orden, circuló por Roma el rumor de que, hicieran lo que quisieran el Papa y los jesuitas, la trama para extinguir la Compañía de Jesús estaba tan fuertemente tejida que sin un milagro no podrían escurrirse de ella (3).

Como ya reconocieron no pocos contemporáneos, el aniquilamiento de la Orden jesuítica era sólo el fin próximo de estos esfuerzos, que el plan general de la lucha iba dirigido contra la Iglesia y la Sede Apostólica, por cuya plenitud de jurisdicción se sentían merma-dos en sus derechos los poderes temporales. La campaña contra la Compañía de Jesús es, en resumidas cuentas, una guerra contra el pontificado. Los soberanos creían que no gozaban de la plenitud de la soberanía si no poseían plenas regalías eclesiásticas (*ius circa sacra*). De aquí los ataques incesantes y progresivos a la administración y jurisdicción eclesiásticas, de aquí el celo con que de palabra y por escrito se alentaba la difusión de principios y dogmas anti-religiosos, de aquí el trato de desprecio y vejatorio de que era objeto el Vicario de Cristo. En casi todos los Estados privaba el principio de que todo lo extrínseco en la vida de la Iglesia, bienes y personas eclesiásticos, pertenecían al dominio de los soberanos temporales. A base de estos principios fué prohibida la bula *In coena Domini* como atentatoria contra los derechos de los príncipes (4). Según confesión de un acérrimo adversario de los jesuitas, apenas había entonces potencia alguna católica en la cual no prevalecieran los esfuerzos por «sacudir el yugo que la Iglesia católica

(1) *Gualtieri a Torrigiani el 30 de julio de 1759, *Nunziat. di Francia*, 504, loco cit.

(2) *Gualtieri a Torrigiani el 16 de julio de 1759, *ibid.* Otros cuatro escritos siguieron con los despachos de la nunciatura del 10 y 17 de septiembre de 1759, *ibid.*

(3) Ricci, **Espulsione dalla Spagna*, 2. Cordara (*De suppressione*, 41) afirma que había leído esto en una carta del clérigo jansenista Clément.

(4) *Ricci, loco cit., 14, 63 s.

había impuesto en los siglos de barbarie a la sencilla fe de los príncipes y pueblos» (1).

Nuevo incremento recibió la lucha contra los jesuitas con motivo de las contiendas en torno a la existencia de la Orden en Francia. La resolución del Parlamento de Ruán del 3 de marzo de 1763 contenía un llamamiento a todo el mundo católico para activar mancomunadamente la extinción de la Compañía de Jesús (2). Un año después el Parlamento de París hizo al rey el requerimiento de que se coligara con las demás potencias católicas para exterminar la Orden de Loyola (3). De luz penetrante quedó iluminada la situación al recibirse la bula con que Clemente XIII aprobó y confirmó de nuevo la Compañía de Jesús. La mayor parte de los parlamentos y gobiernos prohibieron la publicación de la misma (4). El general de los agustinos, Vázquez, expresó entonces el deseo de que el rey de España se dignara influir en Roma para que el Pontífice suprimiera completamente la Orden que era azote y escándalo de la cristianidad (5). Pombal hizo publicar una obra propia contra esta bula, en la cual, entre los acostumbrados dictérios contra los jesuitas y los pontífices, sacó a relucir de nuevo todas las detracciones de los protestantes, jansenistas y galicanos contra la Orden, culminando en el deseo de que todas las naciones católicas realizasen la destrucción de la mentada Orden (6).

Entre todos los adversarios de los jesuitas ninguno trabajó más precoz, celosa e incansablemente por la extinción de la Compañía de Jesús que Tanucci, el consejero confidente y maestro en política de Carlos III (7). Mientras exteriormente se manifestaba

(1) *Apenas hay potencia católica en quien no se noten movimientos dirigidos a sacudir el yugo que en los siglos de barbarie impuso esta Corte a la inocente credulidad de los príncipes y de los pueblos. Azara a Grimaldi el 12 de marzo de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped., 1767.

(2) *Pamfili a Torrigiani el 14 de marzo de 1763, Cifre, Nunziat. di Francia, 518, loco cit.; *Torrighiani a Pamfili el 30 de marzo de 1763, *ibid.*, 553 (el texto v. anteriormente en la nota 7 de la página 289).

(3) *Pallavicini a Torrigiani el 4 de septiembre de 1764, Cifre, Nunziat. di Spagna, 292, loco cit.; P. Berrio a P. Cornejo el 26 de junio de 1766, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 777.

(4) Theiner, *Histoire*, I, 65 s.

(5) *5 de marzo de 1765, *Biblioteca de San Isidro de Madrid*, Cartas de Vázquez, t. I.

(6) Tercera carta sobre a Bulla «Apostolicum pascendi» (impreso), Nunziat. di Spagna, 301, loco cit.; *Pallavicini a Torrigiani el 10 de junio de 1766, Cifre, *ibid.*

(7) Cf. anteriormente, pág. 311 ss.

como favorecedor y amigo sincero de la Orden, desplegaba contra ella en sus cartas a sus correligionarios una activa propaganda, en la cual no escasearon las contradicciones. En el año 1758, al ser alejada del Índice español la obra del cardenal Noris, ya manifestó él que los jesuitas, a quienes se debió en otro tiempo la prohibición de aquélla, correrían también la misma suerte que los templarios por haberse granjeado el enojo de los pueblos y de los gobiernos. Con sólo que los soberanos abrieran los ojos no se haría esperar por mucho tiempo el acontecimiento (1). Menos confiado hablaba dos años más adelante (2). Los jesuitas, decía, se habían hecho acreedores de la extinción por haberse hecho repulsivos a todo el mundo debido a su despotismo, su codicia, soberbia, malignidad y supersticiones. Mas aquélla no era obra de un ministro, añadía, que ya había doblado los sesenta años; «con todo, la generación de nuestros hijos, terminaba, dará cima a la obra». En tono parecido de resignación le decía a Bottari (3): Los síntomas de tormenta presagian, a no dudarlo, la ruina de la Compañía de Jesús, pero así como Gregorio el Magno y los teólogos de aquella época se equivocaron acerca del fin del mundo que creían inminente, de esa misma suerte podrían también los jesuitas perdurar todavía un siglo. Por una parte faltaban, según él, escritos ilustrativos y fiscales de empuje, y por otra las cortes estaban dominadas por mujeres, las cuales favorecían a los jesuitas por todos los medios. Además se toleraban también con indiferencia estúpida otras calamidades públicas tan enormes y sorprendentes como la existencia de los jesuitas. Sin embargo, todos aquellos males podríanse más fácilmente reparar si sobre la faz de la tierra no hubiese ya jesuitas y en general frailes de ninguna clase, pues son una gangrena para el género humano, ya que su ocupación principal es la rapacidad, ociosidad y el envilecimiento de los gobiernos. Lo que Tanucci en ellos censuraba era ante todo y sobre todo la defensa de los derechos del pontificado en perjuicio de las regaldas de los soberanos (4). Como absolutista consideraba la supuesta aura

(1) *A Yaci el 4 de abril de 1758: Era risoluzione dovuta a quel gran cardinale, e alla S^{ta} Sede; e già era noto, che quelle opere erano state costi proibite per sorpresa e scelleraggine de' Gesuiti, ai quali al fine, mi par, che sovrasti il fato dei Cavalieri Templari, che avevano irritato tutte le nazioni, e tutte le potenze. Se i principi apriranno gli occhi, la cosa non sarà molto lontana. *Archivo de Simancas*, Estado, 5947.

(2) *A Finocchetti el 19 de febrero de 1760, *ibid.*, 5960.

(3) *el 5 de abril de 1760, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1602.

(4) *A Losada el 3 de noviembre de 1761, *Archivo de Simancas*, Estado, 5971.

popular de los jesuitas en el Paraguay como un motivo suficiente para exigir su extinción en todo el orbe (1). La disolución de las comunidades jesuíticas en Francia no fué según su sentir; él opinaba que o había que suprimir toda la Orden, o embaucar a estos señores con vanas lisonjas; de lo contrario se tornarían cada vez más poderosos y peligrosos, pues ciertamente de la desgracia saldrían avisados y con redoblada pujanza (2).

Por el total exterminio de la Compañía había de trabajar con decisión no igualada aquella gran potencia que fué la última en declararles la guerra. El tropel de antijesuitas españoles recibió un importante refuerzo con el nombramiento de Roda para ministro de Justicia, a quien desde su embajada en Roma le precedía la fama de que no sosegaría hasta no haber conseguido la supresión de la Orden (3). Tales temores no eran, ni con mucho, infundados. Los amigos y admiradores de Roda elogiaban la expulsión de los jesuitas españoles como un golpe de su mano maestra que haría imperecedera su memoria y expresaban la esperanza de que él mismo daría cima a la obra comenzada (4).

Cuando Magallón, secretario de la embajada de París, felicitó al ministro de Justicia el 24 de abril de 1767 por su golpe magistral, le notificaba al mismo tiempo que Choiseul había escrito al representante de Francia en Roma lo bien que haría el Pontífice secularizando a los jesuitas, dado que su persistencia ya no tenía interés

(1) *Del Paraguay vorréi una relazione di Cevallos governatore di Buenos Ayres, che tiene piede al Sacramento; tutt'altro può ingannare o col poco. Non la dispero. L'America spagnuola divien domestica. Saranno sempre un'aristocrazia indiana tutte le forze dei Gesuiti del Paraguay, e giusta cagione di pretendersi l'estinzione della Compagnia in tutto il mondo. A Catanti el 30 de julio de 1765, *ibid.*, 5994.

(2) A Galiani el 24 de abril de 1762, *ibid.*, 5977.

(3) *Ricci al P. Bramieri el 25 de abril de 1765, Registro di lettere segrete, *en poder de los jesuitas*; Ricci, *Espulsione dalla Spagna, 2. Cf. anteriormente, página 221.

(4) *Declaran todos los sujetos de capacidad y mucho mas los Terciarios que el golpe les ha llegado de la mano maestra de V. S., y por apendice esperan el mismo en Napoles y Parma (López de Barrera a Roda el 16 de abril de 1767, *Archivo Prov. Tolet. de Madrid*, Chamartín, P.). *Así como no puedo explicar el gran gusto y alegría que tengo por ver libre España de una tal peste, así no sé con quales terminos pueda congratularme con V. S. Ill. por la gloria inmortal que se ha adquirido en una empresa digna de su talento, y propia de su constancia y corage (Barrera a Roda el 30 de abril de 1767, *ibid.*). *Vázquez a Roda el 16 y 23 de abril y 4 de junio de 1767, *Biblioteca de San Isidro de Madrid*, Cartas de Vázquez, t. I,

ni para la Iglesia ni para el Estado. La misma opinión, añadía, expuso el ministro en una conversación habida con el auditor de la nunciatura de París, el cual, como hombre de juicio e imparcial, abriga casi el mismo parecer (1). En realidad había encargado Choiseul el 21 de abril de 1767 a Aubeterre que no dejara de ponderar en toda ocasión cómo el rey de Francia aprobaba sin reservas las providencias contra los jesuitas de su primo de España. «Si el Papa, así prosigue diciendo la carta de Choiseul, fuera astuto, ilustrado y de arrestos, entonces no podría menos de adoptar la única resolución de suprimir en absoluto por medio de una bula esta Compañía, de suerte que no quedase un solo jesuita más.» No ignoraba por cierto que Clemente XIII jamás se allanaría a ello y que el cardenal Torrigiani rechinaría los dientes de rabia con sólo pensar en la extinción de la Orden; el secretario de Estado la estima por más de un motivo, pues recibe una renta considerable de ella, para lo cual no es insensible. Pero si él poseyera aunque no fuera más que una simple idea de política y le llegara al corazón el honor y la dignidad de la Santa Sede, habría de ver entonces que la supresión es necesaria. El caso ha de llegar al extremo de que los gobiernos confundan el asunto de estos religiosos con la esencia de la corte romana y el Papa vea rechazados, no ya los jesuitas, sino sus nuncios, sus inquisidores, bulas, etc., lo cual será en extremo ingrato para la Santa Sede, centro común de toda la cristiandad, y en Roma sentirán entonces cuánto han perjudicado a la religión y al verdadero bien de la corte romana esta locura y los secundarios intereses materiales. No omita Aubeterre el notificar esto al mayordomo (2). El ministro no se forjaba ilusiones, por cierto, de que tales reflexiones hubieran de producir una impresión eficiente dada la actual organización de la corte de Roma, sin embargo bueno era hacer saber a Rezzonico que se prevenían los perjuicios que en todo caso podrían originarse (3).

A esta carta, que indudablemente puede ser considerada como

(1) *Sé que ha escrito este Ministro a Mr. d'Aubeterre que le parecia que haria bien el Papa en tomar ahora el partido de secularizar la Orden, pues ni para la Iglesia, ni para los Estados podia convenir el mantenerla; y así se lo ha dicho tambien al Auditor que hay aqui, el qual no está muy distante de este modo de pensar, porque es un hombre juicioso y bastante imparcial. A Roda el 24 de abril de 1767, *Archivo Prov. Tol. de Madrid*, Chamartín, P.

(2) Rezzonico, sobrino de Clemente XIII.

(3) Carayon, XVI, 400 s.

el primer eslabón de la larga cadena que forman los debates en torno a la supresión, contestó el embajador que el sobrino del Papa compartía en absoluto la opinión del ministro, pero no creía sin embargo que la corte romana se dejara persuadir, pues la adhesión realmente fanática de Torrigiani a los jesuitas no se basaba en intereses pecuniarios. Prescindiendo de que durante toda su vida se había acreditado siempre de un gran desprendimiento y anualmente repartía cuantiosas limosnas, disfrutaba de su legítima paterna una renta anual de más de ochenta mil escudos. Careciendo de herederos de su nombre, no tenía interés alguno, dada su modestia y falta de pretensiones, en acrecentar sus riquezas, las cuales le alcanzaban sobradamente para sus propios gastos y menesteres. Aun cuando él personalmente tenía por equivocado el sistema de gobierno de Torrigiani, no podía escatimarle el testimonio de un honrado convencimiento (1).

Fuera de propia iniciativa, o bien obedeciendo a secretas órdenes, el hecho es que el Parlamento de París se había ocupado entre tanto en la pragmática de expulsión de España, y el 9 de mayo de 1767 se había dirigido a Luis XV exhortándole a que, como hijo mayor y protector de la Iglesia, impulsara, en unión con los restantes soberanos católicos, ante la Santa Sede la total extinción de la perniciosa Compañía de Jesús, tan peligrosa para los príncipes y Estados (2). Al transmitir esta demanda a Aubeterre repetía Choiseul su anterior propuesta y añadía que le parecía estar demostrada con exactitud matemática la necesidad de la supresión de la Compañía de Jesús para el bien de la religión, de la Santa Sede, de los Estados católicos e incluso de los mismos religiosos en particular (3). El día antes

(1) Aubeterre a Choiseul el 13 de mayo de 1767, *ibid.*, 403 s.

(2) *Sera le Roi supplié, en qualité de Fils Aîné et de Protecteur de l'Eglise, d'interposer ses offices auprès du Pape, même de joindre, s'il le juge à propos, ses instances à celles des princes catholiques, à l'effet d'obtenir l'extinction totale d'une Société pernicieuse à la chrétienté toute entière, et particulièrement redoutable aux Souverains et à la tranquillité de leurs États. Arrest de la Cour du Parlement du 9 Mai 1767, impreso repetidas veces, por ejemplo en Inquietudini de'Gesuiti, III (1767), Aggiunta alla Raccolta di Spagna, 38.*

(3) Choiseul a Aubeterre el 12 de mayo de 1767, en Carayon, XVI, 402 s. Cf. Choiseul a Aubeterre el 1.º de junio de 1767, *ibid.*, 409; *Vázquez a Roda el 4 de junio de 1767, *Biblioteca de San Isidro de Madrid*, Cartas de Vázquez, t. I; *Azara a Grimaldi el 4 de junio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5044; *Tanucci a Losada el 9 de junio de 1767, *ibid.*, 6001; *Galiani a Orsini el 31 de agosto de 1767, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, ¹⁸¹/₁₀₃₁. La misma demanda que el Parlamento de París presentó con casi las mismas palabras el 1.º de agosto

había desarrollado el duque con toda amplitud estas mismas ideas en un despacho dirigido a Ossun, embajador francés en Madrid. Como él ya había dicho al rey, escribe, al informarle de la expulsión de los padres de España, sería lo mejor, según su sentir, si se unieran los monarcas de Francia, España, Austria y Portugal para constreñir a la Santa Sede a la supresión total de la Orden de los jesuitas. Caso que el Papa tomara en consideración la demanda de las grandes potencias católicas y se decidiera a dar este paso tan aconsejado por la prudencia, se haría acreedor de un gran bien a la religión, fomentaría la aproximación a la Santa Sede y daría cohesión a la unidad indispensable para la conservación de la buena doctrina, que lentamente se habría de relajar si él se empeñaba en defender tenazmente a una Orden que era repudiada por los gobiernos católicos. Fácil es confundir defensor y protegidos, añadía, y la exasperación alcanzará necesariamente lo mismo a la Santa Sede que a los jesuitas, los cuales dentro de poco no existirán más que en Roma. Los soberanos católicos cuyos sentimientos humanos se resisten a proceder personalmente o por medio de los tribunales de justicia contra vasallos propios, no todos por cierto culpables, se verían con ello en la precisión de admitir de nuevo en sus Estados a los desterrados, y los mismos religiosos particularmente serían felices, si, libres de todas las trabas, tuvieran posibilidad de regresar al seno de sus familias y de su patria. De aquí se desprende la consecuencia, que tanto el Papa como los soberanos y aun los mismos jesuitas habrían de aceptar y aprobar el medio propuesto. Mas la idea necesita también de un vehículo: al hacer al monarca estas representaciones le había contestado que un paso de esta índole requería madura meditación; por esta razón vea Ossun de no tratar oficialmente con Grimaldi sobre el particular, sino expóngale estos pensamientos como criterio propio personal y del embajador Fuentes, a fin de que Carlos III y sus ministros los tomen en consideración y los sometan a examen (1).

Choiseul halló un entusiasta auxiliar en la persona del embajador español Fuentes, cuyo despacho del 13 de mayo arroja mayor

de 1767 el Parlamento de Toulouse. Arrêt de la Cour de Parlement du 1^{er} Août 1767, Toulouse, 1767, 21.

(1) *Choiseul a Ossun el 11 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4686. Dos semanas después encomendó Choiseul que el rey de España exigiera en Roma la supresión de la Compañía, demanda que el rey de Francia apoyaría. *Choiseul a Ossun el 25 de mayo de 1767, *ibid.*

luz sobre las imprecisas frases finales del ministro. Dice que el día anterior le había dado conocimiento Choiseul del discurso que había pronunciado en el real Consejo en presencia del rey acerca de la utilidad y necesidad de suprimir totalmente la Compañía de Jesús. Él, Fuentes, compartía el criterio del duque; es preciso, añade, suprimir la Compañía de Jesús, aun cuando estuviera constituida de puros ángeles, aun cuando no fuera más que para evitar las pésimas consecuencias que pudieran originarse a causa de los partidismos en pro y en contra de la Orden. Espontáneamente y sin que el rey de España le incite, jamás se resolverá Luis XV a dar este paso. Por esta razón no omita Grimaldi de insistir para con el rey a que, con ocasión de escribirle agradeciéndole la merced de haber concedido al infante la Orden del Espíritu Santo, insinúe también algo de la supresión (1).

Más amplio fué el apoyo que recibió Choiseul del ministro napolitano. Jamás había abrigado la menor duda, escribía Tanucci a Castromonte (2), de que no fuera deber de los monarcas católicos el purgar sus Estados de los seductores de los pueblos y manifestos enemigos de toda soberanía temporal, como eran todos los frailes

(1) *...y a lo que por si solo y sin ser impelido por el Rey N. S., de quien tiene tanto concepto, no se determinará jamas (a Grimaldi el 13 de mayo de 1767, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 3518). En realidad Luis XV resistió largo tiempo a las representaciones de su ministro. *Non intendo la difficoltà, per la quale il Re Chr^{mo} resiste all'eloquenza di Choiseul; e fu necessaria ai machinanti la lettera del Re Cattolico N. S. al Re Chr^m, animandolo ad agire col Papa per la soppressione (Tanucci a Azara el 29 de agosto de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 2002). Según Roda era Fuentes el que sin cesar estimulaba a Choiseul a impulsar la supresión de la Compañía, para hacer posible así el regreso a España de sus hermanos, los dos Pignatelli, por haberle declarado éstos que jamás abandonarían de propia voluntad la Orden (cf. anteriormente, páginas 444 y 455). *Roda a Azara el 4 de agosto de 1767, *Archivo Prov. Tolet. de Madrid*, Chamartin, R.

(2) *el 30 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6000. En la misma carta dice Tanucci, contradiciendo anteriores afirmaciones: *Non creda V. E., che il maggior numero sia dei Gesuiti innocenti. Tutto Gesuita è un vaso di massime contrarie allo Stato, alla sovranità, alla nazione. L'ignoranza forse molti ne salverà dall'inferno. — *É la parte più considerabile di questo arresto [9 de mayo de 1767] il dichiarare li Gesuiti nemici delli Stati, e delle sovranità tutte, e la preghiera fatta al Re e a tutta la casa Reale d'allontanare dal servizio loro qualunque pubblico o segreto addetto ai Gesuiti, e di pregare il Papa ad estinguere in tutto il mondo la Compagnia. Vedremo ora, se il Re comincerà dal far la legge, della quale è pregato. Il Papa è così stolido, che è capace di resistere ferreamente alle domande di sopprimere la Compagnia. Questa resistenza partirà senza dubbio, che li Gesuiti sieno cacciati dalle Sicilie, da Parma, e da Venezia (a Galiani el 30 de mayo de 1767, *ibid.*).

y principalmente los jesuitas. Si el rey de Francia presta oído a las súplicas de los parlamentos a que se coligue con todos los soberanos católicos para llevar a la obra la total extinción, la aprobación o la negativa de las diversas cortes serán piedra de toque en la que se podrá reconocer si aquéllas poseen la razón de Estado, capacidad y aptitud suficientes para gobernar. A Azara manifestó Tanucci que no poseía noticia alguna de cómo había recibido la corte de París la moción del Parlamento, si bien era creíble que el rey de España estaría en este particular más firme y resuelto. En cambio Kaunitz y su mujer eran los dos jesuiticos, por lo cual no le maravillaba absolutamente nada la repugnancia de la corte de Viena a formar parte de la confabulación (1).

Hacia fines de mayo insistió por tercera vez Choiseul en Madrid. Tuvo el tino de pulsar la cuerda que infaliblemente había de producir impresión en el ánimo de Carlos III. «Lo mismo en Francia que en España, escribía, subsistirán una cantidad de inconvenientes de cada día y altamente peligrosos, si ambos países no tienen la autoridad suficiente para hacer triunfar en la corte de Roma la supresión de la Compañía de Jesús. Sería esencial que el rey de España, en unión con las cortes de Nápoles y Parma, a las cuales Francia también se adheriría, esbozara un plan. Toda la familia de nuestros soberanos tendrían que apremiar y constreñir al Pontífice a realizar la supresión. Podría ser también que se lograra convencer a la República de Venecia a adherirse a nuestra empresa. Cercado por el rey de Nápoles y por la República, el Papa pondría en ejecución la suplicación de los reyes de España y Francia. Haréis bien en tratar sobre este asunto con el marqués de Grimaldi, el cual verá indudablemente la utilidad de este plan; sin embargo sobre esta materia no me contestaréis sino por carta particular.» (2)

Por fin llegó la que había de romper la resistencia de Luis XV.

(1) *Mi ricordo d'aver letto qualche cosa di questa istanza da farsi dal Chr^{mo} al Papa in alcuna di quelle tante stampe del 1763 e 1764. E più credibile che il Re Cattolico sia in ciò determinato, e fermo... Kaunitz marito e moglie, sono due Gesuiti, onde non mi maraviglio di quella repugnanza nella corte di Vienna, che han detta costì, dall'entrare nel complotto (a Azara el 30 de mayo de 1767, *ibid.*). Fué ciertamente sólo una jugada diplomática cuando Tanucci una semana después escribía a Azara: *Non so perchè Aranjuez repugna all' unione di procurar l'abolizione della Compagnia, che Aranjuez stessa ha cacciata e abolita. Non vedo li timori dell'intentarla, nè le speranze del tralasciarla (6 de junio de 1767, *ibid.*, 600r).

(2) *A Ossun el 31 de mayo de 1767, *ibid.*, 4686.

A la vez que las gracias por la concesión de la Orden del Espíritu Santo al infante don Antonio, envió Carlos III el Toisón de oro para el delfín y el conde de Provenza. Aprovechando esta ocasión observó el rey que se había visto en la precisión de extrañar de sus Estados a los jesuitas, por haberse apartado su Orden de la primitiva constitución y no ser ya conveniente para sus Estados. Él creía incluso que sería útil si el Pontífice la suprimiera en absoluto. Había que examinar esta cuestión. Caso que Luis XV lo tuviera por conveniente se podría iniciar un cambio de impresiones y llegar a una inteligencia sobre el modo y manera cómo habría que acometer las negociaciones, las cuales tropezarían seguramente con gran resistencia, dada la actual composición del ministerio romano (1). Un mes más tarde declara el rey francés su conformidad con el plan, aun cuando consideraba imprescindible, en atención a las muchas dificultades, meditar maduramente el asunto y tomar acuerdo sobre las medidas necesarias para iniciar las negociaciones. En éste, lo mismo que en todos los demás asuntos, estaba él dispuesto a laborar de común acuerdo con el monarca español (2).

Casi simultáneamente con este paso de Choiseul comenzaron también los trabajos de Pombal en Madrid encaminados a formar una coalición de las potencias católicas para conseguir la supresión de la Compañía de Jesús. En una conversación sostenida por el embajador español Almodóvar con José I y Pombal aludieron éstos a la necesidad de formar una unión o alianza de las cortes de Madrid, Lisboa y Versalles que había de tener por objetivo la extinción de los jesuitas y el alejamiento de Torrigiani de la secretaría de Estado. A estos justos esfuerzos se había de unir también la corte de Viena (3). Al mismo tiempo hizo llegar Pombal al gobierno español la misma

(1) *Mon ambassadeur eut ordre dans le tems, d'informer V. M. de la résolution que je fus forcé de prendre d'éloigner de mes Etats, les Pères de la Compagnie de Jésus; cet Ordre, qui a dégénéré des principes de son Institut, ne convenait pas dans mes royaumes; je pense même qu'il serait très utile, que le Pape voulut le dissoudre totalement; c'est un objet à examiner, et si V. M. le jugeait ainsi, on pourait en raisonner, et se concerter pour en entamer la négociation, laquelle rencontrera pourtant de grandes difficultés avec le présent Ministère de Rome. *Archivo general central de Madrid*, Estado, 2850.

(2) *Je pense de même que V. M. sur les motifs d'utilité qui pourraient engager le Pape à dissoudre entièrement la Société, mais comme cette affaire, ainsi que V. M. l'observe elle-même, éprouvera de grandes difficultés, il convient de penser mûrement (19 de julio de 1767, *ibid.*). *Grimaldi a Fuentes el 31 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4565.

(3) *Almodóvar a Grimaldi el 8 de mayo de 1767, *ibid.*, 7290.

propuesta por medio del embajador portugués (1). Sin embargo, en Madrid andaban todavía los ánimos muy destemplados desde la última guerra y se contentaron sencillamente con acusar recibo (2). Dos meses más tarde volvió Pombal a insistir en el asunto afirmando, entre inculpaciones fantásticas contra los jesuitas, que la extinción de los mismos era más necesaria y apremiante de lo que se creía; cuando se trataba de lograr el bien de la Iglesia y la seguridad de los soberanos, no era lícito detenerse ni siquiera ante los medios excepcionales (3). Grimaldi contestó con cierta reserva diciendo que su soberano estaba pronto a colaborar, pero que sin embargo había que meditarlo todo antes detenidamente, incluso, y aun principalmente, lo que se pensaba hacer caso que Roma no diera oídos a la demanda como era de temer (4). El ministro portugués dijo en tono de satisfacción que este punto era tan trascendental que por su causa era preciso dejar a un lado todas las diferencias aun cuando entre ambas Cortes no imperaran relaciones amistosas, y añadió que él personalmente redactaría una promemoria y que el procurador de la corona presentaría al rey una moción referente al caso; documentos ambos que él haría llegar al gabinete español (5).

Con fecha 27 de agosto envió Pombal al embajador portugués en Madrid un largo escrito, en el cual, agrupadas en treinta y siete artículos, repetía las viejas calumnias contra la Compañía de Jesús comenzando por el arrianismo y pelagianismo para terminar en los atentados y rebeliones de los últimos años. Para extirpar al común enemigo parece necesario, decía, que el rey de Portugal se alie con los de España y Francia para hacer entrar en razón, los tres unidos,

(1) *Considera Sua Magestade Fidelissima a expulsão dos Jezuitas de Espanha, não como huã providencia necessaria e a mais acertada para a tranquillidade e segurança das preciosas vidas de el Rey Catholico, e da sua augusta familia, que tão de perto, e por tantas razões interessão aos Reyes Fidelissimos, meus amos; não só como huã epoca de prosperidades para toda a Monarchia espanhola, mas tambem com hũ successo de importantissimas consequencias para a Corte de Roma, aonde he de esperar, que extinga e dezarme tantas imposturas, hipocrezias, e estratagemas, quantas são, e tem sido as com que aquella relaxadissima e soberbissima Companhia pretende artificiosamente surprender, e fazer inuteis as rectissimas, e piissimas intenções do Santissimo Padre Clemente XIII. Ayres de Sa e Mello a Grimaldi el 9 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 7280.

(2) *21 de mayo de 1767, *ibid.*, 7290. Cf. Almodóvar a Grimaldi el 8 de mayo de 1767, *ibid.*

(3) *Almodóvar a Grimaldi el 7 de julio de 1767, *ibid.*, 5054.

(4) *Grimaldi a Almodóvar el 17 de junio de 1767, *ibid.*

(5) *Almodóvar a Grimaldi el 28 de julio de 1767, *ibid.*

a la curia romana por el procedimiento de la fuerza. Para este objeto se procederá a la ocupación de los dominios pontificios sin más declaración de guerra, y no se devolverán hasta que el Papa no haya disuelto la Orden y castigado con las más severas penas a los enemigos de los monarcas como son Torrigiani y Ricci (1). En la carta adjunta con que remitió el embajador portugués el documento hacía constar que su soberano juzgaba a la Compañía tan degradada que ya no había esperanza alguna de enmienda, razón por la cual tenía él la misión de entablar negociaciones en orden a su extinción (2). La misma reina de Portugal Mariana Victoria trabajaba, bajo el influjo, por cierto, de Pombal, por inducir a su hermano Carlos a que cooperara en el asunto de la supresión, pues en otro caso no estaban seguras las vidas de ambos (3). Carlos afirmó a su hermana (4) que los tres monarcas estaban plenamente acordes en que había que emplear todos los medios posibles y lícitos para lograr la supresión de la Compañía de Jesús aun cuando la cosa era sumamente escabrosa por múltiples razones y requería aún maduro examen y deliberación.

La promemoria de Pombal fué presentada por el rey al Consejo extraordinario y al confesor Osma para que diesen su dictamen (5). En Madrid no sentían al parecer excesiva prisa, pues sospechaban, no sin razón, la existencia de secretas segundas intenciones en Pombal, quien mientras hablaba de una alianza con los Borbones, estaba al mismo tiempo en negociaciones con Inglaterra con miras a un tratado comercial (6). Tampoco estaba conforme Choiseul ni mucho

(1) *Pombal a Ayres de Sa e Mello el 27 de agosto de 1767, *ibid.* El despacho, al cual se juntaron la *Petição do recurso* del procurador de la Corona, y el *Compendio chronologico analytico*, parece que no fué cursado hasta a comienzos de septiembre. Cf. *Almodóvar a Grimaldi el 1.º y 8 de septiembre de 1767, *ibid.*, 7288 y 7289; *Grimaldi a Fuentes el 12 de octubre de 1767, *ibid.*, 4365, p. 941 ss.

(2) *Ayres de Sa e Mello a Grimaldi el 23 de septiembre de 1767, *ibid.*, 5054. Cf. Duhr en la *Zeitschrift für kath. Theol.*, XXII (1898), 433 s.

(3) *A Carlos III el 12 de septiembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 7290.

(4) *el 21 de octubre de 1767, *ibid.*

(5) *Grimaldi a los vocales del Consejo extraordinario el 19 de octubre de 1767, *ibid.*, 5054.

(6) *Cabello a Grimaldi el 8 de septiembre de 1767, *ibid.*, 7292. Cf. *Choiseul a Grimaldi el 3 de mayo de 1768, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 2850. *Grimaldi a Masserano el 14 de septiembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6965.

menos con los fantásticos planes bélicos contra el Pontífice. «Pombal, decía (1), pierde el sosiego cuando se trata de los jesuitas. Empero quizá se pueda sacar con astucia y discreción, alguna ventaja de las negociaciones entrando Portugal a formar parte de nuestra alianza.» Mas el ministro portugués no quería saber nada de una coalición política con los Borbones, puesto que su gobierno no podía renunciar sin perjuicio a la amistad secular que les unía a Inglaterra; él jamás había pretendido más que llegar a una solución amistosa en el litigio sobre límites de América (2). Dada su propensión a las medidas de violencia, tampoco estaba conforme el ministro con la propuesta de España (3) sobre la manera de proceder en el asunto de la supresión (4), de suerte que en Madrid y París se llegó a la resolución de interrumpir las negociaciones por no tener necesidad de Portugal, el cual antes sería una rémora, dada la poca confianza que inspiraba Pombal (5).

Mucho más serios eran los esfuerzos de los Borbones por conseguir la entrada de la corte de Viena en la alianza. Al principio habían abrigado incluso la esperanza de lograr la expulsión de los jesuitas en los países hereditarios de Austria y, como secuela necesaria, de todo el imperio alemán (6). Sin embargo todos los esfuerzos se estrellaron en el sentimiento de justicia de la emperatriz María Teresa. En mayo de 1767 ya hablaba Choiseul en una carta al embajador francés en Madrid de la necesidad de coligar a todas las grandes potencias católicas (7). Aubeterre recalcaba la idea de que a las

(1) *A Ossun el 24 de noviembre de 1767, *ibid.*, 7290; *Grimaldi a Fuentes el 8 de diciembre de 1767, *ibid.*

(2) *Pombal a Ayres de Sa e Mello el 15 de marzo de 1768, *ibid.*; *Almodóvar a Grimaldi el 3 de abril de 1768, *ibid.*; *Mariana Victoria a Carlos III el 23 de marzo de 1768, *ibid.*

(3) *Proyecto de Memoria en respuesta a Portugal del 30 de marzo de 1768, *ibid.*, 5054.

(4) *Almodóvar a Grimaldi el 7 de abril de 1768, *ibid.*, 5220.

(5) *Choiseul a Grimaldi el 3 y 27 de mayo de 1768, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 2850; *Grimaldi a Choiseul el 16 de mayo de 1768, *ibid.* Cf. anteriormente, pág. 536; *Grimaldi a Fuentes el 16 de mayo y 6 de junio de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 7290.

(6) *Roda a Azara el 16 de junio de 1767, *en poder de los jesuitas*, Hist., Soc., 230; *Grimaldi a Tanucci el 4 de agosto de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6100; *Barón v. Ritter a Barón v. Beckers, fecha Viena 9 de diciembre de 1767, *Archivo público de Munich*, caja negra, 26/3; *Barón v. Ritter a Barón v. Wachtendonk el 26 de marzo de 1768, *ibid.*

(7) *Choiseul a Ossun el 11 de mayo de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4686.

buenas no se lograría del Papa jamás la secularización de la Orden, sino que era preciso arrancársela. El medio más seguro y quizá único para lograr el objetivo era una alianza de Francia, Austria y España; esta última arrastraría tras sí también a Nápoles y Parma. Los restantes Estados se adherirían inmediatamente, o al menos no osarían actuar contra una unión tan prestigiosa (1). En el dictamen requerido por Carlos III del Consejo extraordinario sobre las proposiciones de Pombal, declararon la mayor parte de los consejeros que había que trabajar por conseguir el ingreso en la alianza del gabinete de Viena, o, caso que aquél no quisiera colaborar positivamente, al menos que no protestara contra el proceder de los Borbones (2). En consecuencia de ello informó Grimaldi al embajador español Fuentes lo mismo que a Choiseul de que su soberano consideraba imprescindible la adhesión de la corte de Viena, por lo cual había que procurar reducirle a que presentara la demanda de la supresión de mancomún con las restantes potencias. El apoyo de Austria era esencial porque de lo contrario podría replicar Roma que era un despropósito suprimir una Orden que otros gobiernos querían mantener. Caso que Francia diera su conformidad, estaba él autorizado para dar los pasos necesarios para con la emperatriz (3). Las negociaciones matrimoniales que por entonces se ventilaban entre Madrid y Viena por causa del matrimonio del rey de Nápoles con otra archiduquesa en lugar de la difunta María Josefa, habían de servir de resorte para lograr la adhesión de Austria (4).

En la audiencia que el embajador español en Viena, Mahony, solicitó por sugerencia del ministro de Asuntos exteriores (5) para este objeto, recibió una contestación evasiva. María Teresa, quien ya anteriormente había asegurado que de nada tenía que quejarse de los jesuitas de sus territorios (6), declaró al embajador la imposi-

(1) A Choiseul el 15 y 24 de junio de 1767, en Carayon, XVI, 411 ss.; *a Choiseul el 15 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4565.

(2) Los *dictámenes de Masones (13 de noviembre de 1767), Roda y Alba (enero de 1768), Muniaín (11 de enero de 1768), Osma (13 de enero de 1768), Grimaldi (sin fecha) en el *Archivo de Simancas*, Estado, 5054, p. 941 ss.

(3) *Grimaldi a Choiseul el 8 de diciembre de 1767, *ibid.*, 4568. Dos *Cartas de Grimaldi a Fuentes, del 8 de diciembre de 1767, *ibid.*, 7290.

(4) *Lucini a Torrigiani el 8 de diciembre de 1767, Cifre, Nunziat. di Spagna, 304, *Archivio segreto pontificio*. Cf. Danvila y Collado, III, 239.

(5) *Grimaldi a Mahony el 8 de diciembre de 1767, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 3518; *Fuentes a Mahony el 17 de diciembre de 1767, *ibid.*; *Mahony a Fuentes el 26 (28) de diciembre de 1767, *ibid.*

(6) *Mahony a Grimaldi el 12 de diciembre de 1767, *ibid.*, 6503.

bilidad en que se veía de dar una respuesta categórica a su propuesta antes de requerir el consejo y parecer de sus ministros. Por el curso de la conversación pudo comprender Mahony que la soberana no se avendría a formar parte de la coalición, pero que tampoco quería entorpecer el camino a los Borbones para las instancias que pudieran presentar en Roma. Esta declaración de neutralidad juzgaba el embajador que sería también la resulta de las conferencias ministeriales (1). La emperatriz y sus inmediatos asesores enviaron a Roma tranquilizadoras seguridades (2). La emperatriz se mantuvo en lo sucesivo fiel a esta actitud; en cambio su amplia camarilla no permaneció insensible al trabajo de zapa de los Borbones. El médico de cabecera de la corte Van Swieten, lo mismo que el prelado de Santa Dorotea, confesor de la emperatriz, era enemigo de los jesuitas según los informes del nuncio Visconti. Los representantes de los Borbones habían invitado también al cardenal Migazzi a entrar en las filas de la «conjuración» (3).

En su respuesta definitiva declaró María Teresa no estar informada ni oficial ni confidencialmente de los motivos que había para la supresión. Aun cuando ella quería suponer que las otras potencias

(1) [María Teresa] concluyó la audiencia con el punto de los Jesuitas, y despues de varias y dilatadas reflexiones sobre esta Sociedad, dijo S. M. I. que en este asunto, que ya no era casero, no podia determinarse ni decirme su ultima resolucion sin haberlo consultado antes muy despacio con su Ministerio. Pude comprender de sus discursos que no vendria bien en unirse con las Cortes interesadas para la solicitud en Roma de la extincion de esta Sociedad, pero que tampoco haria ninguna oposicion a nuestras instancias, y juzgo de antemano que esta indiferencia será la resulta de las conferencias ministeriales. El embajador de Francia y yo hemos quedado en explicarnos juntos sobre esta dependencia con los principes de Colloredo y de Kaunitz. Mahony a Grimaldi el 28 de diciembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6503.

(2) *María Teresa a Clemente XIII el 9 de enero de 1768, *Nunziat. di Germania*, 388, *Archivo secreto pontificio*; *José II a Clemente XIII el 11 de enero de 1768, *ibid.*; *Kaunitz a Clemente XIII el 9 de enero de 1768, *ibid.*; *Colloredo a Clemente XIII el 11 de enero de 1768, *ibid.*

(3) *Visconti a Torrigiani el 21 de enero y 3 de marzo de 1768, *Cifre, Nunziat. di Germania*, 392, *loco cit.* *Quanto ai Gesuiti dei Stati austriaci, so che le Corti di Lisboa, Madrid e Napoli danno impulso alla Imperatrice Regina, acciò anch'ella gli sopprima e discacci. Ella però con sua lettera dei 9 scorso ha assicurato N. S. di proteggere tutti i sacri ministri, «si ipsi sacri sui instituti ac muneris, ad quod vocati sunt, rationes rite sequantur, et a suis erga Ecclesiam, principes et populum officiis minime declinent. Hoc si Regulares Societatis Iesu, qui in ditione mea sunt, semper, ut sperare oportet, agent, non est quod sibi metuant»; e in simili termini si è espresso anche l'Imperatore. Torrigiani a Giraud el 17 de febrero de 1768, *Nunziat. di Spagna*, 412, *loco cit.*

católicas tenían razones concluyentes, que ella ciertamente desconocía, para la expulsión y total supresión de los jesuitas, sin embargo ella no podía de ningún modo proceder contra estos religiosos, los cuales en sus Estados de ningún crimen se habían hecho culpables. Caso que las naciones interesadas pudieran recabar de la Santa Sede la supresión, ella no daría un solo paso en favor de los jesuitas, ni negaría su conformidad a la decisión de la Sede Apostólica. Las declaraciones del príncipe Kaunitz fueron todavía más explícitas: ni las publicaciones de Portugal, ni las imprecisas expresiones de los edictos de España le habían satisfecho ni llevado al deseado esclarecimiento sobre esta materia. En Austria no habían producido los jesuitas ninguna clase de revueltas, y las máximas reprobables que ahora se les achacaban eran las mismas que las que se les habían atribuido hacía más de un siglo cuando gozaban de autoridad y prestigio en España, Francia y Portugal. Por lo demás los jesuitas austríacos eran gente sencilla y apacible, por lo cual no eran de temer. Otro era el pensar del emperador. De él creía Mahony tener la seguridad de que de buena gana prestaría su mano para la supresión de la Compañía de Jesús. Si llegara a gobernar, una de sus primeras medidas sería, según el sentir de la mayor parte, restringir el número y las rentas de los religiosos. Resumiendo terminaba el embajador haciendo notar que ni la emperatriz ni sus ministros se hallaban por el momento dispuestos a ingresar en la alianza por no ver motivo alguno para la extinción. Por consiguiente, no había más que darse por satisfechos con la promesa de no oponerse (1). Sin

(1) *Respondíome la Emp^{za} Reyna que deseava firmemente ir acorde en todo con Potencias tan amigas, pero que no la habian comunicado estas, poco ni mucho, los motivos particulares en que habian fundado la expulsion de los Jesuitas; que comprendia, no obstante de no hallarse informada ni de oficio ni confidencialmente, que Potencias tan catolicas, tan politicas, y tan amantes de la quietud y bien de sus pueblos no hubieran tomado el partido de excluir de sus dominios todos los Jesuitas y de desear ahora la extincion general de la Orden, si para efectuar este pensamiento no hubiesen concurrido las mas solidas y eficaces razones. Que no podia proceder directamente en sus dominios ni en el Estado Ecclesiastico contra Religiosos, que no eran reos en su país, aunque lo serán en otros, de delitos que no se publicaban, pero que siempre que las Cortes interesadas pudiesen lograr su extincion en la Corte de Roma, no daría S. M. I. paso alguno en su favor y que consentiria en ver extinguida esta Sociedad (que para con ella no era delincuente) en los mismos terminos que lo consiguiesen las Potencias y conociendola rea solicitasen su extincion... El Principe de Kaunitz se extendió mas que la Emp^{za} sobre este asunto, dijo que si se han fundado en gran parte todas las Cortes que los han expelido en la inquietud que causaba

embargo Mahony no se desesperanzaba del todo de poder lograr con el tiempo la adhesión de Austria (1). Antes de llegar esta carta a Madrid había manifestado ya Carlos III que caso que la emperatriz rehusara aliarse con los Borbones, le bastaba con que no entorpeciese los esfuerzos de los otros soberanos (2). María Teresa perseveró firme en su resolución a pesar de todos los esfuerzos opuestos (3), mientras que José II se mantuvo neutral sólo en consideración a su madre; si bien había dado el consejo a su confesor, el jesuita Parhamer, de que solicitaran los jesuitas por su cuenta la disolución de la Orden para prevenir así dignamente la extinción que inevitablemente había de sobrevenir (4).

Mientras las potencias borbónicas se afanaban por lograr aliados, el embajador francés daba ya los primeros pasos por orden de Choiseul en Roma, donde encontró el terreno en parte roturado. Desde los días de la persecución de Portugal, trabajaba en la Ciudad Eterna un partido antijesuítico, con la palabra y con la pluma, con miras a la supresión de la Compañía de Jesús. Las juntas de los enemigos de los jesuitas celebradas en San Agostino y en la Chiesa Nuova fueron origen de una inundación de libelos difamatorios, hojas volantes y libros, los cuales difundieron hasta las apartadas regiones de la India y América toda suerte de invenciones y calum-

esta Compañía en sus reynos, no tiene la Emp^a Reina la misma razon para echarlos fuera dominios, en los quales esta Sociedad no ha sido inquieta: que extrajudicialmente habia visto algunos papeles de Portugal que no satisfacian su deseo de aclararse mas sobre esta materia; que los cargos que hacia la Corte de España en sus Edictos eran generales, y no daban la luz particular que buscaba; que las maximas que se atribuian a los Jesuitas, aunque tan perversas, eran las mismas ahora que las que se les habian atribuido mas de un siglo ha, quando florecian tanto en España, Francia y Portugal; y por fin que los Jesuitas de los países hereditarios eran mas simples que cabillosos, y apoyó mucho en esta pretendida simpleza para persuadir que no eran temibles en Viena como en otras Cortes... Casi no dudo que el Emperador daria gustoso la mano a la expulsion e igualmente a la extincion de esta Compañía, como también creen los mas que si reinase seria una de sus primeras operaciones el disminuir las rentas y el numero de individuos de otras Ordenes religiosas de los países hereditarios (Mahony a Grimaldi el 9 de febrero de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6504). Cf. *Grimaldi a Mahony el 8 de marzo de 1768, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 3518.

(1) *Mahony a Grimaldi el 12 de abril de 1768, *ibid.*

(2) *A Tanucci el 9 de febrero de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6058.

(3) El embajador napolitano, duque de Santa Elisabetta, recibió también orden de adherirse a las medidas de España y de Francia. *Tanucci a Carlos III el 22 de marzo de 1768, *ibid.*, 6101.

(4) *Visconti a Torrigiani el 2 de enero de 1769, Cifre, Nunziat. di Germania, 392, loco cit.

nias contra la Orden jesuítica (1). En la obra titulada «Los lobos desenmascarados» se pedía ya en 1760 la expulsión de los jesuitas de España y Nápoles (2). La infame colección de esta literatura, aparecía en Lugano con irreprochable presentación. En la Gaceta de Lugano esparcían los periodistas de Roma, semana tras semana, por todo el mundo los más fantásticos engendros de su fantasía. Por medio de buenos amigos se dieron traza los adversarios para introducirse en las moradas de los jesuitas a fin de sorprender toda palabra menos considerada. Tergiversaciones y exageraciones estaban a la orden del día para desfigurar las cosas más inocentes (3). En una parodia de cierto himno religioso (4) salen a plaza las conocidas recriminaciones de tiranicidio, codicia, moral laxa, probabilismo, rebelión, etc. Los versos terminan suplicando a la Santísima Trinidad la supresión de la Orden jesuítica (5). El mismo fin tenía un «Dies irae» redactado en el mismo tono y adaptado al mismo proceso ideológico (6). El agente español Azara, el cual no era extraño a los círculos antijesuíticos, no omitía en sus cartas e informes el espolear con insistencia machacona al ministro Grimaldi a la supresión de los jesuitas (7). No se disimulaban aquende los Alpes por cierto las dificultades que surgían de la resistencia del Papa y de la férrea oposición de Torrigiani; sin embargo Fuentes opinaba que había medios para todo; con sagacidad, firmeza y dinero todo se puede conseguir en Roma, donde, según reza el conocido dicho agudo, no es el omnipotente el *Dio trino*, sino el *quattrino* (8). No faltaron por cierto quienes dijeran públicamente que había que procurar la conquista del secretario de Estado, el cual con su energía y tenacidad

(1) V. la página 337 de nuestra volumen XXXV.

(2) I lupi smascherati*, Aletopoli, 1764, Plirothopanorthosis (v. *Orsini a Tanucci el 28 de noviembre de 1760, *Archivo de Simancas*, Estado, 4954). En la p. 226 se lee: Revelabo pudenda tua in facie tua [Nahum, 3], sino a tanto, che con Bolla pontificia non si estingua questa Società di christiani postici, religiosi di corteccia, lupi mascherati. Cf. *ibid.*, 245.

(3) Ricci, *Espulsione dalla Spagna, 14, 63 s.; Rosa, 365.

(4) «Aeternae Rex altissime».

(5) *Praesta Beata Trinitas | Ut ad quietem publicam | Veramque tui gloriam | Haec pereat Societas. Amen. Ms. en poder de los jesuitas, *Miscellanea*, 37.

(6) *Ibid.*

(7) *Azara me dice con el viejo Caton: delenda est Carthago, y en realidad esto mismo parece debieran decir todas las Potencias catolicas. Grimaldi a Tanucci el 27 de octubre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 6100.

(8) A Roda el 10 de julio de 1767, *Archivo Prov. Tolet. de Madrid*, Chamartín, P.

se imponía a los mismos adversarios (1); si bien todos los que por tratarle inmediatamente (2) conocían su carácter noble, entero e insobornable sabían que jamás abdicaría él de sus principios por consideraciones oportunistas o intereses personales (3). A su sentido de justicia repugnaba sacrificar por consideración a las cortes una Orden que hasta la fecha había prestado grandes servicios a la Iglesia y no se había hecho culpable de crimen alguno. No todos los cardenales compartían su sentir y pensar. En la sesión que la Congregación celebró para deliberar sobre la admisión de los jesuitas españoles en los Estados pontificios, habían emitido su parecer los cardenales Cavalchini y Stoppani en el sentido de que habiendo de ser suprimida la Compañía forzosamente dentro de poco, no era gran perjuicio si se la extinguía algunos años antes (4). A un amigo confidente dió a entender Cavalchini que no era él el único que así pensaba en el Sacro Colegio (5). Con ocasión de la extradición de los jesuitas de Nápoles volvió a colocarse de nuevo sobre el tapete la supresión de la Compañía. Según un comunicado confidencial del cardenal Calini, de los ocho presentes se expresaron en favor de la supresión los cardenales Stoppani, Giovanni Francesco Albani, Fantuzzi y Cavalchini. Es cierto que reconocían y confesaban que la Compañía de Jesús se había hecho benemérita de la religión y que no había decaído en relajación, pero no queriéndola tener ya los soberanos en sus Estados, el conservarla significaba exponer a la Iglesia a grandes peligros (6). El mismo nuncio de París Pallavicini estaba persuadido de la necesidad de la supresión, e incluso prometió

(1) Choiseul a Aubeterre el 21 de abril de 1767, en Carayon, XVI, 400 s. (v. anteriormente, pág. 563 s.); *Dictamen del Consejo extraordinario del 21 de marzo de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5054; *Du Tillot a Azara el 21 de agosto de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1768-69.

(2) Theiner, *Histoire*, I, 146.

(3) Aubeterre a Choiseul el 13 de mayo de 1767, en Carayon, XVI, 404.

(4) Ricci, *Espulsione dalla Spagna, 25.

(5) *López de Barrera a Roda el 30 de abril de 1767, *Archivo Prov. Tolet. de Madrid*, Chamartín, P.

(6) *In una delle congregazioni tenute per tale affare che furono varie, fu proposta l'abolizione della Compagnia di Gesù. Furono per questa opinione i cardinali Stoppani, Gio. Franc. Albani, Fantuzzi e Cavalchini; vero è che premisero, che la Compagnia era assai benemerita della Chiesa, e che non era guasta, ma il solo motivo che gli determinava era che i principi oggidì non la volevano e che il sostenerla era porre in maggiori pericoli la Chiesa. Lo raccontò al Generale come saputo di certo il card. Calini, e lo affermava una sorda ma comune voce di Roma. Ricci, *Espulsione dalla Spagna*, 44.

redactar un dictamen en este sentido para presentarlo en Roma (1).

Entre los enemigos de la Orden militaba un sobrino de Clemente XIII, el mayordomo Rezzonico. Antítesis de su hermano el piadoso cardenal Rezzonico, no disimulaba para nada su aversión por creer que por causa de los jesuitas había sido dificultada su promoción; a uno de sus confidentes había declarado que el asunto de la Compañía de Jesús se encaminaba hacia el fin que habían ellos merecido; que tanto él como sus amigos deseaban que el Papa se viera obligado por las cortes a dar el golpe de gracia a la Orden, para lo cual de buena gana cooperarían ellos personalmente (2). Choiseul hizo deslumbradoras promesas a este prelado. Caso que lograra convencer a su tío y moverlo a suprimir a los jesuitas, el rey de Francia le haría un presente de cien mil escudos; otro tanto podía esperar de España, tal era la largueza con que ambas cortes tenían propósito de recompensar a sus partidarios. Además le puso delante la perspectiva del protectorado sobre Francia tan pronto como llegase a la dignidad de cardenal. De esta oferta había de hacer uso Aubeterre en forma insinuante y precavida y transmitir al duque la respuesta de Rezzonico sólo por carta privada (3). Con el fin de aumentar el número de partidarios de los Borbones en el Colegio Apostólico coaccionó repetidas veces el embajador francés al Pontífice para que otorgara a su sobrino el capelo cardenalicio. También Azpuru apoyó esta candidatura por ser el único en el palacio apostólico que hablaba a su tío con libertad en favor de los monarcas católicos, defendía osadamente las medidas del rey de España y ensalzaba el sentido de justicia, la piedad y celo religioso del mismo (4). Escaso aplauso halló en Madrid este paso; mas de grado o a disgusto se resolvieron por consideración a Francia a favorecer y apoyar los planes ambiciosos del nepote (5)

(1) *Fuentes a Grimaldi el 10 de junio de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 4566. Cf. *Fuentes a Grimaldi el 27 de junio de 1768, *ibid.*, 4565; *Grimaldi a Roda el 6 de julio de 1768, *ibid.*, Gracia y Justicia, 668.

(2) *López de Barrera a Roda el 30 de abril de 1767, *Archivo Prov. Tolet. de Madrid*, Chamartín, P.; *Azpuru a Grimaldi el 2 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4982; Aubeterre a Choiseul el 27 de mayo y 17 de junio de 1767, en Carayon, XVI, 407, 410.

(3) Choiseul a Aubeterre el 1.º de junio de 1767, *ibid.*, 409.

(4) *Azpuru a Grimaldi el 2 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4982.

(5) *Grimaldi a Fuentes el 20 de julio de 1767, *ibid.*, 4976. A juicio de algunos la fobia contra los jesuitas del mayordomo no pasaba de ser un rasgo

El primer tanteo del mayordomo para hacer cambiar de opinión a su tío tuvo ya mala acogida, pues acababa de llegar precisamente del nuncio de Viena la noticia de que la emperatriz había declarado que estaba satisfecha de los jesuitas de su país y que de su parte nada tenían que temer (1). El mismo infeliz éxito tuvo un paso no oficial dado por el propio Aubeterre. Como en una audiencia recayera la conversación sobre la resolución antijesuitica del Parlamento de Aix, dijo el embajador que no podía ocultar sus temores de que el vivo interés del Papa en favor de los jesuitas acarrearía graves inconvenientes a la Santa Sede. Sin pretender entrar en la cuestión de la culpabilidad, no podía negar que la Orden estaba perdida en la opinión pública; y las consecuencias de una opinión sólidamente arraigada eran idénticas a las de una verdad claramente demostrada. Estos religiosos ya no podían hacer por entonces nada bueno, siendo por tanto absolutamente inútiles para la religión. En cambio, con su secularización quedarían allanadas todas las diferencias, y se proporcionaría un gran beneficio a la Compañía y a los miembros en particular, y una no menor satisfacción a los monarcas que la habían expulsado. No había otro procedimiento para salir de las incertidumbres que indudablemente había de acarrear tras sí este asunto. Si bien no tenía misión alguna para hablar en tales términos, sí podía asegurar que tal razonamiento era la expresión del común sentir en todas las naciones. El Pontífice, que siguió el discurso del embajador con intensa atención y a veces con viva contradicción, observó secamente, para terminar, que éstas eran cosas en las cuales no se podía ni siquiera pensar; si los jesuitas nada bueno podían realizar en los países de los cuales habían sido arrojados, lo harían en otros sitios (2). Gran extrañeza y disgusto produjo en España el precipitado paso del embajador francés (3). Con ánimo de apaciguar dijo de astucia para lograr de las cortes borbónicas una recomendación para el capelo cardenalicio. *Azara a Grimaldi el 4 de agosto de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «Parma», 1768; *Du Tillot a Azara el 30 de octubre de 1768, *ibid.*, Exped., 1768-69; *Tanucci a Orsini el 8 de noviembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6006.

(1) Aubeterre a Choiseul el 27 de mayo y 24 de junio de 1767, en Carayon, XVI, 407, 412. Cf. anteriormente, pág. 574 s.

(2) Aubeterre a Choiseul el 24 de junio de 1767, *ibid.*, 413; *Azpuru a Grimaldi el 2 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5044; Ricci, *Espulsione dalla Spagna, 26.

(3) *Grimaldi a Azpuru el 4 de agosto de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 47; *Grimaldi a Illaguno [4 de agosto de 1767], *Archivo de Simancas*, Estado, 5045.

Choiseul que si bien la conducta de Aubeterre no era del todo plausible, sin embargo no podría originarse gran perjuicio para los planes de los soberanos de la simple manifestación de su criterio particular, pues era a propósito para disponer a la corte de Roma a las futuras medidas de los monarcas (1).

En su informe acerca de la audiencia hacía notar Aubeterre que, según opinaba el mayordomo, sólo la cooperación de todas las potencias católicas sería eficaz para mover al Papa a la supresión de la Compañía (2). Él personalmente estaba persuadido de que era un engaño el creer que sería factible determinar a Clemente XIII por medios pacíficos a tal medida; era preciso arrancársela por la viva fuerza. De esto se desprendía para el rey de Francia la necesidad de ocupar Aviñón y Venaissin, pues de lo contrario seguirían siendo inextinguibles focos de revueltas para el país. Ninguna utilidad reportaba la Cámara Apostólica de dichas ciudades, y los romanos las miran con indiferencia si no con aversión por haber sido en otros tiempos residencia de los Papas. Posteriormente podría el monarca ofrecer a la Santa Sede una indemnización de tres a cuatro millones de escudos y en secreto una considerable compensación a la familia del Papa. Al principio será rechazado a no dudarlo el ofrecimiento, pero a la postre terminarán por encontrarlo aceptable (3).

En julio de 1767 había manifestado Choiseul al embajador español el deseo de que Nápoles tomase la iniciativa en el asunto presentando el primero en Roma la demanda de la supresión, pues una vez evitada con ello la repulsa, nada tendrían que temer de los jesuitas las potencias que los desterraron, y además, por tratarse de Nápoles, se procedería con más cautela a fin de no provocar a Tanucci a su extradición. Naturalmente los demás gobiernos habrían de apoyar inmediatamente el paso de Nápoles (4). Con este extremo no estaban conformes ni en Madrid ni en Nápoles. Las constantes presunciones habían llegado hasta el punto de que Carlos III temiera por la vida de su hijo; es preciso, decía, arrojar a los enemigos de casa, antes de que pudiera hacer las representaciones en Roma ni

(1) *A Fuentes el 9 de agosto de 1767, *ibid.*, 4565.

(2) A Choiseul el 24 de junio y 8 de julio de 1767, en Carayon, XVI, 413 ss.;

*a Choiseul el 15 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4565.

(3) A Choiseul el 8 y 15 de julio de 1767 en Carayon, loco cit.

(4) *Fuentes a Roda el 10 de julio de 1767, *Archivo Prov. Tolet. de Madrid*, Chamartín, P.

aliarse con otros para este objeto (1). Con mayor animosidad todavía propugnaba Tanucci las pretensiones. Choiseul, así escribía airado, haría mejor en pensar en el futuro conclave que en la supresión de los jesuitas durante el reinado del actual Pontífice (2), el cual es tan imbécil e inepto como sólo lo puede ser un hombre sin espíritu ni formación. Lo primero que podrían hacer las cortes sería no permitirse negociación alguna con Roma (3). Es tiempo perdido tratar de la supresión de la Compañía durante el actual pontificado y quizá en muchos todavía venideros, pues los cardenales y prelados son alumnos de los jesuitas en sus tres cuartas partes. Quien proponga semejante cosa, ese no conoce bien la curia o no teme un rompimiento (4). Los ministros seculares, según su criterio, tendrían que ignorar en lo posible que existía Roma: cuanto menos Roma, tanto más paz, tanto mayor seguridad, tanto más religión (5).

En vista de la resistencia de Madrid y de Nápoles desistió el duque de su proyecto (6); y lo pudo hacer tanto más fácilmente cuanto que Aubeterre opinaba que la amenaza de expulsar a los jesuitas de Nápoles produciría poca impresión en la corte pontificia, pues hacía ya tiempo que la esperaban. El único camino eficaz era una actuación mancomunada de las tres cortes con el firme propósito de llevar las cosas hasta el extremo; entonces habría de terminar Roma por ceder. Si al principio se resistía, medios suficientes tenían a mano los monarcas para hacer sentir su enojo en tal forma que fuera imposible ofrecer resistencia a la larga. Durante el futuro pontificado todo se podría arreglar (7).

Por medio del embajador Ossun hizo Choiseul representar en Madrid que aun cuando su soberano consideraba la supresión de la Compañía de Jesús como un asunto de trascendencia y aguardaba con ansiedad las proposiciones de su primo referentes a las medidas que en común habían de adoptar, sin embargo no cabía forjarse

(1) *Grimaldi a Fuentes el 31 de julio de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4565; *Grimaldi a Tanucci el 4 de agosto y 15 de septiembre de 1767, *ibid.*, 6100.

(2) *A Carlos III el 25 de agosto de 1767, *ibid.*, 6100; *a Roda el 25 de agosto de 1767, *ibid.*, 6002.

(3) *A Castromonte el 29 de agosto de 1767, *ibid.*

(4) *A Castromonte el 10 de octubre de 1767, *ibid.*

(5) *A Azara el 29 de agosto de 1767, *ibid.*

(6) *Choiseul a Fuentes el 1.º de octubre de 1767, *ibid.*, 4564.

(7) Aubeterre a Choiseul el 16 de septiembre de 1767, en Carayon,

ilusiones de llegar a la meta durante el pontificado del actual Papa. La mira capital había que ponerla en dar un sucesor a propósito al anciano y enfermizo Clemente XIII (1). Aun así era todavía problemático si los Borbones realizarían sus designios mientras otras potencias católicas y aun protestantes ampararan a los jesuitas (2). Lo único que podía surtir efecto era una demanda bien fundamentada de que fuera suprimida la Compañía de Jesús y su general mandado a España para exigirle responsabilidades; en todo caso, se puede amenazar con prenderle en Roma. Es indudable que Ricci no irá a Madrid, pero su temor y el de Roma acelerarían la secularización de la Orden, mayormente si algunas compañías de granaderos napolitanos apoyasen la demanda de las cortes. Todos los procedimientos, fuera de la fuerza, no conducirán a nada (3).

Pero en Madrid se espantaban de una actuación de violencia. De los métodos que había que proponer no quiso el ministro de Estado dar su opinión definitiva antes de oír al Consejo extraordinario. Su gobierno no insistiría más en la deposición de Torrigiani. Saltaba a la vista que Clemente XIII no se avendría por las buenas a la supresión de la Compañía, pero aun había un término medio entre la blandura y el rigor. Una guerra efectiva, como proponía Pombal, parecía en verdad un medio demasiado violento. Lo principal era conseguir la cooperación de la corte de Viena (4).

En el correr del mes de enero de 1768 llegaron los dictámenes que Grimaldi había requerido sobre la promemoria de Pombal (5) la resulta de los cuales había de servir de respuesta a las proposiciones de Choiseul. Por vía de preámbulo ponía de relieve el confesor del rey, Osma, que en vista del influjo y poderío que los jesuitas disfrutaban en Roma, sería su extinción una empresa rayana en lo imposible; sin embargo había que confiar en la asistencia de la divina Providencia. Sus respuestas a la triple pregunta: ¿es justa la supresión de la Compañía? ¿es conveniente? ¿con qué medios se podría lograr?, culminan en las siguientes proposiciones fundamentales. La justicia

(1) *A Ossun el 15 de octubre y 3 de noviembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4686; *Ossun a Grimaldi el 17 de octubre de 1767, *ibid.*

(2) *Choiseul a Ossun el 10 de noviembre de 1767, en el apéndice núm. 2 b.

(3) *Choiseul a Grimaldi el 12/16 de noviembre de 1767, *ibid.*

(4) *Grimaldi a Choiseul el 8 de diciembre de 1767, *ibid.*

(5) *Aranda a Grimaldi el 14 de diciembre de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 4568; *Grimaldi a Osma el 22 de diciembre de 1767, *ibid.* Cf. anteriormente, pág. 571 y 572.

de la demanda se desprende de los escritos de muchos sabios y píos varones así como de los motivos y razones que movieron a los cuatro monarcas a expulsarlos, como que allí están la relajación de la disciplina religiosa, deserción de los primitivos principios, sistema político de gobierno, negocios comerciales, moral laxa y la ruina de la virtud y costumbres que con ello han producido en la cristiandad. Los príncipes a quienes Dios ha puesto por soberanos del mundo se ven en la alternativa de tenerse que someter servilmente a sus dogmas o a no estar seguros ante sus manos. ¿Cómo puede dejar de ser justa la supresión de una corporación tan perjudicial y corruptora? Y si es justa, luego también es obligación de los soberanos, que han reconocido su malignidad, exigir su total exterminio. Siendo esta Orden idéntica en todas partes, de ahí que en todas partes también los frutos que produce sean igualmente perniciosos. Como antiguamente, así también al presente son los jesuitas enemigos de la Iglesia, de la doctrina verdadera y del espíritu del Evangelio. A los cuatro reyes, a fuer de primogénitos de la Iglesia, incumbe el deber de librar a los hijos de nuestra santa Madre la Iglesia de esta peste contagiosa que han descubierto en sus Estados, en lo cual han de proponerse como blanco y fin el honor de Dios, el bien de la Iglesia y la conservación en su puridad de la religión. Para conseguir este objeto hay que hacer siempre uso de los medios más suaves y al mismo tiempo más eficaces. Por esta razón aconseja Osma que ante todo se conquiste para la empresa a los restantes soberanos, especialmente al emperador y a la emperatriz. Además es preciso alejar de la secretaría de Estado a Torrigiani, en cuya persona se encarnan el poderío de Roma y la fuerza de resistencia de la Compañía de Jesús. Otrosí hay que instar y mover a los obispos y cabildos catedralicios de los cuatro reinos a que dirijan a la Santa Sede instancias demandando la supresión de la Orden. Basándose en estos documentos habrá luego que presentar al Papa la demanda formal y bien razonada de la extinción. Si se consigue que la dimisión de Torrigiani sea una realidad, entonces es de esperar un buen resultado; en caso distinto habrán de presentar al Papa los embajadores su demanda en una audiencia, declarando que se recusa en este asunto la mediación del secretario de Estado y se pide al Papa se digne hacerles llegar la respuesta por medio de otro cardenal que no sea parcial. El lenguaje debe ser siempre respetuoso, pero enérgico. Una vez empezado, no hay que dejar ya al asunto de las

manos hasta haber conseguido el fin propuesto. Se seguirían las más funestas consecuencias si después de haber comenzado la cosa se desistiera luego de ella, pues la Orden jesuítica es una terrible corporación y aun se tornaría más temible si saliera triunfante de la lucha librada contra cuatro soberanos (1).

Prescindiendo de los ribetes religiosos, el dictamen de Roda (2) se mueve en un círculo de ideas parecidas a las expuestas por el confesor de la corte. Con singular énfasis recalca que la Orden ya no puede reportar utilidad alguna a la cristiandad. Para los fieles sería motivo de escándalo si vieran cómo los jesuitas expulsados por las cortes católicas más conspicuas, eran protegidos en otros países y en Roma. De aquí podrían surgir fácilmente dudas sobre la rectitud y justicia de su destierro, y por otra parte dichos religiosos no dejarían medio por emplear con el fin de activar su regreso, siendo así de temer una nueva conmoción de los ánimos. De donde se desprende que el único medio adecuado para garantizar la tranquilidad y la paz es su total exterminio. Muy útil sería si los obispos y prelados, aduciendo los episodios ocurridos en sus diócesis, expusieran al Pontífice la utilidad y necesidad de la supresión y presentaran formal demanda de ella, la cual, con todo, habrían de presentar antes al gobierno para su examen. A fin de no dejar a los jesuitas tiempo alguno para el contraataque es indispensable obrar con rapidez, mayormente habiendo de contar con el pronto fallecimiento del Papa, dada su avanzada edad y quebrantada salud. Porque será de gran trascendencia presentar la demanda en vida aun del actual Pontífice, para que sea conocida en el futuro conclave, en el cual habrá que repetir las peticiones y protestar contra la elección de cualquier Papa que no sea nombrado con el compromiso de la supresión. Además es preciso insistir en que Torrigiani sea apartado al menos de este asunto, por ser el adversario más fanático de los derechos de regalía de los soberanos. La moción ha de ser acordada entre los soberanos y habrá de ser presentada con la mayor simultaneidad posible. Es imprescindible dar muestras de energía, en medio del mayor respeto, y dar a entender que los monarcas se defenderán a toda costa, incluso con las armas en caso necesario.

(1) *Dictamen del P. Confesor del 13 de enero de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5054.

(2) *Dictamen del Señor Roda del mes de enero de 1767; v. apéndice, número 2 a.

Como quiera que en Roma sólo se dejan impresionar por el miedo o por la perspectiva de las ventajas, hay que tratar con los cardenales en particular para ganarlos. La principal preocupación ha de ser en todo caso el futuro conclave, a fin de que sólo sea elegido un Pontífice adicto a las cortes y que no esté predispuesto en favor de los jesuitas.

El dictamen de Grimaldi (1) tampoco quería saber nada de los planes guerreros de Pombal, ni de la ocupación de los Estados pontificios. Pasando por alto otras consideraciones, el autor no juzga justo semejante proceder. Si se considera la supresión como un asunto religioso, dice, en ese caso ningún derecho tienen los soberanos para obligar al Papa por la violencia a dar un paso al cual él se resiste. Si, por el contrario, se la tiene por asunto temporal, tampoco tendrían razón los monarcas para exigir de Roma una medida que actualmente sólo atañe a otros Estados dado que la Orden ya no subsiste en sus territorios. Como medios adecuados señala Grimaldi la conquista de la corte de Viena, la formación de una congregación especial integrada por cardenales y prelados para discutir este asunto y la catequesis de los miembros de la congregación en parte por motivos reales y en parte también «mediante aquellos medios que en todas partes y sobre todo en Roma se suelen emplear con provecho». En los territorios donde entran en juego intereses materiales se puede, por vía de requerimiento, amenazar con represalias, como, por ejemplo, con la supresión del tribunal de la nunciatura en España. Es preciso dar a entender que los monarcas coligados no tolerarán que nadie les supere en lo que se refiere al respeto y obediencia al Vicario de Cristo en la tierra y en general en lo que atañe al dominio espiritual.

La promemoria que basándose en los distintos dictámenes había preparado Grimaldi fué remitida de nuevo, para su examen, al Consejo extraordinario juntamente con los obispos adscritos, antes de entregarla al embajador portugués (2). Aquéllos fueron de parecer que era inaplazablemente necesario exigir en Roma la total supresión de la Compañía de Jesús. La convocación de un concilio para este fin no era procedente, pero sí en cambio recomendable el instar a los obispos y superiores religiosos que se adhirieran al gobierno

(1) * *Archivo de Simancas*, Estado, 5054; v. apéndice núm. 2 c.

(2) * Grimaldi a Aranda el 26 de febrero de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 5054.

para presentar la demanda en Roma. Podría ser de utilidad encargar a algunos individuos de saber y de fama que defendieran por escrito la demanda de los soberanos. Merecía todos los esfuerzos por conseguirla la cooperación, o al menos la aprobación, de los restantes soberanos católicos. En cambio no parecía acomodarse a la dignidad de tres poderosos monarcas declarar la guerra al Papa, soberano temporal indefenso y Padre común de los creyentes. Pero sí que había que poner en conocimiento del Colegio cardenalicio, en el momento del conclave, el riesgo tan enorme a que se exponía, caso que eligiera un Pontífice que no cooperara honradamente en la supresión de los jesuitas. No había que insistir en la idea de castigar al padre general y a sus asistentes como cómplices. Demandar la deposición de Torrigiani y su exclusión de este asunto era cosa de problemático éxito, pues podría ser designado para sucederle un secreto y más astuto partidario de los jesuitas; más eficaz era trabajar por conquistar al secretario de Estado. Caía de su peso que en tal caso no había que irrogarle perjuicio alguno en lo que se refiere a la pérdida de los ingresos que el apoyo a la Orden le acarrea. Aun cuando hubiera que destinar para ello una considerable suma, sería esto ciertamente más provechoso y aun más económico que una irrupción armada en los Estados pontificios. De ningún modo y en ningún caso había que meterse en propuestas de reforma y en medios paliativos de cualquier género (1).

En la promemoria que como contestación a las proposiciones de Pombal fué entregada el 30 de marzo de 1768 al embajador portugués, Ayres de Sa e Mello, se sienta la afirmación, por vía de preámbulo, de que la total supresión de la Compañía de Jesús era extraordinariamente provechosa para la Iglesia, mas para la seguridad de las cortes, de carácter perentorio. De ahí la necesidad de que los cinco monarcas que habían desterrado a los jesuitas impusieran sin demora y con la mayor energía la total extinción de esta terrible y perniciosa corporación y no se anduvieran con medidas a medias. A todos los demás procedimientos hay que preferir el de las negociaciones, reservando la ocupación de los Estados de la Iglesia como último recurso de amenaza. Absolutamente necesario es además cerciorarse de antemano de la cooperación, o al menos de la neutralidad, de las restantes potencias católicas, principalmente de Austria. En el requeri-

(1) *Dictamen del Consejo extraordinario [21 de marzo de 1768], *ibid.*; v. apéndice, núm. 2 d.

miento hecho al Papa habían de ser expuestas, con el debido respeto, pero con energía y firmeza, las importantes y justas razones en que se cimenta la demanda, las cuales por lo que se refiera a Portugal, se hallan en la *Dedução cronologica*, y respecto de España, en los decretos de expulsión. Provechoso sería si los obispos, prelados, universidades y corporaciones representativas de los cinco Estados dirigieran a sus respectivos soberanos escritos postulatorios instándoles a que exigieran del Pontífice la supresión total de la Orden jesuítica, haciéndoles llegar para este objeto las oportunas notificaciones. Ni que decir tiene que hay que proceder con celeridad, por una parte, para impedir la resistencia de los jesuitas, y, por otra, por ser muy importante el que el requerimiento sea presentado aun antes de la muerte de Clemente XIII; puesto que si la demanda de los gobiernos es ya conocida en el futuro conclave, más fácilmente tomará en consideración el Sacro Colegio la solicitud de los soberanos, para evitar el riesgo a que se podrían exponer de otra suerte en la elección papal. «Que en la instancia formal que por escrito se ha de dirigir al Papa se pida a su beatitud extinga la Orden de la Compañía por vía de providencia gubernativa, económica y paterna, sin entrar en discusiones formales, como lo hizo Clemente V con los templarios, San Pío V y otros Papas con los humillados, jesuatos y otros; pues por la notoriedad de las causas y por la aserción de tan grandes príncipes se convence, que atendidas las circunstancias, requiere y obliga en el caso presente la tranquilidad común de la Iglesia y de los soberanos a que se proceda a la extinción por aquella vía pronta y provisional. Que se debe insistir en que se adopte este método, evitando en todo lo posible que intente Roma tratar el asunto por las reglas de un proceso de extinción, el cual perjudicaría mucho al objeto propuesto, por dilaciones y manejos a que se daba campo, además de que se comprometería el decoro de los monarcas a quienes no corresponde hacerse acusadores judiciales, ni litigar un pleito con el general de la Compañía.» (1) Caso que se nombrase una congregación para informar al Papa, habría de estar formada sólo por cardenales y prelados imparciales; para granjear sus votos hay que valerse de los poderosos estímulos del interés y del temor, únicos móviles de una negociación de esta índole en la curia romana. Ade-

(1) *Proyecto de Memoria en respuesta a Portugal, según se envió al Consejo extraordinario (texto definitivo del 30 de marzo de 1768), *Archivo de Simancas*, Estado, 5054; v. apéndice, núm. 2 c.

más hay que hacer constar la firme resolución en que se hallan los monarcas de poner en práctica, cada uno en sus dominios, todos aquellos medios que siendo lícitos, fueran más perjudiciales a los intereses de la curia romana, como, por ejemplo, el de suprimir el Tribunal de la Nunciatura en España y restituir toda la autoridad nativa a los obispos y de impedir todos los recursos a Roma, salvo en casos legítima y absolutamente reservados a la Santa Sede por la disciplina más antigua de la Iglesia. Los demás monarcas tendrán amenazas con que intimidar a la corte de Roma; todos deben dar a entender que se procederá en caso de obstinación y negativa a las medidas más serias y eficaces.

Durante el transcurso de las negociaciones entre las cortes se dió claramente a entender a los nuncios que los monarcas deseaban a todo trance la extinción de la Compañía de Jesús. A las protestas de Lucini contra el clandestino desembarco de los jesuitas napolitanos en los Estados pontificios, replicó el confesor de Carlos III que el Papa tenía en las manos el medio de salir del apuro y de satisfacer a los soberanos ortodoxos suprimiendo la Orden jesuítica. Más explícito fué todavía Grimaldi. Las cortes, dijo, han sentado el principio de que la corporación de los jesuitas ha de ser suprimida. Caso que Clemente XIII no se resuelva a ello voluntariamente, los soberanos no desistirán jamás, de suerte que serán inevitables temporales pérdidas en los dominios de la Iglesia. Si, en cambio, la curia romana da satisfacción a los soberanos católicos, esas pérdidas serán reparadas y se evitarán otras nuevas.

También el embajador portugués declaró al nuncio de Madrid que su gobierno hacía depender la reanudación de las relaciones con Roma de la supresión de la Orden de los jesuitas. Todos los gobiernos estaban perfectamente acordes por el momento en que no había que dejar medio por emplear a fin de mover al Papa a dar semejante paso (1). El secreto de la actualidad, escribía Lucini en enero de 1768 a Garampi, es la conjuración tramada entre España y las otras cortes contra la curia romana exigiendo imperativamente la supresión de los jesuitas y haciendo superflua la autoridad del Papa en todos los Estados. Los obispos fieles a Roma son humillados y abatidos; nuestros mayores enemigos son los Frati. El odio de

(1) *Lucini a Torrigiani el 22 de diciembre de 1767, Cifre, Nunziat. di Spagna, 304, *Archivo secreto pontificio*, copia en el *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767.

Carlos III contra los jesuitas, y consiguientemente a Roma, es increíble (1).

En su respuesta hacía notar Torrigiani que entre los templarios, a los cuales el embajador de Portugal aducía como punto de comparación, y los jesuitas, existía indudablemente una gran diferencia. Los delitos de los templarios eran notorios, de los jesuitas en cambio hasta la fecha sólo es público el mucho bien que han realizado y todavía realizan; y ahora, de súbito, en virtud sólo de acusaciones imprecisas, sin pruebas ni datos sobre sus delitos, han de ser condenados. A esto se añade además una manifiesta contradicción. En Portugal consistió su crimen en la inobservancia de sus constituciones, y en Francia los acusan de atenerse en demasía a esas mismas constituciones. Sólo a niños es posible infundir pavor afirmando que tales religiosos son un peligro para los monarcas. Quebrantando todas las leyes de humanidad fueron expulsados de Portugal; como ganado apeestado de roña fueron arrojados de Francia, España y Nápoles. Nadie se ha quejado, nadie fuera del Papa ha salido en su defensa, y ¡esos son los gigantes que domeñan a los soberanos! Igualmente insensato es el subterfugio de que la Santa Sede está dominada por los jesuitas. Adúzcanse pruebas de ello y nosotros seremos los primeros en alejarlos de los asuntos que no atañen a su vocación. Desde que comenzó la gran persecución nos hemos guardado con especial circunspección de meterlos en asuntos, incluso en aquellos en los cuales nos hubieran podido prestar grandes servicios. Si de la protección que la Santa Sede les dispensa se arguye que tienen sojuzgado al Pontífice, esa es una consecuencia rechazable, pues el Papa tiene el deber de ampararlos a ellos lo mismo que defendería a cualquiera otra Orden que se hallara en iguales circunstancias. Toda la conflagración es pura consecuencia de ardises y amaños urdidos entre las cortes. Jamás se llegará a lograr que el Papa preste su mano a esas cábalas y las ratifique con su sello. Grimaldi ha sentado la afirmación de que la Santa Sede será sepultada bajo los escombros de la Orden jesuítica y que cada vez irá perdiendo más de sus derechos tanto temporales como espirituales

(1) *Il grand arcano, che esiste ora, è la congiura combinata con le altre corti dell'Europa contro la corte di Roma, mentre si vuole assolutamente la suppressione de'Gesuiti, e ridurre inutile l'autorità pontificia in tutti i regni (Lucini a Garampi el [212?] de enero de 1768, Cifre, Nunziat. di Spagna, 305, loco cit.). *Di Rivera, embajador de Cerdeña en Roma, a Lascaris el 29 de enero de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6101.

y hasta que es problemático que pueda salvar sus dominios temporales. Me quiero permitir preguntar a mi vez, ¿qué tienen que ver los jesuitas con las actuales usurpaciones perpetradas por los soberanos contra los privilegios de la Santa Sede, y aun con los mismos ataques indirectos contra la religión? ¿Por qué no se dirige la atención mucho mejor a las corruptoras máximas de esta centuria? ¿Por qué razón prestan los soberanos grato oído a las adulaciones de los políticos? ¿Qué tienen que ver los jesuitas con el poder temporal de la Santa Sede, para que ésta lo haya de perder por su causa? Ni el actual, como tampoco el futuro Pontífice pueden suprimir una Orden, la cual según testimonio de obispos y soberanos ha sido provechosa a todo el mundo por lo que a la religión y al Estado se refiere, si no se demuestra que ha degenerado de lo que era y ha cometido enormes crímenes. Estos son los sentimientos de Su Santidad, a los cuales V. S. debe dar siempre toda la eficacia con su celo (1).

Los dictámenes de las cortes y la memoria estaban ya preparados (2) cuando la publicación del monitorio contra Parma (30 de enero de 1768) creó una situación nueva y dió pie a la ocupación de Aviñón y Benevento. Como condición previa e imprescindible para el arreglo del incidente exigió España la supresión de la Compañía de Jesús (3), siendo por cierto los Borbones los primeros que habían de romper el fuego, el cual podrían secundar las demás potencias en caso dado (4). Persuadido de que la amalgama del asunto

(1) *V. S. save quales son, y quales deven ser las maximas de la S^{ta} Sede: las del Papa no son, ni pueden ser diversas, con que no podrá nunca ni el Papa presente, ni el que venga despues destruir una Orden religiosa que por authoridad de los obispos de todas las partes del mundo, y por confesion de los mismos principes del siglo, ha sido hasta aora util al servicio de Dios, y al del Estado, sino se prueba que haia degenerado de lo que era, y que estos hijos haian cometido enormes delitos: estos son los sentimientos de Su Santidad, y estos son aquellos a los quales V. S. deve dar siempre toda la eficacia con su celo. Torrigiani a Lucini el 7 de enero de 1768 (traducción), *ibid.*, 5072.

(2) *No omito advertir a V. E. aqui que, quando recibimos la noticia del Monitorio del Papa contra la corte de Parma, estaba ya formada la Memoria y que esta se dispuso segun las circunstancias anteriores en que nos hallabamos con Roma. Grimaldi a Fuentes el 16 de mayo de 1768, *ibid.*, 5054.

(3) *...y no temas que la composicion con Roma sea segun ella lo piensa, pues por mi parte no se hará así, y antes bien a de ser con la total extincion de los Jesuitas (Carlos III a Tanucci el 10 de mayo de 1768, *ibid.*, 6058). *...es S. M. de dictamen, que tambien se pida por las tres cortes, como articulo sin el qual no tendrá efecto la composicion con Roma. Este articulo le propone S. M. como dictamen, y no como resolucion, si le aceptasen en Francia, lo avisaré a V. E. (Grimaldi a Tanucci el 26 de julio de 1768, *ibid.*, 6101).

(4) *Grimaldi a Fuentes el 16 de mayo de 1768, *ibid.*, 4565.

de los jesuitas con la complicación por causa de Parma no podía reportar más que perjuicios, no puso Choiseul en su instrucción a Aubeterre la supresión como condición de paz, sino que tan sólo advirtió que, caso que Portugal presentara esta demanda, podría contar con la cooperación de los gobiernos borbónicos (1), y recomendó encarecidamente al gabinete de Madrid que demorara el requerimiento hasta el próximo conclave o hasta el reinado del futuro Pontífice, pues todas las exigencias de esta índole eran inútiles por el momento y quizá podrían inducir a Clemente XIII a adoptar medidas que su sucesor no pudiera derogar (2). De diferente modo se pensaba en España. Tanto el rey como el Consejo extraordinario insistían en que la supresión de la Compañía de Jesús había de ser el primer requisito preliminar para una inteligencia, sin cuyo cumplimiento serían inútiles todas las demás negociaciones (3). Grimaldi hubo de comunicar a Choiseul que su corte no se podía limitar al apoyo de Portugal, sino que consideraba la supresión como condición esencial. Prelados y jurisconsultos representaban sin cesar al rey que mientras existiera esta Orden en cualquier rincón del mundo era imposible reinara una paz verdadera en la Iglesia y en el Estado. Aun cuando fueran escasas las esperanzas del éxito, con todo, la necesidad que Roma sentía de la paz quizá sería capaz de hacer vacilar la tenacidad del Pontífice y de su ministro (4). En

(1) Quant au Portugal, il demande l'extinction totale de la Société des Jésuites, et je ne doute pas que les trois cours n'appuient cette demande (Choiseul a Aubeterre, sin fecha [¿11 de julio de 1768?], en Carayon, XVI, 433). *Grimaldi a Azpuru el 26 de julio de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 48.

(2) *Nous pensons entièrement comme la cour de Madrid sur la nécessité et l'utilité de l'extinction absolue de la Société des Jésuites, mais nous sommes persuadés que toute réquisition que nous ferions à cet égard dans les circonstances actuelles seroit très inutile. Le Pape qui s'est si opiniâtrément refusé à la révocation du Bref du 30 Janvier, à laquelle on lui avoit fourni un moyen de se déterminer sans compromettre sa dignité ni son amour-propre, se prêteroit encore moins à l'abolition et à la sécularisation de l'Ordre jésuitique et se porteroit peut-être au parti extrême de faire prendre au St-Siège et à l'autorité pontificale des engagements si forts sur cet objet, que les successeurs de Clément XIII pourroient se croire dans l'impossibilité d'y déroger (Choiseul a Ossun el 19 de julio de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 4568). *Ossun a Grimaldi el 28 de julio de 1768, *ibid.*

(3) *Grimaldi a Fuentes el 1.º y 11 de agosto de 1768, *ibid.*, 4565, 4566; Giraud a Torrigiani el 28 de noviembre de 1768, en Carayon, XVII, 138 s.

(4) *Grimaldi a Choiseul el 2 de agosto de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 4565.

consecuencia de esto, el embajador español recibió instrucciones no oficiales en el sentido de que la supresión de la Compañía constituya el punto esencial del requerimiento de España (1).

La enérgica negación de Clemente XIII hizo madurar en el ánimo de Carlos III el propósito de dejar a un lado, por entonces, el arreglo del conflicto de Parma y proponerse como fin próximo la supresión de la Compañía de Jesús (2). Luego que el Consejo extraordinario hubo aprobado el 30 de noviembre de 1768 el plan (3), fué expedido a Azpuru el 6 de diciembre de 1768 el memorial oficial, en el cual se requería al Pontífice la supresión total de los jesuitas. Las perturbaciones, así reza el razonamiento, que los jesuitas produjeron en los territorios españoles, las agresiones que sistemáticamente han venido cometiendo desde su fundación contra el gobierno y el bien público, movieron al rey católico a extinguir en sus Estados este foco de discordias. Así lo exigía su deber para con sus vasallos. A fuer de hijo y protector de la Iglesia, de la religión y de la sana doctrina se ve ahora obligado a dar un paso más. La corrupción de costumbres de estos religiosos en la teoría y en la práctica, los muchos tumultos y atentados de que se han hecho culpables en todas partes, la relajación de la disciplina religiosa, su desvío y discrepancia del espíritu del fundador, su aseglarado sistema de gobierno, la absoluta dependencia de la voluntad de un solo individuo, su aversión y hostilidad a toda autoridad puesta por Dios, su apoyo y defensa de la doctrina del tiranicidio, la persecución de los prelados y varones píos, los ataques a la sede apostólica cuando ésta se opone a sus

(1) *Grimaldi a Azpuru el 20 de septiembre de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped., 1768; *Grimaldi a Tanucci el 4 de octubre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6101; *Erizzo (III) al dux de Venecia el 1.º de octubre de 1768, *Archivo público de Venecia*, Ambasciatore, Roma, 287.

(2) *...me remito a lo que Grimaldi te escribe sobre la demanda que yo he juzgado que debemos azer de su total extincion, separandola totalmente de los otros puntos y negocios pendientes con Roma (Carlos III a Tanucci el 29 de noviembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6059). *Desde que intentaron entregar a nuestras gentes su negativa rotunda, no han vuelto a desplegar los labios, aunque se les nota alguna turbacion por las apariencias que ven acia Castro y Ronciglione. El Rey por su parte quiere aumentarles el sobresalto, pidiendo absoluta y positivamente la extincion total de la Compañía, como articulo separado de los negocios de Parma, y que nada tenga que ver con ellos ni con las demas condiciones que deben preceder a su ajuste (Grimaldi a Tanucci el 29 de noviembre de 1768, *ibid.*, 6101).

(3) *Consejo extraordinario, 30 de noviembre de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 48. Cf. **Archivo de Simancas*, Estado, 5036.

designios, los casos ocurridos en las misiones de Oriente, en Portugal y en otros territorios; todas estas razones demuestran que los tales no sólo no son útiles en los Estados católicos, sino antes bien perjudiciales, pues antes escandalizan que edifican. Son asimismo obstáculo a la unión de los heterodoxos a la Iglesia, puesto que aquéllos han de temer los mismos peligros. El rey católico, movido por estos notorios motivos y a fuer de hijo sumiso de la Iglesia, anhelando su mayor exaltación, el bien, el honor y la defensa de los derechos de la legítima autoridad de la Santa Sede, la paz en los Estados católicos, cuya dicha, a su entender, no puede ser compatible con la existencia de la Orden, en cumplimiento de sus deberes para con la religión, nuestro Padre Santo, para consigo mismo y sus vasallos, suplica a Su Santidad con el mayor encarecimiento la absoluta y total supresión de la Orden llamada Compañía de Jesús y la secularización de todos sus miembros, sin permitirles seguir viviendo como comunidad o congregación o bajo algún otro título de reforma o de una nueva orden, ni tener otro superior que su ordinario del lugar (1).

Copias de este memorial fueron enviadas a las cortes amigas de París y Nápoles, de las cuales se esperaba que pronto remitirían a sus representantes en Roma parecidos requerimientos. Hasta la llegada de éstos debía mantenerse Azpuru en absoluto silencio e iniciar sin pérdida de tiempo, junto con Aubeterre y Orsini, los pasos necesarios para hacer la entrega oficial de los documentos (2).

El 27 de diciembre de 1768 remitió Choiseul, a instancias del rey de España, al embajador francés Aubeterre el memorial de Francia (3), el cual contenía la demanda categórica de que fuera suprimida sin dilación ni reservas en todo el mundo la Compañía de Jesús, secularizados sus miembros y prohibida expresamente su existencia bajo cualquier forma. Para no resucitar de nuevo las viejas contiendas, omitíase en el documento toda palabra sobre la

(1) *Memoria en solicitud de que el Papa extinga el Instituto de la Compañía de Jesús, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 48, el texto en Ferrer del Río, II, 250 ss. El destierro de Ricci de la ciudad de Roma había sido dado de mano. Ricci, *Espulsione dalla Spagna, 73 s.

(2) *Grimaldi a Azpuru el 6 de diciembre de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 48; *Grimaldi a Tanucci el 6 de diciembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 6101; *Grimaldi a Fuentes el 5 de diciembre de 1768, *ibid.*, 4565; *Azpuru a Grimaldi el 22 de diciembre de 1768, *ibid.*, 5036.

(3) El texto en Carayon, XVII, 140; Theiner, *Histoire*, I, 142 s.

doctrina y la moral de los jesuitas, si bien tenía orden el embajador de afirmar que su soberano aprobaba plenamente el memorial español (1).

Tanucci, a quien Grimaldi había pedido su parecer acerca del memorial español (2), no era partidario de negociaciones, más bien recomendaba la táctica del silencio. Roma insistiría, según él, en el procedimiento por vía judicial, y para los reyes sería indecoroso si habían de comparecer como querellantes en el litigio. Además existía una gran diferencia entre los jesuitas y los templarios conocidos como notorios libertinos. Si en el proceso no queda demostrada clara y convincentemente la culpa de la Orden, decía, de suerte que se siguiera una sentencia desfavorable para las potencias, en ese caso es imposible prever las consecuencias (3). Como quiera que la corte de Madrid persistiera tenazmente en su decisión, se adhirió el ministro al apremio de España (4) aun cuando sin lograr dominar interiormente sus escrúpulos (5). El 31 de diciembre de 1768 remitió al cardenal Orsini un memorándum, idéntico en lo esencial al español (6), en el cual se rogaba al Papa que no difiriera por más tiempo la supresión de la Compañía en atención a la mala situación de la Iglesia, pues su existencia constituía un constante peligro para la paz y concordia entre los pueblos católicos y para el honor de la primera sede de la cristiandad.

Tan pronto como el 12 de enero de 1769 llegó el último memorándum, el francés, reuniéronse los tres embajadores para tomar acuerdo sobre el modo de proceder (7). En una audiencia que tuvo lugar el lunes 16 de enero a las once de la mañana, Azpuru hizo entrega al Pontífice del memorándum de su gobierno sin hacer la menor insinuación de su contenido. Clemente no preguntó cuál era

(1) Choiseul a Aubeterre el 27 de diciembre de 1768, en Carayon, XVII, 139 ss.; *Choiseul a Fuentes el 27 de diciembre de 1768, *Archivo de Simancas*, Estado, 4565; *Grimaldi a Tanucci el 9 de enero de 1769, *ibid.*, 6102.

(2) *Grimaldi a Tanucci el 22 de noviembre de 1768, *ibid.*, 6101.

(3) *A Grimaldi el 13 de diciembre de 1768, *ibid.*, 6102.

(4) *Al mismo el 20 de diciembre de 1768, *ibid.*

(5) *Al mismo el 17 de enero de 1769, *ibid.*; v. apéndice, núm. 2 g.

(6) Traducción en Danvila y Collado, II, 274 s. Traducción de los tres memoriales en la Gazette de France [enero], 1769, *Archivo de Simancas*, Estado, 5036.

(7) *Azpuru a Grimaldi el 12 de enero de 1769, *Archivo de Simancas*, Estado, 5036; *Orsini a Tanucci el 13 de enero de 1769, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, ¹⁸⁰/₁₀₈₅.

el objeto del documento, comenzó a leerlo, pero pronto interrumpió la lectura y dejó el escrito sobre el bufete, diciendo que lo vería luego y daría contestación. Preguntó el Papa al embajador si se le ofrecía otra cosa y respondiendo que no el interrogado, le despidió dándole la bendición. La expresión de pesar que durante la lectura veló el semblante de Clemente XIII y su profundo silencio fueron evidente señal del sobresalto y profunda amargura que le produjo el paso dado por las cortes. Durante aquel día y el siguiente fueron suspendidas todas las audiencias (1). En la del 20 de enero, en la cual el cardenal Orsini cumplió la misión de su gobierno, el Papa, enfermo del corazón, perdió la presencia de ánimo por la emoción y rompió a llorar (2). Sin embargo pronto recobró la serenidad y el equilibrio espiritual. Al hacer entrega Aubeterre, el 24 de enero de 1769, del escrito de su corte, le fué indicado que más tarde le sería comunicada la respuesta, siguiéndose luego una conversación sobre asuntos indiferentes (3).

(1) *Lunes una hora antes del medio día, me presenté a Su Santidad y entregué dicha Memoria, sin decirle lo que contenía, porque así me encargó el embajador de Francia que lo practicase, dudando yo que la quisiese recibir, y habiéndola tomado en la mano, sin preguntarme el fin a que se dirigía, empezó a leerla, pero lo suspendió muy luego y poniéndola sobre el bufete, me dijo que la vería: me preguntó si se me ofrecía otra cosa y habiéndole respondido que no, tocó la campanilla y me dió su bendición. La suspensión del Papa en leer dicha Memoria luego que por el principio de ella pudo penetrar el objeto que tenía, su melancólico semblante y profundo silencio en dicha audiencia, me persuadieron a creer que lo había cogido desprevenido de la instancia de dicha memoria, lo que me confirmó el cardenal Negroni, pues habiendo pasado inmediatamente a referirle dicha audiencia, entendí por su conversación, que en la que había tenido aquella mañana de Su Santidad le había preguntado si sabía el asunto de la mia, y sé ciertamente que de resultas de ella estuvo el Papa de muy mal humor en aquel día, y que en el siguiente la negó a quantos se la pidieron (Azpuru a Grimaldi el 19 de enero de 1769, *Archivo de Simancas*, Estado, 5036). *Era già stato prevenuto il Papa delle richieste e del loro ordine da Mons. Giraud Nunzio di Francia (Ricci, *Espulsione dalla Spagna*, 74). Theiner da erróneamente como fecha de la audiencia el 18 de enero en vez del 16, asimismo el 22 de enero en lugar del 24 como fecha de la audiencia para Aubeterre (*Histoire*, I, 142). *Orsini a Tanucci el 17 de enero de 1769, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, ²⁹⁰/₁₀₇₅; *Negroni a Vincenti el 19 de enero de 1769, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, *Archivo secreto pontificio*; *Erizzo (II) al dux de Venecia el 21 de enero de 1769, *Archivo público de Venecia*, Ambasciatore, Roma, 288.

(2) *Orsini a Tanucci el 20 de enero de 1769, *ibid.*, Esteri-Roma, ²⁹⁰/₁₀₇₅.

(3) Aubeterre a Choiseul el 25 de enero de 1769, en Theiner, *Histoire*, I, 144; *Orsini a Tanucci el 24 y 28 de enero de 1769, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, ²⁹²/₁₀₇₇ y ²⁹⁰/₁₀₈₅, respectivamente; *Azpuru a Grimaldi el 26 de enero de 1769, *Archivo de Simancas*, Estado, 5036; *Negroni a Vincenti el 26 de enero

Carlos III, que por cierto había sido la fuerza impulsora en este empeño (1), dió muestras de la mayor satisfacción por el paso que las potencias acababan de dar. No se le ocultaba por cierto que la respuesta del Pontífice sería negativa, mas ante todo, decía, basta con que la demanda de la supresión haya sido presentada y permanezca en pie para el futuro conclave (2). Cuanto más tiempo transcurría más ufano y complacido estaba de haber puesto en práctica su resolución (3). Tanucci, que sólo con íntima repugnancia y por orden superior se había adherido al proceder de España, no ocultaba su disconformidad. No sólo estaba resentido de que Aubeterre hubiera divulgado el secreto prematuramente, sino que también le disgustaba extraordinariamente el memorial de Francia por su estilo frío y todavía más porque ya desde la introducción echaba toda la odiosidad de la medida sobre el rey de España (4). Si el Papa convoca un consistorio, decía, dos tercios de los votos resultarían seguramente favorables a los jesuitas, a no ser que por consideraciones de prudencia creyeran algunos cardenales procedente estar enfermos en la mañana prefijada (5).

El requerimiento de la supresión produjo gran revuelo en la población de Roma (6) y entre los religiosos de la Orden, como es fácil de comprender, la más profunda consternación (7). Para no dar la impresión de indiferencia tratándose de un asunto en el cual se jugaba la existencia de la Orden, convocó Ricci a los asistentes a

de 1769, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.; *Erizzo (II) al dux de Venecia el 28 de enero de 1769, *Archivio público de Venecia*, Ambasciatore, Roma, 288.

(1) *Negroni a Vincenti el 2 de febrero de 1769, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 433, loco cit.

(2) *A Tanucci el 31 de enero de 1769, *Archivo de Simancas*, Estado, 6060.

(3) *Carlos III a Tanucci el 18 de febrero de 1769, *ibid.*

(4) *A Azara el 24 de enero de 1769, *ibid.*, 6007; *Erizzo (II) al dux de Venecia el 28 de enero de 1769, *Archivio público de Venecia*, Ambasciatore, Roma, 288.

(5) *A Orsini el 31 de enero de 1769, *Archivo de Simancas*, Estado, 6007; *a Azara el 31 de enero de 1769, *ibid.*

(6) Aubeterre a Cholseul el 25 de enero de 1769, en Theiner, *Histoire*, I, 144.

(7) *É facile imaginare la costernazione de'Gesuiti, sostenuta però dalla sicurezza di loro innocenza, dalla fiducia nella giustizia del Papa e sopra tutto nell'assistenza divina. Onde proseguirono i loro ministeri nella consueta forma, e per divina misericordia non nacque turbazione alcuna, anzi universalmente si videro anco i giovani sempre più fermi nella vocazione. Ricci, *Espulsione dalla Spagna*, 74.

una consulta extraordinaria. Discutiéronse muchas proposiciones; el mayor éxito podía esperarse de una súplica dirigida a los demás soberanos católicos solicitando su intercesión. Como en este asunto iban también involucrados graves intereses de la Iglesia universal, el padre general resolvió demandar el consejo del Pontífice antes de tomar una resolución definitiva; si bien Clemente XIII le mandó decir que no acudiera a celebrar audiencia, porque su presencia en Palacio podría dar pie a torcidas interpretaciones y el Papa ya podía imaginarse lo que él deseaba decirle. Además le disuadió del propósito de dirigirse a los demás soberanos, pues éstos estarían ya indudablemente informados y porque ninguno de ellos adoptaría una posición francamente favorable a la Compañía de Jesús (1).

El golpe fué sensible sobre toda ponderación para el anciano Clemente XIII, tan perseguido por la desgracia. «Su Santidad, así hizo escribir a los nuncios de las cortes borbónicas, no puede explicarse cómo dichas cortes han podido encontrar el trágico valor para añadir esta pesadumbre luctuosa a las calamidades que ya conturban a la Iglesia, sin otro objeto que torturar cada vez más la conciencia y el profundamente conturbado corazón de Su Santidad. La posteridad imparcial dará su fallo; ella juzgará si tales tratos pueden ser considerados como pruebas del amor filial que estos soberanos se ufanan abrigar para con Su Santidad y como prendas de la sumisión que ellos pretextan tener a la Santa Sede.» (2) Por grande que fuera el dolor del Pontífice no se cuarteó su entereza de alma. El cardenal Calini aseguró haberle oído en los últimos días que antes se dejaría cortar las manos que firmar el decreto de extinción (3).

(1) *Il Generale consultò che cosa dovesse farsi, determinato però a non far passo senza il consenso di S. S^{ta}. Conveniva in primo luogo presentarsi a S. S^{ta} sì per rispetto e sì per non mostrarsi indifferente in affare di tanto rilievo per la sua Religione. Si pensò poi di fare ricorso ad altri principi. Ne scrisse al Cardinale Segretario di Stato, che, avendo sentito il Papa, rispose che S. S^{ta} lo dispensava di andare da Lui, perchè la comparsa a Palazzo si sarebbe malignata; e poi S. S^{ta} s'immaginava ciò che poteva dirgli. Dissuase anco il fare parte co' principi che doveano credersi prevenuti e tra quali non vi sarebbe stato chi prendesse scoperto impegno. Ricci, loco cit.

(2) Theiner, Histoire, I, 145.

(3) *Ripetto a V. E. che il Papa defonto non era già inchinato per la soppressione dei Gesuiti; e presentemente dice il card. Calino aver inteso negli ultimi giorni dal Papa, che si sarebbe fatto tagliar le mani più tosto, che sottoscrivere il Breve per detta abolizione (Centomani a Tanucci el 14 de febrero de 1769, *Archivio público de Nápoles*, Esteri-Roma, 1216). *El santo hombre estaba tan tenazmente determinado a dar la negativa redonda a las Cortes sobre la extin-

Acertados anduvieron los representantes de los Borbones al suponer (1) que la respuesta a los memoriales sería un reiterado no. Sus predecesores, como se lee en el proyecto de contestación, habían sido fundamentalmente favorables a la Orden jesuítica. Por consiguiente si él accedía a la demanda de los reyes, se apartaría de los principios de aquéllos cuyo ejemplo él tenía a honra seguir, mientras que los soberanos, al empeñarse en aniquilar a la Compañía de Jesús, abandonaban las huellas de sus antepasados. Su conciencia no le permitía prestar su mano para semejante empresa (2).

Sin embargo, para no proceder parcialmente en asunto de tanta trascendencia para la Iglesia universal, había convocado el Papa para el 3 de febrero de 1769 una sesión de la congregación de cardenales para el estudio del asunto de los jesuitas (3), cuando el 2 de febrero, a las once de la noche, un colapso puso fin a su existencia.

VI

Hacia ya años que el estado de salud del Papa venía infundiéndole serios temores (4). La demoledora resistencia que opuso a las apremiantes exigencias de las potencias políticas, agotó también su ya de suyo débil vigor corporal. En las Navidades de 1768 aun había tomado parte Clemente XIII en todas las solemnidades (5). En la festividad de la Candelaria celebró como de costumbre la santa misa con profunda devoción y hasta ofició en la ritual bendición de candelas. Por la tarde salió a hacer una visita al Santísimo Sacra-

ción pedida, que se había dexado primero martirizar que dar el sí (Vázquez a Roda el 9 de febrero de 1769, *Biblioteca de San Isidro de Madrid*, Cartas de Vázquez, t. I).

(1) *Azpuru a Grimaldi el 2 de febrero de 1769, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Registro de la Corresp. oficial, 108; *Centomani a Tanucci el 10 y 14 de febrero de 1769, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, 1216; *Orsini a Tanucci el 14 y 28 de febrero de 1769, *ibid.*, Carte Farnesiane, 1473.

(2) *Risposta di Clemente XIII alle tre Memorie, *Archivo secreto pontificio*, Regolari, Gesuiti, 48; *Torrighiani a un cardenal a quien no nombra el 1.º de febrero de 1769, *ibid.*

(3) *Azpuru a Grimaldi el 3 de enero de 1769, *Archivo de Simancas*, Estado, 5012; *Centomani a Tanucci el 14 de febrero de 1769, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, 1216.

(4) V. anteriormente, pág. 23.

(5) *Azpuru a Grimaldi del 29 de diciembre de 1768, *Archivo de la Embajada española de Roma*.

mento que se hallaba expuesto para el ejercicio de las cuarenta horas. Regresó al parecer sano y salvo (1). Pasadas algunas horas le sobrevino por la noche un ataque cardíaco (2).

La triste nueva produjo general sobresalto. El Papa contaba casi setenta y seis años, de los cuales más de diez y medio los había pasado rigiendo los destinos de la Iglesia. Fué Padre clemente y bondadoso de la cristiandad, que no conoció la inexorabilidad sino sólo cuando andaban en litigio los derechos de la Iglesia y la Justicia. En los bienes que legó había muy poco dinero, pero sí el comprobante de las cuantiosas limosnas que con la mayor largueza había distribuído (3).

El 4 de febrero fué conducido el cadáver del Papa al Vaticano, y el 7 tuvo lugar el sepelio en San Pedro (4). El magnífico mausoleo

(1) Cordara en Cancellieri, Possessi, 514.

(2) Según la Vita di Clemente XIII, 101, falleció sin que de ello se percataran los criados, inginocchiato dinanzi ad un crocifisso. Cf., con todo, Novaes, XV, 145 s, y Azpuru: *Ayer jueves por la noche a las quatro horas de este relox asaltó al Papa un accidente, que en poco tiempo le quitó la vida. Por la mañana estuvo en la capilla y asistió a toda la funcion del día de la Purificacion de Nuestra Señora e hizo la bendicion de los cirios con la solemnidad acostumbrada; por la tarde recibió al bezo de pie a quantos fueron a presentarle las velas, con que cada comunidad ecclesiastica le obsequia en dicho día; por la noche cenó y estuvo en conversacion con su sobrino el senador, hasta que se retiró a la cama, y a poco tiempo de estar en ella, empezó a sentir los efectos del accidente, y no pudiendo hablar, alargó el brazo a un camerero para que lo sangrase; hizolo inmediatamente con dictamen del medico en uno y otro brazo, y al abrirle la segunda vez la vena, arrojó de la boca porcion de sangre y quedó muerto. Esta improvisa novedad, que aqui ha sorprendido a todos, he creído ser digna de la expedicion del extraordinario (a Grimaldi el 3 de febrero de 1769, *Archivo de Simancas*, Estado, 5012). *Gentili a Colloredo el 4 de febrero de 1769, suplemento impreso, *Archivo público de Viena*; *Tanucci a Castromonte el 11 de febrero de 1769, *Archivo de Simancas*, Estado, 6007. El rumor de que el Papa había sido envenenado por los jesuitas lo relegó el propio Tanucci al reino de las fábulas, *Il veleno supposto dato al Papa per opera dei Gesuiti è riuscito una delle solite favole romane. Il corpo del Papa era fatto per una tal morte (a Azara el 26 de febrero de 1769, *ibid.*). *Azpuru a Grimaldi el 9 de febrero de 1769, *ibid.*, 5012.

(3) Vita, 104.

(4) Novaes, XV, 146. Cf. Ragguaglio della morte del S. P. PP. Clemente XIII, delle funzioni e trasporto del corpo al Vaticano, Roma, 1769; Relazione delle funzioni e di quanti più notabile si pratica dopo la morte del Sommo Pontefice sino all'ingresso dell'em. e rev. sig. cardinali nel conclave, Roma, 1769; Relazione del magnifico catafalco eretto nella basilica di S. Pietro per le solenni esequie di PP. Clemente XIII, Roma, 1769; Relazione o sia proseguimento delle funzioni e cerimonie fattesi nella ss. basilica di S. Pietro dopo la morte del S. P. Clemente XIII, Roma, 1769; Relazione del solenne funerale fattosi nella ducale basilica di S. Marco in Venezia il dì 18 Febr. d. 1769 per la morte del S. P. Clemente XIII, Venecia y Roma (1769).

que hoy adorna su tumba, lo erigieron veintitrés años más tarde tres de sus parientes, entre los cuales se contaban dos cardenales de su apellido. Durante la semana santa de 1792 se verificó la exhumación (1). Fué una obra maestra del escultor veneciano Antonio Canova, el cual cinco años antes había hecho ya famoso su nombre con el mausoleo de Clemente XIV. El artista, así escribe un crítico contemporáneo (2), expresó con acierto extraordinario en el rostro del Pontífice cómo todas las virtudes de este sucesor de San Pedro tenían sus más profundas raíces en la piedad; su figura, por cierto uno de los más perfectos retratos del artista, está de rodillas anonadada en profunda oración, reflejando su rostro tranquila alegría y bondad, tal como la muerte le hubo de sorprender. Mientras el genio de la muerte aparece en el sarcófago en actitud de tristeza con la antorcha abatida, al otro lado se presenta erguida y vigorosa la alegoría de la Fe, adornada su cabeza con corona de rayos y una gigantesca cruz en la derecha. Dos medallones colocados en la parte anterior del sarcófago ostentan en relieve las figuras del Amor y de la Esperanza (3). Un par de magníficos leones protegen el zócalo, simbolizando la pujante fuerza y vigilante fortaleza de un varón profundamente piadoso, que allí aguarda la resurrección. Días mejores hubieran hecho un pontificado más dichoso del reinado de este genuino Padre de la cristiandad (4).

Con Clemente XIII bajó a la tumba un Pontífice a quien sus mismos adversarios no pudieron negar el tributo del personal aprecio (5) por muy resueltamente que condenasen su actitud político-

(1) Costó 22 000 escudos. Cf. la carta a Capello del 7 de abril de 1792: Esta tumba fa tacere persino l'invidia, e per generale opinione è il più bel ornamanto in tal genere che decori la chiesa di S. Pietro. *Archivio público de Venecia*.

(2) [G. Gh. de Rossi], Lettera sul deposito di Clemente XIII nella basilica Vaticana, Bassano, 1792, xiv ss. Cf. Lücke en Dohme, *Kunst und Künstler des 19. Jahrhunderts*, I (1886), 10 s.; Missirini, Canova, Porto, 1824, 61 s.; Malaman, Canova, Milán, 1920, 31 ss.; Cechelli, 28; Cancellieri, Possessi, 389; especialmente, empero, A. G. Meyer, Canova, Bielefeld-Leipzig, 1898, 21 s.

(3) V. Meyer, 21 ss., láminas 7-9.

(4) Juicio de Cordara en Cancellieri, Possessi, 514. Cf. además *Poesie e satire circolanti in Roma durante il pontificato di Clemente XIII, Add. 8382, en el *Museo británico de Londres*.

(5) *...no se puede negar que el S^{to} Padre estaba adornado de virtudes, y poseía en alto grado la de la humildad (Azpuru a Grimaldi el 9 de febrero de 1769, *Archivo de Simancas*, Estado, 5012). Le règne de Clément XIII n'a que trop démontré que la piété la plus sincère, les mœurs les plus pures et les intentions les plus droites ne suffissent pas pour faire un bon Pape (Instrucción para

religiosa. Piedad sincera, costumbres inmaculadas, caridad efectiva, humildad y mansedumbre campeaban en él en alto grado. En los infortunios de su espinoso pontificado dió pruebas de una magnanimidad y una confianza en Dios rayanas en lo heroico. Es cierto que no siempre tuvo mirada penetrante para conocer a fondo las personas que le rodeaban, a las cuales, movido por su bondad innata, con frecuencia juzgó con excesivo favor, como tampoco le favoreció siempre la suerte en la elección de sus colaboradores; es verdad que por su suave carácter propendía fácilmente a la condescendencia y sumisión a juicio ajeno; pero esta suavidad tenía sus límites: cuando el deber y la conciencia estaban en litigio mostró una firmeza que ni amenazas ni peligros hicieron jamás zozobrar (1), de suerte que fué apellidado el Gregorio VII del siglo XVIII (2). Los intereses materiales no ejercieron el menor influjo en sus acciones. La misma pérdida de sus Estados no fué bastante para hacerle revocar el breve contra Parma. Sacrificar los derechos de la Iglesia por consideraciones temporales era a su entender una traición perpetrada contra su elevado cargo y una malversación del patrimonio de la Iglesia de Cristo a él confiado (3). Si a pesar de su bondad de corazón Clemente XIII se vió envuelto en violentos conflictos con las potencias temporales, hay que tener presente que en ello no se ventilaban divergencias de opiniones personales sino que se reñían batallas en el campo de la ideología y del derecho, las cuales tampoco hubiera podido evitar uno más aventajado como quisiera permanecer fiel a las altas tradiciones de sus antepasados. Por eso ocurrió que su pontificado de once años fuera una ininterrumpida cadena de pesares y vejámenes para la Iglesia y de profundas humillaciones para la autoridad de la Santa Sede. Ni para su carácter, orientado según los dogmas de la Iglesia, ni para sus inquietudes de conciencia halló el menor rastro de comprensión entre los políticos de su época (4). Sus mejores designios tropezaban en la tenaz resistencia o fría repulsa de los soberanos — apenas si se dignaban contestar a sus cartas, y cuando

los cardenales De Luynes y Bernis del 19 de febrero de 1769, en Crétineau-Joly, Clément XIV, 210).

(1) Ricci, *Espulsione dalla Spagna, 75 s.

(2) Choiseul a Aubeterre el 18 de julio de 1768, en Carayon, XVI, 435.

(3) *Tanucci a Lucini el 7 de enero de 1769 (traducción), *Archivo de Simancas*, Estado, 5072.

(4) A Tanucci estaba reservado mofarse del Papa ya difunto (a Losada el 7 de febrero de 1769, en Danvila y Collado, III, 285, n. 1).

lo hacían, era, con demasiada frecuencia, sólo con palabras llenas de cauterizante acrimonia, que torturaban el corazón del Papa y ofendían la dignidad de su sagrado cargo. Desde las luchas sostenidas por los emperadores alemanes y los reyes franceses con el pontificado en la edad media, rara vez fué tratado un Pontífice tan irrespetuosamente como Clemente XIII. La cristiandad hubo de presenciar el triste espectáculo de que cartas del Vicario de Cristo fueran prohibidas o quemadas en la plaza pública a manos del verdugo, si no por mandato, sí empero por cobarde condescendencia y dejación de soberanos católicos (1). Una sola cosa no fueron capaces de conseguir sus adversarios: enturbiar el puro y elevado dechado de carácter del Papa para los ojos de una imparcial posteridad, la cual en su persona honrará al egregio campeón de los derechos y libertades de la Iglesia frente a las exigencias de un absolutismo desenfrenado. No fué ciega prevención, sino el íntimo convencimiento de que en la Orden de los jesuitas defendía el último fin de la Iglesia, el que había hecho madurar en el ánimo de Clemente XIII el decidido propósito de contestar con un no rotundo a los requerimientos de los Borbones, cuando la fatídica noche mortal obligó a los agresores a deponer temporalmente las armas.

(1) Theiner, *Histoire*, I, 146 s.

VIII. Actividad de Clemente XIII en la política interior de la Iglesia. Promociones de cardenales. Canonizaciones. Las misiones

I

En la primera alocución que dirigió a los cardenales, se propuso Clemente XIII (1), como misión capital de su pontificado, la salvaguardia del tesoro de la fe a él confiado, proteger de los ataques al gobierno de la Iglesia en el punto centro de la unidad y prestar solícita atención y valiente defensa a todo lo que a la Santa Sede incumbe en el aspecto religioso y temporal. En la prosecución de estos objetivos no tenía para él más valor la vida que él mismo (2) y ponía toda su confianza en la protección de Dios.

La alusión a los riesgos que a la fe amenazaban por causa de los jansenistas y al peligro que amenazaba al dominio temporal por parte de las potencias temporales, está aquí tan palmariamente expresada como la convicción del Pontífice de que la Iglesia sólo de Dios podía esperar amparo y defensa. Por todas partes de la tierra amenazaban peligros, calamidades y disgustos diarios y siempre nuevos; como decía también al proclamar el habitual jubileo con motivo de su advenimiento (3), las armas universales de la Iglesia eran la oración, el ayuno y las buenas obras por medio de las cuales sería atraída la misericordia de Dios sobre el mundo.

La encíclica que el Papa dirigió a los obispos al comenzar su pontificado (4) habla ciertamente de la lucha que la Iglesia ha de

(1) el 19 de julio de 1758, Bull. Cont., III, 2.

(2) Hechos, XX, 24.

(3) Alocución a los cardenales del 11 de septiembre de 1758, *ibid.*, 26; promulgación del jubileo para toda la cristiandad, de la misma fecha, *ibid.*, 27.

(4) el 14 de septiembre de 1758, *ibid.*, 30-37.

sostener contra el poder de las tinieblas, pero no acierta a decir nada de la confianza, ni siquiera mínima, en los poderes temporales; para él todo dependía más bien de que la Iglesia se robusteciera y santificara interiormente, haciéndose así merecedora de la protección divina. Prescindiendo de las habituales exhortaciones a procurar con solicitud la formación de buenos sacerdotes y al cumplimiento de la ley de la residencia y de la visita pastoral, la encíclica se reduce a una instrucción ascética acerca de las obligaciones episcopales. Inculca la necesidad de agruparse en íntima unidad y de alejar la soberbia, envidia y todo aquello que es contrario al amor conciliador. En su cargo honorífico no les era lícito a los prelados fijar su atención sólo en los medios aptos para representar el papel de gran señor: «Vivamos de la persuasión de que no hemos venido para ejercer el señorío sobre la Iglesia, sino para servirla»; «ningún veneno es más repulsivo y peligroso como el inmoderado deseo de dominar»; «el honor vano es el escollo de los obispos». Poseían la heredad de la Iglesia, no como propietarios, sino como administradores. La predicación, especialmente de Cristo crucificado, era el deber capital del obispo, quien no debía tener como indecoroso para su dignidad el participar en los trabajos de un sacerdote ordinario. Con clara visión de las circunstancias de la época termina la carta exhortando a la intrepidez. «No seamos como perros mudos que no saben ladrar (1), y no permitamos que nuestro rebaño sea víctima de rapiña y pillaje. Nada debe amedrentarnos de afrontar toda suerte de combates por la honra de Dios y la salud de las almas. Pensemos en Aquel que tan enormes contradicciones se atrajo de parte de los pecadores. Si nos dejamos amedrentar por la osadía de hombres viles, ¿dónde está la energía de la dignidad episcopal?, ¿qué se ha hecho del supremo y divino poder de gobernar la Iglesia?; no podemos ser por más tiempo cristianos si llegamos hasta el extremo de temer las amenazas y las asechanzas. No confiemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita de entre los muertos.»

La norma rectilínea de conducta que Clemente XIII se prefijó para su pontificado está claramente expresada. Él la mantendrá en cuanto no se lo impidan celosos e innobles consejeros. El remedio no está para él en el constante ceder. Alzará su voz contra la injusticia, afrontando las consecuencias fáciles de prever, y con la firme esperanza de que el éxito definitivo ha de ser para la Iglesia.

(1) Is., LVI, 10.

Lo mismo que a los obispos, trabajó Clemente XIII por elevar también al clero en general a la altura que su misión reclama. Inmediatamente después de su advenimiento, así decía él mismo (1), había recibido unánimes quejas de los pastores de almas y misioneros rurales de que con demasiada frecuencia tropezaban en no pocos clérigos con desmedidos deseos de dinero y bienes terrenos. De ahí se originaba la indiferencia hacia las incumbencias de la vocación eclesiástica, que anduvieran en continuas pendencias por no perder una mezquina ganancia y se prestasen a ministerios que rebajaban al sacerdote, con la consecuencia del desprecio de los seglares, que se hacía extensivo a todo el estado clerical. También rebasaban a veces los límites de la moderación eclesiástica los procuradores de las Órdenes religiosas. En vista de lo cual el Pontífice renueva las prohibiciones dadas por sus antecesores contra el comercio de los clérigos. Prescindiendo de lo que en este respecto está expresamente prohibido, los clérigos debían evitar, además, en la administración de sus bienes temporales, toda apariencia de miras terrenas y el convertirse en siervos de los seglares, ni siquiera cuando para tales cargos se hallaran brillantes títulos. Los obispos no debían consagrar a nadie, para cuyo conveniente sustento no se hubiera previsto.

En el mismo espíritu está inspirada una alocución dirigida a los párrocos de Roma del año 1764 (2). Exhorta a la vigilancia, pues a la grey de Cristo amenazaban peligros de enemigos no sólo manifiestos sino también, y principalmente, encubiertos. «Oh cuánta verdad es que en todas partes y en demasía, incluso en esta santa ciudad (lo decimos con inmenso dolor), bajo el disfraz de corderos se ocultan lobos rapaces que no respetan la grey!» (3) «Sobre toda ponderación se esfuerza la maldad, incluso bajo las apariencias de celo por paliar los errores, con el designio de difundirlos con el marbete de virtud y envenenar así más fácilmente, pero con engaño tanto más pernicioso, a los sencillos y desprevenidos cristianos.»

(1) A todos los obispos el 17 de septiembre de 1759, Bull. Cont., III, 248 ss.

(2) Allocuzione finora inedita di Papa Clemente XIII ai parrochi di Roma l'anno 1764, Venecia, 1874. Cf. Due allocuzioni inedite di S. S. Clemente XIII P. M. tenute l'una ai parrochi l'anno 1764, l'altra ai predicatori di Roma l'anno 1765, Venecia, 1874.

(3) Oh quanto è vero che da per tutto e pur troppo... anche in questa santa cività, sotto mentite spoglie di agnelli si nascondono lupi rapaci! Ibid., 8.

Haciendo caso omiso de los jansenistas, a cuya actividad, en la misma Roma desplegada, se alude en este pasaje, el emponzoñamiento era difundido en aquel entonces a no dudarlo en grande escala por obra de los enciclopedistas. Clemente XIII no permaneció mudo frente a las obras capitales de esta tendencia. El 31 de enero de 1759 condenó el libro de Helvecio «De l'Esprit» y el 26 de junio tributó un elogio a la universidad teológica de París por haber procedido contra este adefesio (1). El 3 de septiembre del mismo año siguió un breve contra la «Encyclopédie» (2), la cual ya estaba prohibida por el Índice desde el 5 de marzo. Contra el «Émile» de Rousseau levantó su voz en un breve laudatorio fechado el 26 de octubre de 1763 dirigido a la Sorbona, la cual al mismo tiempo había reprobado a Berruyer y Rousseau (3). Condenar individualmente los cuantiosos escritos anticristianos resultaba imposible y sin objeto; sin embargo, el 25 de noviembre de 1766 salió una encíclica a todos los obispos (4) en la cual se caracteriza y se condena toda la literatura de este jaez. Tales obras, dice, niegan a Dios, o al menos su providencia, la espiritualidad y la inmortalidad del alma humana y todo lo suprasensible y sobrenatural; en el aspecto moral se zambullen en los cenagales de la inmundicia; en el terreno religioso combaten la autoridad de la Santa Sede. Procuren por tanto los obispos poner en guardia a los fieles e invocar el auxilio del brazo secular a fin de, unidos sacerdotes y monarca, combatir el mal.

No suena por cierto a halagüeñas esperanzas en tales momentos la invocación a las autoridades civiles. El 6 de febrero de 1759 había condenado en verdad el Parlamento de París algunas obras anticristianas, entre ellas la mencionada de Helvecio y la «Encyclopédie» (5); el 19 de marzo de 1765 siguieron nuevos edictos del Parlamento contra Voltaire (6). Pero al dar estos pasos no se procedía con seriedad; las publicaciones irreligiosas incluso hallaban favor bajo el pretexto de que de lo contrario serían publicadas en el extranjero con lo cual saldría perjudicada la librería francesa. Malesherbes, quien desde 1750 hasta 1768 tuvo la misión de vigilar la producción literaria, se hizo acreedor al elogio de los enciclopedistas por haber

(1) Bull. Cont., III, 96, 155.

(2) Ibid., 243.

(3) Ibid., 827.

(4) Ibid., 1119 s.

(5) Picot, IV, 1 s.

(6) Ibid., 158.

frenado el celo de los censores e indicado a los literatos el camino de burlar las leyes (1). Tanto más enérgicamente condenó el Papa. En un breve laudatorio dirigido al obispo de Freising y Ratisbona (2), el cual se había opuesto a la difusión de la literatura perniciosa, le dice lisa y llanamente que nada hay más corruptor que la lectura de libros impíos (3) y ratificó (4) cuanto el obispo de Langres expuso al sentar que los dogmas de la nueva filosofía destruían los conceptos de deber y derecho, llevaban a la disolución del matrimonio, rompían las relaciones entre padres e hijos y destruían la fidelidad al soberano y a la patria; si la consideración del propio interés es el único determinante del acto humano, entonces se llega al extremo de que los ciudadanos se miran mutuamente como los salteadores de una banda (5).

El peligro que amenazaba de los ataques de los enciclopedistas se robusteció con el libro de Febronio, contra el cual procedió el Papa (6). Ratificó la prohibición de las obras de Berruyer (7) y con toda energía condenó el catecismo de Mésenguy (8).

Mas la solicitud del Pontífice no se limitó a la defensa; en cuanto de él dependía, gustoso hubiera procedido siempre de forma constructiva. Su vehemente deseo era, escribía (9), estar informado cómo podría confirmar con hechos en las distintas diócesis el celo, que debía a Dios y a Jesucristo. La ocasión para hacer esta declaración se la dió una carta del arzobispo de Vienne sobre el proyecto de fundir la Orden de canónigos regulares de San Rufo en la Orden de Caballería de San Lázaro, siendo un hecho sintomático de la época el que este proceso hubiera adelantado ya bastante antes de que al arzobispo de Vienne y al obispo de Valence se les ocurriera

(1) Ibid., 4, Cf. Baumgartner en *Stimmen aus Maria-Laach*, LXVII (1904), 72-85; Faguet en la *Rev. des Deux-Mondes*, 5. Período I (1901), 794-824.

(2) del 17 de septiembre de 1766, Bull. Cont., III, 1114.

(3) *Nihil profecto exitialis dominico gregi impiorum lectione librorum.*

(4) Breve del 6 de mayo de 1767, Bull. Cont., III, 1157 s.

(5) V. anteriormente, pág. 39 s.

(6) V. anteriormente, pág. 105.

(7) Prohibición de la 3.ª parte de la «Hist. du peuple de Dieu» y renovación de la anterior prohibición por el Breve del 2 de diciembre de 1758, Bull. Cont., III, 67; elogio del inquisidor español por haber condenado a Berruyer, «De l'esprit» de Helvecio y escritos calumniosos contra los jesuitas: Breve del 17 de julio de 1759, *ibid.*, 229.

(8) Cf. anteriormente, pág. 319 ss.

(9) el 30 de diciembre de 1760, Bull. Cont., III, 427.

poner al Pontífice en conocimiento del caso (1). El Papa elogia a los dos prelados por no haber aprobado el plan (2). Otras amonestaciones del Pontífice muestran lo muy metidas que tenía en el corazón las cuestiones que se referían al ministerio de almas. En la Alsacia pensaban hacer pasar por lícito los matrimonios mixtos porque habían de ser hasta ventajosos para la Iglesia si se exigía la educación católica de los hijos. En un breve al obispo de Estrasburgo, cardenal Rohán, expone el Papa extensamente (3) que no es posible prometerse de tales matrimonios nada de la educación de los hijos, sino que con ellos se abre más bien el camino a la difusión del error y, lo que todavía es peor, al predominio de la indiferencia religiosa. Para la enseñanza del catecismo se había fundado una archicofradía y se hicieron fundaciones para destinar una dote a las señoritas que se dedicaran a la instrucción de la juventud femenina. Al confirmar y reformar (4) el Papa esta cofradía pudo decir de sí mismo que había dado pruebas en toda ocasión de su celo por la educación cristiana del pueblo. Sobre los colegios y seminarios escribía al renombrado obispo de Coimbra, Miguel de la Anunciación (5), que la larga experiencia le había enseñado más que a otros el mucho provecho y grande utilidad que de tales establecimientos se reportaba en abundancia para la Iglesia. En otra ocasión decía (6), después de hacer un elogio del decreto del tridentino sobre los seminarios, cuán gustosamente otorgaba su aprobación, conformándose con el sentir del concilio, a las súplicas que le llegaban para erigir y dotar semi-

(1) Qua de re nihil adhuc, ut id quod est fateamur, ad aures Nostras pervenerat (ibid., 428). Sobre la secularización de San Rufo se encuentran muchas referencias en la Nunziat. di Francia, 450, 512-514, 519: *Torrighiani a Pamfili el 29 de noviembre y 9 de diciembre de 1761; el 22 de abril de 1761 (lista de once monasterios secularizados en Francia de 1735 a 1759); 11 de julio de 1761 (el rey propone la secularización de las abadías de Murbach, Lure). Ibid., 451: *Torrighiani a Aubeterre el 26 de enero de 1767: Torrighiani ha transmitido al Papa la propuesta de unir San Rufo y San Lázaro. Ibid., 452: *Torrighiani a Pamfili el 27 de enero de 1762: Ecco la risposta definitiva della Concistoriale: Constare de causis saecularisationis et unionis delle badie di Murbach e Lure. Così, perché la Corte è tanto impegnata. *Archivo sacro pontificio*.

(2) Bull. Cont., III, 427 s.

(3) el 16 de noviembre de 1763, ibid., 834 s.

(4) el 26 de septiembre de 1759, ibid., 275 s.

(5) el 20 de septiembre de 1759, ibid., 256. Estatutos de otro colegio y confirmación pontificia de los mismos, del 21 de julio de 1760, ibid., 559-568.

(6) para el seminario de Forlimpopoli el 1.º de octubre de 1767, ibid., 1372; cf. 1384, 1403.

narios. El hospicio para judíos conversos fué también objeto de la protección del Pontífice (1).

Tampoco echó en olvido el Papa Rezzonico la ciencia eclesiástica. El obispo Miguel de Coimbra había fundado ya en tiempo de Benedicto XIV una Academia de Liturgia e Historia eclesiástica y ahora solicitó la aprobación de sus estatutos. Escribióle el Papa (2) que no conocía alegría mayor que cuando, en defensa y fomento especialmente de las ciencias sagradas, era invocada su autoridad para la perpetua confirmación de las academias y la exacta observancia de sus estatutos. Respecto a los trabajos de los académicos se establecía en los estatutos (3) la libertad que cada uno gozaba para defender la opinión que tuviera por más probable; no era preciso seguir a los antepasados de modo gregario (4), pero sí había que observar un tono digno y elevado al refutar a otros. Con grande elogio recuerda Clemente en las bulas de confirmación de las universidades de Lemberg (5) y Cagliari (6) los beneficios que de tales establecimientos se originan. Al arzobispo de Valencia, Andrés Mayoral, el cual había erigido una biblioteca, le escribe (7) que a todo el mundo había que dar a conocer como la Santa Sede nada pedía con más anhelo y nada fomentaba con mayor celo que el cultivo de las ciencias sagradas primero y luego de las demás.

Exclusivamente dedicados a la vida interior de la Iglesia están un breve acerca de la comunión general que se celebraba mensualmente en la iglesia de los capuchinos (8) y una carta encíclica sobre el valor del ayuno (9). Para las Indias occidentales fueron renovados especialmente los decretos de Benedicto XIV sobre el ayuno (10). Lo mismo que sus predecesores se hubo de ocupar Clemente XIII en la permisión del trabajo en los días festivos (11) o en la derogación de fiestas (12).

(1) Breve del 26 de octubre de 1766, *ibid.*, 1116.

(2) el 20 de septiembre de 1759, *ibid.*, 257.

(3) n. 26, *ibid.*, 260.

(4) *pecudum more*.

(5) del 1.º de abril de 1759, *ibid.*, 122 ss.

(6) del 12 de julio de 1763, *ibid.*, 789 s.

(7) del 12 de marzo de 1760, *ibid.*, 324.

(8) del 28 de julio de 1751, *ibid.*, 572

(9) del 20 de diciembre de 1759, *ibid.*, 294.

(10) del 19 de agosto de 1765, *ibid.*, 1019 ss.

(11) del 10 de febrero de 1764 (para Mallorca), *ibid.*, 853; del 30 de agosto de 1763 (para Piacenza), *ibid.*, 803; del 27 de junio de 1767 (para Burgos), *ibid.*, 1163.

(12) del 2 de octubre de 1767 (para Cerdeña) *ibid.*, 1376-1382.

También hubo de hablar Clemente XIII sobre la cuestión candente del derecho de asilo y de la inmunidad eclesiástica (1). En este respecto era Alemania la fuente de preocupaciones para el Pontífice. Desde hacía tiempo, escribía, llegaban numerosas y graves quejas casi a diario sobre el estado decadente o mejor ruinoso de la jurisdicción eclesiástica; pero de ninguna otra parte recibía noticias más alarmantes que de Alemania, lo cual le era tanto más doloroso porque antiguamente ninguna nación aventajaba a la alemana en obediencia a la Iglesia y en respeto a las leyes eclesiásticas (2). Se lamenta de que incluso los clérigos cooperaban a hacer todavía más pesado el yugo que casi ya oprimía la cerviz de la Iglesia (3).

II

Por pequeñas que fueran las esperanzas de que los soberanos de la décimooctava centuria prestaran oído al Pontífice, sin embargo estaba persuadido Clemente XIII de que su posición de salvaguardia del Derecho no le permitía callar (4). Alemania le causaba la mayor preocupación por causa de la secularización que allí amenazaba a las fundaciones eclesiásticas. Él no calificaba por cierto de religiosa la terrible lucha de las principales potencias católicas Austria y Francia con los representantes más destacados del protestantismo Prusia e Inglaterra en la guerra de los Siete años (5). La causa de la misma, escribía a Luis XV (6), tuvo sus raíces en el dominio temporal; sin embargo los soberanos no católicos abusaron de los combates y de los triunfos para aplastar todo lo católico y ensalzar el protestantismo. Por este motivo habían concebido el propósito de acabar con los principados eclesiásticos en Alemania; al ajustarse la paz procurarían con gran solicitud y empeño cercenar y restringir cada vez más la libertad que aun quedaba a los católicos en virtud de los tratados de los tiempos más desfavorables. En vista de ello suplica la

(1) del 30 de septiembre de 1758 (Kurpfalz), del 21 de marzo de 1759 y 3 de septiembre de 1763 (para Cerdeña), *ibid.*, 46, 116, 808.

(2) Al obispo Hutten de Espira el 18 de diciembre de 1762, *ibid.*, 724 s. V. Dengel, 60 ss.

(3) Al arzobispo de Maguncia el 18 de diciembre de 1762, *ibid.*, 724.

(4) V. anteriormente, pág. 607.

(5) V. anteriormente, pág. 48.

(6) El 15 de noviembre de 1758, Bull. Cont., III, 61 s.

intervención del rey que se apellidaba hijo primogénito de la Iglesia. En el mismo sentido se dirigió algunos días más tarde al emperador Francisco I (1). Las preocupaciones del Papa se renovaron cuando los rivales de Federico II propusieron el 26 de marzo de 1761 la reunión de un congreso de la paz en Augsburgo, y Prusia junto con sus aliados dió su conformidad. Como en 1761 arreciaran de día en día los rumores de un inminente atentado contra los principados eclesiásticos, volvió a escribir Clemente a los reyes de Francia y Polonia lo mismo que al emperador (2), a María Teresa (3), al príncipe elector de Baviera (4) y al rey de España (5). No llegó a celebrarse la dieta de la Paz en Augsburgo, pero la preocupación no abandonó al Pontífice y le movió a insistir en octubre de 1762 enviando breves de requerimiento y súplica a París y Madrid (6), a Varsovia y a Viena, al emperador y a la emperatriz (7). Inminente era el peligro de secularización que amenazaba a Osnabrück, donde a partir de la paz de Vestfalia se turnaban un obispo católico y otro protestante. Como Clemente escribía a los canónigos del lugar (8), también en este caso solicitó la mediación del rey francés como defensor que era de la paz de Vestfalia.

Graves cuidados le proporcionó al Pontífice su ciudad natal, Venecia. Inmediatamente después de su advenimiento al pontificado había conciliado antiguas desavenencias por medio de un cariñoso breve autógrafo (9), en 1759 envió a la ciudad de los canales la Rosa de oro y le otorgó el derecho perpetuo de nombrar un auditor de la Rota (10), le dió al igual que a las demás grandes potencias su cardenal (11) e hizo donación de especiales privilegios a la iglesia en la cual en otro tiempo había recibido él las aguas bautismales (12). Esto no obstante hubo de tener frecuentes y graves encuentros con su ciudad natal. León X había concedido permiso a los griegos de

(1) 18 de noviembre de 1758, *ibid.*, 62 s. Cf. Clemente Augusto de Colonia el 10 de enero de 1759, *ibid.*, 107.

(2) el 13 de mayo de 1761, *ibid.*, 504-506.

(3) el 17 de mayo de 1761, *ibid.*, 507.

(4) el 13 de junio de 1761, *ibid.*, 518.

(5) el 17 de junio de 1761, *ibid.*, 528.

(6) el 6 y 7 de octubre, *ibid.*, 712 s.

(7) el 9 de octubre, *ibid.*, 714-716.

(8) el 26 de marzo de 1763, *ibid.*, 748.

(9) V. anteriormente, pág. 15.

(10) Novaes, XV, 17 s.

(11) V. más adelante, pág. 632.

(12) el 10 de febrero de 1759, Bull. Cont., III, 101.

Venecia para edificarse con destino a sus actos de culto católico una iglesia propia, la cual había de depender inmediatamente del Papa. Paulo III ratificó de nuevo el privilegio; los decretos del Consejo de Estado de 1534 y 1542 y del senado dados en 1720 y 1721 otorgaban la aprobación pública. Pero al presente eligieron los griegos ya bajo el pontificado de Clemente XIII para su iglesia de San Jorge de Venecia, a un cierto Jorge Facea, sacerdote cismático, el cual se hizo consagrar obispo por cismáticos. Con esto amenazaba naturalmente el cisma con sentar sus reales en Venecia. El Papa protestó sin tardanza (1); pero el senado le respondió con evasivas y frases generales que jamás se apartaría de la fe de sus antepasados, y que Facea no había ejercido aún jurisdicción alguna episcopal. Clemente replicó que Facea había entrado solemnemente en la iglesia revestido con los ornamentos episcopales, se había sentado en el trono del obispo y había celebrado actos de culto. En vista de ello reitera al senado la orden de intervenir y conmina con las penas eclesiásticas (2); sin embargo no consiguió que la república le contestara. Cuando Pío VII fué elegido Pontífice en Venecia, el clero griego persistía todavía en el cisma y se negó a asistir a los pontificales del nuevo Papa (3).

Quejas todavía más graves fueron las que en un breve a los obispos de Venecia, del 1.º de octubre de 1768, tuvo que lanzar el Papa (4). A las muchas amarguras de su pontificado se añadía ahora una ley de la señoría, la cual bajo el pretexto de reformar las Órdenes religiosas, iba encaminada a extinguirlas.

Que el estado de las Órdenes religiosas de Venecia necesitara una reforma, no lo niega el Papa. Mas que se hubieran podido dar los inconvenientes y no hubiera sido posible remediarlos dependía de la intromisión de la autoridad civil en lo eclesiástico. La celotipia de la república rechazaba además con toda eficacia la presencia de ilustres sacerdotes y religiosos entre el pueblo, desconcertando así los intentos de reforma de la autoridad eclesiástica (5). De ahí nace,

(1) el 27 de febrero de 1762, *ibid.*, 618.

(2) el 22 de enero y 31 de diciembre de 1763, *ibid.*, 736, 842.

(3) Gius. Cappelletti, *Le chiese d'Italia*, IX, Venecia, 1853, 366. Sobre Facea cf. Picot, IV, 259; Bart. Cecchetti, *La repubblica di Venezia e la Corte di Roma nei rapporti della religione*, II, Venecia, 1874, 350-363, 363-368; Morini, XCII, 590, 592.

(4) Bull. Cont., III, 1472 s.

(5) Cf. nuestros datos del volumen XXV.

dice el Papa, que los inconvenientes hayan ido siempre de mal en peor. Empero la ley que al presente ha sido publicada sólo es apta para acabar con las Órdenes, de ninguna manera para reformarlas.

En realidad, el decreto del senado, dado el 20 de noviembre de 1767, prohibía provisionalmente a todas las Órdenes la admisión de novicios. Otra disposición del 7 de septiembre de 1768 dejaba en suspenso para los dominios de la república la autoridad de los superiores y sometía a los religiosos a la jurisdicción de los obispos; respecto a las Órdenes mendicantes quedaba en vigor para lo futuro la prohibición de admitir novicios; las demás, en cambio, no podían dar el hábito a nadie antes de cumplir veintiún años. La toma de hábito, la emisión de los votos y la formación en los estudios habían de realizarse exclusivamente en el territorio de la república. Los religiosos podían regentar parroquias y ejercer el ministerio de almas en los lugares donde poseyeran conventos. Finalmente les fué prohibido enviar dinero fuera del país. Rebasando el caso de las Órdenes, un decreto del Gran Consejo prohibía a los notarios y funcionarios públicos que aceptaran la notificación de donaciones en favor de iglesias, Órdenes y cofradías (1).

Frente a estas leyes amonestó primeramente Clemente a los obispos venecianos que respetasen la ejecución de las Órdenes y consiguientemente no hicieran uso de la autoridad que por parte del Estado les había sido reconocida ilegítimamente, de lo contrario se rebelaban contra la sede apostólica de la cual procedía la exención (2). El 8 de octubre de 1768 presentó al senado una exposición demostrando como la independencia respecto de los obispos estaba estatuida en favor de las Órdenes por el derecho canónico y particularmente por el concilio tridentino, al que la república había aceptado la primera con ventajas a todas las demás naciones. La reforma de las corporaciones religiosas no era incumbencia de la

(1) Picot, IV, 260 s. Un dictamen del 27 de agosto de 1768, en el cual resplandecen las razones fundamentales de la ley, en Cecchetti, II, 79-99. La «reforma» pública apuntaba contra Roma. Al sucumbir la Orden, se dice en la p. 80, il pontificato Romano trovava il suo conto. Los múltiples estatutos nuevos en las Ordenes (p. 85) las eximían de los prelados e li concatenarono con vincoli indissolubili nella dipendenza e negli interessi della Corte Romana etc. En Cecchetti, II, 113-119 un dictamen del 29 de diciembre de 1766 sul numero e sullo stato patrimoniale dei Conventi. Cf. Balan, VIII, 217.

(2) Bull., loco cit.

autoridad civil, para ello era preciso acudir al Pontífice (1).

Como el breve pontificio llegase en época de vacaciones, el senado no respondió hasta el 19 de noviembre. En primer lugar protestaba de su exquisita sumisión a la Santa Sede y rechazaba las representaciones del Pontífice invocando los poderes de la autoridad pública. Que tales atribuciones se basaban únicamente en un derecho político de pujos reformistas y fueron desconocidas en el pasado de la Iglesia y para los antepasados de los actuales gobernantes venecianos lo demostró el Papa en un nuevo breve del 17 de diciembre, al cual respondió el senado el 31 de diciembre en idénticos términos que antes (2). De los obispos se negaron a efectuar la visita, que el Estado les había encomendado, Marcantonio Lombardi de Crema y el cardenal Molino de Brescia. Molino hubo de abandonar luego el territorio de la república y le fueron incautadas las temporalidades. Para el caso que el cardenal se dejara ver en Roma recibió orden terminante el embajador veneciano en dicha ciudad de no tratar lo más mínimo con el purpurado (3).

No fueron menores a las de Venecia las dificultades que creó al Pontífice la república de Génova (4). A disgusto y con el corazón rebosando amargura, escribía Clemente XIII el 17 de mayo de 1760 (5), levantaba su voz en son de queja; pero su cargo pastoral no le permitía ocultar perpetuamente en su pecho el dolor que le causaba el edicto dado por Génova contra el obispo de Segni, a quien él había enviado a Córcega en calidad de visitador apostólico.

Desde el siglo XIV pertenecía Córcega al señorío de Génova, pero desde el año 1730 poco más o menos se declararon los corsos contra sus opresores de tierra firme en franca rebelión, y este estado se fué haciendo en los siguientes decenios cada vez más violento. Es cierto que ninguna consistencia tenía el señorío del barón de Neuhoof, que en 1736 se proclamó rey de la isla; pero a partir de 1755 luchaba con fortuna el general Pascual Paoli contra los genoveses, hasta que éstos vendieron la isla a los franceses en 1768.

(1) Al. Guerra, *Pontificiarum constitutionum in Bullario Magno et Romano et aliunde desumptarum epitome*, III, Venecia, 1772, 347.

(2) El Breve del 17 de diciembre de 1768 y la respuesta del senado del 19 de noviembre y 31 de diciembre, *ibid.* Cf. Novaes, XV, 141-145.

(3) Picot, IV, 261.

(4) *Ibid.*, 30-34; Botta, *Storia d'Italia*, IX, París, 1832, 337-358; Novaes, XV, 51-53.

(5) Bull. Cont., III, 353.

La vida religiosa sufrió los mayores perjuicios durante estas luchas. Los obispos, tachados de partidarios de Génova, fueron desterrados, había gran escasez de sacerdotes, la moralidad descendió en términos alarmantes y la superstición suplantó a la religión. Benedicto XIV trató de poner remedio nombrando en un mismo día, el 29 de mayo de 1741, a tres obispos para las diócesis de Aleria, Sagona y Nebbio, y al siguiente 27 de noviembre a otro para la de Ajaccio (1). El gran misionero franciscano Leonardo de Porto Maurizio, impulsado por el Papa, se opuso con éxito desde mayo de 1744 con su predicación al desenfreno de costumbres (2), hasta que las consecuencias de una desgraciada caída le hicieron imposible la continuación de sus actividades.

Ya en 1733 había solicitado el gobierno de Génova un visitador apostólico para Córcega. Clemente XIII tenía el propósito de otorgarlo; mas al participar a la república su designio, recibió una contestación desdenosa y ofensiva. A pesar de ello creyó que sólo un visitador podría resolver sobre el terreno acerca de los medios para poner remedio eficaz a los inconvenientes que clamaban al cielo, y nombró como tal al obispo de Segni, César Crescenzo de Angelis (3).

Paoli recibió honoríficamente al visitador; de muy diferente manera en cambio la república. Tan pronto como se tuvo noticia en Génova que De Angelis se había embarcado en Civitavecchia con rumbo a Córcega, ofreció el 14 de agosto de 1760 un premio de seis mil escudos por su prisión; primeramente debía ser conducido a una de las plazas fuertes, que en la isla todavía estaban en poder de los genoveses, de donde sería trasladado a Génova.

El Pontífice puso en conocimiento de estos acontecimientos a los cardenales en el consistorio del 7 de mayo de 1760 (4), y el 15 del mismo mes declaró nulo el edicto de la república (5) y protestó contra él en un breve del 17 de mayo dirigido al dux y a los gobernadores (6). El rey de Nápoles se ofreció por medio de Orsini a intervenir como mediador; a las condiciones propuestas respondió el Pontífice que revocara Génova el edicto injurioso para él, y entonces

(1) Gams, Series, 764 ss.

(2) Picot, IV, 31 s.

(3) el 18 de septiembre de 1759, Bull. Cont., 254.

(4) Ibid., 350 s.

(5) Ibid., 355 s.

(6) Ibid., 353 ss.

retiraría él lisa y llanamente al visitador (1). La contienda terminó al fenecer el dominio genovés en la isla. El honorífico recibimiento que Paoli tributó al visitador, lo mismo que la actitud hostil de la república contra él, produjeron la impresión de que en Génova se le consideraba como hombre de partido. Clemente XIII le había dado el expreso encargo de no preocuparse más que de lo religioso, absteniéndose de lo político (2). De Angelis permaneció todavía cuatro años en Córcega, no regresando a Roma hasta 1764 (3).

No había pasado mucho tiempo cuando el Pontífice tuvo motivo para quejarse en los términos más enérgicos de un nuevo acto de violencia de los genoveses. ¿Es posible, escribía (4), que hayan olvidado en tal grado la antigua piedad que sus antepasados con tanto celo ejercitaron? ¿Se han apartado tanto en realidad de su sumisión a la Iglesia y al Romano Pontífice, que ninguna agudeza de ingenio ni ningún juego les parezca más divertido como oprimir la autoridad divina de la Iglesia y causar a la Santa Sede dolor cada vez más agudo?

Fundado motivo había para publicar a la faz del mundo tan amargas quejas. El general de la Orden de los servitas había enviado a uno de sus súbditos a Córcega con la misión de visitar los conventos de la Orden. En Génova no cayó esto bien, pues allí creían, como el Papa escribe (5), que privando a los corsos de toda asistencia religiosa los podrían hacer más inclinados a la sumisión. El general mandó entonces volver al visitador; pero por circunstancias que no dependían del poder del mismo, se vió impedido de emprender inmediatamente la partida. Aun cuando, pues, ni el visitador, ni el general, ni muchísimo menos la Orden de los servitas habían contraído responsabilidad alguna, el gobierno expulsó a todos los servitas de su territorio y entregó sus conventos a otros religiosos.

El Pontífice era naturalmente impotente ante la fuerza bruta. La razón por que en este caso, a pesar de todo, lo mismo que en otras ocasiones, no se acogió al abrigo del silencio, la expresó él

(1) Novaes, XV, 52; Botta, loco cit., 354 s.

(2) *Ea Visitatori mandata dedimus, quae ad spiritualem tantum illarum aut perditarum aut periclitantium ovium salutem pertinerent, nihil praeterea curaret, immo se abstinere ab iis, quae motus turbasque illuc iamdudum exortas respicerent.* Bull. Cont., III, 351.

(3) Botta, 358.

(4) al arzobispo de Génova el 22 de octubre de 1763, Bull. Cont., III, 826.

(5) Ibid., n. 3.

mismo en una carta al arzobispo de Génova (1), en la cual exhorta a los obispos de la república a que cumplan con su deber frente a los actos de violencia. «Porque si nosotros, a quienes Dios ha constituido en guardianes y pastores de su Iglesia, nos amedrentamos por vano temor, de suerte que en presencia de los soberanos y ante el poder civil no nos resolvemos a hablar como sacerdotes, ni tenemos ánimo para hacer resonar la voz del cielo y de la verdad, ¿dónde se hallará alguien que en nuestro lugar tome la palabra y se presente como abogado de la casa del Señor?» Para la Santa Sede es sumamente honroso, por cierto, levantar ella, y ella sola en toda Europa, su voz de defensa del derecho conculcado, sin parar mientes en si con ello concita todavía más contra sí las iras de los poderosos.

Con Lucca surgió también una contienda. El 26 de mayo de 1754 había otorgado licencia Benedicto XIV a la república para que al vacar la sede arzobispal nombrara tres candidatos, de los cuales el Papa elegiría el nuevo pastor. Como en 1761, al morir el arzobispo Palma, Clemente XIII designara para sucederle a un cierto Torre, pero al mismo tiempo le exigiera una pensión como gravamen a sus ingresos, declararon en Lucca que, con el derecho de presentación para la provisión de la sede arzobispal, había otorgado también el Pontífice a la república el derecho de disponer de sus rentas. El litigio terminó con una avenencia mediante concesiones hechas por ambas partes; desde 1761 empero permaneció sin proveer el arzobispado de Lucca, hasta que en 1764 recibió al afamado sabio Mansi (2).

III

Lo mismo que frente a los potentados, empleó también Clemente XIII, cuando fué necesario, palabras graves de reprensión en sus amonestaciones a los obispos. Como al morir el elector de Colonia Clemente Augusto, el hermano de éste, «cardenal de Baviera», Juan Teodoro, además de los tres obispados de Freising, Ratisbona y Lieja que ya poseía, aun demandara ser preconizado para las sedes de Colonia y Münster, el Papa se lo denegó rotundamente (3).

(1) Ibid., n. 5. Cf. Picot, IV, 33; Balan, VIII, 191 s.

(2) Sforza en el Arch. stor. ital., 4, Serie XIX (1887), 230 s.; Gams, Series, 741.

(3) el 18 de marzo de 1761, Bull. Cont., III, 466.

Las palabras con que se expresa al hablar del difunto príncipe elector de Colonia, parece que están dichas con la intención de hacer caer al cardenal en la cuenta de la responsabilidad grave que la dignidad episcopal lleva consigo; y al cardenal de Baviera cuadraban muy bien por cierto palabras serias, pues el *triple* obispo llevaba una vida escandalosa en grado sumo. Ya al principio de su pontificado, y nuevamente en 1762, dirigió el Papa apremiantes amonestaciones al cardenal, aun cuando sin éxito ciertamente. Más tarde pensó proceder contra el culpable con las penas eclesiásticas, pero antes quiso probar a evitar el escándalo por medio de un cambio entre los que le rodeaban, para lo cual recurrió a la mediación del elector de Baviera. Sin embargo, Garampi, a quien se le atribuía influjo sobre el elector, aconsejó que se procediera con rigor, sin arredrarse incluso de la suspensión del «trimitrado» obispo. La muerte del cardenal, acaecida el 27 de enero de 1763, hizo superfluas las subsiguientes medidas (1).

Clemente XIII se había negado a satisfacer la demanda de nuevas dignidades hecha por el cardenal de Baviera; mas la muerte precisamente del elector Clemente Augusto, la cual había dado ocasión a dicha petición, obligó de nuevo al Pontífice a tolerar la reunión de varias diócesis en las manos de un solo individuo. Los obispados de Vestfalia corrían peligro de secularización durante la guerra de los Treinta años, Inglaterra y Brunswick se opusieron durante dos años a la elección de obispo en Hildesheim (2) y luego consiguieron que al menos no fuera preconizado obispo un miembro de la poderosa casa del príncipe. Es fácil entender que en tales circunstancias no se opusiera el Papa cuando Clemente Wenceslao, quinto hijo de Augusto, rey de Polonia, fué pedido como obispo a la vez de Münster, Paderborn e Hildesheim (3); sólo inculcó con el mayor encarecimiento al recién elegido que se consagrara con celo al estudio de las ciencias sagradas (4).

Fuera de esto, la creciente celotipia de los electores eclesiásticos de Alemania fué también fuente de dificultades para los derechos del nuncio pontificio. Clemente XIII no se guardó de censurar

(1) Dengel, 67-71.

(2) Cf. anteriormente, pág. 48, y los Breves del 18 de abril, 16 de mayo y 19 de octubre de 1761, Bull. Cont., III, 491, 506-604.

(3) A Augusto de Polonia el 1.º de agosto de 1761, *ibid.*, 586.

(4) 13 de octubre de 1761, *ibid.*, 603. Cf. Dengel, 57 s.

al elector de Tréveris, Juan Felipe von Walderdorf (1), y algunos años más adelante le dió una grave reprensión (2) por haber derogado el privilegio del fuero de los clérigos, siendo él príncipe eclesiástico, para mal ejemplo de los potentados seglares. Ocho días después pudo, sin embargo, el Papa expresar su satisfacción de que el elector hubiera revocado su disposición (3).

Dura y aceda fué también la reprensión que recibió el obispo de Wladimir, Felipe Feliciano Wolodkowicz (4), de quien el nuncio de Polonia dió el siguiente juicio: «El metropolitano muestra de tiempo en tiempo sólidos designios, pero ni tiene talento ni género de vida para poder influir con éxito en favor de la religión, y aquí no hay nadie que le respete y ame» (5). Incluso al por lo demás excelente obispo de Eichstätt, Raimundo Anton de Strassoldo, reconvinó también el Papa, a la vez que le rendía grandes y no vulgares elogios, de haberse mostrado demasiado condescendiente frente a los crecientes pujos de secularización de la corte de Baviera (6). Los principios que en estos breves reprensiones sienta ocasionalmente el Papa acerca del desempeño del cargo episcopal, arrojan al mismo tiempo clara luz sobre su propia conducta en el pontificado. Si la condescendencia del obispo de Eichstätt, escribía, nace del ansia de verse libre de una vez de las incesantes importunidades, en tal caso piense que en el cargo episcopal no existe paz y carencia de preocupaciones, y que es indigno el que a los obispos se les pueda decir que han hecho traición a su deber por miedo a la lucha y por cobardía (7).

Suave relativamente es la reprensión que fué dada al obispo de Angers, Jacques Grasse (8). Había éste firmado en 1761 el dictamen de los cuarenta y cinco obispos en favor de los jesuitas, pero luego se permitió elogiar en una carta pastoral los «Extractos de las aserciones peligrosas y perniciosas» (9), los cuales dieron pretexto

(1) Breves del 18 de abril y 16 de septiembre de 1761, Bull. Cont., III, 491, 600.

(2) el 29 de enero de 1766, *ibid.*, 1054.

(3) Breve del 5 de febrero de 1766, *ibid.*, 1055.

(4) el 21 de abril de 1762, Bull. Cont., III, 629.

(5) Pelesz, II, 505.

(6) 26 de septiembre de 1766, Bull. Cont., III, 1115.

(7) in episcopatu nullum esse quietis et tranquillitatis locum cavendumque maxime, ne nimia otii cupiditate per animi mollitiam officium nostrum prodidisse insimulemur (*ibid.*).

(8) el 19 de septiembre de 1764, *ibid.*, 896.

(9) V. anteriormente, pág. 258.

para la expulsión de los jesuitas franceses. El Papa le advierte que corresponde a la Iglesia y no a los soberanos temporales dictaminar acerca de la verdad o falsedad de tesis teológicas y que muchísimas de las censuradas no merecían el menor reparo; además, habían sido compiladas por gente que desde hacía ya mucho tiempo se habían acreditado de enemigos de la Iglesia (1). Que en estas palabras se aludía a los jansenistas se confirma expresamente en una carta dirigida al obispo de Sarlat (2). Los «Extractos de las aserciones peligrosas y perniciosas» de los jesuitas eran efectivamente obra de los jansenistas Goujet, Minard y Roussel de la Tour (3). En general desempeñaron los jansenistas un papel trascendental en la expulsión de los jesuitas franceses. Las constituciones de la Orden fueron denunciadas al Parlamento por el abbé De Chauvelin, furibundo jansenista (4), quien al redactar su dictamen sobre las constituciones encontró apoyo y patrocinio en el abbé Terray y en el apasionado jansenista Laverdy (5), a propuesta del cual fueron condenadas a la hoguera veinticuatro obras de autores jesuitas (6).

IV

Por muy diferente manera había contribuido el jansenismo a la perdición de muchas otras Órdenes, es decir, haciendo desaparecer el primitivo espíritu religioso. Indecible fué el escándalo, sobre todo, cuando se hizo pública y notoria la relajación de la más afamada de las corporaciones religiosas de aquel entonces, la Congregación de San Mauro de los benedictinos franceses. El 15 de junio de 1765,

(1) Los obispos franceses habían censurado en el «Extracto» que se encontraron en él *nonnullas opiniones in scholis communes, quasdam etiam quas fere innumeri sequuntur theologi et iuris utriusque consulti, tum, quod deterrimum est, quasdam in erroribus numerari, quas inter theologos omnes constat esse verissimas* (Bull. Cont., III, 896, n. 3). Grasse se adhirió nuevamente a los demás obispos. Cf. sobre él Picot, IV, 137, 190.

(2) Breve del 4 de noviembre de 1764, Bull. Cont., III, 902, n. 7: *Nos praeterea inhorruimus, perditissimam sectam nullum ad animarum perniciem, quam ille liber afferre potest, habuisse respectum... Magnum enim scandalum simplicioribus hominibus offert notitia, fuisse in Ecclesia doctores, qui pravas huiusmodi doctrinas tradiderint. Sed non animarum salutem Ianseniani curant...*

(3) Lavissee, Hist. de France, VIII, 2, 323.

(4) ardent Janséniste, *ibid.*, 321.

(5) Janséniste passionné, *ibid.*, 322.

(6) *Ibid.*

veintiocho monjes de la abadía de Saint-Germain-des-Prés de París dirigieron al rey una súplica para recabar mitigación en la disciplina religiosa. Ya no querían llevar más el acostumbrado hábito religioso y estaban aburridos del rigor en el tenor de vida del coro de medianoche. Los continuadores de la «Gallia Christiana» y de la edición de las Fuentes históricas medievales de Francia habían puesto su firma en la suplicación, la cual fué dada a la publicidad por medio de la imprenta y remitida a todas las casas de la Congregación (1).

Por lo demás, los benedictinos de San Mauro hacía ya mucho tiempo que no eran los antiguos del tiempo de los Mabillon y Montfaucon. Su misma actividad literaria se había desviado enormemente del cultivo de las ciencias eclesiásticas: escribían sobre asuntos profanos, como construcción de chimeneas y órganos, sobre Retórica y Gramática (2), y los muchos esfuerzos por sofocar en la Congregación el espíritu jansenista sólo tuvieron un éxito parcial (3).

La demanda de los veintiocho no sólo desagradó, sin embargo, al rey, al arzobispo y a la asamblea del clero, sino que también encontró dura oposición en la Congregación misma, principalmente de parte de los Blancs-Manteaux; el general y el gobierno de la Orden, asistidos de más de mil setecientos súbditos, eran asimismo opuestos a los reformistas. Tras varias explicaciones alambicadas firmaron por cierto los veintiocho una retractación que el arzobispo de París les propusiera, pero con ello no tornó el genuino espíritu a la Congregación. Un capítulo general extraordinario, celebrado en Saint-Denis en el mes de abril de 1766, se declaró resueltamente por la conservación de la observancia religiosa, pero en el capítulo ordinario del mes de septiembre sólo en virtud de prohibición real se contuvieron dentro de ciertos límites los innovadores. El general y sus asistentes fueron elegidos, sin embargo, de entre los representantes de la antigua tendencia, si bien se nombró una comisión destinada a fomentar los estudios. En el capítulo celebrado en Marmontiers el año 1769 se cuidó la autoridad real de que el partido de los descontentos no pudiera hacer prevalecer su opinión: fueron presentadas las nuevas constituciones, cuya redacción había sido

(1) Picot, IV, 172-180; Braunmüller en el Freib. Kirchenlex., VIII², 1077 s.; L. Deres en la Rev. Mabillon, 1930, 50 ss.

(2) Braunmüller, loco cit.

(3) Cf. nuestros datos del volumen XXXIV.

decidida por el capítulo de Saint-Germain. Aun cuando de tendencia francamente galicana, sin embargo en su exterior son austeras (1). A pesar de todo ya no era posible dominar por medio de leyes la irrupción del espíritu de relajamiento. La revolución francesa puso fin a la renombrada Congregación, no sin que su ocaso fuera aureolado con resplandores de gloria, pues cuarenta y dos hijos de San Mauro, entre ellos el general a la cabeza, sellaron con la muerte a manos del verdugo su lealtad al deber por negarse a prestar el juramento (2).

De la conducta que el gobierno observó con los de San Mauro cabría quizá deducir su posición amistosa respecto de las Órdenes. Mas no fué éste el caso en general. El espíritu de la época, a cuyo servicio estaban hasta los gobiernos, tendía no sólo a la destrucción de los jesuitas, sino también al aniquilamiento de todas las Órdenes religiosas, y en verdad por la razón de ser los monasterios arrimo y sostén de la religión. A Voltaire escribía Federico II de Prusia (3) que tanto él personalmente como también otros habían observado que allí donde había muchos conventos era el pueblo ciegamente adicto a la religión, o a la superstición, como él decía. Por esta razón la campaña contra la «Infame» debía comenzar con la destrucción,

(1) Braunmüller, loco cit.

(2) Ibid, 10, 79.

(3) el 24 de marzo de 1767, Œuvres, ed. por Preuss, XXIII, 129: Il n'est point réservé aux armes de détruire l'infâme; elle périra par le bras de la vérité et par la séduction de l'intérêt. Si vous voulez que je développe cette idée, voici ce que j'entends: J'ai remarqué et d'autres comme moi, que les endroits où il y a le plus de couvents de moines sont ceux où le peuple est le plus aveuglément livré à la superstition; il n'est pas douteux que, si l'on parvient à détruire ces asiles du fanatisme, le peuple ne devienne un peu indifférent et tiède sur ces objets, qui sont actuellement ceux de sa vénération. Il s'agirait donc de détruire les cloîtres, au moins de commencer à diminuer leur nombre. Ce moment est venu, parce que le gouvernement français et celui d'Autriche sont endettés, qu'ils ont épuisé les ressources de l'industrie pour acquitter les dettes, sans y parvenir. L'appât de riches abbayes et de couvents bien rentés est tentant. En leur représentant le mal que les cénobites font à la population de leurs États... en même temps la facilité de payer en partie leurs dettes en y appliquant les trésors de ces communautés qui n'ont point de successeurs, je crois qu'on les déterminerait à commencer cette réforme; et il est à présumer que, après avoir joui de la sécularisation de quelques bénéfices, leur avidité engloutira le reste... Voilà un petit projet que je sou mets à l'examen du Patriarche de Ferney... Le Patriarche m'objectera peut-être ce que l'on fera des évêques; je lui réponds qu'il n'est pas temps d'y toucher encore... Dès que le peuple sera refroidi, les évêques deviendront de petits garçons... La puissance des ecclésiastiques n'est que d'opinion, elle se fonde sur la crédulité des peuples.

o al menos con la disminución de los conventos; con ello menguaría el sentimiento religioso en el pueblo ordinario y entonces se podría proceder contra los obispos, para perseguir a los cuales todavía no había llegado el tiempo. Los gobernantes tenían además otra razón especial para arremeter contra los conventos; como Federico II decía, Francia y Austria principalmente estaban cargadas de deudas y la incautación de los bienes monacales podría ser de gran utilidad. Voltaire encuentra este plan de ataque contra la «superstición» cristiana digno de un gran general (1).

Los mismos pensamientos desarrolla también el rey dirigiéndose a D'Alembert (2), quien cuatro años antes había celebrado la expulsión de los jesuitas de Francia como modelo que había que seguir para destruir también las demás Órdenes (3). Aplauda la frase de De Chalotais, según la cual el espíritu monacal era la ruina del Estado; de todos aquellos a quienes animaba dicho espíritu, eran los jesuitas los más poderosos, por ellos había que comenzar, por consiguiente, para sacudir el yugo de aquella perniciosa banda (4). D'Alembert propuso además un medio infalible para aniquilar a las Órdenes sin concitar los ánimos: para ello no era necesario más que prohibir la emisión de los votos religiosos antes de los veinticinco años de edad (5). Y en efecto el medio fué puesto en práctica. Él fué también el que delató con claridad que no dejaba lugar a duda cuál era el espíritu que animaba la obra destructora al proponer como prelude de la misma la expulsión de los jesuitas: es la Filosofía, escribía (léase el enciclopedismo), la que propiamente ha pronunciado por boca de los parlamentos la sentencia contra los jesuitas; el jansenismo no ha sido más que el acusador (6). Los parla-

(1) A Federico II el 5 de abril de 1767, *ibid.*, 132: *Votre idée de l'attaquer [la superstition chréticole] par les moines est d'un grand capitaine.*

(2) el 2 de julio de 1769, *ibid.*, XXIV, 456 s.

(3) *Sur la destruction des Jésuites en France. Par un auteur désintéressé*, loco cit., 1765.

(4) *L'esprit monastique, a-t-il dit, est le fléau des États, de tous ceux que cet esprit anime, les Jésuites sont les plus nuisibles, parce qu'ils sont les plus puissans; c'est donc par eux qu'il faut commencer à secouer le joug de cette nation pernicieuse* (*ibid.*, 87). La guerra qu'il [Chalotais] a faite avec tant de succès à la Société n'est que le signal de l'examen auquel il paraît désirer qu'on soumette les Constitutions des autres ordres (*ibid.*, 88).

(5) A Voltaire el 4 de mayo de 1762: Voltaire, *Œuvres*, LXVIII (1784), 201.

(6) *C'est proprement la philosophie, qui par la bouche des magistrats, a porté l'arrêt contre les Jésuites, le Jansénisme n'en a été que le solliciteur* (*Sur la destruction des Jésuites*, 105).

mentos, decía a Voltaire (1), creen hacer un servicio a la religión, pero, sin pensarlo, sirven a la *razón*; de la Filosofía reciben las orientaciones sin caer en la cuenta de ello, y los jesuitas podrían decir a San Ignacio: «Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen». La expulsión de los jesuitas es calificada por él paladinamente como preludio a la destrucción de la Iglesia. Federico II apellida *reforma* a su plan destructor, y de idéntica expresión se sirve por aquel mismo tiempo el gobierno francés, al disponer la destrucción de muchos conventos (2).

Tras la extradición de los jesuitas hubo de temer la asamblea del clero de 1765 que se preparase la misma suerte a las restantes Órdenes religiosas, lo cual trató de evitar corrigiendo inconvenientes en el seno de las mismas. El arzobispo de Toulouse, Loménie de Brienne, recibió el encargo de la asamblea de redactar un informe acerca de los abusos en las corporaciones religiosas, según el criterio del cual se hubo de recurrir al Papa para que de entre los obispos designase comisarios que llevaran a la práctica reformas adecuadas (3). La asamblea pidió al rey que apoyase en Roma sus medidas.

Sin embargo, el gobierno no quería reforma alguna por medio del Papa; el Parlamento, el cual fué consultado, declaró rotundamente que su cooperación no era necesaria (4). La carta de la asamblea al Pontífice no llegó a ser cursada (5); se disolvió espontáneamente, y al reunirse de nuevo recibió una carta del Real Consejo, con fecha 23 de mayo de 1766 (6), en la cual el rey, en virtud de la plenitud de sus poderes, promete establecer una comisión que se había de informar más detenidamente sobre los inconvenientes de los conventos;

(1) el 4 de mayo de 1762, loco cit., 200.

(2) Picot, IV, 190, 213 ss.; Prat, 148 ss.; Gérin en la Rev. des quest. hist., XVIII (1875), 76-135, XIX (1876), 449-512.

(3) La carta de la asamblea dirigida al Papa en Prat, Pièces justif., p. VII. Se ha llegado, se dice en ella, a una paulatina decadencia de la disciplina religiosa; discordia denique, ultimum malorum... cum profanarum vocum novitate [jansenismo y enciclopedismo] in pacis ac caritatis domicilia non sine gravi bonorum omnium luctu palam et ante omnium oculos ita perperam irrupsit, ut mutuis odiis distracti ac depugnantes ad civillum magistratuum potestatem confugere non erubescant religiosi homines.

(4) que l'intervention du Saint-Siège n'était pas nécessaire pour opérer la réforme qu'on désirait. Loménie a Bernis en el mes de junio de 1769, en Gérin, loco cit., XVIII, 81.

(5) La asamblea había condicionado el envío a la decisión del rey; cette lettre n'a pas été envoyée (Loménie, ibid.). Cf. Picot, IV, 215.

(6) Impreso en Prat, 154-156.

todo fué otorgado sin respeto a ninguna clase de privilegios ni excepciones, ni siquiera la pontificia. La asamblea importunó de nuevo al rey suplicándole que se asegurase de la colaboración de la Santa Sede; prometióselo Luis XV, pero no cumplió su palabra (1).

La promesa de establecer una comisión se convirtió en realidad el 31 de julio; su actividad no se ceñía a los fines para los cuales había sido proyectada, es decir, el esclarecimiento de los abusos; sino que, sin preocuparse siquiera de informar al Pontífice, ordenaba constantemente lo que en su sentir era oportuno para su reforma. A las sesiones no se dió entrada a representante alguno de las Órdenes religiosas; el secretario de la comisión era un abogado; a los cuatro sacerdotes seculares, teólogos de la misma, respondían otros cuatro abogados; frente a los cinco prelados, había siete consejeros de Estado; y por fin la comisión tenía derecho para asociarse nuevos miembros designados a su gusto de entre los abogados y clero bajo. Ocupaba la presidencia el arzobispo de Reims, Carlos Antonio de la Roche-Aymon, si bien todo estaba en las manos del relator Loménie de Brienne, más tarde ministro de Hacienda (2). Loménie era amigo de los enciclopedistas; al ser propuesto más adelante para arzobispo de París fué recusado por Luis XV, porque para semejante cargo necesitaba él a alguien que por lo menos creyese en Dios (3).

Tan pronto como quedó constituida la comisión se pudo prever lo que se podía esperar de ella: no reforma, sino destrucción de las Órdenes. Además aparecieron inmediatamente una serie de escritos, de los cuales los unos se declaraban abiertamente por la supresión de los conventos, mientras que los otros los defendían (4). Las Órdenes religiosas, como insistían sus amigos, eran atacadas porque se quería acabar con el cristianismo; atentar contra ellas significaba prestarse a las maniobras de los enemigos de la religión. No se contentarán sólo con su ruina, decían, mientras el clero secular viva en paz, mientras la religión se halle en posesión de su culto, de sus ceremonias y de sus dogmas y disfrute el dominio sobre el espíritu y el corazón de los creyentes (5). Y la ruina de la religión traerá tras sí el derrumbamiento del Estado..

(1) Ibid., 156 s.

(2) Picot, IV, 213, 305.

(3) Weiss, Weltgeschichte, XIV, 485. Cf. Prat, 158-160.

(4) Prat, 164-178.

(5) Ibid., 172.

Tales reflexiones no fueron obstáculo para que la comisión, influida por Loménie, publicase sus decretos de reforma. El 3 de abril de 1767 dispuso un acuerdo del Consejo que todas las Órdenes celebraran un capítulo general cuya finalidad había de ser confrontar las constituciones vigentes con las primitivas y de esta suerte ofrecer a cada corporación religiosa un código claro e inmutable; se añadía que para las modificaciones acudiría el rey a la Santa Sede (1). El 25 de marzo de 1768 apareció el edicto de reforma (2). De la misma manera que las leyes francesas antipapistas de aquel entonces comenzaban haciendo protestación de su obediencia a la Santa Sede, así también el edicto sobre los conventos va encabezado con un panegírico de la vida religiosa. Luego siguen doce disposiciones o artículos los cuales asestan los más rudos golpes contra la vida de las corporaciones religiosas. Primeramente se estableció como necesaria para los votos la edad de veintiún años en las Órdenes de varones y de dieciocho en las de mujeres. Los votos hechos antes de llegar a dicha edad eran inválidos. Los no franceses y aun los mismos franceses que hicieran sus votos en el extranjero, no podían ser recibidos en los monasterios franceses. Una misma Orden no podía tener, a partir de la publicación del edicto, en la ciudad de París más de dos, y en las demás ciudades más de un convento. Los conventos de varones que estaban unidos formando una congregación, habían de contar, además del superior y de los hermanos legos, por lo menos quince miembros, de lo contrario no podían ser admitidos a los votos. Para los conventos que no formaban congregación bastaban ocho miembros.

Con esto estaba echada la suerte de las Órdenes religiosas. Inmediatamente hubieron de ser disueltos muchos monasterios, y sin más fueron declarados nulos los votos de muchísimos religiosos. La total supresión de las asociaciones religiosas que consigo trajo la Revolución francesa tuvo aquí su comienzo y origen. La comisión, que tan a fondo se consagró a la «reforma», subsistió hasta 1779 (3). Al comenzar su labor se albergaban en 2966 conventos franceses, 26 674 religiosos (4); en un decenio descendió el número de los car-

(1) Extracto, *ibid.* Pièces justif., p. XIV-XVI.

(2) Impreso en *Prat*, 182-196.

(3) *Ibid.*, 219.

(4) Gérin, XVIII, 88-90; cf. *Prat*, 203 ss.; Jager, *Hist. de l'Eglise cath. en France*, XVIII, París, 1870, 432 ss.

melitas de 1349 a 1097; de los dominicos, de 1610, hasta 1775, a 1236; el número de los capuchinos había disminuído alrededor de 859 (1).

Clemente XIII sólo presenció el comienzo de la obra destructora. Al examinar más detenidamente la congregación de benedictinos de Saint-Vanne se halló que sus constituciones no estaban aprobadas oficialmente por el Estado: hubo pues necesidad de modificarlas de suerte que pudieran obtener el beneplácito de la Comisión. Las Órdenes de los mínimos, benedictinos y terciarios franciscanos recibieron orden, en el transcurso del año 1768, de modificar sus constituciones en capítulo general celebrado en presencia de un real comisario. A otras corporaciones religiosas no llegó dicha orden hasta el próximo año, reinando ya Clemente XIV (2). Todavía bajo el pontificado de Clemente XIII se vieron precisadas muchas Órdenes a cerrar pequeñas residencias; y durante su reinado se inició la total supresión de toda una Orden, la de Grandmont, pero no llegó a su consumación sino hasta el 24 de febrero de 1769, pocas semanas después de muerto Clemente XIII (3).

Todo esto sucedía a pesar de que de las actas de la misma comisión reformadora se deduce que la supuesta relajación de las Órdenes religiosas de ningún modo era general. De los obispos que fueron preguntados recibieron no pocas Órdenes un esclarecido elogio. En este caso se hallan los franciscanos; los prelados se expresaron en mayoría abrumadora resueltamente en su favor declarando que eran útiles y aun necesarios; sólo unos pocos manifestaron el deseo de que fuera suprimida alguna que otra casa y presentaron acusaciones. El más favorable de todos fué el juicio sobre los recoletos y capuchinos (4). En cambio de las veintitrés casas de los cluniacenses merecieron la mayor parte censura (5), aunque también no pocas fueron elogiadas por su fidelidad a las reglas. De los 288 monasterios que tenían los cistercienses y de los cuarenta y nueve de la congregación de Saint-Vanne ninguno fué suprimido (6). La abadía de Trois-Rois, situada en el Franco Condado, pudo alegar en su

(1) Prat, 218.

(2) Ibid., 206.

(3) Ibid., 209.

(4) Holzapfel, 363. Los juicios de los distintos obispos en Gérin, XVIII. 90-102.

(5) Ibid., XIX, 463.

(6) Ibid., 471, 491.

favor que el simple rumor de que se fuera a cerrar puso ya en conmoción a los trabajadores y a los pobres, temerosos de perder su lugar de refugio y socorro (1). De los 162 monjes que se cobijaban en los veinticuatro monasterios fuldenses se dice que eran ciertamente escasos en número, pero que vivían con gran edificación (2). Una de las causas que dieran origen a la decadencia de las abadías benedictinas fueron las encomiendas, es decir, la intromisión de la autoridad temporal; Saint-Vertin tenía que desembolsar anualmente a su abad comendador 92 000 francos, y 80 000 Saint-Amand de Flandes, de suerte que a los monjes no les quedaba ni siquiera lo indispensable para vivir (3).

Frente a los despotismos de la comisión de reforma se hallaba el Pontífice nuevamente indefenso. El 24 de diciembre de 1766 envió un breve al arzobispo De la Roche-Aymon, presidente de la comisión (4). Antiguamente, le dice, al tratarse de semejantes reformas acudían ante todo a la Santa Sede; al presente empero no le ha sido demandado consejo, y hasta se la ha dejado en absoluto desconocimiento; aquí aparece pujante el espíritu de la época, cuyo influjo y sugestión mueven a los Poderes temporales a considerar como triunfos todos los perjuicios y ultrajes perpetrados contra la autoridad de la Sede Apostólica y contra el poder y jurisdicción de la Iglesia (5). Guárdese empero la comisión de inmiscuirse en cosas que pertenecen al fuero de la Santa Sede; sobre todo no se haga mudanza alguna en las reglas y constituciones de las Órdenes por autoridad propia; además de que con ello no se fomentaría la reforma, la cual sólo puede consistir en el regreso de dichas corporaciones a su genuina pureza (6).

Es probable que el presidente no diera jamás a conocer este breve a la comisión; lo cierto es que no surtió efecto alguno. En

(1) Ibid., 471 s.

(2) Loménie en su infome del 26 de marzo de 1770, *ibid.*, 475.

(3) Ibid., 451 s.

(4) Bull. Cont., III, 1121 s.

(5) [ut] Nobis non modo inconsultis, sed plane insciis institui coepta sit reformatio. El temia, ne qui per laicorum mentes haud ita pridem se infudit, in hanc quoque rem spiritus quidam se insinuaverit, quo saecularis potestas iure sibi recuperatum existimat quidquid de Apostolica Sedis auctoritate et Ecclesiae potestate et iurisdictione detraxerit (*ibid.*, n. 3)

(6) Nulla enim corpora ab interitu retrahi aliter possunt, quam ea ad suum quaeque revocando principium (*ibid.*, n. 5). El mismo principio había invocado Clemente XIII en el asunto de los jesuitas. V. anteriormente, pág. 252.

Venecia imitaron el ejemplo francés (1). En Módena había suprimido también el duque algunos pequeños conventos sin aprobación pontificia; como el Pontífice protestase, solicitaron entonces el permiso para ello, que a la postre fué otorgado. Entre los conventos suprimidos se hallaba la famosa abadía cisterciense de Nonantola (2).

Mientras en Francia y en Venecia una supuesta reforma trabajaba por acabar con las Órdenes religiosas, en otras partes reinaba en el seno de estas mismas corporaciones un impulsor esfuerzo por tornar a la perfección suma de la disciplina monástica. Los franciscanos descalzos de las tres provincias unidas de España, Portugal y Nápoles, animados por el capítulo general de Murcia, se dieron nuevos estatutos, que fueron aprobados por el Papa el 15 de julio de 1761 (3). Los terciarios franciscanos que vivían en comunidad demandaron el auxilio del Pontífice para extirpar todas las ambiciones de puestos honoríficos en la Orden (4). Demostración palmaria del floreciente estado en que se hallaban los capuchinos de la provincia de Milán la da la reseña que de los conventos allí existentes aparece en la constitución pontificia del 27 de abril de 1759, la cual trata de dar satisfacción a las pretensiones de las distintas custodias y naciones y fijar los recíprocos derechos opuestos (5).

Los carmelitas italianos se muestran preocupados por la formación de su juventud en el aspecto tanto religioso como científico, y construyen casas expofeso que son destinadas a este fin (6). También trabaja la congregación benedictina de Vallombrosa por elevar el nivel de los estudios y quiere por cierto que se dé preeminencia sobre todo a la Teología en una época precisamente en que las ciencias naturales y la historia lo relegaban todo a segundo término (7). La congregación benedictina de Bursfeld recabó una nueva confirmación pontificia de los estatutos reformados de Clemente XI (8). Deseoso de estimular el entusiasmo por las ciencias, el Pontífice

(1) V. anteriormente, pág. 614.

(2) Novas, XV, 140 s.

(3) Bull. Cont., III, 561.

(4) Breve del 29 de septiembre de 1760, *ibid.*, 416.

(5) *Ibid.*, 134 ss.

(6) Breve del 24 de septiembre de 1759, *ibid.*, 265 ss. Para remediar inconvenientes fueron desmembrados de la provincia polaca diez conventos lituanos de carmelitas y hechos independientes (17 de mayo de 1766, *ibid.*, 1074 ss.).

(7) Breve del 21 de julio de 1760, *ibid.*, 380.

(8) Breve del 18 de marzo de 1767, *ibid.*, 1143 s.

otorgó el derecho de conferir el grado de doctor al colegio cisterciense de San Bernardo recién erigido en Roma (1). Del deseo de reforma que animaba a los basilios nos da noticia un breve que otorga al abad general, a petición suya, especiales facultades para realizar una visita, como lo había hecho ya en Italia (2). Publicáronse además decretos de reforma para los celestinos (3), piaristas (4), benedictinos de Monte Vergine (5) y trinitarios (6). Con frecuencia se ocupó el Pontífice en la Orden de los betlenitas que en las Indias occidentales se esforzaba por elevarse (7) y alentó también (8) la costumbre de los dominicos de practicar anualmente ejercicios por espacio de cuarenta días en memoria de los que Jesucristo permaneció en el desierto y para renovar el espíritu religioso. Con gran elogio recuerda Clemente XIII varias Órdenes religiosas a las cuales confió delicados cargos, como a los carmelitas, los cuales tenían un profesor perpetuo de Teología moral en la Sapienza (9); asimismo a los servitas, quienes vieron convertida en derecho la costumbre dos veces centenaria de elegir de entre ellos a los confesores de la familia del Pontífice (10). De singular honor fué para los franciscanos el que el Papa destinara al cardenal Crivelli para presidir su capítulo general de Mantua (11).

El cardenal Marcantonio Barbarigo (muerto en 1706) siendo obispo de Montefiascone había fundado una asociación de maestras piadosas (*maestre pie*) para la educación de la juventud femenina. Esta asociación, que no tenía prescritos los votos religiosos, fué llamada a Roma por Clemente XI; reinando Clemente XIII dirigía en dicha ciudad ocho escuelas. El Pontífice redujo ahora los estatutos, aunque dándoles horizontes más amplios (12), los cuales habían sido redactados por los clérigos de la congregación de los píos operarios en 1717.

(1) el 28 de julio de 1764, *ibid.*, 881 ss.

(2) 22 de enero de 1761, *ibid.*, 442.

(3) *Ibid.*, 622, 1414.

(4) *Ibid.*, 648.

(5) *Ibid.*, 740.

(6) *Ibid.*, 588, 606, 616.

(7) *Ibid.*, 487, 770, 891, 956, 1112.

(8) el 18 de noviembre de 1765, *ibid.*, 1034.

(9) el 13 de junio de 1759, *ibid.*, 152.

(10) el 19 de enero de 1762, *ibid.*, 614 s.

(11) el 16 de febrero de 1762, *ibid.*, 617.

(12) el 6 de septiembre de 1760, *ibid.*, 407-414.

V

El 11 de septiembre de 1758 tuvo ya Clemente XIII su primera promoción de cardenales, al otorgar *in pecto* el capelo cardenalicio a su sobrino Carlos Rezzonico. Al hacer público este nombramiento el siguiente 2 de octubre parece que el Papa tuvo por necesario hacer una justificación de tal medida; dióla al decir que se veía en la precisión de designar para su inmediata asistencia a personas que según su juicio fueran las más útiles para su gobierno, y se comprende que dadas las circunstancias del momento pusiera los ojos en varones en los cuales pudiera confiar incondicionalmente. Por otra parte el sobrino había alcanzado ya en el pontificado de Benedicto XIV una elevada categoría en la carrera de la prelacia. Rezzonico se había consagrado al servicio de la Iglesia ya en su edad madura recibiendo las órdenes sagradas de manos de su tío (1). Por lo demás el nepote era tenido por un segundo Borromeo: tan notoria era su piedad (2). Una descripción de los cardenales, muerto ya Clemente XIII, llama al cardenal Rezzonico ángel en la pureza de costumbres, desinteresado, y tal que siempre había sido ajeno a transacciones en asuntos públicos, ni había formado banderías, ni abusado del favor del Pontífice (3). Rezzonico murió en 1799 siendo obispo de Porto y arcipreste de Letrán.

Si la primera promoción de cardenales del nuevo Pontífice fué en favor de un miembro de su familia, la segunda recayó en un súbdito de su ciudad natal. Venecia había sido preterida en la última promoción de Benedicto XIV celebrada en 1756, por haber aparecido allí en 1754 una disposición hostil a la Iglesia (4). Al principio no surtieron efecto las negociaciones y mediaciones para restablecer la paz; el recién elegido Pontífice lo intentó ahora por medio

(1) Consistorio del 2 de octubre de 1758, *ibid.*, 49

(2) *Novaes*, XV, 16.

(3) *Em. Rezzonico: Veramente questo Porporato è un angelo di costumi ed ha assai dimostrato nel pontificato passato, che non è interessato; non s'ingriscie negli affari, non ama di far fazioni e partiti, e non si prevale dell'autorità di nepote padrone, essendo pure stato teneramente amato dal defonto Pontefice suo zio. Nota sopra gli em. cardinali, *Archivio de la Embajada austriaca del Vaticano*.

(4) Cf. la página 300 de nuestro volumen XXXV.

de una carta autógrafa, y la señoría cedió a su intervención por tratarse de un paisano. Clemente XIII se apresuró a corresponder a la república otorgándole su cardenal en la persona del veneciano Antonio Marino Priuli, a la sazón obispo de Vicenza y más tarde de Padua (1).

Juntamente con él recibió también la púrpura el ministro francés Francisco Joaquín de Pierre de Bernis (2). Lo mismo que Richelieu, Mazarino y Dubois, pertenecía Bernis a los políticos que en la dignidad cardenalicia no veían más que un medio de acrecentar su prestigio. Bernis comenzó su carrera siendo un abate jovenzano, de vida completamente aseglarada, cuyas crecidas deudas de doce mil libras canceló una alta valedora llamada Rohán. Poesías hoy sepultadas en el olvido le valieron en 1744 un puesto en la Academia, y sus cumplimientos a la omnipotente Pompadour el cargo de embajador en Venecia. Más tarde fué designado para concertar el tratado de alianza del 1.º de mayo de 1756 entre Francia y Austria contra Prusia, así como el plan sobre la repartición de Prusia del 1.º de mayo de 1757. Luego vino el encumbramiento al ministerio del Exterior; Clemente XIII no pudo negarle ahora el capelo cardenalicio que Choiseul ya le había negociado en tiempo de Benedicto XIV. Sin embargo, a todos estos honores siguió el inmediato descrédito de la política francesa y con ello llegó para Bernis la desgracia de la Pompadour y la estrepitosa caída; en 1758 se hubo de retirar, desterrado de la corte, a una de sus tres abadías. Entonces se tornó más mesurado, recibió las órdenes sacerdotales, fué preconizado obispo de Albi en 1764 y en 1769 fué nombrado embajador en Roma, donde se consagró en cuerpo y alma a la obra de la supresión de la Compañía de Jesús, y en 1794 terminó sus días después que la revolución había barrido todo aquello por lo cual se había él afanado durante toda su vida.

A las primeras promociones de cardenales realizadas por Clemente XIII no siguieron otras inmediatamente, a pesar de que el sacro colegio presentaba veintidós vacantes. El motivo de esta tardanza estuvo en que Nápoles aspiraba a tener cardenales de la corona lo mismo que las grandes potencias de Europa (3). Por fin se resolvió

(1) Alocución consistorial del 1.º de octubre de 1758, Bull. Cont., III, 53.

(2) Sus *Mémoires et lettres* publicadas por F. Masson, París, 1878; *Biographie*, *ibid.*, XXI-CXXIV; Fréd. Masson, *Le cardinal De Bernis depuis son ministère 1758 à 1794*, París, 1884.

(3) *Albani a Kaunitz el 25 de julio de 1759, *Archivo público de Viena*, Röm. Korrespondenz.

el Pontífice a completar por la promoción del 24 de septiembre de 1759 el sacro colegio, sin tener en consideración las aspiraciones de los gobiernos (1). Entre los promovidos se contaban cuatro antiguos nuncios: Ignacio Crivelli había desempeñado tal cargo en Viena; Filippo Acciaioli en Lisboa (2); Ludovico Gualterio de'Gualtieri en Nápoles y en París, y Girolamo Spinola en Madrid. Entre los restantes agraciados son especialmente famosos José María Castelli como competente conocedor de todos los ramos de las ciencias eclesiásticas, como mecenas de los sabios y por su noble carácter e inquebrantable adhesión a la Santa Sede (3). Asimismo José Alejandro Furietti, trabajador infatigable, gran conocedor del derecho, sabio escritor y celoso sacerdote de intachable pureza de costumbres (4). Sabio y caritativo y de acrisolada virtud era Marcantonio Colonna (5). El de mayor nombradía como sabio entre los promovidos en 1759 fué el dominico José Agustín Orsi, secretario del Índice y maestro del sacro palacio, el cual trabajó por producir una obra dogmáticamente irrefragable frente a la Historia eclesiástica de Fleury. Además escribió principalmente sobre la infalibilidad del Papa contra Bossuet y sobre la autoridad del Papa frente a los concilios (6).

De la manera que Clemente XIII había distinguido a su ciudad natal ya en su primera promoción pública de cardenales, así quiso también honrar a su sede episcopal de Padua otorgando a su sucesor en dicha diócesis, Sante Veronese, la púrpura y, tras su rápida muerte (en 1763), confiando la dirección de su antigua diócesis asi-

(1) Allocución consistorial del 24 de septiembre de 1759, Bull. Cont., III, 273 ss.; Novaes, XV, 21. Los gobiernos estaban muy disgustados por ello: *più di tutti sono disgustati i Ministri esteri, che non hanno avuto alcuna influenza in questa promozione*. Especialmente el embajador francés da muestras de gran descontento. Sforza, 21.

(2) Cf. anteriormente, pág. 171.

(3) Novaes, XV, 27.

(4) Ibid., 31; G. B. Galligioli, *Memorie per la vita de. card. Furietti*, Lucca, 1790. Furietti escribió una obra de valor sobre mosaicos. Moroni, XXVIII, 75; Hurter, V^o, 200. Cf. anteriormente, pág. 44.

(5) Novaes, XV, 32. Su nombramiento para prefecto de la Propaganda lo acompaña Brunati por cierto con la glosa: **se le tiene por terco e per troppo parziale de'Gesuiti; si teme che possa uscire del sistema del defonto cardinale suo predecessore in pregiudizio delle missioni e dell'apostolato*. A Colloredo (?) el 27 de abril de 1763, *Archivo de la Embajada austriaca del Vaticano*, Rom., t. 88.

(6) *Freib Kirchenlex.*, IX^o, 1087; Hurter, IV^o, 1506, 1572. Cf. anteriormente, pág. 44. El capelo cardenalicio se lo proporcionó el cardenal Corsini. Sforza, 20.

mismo a un cardenal y paisano Priuli (1). Otros dos obispos recibieron el capelo cardenalicio: el de Sabina, Andrés Corsini, prefecto de la signatura de Justicia, y el obispo electo de Rimini, Ludovico Valenti. De los restantes promovidos en el año 1759 murieron otros dos siendo obispos y por cierto que a los dos se les había confiado la dirección de la diócesis suburbicaria de Palestrina: Girolamo Spinola fué nombrado obispo de dicha sede el año 1775 y, muerto él en 1784, le sustituyó Marcantonio Colonna fallecido en 1793. Los cuatro nuncios que se hallaban entre los promovidos eran todos arzobispos titulares y, de sus compañeros de promoción, lo eran también Ludovico Merlini, presidente del ducado de Urbino, y el maestro de la Cámara Apostólica, Antonio María Erba Odescalchi. El cardenal vicario de Roma, Fernando María de Rossi, que es el más renombrado entre los recién promovidos, poseía el título de patriarca de Constantinopla (2).

Los demás habían desempeñado los más elevados cargos en Roma. Pedro Francisco Bussi era decano de la Rota, Cayetano Fantuzzi (3) auditor del mismo tribunal, Juan Constancio Caracciolo auditor de la Cámara Apostólica, Nicolás Perelli tesorero de la misma. Otros eran secretarios de congregaciones: Pedro Antonio Guglielmi de la congregación de prelados y religiosos, Nicolás Antonelli de la de Propaganda, y Conti secretario del Buen Gobierno. Antonelli es elogiado como trabajador infatigable (4). El más famoso cardenal de la promoción de 1759 es, sin embargo, Lorenzo Ganganelli, más tarde Clemente XIV. Muchos de los nombrados en aquella fecha no sobrevivieron al Papa; murieron: en 1761 Orsi, Gualteri y Odescalchi; en 1762 Merlini; Valenti en 1763; Furietti en 1764; al año siguiente Bussi; en 1766 Acciaioli; Veronese y Antonelli en 1767, y en 1768 Crivelli.

(1) A los canónigos de la catedral de Padua concedió una singular distinción honorífica. Breve del 16 de abril de 1763. Bull. Cont., III, 749.

(2) Una característica de Rossi, poco segura por cierto, en la que aparece más como cortesano mundano y falto de sinceridad, en las *Notizen über die Kardinäle Klemens XIII, *Archivo de la Embajada austriaca del Vaticano*, Rom.

(3) C. Brancadoro, Elogio funebre del card. G. Fantuzzi, Fermo, 1781.

(4) *Indefesso nel suo impiego, zelante, sufficientemente dotto, specialmente delle materie ecclesiastiche. Ha scritto sopra Parma, Piacenza e Comacchio (*Archivo de la Embajada austriaca del Vaticano*, Rom.). Sobre Antonelli como sabio cf. Hurter, V², 112 s.; Dict. d'hist. et de géogr. ecclési., III, 840. Principalmente fué el primero en editar los discursos del más antiguo padre de la Iglesia siria, Aphraates (con el nombre de Jacobo de Nisibis).

Excepción hecha de Bernis, todos los hasta entonces distinguidos eran italianos. En la promoción siguiente, celebrada el 23 de noviembre de 1761 (1), fueron tomadas en consideración también las demás naciones católicas. Naturalmente hubo de ser preterida Portugal. Pero España tuvo su representante en el patriarca de las Indias occidentales, Buenaventura de Córdova Spínola de la Cerda. También Alemania fué honrada al recibir el capelo cardenalicio el obispo de Speir, Francisco Cristóbal von Hutten, y Cristóbal Antón Migazzi. Hutten pasaba por uno de los príncipes eclesiásticos de Alemania más adictos a Roma, el cual había tomado muy a pechos el gobierno de su diócesis, aun cuando veía con disgusto la jurisdicción de los nuncios (2). Migazzi (3), señor de Waal y Sonnenturn, nacido en 1714, era alumno del colegio alemán de Roma, fué nombrado en 1745 auditor de la Rota por la nación alemana, embajador austriaco en España, preconizado obispo de Waitzen en 1756 y en 1757 arzobispo de Viena. Murió en 1803. Francia recibió tres capelos: para el arzobispo de Besançon, Antonio Clairad de Choiseul Beaupré; para Juan Francisco José de Rochechouart de Faudoas, embajador en Roma, obispo de Laon, y para el obispo de Estrasburgo, Carlos Luis Constantino de Rohan Guemené, muerto en 1779, el cual, según el juicio de Garampi, gobernó su extensa diócesis con prudencia suma (4). Cuatro vacantes del sacro colegio fueron cubiertas con italianos; fueron el dominico Enrichetto Virginio Natta, obispo de Alba, Juan Molino, obispo de Brescia, Baltasar Cenci, secretario de las Consultas, y Cornelio Monti Caprara, gobernador de Roma. Todavía en vida de Clemente XIII murieron Cenci (en 1763), Caprara (en 1765), Natta (en 1768). Cenci murió repentinamente cuando se hallaba dedicado a la desecación de las lagunas pontinas (5).

La promoción siguiente, que tuvo lugar el 18 de julio de 1763, dió a la Iglesia dos cardenales solamente: el secretario de la congregación de obispos y religiosos, Simón Bonaccorsi, y el auditor del Pontífice, Andrés Negroni (6).

(1) Bull. Cont., III, 604.

(2) Dengel, 53; F. X. Kemling, *Gesch. der. Bischöfe zu Speier*, II, Maguncia, 1854, 674 ss.

(3) *Biographie de Wolfsgriber* (? 1897).

(4) Dengel, 48.

(5) *Brunati a Colloredo el 5 de marzo de 1763, *Archivo de la Embajada austriaca del Vaticano*, Rom., t. 88.

(6) Novaes, XV, 77. *Il card. Buonaccorsi fu segretario de' vescovi e regolari, d'anni 55 e d'un esteriore piuttosto ributtante, parzialissimo de' Gesuiti, plu-

No puede sorprender que, dada la situación del orbe en aquella época, tampoco reparara Clemente XIII en las aspiraciones de las cortes extranjeras al celebrar sus dos últimas promociones de cardenales en 1766 (1). El 21 de julio de dicho año fueron promovidos Bufalini y Boschi, y el 26 de septiembre otros doce; los catorce eran italianos. De Boschi, natural de Faenza y de cincuenta y dos años de edad, escribe Brunati que era dueño del corazón de Roma entera. Bufalini era oriundo de Città di Castello y de cincuenta y ocho años, había sido gobernador de Loreto en tiempo del tránsito de los ejércitos austríacos y más tarde nuncio de Suiza, y tenía fama de ser hombre de carácter inflexible y el principal apoyo de Torrigiani (2). Entre los nuevos cardenales de la promoción del 26 de septiembre de 1766 es singularmente elogiado Filippo Maria Pirelli, arzobispo titular de Damasco y secretario de la congregación del Concilio. Se distinguía por sus conocimientos en la jurisprudencia y en las bellas letras de los latinos e italianos, y fué celebrado como varón de carácter entero y de inviolable pureza de costumbres. José Simonetti, obispo titular de Petra y secretario de la congregación de obispos y religiosos, fué también universalmente llorado cuando en 1767 murió a los cincuenta y ocho años de edad no cumplidos. También falleció aquel mismo año de 1767 Nicolás Oddi a la edad de cincuenta y un años llevándose consigo a la tumba las muchas esperanzas que se habían concebido de su ciencia, prudencia y costumbres ejemplares. Había asistido en calidad de nuncio de Roma a la dieta de Francfort al ser elegido José II (3) y murió religioso de la Compañía de Jesús; pocos días antes de su muerte había hecho en Arezzo la solemne profesión (4). En la misma categoría de nuncios habían servido a la Iglesia: Opizio Pallavicini (muerto en 1785) en Madrid, en Viena Vitaliano Borromei (muerto en 1793) y Pedro Pamfili Colonna en París. Antonio Colonna Branciforte, muerto en 1786, fué nuncio extraordinario para llevar a París los Santos Pañales.

tosto ignorante, pieno di buona intentione..., poco accetto alla Francia, per averne in più occasioni parlato con poco rispetto. Brunati a Colloredo (?) el 20 de julio de 1763, *Archivo de la Embajada austríaca del Vaticano*, Rom., t. 88.

(1) Novaes, XV, 109.

(2) *A Colloredo el 23 de julio de 1766, *Archivo de la Embajada austríaca del Vaticano*, Rom., Varia.

(3) Cf. anteriormente, pág. 50.

(4) *Argomento di piacevoli discorsi è stata la professione solenne di Gesuita che fece in Arezzo nella casa de' Gesuiti poco prima di morire il sig. card. Oddi. Sforza, 50 (el 6 de junio de 1767).*

Además de Oddi y Simonetti, hubo un tercero entre los promovidos en 1766 que no sobrevivió al siguiente año, es a saber, Nicolás Serra, arzobispo titular de Metelino y auditor general; el año 1768 causó otra nueva víctima en el grupo arrebatando al gobernador de Roma, Eneas Silvio Piccolomini. En cambio, además de otros, ya mencionados, de la misma promoción, sobrevivieron al Papa: Javier Canale, tesorero general de la Cámara Apostólica, muerto en 1773; el arzobispo de Fermo, Urbano Paracciani, muerto en 1777; Benedicto Veterani, que falleció en 1779 siendo prefecto del Índice; Ludovico Calini, prefecto de la congregación de las Indulgencias y Reliquias, muerto en 1782 (1).

El patriarca de Lisboa vió confirmado por Clemente XIII (2) el privilegio que daba a su cargo la segura perspectiva del capelo cardenalicio (3). En un consistorio fué nombrado patriarca y en el siguiente promovido al cardenalato.

(1) De una *Característica de los 14 nombrados en 1766 para la corte de Viena siguen aquí algunas referencias, las cuales en verdad no pueden ser acogidas sino con prudencia. *Calini*: de 70 años, natural de Brescia. El Papa, su antiguo amigo, le ha sacado de la oscuridad. Se i Rezzonici e i Gesuiti non contano sulla di lui abilità, contano sul di lui cuore e buon costume. *Oddi*: de 51 años. Non ha gran corredo di letteratura, con todo es muy discreto y conocedor de las cortes europeas. Il suo spirito, le maniere soavi ed insinuanti, la moderazione, l'onoratezza lo rendono gratissimo a chi lo tratta. *Paracciani*: 52 años; de gran talento. Il solo interesse proprio può far tacere le sue massime e rovesciare i suoi pregiudici. *Simonetti*: 57 años. Una somma probità, onoratezza e pietà formano la base de suo carattere... Scarso talento, lento, minuto e attaccato soverchiamente alle pretensione di questa corte. *Pirelli*: Uomo di gran talento; cambia de partidos con el viento; fuerte sentimiento de su dignidad; no es querido. *Borromei*: 45 años; nuncio de Viena. *Pietro Colonna*, apellidado *Pamfili*: 41 años; la corte francesa no estaba muy satisfecha de su actuación como nuncio; gran pietà e illibatezza. *Serra*: genovés, 60 años, nuncio de Polonia. Non è uomo di strepito..., gode il favore della stima comune..., probità, dolcezza, onestà. *Canale*: 70 años, povero di talento, di cognizioni e di sostanze, ha egli saputo conseguire onori e accumulare ricchezze; primeramente familiar del cardenal Fini, luego auditor en Madrid; tesoriere della Camera, dalla quale esce cardinale per costumanza e per non rovinare di più le rendite camerali; ha sempre mostrato un genio basso e popolare; partidario de España. *Colonna Branciforte*: 55 años, nuncio de Venecia, amante del fausto, pródigo. *Veterani*: 62 años; talento, abilità, applicazione e onoratezza; propenso a los grandes negocios; favorito de los Albani. *Piccolomini*: 60 años; uomo di gran talento e penetrazione; malquisto; maniobró diestramente con el favor de los nepotes Corsini y Rezzonico. *Brunati (a Colloredo o Kaunitz) el 27 de septiembre de 1766, *Archivio de la Embajada austriaca del Vaticano*.

(2) Cf. anteriormente, pág. 296.

(3) el 17 de diciembre de 1766, Bull. Cont., III, 1046.

VI

Clemente XIII sólo celebró una solemne canonización. En medio de los sufrimientos y pesares cada vez mayores de la Iglesia, decía él (1), su único consuelo consistía en poder dar pruebas a los fieles de los grandes hombres de la Iglesia, los cuales íntimamente unidos a Cristo anduvieron su camino sin dejarse engañar por los paralogismos de la ciencia humana. De los seis elegidos para ser canonizados, cuatro habían sido beatificados poco antes por su predecesor (2), es a saber: José de Calasanz, José de Copertino, Girolamo Miani y Juana Francisca de Chantal. A éstos asoció en el acto de la canonización al profesor de la universidad de Cracovia Juan von Kenty (Cancio), muerto en 1473 (3), y al lego capuchino Seraffín de Monte Granario o de Ascoli, fallecido en 1604 (4). Como fecha de la solemne canonización escogió el Papa el 16 de agosto de 1767, aniversario de su coronación y comienzo de su séptimo año de pontificado (5).

En el aniversario de su coronación del año 1761 publicó también Clemente XIII el decreto de *título* referente a la beatificación de un obispo y cardenal, el cual le era especialmente afín como familiar y predecesor en la sede episcopal de Padua: Gregorio Barbarigo. El 20 de septiembre de 1761 pudo Clemente XIII otorgarle solemnemente el honor de los altares (6). Otras dos veces celebró solemnes beatificaciones: el 19 de mayo de 1766 distinguió con tal honor al trinitario Simón Roxas, muerto en 1624 (7), y el 29 de abril de 1768 al lego capuchino Bernardo da Corleone, que había pasado a mejor vida en 1667 (8). Simón Roxas había estado en estrecha relación

(1) Consistorio del 27 de abril de 1767, *ibid.*, 1152.

(2) Cf. anteriormente, pág. 272.

(3) *Acta sanct.*, Oct., VIII, 1042 ss.

(4) *Ibid.*, VI, 128 ss.

(5) Las bulas de canonización en el Bull. Cont., III, 1299-1346; consistorio del 27 de abril de 1767, *ibid.*, 1152, del 7 de mayo, *ibid.*, 1158, del 1.º de junio, *ibid.*, 1160.

(6) Cf. nuestros datos del volumen XXXI. De su veneración por Barbarigo habla Clemente XIII en el decreto del 11 de septiembre de 1761, el cual fija su beatificación para el 20 de septiembre (Bull. Cont., III, 594), y el 16 de abril de 1763 (*ibid.*, 750).

(7) *Ibid.*, 1072 s.

(8) *Ibid.*, 1426.

con la corte de Madrid, Bernardo había sido en los primeros tiempos de su vida nada menos que un santo, antes por el contrario un pendenciero de rompe y rasga; conseguida no sin gran trabajo su admisión en la Orden capuchina, lo reparó todo con el espantoso rigor de su vida.

A otros muchos beatificó Clemente XIII aprobando, en vista de los dictámenes de la congregación de Ritos, el culto que gozaban desde tiempo inmemorial. Tal fué el caso de cinco eremitas agustinos: Agustín Novello, muerto en 1309, Antonio Turriani y Antonio della Mondola, fallecidos en 1350, Andrés de Montreale de la diócesis de Rieti, muerto en 1479, y Felipe de Piacenza, fallecido en 1306 (1). Agustín Novello, llamado antes en el siglo Mateo de Tarano, fué famoso jurista y canciller del rey Manfredo. Ingresado en la Orden de los agustinos, redactó con la colaboración de Clemente de Osimo las nuevas constituciones de la Orden en el pontificado de Nicolás IV, fué legado en Siena en tiempo de Bonifacio VIII, y general de la Orden de 1298 a 1300 (2). Entre las mujeres elevadas al honor de los altares merece especial mención Ángela Merici, fundadora de las ursulinas, cuyo culto fué permitido el 30 de abril de 1763; además, junto a la dominica Bienvenida de Bojanis, fallecida en 1292 (3) y la clarisa Matías de Nazariis, muerta en 1513, de modo especial a Isabel de Reute, muerta en 1386, la cual hacía ya mucho tiempo que ocupaba lugar preferente en el corazón de los fieles de la Suabia superior, quienes la apellidaban «la buena Beth» (abreviación de Elisabeth, Isabel); su biografía fué escrita por su director espiritual Kügelin (4). Isabel pertenecía a la Orden tercera de San Francisco. Clemente XIII confirmó también el culto que desde muy antiguo disfrutaban otros dos hijos del santo de Asís: el observante Mateo de Gimmara, obispo de Girgenti de 1442 a 1444 (5), y el misionero y taumaturgo Pedro da Moliano, muerto en 1490. Dos dominicos fueron asimismo objeto de idéntica distinción: el misionero y taumaturgo Sebastián Maggi, muerto en 1494 (6), y el mártir de Túnez

(1) Los tres primeros por decreto del 11 de julio de 1759, los dos últimos por bula del 18 de febrero de 1764 y 27 de agosto de 1766.

(2) Acta Sanct., Maii, IV, 614 ss.; Analecta Augustiniana, IV, 326 ss., VI, 120.

(3) Acta Sanct., Oct., XIII, 145 s.

(4) Publicado en la revista «Alemania», IX (1881), 275 ss., X (1882), 81 ss., 128 ss.

(5) Pirrus-Mongitore, Sicilia Sacra, I, Panormi, 1733, 914 ss.

(6) Monum. Ord. Praed. hist., XIV, 315.

Antonio Neyrot de Rivoli, fallecido en 1460 (1); además los carmelitas Ángel Agustín Mazzinghi, muerto en Florencia en 1438, y dos servitas: el sacerdote Giacomo Filippo Bertoni, muerto en 1483 (2), y el lego Tomás Cursin de Orvieto, fallecido en 1343. De época posterior era el compañero de San Cayetano de Tiene y confesor de San Andrés Avelino, el teatino Juan Marignoni, muerto en 1562.

La fiesta del patriarca de Venecia Lorenzo Giustiniani fué hecha extensiva a toda la Iglesia por decreto del 12 de septiembre de 1759 (3). El clero de la ciudad de Vergara, en Guipúzcoa, obtuvo permiso para celebrar con especial solemnidad a su paisano Martín Aguirre, franciscano, uno de los veintiséis mártires del Japón de 1597 (4); el clero de Navarra recabó un privilegio parecido para la solemnidad de los santos abades Raimundo y Veremundo (5) y a instancias de Carlos III de España confirmó Clemente XIII para los dominios españoles que se celebrara con toda pompa y solemnidad la fiesta de la Inmaculada Concepción (6), patrona principal de todo el reino, la cual había de ser invocada especialmente todos los sábados (7).

De gran trascendencia para lo futuro fué la concesión pontificia de una fiesta especial del Sagrado Corazón de Jesús. El culto al Corazón de Jesús existía ya en la edad media (8); el Corazón corporal del Hombre Dios era precisamente tan digno de culto casi como las cinco Llagas tan veneradas, y venerar el amor de Cristo simbolizado por el corazón y que mueve a simpatía al corazón propio no podía tardar, porque precisamente el amor a Dios y a los hombres fué el que impulsó a Cristo a las acciones de su vida y a su Pasión redentora. En el siglo XVII se difundió de manera muy providencial el

(1) Acta Sanct., Aug., VI, 510 ss.; *Analecta Bolland.*, XXIV, 157.

(2) Acta Sanct., Maii, VI, 165; *Monum. Ord. Serv. B. M. V.*, IV (1901), 63.

(3) Bull. Cont., III, 245 s.

(4) 16 de abril de 1762, *ibid.*, 625 s.

(5) el 8 de mayo de 1767, *ibid.*, 1159 s.

(6) el 8 de noviembre de 1760, *ibid.*, 419 s.

(7) Bulas del 22 de diciembre de 1760, 27 de enero de 1761, y 14 de marzo de 1767, *ibid.*, 425, 437, 1141.

(8) K. Richstätter, *Die Herz-Jesu-Verehrung im deutschen Mittelalter*, Munich, 1924; *Ancient Devotions to the Sacred Heart by Carthusian Monks of the 14-17th centuries*, Londres, 1896; G. Kanters, *La dévotion au S. Coeur de Jésus dans les anciens États des Pays-Bas du XII^e au XIII^e siècle*, Bruselas, 1928, con *Supplément*, 1929. Sobre la devoción en general cf. N. Nilles, *De rationibus festorum SS. Cordis Iesu et purissimi Cordis Mariae*, Oeniponte, 1885; Bainvel en el *Dict. de théol. cath.*, III, 271-351.

culto al Sagrado Corazón de Jesús; frente a la incredulidad naciente era de recomendar una nueva forma de adoración a Cristo, y frente al jansenismo, que sostenía que Jesucristo no había muerto por todos los hombres y retraía a los fieles de la recepción de los sacramentos, estaba muy en su punto una devoción que estimulaba a los creyentes al amor a Jesucristo y a practicar la reciprocidad del amor mediante la frecuente comunión. El impulso de esta devoción en la universal Iglesia lo dió una sencilla religiosa, Margarita María Alacoque, de la Orden de San Francisco de Sales, llamada de la Visitación. Es cierto que sus revelaciones de los años de 1674 y 1675 no son la base en que se apoya el culto del Sagrado Corazón, pero es muy significativo que una religiosa pudiera dar desde su celda el impulso a un movimiento que a los dos siglos había recorrido el orbe entero. Muy especialmente trabajaron por difundir esta devoción la Orden de la Visitación y la Compañía de Jesús, y sus más acerbados adversarios fueron los jansenistas.

Las tentativas por conseguir la aprobación pontificia de una fiesta especial del Sagrado Corazón fracasaron por largo tiempo. El misionero y fundador Juan Eudes introdujo por cierto dicha fiesta en su congregación en 1672, pero con aprobación episcopal (1). Benedicto XIV, siendo todavía Próspero Lambertini, había tenido que ocuparse de las súplicas en las cuales los reyes de Polonia y España y los obispos de Cracovia y Marsella demandaban la introducción de la fiesta (2). El jesuita Gallifet, escribía más tarde Benedicto XIV (3), trabajó extraordinariamente por esta causa, empero no logró nada. Al hacer él esta manifestación tenía delante otro escrito de súplica en el cual la superiora general de las carmelitas descalzas francesas le demandaba licencia para introducir en su Orden la referida devoción. Pero el Pontífice no era propenso a favorecer nuevas devociones (4). Dos años más tarde renovaron las carmelitas francesas la demanda (5) y por cierto por medio de la reina María

(1) Bainvel, loco cit., 317; H. Joly, *Le bienheureux Père Eudes* ³, París, 1909, 162-187; Doré, *Le P. Eudes, premier apôtre des SS. Coeurs de Jésus et de Marie*, París, 1870.

(2) Bainvel, loco cit., 337; Friburg Kirchenlex., V ³, 1923.

(3) a Tencin el 26 de junio de 1754, en Haeckeren, II, 347; Benedict. XIV, *De canonizat.*, IV, P. 2, c. 31, n. 20-25.

(4) Nous ne sommes guère disposé à favoriser les nouvelles dévotions. A Tencin, loco cit.

(5) *Gualtieri a Valenti el 26 de julio de 1756, Nunziat. di Francia, 496, *Archivio segreto pontificio*. La *carta sin fecha de las religiosas, ibid.

Leszczynska, en atención a cuyas instancias la asamblea del clero de 1765 estimuló también a los obispos a que admitiesen la devoción (1). Benedicto XIV recusó sin embargo la súplica apelando a su obra sobre la canonización (2).

Su sucesor Clemente XIII había erigido personalmente una archicofradía para honrar al Sacratísimo Corazón (3). A él se dirigieron los obispos de Polonia, al desmoronarse su patria, demandándole la introducción de la fiesta. En esta ocasión triunfó la súplica: el 26 de enero de 1765 aprobó la congregación de Ritos la demanda y el 6 de febrero fué aprobado por el Pontífice su decreto (4). El culto al Sagrado Corazón de Jesús, se lee en él, se ha difundido por casi todas las partes del orbe con la aprobación de los prelados y ha sido confirmada millares de veces mediante breves de indulgencias otorgados a las cofradías del Sagrado Corazón; la concesión de una fiesta especial viene a fomentar tan sólo un culto ya existente y a renovar la devoción al amor divino, con el cual el Hijo Unigénito de Dios tomó la naturaleza humana y dió ejemplo de obediencia, dulzura y humildad.

Además veintiún obispos españoles y doce cabildos catedralicios se habían dirigido al Pontífice en 1763 y 1764 suplicándole la aprobación de la fiesta (5); fuera de ellos, otros nueve obispos y cabildos de la América española y diecisiete de Sicilia; en total habían llegado ciento cuarenta y ocho suplicaciones del alto clero (6). En el definitivo decreto pontificio no se nombra, con todo, a España, porque aunque es cierto que Felipe V de España había demandado el 10 de mayo de 1727 la introducción de la fiesta (7), y el 12 de junio de 1747 llegó la orden a Aróstegui de renovar la demanda en nombre del

(1) Régnault, Beaumont, II, 141 s.

(2) La respuesta sin fecha (8 de agosto de 1756) en Nunziat. di Francia, loco cit.; *Carta del secretario de la congregación de Ritos a la secretaría de Estado del 9 de agosto de 1756, *ibid.*

(3) *Roda a Grimaldi el 31 de enero de 1765, *Archivo de Simancas*, Estado, 5034; v. Régnault, II, 93. Sobre la primera hermandad semejante de Roma cf. Civ. Catt., 1929, III, 228.

(4) Bull. Cont., III, 933.

(5) *Lista de los Prelados y Cabildos que han escrito al Papa suplicándole concediese el oficio y misa del Corazón de Jesús (sin fecha), *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 791. Reseña de los obispos y cabildos en Nilles, I, 91 s.

(6) *Ibid.*, 91-96.

(7) *Ibid.*, 36 s.; Pou y Martí, *Archivo de la Embajada de España cerca de la Santa Sede*, III, Roma, 1921, 19. Ya desde 1725 estaban en curso negociaciones sobre el particular: *ibid.* en Corazón de Jesús; Reusch, Index, II, 983 s.

rey (1) por lo cual en el decreto de la congregación de Ritos se cita al rey de España entre los demandantes (2), pero, apoyado por el cardenal Ganganelli (3), interpuso ahora protesta Roda por haberse citado el nombre de su rey sin su conocimiento. Al mismo tiempo se dirigió a Madrid para que desde allí interpusieran la correspondiente protesta (4), y Azpuru, sucesor de Roda, siguiendo órdenes de Grimaldi (5), hubo de oponerse a la concesión de la fiesta para España sin la aprobación del rey (6). A todos los prelados que habían tomado parte en el documento de suplicación les fué dada una severa reprimenda en nombre del rey; al mismo tiempo que se dirigía a todos los obispos la prohibición de escribir a Roma en asuntos colectivos (7). Una vez expulsados los jesuitas de España fueron quitadas de sus iglesias todas las imágenes del Sagrado Corazón (8).

Síntoma significativo de la disposición de ánimo que en Madrid reinaba es un dictamen del confesor del rey, Osma (9). Con lágrimas en los ojos, escribe, había leído el informe del embajador sobre la introducción de la nueva fiesta. ¿Qué iban a decir por cierto los críticos de Londres, Berlín, Holanda y Dinamarca? Menos todavía quisiera oír los juicios que se darían en Roma, en Francia y en todo el mundo católico. Pero lo que más le atormentaba era la poca consideración al rey. ¿Acaso ya no hay rey en España? ¿Es que son los jesuitas los soberanos de España? Aquellos pocos obispos y cabildos no eran ni con mucho los representantes del país y su

(1) *Carvajal a Aróstegui el 12 de junio de 1747, *Archivo de Simancas*, Estado, 5034.

(2) Nilles, I, 5.

(3) *V. E. se acordará muy bien de lo que trabajó entonces, y quien me dió noticia de lo que pasaba fué el card. Ganganelli y me ayudó en el empeño. Roda a Azpuru el 28 de mayo de 1771, *Archivo Prov. Toled. de Madrid*, Chamartín, R.

(4) *Roda a Grimaldi el 31 de enero de 1765, *Archivo de Simancas*, Estado, 5034.

(5) *A Azpuru el 5 de marzo de 1765, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 45.

(6) *Azpuru a Grimaldi el 21 de marzo y 4 de abril de 1765, *Archivo de Simancas*, Estado, 5034; *A Torrigiani el 15 de abril de 1765, Nunziat. di Spagna, 296, *Archivo secreto pontificio*.

(7) *Grimaldi a Roda el 9 de noviembre de 1765, *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 791.

(8) *Roda a Azpuru el 28 de mayo de 1771, *Archivo Prov. Toled. de Madrid*, Chamartín, R.

(9) *A Grimaldi el 22 de febrero de 1765, *Archivo de Simancas*, Estado, 5034; *López a Idiáquez el 27 de febrero de 1765, *ibid.*, Gracia y Justicia, 688.

demanda no hubiera debido cursarse sin el consentimiento del rey. Aunque en este penoso asunto los únicos responsables son los prepotentes jesuitas, los cuales habían sonsacado la carta de los preladados. Semejantes monstruosidades sólo eran capaces de cometerlas aquellos individuos, aquellos *virí potentes a saeculo, virí famosi* (1). Él no se atrevía a proponer al ministro las medidas para alejar aquellos inconvenientes, porque la demasía del dolor que le embargaba no le dejaría quizá acertar con el justo medio (2). En los mismos términos que Osma se expresaban también los jansenistas franceses ásperamente contra la nueva fiesta (3).

Como síntoma de la época cabe también considerar la demanda de una beatificación que fué presentada entonces por un poderoso partido. Hasta la muerte de Fernando VI de España se había mantenido el gobierno español bastante indiferente frente a la beatificación del antijesuita Palafox. La Inquisición incluso había llegado, por el edicto del 13 de mayo de 1759, a condenar a la hoguera por mano del verdugo, entre otros escritos difamatorios de la Compañía de Jesús, también las dos cartas de Palafox contra los jesuitas (4). Las cosas cambiaron de rumbo al escalar el trono Carlos III. Con fecha 12 de agosto de 1760 dirigió Carlos III al Pontífice Clemente XIII la suplicatoria en favor de la beatificación de Palafox, aseverando que la quema de las dos cartas antijesuiticas no había sido por causa del contenido de las mismas, sino únicamente por

(1) Gn., VI, 4.

(2) Sobre la razón fundamental de la ojeriza contra la fiesta, decía Rábago el 28 de agosto de 1747 (*Archivo de Simancas*, loco cit.): *La razón verdadera, según se dijo y dice, es que en este empeño para el Corazón de Jesús a entrado la Compañía y esto basta para conciliar todas las contradicciones del mundo. Pero al fin, aunque a mucha costa, Dios bolverá por el Corazón de su SS. Hijo. Tanucci (a Bottari el 23 de marzo de 1765, *ibid.*, Estado, 5992) lo confirma: *Tralle cose che Roda mi disse, fu l'inganno fatto dai Gesuiti alla regina Barbara di Spagna per la festa del Cuor di Gesù di quella visionaria bugiarda, che aveva visto in paradiso chi non aveva mai amato Dio, tanto disapprovata costì dal Papa passato. Io me rallegrai, Roda si formalizzò di vedermi congratulato con una risoluzione di questo Papa favorevole a quella furberia; ma si serenò quando io spiegai, che io rideva del nuovo argomento dell'infalibilità del Papa, poichè Papa era Lambertino, che detestò e abrogò la cosa, Papa Rezzonico, che l'approva e l'abbraccia, e l'uno e l'altro operava collo Spirito Santo della Corte di Roma, il quale è più simile a Proteo che al fato incluttabile dell'Eterna Sapienza, qui locutus est per prophetas.

(3) Régnauld, Beaumont, II, 144 ss.

(4) Impreso, *Archivo de Simancas*, Inquisición, 443, y Nunziat. di Spagna, 262, *Archivo secreto pontificio*.

carecer de licencia para ser impresas (1). Passionei, ponente de la causa, quien como tal había de dar los pasos previos para la beatificación y que por cierto se consagró con el mayor celo a esta misión, dió a la estampa con la mayor celeridad la carta del rey (2). Contra todo uso y costumbre hizo imprimir también, valiéndose de anticuados documentos del proceso, la decisión unánime del 9 de diciembre de 1760, la cual declaraba los escritos de Palafox exentos de todo desacato contra las bulas pontificias (3); previno además al inquisidor general Quintano Bonifaz (4) para que se adhiriera a la resolución de Roma, diciéndole que el decreto apostólico quitaba a los jesuitas todo pretexto para ulteriores cábalas. También procuró Roda influir en el mismo sentido en el ánimo del inquisidor general: no era el odio a los jesuitas, protestaba él, sino el celo por la glorificación del obispo Palafox, por el honor del rey y el bien de la Iglesia el que guiaba sus pasos en aquel asunto que él había llevado siempre sin ofender a la Compañía de Jesús y defendiendo su honor (5). Mas qué era lo que en realidad pensaba Roda sobre Palafox y los jesuitas, se desprende con luz meridiana de su correspondencia epistolar con Wall (6). Lo más provechoso que escribió Palafox, dice, fueron sus declaraciones contra los jesuitas; para éstos había constituido un triunfo cuando las cartas de aquél adversas a ellos fueron condenadas; era preciso que el rey fuera informado

(1) *Archivo de la embajada española en Roma*, Reales Ordenes, 41; *Wall a Portocarrero el 17 de junio de 1760, *ibid.*

(2) *Torrighiani a Pallavicini el 6 y 20 de noviembre de 1760, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 431, loco cit.; *Pallavicini a Torrighiani el 9 de diciembre de 1760, Cifre, *ibid.*, 285.

(3) *Torrighiani a Pallavicini el 1.º de enero de 1761, Registro di cifre, *ibid.*, 431; *Pallavicini a Torrighiani el 20 de enero de 1761, Cifre, *ibid.*, 285.

(4) Passionei al inquisidor general el 24 de diciembre de 1760, *Archivo de Simancas*, Inquisición, 443.

(5) *A Quintano Bonifaz el 25 de diciembre de 1760, *ibid.*, Estado, 4966. En enero de 1761 la Inquisición declaró libres de error las cartas de Palafox (*Decreto del inquisidor general, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Registro di corresp., 101; *Quintano Bonifaz a Passionei el 20 de enero de 1761, *Archivo de Simancas*, Inquisición, 443; *Wall a Tanucci el 28 de abril de 1761, *ibid.*, Estado, 6092). El decreto favorable fué motivado por Roda; cf. *Roda a Wall el 29 de enero [1761] (*ibid.*, 4966): He visto carta de España en que se refiere una proposición de los Jesuitas, que dicen: Que mas daño les hace Roda en Roma, que Carvalho en Portugal. Si ahora viesenalzada la prohibición, y reimprimas las obras de Palafox, y que a mi me lo debian, que dirian? Pero digan lo que dixeran.

(6) *Archivo de Simancas*, Estado, 4966.

sobre el caso a fin de que pudiera poner a salvo de los jesuitas el reino y las colonias. Roda incluso creía amenazada su propia vida por aquellos «regicidas». Escribía que en Roma le tenían los jesuitas por adversario suyo. Muchos religiosos y personas, eminentes por su virtud y prudencia, para quienes eran conocidas a fondo las doctrinas y maquinaciones jesuíticas, le habían amonestado que estuviera sobre aviso. «Sin embargo, poco me importa de mi vida. Mi honor y mi conciencia son los que yo quiero guardar, en lo demás venga lo que Dios quiera y el rey.» (1)

Entre tanto batían palmas de júbilo en Roma los amigos de Palafox por el buen sesgo que tomaba el proceso y el bochorno de los «cuervos» (2). Algunos de sus infundios, como que los jesuitas tachaban de jansenistas al rey Carlos y a Wall y que procuraban concitar a dominicos y carmelitas contra Palafox (3), los pudo refutar fácilmente Ricci (4). La muerte de Passionei, ocurrida el 5 de julio de 1761, frenó algo el ímpetu con que hasta entonces se había procedido (5). De tal suerte se consideraba el proceso como asunto

(1) *Es conveniente que el Rey se halle enterado. Mientras S. M. no las conozca, no puede asegurar sus reynos y menos las Indias. Io al Inquisidor no le hablo de los Jesuitas, sino por lo respectivo a esta causa Palafox, pues temo que se escandalice, y no me crea en nada. Io entiendo que lo mas util que escribió el Venerable son las obras contra los Jesuitas, donde los define... Ahora todo lloverá sobre mi. En Roma ya me tienen por su contrario los Jesuitas. De España escriben, que les hago yo mas daño en Roma que Carvalho en Portugal. El Inquisidor y su tribunal estaran rabiando conmigo porque los desacredito y obligo a que, contra su honor reformen el edicto. Aqui muchos Religiosos... me amonestan que me guarde... A Wall el 12 de febrero de 1761, *Archivo de Simancas*, Estado, 4966.

(2) *Bandini a Foggini el 16 de diciembre de 1760, *Biblioteca Corsini de Roma*, Cod. 1607.

(3) *(Centomani?) a Tanucci el 27 de marzo de 1761, *ibid.*, 6092.

(4) *Ricci a Orsini el 8 de diciembre de 1760, *Epist. Gen. secretae, en poder de los jesuitas*; Ricci, *Espulsione dalla Spagna, 78 s.

(5) *I Gesuiti venuti dal Mexico portarono certa lettera stampata di Msgr. Azpuru scritta ad Angelopoli in cui si faceva trionfo grande per esser passato in Congregazione de'Riti certo articolo nella causa di Msgr. Palafox, e si diceva che i Gesuiti avevano procurato d'impedirne il buon esito con le solite ingiurie contro di essi. Ma è falso, ed i Gesuiti non se n'erano ingeriti niente affatto. Il sig. card. Terroni prefetto della Congregazione di p. m. aveva fatto dell'opposizione non per opera de'Gesuiti, nè per far loro favore, ma perchè si procedeva irregolarmente, non avendo Msgr. Pisani allora Promotore fatto le animadversioni, se non per pura apparenza, non rilevando le vere difficoltà. E veramente questa causa si portava avanti con impegni, con frodi, con violenze, con danari, che non sono certo le maniere di promuovere i servi di Dio all'onore degli altari, dovendo in cosa si santa avere luogo la semplice verità (Ricci, *Espulsione dalla Spagna*,

de partido que la simple abstención de emitir el voto fué imputada a los cardenales York y Juan Francisco Albani como ingratitud y hostilidad contra el rey de España, cuyo favor no recobró York hasta que el rey Jacobo III de Inglaterra no intercedió por él (1). Después de Passionei fué encargado del proceso de Palafox el cardenal Galli, y, muerto éste, Ganganelli, de quien se esperaba una pronta y favorable solución (2). Ganganelli se reservó la dirección de la causa aun después de ser elevado al solio pontificio. En el pontificado de Pío VI hubo que desistir del proceso definitivamente como de cosa irrealizable; la última sesión tuvo lugar el 28 de febrero de 1777 (3).

VII

En el terreno de las misiones extranjeras se inicia en el reinado de Clemente XIII la obra de la violenta demolición. Aquellas mismas potencias temporales, que en siglos anteriores tanto habían contribuido a su formación y desarrollo, fueron las que al presente, repudiando los ideales de sus antepasados, aniquilaron uno de los instrumentos del cual se habían valido aquéllos con predilección para difundir el cristianismo: la Compañía de Jesús.

Para formarse idea de la enorme brecha que el proceder de Portugal, Francia y España abrió en la obra de las misiones, basta representarse que en el año 1760 actuaban en las misiones no menos de 3276 jesuitas (4). Para esa fecha había comenzado ya Pombal

78 s.). Cf. *Torrighiani a Pallavicini el 1.º de enero, 12 de febrero y 26 de marzo de 1761, Registro di cifre, Nunziat. di Spagna, 431, loco cit.; *Pallavicini a Torrighiani el 20 de enero de 1761, Cifre, ibid., 285.

(1) *Roda a Wall el [22 de enero] y 12 de febrero de 1761 y 23 de marzo de 1762, *Archivo de Simancas*, Estado, 4966; *Carlos III a Tanucci el 6 de enero de 1761, ibid., 6044; *Wall a Tanucci el 17 de febrero y 31 de marzo de 1761, ibid., 6092.

(2) *Grimaldi a Azpuru el 17 de febrero y 28 de abril de 1767, *Archivo de la Embajada española de Roma*, Reales Ordenes, 1767; Ricci, *Espulsione dalla Spagna, 79.

(3) Reusch, Index, II, 496. Sobre posteriores tentativas por parte de España en torno a la beatificación de Palafox cf. **Archivo de la Embajada española de Roma*, Exped. «El Vº Señor Don Juan de Palafox», núm. 27, 1785/89.

(4) A Huonder, Deutsche Jesuitenmissionäre des 17. und 18. Jahrhunderts, Friburgo, 1899, 30. De las siete provincias de la asistencia de Portugal contaba en 1749 la de la metrópoli 861 jesuitas, la del Japón 57, Goa 150, Malabar 47, China 49, Brasil 445. Marañón, 145. La asistencia de Francia contaba en la América Central y del Norte 54 y 50 misioneros, en Grecia 25, en Siria 17,

su obra demoledora. Un barco tras otro iban arribando a Lisboa, abarrotados de jesuitas, a quienes de súbito se había arrancado de la actividad misional a que se dedicaban en apartadas regiones. En el mes de mayo de 1759 llegaron diez o doce de Angola, en junio de 1760 otros 230 del Brasil, en septiembre de aquel mismo año 61 de Madeira y de las demás islas, en diciembre otros 115 de Pará. En el mes de mayo del siguiente año fueron traídos los primeros 119 jesuitas de las Indias orientales, quienes por estar en su mayor parte enfermos fueron hospitalizados en el lazareto de los criminales: veintitrés habían fallecido durante la travesía, que duró cinco meses. Los años 1764 y 1769 todavía trajeron un rebusco de jesuitas a quienes no se había echado tan pronto la zarpa (1).

La triste suerte que había cabido a los jesuitas portugueses se hizo extensiva también, a partir del año 1767, a sus hermanos de las provincias españolas. Fueron igualmente sorprendidos por el ataque y conducidos a Cádiz. En los años 1767-1769 desembarcaron en dicho puerto en total 2273 misioneros jesuitas del Perú, Chile, Paraguay, Méjico, de Filipinas, de Quito y Nueva Granada (2).

En España y Portugal fueron de nuevo «cargados» los apresados en barcos para ser «descargados» y abandonados a su suerte en las costas de los Estados pontificios. De esta guisa llegaron a Civita-vecchia procedentes de Portugal: en 1759, durante los meses de noviembre y octubre, 255, y el año siguiente de 1760 en febrero y octubre 375, más 265 del Brasil; en 1761 en enero y julio 92 del Marañón, 59 de Goa y las Indias; además en 1767 otros 29 de diversas provincias (3). Unos mil jesuitas de las provincias españolas habían sido enviados a Italia en el mes de junio de 1768, cerca de otros mil no habían llegado todavía en aquella fecha procedentes de América y Filipinas (4); en 1767 se hallaban 1091 jesuitas desterrados en Italia (5). Clemente XIII había derrochado su cariño con

en Persia 7, en la India oriental 22, en China 23, en total 198 jesuitas en 36 misiones. [Wernz-Schmitt], *Synopsis*, 321.

(1) Duhr, Pombal, 143.

(2) J. B. Mundwiler en la *Zeitschrift für kath. Theol.*, XXVI (1902), 639. Huonder (loco cit., 31) hace ascender a 2617 el número total de los deportados.

(3) [Wernz-Schmitt], 337.

(4) Mundwiler, loco cit., 643; Hernández, *El extrañamiento de los Jesuitas del Río de la Plata y de las misiones del Paraguay por decreto de Carlos III*, Madrid, 1908; *Auszug aus dem Tagebuch von Paramás über die Vertreibung in den Kath. Missionen*, XXVIII (1899 s.), 8 ss.

(5) [Wernz-Schmitt], 337.

los expatriados, pero al fin no pudo ya recibir más desterrados (1). Los jesuitas mejicanos, en número de 678, pretendieron reunirse formando una nueva provincia en Bolonia y Ferrara, la cual sin embargo hubo de ser disuelta también en 1773.

Peor todavía fué la suerte de aquellos que en Portugal y en España fueron retenidos. Algunos de ellos obtuvieron ciertamente licencia para tornar a la patria, y otros fueron distribuidos temporalmente en conventos de diversas Órdenes religiosas. El destino que los restantes corrieron fué no pocas veces muy cruel. Ya en la travesía hacia España perecieron a consecuencia de los malos tratos algunos centenares (2), los cuales eran por cierto mirados con envidia de aquellos que por la voluntad de los gobernantes habían de arrastrar toda su vida por las mazmorras sin saber jamás el motivo de su castigo. Principalmente en los subterráneos y húmedos calabozos de San Julián, verdaderas guaridas de alimañas, que se hallan en la desembocadura del Tajo, hubieron de sufrir penalidades que la pluma se resiste a escribir. Algunos hallaron libertad por mediación de María Teresa y María Leszczynska y otros príncipes que por ellos intercedieron a partir de 1772, mas otros hubieron de aguardar hasta que la muerte o la caída de Pombal ocurrida en 1777 los salvara (3). Poco antes de la expulsión de los jesuitas, de las provincias españolas, tenían a su cargo la de Chile 7718 indios, la de Quito 7586, el Perú 55 000, la de Nueva Granada 6594, la de Méjico 122 001; en las islas Marianas y entre los tagalos se contaban 156 052 recién convertidos (4).

De las misiones francesas no fueron arrojados por la fuerza los jesuitas. Sostuvieron algunos de ellos en el Canadá y en la Luisiana, en la Martinica y en Guadalupe, en Santo Domingo y en Cayena, en Grecia, Siria y Egipto, lo mismo que en las Indias orientales y en la China (5); en total estaban consagrados a los trabajos de las misiones 152 jesuitas franceses, de los cuales 113 eran sacerdotes; poco a poco fueron muriendo sin poder ser reemplazados sino en pequeña parte.

El siglo XX ha permitido reunir datos suficientes sobre lo que

(1) Crétineau-Joly, V, 251. Cf. anteriormente, págs. 165, 432.

(2) V. anteriormente, pág. 400.

(3) Duhr, *Gesch.*, IV, 2, 536-556.

(4) [Wernz-Schmitt], 353, 361.

(5) Una reseña, hecha para la Propaganda entre 1762 y 1764, contiene los nombres de las estaciones y misioneros; impreso en Hughes, II, 599 s.

el propio europeo llega a ser cuando crece sin educación cristiana y privado del culto divino. No hay que maravillarse, por tanto, si la pérdida de los misioneros significó para pueblos que acababan de convertirse la ruina del cristianismo y de la naciente cultura.

La desaparición de los jesuitas de las misiones no tuvo empero en todas partes el mismo sentido de decadencia. En California tuvieron los desterrados excelentes sustitutos. Inmediatamente después de su extradición en 1767, el virrey de Méjico traspasó las reducciones de indios a los franciscanos del colegio de misiones de San Fernando, quienes hasta el presente habían fundado cinco misiones en Sierra Gorda. Capitaneados por un meritísimo apóstol de la fe, el famoso Junípero Serra, llegaron el día de Viernes Santo, 1.º de abril de 1768, catorce franciscanos a la Baja California. El domingo de Pascua anunció Serra en el sermón que la misión sería seguida en la forma antigua y luego él y sus compañeros se distribuyeron en quince estaciones, a las cuales todavía fué añadida una nueva fundación. Mas el floreciente desarrollo ulterior ya no cae dentro del pontificado de Clemente XIII (1).

En Méjico fueron también franciscanos en su mayor parte los que reemplazaron a los desterrados jesuitas, como en los montes de Nayarit (2) y principalmente en la antigua Pimeria, o sea en la actual Sonora y Arizona, donde se hicieron cargo de cincuenta y dos misiones jesuíticas con más de trescientos pueblos. El 5 de agosto de 1767 fueron enviados los primeros catorce misioneros del colegio de misiones de Querétaro; la provincia de Jalisco cooperó también al cuidado de los indios (3). Los franciscanos consiguieron halagüeños progresos en Méjico; tras la tremenda devastación que sobrevino a fines del siglo xvii, una labor intensa de cincuenta años levantó en veinticinco misiones de aquellos parajes nuevas iglesias y capillas, las cuales según los informes de cierto viajero podrían competir con las de Europa, mientras los indios en el aspecto religioso no desmerecían de los vecinos españoles (4). Empero en otras misiones fueron desastrosos los resultados que la experiencia puso a la luz del día a partir de la expulsión de los jesuitas. Los sacerdotes seculares de

(1) Lemmens, 251 s.; Engelhardt, *The Missions and Missionaries of California*, San Francisco, 1908-1913, I, 270, II, 18.

(2) Lemmens, 240 s.

(3) Ibid., 249.

(4) Ibid., 243.

Méjico, a quienes pasaron aquéllas, se acreditaron de incapaces para su cometido; once aldeas de indios sitas en las inmediaciones de la laguna de Parras habían desaparecido a los seis años (1), y de las veintidós parroquias de la Taraumara no quedaban más que tres en 1780 (2).

Además de la expulsión de los jesuitas, ejercieron influjo demolidor en las misiones los acontecimientos políticos de la época. El Canadá, hasta entonces en poder de Francia, fué conquistado en 1759 por los ingleses y a ellos definitivamente adjudicado por la paz de París de 1763. Al realizarse la entrega de Quebec el 18 de septiembre de 1759 se garantizó por cierto al obispo de la localidad el libre ejercicio del culto católico y durante las negociaciones de paz fué presentado al embajador francés en Londres un memorial solicitando para Quebec la continuación de la sede episcopal y del cabildo. Mas el gobierno inglés concibió el propósito de colocar clero protestante en lugar del católico. Al prelado de Quebec, Oliver Briand (1766-84), jamás le dió en los documentos oficiales el tratamiento de obispo, el cual fué reservado para el dignatario anglicano. No pocos clérigos regresaron en 1759 y 1763 a Francia, lo cual era visto con muy buenos ojos por el nuevo gobierno, tanto que llegó a poner barcos ingleses a disposición de los que partían. Los franciscanos, jesuitas y sulpicianos recibieron orden prohibitiva de admitir novicios o procurarse refuerzo de fuera; los misioneros católicos que se hallaban entre los indios hubieron de ser retirados poco a poco y sustituidos por protestantes, y los bienes de los jesuitas y franciscanos fueron declarados en 1774 propiedad del Estado (3); tras la conquista inglesa se suspendió además el pago de catorce mil libras que el rey de Francia había asignado a los jesuitas con destino a las misiones de los indios (4). Razón tenía Clemente XIII para predecir (5) al obispo electo de Quebec dificultades y amarguras todavía mayores que las que con la dignidad de obispo en sí y de por sí ya van anejas; los infortunios que en Quebec se ofrecían en perspectiva a los prelados, eran superiores a lo que un hombre ordinario puede soportar. Sin embargo, a pesar de todas las vejaciones contra clérigos y seglares,

(1) Ibid., 242.

(2) Ibid., 249.

(3) The Catholic Encyclopedia, III, 234, X, 379; Launay, 20 s.

(4) Hughes, II, 350.

(5) el 9 de abril de 1766, Ius. pontif., IV, 125.

los católicos del Canadá permanecieron fieles a su fe, de suerte que el gobierno hubo de reconocer poco a poco como más aconsejado amainar en su rigor. Respecto a las leyes coercitivas contra los católicos había declarado ya en 1768 el Real Consejo secreto que no eran extensivas al Canadá (1).

En las misiones de indios canadienses se distinguió entre los franciscanos principalmente Manuel Crespel (muerto en 1775) (2), entre los jesuitas en particular Juan Bautista La Brosse (fallecido en 1782), el cual había consagrado a ellas durante treinta y cinco años sus fatigas y trabajos (3). Junto a las antiguas corporaciones aparecieron además, a partir de 1750 poco más o menos, los sulpicianos, de los cuales Francisco Picquet erigió en Ogdensburg una reducción, donde en cuatro años reunió tres mil indios. Además fundó cuatro estaciones junto al San Lorenzo y en sus correrías misionales hizo muchas conversiones.

De los treinta sulpicianos del año 1759 quedaban aún dos supervivientes cuando en 1793 el gobierno mitigó su rigor, de suerte que la asociación pudo rehacerse de nuevo. A partir de 1773 los sulpicianos sustituyeron a los jesuitas ya a punto de extinguirse (4).

Cuando en 1763 pasó la Florida del dominio español al inglés, fué prometida por cierto a los católicos libertad de conciencia en un artículo ambiguo del convenio hispanoinglés, pero luego se incautaron en San Agustín de la residencia episcopal para entregarla a los anglicanos y del convento de los franciscanos con la mejor fuente de la ciudad a fin de destinarlo a las tropas inglesas; el templo de los indios fué convertido en hospital. Harta de tanta vejación, emigró casi toda la población española (5).

Otros dominios de los actuales Estados Unidos, que entonces todavía estaban bajo la soberanía española o francesa, hubieron de participar también de los acontecimientos de la metrópoli. En la española Arizona fueron clausuradas las iglesias y los indios privados de sus sacerdotes (6). En la Luisiana francesa el Consejo Supremo, remedando al Parlamento de París, condenó el instituto

(1) Th. O'Gorman, *A History of the Roman Catholic Church in the United States*, Nueva York, 1895, 204.

(2) Lemmens, 266.

(3) *The Catholic Encyclopedia*, X, 380.

(4) *Ibid.*

(5) Shea, Carroll, 90 s.

(6) Shea, *Colonial Days*, 532.

de la Compañía como peligroso para la autoridad del rey y de los prelados y perjudicial a la paz y seguridad públicas, y declaró nulos los votos de los jesuítas, prohibió el nombre y hábito de la Compañía de Jesús, hizo subastar sus bienes, demoler a ras de tierra sus templos y envió a Francia a los religiosos. Sólo permanecieron en el país nueve o diez capuchinos, los cuales no eran suficientes para atender al ministerio de almas (1). En la Martinica publicó el tribunal de San Pedro una providencia en virtud de la cual los jesuítas tuvieron que abandonar sus casas y renunciar al nombre de su Orden. Bajo condición de hacer un juramento que en el aspecto eclesiástico era tolerable, les fué permitido proseguir en el ministerio de almas en las parroquias (2).

En Sudamérica desplegaron los franciscanos desde su colegio de Ocopa una gran actividad misional de sacrificios entre los indígenas peruanos. El colegio, situado al oriente de la cordillera en las cercanías de los territorios de los indios, fué proyectado como lugar donde se amaestrasen los misioneros recién llegados, como punto céntrico desde donde fueran distribuidos por las distintas estaciones, y como lugar de refugio para los enfermos y necesitados de descanso. En el colegio había de imperar una observancia rigurosa, pues los misioneros habían de estar prontos o a derramar su sangre por Cristo, lo que con frecuencia ocurría, o al menos a renunciar a todas las conquistas de las costumbres refinadas al internarse y hacer sus correrías apostólicas por aquellas regiones salvajes, donde a menudo no hay otro alimento que el que la tierra virgen ofrece y es preciso entregarse al descanso de la noche allí donde la oscuridad sorprende al caminante. Todo esto lo representaron al rey Fernando VI de España los franciscanos a fin de impetrar su real licencia para fundar el establecimiento, permisión que les fué otorgada el 17 de marzo de 1751 y de nuevo el 2 de octubre de 1757. A la carta de patrocinio del rey puso luego Clemente XIII el sello de la autoridad pontificia (3).

No es exagerado lo que los franciscanos refieren sobre las dificultades de la vida misional. Lograron éxitos entre los indios, mas

(1) Ibid., 587; Rochemonteix, *Nouv. France*, I, 397 ss.; C. L. Vogel, *The Capucins in French Louisiana*, Nueva York, 1928.

(2) *Extrait des Registres du Conseil Supérieur de la Martinique* du 18 Oct. 1763 (sin pie de imprenta ni año); Ricci, **Istoria*, 170.

(3) el 18 de agosto de 1758, *Ius. pontif.*, IV, 5. La carta de confirmación del rey está contenida íntegra en el breve.

con frecuencia estallaban sublevaciones que lo aniquilaban todo; las víctimas sangrientas que produjo la vida misional ascendieron en pocos decenios a unas treinta (1). Desde Ocopa fueron fundados, en 1754, el colegio misional de Tarija en Bolivia, y, en 1756, el de Chillán en Chile (2). Desde Tarija comenzó en 1765 el franciscano Francisco del Pilar (fallecido en 1803) a desplegar su actividad entre los chiriguano; derrochando paciencia y sacrificio consiguió por fin ganar para el cristianismo aquella tribu que hasta entonces se había resistido tenazmente a todos los esfuerzos de diversas Órdenes misioneras (3).

Expulsados los jesuitas en 1767, los franciscanos del Perú se hicieron cargo de las misiones de Lamas, las cuales sin embargo pronto pasaron a manos de sacerdotes seculares (4). En la universidad de Quito fueron provistas con franciscanos las cátedras de los jesuitas (5). En el Paraguay pasó en 1767 la administración temporal a manos de funcionarios españoles, y la espiritual fué entregada a los franciscanos y dominicos. Las cincuenta y siete reducciones con sus 113 716 indios se deshicieron (6).

En la Guayana se propuso Francia en 1762 colonizar a los naturales prescindiendo de misioneros, pero la empresa fracasó lastimosamente; y cuando más adelante se adoptó la resolución de llamar del Brasil a tres jesuitas desterrados, fueron acogidos por los salvajes como enviados de Dios (7).

La partida de los misioneros no fué tan fatal entre las poblaciones más civilizadas del Asia oriental como entre las tribus medio o completamente salvajes. Por lo que a China se refiere, los jesuitas fueron por cierto apresados en Macao y embarcados con dirección a Europa (8), mas no pasó de ahí el poderío de los portugueses. En el

(1) Lemmens, 295 ss.

(2) Ibid., 297; Rob. Lagos, Hist. de las Misiones del Colegio de Chillán, Barcelona, 1908.

(3) Lemmens, 319.

(4) Ibid., 301.

(5) Ibid., 287.

(6) Moussy, Mém. hist. sur la décadence et la ruine des Missions des Jésuites dans le bassin de la Plata, Paris, 1864.

(7) Hergenröther-Kirsch., IV, 164.

(8) *Ut nuper ex litteris P. Sigismundi a s. Nicolao didici (quod mihi summo dolori ac moerori fuit), omnes Patres Soc. Iesu, iussu regis Lusitaniae Macai capti, in carcerem coniecti inque Europam conducendi erunt. Porro cuncti missionarii s. Congregationis prohibentur Macai commorari. Carta de un misionero

celeste imperio había en 1768 cuarenta jesuitas, ocho franciscanos, entre ellos un chino, y un carmelita (1). Las provincias del sudeste Sutschuen, Yünnan y Kweitscheu estaban confiadas al seminario de París de misiones extranjeras. Sutschuen experimentó incluso días de mayor prosperidad gracias a la dirección prudente y enérgica de Pottier (1756-1792) nombrado vicario apostólico por un decreto de la Propaganda que no llegó a Macao hasta 1769. Al llegar Pottier en 1756 ascendía el número de cristianos en Sutschuen a unos tres mil, en 1769 eran ya de diez mil a doce mil y al morir él en 1792 rebasaban la cifra de veinticinco mil (2). Las cinco misiones del sudeste de China, fundadas por franciscanos españoles desde las Filipinas, pudieron también desarrollarse ampliamente al principio, hasta que en 1768 arreciaron más en el interior las terribles persecuciones; en 1767 había en Schantung 2471 cristianos, en Kiangsi 2738, en Fukien 6083 y en Kwangtung 2692 (3). Sin embargo en Sutschuen no podían trabajar los misioneros sino disfrazados; en una apremiante demanda dirigida al seminario de París (4) para que les enviase refuerzos, expresa su deseo el vicario apostólico de que se le envíe gente baja de estatura, de rostro pálido, cabello negro y ojos del mismo color; porque éstos permanecían más fácilmente desconocidos. Afortunadamente logró Pottier remediar en parte la falta de misioneros europeos con sacerdotes indígenas; en 1767 había asociado cuatro sacerdotes naturales del país a otros cuatro europeos (5), si bien aquéllos se lamentaban de no ser tratados por los europeos como de igual condición (6). En Pequín pudieron los jesuitas desplegar su actividad casi sin obstáculo con sólo adoptar algunas precauciones.

de Cantón del 18 de enero de 1763, *Archivo de la Propaganda de Roma*, Ind. Or. e Cina, 1758-1760, Scritt. rif. nella Congr., 30, n. 14.

(1) Schlund en la *Zeitschrift für Missionswiss.*, IV, 12.

(2) El número de 25 000 lo pone en duda A. Thomas, *Mission de Pékin*, 402, n. 1. El coadjutor de Pottier da en 1785 como número de cristianos de Sutschuen el 3000. — L. Guiot, *La Mission de Su-Tschuen au XVIII^e siècle. Vie et apostolat de Msgr. Pottier, son fondateur, évêque d'Agathopolis, Paris, 1892*. Cf. acerca de Sutschuen, Picot, IV, 325. Un informe de visita sobre Yünnan de 1766 reseña 18 catecúmenos, 566 bautizos de adultos, 1112 bautizos de niños de padres cristianos, 1314 confesiones pascuales. En el año 1767 se reseñan: 2056 confesiones, 106 bautismos de adultos, 65 catecúmenos instruidos. Guiot, 181.

(3) Lemmens, 146 s.

(4) del 8 de octubre de 1759, en Guiot, 140.

(5) *Ibid.*, 173.

(6) *Ibid.*, 167.

La provincia franciscana de Filipinas experimentó también la falta de misioneros tanto más cuanto que de los indígenas apenas si hubo alguno que fuera a propósito para el rigor de vida que allí observaban los franciscanos, viéndose en consecuencia la provincia completamente a merced de los refuerzos que le llegaban de Europa. A fin de no tener que sufrir por más tiempo la falta de gente para sus misiones tanto de las Filipinas mismas, en cuyos montes todavía se albergaban gran cantidad de bárbaros, como de la China y de la Cochinchina, solicitaron una prohibición pontificia de que ninguno de los suyos pudiera pasarse sin especial licencia a una provincia extraña. Clemente XIII otorgó la demanda (1). No tanto para la isla de Luzón, donde actuaban otras Órdenes, sí empero para Mindanao fué sumamente sensible la pérdida de ciento sesenta misioneros jesuitas, los cuales sostenían allí dieciséis colegios (2). Los sacerdotes seculares indígenas, quienes en virtud de un decreto de Carlos III habían de reemplazarlos, se acreditaron de incapacitados para semejante cometido (3). Mejor fué la suerte de los indígenas de las Marianas, quienes al partir los jesuitas recibieron nuevos pastores espirituales en los agustinos recoletos (4).

Serias preocupaciones ofrecía al Pontífice la misión del Tonquín. Habían surgido allí entre las distintas corporaciones misioneras graves discordias que apasionaron a los mismos fieles e incluso degeneraron en actos de violencia (5). Para componer el litigio se apeló al medio que ya había sido adoptado y empleado en otras ocasiones tratándose de países excesivamente distanciados del horizonte de las autoridades romanas y entre otros casos en la contienda con Palafox (6): fué elegido un llamado conservador que dirimiera la contienda. La elección recayó sobre el superior de los jesuitas, Cam-

(1) el 15 de noviembre de 1762, Ius. pontif., IV, 87.

(2) Freib. Kirchenlex., VI^a, 693; Die kath. Missionen, 1880, 224. Francisco María Zen, del seminario de Nápoles, *escribe desde Manila el 15 de enero de 1770 que dentro de pocos días serían embarcados en tres barcos los jesuitas de Filipinas, 90 en total; unos 20 ancianos y enfermos podrían quedarse. *Archivo de la Propaganda de Roma*, Ind. Or. e Cina, 1758-1760, Scritt. rif. nella Congr., 32, n. 20.

(3) Schmidlin, 395.

(4) Clemente a Terzorio, Manuale, 434, 441.

(5) *Carta del vicario apostólico de Tongking occidental, Luis Méez, obispo de Ceomania, del 20 de junio de 1759, *Archivo de la Propaganda de Roma*, Ind. Or. e Cina, 1758-1760, Scritt. rif. nella Congr., 29, n. 8.

(6) Cf. nuestros datos del volumen XXX.

pos, el cual excomulgó al provicario, el agustino Adrián de Santa Tecla. La Propaganda resolvió que los superiores religiosos, que sólo temporalmente desempeñaban su cargo, no podían ser conservadores, dió por nulas todas las disposiciones de Campos, prohibió a las Órdenes litigar sobre sus privilegios, pues de lo contrario sería preciso suspenderlos y declaró estar especialmente prohibido a las Órdenes utilizar el privilegio de establecer un conservador. Clemente XIII aprobó esta resolución (1). En las guerras civiles que por aquella época asolaron Tonquín, con frecuencia fueron acusados los cristianos de ser los causantes y autores de las revueltas y asonadas; de 1765 a 1774 se desencadenó contra ellos una desenfrenada persecución (2). Las dificultades que de tales acontecimientos surgieron para los europeos son prueba de que en aquella época la máxima parte de los sacerdotes del Tonquín eran indígenas (3).

En Camboja subsistió por largo tiempo y únicamente algunos franciscanos lograron introducirse de nuevo secretamente en el país (4). Las irrupciones de los birmanos en el Siam hicieron descender el número de cristianos de doce mil a mil. Mergui con sus ochocientos a mil fieles fué arrasada en 1765, y en 1767 corrió también la misma suerte la capital Juthia. Durante el sitio de esta ciudad muchos paganos se refugiaron en el barrio de los cristianos, cuya bravura había salvado la ciudad en ocasión anterior. El vicario apostólico Brigot, del seminario de París, aprovechó la ocasión que se le brindaba para administrar por lo menos las aguas bautismales a muchos niños. Rendida la ciudad huyó Brigot a Pondichery, donde el seminario general sólo a duras penas podía mantenerse (5).

En Pegú conquistaron los birmanos a Siriam; el vicario apostólico Nerini perdió allí la vida en 1756 por haberse hecho sospechoso de haber demandado el auxilio francés en contra del rey. De los misioneros barnabitas que llegaron el año siguiente, sólo quedaba en 1762 Giambattista Maria Percoto, el cual en 1767 fué nombrado

(1) el 23 de abril de 1762, *Ius. pontif.*, IV, 74; cf. 62. Los decretos evitan citar el nombre de Campos o el de los jesuitas; hállanse en Gispert, 247 s.

(2) *Wals*, 374.

(3) El Tonquín occidental contaba en 1763 veintinueve sacerdotes indígenas, en 1770 treinta y cuatro (*Launay*, 67); de los ocho misioneros dominicos del año 1750, sólo uno era europeo (*Gispert*, 239).

(4) *Lemmens*, 115 s.

(5) *Launay*, 50/92; *Picot*, IV, 245 ss.; *Schmidlin*, 388.

vicario apostólico y trabajó con éxito hasta 1776. Pronto contó la misión con diez iglesias y otras tantas escuelas (1).

Las misiones de la India cisganguética podían ser contadas todavía en 1759 entre las más florecientes del mundo. Pero en su gran parte fueron destruidas cuando en 1760 Pombal, de los 220 misioneros jesuitas, a 123 junto con siete compañeros de infortunio procedentes del África oriental los mandó encerrar primeramente en el tercer piso del colegio jesuítico de Goa para enviarlos luego a Portugal adonde 104 de ellos llegaron aún con vida (2). En Goa, escribía un misionero en 1765, no se ha tomado la menor providencia para los cinco antiguos colegios de los jesuitas, a pesar de residir allí el virrey y existir comunicación anual con Lisboa (3). A pesar de los pesares, en diversos sitios subsistieron los jesuitas; así, por ejemplo, en la costa de Pescadores (4) y en Pondichery no tuvieron más que mudar de nombre (5). En otras partes al menos no fueron molestados (6), si bien a través de los informes se puede ir siguiendo su paulatina extinción (7).

(1) Durand, *Les Missions cath. françaises*, 380; *Hist. succincte de la dévastation du royaume de Siam par les Barmans du Pegu pendant près de deux ans depuis Janvier 1765 jusqu'en Avril 1767 (en él se trata del sitio de la ciudad en la cual había tres iglesias; toma de la ciudad marzo-abril de 1767), *Archivo de la Propaganda de Roma*, Ind. Or. e Cina, 1765-1768, Scritt. rif. nella Congr., 31, n. 26. Envío de dos barnabitas a Ava, quienes el 14 de febrero de 1760 son recomendados al obispo de Meliapur: Bull. Cont., III, 317.

(2) Huonder, *Jesuitenmissionäre*, 30; Piolet, II, 192; Schmidling, 387.

(3) *Emiliano Palladino, fechado en Macao el 28 de diciembre de 1765 (*Archivo de la Propaganda de Roma*, loco cit., n. 12): Le cose della corte di Portogallo camminano tanto lentamente, che neppur in Goa si sono fin'ora provisti i cinque collegii che furono de'Gesuiti.

(4) *Patres Soc. Iesu provinciae Malabaricae, escribe el obispo de Kotschin, José Collaço Leitao, el 15 de diciembre de 1766, quamvis inopia laborent atque a perturbationibus et periculis non omnino liberi, discedere tamen ab ora Piscariae neque coguntur neque cogitant. Si forte aliquando discesserint vel, quod facile eveniet, decrescente suorum numero, non potuerint omnes illas ecclesias, ut antea, administrare perlibenter accersam religiosos Carmelitas Excalceatos (ibid., 1765-1768, n. 24). Cf. Henrion, II, 462; Schmidlin, 387; Hergenröther-Kirsch., IV⁶, 161.

(5) *Iesuitae Pondicherii non turbati usque ad 12 Sept. 1768; 13 Sept. inventarium factum, Patres iussi induere habitum cleri saecularis et appellari «Messieurs des Missions Malabares». *Archivo de la Propaganda*, Hist. succincte (v. la nota 1), 1769-1771, Congr., 32, n. 3.

(6) V. la nota siguiente.

(7) El carmelita Carlo di S. Corrado *escribe el 2 de noviembre de 1767 a la Propaganda (loco cit., 1765-1768, Congr., 31, n. 41): Los obispos jesuitas de la costa de Pescadores y de Kotschin viven todavía; en la diócesis del último

Poco hay que decir acerca de las misiones de África. Los cambios políticos de Europa tuvieron allí indudablemente sus consecuencias: en 1760 fueron transportados a Goa los siete jesuitas de la costa oriental del África y de Goa enviados a Portugal (1); los dominicos procuraron llenar sus huecos en cuanto les fué posible (2). La paz de París de 1763 fué también perniciosa para el continente negro, puesto que las colonias del Senegal y la isla de San Luis pasaron del dominio francés al de los ingleses protestantes; Francia sólo conservó Gorée y algunas factorías de menor importancia en la costa. El sacerdote francés Demanet trató de fundar una misión en Gorée el año 1763; sus afanes se vieron coronados por el éxito, pero aquel mismo año hubo de regresar a Francia con la salud quebrantada. No fué más halagüeño el resultado que obtuvieron tres sacerdotes del seminario de París, quienes en 1766, y otros dos en 1768, osaron desafiar el mortífero clima de Loango y Kakongo en la costa occidental africana (3). Dos sacerdotes del mismo seminario de París, quienes en 1759 se fijaron en Socotora, fueron asesinados al siguiente año por los árabes (4). Mayor éxito tuvieron los capuchinos, pues consiguieron al menos conservar en pie sus posiciones de Mozambique en el oriente y sobre todo las del Congo, Angola, Benguela, Kakongo y Loanda en la costa occidental de África.

Mientras los más feraces campos de la labor misional amenazaban perderse por falta de cultivo, se cosechaban en el próximo oriente no pocos éxitos en un terreno que hasta entonces había pasado por árido y baldío. Un sacerdote de nombre Esteban Turczynowicz, cura ecónomo de Wilna, se consagró a la conversión de los judíos, y como sus primeros esfuerzos dedicados a la reunión de niños judíos abandonados no tuvieran el fin apetecido, fundó para su objeto una especie de asociación religiosa de piadosas señoritas que se llamaron «De la Vida de María» o Mariavitinas. Bajo el mando de la primera superiora, Aniela Potemkin, adquirió rápido y floreciente desarrollo; resistió una tempestad que puso en litigio la lega-

fueron sustituidos dos jesuitas fallecidos, por un franciscano y un indígena; i pochi Gesuiti che ancora si trovano in quelle parti, non sono più molestati dal Travancor.

(1) V. anteriormente, pág. 659, nota 2.

(2) Kùlb, *Missionsreisen nach Africa*, 133.

(3) Picot, IV, 219 ss.; Launay, II, 38 s.; Schmidlin, 373 s.

(4) Launay, II, 30 s.

lidad de la nueva fundación, aun cuando su existencia canónica no fué reconocida hasta después de muerto Turczynowicz por un breve de Clemente XIV. En las complicaciones de los repartos de Polonia fué arrastrada por el oleaje después de haber ganado para la religión cristiana a dos mil judíos. Estansilao Poniatowski favoreció la conversión de los judíos, otorgando en 1762 y 1765 títulos nobiliarios a cincuenta y dos judíos conversos (1).

La actividad del judío, visionario y embaucador Jacobo Frank (2), a cuyo influjo muchos correligionarios aceptaron el bautismo, pudo incluso ser de utilidad para la Iglesia por cuanto muchos de estos convertidos o de sus descendientes se tornaron poco a poco sinceros católicos (3).

Por lo demás, dado el influjo arrollador de Rusia, la situación religiosa de Polonia era asaz desfavorable. Es cierto que celosos misioneros habían arrancado del cisma la máxima parte de Ucrania y realizado la unión rutena de Brest. En la provincia de Kiewer les había erigido el conde Sales Potocki más de cien iglesias en sus posesiones y a sus expensas. Mas el inepto metropolitano Felipe Feliciano Wolodkowicz encontró escasa la dotación y negó su licencia. La Propaganda encargó el examen del asunto al celoso obispo Maximiliano Rylo de Chelm, el cual se había formado en Roma, y Rylo informaba el 16 de agosto de 1764 haber erigido canónicamente casi cincuenta parroquias católicas, pero que eran todavía necesarias otras tantas (4).

Un conjunto de circunstancias, como la extensión adquirida por la Unión de Brest, la defensa contra el cisma ruso, y no pocas dificultades que habían surgido al llevar a la práctica los decretos del sínodo de Zamosc, aconsejaron la reunión de un nuevo sínodo provincial, para celebrar el cual recibió Wolodkowicz la correspondiente licencia el 15 de enero de 1765 (5), y el 3 de abril fué designado para presidirlo el obispo titular de Éfeso, Antonio Eugenio Visconti (6).

(1) Cavalier en la *Zeitschrift für Missionswiss.*, IX (1919), 176 ss.

(2) Sobre Jakob Frank (Iankiew Leibowicz) cf. *ibid.*, 179-184; Kaulen en el *Freib. Kirchenlex.*, IV², 1690-1699; *The Jewish Encyclopedia*, V, Nueva York y Londres, 1903, 475-478.

(3) The Frankist scattered in Poland and Bohemia were gradually transformed from feigned to real catholics and their descendants merged into the surrounding Christian population. *The Jewish Encyclopedia*, V, 477.

(4) Pelesz, II, 529 s., 704.

(5) *Ibid.*; *Ius. pontif.*, IV, 117.

(6) Theiner, *Neueste Zustände*, Doc. 256.

Pero entonces el rey Estanislao Poniatowski se negó a otorgar el permiso para la apertura de la asamblea sino bajo condiciones que le hubieran atribuido derechos pontificios, ya que habían de depender el objeto de las deliberaciones de su licencia y de su confirmación la validez de las conclusiones. No fué posible en consecuencia celebrar el sínodo (1). Por lo demás desde Roma suspendieron la autoridad que el obispo Wolodkowicz tenía sobre su metropolitana de Kiew y sobre las diócesis de Wladimir y Brest y se nombró un sustituto, todo lo cual degeneró en discordias que duraron hasta 1773.

Ya algunos años antes había propuesto el arzobispo de Gnesen, entre otras cosas, celebrar también un sínodo; pero Clemente XIII le replicó (2) que deseaba tener primero los informes de la nunciatura polaca.

El enorme incremento que la unión de Brest alcanzó en los comienzos del décimosexto año del siglo fué seguido del aniquilamiento de la misma, cuando en el reinado de Estanislao Poniatowski la gobernación de Polonia era tributaria del influjo ruso. El acuerdo de la dieta de 1768, que regulaba la cuestión religiosa en favor de los disidentes, ni siquiera consideró dignos de mención los derechos de la provincia eclesiástica rutena con sus ocho diócesis. Para las aspiraciones de los cismáticos había de servir como año normal el de 1686; y como quiera que las diócesis de Lemberg, Przemyśl y Luzk no se habían adherido a la Unión sino a partir de dicho año pasaban a poder de los cismáticos (3). Las bandas de salteadores de los haidamakos se encargaron de completar la obra de destrucción. Dondequiera que se presentaban eran sacrificados los sacerdotes católicos y arrasados los templos, principalmente de los unidos; los cadáveres y los montones de cenizas eran las huellas que mostraban su camino. Ucrania contaba con unas mil novecientas parroquias de las cuales sólo unas quince o veinte eran cismáticas. Gran número de párrocos fueron sacrificados o expulsados, y el obispo cismático de Perejaslaw aprovechó la ocasión para colocar a su gente en lugar de aquéllos. Restablecida nuevamente la paz, cuando los fugitivos pudieron tornar a sus hogares los encontraron ocupados por huéspedes extraños que les impedían la entrada. Todos los unidos fueron tratados como enemigos, apaleados, amor-

(1) Pelesz, II, 502 ss.

(2) el 31 de mayo de 1760, Ius. pontif., IV, 47.

(3) Pelesz, II, 518 ss.

dazados, aherrojados y expulsados de sus propias moradas (1).

Respecto al Oriente fué renovada sobre todo por Clemente XIII la disposición dada por su antecesor Benedicto XIV prohibiendo el tránsito de uno a otro rito (2). Una instrucción para los misioneros de Nicópolis y Sofía (3) prohíbe la supersticiosa costumbre del Kurbán, una supervivencia de los judaicos sacrificios de animales. Para Servia hubo de prohibirse que los cristianos se pusieran un sobrenombre turco y exteriormente se presentasen a guisa de turcos (4).

Lo mismo que su antecesor, tuvo también Clemente XIII que intervenir en la enmarañada situación de los patriarcados orientales. Para la situación religiosa de los melquitas, esto es, los cristianos que en los patriarcados de Antioquía y Jerusalén permanecían fieles a Roma, seguía ejerciendo un influjo decisivo la contienda entre el patriarca católico Cirilo Tanas y su adversario griegoortodoxo Silvestre, el cual fué sostenido gracias al patrocinio del sultán. Cirilo hubo de huir de él y refugiarse en el Líbano, donde los católicos gozaban del favor del sultán y de una situación bastante independiente. Aun hoy día predomina casi en absoluto el elemento católico al norte de Beirut, y el cismático al sur; casi la única excepción la presenta Aleppo, que durante las luchas de los patriarcas se mantuvo fiel con constancia heroica al patriarca católico (5). La congregación de basilios de Chur (Coira) y los salvatorianos fueron la fuerza de los católicos en el siglo XVIII.

En 1760 murió Cirilo después de abdicar y haber nombrado por sucesor a su sobrino Jauhar con el nombre de Atanasio (6). Siete obispos protestaron contra tamaña transgresión del derecho electivo que les asistía y como cuatro de ellos apelaran a Roma, Clemente XIII declaró nula la elección de Jauhar, puesto que sin licencia pontificia no podía abdicar Cirilo y por otra parte su sobrino, que sólo contaba veintisiete años de edad, no tenía aún la edad canónica para la dignidad episcopal. En virtud del derecho de devolución Clemente XIII

(1) Ibid., 525 ss.

(2) Decreto de la Propaganda del 12 de marzo de 1759, *Collectanea*, 264, n. 414.

(3) del 9 de febrero de 1760, *ibid.*, 271, n. 424.

(4) Al obispo de Skupi, Mateo Massarich, *ibid.*, 282, n. 443.

(5) C. Karalevskij en *Dict. d'hist. et de géogr. ecclési.*, III, París, 1924, 647.

(6) Cf. para lo que sigue P. Bacel en *Echos d'Orient*, XIV (1911), 340 a 351, XV (1912), 49-60.

designó personalmente el nuevo patriarca en la persona del obispo de Hierápolis, Máximo Hakim, a quien remitió la profesión de fe que había de hacer (1). Máximo murió ya en noviembre de 1761 y los obispos le eligieron un sucesor en Atanasio Dahan, metropolitano de Beirut, el cual tomó el nombre de Teodosio V. Jauhar no había reconocido como patriarcas ni a Máximo ni a Teodosio (2), y personalmente se dirigió a Roma adonde también habían acudido sus contrincantes. El Pontífice reconoció a Teodosio; Jauhar recibió orden de partir, aun cuando le fué confiada la diócesis de Sidón para que de ella viviera. En 1765 regresó de nuevo a Siria y se hizo elegir otra vez patriarca. Como Clemente XIII, lo mismo que anteriormente en ocasión de su primera arbitrariedad, fulminara contra él las censuras eclesiásticas (3), se sometió en 1768 (4). Aquel mismo año aun trataron dos partidarios de Jauhar de concitar un cisma entre los llamados siros, o sea los jacobitas conversos, consagrandolo obispo a un monje de nombre Miguel, del monasterio de Efrén, cerca de Damasco, en contra del pastor legítimo Gregorio. Clemente XIII lanzó entonces la excomunión (5).

Para los católicos de rito latino, europeos y orientales, del antiguo dominio de los patriarcados de Antioquía, Jerusalén y Chipre nombró el Papa al lazarista Bossu vicario apostólico (6); los misioneros, incluso los jesuitas, quedaron sometidos a su jurisdicción, sin cuya aprobación no podían ejercer sus facultades. El pontífice hizo también objeto de sus desvelos al convento de religiosas grecomelquitas de Kesroan (7).

Con frecuencia hubo de ocuparse Clemente XIII de la Iglesia de los maronitas. Con satisfacción saludó el hecho (en el consistorio

(1) Dos cartas del 1.º de agosto de 1760: Declaración de nulidad de la elección y nombramiento de Maximus, en *Ius. pontif.*, IV, 49 s., 51 ss. Una carta a los fieles melquitas y a dos príncipes drusos amigos de los cristianos, del 1.º de agosto de 1760, *ibid.*, 57. Otra carta, a un emir, del 15 de noviembre de 1760, *ibid.*, 51 obs. Cf. más adelante, pág. 666. Para regular la situación fué destinado el dominico De Lanceis con amplias facultades (*ibid.*, 57).

(2) el 7 de julio de 1764, *ibid.*, 101. Teodosio recibió el santo palio (*ibid.*, obs.).

(3) el 11 de septiembre de 1765, *ibid.*, 119; carta a Emire de la misma fecha, *ibid.*, obs.

(4) Cf. Karalevskij, loco cit. Muchos documentos sobre los mencionados sucesos en la continuación de la colección de concilios de Mansi, t. XLVI, 459-576.

(5) el 30 de abril de 1768, *Ius. pontif.*, IV, 152.

(6) el 27 de junio de 1762, *ibid.*, 80.

(7) *Ibid.*, 85.

del 6 de abril de 1767), de que al morir el patriarca Tobías El-Khazen, hubiera sido designado para sucederle el hasta entonces obispo de Beirut José Esteban (1). En realidad Esteban dió muestras de extraordinario celo. En presencia del legado apostólico Ludovico da Bastia celebró una asamblea de obispos para llevar a la práctica el sínodo del Líbano de 1735, empresa para la cual le había alentado el Pontífice (2). Sus disposiciones fueron aprobadas por la Propaganda el 4 de septiembre de 1769 (3). Fuente de incalculables bendiciones fué la fundación de un seminario de clérigos, del cual en lo sucesivo salió una pléyade de decididos y celosos sacerdotes y obispos (4).

La visionaria Ana Agemi (5) seguía aún representando su papel. El difunto patriarca Tobías había adoptado frente a ella una actitud reservada; pero las indulgencias que Clemente XIII otorgara a la interesada personalmente, a sus religiosas y a los visitantes de su convento excitaron hasta la efervescencia el entusiasmo del pueblo sencillo hacia ella. El nuevo patriarca Esteban se puso de su parte; le satisfacía tener en su patriarcado la congregación de Agemi, llamada «Del Corazón de Jesús», cuya fiesta él había elevado a primera clase poniéndola al mismo nivel que la Pascua de Resurrección y la Ascensión. Su celo reformador lo mismo que su partidismo por Agemi le habían de proporcionar sin embargo en los siguientes pontificados horas infaustas (6).

El aumento excesivamente rápido de la congregación monástica del Monte Líbano había provocado rencillas que terminaron en una escisión. Benedicto XIV trabajó por conservar la unión, Clemente XIII hizo esfuerzos en el mismo sentido; pero a la postre Clemente XIV se vió precisado a confirmar la división (7).

Por lo demás no era desfavorable la situación para los cristianos de Siria. El emir Molham (1732-1761) les era afecto: como los corsarios griegos hubieran saqueado un convento de franciscanos

(1) Ibid., 148; p. 147 s. las cartas al recién elegido y a los maronitas del 29 de junio de 1767.

(2) el 2 de agosto de 1767, *ibid.*, 149 s.

(3) *Dib.* en el *Dict. de théol. cath.*, X, 91.

(4) *Ibid.*

(5) Cf. la página 344 de nuestro volumen XXXV; Karalevskij en el *Dict. d'hist. et géogr. ecclés.*, I, 1276-1279.

(6) *Dib.* loco cit., 92 ss.

(7) *Ibid.*, 134; *Ius. pontif.*, III, 686 ss., IV, 27 s., 164 ss.

junto con la iglesia, mandó colgar a dos de los cabecillas; varios de los hijos de Molham se convirtieron al cristianismo. El emir de Chazir murió en 1768 siendo católico, y su hijo Bachir II profesó más tarde públicamente el cristianismo. Gracias a los esfuerzos de los misioneros y a la relación que tenían con el Occidente, los cristianos del Líbano eran los más importantes de la Siria tanto por el número como por su vitalidad y formación espiritual (1).

Los católicos de Caldea eligieron durante el pontificado de Clemente XIII al arzobispo de Diarbekir, Timoteo, para patriarca, a quien el Pontífice envió el santo palio (2). Entre los caldeos de Mossul en las riberas del Tigris trabajaban con éxito los dominicos, quienes en 1750 habían arribado a aquellas regiones capitaneados por Francisco Turriani (muerto en 1767) y Domenico Codeleoncius (3).

De trascendencia fué para la Iglesia copta el que Clemente XIII confirmara las constituciones (4) que los monjes de San Esteban de Roma habían hecho no sólo para sí sino también para sus hermanos de Oriente.

Por lo demás Clemente XIII trabajó con todas sus fuerzas por infundir vida y aliento a las misiones y por robustecer su fama. A los franciscanos de Albania y Macedonia, quienes de ordinario acostumbraban permanecer doce años en las misiones, otorgó especiales privilegios para el caso que pasaran en ellas veinte años (5). Los misioneros franciscanos que trabajaban en los dominios turcos, y que con sus tres conventos, seis residencias y treinta parroquias para ciento cincuenta mil cristianos habían sido separados por Benedicto XIV de la provincia bósnica el 15 de junio de 1757, aunque sólo como simple custodia, obtuvieron del Pontífice todos los privilegios de una provincia efectiva (6). Para los misioneros jesuitas renovó las gracias espirituales (7) que Benedicto XIV les había otorgado. A petición del padre general Ricci procuró estimular por el breve del 10 de septiembre de 1766 también a los hermanos coad-

(1) H. Lammens, *La Syrie*, II, Beyrouth, 1921, 99, 101.

(2) el 24 de marzo de 1760 (ann. incarn. 1759), *ibid.*, 23. Cf. Gams, *Series*, 457.

(3) Walz, 369; Hergenröther-Kirsch, IV^a, 147; Lübeck, *Die kath. Orient-mission*, Colonia, 1917, 142.

(4) el 19 de diciembre de 1762, *ibid.*, 69.

(5) 11 de septiembre de 1761, *Ius. pontif.*, IV, 68.

(6) el 15 de diciembre de 1758, *Bull. Cont.*, III, 83 ss.

(7) el 9 de julio de 1762, *Ius. pontif.*, IV, 81. Cf. *ibid.*, III, 95.

jutores a ir a los territorios de misiones y cooperar a los trabajos apostólicos concediendo gracias espirituales a todos aquellos que llevaran al conocimiento del verdadero Dios a un infiel o idólatra (1); a los sacerdotes de la Orden que moraban en dichas regiones otorgó copiosas gracias y amplias facultades. Los oratorianos de San Felipe Neri de Guadalajara, quienes también consagraban sus afanes a los recién convertidos de dichos países, pero que no contaban más que con cuatro sacerdotes sanos, recibieron facilidades para la admisión a las órdenes sagradas (2), a fin de que pudieran acrecentar su número. El Papa fomentó en la medida de sus fuerzas los colegios de misiones. Benedicto XIII había concedido licencia a los franciscanos para erigir un establecimiento semejante en cada una de sus provincias (3); y durante el pontificado de Clemente XIII experimentaron los favores del Papa su colegio misional de Ocopa (4), el colegio de Efrén que poseían en Roma (5), el colegio Pacheco de Méjico (6) y de modo general todos sus colegios misionales de las Indias occidentales (7); asimismo el colegio también de misiones de los trinitarios (8) y el colegio chino de Nápoles (9).

El breve antes mencionado del 10 de septiembre de 1766 en favor de los jesuitas tuvo además un epílogo. Aun cuando no era más que una simple ratificación de los privilegios que desde Pío IV conforme al uso eran otorgados sólo por veinte años y por más que tan sólo concedía indulgencias y facultades para el confesonario, fué utilizado como banderín contra los jesuitas. Zelada se dió traza para procurarse un ejemplar de la imprenta que al punto remitió al embajador español. El agente español Azara hizo circular la noticia de que el breve había sido resuelto en un consistorio secreto e impreso con el mayor sigilo (10). El general de los agustinos Váz-

(1) Ibid., IV, 125 ss.

(2) el 1.º de junio de 1767, *ibid.*, 145.

(3) Cf. nuestros datos del volumen XXXIV.

(4) Cf. anteriormente, pág. 655.

(5) Breve de visita del 6 de marzo de 1762, *Ius pontif.*, IV, 72 s.

(6) Breve del 20 de diciembre de 1762, *ibid.*, 88.

(7) Breve del 23 de febrero de 1767, *ibid.*, 143.

(8) Breve del 17 de septiembre de 1759, *ibid.*, 33.

(9) Breves del 24 de abril y 1.º de mayo de 1760 y 13 de agosto de 1764, *ibid.*, 43, 107, *Bull. Cont.*, III, 339. Sobre la fundación del colegio chino cf. Gherardo de Vincentiis, *Documenti e titoli sul... fondatore M. Ripa*, Nápoles, 1904.

(10) Ricci, **Espulsione dalla Spagna*, 3, 86.

quez se dirigió a Madrid a Roda (1) donde se concitó un torbellino de indignación. Se realizó una larga investigación en la capital española (2), la cual terminó con la prohibición real de la publicación del breve (3).

La aprobación verbal del nada capcioso breve del 9 de julio de 1762 dado en favor de los jesuitas, había de concitar también violentas tempestades en el pontificado de Clemente XIV.

(1) Los jesuitas romanos blasfeman contra los Jansenistas, especialmente V. E., que ha hecho tanto rumor allí contra el Breve de privilegios en virtud de una gran escritura que yo hice contra él y envié a V. E. Vázquez a Roda el 25 de marzo de 1767, *Biblioteca de San Isidro de Madrid*, Cartas de Vázquez, t. I.

(2) *Roda a Azara el 27 de enero de 1767, *en poder de los jesuitas*; Azara a Roda el 5 de febrero de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5095.

(3) *Roda al marqués de San Juan el 10 de febrero de 1767, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 2630.

APÉNDICE

Documentos inéditos y noticias de los archivos

1. Aranda a Roda el 9 de abril de 1766 sobre el motín de los sombreros (1)

Haviendo procurado no perder tiempo en instruirme, no solo de la Narrativa actual de los sucesos pasados, sino tambien de los discursos presentes sobre lo sucedido y venidero, he recogido por lo mas exacto lo siguiente. Que el animo primero de la revolucion no se dirigió a otro fin que a libertar la Nación, segun se pretextaba, del manexo del Sr. Marques de Squillace; en la comprension de que por la gracia en que estaba de S. M., los apoyos que tenia, y las grandes precauciones de que a la Real noticia no llegasen los lamentos, y en caso desfigurados, era ya desesperado conseguirlo de otra manera. Que valiendose de la indisposicion de animos que ocasionaban las providencias de las capas, se fueron sembrando especies conducentes a preparar el corage con tiempo, para que todo suceso fuese mas bien recibido: y por suscitar las especies, y desfigurar tambien el golpe principal proyectado, se dispuso que los dos embozados, que algunos dias antes fueron provocando por las calles, sin que la Justicia ordinaria, ni tropa de Imbalidos se atreviese a su seguridad, lo continuasen para incitar con su exemplo a muchos otros, que abultasen con su exceso al desorden de la desobediencia, e hiciesen menos conocido el numero de los motores. Era el animo, de que el Jueves Santo al entrar o salir de los oficios del dia en San Cayetano el Sr. Squillace, por ser alli los del Consejo de Hacienda, se le tirase con bocas de fuego a matarlo, sin transcender a otro alguno, y despues de dejarlo al Vulgo colerico, que indispueto contra su Persona cometiese sucesivamente las inhumanidades, que le satisfaciesen. (Sigue una detallada relación de los acontecimientos. Odio contra la guardia valona.)... Assi se prometía el fin a los excesos, y hubo apa-

(1) Cf. la página 355 y siguientes.

quez se dirigió a Madrid a Roda (1) donde se concitó un torbellino de indignación. Se realizó una larga investigación en la capital española (2), la cual terminó con la prohibición real de la publicación del breve (3).

La aprobación verbal del nada capcioso breve del 9 de julio de 1762 dado en favor de los jesuitas, había de concitar también violentas tempestades en el pontificado de Clemente XIV.

(1) Los jesuitas romanos blasfeman contra los Jansenistas, especialmente V. E., que ha hecho tanto rumor allí contra el Breve de privilegios en virtud de una gran escritura que yo hice contra él y envié a V. E. Vázquez a Roda el 25 de marzo de 1767, *Biblioteca de San Isidro de Madrid*, Cartas de Vázquez, t. I.

(2) *Roda a Azara el 27 de enero de 1767, *en poder de los jesuitas*; Azara a Roda el 5 de febrero de 1767, *Archivo de Simancas*, Estado, 5095.

(3) *Roda al marqués de San Juan el 10 de febrero de 1767, *Archivo general central de Madrid*, Estado, 2630.

APÉNDICE

Documentos inéditos y noticias de los archivos

1. Aranda a Roda el 9 de abril de 1766 sobre el motín de los sombreros (1)

Haviendo procurado no perder tiempo en instruirme, no solo de la Narrativa actual de los sucesos pasados, sino tambien de los discursos presentes sobre lo sucedido y venidero, he recogido por lo mas exacto lo siguiente. Que el animo primero de la revolucion no se dirigió a otro fin que a libertar la Nación, segun se pretextaba, del manexo del Sr. Marques de Squillace; en la comprension de que por la gracia en que estaba de S. M., los apoyos que tenia, y las grandes precauciones de que a la Real noticia no llegasen los lamentos, y en caso desfigurados, era ya desesperado conseguirlo de otra manera. Que valiendose de la indisposicion de animos que ocasionaban las providencias de las capas, se fueron sembrando especies conducentes a preparar el corage con tiempo, para que todo suceso fuese mas bien recibido: y por suscitar las especies, y desfigurar tambien el golpe principal proyectado, se dispuso que los dos embozados, que algunos dias antes fueron provocando por las calles, sin que la Justicia ordinaria, ni tropa de Imbalidos se atreviese a su seguridad, lo continuasen para incitar con su exemplo a muchos otros, que abultasen con su exceso al desorden de la desobediencia, e hiciesen menos conocido el numero de los motores. Era el animo, de que el Jueves Santo al entrar o salir de los oficios del dia en San Cayetano el Sr. Squillace, por ser alli los del Consejo de Hacienda, se le tirase con bocas de fuego a matarlo, sin transcender a otro alguno, y despues de dejarlo al Vulgo colerico, que indispueto contra su Persona cometiese sucesivamente las inhumanidades, que le satisfaciesen. (Sigue una detallada relación de los acontecimientos. Odio contra la guardia valona.)... Assi se prometía el fin a los excesos, y hubo apa-

(1) Cf. la página 355 y siguientes.

rencia de haverse fenecido, hasta que la mañana del Martes noticioso el Pueblo de la ausencia de la Real familia en aquella noche, tomó con extraordinario desorden el capricho de atribuir la partida de S. M. a desconfianza de su fidelidad, y como medio que no subsistiese la gracia de la separacion del Sr. Squilace, usando para ello de las sumas facultades faciles a un Soberano tan poderoso. Considero a la Plebe resfriada ya en su primer impulso, tanto por la verificada separacion del Sr. Squilace, objeto unico en su principio.

Tambien el no haver cometido hurtos, violencias, asasinamientos, incendios, frutos consiguientes a un desarreglo, y a una multitud de que se componia el tumulto: haviendome asegurado varios Confesores, que han oido posteriormente a muchos de los tumultuados, que ni uno se ha acusado de otro intento, que el de libertar la Nacion de un Ministro, que suponian contrario a ella, y negado a proporcionar con el Soberano, sino desconcepto de la Nacion el mas baxo; en inteligencia de que la Magestad ignorase quanto no dudaban, que por uno, u otro conducto anteriormente se le huviese representado... Hacese en el dia principalmente digna de no despreciable cuidado la varia produccion de Papeles incitativos, que se comunican dirigidos a renovar la indiscreta indisposicion de la Plebe, bien que en esta es natural prefiera su no merecida tranquilidad a los impulsos de otra clase, que se descubra haver preocupado las primeras acciones populares para complemento de sus ideas... Estos son los conceptos que he formado, procurando indagar el origen, curso y estado actual de los tumultuados, en virtud de la Real aprobacion, con que me transferí a esta Villa para ello: y como sucesivamente deviera yo exponerlos a S. M. en mi regreso al Sitio, me ha parecido mejor por su pluralidad el sugetarlos a esta relacion, por no aventurar su olvido, ni equivocación, pareciendome propio de lo arduo de estos asuntos el no omitir circunstancias que no me toca graduar, sino reservar al discernimiento de S. M. para apreciarlas o desestimarlas...

Archivo de Simancas, Gracia y Justicia, 1009. Cf. además Angulo a Roda el 15 de abril de 1766, ibid.

2. Los diplomáticos y la supresión de los jesuitas (1)

a) *Dictamen del señor Roda [enero de 1767]*

Para la paz y quietud de la Iglesia universal, y la buena armonia de los Principes Catolicos entre sí y con la Santa Sede, conviene sin duda la disolucion de este cuerpo, ofendido y quejoso... Para demostrar en Roma, que no son fines puramente politicos y temporales, los que mueven a los Soberanos, seria mui conveniente que los Obispos y Prelados Ecl^{as} escribiesen, y probasen la utilidad, y necesidad de extinguir la Compañia, por el bien de la Iglesia, fundandolo en el conocimiento

(1) Cf. la página 558 y siguientes.

practico de la conducta de los Jesuitas, que cada Prelado haia observado en su Diocesi, y hiciesen formal instancia al Papa, comunicandola primero a la Corte, para examinarla... Todo obliga a que no se pierda tiempo en hacer la instancia, y convendria infinito se hallase introducida, viviendo el Papa, para que constase en el Conclave, y se le repitiese durante este al Sacro Colegio, protestando la eleccion, si se hiciese de nuevo Pontifice, sin la condicion de extinguir la Compañia... Todos son interesados en su (des Torrigiani) separacion, por ser el mas fanatico enemigo de las Regalias de los Soberanos... Es necesario mostrar vigor y aun insinuar... que se deben defender a toda costa, y en caso necesario con las armas [la religion catolica, Estado, la sociedad y el bien comun de sus reynos]... Nada se conseguirá, sino por interes, o por miedo... Para valerse de los dos medios, convendrá hablar separadamente a los Cardenales en nombre de las Cortes, ganando a los que se pueda, y manifestandoles las razones y fundamentos, en que se afianza la justicia de esta instancia... Tambien debe pensarse en el futuro Conclave, y unirse las Cortes en la solicitud de que sea elegido Papa un Cardinal afecto a los Soberanos, y nada apasionado a los Jesuitas.

Archivo de Simancas, Estado, 5054.

b) *Opinión de Choiseul*

Vous savés, Monsieur, que nous regardons ici l'extinction de l'Ordre des Jésuites comme un événement qui seroit non seulement utile pour le bien et la tranquillité de l'Eglise et des Etats, mais également avantageux aux membres qui composent cette Société; ainsi le Roi adoptera volontiers le plan que Sa Majesté Catholique se propose sur cet objet important, et se concertera avec elle sur les mesures à prendre pour en faciliter et en accélérer l'exécution. Sa Majesté pense comme le Roi, son cousin, que le succès de ce projet serait impracticable sous le Pontificat du Pape régnant. Il est au moins fort douteux que les Souverains Pontifes qui remplaceront Clement XIII soient plus disposés que lui à se prêter a cet égard aux vues des Cours qui demanderont l'anéantissement des Jésuites... Quoiqu'il en soit, ce n'est que du tems et des circonstances, qu'on doit attendre les moyens de parvenir au but que les trois Cours se proposent, et qu'il ne sera gueres possible d'obtenir, tandis qu'il n'y aura que la France, l'Espagne et le Portugal, qui se réuniront pour cet effet, et que toutes les autres Puissances Catholiques et des Souverains même Protestants, continueront tolérer dans leurs Etats et de protéger ces Religieux.

A Ossun el 10 de noviembre de 1767, *Archivo de Simancas,*

Estado, 4568.

Quant aux Jésuites je lui [al embajador portugués Souza] ay répété que le Roi feroit toutes les démarches que le Roi d'Espagne désireroit

de Sa Majesté pour l'extinction de cette Société; mais que [je] le prévenois que l'on n'obtiendrait cette extinction que par la force, le raisonnement ne faisant aucun effet sur l'esprit du Card. Torrigiani. Le comte de Fuentes m'a écrit pour proposer que l'on demandât à Rome le renvoy de ce Ministre [Torrighiani]; je ne sçay pas s'il seroit de la dignité des Couronnes de faire une pareille demande... C'est une déclaration motivée des trois Couronnes qui demande l'anéantissement de l'Ordre, et de la part d'Espagne l'envoy du Général à Madrid pour répondre aux accusations que l'on y fait contre son Ordre; en faisant cette demande, l'on pourroit faire entendre que si le Pape n'envoyoit pas le Général l'on le feroit enlever dans Rome. Certainement le Général n'ira pas à Madrid, mais la peur que lui et Rome auroient, produiroit la secularisation de l'Ordre: des compagnies de Grenadiers Napolitains appuyeroient les instances des trois Cours et l'Ordre des Jésuites seroit détruit; vous verrez, mon cher confrère, que tout autre moyen que ceux de force, ne mèneront à rien.

A Grimaldi el 12-16 de noviembre de 1767, *ibid.* (1)

Je vous dirai pourtant, en gros, que je prévois qu'on conviendra avec vous de ne pas demander la séparation de Torrigiani, qu'on sent que par la voie de la douceur on ne déterminera pas le Pape à procéder à cette extinction, mais qu'il y a un entre-deux entre la douceur et la force; que la force de la guerre effective, que voudrait M^r d'Oeyras pour occuper le temporel du Pape, paroît un moyen un peu trop violent; que l'on seroit ici d'avis qu'on commençât par persuader la Cour de Vienne de se joindre à nous autres pour faire à la Cour de Rome cette demande, et puis que chacune des Cours y joignît les menaces que sa situation lui fournit.

Grimaldi a Choiseul el 8 de diciembre de 1767, *ibid.*

c) *Dictamen de Grimaldi sin fecha [26 de febrero de 1768]*

Los medios que propone son: 1. de solicitar que otras Cortes, y con especialidad la de Viena se una a estas 4 para pedir al Papa la extincion de la Compañia. 2. Que unidos los Ministros de dichas Cortes procuren, que se forme una Congregacion de Card^{les} y Prelados a examinar, y tratar este negocio, para separarlo de Torrigiani. 3. Que se manejen, para persuadir a los Vocales de dicha Junta, con las razones que subministra la materia, y con los medios que suelen emplearse utilmente en todas partes, pero con especialidad en Roma. 4. Que empleen las amenazas temporales que la Constitucion de cada gobierno puede subministrar, y que siendo arbitrarias de los Soberanos, se pueden suspender, o cortar, sin ofensa directa; por exemplo en España, el quitar el

(1) Cf. Choiseul a Aubeterre el 25 de octubre y 2 de noviembre de 1767, Carayon, XVI, 425 s.

Tribunal de la Nunciatura, en los otros Reynos havrá otros puntos de esta naturaleza, que se podran cortar. 5. Que hagan sospechar en sus discursos cosas mayores, aunque siempre unidas al temporal; pues por lo que toca al respeto, veneracion, y obediencia al Vicario de Cristo en tierra, por todo lo que es espiritual, deven al contrario esmerarse en hacer conozer que nadie yguala a los Monarcas de España, Francia, Napoles y Portugal.

Archivo de Simancas, Estado, 5054.

d) *Dictamen del Consejo extraordinario [21 de marzo de 1768]*

Que es indispensable solicitar la Extincion total de la C^{ia}. Que no conviene la Congregacion de un Concilio, que en su lugar seria muy propio mandase el Rey exhortar indirectamente a los Obispos a efecto de que uniesen sus representaciones para la Extincion; que este medio es mas eficaz, que convendria hiciesen tambien las suyas los Superiores de las Ordenes, como los Obispos, Superiores y Universidades de Portugal y Francia. Que conduciria mucho que algunos Varones doctos y bien reputados escribiesen y promoviesen por escrito las Causas de la Extincion, subministrandoles el Gobierno los hechos convenientes... Que se procure la concurrencia de los demas Principes Catolicos, y a lo menos su consentimiento, disponiendo todos grangearse el Cuerpo de los Obispos... Que las vias de hecho anticipadas contra el Papa como Principe temporal podrian atraher una guerra á Italia: que no parece tampoco de la dignidad de tres grandes Monarcas combatir á un Principe debil, y principalmente al Padre comun de los Fieles; y así que por ahora no juzga a proposito se le obligue con armas á la Extincion. Que la avanzada edad del Papa ofrece un camino que conduce mas facilmente al logro, que es intimar a su tiempo al Consistorio de Card^{les} el riesgo á que se expone la eleccion de nuevo Pontefice, no concurriendo de buena fe á la Extincion de la C^{ia}. — Que debe desecharse la idea de castigar al General de la C^{ia} y á sus Asistentes y complices. — Que es dudoso si se ha de solicitar la deposicion de Torrigiani... Que recusado Torrigiani acaso se echaria mano de algun Cardenal parcial oculto de los Jesuitas, el qual siendo persona mas prudente podria frustrar con seguridad por sus mejores modos la negociacion. Que quizá el mismo Torrigiani visto el riesgo que le amenaza, lo avanzado de la edad del Papa, y los poderosos enemigos que tiene en los tres grandes Principes ofendidos, se prestase a la negociacion, en cuyo caso deberia siempre indemnizarse de los intereses que la proteccion de los Jesuitas le proporciona: que esto seria mas util y mas barato, aunque se expendiesen algunas sumas, que hazer dispendios en una invasion de armas, pareciendo mas a proposito ganar a Torrigiani y demas parciales... Que se huya de dar oidos a especie que se aparte de la total extincion, ni a nada que toque en reforma, o remedio paliativo.

Ibid.

e) *Proyecto de memoria en respuesta a Portugal [30 de marzo de 1768]*

Que en la instancia formal que por escrito se ha de dirigir al Papa, se pida a Su Beatitud extinga la Orden de la Compañía por vía de providencia gubernativa, economica y paterna, sin entrar en discusiones formales, como lo hizo Clemente V con los Templarios, San Pio V y otros Papas con los Humillados, Jesuatos y otros: pues por la notoriedad de las Causas y por la asercion de tan grandes Principes se convence que atendidas las circunstancias, requiere y obliga en el caso presente la tranquilidad comun de la Iglesia y de los Soberanos á que se proceda a la Extincion por aquella via pronta y provisional. Que se debe insistir en que se adopte este método, evitando en todo lo posible intente Roma tratar el asunto por las reglas de un Processo de Extincion, el qual perjudicaria mucho al objeto propuesto, por las dilaciones y manejos á que se daba campo, ademas de que se comprometeria el decoro de los Monarcas, á quienes no corresponde hacerse acusadores judiciales, ni litigar un pleito con el General de la Compañía: y ni aun este deberia ser consentido en Roma, para que en el futuro Conclave careciese de partido e influxo... Se valgan de todos los conductos a proposito para grangear los Votos de los Cardenales y Prelados, y en particular de los Vocales de la Congregacion que a caso sea preciso nombrar, usando de los poderosos estímulos del interes y del temor, unicos mobiles de una negociacion de esta naturaleza en Roma. Que sobre todo manifiesten la firma resolucion en que estan los cinco Potentados, y los demas que se les unan, de poner en practica cada uno en sus Dominios los medios temporales que los derechos de su propia Soberania les facilitan sin ofensa de la Religion; aquellos medios que al paso que son licitos a los Principes, serian mas perjudiciales á los intereses de la Curia Romana, como por exemplo en España el de suprimir el Tribunal de la Nunciatura, y tratar de restituir toda la autoridad nativa á los Obispos, y de impedir los recursos á Roma sino en casos legitima y absolutamente reservados á la Santa Sede por la disciplina mas antigua de la Iglesia, y mas inmediata á su pureza primitiva: visto ya que las extensiones posteriores solo sirven para apoyar y sostener partidos e intereses puramente temporales. Los demas Monarcas tendrán amenazas con que intimidar á la Corte de Roma; y todos deben dar á entender que se procederá en caso de obstinacion y negativa á las medidas mas serias y eficaces.

Ibid.

f) *Lucini a Torrigiani el 22 de diciembre de 1767*

Io non posso far altro, che riferire a V^{ra} Em^{za} le precise parole che mi sono stato dette dai rispettivi Ministri. Il P. Confessore con cui tenni subito discorso, mostrò da principio d'ignorare lo sbarco de' Gesuiti sulle spiagge Pontificie, ma poi di buona fede convenendo, mi disse

che sapeva che S. M. C. dopo aver dato un Re alle due Sicilie non si mischiava più degli affari di quel Regno... che il male si era che i Gesuiti non si volevano più ricevere da verun Principe Cattolico, ma che S. S^{ta} aveva il mezzo di sortir d'imbarazzo, e contentare i Principi Ortodossi, suprimendo la detta Compagnia. Il Sig. Marchese Grimaldi mi rispose anche più apertamente, dicendo che la Corte di Napoli, ferma nella risoluzione di non volere i Gesuiti ne' suoi Regni, istruita da quanto era succeduto a questa di Spagna, non voleva trovarsi nello stesso imbarazzo... Infine mi soggiunse: Monsignor, il fuoco è accercato; le Corti hanno preso questa massima di voler suppressa questa Società; se il S^{co} Padre non piglia questa risoluzione, assicuri pure la sua Corte che si andrà più avanti, e le perdite nel temporale dello Stato Pontificio saranno inevitabili. Se S. S^{ta} contentasse le Corti Cattoliche colla suppressione de' Gesuiti potrà riparare le perdite fatte ed impedire nuove perdite... Già ebbi l'onore di riferire a V. Em^{za} che il S^r Amb^{tor} di Portogallo mi aveva detto che soppressa la C^{ia} di Gesù, la sua Corte sarebbe ritornata in corrispondenza colla S^{ta} Sede. Essendo ora tutte queste Corti di accordo nella massima d'impiegare ogni mezzo per indurre il Papa ad un tal passo, è troppo naturale, che adesso il Portogallo non verrà ad un tale accomodamento, se prima non precede suppressione, e senza il consentimento delle altre Corti che fanno corpo contro la Compagnia.

Archivo secreto pontificio, Nunziat. di Spagna, 304. Copia en el *Archivo de Simancas*, Gracia y Justicia, 767.

g) *Grimaldi a Choiseul*

2 de agosto de 1768.

Quant aux conditions pour un accommodement, nous regardons ici comme la plus essentielle celle de l'extinction de la Compagnie. Prélats et jurisconsults, tous, unanimement, ne cessent de représenter au Roi qu'on n'aura jamais la paix dans la Religion et dans l'Etat, tant que cet Ordre subsistera dans quelque coin du monde, parce que les sectateurs de leurs maximes animés par l'espérance de les voir rentrer dans le pays d'où ils ont été expulsés, remueront toujours les esprits et exciteront des dissensions préjudiciables à l'Eglise et au gouvernement. Partant de ce principe, nous pensons qu'il ne suffit pas de se borner à seconder la demande du Portugal à ce sujet, mais qu'il convient de l'avoir en vue pour première condition de notre accommodement avec Rome. Il est vrai qu'il y a peu d'espérance de l'obtenir du Pape présent, mais d'un autre côté, l'envie qu'on a à Rome, et qu'on doit avoir, de terminer toutes les disputes non seulement avec les trois Cours de notre Famille, mais même avec le Portugal pourraient ébranler le Pape et son Ministre.

Archivo de Simancas, Estado, 4565.

h) *Tanucci a Grimaldi*

20 de dicembre de 1768.

Leggendo nella stimatissima lettera la risoluzione del Re di chiedere al Papa indipendentemente dall'affare di Parma l'estinzione della Compagnia, mi trovo pentito, e confuso per quello, che scrissi a V. E. in esecuzione del commando di dir francamente il mio parere sulla Consulta del Consiglio Straordinario, e generalmente su tutta la condotta da tenersi colla Corte di Roma su tutta la materia in questione. Vedo che non ho incontrato, e non ho avuta la sorte di pensare uniformemente al pensare del Re, e resto con rammarico, benchè spero perdonò d'un errore d'intelletto essendo pronto a persuadermi di quelle ragioni, colle quali il Consiglio confuti quei miei timori sulla domanda dell'estinzione della Compagnia.

Archivo de Simancas, Estado, 6102.

17 de enero de 1769.

Questi dominanti potranno facilmente persuadere al Papa, che all'istanza delle tre Corone per loro estinzione risponda, che gli si esibiscano le prove dei loro delitti. Se non si esibiranno, risulterà in Roma l'ardire di esclamare, che anche l'espulsione sia stata fatta senza prove. Se si vorranno esibire quelle, che si avessero, non mancheranno le arti e della Compagnia, e del Foro per intorbidare, e ridurre ad inconcludente quanti si potrà esibire. L'esito è pericoloso, ed incertissimo.

Ibid.

ÍNDICE ANALÍTICO

CAPÍTULO I. EL CONCLAVE DE 1758. SOLICITUD DE CLEMENTE XIII POR LOS ESTADOS PONTIFICIOS: SUS SERVICIOS PRESTADOS AL ARTE Y A LA CIENCIA

- I. Preparativos diplomáticos para el conclave (3-4).
 - Los partidos en el conclave (5-8).
 - Los primeros días del conclave (8-9).
 - Colonna di Sciarra protector de Francia (10).
 - Candidatura de Cavalchini (11-13).
 - Candidatura de Rezzonico; su elección (Clemente XIII) (13-15).
- II. Antecedentes de Clemente XIII, su carácter (16-19).
 - Provisión de cargos: Torrigiani secretario de Estado (19-22).
 - Falta de salud del Papa (23-24).
- III. Años calamitosos en los Estados pontificios (25-26).
 - Solicitud de Clemente XIII por el bienestar del pueblo (27-29).
 - Estado ruinoso del erario (29-30).
 - Fomento de las artes: Piranesi y Mengs (31-32); Fontana Trevi (33); Villa Albani (33-36); Winckelmann comisario de arqueología (37).
 - Bibliotecas y disposiciones sobre las mismas (37-39).
 - Estímulos a los escritores apologetas (39).
 - Protección a los sabios: Garampi (39-44); Orsi y Furietti (44-45).

CAPÍTULO II. FIN DE LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS Y ELECCIÓN DE JOSÉ II. CAMBIO DE DINASTÍA EN POLONIA Y LUCHA POR LOS DERECHOS DE LOS DISIDENTES

- I. Clemente XIII y María Teresa (46-47).
 - Clemente XIII favorable a la pronta paz (47-48).
 - Garampi en Augsburgo (48-49).
 - Elección de José II (50).
 - El nuncio en la dieta electoral; elección del rey (50-55).
- II. Muerte de Augusto III de Polonia (55-56).
 - Rusia y Prusia contra Polonia (56-59).
 - Dietas de 1764; la cuestión de los disidentes (59-63).
 - Visconti sobre la situación polaca (24 de septiembre de 1766) (63-64).
 - La dieta de 1766; se reanuda la cuestión de los disidentes (64-70).
 - Podoski primado (70).
 - La conferencia de Radom (70-71).
 - Soltyk y Podoski (71-73).
 - Soltyk en la dieta de pacificación (74-75).
 - El tratado (76).

h) *Tanucci a Grimaldi*

20 de dicembre de 1768.

Leggendo nella stimatissima lettera la risoluzione del Re di chiedere al Papa indipendentemente dall'affare di Parma l'estinzione della Compagnia, mi trovo pentito, e confuso per quello, che scrissi a V. E. in esecuzione del commando di dir francamente il mio parere sulla Consulta del Consiglio Straordinario, e generalmente su tutta la condotta da tenersi colla Corte di Roma su tutta la materia in questione. Vedo che non ho incontrato, e non ho avuta la sorte di pensare uniformemente al pensare del Re, e resto con rammarico, benchè spero perdonò d'un errore d'intelletto essendo pronto a persuadermi di quelle ragioni, colle quali il Consiglio confuti quei miei timori sulla domanda dell'estinzione della Compagnia.

Archivo de Simancas, Estado, 6102.

17 de enero de 1769.

Questi dominanti potranno facilmente persuadere al Papa, che all'istanza delle tre Corone per loro estinzione risponda, che gli si esibiscano le prove dei loro delitti. Se non si esibiranno, risulterà in Roma l'ardire di esclamare, che anche l'espulsione sia stata fatta senza prove. Se si vorranno esibire quelle, che si avessero, non mancheranno le arti e della Compagnia, e del Foro per intorbidare, e ridurre ad inconcludente quanti si potrà esibire. L'esito è pericoloso, ed incertissimo.

Ibid.

ÍNDICE ANALÍTICO

CAPÍTULO I. EL CONCLAVE DE 1758. SOLICITUD DE CLEMENTE XIII POR LOS ESTADOS PONTIFICIOS: SUS SERVICIOS PRESTADOS AL ARTE Y A LA CIENCIA

- I. Preparativos diplomáticos para el conclave (3-4).
 - Los partidos en el conclave (5-8).
 - Los primeros días del conclave (8-9).
 - Colonna di Sciarra protector de Francia (10).
 - Candidatura de Cavalchini (11-13).
 - Candidatura de Rezzonico; su elección (Clemente XIII) (13-15).
- II. Antecedentes de Clemente XIII, su carácter (16-19).
 - Provisión de cargos; Torrigiani secretario de Estado (19-22).
 - Falta de salud del Papa (23-24).
- III. Años calamitosos en los Estados pontificios (25-26).
 - Solicitud de Clemente XIII por el bienestar del pueblo (27-29).
 - Estado ruinoso del erario (29-30).
 - Fomento de las artes: Piranesi y Mengs (31-32); Fontana Trevi (33); Villa Albani (33-36); Winckelmann comisario de arqueología (37).
 - Bibliotecas y disposiciones sobre las mismas (37-39).
 - Estímulos a los escritores apologetas (39).
 - Protección a los sabios: Garampi (39-44); Orsi y Furietti (44-45).

CAPÍTULO II. FIN DE LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS Y ELECCIÓN DE JOSÉ II. CAMBIO DE DINASTÍA EN POLONIA Y LUCHA POR LOS DERECHOS DE LOS DISIDENTES

- I. Clemente XIII y María Teresa (46-47).
 - Clemente XIII favorable a la pronta paz (47-48).
 - Garampi en Augsburgo (48-49).
 - Elección de José II (50).
 - El nuncio en la dieta electoral; elección del rey (50-55).
- II. Muerte de Augusto III de Polonia (55-56).
 - Rusia y Prusia contra Polonia (56-59).
 - Dietas de 1764; la cuestión de los disidentes (59-63).
 - Visconti sobre la situación polaca (24 de septiembre de 1766) (63-64).
 - La dieta de 1766; se reanuda la cuestión de los disidentes (64-70).
 - Podoski primado (70).
 - La conferencia de Radom (70-71).
 - Soltyk y Podoski (71-73).
 - Soltyk en la dieta de pacificación (74-75).
 - El tratado (76).

Plan de una Iglesia nacional polaca; actitud del Papa (77-79).
Federación antirrusa y otras confederaciones (79-81).

CAPÍTULO III. EL JANSENISMO EN FRANCIA Y LOS PAÍSES BAJOS. EL FEBRONIANISMO EN ALEMANIA. EL ILUMINISMO (AUFKLÄRUNG) POLÍTICO EN EL REINADO DE MARÍA TERESA

- I. Actitud del gobierno francés (82-83).
Intrusiones del estado en los dominios de la Iglesia (83-84).
Clemente XIII y el jansenismo francés (84-87).
- II. El concilio nacional de Utrecht, actitud contra Leclerc y los jesuitas (87-89).
Breve pontificio del 30 de abril de 1765 (90).
Epílogo de la condenación de Leclerc (91).
- III. Alemania y la doctrina de la infalibilidad pontificia (91-93).
Hontheim (94-96), sobre el pontificado (96-99), sobre el retorno a la Iglesia primitiva (99-100), sobre los derechos del Estado (100-102).
Influjo del «Febronius» (102-104).
Lucini y «Febronius» (105).
Condenación del «Febronius» (105-106).
Actuación remolona contra el mismo (106-109).
Descúbrese al autor (109-110).
Éxito del «Febronius» (111).
Clemente Wenceslao de Tréveris y Hontheim (112-113).
Caprara cerca de Hontheim (113-114).
- IV. El iluminismo en Austria; el conde Kaunitz (114-116).
Reformas de Van Swieten (116-120).
Riegger (120-121).
La censura de los libros de Van Swieten (121-126).
Sonnenfels (126-127).
Reformas religiosas del Consejo de Estado (127-129).

CAPÍTULO IV. EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS DE PORTUGAL. RUPTURA DE RELACIONES ENTRE ROMA Y LISBOA

- I. Saldanha (130-131).
El edicto pontificio de visita (131-132); suspensión de los jesuitas en los ministerios espirituales (132-134).
- II. Ricci general de la Orden (134-136).
Suplicatoria de Ricci al Papa (137).
Campana literaria contra los jesuitas (137-138).
Acciaïoli a Archinto (22 de agosto de 1758) (139).
Acusaciones de Pombal contra los jesuitas (139-140).
Conato de mediación pontificia (140-142).
Atentado contra José I (142-144).
Inculpación contra los jesuitas; nulidad de los argumentos del proceso (144-147).
Reales edictos contra los jesuitas (147-149).
Roma en incertidumbre sobre el proceso (149-150).
Ejecución de los edictos contra los jesuitas (151).
Saldanha al Papa (20 de marzo de 1759) (152-153).
Exigencias del Rey al Papa (153).
Documento pontificio al Rey (153-156).
Quejas de Almada (156-157).
Arribo a Lisboa del documento pontificio (157-159).
Maniobra dilatoria de Pombal (159).
- III. Expulsión de los jesuitas (160-164).
La cárcel de San Julián (164-165).

Los desterrados en los Estados pontificios (165-166).
 Nuevas exigencias de Pombal; la respuesta pontificia (166-168).
 Almada propone la mediación; el Papa a José I (168-170).
 Medidas contra el arzobispo de Bahía (170).
 IV. El nuncio cae en desgracia (171-173).
 Expulsión del mismo (173-177).
 Almada sale de Roma (177-178).
 Actuación del Papa contra los revoltosos de Roma (178-179).
 El Papa intenta la paz (179-181).
 Dificultades de las negociaciones (181-183).
 Mediación de España (183-184).
 Malagrida (184-186).
 Pombal contra los santos jesuitas y el clero en general (186-188).
 Hostilidad contra la Iglesia en general (188-191).
 Conato de paz por parte del Papa (191-193).

CAPÍTULO V. SUPRESIÓN DE LOS JESUITAS EN FRANCIA

I. Plan general de lucha antijesuitica (194-196).
 Adversarios de los jesuitas en Francia (196-200).
 Posición de Luis XV (200-201).
 El atentado de Damiens (201-203).
 Presagios de tormenta (203-204).
 II. Lavalette en la Martinica (204-207).
 Bancarrota de la casa comercial Lioncey (207-209).
 Nuevas empresas de Lavalette (209-211).
 Toda la Orden es declarada responsable (211-214).
 Sentencia del Parlamento (214-216).
 Actitud de Ricci (216-220).
 Condenación de Lavalette (220-223).
 Intentos para dar satisfacción a los acreedores (223).
 III. Las constituciones de la Orden ante el Parlamento (224-226).
 Actitud del Parlamento (226-229).
 Reserva del Papa (229-231).
 Plan de requerir el dictamen de los obispos (231-232).
 El dictamen de los prelados (232-234).
 Las concesiones hechas por los jesuitas de París desaprobadas por Ricci (234-237).
 Escrito justificativo de De la Croix (237).
 Juicio de Ricci sobre lo ocurrido (238).
 Declaración de los jesuitas de París del 9 de diciembre de 1761 (238-240).
 ¿Circunstancias atenuantes? (240-243).
 Exigese la reprobación del tiranicidio (243-244).
 Plan de un vicario general francés (244-246).
 Partidarios de la reforma de las constituciones (246-248).
 Propuestas a Ricci y respuesta del mismo (248-253).
 Particularidades del plan de la comisión (253-257).
 IV. Documento justificativo del Parlamento de París (257-260).
 Fallo del Parlamento del 6 de agosto de 1762 (261-267).
 Apologías de los jesuitas (267-270).
 Otros planes de defensa de los jesuitas (270-272).
 Manifestaciones celebradas en Francia en favor de los jesuitas (272-273).
 La palabra del Papa a la asamblea del clero (273-275); al nuncio (275-276).
 Alocución del 3 de septiembre de 1762 (277-278).
 Nuevas extralimitaciones de los parlamentos (278-281).

Fitz-Jaines y sus confederados (281-283).
 Instrucción pastoral de Beaumont (283-285).
 Apuros de los jesuitas para hallar refugio (285-288).
 Comienza la disolución (288-291).
 Ejemplos de fidelidad a la vocación (291-292).
 Relajación de la disciplina religiosa (293-295).
 El real decreto de disolución (295).
 Actitud de Clemente XIII (295-296).
 La constitución de Clemente XIII referente a los jesuitas (296-304).

CAPÍTULO VI. CARLOS III DE ESPAÑA Y SU POLÍTICA RELIGIOSA. LA EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS DE ESPAÑA

- I. Motivos del antijesuitismo en España; enojo de los religiosos (305-306).
 Las revueltas del Paraguay y política de Wall; literatura difamatoria contra los jesuitas (306-309).
 Carácter de Carlos III (309-310).
 Influjo de Wall y de Tanucci (311-317).
 Spínola acerca de la situación religiosa (317-318).
- II. Lucha por conseguir el Exequátur; el catecismo de Mésenguy (319-323).
 Pragmática sanción de 1762; su condenación (323-326).
 Grimaldi ministro (326-327).
 Restricciones de la libertad religiosa (327-328).
- III. Tanucci y los jesuitas (329-330).
 Anterior influencia de los jesuitas y preparación de su extradición (331-336).
 Campomanes y Roda (336-339).
 Indicios del próximo extrañamiento (339-342).
- IV. El motín de los sombreros; Carlos III abandona Madrid (342-347).
 Aranda (347-349).
 Concesiones reales y su revocación (349-351).
 Tanucci sobre el nombramiento de Aranda (351-353).
- V. Investigación sobre los autores del motín (354-358).
 El clero y el motín (356-358).
 Tanucci sobre los causantes (358-361).
- VI. El Consejo extraordinario de Castilla (362-364).
 Informes de Campomanes (364-365).
 Inculpaciones contra el clero (365-367).
 Busca de pruebas contra los jesuitas (367-369).
 Tumultos en Azpeitia (369-372).
 Violación del secreto epistolar (372-373).
 Consejos de Tanucci; Vázquez (373-377).
 La sesión decisiva (377); el documento acusatorio (378-383).
 Decisión de la comisión especial del 20 de febrero de 1767 (383-384).
 El decreto de expulsión (384-385).
 Ilusiones de los jesuitas sobre el futuro (385-386).
 Señales del extrañamiento (386-387).
 Temores del nuncio (387-391).
- VII. Expulsión de los jesuitas: instrucción de Aranda (391-393).
 La pragmática sanción (393-394).
 Expulsión de Sudamérica (394-401).
- VIII. Acogida de la pragmática en la metrópoli; actitud del episcopado (401-405).
 Júbilo de los enemigos (405-407).
 Acogida en el pueblo (408).

- Juicio de Pallavicini y de Vincenti (409-413).
- Acogida en el extranjero (413-414).
- Sorpresa en la corte de Viena (414).
- Ricci y la expulsión (415-416).
- Declaraciones de Carlos III sobre la expulsión (416-420).
- ¿Razones misteriosas de la expulsión? (420-423); fútiles conjeturas (424-426).
- IX. Carlos III se justifica ante el Papa (426).
- Breve de contestación y su entrega (427-430).
- El Consejo extraordinario sobre el Breve (430-432).
- Los desterrados son rechazados de todas partes (432-436).
- ¿A dónde dirigirse con los expatriados? (436-437).
- Se niega la admisión en los Estados pontificios (437-441).
- Con rumbo hacia Córcega; su situación (441-444); descontentos y prófugos (444-445); recién llegados de ultramar (445); transporte hacia los Estados pontificios (446).
- Actitud del gobierno español (446-449).
- Secularizaciones (449-453).
- Constancia entre los novicios (453-454).
- Ejemplos de fidelidad a la vocación (454-456).
- Distribución de los expatriados por Italia (456-458).
- Violación del secreto epistolar y otros espionajes (458-460).
- En busca de las riquezas de los jesuitas (460-462).
- Supuestas confabulaciones de los desterrados contra España (462-465).
- Prohibición de las manifestaciones en favor de los jesuitas (465-466).
- Medidas para extirpar el *jesuitismo* (466-468).
- Providencias impías de Campomanes (468-471).
- Decadencia del espíritu religioso en España (471).
- Intervenciones contra los obispos (471-474).
- Aplicación y administración de los bienes de los jesuitas (474-478).

CAPÍTULO VII. EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS DE NÁPOLES, PARMA Y MALTA. MONITORIO A PARMA. INCUBACIÓN DE LA EXTINCIÓN PONTIFICIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. MUERTE DE CLEMENTE XIII

- I. Ataques de Tanucci contra los derechos de la Iglesia (479-483).
- Júbilo del mismo por la expulsión de los jesuitas de España (483-484).
- Su influjo sobre Fernando IV (484).
- Razones de Tanucci para expulsar a los jesuitas de Nápoles (485-489).
- Posición de Carlos III (489-491).
- Decisiva aprobación de Carlos III (491-492).
- La expulsión diferida (495-496).
- Decreto de destierro (498-500).
- Secularizaciones (500-502).
- Acogida de la expulsión en el país (502-503).
- Protesta del Papa contra la violación de sus dominios; indiferencia de las cortes; Tanucci y el nuncio (503-506).
- Ulteriores conatos impíos de Tanucci (506-508).
- Tanucci tiraniza a la real familia (508-509).
- II. Plan de expulsión de los jesuitas de Parma (509-512).
- Consejos de Carlos III (512).
- Destierro perpetuo (513-516).
- Consecuencias de la expulsión (516-517).
- III. Expulsión de los jesuitas de Malta (517-521).
- IV. Atropellos de Parma en materia religiosa y Monitorio pontificio (521-526).

- Efectos del Monitorio (526-529).
 Querellas de Du Tillot contra el Papa (529-530).
 Consejos de Choiseul (530-532).
 Torrigiani justifica a la Santa Sede (532).
 Los gobiernos contra el Monitorio (532-535).
 Actitud de María Teresa (535-537).
 Ocupación de territorios pontificios (537).
 Discusión entre los diplomáticos borbónicos (537-540).
 Du Tillot contra el Papa (540).
 Medidas de los Borbones contra la Iglesia (540-542).
 Austria no presta auxilio (542).
 Los Borbones contra Torrigiani (543-545).
 Imputaciones contra Ricci (545-546).
 Oposición en la curia romana (547).
 El Papa protesta (548).
 Manifestaciones de Luis XV (549).
 Carlos III al Papa (549-550).
 Repulsa de Fernando IV al Papa (550-551).
 Cinco peticiones de los Borbones (551-553).
 Campaña literaria contra el Monitorio (553-555).
 Respuesta de Clemente XIII (555-557).
 V. La supresión de los jesuitas planeada desde mucho antes (558-560).
 En los jesuitas se atacaba al Pontificado (560).
 Acogida de la bula *Apostolicum pascendi* (561).
 Trabajo de zapa de Tanucci (561-563).
 Gestiones de Francia (563-566).
 Auxiliares de Choiseul (566-568).
 La oposición de Luis XV deshecha (568-569).
 Pombal y la unión de las potencias (569-572).
 Rompimiento de las negociaciones (572-573).
 Actitud de María Teresa (573-576).
 Libelos contra los jesuitas; adversarios de la Compañía en el Sacro Colegio (576-579).
 Actitud del mayordomo Rezzonico (579-581).
 Consejos de Aubeterre (581).
 Choiseul y Tanucci (581-582).
 Choiseul propone medidas de violencia (582-583).
 Dictámenes de Osma, Roda, Grimaldi y el Consejo extraordinario (583-590).
 Torrigiani sobre las razones de los gobiernos (590-591).
 La supresión de los jesuitas exigida sin condiciones (591-593).
 La moción de las potencias (593-595).
 La moción presentada (595-596).
 Efecto que produce en Clemente XIII (596-599).
 VI. Últimos días y muerte de Clemente XIII (599-600); su tumba (600-601).
 Elogio del Pontífice (601-603).

CAPÍTULO VIII. ACTIVIDAD DE CLEMENTE XIII

EN LA POLÍTICA INTERIOR DE LA IGLESIA.

PROMOCIONES DE CARDENALES. CANONIZACIONES. LAS MISIONES

I. Normas directivas de Clemente XIII para su pontificado (604-605).

Clemente XIII a los obispos (17 de septiembre de 1759) (606).

Clemente XIII y las publicaciones (607-608).

- Celo de las almas y por las ciencias (608-611).
 II. Temores de secularización en Alemania (611-612).
 Dificultades con Venecia (612-615).
 Dificultades con Génova (615-618).
 III. El Papa y los obispos (618-621).
 IV. Súplica de veintiocho maurinos (621-623).
 De dónde procedía la odiosidad contra las Ordenes religiosas (623-625).
 La comisión de reforma (625-629).
 Secuestro de un breve pontificio (629).
 Anhelos de reforma en el interior de las mismas Ordenes (630-631).
 V. Promoción de cardenales de 1758 (632).
 Promoción de Priuti y Bernis (632-633).
 Promoción de 1759 (633-636).
 Promoción de 1761 (636).
 Promociones de 1763 y 1766 (636-638).
 VI. Canonización del 6 de agosto de 1769; beatificaciones (639-641).
 La fiesta del Sagrado Corazón de Jesús (641-645).
 Proceso de beatificación de Palafox (645-648).
 VII. Ruina de las misiones extranjeras (648-651).
 Los franciscanos en California y Méjico (651-652).
 Misiones en Norteamérica (652-654).
 Misiones en Sudamérica (654-656).
 Pottier en Sutschuen (656).
 La India Transgángética y Cisgángética (656-659).
 Misión entre los judíos de Polonia; los unidos (660-662).
 Los unidos de Oriente (663-666).
 Algunos breves de Clemente XIII sobre misiones (666-668).

APÉNDICE

Documentos inéditos y noticias de los archivos

	<u>Página</u>
1. Aranda a Roda el 9 de abril de 1766 sobre el motín de los sombreros	669
2. Los diplomáticos y la supresión de los jesuitas:	
a) Dictamen del señor Roda [enero de 1767].	670
b) Opinión de Choiseul	671
c) Dictamen de Grimaldi sin fecha [26 de febrero de 1768]	672
d) Dictamen del Consejo extraordinario [21 de marzo de 1768]	673
e) Proyecto de memoria en respuesta a Portugal [30 de marzo de 1768].	674
f) Lucini a Torrigiani el 22 de diciembre de 1767	674
g) Grimaldi a Choiseul	675
h) Tanucci a Grimaldi	676

